150 Años

ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA / MÉXICO

COLECCIÓN DE ANIVERSARIO

Ciento Cincuenta Años de la Academia Nacional de Medicina a través de los In Memoriam

Coordinador: Alejandro Treviño Becerra

CONACYT

Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología

Ciento Cincuenta Años de la Academia Nacional de Medicina a través de los In Memoriam

Mesa Directiva
de la Academia Nacional de Medicina
2013-2014

Presidente
Dr. Enrique Ruelas Barajas

Vicepresidente
Dr. Enrique Graue Wiechers

Secretario General
Dr. Javier Mancilla Ramírez

Tesorero
Dr. Germán Fajardo Dolci

Secretaria Adjunta
Dra. Elsa Sarti Gutiérrez

Comité Organizador de las Actividades Conmemorativas
del CL Aniversario de la Fundación
de la Academia Nacional de Medicina de México

Presidente
Dr. Enrique Ruelas Barajas

Coordinador General
Dr. Carlos E. Varela Rueda

Coordinador del Subcomité de Actividades Científicas
Dr. Raúl Carrillo Esper

Coordinador del Subcomité de Actividades Editoriales
Dr. Alberto Lifshitz Guinzberg

Coordinador del Subcomité de Actividades Culturales
Dr. Emilio García Procel†
Dr. Julio Sotelo Morales

Coordinador del Subcomité de Actividades Sociales
Dr. Germán Fajardo Dolci

Ciento Cincuenta Años de la Academia Nacional de Medicina a través de los In Memoriam

Coordinador:

Alejandro Treviño Becerra

Con la colaboración de:
Gamaliel Andrés Pineda Cervantes
Elizabeth Gutiérrez Ochoa
Miguel Ángel Vásquez Luna

CONACYT
Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología

Academia Nacional de Medicina México

EDITORIAL PRADO

Ciento Cincuenta Años de la Academia Nacional de Medicina a través de los In Memoriam

© 2014, Editorial Prado, S.A. de C.V.
rpradoj@yahoo.com.mx

D.R. © Editorial Prado S.A. de C.V.
Tehuantepec No. 34, Col. Roma Sur
Del. Cuauhtémoc, México, D.F.
Tels.: 1999-8083 y 1999-8085
www.editorialprado.com

Primera edición, 2014

Diseño de portada: Intersistemas, S.A. de C.V.
Arte editorial: Mario Carlos Macotela Mora
Revisión: Editorial Prado, S.A. de C.V.
Fotografías: Academia Nacional de Medicina

ISBN: 978-607-7566-74-8

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones estrablecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Hecho en México / Impreso en México
Made in Mexico / Printed in Mexico

Perpetuemos la memoria de los que han obrado bien y han sido útiles a los demás.

Eduardo Liceaga

Nota del editor

En aquellos casos que en la ceremonia luctuosa hubieron varios oradores, el criterio que se siguó fue identificar para publicar el autor académico que habló por la Academia Nacional de Medicina que en algunos casos fuera 2 ó 3 académicos y también se incluye el relato de la ceremonia luctuosa, cuando éste fue publicado simultáneamente con el *In Memoriam* en la Gaceta.

Es probable que al aparecer esta, algunos académicos encuentren o ubiquen algún escrito *In Memoriam* de otro académico, que seguramente los habrá; en esa situación hay que hacerle llegar a la propia Academia para agruparlos para, o un *Adendum* o una próxima edición. Así mismo hay que hacer énfasis de que en los próximos homenajes que se están haciendo la directiva de la Academia, recabe esos escritos para que estén debidamente archivados y se publiquen en la Gaceta.

En la *Gaceta Médica de México* se publicaron páginas luctuosas para recordar la memoria del Sr. López, quien laboró para la Academia. Cuando se revisó el material de este libro fue decisión de los colaboradores que dicho *In Memoriam* se incluyera en la parte final de este libro como un *Addendum*.

Ficha técnica

Participantes en la recuperación de la información:

Gamaliel Andrés Pineda Cervantes
Academia Nacional de Medicina

Miguel Ángel Vásquez Luna
Academia Nacional de Medicina

Duración del proyecto:

Junio de 2012 – Mayo de 2013

Para recopilar la información de los *In Memoriam* se consultó como fuente primaria la colección de la *Gaceta Médica de México* (GMM) y como fuente secundaria los expedientes personales de los académicos, material que se encuentra en la biblioteca de la Academia Nacional de Medicina de México (ANMM).

Tipos de documentos:

- *Necrologías*. En su mayoría avisos breves del fallecimiento de los médicos.
- *Veladas fúnebres*. Representantes de varias instituciones rendían homenaje, en algunas ocasiones con el cuerpo presente del académico.

- *In Memoriam*. Homenaje realizado por algún académico que se realiza en las sesiones de la ANMM, mismo que es publicado en la GM.

Primera fase

Se revisaron los volúmenes del año 1864 al 2013 de la GMM, encontrando 217 documentos —necrologías, veladas fúnebres e *In Memoriam*— se elaboró una primer base de datos de manera cronológica según su ingreso a la corporación, relacionando al homenajeado, se digitalizo el documento y la fotografía, esta información se presentaba al doctor Alejandro Treviño para su revisión.

Segunda fase

El proyecto tiene la intención de abarcar la mayor cantidad de *In Memoriam* motivo por el cual, en esta fase se complementó la base de datos revisando y extrayendo de los expedientes personales de los académicos esta información se encontraron otros 58 documentos, más importante fue que de estos mismos expedientes se lograron recolectar 239 fotografías de homenajeados.

El tratamiento que se hizo de este material fue digitalizar cada uno de los documentos, para trabajar con el material electrónico y no con el original, cuidando en todo momento la fuente, el mismo tratamiento fue para las fotografías,

Cabe señalar que no siempre se publicaron los "In Memoriam" en la Gaceta Médica de México ni se adjuntaron a los expedientes personales, motivo por el cual faltan algunos de estos. No se incluyeron *In Memoriam* de académicos correspondientes. Existe un documento en homenaje al señor Jorge López que fue empleado de la Academia Nacional de Medicina durante 42 años en donde desempeñó varios cargos.

Presentación

En la conmemoración del sesquicentenario de la fundación de la Academia Nacional de Medicina, la iniciativa del Dr. Alejandro Treviño Becerra, compilador de esta colección de testimonios, ha sido recibida con gran beneplácito por la Mesa Directiva y por la Coordinación General de las celebraciones de este importante aniversario. Son éstas las ocasiones en las cuales volver al pasado se hace obligado para recuperar las raíces que nos han dado origen. En este caso, las expresiones de luto hacia los académicos fallecidos por parte de sus colegas, son por demás interesantes. Los textos revelan no solamente nombres de médicos reconocidos sino que dan volumen a los hombres que fueron los personajes de una historia, la de la Academia Nacional de Medicina, que se entreteje con la historia misma de la medicina mexicana a lo largo de siglo y medio. A través de los textos se escuchan voces que, matizadas por los contextos de diferentes épocas, dan cuenta de las posiciones de quienes hablan frente a la vida extinguida de quien se fue, frente a los méri-

tos acumulados y las promesas canceladas, y frente al hecho mismo de morir, todo lo cual permite también observar nuestro devenir a través de episodios que de una manera u otra han forjado la evolución de nuestra Corporación.

En tiempos en los que la instantaneidad parece ser la mayor premisa del actuar cotidiano, estos *In Memoriam* permitirán recuperar la profundidad temporal de nuestra celebración. Enhorabuena, por la idea y por la compilación que constituye no solamente uno más de los elementos de esta trascendente conmemoración, sino un homenaje reiterado, ahora desde el presente, para cada uno de nuestros distinguidos colegas antepasados.

Dr. Enrique Ruelas Barajas
Presidente de la
Academia Nacional de Medicina

Índice

Ficha técnica *7*

Presentación *9*
por Enrique Ruelas Barajas

Prólogo *25*
por Alejandro Treviño Becerra

1. Agustín Andrade 33
   por Rafael Lavista
2. Julio Clement 45
   por Manuel S. Soriano
3. Guillermo Leonel Chassin 47
   por ANM
4. Carlos Alberto Ehrmann 49
   por ANM
5. Ignacio Erazo 51
   por Sr. Rodríguez
6. Luis Hidalgo y Carpio 55
   por Manuel S. Soriano
7. Miguel Francisco Jiménez 59
   por José María Reyes
8. Rafael Lucio 65
   por Manuel Domínguez

9. Victoriano Montes de Oca 73
por ANM
10. Luis G. Muñoz 75
por ANM
11. Agustín Reyes 77
por ANM
12. Julio Schulze 81
por ANM
13. José María Vértiz 83
por Eduardo Liceaga
14. José María Barceló y Villagrán 87
por Eduardo Liceaga
15. Mónico Magaña 91
por ANM
16. Lázaro Ortega 93
por ANM
17. Fernando Leguía 95
por ANM
18. José María Reyes 97
por ANM
19. Aniceto Ortega 99
por Manuel Domínguez
20. Pomposo Hinojosa 105
por ANM
21. José María Vargas 107
por Lázaro Ortega
22. Alfonso Herrera 111
por Manuel S. Soriano
23. Lauro María Jiménez 117
por José Manuel Bandera
24. Leopoldo Río de la Loza 121
por Demetrio Mejia
25. Gumersindo Mendoza 125
por ANM
26. Sebastián Labastida 127
por ANM
27. Manuel S. Soriano 129
por Pedro Ramos Ramos
28. Rafael Martínez 135
por ANM
29. Franscisco Brassetti 137
por Manuel Domínguez

30. Juan María Rodríguez Arangoiti 141
por Leticia Rodríguez Pimentel
31. Gabino Barreda 145
por Manuel S. Soriano
32. Manuel Pasalagua 153
por ANM
33. Ricardo Vértiz 155
por ANM
34. Francisco González 157
por ANM
35. José María Lugo Hidalgo 159
por Manuel S. Soriano
36. Demetrio Mejía 163
por ANM
37. Tobías Núñez 165
por Gonzalo Castañeda
38. Ildefonso Velasco 169
por ANM
39. Ramón Icaza 171
por Gregoro Mendizabal y Gabriel M. Malda
40. Mauricio Flores 177
por ANM
41. Pablo Martínez del Río 179
por Manuel S. Soriano
42. Fernando Malanco 181
por ANM
43. Juan José Ramírez de Arellano 183
por ANM
44. José M. Olvera 185
por José Terrés
45. Jesús Sánchez 193
por Miguel Codero
46. Porfirio Parra 199
por Samuel García
47. José Ramos 203
por Juan Santos Fernández
48. Eduardo Vargas 215
por Rafael Carrillo
49. Manuel Toussaint 221
por Jesús Arroyo
50. Gregorio Mendizábal 233
por Jesús Arroyo

51. Alberto López Hermosa 245
por Luis S. Viramontes
52. Julián Villarreal 247
por Alfonso Pruneda García
53. José Ramírez 255
por Mauel S. Soriano
54. Ignacio Prieto 259
por ANM
55. Joaquín G. Cosío 261
por Alfonso Pruneda Gracía
56. Gabriel M. Malda 265
por Fernando Ocaranza
57. Alejandro Uribe 271
por Emilio del Razo
58. Juan Peón del Valle 275
por Enrique O. Aragón
59. Juan Velázquez Uriarte 283
por Jose Torres Torija
60. Ulises Valdés 289
por ANM
61. Rafael Silva 297
por Luis S. Viramontes
62. Samuel García 307
por Francisco Fernández del Castillo
63. Everardo Landa 313
por José Rábago
64. Enrique O. Aragón 317
por Alfonso Pruneda García
65. Gonzalo Castañeda 319
por Gustavo Baz
66. Rafael Rojas Loa 321
por Juan Farril
67. Ricardo Tapia y Fernández 327
por Miguel E. Bustamante
68. Nicolás León 331
por Alfonso Pruneda García
69. Fernando Ocaranza 337
por Hugo Aréchiga Urtuzuástegui
70. Rosendo Amor 343
por Alfonso Álvarez Bravo
71. Demetrio López Garduño 349
por Alfonso Pruneda García

72. Jesús Arroyo Ávila 355
por Isaac Costero Tudanca
73. Ángel Brioso Vasconcelos 359
por Alfonso Pruneda García
74. José Joaquín Izquierdo 367
por Carlos Alcocer Cuarón
75. Francisco Castillo Nájera 371
por Miguel E. Bustamante
76. Eliseo Ramírez 377
por Alfonso Pruneda García
77. Alfonso Pruneda García 379
por Miguel E. Bustamante
78. José Tomás Rojas 385
por Mario Quiñones
79. Luis Rivero Borrel 389
por Alquilino Villanueva
80. Abraham Ayala González 393
por Pedro Ramos Ramos
81. Benjamín Bandera Cardeña 399
por José Antonio Sánchez Hernández
82. Ignacio Chávez 403
por Jaime Woolrich, Manuel Martínez Báez, José Miguel Torre y Felipe Mendoza
83. Salvador Iturbide Alvírez 419
por Pedro Ramos Ramos
84. Aquilino Villanueva Arreola 423
por Francisco Valdés la Villana
85. Pablo Mendizabal Vanegas 431
por Xavier Romo Díez
86. Manuel Escontría 433
por ANM
87. Mario Alfonso Torroella y Estrada 437
por Antonio Prado Vértiz
88. Antonio Torres Estrada 441
por Emma Limón
89. Francisco C. Canale 455
por Alfonso Pruneda García
90. Salvador Bermudéz Zataraín 459
por Miguel E. Bustamante
91. Gustavo Baz Prada 463
por Fernando Quijano Pitman
92. Darío Fernández Fierro 471
por Ricardo Tapia Acuña

93. Ramón Pardo 475
por Miguel E. Bustamante
94. Ignacio González Guzmán 481
por Mario Salazar Mallén
95. José F. Rulfo 485
por Salvador Aceves Parra
96. Manuel Martínez Báez 489
por Ignacio Chávez Rivera
97. Enrique C. Livas Villareal 497
por José Miguel Torre
98. Mario Quiñones Huertero 499
por Pedro Ramos Ramos
99. Emilio Varela 503
por Mario A. Toroella
100. Antonin Cornillon 507
por Benjamín Bandera Cardeña
101. Manuel Cárdenas de la Vega 511
por Alfonso Pruneda García
102. Raúl Arturo Chavira 515
por Magín Puig Solanes
103. Alfonso G. Alarcón 519
por Antonio Prado Vértiz
104. Gustavo Argil y Camacho 525
por Carlos Véjar Lacave
105. Enrique Beltrán Castillo 529
por Ana Flisser
106. Francisco Calderón Caso 535
por Samuel Fastlicht
107. Ismael Cosío Villegas 539
por Fernando Quijano Pitman, Leonardo Zamudio
108. Raoul Fournier 547
por Fernando Ortiz Monasterio, Ignacio Chavez Rivera, Carlos Campillo Sainz, José Laguna
109. Daniel Gurría Urgell 567
por Jesús Kumate Rodríguez
110. Luis Gutiérrez Villegas 571
por Francisco Durazo
111. Alfonso Millán Maldonado 575
por Ramón de la Fuente
112. Manuel Ortega Cardona 579
por Eugenio Toussaint Aragón

113. Manuel Vaquero 583
por Felipe Mendoza
114. Gerardo Varela Mariscal 587
por Pablo Mendoza
115. Salvador Zubirán Anchondo 591
por Eduardo Barroso Villegas
116. José Luis Gómez Pimienta 597
por Luis Sánchez Illiades
117. Rafael Illescas Frisbie 599
por Roberto Llamas
118. Donato G. Alarcón 603
por Carlos Ibarra Pérez
119. Fernando Latapí Contreras 607
por José Barba Rubio
120. Samuel Morones Alba 613
por Daniel Méndez
121. Salvador Aceves Parra 617
por Felipe Mendoza
122. Carlos Coqui Sánchez 621
por Jorge Ceballos Labat
123. Juan Farill 623
por Leonardo Zamudio
124. Clemente Robles Castillo 627
por Manuel Quijano
125. Magín Puig Solanes 629
por Enrique Grave
126. Rubén Bretón Manjarrez 633
por Ramón Pérez C
127. Leónides Guadarrama 637
por Pedro Ramos Ramos
128. Manuel Mateos Fournier 641
por Luis Castelazo Ayala
129. José Rábago Chávez 645
por Antonio Sordo Noriega
130. Manuel Guevara Oropeza 651
por Mario Fuentes-Delgado
131. Rigoberto Aguilar Pico 655
por Jorge Muñoz Turnbull
132. Luis Mazzotti Galindo 659
por Miguel E. Bustamante
133. Guillermo Montaño Islas 665
por Horacio Zalce

134. Efrén Carlos del Pozo 669
por Rubén Vasconcelos
135. Clemente Villaseñor 673
por Carlos Véjar Lacave
136. Francisco Fernández del Castillo 677
por Juan Somolinos Palencia
137. Jorge Flores Espinosa 681
por Hector H. Rivera Reyes
138. Miguel Jiménez Sánchez 685
por Fernando Rébora Gutíerrez
139. Roberto Núñez Andrade 689
por Fernando Latapí Contreras
140. Ángel G. de Quevedo y Mendizábal 693
por Jaime Woolrich
141. Everardo Ramírez López 697
por Manuel Quijano Narezo
142. Ricardo Tapia Acuña 701
por Francisco Hernández Orozco
143. Luis Farill Solares 705
por Javier Sánchez Torres
144. Federico Gómez Santos 709
por Jesús Kumate Rodríguez
145. Antonio González Ochoa 715
por José Ruiloba
146. Bernardo Sepúlveda 719
por Adolfo Mártínez Palomo
147. Roberto Llamas Flores 723
por Carlos Gual Castro
148. Andrés Bustamante Gurría 727
por Clemente Robles Castillo
149. Juan Cárdenas y Cárdenas 731
por José Humberto Mateos Gómez
150. Isaac Costero Tudanca 735
por Rosario Barroso Moguel
151. Bernardo J. Gastelum 741
por Carlos Zamarripa Torres
152. Norberto Treviño Zapata 745
por Pedro Ramos Ramos
153. Alejandro Velasco Zimbrón 749
por Pablo Mendizábal Venegas
154. Luis Méndez 753
por Norberto Treviño Zapata

155. Rafael Méndez Martínez 759
por Ignacio Chavez Rivera
156. Antonio Sordo Noriega 765
por Alcibíades Marván
157. Carlos Véjar Lacave 767
por Pedro Ramos Ramos
158. Jorge Muñoz Turnbull 771
por Rafael Ramos Galván
159. Alberto Guevara Rojas 775
por Rosalinda Guevara
160. Feliciano Palomino Dena 779
por Florencio Antillón
161. Edgar J. Becerra Aguilera 783
por Manuel Peláez Cebrián
162. Edmundo Buentello y Villa 787
por Mario Fuentes Delgado
163. Enrique Cabrera Cosío 791
por Felipe Mendoza
164. Alejandro Celis Salazar 797
por Carlos R. Pacheco
165. Guillermo Dávila 801
por Ramón de la Fuente
166. Narno Dorbecker Casasus 803
por Francisco Bassols
167. Fernando López Clares 807
por Jorge Muñoz Turnbull
168. Pedro Ramos Ramos 811
por Ana Cecilia Rodríguez de Romo
169. Fernando Rébora Gutiérrez 813
por Horacio Rubio Monteverde
170. Luis Sánchez Bulnes 817
por Daniel Silva
171. Luis Sánchez Medal 821
por Juan R. Labardini Méndez
172. Rafael Soto Allende 825
por Carlos Coqui Sánchez
173. Armando Treviño Villaseñor 829
por ANM
174. Carlos Campillo Sáinz 831
por José Ruiloba
175. Antonio Prado Vértiz 835
por Eugenio Toussaint Aragón

176. Raúl López Engelking 839
por Francisco Valdés la Vallina
177. Ubaldo Roldán Vergara 843
por Carlos Zamarripa Torres
178. Guillermo Alfaro de la Vega 849
por Rubén Vasconcelos
179. Luis Castelazo Ayala 853
por Ramón de la Fuente
180. Rogelio Hernández Valenzuela 857
por Silvestre Frenk
181. Alcibíades Marván Urquiza 861
por Victor Espinosa de los Reyes
182. Daniel Nieto Roaro 865
por Raúl Ondarza
183. Carlos R. Pacheco Escobedo 867
por Jesús Kumate Rodríguez
184. Juan José Paullada 871
por Manuel Quijano Narezo
185. Rubén Vasconcelos Aldana 875
por Fernando Rébora Gutiérrez
186. Juan Andrade Pradillo 877
por Ricardo Tapia Acuña
187. Rosario Barroso Moguel 881
por Julio Sotelo
188. Jorge Millán Gutiérrez 885
por Oswaldo Arias Capetillo
189. Horacio Zalce 889
por José Noriega Limón
190. Eduardo Barroso Villegas 895
por David Kershenobich
191. José Manuel Falomir Prieto 897
por Miguel Stoopen
192. Roberto Hernández de la Portilla 901
por Eduardo Barroso Villegas
193. Jorge Olarte Álvarez 905
por Francisco Durazo Quiroz
194. Edmundo Rojas Natera 909
por Luis Guevara
195. Gabriel Álvarez Fuentes 913
por Isaac Costero Tudanca
196. Anselmo Fonte Bárcena 919
por Magín Puig Solanes

197. Rafael Palacios Bermúdez 925
por Alfonso Álvarez Bravo
198. José Antonio Quiroz y Carrasco 929
por Emilio García Procel
199. Guillermo Schnaas Hintze 931
por Aline S. de Aluja
200. Germán Somolinos D´Ardois 935
por Francisco Fernández del Castillo
201. Manuel Velasco Suárez 941
por José Humberto Mateos Gómez
202. Luis Sierra Rojas 945
por Eduardo Vazquez Vela
203. Felipe Mendoza 949
por Manuel Cárdenas de la Vega
204. Hernando Guzmán West 953
por Horacio Zalce
205. Jorge Derbéz Muro 957
por Jorge Manuel Velasco Alzaga
206. Miguel Arroyo Guijosa 961
por Mariano Hernández Goribar
207. Alfonso Rivera Valenzuela 963
por Guillermo Soberón
208. Guillermo Massieu Helguera 969
por Ricardo Tapia Ibargéngoitia
209. Félix Córdoba Alba 973
por Jesús Kumate Rodríguez
210. Agustín Caso Muñoz 977
por Guillermo Calderón Narváez
211. Francisco Galland Naredo 981
por Eulo Lupi Herrera
212. Enrique Hülsz Suárez 985
por José Humberto Mateos Gómez
213. Rafael Ramos Galván 989
por Silvestre Frenk
214. Samuel Fastlicht 993
por Juan Somolinos Palencia
215. Raúl Hernández Peón 997
por Ramón de la Fuente
216. Máximo García Castañeda 1001
por Francisco Hernández Orozco
217. Rafael Rodríguez Rodríguez 1005
por Silvestre Frenk

218. Adán Pitol Croda 1009
por José Luis Ramírez Arias
219. José Humberto Mateos Gómez 1013
por Fernando Rueda Franco
220. Joaquín Arturo de la Torrre Guerra 1017
por Luis Torregrosa
221. Jorge Ceballos Labat 1025
por Eugenio Toussaint Aragón
222. Rafael Álvarez Alva 1029
por Lazáro Benavides Vázquez
223. Javier Soberón Acevedo 1031
por Roberto Uribe Elías
224. Luis Sentíes Gutiérrez 1035
por Juan Rodríguez Arguelles
225. Joaquín Cravioto 1039
por Leopoldo Vega Franco
226. Jorge Soni Cassani 1043
por Marco A. Martínez Rios
227. Antonio Estandía Cano 1045
por Abdo Bisteni Adem
228. José Kuthy Porter 1047
por José de Jesús Villalobos Pérez
229. Adolfo Pérez Miravete 1051
por Silvia Giona Cerezo
230. Jaime Woolrich..... 1057
por Jesús Kumate Rodríguez
231. Eugenio Toussaint Aragón 1063
por Guillermo Santín
232. Salvador Armendares Sagrera 1067
por Rubén Lisker
233. Eduardo Jurado García 1069
por Alejandro Cravioto
234. María Elena Anzures López 1073
por Luis Guevara González
235. Donato Alarcón Segovia 1075
por Jorge Sánchez Guerrero
236. Juan Ruiz Gómez 1079
por Gonzalo Gutiérrez
237. Mario Silva Sosa 1083
por Lázaro Benavides Vázquez
238. César Chavarría Bonequi 1087
por Silvestre Frenk

239. Julio Hernández Peniche 1091
por Ignacio Madrazo Navarro
240. Vicente Guarner Dalias 1095
por Emilio García Procel
241. Luis Lombardo Rivera 1099
por José Humberto Mateos Gómez
242. Gregorio Mintz 1103
por Antonio Fraga Mouret
243. Juan Somolinos Palencia 1107
por Jorge Corvera Bernardelli
244. Manuel Peláez Cebrián 1111
por César Gutiérrez Samperio
245. Fernando Flores Barroeta 1115
por Jesús Aguirre García
246. Ramón Villarreal Pérez 1117
por Ramón Alvarez Gutiérrez
247. Alberto Villazón Sahagún 1121
por Manuel Peláez Cebrián
248. Hugo Aréchiga Urtuzuástegui 1125
por Luis Benítez Bribiesca
249. Ricardo Sánchez Martínez 1129
por Uriah Guevara López
250. Jorge Manuel Velasco Alzaga 1133
por Carlos Campillo Serrano
251. Juan Federico Cruz Krohn 1137
por Manuel Campuzano
252. Roberto Kretschmer Schmid 1139
por Jesús Kumate Rodríguez
253. Ramón Augusto Boom Anglada 1143
por Fidel Ramón
254. Daniel González González 1147
por Román Garza Mercado
255. Emilio Kabela González 1153
por Gustavo Pastelín
256. Javier Sánchez Torres 1159
por Mauricio García Sainz
257. Fause Attie Cury 1163
por Juan Ramón de la Fuente
258. Luis Hervella Pérez 1169
por Enrique Páras Chavero
259. Elías S. Canales Pérez 1173
por Arturo Zarate

260. Guillermo Díaz Mejía 1175
por Rubén Argüero Sánchez
261. Manuel Arnoldo Barrera Maldonado 1179
por Enrique Wolpert Barraza
262. Miguel Tanimoto Weki 1183
por Norberto Treviño García Manzo
263. Juventino González Benavides 1187
por Carlos Canseco González
264. José María Cantú Garza 1189
por Alfredo Feria Velasco
265. Roberto Martínez Martínez 1193
por Fabio Salamanca Gómez
266. Gregorio Pérez Palacios 1197
por Fernando Larrea y Alfredo Ulloa Aguirre
267. Esther Margarita Casanueva y López 1203
por Pedro Arroyo Acevedo
268. Agusto Díaz Infante Ortuño 1207
por Víctor Espinosa de los Reyes
269. Ignacio Chavez Rivera 1211
por Marco A. Martínez Ríos
270. Roberto Uribe Elias 1215
por José Villalpando Casas
271. Gustavo Gordillo Paniagua 1219
por Felipe R. Mota y Hernández
272. Carlos Mac Gregor Sánchez Navarro 1223
por Víctor Manuel Espinoza de los Reyes Sánchez
273. Fernando Ortiz Monasterio y de Garay 1227
por Fernando Molina Montalva

Epílogo ***1233***
por Victor Espinosa de los Reyes Sánchez

Addendum ***1237***
por Miguel Jiménez y Germán Somolinos

Coordinador del libro ***1241***

Prólogo

La idea de publicar este libro surgió en el año de 2007 cuando recibimos los integrantes de la Academia de Medicina la versión digital de *La Gaceta Médica de México*, (Todos los volúmenes desde su inicio hasta ese año) obra conducida por el Dr. Emilio García Procel, Presidente de la Academia, falleció el 1 de enero de 2014, yo era el Tesorero. En diferentes números aparece un valiosísimo material consistente en los *In Memoriam* de los Académicos que han fallecido en los 150 años de vida académica, hasta octubre del 2013. En los primeros años era costumbre publicar una esquela o una nota necrológica en la Gaceta Médica de México, sin más es por ello que alguno de esas épocas aparecen sin un escrito *In Memoriam*, y como autor las iniciales de la Academia Nacional de Medicina (ANM). Al revisar ese material, leerlo y recrear en su contenido conceptuoso y enriquecedor, decidí que lo mejor era reunirlos en un libro (obtuvimos de otras fuentes, información de los últimos 6 años).

Para elaborar esta compilación acudí a las personas que habían hecho la publicación digital de La Gaceta, Gamaliel Andrés Pineda Cervantes, bibliotecario de la Academia y el Lic. Miguel Ángel Vázquez Coordinador de Informática en la Academia, y

a Elizabeth Gutiérrez Ochoa, administradora de la Academia, para recabar documentos que por alguna razón no fueron publicados y que pudieron estar en el expediente del Académico como se menciona en la ficha técnica. Los textos se publican tal y como los escribieron sus autores y en la forma que se recabarón se sobrepasó la cronología, lo que lo hace un libro ágil. Son expresiones escritas con elegancia y refinamiento sobre todo en el primero siglo de la Academia Nacional de Medicina por médicos mexicanos sumamente distinguidos para los colegas destacados de su época.

Decidí en esta introducción no nombrar a ninguno de los académicos fallecidos ni a los autores de las páginas luctuosas, ya que al mencionar a unos sería destacarlos, cuando mi intención es darle a cada uno sin distingos su sitio en la época que vivió y evitar su olvido.

El proyecto ya elaborado se lo presenté al Dr. Enrique Ruelas Barajas meses antes de que asumiera la Presidencia de la Academia, le entusiasmó sobremanera hacer esta publicación, integrándolo a los festejos del sesquicentenario de la Corporación. El proyecto fue revisado por el Dr. Carlos Varela Rueda, Coordinador del Comité Organizador, con la obra ya en proceso se obtuvo el beneplácito del Dr. Alberto Lifzhits, Coordinador del Comité de Publicaciones de dicho evento.

El libro es parte de la Coleccion Conmemorativa del CL Aniversario y por lo tanto tiene características editoriales que le dan uniformidad.

El Dr. Enrique Ruelas Barajas escribió la *presentación* en términos doctos y precisos como es de él bien reconocida su forma de escribir. Al Dr. Víctor Espinoza de los Reyes le pedimos escribiera el epílogo que en sí es un documento conceptuoso. A ambos les agradezco su interés por enriquecer esta obra.

Este libro no es la historia de la Academia, no es una cronología, ni una galería, no suple los libros que se han elaborado, y otros en elaboración sobre el pasado de la Academia y su presente. Sin embargo contiene material útil para los historiadores.

Una vez que me fue entregado el material, leí nuevamente todos y cada uno, releí muchos de ellos e hice notas para escribir éstas páginas de la presentación, y otras reflexiones que aguardan en el tintero. En pocas palabras el material recuperado es impresionante (lamentablemente incompleto, como se menciona en la ficha técnica) es diverso, atractivo, abrumador, e incomparable. Además cooparticipé en la revisión de la impresión, en elaborar los índices de autores y homenajeados, y en los múltiples detalles para lograr una cuidadosa impresión sin retrasos, revisar las pruebas aprovechando las facilidades que acostumbra brindar *Editorial Prado*, en mis libros y así publicar ejemplares de calidad recomendable.

¿Que va a encontrar el lector? documentos, lenguaje elegante y conceptuoso sobre todo en las primeras épocas, se va a asomar a la vida y muerte de personajes de la medicina mexicana, en la docencia, las Universidades, la investigación, la asistencia, la caridad, la política, la economía de la nación. Algunos personajes son contemporáneos a nosotros, otros poco conocidos, otros alejados a la época actual, otros afamados e ilustres ideólogos o idealistas. Esos ilustres médicos que aparecen en este libro construyeron con su pensamiento ideales y acciones a la medicina mexicana en epócas históricas como la Reforma, el inicio de la Escuela de Medicina y de otras universidades y posteriormente la Facultad de Medicina de la UNAM, la Revolución Mexicana y las etapas posrrevolucionarias, la autonomía universitaria, posterior al Plan Nacional de Hospitales, inicio de Ciudad Universitaria, a la formación de la Academia Mexicana de Cirugía, a la Secretaría de Salud, a la creación y auge del Instituto Mexicano del Seguro Social con su Centro Médico Nacional, y a los Institutos Nacionales de Salud, al llamado Movimiento Médico del 65, la elaboración de su Ideario Académico, a la formación de Consejos de especialidades. En las últimas cuatro décadas se han sumado otros diversos actores y partícipes, que le han dado complejidad a la medicina, nuestra Academia debe remarcar los paradigmas.

En este prólogo se tiene que situar a los lectores en el material que tendrán la posibilidad de leer, disfrutar, releer, comentar, guardar, prestar y recomendar. Este libro en algunas páginas apesadumbra, produce tristezas, sentimientos lúgubres pero en otras entusiasma, sorprende, estimula, así que en conjunto puede fortalecernos, educarnos y aprestarnos para el futuro.

En sus inicios los *In Memoriam* publicados en la *Gaceta Médica de México* solían ser discursos emotivos, eruditos, redactados con sumo cuidado y que tenían al menos tres componentes. Uno para recapitular la trayectoria médica del colega fallecido, otro para relatar ampliamente y a veces con demasiado detalle, cual fue la actuación, participación y productividad de sus actividades como Académico, fecha de ingreso, quienes lo propusieron, trabajo de ingreso, presentaciones de otros trabajos científicos, cuáles fueron sus pasos en la medicina académica, comisiones, representaciones oficiales, cargos directivos en algunos casos se convertian en apuntes bibliográficos. El tercer componente fue sobre la trascendencia familiar, estudiantil, universitaria, magisterial, profesional, social y amistosa del Académico. En esos párrafos resaltan los valores de los homenajeados, todos dedicados al estudio, al trabajo y a la profesión médica con perseverancia, honestidad, amor al semejante y con probidad, a veces los elogios podían parecer excesivos, pero seguramente así fueron esos próceres de la medicina de los siglos pasados y con ello me viene a la mente el concepto de otro académico, refiriéndose a sus maestros «los Príncipes de la Medicina».

En esos escritos resalta y se conoce la estrecha relación entre la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional y de la Academia Nacional de Medicina así como los nexos fructíferos con el Hospital General de México. Los mejores profesores aún muy jóvenes, son invitados a investirse como Académicos tan es así que con el paso de los años, académicos, profesores de la Escuela de Medicina, de

la Facultad ocuparían la Dirección de la misma incluso varios fueron Rectores de la UNAM. Por otro lado numerosos Académicos dirigieron Hospitales o participaron como funcionarios de Instituciones sanitarias, estatales y nacionales e internacionales. Muchos de los Académicos han sido distinguidos con que su nombre lo llevan: hospitales, aulas, salones de actos de las Escuelas de Medicina, calles, parques públicos y colonias de la Ciudad de México y de otras entidades del país.

En sus inicios en algunas ceremonias luctuosas hubieron varios oradores cinco o más, de las sociedades científicas o filantrópicas a las que pertenecía el personaje a quienes les escribieron verdaderas piezas oratorias o sentidos mensajes y conceptuosos discursos donde predominan los sentimientos y el duelo. En el caso de los Presidentes se leía el *In Memoriam* al momento de develar el retrato en la galería. En otras era leido por el académico de nuevo ingreso que ocuparía el sitial del académico fallecido. En ocasiones el *In Memoriam* se realizó ante la propia tumba, o bien de cuerpo presente en el recinto Académico y era tradición que la Escuela de Medicina se enlutara, acudían alumnos de medicina.

En estos tres medios centenarios, hubo dentro de la Academia de Medicina connotados personajes; fortalecidos líderes, glorias nacionales, combinado con médicos o incluso no médicos que al ingresar a la Academia, se ocultaron. Hubieron algunos que acumularon logros y triunfos, encumbradas posiciones y sin lugar a duda riquezas y fortunas; otros fallecieron humildemente y con carencias, pero todos contribuyeron a la permanencia y persistencia de la Academia Nacional de Medicina a lo largo de 15 décadas.

En estos 150 años la Academia Nacional de Medicina, lo han sido lo académicos titulares y numerarios, los miembros correspondientes, extranjeros u honorarios; sus sesiones semanales, sus congresos, comités, cursos, seminarios y publicaciones, lo hemos sido todos aquellos productivos médi-

cos mexicanos, que hubimos ingresado (o como lo era en sus orígenes invitados a ingresar) y que le hemos dado continuidad, movilidad a veces pasividad, identidad, productividad, imaginatividad y perpetuidad a la Corporación. En las páginas del libro se conocerá que entre los Académicos se generaban vínculos de amistad, compañerismo, identidad, respeto, admiración, trascendencia y muchas otras cualidades y valores que han sufrido altibajos, olvidos, destierros, añoranzas y renaceres. Han habido Académicos que ocuparon la Presidencia en más de una ocasión, hubo un secretario perpetuo, un tesorero con 22 años en el cargo, y en las últimas décadas del Siglo XX; documentados y prolijos Académicos han escrito dos o más *In Memoriam*.

Este libro, el lector, podrá leerlo de continuo, no lo aconsejo, podrá ubicar a sus personajes y repasar lo que en vida fueron, o bien guiarse por el índice, la lectura podrá ser sobre sus seleccionados personajes, podrá motivarse por conocer de sus maestros, condiscípulos o incluso a sus alumnos que fallecieron a temprana edad. Los jóvenes académicos, los próximos académicos y los médicos mexicanos deben considerarlo como un referente, como un cuidadoso muestrario humanístico de lo que es la Academia Nacional de Medicina y a todos los académicos actuales nos servirá de un inventario de pensamientos, acciones, reflexiones, e ideario sobre lo que fue, ha sido y es la Academia Nacional de Medicina y lo que quisiéramos que sea en el futuro. La vida de centenario y medio de años de la Academia Nacional de Medicina es la vida de sus integrantes. El libro ha fortalecido mi orgullo de ser Académico de Medicina.

En los últimos decenios del Siglo XX y hasta el 2013, se cercenó la magnitud de la presentación del In Memoriam a sólo unos minutos, a veces precipitada, mal preparada y la publicación de una página en Gaceta, e incluso el lector en turno no lo entregó se perdieron muchos, In Memoriam imposibles de recuperar. Parecería que la Academia, no que-

ría saber ya nada de sus integrantes después del fallecimiento.

Es prudente mencionar que el material ya publicado en las Gacetas correspondientes es propiedad de la Academia Nacional de Medicina; como lo es este libro, la mayor parte de su tiraje será obsequiado a Académicos y otros que lo soliciten; pero una cantidad va a ser puesta a la venta por *Editorial Prado* para aquellos interesados en adquirirla.

Es una grata consecuencia de este libro, el que La Directiva 2013, modificó la ejecución de las sesiones académicas de la presentación de un *In Memoriam* el horario, duración, formato, reconocimiento. La ceremonia ha retomado formalidad y trascendencia, incrementado la asistencia y el resultado ha sido elogiosamente comentado. Otra secuela de este libro es imprevisible: ¿qué haremos los académicos por la Corporación en las próximas décadas, hasta acercarnos al Bicentenario?.

Me siento muy satisfecho de haber logrado el cometido de la idea de reunir en este libro conmemorativo y recordar con afecto y admiración a través de los *In Memoriam* a los Académicos que nos han precedido en vida, y que al dejar de existir dejaron sus enseñanzas y su estela a la Corporación.

Alejandro Treviño Becerra

Agustín Andrade

Discurso pronunciado por el Dr. D. Rafael Lavista a nombre de la Academia de Medicina, en la velada fúnebre que dedicó esta Sociedad a la memoria del Sr. Dr. D. Agustín Andrade, antiguo presidente de la Academia, profesor de Medicina legal en la Escuela de Medicina, presidente del Consejo Médico legal, y cuya velada tuvo lugar la noche del 3 de mayo de 1887.

Señores:
Resuena aún en este recinto la elocuente palabra de nuestro inolvidable consocio el Dr. D. Agustín Andrade al pronunciar su discurso de inauguración del actual año académico. ¡Cuán lejos estábamos de imaginar siquiera que habría de desaparecer tan pronto de entre nosotros aquel hombre virtuoso que con la lealtad que le era peculiar hacía en breves y sentidas frases el elogio de nuestros queridos consocios los Dres. D. Rafael Lucio y D. Adrián Segura! ¿Cómo habríamos podido suponer siquiera, que aquel ser privilegiado que era la encarnación de nuestra Sociedad, a la que tanto quería, habría en breve de dejarnos para siempre? Y sin embargo, es una triste verdad que le hemos perdido, y que tendremos que confesar con el gran Bossuet: «Que la salud es un nombre, la vida un sueño, la gloria una apariencia, y todo vano en nosotros». Esta melancólica reflexión tiene un lenitivo consolador; los hombres que se van para no volver jamás, si han desempeñado sobre la tierra la misión que les estu-

vo encomendada, nos legan bellos ejemplos que imitar y títulos honrosos que hacen su memoria imperecedera.

A este grupo ciertamente pertenece el Dr. D. Agustín Andrade, y al hacer el elogio que la Academia de Medicina me ha encargado, procuraré desempeñar la honrosa misión que se me confía, poniéndonos de manifiesto los justísimos títulos a que se hizo acreedor el eminente hombre cuya muerte deploramos.

No es, señores, ciertamente, la biografía de mi inolvidable amigo lo que me propongo hacer, no tengo fuerzas para tanto; sería difícil tarea para quien, como yo, le ha tratado íntimamente, le he considerado como un hermano cariñoso, como el mejor de los amigos. Insensiblemente podría resentirse mi discurso de la parcialidad de mis afectos; podría no ser la razón fría y justiciera que juzgara al hombre; muy probablemente sería el corazón el que hablara. Eludo en consecuencia el papel de biógrafo y me concretaré a presentaros al académico, al trabajador infatigable, al hombre de ciencia y al honorable compañero.

El Dr. D. Agustín Andrade tuvo la honra de ser uno de los socios fundadores el año de 1864 de la nueva Academia de Medicina, y en el mismo año le fue encomendado el cargo de segundo secretario, que desempeñó con la laboriosidad que le era peculiar.

El primer trabajo científico que se registra en los anales de nuestra Sociedad, fue publicado en diciembre de 1864 e intitulado: «Epispadias congénita acompañado de extrofia incompleta de la vejiga». Con rara precisión y notoria exactitud describe el autor el vicio de conformación que hizo el asunto de su trabajo: quedan en él consignados los detalles más minuciosos, las más pequeñas particularidades, revelando el espíritu de observación que era una de las cualidades inestimables del Dr. Andrade. Se siente con notoria claridad el juicio recto de nuestro consocio por la apreciación de las circunstancias que contribuían en el caso para hacer el diagnóstico entre la extrofia incompleta y la verdadera extrofia de la vejiga; pero donde resalta marcadamente el genio del cirujano es en la parte relativa al modo de satisfacer la indicación más apremiante del caso: la necesidad de corregir la incontinencia de orina, fenómeno dominante en el enfermo que estudiaba. El aparato ingeniosamente ideado para corregirla revela el espíritu práctico que predominaba en el Dr. Andrade.

El 19 de abril de 1865 leía ante la Sociedad otro trabajo intitulado: «Estudio sobre las cornadas de toro». Este estudio, como lo dice su autor, tuvo por objeto llenar el vacío que existía en aquella época en la ciencia, sobre esta clase de lesiones. En

él se encuentran descritos cuidadosamente los caracteres propios de esta especie de heridas con detalles minuciosos que explican su rareza y las particularidades que las distinguen. No olvida el autor señalar la forma del instrumento contundente y anota con esmero la dificultad que se tiene para apreciar la profundidad por el tamaño aparente de la lesión exterior. Las compara con mucha exactitud a las heridas producidas por los proyectiles de armas de fuego y ensaya explicar la falta de relación entre los desórdenes producidos superficial y profundamente, teniendo en cuenta la forma del instrumento vulnerante, la fuerza de impulsión con que hiere los tejidos y las condiciones particulares de estos que, antes de ceder, ponen en juego toda su elasticidad. Establece con notable precisión los diferentes resultados de estas lesiones según la importancia de los órganos heridos, haciendo notar que cuando el instrumento vulnerante no ha alcanzado ningún órgano importante, las heridas son relativamente benignas, curan casi por sí solas sin ninguna de las complicaciones comunes a traumatismos de esta especie. El tratamiento que aconseja para la curación es eminentemente práctico y conforme con las ideas dominantes en la época en que se escribió el trabajo: recomienda de preferencia la irrigación continua con agua fría, sin dejar de observar los inconvenientes que este medio ofrece cuando se le interrumpe intempestivamente; y tratándose de las lesiones con penetración, cuida de anotar los inconvenientes que resultan de la oclusión de la herida cuando se intenta la sutura; dejando entrever el profundo conocimiento que tenía del carácter de estas lesiones y la solidez de sus conocimientos en cirugía. Termina este interesante trabajo con una observación bien redactada, metódica, precisa, en la que se advierte el espíritu práctico que, muy particularmente para la cirugía, caracterizaba al Dr. Andrade.

Acabo de haceros notar las eminentes cualidades que le distinguían como cirujano, y bien pronto quedarán bien aseguradas con el extracto incompleto e imperfecto que me veo obligado a hacer de los trabajos que hizo el Dr. Andrade en este importante ramo de la ciencia. Por el momento permitidme que, plegándome a las exigencias cronológicas, me separe de esta vía y os presente estudios de otro orden no menos importante y que demuestran que el hombre cuyos méritos señalo era el médico enciclopedista. Lo comprueba así el interesante trabajo publicado en nuestra gaceta el año de 1866, el 21 de marzo e intitulado: «Tratamiento del coriza o catarro nasal por la atropina admi-

nistrada interiormente». Quedan en él consignadas todas las aplicaciones que de la atropina se habían hecho ya en esa época y señalados los efectos fisiológicos de esa substancia con admirable precisión, señalándose entre otros, el que el medicamento ejerce sobre la secreción de las mucosas, punto de vista en el que se colocó el Dr. Andrade para utilizarlo ventajosamente contra el coriza, abreviando así la duración de esta molesta enfermedad. Las múltiples observaciones a que se refiere el trabajo lo comprueban satisfactoriamente, y entre ellas figura la bien importante de la aplicación del medicamento a su misma persona revelando el carácter del hombre honrado y concienzudo que trataba a los demás como se trataba a sí mismo.

Otra circunstancia muy especial resalta en el trabajo a que me refiero; es ésta la discreción, la prudencia para el manejo de substancia tan delicada; lo comprueba así la fórmula que puede leerse en el trabajo y la recomendación especial que hace a los farmacéuticos para preparar soluciones tituladas que puedan manejarse fácilmente, sea cual fuere la vía que deba usarse para su introducción al organismo. Se advierte, en suma, en este pequeño trabajo el juicio especial que distinguía al Dr. Andrade.

Uno de los estudios más importantes que se registran en los anales de nuestra sociedad y que bastaría para hacer una reputación envidiable, es el intitulado «Regeneración de la vacuna» y discusión sobre la vacuna animal a propósito de los interesantísimos estudios que hizo el Dr. D. Ángel Iglesias durante su permanencia en Europa y que comunicó a nuestra Academia el año de 1868. Pocas, muy pocas veces se ha discutido con tanto interés, con tanto calor, con verdadero denuedo cuestión alguna científica. Se trataba de destronar la vacuna humana, se le hacían gravísimos reproches, y se contaba para llevar a buen resultado la empresa con la cooperación de hombres eminentes, con el mismo Depaul, conservador de la vacuna en Francia, el que con su inmenso prestigio había logrado enaltecer la vacunación animal, imponiéndose, por decirlo así, a hombres notoriamente ilustrados, a prácticos distinguidísimos que contribuían a la realización de las miras de Depaul, firmemente convencidos de las doctrinas de aquel eminente práctico. A este grupo pertenecía nuestro inolvidable y distinguidísimo amigo el Dr. D. Ángel Iglesias, importador en aquella época de la vacuna animal y propagador ardiente de las doctrinas del célebre Depaul. La revolución estaba iniciada, los elementos de que se disponía eran poderosos, la causa que se defendía halagadora; así es

que bien pronto el Dr. Iglesias encontró prosélitos cuya importancia científica vinieron a robustecer la idea que defendía. La lucha se entabló y comenzó la más brillante de las discusiones que se registran en nuestros anales, pudiéndosele comparar a esos grandes combates de artillería en los que los adversarios se ametrallan sin poderse medir cuerpo a cuerpo. Andrade; con esa firmeza de convicciones que era uno de los atributos más bellos de su carácter, defendió brillantemente la vacuna humana de los rudos ataques que se le hacían, y con una precisión y claridad admirables, analizó los inconvenientes que pudiera ofrecer la vacuna animal. En el trabajo a que me refiero, campean de manera marcadísima las cualidades que hacían del Dr. Andrade un hombre superior: leal, noble, caballero, delicado hasta la exageración, cuidó con el mayor esmero que su argumentación fuera siempre clara, precisa, demostrativa, sin lastimar ni aun ligeramente la susceptibilidad y delicadeza de sus ilustrados y dignos adversarios. Apasionado en la improvisación, parecía a veces duro; pero una vez que se tomaba el tiempo de meditar y escribir sus ideas, se le veía sereno, tranquilo, juicioso, mesurado y siempre dispuesto a retirar de la discusión todo lo que hubiese podido parecer ofensivo.

La terrible lucha que se empeñó en aquella época puede decirse que no dio el triunfo definitivo a ninguno de los contendientes, sin embargo de que la vacuna animal tuvo una vida precaria que acabó bien pronto con su existencia; pero el tiempo y la observación vinieron a decidir este litigio, comprobando la verdad de las aseveraciones hechas por el recto juicio de nuestro inolvidable amigo el Dr. Andrade, que añadía con éste una página gloriosa a su carrera científica.

La fuerza de la cronología me obliga de nuevo a considerarle como cirujano. Se registra en nuestros anales otro trabajo intitulado: «Atresia cicatricial de la vagina» publicado en octubre de 1868. El hecho clínico es de una importancia excepcional. Intencionalmente omitiré la descripción cuidadosa hecha por el Dr. Andrade, cuyo talento de observación y exactitud nunca desmentidas, son ya conocidas, para ocuparme sólo de señalar a vuestra consideración la sagacidad que se observa en el diagnóstico del caso, y la habilidad singular para concebir y realizar la curación de los graves desórdenes que tan cuidadosamente señala el Dr. Andrade en su comunicación a esta Sociedad. Se advierte desde luego cómo el cirujano prudente ha querido hacerse un camino para la exploración, antes de aventurarse en

una empresa que hubiera podido tener fatales consecuencias, acometida sin discernimiento. El ensayo de la dilatación previa de la insignificante abertura que dejaba el canal vulvo-vaginal acredita suficientemente la prudencia del cirujano en ese caso y realizan su idea, permitiéndole formarse concepto de la conducta que observar debiera ulteriormente. La autoplastia parcial y sucesiva que después intentó corrobora una vez más la rectitud de su juicio, merced a que pudo asegurar el éxito de una curación que hubiera podido comprometerse si se intenta en una sola sesión. Pero en donde se ve del modo más palpitante el genio quirúrgico del Dr. Andrade, es en el estudio del manual operatorio empleado para la autoplastia: este modo de hacer es siempre de circunstancias; los métodos sólo sirven de guía, los procedimientos, es decir, la aplicación de aquellos sólo se hacen cuando el genio los inspira. El verdadero cirujano se acredita como tal cuando realiza empresas del tamaño de la que venimos analizando. ¡Qué inmensa satisfacción ha debido sentir aquel hombre honrado, aquel bondadoso corazón, devolviendo a la sociedad y a la familia aquella desgraciada mujer, merced a su talento y especial empeño!

Una nueva página importantísima de la carrera científica del Dr. Andrade se registra en nuestros anales del año 1870: se intitula: «Cloral. Resumen de los trabajos a que ha dado lugar hasta hoy esta substancia». El recto juicio de nuestro estimable compañero le permitió ver con claridad la importancia de los estudios hechos en Europa en ese tiempo, apresurándose a comunicar a esta Sociedad lo que había de positivo en la materia, no sin haberla ensayado previamente para poder decir en conciencia que la novedad científica era un adelanto positivo en nuestro arte. He dicho, señores, y ponderado, que merced al recto juicio de nuestro distinguido amigo, se hizo conocer ese precioso medicamento entre nosotros, y llamo vuestra atención sobre lo ya asentado, porque su ánimo refractario a las innovaciones, no daba cabida sino a aquellas que estaban, por decirlo así, autorizadas: que reunían todas las condiciones de la rigurosa observación y de la experimentación comprobada. Cuántas de las innovaciones de este siglo, que pudiéramos llamar de los inventos, no fueron aceptados por aquel genio ilustre; muchas, muchísimas podría yo señalar. Pero volviendo a la interesante memoria sobre el cloral, os diré para compendiar: que el estudio es tan completo como podría desearse, que su historia química está perfectamente trazada, que el estudio fisiológico y sus

aplicaciones a la Patología están cuidadosamente redactadas, y que la admirable previsión con que señaló desde entonces las múltiples aplicaciones que tendría en nuestra ciencia, se han realizado del modo más satisfactorio, haciéndonos sentir el inmenso beneficio que su espíritu liberal tuvo en cuenta al compilar todos los estudios de aquella época. Razón tengo, señores, al deciros que este trabajo abrillanta, por decir así, las glorias del Dr. Andrade.

Rápidamente, señores, porque temo cansaros, terminaré la reseña de los trabajos científicos de nuestro malogrado amigo. La memoria que se registra en nuestros anales del año 1871 con el título «Método aislador: sus ventajas y aplicaciones» es otro precioso trabajo que nos ha hecho servicios de una importancia extraordinaria. ¿Quién de nosotros no ha tenido ocasión de emplear el método de Robert Latour que nos hizo conocer el Sr. Andrade? ¿Y quién no se ha sentido satisfecho de los resultados obtenidos? En buena hora que la teoría que le sirve de fundamento no sea satisfactoria, como cuidó de señalarlo el Dr. Andrade, que otro sea el mecanismo que explique la calma de los dolores y la modificación del trabajo flegmásico, no queda menos cierto que la concepción es útil y que debemos al infatigable celo del Dr. Andrade para hacernos conocer lo que la terapéutica tiene de útil en sus aplicaciones, el inmenso beneficio de la que fue asunto del trabajo a que me refiero.

En abril primero de 1874 daba cuenta a esta Sociedad de una interesantísima observación intitulada: «Fractura de la columna vertebral». ¡Cómo quisiera, señores, tener el tiempo a mi disposición para hacer resaltar el mérito indisputable de este estudio, que es por su naturaleza tan difícil; él solo bastaría para hacer la reputación del cirujano más ambicioso. Describe el Dr. Andrade con minuciosa prolijidad el mecanismo que debió ocasionar la fractura. Poco satisfecho de la manera de obrar de la causa traumática, viene a su ánimo la duda sobre la naturaleza de la lesión: se imagina que podría haberse equivocado, y preocupándose con la idea de una luxación de las piezas vertebrales en la región lumbar, ensaya un método de tratamiento completamente original; desgraciadamente para el enfermo se desarrollan los accidentes séptico-urinosos que son tan comunes en las lesiones medulares de razón traumática, y el Dr. Andrade los combate victoriosamente con el genio quirúrgico que le conocemos, asegurando a la orina fácil escurrimiento con la ojalera perineal, en medio de las dificultades a que daba lugar el desgarro de la ure-

tra, que accidentalmente fue hecho por el ensayo de cateterismo de un practicante. La sucesión natural de las cosas en medio de tales dificultades empeoraban la situación del desgraciado enfermo, que terminó por sucumbir. Se hace por el Dr. Andrade la autopsia, conservando la pieza anatómica que fue presentada a esta Sociedad y descrita con ese rigor científico, con esa precisión anatómica que le era tan peculiar, siguiéndose después reflexiones que tienden a establecer la importantísima distinción entre las fracturas de causa directa e indirecta del eje raquidiano, el mecanismo preciso que explica los desórdenes producidos en las fracturas de causa indirecta, y sobre todo la manera de llenar la indicación en cada uno de los casos, haciéndose notar, como ya lo tengo dicho, la idea bien original y positivamente útil de la actitud en que debe colocarse a los desgraciados que sufran la fractura por causa indirecta, y el aparato más apropiado para conservarla por el tiempo necesario a la consolidación.

La indicación para intervenir en los casos de fractura directa permite apreciar cómo es fácil a estos talentos superiores adunar la prudencia y discreción que el cirujano hábil debe tener con el atrevimiento y la audacia indispensables en nuestro siglo para el adelanto de la ciencia.

Os decía, señores, que el trabajo del Dr. Andrade importaba un adelanto positivo para la ciencia, y entiendo que os bastará para tener la misma convicción que yo, meditar ligeramente en la importancia de los puntos que rápidamente a mi pesar os he señalado.

El trabajo intitulado «Nota y reflexiones sobre un caso de crup», mucho menos importante que los anteriores, nos enseña cómo nunca escapaba a la sagacidad del hábil práctico ningún detalle que pudiera tener alguna importancia.

Otro escrito del mayor interés intitulado «Los médicos y la administración de justicia», nos presenta al Dr. Andrade en otra de las faces que le hacían ser extraordinariamente estimado. Respira aquel trabajo la dignidad característica del hombre, la justificación más completa de la rectitud de su espíritu, el interés con que veía los asuntos profesionales, la confraternidad y compañerismo que le hacían ser esencialmente consecuente. No os recordaré sus pormenores, que son bien interesantes, porque temo abusar de vuestra paciencia y porque aún tengo que deciros algo relativo a la vida científica de mi queridísimo amigo. Sin duda alguna lo quebrantado de su salud y sus multiplicadas atenciones no le permitieron escribir para daros cuenta oficial-

mente con otra multitud de trabajos verdaderamente notables que su actividad infatigable le hacía emprender en todos los momentos, y siempre que creía hacer un beneficio a sus semejantes o proporcionar algún adelanto a nuestra ciencia. No me sería posible enumerarlos todos; haría sin duda un trabajo interminable si intentara siquiera relatarlos; muchos de ellos deben estar consignados en nuestras actas, y vosotros recordaréis sin duda que no pocas veces hacía comunicaciones verbales ya a propósito de trabajos personales, ya con motivo de las interesantes comunicaciones que a cada paso se hacen en el seno de nuestra Sociedad por nuestros estimables consocios. Yo, que tuve la fortuna de vivir íntimamente a su lado, deleitándome con la amistad exquisita que siempre me dispensó, trabajando de continuo con él, prestándonos recíprocamente servicios profesionales, puedo permitirme la libertad que os ruego me dispenséis, de haceros conocer al hombre científico en toda su grandeza.

Las primeras operaciones de ovariotomía que he practicado, encontraron en él un útil colaborador que con sus sabios consejos me ayudaba a vencer las infinitas dificultades que a cada paso se nos ofrecían en la práctica de esa operación. Sereno, oportuno, diestro, hábil, encontraba siempre algún recurso para vencer las dificultades. ¡Cuántas veces aproveché una de tantas felices ideas que eran tan comunes a su genio!

Era asunto constante de sus desvelos el tratamiento de las cancerosas. Encargado de un servicio ginecológico en el hospital de San Andrés, no perdonaba medio alguno de los recomendados para la curación del cáncer uterino; recuérdese si no el interés con que empleó el ácido acético durante largo tiempo para la curación de ese terrible mal, ya en aplicaciones tópicas a la superficie ulcerada, ya en inyecciones intersticiales por el método de Luton: siempre tuvo en la mente la idea de la curación del cáncer uterino por la extirpación completa de la matriz; y cuando los trabajos de Gillette le hicieron conocer el nuevo método de histerectomía vaginal, emprendió la operación que desgraciadamente le produjo la erisipela flegmonosa a consecuencia de la cual hubo de desarrollarse la diabetes, esa terrible enfermedad que ocho años atrás venía minando su constitución y debilitando su organismo para determinar su muerte prematura.

Puede decirse con verdad que murió como bueno, sin abandonar ni un instante el honrosísimo puesto de benefactor de la humanidad, a la que prestaba sus importantes servicios a pesar de su quebrantada salud.

Era un ginecólogo distinguido: recuérdese la modificación que hizo del trocar aspirador para vaciar fácil y seguramente los abscesos retro-uterinos.

Pero como he dicho ya, sus conocimientos eran vastísimos: como oftalmólogo era bien reconocida su competencia; fue uno de los primeros que trataron el glaucoma en México por la iridectomía, era hábil operador de cataratas, y fue uno de los primeros, si no el primero, en emplear la canalización metálica del segmento posterior del ojo para la curación del desprendimiento de la retina.

Conocedor como pocos de los adelantos científicos europeos, no perdía ocasión alguna de utilizar los inventos, siempre que juzgaba que podían ser de alguna utilidad.

Fue uno de los primeros en utilizar la ligadura elástica en sus múltiples aplicaciones a la cirugía.

La anestesia rectal etérea fue otro de los asuntos que preocuparon seriamente su atención, y que creo fue usada por él en la primera vez.

Las inyecciones de agua salada en las venas, en sustitución de la transfusión indirecta de sangre, eran otras de sus ilusiones, y varias veces tuve ocasión de acompañarlo a la práctica de esta operación, con notoria ventaja en algunos casos.

En el orden médico no fueron menos importantes los estudios que tuve ocasión de presenciar: recuerdo entre otros la interesante aplicación que hacía a propósito del tratamiento de la histeria y de la histeroepilepsia por la metaloterapia. Preocupado vivamente con las ideas de Buck, y habiendo tenido ocasión de tratar muchas histéricas en el servicio médico de las Vizcaínas, tuvo ocasiones múltiples de ensayar pacientemente los diversos metales que habían sido aconsejados para el tratamiento de ese molestísimo mal, que hace la desesperación de los prácticos: no pocas veces tuve la satisfacción de ver coronados sus esfuerzos y participar con él los sabrosos triunfos alcanzados por la sagacidad y la constancia.

Otros muchísimos títulos podría yo añadir a los ya enumerados; pero bastan sin duda los expuestos para hacer la apología del hombre de ciencia y para justificar la merecida honra que la Academia, honrándose a sí misma, le tributa en esta noche, aniversario de su nacimiento.

Si a estos antecedentes se añaden los méritos especiales de que voy a hacer mención como miembro de esta Sociedad, a la que se consagró con tanto cariño, bien se comprende el ahínco

en concederle las especiales consideraciones con que le distinguió y que siempre desempeñaba con beneplácito universal.

He dicho ya que uno de los primeros puestos que le fueron conferidos fue el de segundo secretario en 1864. Sucesivamente desempeñó la plaza de archivero en 1873; fungió de vicepresidente de 1874 a 1875, como presidente de 1875 a 1876, de 1877 a 1878, de 1879 a 1880, de 1880 a 1881, de 1883 a 1884 y por último de 1885 a 1886.

Tantas y tan innumerables muestras de confianza dadas por la Academia a este hombre respetable, son la mejor demostración de la altísima estima que con tanta justicia le dispensó.

Era su lema el orden, la exactitud, el cumplimiento fiel del Reglamento, llevando a veces su severidad y rectitud hasta la exageración, sin condescender en manera alguna a la infracción de las reglas. Celoso defensor de los intereses de esta Asociación, los cuidaba más que si fueran propios; su afán constante era el perfeccionamiento de la organización de la Sociedad.

La mayor parte de las reformas importantes que figuran en nuestras reglas son obra suya, y siempre cuidaba con su ejemplo ser el primero en la observancia de las determinaciones acordadas.

Uno de los asuntos que más le preocupaba era la decadencia de nuestra Sociedad. Pertenecía a esa generación de hombres para quienes el deber es todo sabiendo cumplirlo con agrado, con satisfacción, más aún, con verdadero cariño. Podía decirse de él que era el último vástago de los fieles, encarnándose de su persona el espíritu de los Jiménez, de los Hidalgo y Carpio y de otros muchos de esos hombres de la generación pasada en los que el espíritu de asociación científica estaba tan arraigado que no entendían cómo podía faltarse al compromiso contraído, sacrificando siempre cualquiera ocupación o trabajo personal al cumplimiento de sus deberes para con la Sociedad.

Noble, humilde, expresaba constantemente en sus discursos el agradecimiento de que estaba poseído hacia sus consocios por las distinciones que se le hacían; señalaba a la vez los vacíos que creyera observar en la institución y alentaba constantemente a los obreros de la ciencia para sostener su espíritu y levantar el ánimo de la Sociedad. Tal era su cariño para ella que cuando estuvo en Europa no olvidó enviarle sus recuerdos afectuosos y sus deseos benévolos por su prosperidad y engrandecimiento.

Júzguese si con estas cualidades no se sentirá el inmenso vacío que ha dejado en la familia científica, que hoy lamenta su

pérdida, el honorable y distinguido Dr. D. Agustín Andrade, a cuya memoria tributamos hoy el merecido elogio.

He procurado, señores, haceros un retrato tan fiel como me ha sido posible, del ilustre muerto. He suprimido a pesar mío muchos detalles indispensables para dejar completa la historia de su vida científica: dispensadme si no he sabido hacerme fiel intérprete de vuestros sentimientos al confiarme tan honorífico encargo; mas sírvame de excusa mi insuficiencia personal y la dificultad inmensa que ofrece la descripción exacta de hombres que, como Andrade, tienen tantos y tan innumerables méritos.

Si con la muerte de Andrade México ha perdido una de sus ilustraciones, recordemos con legítimo orgullo que ella nos pertenece y que la ciencia ha perdido una de sus glorias.

Rafael Lavista

Julio Clement

Con el más profundo sentimiento anunciamos en la primera página de este número, la sensible muerte de nuestro querido amigo y consocio el Dr. Julio Clement, acaecida en Guadalajara el día primero del corriente.

Aún no tenemos pormenores de la enfermedad que lo llevó al sepulcro, pero hacía algunos años que Clement sufría, por cuyo sensible motivo se había separado de nosotros.

El Dr. Clement, médico de la Facultad de París, vino a México hace muchos años y se recibió en nuestra Facultad; ejerció entre nosotros con muy justa reputación por sus notorios conocimientos y su grande habilidad como cirujano, cualidades que, unidas a su carácter amable, franco y leal, le granjearon una estimación extensa y el aprecio de sus compañeros, dándole una posición envidiable. En 1864 fue fundador de la actual Academia de Medicina, en la que desempeñó el puesto de vicepresidente; como socio titular fue asiduo en sus trabajos, y con acierto siempre desempeñó las comisiones que se le confiaron: la Gaceta Médica se honró con sus eruditas producciones, y sus escritos son estimados por el tino con que trataba las cuestiones llevándolas al terreno práctico en que descollaba.

Su enfermedad le hizo emprender un viaje por el Sur de México, en donde halló un campo abierto para sus investigaciones quirúrgicas: practicó varias operaciones que acrecentaron su reputación, prestando un positivo servicio a la clase indigente, a la que siempre atendió con el cariño del verdadero padre y médico.

Regresó a México, donde permaneció poco tiempo, y después salió para Guadalajara a practicar una operación para la que fue llamado; definitivamente fijó su radicación en aquella capital, e infatigable por el trabajo, fundó y sostuvo exclusivamente él, el Repertorio Jalisciense, periódico médico que lo elevó más aún en el ventajoso puesto que ocupaba en la ciencia; el Repertorio Jalisciense es una obra que se debe estimar por la maestría con que está escrita.

No sabemos qué cátedra desempeñaba en el Establecimiento Médico de la Capital del Estado de Jalisco, pero sí llegó a noticia nuestra que se le había confiado una importante, que servía con general aplauso. Era además médico en el Hospital de Belén.

La Academia de Medicina, que acababa de elevarlo a la categoría de socio honorario, deplora su muerte; y mientras el biógrafo que se nombre hace conocer al público médico sus escritos y servicios prestados a la ciencia y a la humanidad, nosotros, como uno de sus compañeros y amigos a quienes Clement distinguió, consagramos estas líneas, débil recuerdo de gratitud y de cariño.

M. S. Soriano.

Guillermo Leonel Chassin

A las seis y media de la tarde del día 30 de octubre de 1881 falleció en esta capital el Dr. Guillermo Leonel Chassin, socio de la Academia de Medicina de México.

El Dr. Chassin se recibió en París, y durante la epidemia de cólera, en 1849, prestó importantes servicios en aquella ciudad, por lo que le fue concedida una medalla.

En 1852, y a la edad de 23 años, vino a México, sufriendo su examen en nuestra Facultad; ingresó como socio en la Sección Médica de la Comisión Científica de México en abril de 1864. Escribió algunas monografías, y entre ellas una sobre el «Pinto».

Durante su larga permanencia en México ejerció con aceptación, obteniendo una regular clientela.

La Academia de Medicina siente la muerte de uno de sus socios más antiguos. D. E. P.

Carlos Alberto Ehrmann

Entre las numerosas víctimas envueltas en la reciente catástrofe de la Francia, tiene la ciencia que deplorar la muerte del Sr. Dr. Carlos Alberto Ehrmann, acaecida en Mans el 1° de enero, a consecuencia de las fatigas del sitio de Metz y de la profunda impresión que hizo en su espíritu la pérdida de esta última plaza, a cuyos defensores daba sus auxilios como médico principal del ejército.

Con este carácter vino a México hace más de seis años en la expedición francesa; y los que tuvimos el gusto de tratarle pudimos apreciar su elevada capacidad, su exquisita instrucción, la caballerosidad de su carácter y la justicia que hacía a los hombres y a las cosas de nuestro país.

En los primeros números de nuestro periódico están las pruebas de la activa y entusiasta cooperación que puso para fundarle, para dar vida y movimiento a la sección médica de la Comisión Científica primero, y después a la Sociedad Médica en que se la convirtió y de la que fue primer presidente.

Los gratos recuerdos que su bello corazón dejó aquí en el de sus amigos hacen hoy doblemente sensible aquella pérdida.

Ignacio Erazo

Tenemos el sentimiento de participar a nuestros suscritores foráneos el fallecimiento del Sr. D. Ignacio Erazo, catedrático de Terapéutica y Materia Médica de la Escuela de Medicina de la Capital.

En la noche del 14 del corriente voló su alma a la mansión de los buenos, dejando un hondo vacío en el hogar, en la cátedra y en las filas de la humanidad.

El Dr. Erazo fue uno de los fundadores de nuestra Escuela: ejerció con aplauso el profesorado durante treinta y seis años; pocos han de ser los médicos mexicanos que no fueron sus discípulos.

El Dr. Erazo se mantuvo constantemente al nivel de los conocimientos recientes, y cuidó con esmerado empeño del lustre de su profesión.

La Escuela de Medicina de México nombró a dos individuos de su seno, los profesores Hidalgo y Carpio, y Rodríguez, para que de acuerdo con el Sr. Director D. José María Vértiz arreglasen unos funerales dignos del nombre y elevada posición social del Dr. Erazo, así como del establecimiento. Los referidos señores cumplieron con su honrosa comisión conforme al siguiente programa:

1. El cadáver embalsamado permaneció depositado en la Capilla de la Escuela hasta el jueves 21 del corriente.
2. Los alumnos internos lo acompañaron en el orden que dispuso el Sr. Prefecto de estudios.
3. El lunes 18, martes 19 y miércoles 20, se celebró el sacri-

ficio de la Misa a las siete de la mañana.

4. El jueves 21, a las seis y media de la mañana, se entonó la vigilia y se celebró una solemne Misa de Réquiem.
5. Concluidas las ceremonias religiosas, se puso en marcha el cortejo fúnebre, y los concurrentes se colocaron como sigue:

Los alumnos del cuarto año de medicina, acompañados de los miembros de la Sociedad «Pedro Escobedo», según ellos mismos lo solicitaron, condujeron personalmente el féretro.

Luego seguía el Sr. Profesor D. Manuel Robredo, catedrático adjunto de Terapéutica y Materia Médica.

Seguían después los alumnos de las Escuelas Nacionales en el orden siguiente:

Escuela Preparatoria, de Artes y Oficios, Comercio, Bellas Artes, Agricultura y Veterinaria, Minas, Jurisprudencia, Medicina, Sres. Profesores de las Escuelas Nacionales, Sres. Profesores de Medicina y Farmacia, Sres. Catedráticos de la Escuela de Medicina, Junta Directiva de Instrucción pública, Sres. Subdirector y Director de la Escuela de Medicina, y Ministro de Justicia e Instrucción pública.

6. Los carruajes se situaron en el orden siguiente: carro fúnebre, carruaje del Dr. Erazo, carruajes de los señores del cortejo.
7. El itinerario fue: Plazuela de la Aduana, calles, 2ª de Santo Domingo, Donceles, Canoa, 2ª del Factor, de León, San Lorenzo, Plazuela de la Concepción de las Hermanas de la Caridad, Puente del Zacate, Calzada de Santa María, Panteón de los Ángeles.
8. Cuando el cortejo fúnebre llegó al Panteón del Santuario de Nuestra Señora de los Ángeles, ocuparon la tribuna sucesivamente, y en el orden en que los colocamos, los oradores que siguen:

Sr. D. Miguel F. Jiménez, profesor de Clínica Interna por la Escuela de Medicina.

Sr. Profesor D. Manuel Peredo, por los profesores discípulos del Dr. Erazo.

Sr. Profesor D. José Olvera, por la Sociedad Médica Pedro Escobedo.

Sr. Profesor Shulze, por el cuerpo médico extranjero.

Alumno D. Ricardo Vértiz, por la Sociedad Filoiátrica.

Alumno D. Antonio Domínguez, por los alumnos del cuarto año de medicina.

Alumno D. Joaquín Vértiz, poesía, por los demás alumnos de la Escuela.

9. Concluidos los discursos y terminada la inhumación, el duelo se despidió en el panteón.

Sr. Rodríguez

Luis Hidalgo y Carpio

La Academia de Medicina de México lamenta con el más acerbo dolor, la irreparable pérdida que ha sufrido el 12 de mayo de 1879 con la muerte de uno de sus miembros más activos, de uno de sus socios que podía servir de tipo para el trabajo, del Dr. Luis Hidalgo y Carpio, su antiguo Tesorero.

Sobre su fosa, recientemente cubierta, sobre esa tumba que encierra unos restos por mil títulos venerados y queridos, la primera Sociedad Médica del país quiso, y debía hacerlo, depositar sus coronas, regar con su lloro esa tierra floja todavía, y dar expansión a sus sentimientos que son unánimes con los de todo el Cuerpo Médico mexicano, por el vacío, difícil de llenar, que en su seno deja el infatigable obrero de la Ciencia Médica nacional.

Honrar su memoria, era un deber a que Hidalgo y Carpio se hizo acreedor en vida; y cumpliendo este sagrado sentimiento, la Academia dispuso celebrar una velada fúnebre el 14 del mes corriente, en el salón de sus sesiones, donde la autorizada palabra de Hidalgo y Carpio se hizo oír tantas veces, y donde había sido otras muchas escuchada con respeto.

Una Comisión, compuesta de los Dres. José María y Agustín Reyes, e Ignacio Capetillo quedó encargada de llevar a cabo la solemnidad, a la que fueron invitadas las Sociedades y Corporaciones a que el finado había pertenecido; otras invitaciones, lujosamente impresas, fueron repartidas a las personas notables.

El salón de actos de la Academia, que ocupa un departamento de la Escuela de Medicina, fue arreglado convenientemente;

sus asientos se enlutaron; más de ochenta luces iluminaban aquel recinto, y las bujías, así como los candelabros, repisas y demás adornos, tenían lazos de crespón negro; las puertas y ventanas estaban simétricamente cubiertas por cortinajes negros; en el fondo del salón, y arriba de los asientos principales, se había colocado un retrato fotográfico amplificado del sabio médico-legista, bajo un pabellón de negra gasa; de allí partían simétricamente alternando con las luces nueve coronas de ciprés enlutadas.

A las ocho menos cinco minutos se presentó el G. Ministro de Justicia e Instrucción pública, y acompañado al salón por la Comisión respectiva, tomó el asiento de la presidencia; a sus lados se colocaron sucesivamente el Vicepresidente de la Academia, Dr. Rafael Lavista, el Director de la Escuela de Medicina, Dr. Francisco Ortega y dos de los hijos del finado en representación de la familia.

A las ocho en punto comenzó la velada.

Ocupó la tribuna primero el Dr. Agustín Andrade como representante de la Escuela de Medicina; su discurso, conciso, sencillo, con el sello de la verdad histórica, de un estilo fácil y persuasivo, se limitó sólo a enumerar los servicios que Hidalgo y Carpio prestó a la Escuela de Medicina en el período en que a ella había pertenecido.

Le siguió el Dr. Gustavo Ruiz y Sandoval como representante de la Academia de Medicina; trazó, con prolijos detalles, los principales datos biográficos del finado, enumerando los hechos de su carrera médica, los puestos que ocupó, los trabajos que vieron la luz pública, y por último, los servicios que a la Ciencia y a la humanidad había prestado durante su vida. EI Dr. Ruiz y Sandoval hizo más de lo que podía en el corto tiempo que tuvo disponible para la formación de su discurso biográfico.

Continuó el Dr. Ildefonso Velasco, representando al Consejo Superior de Salubridad; hizo presente en su corta alocución el sentimiento de que estaba poseído aquel Cuerpo por la pérdida del que había sido su miembro.

Le sucedió en la tribuna nuestro inspirado vate el Dr. José Peón Contreras; como siempre, estuvo a la altura a que ha sabido colocarse: sus sentidos versos, en los que a la vez campean la fluidez y la ternura, conmovieron visiblemente al auditorio.

Siguió el joven Dr. Manuel Rocha, llevando la voz de la Asociación «Larrey». Rocha, que posee un don especial para tocar las fibras más delicadas del sentimiento, que sabe despertar la

ternura llamando al corazón, no desmintió en su breve discurso su fama justamente adquirida.

Un hijo del estado de San Luis Potosí, el inspirado joven poeta José Ramos, ocupó luego la tribuna, representando a la Sociedad Filoiátrica; en sus cadenciosos versos patentizó los más nobles sentimientos, y tuvo concepciones verdaderamente felices.

El Dr. Lázaro Ortega, en frases sencillas y conmovedoras, elogió las virtudes filantrópicas del Dr. Luis Hidalgo y Carpio, llevando la palabra de la Sociedad Médica de Beneficencia.

La Sociedad de Farmacia envió como su representante al Sr. Francisco Patiño, quien manifestó la pena de que dicha Sociedad estaba poseída con la pérdida de uno de sus miembros más asiduos, y al que en su mayor parte debe la publicación de la Nueva Farmacopea.

Ocupó último la tribuna el Dr. José Palacios, como representante de la Sociedad Médica Pedro Escobedo.

Los representantes del hospital Juárez, de la Sociedad de Geografía y Estadística y de la Sociedad «Humboldt» fueron llamados, y tuvimos el sentimiento de no verlos ocupar el puesto que en la tribuna tenían designado.

Uno de los hijos del Dr. Hidalgo y Carpio dio las gracias a la Academia a nombre de la familia.

Tal vez el mal tiempo influyó para que la concurrencia no fuera la que se esperaba; no obstante, veíanse vestidos de riguroso luto los principales médicos de nuestra facultad y varias personas distinguidas.

A las nueve y veinte minutos de la noche la concurrencia se retiraba silenciosa.

La Academia de Medicina de México cumplió con un deber, a la vez que triste, grato. Si ha perdido a su obrero más laborioso; si ve entre sus asientos uno vacío que difícilmente llenará; si en sus lucubraciones médicas no será ilustrada por la voz competente y sano criterio de aquel a quien tanto debió en vida, le tendrá en efigie siempre presente en su recinto; se inspirará en su archivo, consultando los numerosos trabajos que llenan las hojas de la Gaceta, y siempre y por siempre tendrá presente la voz del maestro, la ternura del amigo y la laboriosidad del socio que tanto hizo por engrandecerla y prestigiarla.

Manuel S. Soriano

Miguel Francisco Jiménez

El triste acontecimiento que hoy nos congrega en este recinto, donde tantas veces se ha escuchado la voz de la ciencia, me obliga a llevar la palabra a nombre de la Academia de Medicina, que, como la Escuela, cambia hoy su traje de gala por un fúnebre crespón, y las expansiones de gozo por las lágrimas de dolor. Frente al cadáver de D. Miguel Jiménez nuestra voz enmudece, el estupor se pinta en nuestro semblante y sólo lanzan nuestros pechos ayes doloridos.

El golpe que la muerte ha llevado sobre su cabeza, sólo ha herido a la sociedad en que vivía, a la ciencia que cultivaba y a la humanidad doliente, a cuyos intereses estaba consagrado; porque el genio nunca muere.

Las generaciones se suceden; la parte material del hombre sufre mil transformaciones en sus elementos; los cataclismos parecen destinados a reducir a la nada a las naciones; los sistemas suelen deificar los errores por algún tiempo, velando momentáneamente la verdad, y sin embargo la armonía del universo subsiste, y la verdad reaparece con más esplendor, proclamando siempre la ley indestructible del progreso. Para este trabajo de la naturaleza, conservador y regenerador a la vez, designa la Providencia hombres de genio, encargados de cumplir con sus altos designios, que de en medio de los escombros saquen los elementos de reconstrucción física y moral en beneficio de la humanidad. Este honroso papel tocó a Jiménez.

Nacido en una época en que la medicina mexicana apenas podía llamarse ciencia, ¿quién podría prever que sería con el tiempo una de las columnas más sólidas de su hermoso templo? Una docena de hombres filantrópicos, llenos de abnegación, ávidos de ciencia, celosos del buen nombre de la patria, y amigos sinceros de la humanidad, empuñaron la bandera de la reforma médica, y luchando con tropiezos casi insuperables, erigieron nuestra Escuela, que hoy es respetada por los pueblos más cultos. Allí comenzó la carrera gloriosa de Jiménez: dotado de un talento observador y un juicio recto, pronto se hizo admirar de sus condiscípulos, y considerar de sus maestros; y al terminar su brillante carrera fue nombrado miembro adjunto de esta Escuela: si la justicia y la admiración colocaron temprano sobre sus sienes este merecido lauro, la noble emulación y el reconocimiento pagaron con usura el beneficio.

Yo no quiero trazar uno a uno todos los rasgos principales del profesor; me basta contemplarlo en su nuevo destino al frente de sus alumnos, observando minuciosamente a los enfermos; nadie antes que él había dirigido a la juventud a descubrir con precisión el sitio y la naturaleza de una enfermedad, haciendo aplicaciones de los conocimientos en todos ramos de la medicina, para fundar el diagnóstico, que la inspección del cadáver siempre comprobaba; él enseñaba prácticamente a hacer la conveniente aplicación de los sentidos al conocimiento del mal; la palpación y la auscultación fueron en sus manos antorchas luminosas, que alumbraban casi con la claridad meridiana el obscuro sendero del diagnóstico. Él podía con razón enorgullecerse de ser el creador de la clínica interna en nuestro país, y de haber formado centenares de verdaderos médicos, que, con pleno conocimiento del mal, supieran dirigir la curación de sus enfermos. ¡Cuántas víctimas del error no ha arrebatado a la muerte esta enseñanza! ¡Cuántas indicaciones precisas llevadas a la cabecera del enfermo por este medio! La severa e inteligente interpretación de todos los signos observados, completaban este estudio fecundo en aplicaciones: Jiménez había formado en el examen de los enfermos, verdaderas fórmulas algebraicas, de resultados precisos siempre que los datos del problema eran exactamente tomados.

Pero si en este puesto se había hecho acreedor a la inmortalidad, timbres mucho más gloriosos le esperaban en el seno de las Academias, en las discusiones familiares con sus amigos, en las juntas médicas de la práctica civil y en las consultas de las autoridades. Llenas están las publicaciones científicas del fruto

de sus lucubraciones, y cada uno de sus escritos revelan al profundo pensador y al médico inteligente.

Amante del progreso, no lo comprendía como esos hombres superficiales que pretenden establecer un ridículo antagonismo entre los antiguos y los modernos, sino que, encadenando los tiempos, seguía el consejo de un célebre escritor médico contemporáneo: «Subir sobre los hombros del gigante de ciencia formada por los siglos para ensanchar los horizontes y observar lo que se había ocultado a la vista de tantos sabios». Los escritos de Jiménez vivirán a través de los tiempos como unas joyas preciosas, nunca manchadas por el espíritu de sistema, por la ligereza o por los extravíos de la imaginación; porque son el reflejo purísimo de la verdad y la inducción severa de la lógica. ¿Quién no ha estudiado su notable opúsculo sobre el tabardillo de México? ¿Quién no se ha inspirado en sus lecciones clínicas sobre los abscesos del hígado, que han introducido una verdadera reforma en la ciencia, y que después de él han adoptado en Europa y América los hombres que van al frente de la civilización? ¿Quién no ha admirado sus observaciones sobre la embolia intestinal y los felices resultados obtenidos por un método nuevo, sencillo y eminentemente práctico? ¿Quién no ha admirado el espíritu severo de observación que ha precedido al estudio del mal de Bright y las diferencias anatomo-patológicas que ofrece entre nosotros?... Interminable sería referir uno a uno los concienzudos trabajos de nuestro ilustre compañero: todos contienen útiles lecciones y casi no hay uno solo, en donde no se consigne una idea nueva de verdadero adelanto. Así comprendía el progreso. Huyendo de las exageraciones de secta, y sujetando al crisol de la crítica todas las innovaciones, desechaba los sueños dorados de entusiastas escritores, y adoptaba únicamente aquellas reformas que la experiencia patria comprobaba. La medicina de Jiménez no era la planta exótica traída de otras naciones a nuestro suelo sin preparar el terreno y estudiar los elementos de su aclimatación; comprendía que así como cada región y cada clima tienen sus elementos de existencia diferentes, y la vida fisiológica de cada pueblo es diversa, su patología debería estar sujeta a la misma ley, y los rastros de algunas enfermedades comprobaban su previsión. En la formación de la medicina mexicana, que imperiosamente demanda el alto lugar en que se ha colocado entre nosotros esta ciencia, y que un día se consumará, no serán estériles las observaciones de Jiménez.

La Academia de Medicina de México, entre cuyos miembros siempre ocupó un lugar distinguido, deplora amargamente su

pérdida: un vacío difícil de llenar queda en su seno; desapareció para siempre el sabio que ilustraba con frecuencia las más delicadas cuestiones: el hombre constante que a despecho de todos los obstáculos conservaba el fuego sagrado; el asistente asiduo y laborioso que satisfacía todas las comisiones que se le encomendaban con el afanoso empeño y la conciencia estricta de un deber; el inteligente operario de los intereses de la humanidad de que con tanta frecuencia se ocupaba esta corporación; el médico digno y desinteresado, que sólo aspiraba a elevar nuestra profesión a un sacerdocio sublime. La página que esta Sociedad consagra a su memoria, escrita con caracteres de oro, será tal vez la más gloriosa de sus anales. Ella mide la intensidad de su dolor por la magnitud de su pérdida; y cada uno de sus miembros en el fondo de su corazón, erige un templo dónde rendir su culto al saber de su antiguo presidente.

La gratitud y la admiración demandan este homenaje; porque si el Académico era digno de él, el comprofesor tenía sobrado derecho a nuestro reconocimiento. Maestro de muchos, compañero de estudio de otros, amigo fiel y sincero de algunos, casi todos hemos tenido que ocurrir alguna vez a sus consejos, para aclarar puntos dudosos de diagnóstico, en el ejercicio de nuestra profesión.

La gloria había circundado su cabeza con los mil laureles conquistados a fuerza de estudios y trabajos en el recinto de su gabinete en sus discusiones en la sociedad familiar y a la cabecera de los enfermos; y no había una sociedad que no lo contara entre sus miembros y en donde no fuera justamente respetado. Su nombre y escritos traspasaron los mares y los anales de la comisión científica de Francia, y algunas publicaciones europeas honraron sus páginas con sus escritos. Jiménez había conquistado su puesto en el templo de la inmortalidad: se había formado el hermoso pedestal de su gloria, y para colocar sobre él su gigantesca figura, era preciso que la muerte lo arrebatara de nuestra vista. Tres astros de primera magnitud han desaparecido en espacio de dos meses: Andral en Francia, Vértiz y Jiménez en México.

Al concluir su misión sobre la tierra nuestro querido compañero, dejó en herencia a la generación actual la abundante cosecha recogida en medio siglo de estudios y trabajos: pasó a ocupar un lugar distinguido en la historia; y con la conciencia tranquila y la fe ciega del creyente, imploró misericordia de Aquel que ha ofrecido que el que creyere en él no perecerá. Esa

tumba que nos llena de terror no es más que el vestíbulo que abre la entrada al templo de la inmortalidad, y el lecho en donde con santa resignación sufrió Jiménez agudos dolores, el principio de la escala que conduce al cielo. Hoy es el día de su triunfo.

Limpiemos nuestros ojos de esas lágrimas que nublan nuestra vista, y en vez de los sollozos y suspiros con que turbamos la paz del sepulcro, reguemos su tumba de flores, adornémosla de guirnaldas, y quememos sobre ella gratos perfumes.

Si la inmensidad de nuestra pérdida nos arroja en el abatimiento y el dolor, el recuerdo de la vida de Jiménez nos reanimará en nuestros trabajos procurando imitarlo. En vez de perder la rica herencia que nos ha legado, hagámosla productiva, dejando nuestro contingente a las generaciones que nos sucedan.

Ya no podremos oír de su boca yerta y sin vida las profundas reflexiones del eminente académico ni del sabio maestro; pero tendremos consignados en sus escritos, luminosos conceptos que nos sirvan de guía en nuestras investigaciones. No tendremos un modelo vivo que imitar, pero su brillante historia nos deja trazadas las huellas que debemos seguir.

El tránsito de Jiménez de esta vida a la inmortal, es un ejemplo palpable de que el mérito se hace siempre lugar aun en medio del fango de las pasiones humanas. Ante ese cadáver, a quien no llegan el hálito ponzoñoso de la envidia, y de quien nada tiene que esperar la adulación, se agrupa toda la Sociedad Mexicana, todos los cuerpos científicos y lo más selecto de nuestra capital, y vienen a tributar el respeto y la admiración que supo conquistarse con sus hechos.

La Academia de Medicina, herida profundamente en sus más caras afecciones, también se asocia al fúnebre cortejo, y coloca sobre su tumba un inmarcesible laurel, haciendo un juramento sagrado de corresponder con sus hechos el noble ejemplo de su compañero; y al dejar consignado en sus anales el nombre de Jiménez, lo circundará con la corona de admiración que los estudios y trabajos de sus miembros formen, siguiendo su ejemplo.

José María Reyes

La pérdida del sabio profesor de Clínica que con profundo sentimiento anunciamos, es irreparable. Consagrado muchos años al estudio de este importante ramo de la Medicina, habiendo adquirido en él un hábito y una seguridad que sólo el tiempo y una dilatada experiencia pueden dar, su muerte viene a dejar un vacío que en muchos años no podrá llenarse.

El Dr. Jiménez fue varias veces Presidente de la Academia de Medicina: su asiduidad en el trabajo, su palabra fácil y amena, sus conocimientos prácticos indisputables, hacían que las sesiones que él animaba con su presencia nunca languidecieran.

La Academia de Medicina nombró a su Vicepresidente para que la representase en los funerales que tuvieron lugar el día 8 del presente en el salón general de la Escuela de Medicina. A las dos de la tarde de este memorable día, una numerosa concurrencia, compuesta de lo más escogido de nuestra sociedad, llenaba el salón de la Escuela, donde desde el día 4 estaba depositado el cadáver.

El duelo era presidido por el Sr. D. José María Iglesias, acompañado de los Profesores de la Escuela.

Cada una de las Sociedades científicas de la capital envió un representante que pronunció un discurso en merecido elogio del finado. Hemos tenido la fortuna de reunir la mayor parte de estas piezas literarias, y las publicaremos en nuestro próximo número.

Concluido este acto, los alumnos de la Escuela de Medicina tomaron en hombros el cadáver, y organizada la comitiva fúnebre se dirigió por las calles de los Sepulcros de Santo Domingo, Santa Catarina, etc., hasta Santa Ana; allí fue colocado el ataúd en el carro; el cortejo ocupó los carruajes, encaminándose a la ciudad de Guadalupe Hidalgo, en cuyo panteón se verificó el entierro.

La muerte del Dr. Jiménez va a ser sentida en toda la República; pues desde California hasta Yucatán están esparcidos sus numerosos discípulos, que consagrarán sin duda a su memoria un recuerdo de gratitud.

El Dr. Jiménez nos ha legado el blasón de su renombre médico, unido para siempre a las glorias nacionales. Sus altas prendas de carácter y entendimiento resplandecen ya con la luz serena que brota de las tumbas gloriosas.

Como amigo tierno y constante, su imperecedero recuerdo tiene un altar en nuestro corazón.

Rafael Lucio

Velada fúnebre en memoria del doctor don Rafael Lucio, que tuvo lugar en el salón de sesiones de la Academia de Medicina, la noche del 2 de septiembre de 1886.

Señores:

Grande es el dolor que experimentamos siempre que la muerte descarga su inexorable golpe sobre un ser que nos es querido; pero más se acrecienta, más duro y terrible nos parece cuando, reunidos en familia, evocamos la sombra del difunto para mirarle a la luz de los recuerdos. En tal situación se encuentra la Academia de Medicina al reunir en torno de esta tribuna que por su encargo ocupo, a la familia médica que busca y no encuentra, ni encontrar puede ya, al honorable hermano a quien estimaba con estimación sincera, a nuestro digno consocio, al venerable Profesor D. Rafael Lucio.

Y si es grande el dolor que la Academia padece al sondar con la reflexión el hueco inmenso que en su seno ahondara la mano de la fatalidad, no es menor ciertamente el que sufre quien por honrosa, aunque no acertada elección, es en estos momentos su órgano humilde. Allá, en la mañana de mi vida, cuando mi cielo se engalanaba con áureos y rosados celajes, y merced a sus cambiantes luces, resolví entrar a la senda que más bella y florida parecióme, fue de los primeros en dirigir mis pasos el profesor Lucio; y merced a su enseñanza, vi los cardos que entre las flores se esconden. Más tarde, cuando el sol de mi existencia era un

sol de mediodía, encontré de continuo al que fue mi maestro, en amigo fiel tornado, y en consejero prudente. Y al atardecer mi día, al bañarse en vespertino crepúsculo el mustio campo de mi oscura historia, vi moribundo al sabio maestro y buen amigo, que al darme su postrer ¡adiós!, aún tuvo para mí palabras de benevolencia. Infiérese por ende, lo difícil de la situación en que se halla quien de tantos servicios y favores ha larga deuda respecto al hombre cuya memoria nos reúne, y cuán difícil será me levante a la altura de mi justo duelo.

Así, indicada la disposición en que nuestro ánimo se encuentra; ¿cómo dar principio a un discurso cuyos conceptos debieran ser a veces gemidos y en otras veces vigorosa expresión de complacencia? ¿Cómo ordenar en razonadas frases el torbellino de ideas suaves y dulces las unas, amargas y desconsoladas otras que, como en delirante consorcio, se agitan en el cerebro?

Recordar que nos perteneció por el corazón y por la cabeza, aquel en quien encontraba su encarnación más perfecta el sentimiento del deber; pensar en que estrechamos una y más veces aquella mano generosa y franca; traer a la memoria sus palabras empapadas siempre en suavísima bondad; figurarse que, como en antes, ocupa su sillón académico e ilustra los debates con los razonamientos claros y precisos de su sólido saber; todo esto suma una satisfacción que, si carece de idioma para significarla, siéntese en cambio que trae al alma el sabor de un deleite que tiende a exhalarse en plácidos cantares.

Pero cuando la reflexión nos advierte de que nuestro compañero y amigo, nuestro distinguido colaborador y eminente consejero yace durmiendo perdurable sueño; que nunca volveremos a verle unido a nosotros por útiles e interesante pláticas; que no más le admiraremos, ni otra vez recibirá nuestros plácemes y aplausos como cuando le escuchábamos atentos; ahora que el terrible nunca vibra en nuestros oídos con el tétrico estremecimiento de la campana que dobla, siéntese nuestra alma enferma de indescriptible tristeza, anúdase la voz en la garganta, vienen a los ojos lágrimas, y con el dolor presente se empaña, si no se borra, el recuerdo de la felicidad pretérita.

Acaso no sea yo en estos momentos la persona apropiada para juzgar con filosófico criterio de esos cambios de luz y sombras que hacen el panorama de nuestra mansión en la tierra, por haberme arrebatado la muerte no ha muchos días, como a traición y sin que yo lo previese, a mi buena esposa, a la abnegada compañera de mis trabajos. Doliente de mortal melancolía

por suceso para mí tan doloroso, paréceme desierto el mundo y hasta la luz que recibe la encuentro amarillenta y triste, arde mi pensamiento con el apagado brillo de lámpara sepulcral, pierde su vigor mi espíritu, y en el desmayo consiguiente a situación tan penosa, sin poderme elevar a apetecida altura, acude a mi mente este vulgar gemido: ¿por qué la muerte, esa deidad implacable y ciega, hiere atropelladamente a la piadosa Creusa que lleva consigo los penares de la familia, al filántropo dispensador de bienes, a los inútiles y a los que por sus vicios y delitos forman la escoria social?

Los que hicieron de su vida rica urdimbre de costumbres y al férreo yunque de labor científica expusieron las horas de su vida; los que, como Lucio, miran en todo hombre un hermano merecedor de benevolencia y cariño, y en su corazón encarnan el amor de una familia, haciendo del universal aliento, el aliento que les es propio, debieran ser respetados por la muerte hasta llenar por completo su misión sobre la tierra.

Que nuestro difunto consocio está comprendido entre estos seres que la sociedad estima y reclama, bien podemos demostrarlo imitando las sanas costumbres del antiguo pueblo egipcio que erigía especial jurado para juzgar de sus muertos y resolver en definitiva si por sus hechos hiciéronse dignos de la perpetuidad del nombre o debieran ser relegados a perpetuo olvido. Volvamos para ello nuestras miradas hacia los comienzos de la vida pública de Lucio, y sigamos en cuanto posible sea las huellas que dejó impresas en el camino que anduvo.

Dedicado a los estudios desde una edad temprana, se hizo notable por la claridad de sus concepciones y por la madurez de sus juicios, obteniendo siempre en sus cursos la calificación suprema. Tras lucido examen obtuvo el titulo de médico y cirujano, consagrando desde entonces sus vigilias todas y todo el inflexible temple de su carácter a impulsar la ciencia de la que era por vocación sacerdote. En fuerza de este afán se hizo desde luego de numerosa clientela, que sirvió con desprendimiento y solicitud, sacrificándole sus gustos y sus horas de reposo; atravesó epidemias durante las cuales fue el amparo de los pobres y el consuelo de los ricos; hizo especial estudio de la lepra que aflige y mata a muchos infelices, vistos hasta él con la repugnancia que inspira el miedo al contagio y vuelto desde él a la comunicación con el resto de los mortales; dos veces pasó los mares con el solo objeto de visitar las escuelas médicas de la culta Europa, demostrando a su regreso todo el provecho que de tales expe-

diciones obtenía; fue, en una palabra, un médico empeñoso y activo, desinteresado y probo, severo hasta para consigo mismo, pero lleno siempre de bondad, muy especialmente respecto de los humildes.

Desde que comenzó su práctica quiso no guardar egoísta todo el saber que adquiría, ni que en su cerebro cristalizasen con el frío de la edad las ideas que en sus lucubraciones concebía o tomaba de otros en su solitario estudio, sino que se transmitiesen a inteligencias distintas, para que así, cultivadas por varios, se fuesen perfeccionando. Con tan noble propósito, sostuvo lucido certamen científico, aspirando a una de las cátedras más importantes, la de Patología interna, que obtuvo y desempeñó hasta su muerte, formando rica y dilatada cauda de médicos, que siguen con fe la luminosa estela del barco en que bogaba el maestro por el inconmensurable mar de la ciencia.

Y no bastando la posición ganada a su espíritu comunicativo, a su insaciable sed de progreso, contribuyó con valiosísima cooperación a formar la Asamblea Médica que en esta vez me distingue nombrándome su intérprete; la presidió dos veces, una en el año de 1869 y otra en el de 80 a 81; en el 64, la misma Corporación, estimando en todo su valer la honorabilidad de tan distinguido miembro, le nombró su tesorero; hizo varios dictámenes y lecturas de observaciones importantes, y así cuando presidía los debates como cuando ocupaba modestamente el sillón académico que honró tantos años, era su palabra luz y era su consejo el blando impulso de una aura cariñosa, que sin provocar borrascas, y apartándonos de los escollos, nos llevaba al porvenir.

Anciano ya, y fatigado quizá de su vida militante, a la que nunca dio tregua ni reposo, aún concurría a las sesiones de la Academia, aún tomaba participación activa en nuestras labores, aún buscaba nuestras manos con las trémulas suyas para estrecharlas con efusión, siempre que nos encontraba en el camino del deber; aún nos alentaba, por último, con su voz y con su ejemplo, a perseverar sin miedo en el áspero sendero en que nos colocó el destino.

Fuera incompleto en el desempeño de mi encargo si a la zaga de mis anteriores palabras que hacen referencia al sabio, no pronunciase algunas más respecto al hombre visto bajo su aspecto social.

Bondadoso por naturaleza, reservado por educación, nimio en el cumplimiento de todo compromiso, sobrio y sencillo en sus

Academia Nacional de Medicina

hábitos y gustos, dulce en su trato, pero teniendo en su dulzura algo de grave, majestuoso e imponente; amante de la familia, de la patria y de la libertad; cristiano sin ostentación ni hipocresía; de genio artístico y hábil apreciador de las obras de arte, era su vida como una corriente de mansas y transparentes aguas que enseña las perlas y corales de su fondo a la vez que copia las maravillas del cielo.

Y si a todo esto se agrega el santo y sereno amor que hacia la Patria ardió siempre en el corazón de Lucio; si añadimos, lo que no es mucho decir, que en aras de este último sentimiento hubiera sacrificado sin vacilación sus ricas colecciones artísticas y arqueológicas, su título de médico que estimaba en tanto, su fortuna toda y hasta su vida, que era la vida de su familia y amigos, más y más se aquilatan aquellos merecimientos de que hice rápida mención.

Por amor a la Patria fue extraño siempre a nuestras revueltas políticas; jamás pasó del terreno que le pertenecía como médico hacia aquél cuyas arenas abrasan y en el que las discusiones son tempestades que lastiman cuando no matan con el rayo de la palabra y se desatan al fin en lluvias torrenciales de lágrimas y sangre. Tuvo sin duda sus opiniones propias en lo que se refiere a la marcha política de los sucesos; mas siempre que los bandos se armaron para dirimir sus funestas querellas en el campo de batalla, Lucio era el médico de los unos y de los otros; a la cabecera del herido no inquiría su manera de pensar, ni si el arma esgrimida lo fue por ésta o aquella mano, para en definitiva asistirle o abandonarle; era el sacerdote que prodigaba confortable bálsamo a todos los que sufrían.

Pero si peligraba la autonomía nacional como en tiempos de ominosa recordación, entonces ya no se embelesaba tanto en sus estudios, como el que trazando líneas no sintió la ruina de su patria; sino que, a semejanza de Sócrates, a quien no impidió fuese un gallardo soldado toda su filosofía, se aprestaba generoso a confundir su sangre con la del pueblo que sucumbía por débil. Recuérdese que en el año de 47, cuando nuestros soldados abandonaban sus últimos baluartes, dejando tendidos en el campo batallones enteros; cuando el pánico se difundía en la capital por entre acaudalados y menesterosos; cuando nuestro espléndido cielo fue velado por las luctuosas alas del ángel de la desolación, y nuestras auras se estremecieron con ¡hurras!, que eran aullidos, y proyectiles que se cruzaban en direcciones distintas, nuestro patriota compañero, lleno de abnegación, de-

nodado como un héroe, atravesó por entre las filas enemigas para llegar a Chapultepec, donde se sostenía la última escena de aquel drama sangriento, donde se agitaba con las convulsiones de la agonía nuestra nacionalidad, herida por último en su más tierna y delicada entraña.

Envolvamos este recuerdo con el sudario de nuestro muerto amigo; no agravemos el dolor presente desgarrando otra mal cicatrizada herida; y, fijándonos en nuestro asunto, no apartemos la vista de la augusta sombra de Lucio que nos está presidiendo.

La sombra, sí, porque aquel hombre tan vigoroso en el trabajo que desde joven se impuso, que derramó por entre la multitud suma inmensa de beneficios, que fue padre tan tierno, tan leal amigo y tan buen patricio, doblegóse un día al mal que le aquejaba, comprendió que epilogaba su historia, y encerrándose entonces en el templo de su conciencia tranquila, de continuo iluminada por espléndidos albores de una idealidad cristiana, entregó al ángel de la muerte su cuerpo que no pudimos ¡ay!, defender con todos nuestros esfuerzos los amigos que le rodeábamos, ni su numerosa familia con toda la solicitud del amor más tierno.

Murió como había vivido: lleno de entereza, inflexible en sus resoluciones, ejerciendo sin galas aparatosas los consoladores preceptos de su creencia; envuelto, podemos decir, en el níveo manto de su modestia, y coronado por la más envidiable de las coronas todas, por la del respeto de cuantos le trataron.

Así expuestos al correr de una pluma convulsa por el dolor, los títulos con que el venerable difunto reclama de nosotros imperecedero recuerdo; dibujado como toscamente queda el sello de grandeza que a sus actos impuso quien fue mi venerado maestro, mi compañero y amigo, ¿decid si no hay razón bastante para que, como yo, la sociedad entera deplore no contarle más entre los seres vivientes, y para que con especialidad la Academia de Medicina no enlute sus salones y convoque a los amigos a esta sesión de recíproca condolencia?

Queda en el seno de Dios, alma noble de Rafael Lucio. Pertenece a la historia tu vida que fue tan breve, vista su gran importancia, y queda para nosotros tu memoria imperecedera como magnífico ejemplo de conducta social.

Verterá el tiempo sus bálsamos propiciatorios sobre nuestro corazón doliente; la muerte nos arrebatará a todos nosotros tarde o temprano; pasarán las generaciones y con éstas sus obras de argamasa y de granito, porque nada hay estable ni duradero

en nuestro mísero planeta, porque la mano del tiempo todo lo arranca de cuajo y lo destruye todo; pero a pesar de esa eterna mutación de las escenas de la vida; en contra de ese oleaje agitado de continuo, que es símbolo de la humanidad en marcha, permanecerá enhiesta o inconmovible la roca de la historia, en la que figurará entre venerandos nombres el nombre de Rafael Lucio.

Manuel Domínguez

Victoriano Montes de Oca

El día 5 del corriente falleció en esta capital el distinguido farmacéutico D. Victoriano Montes de Oca. Modesto, instruido, probo e infatigable en el ejercicio de su profesión, logró, a fuerza de trabajo y de constancia, elevar su Establecimiento de Farmacia, a la altura de los mejores de su género, siendo unánimemente recomendado por todos los médicos de la capital. Su muerte deja un vacío notable y difícil de llenar entre los farmacéuticos mexicanos.

Academia Nacional de Medicina

Luis G. Muñoz

El día 19 de septiembre, a las 2 de la mañana, murió el señor doctor don Luis G. Muñoz, miembro fundador de la Academia de Medicina de México; ex catedrático de Patología externa en la Escuela Nacional de Medicina, y cirujano del Hospital de San Andrés.

Del seno de la Academia de Medicina acaba de desaparecer uno de sus miembros más distinguidos: el Sr. Dr. D. Luis Muñoz.

La pérdida, que tan debidamente lamentamos, sólo puede medirse por el sentimiento justísimo que en todos los corazones ha suscitado. Sabio, modesto y sencillo, el Dr. Muñoz ha muerto en los momentos en que buscaba con ardiente anhelo un remedio para la enfermedad que acaba de arrebatárnosle, y que temerosa, quizá, de verse desarmada, hiere inexorable y cobardemente al que tantas víctimas pretendió arrancar a su saña furiosa.

El tratamiento del tifo fue el constante desvelo del respetable anciano, en los últimos días de una vida consagrada toda a sembrar beneficios por doquiera que su paso se marcaba.

La cirugía nacional pierde con el Dr. Muñoz, una de sus lumbreras más considerables.

Basta su noble empeño por la conservación y propagación de la vacuna, para hacer imperecedera la memoria de nuestro maestro venerando.

Nosotros, amigos y discípulos del finado, unimos nuestro acerbo dolor a las lágrimas de su apreciable familia, como un tributo de cariño y agradecimiento al que tanto supo enseñarnos y querernos.

Academia Nacional de Medicina

Agustín Reyes

Tras larga lucha y agobiado ya por los años, ha muerto uno de los miembros fundadores de la Academia, dejando un asiento que por cuarenta años ocupó y que en remota época, en sus principios sobre todo, contribuyó poderosamente a sostener en su apogeo con sus asistencias asiduas, con su palabra vehemente, con sus trabajos laboriosos: digno compañero de los Jiménez y los Lucio, de los Andrade y Semeleder, y de otros que en vano buscamos y que han desaparecido de nuestro lado.

El Dr. Reyes nació en Puebla el 12 de octubre de 1830 y en esa ciudad hizo sus estudios; concluida su educación secundaria vino a la capital para seguir la profesional, recibiéndose de Médico el 29 de diciembre de 1854. Pasaron cuatro años y durante ellos ejerció su profesión con acierto, honradez y actividad iniciando un porvenir provechoso; pero en aquella época dos bandos se disputaban encarnizadamente el poder empapado con sangre hermana, nuestras ciudades y nuestras aldeas, y ya leal partidario de uno, se dedicó a servirlo en lo más sagrado y en lo más sublime, en restañar la sangre del herido en los campos de batalla; en 1858 se dio de alta como Mayor Médico-Cirujano, y el 5 de septiembre de 1861 marchaba como jefe de la Sección Sanitaria de la División de Zacatecas, en la que siempre prestó útiles y oportunos servicios compartiendo con el sufrido soldado sus hambres y fatigas, sin más recompensa que la satisfacción del cumplimiento del deber. Después prestó sus servicios en el Batallón de Inválidos. El 19 de noviembre de 1864 el Gral. Miramón lo nombró Médico de la

1ª clase para continuar sirviendo en la división a su mando. El 3 de diciembre del año de 1865 recibió del Archiduque Maximiliano la medalla de oro del Mérito Civil.

En ese mismo año recibió el nombramiento de segundo vocal de la Junta Departamental de Beneficiencia. Fue uno de los médicos que prestó importantes y oportunos servicios, con grande abnegación, en el memorable sitio de Querétaro. Después se filió en el Partido Porfirista, y como recompensa de sus trabajos en él recibió el 23 de diciembre de 1876 el nombramiento de director del Hospital Juárez y al siguiente, en 1877, fue designado para ocupar un asiento en el Consejo Superior de Salubridad del Distrito Federal, cargo que sirvió con constancia durante 26 años, hasta su muerte.

Los trabajos que presentó en la respetable Corporación, serán seguramente dados a conocer en su órgano, haciendo resaltar su importancia. En 1897 fue nombrado regidor del Ayuntamiento de México, y en 1883 presidente de la 6a. Comisión del 1er. Congreso Higiénico-Pedagógico. Fue uno de los más entusiastas partidarios de la medicina dosimétrica, cuando se hizo conocida en México contribuyendo con los Dres. Fenelón y Malanco a su propagación en la capital y varios estados de la república.

Médico tan laborioso no podía menos de ser solicitado en los centros científicos y en casi todos ellos dejó su contigente de estudio y de investigación. El 4 de julio de 1860 fue nombrado socio de la Compañía Lancasteriana y el 30 de abril de 1864 ingresó a la Academia Nacional de Medicina como socio titular; después fue su archivero. El 31 de julio de 1901 se le nombró su socio honorario, distinción que sólo se concedía a los miembros que se han hecho acreedores en la Coporación y contraído méritos positivos.

La Asociación Larrey, la Pedro Escobedo y la Filoiátrica también inscribieron su nombre en sus registros. Hasta aquí hemos procurado enumerar sin hacer apreciaciones minuciosas, los puestos que ocupó el Dr. Reyes, las distinciones que se le acordaron y las principales sociedades donde trabajó, ellas harán resaltar los servicios que les haya prestado; la Academia Nacional de Medicina, cumpliendo con este deber, coloca al fin de estas líneas el catálogo de sus escritos. La sola enunciación de los asuntos que escogió para su desarrollo, harán comprender su valer, y mucho más los de higiene, por ejemplo, que contribuían a la difusión de su importancia en la época en que esta ciencia hacía en México. Para terminar diremos, que el Dr. Reyes parecía sólo

entregado a las labores de la ciencia sin ocuparse de otras y no era así, consagraba varias horas en el ejercicio de su profesión y se rodeó de una clientela que lo estimaba en demasía, y en el hogar donde aquilataba su cariño rodeado de sus hijos, procurando educarlos en el orden moral y social, ponderando el camino de la honradez y el trabajo, y en sus hijas el de la virtud y el de la modestia. Que en paz abrigue la madre tierra al que supo ser buen médico, buen ciudadano y buen padre.

Academia Nacional de Medicina

Julio Schulze

El 30 de enero del presente año falleció en París el apreciable doctor Julio Schulze, miembro de la Academia de Medicina de México y primer secretario de ella durante una época: 1864.

El Dr. Schulze hizo sus estudios en París, donde se recibió de médico; después vino a México, sufriendo su examen para ingresar a la Facultad de nuestro país. Durante algún tiempo ejerció su profesión entre nosotros, granjeándose una simpatía universal por su exquisito trato y su notoria instrucción.

Una triste y lamentable enfermedad, la parálisis general, puso fin a su vida.

Deploramos su pérdida, pues la enfermedad y la muerte privó a la Academia de un socio activo y estudioso.

Academia Nacional de Medicina

José María Vértiz

Damos a continuación el discurso que pronunció el Sr. D. Eduardo Liceaga a nombre de la Academia en la velada fúnebre que tuvo lugar para honrar la memoria de ese eminente comprofesor:

Señores:
La Escuela de Medicina nos ha invitado a concurrir a este lugar para honrar la veneranda memoria del Sr. Vértiz, director de este Establecimiento.

La prominente figura del hombre que hace cinco años perdió la ciencia, y que ahora pierden su familia y sus amigos, no la podrá presentar en su elevación y en sus propias dimensiones quien acaba de recibir el honroso encargo de representar a la Academia de Medicina en esta solemnidad; sin embargo, los rasgos que la caracterizan la realzan tanto del común de las gentes, que produce en nosotros una impresión indeleble, y la imaginación la encuentra sin esfuerzo.

Aquella organización física, sana y vigorosa; aquella inteligencia clara y despejada; aquellas concepciones que parecían lentas por lo profundamente que penetraban; aquel espíritu serio, observador, meditabundo y sobrio en la expresión hasta el laconismo; aquella voluntad inquebrantable; aquel espíritu sano y recto, esa elevada cualidad del espíritu humano que pesa y mide, que compara y juzga, que se apropia nada más lo exacto y deja lo incierto; esa cualidad que vale tanto y abarca tanto, y

que en nuestro lenguaje usual se llama buen juicio; todas estas dotes reunidas en un solo hombre debían imprimirle un carácter que lo distinguiera de los demás. Poned en juego esas facultades y explicaréis la vida del Sr. D. José María Vértiz: como estudiante abarca cuanto se sabía en su patria y es aclamado médico por sus sinodales; va al extranjero, y la solidez de su juicio le indica el camino que debe seguir, y estudia detenidamente la anatomía, ese estudio lo conduce a la práctica de las operaciones; aprende su ejecución en el cádaver, y su aplicación en manos de Roux, de Velpeau, de Blandin, etc., y observa, y estudia, y estudia sin cesar para formar el caudal de conocimientos que vendría a prodigar a su país, y con Andrade y con Muñoz y con Martínez del Río, funda en México la cirugía que conocemos, la que hemos aprendido, la que hemos practicado. La juiciosa apreciación de la oportunidad para obrar; la ejecución segura, la sangre fría, la previsión de todos los accidentes, los recursos siempre prontos para remediarlos; la abstención en unos casos, el atrevimiento en otros, la prudencia en todos, lo hacen el árbitro de las decisiones delicadas. Su genio modifica los procedimientos, los acomoda al caso actual; no inventa para ser inventor, sino para servir a sus semejantes. Todos sus compañeros que viven, todos sus discípulos están unánimes en reconocer en todos sus actos como cirujano esa rara cualidad que se llama tacto médico.

Las convicciones se grababan en su alma como las cifras en la corteza tierna de los árboles, y a proporción que se nutría con aquellas se hacían más profundas, como sucede en las plantas cuando se desarrollan y envejecen; sus convicciones, religiosas, políticas, las de sus deberes profesionales y de familia jamás cambiaron; yo le he visto dirigir este mismo establecimiento en que conmemoramos sus virtudes, sin atender a las conveniencias, ni a la amistad, ni a las insinuaciones de sus superiores, ni a la ternura que le inspiraban los alumnos; sin tener más que una regla de conducta, un solo guía: la ley, el reglamento. Es más difícil, decía, interpretar las leyes que seguirlas al pie de la letra; así quedarán las buenas y se reformarán las malas. Si de su aplicación había de resultar un absurdo, las cumplía también, confiando en que el responsable no es quien aplica, sino quien forma la ley.

Perdonad, señores, si el recuerdo de sus méritos me había alejado del objeto que me conduce a este lugar; creía que hablaba entre amigos del maestro respetable y venerado, y olvidaba que !había muerto! ¡Cuánto dolor me causa la realidad de este suceso! Cómo

me trae a la memoria la imagen de ese su amigo verdadero, mi sentido maestro el Dr. Jiménez, y de Erazo, y Villagrán, y Aniceto Ortega y Brassetti; ¡todos han desaparecido y en tan poco tiempo! Con razón la Escuela en donde nos formamos nos llama a compartir su dolor, a lamentar con ella la pérdida del Dr. Vértiz, una de nuestras glorias quirúrgicas.

La Academia de Medicina, que tuvo la honra de contar entre sus socios titulares al ilustre finado, me envía a decir a la Escuela, que como ella le estimaba; que como ella apreciaba su sobresaliente mérito, que como testimonio de su admiración lo nombró socio honorario; que con profundo sentimiento ha visto desaparecer esa digna y elevada figura de nuestra ilustración y a ese modelo en la conducta profesional.

La Academia me envía a decir a la familia del Dr. Vértiz, que sabe cuánto valía el padre que acaba de perder; que conoce la prudente y enérgica dirección que dio a su educación; que aprecia al que hizo del hogar un templo a la virtud y al amor, al que en aquel nido de ternura enseñaba con el ejemplo más que con la palabra. La Academia me envía a decir que se asocia con todo su sentimiento al justo duelo de la familia.

Eduardo Liceaga

José María Barceló de Villagrán

Discurso pronunciado en el cementerio general de la Piedad por el profesor D. Eduardo Liceaga, en representación de la Academia de Medicina.

Señores ¡Ha muerto un hombre más!
¡Qué importa a la multitud indiferente este suceso que se renueva todos los días!

¿Por qué nos reúne aquí este acontecimiento tan común?

1. La víspera de su muerte comulgó en el templo de Balvanera.
2. No habiendo remitido el Sr. D. Francisco Ortega a esta redacción el discurso que pronunció a nombre de la Escuela de Medicina nos vemos privados de poderlo dar a luz.

Es, señores, porque el que ha muerto no era un hombre vulgar, porque no nos es indiferente.

Es porque la muerte deja de ser un hecho simplemente orgánico desde el momento en que la consideramos en determinada persona.

El que hoy yace cadáver era ayer uno de nuestros compañeros de trabajo en la noble profesión que hemos abrazado. La ejerció ilustrado por la ciencia y animado por la caridad. La rectitud en el juicio, la abnegación y el desinterés formaban el fondo de su carácter. ¿Y nos será indiferente la pérdida del hombre que poseía estas cualidades?

Su larga práctica en los hospitales y su dedicación al estudio de la medicina operatoria le sugirieron nuevos procedimientos que, enriqueciendo la ciencia, perpetuarán su memoria y honrarán a nuestra Escuela. Su honradez sin tacha y su honorabilidad han contribuido a la buena reputación del establecimiento en donde hemos recibido nuestra educación y en dónde es tan justamente sentida su muerte.

La Academia de Medicina, a la que tengo la honra de representar en esta solemnidad, contaba al Dr. Villagrán en el número de sus fundadores: llevó a esta asociación su contingente de saber y de experiencia, su constancia nunca desmentida, su laboriosidad y su moderación. ¿Podrá sernos indiferente la pérdida de tan distinguido socio?

Pero lo que realzaba en él, señores, era la verdadera modestia, la rara modestia, la humildad en el saber.

Penetrad conmigo ahora al hogar doméstico del compañero que acabamos de perder, y contemplaréis allí a uno de esos héroes de la fe en el porvenir y de la perseverancia.

Perdida la fortuna de su familia siendo muy niño, la virtuosa madre del Dr. Villagrán le educó a costa de trabajo personal incesante. Apenas formado le veréis sostener con el producto de su trabajo, con su inmenso cariño, con sus delicadas atenciones, con su bondad a los que le habían dado la vida y la educación. Forma después su propia familia, consagra a ella todos sus desvelos y todo su corazón, y la muerte le sorprende antes de ver a sus hijos crecidos y logrados.

Reflexionad en el desconsuelo de sus amigos, en el vacío que deja entre los desgraciados a quienes aliviaba sus penas y sus dolores, en su infortunada esposa y sus hijos huérfanos, y convendréis en que no es indiferente la muerte de un hombre más.

Pero es grato recorrer una vida que la bondad hizo apacible, el corto trabajo, sublime el amor y la abnegación.

Decidme si la muerte puede igualar a este hombre con los que no dejan más huella de su paso que la perversidad y los desastres, o con los que han esterilizado su existencia en la ociosidad y en la ignorancia.

Contemplad a la muerte desde la altura en que nos encontramos colocados, y perderá su vulgaridad el hecho, y su terror la transformación de la materia; pensad en el espíritu que voló a su Creador y en sus obras que aquí quedan en beneficio de nuestros semejantes; reflexionad en que trabajó para el bienestar de nuestra patria en el círculo de acción en que a la Providencia

plugo colocarle, y decidme si no es provechoso venir a tomar enseñanza en la tumba que ahora se va a cerrar.

Señores: arranquemos a la muerte sus horrores; probémosle que no arrebata más que la materia, que desata nuestro espíritu, que es impotente para borrar las buenas obras en favor de nuestros semejantes; ciñamos las sienes de los que entran al sepulcro con la corona tejida por nuestra admiración y nuestro respeto; perpetuemos la memoria de los que han obrado bien y han sido útiles a los demás; sigamos el noble ejemplo de su vida, y con esto habremos honrado más su memoria que derramando lágrimas estériles sobre su cadáver.

Eduardo Liceaga

Mónico Magaña

Nos es igualmente sensible participar el fallecimiento del Dr. Mónico Magaña, acaecida en el mismo mes de diciembre. Fue nombrado socio titular de la Academia el 31 de mayo de 1864, y a consecuencia de su larga y penosa enfermedad se vio obligado a renunciar en marzo de 1872. Perteneció algún tiempo al Cuerpo Médico-Militar, y con tal carácter estuvo en el sitio de Puebla, en 1863.

Academina Nacional de Medicina

Lázaro Ortega

El 13 de marzo de 1898 murió en esta ciudad el Sr. Dr. Lázaro Ortega, miembro titular de la Academia de Medicina desde el 21 de junio de 1864, y por consiguiente colocado en la categoría de los socios fundadores de este Cuerpo Científico. Perteneció a la Sección de Bacteriología, de la cual fue presidente y, por su laboriosidad y constancia fue siempre considerado como uno de los obreros diligentes que trató de dar lustre a la medicina nacional y honrar a su patria. Fue digno hermano de don Francisco, de don Eulalio y de don Aniceto, quienes tanto se distinguieron, el primero en las ciencias médicas, el segundo en el foro, y el último en todos los ramos del saber humano.

El solo apellido de Ortega en la ciencia mexicana, es una patenta de hombre, culto con título de bondad y una ejecutoria de nobleza. Don Lázaro confirmó plenamente estas verdades.

Su excesiva modestia lo mantuvo alejado del magisterio y de todo puesto público, pero su saber, su experiencia y su buen juicio médico fueron siempre generalmente conocidos y apreciados, mereciendo, por lo mismo, la confianza de lo más selecto de nuestra sociedad.

A su experiencia y saber, adunaba sus finas maneras, su exquisita educación y su honradez intachable. Solicitaban sus cuidados profesionales lo mismo el banquero que el menestral, porque su gran corazón estaba fundido en el mismo molde de los de Lucio y Barragán. Sabía enjugar con cariño las lágrimas de los que sufren; ponía su ciencia a la altura de todas las con-

diciones sociales y mereció por ello mil veces las bendiciones de los desheredados de la fortuna.

Ejerció siempre su profesión con celo, el desinterés y la nobleza de su sacerdocio; fue en suma, un médico inteligente y digno, dotado de una alma generosa y buena, y por eso al descender a la tumba, ha sido justamente sentido y visten luto por él la sociedad y la ciencia.

Academia Nacional de Medicina

Fernando Leguía

Tenemos el sentimiento de anunciar a nuestros lectores que el día 10 de agosto ha fallecido en San Sebastián (España) el Sr. Dr. D. Fernando Leguía, antiguo médico residente en esta Capital, y uno de los miembros fundadores de la Academia de Medicina de México. Su buena instrucción, su carácter leal y caballeroso, y su asidua consagración al estudio, le granjearon las simpatías de los habitantes de México, en donde logró formar una numerosa clientela. En la Academia de Medicina era un asistente asiduo y laborioso, y contribuyó con sus escritos a aumentar los trabajos de esta Corporación: muchos de ellos se hallan insertos en las columnas de la Gaceta. El deseo de restablecer su salud, bastante quebrantada, lo llevó a su país natal, y después de haber recorrido los baños termales de Francia y España, sin conseguir el alivio, sucumbió en San Sebastián. En el corazón de sus amigos deja un vacío difícil de llenar; en la Academia de Medicina de México un grato recuerdo del tiempo que vivió con nosotros.

Academia Nacional de Medicina

José María Reyes

La negra mano de la muerte borró ya del catálogo de los vivos el nombre querido. Apagóse el soplo de vida que animaba ese cuerpo venerado y la tierra recogió ya sus despojos. Por eso se lamenta la Academia de Medicina, por eso enluta hoy las columnas de la Gaceta, por eso también la humanidad vierte ardientes lágrimas de dolor.

Triste destino el del hombre, nacer para morir; luchar para vivir y después de azarosa y difícil vida, rendirse como atleta fatigado, regando con lágrimas y sangre el camino de la existencia. Mas en cambio, si la muerte es igual para todos; si a nadie exceptúa y si su implacable lucha hiere igualmente al grande y al pequeño, al poderoso y al débil, al sabio y al idiota, no todos mueren de igual manera, pues al bajar a la tumba unos se ocultan con otros, los buenos, los honrados y los sabios, esconden allí sólo su cuerpo, pero sus hechos y su recuerdo se levantan majestuosos y llenos de luz hasta la región de lo infinito, y desde allí bien irradiando sobre su muerte la aureola de la inmortalidad. Así ha muerto, así vive el ilustre médico que en otro tiempo fue presidente de la Academia de Medicina, y a quien esta Asociación debe señalados servicios.

Era uno de sus socios más antiguos y también uno de los que más contribuyeron a su adelanto y prosperidad. Higienista notable y juicioso, hizo estudios especiales de nuestra ciudad y enriqueció la literatura médica nacional con escritos llenos de

erudición y útil enseñanza: la Gaceta engalanó sus columnas con esos luminosos trabajos, que sirvieron para darle interés y reputación.

Avanzado muchos años para ejercer el bien, lo sembró por todas partes. Su trato afable y cariñoso le captó las más vivas simpatías de todas las clases sociales, y los ricos y los pobres hallaron siempre en sus labios palabras de consuelo y de ternura; por eso todos lo que merced a su saber recobraron la perdida salud, lloran hoy su muerte, riegan su tumba con las lágrimas de gratitud que brotan de sus ojos.

La Academia de Medicina, en cuyo seno vivió por tantos años, pudo mejor que nadie apreciar el valor inmenso del humilde y sabio profesor J. M. Reyes, por eso hoy que le pierde, llora desconsolada y consagra a su memoria esta página de duelo.

Academia Nacional de Medicina

Aniceto Ortega

El día 17 de noviembre de 1875 ha fallecido el señor doctor don Aniceto Ortega, miembro de la Academia de Medicina de México.

En la sesión del 17 del corriente la Academia de Medicina tuvo la indescribible pesadumbre de encontrar entre su correspondencia escrita, un pliego en que la Dirección de la Escuela le anunciaba la muerte del Sr. D. Aniceto Ortega, acaecida al amanecer del mismo día.

Esta noticia, aunque tenida desde varios días antes, nos consternó como si no hubiese sido esperada; y es que mientras padecen las personas que se aman, la pena es endulzada por los delicados perfumes de la esperanza; pero la realidad de la muerte sólo deja en el corazón un vacío tan hondo y tan negro como la bóveda del sepulcro.

Aniceto Ortega era en el seno de la Academia una verdadera joya que le daba luz con su clara inteligencia y la animaba con su laboriosidad; era el amigo de todos y cada uno de sus miembros, y fue no pocas veces el ardiente faro de sus inspiraciones literarias.

Todo esto hace comprender el inmenso desaliento con que terminó la memorable sesión del 17. Cada uno de nosotros sentía el corazón empapado en silenciosas lágrimas, y la imaginación de todos era ocupada por las mismas tristísimas ideas.

¡Morir; y morir tan pronto!...

Morir cuando la ciencia esperaba todavía nuevas y nuevas concepciones de su inspirado intérprete!

¡Morir cuando la patria preparaba aún laureles para coronar otra vez a su hijo muy amado!

Ciertamente que sólo el cristianismo puede tener palabras de consuelo y de esperanza contra tan inmenso infortunio.

Nosotros que hemos sabido medir toda la extensión de tan irreparable pérdida; nosotros que sentimos el peso de esta calamidad con nuestro corazón de amigos y admiradores del difunto, acordamos llevar a sus funerales el contingente de nuestras lágrimas, y nombramos al Sr. Domínguez intérprete de nuestros sentimientos.

Las honras tuvieron lugar la tarde del día 22 en el salón general de la Escuela de Medicina, convenientemente dispuesto por los alumnos para tan triste ceremonia.

En el centro se levantaba el negro catafalco que sostenía el ataúd, y sobre el cual caía en pliegues vaporosos un pabellón de gasa negra suspendido de la techumbre donde brillaba en grandes letras de oro el monograma del difunto, como luce su nombre inolvidable en el cielo de la Ciencia. En los cuatro ángulos del fúnebre monumento, ardían cuatro grandes lámparas, de flamas verdes, y junto de ellas estaban de pie, inmóviles, abatidos, silenciosos, cuatro médicos asistentes al hospital de Maternidad. El gran dosel y las colgaduras de puertas y ventanas eran negras como la noche de la eternidad, y aquí y allá veíanse lúgubres coronas, y aquí y allá tristemente chispeaban gruesos cirios de amarillenta cera.

Agréguese a todo esto una numerosa concurrencia formada de lo más granado de nuestra sociedad, presidida por el Director de la Escuela, que no obstante su inmensa pesadumbre, quiso esforzadamente llegar con todos los amigos de su hermano hasta las puertas de su sepulcro; y agréguense también las tumultuosas lágrimas y los no contenidos lamentos de varias señoras discípulas del ilustre tocólogo; lágrimas y lamentos más valiosos que los de aquellas antiguas plañideras de que nos habla la historia; agréguese, por último, una serie de sentidos y dolientes discursos pronunciados por los representantes de todas las Sociedades científicas, artísticas y literarias de la capital, en honor del sabio, del inspirado artista, del elocuente literato, del culto caballero, y se tendrá una idea de aquella ceremonia, más notable por la sinceridad del sentimiento que por su lujosa pompa.

Desearíamos engalanar nuestras columnas con todos los discursos, pero no siendo esto posible, nos limitamos a insertar el que pronunció el representante de nuestra Academia.

Dijo así:
Señores:
Ante las frías e inmóviles reliquias del hombre que fue nuestro amigo, y tantas veces nos conmovió con los enérgicos conceptos de su imaginación ardiente, o con las riquísimas melodías de su levantado espíritu; ante los venerandos restos de quien abrazó con entusiasmo y desempeñó con perfección el difícil cuanto amargo deber de la enseñanza; ante ese ataúd que guarda para siempre un poco de polvo que vivió para la patria, y era de ella el orgullo y esperanza; que trabajó para su familia dándole un nombre sin mancha y una reputación envidiable; que amó a la humanidad como a la gloria; ante esa triste realidad en que se ha resuelto un pasado luminoso, ¿qué debemos hacer los espectadores de tan funesto desenlace sino inclinar la cabeza y dejar que corra el llanto?...

Estáis tristes, muy tristes; lo conozco en vuestro silencio; lo están publicando vuestra palidez y vuestros sollozos.

¿Por qué esa tristeza?

¿No es por ventura la muerte el término de los males que comienzan con la vida?

¿No es verdad que quien se muere en la tierra, en el Cielo resucita?

Todo ello es cierto, y tal convicción es el báculo más robusto para los que ha largos años vinimos suspirando de cansancio y gimiendo de dolor en el áspero sendero de lo que se llama vida; pero también es verdad que, si mucho ganan los que mueren, no menos pierden los que sobreviven.

Aniceto Ortega ha mejorado desde que el ángel de la muerte se lo llevó al Paraíso entre sus blandas, bienhechoras alas. Yo así lo creo y me complazco en asegurarlo, porque sé que sin esta convicción, el mundo no tiene flores, ni aromas; pero debo confesar también que aquella dulce verdad consoladora viene indisolublemente unida con otra que es muy amarga: con la de que se fue el amigo y para siempre le perdimos; con la de que la infinita distancia que media entre nuestra tierra y su cielo, constituye un obstáculo infinito al ardiente deseo que nos anima de verle una vez más y de oírle cual solíamos.

Él es feliz; pero de nosotros, sólo podemos decir que nos agobia el infortunio, y nos es imposible la bárbara costumbre de los antiguos Tracios que cantaban y reían a la muerte de sus amigos y deudos.

Nosotros estamos tristes... ¡muy tristes!

Ni ¿cómo pudiera ser de otro modo?

Si en los pasados tiempos, cuando morían los reyes, cerraban los sacerdotes sus templos, los jueces enmudecían, y el pueblo vagaba por las calles llenando el aire con plañideros lamentos; y si en los días que atravesamos la humanidad tiene luto y destemplados clarines para significar su pesadumbre por los guerreros que mueren, ¿cómo no hacer lo mismo nosotros por ese hombre que, en los vastos dominios de la Ciencia valía más de lo que vale un rey, y en los combates contra la muerte fue siempre bravo y vigoroso campeón?

Bien lo sabéis. Señores: dentro de ese corazón que ha cesado de latir, anidaban sentimientos generosos; y dentro de esa cabeza que ha cesado de pensar, hervía una grande inteligencia.

Aniceto Ortega no solamente era el entendido ministro de la naturaleza que unas veces la auxilia en sus esfuerzos criadores, que otras la dirige en sus saludables reacciones, y que en algunas despide con palabras de resignación y de esperanza a los que vuelven a su punto de partida. Aniceto Ortega era algo más que el médico: era el hombre de genio a quien no bastando el libro del mundo para satisfacer su sed de ciencia, se levantaba como las águilas hasta cerca del sol y las estrellas, inquiriendo la causa de su silenciosa armonía y el por qué de su existencia. Aniceto Ortega era el artista que, expresando con melodiosas notas los delicados sentimientos de su alma, sabía conmover hasta las lágrimas y entusiasmar hasta el delirio. Aniceto Ortega era el caballero de sentimientos hidalgos, de carácter apacible, de modales exquisitos y de corazón sin doblez, contra el que nunca pudo la saña de la envidia. Aniceto Ortega era, por último, el buen hermano, el rendido esposo y el tierno padre que en su círculo de familia brillaba con una luz apacible y blanda, como brilla el faro de la noche entre los grandes cuerpos celestes que le son más inmediatos.

Y tanta ciencia, tanta armonía, tanta pureza de sentimientos ¿qué se hicieron?

¿En dónde está el médico triunfador de la muerte?

¿En dónde el artista que con el maravilloso poder de sus notas armoniosas despertaba en el pueblo arranques de sublime, patriótico entusiasmo?

¿En dónde está el amigo que estrechó tantas veces con efusión cariñosa la mano que le tendíamos?

¿Qué se hizo el que fue foco de amor, de inspiración y poesía para esos hombres, esa mujer y esos niños que lo están llorando

con los santos nombres de hermano, de esposo y de padre?

Allí está... Nada le conmueve; nada le agita; sus ojos no tienen luz; en sus labios no hay armonías; su pecho ya no respira; su corazón está muerto.

Pertenece a la eternidad.

¡Es de Dios!

Pero, si os es posible, no le lloréis; porque ese yerto cadáver, esa poca de materia que se fermenta y vuelve a la nada de donde surgiera, no es, no puede ser el hombre cuya pérdida estáis deplorando. Si tal fuese, razón tendríamos para llamar insensata la noble ambición de gloria; para reírnos del general anhelo por la inmortalidad del nombre; para sentir repugnancia por los inapreciables lazos de la familia, y para ver con desdén los elevados intereses de la patria.

No; abrid los ojos de la fe, y vedle con la frente orlada por los vivísimos destellos de una corona más valiosa que los laureles que ciñó en el mundo; miradle cómo sonríe con una sonrisa en que se adivina un cielo; contempladle, si no os ciega la luz de su etérea esencia, y confesad que no ha muerto.

Él nos mira y nos escucha; y si fuese dable que su voz vibrara en este recinto, oiríamos cómo nos dice: Sed, como yo, buenos; seguid sin desmayar nunca el espinoso sendero en que os habéis colocado; amad a la patria como a la familia, y a ésta hasta la abnegación de vuestra vida y el sacrificio de vuestro reposo; porque todo eso es bueno, y como bueno, todo eso es por acá premiado.

¡Oh! El corazón se ensancha con esta creencia consoladora, y hasta más llano se mira el camino del sepulcro, y hasta se desea pasar pronto de las tinieblas de la vida a la claridad de la muerte, de las efímeras ilusiones de nuestro mundo a la bella realidad de lo infinito.

Tal es mi modo de sentir y de pensar; y al dar a ese hombre muerto mi último adiós, en representación de la Academia de Medicina, que me ha honrado con este encargo, de él me despido como solían los antiguos romanos, diciéndole por último:

Vale, vale; nos ordine quo natura voluerit, sequemur.

Manuel Domínguez

Concluida la ceremonia, los alumnos de la Escuela tomaron el ataúd en hombros, y siguió la comitiva por las calles de Santo Domingo, Empedradillo, Plateros, San Francisco, etc. Cerraban el numeroso séquito los dolientes de la familia, yendo a continuación el elegante carro fúnebre y cerca de noventa carruajes, en cuyas portezuelas se veían los monogramas de las más distinguidas familias de la capital.

Frente a la Alameda el cadáver fue trasladado al carro, y el cortejo se colocó en los coches que continuaron en fúnebre procesión hasta el cementerio francés.

Allí fueron recibidos los restos por sacerdotes católicos; se rezaron las últimas preces, y el ataúd bajó a su fosa.

¡Que su alma disfrute en los Cielos de tantas felicidades como bienes supo hacer en la tierra!

Pomposo Hinojosa

El dia 4 de junio falleció el Sr. D. Pomposo Hinojosa, miembro de la Academia de Medicina de México, y uno de sus más asiduos y laboriosos titulares. Nueva víctima de la epidemia de tifo que aumenta cada día sus estragos, eligiendo como víctimas preferidas a los que estamos encargados de combatirlo. El Dr. Hinojosa ha sucumbido en la mejor edad, y cuando con abnegación se consagraba a las dificultosas tareas profesionales, prodigando sus cuidados a la clase menesterosa. Humilde, honrado y trabajador, deja un nuevo vacío en el seno de la Academia, desconsolados a sus amigos, y en la orfandad y pobreza a una numerosa familia.

Academia Nacional de Medicina

José María Vargas

El señor don José María Vargas, decano y uno de los fundadores de la Escuela Nacional de Medicina; catedrático de Farmacia teórico-práctica, y maestro de todos los médicos y farmacéuticos existentes en la República que han hecho sus estudios en nuestra Escuela, ha dejado de existir el día 17 de septiembre a la edad de 87 años. Esta muerte ha sido generalmente sentida; pues a las buenas cualidades de hombre público, de excelente ciudadano y de profunda ciencia, reunía cualidades superiores privadas, que lo hicieron apreciar, querer y considerar de cuantos lo trataron.

La Academia de Medicina desde su nueva organización, no lo contó entre sus miembros, pues su avanzada edad lo tenía retraído de esta clase de reuniones; no obstante esto, la Comisión de publicación de la Gaceta asociándose al duelo general del Cuerpo Médico Farmacéutico honra sus columnas consagrando esta página a su memoria.

Los funerales del Dr. Vargas tuvieron lugar con toda solemnidad el día 21, habiéndose reunido para acompañar al cadáver hasta el nuevo panteón de Dolores, donde fue inhumado, multitud de médicos, farmacéuticos y representantes de todas las Corporaciones científicas, distinguiéndose principalmente los alumnos de la Escuela de Medicina que contribuyeron a dar al acto triste del funeral, todo el esplendor deseado. Muchos discursos encomiásticos se leyeron en ese acto, y sentimos no poder dar a todos la publicidad en la Gaceta; pero insertamos a

continuación el que a nombre de la Academia de Medicina leyó el Sr. Ortega (D. Lázaro), comisionado para el efecto, y a una alocución del Sr. Andrade, a nombre de los médicos del hospital de San Andrés.

Señores:

Nombrado por la Academia de Medicina para representarla en esta triste reunión, me encuentro en la penosa dificultad en que se hallaría un hijo que ha perdido a su buen padre; y a la verdad que los maestros hacen las veces como de padres, que llevándonos de la mano por la difícil senda de las ciencias, nos hacen traspasar sus umbrales sin tropezar, nos nutren con el alimento científico dispuesto por ellos del modo más conveniente para que se fije en nuestras inteligencias, y una vez creados y fuertes con sus sabias lecciones, nos dejan lanzar a la práctica de los diversos ramos del saber humano y sus variadas aplicaciones.

Los maestros son como padres de la humanidad, en tanto que los padres naturales lo son de las familias. Y si a éstos les somos deudores de tantos cuidados y cariño, ¿cuánta gratitud no debemos también a nuestros maestros? Su misión parece ser menos interesada en tanto que los lazos de la sangre no los alientan; más duradera porque puede extenderse a muchas generaciones, como sucedió con la misión que llenó el Dr. Vargas, cuya muerte deploramos; más general y fértil en resultados provechosos, porque extendiéndose a todos los individuos de la sociedad, se forman así numerosas familias científicas.

Y si no, apelo a la memoria de todos los aquí presentes, y recordaremos con orgullo, ser todos discípulos de aquel cuyos venerables restos, antes animados por el soplo de Dios, repartían sabias lecciones.

Paréceme que aún le veo resolviendo con afabilidad las dudas de los que le preguntábamos, con la perspicacia del sabio y la sencillez del niño. Maestro por tantos años de la Escuela en que hemos estudiado, cumplió sus deberes de profesor con toda la constancia y aplicación de un hombre honrado, y habiendo podido en tanto tiempo economizar algo, muere pobre.

Escrupuloso con exceso en el manejo de los intereses que estaban a su cargo, perdió algo de su propio peculio en favor de la Escuela de Medicina. Hombre de la religión y del deber, desempeñaba por convicción las tareas del profesorado, y no sólo por el aliciente de la gloria, vana palabra que los siglos se traspasan para llegar a ser juguete de la posteridad.

Vivió muchos años una vida sana, y se mantuvo fuerte de inteligencia y de cuerpo, como consecuencia necesaria del buen uso que hizo de sus facultades intelectuales y corporales.

Pues bien, Señores... una persona de tan relevante mérito ¿no es acreedora por mil títulos a las consideraciones sociales, y a que lloremos su irreparable pérdida? Sí que lo es; y yo, a nombre de la Academia de Medicina, y como órgano de sus sentimientos, vengo lleno de pena a dar su respetuoso pésame.

¿Y qué nos queda en trance tan duro, al separarnos del maestro querido, a quien no volveremos a ver en esta vida? Consolarnos con la apacible idea de volvernos a unir con él en un lugar mejor; y con respecto a él, considerar que con la muerte ha quedado libre del oneroso peso de las miserias humanas.

Lázaro Ortega

Señores:

¡Una tumba más! Pero esta vez la despedida no es al joven lozano lleno de porvenir y de esperanza; es al anciano, venerable modelo de abnegación, de ciencia y de honradez.

El respetable Decano de esta Escuela, el modesto y distinguido Maestro de todas las generaciones, que unidas forman hoy el vasto Cuerpo médico mexicano, ha desaparecido dejándonos sólo su memoria.

Muchos panegiristas tienen hoy en este recinto, y tendrán después en la historia de la medicina nacional, las distinguidas cualidades, las preclaras virtudes y la profunda ciencia del que fue y yace allí.

Alfonso Herrera

Domingo 27 de enero de 1901 a las 6 y 30 de la tarde falleció en la ciudad de Cuautla, Morelos, el señor profesor, don Alfonso Herrera, Socio Honorario de la Academia Nacional de Medicina.

El profesor Alfonso Herrera ha dejado de existir, y su muerte ha sido universalmente sentida y lamentada por la Sociedad y por las Corporaciones Científicas: fue un verdadero sabio modesto, un filántropo desinteresado y un amigo leal y sincero; su vida la consagró toda a la ciencia, a su hogar y a hacer el bien.

Ingresó a la Academia Nacional de Medicina el 1º de enero de 1866 en calidad de Socio titular; algún tiempo después fue nombrado Socio Honorario.

Sus trabajos se encuentran publicados en la Gaceta Médica, y en casi todos los periódicos científicos nacionales, y en muchos extranjeros.

Pero, para mejor estimar los méritos del profesor Herrera, y valorizar su pérdida para la Ciencia, para la Sociedad y para la Patria, vamos a dar a conocer algunos apuntes biográficos de nuestro consocio.

Alfonso Herrera nació en México el día 7 de febrero de 1838. Fueron sus padres el Sr. Lic. Francisco Herrera, juez que había sido del ramo criminal en la Capital de la República, y la Sra. Rosario Fernández de San Salvador.

Huérfano de padre a los tres años, tuvo la dicha de encontrar en su padre político, el Sr. D. Pedro Puerto, protector que lo

dirigió con la mayor solicitud en su carrera científica y lo trató como un padre a un hijo querido.

Hizo sus estudios preparatorios con grande aplicación y aprovechamiento, en el renombrado Colegio de San Gregorio.

Después de brillantes estudios en la Escuela de Medicina, siendo su maestro Dr. D. Leopoldo Río de la Loza, el Sr. Alfonso Herrera obtuvo en abril de 1858 título de farmacéutico. Los trabajos que publicó desde esa época le conquistaron rápidamente gran celebridad y fue sucesivamente nombrado profesor de Historia Natural en la Escuela Nacional Preparatoria; después desempeñó la misma cátedra en la Escuela Normal de Profesores.

Ha ocupado igualmente uno de los altos puestos de la enseñanza en México de Director de la Escuela Nacional Preparatoria, plantel de los más importantes de América.

En 1865 fue nombrado profesor adjunto de la clase de Farmacia en la Escuela Nacional de Medicina. En 1868, cuando fundó en esta escuela la cátedra de Historia de las Drogas simples, la obtuvo por oposición y quedó titular de ella, desplegando un talento y una variedad de conocimientos tales, que lo colocan en primer rango entre nuestros hombres de ciencia.

Al Dr. Alfonso Herrera debe considerarse bajo los aspectos de profesor y de sabio. Como profesor, ha contribuido a formar esa pléyade de hombres distinguidos que son hoy la honra del profesorado, de la medicina, de la farmacia, de la agricultura y de la industria en México. Todos consideran como un honor llamarse discípulos suyos, y en ocasión muy reciente, hemos podido comprobar el gusto con el cual hombres que luchan llegado a puestos elevados, se apresuraban a rendir homenaje a quien les sirvió de guía en los estudios preparatorios de sus brillantes carreras. Digamos, en fin, que el Dr. Alfonso Herrera colaboró con el Dr. Gabino Barreda en la formación de la Ley de Instrucción Pública que rige actualmente para la enseñanza en México, y que es considerada por propios y extraños como un monumento de Jurisprudencia escolar.

En el Dr. Alfonso Herrera, el sabio no cede en nada al pedagogo. En un tiempo estudió en colaboración con Gumersindo Mendoza las importantes formaciones salinas del lago de Texcoco, y probó experimentalmente una teoría muy ingeniosa que había publicado ya sobre el origen del tequesquite.

Su curso de la Historia de las Drogas simples, le ha proporcionado ocasión de hacer numerosos y curiosísimos estudios sobre las plantas indígenas de México, de las que ha analizado

un gran número, entre ellas algunas muy importantes, como la camelina.

Muchos de nuestros lectores conocen la Farmacopea Mexicana. Es un trabajo notable que goza, con justo título, de gran renombre en el extranjero. El Dr. Herrera fue uno de los principales colaboradores y contribuyó a darle, gracias a su conocimiento de la Flora indígena, ese color local que hace de la obra un libro absolutamente original y de primer orden.

El Dr. Alfonso Herrera ha descubierto un procedimiento para preparar los extractos de las plantas por medio de la congelación. Nadie en México ha pensado en aprovechar el descubrimiento, que ha pasado casi desapercibido. En cambio, un industrial francés, Mr. Adrián, lo ha tomado y lo aplica con éxito en una gran fábrica. Tal es la suerte de los descubrimientos hechos por los mexicanos, lo que por cierto no habla mucho en favor ni del patriotismo, ni de la inteligencia de nuestros industriales.

El Dr. Alfonso Herrera ha demostrado que la cantárida mexicana es más activa que la europea; aquella ha sido adoptada y se emplea con el mayor éxito. Muy largo sería hacer aquí la enumeración de la preparaciones nuevas o modificadas que se deben al Dr. Herrera, los médicos a los cuales facilitan las tareas, las aprecian en extremo.

Hacía algún tiempo padecía una enfermedad del estómago: la estudió como podía haberlo hecho un médico distinguido y entonces descubrió las propiedades curativas del elíxir que lleva su nombre, cuya reputación por sus benéficos resultados le ha valido una venta fabulosa.

Para conocer a fondo al Dr. Herrera como naturalista, hay que releer la colección de los periódicos científicos, especialmente la Naturaleza. De todos esos trabajos tan interesantes que, así lo esperamos, se reunirán en un volumen, citaremos un interesantísimo estudio sobre el chayote que nuestros lectores conocen, y en el cual ha probado que, bajo varios puntos de vista, esta planta es más útil que la papa. El chayote es una legumbre vulgar y casi se han admirado aquí de que un sabio se haya dignado ocuparse de ella. Los ingleses y los franceses, más prácticos, la explotan en las Indias orientales y en Argelia, bajo todos los puntos de vista señalados por el Dr. Herrera.

Nuestros lectores no habrán olvidado, sin duda, sus artículos sobre la Higuerilla, el Bálsamo negro, Coca del Perú, la Cebadilla y tantos otros. Si las indicaciones hechas en esos artículos se hubieran seguido al pie de la letra por un gran número de agri-

cultores, la cifra de nuestras exportaciones hubieran aumentado en proporción no despreciable.

Fue Presidente honorario perpetuo de la Sociedad "Antonio Alzate" y de la Farmacéutica Mexicana.

No sólo poseía un gran talento, sino también un gran corazón; fue un verdadero filántropo. Hijo y hermano modelo, durante largo tiempo rodeó a la señora su madre de cuidados delicados, amándola hasta el punto de que durante muchos años no salió de la capital para hacer estudios botánicos que le encantaban, por no afligir a la muy cariñosa y aprensiva señora.

Durante muchos años, también sirvió de padre a varios de sus hermanos y a una hermana viuda. En una palabra, fue bajo todos aspectos, el hombre del hogar que ha tenido la dicha merecida de verse rodeado de una familia modelo.

Fundó con el Sr. Díaz de León la sociedad filantrópica que tiene por órgano El Bien Social, pan del alma de los desheredados; la que ha establecido talleres para las costureras desvalidas.

Una vez, hace mucho tiempo, los alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria celebraron el natalicio de su Director, el Dr. Herrera, en el Teatro Nacional, organizando una soberbia fiesta que después se repitió de paga, quedando a beneficio de la caridad miles de pesos con los que se fundó el Asilo que vamos a mencionar.

En sus últimos años creó, ayudado por otras personas, el Asilo de Regeneración e Infancia, al que consagró su tiempo, sus cuidados, su dinero y la ternura de su alma noble para conseguir el fin de regenerar a la mujer perdida, y dar pan al huérfano abandonado.

La vida entera del Dr. Herrera se ha consagrado a la ciencia y al bien. De la primera no se sirvió para llegar a los empleos públicos lucrativos que con tanto ardor solicitan los pretendidos sabios y ha practicado el bien sin ostentación.

¡Sabio, modesto y bueno!

¡He aquí su mejor elogio!

El Profesor Herrera hacía algún tiempo que venía sufriendo de una afección pulmonar incurable; para mejorar su salud en el invierno, buscaba un clima más favorable, escogiendo el estado de Morelos; en Cuautla le sorprendió la muerte el 27 de enero próximo pasado. Dejó escritas las instrucciones a que debería sujetarse su familia para su inhumación. Prohibió el ser inyectado y que sus funerales revistieran carácter alguno de ostentación; dice en ellas que su entierro debía hacerse lo más humilde

posible, y así se hizo el día 28 en el cementerio de una iglesia de Cuautla.

La Academia Nacional de Medicina, poseída del más grande y justo sentimiento, en señal de duelo, suspendió su sesión la noche del día 30 de enero, y deja consignadas estas líneas en su periódico, así como el último retrato, para perpetuar su grata memoria.

Paz a sus restos, y que la Patria a quien honró tanto, recoja su nombre para inscribirlo en el Registro de sus hijos predilectos y esclarecidos.

Manuel S. Soriano

Lauro María Jiménez

Señores:

Húmedos aún nuestros ojos por las lágrimas que nos arrancara la pérdida nunca bien sentida de nuestro malogrado compañero Francisco Brassetti, la implacable muerte viene a herirnos de nuevo, arrebatando de nuestro lado a uno de nuestros más laboriosos y estimables colegas, al Sr. D. Lauro Jiménez, cuyo entusiasmo por el progreso de las ciencias médicas en México sólo puede comprender quien haya visto de cerca su dedicación al trabajo, su ahínco en el estudio y su interés por los adelantos de la juventud; tan nobles prendas, y en tan alto grado poseídas, le condujeron a la adquisición de vastos conocimientos, conquistándole merecidas honras, tanto en su patria como en el extranjero.

La Academia de Medicina de México acaba de perder su apóstol más ferviente, su más firme sostén. A su empeñosa solicitud debemos el ser conocidos de las principales Sociedades médicas de Europa. De la fecunda e infatigable inteligencia de nuestro amado Presidente brotaron mil recursos para que nuestra Sociedad no desmayara en los trabajos, ni viniese a morir asfixiada por esta atmósfera de egoísmo y aislamiento intelectual que desgraciadamente nos envuelve.

El Dr. Jiménez era el tipo del académico. Aquel saber, aquella asiduidad en las labores que a su cargo tenía; aquel su carácter afable y cortés le habían granjeado la estimación y el respeto de sus hoy desolados compañeros.

Es creencia vulgar, y no poco extendida, que el estudio de la Medicina conduce al materialismo; y como de éste al ateísmo no hay más que un paso, conclúyese groseramente que el médico tiene que ser ateo. ¡Juicio odioso y estúpido! ¿No es el objeto de nuestros estudios la observación de la naturaleza? ¿No la estudiamos día a día en su obra más perfecta? ¿Cómo desconocer a su Áutor? ¿Cómo dudar de su existencia? La observación atenta de las obras de la creación, esa armonía admirable entre la organización de un ser y el fin para que ha sido destinado, levantan el espíritu hasta el Creador, llenando el alma de admiración por su Sabiduría, de adoración por su Omnipotencia, de gratitud por su Bondad.

En esta época de soberbia científica, en que sólo se admite lo que positivamente puede demostrarse, se ridiculizan y censuran ciertas creencias tan santas como consoladoras, sólo porque nuestra limitada razón, que tantas otras cosas desconoce, no puede alcanzar sus fundamentos. Enorgullecidos con la posesión de unas cuántas verdades reveladas por la ciencia, pretendemos llegar con el ojo miope de la razón a las regiones infinitas del sentimiento.

El médico, que en los estudios tropieza a cada paso con un misterio; el médico, que a cada paso ha menester una teoría, si ha de explicar multitud de fenómenos que a su observación se presentan; el médico no puede ni debe ensoberbecerse; y si las teorías que nos satisfacen las forjó la razón, y la misma razón puede destruirlas, ¿por qué desechar creencias cuyas pruebas sentimos dentro de nosotros mismos, a despecho del frío y severo raciocinio?

La ciencia no nos enseña todavía lo que es la vida, mientras el sentimiento nos ha dicho ya, nos está diciendo lo que es la muerte. Del seno mismo de ese cadáver se alza una voz que grita: aquí había algo que ya no está aquí.

A ese algo, señores, vinimos a rendir nuestros postreros homenajes, por ese algo se llenan de lágrimas nuestros ojos; ese algo, finalmente, no es la materia, no es ese cadáver, es el espíritu que se ha elevado a Dios.

La Academia de Medicina de México, al lamentar la pérdida de su digno Presidente, honrará su memoria imitando su afición al estudio, su anhelo por el progreso de la ciencia y su amor por los estudiantes de Medicina. —He dicho.

El Sr. Alcaraz pronunció un discurso a nombre de la Sociedad de Historia Natural, que no hemos podido aún conseguir para

darlo a la prensa. En él se hizo el elogio del hombre honrado, del médico, del naturalista y del filántropo, realzando las virtudes del Dr. Jiménez, y tributando un elogio merecido a su memoria.

Dejamos por hoy los trabajos médicos para dar cabida en la Gaceta a las manifestaciones de dolor con que las Sociedades científicas y la Academia de Medicina han tributado los últimos homenajes al Sr. Dr. D. Lauro M. Jiménez, muerto el 27 del próximo pasado.

Si nada podemos contra los inescrutables decretos de la Providencia, que al menos las lágrimas de nuestros ojos y el profundo dolor de nuestro corazón sirvan de lenitivo a nuestras penas; y así habremos cumplido con lo que exigen de nosotros la amistad, la admiración, la gratitud y el reconocimiento: la muerte podrá romper las relaciones físicas del hombre; pero nunca extenderá su imperio hasta sofocar las puras expansiones del alma; el llanto regará siempre la tumba del amigo, la admiración cubrirá de flores el sepulcro del sabio e inscribirá su nombre en el libro de la inmortalidad y la gratitud verterá lágrimas de ternura al recordar al benefactor.

Triple deber que tiene que cumplir la comisión de publicación de la Gaceta Médica en estos momentos, al ver desaparecer del seno de la Academia a su Presidente, y del de la Comisión a su compañero y amigo. El ¡ay!, dolorido que exhala nuestro pecho es tan justo como espontáneo; si tuviéramos que motivarlo, nos bastaría abrir las páginas de casi todas las publicaciones científicas de nuestro país, en donde están consignados luminosos escritos sobre la medicina y ciencias naturales, fruto de las lucubraciones de nuestro compañero el Dr. Lauro M. Jiménez. Nos bastaría recordar que por sus esfuerzos la Academia de Medicina se puso en contacto con las principales Sociedades de Europa y América, que a él sólo se le debe la erección y conservación de la Sociedad Filoiátrica, plantel de jóvenes estudiantes que ha producido ya sazonados frutos, y que se presenta como un faro luminoso en la carrera médica de la juventud; que casi todas las Sociedades científicas le abrieron las puertas admitiéndolo como su socio, y que en algunas ha obtenido el honor de la reelección en el cargo de Presidente.

No emprenderemos formar su biografía; la Academia nombrará la comisión que dibuje minuciosamente los hermosos rasgos de su vida pública, presentándolo a la posteridad como un modelo digno de imitarse. A nosotros sólo nos toca poner una flor más sobre su tumba, y lamentar nuestra desgracia. Como hombre honrado y cristiano, disfruta en estos momentos el premio a sus

virtudes en el mundo de las recompensas; como sabio, su nombre quedó definitivamente escrito con caracteres de oro en el templo de la fama; y la humilde losa que cubre para siempre sus restos venerandos, nos está dando una lección, de que sólo la virtud, el saber y la filantropía dejan inmortales recuerdos.

José Manuel Bandera

Leopoldo Río de la Loza

El día 2 de mayo, a las tres de la mañana, falleció en esta capital el Dr. D. Leopoldo Río de la Loza.

Catedrático de Análisis químico en la Escuela de Medicina de México; Miembro fundador de la Academia de Medicina, y Presidente honorario perpetuo de la Sociedad Farmacéutica Mexicana.

Una vez más tienen que enlutarse las columnas de nuestro periódico. La muerte redobla sus golpes sobre los miembros de nuestra Academia; en el espacio de algunos días nos arrebató a Vértiz y Jiménez; hoy se lleva de nuestro lado al maestro venerando, al sabio académico, al amigo inolvidable Leopoldo Río de la Loza.

Este nombre que todos pronunciamos con respeto, simboliza toda una vida de trabajos, de abnegación, de patriotismo, de virtudes.

El Dr. Río de la Loza, por sus descubrimientos, por su constante empeño en ilustrar todas las cuestiones que se refieren a la Química en nuestro país, por su infatigable anhelo por la enseñanza, ha honrado igualmente a la Escuela de Medicina y a la Academia, a la profesión de que era ornato y a nuestra patria querida. Dotado de una inteligencia segura y clara, de una firme voluntad y de un corazón excelente, supo aprovechar estos dones, captándose la estimación y el respeto de propios y extraños.

Su muerte ha sido un ejemplo de noble resignación. Tranquilo en medio de sus sufrimientos, dispuso él mismo sus funerales, prohibiendo toda pompa y todo homenaje.

Murió; pero sus obras y sus virtudes seguirán viviendo en la memoria de los que tanto le amamos y admiramos.

Su mejor elogio es proponerse su vida como modelo, y aplicar a su memoria las palabras del príncipe de los historiadores romanos: *Admiratione te potius quam temporalibus laudibus, et, si natura suppeditet, emulatione decoremus.*

Academia Nacional de Medicina

Velada fúnebre. El día 3 del corriente la Junta de Catedráticos de la Escuela de Medicina, deseando dar una muestra pública del sentimiento que han tenido por la pérdida del distinguido Subdirector y sabio Catedrático de Análisis Química, Dr. D. Leopoldo Río de la Loza, reunió en el gran salón de la Escuela a los representantes de todas las asociaciones científicas de la Capital para tomar parte en esa ceremonia fúnebre. El Catedrático interino de Clínica interna, Dr. Ildefonso Velasco, a nombre de la misma Escuela tomó la palabra, y en un erudito y bien sentido discurso, trazó la vida, honores y gloria de uno de los sabios más ilustres con que se ha honrado nuestra Escuela Nacional de Medicina.

La mayor parte de las Academias y Sociedades médicas enviaron comisiones y representantes que con brillantes panegíricos contribuyeron al lustre literario de tan triste ceremonia.

Próximamente tendremos el gusto de adornar las columnas de la Gaceta con los principales discursos que allí se pronunciaron. Hoy insertamos el que el Sr. Mejía dijo a nombre de la Academia de Medicina, y que dice así:

Señores:

La Escuela de Medicina aún no se despoja del luto que le hiciera vestir la fatalidad hiriendo con la muerte a dos de sus más caracterizados miembros, cuando una nueva desgracia prolonga su duelo.

¿Y por qué tal muestra de sentimiento?... Oidme:

Las flores que marchitas perecen, dan vida con sus restos a nuevas flores, tan lozanas y bellas como las primeras. El hombre que desaparece de entre nosotros, devuelve a la tierra en sus despojos los elementos que le había tomado, y ellos mantienen el equilibrio indispensable a la vida de nuevos seres.

¿Pero pasa lo mismo con el sabio? ¿Pasa lo mismo con el genio? La humanidad en su atraso os contesta.

Esos campos, ahora regados con sangre, esas poblaciones desoladas por una guerra fratricida, no son la obra del sabio; no le busquéis allí, tampoco en la indolencia, menos en el crimen. Buscadle en medio de los mares que surca atrevido; seguidlo en la tierra disputándole la velocidad de su movimiento; junto a la muerte arrancando sus secretos; con el que sufre prodigándole consuelos. Buscadle en el gabinete describiendo las maravillas de una gota de agua; en la descomposición de la materia, reduciéndola voluntariamente a sus elementos. Allí está el sabio. Allí su obra.

Nosotros hemos perdido, señores, un hombre de esta especie, y la pérdida es tanto más sensible, cuanto que difícilmente se repara. Muchas serán las inteligencias privilegiadas, muchos los que se dediquen con afán a la ciencia lucrativa, pero pocos sacrificarán su interés, a especialidades que hasta ahora, en nuestra patria, dan honra pero no riqueza.

La Química, esa ciencia formada de un abecedario de sesenta y seis cuerpos simples, que en sus diversas combinaciones se multiplican al infinito como las veintiséis letras del idioma, nos revela el misterio de todo lo que nos rodea, nos hace ver los cuerpos tal como son y no como la imaginación les pinta. Quita al diamante su valor, y al oro el atractivo que le diera la codicia de los hombres. Esa ciencia que ha dotado a todas las demás con bellas aplicaciones sin número, pierde en el señor Río de la Loza al más laborioso de sus obreros.

Yo no vengo, señores, a seguirle paso a paso en su historia, no es este mi cometido; vengo en nombre de la Academia de Medicina, a dar a esta Escuela el debido pésame por su desgracia. Ella, mucho le debe, y ella, mucho tiene que sentirlo. ¿Quién no conoce sus trabajos? ¿Quién no sabe que todas las sociedades del país y muchas extranjeras se honraron contándolo entre sus miembros?, y más tarde, ¿quién no le ha visto afanoso, dotar nuestras cátedras con lo más indispensable para hacer fructuosa la enseñanza médica?; y eso en los momentos en que avanzado el invierno de su vida, agobiado por el dolor físico, daba treguas a su curación, por no desatender el plantel que estaba enriqueciendo. La juventud médica que aquí se instruye no debe perder jamás su recuerdo, y los profesores por su parte mantendrán perenne esa memoria, no olvidando a quién se deben las mejoras que encuentran.

Presidente de la sección de Física y Química en nuestra Academia, si ya no daba últimamente sus trabajos, sí daba su prestigio. Por eso para ella también fue día de luto el día de su muerte, y por eso hoy eleva su voz en este lugar para consagrarle un tierno recuerdo. Siente al hombre, y siente al sabio; así quiere consignarlo; perdonad solo, si mis palabras traducen mal la expresión de su sentimiento.

Demetrio Mejía

Gumersindo Mendoza

Circunscritos a los estrechos límites de un artículo necrológico, dejamos a su biógrafo el dar a conocer al mundo científico los servicios que el humilde pero distinguido miembro honorario de la Academia de Medicina de México prestó a la ciencia nacional durante su preciosa existencia. Nacido en pobrísima cuna, con su dedicación al estudio, con su aprovechamiento, con su constancia y su fe, luchó como un héroe contra las vicisitudes de una adversa fortuna, hasta triunfar por completo, elevándose por sus relevantes méritos a los más distinguidos puestos científicos, ocupando un asiento en las Academias y Sociedades, así como en los primeros establecimientos de educación de la Capital. Fue nombrado socio titular de la Academia de Medicina de México el 31 de enero de 1866 y honorario el 23 de junio de 1880.

Hacía tiempo que las vigilias y el trabajo mental continuo lastimaban lentamente su cerebro, y su ser moral decaía poco a poco a la par que el físico; algunos meses arrastró una existencia penosa, y por fin, el 6 del corriente mes, a las ocho de la mañana sus párpados se cerraron para no abrirse más.

El Director interino del Museo Nacional, de cuyo establecimiento era Director el Sr. Mendoza desde 1877, los profesores del mismo, el Director de la Escuela de Medicina y algunos de sus amigos íntimos, se ocuparon de preparar la inhumación del cadáver de una manera cual correspondía al primer profesor del Museo.

El Supremo Gobierno y C. Gobernador del Distrito contribuyeron cada uno en su esfera para que la inhumación se hiciese en consonancia hasta donde fuese posible, con los deseos de los amigos del finado.

Entre sus estudios, tenemos en colaboración con Herrera sobre las cantáridas mexicanas, difundiendo su empleo con mejor éxito que la extranjera; investigan los efectos tóxicos de las sanguijuelas, analizan el yoloxóchitl, el anacahuite, la hierba del pollo; buscan el origen del tequesquite y del cloruro de sodio en el Valle, y Mendoza, sólo analiza el té de milpa y las aguas minerales de Aragón, estudia la hierba llamada "de la mula" y aconseja los reactivos propios para el análisis de la pureza del cloroformo, otros muchos trabajos han quedado desconocidos e inéditos.

Academina Nacional de Medicina

Sebastián Labastida

A las tres de la mañana del día 12 de junio de 1882 ha fallecido el socio titular de la Academia de Medicina de México, doctor Sebastián Labastida.

Esta Corporación tuvo la honra de registrar el nombre del Dr. Labastida el 12 de septiembre de 1866. En 1875 lo nombró encargado del archivo, cuya comisión desempeñó hasta el año de 1880.

Durante los diez y seis años que perteneció a la Academia cumplió, cuanto le fue posible, concurriendo a las sesiones y presentando sus trabajos, que se encuentran publicados en la Gaceta Médica. Su honradez y carácter afable le hicieron captarse la estimación de sus consocios.

Durante unos veinticinco años desempeñó la plaza de Médico en el Hospital de San Andrés; después estuvo como Director en el Hospital de hombres dementes, y últimamente sirvió como Médico en la Escuela Correccional situada en el Tecpan de Santiago.

En diversas ocasiones desempeñó algunos cargos públicos, como el de Regidor y otros.

La Academia de Medicina de México, poseída de un justo sentimiento por la muerte del Dr. Labastida, nombró para que la representase en la inhumación de su cadáver, una Comisión compuesta de los Dres. Pablo Martínez del Río, como Presidente; Ricardo Egea y Galindo, y Ramón Icaza. La misma Corporación, al colocar el nombre de Sebastián Labastida en el registro necrológico de sus socios, envía un sentido pésame a su desolada familia.

Academia Nacional de Medicina

Manuel S. Soriano

Entre los académicos que en los primeros años de existencia de nuestra corporación se distinguieron por hacer de la Academia Nacional de Medicina, el organismo digno, de gran calidad profesional y moral, respetado y respetable que hoy disfrutamos, destaca el Dr. Manuel S. Soriano porque, además de comunicar en su seno trabajos sobre temas médico quirúrgico o de investigación histórica o estadística, o encargados por la propia Academia, participó activamente en su orientación y en la organización y fortalecimiento de su estructura.

Dos veces fue Secretario General y fungió como Prosecretario, Tesorero, Bibliotecario, Archivero y aun como Presidente interino en ocasión de haberse ausentado del país el Dr. Rafael Lavista, presidente, pero su labor más relevante fue la que desarrolló al frente de la Gaceta Médica de México durante 29 años, de 1886 a 1915.

Porque por medio de la calidad que le supo imprimir, contribuyó eficazmente a cimentar en los ámbitos nacional e internacional el prestigio de la Academia.

El Dr. Soriano nació en la Ciudad de México el 29 de noviembre de 1837. Comenzó a estudiar medicina el 6 de enero de 1854 y recibió su título profesional el 6 de diciembre de 1860, siendo don Miguel Jiménez el presidente del jurado ante el que presentó su examen.

Pocos meses después, el 13 de abril de 1861, partió hacia europa pasando por Nueva York, en vísperas de la Guerra de Secesión. Establecido en París, entonces el centro tal vez más activo en el

movimiento médico y en el que se estaba gestando la entrada del mundo a la era microbiana, perfeccionó sus estudios con los más reputados maestros, particularmente en oftalmología, porque durante sus últimos años de estudiante había adquirido gran práctica en el manejo e interpretación de los datos que ofrece el oftalmoscopio, entonces de reciente invención.

Terminados sus estudios visitó las principales ciudades de Europa y regresó a México a finales de 1862, y como había comenzado la Intervención Francesa, ofreció sus servicios al presidente Juárez , quien le confió la organización de un puesto de socorros que debería dirigir la Sra. Juárez y habría de instalarse en el antiguo hospital de San Pedro, junto a la iglesia de la Santísima, puesto de socorros que no llegó a funcionar.

Durante el Segundo Imperio, el Dr. Soriano permaneció en la Ciudad de México, en la que, según nos dice en su nota autobiográfica, desempeñó algunos trabajos por encargo del gobierno republicano.

En 1865, publicó su primer trabajo; una memoria sobre la canalización quirúrgica en la que trató por primera vez este tema en nuestro medio. De otra primacía que le corresponde nos ocuparemos después.

Al año siguiente, el 12 de diciembre de 1866, fue admitido en el seno de la Academia, versando su trabajo de ingreso sobre la semiología de la lengua.

En 1867, durante el sitio de México y bajo las órdenes del Gral. Porfirio Díaz, el Dr. Soriano inició formalmente la carrera médico militar que lo separó de su intención inicial de dedicarse a la oftalmología. En realidad, había tenido ya contacto con la vida militar, porque siendo estudiante se había enrolado como ayudante del cuerpo médico militar en 1856, y como tal, en 1859 prestó servicio en el campo de batalla, en el ataque que las fuerzas liberales efectuaron a la garita de San Cosme de la Ciudad de México, el último año de la Guerra de Reforma. Pocos días más tarde, durante los combates que se llevaron a cabo en Tacubaya, su compañero Juan Díaz Covarrubias quien, a pesar de sus cortos años se había distinguido como novelista, sugirió al grupo de alumnos dirigirse a ese lugar para auxiliar a los heridos. Díaz Covarrubias, quien debe haber partido de inmediato, se contó entre el número de los médicos que fueron fusilados, conocidos como los mártires de Tacubaya, tragedia que dejó en el Dr. Soriano huella imborrable.

Entre 1867 y 1876, participó en varias acciones de guerra. En el estado de Puebla en 1869 y en la toma de la Ciudadela con el

grado de jefe interino del cuerpo médico militar. Pero sobre la que es indispensable llamar la atención, es la acción que se desarrolló en julio de 1872, en la plaza de San Luis Potosí entre los defensores fieles a Juárez y sus atacantes, partidarios del Gral. Porfirio Díaz en su primera tentativa de rebelión. En esa ocasión, los Dres. Manuel S. Soriano, Juan Penelón y Juan Cabral, de San Luis Potosí, emplearon por primera vez en este continente el método antiséptico de Lister, con buenos resultados, que hasta entonces sólo se había empleado en dos países. Primacía que se atribuye en el plan teórico al Dr. José San Martín, médico mexicano que presentó en París su tesis sobre este tema, el 20 de julio de 1877, y en la práctica al Dr. José de Jesús Marín.

En realidad el Dr. Soriano no comunicó su experiencia sino hasta años después, en 1876, y su trabajo, que se encuentra en la Gaceta, no se refiere directamente al empleo del método de Lister, sino que se titula "Contribución a la estadística de cirugía militar", lo cual explica que haya pasado inadvertido.

En los 29 años que fue editor de la Gaceta, sesenta y nueve artículos suyos médicos históricos, estadísticos o participaciones en dictámenes aparecen con su nombre, pero si los comparamos con los "doscientos treinta y cuatro escritos", que de acuerdo al dato que proporciona en su nota biográfica elaboró para la Gaceta, podemos darnos cuenta que casi todas las notas, noticias, informaciones, etc., que aparecieron durante estos 29 años, fueron obra suya.

En 1915 no se encargó ya de la edición de la Gaceta, otorgándosele el 13 de octubre de ese mismo año, la categoría de Miembro Honorario. Setenta años más tarde, podemos darnos cuenta de lo que significó su ausencia, porque entre 1915 y 1925 salieron de la imprenta tan sólo tres tomos de la Gaceta, en lugar de diez. Sabiéndose que a pesar de las difíciles condiciones por las que atravesó esta ciudad, las sesiones de la Academia no llegaron a interrumpirse.

El Dr. Soriano fue además editor de otras dos publicaciones; "El boletín de ciencias médicas" y "Los anales de la Asociación Larrey", médico del hospital Juárez durante 34 años, encargándose interinamente de su dirección en varias ocasiones y a él se debe el establecimiento en ese nosocomio de su departamento de estadística, área que fundó también en el Consejo Superior de Salubridad.

En el Colegio de las Vizcaínas, del que fue médico desde 1891, construyó una nueva enfermería sobre el panteón que se encon-

traba en ruinas desde las Leyes de Reforma, labores todas que pudo cumplir gracias a "la incansable laboriosidad y formalidad que en su larga vida" caracterizaron al Dr. Soriano, de acuerdo al juicio de su amigo don Nicolás León.

La carrera militar a la que en 1876 había renunciado voluntariamente para no servir al movimiento armado que derrocó al gobierno legalmente constituido de don Sebastián Lerdo de Tejada, se reanudó en 1916. El Gral. Alvaro Obregón, encargado de la Sría. de guerra y marina, le reconoció el grado de teniente coronel que le había sido otorgado por el presidente Juárez. En 1919, don Venustiano Carranza lo ascendió a coronel. Arrestos militares nunca le faltaron. En 1913, sin grado militar, en la decena trágica, cumplió deberes médicos en campo maderista como miembro del hospital Juárez, haciéndolo notar durante la dictadura Huertista y en el mes de abril de 1914, al tener conocimiento del desembarco norteamericano en Veracruz, escribió la siguiente frase en una fotografía en traje militar destinada a su familia: "A esta edad (76 años 6 meses), tengo mi pulso fuerte para empuñar la espada contra el invasor de mi patria y el bisturí contra la muerte que quiera arrebatarme un hermano".

El Dr. Soriano, que hizo tanto por nuestra agrupación, dejó unas memorias que conservan sus descendientes. Se inician con los recuerdos de su niñez, entre ellos la toma de la ciudad por los norteamericanos, en 1847, y continúan con lo referente a sus estudios y su juventud, en las que refiere las visicitudes sociales y políticas por las que atravesaba nuestro país, así como también sus experiencias amorosas con la dramática propia de la época romántica que transcurría. En medio de sus recuerdos vemos pasar a los políticos de la época, las actrices, los acontecimientos teatrales, operísticos, musicales, los bailes famosos. Refiere con mucho detalle su permanencia en París y su viaje a Italia e Inglaterra, etc., sus amistades, sus relaciones con nuestra representación diplomática en la que sirvió sin sueldo cuando se inició la intervención francesa. Muy interesantes son también los relatos de las acciones bélicas a las que, para cumplir sus deberes profesionales, tenía que asistir, así como también se refiere a las consecuencias crueles para los derrotados. En la intimidad de su diario se vive la historia en su real acontecer.

Su colección de grabados, litografías, fotografías de París y de las ciudades europeas visitadas, son actualmente documentos de mucho valor, así como también las fotografías de los personajes desde los más encumbrados hasta los más humildes,

que cuidó de coleccionar. En sus memorias incluye documentos muy raros. Este conjunto de recuerdos resalta de entre pobreza de experiencias propias de las que existen muy pocos ejemplos en el país.

Inexplicablemente, cuando falleció el 28 de febrero de 1927, siendo Decano de la Academia, del cuerpo médico militar y de los médicos de la República, no se le dedicó ningún *in memoriam*, ni en alguna sesión ni en la Gaceta, en la que se encuentran en ese año las de dos académicos: los Dres. Ramón Icaza y Rafael Serrano. A él, que elaboró tantas notas necrológicas, no se le dedicó ninguna. Más aún, en la historia de la Academia de Medicina su nombre aparece sólo una vez y en forma ocasional como autor de alguna iniciativa.

Pedro Ramos Ramos

Rafael Martínez

Llenos del más profundo dolor, consignamos en la Gaceta el fallecimiento del venerable farmacéutico D. Rafael Martínez, acaecida el día 7 del corriente. Poseedor de extensos y profundos conocimientos en todo lo relativo a su profesión, el Sr. Martínez ocupó por muchos años un lugar preferente entre sus compañeros de profesión, y fue solicitado para adjunto de la Escuela de Medicina, para miembro titular del Consejo Superior de Salubridad y para socio de la Academia de Medicina y de otras muchas Academias y Asociaciones científicas; y para honor suyo, nunca ocupó ningún destino solicitado por él, resistiéndose casi siempre a la designación hecha en su persona por los que, conociendo su mérito, lo arrastraban a su pesar a lugares y comisiones a que tantos otros aspiran. Su modestia era proverbial.

Tipo hermoso de esos hombres leales, francos, caballerosos y probos, que desgraciadamente escasean tanto en nuestros días, el Sr. Martínez era universalmente querido de cuantos tuvieron la dicha de tratarlo.

El hogar doméstico era su templo y el estricto cumplimiento de sus deberes como cristiano, como ciudadano y como padre de familia, su ocupación predilecta; nunca a sabiendas cometió una falta que pudiera echársele en cara, y antes por el contrario, alivió con mano pródiga los padecimientos de sus semejantes, invirtiendo el escaso producto de su trabajo en enjugar las lágrimas de los desgraciados. Ha muerto pobre, y se ha sepultado sin ostentación; pero deja a su apreciable familia en herencia

un nombre sin mancha. La vanidad no erigirá monumentos a su memoria; pero estamos ciertos que su humilde tumba será mil veces regada con las lágrimas puras del reconocimiento de tantos desgraciados que han perdido en él a un padre cariñoso y a una providencia sobre la tierra. Si dable nos fuera referir uno a uno los rasgos que conocemos de desinterés y de caridad, se creería tal vez que formábamos un tipo ideal. Este trabajo será desempeñado por su biógrafo, limitándonos nosotros a ofrecer un modelo digno de imitarse, y a lamentar profundamente nuestra pérdida.

Academia Nacional de Medicina

Francisco Brassetti

Hermano: tus compañeros, los miembros de la Academia de Medicina, sabiendo que me ligaba a tí cierta especie de paternal cariño desde aquellos lejanos días en que jugabas sobre mis rodillas cuando eras un tierno niño, han honrado mis canas encargándome te traiga sus sinceras expresiones de amistad y pesadumbre.

Ellos que, como yo, te admiraron cuando te remontabas a las alturas etéreas en busca de la luz no descubierta, aunque deseada por muchos, quedaron, como yo, anonadados cuando rompiste el frágil barro que te retenía en el mundo y te lanzaste a lo infinito encandesciéndote con los purísimos rayos del sol que no tiene manchas ni ocaso.

Estamos tristes... ¡muy tristes!... y en prueba de nuestra tristeza te traemos la única ofrenda digna de la lúgubre presente escena: es la fiel pintura de la situación que guardamos; es el traslado perfecto de lo que deja en el mundo el hombre, virtuoso cuando parte para el cielo a recibir la corona que sus méritos reclaman de la justicia infinita.

Atiende; ve el cuadro. Hay una mujer por cuyas mejillas corren abrasadoras lágrimas, y cuyos labios buscan con avidez una frente en que depositar sus amorosos besos. Esta mujer me recuerda alguna otra que me arrulló entre sus brazos, que hizo fácil y llano el principio de mi vida, y que me bendijo sonriendo al dormirse entre las alas del ángel que se la llevó al cielo. El parecido depende del santo carácter de ambas: la una fue mi madre; la

otra es la tuya. Es decir, las dos pertenecen a esos seres en cuyo corazón se encuentra la esencia del amor más puro, y cuyos labios destilan una miel tan dulce que neutraliza los pesares de la vida. Tu madre, menos feliz acaso que la mía, vióse obligada a consentir en que de sus brazos te arrebatara la muerte, y hoy, en su santa resignación, no tiene otro consuelo que el de incensar tu memoria con la esencia de su corazón, y el de empapar tu nombre con el néctar de sus labios.

Hacia un lado y muy cerca de esa figura que simboliza el más tierno de los dolores, se destaca otra, imponente como la fatalidad misma. Es un anciano de luenga y venerable barba que tiende las trémulas manos buscando el báculo que le servía de apoyo en su peregrinación por la tierra, y que lo busca en vano, ¡porque el báculo se ha quebrado!... Este pobre viejo, tu padre, no quiere ni puede dar un paso más porque le faltan las fuerzas, porque en el cielo de su esperanza sólo brillan los siniestros relámpagos de los rayos del infortunio.

Y entre una y otra figura que parten el corazón con su dolor sublime, están las majestuosas ruinas de un edificio que debió ser muy bello. Es tu derruido hogar; es ese pedazo de mundo dentro del cual encontrabas un dulce reposo y un abrigo protector cuando te cansaba la vida o en torno de ti bramaban las tempestades humanas. Dentro de estas ruinas, y como sepultada en ellas, se marchita y muere una pobre vid, a la que falta el árbol que la sostenía cuando llevaba hasta el cielo las dos gallardas flores brotadas de su seno. La vid es tu esposa, y sus delicadas flores tus inocentes hijos, que para vivir necesitan del calor de tus caricias, y sólo reciben las heladas lágrimas de la viuda.

Hay algo más todavía. En torno de esas ruinas de tu hogar doméstico, vagan en inquieto desorden tus apesarados amigos. Ellos que experimentaban justa satisfacción y noble orgullo viendo que trabajabas con febril empeño por arrancar a la muerte los secretos de la vida; ellos que se imaginaban podría llegar la vez de que fueses el escogido entre muchos para ser el hombre-símbolo que en las ciencias médicas, personificase nuestro siglo de progreso; ellos, por último, que, llenos de fe en el porvenir de la patria, auguraban serías una de las más brillantes perlas de su diadema, buscan al sabio y sólo dan con el mártir; buscan el fugaz meteoro, y sólo descubren en el horizonte de la ciencia la apacible estela que indica el camino de la gloria.

Este es el lúgubre cuadro que la mano de la fatalidad ha dibujado con lágrimas del corazón en el lienzo de nuestra vida, y esta

es la triste ofrenda, la fúnebre corona que vengo a colocar en tu féretro como nuestra última demostración de afecto. Acéptala, hermano; recibe con ella las bendiciones que te envían tus amorosos padres, el ternísimo suspiro de tu desgraciada esposa, el llanto de las dos criaturas que vinieron del cielo para enseñarte el camino que conduce a Dios, y la solemne promesa que hacemos tus amigos de hacer lo posible por imitarte en la tierra.

¡Adiós!... Pide para todos nosotros la resignación que necesitamos tanto.

Manuel Domínguez

Poseídos de profundo dolor consignamos en la Gaceta Médica, la noticia de haber fallecido, víctima del tabardillo, el joven profesor D. Francisco Brassetti, catedrático de Clínica interna en la Escuela de Medicina y miembro titular de la Academia. La implacable muerte nos ha arrebatado un porvenir de esperanza para la medicina mexicana. Joven, honrado, laborioso, lleno de abnegación y de filantropía, y dotado de una clara inteligencia, nuestro malogrado consocio y amigo ha bajado a la tumba cuando le sonreía la gloria, que le tenía asignado un lugar distinguido en el templo de la inmortalidad.

Bajo la impresión de tan doloroso suceso, la Comisión de publicación de la Gaceta se asocia al duelo general del Cuerpo Médico Mexicano, y después de haber regado con su llanto los restos inanimados del amigo, teje una corona que coloca sobre su sepulcro. La virtud y la ciencia se abren un paso en la senda del reconocimiento público, por oscuros que aparezcan los sacrificios emprendidos en bien de la humanidad: el noble sacerdocio del médico, que enjuga tantas lágrimas, que arranca a la muerte tantas víctimas, y que riega de flores el lecho del moribundo, bien merece el llanto de la gratitud y del reconocimiento.

Al consignar nuestro periódico en sus columnas todas las manifestaciones de sentimiento de los diversos Cuerpos científicos de la capital, de los discípulos y de los amigos del Dr. Brassetti, agrega también una flor a su corona, que si no brilla por su lozanía, es porque nuestras lágrimas ardientes la han marchitado.

Desde que se tuvo noticia del fallecimiento del Dr. Brassetti, el 19 del corriente, la Escuela de Medicina se encargó de los funerales: embalsamó el cadáver y lo expuso en el Colegio hasta la tarde del 22, en que debía ser inhumado.

En el hermoso salón de actos, y sobre un túmulo estuvo colocado el ataúd. Ardían gruesos cirios y dos luces verdosas colocadas en unos jarrones negros sobre unas blancas columnas.

Una numerosa y escogida concurrencia asistió a este acto solemne, presidido por el ciudadano Ministro de Justicia, el Director y Catedráticos de la Escuela de Medicina y un pariente del Dr. Brassetti, el Sr. Artigas.

En aquel lugar se leyeron los discursos y poesías que insertamos a continuación.

Concluido este acto fue llevado el cadáver en un hermoso carro fúnebre, tras del cual marchaba a pie un inmenso acompañamiento, formado de casi todos los médicos de la capital, estudiantes de Medicina e innumerables particulares, entre los que se encontraban abogados, jueces y personas sumamente respetables, presididos por el C. Ministro de Justicia. Más de cincuenta coches de respeto cerraban el acompañamiento.

El cortejo fúnebre salió de la Inquisición tomando las calles de Santo Domingo, Empedradillo, Plateros, San Francisco, dando vuelta por San Juan de Letrán. Allí tomo el duelo los coches, y en ellos acompañó al cadáver hasta su última morada, el camposanto francés de La Piedad.

Juan María Rodríguez Arangoiti

En memoria del Dr. Juan María Rodríguez Arangoiti, ilustre obstetra mexicano (1828-1894).

Por Leticia Rodríguez-Pimentel

Estimado Sr. Editor. Nació en la Ciudad de México, fue hijo del Gral. Mariano Rodríguez de la Madrid y de Francisca Arangoiti. Creció en una familia de intelectuales, sus hermanos fueron reconocidos arquitectos e ingenieros de la época. Realizó sus estudios de Medicina de 1850 a 1854 y en 1855 "aprobó su examen general y su ejercicio, lleno de erudición con un caudal de buena práctica".

Inicialmente la atención de los partos era considerada como denigrante y se encontraba en manos de comadronas. En los últimos días de la Colonia, en la Real Escuela de Cirugía se enseñaban escasos conocimientos teóricos y ninguna práctica de la Obstetricia en México. Para 1833 se reformó la instrucción pública y se creó un Establecimiento de Ciencias Médicas, iniciándose el 24 de octubre de ese año la cátedra de Obstetricia y el 5 de diciembre se hizo extensiva a todas las parteras. La cátedra de Clínica de partos fue ocupada por renombrados maestros, entre ellos el Dr. Del Villar, Martínez del Río, Terán, Torres, Espejo, Vértiz y Ortega.

En 1869 el Dr. Rodríguez ganó la plaza, primero como profesor adjunto y posteriormente como propietario empezando una vida ininterrumpida de magisterio. Se le señala como poseedor

de "un magnífico método para enseñar, sus lecciones fueron sin llanos y sin atavíos, de estilo siempre correcto y algo florido y llenas de enseñanzas, y su práctica especial fue de las más vastas y sanas de México".

También fue profesor de Química de la Escuela Nacional Preparatoria, prestó atención al cultivo del idioma y de la literatura mexicana. Fue miembro de varias sociedades médicas mexicanas y extranjeras.

En aquel entonces el tacto vaginal para los diagnósticos de presentaciones y posiciones del feto era un método repugnado por las mujeres y censurado por el público, que lo consideraba depravado e inmoral, por lo que los doctores Ortega y Rodríguez introdujeron la palpación y auscultación abdominales como métodos para substituirlo.

La versión por maniobras externas era una de las prácticas más populares en México, existía desde los tiempos de Hipócrates y Celso y entre los indígenas de nuestro país. El Dr. Rodríguez empezó a hacer la versión hasta que el feto fuera movible, una vez obtenida, se empleaba un cojín y un vendaje a los lados para mantener la presentación, lo anterior con buen éxito en la mayoría de los casos.

Identificó que las anomalías de la pelvis originadas por el raquitismo, exostosis y encondromas eran muy raras en México, e indicó que ciertas dificultades que se observaban en el trabajo de parto eran debidas a la baja estatura de las mujeres (1.50 m), a la altura del pubis y a la reducción del diámetro antero-posterior del estrecho inferior del canal del parto. Describió el orden de las presentaciones y posiciones fetales, así como diversas mediciones pélvicas y fetales.

Los fórceps, cuyo descubrimiento precede a los de Chamberlain, ya que en Egipto se contaba con algunos ejemplares, así como espéculos y otros instrumentos, tuvieron buena aceptación por parte de los parteros mexicanos. El Dr. Rodríguez introdujo su uso en cabeza última, en lugar de la introducción de los dedos en la boca del producto que originaba, entre otras complicaciones, luxación de la mandíbula.

Inicialmente las cesáreas se realizaban sólo *post mórtem* para salvar al feto y suministrarle las aguas bautismales; sin embargo, la embriotomía había sido practicada desde tiempo inmemorial (ya era usada por los aztecas) y en caso necesario el procedimiento era autorizado por la Iglesia Católica, lo que si bien acababa con una vida, conservaba la existencia de una

madre, tronco de familia, el Dr. Rodríguez practicaba un procedimiento de embriotomía. Más tarde se regularizó dicho procedimiento, se practicaba sólo con feto muerto y la operación cesárea fue apoyada por el Dr. Vértiz.

En 1884 el Dr. Rodríguez practicó en el Hospital San Andrés la primera operación de Porro en México y América Latina (procedimiento ideado por Eduardo Porro en 1876 en Italia, debido a que las hemorragias e infecciones provocaban una alta mortalidad después de las cesáreas, esta cirugía consistía en efectuarla seguida de la extirpación del útero y sus anexos excepto el cérvix). Por esa época se introdujo también el uso de inhalaciones de cloroformo durante el momento del parto "Pajot a la reina", traído directamente de Londres por el Dr. Martínez del Río.

En 1869 el Dr. Rodríguez asentó los preceptos para el uso y dosificación de oxitócicos (cornezuelo de centeno y el chihuapatli o zoapatli). Los indicaba en caso de inercia uterina, con pelvis bien conformada, presentación de vértice y en pacientes multíparas, para combatir la hemorragia posparto, buscando la pronta involución uterina.

En 1870 el Dr. Rodríguez introdujo la dilatación artificial del cuello uterino por medio del procedimiento de Kiwish, usando una corriente de agua continua, utilizando la jeringa de Darbó.

El llamado decano de los parteros daba consejos a sus discípulos indicando que: "ya que habitualmente sucede que las parteras llegan antes que el médico, le informan datos y le invitan a formular tal o cual medicina, el médico, por dignidad y por conciencia no debe aceptar ese papel, debe formarse un juicio por sí mismo y recuperar la supremacía que la sociedad y la ley le tiene asignada, cuando sea llamado para un caso de distocia en el que han intervenido muchos, cuide de no comprometer su reputación con maniobras imprudentes que puedan complicarlo en lo que no ha tomado parte".

En 1884 fue presidente de la Academia Nacional de Medicina. Entre sus varios escritos, monografías y obras se encuentran: "Cuadros sinópticos de Obstetricia", "Guía Clínica del arte de los Partos" (que sirvió de texto en la clínica), "Manual del Arte de los Partos" (laureado en 1879 por la Academia de Medicina), "Breves consideraciones sobre las condiciones higiénicas de las maternidades".

Leticia Rodríguez Pimentel

Gabino Barreda

A las seis cincuenta minutos de la tarde del día 10 de marzo de 1881 falleció en Tacubaya Gabino Barreda. Socio titular de la Academia de Medicina, miembro de varias sociedades científicas de la capital, Catedrático de Patología general en la Escuela de Medicina y fundador de la Escuela Nacional Preparatoria.

El Dr. Barreda fue un sabio que honró a la ciencia y a la patria; su claro talento y su vasta instrucción lo hicieron colocar en primer término en los diversos ramos de las ciencias que cultivó; difícilmente ocupará otra persona el puesto que deja vacío en las sociedades científicas a que pertenecía, y a las que dio un buen contingente de su saber, ya en las discusiones, ya en las páginas de sus periódicos con sus notables escritos.

La Academia de Medicina de México tuvo la honra de registrar su nombre en el catálogo de sus miembros, y deplora su muerte. En sus funerales fue representada por una Comisión de su seno, formada por los Dres. Manuel S. Soriano como Presidente, Eduardo Liceaga y Manuel Ortega Reyes; el primero, cuando fue llamado a la tribuna, pronunció el discurso que damos al fin de este artículo; la mencionada Comisión y muchos de los miembros de la Academia acompañaron al cadáver al Panteón de Dolores.

Para que los suscriptores a la Gaceta puedan graduar la estima de nuestro socio, como sabio y como maestro, ponemos en seguida una reseña de sus funerales.

El cadáver había sido inyectado por nuestro socio Dr. Montes de Oca el día 11; el 12 varias personas de diversas corporaciones y establecimientos fueron por el cadáver a Tacubaya, y a las once del día el carro fúnebre que lo condujo se detuvo en la esquina de la calle de San Ildefonso; allí, la Escuela Preparatoria, la de Medicina, el Cuerpo Médico-militar y otras Sociedades y Establecimientos de instrucción, representados por sus principales miembros, recibieron el cadáver y lo transportaron a la que fue Capilla de San Ildefonso.

El adorno del salón era sencillo y alegórico; estaba dividido por una barandilla, y en la parte del fondo, en el centro, sobre un catafalco se colocó el féretro como a 45° de inclinación para ser visto con facilidad el cadáver: reposaba vestido de negro con guante blanco.

A los pies del féretro se puso la cubierta, sobre ella un volumen abierto de la obra del inmortal Augusto Comte, rodeado de elegantes coronas fúnebres. En la parte posterior del salón, hacia arriba, estaba el retrato en lienzo del ilustre Maestro, y sobre el cuadro, escrito con grandes letras de oro, el lema del padre de la filosofía positivista, Augusto Comte, *Orden y Progreso*. Abajo las detenidas agujas de un reloj marcaban la fatal hora del fallecimiento.

Sobre sus respectivos sustentáculos, y formando el fondo de la escena, se encontraban entre otros muchos aparatos científicos, el acústico de Koening, la máquina eléctrica de Ramsden y varios pequeños libreros de esqueleto, conteniendo las obras que fueron el constante estudio del malogrado Maestro. Después, como avanzando este trofeo científico para más adelante y circundando el catafalco, se encontraba la máquina hidro-eléctrica de Armstrong; a la izquierda, y en igual término a la máquina anterior, se hallaba colocado en su inclinación media, un gran telescopio Gregory; sobre los ángulos de la base del túmulo, cuatro magníficos pebeteros exhalaban sus vapores de mirra e incienso. Preparaciones anatómicas y aparatos de física y química de diversos tamaños, multitud de otros aparatos pequeños, colocados en columnas y alternados con mecheros de alcohol que despedían una flama verde, se hallaban artísticamente distribuidos. Todos los instrumentos y aparatos estaban cubiertos de crespón negro y guirnaldas de ciprés. Seis antorchas clavadas en el suelo, alumbraban con algo, como el fuego sagrado de la ciencia, el cadáver del sabio.

Las paredes laterales, en la distancia comprendida entre la barandilla y la pared posterior, sobre lienzos blancos encrespo-

nados, se leían los nombres de las Sociedades: «Geografía y Estadística», «Historia Natural», «Liceo Hidalgo», «Academia de Medicina», «Sociedad Filoiátrica», Metodófila «Gabino Barreda», «Asociación Larrey», «Pedro Escobedo» y «Andrés del Río».

Allí permaneció expuesto el cadáver hasta el día 14 que se verificó la inhumación. Durante el tiempo de su exposición fue visitado por multitud de personas de todos sexos, y velado constantemente por Directores, Catedráticos y alumnos de todas las Escuelas Nacionales.

Las cartas que se repartieron con profusión citaban para las ocho de la mañana del 14, hora en que debía empezar la ceremonia fúnebre; ya a esa hora el salón estaba pleno de concurrentes; a las nueve principió; veíanse a la izquierda del féretro, en una pequeña plataforma, presidiendo las honras, los distinguidos Sres. Francisco Díaz Covarrubias, representante de la familia; Alfonso Herrera, Director de la Escuela Preparatoria; Francisco Ortega, de la de Medicina; a la derecha y al pie, estaban los Sres. Manuel Gontreras y Dr. Adrián Segura, desempeñando las funciones de maestros de ceremonias. Seis personas, que por intervalos se relevaban, formaban de pie y a los lados del cadáver la guardia fúnebre; el resto de esta parte del salón estaba ocupado por las personas que representaban las Sociedades científicas. Fuera de la barandilla, el resto del salón apenas podía contener a los alumnos de todas las Escuelas superiores, a los amigos y a los discípulos del Dr. Barreda. En estos funerales estaba representada la ciencia en todos sus ramos. Abogados, Médicos, Ingenieros, Literatos, Periodistas, etc., y como pocas veces hemos visto, el duelo era tan espontáneo y verdadero, como general.

Ocupó en primer lugar la tribuna el Dr. Manuel Domínguez, llevando la palabra por la Escuela de Medicina; en seguida el Lic. Justo Sierra, por la Escuela Preparatoria; después el Dr. Alberto Escobar, por el Cuerpo Médico-militar; luego el Dr. Porfirio Parra, por la Sociedad Metodófila; el Sr. Juan de Dios Peza, por la Sociedad de Geografía y Estadística; el Dr. Manuel S. Soriano, por la Academia de Medicina, y después varias personas representando a diversas Sociedades.

Terminados los discursos, el Sr. Díaz Covarrubias, profundamente conmovido, dio las gracias en nombre de la familia del Sr. Barreda a todas las personas que estaban presentes, por los sentimientos de profundo cariño y dolor que los agrupaba al lado del cadáver.

A las doce del día se retiró la concurrencia, citándose para las tres, hora designada para acompañar el cadáver al Panteón de Dolores.

A las tres de la tarde los Sres. Alberto Cárdenas, Andrés Almaraz y Luis E. Ruiz, nombrados maestros de ceremonias, organizaban a las puertas de la Escuela Preparatoria el cortejo fúnebre en la siguiente forma:

La música del batallón de Zapadores.

Seis personas que sucesivamente se iban turnando entre las designadas de antemano, para conducir el féretro.

El cadáver. A los lados del ataúd y llevando las bandas que de aquel pendían; a la derecha, los Sres. Alfonso Herrera, Director de la Escuela Preparatoria; el Sr. Ignacio Fuentes, miembro de la familia, y el Sr. Manuel Contreras.

A la izquierda el Sr. Dr. Francisco Ortega, Director de la Escuela de Medicina; el Sr. Dr. Francisco Montes de Oca, Director del hospital de Instrucción, y el Sr. Lic. Protasio Tagle.

Seguía al féretro el grupo de personas designadas para conducirlo.

Un magnífico carro fúnebre tirado por seis arrogantes caballos negros conducidos por otros tantos palafreneros, iba a continuación.

Seguía en la comitiva la música del 9.° Batallón expresamente mandada a tomar parte en el cortejo por el Sr. Mayor del Cuerpo, Francisco Gil, antiguo discípulo del Sr. Barreda.

Una fajina de gendarmes guardaba el orden y abría paso entre la multitud.

El resto de la comitiva se formaba de los alumnos de la Escuela Preparatoria, de los de las demás Escuelas, de las Comisiones de las Sociedades científicas, del Cuerpo Médico y de los antiguos discípulos del Sr. Barreda.

Presidía el duelo el Sr. Lic. Fuentes como representante de la familia.

Un séquito de carruajes cerraba la comitiva.

La carrera seguida por el cortejo fue: calle de San Ildefonso, Encarnación, 2ª y 1ª de Santo Domingo, Empedradillo, calles de Plateros, San Francisco, San Juan de Letrán, 2ª y 3ª de la Independencia, y de aquí por la vía férrea hasta el Panteón de Dolores.

En el carro fúnebre y de pie acompañaban al cadáver los Sres.: Dr. Adrián Segura, Lic. Miguel Macedo, Lic. Rafael O'Horan y Sr. Andrés Almaraz.

Llegado al cementerio, los Sres. Alfonso Herrera, Francisco Montes de Oca y Protasio Tagle condujeron en hombros el féretro hasta el borde de la fosa.

Esta es de primera clase, y se halla a la entrada del Panteón, a la derecha, en uno de los compartimientos más altos y bellos de nuestro magnífico cementerio municipal.

Liada la caja por las correspondientes sogas fueron éstas tomadas por los Sres. Ortega, Herrera, Montes de Oca y Álvarez, y cuidadosamente colocada por ellos en la profunda fosa.

El Sr. Alberto Cárdenas, maestro de ceremonias, tomó una pequeña pala con tierra y la entregó al Sr. Herrera.

Las personas más caracterizadas entre las presentes, sucesivamente fueron arrojando paladas de tierra y ramos de flores hasta cubrir el féretro.

Un joven, cuyo nombre no sabemos, en cuyo semblante se reflejaba un profundo dolor, después de enjugarse una lágrima con el guante, lo arrojó a la fosa. ¡Todo estaba concluido!

La numerosa y selecta comitiva, que forma en México lo que propiamente se puede llamar la aristocracia del talento, se retiró profundamente conmovida al abandonar los despojos mortales del ilustre sabio.

Sobre aquel sepulcro más tarde se ha de levantar un monumento, y sobre aquel monumento, la historia se encargará de escribir con letras de oro el nombre de Gabino Barreda.

En los funerales del ilustre doctor Gabino Barreda

Por la Academia de Medicina de México

La Academia de Medicina de México, transida con el dolor más acerbo por la irreparable pérdida que acaba de experimentar con el fallecimiento de su ilustre miembro, me envía a este sitio para hacer patente su aflicción, para asociarse con vosotros y llorar su pena.

Querer en estos momentos valorizar todo el peso de la desaparición del Dr. Barreda, sería querer tocar lo imposible; pretender con palabras decir lo que sentimos cuando su cadáver está frente a nosotros, sería un arrojo temerario; el tiempo y sólo el tiempo nos podrá mostrar otro sabio como Barreda; y cuando veamos que las generaciones pasan y que su puesto no ha sido dignamente ocupado, entonces comprenderemos todo el valer de nuestro Maestro querido.

¿Quién sustituyó a un Leopoldo Río de la Loza? ¿quién sustituirá a un Gabino Barreda?

La Academia de Medicina de México abre su segunda época la noche del 30 de noviembre de 1851 en la casa del Dr. Leopoldo Río de la Loza: veintisiete médicos distinguidos concurrieron, y en la votación que se hizo nombrando Secretario, veinticuatro sufragan por el Dr. Barreda; era que comprendían toda la importancia de ese puesto, y a ninguno encontraron tan apto para desempeñarlo como a él; y no se engañaron; fue el alma de aquella reunión; y cuando se discutían por primera vez en México asuntos de tan vital importancia como el empleo del cloroformo en su propiedad anestésica, Barreda, que lo había estudiado en Europa, patentizó toda esa importancia, y con su claro talento predijo los eminentes servicios que prestaría a la humanidad.

En diciembre de 1851 hace conocer por primera vez en México, importándola de Europa, la *Brayera anthelmintica* o «Cuso», cuyas propiedades vermicidas demostró con la experimentación, y su éxito dio tema a un luminoso escrito del nunca bien sentido Dr. Aniceto Ortega. En esa misma época leyó el Dr. Barreda sus interesantes «Apuntes sobre los tumores mamarios o adenoides».

Como redactor del periódico de la Academia de Medicina, durante su segunda época, el Dr. Barreda desplegó todas sus dotes dándole variedad e interés.

Los profundos conocimientos que poseía en la difícil ciencia que profesaba, resaltan en sus palabras cuando discute el diagnóstico de la pulmonía en los niños; cuando deja consignadas sus conclusiones tratándose de la amputación en los casos de gangrena seca; en la manera de extraer los anzuelos, e investigando la naturaleza del ozono. De 1856 a 1858 volvió a desempeñar la Secretaría.

En 1864 la Sección Médica de la Comisión Científica de México tiene noticia de que las aguas del río de Irapuato comunicaban a las plantas que recibían su riego, especialmente a las cereales, cualidades venenosas que daban origen en los hombres y en los animales a enfermedades extrañas y aun muy graves: recuerda que en Guanajuato se hallaba el Dr. Barreda, y sin vacilar se dirige a él pidiéndole datos sobre un mal de tanta trascendencia. El 9 de noviembre del mismo año, dirige una carta a la Comisión, en la que con claridad, tino y prudencia comunica los datos que posee, sin aventurarse a dar una resolución sobre cuestión tan grave. Un año más tarde, el 10 de septiembre de 1865, remite otra carta en la que analiza sus observaciones, deduciendo de ellas la sospecha de que la enfermedad proviniese

del maíz alterado y no de las aguas enlamadas como se había creído.

En 1871 fue nombrado Vicepresidente de la Academia.

Varias veces formó parte de comisiones delicadas que siempre desempeñó con conciencia y maestría.

He aquí, señores, en pocas palabras, consignados los servicios del Dr. Barreda durante su vida académica, y el sabio que con su claro talento y sus conocimientos profundos hizo brotar un rayo que alumbrara la oscura senda que tendríamos que recorrer, para llegar a un punto cuyo término fuese la verdad, ya no existe, y no volverá a ocupar el puesto que queda vacío entre nosotros.

Ya veis, señores, si tiene razón de ser nuestro dolor, si está justificada nuestra pena.

La Academia de Medicina de México se asocia con vosotros para depositar a los pies de ese féretro su modesta corona de ciprés, símbolo de su tristura.

Manuel S. Soriano

Manuel Pasalagua

El día 4 del corriente ha fallecido en esta capital el señor don Manuel Pasalagua, miembro de nuestra Academia de Medicina.

Joven aún y lleno de entusiasmo por el estudio de la ciencia médica, hijo excelente y leal amigo, la muerte del Dr. Pasalagua ha sido deplorada por sus comprofesores y amigos, dejando en el seno de su apreciable familia una justa pesadumbre.

Academia Nacional de Medicina

Ricardo Vértiz

La Academia Nacional de Medicina de México ha tenido el sentimiento de perder a uno de sus miembros titulares por quien abrigaba el más tierno cariño, el Dr. Ricardo Vértiz; era una esperanza para el porvenir por su talento, por su dedicación al estudio, por su instrucción y por las demás dotes que poseía.

Estudió latinidad en lo particular con el Sr. Silva, ingresó después al D. Seminario Conciliar, donde cursó filosofía y en 1865 ingresó a la Escuela de Medicina siguiendo todos los cursos de una manera brillante, obteniendo en todos ellos la primera calificación. En este año, pasó a la de oftalmología, ramo que cultivaba con placer y en el que se hizo notable. Desempeñaba como médico oftalmologista el servicio del hospital particular Valdivieso, destinado exclusivamente para la curación de las enfermedades de los ojos. Ingresó a la Academia Nacional de Medicina el 11 de diciembre de 1872; en el año de 1873 fue electo secretario segundo; en 1874, secretario primero; para el año académico de 1874 a 1875 archivero, y para el de 1881 a 1882, Vicepresidente.

Sus trabajos leídos en diversas sesiones fueron los siguientes: "Estudio experimental acerca de las causas de la muerte en los individuos que caen de una gran altura". "Nota acerca del tratamiento de la várices por compresión y el reposo". "Ligeras reflexiones acerca de las hernias y adherencias iridianas consecutivas a la operación de las cataratas". La Academia Nacional de Medicina deplora la temprana muerte del Dr. Vértiz y consagra en estas líneas un tierno recuerdo a su memoria.

Academia Nacional de Medicina

Francisco González

El día 11 de mayo falleció en Tacubaya el socio titular, Profesor D. Francisco González. Fue uno de los miembros de la Academia de Medicina más útiles y laboriosos, perteneciendo a la sección de Farmacología. Sus trabajos, llenos de mérito, existen publicados en la Gaceta. A pesar de sus años y de sus sufrimientos en los últimos días de su vida, desempeñó con inteligencia y laboriosidad los trabajos que la Academia le encomendara. En su vida privada fue un modelo de honradez y un buen padre de familia, legándole a ésta en cambio de una vida consagrada al trabajo, solamente un nombre sin tacha.

Academia Nacional de Medicina

José María Lugo Hidalgo

El domingo 9 de octubre de 1904 a la 1:22 de la tarde falleció en esta capital el Sr. Dr. José María Lugo Hidalgo, socio titular de la Academia Nacional de Medicina y presidente de la sección de farmacología y farmacia.

Hace un mes, que en la misma fecha, la Academia perdía a uno de sus miembros distinguidos, el Dr. Ruiz Olloqui; hoy tiene que deplorar igual pérdida de otro de sus miembros no menos laborioso y cumplido, el Dr. D. José María Lugo Hidalgo.

El socio cuya pérdida con justicia se deplora, nació en la capital de Jalisco y contaba 63 años de edad. En Guadalajara hizo sus estudios preparatorios y vino a México para seguir una carrera, pero antes, previendo cualquier evento, se dedicó a uno de los ramos de herrería en el que demostró ser un buen artesano; concluido su aprendizaje en la Escuela de Artes y Oficios, se inscribió como alumno en la Escuela de Veterinaria, y aún no concluía la carrera cuando se presentó en las filas de los denodados defensores de la Patria contra los invasores de 1863; peleó en Puebla, y su pecho ostentaba dos medallas símbolo de esas memorables jornadas. En los escalafones del Ejército su nombre quedó inscrito con el grado de Capitán; solicitó su baja para poder continuar su carrera a cuyo fin llegó obteniendo la unanimidad deseada en el examen profesional.

Pero no estaba satisfecho y buscaba un campo más amplio para sus estudios; sirviendo ya una clase en la Escuela de Veterinaria, su Director, el distinguido médico D. Ignacio Alvarado, lo

impulsó para que se inscribiese en la carrera médica, lo que verificó, y para su práctica escogió el Hospital Militar de Instrucción, cuando ese cuerpo estaba en su apogeo bajo la acertada y siempre digna de elogio dirección del Dr. Montes de Oca. Fue dado de alta como aspirante el 6 de noviembre de 1873 y quedó destinado en la Sección de Cirugía, entonces a cargo del que esto escribe. Como su jefe, cúponos la honra de dar los mejores informes sobre su aptitud, aplicación y aprovechamiento del que bien pronto se hizo Profesor, sustentando el examen profesional y dedicándose desde entonces con fe, con abnegación y con suma actividad al ejercicio de la medicina entre la clase media y pobre de nuestro pueblo.

Es de notar, que no obstante que ejercía la medicina humana no abandonó la Veterinaria y durante 36 años sirvió en la Escuela de Agricultura y Veterinaria la clase de Patología y clínica Veterinarias.

Esto motivó el que ingresase como socio activo en la Sociedad de Medicina Veterinaria.

En septiembre de 1872 fue nombrado socio titular de la Sociedad Filoiátrica y de Beneficencia de los alumnos de la Escuela Nacional de Medicina.

En diciembre de 1873 fue nombrado socio titular de la Academia Nacional de Medicina, en la que presentó trabajos de mérito que revelaban un estudio tenaz y constante en los puntos que se proponía investigar.

El 9 de septiembre de 1874 quedó inscrito su nombre en el registro de los socios titulares de la "Asociación Médico Quirúrgica Larrey", tan justamente elogiada por la altura a la que supo levantarla, y con ella el Cuerpo de Sanidad Militar de aquella época, el inolvidable Montes de Oca.

El 8 de junio de 1894 fue llamado para ocupar un asiento en la Sociedad Médica "Pedro Escobedo", y entendemos que a esa Sociedad toca honrar su memoria, haciendo el juicio crítico de los trabajos que en ella presentó.

En 1901 el que firma debió haber ido a La Habana en la delegación de México al Congreso Médico que entonces se reunió allí; pero no pudiendo hacerlo, el Dr. Lugo fue en nuestro lugar presentando un trabajo de importancia.

Siendo Profesor en la Escuela de Veterinaria escribió un "Pequeño manual de Patología externa médica Veterinaria para uso de los alumnos cursantes del cuarto año", que sirve de mucho para la enseñanza del ramo.

Hemos dicho que guardaba como una reliquia sagrada que lo envanecía con justicia las dos medallas ganadas en las memorables acciones de Puebla; a los veteranos que las ostentan se les debe saludar con la cabeza descubierta.

Otras de las medallas que guardaba con cariño especial es la de la Academia Nacional de Medicina y la conmemorativa del Congreso de La Habana.

Hacía algún tiempo que el Dr. Lugo Hidalgo venía padeciendo de una afección intestinal que poco a poco fue agotando su economía; inútiles fueron los tratamientos que se le prodigaron y los medios higiénicos a los que se le sometió; cuando ya se encontraba sin vigor fue atacado de una pulmonía que puso fin a su existencia.

El día 10, a las cinco de la tarde, se verificó la inhumación de su cadáver en el Panteón de Dolores, habiendo concurrido comisiones de la Escuela de Agricultura y Veterinaria, de la Sociedad Médica "Pedro Escobedo", varios de los compañeros de su primera profesión, y el suscrito en representación de la Academia Nacional de Medicina.

Manuel S. Soriano

Demetrio Mejía

El día 11 de noviembre de 1913 a las 9:30 p.m., falleció en esta capital el Dr. Demetrio Mejía, Socio Titular de la Academia Nacional de Medicina de México desde el 15 de enero de 1873; Secretario primero en 1875; Vicepresidente en 1889 y 1910; Presidente en 1890 y 1911 y Presidente de la Sección de Medicina Interna.

La muerte del Dr. Demetrio Mejía tuvo lugar de una manera violenta: venía padeciendo hacía algún tiempo de varias afecciones que habían minado profundamente su organismo. El Presidente de la Academia, tan luego como tuvo aviso por la familia de tan lamentable suceso, nombró una Comisión presidida por el Decano de la Corporación, Dr. Manuel S. Soriano, y por los Dres. Cosío, Vicepresidente; Orvañanos, Loaeza, Montaño y Otero, para que concurrieran a sus funerales. A las 4 p.m., del día 12, salió el cadáver de la que fue su habitación, y en medio de multitud de coronas y en carro especial, fue llevado al panteón del Tepeyac en Guadalupe Hidalgo, acompañado por la Comisión de la Academia, la de la Escuela N. de Medicina y por sus amigos y dolientes: frente a un panorama bellísimo y en el declive del cerro, se cavó la fosa, y antes de depositar en ella la caja, el Dr. Soriano dijo la alocución que insertamos en seguida y que fue escuchada en medio de un respetuoso silencio.

Los Dres. Hurtado y Montaño, fueron nominados para dar el pésame a la familia.

La Academia de Medicina deplora la pérdida de uno de sus socios más antiguos, más laboriosos, y que poseía en alto grado

virtudes sociales y religiosas, que lo harán recordar siempre con profunda pena.

El miércoles 12 fue día de Sesión en la Academia; en ella debió de haber hecho por turno, el Dr. Mejía, su lectura; el salón estaba severamente enlutado; leída el acta, el Presidente, Dr. Ulises Valdés, comunicó a la Academia la muerte del Dr. Mejía con las más sentidas frases, y el Dr. Soriano dio cuenta de su comisión; la Sesión fue levantada en señal de duelo.

Frente al cadáver del Dr. Demetrio Mejía.

La Academia N. de Medicina me envía, para que en su nombre venga al borde de esta fosa a decir el último adiós al que fue su distinguido socio y algunas veces su Secretario y Presidente.

¿Y habéis pensado, señores, todo lo que quiere decir un adiós en estos sitios?, ¿meditáis un instante el eco de esta palabra, que repercutiendo en el vacío, se pierde en toda una eternidad?

Pues significa que no volveremos a ver más a nuestro amigo, a nuestro entusiasta consocio; a ese hombre bueno.

Quisiera bosquejar su laboriosa vida en los momentos en que el sentimiento entorpece nuestro cerebro y nuestros ojos se nublan con el lloro: decir algo de lo que Mejía fue como hijo, como esposo, como padre, como Profesor, como Académico, como patriota, como escritor, como amigo, sería imposible. Dejemos esta labor para sus biógrafos; ellos, justos apreciadores de los hechos y de las circunstancias, sabrán levantarlo a la envidiable altura a que supo colocarse en las diversas circunstancias de su vida.

Mejía ingresó a la Academia N. de Medicina el 15 de enero de 1873, y por orden de antigüedad ocupaba el 4º lugar; fue secretario, vicepresidente y Presidente, y siempre cumplió con las obligaciones de sus puestos, con entusiasmo, con ahínco.

En las discusiones tomó parte activa, y con su claro talento supo encarrilarlas. La Gaceta Médica guarda porción de sus escritos; siempre laborioso, siempre cumplido, deja un sillón en la Academia difícil de llenar: hijo de la vieja guardia fue el eslabón que ató aquella con la nueva generación, tratando de inculcar los sanos principios que a nosotros nos dieron nuestros maestros y la fe en nuestra profesión... la honradez siempre.

Adiós, pues, Demetrio, adiós amigo querido, al fin tendiste la jornada: la vida con los años cansa, y es preciso el reposo. No te olvidaremos y dejaremos en nuestro salón tu efigie al lado de los que tanto honraron nuestra querida Academia.

Academia Nacional de Medicina

Tobías Núñez

Elogio y semblanza del académico Sr. Dr. D. Tobías Núñez, pronunciados por el Dr. Gonzalo Castañeda al ocupar la vacante que motivó su muerte.

Señor Presidente:
Señores Académicos:

Al ocupar por primera vez el sillón académico que el voto de Uds. me concedió, es mi deseo, es un deber dirigir un saludo entusiasta y cordial a todos los miembros de tan ilustre Cuerpo. Juzgo también muy lógico y natural, como sabiamente lo prescribe el Reglamento, que al tomar posesión de esta sede, mis primeras palabras, después de rendir mis homenajes a la H. Academia, sean para hablar en elogio de mi ilustre y digno predecesor el Dr. D. Tobías Núñez, que mis primeras ideas sean para pensar en ese hombre compañero de labor, que oculto y silencioso yace en el seno de la muerte; muy justo que mis primeras impresiones se traduzcan en cara remembranza al que, mudo ya, no compartirá más en la benemérita obra, pero cuyo nombre vivirá escrito en los anales de la Academia.

Nunca el verbo humano cumple mejor su hermosa misión de transmitir el pensamiento, que cuando sus ondas dilatándose sin fin traspasan la vida y van a hablar al eterno ausente, al que fue y que ya en perenne reposo descansa de las luchas y zozobras de la existencia; nunca el sentimiento es más limpio, noble y levantado que cuando en efluvios de amor hiende las sombras

de esa noche sin amanecer donde moran los muertos, que es la eternidad. Troquemos en capilla ardiente este augusto recinto, evoquemos con unción la memoria del académico ido y llamémosle para que acuda en espíritu y reciba nuestro ósculo de paz; mirémoslo presente y vivo aquí en la austera mansión que nuestro culto convierte en templo; mirémoslo oficiar en el mismo altar donde en otros días elevó su prez a la diosa del saber. En estos momentos para mí solemnes en que se consuma una transición histórica en la vida interna de esta honorable Corporación, os convoco a cumplir con la liturgia que pide la religión de la confraternidad humana, ceremonia fácil al corazón porque el culto a los muertos es atributo de la naturaleza del hombre y porque ese homenaje póstumo es intenso cuando se dedica a un ser que con nosotros muy de cerca compartió la vida.

No vengo a entonar una elegía, no quiero acompañar mis palabras con triste acento, ni pronunciar notas melancólicas de funeral, quiero que mi humilde oración sea un cántico, quiero que en los instantes en que voy a sucederle surja redivivo, que resucite a nuestros cariños y que en apoteosis aquilatemos sus méritos, ensalcemos sus virtudes, porque a ello fue digno el Dr. Núñez, mi caro maestro y predecesor. Mientras su puesto se mantuvo vacante y silencioso, con la fantasía, con el recuerdo se le miró aquí, parecía compartir aún en vuestras deliberaciones, pero en esta sesión y en esta noche en que vengo a sentarme en el sitio donde palpitó su vida, es noble protestar a su memoria veneranda que su nombre no ha sido sustituido y que su ánima inmortal, tangible y sutil, flotará aquí en vuelo perdurable.

Hacer su encomio y laudatoria, fijar su semblanza, retrotraer los pasajes culminantes de su fructuosa carrera es tema que condensaré en frases breves. Señores, el hombre es inconcusamente idólatra, pero no adora al fetiche como el africano supersticioso sino a la idea que simboliza o encarna un ente de la humanidad; sonríe al soldado victorioso, el fuerte lo subyuga, porque la fuerza todo lo domina y avasalla, y al sapiente mira hacia las nubes porque de él recibe vida y luz, porque es como el límpido manantial que brota en la montaña y baja en torrentes a fecundar el valle; pero nada hay que rinda más la soberbia, que más doblegue el orgullo, que mejor abata la altivez, que las virtudes excelsas, porque ellas hermosean y engrandecen al hombre; ni el talento, ni el poder, ni la fortuna rinden con tan mágico y poderoso influjo. Dentro de esta verdad mucho hay que admirar y respetar en la personalidad del Dr. Núñez, porque fue un

hombre virtuoso y bueno, no le conocí rencores, ni pasiones innobles; en el hospital, en la cátedra, en la Academia, en la vida privada y social, militó laborioso, cumplió con honra y bajó al sepulcro limpio de toda mancha.

Descendiente de un hombre histórico que colaboró en época memorable en el Gobierno de la República, miembro de una familia acariciada por el abolengo y la fortuna, con blasones de aristócrata, miró no obstante el oropel social con legítimo desdén y despreciando la vida muelle e infecunda del rico, con ahínco y tesón estudió, trabajó e impartió el bien; esgrimiendo las armas de su tiempo cumplió su misión apostólica dentro del deber y luchó como bueno en la dura brega de la profesión médica. Perteneció a una época de renovación de principios, de revolución científica, a ese tiempo en que nuevas ideas y descubrimientos demolían antiguos errores; le tocó desenvolverse en un lapso de transición en que se necesitaba para evolucionar arrancar del intelecto viejas concepciones y del espíritu viejos dogmas para rehacerse y reformar la educación y personalidad científica; magna empresa psicológica cuya solución requiere temple de carácter, voluntad poderosa y una perseverancia y propósito inmensos; transformar el yo, cuando el molde físico y moral está fundido, desviar los instintos, hábitos y facultades cuando desplegadas han tomado ya raudo vuelo, es arduo y colosal. Sus prácticas, sus enseñanzas, sus convicciones fueron las mismas que profesaron las celebridades y eminencias de su tiempo. Conquistó su título, obtuvo la cátedra, adquirió el distintivo académico subiendo la misma gloriosa escala que sus contemporáneos, a fuerza de estudio y aplicación, constancia y mérito.

En el hospital, en ese ámbito impregnado de dolor y desesperación, allí donde yacen los vencidos, donde el enfermo con voz lastimosa clama ayuda y favor, Núñez acudió día a día, y en su cotidiana labor brindó el bálsamo de la caridad; no iba en pos del haber y el pan, lo impulsaba su sangre, su convicción, lo animaba el amor al saber. No buscaba popularidad adulando a sus discípulos, pero los amaba y distinguía; yo lo vi enternecido y conmoverse sinceramente al referirle la desgracia de un alumno compañero; su alma era recta, su corazón era bueno; una ocasión su carruaje atropelló a una criatura, lo vi apenarse deveras, lo vi que solícito bajó, consoló al niño herido, lo llevó con él, lo curó, lo auxilió y no lo olvidó en su protección; al recordar aquel hecho me siento honrado en ser aquí su humilde sucesor.

Su biografía académica está en las Gacetas, sus trabajos están allí expuestos y comentados mejor de lo que yo pudiera cumplirlo, ese libro tan modesto como luminoso guarda escrito su pensamiento, como guarda también la esencia de lo más granado y selecto de la intelectualidad médica de México que floreciera en medio siglo; sus páginas hablan traduciendo las lucubraciones y desvelos de una pléyade de obreros de la ciencia, ellas dicen cómo el Señor Núñez colaboró en la obra humanitaria y patriótica de esta ilustre Asociación, pues también trajo su óbolo, su arena para ese monumento que la Academia levanta a la medicina nacional.

Si no tuviera otros motivos de alabanza, bastaría considerar que fue médico, para que el idioma nos ofreciera vocablos dulces y tiernos con que ensalzar su memoria, porque encomio merece quien pasa los años cavilando y sufriendo por calmar las penas y salvar la vida, la frase más elocuente no alcanza a donde llega quien cayendo o tropezando busca la verdad en aras del dolor ajeno.

Señores Académicos, antes de seguir laborando, dedicad un cariño, un recuerdo fraternal al digno compañero que adelantó la partida; antes que la mente vuele más allá en los dominios de la ciencia, que piense con poderoso anhelo en el profesor y colega que dejó su sitial académico orlado con la estela luminosa de la bondad y el honor.

Dr. Gonzalo Castañeda

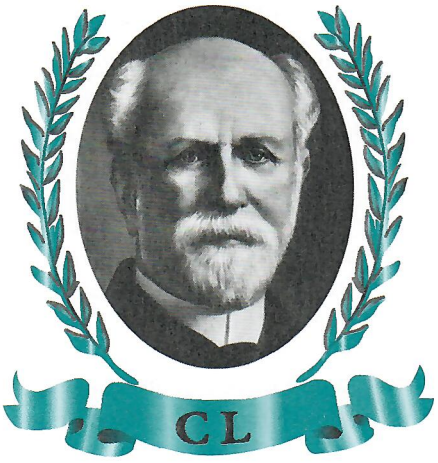
Ildefonso Velasco

Murió el 27 de noviembre de 1884 a las cinco y media de la tarde. Si esta noticia es sensible para sus numerosos amigos, lo es más para la Corporación que lo contaba en su seno como uno de sus colaboradores; porque está persuadida de que en nuestra peregrinación sobre la tierra, todos debemos poner un pequeño contingente en beneficio de la humanidad; y los que, como el Dr. Velasco, han dejado un recuerdo envidiable, merecen la gratitud pública. Por eso la Academia se ha hecho un deber de consagrar algunas líneas a aquellos de sus miembros que de algún modo han sabido conquistar la inmortalidad. Este número pertenece el hombre cuya muerte deploramos. Recibido de médico en el año de 1869, consagró toda su vida al estudio de su profesión, logrando hacerse notable como clínico y más aun como maestro de ramo cuando desempeñaba la cátedra de adjunto de la Escuela de Medicina en ejercicio. Sostuvo una brillante oposición a la cátedra de Higiene, en competencia con los Dres. Lobato y Pasalagua, y aunque la suerte no le fue propicia, demostró en ella instrucción, y sus trabajos fueron dignos de aplauso. Más tarde, en otra oposición, obtuvo el nombramiento de catedrático de Anatomía Rx Topográfica, cuya clase desempeñó algún tiempo.

El 15 de enero de 1873 ingresó a la Academia como socio titular, y su recto juicio, sus lecturas académicas y los conocimientos que manifestó en las discusiones, lo elevaron al rango de Vicepresidente durante el año económico de 1879 a 1880, des-

empeñó el cargo de Jurado de Calificación en algunos concursos. Su clara percepción, su buena instrucción, su recto juicio, y sobre todo, la frialdad con que examinaba todas las cuestiones, lo hacían importante en las discusiones científicas. El público compensó sus afanes dándole una escogida y abundante clientela. Un derrame cerebral terminó con su vida todavía en el vigor de la edad y cuando podía acopiar rica cosecha de elementos prácticos de instrucción. Tal es a veces el destino de la humanidad. Todas la generaciones pasadas presentes y futuras han vuelto y volverán a la nada, pero no sin dejar un contingente al adelanto moral del mundo; y aquellos seres que de algún modo se han distinguido, dignos son de la inmortalidad: ellos forman el pedestal de su gloria, difundiendo los conocimientos, trasmitiéndolos gustosos a los que les han de suceder, y con ellos dando impulso a las Corporaciones establecidas para conservar el fuego sagrado.

Academia Nacional de Medicina



Ramón Icaza

La desaparición repentina y eterna del doctor Ramón Icaza significa una pérdida para la ciencia, de la cual era un apóstol, y un dolor para la humanidad, que le contaba entre sus benefactores. La ciencia agregará un nombre más a la lista interminable de sus elegidos; pero la humanidad llorará, deplorará su muerte, y perdurará su memoria, porque la verdadera tumba de los muertos, como dijo acertadamente el poeta, está en el corazón de los vivos, máxime si el desaparecido, como en el caso presente, evoca la imagen y el respeto de un pasado más feliz que el presente y mejor modelo para el porvenir.

Sus biógrafos nos dirán mañana lo que el doctor Icaza valió como estudiante en concepto de sus compañeros que son los que mejor se conocen. Entre ellos figuraron Adrián Segura, Ricardo Vértiz, Nicolás San Juan y Rosendo Gutiérrez, jóvenes distinguidísimos en las aulas como lo fueron después en la práctica, y que eran quienes le disputaban los primeros lugares en la clase y las primeras calificaciones en los jurados de examen; y sin embargo, con entera imparcialidad y justicia, sin las ruines envidias que envenenan la vida social desde los primeros años de la vida, lo consideraron siempre como un estudiante modelo por su modestia, su refinada educación y su sed insaciable de saber.

Nos recordarán, también, que aquel joven estudiante enamorado de la ciencia, era relativamente pobre -esos son los que generalmente se logran- y que para subvenir a sus necesidades y no gravar a su padre, quien ejercía modestamente la profesión

de médico en ciudad de un estado vecino al Distrito Federal, inició sus labores en noviembre del año de 1871 como ayudante del profesor de Anatomía Topográfica, empleo no incluido en la nómina, pero gozando de pequeña retribución, debido a la bondad del Director de la Escuela, doctor don Ignacio Durán. No había aún concluido sus estudios, cuando quedó vacante la plaza de Prosector de Anatomía Topográfica y tan luego como recibió el suspirado título, la obtuvo, después de una satisfactoria demostración de sus aptitudes, porque no tuvo contendientes.

Sus conocimientos anatómicos perfeccionados en el anfiteatro, lo encaminaron, como era de esperarse, a su dedicación a la Cirugía, y tan pronto como quedó vacante la plaza de Adjunto de Medicina Operatoria, cuyo propietario era nuestro inolvidable doctor Liceaga, abierta la oposición, optó a ella, y después de una brillante demostración teórica y práctica, contendiendo con un ameritado colega, obtuvo por unanimidad de votos, en octubre de 1872, la plaza apetecida.

Como profesor adjunto ejerció el magisterio durante las ausencias del propietario, pero entró de lleno en funciones cuando el Doctor Liceaga abandonó todo, para dedicarse, con el acierto y tino que todos conocemos, a sus laboriosos trabajos en Higiene, donde tantos y tan señalados triunfos obtuvo, y tan incalculables beneficios prestó a la ciencia, a la humanidad y a la Patria.

Sus biógrafos nos dirán también, cuáles fueron su actuación y labores como Profesor de Operaciones. En el sentir de sus numerosos discípulos, durante los años que desempeñó esta cátedra, fueron dignos de todo encomio, por su habilidad operatoria, su modestia y su rectitud nunca desmentida. Era en efecto, como a todos nos consta, un operador sereno, tranquilo, y no sólo sabía operar, sino lo que es más difícil, precisar la necesidad de las intervenciones y elegir el procedimiento más adecuado. Su mano era firme y segura, como la de un cirujano nato, habituado a operar y conocedor profundo de la región donde intervenía, así como del objeto que deseaba; y cosa no común, en las operaciones de urgencia, donde suelen faltar los elementos de que la ciencia dispone para asegurar el éxito de las intervenciones, nada lo detenía, echaba mano de los elementos que encontraba a su alcance, improvisaba lo que le hacía falta para llevar al campo operatorio, hasta el ideal posible, la asepsia, mágica deidad que preside los soñados triunfos, los milagros estupendos que con manos hábiles realiza en nuestros tiempos el arte operatorio.

Fue miembro distinguidísimo de la Academia Nacional de

Medicina, con cuya presidencia honró varias veces a tan benemérita institución. Fue fundador de la Asociación Médica Mexicana, quien lo honró también con su presidencia y en unión de los doctores Martínez y Bejarano, formó un proyecto de Código Deontológico que en plena asamblea fue estudiado y discutido y que después de algunas modificaciones quedó en vigor desde entonces, siendo de notar que es uno de los pocos Códigos de Moral Médica que existen en el mundo.

Tuvo la fortuna el doctor Icaza de llegar a la ancianidad y recibió con el mayor placer y respeto tan señalada distinción, porque bien sabía que es *corona dignitatis senectus*, como reza el Libro Santo, y sabía también que si la vida es un beneficio, favor de excepción es, afiliarse en el batallón sagrado de los veteranos de la existencia, y llegar a puerto tranquilo arriba de la zona de las tempestades, después de correr los mares turbulentos de la vida, para dormirse al fin como la crisálida y despertar, alada mariposa, en la eternidad.

Él no resintió notablemente la transición de la edad de las pasiones a la tranquila de la vejez, porque su temperamento, sus virtudes y su vida siempre ordenada, lo salvaron de los arrebatos, de las turbulencias, de las vicisitudes de la vida juvenil y de la edad madura. No sufrió por lo mismo la amargura y el desengaño de comparar las ilusiones y esperanzas de ayer, con los dolores y amarguras de mañana; no vivió la edad soñadora en !a que los humanos se entregan desatentados a la conquista del placer, de las riquezas, de los honores, de la felicidad y de la humana inmortalidad, para llegar al fin al desencanto, al hastío, a la desilusión, que es el esqueleto de todos nuestros ensueños.

Nada de esto sufrió afortunadamente, porque llegó sin sentirlo a la edad provecta; entonces se preparó para la ancianidad, y llegada ésta, se entregó de lleno a la más sana y única, a la verdadera filosofía, a prepararse para la muerte.

Su seriedad, su circunspección, su mesura en todo, le hacían parecer anciano cuando joven, y ya en los umbrales de la vejez tenía los arrestos de la edad florida. Su trato era jovial, hasta alegre a veces, su tez sonrosada, juvenil, su andar seguro, sus facultades intelectuales y morales, íntegras; verdad es que aunque él hubiera llegado a la vejez marchito, achacoso y debilitado, y agotadas sus facultades, siempre hubiera conservado la verdadera juventud, la de la verdad y de la virtud. El secreto de su prolongada lozanía residió, sin duda, en su buena constitución, pero no influyeron poco la moderación en sus deseos, la sencillez de sus costumbres,

el amor al trabajo ordenado, y sobre todo la vida de familia, la vida patriarcal, que le permitió llegar a la ancianidad santificada y feliz, período siempre de corta duración y a veces efímero, que comparaba y con razón, Lacordaire, el príncipe de la oratoria sagrada, al Sábado Santo de la vida, porque sigue al día de los Dolores y precede al día de la Resurrección.

Tuvo el doctor Icaza el don, no muy frecuente, de dominar y educar la voluntad, que es el secreto de la vida. No buscó nunca el éxito, como lo hace la vanidad; ni la gloria como aconseja el orgullo; buscó sólo la satisfacción del deber cumplido, en la oportunidad y forma apetecidas, y cultivó una especialidad rica en satisfacciones; daba la limosna de su ciencia como tributo del éxito obtenido en la vida profesional a los desheredados de la fortuna, sobre todo a las clases llamadas vergonzantes, que son las que más lo necesitan, y la daba en la forma que más satisface, con cariño, con efusión y sin la teatralidad con que suele revestir sus actos la filantropía, que como dijo con acierto Selgas, es la moneda falsa de la caridad.

Fue siempre indulgente, en la forma más exquisita y útil que debe dispensar la superioridad, y fue feliz conociendo el sentir divino de la vida; sabiendo que los trabajos, las penas, las injusticias y los dolores que trae aparejados la existencia, nada significan para el alma que sabe elevarse adonde debe, y que el objeto más alto, más noble, más hermoso, a nuestro paso fugaz por la tierra, cual pasajeros de un día, no está en el placer, ni en la gloria, ni en las riquezas, ni en el poder, toda vez que la suerte más apetecida no es la más feliz, según el concepto que el mundo se tiene formado de la felicidad.

Fue un hombre de bien a carta cabal; podría decirse que no perdió la gracia del bautismo, y murió como mueren los justos, llevando en el corazón el poema bíblico, como decía el Padre Monsabré, célebre predicador dominicano; murió como debe ser hermoso morir, porque la muerte le sorprendió de pie, con las manos todavía llenas con lo que se proponía hacer, si la vida se hubiese prolongado, porque este vaso de la vida de los hombres de trabajo resulta pequeño para lo que tienen que guardar en él; se derrama y se estrella a veces cuando menos se cree y presume.

La muerte fue para él, el beso de Dios y a Él remontó su alma al vuelo, devolviendo al polvo lo que es del polvo.

Justo es, pues, que lamentemos y lloremos su desaparición, porque nos hace falta su ameritada vejez que predicaba la virtud

con el ejemplo; porque extrañamos no verle cruzar por las sendas no siempre floridas de la vida, con la sonrisa en los labios y la vista en el cielo; y lamentamos no ver más a aquel hombre extraordinario que pasaba tranquilo, cual sonámbulo, desafiando las negras sombras de la noche sin ver la tierra pero vislumbrando la eterna mansión.

Imitemos a los nietecitos de que nos habla Benson, arrodillados en torno del sillón donde tenían clavada a la querida abuelita, sus años y sus enfermedades. Todas las noches, después de rezar las oraciones de costumbre decían en coro tres veces siguiendo la voz de la abuelita: señor, dios mío, ten piedad de nosotros y bendice ahora y siempre a los que ya no existen.

Gregorio Mendizábal y Gabriel M. Malda

Mauricio Flores

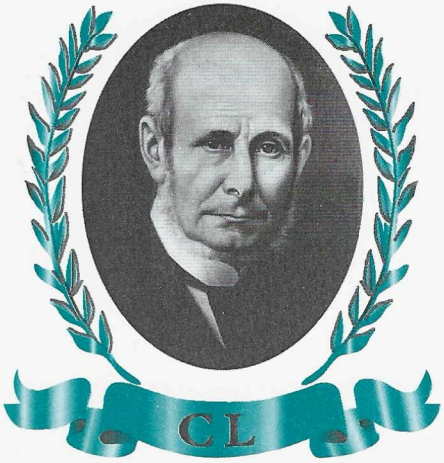
El señor doctor don Mauricio Flores, miembro de la Academia de Medicina, subdirector del hospital Juárez, acaba de sucumbir víctima del tifo que aún reina en esta capital, el día 28 de agosto y a la edad de 39 años.

Nacido en humilde esfera, hijo de honrados y laboriosos artesanos, supo a fuerza de trabajo y de perseverancia conquistarse un lugar muy distinguido entre sus compañeros, y adquirir una muy buena posición social. Joven aún y lleno de ardor y entusiasmo por la ciencia y la humanidad, deja un lugar vacante en el seno de la Academia de Medicina, en la Sociedad «Pedro Escobedo» y en otras Sociedades científicas de esta capital, así como un gran vacío en su ya numerosa clientela.

Su honrado y anciano padre, sus amigos y sus comprofesores, lo llorarán eternamente.

El cadáver de Flores fue inhumado antes de ayer en el Panteón General de la Piedad, en medio de una numerosa asistencia de médicos, de sus amigos y de representantes de todas las Sociedades obreras.

Academia Nacional de Medicina



Pablo Martínez del Río

A las nueve y treinta minutos de la mañana del día 27 de septiembre de 1882, falleció en esta capital Pablo Martínez del Río, doctor en medicina de las facultades de París y México, socio titular de la Academia de Medicina de México, su Vicepresidente en 1872, ex Catedrático de Obstetricia en la Escuela de Medicina de México y vocal de la Sociedad Médica de Beneficencia.

La Academia de Medicina de México acaba de experimentar una irreparable pérdida con el fallecimiento de uno de sus socios más estimables y más antiguos, el Dr. Pablo Martínez del Río, quien de una manera violenta e inesperada murió a las nueve y media de la mañana del día 27 del próximo pasado septiembre.

Teniendo que verificar la misma Academia su Sesión Solemne el día de hoy, y siendo costumbre que después de verificada la elección de su Junta Directiva se celebrase la entrada del nuevo año académico con una fiesta, este año fue nombrado para organizarla nuestro finado consocio Martínez del Río en unión de los Sres. Laso de la Vega y Dr. Ruiz y Sandoval: cumplieron debidamente su comisión, y su programa aprobado se había ya distribuido; todo estaba dispuesto y el nombre de nuestro querido amigo figuraba entre los candidatos para la vicepresidencia, cuando la muerte ha venido a verter en nuestros corazones la amargura y arrebatarlo de nuestro lado para sepultarlo en una fosa. Con el corazón transido por el dolor y las lágrimas en los ojos no era posible sonreír en una fiesta, y los miembros de la Academia, reunidos en sesión extraordinaria la noche del

mismo día de su muerte, acordaron variar enteramente el programa, suprimiendo este año la fiesta, y sólo acatando el Reglamento, verificar su Sesión Solemne hoy, en su enlutado salón de sesiones.

Con esta demostración de duelo la Academia de Medicina ha querido manifestar el suyo por la ausencia de uno de sus miembros a quien bien estimó, respetando su memoria querida como uno de aquellos restos de nuestros fundadores de la Escuela Médica Mexicana.

El Dr. Martínez del Río, originario de Panamá, hizo sus estudios en París, y en 1834 se recibió en aquella facultad; después vino a México, donde volvió a recibirse, y ejerció por tantos años, siendo universalmente conocido y estimado principalmente en su arte favorito, la Obstetricia y la Ginecología, en que llegó a conquistar un puesto por su extensa práctica.

Pasaba de setenta años, y aún se conservaba con vigor; no hacía más de tres días que guardaba cama por una ligera indisposición; poco antes de morir dirigía la palabra a los que lo rodeaban.

Quiso el destino que por una verdadera casualidad presenciásemos sus últimos instantes; hemos asistido a ese imponente adiós a la vida; hemos visto el habitual color rosado de su semblante trocarse en la palidez de la muerte; sus ojos se han apagado, se han hundido en sus órbitas; un imperceptible estremecimiento, último choque galvánico de esa vida que se extinguía, nos hizo comprender todo lo terrible de esa transición.

El amigo de nuestros padres ha dejado de existir; ese amigo íntimo de la familia que presenció nuestros juegos de niños; ese amigo que después fue nuestro maestro y nuestro consocio. Hemos estrechado su mano que estrechó la de nuestros padres; ya no la estrecharemos más...

La Academia de Medicina que se honró registrando entre sus socios el nombre del Dr. Pablo Martínez del Río, deposita en su sepulcro la corona que sabe entretejer una amistad sincera y una estimación debida.

Manuel S. Soriano

Fernando Malanco

En el vigor de su vida, fue sorprendido por una enfermedad cerebral, que lejos de su patria, motivó su muerte.

El Dr. Malanco, miembro de la Asociación Gregoriana, hizo sus estudios en el Seminario Conciliar, de donde pasó a la Escuela Nacional de Medicina para seguir los profesionales, recibiéndose en la Facultad de Medicina el 28 de abril de 1872. Perteneció al Cuerpo de Sanidad Militar, como Aspirante y después como Médico Cirujano, en la época en que el Dr. Montes de Oca fue su jefe. Fue Director del Servicio de Vacuna en el Consejo Superior de Salubridad, y Médico del Hospital particular ginecológico González Echeverría.

Ingresó a la Academia Nacional de Medicina como miembro titular, el 21 de abril de 1875, desempeñando el puesto de segundo Secretario, de 1879 a 80; de primero, de 1880 a 81, y de 1885 a 86, el de Administrador de este periódico. Perteneció a la Sección de Ginecología como Presidente y en distintas ocasiones formó parte de la Comisión de Estilo en la de Publicaciones. Varios fueron los dictámenes que calzó con su firma: su laboriosidad en la Academia fue notoria. Pero el ramo en que tan ventajosamente se dio a conocer Malanco, fue de escrito científico. Sus artículos sobre "Amputación del cuello uterino", "Cañerías de plomo", "Vacuna", "Albuminuria", "Laringitis en la Pulmonía" y otros varios periódicos científicos, políticos y literarios, revelan al pensador profundo al que lo hería; era la respuesta del terrible esgrimista, pero basta leer uno solo de sus escritos

para saborear las verdades que revestidas de su peculiar estilo, siempre condensaba en conclusiones lógicas y precisas. Fue un decidido apóstol de la Terapéutica Dosimétrica, fundando su periódico: La Medicina Científica, del que se han publicado 11 tomos.

No son estos los momentos para hacer un análisis de sus mencionados escritos; el que los consulte, sabrá estimarlos debidamente. El cadáver del Dr. Malanco fue traído al hogar de su familia el 1º del mes actual donde permaneció hasta la tarde el día 2 que fue inhumano en el Panteón de Dolores acompañándolo hasta su fosa, en representación de la Academia, los Sres. Dres. Tobías Núñez y Profesor Manuel G. Aragón.

Academia Nacional de Medicina

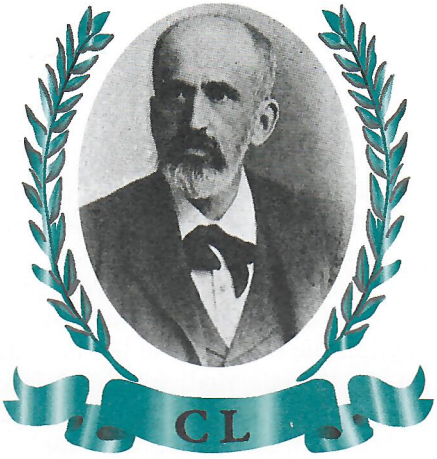
Juan José Ramírez de Arellano

La Academia Nacional de Medicina lamenta en estos momentos la irreparable pérdida de uno de sus más laboriosos miembros, que en otra época le consagró todas sus energías de joven: todo lo que valía en la literatura y en la ciencia, el Dr. Juan José Ramírez de Arellano.

Veinte y seis años de académico, es decir la mitad de su vida, ocupó el sillón que ha quedado vacío. Su inesperada muerte llenó de duelo nuestros corazones y de luto el recinto de la Academia. Aunque brevemente, procuraremos reseñar los principales servicios que a la ciencia y a la humanidad prestó durante su vida el Dr. Ramírez de Arellano. Concluía el año de 1869 sus estudios preparatorios en el Colegio de San Idelfonso, ingresando en seguida a la Escuela N. de Medicina, donde, después de brillantes estudios se recibió de médico en nuestra facultad, en el año de 1874, y no porque hubiese conquistado un título, se creyó relevado de la obligación del estudio, el médico que deja empolvar sus libros se empolva a sí mismo; el tiempo que su naciente clientela le deja libre lo dedicaba para entregarse a meditaciones profundas pudiendo a veces con aquel claro talento que poseía encontrar los factores de un problema de tantos como se tienen en el ejercicio de la medicina. Dos años más tarde, se presentó en oposición y obtuvo una plaza en la Inspección Sanitaria, la que sirvió hasta su muerte. El Dr. R. Arellano declaró talento y palabra fácil; estudioso e ilustrado, debía ocupar un lugar en la Escuela de Medicina y para obtenerlo en buena lid principió

por servir la plaza de jefe de clínica interna, y cuando debiera inscribirse su nombre en la lista de los candidatos, un error del Director de entonces hizo surgir alguna dificultad que terminó en disgusto y la renunciación del Dr. Arellano a entrar a la magistratura, y a sus dicípulos de sabias enseñanzas. A la muerte del profesor don Idelfonso Velasco, ocupó su lugar en el Consejo Superior de Salubridad, como vocal. En la Sociedad Médica "Pedro Escobedo" sirvió también un importante puesto y siempre fue un miembro laborioso. En una ocasión se abrió una lid científica para optar a la plaza de médico de la sala de sífilis en el Hospital San Andrés; dos nombres aparecieron en la lista de los candidatos; el del Dr. Manuel Domínguez y el del Dr. Juan R. de Arellano; el Dr. Domínguez dijo después que no había vencido a su contrario; los dos fueron dignos del puesto. El Dr. R. de Arellano era Médico de la Casa de Corrección y consultor del Registro Civil. En diversas ocasiones ocupó el puesto de Regidor y recientes están aún sus luchas en algún asunto que patentizó su honradez y su independencia cumpliendo con un deber. La Academia Nacional de Medicina le abrió sus puertas el 18 de abril de 1877, ingresando a la Sección de Patología y Clínica médica. La mejor prueba que pudo dársele del aprecio de su aptitud y saber fue nombrarlo en dos períodos sucesivos Secretario, cuyo puesto desempeñó a completa satisfacción. Últimamente, sus ocupaciones en el Consejo no le permitían asistir a la sesiones de la Academia, como antes lo hacía en aquel entonces, pero se le veía casi siempre tomar parte en las discusiones, leyendo sus trabajos e integrando los jurados y comisiones que cuando se le necesitaba concurría puntual a la Academia. De un carácter afable, vehemente algunas veces cuando se exaltaba, volvía en seguida a su jovialidad acostumbrada, conquistándose a sus amigos, con el cariño y con su corazón sin doblez. Sus escritos son reflejos de su carácter cuando se necesitaba poner en relieve un abuso, decir una verdad, consignar una intriga; era terrible y fustigaba con dureza sin cuidarse de la posición de la persona; cuando ensalzaba una virtud sus frases eran tiernas y apasionadas.

Academia Nacional de Medicina



José M. Olvera

El miércoles 15 de abril de 1908 falleció en la Ciudad de México el Sr. Dr. Don José Olvera, socio honorario de la Academia Nacional de Medicina.

Si la humanidad sabe agradecer algo y se beneficia con las obras de los hombres honrados y buenos, debe estimularles para que continúen en su benéfica tarea, aplaudirles al terminar cada acto importante y, sobre todo, cuando finalizan su labor. Sólo del horrible consorcio de la más espantosa corrupción de sentimientos y la más mezquina inteligencia, pueden resultar el desprecio y el olvido, otorgados como recompensa a los que lucharon por el bien de los demás y fueron ejemplo real y positivo, con sus obras, de sublime nobleza de sentimientos y de culto constante a la justicia. Ejemplo de esto fue el Dr. José Olvera.

Nació en Toluca el 9 de diciembre de 1838. Fueron sus padres el Sr. Dr. Isidoro Olvera y la Sra. María de Jesús Lechuga; el primero fue hijo del doctor de su mismo nombre, uno de los catedráticos fundadores de nuestra Escuela de Medicina, en donde sirvió, hasta su muerte, la clase de Terapéutica y Materia Médica. El Sr. Dr. José Olvera comenzó su educación en Toluca, recibiendo en la escuela del Sr. Bartolomé García los primeros elementos de la educación primaria. Habiéndose enfermado de una pleuritis con derrame, interrumpió sus estudios de enseñanza primaria por algún tiempo, continuándolos en esta capital, y al terminarlos entró al Colegio de San Ildefonso, de cuyo Establecimiento salió a fines de 1854, para ingresar a la Escuela

de Medicina, en donde se estudiaba entonces primeramente Física, Química e Historia Natural. Terminó sus estudios profesionales en 1861, habiendo obtenido, previo examen, el título de Médico Cirujano, en febrero de 1862. En el último año de su carrera fue practicante de Cárceles, e inmediatamente después de recibido continuó siendo Médico de Cárceles, teniendo entre sus atribuciones las de médico legista. Obtuvo mención honorífica en su examen de Química y el accésit al premio el 1er. año de Medicina. Sirvió como médico interino durante seis meses en el Hospital que entonces se llamaba de San Pablo, y hoy es Juárez, en una Sala de Medicina de Mujeres, mientras se proveía por oposición esa plaza. Abierta la convocatoria correspondiente, se inscribieron al concurso él y los Sres. D. Gustavo Ruiz Sandoval y Ricardo Vértiz, y obtuvo la plaza el último; pero fueron honrados los otros dos con una mención honorífica. Después de esta oposición fue designado por el Ayuntamiento para suplir al Dr. Peón Contreras en la Dirección del Hospital de San Hipólito, durante la licencia que se le concedió para separarse de su cargo por dos meses. Cuando se separó de México el Presidente de la República, Lic. Sebastián Lerdo de Tejada, el nuevo gobierno dispuso la organización de los hospitales de la capital bajo un plan distinto del que había subsistido por muchos años en esos establecimientos, y se dispuso entonces que cada sala se dividiera para su servicio médico en secciones, en cada una de las cuales hubiera 30 camas; resultando, por tanto, algunas plazas vacantes, que debían ser cubiertas por medio de oposiciones. Olvera se inscribió para ellas y obtuvo el servicio de la 3a Sección de Medicina de Mujeres, en el Hospital de San Andrés, en la primera de la serie de oposiciones que hubo en esa ocasión, y que tenía por objeto cubrir las plazas de médicos de tres servicios: dos de medicina y uno de cirugía. En esta oposición hubo 14 candidatos; fueron eliminados tres después de la prueba teórica, y fueron nombrados para cubrir las tres plazas sacadas a concurso, los señores José Olvera, Miguel Cordero y Ricardo Vértiz; eligiendo el Sr. Vértiz el servicio de cirugía, y los Sres. Olvera y Cordero los de medicina: para la prueba teórica se escogió en esa ocasión un asunto quirúrgico, y para la práctica un enfermo de medicina.

Al publicarse una convocatoria para cubrir la plaza de catedrático adjunto de Patología Externa, en la Escuela de Medicina, algunos amigos de Olvera, que deseaban que ingresara a dicha Escuela con carácter de catedrático, guiados por sus buenos de-

seos pero con poca cordura, le instaron a que se inscribiera en el concurso, a pesar de que jamás había cultivado la cirugía. Se inscribió Olvera, presentó su prueba escrita tratando del estudio de la gangrena, y fue declarado apto; pero la plaza fue adjudicada al Sr. Dr. José Gama.

En el año de 1868 fue nombrado miembro titular fundador de la Asociación Médica «Pedro Escobedo», habiendo sido en ella secretario, procurador, y cuatro veces presidente; después fue nombrado socio honorario de dicha corporación.

El 2 de abril de 1884 ingresó a la Academia N. de Medicina, como socio titular, a la sección de Medicina Legal, y cuando fue permitido a los miembros de la Academia pasar a otra sección, pasó a ser miembro de la de Patología y Clínica Médicas. Un año sirvió el puesto de 2º secretario y tres veces seguidas perteneció a la Comisión de Reglamento. Dos veces representó a la Academia en los Concursos Científicos promovidos por la Academia de Jurisprudencia: en la primera ocasión presentó un estudio acerca de este asunto. «¿La epilepsia y la histeria, neurosis degenerativas y hereditarias, deben considerarse como impedimentos para el matrimonio?». En la segunda vez no había sido designado él para representar a la Academia, sino el Dr. Ismael Prieto; pero habiendo sido nombrado éste delegado para el Congreso Internacional de Medicina que se reunió en Moscú, a última hora fue nombrado Olvera para suplirle y entonces trató del asunto del comercio libre de hierbas medicinales.

En el mes de octubre de 1907 fue nombrado Olvera socio honorario de la Academia N. de Medicina.

Al inaugurarse el Hospital General fue nombrado Jefe del Departamento de Medicina, en cuyo puesto duró cerca de dos años, hasta que, por sus enfermedades, hubo de renunciarle.

Fue miembro fundador de la Sociedad de Medicina Interna y una vez ocupó en ella el puesto de presidente.

Por último, era Jefe de la Sección de Estadística del Consejo Superior de Salubridad.

Los trabajos presentados a la Sociedad Médica "Pedro Escobedo," y que fueron publicados en la primera época del periódico El Observador Médico, llevan estos títulos:

«Causas de las neurosis en México».

«Naturaleza y terapéutica de la pulmonía».

«Luxación del sacro, causa de distocia».

El primero de estos discursos está publicado en un volumen que fue impreso en la tipografía del Ministerio de Fomento, y el segundo se publicó en la Revista Médica.

«Algunas generalidades sobre higiene física y moral de los penitenciarios».

«Hernia extrangulada. Ano contranatural. Observación".

Discurso oficial en el 3er. Aniversario de la Sociedad "Pedro Escobedo".

«Dictamen sobre un trabajo en que se ocupó del espiritismo el profesor de Farmacia Juan Ramírez, suscrito por los Dres. J. Galindo, Trinidad Carmona y José Olvera, como relator».

«Unas pocas palabras sobre la infección paludeana en el estado puerperal». Trabajo en el cual se encuentran opiniones erróneas, provenidas de la creencia que, en aquella época en que se presentó y publicó, tenían los médicos sobre la endemicidad palúdica en la capital.

«Elogio de los 33 aforismos de Guillermo Hufeland».

«Corto ensayo sobre una Constitución Médica de la primavera en México».

«Observación. Intermitentes palúdicas contraídas en tierra caliense, rebeldes a la quinina y floricina: curadas con la picosa».

«Corea reumatismal intermitente sin tipo periódico».

«¿Cuál es el mejor tratamiento de la sífilis? Cuestión propuesta para su estudio y tratada por José Olvera, designado por la suerte».

«Reincidencia del tabardillo. Observación».

«Discurso de Aniversario».

«Unos cuantos pensamientos sobre la tisis tuberculosa pulmonar en México.»

«Afección calculosa del hígado. Observación».

«Discurso pronunciado en la Apoteosis de Leopoldo Río de la Loza»; velada celebrada el 29 de noviembre de 1877.

«Gangrena», prueba escrita presentada como candidato para obtener la cátedra de Patología Externa en la Escuela N. de Medicina de México.

«Patogenia del paludismo».

«Un caso de albuminuria, complicada o seguida de una extensa trombosis que produjo la gangrena del miembro superior derecho».

«Algo sobre la perniciosidad».

«Remedios heroicos».

«Gangrena simétrica de los pies, en una enferma afectada de estrechamiento aórtico».

«Empiema pulsátil. Observación».

«Memoria sobre extrangulamiento en las hernias».

Discurso por la Sociedad «Pedro Escobedo» pronunciado representándola en la velada celebrada para honrar la memoria de sus socios difuntos.

«Otoño e invierno de 1882 a 1883».

«Aborto epidémico».

«Memoria honrada con recompensa a título de estímulo, presentada a la Academia N. de Medicina conforme a la convocatoria de 26 de abril de 1882, ofreciendo el premio de $500.00 al mejor trabajo sobre tifo».

«Absceso en el lóbulo izquierdo del cerebelo. Observación».

«Utilidad del uso de los aceites esenciales en las enfermedades miasmáticas».

«Influencia de la alimentación sobre la leche de las nodrizas».

«Velada celebrada en honra del Dr. Gustavo Ruiz Sandoval, socio de la Sociedad "Pedro Escobedo", representando a la Academia de Medicina».

«Antisepsia. Reminiscencia de los cianuros».

Los trabajos presentados en la Academia N. de Medicina, y publicados en la «Gaceta Médica de México», fueron estos:

«Memoria sobre el tifo».

«Juicios de interdicción en casos especiales».

«Tres hechos de semejanza patológica en los gemelos».

«¿Los morfomaniáticos son aptos para ciertas acciones civiles? ¿Son responsables de sus actos?».

«Atrofia muscular sobrevenida en el curso o al fin de algunas enfermedades hepáticas debidas al alcoholismo».

«Algunos apuntamientos sobre una cuestión importante: testamento de tifoideos».

«Accidente temible al practicar la toracentesis».

«Examen de los reos presuntos de locura. Los peritos médico legales están muchas veces en peligro de apasionarse y de preocuparse».

«Algunas consideraciones sobre el modo y tiempo oportuno de la administración de los antisépticos en las enfermedades internas».

«Asilo prisión para enajenados criminales y reos presuntos de locura. Necesidad Urgente de su creación».

«Estudio médico legal sobre la castración».

«Algunas reflexiones sobre la asistencia de los médicos a los duelos».

«Tres casos de reumatismo articular grave».

«Contribución de dos casos para la historia de la triquinosis en la capital de México».

«Algunos datos para contribuir al estudio del catarro gastrointestinal de los bebedores de pulque».

«La asociación de enfermedades en la primavera de 1898».

«Algunas palabras sobre el suicidio».

«Breves consideraciones sobre dos casos de hematemesis».

«La apendicitis en México».

«Estado puerperal. Afecciones graves en el puerperio, debidas con gran probabilidad a la gonorrea».

«Algunos conceptos más sobre la atrofia muscular en la hepatitis intercelular».

«Indicación de algunos puntos obscuros en la historia de la Fiebre Amarilla».

«¿Qué valor tiene el dolor como signo para el diagnóstico de las enfermedades de los órganos del vientre?».

Y, por último, la historia de su propio estado patológico, que es de suponerse que no es completamente exacta.

Presentó, además, varios dictámenes en colaboración con otros académicos.

En la Sociedad de Medicina Interna, presentó los siguientes trabajos, publicados en la "Revista Médica".

«Ligero estudio sobre algunos puntos interesantes que se refieren a la gastroduodenitis».

«Observación de un caso de púrpura hemorrágica de principio anómalo y curioso por otros motivos».

«Una hipótesis. Hepatitis intercelular».

«¿El tifo o tabardillo es contagioso?».

«Algo sobre afecciones biliosépticas».

«Un caso de parálisis notable por un signo insólito».

«Taquicardia en la escarlatina».

«Dos casos de uremia».

«Un apuntamiento sobre ciertas fiebres infecciosas que se han observado en estos días».

«Unas reflexiones sobre el asunto interesante de la terminación por convulsiones de la enteritis en los niños de 0 a 2 años».

«Bronconeumonías reincidentes. Pioneumotórax final. Observación Clínica».

La atenta lectura de estos artículos puede dar idea del valor intelectual de Olvera; pero sus méritos eran más bien morales que intelectuales, y es preciso decir algo de ellos e intentar ponerlos de realce, no sólo porque eran los dominantes, sino porque son los que más se deben aplaudir, y sobre todo hoy en que, por escasos que sean los hombres inteligentes, lo son todavía más los honrados y verdaderamente buenos.

No es esto lo único que debemos lamentar, pues quizás es más lamentable la difusión de ciertas ideas que, bien sé yo por qué, se pretende divulgar entre nosotros, y que tienden a apocar los esfuerzos que se hacen para levantar directamente el nivel moral de la Sociedad, no faltan quienes pretenden hacer creer que la educación moral es consecuencia forzosa, directa, proporcional a la del entendimiento, y sólo dependiente de ésta, y semejante absurdo lo han querido propalar a las veces aun con bastante valor, pues lo manifiesta el que sostiene tal cosa cuando a cada paso se ven hombres con buena cultura intelectual pero notablemente inmorales, como se ven personas con gran vigor físico e inculta inteligencia. No: la educación intelectual puede ayudar a la moral; pero pueden también ser independientes y con frecuencia se hallan en muy diverso grado de desarrollo en los individuos. Así acontecía en Olvera, pues aun cuando su inteligencia era clara y aun cuando estaba siempre al corriente de los avances de la ciencia, era superada por sus excelsas cualidades morales.

Era tímido, y por eso no representó gran papel como médico ni dio todos los frutos que debían esperarse de su buena conducta; pero a pesar de su timidez, tenía de cuando en cuando rasgos de cierta energía, si sus nobles sentimientos eran lastimados; así, por ejemplo, sé que oyendo una vez en un corrillo injustas apreciaciones sobre la conducta de un médico, no obstante que sabía que su defensa habría de ser ahí mal recibida, la hizo y con notable energía alabó esa conducta, que él consideraba honrada, justa y provechosa para la colectividad, aunque, naturalmente, perjudicial por el momento para determinados individuos de mal proceder.

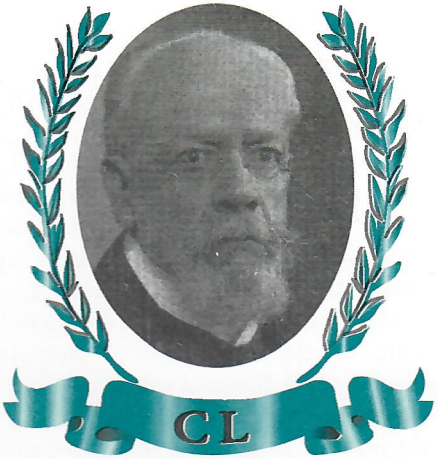
Empero la energía de su carácter no era constante, siendo eso lo único que le faltaba para ser completamente bueno. Sostengo esto, porque estoy íntimamente persuadido de que, en contra de lo que generalmente se cree ahora o se dice creer, la debilidad, lejos de ser la bondad, es a veces contraria a ella. Para obrar en todos los casos bien, se requiere a veces energía, y para ser completamente bueno es necesario oponerse más de una vez a

las obras de los malos. Este deseo era constante en Olvera, mas no con frecuencia se transformaba en acción. Sus sentimientos eran purísimos, y por eso era querido y respetado de todos los hombres honrados.

Trataba a sus enfermos con suma afabilidad, con excesiva paciencia, y con exagerada tolerancia soportaba sus imprudencias y sus ingratitudes. En una ocasión vio a uno de sus clientes en unión de otro médico; terminada la consulta un pariente del enfermo acompañó a los dos médicos hasta el zaguán de la casa, y ahí dio un peso a Olvera y un billete al otro médico. Olvera no hizo ninguna manifestación de desagrado y tenazmente se rehusó a admitir la mitad de los honorarios que, con instancias, le ofreció su colega.

Su modestia, su humildad, fueron poderosos obstáculos para que representara Olvera el papel que le correspondía en justicia entre los demás médicos; pero en medio de sus sufrimientos debe haber gozado del placer de saber que muchos le queríamos y le respetábamos, y al abandonarnos para siempre, el día 15 de abril, debe haber estado convencido de que no para todos los hombres es la justicia una palabra vana.

José Terrés



Jesús Sánchez

Señores Académicos: antes de rendir a mi sentido predecesor el tributo acordado por los Estatutos de esta Agrupación quiero dedicar algunos conceptos -manifestación sincera de mi estado de ánimo- a los miembros de la Academia que, deferentemente, con su voto favorable a mis pretenciones, me abrieron las puertas de este recinto donde se congrega lo más granado de nuestra intelectualidad médica: ¡Gracias señores, por tanta benevolencia. Exquisitos sentimientos de gratitud consagro a la Comisión Dictaminadora por la bondadosa apreciación que hizo de mi modesta labor, con lo que dispuso de manera ventajosa el ambiente en que habría de pronunciarse el fallo decisivo. A todos saludo cordialmente y con efusión.

En este instante solemne para mí, protesto que laboraré empeñosamente en el límite de mis facultades, secundando las tendencias de este grupo honorable y progresista, haciéndome así merecedor de ocupar, al lado de ustedes un sitio pera mí tan codiciado.

Tarea penosa aunque grata, es rememorar los rasgos más salientes del señor Dr. D. Jesús Sánchez, obrero de este enjambre que compartió con muchos de los presentes las satisfacciones y las penas, los sinsabores y las alegrías inherentes a nuestra vida diaria. Este obsequio de veneración que dedicamos al ilustre muerto, es un justo homenaje, una retribución que hacemos por su afecto hacia esta Corporación, por el contingente de luces que aportó para el auge de ella. Mi elogio, aunque humilde, paga

la deuda contraída desde hace largos años, al mismo tiempo nos estimula para imitar esa existencia consagrada al estudio como solaz del espíritu y bien de los demás.

De la unión del señor Domingo Sánchez y la Sra. Fabiana Peimbert, nació en esta Ciudad de México, su hijo D. Jesús, el año de 1842. Después de adquirir la instrucción primaria, ingresó a la edad de 9 años al entonces famoso Colegio de S. Gregorio, que produjo tantos hombres de ciencia, donde terminó sus secundarios estudios; pasó de ahí a la Escuela de Medicina y bajo la sabia enseñanza de D. Gabino Barreda, adquirió los conocimientos de Historia Natural que habían de absorber más tarde todas sus energías. Su ansiado título de Médico le fue otorgado el día 8 de marzo de 1864, pudiendo asegurarse que tal documento fue un adorno que le sirvió sólo para hacerse camino pues ejerció la profesión por breve plazo en la ciudad de Pachuca, algún tiempo después de recibido pronto regresó a México y con motivo de su amistad con un grupo de condiscípulos entre los que se contaban: Alfonso Herrera, Manuel Villada, Gumersindo Mendoza, Manuel Urbina, Mariano Bárcena, José Joaquín Arriaga, Manuel Soriano, etc., se inició en trabajos formales de Historia Natural a los que dedicaba sus ocios el grupo de profesionales constituido por los mencionados jóvenes, en cuyas manos quedarían más tarde, para honra de México, las distintas manifestaciones de la Historia Natural: la Cátedra, los Museos, las Asociaciones especiales, etc.

Posteriormente fue preparador de Historia Natural, asignatura encomendada al inolvidable D. Alfonso Herrera y que al separarse dejó este importante puesto al mejor preparado para desempeñar la cátedra vacante: el señor Sánchez, quien de hecho pudo dirigirla eficazmente por diez o doce años. Recuerdo que, preocupado el señor Sánchez por cultivar la botánica al mismo tiempo que desempeñaba el puesto de profesor de Zoología, propuso al señor Urbina, encargado de los estudios de la flora, turnarse con él año por año quedando con este recurso en posesión de los datos de fauna y flora que tanto le atraían. El ramo mejor cultivado por él fue no obstante el de Zoología, que fomentó durante más de 40 años, no siendo aventurado asegurar que su labor de maestro difícilmente pudo suplirse.

Otro campo de acción para D. Jesús Sánchez fue el museo, centro intelectual en el que laboró asiduamente, llegando a ser director interino de ese Plantel el 18 de agosto de 1883 y propietario, desde el 19 de febrero de 1886 hasta el 9 de enero de 1889.

Cuando se acordó la división del Museo de Arqueología e Historia Natural, correspondió al señor Sánchez la dirección de las colecciones y trabajos relacionados con la Historia Natural que fueron depositados temporalmente en una casa de la calle de Sta. Inés, para ser trasladadas las colecciones, más tarde, al local que hoy ocupan en El Chopo, quedando las oficinas en la calle del Encino 17. EI señor Dr. Sánchez falleció siendo Director de esta Institución.

El trabajo científico del señor Sánchez se hizo patente en otro género de actividades, que no fue la Zoología. En efecto, la Historia, la Arqueología y la Lingüistica, ocuparon su atención y en frutos sazonados quedan para enseñanza perenne.

Hizo por Europa y los Estados Unidos un viaje de estudio para reforzar sus conocimientos en la especialidad que cultivó con éxito.

Las producciones del señor Sánchez se hallan principalmente en "Naturaleza", órgano de la Sociedad de Historia Natural, en los "Anales del Museo Nacional" y en la Gaceta Médica, periódico de esta Academia. Recorriendo esas publicaciones, encontramos: desde la simple traducción con la que tímidamente se iniciaba, hasta los artículos sesudos, llenos de observaciones y de inferencias que denunciaban, el estudio y la meditación profunda, así: "El Pájaro Mosca", traducción de Bouilloch; "Los Picos", "Los Curucas" y "Las Diglosas", traducción de Saussure; "Las Palomas Viajeras", en colaboración con el señor Villada"; "La Concha Madre Perla", de la Baja California y su nota sobre "Los moscos zancudos".

En los Anales del Museo encontramos su reseña histórica del Museo Nacional de México. 1877. Allí igualmente se encuentra otro artículo sobre destrucción de documentos indígenas bajo el título de "Cuestión Histórica".

Un estudio arqueológico de la estatua yucateca llamada Chac Mool, el rey tigre, figura en los Anales.

En febrero de 1878 publicó los datos para el catálogo de las aves que viven en México y su distribución geográfica; comprende 743 especies.

Por el año de 1882 arregló un artículo histórico y arqueológico comprendiendo un catálogo de las colecciones del Museo Nacional de México, clasificadas en el grupo a que corresponde el artículo en el que colaboró el señor Mendoza.

Su memoria sobre la estatua colosal de la diosa del agua, se dio a la estampa en 1882.

Consagró su atención al idioma náhuatl y en 1883 publicó el glosario de voces castellanas derivadas de aquel idioma.

Artículo muy importante es el publicado en el mismo año sobre "331 Cuauhxicalli de Tizoc".

Por el año de 1885, publicó un interesantísimo artículo, sobre un vaso para contener los corazones de las víctimas humanas sacrificadas en ciertas solemnidades religiosas.

La descifración de la estatua llamada "El indio triste" fue el tema de un artículo publicado en 1885.

Con igual fecha, interpretó en un precioso artículo "El sueño de Motecuzoma", bajo relieve del atrio de S. Hipólito.

En igual época publicó el programa que seguirían Los Anales del Museo para la publicación de las gramáticas de la lengua mexicana.

El 29 de marzo de 1887 produjo un informe dirigido al Secretario de Justicia en el que da cuenta de su importante gestión como Director del Museo.

A su regreso de Europa publicó una reseña sobre los jardines europeos que encierra datos muy trascendentales que pueden consultarse con provecho.

¿Cual fue el contingente aportado por el señor Sánchez a esta Academia? Procuraré dar cuenta de él en breves renglones.

Su tesis inaugural, por decirlo así, giró sobre los moscos zancudos que por aquel año invadieron la capital. En este trabajo se hace patente la opinión de Darwin acerca del origen de las especies: cada ser organizado se esfuerza siempre por multiplicarse; cada uno de ellos sostiene una lucha durante cierto período; que los jóvenes y los viejos están inevitablemente expuestos a una destrucción incesante, sea durante cada generación, sea a ciertos intervalos. Que uno de esos frenos se relaje, que la destrucción se detenga aunque sea un poco y el número de individuos de una especie sube rápidamente a una cifra prodigiosa.

Llega a concluir que las condiciones climatéricas y la falta de aves insectívoras fueron las causas de la multiplicación excesiva de los zancudos.

Este trabajo fue motivo de polémica acalorada cuando se presentó a la Academia, pues el señor Bandera hizo notar que no se había cumplido con el reglamento que exige se remita un trabajo original y que no lo era indudablemente el publicado en los Anales del Museo. De esta opinión no participamos otros señores socios y el resultado fue que el señor Sánchez se declarara miembro de la Academia por 16 votos.

"Higiene de los jardines públicos y particulares" se titula otro trabajo muy interesante en el cual se ocupa de la causa que hace malsanos estos lugares invocando la opinión de Humboldt condensada en los términos siguientes: "El aire que reposa sobre un suelo virgen, cubierto de bosques, se carga de humedad y de estas mezclas gaseosas que son propias para alimentar a las plantas y que nacen de la composición de las sustancias orgánicas. Cuando un país se somete por largo tiempo al cultivo, la relación del oxígeno al ázoe no cambia. Las bases constitutivas de la atmósfera quedan las mismas; pero ya no tiene en suspensión esas mezclas binarias y ternarias de carbono, ázoe e hidrógeno que exhala una tierra virgen y que se consideran como una fuente de fecundidad. El aire más puro, menos cargado de miasmas o de emanaciones heterogéneas, viene a ser a la vez más seco".

Recuerda Igualmente las expresiones de Hallopeau en su Tratado Elemental de Patología. "La temperatura, la riqueza de las tierras en materias orgánicas, su permeabilidad y su humedad son factores que no deben perderse de vista".

Concluye que dadas las condiciones del suelo de la capital los plantíos que se hacen en los patios de las casas son perjudiciales y debe aconsejarse su proscripción.

Su trabajo sobre virus, ponzoñas, etc., funda la necesidad para los médicos de México de tener un libro cuyo asunto fuera el estudio de la fauna del país que por sus virus, ponzoñas, etc., ocasionan al hombre enfermedades diversas mortales o ligeras. En 1895 y 96 prosigue su tema sobre zoología médica, estudiando la tenia o solitaria y los gusanos parásitos del nombre. Figuran las anomalías de la tenia observada en México y entra en particularidades sobre enfermedades producidas por las tenias. Este artículo bordado en un tema que tanto apasiona al señor Dr. Escalona, le suministrará datos muy interesantes. Estos trabajos prepararon su futuro libro llamado "Zoología Médica", publicado por indicaciones del señor Dr. Fernando Altamirano.

Este libro es muy interesante y llena un vacío, aunque no completamente, tratándose de un asunto de la trascendencia que forma la médula del tema.

En su dictamen sobre "El agua subterránea y el tifo" no encontró razonable sacar de la observación de un solo pozo la inferencia que el autor hace, pues deben considerarse otros factores para la curva de las oscilaciones de la capa de agua subterránea como: la diferente permeabilidad del terreno, la porosidad de los albañales, etc.

Su trabajo presentado el 16 de octubre de 1895, es muy interesante, gira sobre el uso del amoniaco como preservativo en algunas enfermedades catarrales. En él refiere que experimentando en su propia persona hizo abortar un catarro nasal por ese medio anunciando que en el transcurso de 4 años no habia vuelto a sufrir catarros de esa especie. Después de discusiones variadas para explicarse el hecho, entre las que surge el *similia sinilibus curantur*, termina asegurando que es muy importante la observación de los hechos clínicos para decidir el asunto».

En 1898 inicia una serie de bien documentados artículos sobre la relación de la Antropología y la Medicina que prosigue en 1899 y 1901. Sería largo acompañar al autor en sus principales apreciaciones en tan importante asunto, donde revela un profundo conocimiento de la Antropología y sus simpatías por este ramo que le llevaron hasta fundar en el museo una sección de Antropología general.

No quiero cansar la bondadosa atención de ustedes y por este motivo no entraré en considerandos sobre el dictamen que produjo a propósito de un caso de costillas cervicales en el esqueleto humano; ni sobre la refutación de las definiciones de Biología y Fisiología presentadas en cierta ocasión por el Sr. Dr. Parra.

Murió el 3 de junio de 1911 a las 4:30 am, despúes de largs sufrimientos debidos a un cáncer del estómago. Soportó con estucismo sus dolores y abandonó esta vida, dejando como recuerdo su amor al estudio encaminado al adelanto de la ciencia nacional.

Tal fue, señores, a grandes rasgos, la vida científica del señor Dr. D. Jesús Sánchez. La Academia Nacional de Medicina lamenta su pérdida y transida de pena venera su memoria, interpretando yo estos sentimientos, le dedico mi respeto y una corona de siempreviva.

Miguel Cordero

Porfirio Parra

Una vez más la naturaleza inexorable en el cumplimiento de las leyes que rigen todos sus fenómenos, ha traído el luto al seno de la Academia Nacional de Medicina, segando la vida del vigoroso intelectual, del sabio médico, del genial filósofo, Dr. Don Porfirio Parra. Su cuerpo inerte descendió a la tumba para sufrir allí las transformaciones químicas que la vida de otros seres exigen y, materia inmortal, pasará al humus, al aire, a otros animales o a plantas, para seguir una interminable cadena de cambios, en los cuales, no por muy sabido, es menos admirable, que varias de sus moléculas llegarán a formar parte de otros seres humanos. Más no es ello todo lo que el ilustre obrero de la ciencia lega al porvenir. En el incesante metabolismo de lo que se llamó su vida, desarrolló gran cantidad de energía nerviosa que se manifestó en escritos, en oraciones públicas, en cátedras magistralmente desempeñadas y muy principalmente en su obra que denominó "Nuevo Sistema de Lógica inductiva y deductiva". Fue en los estudios filosóficos en los que brilló su inteligencia más intensamente, habiendo comenzado a distinguirse en ellos desde muy temprana edad.

Llegado que hubo de su estado natal, Chihuahua, en donde había cursado ya la mayor parte de las ciencias dentro de la escuela metafísica que en su tiempo dominaba con soberanía indisputable en casi todos los espíritus, tuvo la fortuna, que no fue tan propicia para los que le seguimos, de escuchar al insigne filósofo Gabino Barreda en la Escuela Nacional Preparatoria, y los dos cerebros

privilegiados, el ilustre maestro y el del genial discípulo, hechos para comprenderse, vibraron uniformemente estableciéndose una corriente de actividad de aquella fuente de sabiduría que el gran Benito Juárez escogiera para completar su obra inmortal de libertad, hacia el joven alumno que llega a contemplar los fenómenos de la naturaleza alumbrados por nueva y desconocida luz que lo haría exclamar como el poeta latino ¡*Felix qui potui rerum cognoscere causas*i

En esta época se llevó a cabo con el Sr. Parra el cambio más notable en el conjunto de sus manifestaciones de actividad espiritual, y que hizo que ocupara tan prominente lugar entre los sabios mexicanos.

Poco tiempo después, el maestro desapareció de entre los vivos para rendir el debido tributo a la madre tierra, y el discípulo recogió la herencia que aquel dejara y que era nada menos que la tarea de difundir el método positivo para acabar de realizar la transformación que en la patria mexicana habían comenzado los Juárez, los Lerdo, los Ocampo, los Ramírez y toda la pléyade de reformadores del principio de la segunda mitad de la décimanovena centuria. Dicha tarea era muy difícil de seguir, porque las nuevas teorías eran encarnizadamente combatidas por los prejuicios teológicos y metafísicos arraigados en la mayoría de los espíritus de aquella época, y el joven ya ungido con el magistral legado, tuvo en efecto que pasar un calvario de disputas, de diatribas, de burlas y de sarcasmos, que no poco contribuyó, seguramente, a que inteligencia tan viva como la suya, no alcanzara el éxito merecido desde el punto de vista social y pecunario en la profesión de médico por él escogida.

Todo lo sufrió el nuevo maestro, y sustituido en la cátedra porque la metafísica volvió a imperar, no abandonó la lucha sino que la transportó a otros campos, a la tribuna, el periódico, al folleto, al libro, hasta que nuevos tiempos lucieron, en que la teoría del método rigurosamente científico, volvió a la escuela para hacer que el maestro ingresara más tarde nuevamente a la cátedra tan amada por él. Ya antes había concluido su obra antes citada, con la cual pasa a la posteridad para no perderse más y en la cual descolló por dos grandes hechos: el haber colocado a la deducción en su verdadero puesto, después de la inducción, y el haber rehecho y completado la parte de metodología que Stuart Mill había comenzado con su "Lógica de las Ciencias Mortales" y Alejandro Bain había continuado con su "Lógica de las Ciencias". No es este artículo lugar oportuno para discutir los méritos de la obra, pero sí podemos asegurar que

ella da derecho al autor para ocupar un lugar distinguido entre los inmortales mexicanos.

Este ilustre sabio no quiso nunca abandonar la profesión médica en la cual debió brillar como astro de primera magnitud de no haberlo impedido la inquina de los prejuicios antes citados, y en tal virtud, trató de ocupar y ocupó un sillón de la Academia Nacional de Medicina como miembro titular de ella. Sus trabajos reglamentarios se distinguieron siempre por el saber como médico y por el método lógico que en ellos dominó y, si su ausencia eterna es una gran pérdida para la ciencia, lo es también para la Corporación que veía en él a uno de sus más preclaros miembros. He aquí a grandes rasgos el legado del hombre insigne que nos ha precedido en el camino del sepulcro. Su materia inmortal vibrará en el cosmos y formará conglomerados inorgánicos unos y orgánicos otros, y quizá vaya a animar a algún otro intelectual privilegiado; su espíritu seguirá viviendo en sus obras; con ellas existirá en el de los que aprovechamos sus enseñanzas, y se transmitirá de generación en generación alcanzando así las palmas de la inmortalidad.

Lamentamos su pérdida por los frutos que todavía pudieran haberse cosechado de sus notables aptitudes, regocijémonos con la idea de su vida inmortal, y los que no podamos imitarlo, conformémonos con decirle como el poeta: ¡*Vade, nos ordine quo natura voluerit sequemur*!

Samuel García

José Ramos

A la memoria del Dr. José Ramos. En el primer aniversario de su sentida muerte acaecida el 26 de febrero de 1909.

Sr. Presidente:
Sres. Académicos:
Si al saber desde lejano confín la triste nueva del fallecimiento del Dr. José Ramos, no hubiéramos tenido el deber de ocuparnos de su persona, por figurar en primera línea entre los oculistas de la América Latina, debido a sus trabajos sobre Oftalmología, en la prensa especial, en la médica, en los Congresos científicos y en el seno de la Academia Nacional de Medicina de su país, siempre nos impedía guardar silencio, en presencia de su inesperada desaparición, el hecho de que no ha mucho se tomó el trabajo de revisar nuestra labor científica, como oftalmólogo principalmente, para emitir su juicio, que aunque hubiese sido desfavorable, se lo hubiésemos agradecido, siquiera no fuera más que por la fatiga que voluntariamente se impuso, ¿y qué menos podríamos hacer nosotros que ofrecer a los que le han sobrevivido el exponente de su vida fructifica, al recorrer y aquilatar sus producciones y sus merecimientos de todo género?

Originario de San Luis Potosí, sus triunfos científicos los recogió en la capital de la República, en la que le conocí en noviembre de 1897, al asistir al Segundo Congreso Médico Panamericano, pues el primero se había verificado en Washington pocos años antes.

Con motivo de nuestro viaje a México escribimos y publicamos dos memorias. En una de ellas decíamos: "Nuestro compatriota el Dr. Adolfo Lámar, (emigrado entonces) que formaba parte de la comisión receptora de los congresistas, nos dio la bienvenida en nombre del Presidente de la Academia Nacional de Medicina, Dr. José Ramos, notable oftalmólogo, y nos expresó el deseo de que pasásemos con nuestra familia a su morada, el día que lo tuviésemos a bien, para honrar su mesa, como lo hicimos días después, quedando encantados de la atención de su familia, de la esplendidez de su mesa y de la felicidad de aquel hogar".

En la otra memoria escribimos lo que sigue: "No cumpliríamos un deber de estricta justicia, si al condensar los esfuerzos científicos del Dr. Ramos en pro de la oftalmología de su país, omitiésemos sus cualidades de cultísimo caballero, reveladas, como en todas partes, en la recepción para festejar a los comisionados de la Isla de Cuba. Su joven consorte y demás familiares asociaron al efecto la más rigurosa distinción. Nos obsequiaron de modo inimitable en el brevísimo tiempo de que pudimos disponer para atender la galante invitación a su mesa, servida con todo el refinamiento y los primores del suelo mexicano. No es de extrañar, pues, que guarden la esposa e hija del colega antillano, un grato recuerdo de aquel hogar ungido por la dicha y de aquella pareja que lo dignifica y lo encanta con los dos bellos frutos de sus amores".

Hemos copiado estas líneas antes de tratar del contingente científico del Dr. Ramos, para dejar sentado que arranca de bien atrás nuestro convencimiento de las cualidades morales del ilustre desaparecido.

Pasemos desde luego a medir su capacidad intelectual por los frutos de su inteligencia bien dirigida, y a este propósito tomamos de nuestra segunda memoria ya citada, lo que acerca del Dr. Ramos dijimos, después de exponer a grandes rasgos la marcha de la Oftalmología en México, anterior a su época.

La memoria más antigua de estos últimos tiempos, decíamos, pertenece al Dr. José Ramos, antes catedrático de Oftalmología en la Escuela Nacional de Medicina y hoy encargado de la Cátedra de Patología interna, para cuyo concurso la escribió en 1887, y se titula: "Importancia de algunos fenómenos oculares en el diagnóstico de las afecciones del sistema nervioso". El tema escogido por el autor es en verdad interesante, y ha sido desenvuelto con maestría, poniendo a contribución no sólo cuanto había observado al lado de sus maestros de París, durante el

tiempo que allí pasó, sino los hechos por él recogidos mientras residió en Toluca, antes de establecerse en México, y los encontrados en su práctica en la capital.

No hemos de seguirle en todos sus capítulos, para no dar a este trabajo demasiada extensión, pero sí nos detendremos, siquiera sea brevemente, en lo que dice respecto a la ambliopía nicotínica y a la siguiente pregunta que formula en estos términos: ¿por qué razón en México es raro este accidente que en Francia es tan común? Podía explicarse, añade, esta rareza, porque el tabaco que aquí se consume contenga menor cantidad del alcaloide que el francés (que por término medio tiene 8 ó 9%), o porque la presión atmosférica nuestra (M. O. 589), menor que la de allá, favorezca la eliminación de los principios volátiles, de la nicotina, entre ellos. Sea lo que fuere, añade el Dr. Ramos, es lo cierto que en nuestro país el uso del tabaco no ejerce sobre los centros nerviosos visuales una acción tan marcada como en Francia.

Últimamente, el Dr. Ramos al ocuparse de nuestros trabajos sobre este particular reproduce los anteriores conceptos de su memoria y hace notar la identidad de nuestra observación en Cuba con la suya en México, y sin tratar de buscarle nueva explicación al fenómeno, espera que nuestras observaciones tiendan a esclarecer el punto sin género de dudas.

"Des vices de refracción a Mexique compares avec ceux d'Europe", es otra de las memorias que analizamos tiempo atrás; fue presentada por el Dr. Ramos al X Congreso Internacional de Medicina reunido en Berlín en 1890 e hicimos notar que tenía el mismo sabor local que la que presentamos en 1886 a la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba.

Nos ocupamos igualmente de su trabajo, uno de los más recientes entonces, titulado: "Breve estudio sobre la agudeza visual", e hicimos notar que después de su lectura, se advierte que el autor, antes de ser profesor de Oftalmología en la Escuela Nacional de Medicina, lo fue de ciencias físicas y tuvo campo donde explanar sus aptitudes para la óptica fisiológica que de modo tan directo exige la intervención de las matemáticas en su estudio.

"La presbiopía en México comienza en una edad menos avanzada que en Europa". Al discurrir acerca de esta materia el Dr. Ramos en un trabajo publicado en el número extraordinario de la "Revista Quincenal de Anatomía Patológica", dirigida por el Dr. Lavista, con motivo de la celebración del 28 Congreso Médico Pan-Americano, una vez más revela la semejanza de idea-

ción, entre su criterio y el nuestro, pues sin conocernos ni estar de acuerdo, tratamos la materia en nuestros respectivos países, discurriendo a virtud de los elementos que en ellos encontramos, para desarrollar la misma tesis. Posteriormente, el Dr. Ramos al justificar el motivo que le inducía a ocuparse de nuestra labor, refiérese a la relativa facilidad con que le era dado juzgar producciones, porque muchos habían sido inspirados en análogo sentido, tal vez a causa de que él había recorrído en Europa la misma ruta que nosotros y estudiado con los mismos maestros.

En el X Congreso Médico Internacional de Berlín de 1890, no se limitó a presentar el trabajo que acabamos de mencionar, sino que de su sección de oftalmología recogió cuanto en ella se había tratado, para informar de ello a la Academia Nacional de Medicina de México, de la que era un ferviente colaborador y presidió diferentes veces. Son de gran interés las consideraciones que le surgieron los temas de Oftalmología tratados en el Congreso, tales como la oftalmía simpática, tracoma, la operación de la catarata, el estrabismo y empleo de los cristales tóricos para corregir el astigmatismo del mismo modo que lo hacen los cilíndricos.

En 1890 presenta también a la misma Academia Nacional de Medicina su "Contribución al estudio de la ambliopía y amaurosis histérica" y expone ser cierto que la forma más común de la histeria ocular consiste en perturbaciones pasajeras y poco marcadas del órgano de la vista y a veces tan ligeras, que es necesario someter al paciente a un examen minucioso para descubrirlas. Otras veces disminuye la agudeza visual, hay parálisis incompleta de los motores, seguida de diplopia homónima o cruzada En estas circunstancias el músculo acomodador se afecta, se contrae espasmódicamente y sobreviene la astenopia o se paraliza aquel y la vista de cerca se dificulta, en tanto que a distancia se ve con facilidad relativa. En otras sufre la facultad cromática: se hace imposible distinguir ciertos colores, sobre todo los tintes intermedios, el violeta deja de ser percibido en primer lugar, en seguida viene el verde, el rojo, el anaranjado, el amarillo y el azul; este último no se pierde sino en los casos más marcados.

En este trabajo, como en otros, halla el Dr. Ramos la oportunidad de mostrar sus conocimientos de las ciencias auxiliares, llama la atención acerca del conflicto aparente, cuando menos, dice, entre las leyes del mundo físico y los del orden fisiológico y patológico, sin que se haya ocurrido hasta ahora a un medio cualquiera de conciliación.

En efecto, hace observar que la física enseña acerca de la refrangibilidad de los diversos hacecillos del espectro, que el color más refrangible es el violeta y que van en orden decreciendo: el azul obscuro, el azul claro, el verde, el amarillo, el anaranjado, y, por último, el rojo, que es el menos refrangible de todos.

Es bien sabido, añade, que la refrangibilidad de los colores del espectro están en razón directa del número de ondulaciones que en un tiempo dado se producen en el éter, para dar lugar a la sensación de dicho color, y en razón inversa de la amplitud de la ondulación. Así, para el violeta, dice, la longitud de la ondulación es de 423 millonésimas de milímetro, y para el rojo 620, siendo el número de ondulaciones que determinan, el primero 728 millones de millones por segundo, y para el último de 496; los otros colores ocupan lugares intermedios, según su poder refrangible.

Indica oportunamente, que si se compara la ley biológica de la extensión del campo periférico de los distintos colores y la ley patológica de su desaparición en los casos de discromatopsia, con las puramente físicas, se ve que no hay relación entre una y otra, pues la desaparición sucesiva de los colores no se verifica según el orden de la refrangibilidad, ni según el número o la amplitud de las ondulaciones.

Es un complemento de esta memoria que acabamos de analizar: "Contribución al estudio de la ambliopía y amaurosis histérica", la que con fecha 13 de julio de 1905 presentó a la misma Academia Nacional de Medicina, y en que discurre sobre: "Algunos fenómenos oculares paradójicos de naturaleza histérica y su valor diagnóstico". Este trabajo, como todos los del Dr. Ramos, son difíciles de extractar porque cada párrafo contiene una enseñanza; pero intentaremos al menos exponer algunas de sus ideas, y esto servirá para deducir el valor de lo que suprimimos, muy a nuestro pesar.

Teólogos, filósofos, médicos y psicólogos -dice el Dr. Ramos- se han ocupado de las extrañas perturbaciones sensitivas que es dado observar en las personas que sufren de histeria, la gran simuladora de múltiples padecimientos. Los juicios más extraños, las más variadas opiniones han reinado según las épocas y el criterio de los observadores que han tratado del asunto. El autor, después de hacer una detenida exposición de cuanto a esta enfermedad hace referencia desde el punto de vista de la clínica y de la fisiología patológica, termina afirmando que: el análisis clínico moderno, llevado a cabo con las reglas de la ló-

gica más severa, demuestra la existencia de los fenómenos por él descritos, cualquiera que sea su explicación. Los trastornos visuales, como otros muchos que se presentan en la histeria, son paradójicos en apariencia y dan, a primera vista, la idea de una simulación; examinados atentamente, se nota que aun cuando al parecer contradictorios, obedecen a las leyes fijas que en gran parte conocemos ya. Sus caracteres singulares le dan, dice, gran valor para el diagnóstico de un estado morboso que puede presentarse con apariencias engañosas, incitando otras muchas enfermedades según la expresión de Hoffmann: *Morbus ille aut potiius morborum cohors*".

En su trabajo titulado: "Algunas manifestaciones de la infección gripal observadas en México" deja ver su carácter de clínico observador. Después de explicar el recorrido de la gripe desde el siglo XII y XVII, en Europa, y su penetración en la América en 1627, la primera vez, para no volver hasta la epidemia de 1889 que partió de Boukara (Asia Central), se extendió a Siberia, al resto de Rusia, Alemania, Austria y Francia, llegando a los Estados Unidos y después a México, explica también que tratará solamente de algunas manifestaciones oculares que le ha sido dado observar. En este trabajo, como en otros, le hemos precedido, porque desde el comienzo de nuestros estudios hemos ido delante tan sólo en tiempo; pero hemos coincidido en que, desde el período prodrómico algunas veces, y con mayor frecuencia desde la invasión, puede haber algunas manifestaciones en los órganos de la visión: la cefalalgia que siempre es muy aguda, predomina en el globo ocular no pocas veces, y en la profundidad de la órbita; el dolor puede ser muy tenaz, no dejando reposo al paciente durante el día, y contribuyendo al insomnio por las noches; la intensidad con que suele presentarse y su sitio profundo, han hecho creer a algunos observadores, dice, que el dolor radica en la aponeurosis de Tenon; no es raro que coincida con el dolor un estado edematoso de los párpados, a veces ligero; pero en ocasiones de tal modo acentuado, que dificulta abrir los ojos. Este edema local es blando y pálido, no reviste caracteres inflamatorios; lo he visto, dice, persistir sin inconveniente alguno durante cuatro o cinco días, desapareciendo después con lentitud y sin dejar ningún vestigio. Puede verse, continúa diciendo, la conjuntiva palpebral muy inyectada, encontrándose también inyección, aunque menos viva; en la porción bulbar de la membrana existe a veces una verdadera conjuntivitis acompañada de lagrimeo abundante y determinando una fotofobia ligera.

Estas manifestaciones oculares variadas de la infección gripal, deben ser consideradas como benignas, pues no obstante los dolores, a veces muy agudos, y las molestias consiguientes, nunca van seguidos de resultados funestos para el órgano de la visión.

Uno de sus últimos trabajos sobre Oftalmología se titula: "Las ametropías en sus relaciones con la Higiene escolar". En él demuestra que la hipermetropía es comparativamente más común en México que en otros países, y la miopía más rara, por lo que se refiere a los individuos de raza indígena pura (un miope y dos hipermétropes entre 5,000 alumnos). Entre 2,000 alumnos pertenecientes a la raza mezclada, encontró 44 por 100 de miopes, 5 por 100 de hipermétropes, y 0'50 de astigmatas (escuelas primarias y secundarias). Entre 500 alumnos de escuelas superiores, había 19 por 100 de miopes, 6 por 100 de hipermétropes y 5 por 100 de astigmatas.

Se impone, por tanto, dice, la necesidad de que se nombren inspectores oculistas en número suficiente para vigilar la higiene ocular en las escuelas, inspectores que se ocuparían, entre otras cosas, del diagnóstico y corrección de las ametropías, compilando cuidadosamente las estadísticas y extendiendo su jurisdicción no sólo a las escuelas nacionales, sino a las particulares, haciendo lo posible para llegar a un acuerdo entre los reglamentos respectivos y el espíritu liberal de las leyes americanas.

En este trabajo revela su interés por la cosa pública, y entendemos que sus recomendaciones han sido atendidas por el Gobierno de la República, que ha encargado de cuanto se refiere a este particular, al competente oftalmólogo Dr. Uribe y Troncoso.

Su trabajo sobre el "Glioma de la retina", el que publicó sobre "El tracoma en México"; su interesante memoria acerca de la "oftalmía purulenta como causa de la ceguera en México"; su informe como delegado mexicano al 5° Congreso Médico Panamericano verificado en Guatemala en agosto de 1908 y en que se ocupa extensamente de Oftalmología; su nota sobre "La ceguera nerviosa"; su estudio sobre "La distribución Geográfica y Étnica; frecuencia y contagio del tracoma en la República Mexicana"; su disertación acerca de "Los progresos de la oftalmología desde los tiempos más remotos hasta la época actual"; su informe sobre "El tratamiento óptico de la miopía"; sus "Notas sobre las formas raras del astigmatismo lenticular; sus "Dos hechos relativos a la catarata;" sus reflexiones acerca de "Algunos casos de clínica oftalmológica; su "Nota sobre una forma especial de queratitis.

La descripción de un caso de daltonismo;" su "Breve estudio sobre la agudeza visual fisiológica"; su nota acerca de la oftalmía simpática; la relación de dos casos de clínica oftalmológica; su memoria acerca de "Alteraciones oculares de la sífilis"; las observaciones de "Quiste dermoide, de papilitis infecciosa y dacriocele traumática" y otros trabajos prácticos publicados por el autor, y que no podemos tener a la vista por más que los hemos leído y apreciado, bastan y sobran para demostrar la competencia del Dr. José Ramos en Oftalmología, y el merecido concepto público favorable de que disfrutaba, y que nosotros por la carencia de la asimilación del intelecto ajeno, para esteriorizarlo, que él poseía hasta la saciedad, no habremos logrado estereotipar su valer cual hubiéramos querido, siquiera no fuese más que para imitarle en el minucioso y detallado trabajo que de nuestra labor hizo, a un grado tal que nosotros dudamos poder hacer nosotros mismos si nos propusiésemos otro tanto, siendo nosotros mismos los que producimos los libros, memorias y artículos que él revisó y extractó con singular maestría. Empresa que hubiéramos tenido que admirar, repetimos, aunque de su juicio no hubiéramos salido favorecidos, porque la tarea hubiera sido de todos modos ardua, lo mismo para elogiar que para combatir, aunque lo primero siempre es más difícil así como lo ha hecho él, se trata de justificar el proceder seguido, porque esto obliga a conocer necesariamente la materia que se ha tratado a fondo.

Si hasta aquí hemos intentado medir las condiciones técnicas del Dr. Ramos, sin conseguirlo seguramente, no porque le falten a los trabajos de él elementos para poderlo hacer, sino porque no hemos acertado a conseguirlo, tal vez por el vivo deseo de quererlo hacer, tal como sus merecimientos lo reclamaban, ahora nos proponemos dar a conocer al escritor como hombre moral, pues por grandes que fueran sus méritos como profesional, su condición de hombre honrado sobrepuja a las demás cualidades en todos los momentos. Su discurso pronunciado en la sesión solemne verificada en el salón de actos de la Escuela Nacional de Medicina, al repartirse los títulos de médicos cirujanos a los alumnos que acababan de terminar sus estudios, es suficiente para apreciarlo; pero no es posible formarse idea del mérito de esta disertación, sin copiarla íntegra, lo que no hacemos para no ser muy extensos; pero nos bastará transcribir los primeros párrafos y el último para que os sintáis tan emocionados como debió estarlo el Dr. Ramos, al pronunciarlos, y exclaméis: no fue sólo un gran cerebro, fue también un gran corazón.

He aquí sus palabras:

"No vengo a hablaros en calidad de maestro, ni a daros clase como en otros días; a vuestros sentimientos me dirijo, deseando que conservéis en la memoria el eco de esta voz amiga y cariñosa, que es para vosotros tan conocida y que ahora se despide con paternal afecto; tened, pues, paciencia para escucharla por postrera vez.

"Habéis realizado ya parte de vuestros ideales, y con la forma de la realidad, acariciáis ahora, uno de vuestros más bellos ensueños. Ya concluyó para vosotros la poética vida de estudiante con todos sus anhelos y atractivos, con todas sus variadas peripecias, en ocasiones recogidas, y triste otras veces; esa preciosa vida de idealismo, alumbrada por una viva fe y alentada por juvenil ardor, ha terminado para siempre. Sólo quedarán los recuerdos de esta querida Escuela, que como madre cariñosa os acogió en su seno, y que os suministró pródigamente el pan de vuestra vida intelectual. Al dejarla quizá para siempre, no se borrarán de la memoria las gratas impresiones en ella recibidas; la ligera y bulliciosa charla, salpicada de chispeantes frases, que comentaba los sucesos del día, y que era seguida no pocas veces de graves y sesudas reflexiones; los relatos de tradicionales anécdotas, referentes a profesores y alumnos y exornados con oportunos refranes, o picantes notas, y que provocaban ora la franca hilaridad, ora los sentimientos de amor y de respeto; los deliciosos ratos de juguetona y ruidosa expansión antes y después de las clases, mezclándose con las graciosas ocurrencias y los ingeniosos equívocos; todo el cúmulo de temores y de esperanzas, de agitaciones y desvelos, precursores de los temidos exámenes; las legendarias veladas, ante la taza del excitante café que disipaba el sueño inoportuno y fija en el libro la penetrante mirada que devoraba las páginas para desterrar la ignorancia; la grata perspectiva de las vacaciones, con la imagen de la madre adorada que en el lejano terruño esperaba solícita al querido estudiante para mimarlo al calor del hogar, recreándose con su cariño; la idea acariciada del ser que despertara un día castas y pasajeras ilusiones y que confortando en el estudio, inspirara los amorosos versos. Toda esta serie de ilusiones, de deseos y de encantos estudiantiles, ha pasado para vosotros, y no retornará jamás. Transcurrirán los tiempos, y cuando la negra duda os asalte, o la cruel decepción os lacere despiadadamente, evocaréis aquellos puros y benditos recuerdos, y exclamaréis alguna vez: ¡Época adorada de mi existencia, inolvidables años de estu-

diante! ¿Por qué habéis sido tan fugaces; por qué vuestra dorada poesía, tornóse presto en tan austera y descarnada prosa?

"¿Habéis meditado seriamente en la radical mudanza que va a realizarse en vosotros ese día? ¿Tenéis una idea clara de la suma de responsabilidades que vais a asumir, y del importante cuanto difícil papel que estáis llamados a desempeñar? No sinrazón me siento emocionado, al reflexionar con vosotros sobre tan delicado asunto, y con sobra de justicia os digo, que más que el cerebro, van hoy mis frases dirigidas hacia el corazón.

"Mas no por eso quiero que la más ligera nube de tristeza venga a empañar el sol resplandeciente de este día memorable, en que nacéis a vuestra vida, fecunda, no lo dudo, en los más provechosos resultados.

"El porvenir, señores, está cubierto por espeso velo, que no nos es dado descorrer; nos son desconocidos los acontecimientos del futuro, y apenas si recordamos algo del pasado, y sabemos un poco del presente. ¿Cuál será el ulterior destino de cada uno de vosotros? Algunos seréis llamados a ocupar los puestos más encumbrados de la ciencia, a enseñar desde la cátedra sanas y profundas doctrinas, o a hacer oír en las doctas Academias discursos elocuentes y eruditos, o quizás a perseguir en el seno del laboratorio el ruidoso y sensacional descubrimiento, que llenará de asombro a los sabios y de bienes a la humanidad. Unos y otros tenéis reservadas grandes satisfacciones, pero encontraréis también punzantes espinas. Los que desempeñéis el magisterio, cumplid a satisfacción tan delicado cargo; nutrid la inteligencia de vuestros discípulos con saludables enseñanzas y sembrad en su espíritu la simiente de la honradez; no procuréis hacer de ellos solamente sabios, sino hombres de buena voluntad; ¿de qué sirve un cerebro pletórico de erudición si el corazón está vacío y no late animado de impulsos generosos? ¿En qué se beneficia el mundo, con sabios egoístas, que a semejanza de los avaros, esconden sus tesoros intelectuales, sin socorrer con ellos a sus semejantes? Más que con hermosas palabras, debéis predicar con el ejemplo a vuestros alumnos, la constancia en el estudio y la perseverancia en el bien.

"Si por vuestros afanes y talentos, llegareis a una elevada posición, jamás daréis cabida a la vanidad ni a la soberbia; la afabilidad y la modestia serán vuestras inseparables cualidades, y nunca en medio de la abundancia y los honores, echéis en olvido, sino al contrario, ayudad eficazmente a aquellos de vuestros compañeros que hayan caído en el infortunio y la pobreza.

"Algunos de vosotros no tendréis por destino las academias ni los laboratorios, sino la asidua práctica de la medicina militante al lado de los enfermos; no por ser más modesta será vuestra misión menos fructuosa, pero tendréis, en cambio las más rudas tareas, las más comprometidas situaciones y las más abrumadoras responsabilidades; de vuestra pericia, actividad y atención, dependerán la vida y el bienestar de los pacientes; necesitáis estar dotados de amor sin límites a la humanidad, de prodigiosa paciencia y de constancia inagotable. ¡Qué raro será que no acumuléis una fortuna, si ejercéis vuestra profesión con laudable desprendimiento! Mucho será que logréis subsistir con relativa holgura y sosteneros con modesta comodidad; mas nunca deberéis sacrificar la tranquilidad de la conciencia al mezquino y material interés, quemando incienso ante el becerro de oro. Iguales deberes tenéis con el pobre, que se revuelve en miserable lecho, que con el millonario, que os llame a su suntuosa morada y que recompense ampliamente vuestros servicios; aunque nada esperéis del infeliz, ni el agradecimiento algunas veces, os apresuraréis a servirlo, cuando os llame, atendiéndolo cariñosamente en sus enfermedades, y aun socorriéndolo si fuese necesario; ¿pero qué galardón mejor apetecéis que la satisfacción incomparable de hacer el bien y prodigar el celestial consuelo?

"Señores: preciso es despedirnos, pues ya que se aproxima el momento en que debéis dejar este cariñoso recinto. Así como los apóstoles al separarse del divino maestro, esparcieron por doquier las máximas consoladoras del Evangelio, partid también vosotros en todas direcciones, llevando la buena nueva de la caridad y de la ciencia. Derramad a raudales las luces de la ilustración, y aprovechad en bien de todos los útiles conocimientos adquiridos; no perdáis de vista las gloriosas tradiciones de nuestra Escuela, ni olvidéis los solemnes instantes en que vais a hacer fervientes votos de ejercer leal y honradamente vuestra generosa profesión. En las horas de desaliento y desencanto, evocad los recuerdos de vuestra vida de estudiantes y os sentiréis confortados. No olvidéis a vuestros maestros, que sentirán un noble orgullo al tener noticias de vuestros triunfos.

"Tened siempre presente nuestra máxima: '*Opus est divinum selare doforem*, y no os' apartéis un ápice del camino de la rectitud, pues sólo así lograréis la verdadera felicidad, que vivamente deseo para todos vosotros."

Señores: yo también voy a terminar, y os diré: que se considera venturoso al que va más allá de la edad media de la vida,

rodeado de amigos profesionales con quienes ha estado diariamente en el comercio de las ciencias, y de los que ha recibido un día y otro pruebas inequívocas de aprecio y de honda consideración; pero como todo en este mundo tiene su pro y su contra, para que nada escape a la ley insaciable del contraste, ocurre que no podemos pasar sin la pena de ver diezmarse las filas y caer a un lado y otro, como en fiero combate, los más queridos, los más animosos, los que nos parecieron más necesarios, porque eran los que nos faltaban. Nos consolamos después teniendo sus efigies en torno nuestro, en el mismo lugar en que nos escribíamos o nos transmitíamos verbalmente nuestras impresiones, así nos ocurre que cuando alguna vez nos quedamos solos en el salón y podemos meditar, fijamos la vista en la imagen de éste, del otro, del de más allá, y parece que nos hablan, que se reproducen nuestros diálogos, nuestras discusiones, nuestras luchas por la ciencia, y al persuadirnos de que todo es una ilusión, que no queda más de ellos que su recuerdo, el recuerdo de sus virtudes, de su inteligencia, los ojos se humedecen e imaginamos hallarnos en pleno cementerio y exclamamos antes: es una ventura alcanzar larga vida; pero a la postre nos quedamos solos, porque se marcharon para siempre los que nos rodeaban y nos fortalecían.

Juan Santos Fernández

Eduardo Vargas

Biografía y elogio del Sr. Dr. Don Eduardo Vargas, presentados a la Academia Nacional de Medicina por el Dr. Rafael Carrillo.

Sr. Presidente:
Señores Académicos:

Voy a permitirme ocupar vuestra benévola atención dando cumplimiento al primer deber que la Academia me impone, haciendo la biografía y el elogio de mi sentido antecesor en este sitial. Tarea es esta, ardua para mí, porque desgraciadamente excepcionales fueron las veces en que tuve la satisfacción de conversar con el compañero afable, con el verdadero amigo, con el hombre pundonoroso, con el médico honrado y con el académico eternamente ausente; por fortuna las circunstancias me han favorecido poniéndome en contacto con personas que tuvieron la dicha de tratarlo por varios años y que pudieron apreciar en todo lo que valía el Sr. Dr. Don Eduardo Vargas. A ellas debo estos datos biográficos y hago público mis agradecimientos por tan valioso contingente.

Es honda mi pena el haber sido elegido por la suerte para poner de relieve ante la posteridad los principales rasgos intelectuales y morales del ser que desgraciadamente nos ha abandonado, pero cuya memoria perdurará en el corazón de muchas generaciones por sus sentimientos, por sus acciones y por sus escritos que nos ha legado.

Y, aun cuando no poseo un lenguaje florido, ni tengo tampoco aptitudes literarias, no temo desvanecer las virtudes del compañero distinguido, porque siempre la honradez, la sinceridad, la afabilidad, la constancia, el amor al estudio y la conciencia del cumplimiento del deber, brillan y se destacarán siempre como estrellas de primera magnitud, entre la pléyade de hombres que forman la Humanidad.

Así fue el Dr. Vargas. Como niño, como estudiante, como médico, como compañero, como hijo, como hermano, como esposo y como padre, siempre se distinguió por sus bondades, siempre fue bueno en toda la extensión de la palabra y siempre también fue querido por sus padres, por su esposa, por sus hijas, por sus condiscípulos, por sus compañeros y por sus amigos.

Este es el hombre que voy a biografiar.

El Sr. Dr. Don Eduardo Vargas nació en la ciudad de Durango el día 10 de marzo de 1852, habiendo sido sus padres el Sr. Don Manuel Vargas y la Sra. Doña Matilde Vargas. Terminada su instrucción primaria, su padre siendo comerciante pensó dedicar a Eduardo al comercio, pero pronto comprendió que esa no era su vocación y resolvió inscribirlo en el Instituto Juárez del estado con el fin de que hiciere sus estudios preparatorios para la carrera que más tarde había de seguir. La aplicación y el amor que tomó por el estudio lo comprueba el éxito que tuvo en sus exámenes y en los actos públicos que sustentó, habiendo obtenido el primer premio en el último año de sus estudios preparatorios. Estos éxitos le valieron para que el estado de Durango apreciando su aplicación y buena conducta lo pensionase y pudiere seguir, con esta ayuda, sus estudios profesionales en esta Capital.

Vino a estudiar a nuestra querida Escuela allá por el año de 1874, cursando Anatomía Descriptiva con el entonces profesor de esta asignatura y Director de la Escuela S. de Medicina, el Sr. Don Francisco Ortega.

El estimado compañero Sr. Dr. Don Joaquín Martinez, me refiere que fue condiscípulo del Sr. Dr. Vargas siendo ambos internos de la Escuela N. de Medicina y dice: "El joven Vargas, de modales decentes, fino y siempre correcto, se caracterizaba por su seriedad, por su aplicación y al mismo tiempo sin alejarse del amigo que le brindaba un rato de distracción, siempre atento, amable y servicial, le llamabamos el amigo verdadero.

Cursó las materias de medicina con aplicación y aprovechamiento, figurando en el sorteo del primer premio en el examen de 4° año de Medicina, por haber obtenido la calificación de PB. PB y MB.

Siendo estudiante de tercer año tomó parte en los concursos que para proveer las plazas de practicantes en el Hospital de San Andrés ya clausurado, se verificaron el año de 1877, habiendo ganado la plaza de practicante en el servicio de Cirugía Menor.

Por fin ve coronados sus esfuerzos sufriendo su examen profesional los días 18 y 19 de noviembre de 1879, habiendo presentado como tesis inaugural, según recuerdos probables, "Cierta variedad de absceso de hígado abierto en la pleura".

Estudiante de orden, dice uno de sus biógrafos, el orden fue su tema y con él comulgó siempre; le alcanzaba el tiempo para sus diarias tareas y aún le sobraba, prueba de ello es que abordó el estudio de la música llegando a ser un amateur refinado.

El Sr. Vargas a los veinticinco años de edad, titulado con su diploma de médico cirujano, comienza con toda constancia y con todo empeño su carrera profesional.

Por el año de 1885 un grupo de nueve médicos crea la Sociedad Iatromática, siendo fundadores los Sres. Dres. Manuel Barreiro, Francisco de P. Bernaldes, Ignacio Berrueco, Francisco Hurtado, Agustín Chacón, Francisco Ortega, Alfonso Ruiz Erdozain, Eduardo Vargas y Octaviano Vázquez Legorreta. El objeto de esta Sociedad era cultivar los estudios médicos entre un grupo de amigos, quienes con entera franqueza se consultaran dudas, se corrigiesen errores y se estimularan para el estudio.

Posteriormente, los Sres. Dres. Manuel Barreiro e Ignacio Berrueco dejaron de pertenecer a la Sociedad y ocuparon los lugares vacantes los Sres. Dres. José Terrés y Manuel Toussaint.

Aun cuando la existencia de esta Sociedad no fue muy larga, pues quedó disuelta el año de 1897, en ella se iniciaron este grupo de amigos estudiosos en hacer sus trabajos médicos, siendo la mayor parte publicados en la Revista Médica, en sus primeros tomos.

En el año de 1886 se inscribió en el concurso para proveer la plaza de Jefe de Clínica Quirúrgica que se verificó en el Hospital de San Andrés el 18 de agosto. El Jurado lo declaró apto por unanimidad y obtuvo un voto para desempeñar la plaza.

El 18 de enero de 1888 la Academia Nacional de Medicina declara una vacante en la Sección de Patología Clínica y Terapéutica Quirúrgica; entra a concurso el Sr. Dr. Vargas presentando un trabajo titulado: "Algunas consideraciones sobre la importancia que tienen en cirugía las incisiones exploradoras". El Sr. Dr. Federico Semeleder formó parte de la Comisión dictaminadora dando un informe favorable para el candidato, y habiendo sido aceptado, re-

cibió su diploma que lo acreditaba como socio Titular de la Academia Nacional de Medicina el 6 de julio de 1888, firmando como Presidente el Sr. Dr. José Bandera, y como Secretario el recto y sentido maestro Sr. Dr. Miguel Cordero.

Tomó participio en el concurso que para proveer la plaza de Jefe de Clínica Quirúrgica se verificó el 31 de mayo de 1891. El Jurado lo declaró apto por unanimidad y obtuvo dos votos para desempeñar la plaza, además el Jurado acordó por unanimidad concederle una mención honorífica.

En el año de 1892 se fundó en la Escuela N. de Medicina la cátedra de Clínica Infantil y la Dirección tomó a bien nombrarlo Jefe de Clínica interino, sin goce de sueldo. Estuvo desempeñando esta plaza hasta el día que recibió su nombramiento de la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública.

Desde el año de 1881 fue nombrado Prefecto de la Escuela N. de Medicina.

Desempeñó temporalmente el cargo de Ayudante y Repetidor de Operaciones en 1890.

En 1894 desempeñó accidentalmente la jefatura de Clínica Médica.

En enero de 1896 fue nombrado médico adjunto al servicio de Cirugía Menor en el Hospital de San Andrés.

En 1905, al inaugurarse el Hospital General, fue nombrado médico del Pabellón de Niños no Infecciosos.

En 1906, poco antes de su muerte, se aumenta en la Academia N. de Medicina el número de secciones y se inscribe en la Sección de Pediatría.

La mayor parte de los trabajos que publicó el honorable compañero se refieren a disertaciones y observaciones clínicas; el mayor número de estos trabajos como lo podrán ver los Sres. Académicos al final de este incorrecto trabajo, se refieren a cirugía y medicina infantil y el resto a cirugía general. Todos ellos están publicados en La Revista Médica, en la Gaceta Médica y en los Anales de los Congresos médicos: Mexicano de 1895; Pan-Americano de 1896.

Desempeñó en diversas ocasiones el cargo de Secretario en la Academia N. de Medicina; fue también bibliotecario y varias veces nombrado como miembro dictaminador en los concursos abiertos por la Academia para cubrir las plazas vacantes.

De la narración de estos hechos se destacan dos cualidades que bastarían para enaltecerlo: es la primera, la energía y la constancia de su voluntad; es la segunda, su laboriosidad intelectual compro-

bada por el número de trabajos y observaciones clínicas escritos por él. A sus publicaciones deben añadirse, también, su serie de traducciones hechas sobre todo de la publicación inglesa La Lanceta.

Como si esto no bastare para caracterizar su intelecto, no debemos pasar por alto la mesura y la corrección en las discusiones científicas, evitando la frase que puede herir la vanidad de los hombres, huyendo en la crítica de la sátira; embozando la contradicción con el ropaje del halago, de la afabilidad y de la sencillez haciendo abstracción de personalidades y sólo teniendo por mira la verdad y el provecho de sus semejantes.

Con la modestia que siempre caracteriza al Sr. Dr. Vargas, cuando alguna duda tenía en la dolencia de sus enfermos, haciendo abstracción de su amor propio que casi no existía en él, consultaba la opinión del compañero con toda lealtad para llevar a buen término la curación de sus pacientes.

En los casos clínicos difíciles, al llegar a su hogar fatigado pero no fastidiado de las labores profesionales, entraba a su biblioteca, saludaba a sus leales y verdaderos amigos, y escogía de entre aquellos que le podían resolver sus dudas aquel que podía ilustrarlo en su caso clínico.

-Duérmete Eduardo -le decía su respetable esposa.

-Espera un momento, porque mañana tengo que ver a este enfermo le contestaba.

He aquí delineado a grandes rasgos al tipo del médico honrado, del médico de conciencia, del hombre que sabiendo apreciar las grandes responsabilidades de su profesión, no le importa sacrificar su amor propio, no le interesa disminuir sus horas de reposo haciendo el bien y aliviando a sus semejantes.

No son estas las únicas cualidades que adornaron a nuestro amigo verdadero; en todos los cargos públicos que desempeñó, siempre tuvo por norma el cumplimiento de su deber, nunca sufrió una observación de sus superiores; siempre obediente a sus órdenes, y nunca tampoco hizo uso de alguna licencia, como lo comprueba su hoja de servicios que existe archivada en la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes.

¿Qué decir de su vida privada? ¿Del inmenso amor para su esposa, para sus hijas?

Allí está su respetable familia, afligida, inconsolable, llorándolo eternamente. Eduardo ha muerto, hemos perdido al "amigo verdadero", al compañero honrado, al socio trabajador. Nada debo de decir. Respetemos su dolor...

Señores académicos:
Si el Sr. Dr. Don Eduardo Vargas ha desaparecido de la lista de los vivos, su memoria quedará grabada para la posteridad en el Seno de esta Honorable Corporación.

Los hombres que se caracterizan por sus virtudes morales se llaman honrados y merecen que se les tribute un homenaje de admiración y de respeto.

Rafael Carnillo

Manuel Toussaint

El Sr. Dr. Don Manuel Toussaint, Catedrático de Histología y Anatomía Patológica.

La figura venerada por muchos motivos, del Dr. Don Manuel Toussaint, surge ahora en estas semblanzas para recibir el modesto homenaje de mi admiración y respeto a sus virtudes ciudadanas, a sus excelsas cualidades de hombre de ciencia, a sus atributos personales que hicieron de él una figura digna de gran estimación por tantas prendas como le adornaron, su bondad ingénita, su inteligencia cultivada, su simpatía atrayente, y aquel don de gente que cautivaba a todos los que le conocieron y admiraron en el curso de su larga vida.

De cuerpo pequeño, un poco encorvado por los años, de facciones serenas y regulares, de cara ovalada que se prolongaba un poco merced a una barba gris bien cuidada, de mirada serena y bondadosa, y de modales finos que hacían de él un hombre simpático por su amabilidad y su educación esmeradas, el Dr. Toussaint pasó por la vida consagrado por completo al estudio y a la enseñanza; al primero por su gran afición a los trabajos de investigación en el terreno de la Histología normal y patológica, que cultivó entre nosotros con un cariño peculiar, con una preparación científica tanto más digna de mención cuanto más árido era en aquel entonces el estudio de dichas disciplinas, que salvo él, quizá no hubiese en México otra persona que las conociese tan a fondo en la época en que vivió (fines del siglo pasado y principios del presente), y hubiera consagrado los me-

jores años de su vida a profundizar en sus arcanos, y a pretender arrancarles los secretos de las lesiones que ocurren en los órganos y tejidos ante los ataques de la enfermedad.

Conviene aclarar que en aquel entonces la ciencia histológica se encontraba en pañales, no sólo desde el punto de vista teórico, sino lo que es más importante, desde el punto de vista de la técnica empleada para el reconocimiento de las células y tejidos, ya que no existían aún los métodos de que ahora disponemos para reconocer correctamente y diferenciarlas entre sí unas y otras estructuras; se tenían a mano tan sólo procedimientos poco demostrativos con los cuales apenas si se obtenían datos de escasa fe para la identificación de las estructuras finas al examen microscópico, y a pesar de ello y guiado sólo por los pobres rendimientos de la técnica, y por la brillante inteligencia que tan esmeradamente cultivó, pudo orientarse en el dédalo de las imágenes microscópicas con tanto ahínco estudiadas, para obtener frutos inestimables por su calidad y su importancia, acerca de las alteraciones histopatológicas producidas por muchas dolencias en la intimidad de los tejidos y de los órganos.

Su labor a este respecto en México es continuación de la de otros sabios en el extranjero: de la de Virchow en Alemania, a quien se considera con justicia como el Padre de la Anatomía patológica; de la de Aschoff y de Conheim; de la de Cornil y Ranvier en Francia, que dio lugar a la publicación de una obra clásica en lo que a estudios de Histología patológica se refiere; de la de García Solá y López García en España, que cultivaron con el mismo amor y la misma competencia esta disciplina tan difícil y tan llena de enseñanzas; de la de McCallum y Mallory en Estados Unidos, en donde su autoridad científica es ampliamente reconocida, y a semejanza de ellos, aunaba a la maestría en los conocimientos, la modestia en el continente, y el vigor y la pujanza de inteligencia, en un cuerpo un poco desmedrado desde el punto de vista físico.

Y no sólo en los estudios de microscopia fina sobresalió, también lució en la Anatomía Patológica macroscópica, en la cual tan pocas figuras se han revelado entre nosotros; en su época, aparte él, podemos señalar a don Francisco Hurtado y a don Ernesto Ulrich, ya fallecidos, y posteriormente a don Isaac Costero, don Dionisio Nieto y don Álvaro Tachiquín, que cultivan al mismo tiempo la Anatomía y la Histología patológicas, y a don Manuel Pallares, don Tomás G. Perrín, don Manuel Martínez Báez, Don Clemente Villaseñor y don Ignacio González Guzmán,

que han estudiado preferentemente la histopatología fina que sólo el microscopio permite revelar.

En la actualidad, aparte los anteriores, hay una pléyade de médicos jóvenes que se interesan por estos estudios y comienzan a destacarse con relieves de importancia, citaré entre ellos a las Sritas. Eugenia Cardona y Rosario Barroso, y a los Sres. don Gabriel Álvarez, don Antonio Villasana y don Franz Lichtemberg, que trabajan todos en la capital de la República.

El escaso número de figuras que han sobresalido en estas disciplinas es debido, sin duda alguna, a la naturaleza un poco abstracta de estos estudios, a la dedicación previa que requieren, a los estudios de la histología normal y a cierto desprendimiento de espíritu que permita consumir largas horas clavados los ojos en el microscopio, en una tarea callada y fecunda, pero al mismo tiempo poco brillante y remunerada.

Pero volviendo al Dr. Toussaint, dijera que se consagró igualmente a la enseñanza, ya que nadie mejor que él estaba preparado para impartir a los estudiantes de Medicina los conocimientos necesarios acerca de la textura de las células, los tejidos y los órganos del cuerpo humano, que forman base fundamental del aprendizaje de las Ciencias médicas, y nadie mejor que él, tampoco, para reconocer las lesiones anatomopatológicas en las vísceras de los cadáveres y para mostrarlas a los educandos, y hacer ante ellos las exposiciones relacionadas con el mecanismo de su producción, los matices de su evolución, la génesis de las diversas estructuras neoformadas, y la interpretación correcta de estos hechos, así como para refrendar los hallazgos macroscópicos con el estudio microscópico de las preparaciones correspondientes, y el reconocimiento de las lesiones íntimas de las células y tejidos, que nos llevan al conocimiento final y completo de la o de las lesiones producidas, de la extensión que abarcan, y de las perturbaciones fisiológicas que hubieron de producir.

Es decir, que fue Profesor de Histología (después de haber ganado el cargo por oposición), y de Anatomía Patológica, cátedra que se creó para él, y en ambas su labor fue trascendental, porque cuando hubo de suspender su tarea docente merced a que tuvo que consagrar su tiempo a los trabajos del Instituto Patológico Nacional que él fundó, hubo un interregno pudiéramos decir, en el cual la enseñanza desmereció un tanto, debido a la falta de elementos ampliamente dotados para la labor docente que pudieran sustituirlo con eficacia.

No fue sino años después cuando la enseñanza de ambas asignaturas recuperó el auge de que antes disfrutara, y se encaminase de un modo definitivo por una senda de progreso que corriese pareja con el desarrollo que han alcanzado otras disciplinas en nuestra Facultad.

Fundó en efecto, como ya se dijo, el Instituto Patológico Nacional, y durante varios años trabajó en él asiduamente, rodeado de algunos colaboradores que después mencionaré, y su labor allí se caracterizó, ante todo, por la seriedad de los estudios llevados a cabo, por el interés científico de los mismos, por haber abordado el estudio de problemas histopatológicos propios de nuestro país, y porque se dio cuenta de ellos en un Boletín que pronto fue estimado por los hombres de ciencia como una publicación seria que adquirió prestigio importante dentro y fuera de México.

Fue paralelo en su evolución a otra institución análoga, el Instituto Médico Nacional, que bajo la égida del Dr. Terrés también realizó estudios e investigaciones muy fructuosas en diversos problemas que atañen a la Medicina nacional.

Desgraciadamente, ni uno ni otro duraron largo tiempo, porque no faltó algún Ministro da Educación, de una estulticia asombrosa, que estimó que tales centros de estudio eran inútiles para el País, siguiendo en esto los consejos de un médico, de inconcebible incomprensión, quien fue comisionado por su amigo el Ministro para rendir un dictamen de ambas instituciones.

El dictamen fue desfavorable y el acuerdo no se hizo esperar, suprimiendo de una plumada dos centros científicos de investigación y de trabajo que mucho prestigiaban ya a nuestro País, pero que seguramente en el futuro hubieran sido de hondo arraigo nacional, dada la capacidad de sus dirigentes y la trascendencia de las investigaciones que ahí se llevaban a cabo.

Han pasado muchos años y aún se recuerdan aquellos hechos bochornosos para nuestro México, y aún seguimos careciendo de tales centros de trabajo científico que indudablemente, si resurgieran, harían mucho bien a nuestra patria.

Para dar una idea de lo que era el Instituto Patológico Nacional, diré que fue creado a iniciativa del Dr. Don Rafael Lavista, cuando en 1899 rindió un informe al C. Ministro de Educación acerca de las labores ejecutadas en el Museo Anatomo-patológico, proponiendo al mismo tiempo un proyecto de reformas para la transformación del Museo en un Instituto de Anatomía Patológica.

La iniciativa fue aprobada y al año siguiente surgió a la vida médica mexicana el Instituto Patológico Nacional, bajo la dirección del Dr. Don Manuel Toussaint, en una casa situada en la Avenida Chapultepec. Las labores se distribuyeron en varias secciones importantes que fueron las siguientes: de Clínica, de Anatomía Patológica, de Bacteriología, de Química y de Medicina experimental, que más tarde fue llamada de Patología experimental.

Trabajaron en dichas Secciones muchos de los médicos distinguidos de aquella época, y entre ellos puedo mencionar a los doctores don Alejandro Uribe, don Ángel Gaviño Iglesias, don Antonio Carbajal, don Juan Martín del Campo, don José León Martínez, don Francisco Altamira, don Francisco Búlman, don Manuel Zubieta, don José P. Gayón, don Ernesto Ulrich, don Ignacio Prieto, don Emilio del Raso y don Genaro Escalona, todos fallecidos.

Los trabajos realizados daban lugar a informes sucintos de ellos, leídos en las sesiones científicas que se celebraban mensualmente en el local del Instituto. Posteriormente, se publicaban en el Boletín del propio establecimiento, que vio la luz pública con toda regularidad durante los años que éste vivió, formando una colección científica de valor inestimable.

A este respecto el Sr. Dr. Perrín me ha referido que dicho Boletín era muy apreciado en el extranjero, especialmente en España en las Universidades médicas de aquel país, en donde se esperaba su llegada con el mayor interés, dada la calidad de los trabajos científicos que contenía, y muy especialmente los del Dr. Toussaint, que fueron estimados como de un gran valor doctrinario, y a los que avaloraba una bella y fidelísima documentación iconográfica.

En dicho Boletín se insertaban además trabajos de colaboración de los miembros del propio Instituto o de personas ajenas a él; entre estos últimos cabe mencionar escritos valiosos e interesantes de algunos de nuestros pro-hombres de la Medicina, como don Manuel Carmona y Valle, don Rafael Lavista, don Juan María Rodríguez, don José Terrés, don Fernando Zárraga, don Luis Troconis Alcalá, y algunos de los jóvenes que entonces comenzaban a descollar, como don Alfonso Pruneda, don José de la Vega, y otros más, que realzaban el valor del periódico con sus aportaciones.

Dicho Boletín fue precedido en su aparición por otro que se llamaba Revista Quincenal de Anatomía Patológica y Clínicas

Médica y Quirúrgica, que desapareció al iniciar aquel su publicación, y de ambos he tomado nota acerca de algunos de los muchos trabajos que el Dr. Toussaint llevó a cabo en su larga y fecunda labor de investigador científico en nuestro país.

Encontré publicados los siguientes:

- Formas anatómicas de la Tuberculosis en México.
- El Museo Anatomo -Patológico.
- Las Endocarditis, formas anatómicas y clínicas.
- Acantoma adenoide quístico. Contribución al estudio de los tumores de la piel.
- Un caso curioso de Carcinoma pulmonar y sífilis mediastino pulmonar.
- Siringomielia y Paquimeningitis cervical hipertrófica.
- Estudio de algunas afecciones hepáticas.
- El carcinoma de Jacob.
- Tuberculosis verrugosa de la piel. (Una localización rara).
- Las formas anómalas del Rinoescleroma.
- El Rinofima.
- Operación de la hernia inguinal sin hilos perdidos.
- Estado actual de la cuestión relativa a la naturaleza y patogenia de los tumores malignos.
- Colitis ulcerosas y abscesos del hígado producidos por protozoarios.
- Neumatosis submucosa intestinal.
- Hepatitis parenquimatosa subaguda.
- Algunos casos de cirugía del estómago.
- Mielitis apoplética con hemorragia tubaria en los cordones posteriores.
- Un padecimiento raro del sistema nervioso, de origen sifilítico probable.
- Inflamación parenquimatosa de la cápsula suprarrenal.
- Algunas palabras sobre el diagnóstico y tratamiento del cáncer del estómago.
- Sinusitis frontal.
- Acción de la Lactofenina sobre el aparato biliar.
- La ranilla y el Piroplasma bigeminum.
- Anatomía patológica del Tifo exantemático.
- Algunas experiencias relativas a la trasmisibilidad del tifo,
- Afecciones hepáticas.
- La gastrostomía de Marivedel.
- Un caso de Colelitiasis grave; tratamiento radical por la in-

tervención quirúrgica.
- La fiebre tifoidea en México.
- Algunos casos de Rino-escleroma.
- La coloración de los elementos de la sangre por un método rápido y seguro.
- Contribución al estudio de la Actinomicosis.
- Histopatología del Mal del pinto.

Todos sus trabajos son interesantes desde el punto de vista científico, en todos hay investigaciones personales que describe con detalle y que ilustra con dibujos magníficos publicados a colores, en los cuales se aprecian fácilmente las lesiones que él ha encontrado y las interpretaciones correctas de ellas.

Hay por último, en el Boletín mencionado, una buena cantidad de autopsias que relata minuciosamente, y en las cuales son de admirar el estudio sistemático y completo de los órganos afectados, la descripción de sus lesiones, y el raciocinio lógico que le permite establecer el diagnóstico *post mórtem* en los diversos casos estudiados; acompaña a muchas de ellas dibujos de las preparaciones microscópicas correspondientes.

Quiere decir lo anterior, que el Dr. Toussaint dominó la Anatomía y la Histología patológicas a satisfacción, que se adentró con éxito en los secretos de la técnica de ambas ciencias mencionadas, ya que no es raro encontrar descripciones de métodos propios para las coloraciones de cortes y tejidos, con sus ilustraciones respectivas, que trabajó, también con éxito, en la Clínica Quirúrgica, así en el diagnóstico como en el tratamiento, y que en todos los casos se singularizó por su amor al estudio y a la investigación, por la profundidad de sus conocimientos, por el buen juicio en la interpretación de sus observaciones, y por una modestia extraordinaria en sus trabajos y en su continente que avaloran más a estos, aun cuando sea quizás dicha ejemplar pero excesiva modestia, la responsable del olvido en que se ha tenido a una figura tan extraordinaria de la ciencia médica mexicana.

En apoyo de estas afirmaciones, séame permitido comentar siquiera sea brevemente algunos de sus trabajos científicos que yo estimo de mayor relieve.

Cuando habla de "Colitis ulcerosas y abscesos hepáticos producidos por protozoarios", señala la estrecha relación que existe entre los accesos de disentería amebiana y el gran absceso tropical del hígado, merced a la emigración de los protozoarios a partir del intestino y su invasión posterior a la glándula hepáti-

ca, en la cual ocasionan lesiones destructivas importantes de su parenquima; dichas observaciones corroboran la opinión que a este respecto había sido expuesta precedentemente por el gran clínico mexicano don Miguel Jiménez.

Cuando habla de "Algunos casos de Rino-escleroma" describe cuidadosamente las formas blandas de la dolencia, que es raro observar, afirmando que pueden confundirse con los mixosarcomas a un examen superficial, lo cual es debido tanto a la escasez del tejido fibroso como a la abundancia de elementos celulares; entre estos describe minuciosamente las células de Mikulicz, y la presencia constante en ellas, de bacilos de Frisch.

Al ocuparse de la "Anatomía patológica del Tifo exantemático" hace una descripción detallada y completa de las lesiones encontradas al examen microscópico de los diversos órganos afectados, deteniéndose con esmero en las del cerebro de los tifosos, de las cuales dice:

"En los vasos que circulan en la substancia gris de la corteza, se encuentran con frecuencia aglomeraciones, en la vaina perivascular, constituidas en su mayor parte por leucocitos, tanto uni como polinucleados. A veces estas aglomeraciones no ocupan solamente los límites de la vaina linfática, sino que extendiéndose más lejos en la substancia nerviosa, forman verdaderos focos de infiltración celular...".

Y más adelante "además de los focos que ya hemos referido, existe en la substancia nerviosa de la corteza algo como una infiltración difusa de celdillas, con el tipo de los linfocitos...".

Y revisando la obra "The Etiology and Pathology of Typhus" de Wolbach, Todd and Palfrey, nos encontramos la siguiente afirmación que consta en la página 158 de ella (traduzco), "la primera observación de una lesión distintiva del tifo fue hecha por Frenkel (1914-1915) quien describió lesiones agudas de los vasos sanguíneos con trombosis y acúmulos perivasculares, compuestos principalmente de células derivadas de la adventicia y del tejido que la rodea, pero conteniendo al mismo tiempo linfocitos y leucocitos polimorfonucleares".

Esta lesiones fueron estimadas específicas del tifo por Frenkel en 1915 y el Dr. Toussaint describió las que encontró en los cerebros de los tifosos, en 1906, estimándolas también características de la dolencia a que nos referimos.

La analogía entre una y otra descripciones salta a la vista, a pesar de lo cual ningún autor menciona los estudios de Toussaint realizados 10 años antes que los de Frenkel.

Pero hay más, al ocuparse de las lesiones de los endotelios vasculares, Toussaint dice:

"He encontrado algo en las meninges, que me parece característico del tifo exantemático, a tal punto, que por ello creo que pudiera reconocerse si en un caso dado la muerte ha sido producida por dicha enfermedad, es la existencia de pequeños cuerpos ocupando preferentemente, aunque no de un modo exclusivo, el protoplasma de las celdillas endoteliales".

"Dichos cuerpos tienen una forma arredondada y un volumen que varía de 2 a 4 micras, estando colocados en la celdilla unos al lado de otros, en aglomeración que recuerda, por su aspecto, el de una colonia de micrococos, con la coloración de safranina toman un color rosa algo pálido un tanto desigual, distinguiéndose bien la forma esférica con algunas porciones claras semejantes a vacuolas, notándose además en algunos de ellos uno o dos puntos pequeños, más intensamente teñidos.

"En las capas superficiales de la aracnoides, los cuerpos referidos ocupan preferentemente el cuerpo de las celdillas, cuando aparecen alargadas, los cuerpecillos forman series hacia uno y otro lado del núcleo, si las celdillas endoteliales aparecen de frente, los grupos de corpúsculos toman entonces el aspecto de racimos o colonias, como ya fue dicho.

"No son sin embargo las celdillas del tapiz endotelial las únicas que tienen estos pequeños cuerpos, pues en el protoplasma de las celdillas fijas que ocupan los intersticios de los haces conjuntivos, se observan igualmente grupos de cuerpecitos esféricos".

"Además, en algunas preparaciones ha sido fácil verlos en el interior de los leucocitos; en los vasitos capilares de la corteza cerebral es importante la presencia de cuerpos esféricos como los que describimos en las meninges, en las celdillas endoteliales que limitan la pared del vaso.

"Hemos podido observar, aunque a decir verdad pocas veces, una especie de trombosis formada por la aglomeración de corpúsculos esféricos".

Los cuerpecitos mencionados fueron encontrados también por el Dr. Toussaint en los vasos del parenquima pulmonar, de la faringe, del riñón, etc.

No es posible afirmar de modo categórico, que los corpúsculos obervados por Toussaint sean semejantes a los que posteriormente hemos conocido con el nombre de Rickettsias, dado que estas son más bien de aspecto bacilar, con centro claro, con

coloración bipolar, y con cierta selectividad en lo que a coloración se refiere, pero el propio autor afirma que "con la coloración de safranina toman un color rosa pálido, algo desigual, distinguiéndose bien la forma esférica con algunas porciones claras semejantes a vacuolas, notándose además en algunos de ellos uno o dos puntos pequeños más intensamente teñidos".

Estos caracteres hacen pensar seriamente que Toussaint vio entre los cuerpecitos que describe las Rickettsias, aunque sin relacionarlas con la génesis de la enfermedad. Llama sin embargo la atención, la delicadeza de sus estudios y la confirmación posterior que de ellos se hizo, aunque ningún autor, vuelvo a repetirlo, cite sus hallazgos en las publicaciones de época posterior.

Y por lo que se refiere a los corpúsculos no ricketsiformes que describe, y a los cuales estima caracteristicos del tifo al afirmar que por ellos solamente podría reconocerse si en un caso dado la muerte había sido producida por dicha enfermedad, es necesario llegar hasta Ficai, que en 1920, estudiando cerebros de tifosos, los describió como un hallazgo importante, habiéndolos observado tanto en la substancia gris como en la blanca; en la primera, en los vasos capilares (dentro y alrededor de ellos), y en el protoplasma de las células nerviosas.

Por cierto que el Sr. Dr. Perrín, comentando estos mismos hechos, se expresaba así en un trabajo que presentó en 1921, al 20, Congreso Nacional del Tabardillo celebrado en México:

"Toussaint en el año de 1905 describe con la más escrupulosa precisión corpúsculos intracelulares, principalmente localizados en el endotelio de los capilares del cerebro, estimándoles como patognomónicos en el tifo. Quince años después el ilustre doctor Ficai cree haberlos descubierto. La descripción de ellos y su excelente reproducción en cromograbado, en ambos trabajos, no deja lugar a duda sobre la identidad de unos y otros. Los corpúsculos deben llamarse de Toussaint o extremando la cortesía, de Toussaint-Ficai.

"El mismo concienzudo investigador mexicano, y en el mismo trabajo, describe magistralmente las lesiones vasculares del cerebro, que once años después eran objeto de un trabajo de Ceelen, y entre ellas la periarteriolitis nudosa, que catorce años más tarde estudiaba Nicol."

Se ve por los pormenores transcritos, que los estudios de Toussaint a los cuales ninguno de los investigadores extranjeros hace referencia, no obstante haber sido publicados en su época en el Boletín del Instituto Patológico nacional, fueron confirmados

por todos los estudiosos que le sucedieron, y que corresponde por lo tanto, a este distinguido médico mexicano, la primacía en la descripción de las lesiones histo-patológicas del tifo.

Y para terminar lo que a esta dolencia se refiere, haré notar que su trabajo titulado "Algunas experiencias relativas a la transmisibilidad del tifo", en el cual relata los primeros intentos realizadas para infectar a algunos animales con los productos patológicos de los tifosos, fue también desconocido por los sabios extranjeros, que inician la descripción de este capítulo en el libro de Wolbah, Todd and Palfrey, a partir de 1910, con los estudios de Gaviño y Girard efectuados en el Instituto Bacteriológico Nacional, para continuar con los de Nicolle y Conseil, y posteriormente con los de otros investigadores extranjeros.

Y al concluir estos breves comentarios conviene recordar, como ya se dijo, que en la época en que Toussaint realizó sus estudios la técnica histo-patológica no estaba tan adelantada como lo estuvo después, y sin embargo sus preparaciones son muy demostrativas, los dibujos que de ellas muestra en sus trabajos lo son también, y pueden compararse satisfactoriamente con los de publicaciones extranjeras muy posteriores a las suyas, lo que permite afirmar la identidad de las lesiones microscópicas descritas, ya señalada por el Dr. Perrín.

Tomó parte activa además, el Dr. Toussaint, en la vida médica de México, ya que hemos expuesto su participación en las tareas de la enseñanza de la Medicina, asistió a diversos Congresos Médicos nacionales y extranjeros, en los que su contribución fue muy importante, y perteneció a diversas sociedades científicas y entre ellas a nuestra Academia Nacional de Medicina, en la cual su colaboración siempre tendió a elevar el nivel científico de la cultura médica en nuestro país, labor que fue debidamente estimada por todos sus colegas, que en dos ocasiones distintas le elevaron al más alto cargo de ella, al sitial de Presidente de la Corporación que ocupó en dos periodos, de 1904 a 1905 y de 1909 a 1910. Posteriormente, en atención a sus méritos, fue designado Miembro Honorario de ella.

La desaparición del Instituto Patológico Nacional ya referida, y que fue estimada por el Dr. Don Rafael Silva, Presidente de la Academia a la muerte del Dr. Toussaint, como un incalificable atentado, minó hondamente su salud y le restó energías para nuevos estudios e investigaciones, y tras una larga enfermedad rindió su postrer tributo a la vida el día 14 de noviembre de 1927, poniendo fin así a una labor científica toda ella dedicada a honrar a la medicina nacional dentro y fuera del país.

Su figura quedó consagrada como la de un médico ilustre que tuvo siempre ante sí el estudio y la investigación, la adquisición de conocimientos nuevos y la difusión de ellos a sus discípulos y a sus colaboradores; la enseñanza dentro y fuera de la cátedra, en el territorio mexicano y allende las fronteras, y por ello mereció bien de la Patria, y la admiración y el cariño de todos sus compañeros de profesión, que aún hoy, muchos años después de su muerte, rinden homenaje a través de mis humildes palabras, al brillo de su inteligencia, al poder de su genio de investigador, y al conjunto de sus prendas personales y profesionales, que hicieron de él una figura inmaculada y venerable, digna de la admiración y reverencia de la posteridad.

Jesús Arroyo

Gregorio Mendizábal

La ciudad de Orizaba, hermosa Pluviosilla del estado de Veracruz, se ha enorgullecido siempre de contar entre sus hijos predilectos a uno de nuestros médicos más eminentes, el doctor Don Gregorio Mendizábal, honra y prez de sus coterráneos, figura sobresaliente en México por sus grandes cualidades de hombre de ciencia, de médico distinguido en el ejercicio de su profesión, y por sus dotes personales de bondad y de caridad, que le granjearon siempre la admiración y el afecto de todos los que le trataron, especialmente de aquellos que disfrutaron del privilegio de su amistad.

La vida del doctor Mendizábal está llena de enseñanzas para todos nosotros, como ciudadano, como médico dedicado a sus enfermos, por una parte, y a sus labores docentes por otra y como amante padre de familia en la intimidad de su hogar, donde inculcó siempre a sus hijos las preciadas virtudes de la rectitud y del honor, que formaron una aureola a su larga vida de consagración al amor de los suyos, y al bien de los menesterosos.

Como ciudadano, su labor se destacó cuando fue miembro de la Cámara de Diputados primero y de la de Senadores después, cumpliendo patrióticamente las obligaciones de estos cargos, recibiendo de sus compañeros honores señalados y grandes pruebas de confianza una de las cuales fue la distinción que se le hizo al designarlo Representante de México en el Centenario de las Cortes de Cádiz en España, donde se destacó airosamente pronunciando un hermoso discurso que fue muy celebrado por

los oyentes y reproducido más tarde en una edición especial, que circuló profusamente dentro y fuera de la Madre patria. Honró a México por lo tanto con su actuación, y mereció por ello el elogio y la gratitud de sus conciudadanos.

Como médico su labor fue múltiple y fecunda, se consagró con esmero a la atención de sus enfermos, dedicó muchas horas de su vida a la enseñanza y a la investigación; participó en diversas sociedades científicas nacionales y extranjeras, en numerosos congresos médicos dentro y fuera del país e inició por último algunas labores sociales en beneficio del Cuerpo Médico Mexicano de que mucho se ha hablado en los últimos tiempos, algunas de las cuales hasta ahora se hallan en vías de realización.

Se consagró en efecto con esmero a la atención de sus enfermos desde el momento en que recibió su título profesional hasta que cayó víctima de la dolencia que le llevó a la tumba. Este lapso abarca 63 años de su vida, ya que habiéndose recibido en 1869, su deceso ocurrió en 1932; tuvo la dicha, por lo tanto, de celebrar sus bodas de plata, las de oro y las de diamante como médico, y de que con él las celebrasen también incontables personas a quienes había prodigado sus atenciones, aparte sus familiares y sus amigos.

Era estricto en el cumplimiento de su papel como médico, a la cabecera de sus enfermos alcanzó y disfrutó ampliamente aquella época dorada en que el médico era considerado como un bienhechor de la familia, merced a los bienes que le impartía y al cariño y gratitud de los enfermos y de los sanos de ella, que veían a su médico como a un hombre superior y le guardaban siempre veneración y respeto.

Era amable con sus pacientes, se interesaba solícito por los males que les aquejaban, se informaba cuidadosamente de éstos, de las circunstancias que los rodeaban; examinaba luego a los enfermos con esmero y con delicadeza; y cuando había formulado su diagnóstico, instituía el tratamiento adecuado, así como las instrucciones adicionales que le parecían oportunas en cada caso particular.

Tuve ocasión de asistir a algunos enfermos en su compañía, pude aquilatar debidamente todos y cada uno de los pormenores mencionados. Pude comprobar también la confianza que inspiraba a sus enfermos, el cariño y respeto que éstos le tenían. Pude ver la cordialidad con que trataba a los demás médicos, la atención que prestaba a sus palabras y opiniones, que eran estimadas juiciosamente por su gran inteligencia y su espíritu de comprensión.

Cuando algún paciente se le moría, jamás escuché una palabra de censura para su labor, por el contrario, reconocían sinceramente los esfuerzos que había desplegado y las preocupaciones que habían embargado su espíritu en la lucha contra la enfermedad; las bendiciones de sus clientes le seguían en todos los casos, así en aquellos en que el éxito le acompañó como en los en que este le volvió la espalda.

Dedicó además, no pocas horas de su vida a la enseñanza y a la investigación científica. Apenas hubo recibido su título de Médico, se trasladó a su ciudad natal, Orizaba, donde dividió su tiempo entre las labores profesionales y las docentes. Impartió en la Escuela Preparatoria de aquella ciudad las clases de física, química y farmacia, con las cuales hizo sus primeras armas en el profesorado, ellas le administraron su inteligencia para posteriores y más arduas labores docentes.

Fue así como, a poco de haberse establecido en México, ingresó al cuerpo de Profesores de la Escuela Nacional de Medicina. Allí impartió sus conocimientos a los alumnos en la clase de Clínica Interna primero, y en la de Deontología Médica, después.

En la primera, destacó su labor por el examen cuidadoso y atento que hacia de los enfermos en todos los casos; por la atingencia con que sabía interpretar los síntomas que presentaban (para lo cual le ayudaba su enorme experiencia adquirida en la clientela civil), por la corrección de sus diagnósticos que discutía juiciosamente ante sus alumnos; por la prescripción de sus tratamientos en que procuraba llenar las indicaciones variadas que se le presentaban, y por esa bondad ingénita suya que trascendía de toda su persona y que le granjeó la voluntad y la confianza de sus enfermos, así fuesen estos los desheredados de la fortuna, que en aquella época eran los únicos que se asistían en los hospitales.

En sus conferencias de Deontología Médica su elocuencia brillaba como una espléndida joya para valorar el sentir de sus palabras y la médula de sus discursos, lo que atraía una enorme concurrencia no sólo de alumnos de la escuela sino de médicos ya recibidos que admiraban al orador y recibían gustosos sus enseñanzas; y conste que en éstas vaciaba primordialmente, aun cuando quizá sin proponérselo él mismo, las lecciones de su propia vida profesional, lo que había aprendido al calor de sus convicciones de médico honrado, de ferviente católico, de hombre consciente de su responsabilidad, que transitó su vida por una línea recta, por la que cruzaba sereno a pesar de los obstáculos del camino.

Con frecuencia incluía en sus pláticas la caridad profesional, en lo que al ejercicio de la medicina se refiere, ya que él mismo era un ejemplo viviente de ella. Gustaba de imbuir en los que le escuchaban, los hermosos sentimientos que el alma experta en cuando se hace el bien a los necesitados y los humildes.

Enseñaba con el ejemplo, y con él convencía; despertaba en su auditorio los deseos de seguir la senda por la que él se había lanzado desde el inicio de sus tareas de médico que siguió hasta el final de ellas. Su elocuencia en estos casos estaba puesta al servicio de la mejor de las causas: formar médicos de conducta honesta e irreprochable, que dieran lustre a su profesión, a su escuela y a sí mismos.

Sus labores de investigación científica quedaron condensadas en los numerosos trabajos de esta índole que escribió y que fueron presentados a las sociedades médicas de las que formó parte, y a los diversos congresos médicos nacionales y extranjeros en los que participó.

Entre las primeras cabe mencionar la Sociedad Filoiátrica Mexicana, la Sociedad "Pedro Escobedo", la de Medicina Interna, la Academia Nacional de Medicina, la Asociación Médica Mexicana, y las Academias de Medicina de Lima, Perú y de Río de Janeiro, Brasil.

Entre los segundos hay que citar el 20. Congreso Panamericano celebrado en México en 1897; Congreso Internacional de Medicina celebrado en Roma en 1900; Congreso Internacional de Medicina y Cirugía reunido en París en el mismo año; los de la *American Public Health Association* ocurridos en Kansas, Chicago, Montreal, Denver, Ottawa, Buffalo y la Habana; los Congresos Nacionales reunidos en México, San Luis Potosí y Puebla. Y el 40. Congreso Pan-latino-americano de Medicina y Cirugía, celebrado en Montevideo.

Entre los numerosos trabajos científicos salidos de su pluma, conviene mencionar los siguientes: "Formas de la gripe en México y su tratamiento"; "Casos en que debe combatirse la fiebre"; "Estudios sobre la historia de la Fiebre amarilla en las costas del Golfo de México"; "Invasión de la ciudad de Córdoba por la Fiebre amarilla"; "Septicemias puerperales"; "Tuberculosis en las costas del Golfo de México"; "Piretología en las costas del Golfo de México"; "Toxi y sueroterapia en sus relaciones con el tratamiento de los tumores malignos"; "La higiene en México"; "Los fermentos metálicos en la terapéutica"; "La declaración obligatoria de la Tuberculosis"; "El clorhidrato de emetina"; "Algunas

consideraciones acerca de la profilaxis" y "Tratamiento del tifo exantemático".

En los diversos actos científicos y sociales en que participó, siempre hizo gala de sus grandes dotes de orador, modelo de inspiración y elocuencia, cualidades ambas que hacían de sus discursos piezas literarias llenas de enjundia y de sabor que eran disfrutadas con placer por todos sus oyentes.

Ya hice referencia a lo sucedido en España, cuando el doctor Mendizabal asistió como delegado de México al Centenario de las Cortes de Cádiz; ahora voy a comentar brevemente algunas otras alocuciones suyas.

En la que pronunció en la solemne distribución de premios a los alumnos del Colegio de San Luis Gonzaga, en Orizaba, en 1884, en la cual ensalzaba las atenciones del Gobierno al ramo de Instrucción Pública, decía lo siguiente:

"Nuestras escuelas se han venido multiplicando sin cesar y aunque su luz benéfica diste mucho de haberse difundido hasta el grado de alumbrar el más oscuro rincón de nuestro verde territorio, si no se ha hecho todo, se ha hecho bastante, sin embargo. La verdad en su lugar y la justicia manda proclamar esta verdad".

Pero inconforme su espíritu de creyente con la enseñanza laica impartida en dichas escuelas, comenta con amargura: "Dijo Marceau que cada escuela más, debía ser una cárcel menos, y decidme Sres. este concepto sentencioso que tiene sobrada razón de ser ¿ha tenido verificativo entre nosotros? Hojead los diarios de la República, recorred la historia del crimen y os convencereis de lo contrario. Los crímenes se refinan día a día y los criminales aumentan con espanto nuestro y con escándalo del mundo; nuestro nivel moral baja sin cesar y Dios sabe dónde se detendrá".

"Tenemos muchas más escuelas que quince años atrás, y muchos más criminales y más cárceles que entonces...". Y más adelante, "Es verdad que nuestras escuelas se han multiplicado extraordinariamente, pero no son esas escuelas que enseñan a creer, a esperar, a obedecer y a respetar, y por lo tanto a amar, no, todos estos elementos fundamentales del orden social han quedado eliminados del programa. Y con tales semillas ¿debemos de admirarnos de que se conculquen los derechos, se desprecien los deberes y se rompan los vínculos sociales? No, por cierto, ni de que se encienda la discordia en el seno del hogar y se degraden los hombres, enervando sus más grandes facultades y ahogando sus más nobles sentimientos".

Si tales conceptos externaba Don Gregorio años atrás, ¿cuál pudiera ser su pensamiento en los trágicos momentos que vive el mundo en la actualidad? ¿Qué diría de la decadencia de la enseñanza en todas las escuelas a partir de la primaria, donde los conocimientos que se imparten son deficientes, donde la disciplina brilla por su ausencia, donde el respeto de los alumnos para el profesor ha desaparecido del todo, y donde el aprovechamiento se estima no por el aprendizaje de los educandos sino por la influencia de sus progenitores?

¿Qué opinaría de la carencia de educación existente en todos los planteles, que abarca lo mismo al profesor que a los discípulos? A este respecto ¿no ha habido en tiempos recientes, un maestro de escuela primaria que se presente en su clase mostrando una enorme pistola al cinto, quizá como atributo de su valor y de su saber? ¿Cuál será su parecer acerca de un grupo de maestros de quienes se han quejado los padres de los escolares en términos airados, a la Secretaría de Educación Pública, diciendo entre otras cosas lo siguiente: "¿Quién se atreve a confiar la educación de sus hijos a un grupo de maestros que son perversos, descuidados, intrigantes, argüenderos, y, para colmo, borrachos y ladrones?

¿Qué pensaría del artículo 3º. consagrado a la enseñanza, que tan combatido ha sido por todos los mexicanos conscientes de sus deberes para sus hijos, a pesar de lo cual sigue siendo sostenido contra la voluntad de la mayor parte de ellos?

¿Cómo juzgaría esta sociedad nuestra en que ausentes de cultura y de educación, los individuos carecen de freno para dominar sus pasiones y moderar sus vicios y degradan a sus mujeres y a sus hijos, sembrando la desunión en los hogares y fomentando las uniones libres que han traído consigo la dilusión de los más caros vínculos y afectos? ¿Qué diría de esos niños abandonados por sus padres a los cuatro vientos de la miseria y del crimen, y que a cada momento la población de las prisiones y de los sitios legación?

Si en la época del doctor Mendizábal había muchas escuelas para los niños de entonces, en la nuestra su número se ha centuplicado, el gobierno y el pueblo se enorgullecen con justicia de este progreso material que todos reconocemos; pero ¿ha disminuido paralelamente la criminalidad y la disolución de las costumbres en relación con lo que ocurría en el siglo pasado? No, a la verdad, y a toda la sociedad se siente amenazada por los desmanes de los malhechores que se multiplican a la par que las

esuelas aumenta, como si en éstas se enseñaran los preceptos de la mala conducta y la manera correcta de transgredir la ley y vivir al margen de ella, en vez de ser el origen de la bondad y recta conducta de los ciudadanos.

¿Y qué pensaría del consentimiento que la Ley y los gobiernos tienen para estos seres apartados del bien obrar, a quienes se protege a todo trance echando mano de las múltiples chicanadas al alcance de los juristas, en vez de aplicar la majestad de la justicia para defender a los buenos de las amenazas de los malos?

Tal parece que el doctor Mendizábal tuvo profecías de iluminado en los tiempos en que esternó su parecer, que a través de años adivinó lo que habría de ocurrir, y quiso prevenirnos contra los males que ahora nos dominan con el verbo de su palabra, ya que no con la eficacia de quien tuviera en sus manos los destinos del futuro.

De otro discurso suyo que pronunció al celebrarse las bodas de oro de la Academia Nacional de Medicina, tomo las siguientes palabras con que el doctor Mendizábal ensalzó la labor de los maestros hasta entonces desaparecidos: "Nuestros maestros daban generosamente la limosna de su ciencia y de su tiempo a los pobres, porque para ellos el que sufría era hermano por la noble fraternidad del dolor y de la esperanza. Si era un desgraciado, en los harapos de su miseria reconocían en él el carácter indeleble de su origen celeste; siempre buscaban y encontraban en el barro humano el principio inmortal que le anima y transfigura, siempre llevaban en el corazón inflamado un fuego capaz de fundir los ventisqueros de nuestros volcanes. Siempre procuraban dar un amigo al desgraciado para poderle dar enseguida un médico al paciente, y por doquiera que el arte los llevaba, ejercían un apostolado moral de lenta, a veces, pero siempre de segura acción, capaz de producir una influencia poderosa y benéfica en la sociedad".

"En el médico creyente el corazón será el norte de la inteligencia, la piedad y el deber le llevarán más lejos que la vanidad y el orgullo; no trabajará *ni pro fame ni pro fama*, porque para él ni el hambre ni la ambición de renombre, serán jamás las musas de la ciencia de los sufrimientos humanos".

¡Qué digno discípulo de aquellos maestros por él ensalzados!, ¡cómo asimiló sus enseñanzas y sus ejemplos para ajustar a ellos la conducta de toda su vida en el ejercicio de su profesión!.. ¡Cómo aprendió y puso en práctica la severidad de su conducta

pública y privada, la rectitud de su conciencia, el desvelo y la preocupación por la salud de sus enfermos, la bondad de su actuación en todos los casos, procurando llevarles siempre la plenitud del saber, la delicadeza del arte de curar y el consuelo en su sufriri !Cómo supo poner en todas las ocasiones "una gota de miel en los bordes de la amarga copa del dolor que debe restituir la salud y prolongar la vida", para copiar fielmente sus palabras!

La misión del médico entendida a través de sus prédicas y ejemplificada en su práctica diaria, era la clásica misión del apostolado, de la renunciación del yo personal en aras del bien de los demás, era el sacrificio consciente del bienestar de uno mismo como ofrenda espiritual a los sufrimientos y a las penas de aquellos a quienes tortura el dolor y acecha la muerte; y a librarlos de ellos consagró siempre su existencia en aras de esa vocación casi divina que debería ser como una profesión de fe para todos los médicos, recibir su título profesional.

¡Por algo su nombre no se ha olvidado entre nosotros, lo recogió la posteridad como el de uno de tantos benefactores que en el mundo han sido, oscuros y callados durante su vida, pero llenos de majestad y resplandecientes después de su muerte!

En otra ocasión, hablando ante los miembros del V Congreso Médico Nacional reunido en Puebla, decía lo siguiente:

"No son los médicos que más curan las grandes luminarias, ni las lumbreras, muy útiles por cierto para dar un buen consejo, para orientar un tratamiento y para ensanchar los dominios de la ciencia. Los médicos que más curan son los que saben lo que deben, los que saben también confesar honradamente su ignorancia, y gozan del privilegio de saber mover a su antojo el alma humana; los que saben reanimar las esperanzas, los que llevan la calma a la imaginación perturbada del que sufre, además del díctamo de la ciencia que algunas veces cura, el bálsamo del consuelo que siempre alivia; los que saben que la medicina no es solamente la ciencia de curar, sino la de compadecer a los hombres, quienes, despojados de las brillantes quimeras de la vida, quedan reducidos a una especie de capacidad misteriosa para el dolor; los que saben, en una palabra, ... comulgar con los dolores ajenos".

Véase cómo, a través de los años y en el curso de su larga vida consagrada al noble arte de curar, su psicología no experimentó variación alguna; aprendió en 109 años mozos de su carrera que el médico debe hacer abstracción de sí mismo en ejercicio de su arte y acudir presto al llamado de los que han menester de su

auxilio; que a la cabecera del enfermo ha de llevar siempre el beneficio del saber, pero también la virtud de consolar; que habrá de identificarse en múltiples ocasiones con el dolor de los que sufren, en aras de esa compasión espiritual por ellos que es la verdadera caridad; que muchas veces les producirá mayor bien confortando su ánimo y exaltando las potencias normales de su ser, que administrando alguna cosa que calma el cuerpo pero deja lacerada el alma; que ganar el corazón de sus pacientes por el amor y el sacrificio, es más meritorio que mostrar ante ellos la frialdad de la sabiduría o la indiferencia de la superioridad de que algunos hacen gala, olvidando en la ostentación de su orgullo, que el que sufre es un ser humano dotado de una alma sensible a los más nobles afectos y sentimientos que anidan en el corazón de los verdaderos médicos.

Estas virtudes que se complacía en reconocer en los demás, las atesoraba en sí mismo en grado extremo, y las llevaba constantemente a la práctica con toda naturalidad, con el hábito medular del bien obrar que fue siempre su divisa, derramando a cada paso su saber y su bondad y recibiendo en cambio las bendiciones de todos aquellos a quienes aminoraba sus sufrimientos físicos y sus dolores morales.

Desde otro punto de vista los pensamientos del doctor Mendizábal estaban siempre fijos en los médicos; desde mucho tiempo atrás acariciaba la idea de fundar en México un lugar de reunión de los profesantes de la medicina en donde estos tuviesen motivos de esparcimiento después de la tarea diaria, donde hubiese un salón de junta para cambios de impresiones bien sobre temas de orden científico, ya sobre tópicos de orden social; donde las familias de los médicos tuviesen ocasión de conocerse y de tratarse para establecer vínculos entre ellas, para crear afectos, para estrecharlos más tarde; un sitio, donde al calor de la charla y del buen humor se olviden un poco las penas del duro bregar y se estableciesen lazos de simpatía entre todos los componentes del conglomerado profesional en donde la vejez desolada de los médicos encontrase abrigo y calor, y aun ayuda material ante los embates de la enfermedad y ante el espectro de la miseria y la muerte.

Tal fue uno de los propósitos que alentaron a los fundadores de la Asociación Médica Mexicana de la cual el doctor Mendizábal fue Presidente Honorario, y en el seno de la cual pugnó porque se llevasen a la práctica muchos de los beneficios de orden social que flotaban en las mentes de todos los médicos.

Desgraciadamente no era tiempo aún de que esos deseos se convirtieran en realidades, y aunque se pusieron los cimientos de muchos buenos propósitos, pasaron largos años antes de que comenzaran a verse algunos de los frutos esperados.

La Asociación Médica Mexicana desapareció, y fue sustituida por los Sindicatos de Médicos que florecieron primero en los estados de la República y más tarde llegaron a la Capital. Fue necesario el empeño de sus diversos cuerpos directivos para que la idea sindicalista prosperara entre los médicos, y al entusiasmo de dichos y al convencimiento que los anima de la bondad de su programa de acción, se ha debido que principien a convertirse en hechos los proyectos del pasado. Y es así como no hace mucho surgió la Casa del Médico que ha venido a llenar los fines que antaño parecían solo idealismos de las mentes soñadoras y un poco apartadas de las frías épocas que nos ha tocado vivir.

Ha sido así también, como los médicos de ahora han venido a cumplir con aquella herencia de bondad y de desprendimiento que anidaba en el pecho de aquel precursor de estas modestas realidades, que más tarde multiplicarán sus frutos para hacer partícipes de ellos a todos los médicos. Éstos bendecirán a unos y a otros; a los soñadores y a los prácticos, a los idealistas y a los realizadores, porque a todos ha animado siempre el deseo ferviente de trabajar, no para sí mismos sino para beneficio de todos los miembros del Cuerpo médico nacional.

Pasaron los años y a pesar de ellos su actividad médica no desmayó; constantemente lo vimos cruzar la ciudad con rumbo a los diversos sitios que requerían su presencia; al Hospital Juárez donde sus alumnos de Clínica le esperaban todas las mañanas; a la Escuela de Medicina donde otros grupos de estudiantes asistieron a escuchar su docta y elegante palabra; o bien visitando a sus enfermos que confiaban en él, ahora como antes; es decir, con la fe puesta en sus conocimientos y en su experiencia; o bien, atendiendo a sus pacientes en su consultorio, donde su trabajo era arduo y muchas veces poco remunerado, porque la caridad conque siempre ejerció su profesión tenía el más amplio campo de ejercitarse entre los clientes de su consulta particular, ya que a muchos los atendía gratuitamente, a no pocos aparte de la consulta les daba una ayuda pecunaria para su medicina y para sus alimentos ("ponía sobre el escritorio un tenatito con moneda fraccionaria para este objeto", dice uno de sus biógrafos, convirtiéndose así en benefactor de mucha gente menesterosa y en un acreedor a las mercedes que el cielo dis-

pensa a quienes esta sierra siembran con sus actos y sus virtudes, para cosechar el más allá.

No fue sino poco tiempo antes de su fin, en edad muy avanzada, cuando se vio obligado a suspender sus labores y recluirse en su hogar para atender a su enfermedad última.

La pena que sus familiares tuvieron en esta época aciaga fue compartida por todos sus pacientes, amigos, todos los miembros del Cuerpo médico mexicano que veían en él un ejemplo que imitar, un exponente de las virtudes personales y profesionales más austeras, paradigma del deber; hombre bondadoso y amable que pasó por el mundo haciendo el bien, conquistando afectos y voluntades con aquella simpatía suya que irradiaba de su rostro tranquilo y sereno, de la conciencia limpia de su hombría de bien.

Cuando hubo cruzado las fronteras de esta vida terrenal un hecho asombroso, (que ha sido referido bellamente en un opúsculo titulado "Tres veracruzanos", por Don Gabriel Cházaro), conmovió hasta las lágrimas a todos los circunstantes que acompañaban su cadáver al iniciarse su traslado al panteón.

Tenía Don Gregorio la costumbre de subir a la azotea de su casa todos los días después de comer, para alimentar por su propia mano a centenares de palomas que tenían sus nidos en los edificios cercanos, y hasta algunos de mayor lejanía, éstas le conocían muy bien y tan pronto le veían aparecer volaban en parvadas para recibir el maíz que su propia mano les prodigaba; algunas se posaban en sus hombros y las más aleteaban gozosas en torno a su persona.

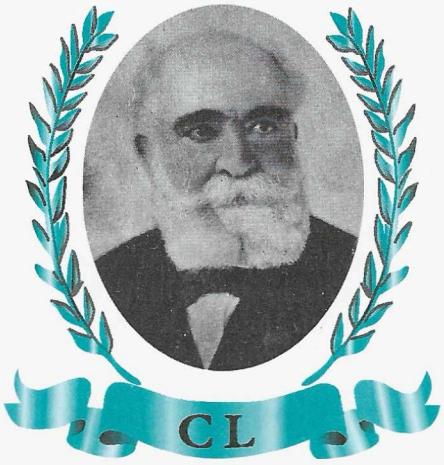
Cuando ocurrió su muerte, mientras su cuerpo era descendido por la escalera de su casa, escuchamos de pronto "un extraño estremecimiento de alas, todos los centenares de palomas a las cuales él acostumbraba alimentar vinieron a posarse en las cornisas de la casa, en los marcos de las ventanas, en las en los aleros del tejado, y en todos los sitios disponibles para ellas a fin de participar con su presencia en el acto luctuoso que se llevaba a cabo, en medio de un silencio respetado no sólo de los dolientes sino también de los animalitos que probablemente compartían aquella pena general; se desprendieron dos de ellas volando hacia abajo, hacia el ataúd que descendía, vinieron a posarse sobre él, acompañaron así al cuerpo inanimado de Don Gregorio hasta la puerta de la calle; una vez ahí se separaron del sitio que ocupaban, seguidas de sus compañeras que habían asistido a momentos tan solemnes, volaron a sus nidos, tras haber rendido

homenaje al más caro de sus amigos, a quien habían despedido para no volver a verle jamás.

¡Qué hermoso espectáculo para los corazones humanos que tuvieron ocasión de presenciarlo!, qué bello ejemplo de agradecimiento, de amor, ofrecido a la inteligencia cultivada del hombre que muchas veces ignora el significado de esa bella palabra, gratitud, ¡qué sublime recuerdo para sus postreros, que veían a su progenitor tan hondamente amado de todos!, aún de aquellos pequeños seres irracionales, interpretando este hecho en su sentido humano y moral, cabe afirmar.

¡Qué magnífica herencia de virtud y bondad ha de haber inundado los espíritus de sus descendientes, calmando un poco su honda pena y trayendo a sus mentes el recuerdo inefable de que "morir en esta vida, cuando se muere en paz con Dios y con los hombres, no es morir, sino comenzar a vivir!".

Jesús Arroyo



Alberto López Hermosa

La Academia Nacional de Medicina enluta nuevamente las páginas de su órgano oficial, lamentando la pérdida de uno de sus miembros más distinguidos, el señor doctor Alberto López Hermosa, acaecida el día 6 del mes en curso.

Como testimonio de la condolencia de la Corporación, su Secretario Anual, el señor doctor don Luis S. Viramontes, pronunció la sentida oración fúnebre que en seguida insertamos.

Señores:

Una vez más la Academia N. de Medicina prende los crespones funerarios sobre su emblema; de nuevo nos congregamos al borde de esta fosa para despedir los despojos mortales del que fuera académico distinguido, culto y laborioso, que casi en las postrimerías de su vida mandaba aún su tributo a nuestra H. Corporación,

El señor doctor don Alberto López Hermosa ha caído en plena labor: la muerte le ha herido arteramente encontrándole aún de pie, de él podría decirse que trabajaba como si fuera a vivir para siempre.

Médico honorabilísimo, vaciado aún en los antiguos moldes, pues fue siempre un médico cristiano; también fue maestro de prestigio, modelo de caballeros, padre ejemplar y miembro social merecedor de alta estimación.

En los últimos años de su vida docente supo también de amarguras y de injusticias, porque la marejada de las pasiones

políticas que todo lo alcanza, le derribó de su sitial de maestro que había sabido conquistarse.

La Academia N. de Medicina me encarga que deposite sobre esta tumba abierta para guardar tus venerables despojos, una corona de siemprevivas, porque supiste, oh maestro, cumplir tu misión como los buenos.

Ya tú has traspuesto los dinteles de bronce de la eternidad y vas a dormir tu eterno sueño bajo la sombra de la Cruz de Cristo... Tu recuerdo vivirá siempre en la memoria de los que te quisimos y respetamos.

Descansa en paz en el seno del Señor.

Luis S. Viramontes

Julián Villarreal

Elogio del doctor Julián Villarreal por el Dr. Alfonso Pruneda, Secretario Perpetuo de la Academia N. de Medicina.

En el año académico que va finalizando nuestra corporación se ha visto privada de algunos de sus miembros más distinguidos; pero, quizás, ninguna pérdida haya sido más lamentable que la que sufrió con la muerte del insigne cirujano cuya memoria honramos en esta noche. Es que su actuación en el seno de nuestra Academia fue siempre ejemplar y pasará mucho tiempo, seguramente, para que nos acostumbremos a no tenerlo entre nosotros y a no escuchar de sus labios el apreciado mensaje de su ciencia y de su experiencia.

Don Julián Villarreal nació en la ciudad de Saltillo, Coahuila, el 20 de abril de 1869, y fue hijo de don Lucas Villarreal y de Sofía Ángela Pérez de Villarreal. Hizo sus estudios preparatorios en el Colegio Civil de Monterrey; los terminó en 1887 y al año siguiente ingresó a nuestra Escuela Nacional de Medicina, donde, según el dicho de sus maestros, que mucho lo apreciaron, hizo notable carrera, obteniendo brillantes calificaciones en todos sus exámenes parciales. Se le tenía, con justicia, como uno de los alumnos más distinguidos y por eso tuvo la oportunidad de ser practicante del Hospital Béistegui, en el servicio del eminente cirujano y severo catedrático D. Francisco de P. Chacón. Sustentó examen profesional en los días 30 y 31 de agosto de 1893.

Fue médico del Hospital Morelos, del Hospital González de Monterrey y director competentísimo del Hospital Ginecológico

Valdivieso, en el que realizó una obra quirúrgica de primer orden que hizo de su clínica privada una de las más concurridas de la capital. Obra igualmente meritisíma realizó en el Hospital de la Cruz Roja, del que fue también director de 1911 a la fecha de su muerte.

Jefe de trabajos anatómicos de la Escuela Nacional de Medicina en 1894, estuvo alejado de ella hasta 1913, en que fue nombrado su director y profesor de clínica quirúrgica, cargos que desempeñó durante un año escaso, a causa de las contingencias políticas de entonces.

Afecto a los viajes y con recursos para llevarlos a cabo, estuvo varias veces en Europa y Estados Unidos, haciendo estudios de cirugía y de ginecología en los hospitales de París, Viena y Berlín. Representó a México en diversos congresos médicos. A fines del Gobierno del General Díaz y durante la administración del Presidente Madero fue diputado al Congreso de la Unión.

Honró diversas corporaciones con su colaboración. Fue miembro distinguido de la Sociedad Médico-Quirúrgica del Hospital General, de la Academia Mexicana de Cirugía, de la Asociación Médica Mexicana, de la Asociación Médica Franco-Mexicana, de la Agrupación Cultural de Acción Social, de la Academia Nacional de Ciencias Antonio Álzate, de la Academia Nacional de Medicina, de la Asociación Internacional de Profilaxis de la Ceguera y del Colegio Americano de Cirujanos; secretario general y más tarde, hasta su muerte, vicepresidente de la Asociación Mexicana de la Cruz Roja; fundador, vicepresidente y presidente de la Asociación Mexicana para combatir el Cáncer; miembro honorario de la Sociedad Médica del Hospital Morelos; vicepresidente de la Sociedad Mexicana de Radiología; presidente de la Convención de Higiene; vocal del VI Congreso Médico Mexicano reunido en Monterrey en 1929; presidente de la Sección de Higiene y ponente de la lucha contra el cáncer en el VII Congreso Médico Latino-Americano de 1930.

En 1898 se casó con la señorita Emilia González Cosío, dama distinguidísima, que por tantos años fuera su muy amada compañera, y de esa feliz unión nacieron tres hijos: Josefina, Héctor y Jorge. Murió en esta capital el 20 de noviembre de 1934, a los 64 años y 7 meses de edad, después de larga y penosa dolencia, causando su fallecimiento verdadera consternación y muy sln-cero pesar en la sociedad mexicana, en nuestro medio médico y en las innumerables personas que habían recibido su asistencia.

Don Julián Villarreal fue, sin discusión, uno de los cirujanos de México que más honra han dado a la profesión. Según la ati-

nada frase del Dr. Castañeda, "la historia de la cirugía en México no podría escribirse sin él". Con don Fernando López y el Dr. Pagenstecher fue el introductor de la asepsia quirúrgica en México; abriendo, como se ha dicho, la nueva era de la cirugía, cuya etapa anterior cerrara don Rafael Lavista. Operador hábil y concienzudo, estaba siempre al tanto de las nuevas técnicas que, en más de una ocasión, modificara satisfactoriamente. Progresista pero cauto; exigente y muchas veces severo en sus opiniones y juicios tenía el rigor lógico de otros maestros mexicanos y, como él mismo decía, gustaba de tocar lo cierto como cierto y lo dudoso como dudoso. Fue de los primeros que practicaron entre nosotros la anestesia raquídea, la regional y la por infiltración, para las grandes operaciones abdominales, en las que pronto se distinguió. Valiente en sus procedimientos, también fue de los que primero hicieron levantar tempranamente a las operadas de vientre. En sus dos memorias que presentó a nuestra Academia, para ingresar a ella, pueden leerse los siguientes conceptos, que son, en realidad, un verdadero programa quirurgico: "Es necesario no ser sistemático y las operaciones, como los métodos terapéuticos, deben satisfacer determinadas indicaciones". En uno de esos importantes trabajos el Dr. Villarreal decía que había tenido en cuenta lo que, con justicia, consideraba fundamental en todo acto quirúrgico: la asepsia y la antisepsia; el conocimiento de la anatomía regional, normal y patológica, el uso de un procedimiento operatorio seguro y fácil de aplicar y el conocimiento de la fisiología de la cicatrización y del funcionamiento de las paredes del vientre. En la misma memoria para optar a la plaza vacante añadía: "En este trabajo sólo me he sentido atraído por el esclarecimiento de la verdad; el conseguirlo es el colmo de mis aspiraciones". Y, para completar en lo moral, el esbozo de la personalidad del que se dedique a la cirugía, agregaba: "Ojalá y siempre los cirujanos tuvieran en cuenta el bien de sus clientes y no el suyo propio, traducido por un deseo inmoderado de fama, cuando no de metálico". Conceptos todos que, en lo futuro, habrán de servirle como norma general de su actividad profesional y quirúrgica.

Por breve tiempo estuvo relacionado con la enseñanza médica oficial; no obstante eso, se distinguió en nuestra Escuela de Medicina, como director estricto y puntual, que fundó la clínica de los tumores y la cátedra de fisioterapia, que se preocupó de la formación de un horario que estuviera al servicio de los intereses de los alumnos y no de los profesores y que hiciera compa-

tibles el estudio y la práctica hospitalaria, y que también dedicó su atención al mejoramiento material del establecimiento.

Mas no necesitó de la cátedra universitaria para enseñar y educar. En los diversos hospitales que honró con su colaboración, fue un verdadero maestro, que daba a conocer a los jóvenes médicos y a los estudiantes que tenían oportunidad de estar cerca de él, los nuevos métodos y procedimientos y las modificaciones que introducía en ellos; que les aconsejaba, en los últimos años paternalmente, de acuerdo con su amplia cultura y su vasta experiencia, y que, en muchos casos, les hacía participar activamente en las intervenciones dejándolas completamente en sus manos cuando los consideraba dignos de ello. Los que tuvieron la fortuna de verle operar, de operar con él y de seguirle en su visita diaria de hospital, saben bien cuánto le deben y lo recordarán siempre como maestro indiscutible.

El doctor Villarreal dedicó especial atención durante su práctica quirúrgica al complejo y difícil problema del cáncer. Convencido de la utilidad de la intervención sangrante cuando es oportuna y completa, la llevó a cabo con éxito en numerosos casos, que acrecentaron su prestigio profesional. Pero no se limitó a la cirugía de los tumores; fue de los primeros, si no el primero, que se interesó en México por el radio; adquiría alguna cantidad de tan precioso metal que usó con singular cautela y con indicaciones precisas, tanto en su práctica privada como en el servicio del Hospital de la Cruz Roja donde fueron muchos los beneficiados por su saber, su experiencia y altruismo. Para extender más esos beneficios y para que pudieran hacerse estudios sistematizados sobre los diversos aspectos del problema del cáncer con todos los elementos materiales, científicos y clínicos que se requieren, había proyectado el Instituto Mexicano del Cáncer, para el que contó con la simpatía del Presidente Ortiz Rubio, pero que no pudo siquiera iniciar por diversas circunstancias, entre ellas su larga enfermedad. Es de desearse que, como el que habla lo pidió cerca de la tumba del Dr. Villarreal, la Junta de la Beneficencia Pública recoja cuanto antes esa idea y procure su pronta realización, para honroso recuerdo de su iniciador y beneficio de los que sufren tan terrible mal.

Si la obra médica y docente del Dr. Villarreal fue en verdad importante, no lo fue menos la obra social y humanitaria que por largos años realizó en la benemérita institución de la Cruz Roja Mexicana, a la que consagró, con ejemplar constancia y acendrado cariño, buena parte de su actividad. Sus valiosas su-

gestiones médicas, sus extensas relacionas sociales y sus atinados consejos humanitarios, mucho sirvieron para la orientación y el desarrollo de la obra patriótica que realiza esa nobilísima agrupación. Nunca habrá de olvidarse la parte tan importante que tomó en el proyecto y construcción del nuevo hospital, en una de cuyas salas recibiera el postrer homenaje. Por esa obra social y humanitaria mereció el siguiente elogio aparecido en el "Boletín de la Liga de las sociedades de la Cruz Roja", que se publica en París: "La familia universal de la Cruz Roja pierde otra figura prócer. El Dr. Villarreal deja al morir una estela luminosa de bien, un ejemplo insigne que imitar, un nombre venerado en su patria, respetado y admirado en el extranjero. La Liga comparte el duelo de la Cruz Roja Mexicana por la desaparición del Dr. Villarreal, cuyo recuerdo vivirá eternamente en el corazón de todos los que laboramos por la causa que tanto dignificó el extinto con sus virtudes".

Con mayor afecto se le conservará, seguramente, en esta Academia, que por 35 años contó con la muy apreciada colaboración de nuestro ilustre colega. Como resultado de la convocatoria expedída el 10. de noviembre de 1898, para cubrir un sillón vacante en la sección de ginecología presentaron su candidatura los Dres. Francisco Altamira, Ricardo Suárez Gamboa y Julián Villarreal; versando la memoria escrita por este señor sobre el tema: "Manera de practicar la histerectomía abdominal total o supravaginal en las afecciones neoplásicas de la matriz o de los anexos; en fondo de Douglas estando libre o adherente". La discusión de esas candidaturas fue particularmente difícil; el jurado estuvo compuesto de los académicos Dres. Francisco de P. Chacón, Francisco de P. Hurtado y Alberto López Hermosa y, después de presentarse tres dictámenes distintos y hacerse tres votaciones sucesivas, se concedió la plaza vacante al Dr. Suárez Gamboa; no sin que, en el voto particular del Maestro Chacón, se leyeran estas palabras que revelan claramente la situación existente: "Debimos haber tratado de investigar cuál de estos tres jóvenes, llenos de mérito todos, era el más digno de la plaza, no cuál tenía más defectos en que poderse cebar", y, después de censurar tan poco noble proceder, se agregaba: "Los que saben se ausentarán; los medianos o nulos acudirán por otros medios que el mérito personal o de sus escritos". Ambiente y procedimientos injustamente apasionados que, por desgracia, más de una vez se presentaron en nuestra corporación.

Expedida nueva convocatoria el 1 de febrero de 1899, el Dr. Villarreal se presentó como candidato único con un estudio so-

bre "Tratamiento de los prolapsos genitales fundado en su patogenia"; el jurado, formado por los académicos Sres. Hurtado y Suárez Gamboa, dictaminó el 24 de mayo siguiente que el candidato "es acreedor a que se le acepte como socio titular de la corporación", y nuestro eminente colega presentó en julio del mismo año su memoria de ingreso titulada: "Dos casos de histerectomía supravaginal, abdominal; método de pedículo intraperitoneal; modificación del procedimiento de Schroeder. Éxito".

De esa lejana fecha data la colaboración académica que el Dr. Villarreal prestara con ejemplar puntualidad y constante entusiasmo. Además de dos dictámenes en que tomó parte y de una respuesta dada al trabajo del Dr. Reyes, se le deben 22 trabajos reglamentarios y extraordinarios y más de 30 comunicaciones verbales, acompañados muchos de ellos de la presentación de enfermos o de piezas anatómicas. Entre los importantes temas que trató, pueden señalarse los siguientes: histerectomía; esplenectomía (1899); raquianestesia (1901), cáncer uterino; modificaciones a la raquianestesia y aplicaciones a la cirugía ginecológica; laparatomías, quistes del ovario, fibromiomas adenocarcinomas uterinos, resección gastropilórica, cáncer tratado por alta frecuencia, rayos X y radio (1926); cáncer de la laringe, resección arterial, anestesia por infiltración por tumor grande en la región glútea; inconveniente de la radioterapia y de la radiumterapia, etc. Sus trabajos escritos y sus comunicaciones se refieren en la gran mayoría de casos, a su experiencia personal; en ellos hace mención de técnicas suyas o modificadas por él; desde su primera memoria hace hincapié en la "originalidad" de su proceder; en más de una ocasión se revela como un verdadero innovador, poco afecto a hacer citas prolijas de otros autores y a amplificar sus trabajos con largas bibliografías. Desde 1927 casi no presenta estudios escritos pero trae a la Academia numerosas comunicaciones verbales que pueden ser consideradas como verdaderos trabajos. Sus ocupaciones no le dejan tiempo de escribir o quizás no gustaba mucho de hacerlo. En todo caso, lo que de un modo o de otro relata, siempre es interesante y refleja bien su personalidad humana y quirúrgica.

Excepcionalmente puntual a nuestras sesiones, tomaba parte siempre en las discusiones relativas a temas de cirugía, en las que daba a conocer puntos de vista Interesantes. Su crítica era casi siempre exacta, a veces severa pero nunca descortés; en ocasiones se exaltaba un poco y no era raro que aprovechara la ocasión para aconsejar prudentemente a los jóvenes ciruja-

nos; demostraba estar al tanto de las novedades, pero las aceptaba con prudencia; más de una vez hizo patente que tenía más confianza en los datos de la clínica pura que en los del laboratorio, sin que llegara a despreciar estos; reglamentarista estricto, su actitud académica fue, por lo general, conservadora, por más que en ocasiones diversas se manifestara de acuerdo con las nuevas tendencias y los propósitos renovadores de nuestra Compañía. De ella fue presidente en 1910-1911, pero habiendo pedido licencia en junio de 1911, le sucede el vicepresidente Dr. Demetrio Mejía, quien pronuncia, en lugar suyo, el discurso inaugural en octubre del propio año.

Las cualidades de cortesía, de caballerosidad y de prestanza social que granjearon merecidamente a nuestro Ilustre colega, la simpatía y el respeto a la Academia, le dieron un lugar prominente en la sociedad mexicana. Sus clientes acomodados, lo mismo que los enfermos pobres a quienes atendía con igual solicitud, le tuvieron siempre singular estimación y le guardaron gratitud cordial. Ambas se revelaron con excepcional elocuencia en los funerales, que constituyeron una imponente y desusada manifestación de afecto, de duelo y de respeto.

A ella se asoció, en tan triste oportunidad, la Academia Nacional de Medicina, que compartió entonces con las demás corporaciones médicas, científicas y sociales a que pertenecía nuestro eminente colega, el justo pesar que a todos embargaba. Ahora, que el tiempo ha pasado, tras el fatal cumplimiento de la inexorable ley biológica; después de haber cumplido un grato deber ensalzando y recordando brevemente lo que fue la meritoria vida y la obra ejemplar de ese prócer de la cirugía mexicana, celebremos que esa vida y esa obra se hayan realizado en buena parte en el seno de esta compañía, guardemos con respetuoso afecto la memoria de nuestro ilustre compañero y regocijemonos de que nuestro país sea capaz de producir médicos y ciudadanos de la talla insigne de don Julián Villarreal.

Alfonso Pruneda

José Ramírez

El 11 de abril de 1904, a las dos de la mañana, falleció en esta capital el Sr. Dr. D. José Ramírez, Socio titular de la Academia Nacional de Medicina y miembro de la sección de higiene y estadística médica.

El Sr. Ramírez, en pleno vigor de su edad y cuando se dedicaba con todo empeño, a importantes trabajos en el Consejo Superior de Salubridad, fue repentinamente atacado de una enfermedad penosa, y principiando ésta partió para París en comisión a un congreso. En aquella capital fue operado por el Dr. Albarrán sin éxito, y habiendo regresado a México, su mal fue agravándose hasta agotarlo.

La inhumación del cadáver tuvo lugar el día 12 en el panteón francés; ante él hablaron: por la Academia Nacional de Medicina, el Dr. Manuel S. Soriano; por el Consejo Superior de Salubridad, el Dr. Luis E. Ruiz; por el Instituto Médico Nacional, el Dr. Leopoldo Flores, y por sus amigos, el profesor Donaciano Morales.

Por la Academia Nacional de Medicina de México

Señores:

La Academia Nacional de Medicina me designó, en unión de mis compañeros comisionados, para que la represente en esta última despedida, y henos aquí cumpliendo con un deber penoso que inunda nuestros pechos de amargura, porque acompañamos en

su última jornada a aquél que nos acompañó en nuestras labores científicas. Deber ineludible, porque nuestra Corporación no puede persuadirse de que José Ramírez, aquel atleta para la labor de la ciencia, aquel cerebro de donde emergían tantas ideas fecundas, descanse inerte en un ataúd transformándose en ese laboratorio, y así como seguimos con la vista algo que se va sin poderlo alcanzar, así nosotros llegamos hasta el borde de esta fosa recién abierta, no queriendo creer que ella guardará lo que se nos escapa para siempre.

Pero, señores... ¿a quién pertenecen esos restos que bien pronto desaparecerán de nuestra vista? ¿Quién fue José Ramírez y cuál su valer para la ciencia y para la Patria?

Si tuviese tiempo, si fuese yo capaz para medir en toda su extensión el mérito del naturalista Ramírez; si pudiese en una hoja de papel aquilatar todo lo que pensó y todo lo que dejó escrito, necesitaría formar una obra que más tarde, con la fría calma y con el imparcial criterio del historiador, debieran codificar las sociedades científicas a las que Ramírez perteneció.

Los momentos son solemnes; aún nuestros pechos se agitan por el dolor; las lágrimas empañan nuestra vista; sentimos en nuestra alma todo el peso de la pérdida de un amigo querido, de un obrero cuyo lugar será ocupado difícilmente; como no se ha substituido a un Alfonso Herrera, ni se reemplazará a un Gumersindo Mendoza.

José Ramírez heredó un nombre ilustre; su cuna se meció al embate de las agitaciones políticas, por eso aprendió a luchar; pero separándose del credo de su familia se dedicó al estudio, escogiendo el camino que empezaban a recorrer nuestros naturalistas; en los archivos de la Sociedad de Historia Natural están sus trabajos: "La Naturaleza" dio cabida en sus páginas a los primeros estudios. Profundizó arduas cuestiones biológicas que revelaban su carácter analítico. Más tarde, en el Instituto Médico Nacional, en los Congresos americanos y europeos prosiguió sus estudios notables y laboriosos. Las noticias climatológicas de la República para la "Geografía Médica Mexicana", que asociado al Dr. Rodríguez Rivera se publicaron por el año de 1880, son un dechado de labor, de paciencia y de constancia para ser llevado a cabo, y tan interesante al Gobierno por los preciosos datos que encierra en pro de la inmigración.

En el Consejo Superior de Salubridad, como su Secretario, ¡cuán eminentes servicios ha prestado para implantar la higie-

ne, ciencia cuyos benéficos resultados se han palpado ya, no obstante estar en su cuna!

La Academia Nacional de Medicina en la Sección de Higiene, que me honro en presidir, hasta hace poco tiempo lo contó entre sus miembros: notabilísimo fue su trabajo de ingreso: después, sus labores del Consejo y su último viaje a Europa le impidieron compartirnos sus vastos conocimientos.

Los que tuvimos la fortuna de tratarlo pudimos estimar sus virtudes sociales; su prudencia, su energía inquebrantable, su honradez, su modestia; bajo un aspecto que lo hacía parecer adusto, guardaba un carácter amable y comunicativo.

Su hogar está desierto... Sólo quedó en él la bendita sombra que cobijará a sus huérfanos pequeños y a la virtuosa compañera de su vida. Sus restos mortales están ahí... decidles un último Adiós; su cariñosa memoria la escondemos en el pecho; ella es sagrada porque es la de un obrero de la Ciencia Nacional que trabajó por la Patria, por su progreso, por su buen nombre.

Descansa en paz.

Manuel S. Soriano

Ignacio Prieto

El señor doctor don Ignacio Prieto, decano de la sección de Patología y Terapéutica Quirúrgicas en la Academia Nacional de Medicina, dejó de existir el 16 del actual. Originario de León, Guanajuato, el desaparecido hizo sus estudios de instrucción primaria en la capital del estado, obteniendo el derecho de inscribirse en la secundaria de la capital del estado, obteniendo derecho de seguir en el Seminario Conciliar de León, donde cursando las asignaturas correspondientes, fue acreedor a los primeros premios y menciones honoríficas en las siguientes asignaturas que formaban en aquella época el plan de estudiantes avanzados del plantel en cuestión. Su dedicación en el estudio hizo que en dos años (1883-1885) terminara en la Escuela Nacional Preparatoria de la Ciudad de México los estudios que le prepararían su ingreso más tarde a la Facultad de Medicina, en donde principió su carrera el mismo año de 1885, terminándola en 1891, fecha en la que dedicó especial atención a la Pediatría y a la Ginecología debido a que carecía de la edad que entonces se requería para recibir el título profesional; su recepción, en consecuencia, no se efectuó sino hasta 1893 en que cumplió 21 años. Sus méritos como estudiante de medicina lo hicieron acreedor a que se le encomendara el cargo de preparador de una cátedra en la Facultad. Los primeros años de su vida profesional los dedicó al Servicio Ginecológico de la Beneficencia Pública, el que abandonó muchos años después para laborar en otros ramos. En 1896 fue nombrado Interno del Hospital de San Andrés y el año

1901 se presentó como candidato a una oposición para obtener la cátedra de Anatomía Microscópica de Histología en la Escuela Nacional de Medicina. De 1904 a 1906 fue nombrado Interno del Hospital de San Andrés y desempeñó el cargo de preparador ayudante de la clase de Anatomía Patológica en la Facultad.

En 1906 fue nombrado Jefe de la Sección de Patología Experimental en el Instituto Patológico Nacional, cargo que desempeñó hasta la clausura de dicho establecimiento en el año de 1912.

En 1915 fue nombrado ayudante de Anatomía Patológica en la Escuela Nacional de Medicina y en 1917 fue designado Profesor de Anatomía Microscópica y Embriología. El año de 1918 se le confirió el cargo, y lo desempeñó durante varios años, de Médico Cirujano externo del Hospital General, en 1923 fue nombrado, en la escuela Nacional de Medicina, Profesor de Anatomía Patológica, cátedra que desempeñó hasta su fallecimiento. Perteneció, desde 1897, a la Sociedad Mexicana de Cirugía en calidad de miembro titular, y a la Academia Nacional de Medicina de México, como socio de número en la Sección de Patología y Terapéutica Quirúrgicas, a donde ingresó el año de 1904, previos requisitos de rigor. Sus conocimientos científicos le permitieron escribir varios artículos originales que versaron principalmente sobre tifo exantemático, tema al cual dedicó especial atención en mayo de 1906, julio de 1907, noviembre de 1910 y abril de 1911, sobre experiencias acerca de las cápsulas suprarenales. En 1909 escribió también sobre las experiencias destinadas a esclarecer las lesiones del hígado alcohólico, y en 1911 dio a conocer un interesante trabajo experimental sobre la inoculabilidad de la lepra. La prensa científica de la Capital a menudo publicó durante su vida artículos de interés profesional, y su acervo literario en Congresos Nacionales y Extranjeros tampoco fue escaso; su último trabajo versó sobre consideraciones etiológicas del cáncer y lo presentó en el VII Congreso Médico Latino Americano celebrado en esta Capital en enero del presente año.

Academia Nacional de Medicina

Joaquín G. Cosío

Elogios de académicos a la memoria del Dr. Joaquín G. Cosío.
Por el Dr. Alfonso Pruneda

Cumpliendo la obligación que nuestro reglamento impone al Secretario Perpetuo, vengo a hacer la biografía de un ilustre académico fallecido el 8 de enero del presente año, el Dr. Joaquín G. Cosío. Y al hacerlo con pena porque lo conocí, traté y estimé sinceramente, lo hago también con satisfacción porque me da la oportunidad de recordar, aunque brevemente, la vida y la obra de un médico mexicano que se distinguió en el ejercicio profesional, en la cátedra y en el servicio público.

Esta satisfacción, que estoy seguro la comparten mis estimados oyentes, es mayor porque desde hoy va a figurar en la galería de retratos de nuestros presidentes muertos el de quien lo fuera de 1914 a 1915, y porque su figura amable y simpática va a acompañarnos como las de sus antecesores, y a servirnos, como la de ellos, de ejemplo y de estímulo. Siguiendo una costumbre, que por fortuna va arraigando, el retrato que va a descubrirse en breves minutos ha sido donado por la respetable familia del colega desaparecido, a la que la Academia agradece su gesto generoso.

El Dr. Joaquín Cosío vio la luz primera el 14 de junio de 1866 en San José de Iturbide, Guanajuato. Inició sus estudios preparatorios en la ciudad de Querétaro y los terminó en la Escuela Nacional Preparatoria. Los profesionales los hizo en nuestra Escuela Nacional de Medicina y obtuvo el título de Médico Cirujano el 29 de marzo de 1890.

Su carrera docente le permitió ser adjunto de la cátedra de Patología médica, cargo que obtuvo por oposición, pasando después a ser titular de la asignatura, profesor de clínica interna y profesor de clínica médica de pediatría, y fue también jefe de clínica de quinto año. Quienes fueron sus discípulos lo recuerdan con cariño por su puntualidad, su afabilidad y la calidad de las enseñanzas que de él recibieron. Estas fueron especialmente valiosas en Pediatría, a la que se dedicó de preferencia después de haber sido internista por algún tiempo, considerándosele como uno de los especialistas que más se destacaron en ella y como uno de los iniciadores de su cultivo entre nosotros.

Su afición a los estudios relacionados con la infancia lo llevaron naturalmente a ser, primero, inspector médico de escuelas primarias y, después, jefe del Servicio Higiénico Escolar en la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes. Comparte justificadamente con nuestro ilustre colega el Dr. Manuel Uribe y Troncoso, la satisfacción de haber contribuido a que se implantaran entre nosotros esas actividades higiénicas y a que merecieran la simpatía y la ayuda de quienes consideran como fundamental cuanto tienda a salvaguardar la salud de los escolares. Para ello le sirvieron las observaciones que hizo durante un viaje a Europa y Estados Unidos, en el cual estudió especialmente la organización de escuelas al aire libre y de instituciones para niños retardados, estudios que sirvieron después para iniciar en México actividades de esta clase.

Como médico cultísimo y amante de contribuir al progreso de los conocimientos médicos, perteneció a diversas corporaciones: a la inolvidable Sociedad de Medicina Interna, en cuya Revista Médica se conservan algunos de sus valiosos trabajos; a la Sociedad Médica de Inspectores Escolares y a la Sociedad Científica "Antonio Alzate". Estando vacante en la Academia Nacional de Medicina una plaza en la sección de patología y clínica médicas, optó a ella, en unión de los doctores Ángel Hidalgo y Leopoldo Flores. El trabajo que presentó con ese motivo se titula "El citodiagnóstico en clínica" y en él, además de consideraciones generales sobre la importancia y la técnica del entonces nuevo procedimiento, presentó varias observaciones personales. El jurado, que formaron los académicos Dres. Demetrio Mejía, José Olvera y José Terrés, lo consideró en primer lugar y por eso ingresó a esta Compañía el 17 de febrero de 1904. Fue segundo secretario de 1904 a 1905, primer secretario de 1905 a 1906, vicepresidente de 1913 a 1914 y presidente de 1914 a 1915.

Tomó parte en la redacción de cinco dictámenes sobre admisión de nuevos académicos; se le debe la reseña de los trabajos de 1905 a 1906 y el discurso que pronunció como presidente al terminar su encargo el primero de octubre de 1915; y fue autor de doce trabajos, que aparecen publicados, como los anteriores escritos, en la Gaceta Médica de México y que son, por orden cronológico, los siguientes: "El citodiagnóstico en clínica". "Trastornos psíquicos de la neurastenia". "Trastornos cardíacos de la gripa". "Breves notas sobre el raquitismo en México". "Prurito y cloruro de calcio". "Leche garantizada". "La herencia en las enfermedades familiares". "Apuntes de patología prenatal". "Tratamiento de la coqueluche". "La albuminuria ortostática en los niños". "Las enfermedades tercera, cuarta y quinta"; y "Un caso de septicemia hemorrágica por neumobacilo de Friedlander". En estos trabajos se reveló la cultura médica de su autor, siempre al tanto de los progresos de la medicina interna y de la pediatría, y en particular su valiosa experiencia clínica.

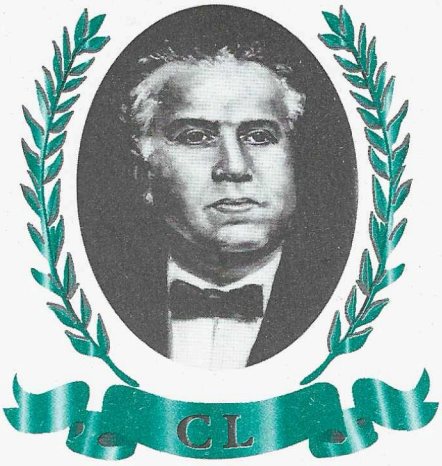
Leyendo su discurso presidencial puede uno asomarse a algunos aspectos de la personalidad del Dr. Cosío. En ese discurso recuerda el placer que produce el ejercicio de la medicina, el que se experimenta al hacer la aplicación práctica de los conocimientos adquiridos y al obtener una habilidad cada vez mayor, con satisfacción por su constante mejoría, que no amengua ante la incertidumbre del éxito. Insiste en la actitud mental de los médicos que les permite saborear los placeres del trabajo aunque éste sea a costa de muchos sacrificios. Como los que cultivan la ciencia en cualquiera de sus manifestaciones, asignaba un papel importante a la imaginación, y con claro concepto de las nuevas orientaciones de la medicina, decía textualmente; "El goce y el provecho llegan al *máximum* cuando logramos por medio de nuestro trabajo intelectual y de nuestra iniciativa particular sentar las bases de la medicina preventiva; es decir, la profilaxis que día a día gana terreno y reduce más las dolencias humanas". Su carácter personal se significaba claramente al celebrar la cordialidad afectuosa que reinó en la Academia en el año en que estuvo al frente de ella, y que le hizo olvidar las fatigas y sinsabores del ejercicio profesional.

El Dr. Cosío, como dijo de él poco después de su muerte nuestro colega el Dr. Landa, era un médico de la "Vieja Guardia"; es decir, tenía las cualidades de honradez, de seriedad y de amor a la profesión que por muchos años caracterizaron en general su ejercicio. Sus conocimientos, su don de gente y su

inclinación especial hacia los niños le hicieron muy estimado por su numerosa clientela, entre la que no eran escasos los carentes de recursos, a quienes atendía con la misma dedicación y con el mismo afecto que a los otros. Ya se dijo antes lo que lo distinguió, como catedrático, y por qué no lo olvidan quienes fueron sus discípulos. También se ha hablado de su eficaz participación en el servicio público, en el que se distinguió, sobre todo, por su clara visión social. La respetable familia que dejó al morir es la mejor muestra de las cualidades personales de quien fuera su jefe. Quienes fuimos sus amigos, lo recordamos y lo recordaremos siempre por su afabilidad, su cortesía y las otras prendas que aseguran la verdadera amistad. Sus últimos años obscurecieron un poco su vida. Descontento con los cambios lamentables que se iban presentando en los estudiantes de medicina, algunas veces en la marcha de nuestra Escuela y otras en el seno de la misma profesión médica, se fue alejando de muchos aspectos de la vida social mexicana, a lo que contribuyó dolorosamente el precario estado de su salud en los últimos tiempos. Nada de esto, sin embargo, pudo ser motivo de que disminuyeran la estimación y el respeto que lo habían rodeado siempre, que lo acompañaron hasta su tumba y que aureolan su recuerdo después de su muerte.

La vida y la obra de varones insignes como el Dr. Joaquín Cosío, cuya memoria estamos honrando en estos momentos, deben servir de ejemplo y de estímulo a quienes quieren abrazar la carrera de la medicina; es decir, a los estudiantes, que muchas veces nos acompañan como ahora en este salón, y a quienes venimos consagrando nuestras vidas a estas nobles actividades. La profesión médica irá experimentando más y más cambios para adaptarse a las necesidades de la época. El ejercicio profesional irá también modificándose según las circunstancias. El servicio social que preste la medicina en sus dos aspectos fundamentales de prevención y curación tendrá que irse ampliando más y más, y los médicos deberán contribuir a ello cada vez con mayor inteligencia y con mayor decisión. Pero ninguna de estas modificaciones hará desaparecer las nobles cualidades que han caracterizado siempre al médico mexicano digno de este nombre. Porque lo fue plenamente el Dr. Joaquín G. Cosío, la Academia lo recordará siempre con respeto y cariño, y el retrato que va a descubrirse siempre será prenda ostensible de estos sentimientos.

Alfonso Pruneda García



Gabriel M. Malda

No es poca la satisfacción que he sentido al recordar a mi querido amigo el Dr. Gabriel M. Malda y para la cual, creo que ha contribuido a formarla mi excelente amigo el señor doctor Bustamante, Presidente de la Academia Nacional de Medicina.

Voy a transportar a ustedes al siglo pasado, pues en los cinco últimos años del mismo hicimos la carrera de médico-cirujano tanto Gabriel como yo; es decir, que estudiamos 1er año de medicina en el año de 1895 y el último en 1899. Por lo tanto, quedamos listos para sustentar nuestro examen profesional en el año de 1900.

Pronto conocí a Gabriel. En ese año de 1895 hice amistad con él y a la vez con Francisco Mimiaga; así pues, nos convertimos en inseparables los tres amigos, y al año siguiente ingresamos a título de practicantes con el grado de soldados alumnos en el Hospital Militar de Instrucción. El padre de Malda, que fue un gran caballero, era amigo íntimo de don Fernando López que, con el grado de coronel, desempeñaba el cargo de director del mismo hospital. Por esta misma circunstancia, Gabriel no debía ascender a teniente-aspirante cuando llegara su turno, en vista de que su padre deseaba que se formara en aquel establecimiento; pero no que sirviera en el ejército con el grado de Mayor Médico-Cirujano y así sucedió, precisamente. Por mi parte no disfrutaba de aquella ventaja, y mi tío Juan B. Vega, me consiguió, teniendo en cuenta su amistad con el Dr. López, que yo ingresara con un año de anticipación y ascendiera a teniente-as-

pirante a principios del año de 1898, y al terminar mi carrera que ascendiera a Mayor Médico-Cirujano, destinándome a Sonora el general Epifanio Cacho, que entonces ocupaba el puesto de Jefe del Cuerpo Médico Militar, lo cual era una franquicia para mí, pues todos los médicos militares comenzaban su carrera, ya fuera en Yucatán o en lo que hoy es Territorio de Quintana Roo, y que sufrían, necesariamente, de paludismo, lo que no sucedía con los que íbamos destinados a Sonora.

Cuando estudiamos 2° año de Medicina, iniciamos la labor de prosectores en el anfiteatro del antiguo Hospital Militar, situado en lo que se llamó calle de Las Arrecogidas, ubicado sobre un costado del Hospital Juárez; dicho anfiteatro, ocupaba el sitio que correspondió a la capilla de la Casa de Las Arrecogidas. Recuerdo que el anfiteatro mencionado estaba al cuidado de Perico Arrieta que, por cierto, tenía la costumbre de que, cada vez que se embriagaba, se acostaba en alguna plancha vacía, y para hacer más ostensible su macabra costumbre, se cubría totalmente con una sábana de las que se destinaban a cubrir los cadáveres, no importándole que ya estuvieran manchadas con la sangre de los mismos. Perico Arrieta, al que yo quise y profesé verdadero afecto, era hombre bueno y amable y mucho nos ayudó con sus rápidos servicios en nuestra labor de estudiantes de 3er. año de Medicina; al año siguiente debíamos estudiar en 4° la asignatura de "operaciones en el cadáver". Recuerdo que Gabriel, más tarde cirujano de nota, hizo en una ocasión la operación de Lisfranc, con un colgajo tan largo que daba vueltas al pie en el lugar de la sección, lo que provocó cálidas risas a Pancho Mimiaga y a mí, sin causar enojo en Gabriel.

Ya mencioné al padre de Malda; pero iba omitiendo nombrar a su excelente madre, que fue una virtuosísima mujer, y a sus hermanos; Luis, que fue abogado y tenía ciertos rasgos de aristócrata, así como a Ernesto, su hermano menor, que hizo la carrera de ingeniero, hombre valiente y franco que tuvo por mí un cariño muy particular; para ellos hay devoción en mi recuerdo.

Cuando estudiábamos 5° año de Medicina, Gabriel conoció a la que había de ser su primera esposa: Virginia Macías, que fue hermana del aristocrático y muy distinguido cirujano don Ramón Macías. Virginia tenía entonces gran amistad con la única hermana de mis primos Manuel Ocaranza, que fue Prefecto de la Escuela Nacional Preparatoria; Rosendo, que fue Comisario de Entradas del Hospital Militar de Instrucción, y el guapísimo Alberto, abuelo del hoy especialista del aparato digestivo Dr. Jorge Ocaranza.

Gabriel Malda había sido practicante de la Sala de don Joaquín Rivero y Heras; pero cuando estudiábamos 5° año, me tocó sucederlo y él pasó a la Clínica de don Fernando López. En ese lugar, permanecí hasta después de que me examiné de las materias correspondientes al 5° año. Los dos quedamos, por lo mismo, en la situación de pasantes; él abandonó el Hospital y se preparó para sustentar el examen profesional y yo pasé como practicante encargado del Lazareto de Churubusco, en donde se atendían enfermos infecto-contagiosos; ahí continué hasta abril de 1900, mes en el cual sustenté mi examen profesional.

Ocho días más tarde me enviaron a Sonora y dejé de ver a Gabriel durante los tres años que duró mi estancia por las tierras del Yaqui. A mi regreso, ya encontré a Gabriel en pleno ejercicio profesional, en el cual tenía completo éxito; volvimos a frecuentarnos y a reanudar nuestra antigua y apretada amistad; entonces él me llamaba Fernandito, agregando a sus acciones plena camaradería, por más que nos veíamos con menos frecuencia que cuando fuimos estudiantes.

Llegamos a la época de la presidencia del general Obregón, y Gabriel fue llamado a ocupar el cargo de Jefe del Departamento de Salubridad, que tenía sus oficinas en el edificio que todo el mundo llamaba ex Aduana de Santo Domingo; yo ocupaba el cargo de Secretario de la Escuela Nacional de Medicina y un día llegó inesperadamente a mi oficina y me dijo estas palabras: "Fernandito, acabo de proponerte para que ocupes el cargo de Vocal del Consejo Superior de Salubridad". Yo acepté de inmediato la proposición del Dr. Malda y renuncié a mi cargo de Secretario de la Facultad de Medicina, en una época en que ya no dirigía la Escuela el Dr. Amor, que me había llamado a ocupar el cargo de Secretario, y dirigía la Facultad el Dr. Guillermo Parra.

Entre las demás personas que ocupaban cargos de vocales en el Consejo Superior de Salubridad, recuerdo a las siguientes: doctor Germán Díaz Lombardo, doctor Jesús Monjaraz, el primer sinsombrerista que hubo en la Ciudad de México y que lucía una abundante y hermosa cabellera negra y que una vez me dijo: "Doctor, si yo me enfermo de tifo, no vaya Ud., a tener la ocurrencia de mandar cortar mi cabellera", y serenamente le contesté lo siguiente: "Pues tendré la pena de sacrificar tan hermoso pelambre"; el profesor Miguel Cordero; fungía como Secretario del Consejo mi muy estimado amigo don Alfonso Pruneda. Pocos días más tarde dejé de tener tan sólo a mi cargo la campaña contra el tifo y se me asignaron las campañas contra

la viruela y las demás enfermedades contagiosas. Ya olvidaba, que también perteneció a dicho Consejo el doctor Nicolás Ramírez de Arellano, quien desempeñó el cargo de Jefe de la Campaña contra la Viruela y se le asignaron otros mandatos dentro del mismo Consejo.

En aquellos días acababa de enunciarse la etiología del tifo, únicamente bajo el imperio de los piojos negros y blancos, o sean los de la cabellera y los de la ropa interior. Un día Gabriel me hizo llamar y me dijo lo siguiente: "Acabas de ser nombrado relator del 2° Congreso Nacional del Tabardillo y ocuparás ese puesto junto con el doctor Terrés. Por supuesto que defenderás exclusivamente la etiología del piojo, pues tengo noticias de que el doctor Terrés defenderá otros motivos etiológicos".

El Congreso se reunió en un salón que pertenece al Museo Nacional, en la antigua calle de la Moneda. Sucedieron las cosas tal como habían sido previstas: yo defendí, exclusivamente, la etiología del piojo, mencionando hechos observados en todo el mundo acerca de la misma etiología, mientras el doctor Terrés sostuvo otros puntos de vista enteramente contrarios a los que yo había sostenido. Lamenté y sigo lamentando tales ocurrencias, pues yo era uno de los que sostenían con mayor ardimiento la posición tan elevada que tenía el doctor Terrés entre los médicos mexicanos y, por ello mismo, lo estimaba y respetaba como pocos médicos lo hicieron. En aquella ocasión que menciono, lo encontré a la salida del Congreso, un tanto entristecido, en compañía de Abraham Ayala González; pero ni él ni yo, volvimos a tratar del asunto.

En el tratamiento del tifo exantemático, se empleaba como inicial, el medicamento siguiente: aceite de ricino 50 g, calomel al vapor 1 g; esto debe hacernos pensar en la etiología que se suponía para tal enfermedad.

Después de que terminó el gobierno del general Obregón, Gabriel volvió a instalarse en su consultorio y a dedicarse al tratamiento de sus enfermos.

No cabe duda que la vida de Gabriel y la mía se entrecruzaron constantemente y por eso le pido mil excusas por estos dos hechos principales: 1°, el no haberlo visitado en su última enfermedad, que pasó casi totalmente en la villa de Coyoacán; 2°, no haberlo acompañado a su última morada.

Siento una tristeza infinita de contemplarlo inmóvil entre sus ocho lados de madera que constituyen su caja mortuoria y también, me horroriza ver a los más allegados arrojar paletadas de tierra que suenan sordamente sobre los despojos del que fue mi dilecto amigo.

Fernando Ocaranza

Alejandro Uribe

Grande motivo de satisfacción es para mí, y de honra, el presentarme ante vosotros en esta aula insigne.

La benevolencia de Uds., más que mis propios merecimientos, ha hecho que pueda yo contarme en el número de los escogidos que sois vosotros, tal vez por que estáis convencidos, como es cierto, de que vengo aquí poseído de los mejores deseos de trabajar con ahínco, y así procurar hacerme digno de la distinción que he recibido.

Deseo que mis primeras palabras sean para expresar mi profundo reconocimiento a Uds., y especialmente a la amable Comisión Dictaminatoria, a los Srs. Académicos concurrentes a la última sesión que me favorecieron con su unánime aceptación.

La fracción 4a. del artículo 7o. del reglamento, me impone el deber, que en el caso es grato, de hacer la biografía y el elogio de mi antecesor el Sr. Dr. D. Alejandro Uribe.

Nació en Texcoco el año de 1856 y fue hijo del Sr. Dr. D. Fortino Uribe y de La Sra. Doña Isabel Escalante. En su lugar natal hizo sus primeros estudios con lucimiento y beneplácito de sus preceptores, y a ésto se debió que le fuera destinada una beca vacante en la capital del Estado de México, para continuar sus estudios en el Instituto Literario de Toluca, en donde conquistó las mejores notas durante sus cursos preparatorios. El Estado, como nueva recompensa a sus esfuerzos, le concedió una pensión para que pudiera seguir su carrera profesional en la Capital de la República. Durante el tiempo que permaneció en la Es-

cuela N. de Medicina, no desmereció de sus antecedentes, antes bien, los confirmó conquistando el nombre de excepcional estudiante, y en varios años, premios en los cursos que siguió. Dos raras cualidades demostró desde entonces poseer: una gran memoria y un decidido e innato amor al estudio de las Ciencias, especialmente las de observación. Ya se comprende el caudal de conocimientos que acaparó y que no hizo más que enriquecer en el curso, no muy largo de su vida.

El talento, lumbre divina que irradia de los privilegiados cerebros, ilumina a su alderredor con esplendorosos rayos, que alumbra en las tinieblas y ensancha los horizontes, es un don celestial que no siempre está exento de peligros. Quien lo posea podrá llegar a ser un genio, pero a veces, confiando demasiado en sí mismo, abandonará el estudio por el cual, podrá quien quiera que no tenga, una superior inteligencia, llegar a adquirir la experiencia de los antepasados, que es en suma gran parte del saber.

Y no sólo la función hace al órgano. Ejercitando las facultades mentales, se perfeccionarán éstas, del propio modo que los ejercicios físicos aumentan la fuerza muscular, a la manera que la corriente logra a la larga el cauce.

Y era de ver cómo en el Dr. Uribe mediante el asiduo estudio y constante práctica de sus naturales facultades se perfeccionaron sus dotes de observación, cómo se robusteció su criterio, cómo adquirió el pronto y fiel conocimiento de las cosas y de los hechos.

Su título profesional de Químico-Farmacéutico lo recibió el año de 1877, y el de Médico-Cirujano en 1882. Una vez obtenidos estos títulos profesionales, se dedicó con más ahínco aún al estudio de las Ciencias Físico-Químicas y Naturales por las que siempre tuvo predilección.

Modesto por naturaleza, y pensando como el antiguo filósofo, "*ego unum scio ut nihil scire*", se afanó por asimilarse las sabias enseñanzas de los Maestros; a verificar por sí mismo lo que ya era sabido, para procurarse así cierta experiencia propia. Creía no ser de la talla de los genios que descubren, y era de opinión que la vida es corta y el arte largo, como dice Hipócrates, para aprender. Este conocimiento de sí mismo, y de los límites de su propio valer, que en su modestia restringía, fue una de sus cualidades características.

Yo sé, Sres., que entre vosotros puede haber quienes hayan realizado lo que no a muchos está concedido, el ser descubridores, pero también conozco que en los actuales tiempos la soberbia humana está en apogeo.

Cualquiera incipiente operador posee sus pinzas H o su procedimiento R, y no faltan estudiosos jóvenes que con la mayor facilidad y hasta buena fe creen haber descubierto una nueva entidad morbosa, o haber visto algún desconocido micro-organismo, hasta entonces oculto a la escrutadora mirada de los sabios.

¡Qué buen ejemplo de prudente modestia nos ofrece el Sr. Dr. Uribe, y qué digno de ser imitado!

Entre otros importantes trabajos realizados por él, recuerdo que en unión de un sabio químico que es sin duda de Uds. conocido, el Sr. Prof. Víctor Lucio, discurrió y propuso un procedimiento para la valoración del ázoe total, que más tarde habría de venir bautizado de Europa con el nombre de dos químicos franceses.

Con la colaboración del mismo Sr., implantó en el Consejo de Salubridad numerosos procedimientos rápidos y fieles para el descubrimiento de los fraudes en las sustancias alimenticias.

Al Instituto Patológico Nacional dedicó un método por él discurrido, para la rápida valoración del ácido úrico, y numerosos estudios que en su conjunto constituyen un verdadero curso de análisis de química biológica.

Contribuyó con múltiples e interesantes artículos para la formación de la Farmacopea Mexicana y fue autor de varias memorias, entre ellas una acerca de la glucosa, y otra relativa a la formación y origen de las grasas del organismo.

Muchos e importantes puestos ocupó: Preparador de Farmacia e Historia de las Drogas y de Análisis Química; Profesor Adjunto de la cátedra de Farmacia; Profesor por oposición de la clase de Química Biológica, en donde se conquistó el respeto y el cariño de los alumnos, pues supo demostrar con su trato afable y los buenos resultados de su enseñanza, que el Profesor puede ser el amigo del alumno a quien cariñosamente guíe por el escabroso camino que él mismo ya pasó con tropiezos.

Su sistema de enseñanza encontró algunas críticas injustificadas.

Convencido como estaba de que lo que con dificultad se adquiere, se conserva mejor, dejaba al discípulo que hiciera esfuerzos para aprender, y que por sí mismo viera y se convenciera del porqué de un fracaso experimental. Yo recuerdo haber, durante mis primeros tiempos de preparador de su cátedra, luchado más de un mes queriendo demostrar las reacciones de la urobilina en las orinas normales, pues algunos autores aseguran que allí

se encuentra, hasta que me convencí de que dicho cuerpo es un producto patológico, y que en consecuencia no es fácil hallarlo en las orinas normales.

Para demostrar a los alumnos que el indigógeno se desarrolla en las perturbaciones de las funciones intestinales, los estimulaba a verificar por sí mismos la experimentación ofreciendo quitar una o dos faltas de asistencia, pecado venial contra el reglamento de la Escuela, a quien se ocasionara una ligera indigestión con guisos *ad hoc*. Otras veces prometía buena calificación al que se resignase a ingerir la desagradable comida de prueba y consintióse en sufrir la introducción de la bomba estomacal.

Recientemente la Sociedad de alumnos de la Escuela de Medicina, como justo homenaje de gratitud a su maestro, colocó su retrato en el local de la cátedra que fundó.

Por muchos años fue químico del Consejo de Salubridad, en donde se conquistó el afecto y la estimación de sus jefes, compañeros y subordinados, así como la mala voluntad de los adulteradores.

Como perito químico-legista, tuvo ocasión de manifestar en más de una vez sus grandes dotes de químico y de sagaz observador descubriendo algunos envenenamientos criminales hechos de mano maestra, como el no muy remoto y sí memorable perpetrado en Torreón por medio de la aconitina, veneno que, como se sabe, es muy difícil de descubrir.

Su amor al estudio fue la causa que determinó su enfermedad, una oscura lesión pulmonar crónica, y su obstinación en seguir en el trabajo hasta lo último, respirando doce horas por día una atmósfera viciada por los irritantes gases del laboratorio, motivo por el que su salud fue lenta pero seguramente minándose, hasta el desenlace fatal, su muerte, ocurrida en septiembre de 1907, a la edad de 51 años, y muy poco tiempo después de haber ingresado como miembro titular a esta Honorable Academia de Medicina, en donde dejó un vacío no fácil de llenar.

Ya que su nombre quedará inscrito en los archivos de esta Corporación, os pido por ser de justicia, que su recuerdo quede también grabado en la memoria de Uds. Sres. Académicos.

Emilio del Razo

Juan Peón del Valle

A la memoria del Sr. Dr. Juan Peón del Valle, por el Dr. Enrique Aragón, al ocupar la vacante que por fallecimiento causara aquel, su predecesor en la sección de Psiquiatría y Enfermedades Nerviosas en la Academia Nacional de Medicina.

Señor Presidente, Señores Académicos: tengo para mí que la biografía de una persona no sólo es la fiel trasunto o recolección de hechos referentes a ella; es decir, su anotación histórica y sucesiva, lo que equivaldría a un simple índice o libro de registro, sino que es algo más que una tábula rasa sobre la cual después se escribe, más que lo que pretendió Cabanis y quizá más también de lo que en su monólogo filosófico interpretara el espíritu dubitativo de la tragedia Shakespeariana, "*Hamlet*", al tratar de sondear con su mirada y taladrar el cráneo que le hiciera exclamar: "*to be, or not to be*".

Para mí, señores, la biografía debe penetrar analíticamente al individuo, para descubrir todos los componentes de personalidad, de manera que después de la descripción o relato vivido, la evoque y reproduzca y por ilusión la haga aparecer o suponer, pero calcada de la realidad, por generaciones venideras. Entonces hay algo sobre lo que no tiene acción la terrible Parca, es la obra perenne, terminada unas veces, trunca otras, aunque hermosa como la Venus de Milo y semejante a la que voy intentar hacer con la del ilustre desaparecido y Académico, mi predecesor en esta corporación, el Sr. Dr. Juan Peón del Valle, al que me ligaron también estrechos vínculos de amistad y confianza,

motivos quizá favorables para que en la cercanía que me vi de él, pudiera descifrar detalles de su vida íntima e interpretar esa alma consagrada al estudio y los designios de ese espíritu joven, paladín de la medicina.

Tarea grata y penosa que intentaré cumplir pues la impone el deber y el afecto. Hay ocasiones y estoy seguro que vosotros lo afirmaréis conmigo, que en virtud de esas dos condiciones se desarrolla el placer en el dolor mismo y pena en el goce; estados emocionales que aunque antitéticos se compenetran y funden para dar un compuesto. La copa de cicuta parece dulce para los que quieren y sienten el pasado. Vosotros sois de ellos, Señores Académicos, y estoy seguro que en vuestra nobleza de sentimientos sentiréis tristeza y un vacío al pensar en el que fue. Ojalá que sobre esa tierna pesadumbre, pueda yo con mis palabras desarrollaros lo satisfactorio a medida que señale los actos del que todavía nos acompaña en su recuerdo, Ojalá que como fetiquista del amor, me sea dado traer a la Madre Academia las prendas de uno de sus hijos y que al hacer entrega de ellas como santas reliquias, pueda llorar y besarlas; pueda reír y guardarlas, pues son suyas.

Juan Peón del Valle nació en México el día 26 de octubre de 1874, hijo del Dr. José Peón Contreras y de doña Leonor del Valle. Tuvo por cuna puede decirse Poesía y Riqueza, dotes que debían influir en su destino e indudablemente influyeron.

Sus primeros años, paraíso de la edad, fueron tranquilos y gozosos: parece que el hada fortuna era su protectora. Sin embargo, no fue el niño travieso e inquieto cuya energía casi totalmente se transforma en movimiento y se expande, sino el que usa del juego sin abuso y sin que por esto fuese un carácter poco locuaz y comunicativo, ni reconcentrado: no fue el arroyo que salta de peña en peña, sino el que se desliza blandamente. Más tarde y todavía muy joven, embebíase ante la lectura de los dramas y poemas escritos por su padre, y aún se conservan algunos versos de él en que parecía seguir el derrotero de su predecesor. El tiempo se había de encargar de contestarle que mejor que vivir en un mundo de ensueño e imaginativo, pero artificial, debía también como su padre (que fue alienista y obtuvo por oposición la clase de Psiquiatría que desempeñó en el antiguo Hospital de San Hipólito) debía, digo, profundizar otro escenario: el de la locura, con distintos cuadros y bastidores, con distintos actores y comparsas.

Después de sus estudios primarios, a los 18 años, pisaba el umbral de la Escuela Nacional Preparatoria, para salir de ella

en 1892, después de conquistar lauros, siendo modelo de estudiante. Entre los cursos llamóle particularmente la atención la Ciencia de Berthelot, la Química, de la cual más tarde en 98, y a los 24 años de edad, era ya preparador y encargado de las Academias de la misma asignatura, permitiéndose discutir a Lavoisier respecto al nombre inadecuado del ázoe y equiparando a la Química orgánica llamada del carbón, la biológica o del nitrógeno. Comentaba además, por entonces, al profesor Dr. Jaques Loeb, de la Universidad de Chicago, en sus teorías de Partenogenésis y prolongación indefinida de la vida, y a sus experimentos sobre la fabricación de seres, de citoplasmas y quizá formación del homúnculus en un laboratorio; y refería las doctrinas de Albert P. Mattheus sobre Yones aplicadas al funcionamiento de los nervios.

Con vocación grande para Médico, ingresó a la Escuela Facultativa en 1893 y sigue hasta alcanzar el ansiado título en abril 30 de 1898, desempeñando antes el puesto de Preparador de Higiene (1897).

Un risueño porvenir se le abre, llamando la atención que el ejercicio profesional, dada su posición social, no lo mirase como un artículo de lujo, ni como un medio en la lucha por la existencia, sino como un fin al que convergen sus energías. Si antes se había preocupado de la constitución química de la celdilla, sedúcelo ahora ésta en sus ligas con otras para formar tejidos y urdimbres, órganos y sistemas.

No son los microscopistas e histólogos, por lo general, los de movimientos bruscos, sino los de modales finos y delicados, propios para manejar un tornillo micrométrico o aislar y teñir una diatomea, y un observador no muy profundo, habría podido observar en Peón del Valle, tales cualidades. Caballeroso por educación, revelaba en su exquisito trato, al parecer de dama, pero sin afeminamiento, el cuidado con que trataba sus útiles de laboratorio que le habían de valer el que ganase por oposición o sea en concurso la Cátedra de adjunto de Histología en junio de 1901.

De paso diré que ese aliñamiento, limpieza, y elegancia sin afectación que se advertía en su persona, pasaba a todo lo que le rodeaba. Aquellos de los que me escuchan y que hayan conocido su Consultorio y Biblioteca al mismo tiempo, recordarán los instrumentos cuidadosamente colocados en vitrinas, los medicamentos y materiales de curación seriados; los libros de Literatura y Filosofía, los de Medicina y principalmente de Neurología, ca-

talogados y registrados con esmero, en tarjetas, sistema Dewey, todos semejantemente empastados y como si acabasen de salir de librería, sin que por esto se crea que un vano alarde era por lo que los adquiría sin leerlos, pues la mayor parte conservan anotaciones al margen, hechas con su letra. Agréguese a esto cuadros y pinturas que enseñaban un refinamiento de buen gusto y arte, de esteta (patrimonio familiar) y que transformaba aquel recinto en agradable, y podrá juzgarse del sitio en que despachaba diariamente y a horas fijas su clientela.

Podría haber sucedido ahí lo que se cuenta de aquel cliente neurasténico y "amateur" que recorría todos los consultorios de los médicos especialistas, buscando siempre las primeras fichas, pues juzgaba que así se le reconocería mejor y se fijarían por no estar cansados en los largos discursos, narración de sus dolencias. La contemplación de monstruosidades, de fotografías de grandes operaciones quirúrgicas, de tumores, etc., que se colocan en las antesalas de recibir, exacerbaba las crisis, lo mismo que una espera larga y probablemente calificaba la inteligencia del médico por el número o ficha que le tocaba. Sucedió un día que con la ficha número 1, no acudió a la llamada de turno que se le hizo sino que desfilaron todos sus compañeros, teniendo al último que írsele a sacar de la atención grande en que había quedado contemplando unos hermosos cuadros, copias de Rembrandt, que lo habían autosugestionado y distraído, le habían hecho olvidar, aun cuando fuese unas cuantas horas, su neurastenia.

El Dr. Peón del Valle en su casa de la calle de Sadi Carnot daba consultas muchas de ellas gratuitas para los pobres: a gran número en ocasiones vi desfilar. En cambio tenía puesto un rótulo para los visitantes inoportunos que se cuelan en todas partes y quitan el tiempo. El rótulo decía así: "No se toman vinos ni Pólizas de Seguros", previniendo la llegada de agentes de unos u otras.

No me digáis que entro en detalles superfluos y ajenos al objeto que me hace dirigiros la palabra, pues esos detalles se reflejaron más tarde en otros puestos públicos. Así, en febrero 9 de 1905, fue nombrado Director del Hospital de Mujeres Dementes y entonces ahí se vio palpable su obra. El vetusto edificio de la Calle de la Canoa, que más que un Hospital parecía una prisión de la época virreinal, con sus gruesos muros y paredes desmanteladas; sus rejas de barrotes de hierro en las ventanas y separando patios y corredores; celdas y crujías en donde se alo-

jaba aglomeradas o se recluía a las infelices enajenadas; esa casa apolillada por la edad y con arcaico mueblaje, todo desvencijado, se modificó en los límites de lo posible pues ya se entreveía la construcción del Manicomio General. Un aire de juventud llenó aquellos ámbitos: se pintaron a la cal los dormitorios, se cambiaron los muebles por modernos, se vistieron de blanco todas las camas y se tuvo predilección y cuidado por la escuela de retrasados mentales. Más tarde el Gobierno escuchaba sus palabras, cuando fue consultado para la construcción del edificio que hoy se levanta en la Castañeda.

El Dr. Peón del Valle perteneció a varias Sociedades Científicas: la "Pedro Escobedo," la "Cooperativa de Ciencias Médicas" y esta augusta Academia a la que entró como socio titular en la Sección de Psiquiatría y Enfermedades Nerviosas, el 2 de julio de 1906.

En sus escritos se advierte además del dominio de su especialidad, cierta amenidad y fluidez de lenguaje, no sobrecargado de metáforas, símiles y antinomias. Sencillo y conciso en sus relatos, tienen además el mérito de la elección de los motivos de ellos: ya considera la iscuria histérica, fenómeno raro pero no funesto, provenida por inhibición renal; como se ocupa del estado mental de los enfermos de tuberculosis pulmonar crónica, restringiendo un poco esa idea muy común y arraigada de la euforia de las moribundas de la peste blanca o de la neoplasia miserable de las constituciones empobrecidas, como la llamara Wirchow, asunto demasiado explotado por novelistas como Dumas con su heroína Margarita Gauthier; Mürger con sus grisetas bohemias y Alfredo de Musset con sus románticas.

Ora, es la patogenia de la fiebre la que discute, ora trata el delirio inicial que puede aparecer al principio del tifo exantemático; ya es el tratamiento de la epilepsia y el uso inocue de los bromuros, siendo imputables los miales ulteriores al progreso de aquella a pesar de éstos; como define y separa las psicosis puerperales (algunas de las que le vi curar mediante la hipnosis); o bien emprende una campaña contra el alcoholismo fundándose en las relaciones de la responsabilidad jurídica con el libre albedrío y el determinismo. Este mismo criterio determinista lo había de llevar a sostener la capacidad civil de los afásicos, llevando la representación de México en el Congreso Médico Latino Americano celebrado en Río de Janeiro en junio de 1909. Ahí, para clasificar las afasias, más que a las localizaciones psíquicas, acude a la repartición de la circulación cerebral, conside-

rando las arterias cerebral posterior, grupo lentículo-estriado; lentículo-óptico y arteria Silviana. Pero es indudable que dos de sus mejores joyas son "La importancia de los sentimientos en la genesiología del delirio de persecución", tesis que le valió su ingreso a esta Academia y uno de sus trabajos ulteriores: "La introspección involuntaria, contribución al estudio de las ilusiones de lo ya vivido" en que descarta la antigua teoría de la paramnesia, para fundar la suya de los centros de proyección y de asociación aplicando la Ley de Dugald-Steward.

No voy a citar todos sus trabajos; temería cansaros, sí sólo séame permitido por último señalar: 1º, los puestos que desempeñó en nuestra Escuela de Medicina, y 2º, su última labor.

En cuanto a aquellos, fueron sucesivamente: Profesor Interino del 1er. Curso de Obstetricia Teórica para alumnas (desde febrero 17 de 1902) mientras se abría la oposición correspondiente; 1er. Curso de Anatomía Patológica en febrero 23 de 1905, sustituyendo por dos meses al Dr. José Mesa Gutiérrez; como adjunto, Profesor de Histología en 1906 en lugar del Sr. Dr. Francisco Hurtado. En mayo de 1908, Profesor Supernumerario Interino del 3er. Curso de Clínica Médica en lugar del Dr. Gregorio Mendizábal, que obtuvo una licencia. También substituyó en la cátedra de Medicina Legal al Dr. Nicolás Ramírez de Arellano.

Por lo que toca a su última labor, a su última tarea, es digna de mención: el curso de Neurología hecho en la Clínica Charcot del Hospital de la Salpêtriere en París, en septiembre y octubre de 1909. Se encuentran inéditas las memorias y clases tomadas brillantemente de su puño y letra a los Profesores franceses M. Fonchard y M. Lehermitte sobre semiología del sistema nervioso, tumores del mismo e infecciones de las meninges y la médula. Fueron sus últimas plumadas, y estoy seguro que al volver a la Patria de la cual estuvo ausente, os traía sus impresiones para que fueran juzgadas sabiamente por vosotros. Os las dedicaba, pues os quería con predilección.

Volvía lleno de ilusiones... Aquí permitidme que haga un paréntesis ligero, os lo prometo.

Había casado en 30 de abril de 1900 con la virtuosa señorita Isolina Varona, había formado un hogar modelo en el cual había cuatro querubines, y de él puede decirse que hasta entonces era el inmune para el dolor; el privilegiado y exento de él. La Dicha y la Fortuna habían sido sus compañeras, pero veleidosas lo abandonaron. Tuvo que ir por el autor de sus días que enfermó

allá, con el que regresó y pudo prolongarle sus caricias, hasta que falleció el poeta yucateco: una mañana de invierno en que excepcionalmente entre nosotros nevó, nevó mucho cubriendo la ciudad de inmensa sábana blanca como sudario, y trayendo mucho, mucho frío: el de la muerte. Lloró y no había enjugado su llanto, no había sofrenado a su Pegaso, a su indómito corcel, en el alto que hiciera para después proseguir la carrera; apenas había hincado una rodilla en tierra fresca que acababa de cubrir un cuerpo, cuando tuvo que doblegar la otra con la pérdida de uno de sus hijos, víctima de angina escarlatinosa, en la terrible epidemia que hace tres años hizo la degollación de Herodes entre nosotros. No sé qué sea más terrible: si ver desgarrarse la raíz del árbol genealógico por la tempestad, o mirar caer una de sus últimas y débiles hojas.

Transido de pena buscó en la ciencia y en los viajes distracción, y cuando volvía por segunda vez lleno de ilusiones, como os decía, con la esperanza de tener un nuevo vástago, quizá contemplando en el mar que cortaba la proa del trasatlántico, en sus ondas, el misterio del mañana, insondeable proféticamente como el mar mismo. Ahí sintió el primer dolor en el vientre, el primer desgarramiento de entrañas, la primera sacudida que apenas le permitiera llegar a su país y a su casa, llegando en estado agónico, sin que el poder de expertísimos cirujanos pudiera contra la peritonitis ya declarada de antemano, consecutiva a una apendicitis. Murió en pleno día, el 10 de diciembre de 1910, a los 35 años, un mes y quince días.

Alguna vez había dicho que los estudiantes alemanes mueren cantando los himnos de Kaerner. Él, en plena conciencia, y faltándole mucho por hacer, dio los últimos consuelos a los que lo rodeaban.

Se le tenía preparada en el Hospital de Mujeres dementes, al saber su próxima llegada, una sencilla fiesta con variado programa, por los empleados y por las asiladas que en medio de su enajenación les había captado su confianza y lo querían. Tuvo que suspenderse la fiesta, y cuéntaseme que una de las enfermas, una maníaca con delirio dulce y tranquilo, al llegar a sus oídos la infausta noticia, tuvo una crisis convulsiva intensa, seguida de catatonia que duró dos días. Aquella infeliz en los escombros de su derrumbamiento mental, en su parte lúcida, guardaba cariño hacia su médico, mitigador de dolencias. Asimismo otra enferma, histérica, que salió del establecimiento y conocida del Sr. Dr. Don Eduardo Liceaga, fue a depositar flores en su sepulcro,

en su túmulo, ya cubierto de otras muchas que le habían llevado sus deudos, familia y amigos.

No creo haber cumplido, Señores Académicos, en mi deuda para con él, a quien quise mucho; tampoco para con vosotros, con quienes está mi afecto y profundo respeto. Pero creo que vosotros conmigo rectificarán el falso prejuicio que hay negando la memoria orgánica o sea de los estados afectivos, de los emocionales. En abstracto no la hay; pero en concreto, y este es un caso, existe y bien intensa. Si no fuese así, deberíamos pedir un puñal y hundirlo hasta el pomo en el corazón de la Diosa Amor, para que ésta no sufriera tan fatal desengaño y para que Átropos, Cloto y Láquesis: las 3 Parcas, viesen concluida su obra.

Ha perdurado, Señores Académicos, y perdurará, yo os lo juro, pues hoy depositamos sobre la memoria de Juan Peón del Valle no las flores de Viderbaah que no duran ni un día, ni un mes, ni un año, sino porque hoy le traemos como ofrenda las rosas de Wallaatah que no se secan, que duran siempre.

Enrique O. Aragón

Juan Velázquez Uriarte

En la noche del 15 de diciembre de 1943, la Academia Nacional de Medicina de México celebraba al margen de su sesión ordinaria, el quincuagésimo aniversario de la recepción profesional de don Juan Velázquez Uriarte, académico titular y ex presidente de la propia Corporación.

Con tal motivo y por encargo de la Directiva de la Academia dije algunas palabras en las que reflejé mi impresión sobre la vida del médico, aquilatando sus cualidades humanas y justipreciando su labor académica. Es seguramente por tal circunstancia que se ha querido sea yo también el que en esta noche tribute, como vocero de los sentimientos de la Academia Nacional de Medicina, merecido homenaje al Dr. Velázquez Uriarte, que fue vicepresidente de 1915 a 1916 y presidente de 1917 a 1918. Que rememore una decorosa labor profesional y societaria, hoy, en que siguiendo tradicional costumbre, se ha colocado y se descubrirá el retrato del desaparecido, acrecentando así la galería de los presidentes de la Academia, que como númenes tutelares, flotan en el ambiente de esta sala y continúan presidiendo con su recuerdo y ejemplo nuestras hebdomadarias sesiones.

Poca cosa podría añadir a los conceptos que hace tres años expresara, y habré de limitarme, por tanto, a enumerar los rasgos más salientes de la vida y la labor del Dr. Velázquez Uriarte, enumeración que constituirá apenas un bosquejo biográfico del mismo.

Nacido en la ciudad de Oaxaca, el 24 de junio de 1865, hijo de doña Josefa Uriarte y de don Cosme Velázquez, fundador éste de

la Academia de Música de Oaxaca, profesor y director de orquestas y bandas de su estado natal, el joven Velázquez hubo de sentir desde las primeras etapas conscientes de su vida, la influencia de un medio familiar honesto y laborioso, y la disciplina severa y a la par serena del arte musical. En tal ambiente, hizo, en colegio particular católico, los estudios primarios, y los secundarios y preparatorios en el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca que, como todos los de su índole, está impregnado de tradición, de ejemplo, y en el que palpitan aún espíritus multifásicos de hombres destacados en la literatura, las ciencias, la política y la milicia.

Terminada la preparatoria vino a la capital de la República, para iniciar sus estudios profesionales en nuestra Escuela Nacional de Medicina, teniendo que vencer con juvenil energía los obstáculos para regularizar su situación escolar, que ya había encontrado un anterior y primer escollo, cuando, al pasar del colegio particular al Instituto y por no haberle sido revalidadas las materias preparatorias, tuvo que examinarse de ellas, tropiezo que se repitió en México, pues para ser inscrito en la Escuela de Medicina tuvo que sustentar exámenes de inglés, griego e historia general, pruebas de las que salió avante, demostrando así su decisión y carácter, decisión y carácter que indefectiblemente lo habían de singularizar hasta los últimos años de su vida.

El 6 y el 7 de septiembre de 1893, sustentó el examen profesional de medicina ante el jurado que integraban los señores doctores Ignacio Capetillo, Porfirio Parra, Carlos Tejeda Guzmán, José María Gama y Demetrio Mejía. La tesis presentada se tituló: "Semiótica de la Parálisis".

Su práctica hospitalaria la hizo en el antiguo Hospital de San Juan de Dios, hoy Morelos, en el que se inició en el sector ginecológico, que habría de cultivar de preferencia y con acierto más tarde en la práctica profesional y en la docente.

Inició esta última el año de 1907 como profesor de clínica quirúrgica para enfermeras en el Hospital General de la Ciudad de México. En el de 1912 lo encontramos profesando la propia cátedra con los alumnos de quinto año de medicina, cargo que desempeñó durante cuatro años. De 1915 a 1925 dio la clase de ginecología en la extinta Escuela de Altos Estudios.

Su laboriosidad, su tenacidad y disciplina lo habían hecho destacarse ya y lo llevaron en 1909 a la subdirección y en 1911 a la dirección interina del Hospital General, establecimiento en el que desde su fundación había trabajado a la vera de don Julián Villarreal, y más tarde y en época difícil a la del Hospital Francés, de 1915 a 1919.

Su labor académica la inició el año de 1906, ya que habiendo tres sillones vacantes en la sección de vías urinarias solicitó uno de ellos, presentando como trabajo de ingreso la memoria titulada: "Algunos Apuntes acerca de la Hipertrofia Prostática y su Tratamiento Quirúrgico", trabajo en el que reflejaba las ideas del profesor Proust. El voto de los señores académicos fue favorable, pues tomaron seguramente en cuenta el valor profesional y las capacidades de trabajo del Dr. Velázquez Uriarte, e ingresó así como académico de número, junto con los señores doctores Ulises Valdés y Manuel Godoy Álvarez.

En el año de 1916, y en ambiente poco propicio para actividades académicas, fue designado vicepresidente de nuestra corporación y ocupó en el siguiente, de acuerdo con el reglamento, la presidencia de la misma, cargo que desempeñó con toda acuciosidad y entusiasmo hasta el de 1918.

Tras una labor continuada y fructífera, lo mismo en la Academia que en los campos de la enseñanza o del ejercicio profesional, en el año de 1925 pasó a la categoría de académico titular, cargo que desempeñó hasta su muerte, acaecida el mes de julio de 1945.

Durante ese lapso y además del trabajo de ingreso, de su discurso como presidente y de las palabras de que me ocuparé después, presentó en nuestra Academia los siguientes: "Breves conceptos acerca del tratamiento quirúrgico del cáncer uterino", 5 junio 1907. "Intervenciones intraperitoneales", julio 1908. "La vía vaginal, vía de elección de los padecimientos de orden quirúrgico del aparato genital de la mujer", 1909. "Vagino-fijación. De la colpotomía posterior, practicada como vía para operar sobre la matriz y sus anexos, y para la extirpación de ciertos tumores", 1911. "La canalización en ginecología", 1912. "Algunos conceptos sobre laparotomía abdominal", 1912. "Algunos casos de patología renal", 1914. "Algunas consideraciones sobre los tumores de las mamas", 1915. "Cinco casos de prostatectomía suprapúbica, conforme a las técnicas operatorias de Freyer y Mayo. Ligeras consideraciones sobre la prostatectomía perineal de Young", 1916. "La colecistostomía", 1919. "Retroversión uterina. Perineorrafia", julio de 1921.

Como todos los médicos de su época y teniendo ya criterio y personalidad propios, hizo viajes de estudios a Europa concurriendo a las clínicas quirúrgicas del Prof. Bun, de Berlín, en el año de 1908, y a la del Hospital Broca, de París, en 1923. En reconocimiento de su labor profesional y de los servicios pres-

tados al Hospital Francés, el Gobierno de Francia le otorgó en 1933 las insignias de oficial de academia.

Dedicado casi exclusivamente a su trabajo profesional y desconectado ya de toda actividad oficial o burocrática, quiso estar siempre en contacto con las corporaciones médicas y participar en diversas actividades académicas y congresos, presentando como resultado de su larga experiencia diversos trabajos, entre los que podemos citar los siguientes: "Operaciones vaginales quirúrgicas". Congreso Médico de 1910. "Breves conceptos acerca del cáncer uterino". Congreso Médico celebrado en Monterrey en 1922. "El cáncer", trabajo leído en Oaxaca, en el festival del Instituto, en 1927. "Dos casos de cirugía ginecológica". "Tres casos de histerectomía vaginal". "La ligamentopexia vaginal", "Algunas consideraciones sobre la dismenorrea", en la Sociedad Médica Franco-Mexicana. "Las metritis y endometritis", leído en la Sociedad de Profesoras de Obstetricia. "Algunos apuntamientos sobre la historia de la ginecología en México", leído en el Congreso Estadístico de Oaxaca. "Conización eléctrica del cérvix, en las endocervicitis crónicas" y "Conceptos quirúrgicos en relación con la gastroenteroanastomosis", en la Segunda y Tercera Asambleas del Hospital Juárez, y en la última de ellas otro titulado: "Diez últimas laparotomías suprapúbicas".

Como se ve, tanto en los trabajos académicos como en los de congresos o sociedades científicas, trató de asuntos ginecológicos, que constituyeron el motivo de su ejercicio profesional predominante.

Hay también algunos dictámenes; entre ellos el que presentó a la Academia con motivo de un trabajo presentado por D. Luis Troconis Alcalá y que titulaba "Nota estadística clínica sobre diversos padecimientos huesosos. Varios casos de osteomielitis", año de 1911. El año de 1916 publicó un folleto que modestamente tituló: "Apuntes sobre Ginecología"; y como demostración de vigor intelectual y amor al trabajo, poco antes de su muerte, otro sobre "Cirugía Ginecológica".

Alejado en los últimos cuatro o cinco años por razones de edad y natural fatiga, de la Academia, lo tuvimos entre nosotros por vez postrera, y si mi memoria no me es infiel, el 15 de diciembre de 1943, en la sesión celebrada en su honor.

Recuerdo con afectuosa emoción las palabras de agradecimiento que me dedicó y la sencilla y sobria alocución que leyó después y que fue la última de su vida académica. En ella, al agradecer la distinción con que se le honraba, tributó sentido home-

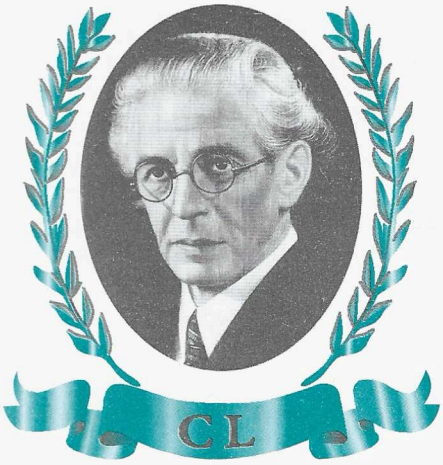
naje a los fundadores y dirigentes de la agrupación; ensalzó la memoria de su condiscípulo, don Julián Villarreal, "Su mentor y hombre de valiente espíritu y carácter tenaz" (palabras textuales). Expresó además como síntesis de su pensamiento, resumen y quintaesencia de su vida estas palabras: "El trabajo ha sido de todos los tiempos y éste ha hecho pensar, observar, crear y realizar las más estupendas empresas del hombre. Por tanto, siendo el trabajo una de las más bellas ofrendas del ser humano, los que se acojan a la máxima suprema de él, serán siempre los más respetables". Y después de comentar y dolerse de las desorientaciones y angustias de las últimas épocas, concluía: "Es inconcluso que, para mejorar o cambiar los factores conocidos que afectan a las agrupaciones humanas y en particular a nuestro país, sólo los hombres bien preparados podrán encauzarlas por el sendero de la razón e inteligencia, con el propósito de unir y estrechar a todos los elementos humanos para despertar en estos grupos el afecto y convencimiento de nuestros deberes sociales".

Tan diáfana, tan honda y tan sincera como los conceptos transcritos, fue su vida, que concordó en absoluto con las bellas ideas expuestas. Sencilla en el porte y en la expresión, esta última desaliñada en veces; recio y firme en su física complexión y en su laboriosidad infatigable; tesoneramente estudioso y sin pretensiones de originalidad, enseñó, trabajó y actuó, reflejando siempre anhelos de modernidad y progreso; forjóse peculiar personalidad médica e independencia económica; dijo en todo caso, francamente, rudamente, su verdad: médica, familiar, social y política; pero su rudeza no fue ataque enconado, expresión de odio o canalización de rencores que jamás tuvo. Encauzó por el sendero de la razón y de la inteligencia a sus alumnos; unió y estrechó con su consejo amigo o su cariñosa ayuda a clientes y familiares; mantuvo siempre el culto de la vida hogareña, y si ni rencores ni odios ni maledicencias empañaron su vivir, fue acaso porque bajo su recia estructura física y su llaneza de expresión palpitó un alma sensible, un corazón de artista y una ingenua espiritualidad, sublimadas por la música, arte por el que tuvo ardiente fervor y entusiasmo sincero. Todos estos factores despertaron en los grupos con quienes trató, al par que afectos inmarcesibles y gratitudes perennes, "un convencimiento ejemplar de los deberes sociales".

El retrato que descubrirá hoy su estimable viuda, es digno de estar al lado de todos los que en épocas pretéritas rigieron los destinos de nuestra Academia.

Cuando en nuestras habituales sesiones contemplo tantas y variadas efigies; cuando desprendiéndose de la obra más o menos valiosa de pintores y retratistas veo la expresión de un rostro, el fulgor de una mirada, la persistencia de un gesto peculiar de los que fueron nuestros académicos presidentes, la evocación de los que conocí, el recuerdo que de las obras de los otros he leído, traen a mi mente y a mi corazón impresiones diversas: la energía de unos, la bondad de otros, la capacidad de investigación de los de allá, el sentido de realidad de los más, la armoniosa conjunción de cualidades y virtudes en los escogidos; y creo entonces y afirmo hoy, que virtudes excelsas, cualidades singulares, dominando todo lo que de perecedero, egoísta y humano hubiesen tenido, marca en su conjunto la ruta espiritual de superación de nuestra Academia, y justifican homenajes como el que ésta tributa hoy a D. Juan Velázquez Uriarte, de quien por sus cualidades anímicas pudiéramos enfáticamente asegurar que cumplió con esta hermosa sentencia del juramento hipocrático: "Pura y santamente conservó su vida y su arte".

José Torres Torija



Ulises Valdés

Vengo a pronunciar unas cuantas palabras de elogio sincero, en honor de uno de los más connotados Presidentes que ha tenido la Academia (1912-1913), a presentar a ustedes una síntesis de lo mucho que significó para nosotros y para la profesión, la vida ejemplar de este Maestro que vivió enseñando todo lo que supo y difundiendo en las publicaciones médicas, todo el enorme caudal de sus conocimientos profesionales. Sus trabajos académicos, la mayor parte originales y sus notas prácticas llevaron el sello inconfundible de su personalidad: marcada tendencia docente. El Dr. Valdés jamás soñó en fantasias clínicas o terapéuticas, todos sus trabajos se inspiraron en la verdad comprobada plenamente por su gran experiencia y saber.

Don. E. Ulises Valdés nació en la ciudad de Morelia, el 24 de febrero de 1875, siendo sus padres don Antonio Valdés, honorable comerciante de la localidad, y doña Ramona C. de Valdés. El destino quiso ponerlo a prueba, dejándolo en la orfandad a la edad de cinco años; pero el destino también le dio un hermano mayor: el Lic. Don Luis, que se encargó de su educación y sostenimiento: sin embargo, poco tiempo después de terminada su educación primaria y mal pasada la mayor parte de su primera infancia, ingresó al primitivo Colegio de San Nicolás, en su época uno de los más antiguos y prestigiados del Continente, donde obtuvo los primeros premios y mención honorifica en todos los años. El medio en que creció fue propicio para inspirarle prematuramente condiciones adecuadas de lucha, de las que dio

prueba bien pronto buscando la manera de ganar dinero para estudiar en mejores condiciones. Aceptó ser dependiente de botica, imponiéndose la obligación de ahorrar la mayor parte de su sueldo con el propósito de estudiar Medicina, propósito que fue un sueño dorado. Ya en esta ciudad se acrecentaron las condiciones desfavorables; pero pronto pudo ingresar como soldado alumno en el Hospital Militar de Instrucción en 1892, y después como ayudante en la clases de Fisiología y de Higiene en la Escuela de Medicina, con lo que ya pudo vivir algo más tranquilo; tres años después, en 1895, daba principio en el Hospital de Jesús su práctica quirúrgica como practicante interno, al lado del distinguido ginecólogo D. Tomás Noriega. Ahí debe haber tomado inspiración por la Cirugía; ahí deben haber comenzado a ser realidad sus lejanos sueños de providencia; ahí términó su carrera en 1897, siendo aprobado por unanimidad los días 7 y 8 de mayo de ese mismo año. Terminada esta primera fase de lucha por su porvenir que tanto bien le hizo se dispuso a emprender otra de mayor importancia e intensidad. Siendo ya médico, llegó al Hospital Morelos, su Alma Mater en 1898, y en el mismo año fue ya nombrado administrador de ese hospital En ese puesto debe haber iniciado sus primeras enseñanzas en asuntos administrativos que más tarde debiera utilizar en favor de su Sanatorio. En 1907 tuvo la fortuna de ocupar el primer lugar entre los ayudantes de aquel gran señor, genial cirujano y clínico eminente don Ramón Macías, que a la vez que maestro fue un gentil hombre, que cubrió plenamente aquel medio a la vez que refugio de tantas aspiraciones, gran apropiado dentro de enseñanzas de donde salieron bellísimas concepciones, novedosas y originales ideas, adelantadas considerablemente a su época. En este medio tan propicio se forjó el espíritu cirujano y la personalidad docente del ilustre y bondadoso D. Ulises Valdés.

Cuán explicable la admiración y el respeto que don Ulises Valdés tuvo por aquel ilustre profesor a quien quiso como un verdadero padre y veneró fielmente hasta después de su muerte en 1903. Ya el caudal de sus conocimientos y su experiencia se habían acrecentado lo suficiente para decidirlo y tomar participación en difícil Concurso Científico por la calidad de los concursantes, para optar la Cátedra de Clínica Propedéutica Quirúrgica; triunfó no sólo en el examen sino ante la opinión facultativa que lo consideró desde ese momento como un médico significativo. Pocos años después, en 1906, ingresaba como Socio numerario a esta Academia en la Sección de Enfermedades de las Vías Urina-

rias presentando un hermoso trabajo acerca del cateterismo de los uretes en la mujer . Desempeñó en los años siguientes varios cargos de orden administrativo en la Beneficiencia Pública; y en 1914, las direcciones del Hospital Juárez y de la Escuela de Medicina, en las que por su breve permanencia le impidieron realizar los trabajos técnicos y administrativos a que estaba acostumbrado. Se inicia la tercera y última etapa de lucha, la más destacada, la más brillante de todas, que culmina con el escalamiento de los cargos más elevados y honoríficos como el de Profesor Honorario de Guadalajara, Profesor Extraordinario de Cirugía Abdominal en la Universidad, Profesor Extraordinario de Cirugía Gástrica en los Cursos del Centenario de nuestra Facultad, miembro residente y fundador en México del Colegio de Cirujanos, Secretario General presidente de uno de los Congresos Médico Nacional, Vicepresidente de uno de los Congresos Panamericanos, Presidente del Colegio Indo-Latino de Cirujanos, Condecoración de la Cruz Roja Española, Comendador de la Orden Finlay, de Oficial de Instrucción Pública de Francia, etcétera.

A esta tercera etapa, la más significada por su rápido ascenso, corresponde la fundación y desarrollo del sanatorio que llevaba su nombre, que todos conocemos sirviéndole para dejar establecido de una sola vez y para siempre, su independencia profesional y la de sus discípulos. Esta organización tan completa ahora, se inició humildemente en su propia casa y consultorio; primero, con una sola recámara para enfermos quirúrgicos, después se aumentan las piezas prudentemente. De acuerdo con el éxito en el trabajo, se multiplica lenta pero continuamente la capacidad material, se hacen indispensables nuevas obras de adaptación, se implantan modernos procedimientos de administración, de estadística, de asepsia, de anestesia; se hace indispensable la publicación de un periódico que publique para el conocimiento de la profesión todo lo que ahí se hace, las enseñanzas del maestro y trabajos de colaboración con los discípulos, y los de todos lo médicos que trabajan en el Sanatorio. Se convierte esta Institución en una verdadera Escuela, donde todos siembran, en donde muchos cosechan óptimos frutos; pero en donde todos practican amplia y concienzudamente el bien común, el bien social. Esta publicación aparece primero en el nombre de Anales del Sanatorio Valdés 1925, 26 y 27, y después por muy largos años, hasta el fin de su vida, como "Boletín del Sanatorio Valdés", cuyo número final fue interrumpido por el doloroso acontecimiento que todos conocemos y lamentamos.

Obra colosal, indiscutiblemente, si se atiende a la época en que fue realizada y a que su formación y crecimiento se debió por entero al esfuerzo e iniciativa personales de su iniciador, al valor y fe en el porvenir, a la firmeza de su carácter superior, a la perseverancia que supo imponer a todos los actos de su vida, pero también, en buena parte, justo es decirlo, a la ayuda incalculable de su esposa, administradora genial, que logró salvar muy fuertes obstáculos, facilitando el desarrollo y desenvolvimiento completos de todos sus proyectos.

Queda ahí su obra, valiente ejemplar de esforzada e inteligente labor, de cariñosa vocación profesional en donde el cirujano ilustre vivió como él quiso cumpliendo sus mejores propósitos de vivir para todos. Recogió para bien y tranquilidad de su espíritu, bellas flores cultivadas en el jardín de sus éxitos profesionales, en particular quirúrgicos, que lo llenaron de estímulo, entre otras la más valiosa de todas: la compañera de su vida, que muy probablemente hirientes espinas, clavadas en su alma por la ingratitud y la injusticia humanas, pero pudo y supo neutralizar ese dolor con sus virtudes y la inmensa bondad de su alma cristiana. Fueron numerosos los trabajos originales que presentó en esta Academia, en primer lugar los que correspondieron a su Sección como el cateterismo de los uretes en la mujer y diversos de la vejiga, contituyendo entonces un adelantado y bello capítulo de la urología moderna; pero también se ocupó de otras especialidades como tautología: herida por arma de fuego en la cabeza con penetración de proyectil y permanencia de él dentro del cráneo; heridas de la región glútea; localización de proyectiles, etc. De cancerología, un caso de carcinoma desarrollado en el muñón del cuello después de histerectomía supravaginal; en algunas operaciones intraabdominales; embarazo síndrome abdominal agudo; pancreatitis hemorrágicas; estómago viral como tratamiento de la peritonitis generalizada; cirugía vascular; consideraciones sobre el tratamiento de Ochsner en las apendicitis agudas; síndrome abdominal agudo; pancreatitis hemorrágicas; estómago binocular, y estenosis del duodeno. Muchos trabajos de orden general, como tratamiento generalizado del peritonitis noma de la vagina con destrucción de la uretra, una parte de la pared posterior de la vejiga y de la anterior del recto, las enfermedades quirúrgicas deben ser tratadas desde luego por la cirugía el radiologista y el cirujano, el diagnóstico histo-patológico en el curso de las investigaciones quirúrgicas, errores de diagnóstico, margen de mil observaciones clínicas, etc., trabajos

de verdadero cirujano general perfectamente avanzado en la resolución de cualquiera intervención quirúrgica.

Fue muy disciplinado, como que la Escuela Americana fue su predilecta, fue la primera que conoció a fondo y lo satisfizo sin desconocer los sistemas de trabajo de otros países; permaneció fiel a lo que conoció mejor: el modo americano de trabajar. Como era natural lo implantó en su Sanatorio hasta donde lo permitieron las circunstancias de nuestro medio. Fue el primero en instalar aparatos de gas para las anestesias y el primero en establecer para intrumentos especiales y aparatos en las salas de operaciones en sus graderías, sus mesas especiales y disposición de arsenal e instrumental, asepsia, etc. Y particularmente, sus procedimientos de estadísticas, de archivo, las formas de la documentación clínica, etc. No ha transcurrido aún el tiempo que humanamente se hace indispensable para recordar serena y fríamente las principales características de una vida ejemplar, como fue la que vivió el ilustre médico y a la vez juicioso y ponderado cirujano Dr. Don Ulises Valdés. Nació para la lucha, vivió valientemente dentro de ella sin quejarse; por el contrario, tuvo en ella un verdadero estímulo a sus aspiraciones, resistió con noble abnegación la intensidad y dureza de sus embates cuantas veces el destino lo quiso. Por estas condiciones y circunstancias dificiles y como lógica consecuencia se inició un firme y gradual escalamiento, un constante ascenso hacia las cumbres elevadas de un sólido prestigio que alcanzó al fin, sobrepasándolo. Qué enorme labor material y qué envidiable cosecha intelectual puesta al servicio de todos. Pensó con justicia que la vida no tiene razón de ser ni debe existir si no es para el bien común, por eso fue la de él una verdadera consagración profesional. Su enorme y valiosa experiencia produjo numerosos y bien madurados frutos traducidos en magníficos consejos prácticos, útiles detalles operatorios y curativos, que en forma sintética, sencilla y clara presentaba continuamente haciéndose imposible por tal circunstancia el error en su aplicación; produjo igualmente trabajos descriptivos de verdadera técnica operatoria admirablemente dispuestos y adaptados al espíritu que animaba el propósito terapéutico relacionado con cualquier padecimiento quirúrgico que se proponía estudiar. Sus enseñanzas, inclusive las más valiosas, fueron para todos, para sus discípulos predilectos en primer lugar, en quienes vació todo el cariño que tuvo y hasta las delicadezas y atenciones de verdaderos hijos. La pérdida definitiva y tan lamentable de este gran maestro significa

para ellos un vacío insustituible, la ruptura de la pieza principal de un motor en el engranaje de su admirable actuación profesional, aparte del hondo pesar, la intranquilidad que se aferra y destroza una hermosa organización afectiva que tuvo refugio y protección en la más leal de las amistades y en la comunidad de los demás caros intereses científicos por el bien humano. Fueron también sus enseñanzas para los amigos y compañeros, a quienes no solamente colmó de atenciones sino de honores llevándolos a formar parte de sociedades científicas extranjeras, buscando en ello dar significación profesional y prestigio en el exterior al médico mexicano. Qué hermosa labor de verdadero y sano patriotismo.

Para los médicos en general y para nosotros sus amigos en particular, constituye su ausencia definitiva un amargo y doloroso acontecimiento, que nos invita a refugiarnos en el recuerdo constante de su grata memoria, de la memoria venerable de ese maestro que practicó el bien durante toda su existencia, y que realizó prematuramente y con el mejor acierto, un verdadero servicio social. Por eso he dicho que no ha pasado aún el tiempo indispensable para recordarlo serenamente. Sus familiares, los más íntimos de sus discípulos y amigos, no pueden permanecer sin conmoverse ante la huella dolorosa que su partida ha dejado en nuestros corazones y que provoca, a pesar nuestro, crisis de angustia y de opresión, la humedad y brillo en nuestros ojos, o la involuntaria salida de nuestras lágrimas.

A la que fue su respetable esposa, a la cariñosa y digna compañera de toda su vida y hasta el último instante testigo de sus penas y de sus triunfos, que también fueron de ella; a la que fue integración de alto valor en el común esfuerzo tierno y poderoso sostén espiritual en los momentos difíciles, mujer inteligente y alentadora por excelencia, a ella le hemos suplicado su presencia, igual que a todos los suyos, a esta sesión en que se está honrando la memoria del maestro desaparecido, del admirable cirujano, del amigo incomparable, para que en presencia de todos nosotros se sirva retirar el lienzo que cubre su retrato. Nosotros como ella, poseídos de nuestro deber, lo dejaremos entronizado en este sitio de honor que corresponde a los hijos predilectos de nuestra Academia; aquí será admirado por las generaciones venideras que sabrán por nosotros quien fue él, mientras la existencia de nuestra Corporación no se extinga; pero aún así quedan sus discípulos encargados de imitar el ejemplo y el gesto de amorosa veneración y respeto que él tuvo

al más grande de sus maestros, el Maestro Macías, y estoy cierto que mantendrán encendida constantemente, dentro de su corazón, la lámpara votiva de su gratitud, recordando al sabio maestro y al incomparable amigo, que supo alcanzar por sus grandes merecimientos, la gloria de la mortalidad.

Academia Nacional de Medicina

Rafael Silva

A la memoria del Dr. Rafael Silva, Presidente de la Academia en 1928-1929, por el Dr. Luis S. Viramontes, académico de número.

Una bondadosa deferencia del Sr. Secretario Perpetuo de nuestra Academia, que hondamente agradecemos, nos depara el singular honor de presentar ante tan distinguido auditorio, una breve biografía del Sr. Dr. D. Rafael Silva, dignísimo Presidente que fue de la Academia Nacional de Medicina.

Vio la primera luz en la Ciudad de México el día 3 de octubre de 1876, habiendo sido sus padres el inspirado bardo michoacano don Agapito Silva, y la respetable señora doña Loreto Zayas, culta y distinguida matrona, quien le inculcó no sólo una fina educación sino que le inició, además, en los conocimientos musicales que desarrollados posteriormente con gran virtuosidad, hubieron de formar la exquisita personalidad artística que solamente en la intimidad nos fue posible admirar.

Sus estudios preparatorios que inició en nuestra Escuela Nacional Preparatoria el año de 1888, los realizó con extraordinario aprovechamiento, alcanzando en todos sus exámenes las más altas calificaciones. Su ingreso en la Escuela N. de Medicina, el año de 1893, abrió una etapa llena de triunfos, pues siguió destacándose de entre el grupo de sus compañeros por su clara inteligencia, su asiduidad en el estudio y su notorio aprovechamiento. El mejor éxito de sus estudios médicos lo constituyó su examen profesional, sustentado los días 17 y 18 de julio de 1893.

Durante su práctica clínica, que hizo en el prócer y decano Hospital de Jesús, bajo la dirección de su maestro de clínica médica, el ilustre Dr. D. Manuel Carmona y Valle, se destacó el joven estudiante por sus dotes de observación y perspicacia que le hacían avalorar con justeza los datos recogidos en sus exploraciones clínicas; estas dotes del estudiante, unidas a su personal simpatía y fina educación, le captaron la profunda estimación que siempre le profesó el Sr. Carmona y Valle.

Igualmente estimado y muy particularmente distinguido fue también el Dr. Silva por otro de nuestros maestros preclaros, el genial cirujano y notable oculista D. Fernando López, quien le inició en el estudio de esta bella especialidad, que fue uno de los más caros amores de su vida científica. El Dr. Silva conquistó tan honda y merecidamente el afecto del Dr. Fernando López, que se le consideraba en aquel respetable hogar como uno de sus íntimos predilectos.

Tras una breve y fructuosa práctica de la medicina general, e impulsado por el anhelo de consagrarse de lleno al estudio de la disciplina que tanto le cautivaba, pudo, por fin, hacer un viaje al Viejo Mundo el año de 1904. Fue en París donde inició sus estudios de oftalmología bajo la dirección del brillante maestro Prof. De Lapersonne, quien al igual que sus maestros mexicanos le distinguió no sólo con sus preferencias de profesor, sino también con su estimación y afectos personales, como nos cupo la satisfacción de oírlo de los labios de tan ilustre maestro, casi un cuarto de siglo después del paso del Dr. Silva por aquella clínica parisina.

Terminada su educación de oftalmólogo en la Ciudad Luz, se trasladó el Dr. Silva, sediento de más saber, a la renombrada Clínica del Prof. Fuchs, en Viena. La dificultad de la lengua alemana, que entonces desconocía el Dr. Silva, fue un escollo que le impidió el inmediato acceso a aquella aula que tanto le atraía. El joven médico mexicano se consagró al aprendizaje del idioma con el tesón y la dedicación en él característicos y, al cabo de breves meses, pudo presentarse al sabio profesor vienés, ya capacitado para asistir fructuosamente a sus lecciones. El Profesor Fuchs en Viena, como el Dr. López en México, lo colmó de distinciones y le abrió las puertas de su hogar, en donde era recibido con entusiasta cordialidad, pues esas reuniones íntimas en la casa de su venerado maestro vienés le brindaban la oportunidad de dar expansión a su exquisito y refrenado temperamento musical.

Durante su permanencia en la romántica Viena tomó cursos especiales con los prominentes profesores Salszman, Wintersteiner, Meller, Elsching, Hanke y Lauber, acerca de enfermedades internas y externas del ojo, refracción, cirugía ocular, anatomía patológica, etc.

Juzgó acertadamente que, para hacer más completo el acervo de sus estudios oftalmológicos, debía ampliarlos extendiéndolos al dominio de la oto-rino-laringología y decidió asistir a la Clínica del Prof. Hajek, demostrando tal asiduidad y aprovechamiento que alcanzó la señalada distinción de que el maestro lo nombrara su asistente.

En viajes posteriores de estudio asistió nuevamente en París a las clínicas de los Profesores Galezowski, Landolt y De Lapersonne. Ingresó, en Berlín, a la Clínica del Prof. Greff, en el Hospital de La Charité, para perfeccionarse en el estudio de la anatomía patológica de los ojos; y en el certificado que este ilustre profesor le extendió al final de su curso, expresa que "juzgo al Dr. Silva apto para hacer por sí solo toda clase de investigaciones en esta rama de la ciencia". El Profesor De Lapersonne le llama su ilustrado asistente; y cuando después de un curso de bacteriología ocular que siguió en Freiburg, bajo la dirección del Prof. Axenfeld, le expide la constancia respectiva, le declara "un hábil y concienzudo investigador".

De regreso a nuestra patria, se consagra de lleno y con verdadero entusiasmo al ejercicio profesional con notable éxito. Cuando se sintió la necesidad de crear en México una clínica de oftalmología para la formación de especialistas debidamente preparados, la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, tomando en debida consideración los brillantes éxitos obtenidos por el Dr. Silva en su paso por las clínicas europeas, le comisionó hacia fines de 1910 y a raíz de la creación de la Facultad de Altos Estudios, para que estudiara en los principales centros docentes del Viejo Mundo, la organización de las clínicas oftalmológicas a fin de que se propusiera lo necesario para la creación, en la mencionada Facultad, de la Clínica Oftalmológica Superior.

Reingresa a la clínica de su sabio y venerado maestro el Profesor Fuchs de Viena, en donde trabajó con toda asiduidad hasta mediados de 1911; y como fruto de esta nueva etapa de sus estudios, publicó en alemán un concienzudo estudio sobre "Quistes perlados del iris", que mereció la aprobación y el encomio de su ilustre maestro, quien le otorgó una honrosa constancia de su nueva permanencia en la clínica, como asistente voluntario

y declara que "el Dr. Silva de México ha terminado su educación tanto desde el punto de vista práctico como científico y que le considera capaz de dirigir cualquier clínica oftalmológica". Completa su comisión científica recorriendo, después, las principales clínicas de Austria, Alemania, Holanda, Bélgica, Suiza, Francia o Inglaterra; y antes de regresar a su país, las principales de los Estados Unidos del Norte.

A principios de 1912 llega a México, a dar cuenta de la honrosa misión que le fuera confiada; el Rector de la Universidad, con apoyo en la opinión de la Junta Central de Profesores, le designó para profesor de la Clínica Oftalmológica en la Facultad de Altos Estudios. Las condiciones políticas y económicas que prevalecían en aquel entonces no permitieron llevar a cabo la fundación de la mencionada cátedra; y no fue sino hasta principios de 1916 cuando pudo ser una realidad la apertura de ésta, teniendo su sede en el benemérito Hospital de Nuestra Señora de la Luz.

En ese mismo año y en el apogeo de sus brillantes éxitos académicos, realiza una de sus más caras ilusiones; enlazar su vida a la de una distinguida y estimabilísima dama, la señorita doña Elena Villarreal, miembro de prócer y patriarcal familia neoleonesa y que fue la noble y dulce compañera de su vida, fundando un honorable y santo hogar que constituyó un oasis en medio de su intensa vida profesional.

En el año de 1922 y con objeto de atender a su quebrantada salud, vuelve nuevamente a Europa. A consecuencia de una intervención quirúrgica, sufrió una gravísima infección del sistema venoso, en donde quedó fatalmente depositada la simiente que había de tronchar su fecunda vida. Era tan grande el anhelo de saber que acosaba al Dr. Silva, tan vehemente su deseo de estar siempre al día en los conocimientos relativos a su profesión, que convaleciente aún y sufriendo todavía las consecuencias de su penosa enfermedad, se trasladó a Suiza en busca del Profesor Vogt, quien daba un curso sobre los entonces modernísimos métodos de microscopia ocular, visitando después, nuevamente, las clínicas de sus viejos maestros franceses, alemanes y austríacos.

Fue el Hospital de Nuestra Señora de la Luz el centro predilecto de las actividades científicas del Dr. Silva; y ya en la cátedra mientras fue profesor, ya fuera de ella, que fue la etapa más dilatada de sus actividades, prodigó por más de un tercio de siglo, generosamente, para unos las enseñanzas sabias, hijas de su larga y erudita experiencia, para los desvalidos los cuidados profesionales impartidos con exquisita delicadeza, hijos

de su vasto saber y de su noble corazón. Allí derrochó a manos llenas su saber y su caridad; y todavía la víspera de la traidora acometida de la implacable segadora, recorrió las salas de ese hospital que él consideraba como algo muy suyo, como su obra predilecta.

Ese hospital guardará amorosamente la memoria del Dr. Silva, porque su espíritu allí queda; allí se perpetuará, como un culto, el recuerdo de sus enseñanzas, de sus desvelos, de sus notables trabajos y de sus brillantes éxitos; mientras haya un estudiante en sus aulas y desvalidas que acudan en busca de luz para sus ojos, la supervivencia de sus enseñanzas y la evocación de su ejemplo nos harán sentirlo todavía, entre nosotros.

El Sr. Dr. Silva produjo numerosos estudios científicos; Enumeraremos tan sólo los más importantes. Escritos en alemán: "Cuerpos coloides de la retina y de la coroides", "Investigaciones experimentales acerca de la acción del sulfato de zinc sobre los diplobacilos", "Los quistes perlados del iris". Estos trabajos fueron hechos en las Universidades de Viena y de Freiburg, aprobados por los Profesores Fuchs y Axenfeld, y publicados en "Klinische Monatblat für Augenheilkunde". En francés: "Técnica quirúrgica para la extracción del cisticerco subretiniano" (trabajo de ingreso en la Societé d'Ophtalmologia de París), primer miembro mexicano que contó ésta en su seno. En México: "Los diplobacilos en oftalmología", tesis de concurso para optar al sillón vacante en esta Academia por fallecimiento del ilustre profesor Dr. José Ramos; "La asepsia y la antisepsia en cirugía ocular", "Estudio sobre los cisticercos del cuerpo vítreo", "Interpretación de las alteraciones del fondo del ojo en los traumatismos intracraneanos", "Estudio clínico sobre la diplopía", "La conjuntivitis de piscina" y otros más que corren publicados en nuestra Gaceta.

Nuestro biografiado perteneció a numerosas Asociaciones científicas. En México: Academia Nacional de Medicina, Sociedad Mexicana de Oftalmología y Oto-rino-laringología, Sociedad de Geografía y Estadística, Academia de Ciencias "Antonio Alzate" (miembro honorario), Ateneo de Ciencias y Artes de México, Sociedad de Cirugía de Guadalajara (miembro honorario), Academia Mexicana de Cirugía. En Europa: Societé d'Ophtalmologie de París, Societé Francaise d'Ophtalmologie, Ophtalmologische Gesellschaft von Heidelberg, Ophtalmologische Gesellschaft von Wien, Sociedad de Oftalmología del Reino Unido de la Gran Bretaña, Asociación Oftalmológica Italiana, Academia Nacional de

Medicina de Madrid (miembro honorario). En Estados Unidos de Norteamérica: *American Medical Association, American College of Surgeóns, Texas Ophtalmological and Oto-rino-laryngologieal Society* (miembro honorario), *American Board Ophtalmological Examination, Ophtalmological Academy.*

Fue distinguido con las condecoraciones de Caballero de la Legión de Honor (Francia) y de Gran Oficial de la Orden de Finlay (Cuba). Si fueron numerosos los cargos científicos que desempeñó el Dr. Silva, en cambio en el mundo oficial solamente ocupó la Jefatura del Departamento de Salubridad, puesto al que le llevó, más que alguna influencia política de la que siempre huyó, su vasta y reconocida cultura científica, así como sus relaciones internacionales que cultivaba con brillantez.

La Academia Nacional de Medicina de México se honra esta noche colocando en la galería de sus presidentes desaparecidos el retrato del señor Dr. D. Rafael Silva.

Maestro: Tú has traspuesto ya los dinteles de la vida transitoria para hundirte en el amanecer radioso que no tiene ocaso: penetraste ya en el huerto cerrado en donde habrás encontrado trasmutadas en blanquísimas e inmarcesibles rosas, las lágrimas que aquí amorosamente enjugaste... Si el Destino no quiso que perpetuaras tu ilustre nombre en una sucesión familiar, te concedió, en cambio, la realización de la inmortal sentencia del inmortal bardo latino, pues erigiste con tu vida un monumento más perdurable que el bronce.

Luis S. Viramontes

Palabras del Dr. Alfonso Pruneda, Secretario Perpetuo de la Academia Nacional de Medicina, en los funerales del Dr. Rafael Silva, Presidente que fue de la Academia en 1928-1929.

Hace 34 años regresaba de Europa un joven médico, tenía 33 años de edad, que había sido pensionado algunos años antes por el Presidente de la República para perfeccionar sus estudios de medicina. El joven médico era también un artista, tocaba muy bien el piano, aun había compuesto algunas piezas de música; de manera que al saber de su viaje al extranjero, contaba él mismo y lo confirmaban sus amigos, por algunos días estuvo indeciso en solicitar del presidente que la beca que se le iba a otorgar fuera para hacer estudios musicales y no para hacer estudios médicos.

Este médico artista era el Dr. Rafael Silva, cuya muerte inesperada ha llenado de dolor a sus familiares, especialmente a la respetable compañera de su vida, y de pena a quienes fuimos sus

amigos, sus colegas o sus clientes. Seguramente que si el joven médico hubiera empleado su tiempo en Europa, utilizando sus muy apreciables dotes artísticas, nuestro país no habría ganado tanto como ganó cuando, al resolverse por los estudios médicos, puso al servicio de México su inteligencia, sus conocimientos y su personalidad clínica en el importante campo de la oftalmología. En aquellos lejanos tiempos se supo que D. Porfirio Díaz, que estimaba mucho a Rafael Silva, le había dicho: "También en el arte puede usted servir a México"; pero este servicio se orientó hacia la ciencia y hacia el ejercicio profesional de la medicina, lo que ni el Presidente, ni el Dr. Silva ni nadie, lamentaron hubiera sucedido.

Poco tiempo después de regresar a la patria, enriquecido con el caudal de enseñanzas recibidas de eminentes maestros europeos, Rafael Silva aspiraba a ocupar una plaza vacante en la Sección de Oftalmología de la Academia Nacional de Medicina, Entonces presentó una memoria titulada "Los diplobacilos en oftalmología" en la que daba a conocer el resultado de sus observaciones clínicas y experimentales sobre algunas enfermedades contagiosas de los ojos y recomendaba, como resultado de aquéllas, el tratamiento por el sulfato de zinc, que entonces comenzaba a usarse y que todavía sigue siendo muy eficaz en aquellos padecimientos. La memoria fue juzgada, como entonces era de rigor, por una comisión formada por los distinguidos académicos y reputados oculistas doctores Agustín Chacón, Lorenzo Chávez y Emilio F. Montaño. El dictamen fue favorable al solicitante y en sus conclusiones, sus jueces reconocían en el Dr. Silva "aplicación al estudio", la importancia en sus trabajos científicos; su "honorabilidad acrisolada" y declaraban a su "personalidad fuera de toda discusión". No habría podido hacerse mejor elogio del joven académico que ingresaba a la corporación el 9 de enero de 1910, que iba a contribuir a su prestigio con numerosas e importantes memorias sobre asuntos oftalmológicos, fruto de su cada vez más copiosa experiencia clínica, en la clientela privada y en los hospitales, y que precisamente por esta valiosa contribución habría de ser justamente honrado con el voto de sus colegas para ocupar la presidencia de la Academia de 1928 a 1929.

Como presidente, Rafael Silva pudo poner en práctica aun cualidades personales: actividad, decisión, simpatía, aptitud para estimular, ecuanimidad en las discusiones y el don de gente que siempre le caracterizó. Todo esto unido al inteligente empeño que

tomó en desempeñar deveras su cargo, hizo que la presidencia del Dr. Silva se distinguiera claramente. Cuando, al dejar el puesto, pronunciara el 1º de octubre de 1929, es decir hace casi 15 años, el discurso presidencial reglamentario, al resumir la experiencia de su gestión presidencial y de su convivencia más íntima con la Academia, apuntaba que esta podría mejorar su labor si hiciera dos cosas : 1º. Dar facilidades a los académicos para trabajos de investigación, con lo que revelaba de nuevo su interés por esta clase de actividad médica; y 2º. Obtener colecciones de revistas, para estar al tanto de la ciencia mundial, para formar un centro educativo y social, y abrir sus puertas a los médicos del país y a los estudiantes, formando así lazos de unión entre lo presente y lo futuro. Estas palabras, que he citado casi textualmente, fueron anticipo de la idea y de los propósitos que han ido surgiendo cada vez con más energía en la Academia y en otros grupos médicos, para ampliar su acción social y, particularmente, para crear una gran biblioteca médica mexicana, de la que el núcleo fundamental fuera la "Hemeroteca Médica Nacional".

Estoy hablando en nombre de la Academia Nacional de Medicina, que no va a limitarse a rendir este homenaje cordial al querido colega, ante esta tumba que pronto va a cerrarse; sino que no tardará mucho tiempo en honrarse colocando en su salón de actos, dentro de la galería de presidentes, el retrato del médico honorable, el catedrático doctor, el amigo leal, al filántropo ciudadano, que fue Rafael SiIva. Pero no puedo al señalar estas cualidades dejar de honrar personalmente a quien fue por muchos años amigo mío y a quien algunos de los míos debieron eficaces y bondadosas atenciones profesionales. Entre quienes nos hemos congregado para despedirnos de su figura corporal, hay muchos a quienes ligaron idénticos sentimientos con el ilustre médico, cuyo recuerdo se avivará con el tiempo. Por eso es digno de señalarse, como lo hago, que alrededor de esta tumba podamos ver junto a doloridas damas, distinguidas personalidades políticas de ideas distintas (entre ellas dos ex presidentes de la República), militares de alta graduación, prominentes hombres de negocios, médicos, abogados, y otros profesionistas distinguidos, viejos y jóvenes, y también gente humilde que recibió los beneficios de la obra profesional del Dr. Silva. Solamente cuando se trata de hombres como éste, se congregan alrededor de su tumba quienes ahora lo han hecho.

Vemos a dejar ya en paz este cadáver. Lo que del Dr. Silva no ha muerto, seguirá viviendo eternamente. Pero quienes hemos

acompañado su cuerpo hasta este lugar podemos y debemos hacer nuestras, seguramente, las palabras con que Rafael Silva terminaba el elogio de otro gran médico mexicano, también eminente oculista, el Dr. José Ramos, al ocupar en la Academia Nacional de Medicina el sillón que al morir dejaba vacante: "No dejar nunca que se extinga la memoria del maestro ausente, del compañero infatigable, del hombre que ha dado honra a nuestra sociedad, a nuestra ciencia y a nuestra patria".

Con estos firmes propósitos, la Academia Nacional de Medicina se inclina reverentemente ante los despojos mortales de quien fuera su sexagésimotercer presidente.

Luis S. Viramontes

Samuel García

Pocos podrán olvidar al viejo Colegio de San Ildefonso, construido por los padres jesuitas en el siglo XVII, y que fue destinado, desde el triunfo de la República, en 1867, a la Escuela Nacional Preparatoria. Tampoco olvidarán sus patios, ni sus cuadradas columnas y arcos de piedra barroqueña.

Muchas generaciones de inquietos estudiantes han pasado por sus aulas y corredores.

En ese vetusto edificio conocí, en el año de 1916, al doctor Samuel García cuando yo estudiaba Lógica y Psicología. El maestro había pasado de la madurez de edad. Era su estatura, más baja que la mediana; los cabellos eran blancos, peinados cuidadosamente hacia atrás; la tez morena. El bigote blanco cubría la sonrisa bondadosa. Tras los limpios espejuelos, sostenidos por delgados arillos de oro, dirigía tranquila y escrutadora mirada. Vestía y calzaba cuidadosamente.

Era una mezcla feliz y proporcionada de pulcritud y de modestia, de elegancia y sencillez, de rigidez y bondad.

Su puntualidad para impartir sus lecciones era proverbial. Medía su tiempo con un hermoso reloj de oro, con dos tapas, que después de separado de una fina cadena, lo colocaba sobre el pupitre, para marcar, con precisión, el principio y fin de una clase, o los minutos de duración de un interrogatorio en el examen.

A las ocho de la mañana, en punto, sonaba la clamorosa y vieja campana. Don Samuel penetraba al Aula Justo Sierra, y

cuando reinaba absoluto silencio entre los alumnos, iniciaba sus lecciones, con su frase acostumbrada: "Dice William James...".

Muchos años después, cuando ya de avanzada edad desempeñaba con tino y energía el cargo de director de su querida Escuela Nacional Preparatoria, en discurso improvisado, y después de un banquete, organizado en su honor, decía estas palabras que por sí solas explican su manera de ser:

"Constituimos, los profesionistas, los maestros, los universitarios, una aristocracia. Mas no la aristocracia de la sangre, porque no somos arios puros, y sobre todo, porque somos demócratas; ni la aristocracia del dinero, porque la Universidad es pobre y nosotros también. Constituimos la aristocracia del pensamiento".

Era la idea de los hombres de su tiempo. Ya el maestro Justo Sierra había clamado, en ocasión inolvidable, el mismo pensamiento: "Sois un producto de selección escogido dentro de la substancia popular, encargado de realizar un ideal ético y social encerrado en estas palabras: Democracia y Libertad".

Don Samuel, el atildado caballero, el distinguido maestro, era un producto de selección escogida dentro de la substancia popular y había de contribuir a que se realizara dentro de su campo, un ideal ético y social.

Porque nació en Jalapa el 5 de marzo del año de 1862 de trascendencia para México y para América, sesenta días antes de aquel gran acontecimiento histórico que en fecha reciente se ha conmemorado, Jalapa es como otras ciudades de Veracruz, sitio de imborrables recuerdos.

Los padres de Samuel fueron don Marcos García, obrero textil, y doña Delfina Rodríguez.

El tiempo y el lugar fueron pues, propicios para que el futuro maestro pudiera llegar, con los años, a ser producto de selección surgido dentro de la substancia popular.

Jalapa fue ciudad donde al amparo de la fértil tierra y la tranquila paz provinciana se desarrollaba una educación esmerada para la juventud de entonces. En la misma Jalapa, pocos años después, Enrique Rébsamen formó una legión de brillantes y abnegados maestros que fueron los apóstoles de la enseñanza elemental en nuestro país. Los educadores de la Escuela Normal de Jalapa, formaron las raíces de la Escuela Normal de México.

La Escuela Preparatoria de Jalapa fue almácigo de futuros intelectuales. En ella, el joven García, después de ser maestro de matemáticas, obtuvo una pensión del Gobierno del Estado de

Veracruz, para llevar a cabo sus estudios de Medicina. Vino a la Ciudad de México, y viviendo en la casa número uno de la calle de la Pulquería de Palacio (hoy 1a. de la Soledad), casa de su tutor, don Joaquín Rodríguez, ingresó a la Escuela de Medicina (entonces dirigida por el Dr. Francisco Ortega) el 31 de enero de ese año de 1881.

Sustentó su examen profesional los días 25 y 26 de junio de 1886, ante el jurado constituido por los doctores Manuel Carmona y Valle, Joaquín Vértiz, Tobías Núñez, Ramón Macías y Manuel Gutiérrez Zavala.

Después de veinte años de ejercer la Medicina en su ciudad natal, en cuya Escuela Preparatoria desempeñó el cargo de profesor de Sicología y de Lógica, regresó a la Ciudad de México, donde destacaban en el campo profesional y científico, el Dr. José Terrés, su compañero de aulas, y un grupo de afanosos discípulos de este último.

No concebía don Samuel García ejercer la Medicina en función de una "profesión liberal". Repartía su tiempo con sistemática exactitud, entre sus labores docentes y médicas, y por las noches, en la intimidad del hogar, en el cultivo de la buena música.

Era médico de una importantísima compañía de seguros, cargo que no puede confiarse, sino a quien posee recto sentido clínico; responsable y completa calma; sólida cultura médica; urbanidad con dignidad, y una moral en toda prueba. En la Escuela Normal para señoritas impartía las interesantes asignaturas de Sicología y de Lógica; si la primera es parte de la fisiología, la segunda toma parte de la filosofía.

No está por demás recordar lo que dijo en cierta y solemne ocasión don Justo Sierra: "Una figura de implorante, vaga hace tiempo en derredor de los *templa serena* de nuestra enseñanza oficial; la Filosofía. Nada más respetable ni más bello. Desde el fondo de los siglos en que se abren las puertas misteriosas de los santuarios de Oriente, sirve de conducto al pensamiento humano ciego a veces... esa implorante es la Filosofía; una imagen trágica, que conduce a Edipo, el que ve por los ojos de su hija, lo único que vale la pena de verse en este mundo, lo que no acaba, lo que es eterno".

Don Samuel García admiraba a esa figura implorante, y la admiraba con ese ardor, que su preparación científica y positivista le hacía disimular.

Desde que al triunfo de la República se había implantado el positivismo de Comte por Gabino Barreda, y la educación su-

perior se comprendía en un cuadro de estudios que comenzaba por las matemáticas y terminaba por la sociología. El sistema filosófico había envejecido, pero los médicos o mejor dicho, muchos médicos, entre otros Terrés y sus discípulos adoptaban la dialéctica comtiana en la discusión de los problemas clínicos, sanitarios, docentes y en los relativamente escasos de la investigación científica.

Cuando don Samuel García fue nombrado profesor de Lógica y Sicología, en la Preparatoria, tanto en su enseñanza y en el libro de texto que escribió, se opone al positivismo "ortodoxo", ya para entonces atacado por Bergson en Francia y por Antonio Caso, en México.

Ingresó a la Academia el 9 de febrero de 1910, previa lectura de su trabajo "Relaciones del Médico con el Seguro de Vida y responsabilidad que pudiera incurrir al respecto". El trabajo, pudo ser considerado entonces de limitado interés, pero, después de medio siglo, la seguridad social se ha extendido considerablemente, y por lo tanto, el trabajo del doctor García debe ser considerado como básico.

De su digna y ecuánime labor en la Academia, se ocupó ya el Dr. Miguel Bustamante en luctuosa ocasión, pero bueno es recordarle como Presidente de nuestra Sociedad en los años de 1915 y 1916, años angustiosos en nuestra historia. La situación política era confusa, y más que confusa, anárquica. Las luchas armadas entre diversos grupos eran sangrientas. El pueblo padecía hambre y desnutrición. Sufrió las epidemias de tifo, tifoidea, viruela y disentería. La Academia continuaba trabajando con asiduidad bajo la dirección de su puntual Presidente.

Desde 1917 don Samuel, fue profesor de Terapéutica Médica en la Escuela de Medicina. La enseñanza era netamente teórica, ni podría ser entonces de otro modo. Faltaban elementos para la enseñanza de Farmacología basada en el laboratorio, pero sería innoblemente injusto censurar al profesor, que como tantos de su época, no podía hacer otra cosa que trabajos de síntesis de lo hecho en otras partes, y transmitir a sus alumnos con desinteresado empeño, los resultados de sus estudios.

Hoy no se concibe la enseñanza de la terapéutica médica, sino con firmes bases farmacológicas, y ésta a su vez con buena práctica en las técnicas de laboratorio. Pero entonces, a falta de experimentación, se recurría a la dialéctica y a su vez no se acudía a los trabajos de laboratorio, porque los "hombres prácticos", que nunca faltan, consideraban que las prácticas de labo-

ratorio eran inútiles para el estudiante. Hoy día, las normas han cambiado, pero esto es debido a un lento proceso.

En 1925 el profesor de Fisiología, doctor Fernando Ocaranza, había llegado a ser director de la Escuela de Medicina, e iniciaba una serie de trascendentales reformas. En la clase de Terapéutica Médica, en vez del didáctico pero anticuado libro de Manquat, se adopta el de Paul Carnot; fue entonces cuando ingresé al cuerpo docente de la Facultad, como ayudante del doctor García, en su clase de Terapéutica.

Me es gratamente emotivo recordar la caballerosidad del anciano. El doctor José Joaquín Izquierdo pugna porque se amplíen en el laboratorio las disciplinas fisiológicas.

En 1933, en poco más de un año, el director Ignacio Chávez lleva a cabo el más importante impulso logrado hasta entonces en las ciencias básicas. Viejos salones se convirtieron en cómodos laboratorios. La Farmacología Experimental se implantó, por razones del momento; si bien queda incluida en el cuadro de estudios, los trastornos del momento hacen que queden en suspenso.

En el año de 1939 tocó a los Dres. Ramón Pérez Cirera y Francisco Fernández del Castillo iniciar la nueva disciplina de la Farmacología, y cuando la Facultad se trasladó a la Ciudad Universitaria, la cátedra contaba con suficientes elementos para la enseñanza de laboratorio.

No fue el doctor García quien se opusiera a semejante renovación. Antes bien, a cada nuevo paso que se daba, manifestaba su satisfacción e interés. Como que el respetado maestro, cuya vida se extinguió lenta, muy lentamente, como lámpara que ilumina hasta sus últimos momentos, comprendía al maestro Justo Sierra, cuando dijo:

"Los fundadores de la Universidad de antaño decían: La verdad está definida, enseñadla. Nosotros decimos a los universitarios de hoy: La verdad se va definiendo: buscadle".

Francisco Fernández del Castillo

Everardo Landa

La Mesa Directiva de esta Academia me ha designado para hacer ante ustedes una semblanza del doctor Everardo Landa, con motivo de la colocación de su efigie en la galería de sus antiguos presidentes.

Realmente me siento cohibido al hacerlo, pues si bien tuve oportunidad de tratarlo en los largos años en que él impartió su cátedra en mi servicio del Hospital General, dicho trato fue superficial, dada la diferencia de edades y su carácter serio y reservado.

Sin embargo, ayudado por su *currículum vitae*, por los artículos necrológicos publicados con motivo de su muerte y los datos proporcionados gentilmente por su familia, trataré de presentar ante ustedes algunos aspectos de su polifacética y recia personalidad.

Nacido en la ciudad de Toluca el 24 de noviembre de 1877, hizo sus estudios primarios en dicha ciudad. Los inició al lado de su padre, abogado y eminente pedagogo, uno de los fundadores de la Escuela Normal para Maestros de Toluca y catedrático del Instituto Científico y Literario del Estado de México, institución en la que nuestro biografiado hizo sus estudios preparatorios.

Vino a la Ciudad de México a cursar la carrera de médico cirujano en la Escuela Nacional de Medicina. Durante sus estudios fue practicante del extinto Hospital de San Andrés y del "Concepción Béistegui", donde trabajó al lado de los doctores Francisco de P. Chacón y doctor José Olvera.

Sustentó su examen profesional en los días 19 y 20 de septiembre de 1901 presentando su tesis sobre "La anestesia quirúrgica por la inyección raquidiana de cocaína"; fueron sus jurados los señores Fernando Zárraga, Francisco Vázquez Gómez, Carlos Tejeda, Francisco Hurtado y Adrián de Garay.

En 1933 obtuvo el grado universitario de Doctor en Ciencias Biológicas de la Universidad Nacional Autónoma.

Después de ejercer durante breve tiempo en San Andrés Chalchicomula y ser médico viajero de una compañía de seguros, vino por fin a establecerse en esta capital.

Desde muy pronto se inició en la docencia como profesor de Academias de Biología, y de Anatomía, Fisiología e Higiene en la Escuela Nacional Preparatoria. En nuestra Facultad desempeñó como Titular los puestos de Jefe de Clínica de Obstetricia durante cuatro años y de Profesor de Clínica de Obstetricia para Parteras desde 1915 hasta la fecha de su retiro. Interinamente fue Jefe de Clínica Quirúrgica, Profesor de Patología Médica y Profesor de Obstetricia Teórica y de Clínica de Obstetricia para Alumnos.

En sus cátedras se distinguió por su estricta puntualidad, su exigencia de la disciplina y por el método lógico y ordenado para el estudio de las enfermas, que aprendió al lado del eximio maestro don José Terrés.

Sin abandonar su clase, fue Jefe de la Enseñanza de Enfermería y Obstetricia que dependía entonces directamente de la Facultad de Medicina, hasta que logró que se fundase la Escuela de Enfermeras y Parteras como entidad autónoma, la cual dirigió hasta sus últimos días.

Su carrera médica la inició como internista y trabajó intensamente como investigador en el Instituto Médico Nacional, donde tuvo a su cargo el estudio terapéutico experimental de las drogas autóctonas. Después, dirigió sus pasos hacia la especialidad de obstetricia, y organizó y dirigió durante muchos años una Maternidad de Beneficencia Privada. Son muy numerosos los trabajos que escribió sobre esta materia, unos presentados ante esta Academia y otros publicados en diferentes periódicos. Se caracterizaron por su sólida doctrina, el orden lógico en su exposición y la pureza de su lenguaje.

Otra fase de la personalidad del doctor Landa fue su labor como higienista. Iniciada en la Campaña contra el Tifo en 1915 al lado del doctor Alfonso Pruneda, continuó con la Jefatura de importantes servicios sanitarios, como la Campaña contra la Uncinariasis y la Fiebre Amarilla, el Servicio contra las Enfer-

medades transmisibles, y la Jefatura de Sanidad. Su paso por el Departamento de Propaganda y Educación Higiénicas se señaló por haber salido de su pluma numerosos artículos y folletos para la divulgación de temas de higiene y profilaxia. Como miembro prominente de la Sociedad de Profilaxis Sanitaria y Moral, escribió también varios artículos dirigidos a los jóvenes, para prevenirlos contra las enfermedades venéreas.

Ingresó a esta Academia Nacional de Medicina el 23 de febrero de 1910 presentando su trabajo de ingreso sobre el tema "La altura del fondo uterino en las diferentes épocas del embarazo". Durante su larga vida de académico desempeñó los puestos de Segundo Secretario, Primer Secretario, Vicepresidente y Presidente. Su contribución científica a la Academia fue copiosa, pues además de sus trabajos reglamentarios rindió numerosos dictámenes en las comisiones que le asignaron.

Su afición al estudio de la historia de la medicina nacional le llevó a escribir numerosos artículos necrológicos y biográficos de los más eminentes médicos mexicanos.

Interesado en el aspecto social de la medicina y en la defensa del gremio médico, fue activo miembro de la extinta Asociación Médica Mexicana; al iniciarse la vida del Sindicato de Médicos fue uno de sus más firmes sostenes, y desempeñó diferentes puestos en sus mesas directivas y, entre ellos, el de Secretario General. Finalmente, colaboró en la Fundación de la Federación Médica Mexicana.

Su fecunda pluma invadió el campo del periodismo, publicando durante luengos años sus famosos "Artículos del Dr. Ox", que durante algún tiempo desconcertaron a sus lectores acerca de la personalidad de su autor; pues aunque algunos de ellos fueron relacionados con la profesión médica, otros muy numerosos trataron diferentes tópicos políticos y sociales, revelando una profunda y sólida cultura. Su vibrante lenguaje, su sólida dialéctica, su ironía a veces mordaz, fustigaron todo lo que en su concepto era falso, doloso o inmoral, tanto en la profesión médica como en las múltiples manifestaciones de la vida nacional. En algunas polémicas suscitadas por sus artículos triunfó rotundamente, pues siempre fundó sus aseveraciones en la más estricta verdad y sus conclusiones estuvieron basadas en indestructible lógica.

Una de sus aficiones muy poco conocida fue la numismática, en cuya práctica logró reunir una colección importante de monedas, que fue calificada por los expertos como una de las más completas del país.

Era también un aficionado y gran conocedor en las bellas artes, y en su biblioteca figuraban numerosas obras sobre estos temas.

También fue gastrónomo refinado y quizá esta afición y su semejanza espiritual le hicieron gran amigo de don Agustín Aragón Leyva.

Católico ferviente, tenía entre sus libros numerosos estudios sobre la vida del Redentor y era un gran admirador de San Francisco de Asís, a quien dedicó delicados trozos de poesía.

Su seriedad habitual que desde estudiante lo caracterizó, valiéndole de sus compañeros el mote de "Oxalato de Cerio", su parquedad al hablar, su temperamento poco afecto a las formas externas del trato social, no hacían sospechar que en esa alma existiera una vena poética que se manifestó en dulces composiciones, algunas publicadas y otras inéditas.

En el seno de su familia, donde fue marido modelo y padre al mismo tiempo enérgico y afectuoso, fue donde derramó los raudales de poesía y buen humor que llevaba ocultos.

Esta es, señores, en unas cuantas palabras, la figura del doctor Everardo Landa. La Academia Nacional de Medicina, al perpetuar su nombre colocando su retrato entre el grupo de ilustres académicos que la han presidido, rinde un respetuoso homenaje a su memoria.

José Rábago

Enrique O. Aragón

A la memoria del Dr. Enrique O. Aragón, por Dr. Alfonso Pruneda, Secretario Perpetuo de la Academia Nacional de Medicina.

La Academia Nacional de Medicina, en estos momentos dolorosos, viene a expresar, por boca de su Secretario Perpetuo, cuánto lamenta el muy sensible fallecimiento de uno de sus más distinguidos socios de número, el Dr. Don Enrique O. Aragón.

El Dr. Aragón ingresó a la Academia el 31 de mayo de 1911; es decir, hace 31 años, unos cuántos después de haber obtenido el título de Médico Cirujano en la Escuela Nacional de Medicina. Por su antigüedad, ocupaba al morir el tercer lugar entre los académicos de número.

Interesado especialmente en los asuntos psicológicos, era natural que ingresara a la sección de Neurología y Psiquiatría de la Academia, de la que era presidente. Dispuesto a cumplir con sus deberes hacia nuestra corporación, asistía con regularidad a las sesiones, salvo en los últimos meses en que su enfermedad le alejó de nosotros. Para disculparse de su inasistencia apenas hace siete días dirigía a la Academia una nota, de la cual iba precisamente a darse cuenta en la sesión de anoche.

Sus trabajos reglamentarios, que leía puntualmente cada año, al llegar su turno, versaban los más sobre casos interesantes de la especialidad que cultivó con éxito; y algunos de ellos eran estudios importantes acerca de cuestiones neurológicas o psiquiátricas de actualidad. En todos ellos, escritos con agrada-

ble y personal estilo, su autor reveló conocimientos siempre al día y, cuando fue preciso hacerlo, afirmó y defendió enérgicamente sus arraigadas convicciones filosóficas.

Cuando por falta del Presidente o del Vicepresidente de la Academia, le correspondió por su antigüedad presidir la sesión, lo hizo con tacto y con firmeza, guiando atinadamente las discusiones y dando siempre a conocer su opinión, por distinto de su especialidad que fuera el tema tratado. El Dr. Aragón era el tipo del académico, de sólida cultura general, interesado en los múltiples aspectos de la medicina, que puede expresar atinadamente sus puntos de vista sobre ellos.

No hace muchos meses me anunciaba su propósito de reunir en un solo volumen los estudios que habla presentado a la Academia. La muerte no le permitió publicarlos; pero es de desearse que no deje de hacerse esa publicación porque constituirá una importante contribución a la neurología y a la psiquiatría mexicanas. Nuestra Universidad tiene una noble oportunidad de honrar así a quien por muchos años fue profesor distinguido de varias de sus Escuelas y Facultades, por algún tiempo dirigió con éxito dos de ellas y, aunque por breve plazo, tuvo la honra de ser su Rector.

La Academia se inclina reverente ante esta tumba y asegura a la respetable familia del Dr. Aragón, que conservará su memoria siempre con cariño, con el que se merece quien siempre honró a nuestra corporación. Por mi parte, al despedirme profundamente conmovido del colega con quien, por cerca de 40 años, me ligó sincera amistad, formulo el voto cordial de que, andando el tiempo, su hijo, el joven médico en quien había puesto todas sus complacencias, vaya a ocupar en la Academia Nacional de Medicina el sillón que acaba de dejar vacante su ilustre padre.

Alfonso Pruneda García

Gonzalo Castañeda

Señores Académicos, señoras, señores:
Es difícil que en este recinto pudiera encontrarse persona alguna que no hubiera conocido al maestro don Gonzalo Castañeda.

El que estrechó su mano, quien haya conversado con él, no pudo olvidarlo; menos podemos olvidarlo los que fuimos sus discípulos, los que escuchamos de sus labios enseñanzas producto de experiencia hecha con talento, preparación y trabajo agotante, todo ello con gran sentido humano.

Nosotros seguimos sintiéndole muy cerca, a través de sus libros, de sus innumerables comunicaciones científicas, de sus frases oportunas, precisas, sabias; en la charla, en la cátedra, en la cabecera de los enfermos, en los casos difíciles. Cuando concentrando su atención en el estudio del enfermo razonaba precisa y sabiamente, sentíamos como si su cerebro, al trabajar, produjera luz, nos llevaba poco a poco con absoluta firmeza al diagnóstico y en el diagnóstico le preocupaba mucho el conocimiento integral del enfermo, pero nos decía que era preciso hacer también el diagnóstico sociológico. "¿Cómo podrían ustedes recetar cosas caras a los que apenas tienen para comer?, y ¿a dónde podrían ustedes mandar a esos pobrecitos a operarse?".

Le inquietaba la injusticia social; nos recomendaba ser mejores con los pobres.

Me parece como si estuviera aquí, escuchando con atención los adelantos de la ciencia, ávido de saberlo todo, precavido para aceptar algunas cosas y opinando con precisión y verdad.

No creo haber escuchado de sus labios maledicencia o crítica de los demás y sí, en cambio, cuando discutíamos sobre alguien y poníamos pasión en la crítica, nos recordaba la frecuencia con que el ser humano se equivoca, y nos decía: "Lo útil es corregir el error, no criticarlo".

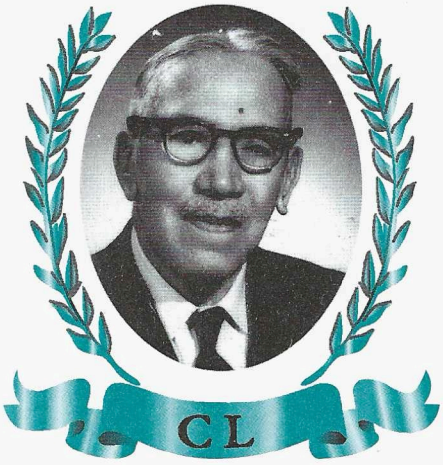
De consejos útiles, de sabiduría, están llenos sus libros, sus comunicaciones que han sido numerosas y que, si han tenido sabiduría científica, tienen también gran dosis de sentido humano. Al leerlos tiene uno la sensación de estarlo oyendo hablar.

El maestro Castañeda nació en un pueblito del Estado de México; sus padres, campesinos, rara vez salieron de su pueblo, pero él nació con grandes ansias de saber y fue a buscar a Europa las fuentes del progreso científico; estuvo en Inglaterra, en Alemania y en Francia por temporadas largas, y ya de vuelta en México, fue a la provincia, donde pagó con su trabajo eficaz y cuidadoso la deuda que tenía con su pueblo, por haberlo educado.

Más tarde, en México, en la Cátedra de Clínica Quirúrgica, se colocó en primera fila y todavía se recuerda su brillante clase de Clínica, tanto en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, como en el Hospital Militar, pero su cuartel general lo fue el Hospital de Jesús. Todavía en vida se colocó una placa con su nombre en la sala en donde trabajó tantos años y dejó la huella firme de su talento, de su amor al pobre, de su afecto a la juventud y de su gran amistad para nosotros los que trabajamos a su lado.

Es costumbre enlutar el cuerpo y el espíritu para recordar a los que ya se han ido, pero yo no puedo hacerlo y sí siento gran alegría al recordar al maestro Castañeda, lo saludo todos los días al llegar al Hospital de Jesús en donde tenemos su retrato, y quisiera hoy saludarlo también con gran alegría en unión de ustedes, señores académicos, al recibir la visita permanente del maestro Castañeda.

Gustavo Baz



Rafael Rojas Loa

Hay personas que por su pausado andar, su conducta mesurada, su pulcritud, su cumplimiento del deber sin ruido, su actividad constante sin carreras, su caballerosidad intachable, su competencia profesional y sus ambiciones de superación calladas pero efectivas, pasan por la vida como sombras silenciosas, en medio de la barahúnda social, de las vaciedades estentóreas y del modo de ser extrovertido y retumbante de los demás. Estas sombras pensantes, activas, puntuales, cumplidas, no llaman la atención de sus semejantes ni por la superabundancia de sus palabras ni por el tono elevado de su voz, ni por su actividad llamativa ni por la exhibición de su talento o de sus conocimientos, ni por su afán de lograr un elogio o un aplauso. Tratan de mejorarse, de ser útiles a los demás, de cumplir con su deber ante ellos mismos y a la vez menospreciar la opinión que de ellos se pueda tener. Su modo de ser es algo así como la elegancia o el aseo que sólo son notables cuando están ausentes. Sus procesos emotivos y afectivos son desconocidos para sus prójimos y buscan, como dice Unamuno, la soledad para entablar el diálogo consigo mismos y evitar el monólogo entreverado con los demás, pues los hombres sólo se sienten de veras hermanos cuando se oyen unos a otros a través de la soledad, que no es misantropía, pues en ésta se busca la sociedad para nutrir el desdén y el odio hacia los demás. Carecen del deseo de conmover a las personas ya que éstas pierden su personalidad al hacerse muchedumbre, saben que los grandes consoladores de la Humanidad, los que han prodigado el bálsamo de

la dulzura sobre ella inagotablemente, han sido los grandes solitarios. Espíritus impenetrables como el diamante que no pueden comunicarse sino por el roce de su exterior, nunca fundiéndose, penetrándose. Actúan como si estuvieran solos en el mundo, sin llamar la atención pero con el amor y la dedicación recónditos como si supieran el valor de su vida ante los demás y el valor de la razón y de la conducta, recatando sus sentimientos con modestia tal que es la única cualidad aparente ante los demás.

Recuerdo al Dr. Rojas Loa desde que yo era estudiante: delgado, de estatura mediana, vestido con pulcritud extrema pero sin que su atuendo llamara la atención, con su bigote espeso, recortado a la inglesa, caminando sin prisa y sin titubeos, pleno de caballerosidad y de buenos modales, de pocas palabras, de conocimientos que no nos dejaron duda en su cátedra, puntual y de un modo de ser que entre la muchachada no se le faltaba al respeto ni se le ponían motes.

Sus publicaciones y sus conferencias mostraban sus conocimientos y preocupaciones, y trataba siempre de dejar una inquietud en quienes lo escuchaban o en quienes lo leían. Se dedicó preferentemente a la pediatría y dentro de esta rama médica puso especial atención a la ortopedia, siendo guiado dentro de esta actividad por el primero que en nuestra patria vislumbró su importancia: don Germán Díaz Lombardo.

Si se comparan, como es natural, los conocimientos y las técnicas de principios de siglo con los actuales y los elementos diagnósticos y terapéuticos con los de ahora, podrá aquilatarse el adelanto monstruoso de la ortopedia de entonces, evidentemente conservadora, con la actual que no sólo ha pasado de los métodos incruentos a los quirúrgicos, sino que llegó a la fase preventiva y ahora a la de rehabilitación. El hecho de que las circunstancias derivadas del tiempo hayan cambiado, no sólo hacen parecer atrasados a quienes la practicaban sino como visionarios que dentro de sus limitaciones luchaban por lograr su progreso.

Los elementos técnicos, las guerras con su cortejo infinito de inválidos, los conocimientos científicos que el tiempo ha hecho que nuestra profesión haya avanzado en unos cuantos lustros más que en toda la historia de la Humanidad, la organización de los Centros de Salud, la pérdida o disminución del pudor de los padres para llevar a sus pequeños a los nosocomios y dispensarios para ser tratados de deformaciones que antes se veían como efecto del pecado de los padres o como castigo divino, consiguió

el adelanto estupendo de la ortopedia, comparable a la de la cirugía nerviosa o vascular, que hacen milagros en nuestra época. Y trabajar sin descanso, luchar por restaurar la forma y la función, nutrido por tan poca ciencia como entonces había, y sin medios ni organización, revelaba a los verdaderos clínicos, a los verdaderos médicos, a los verdaderos humanistas que seguían en su labor a pesar de los limitados éxitos profesionales comparados con los que la ortopedia ahora logra. Trataban de sacar fruto de su experiencia basada principalmente en sus fracasos, e ir corrigiendo el rumbo de su nave. Era necesario poseer gran amor a sus semejantes y a la medicina, y una fuerza de voluntad y una perseverancia excepcionales.

Si trajéramos ahora a este recinto a los grandes maestros y precursores de la medicina, no digamos de México sino del mundo entero, que brillaron extraordinariamente hasta el siglo pasado o a principios del actual, resulta que serían unos ignorantes que sólo tendrían ante nosotros el deseo insuperable de servir, sus grandes dotes clínicas y su gran corazón para hacerlo.

Y a Rojas Loa le tocó vivir esa época de transición que, como todas las transiciones, son estupendas para leerlas en la historia, pero constituyen o un infierno o un paraíso el vivirlas. Requieren un paso rápido para no quedarse atrás, casi una carrera, una adaptación de nuestra mente y un estudio amplio y profundo para no quedar soterrados y seguir conservando el lugar que con esfuerzo se logró. Y esa labor callada, intensa, plena de ansiedad para adaptarse, es más dura cuando la madurez ha tomado el lugar de la juventud. Las estadísticas, la investigación científica, los elementos y métodos de nuestros nosocomios, y la organización y desarrollo de los institutos de seguridad social, si no conservamos el paso, pronto nos harán ver como ignorantes o inexpertos.

Rafael Rojas Loa nació el 11 de noviembre de 1879 en Toluca y cursó sus estudios preparatorios en el famoso Instituto Científico y Literario de esa ciudad y los profesionales en la Escuela Nacional de Medicina. Se graduó el 12 de agosto de 1904 en México cuando ese plantel dependía de la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública. Fue jefe de clínica de Pediatría, prosector de Anatomía Descriptiva y más tarde profesor de la misma asignatura, llegando a ser secretario de la Escuela Nacional de Medicina. Fue un decidido colaborador en la Beneficencia Pública y actuó como médico externo del Hospital General y por algún tiempo laboró en el Departamento de PsicoPedagogía en la Se-

cretaría de Educación Pública. Carrera llena de trabajo arduo, humilde, efectivo, exento del oropel con que la vanidad adorna a muchos.

Ingresó a nuestra Corporación el 12 de agosto de 1912 presentando su trabajo de ingreso sobre el "Estudio objetivo de la carótida externa" y sus inquietudes se manifestaron principalmente sobre afecciones que constituían problemas de trascendencia como el de la tuberculosis osteoarticular. En 1920 dictó a esta Corporación su trabajo sobre la técnica de Albee, recién descrita, y poco más tarde sobre el pie varus equino congénito, otro en términos generales sobre la "Importancia de la pediatría" y algunas monografías como "La cirugía de urgencia en la infancia", sobre "La luxación congénita de la cadera", sobre "La tuberculosis osteoarticular en los niños desnutridos" y sobre temas que entonces eran una verdadera novedad diagnóstica y terapéutica. Y no se conformó con sus escritos y conferencias en centros médicos, sino que contribuyó a la divulgación de la medicina como lo hizo en lo relativo a la importancia de la pasteurización de la leche, a la mortalidad infantil en México, a la condenación del masaje en la tuberculosis osteoarticular, y en 1940 "El problema de la asistencia social a los inválidos", mostrando una mente alerta en la necesidad de la rehabilitación de ellos.

Y todo esto, calladamente, únicamente por medio de su labor médica a la que se entregó por entero, sin ostentación, estudiando y afanándose por superarse a tal grado, que presentó examen en 1917 como médico, y se graduó en la Universidad de Austin, Texas.

En 1946 solicitó de esta Academia el pasar a la categoría de Socio Titular, lo que se acordó favorablemente. Puede dar una idea, aunque somera, de su modo de pensar, un párrafo de su solicitud que no me resisto a transcribir, el cual dice:

"Hay una ley ineludible para todos los seres, que marca el descenso de sus actividades en determinado período de la vida; entonces es cuando el individuo debe retirarse del lugar que ocupaba ya que presiente el ocaso, o de lo contrario, la derrota es inexorable. Por otra parte, aferrarse a determinada situación y no tener la hidalguía de cederla a elementos que por su edad (entre otros factores) están llenos de entusiasmo y optimismo, es necio y egoísta. Las ideas que he expresado me han hecho resolverme a dejar mi sitial que durante tantos años he ocupado en la Academia Nacional de Medicina."

Murió tal como había vivido: sin ruido, el 3 de octubre de este año, y deja con sus luchas, sus ambiciones y sus grandes cualidades de caballero y de médico, una huella ejemplar e imborrable, digna de ser imitada y de servir como estímulo a los jóvenes de talento.

La Academia Nacional de Medicina deplora su muerte y se siente orgullosa de que el Sr. Dr. Rafael Rojas Loa haya pertenecido a ella, pues fue un pionero de la pediatría, de la ortopedia y de la medicina social.

¡Descanse en paz!

Juan Farill

Ricardo Tapia y Fernández

Todas las personas que conocieron al Dr. Ricardo Tapia y Fernández, fallecido el 3 de septiembre pasado, y a cuya memoria dedica esta Sesión la Academia Nacional de Medicina, recuerdan en primer lugar el contraste entre su aspecto de seriedad y su sonrisa fácil, entre su corpulencia que daba impresión de su vigor físico, y su amable y suave modo de dirigirse a los demás. Desde las primeras palabras llamaba la atención el conocimiento de su especialidad y al mismo tiempo su serenidad y la firmeza de sus convicciones.

Asistía con regularidad a las Sesiones de la Academia Nacional de Medicina, a la que ingresó el 31 de julio de 1912, a los diez y ocho años de ejercer la medicina, pues sustentó su examen profesional el 15 y 16 de junio de 1894. Las bases de su especialización en otorrinolaringología fueron sólidas por haber sido internista durante los años iniciales de ejercicio, inmediatamente después cirujano que prefería la cirugía de cabeza y cuello, y muy pronto destacado otorrinolaringólogo, por lo cual se le llamó para ocupar el puesto de Jefe del Servicio respectivo en el recientemente establecido Hospital General, donde empezó a atraer y a formar a sus primeros discípulos.

El Dr. Tapia y Fernández enseñó durante algo más de cincuenta años, ya que siguió trabajando y compartiendo su experiencia con jóvenes médicos por bastante tiempo después de su

Jubileo Profesional celebrado en la Sesión de la Academia Nacional de Medicina el miércoles 27 de diciembre de 1944.

En esa Sesión que con la de la Sociedad Mexicana de Oftalmología y Otorrinolaringología fueron dedicadas al Dr. Tapia y Fernández al cumplirse 50 años de ejercicio profesional, la Academia Nacional de Medicina unió en su demostración de reconocimiento de la labor desarrollada y de afecto a tres de sus distinguidos socios haciendo resaltar sus méritos; fueron esos socios el doctor Luis Troconis Alcalá, por esa época Decano de la Academia con más de 50 años de pertenecer a ella; el inolvidable doctor Abraham Ayala González, lleno de entusiasmo y vigor y de quien pensábamos que continuaría trabajando activamente por tanto tiempo, como los viejos maestros que seguían con nosotros.

En esa memorable Sesión el Secretario Perpetuo de la Academia, el Maestro don Alfonso Pruneda, que parece continuar presente en esta Sociedad, hizo cordial elogio del Dr. Ricardo Tapia y Fernández publicado en el tomo 75 de la Gaceta Médica de México, el periódico órgano de la Corporación, donde se conservan y preservan los acontecimientos que afectan a los Señores Académicos y a la Academia.

Era grato saber que don Ricardo escuchaba en este salón ocupando uno de estos Sillones el tributo a su labor y fue agradable verlo levantarse unos minutos más tarde, respetable y digno, para pronunciar una alocución en la que, con gran sencillez y auténtica modestia se refería a la emoción que tuvo cuando en julio de 1912, fue aceptado por unanimidad en la Sección de Otorrinolaringología. Había presentado el concurso abierto para cubrir la plaza vacante, una memoria sobre "Las otitis medias superadas", la cual fue examinada cuidadosamente y aprobada sin discrepancia por la Comisión Dictaminadora integrada por los doctores Pedro P. Pereda, Rafael Silva y Francisco Vázquez Gómez, Presidente de la Academia de 1905 a 1906 y candidato a la Vicepresidencia de la República en la lucha popular que antecedió a la Revolución de 1910.

Los Académicos que animaron al Dr. Tapia y Fernández para presentarse al concurso anual porque conocían el valimiento del futuro Presidente de la Sección de Otorrinlaringología eran el doctor José Terrés, que había sido su maestro, y los Dres. Francisco Bulman y Ricardo Cicero, distinguidos cada uno de ellos y con méritos personales que los llevaran a la Presidencia de la Academia.

El Dr. Tapia y Fernández, nació en el Estado de Hidalgo, Distrito de Actopan, en la población de Mixaquihuala, el 20 de enero de 1871, siendo sus padres doña Crecenciana Fernández de Tapia y el Lic. Joaquín Tapia, que siempre honró su profesión, Juez de Distrito, Magistrado del Estado de Hidalgo y Gobernador Provisional de esa Entidad.

Recibió la enseñanza primaria en el Colegio Particular del Profesor Emilio G. Baz, y la preparatoria en la Ciudad de México en la Escuela Nacional Preparatoria, de la que salió para iniciar estudios de farmacia los años de 1888 y 1889, pasando en este de 89 a seguir en la misma Escuela de Medicina los estudios para llegar a ser Médico Cirujano, lo que logró, según antes dijimos, el 16 de junio de 1894 con dos días de examen previo y la presentación de una tesis sobre "El pronóstico en los derrames de pecho". El jurado se compuso de los sinodales Dres. Francisco Hurtado, Rafael Lavista, Tomás Noriega, Manuel Toussaint y Francisco Vázquez Gómez.

En el curso de sus estudios fue practicante de número del Hospital de San Andrés, en el que enseñaron y estudiaron tantos médicos de las generaciones de la segunda mitad del siglo XIX.

En el Servicio de Otorrinolaringologla del Hospital General sólo permaneció cuatro años al cabo de los cuales renunció el puesto, pero continuó teniendo discípulos en su clientela particular, y contó entre sus pacientes a los Presidentes de la República Venustiano Carranza, Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, así como varios cantantes famosos mexicanos y extranjeros.

El Dr. Pruneda dijo en 1944 que "En el dictamen que fundó el ingreso del Dr. Tapia y Fernández a nuestra Academia se hace elogio a su habilidad como operador, de su prudencia y acierto en la práctica; se le llama constantemente luchador, altruista, estudioso y cumplido, y se afirma que ha ocupado siempre un lugar distinguido entre sus compañeros y en la sociedad por su honorabilidad profesional". Cada uno de estos juicios se confirmó durante toda la vida del Dr. Tapia y Fernández, que formó su hogar con la virtuosa señora Carlota Acuña de Tapia dejando ocho hijos entre los cuales se cuentan dos médicos, uno de ellos Ricardo, que siguió la especialidad de su padre al que tuvo como Maestro y que nos acompaña en la Academia desde el 9 de abril de 1947, el año siguiente pasó don Ricardo a la categoría de Miembro Titular de esta Corporación, de la que no se retiró definítivamente, pues continuó asistiendo a las Sesiones en que se trataban temas de su especialidad o de su interés.

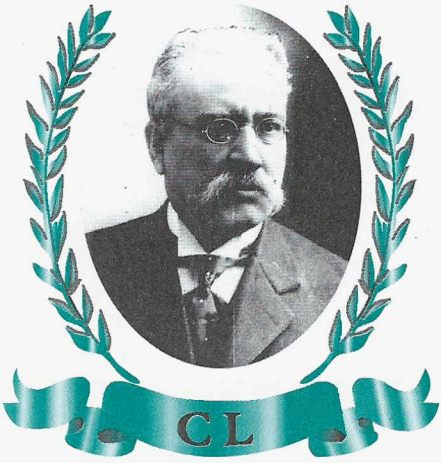
Entre los trabajos escritos que fueron publicados encontramos los siguientes: "Estudio de un caso notable de un traumatismo de guerra, de la apófisis mastoidea izquierda seguida de infección de sus cavidades; presentación del herido ya curado por la operación de vaciamiento de la apófisis"; "Notas acerca del tratamiento quirúrgico de los abscesos laterales de la faringe"; "Observaciones interesantes de otitis medias supurativas crónicas y de mastoiditis tuberculosas"; "Estudios de un enorme colesteatoma desarrollado en las cavidades tímpano-mastoideas acompañado de síndrome meníngeo"; "Estudios de un caso de epitelioma espinocelular desarrollado en los senos maxilo-etmoidales izquierdos, tratado con éxito por Curieterapia"; "Mi práctica en los casos de fibromas nasofaríngeos"; "Consideraciones acerca de la rinitis atrófica ozenosa"; "Consideraciones acerca de los tumores benignos de la laringe".

Inventó un aparato para la resección de nódulos de cuerdas vocales y colaboró también en la Sociedad de Medicina Interina, la Sociedad Médica del Hospital General, la Sociedad Mexicana de Ontamología y Otorrinolaringología, la Asociación Médica Franco-Mexicana y fue miembro fundador de la Asociación Mexicana de la Cruz Roja. Además cultivó la música y el deporte y sobresalió en el tenis, logrando igualmente que en esta actividad le siguieran con éxito sus hijos; indicación ésta de éxito educativo en compañía de su esposa, que pudieron ver realizado el anhelo de conseguir el cultivo intelectual y físico de sus descendientes.

El reconocimiento del mérito y la capacidad del Dr. Tarpía y Fernández quedó patente en numerosas distinciones en diversas reuniones de su especialidad tales como el 1º y el 4º Congresos Panamericanos de Otorrinolaringología y Broncoesofagología de los que fue Presidente Honorario y de la Sociedad Mexicana de Otorrinolaringología; fue Miembro Honorario de la Sociedad Mexicana de Oftalmología y Socio Honorario de la *American Academy of Ophtalmology and Otolaringology*.

El Dr. Ricardo Tapia y Fernández contribuyó el progreso de su especialidad de otras muchas maneras; inició en 1920 la esofagología en México; enseñó lo que sabía y lo que iba aprendiendo y también contribuyó una buena parte al progreso de la medicina en general al mantener siempre encendida y en alto la antorcha de la estricta y clara conducta profesional, y de la honestidad y el estudio que distinguen a nuestra ilustre Academia Nacional de Medicina.

Miguel E. Bustamante



Nicolás León

La galería de retratos que dan notorio realce y noble prestigio a esta Sala no es solamente, como algunos podrían pensar, rico elemento de ornato ni tampoco exhibición de obras representativas, sobre todo en los últimos tiempos, de diversas tendencias artísticas.

Al colocar reverentemente en este sitio las imágenes de sus presidentes muertos, nuestra Academia reconoce solemnemente sus merecimientos y les rinde justísimo homenaje. Además, da ocasión de que los miembros de nuestra Compañía, los asistentes a nuestras sesiones y, en particular, los estudiantes de Medicina, conozcan o recuerden la efigie de quienes dirigieron nuestra institución, imprimiéndole el sello de su fuerte personalidad, y al hacerlo, se interesen por saber más de la vida y de la obra de estos insignes varones, grandes como académicos, quizás más grandes todavía como maestros, y se esfuercen en seguir su ejemplo.

Todos, cual más cual menos, lo fueron de ejercicio honorable de la profesión, de constante dedicación a ella, de interés notorio por el progreso de la Medicina y de acendrado amor a la Academia. Muchos fueron también maestros esclarecidos de nuestra Escuela de Medicina: por ello, las dos instituciones, la Escuela y la Academia, cuyas relaciones han sido siempre cordiales (salvo en dos excepciones lamentables y dolorosas), guardan con cariño y con respeto la memoria de esos médicos insignes, de nuestros presidentes y maestros, y muchos de ellos reciben este

homenaje público, lo mismo en esta Sala, en que se desarrollan las actividades académicas, como en la que la Escuela de Medicina destina a los actos solemnes de su vida universitaria.

De uno de esos médicos y maestros ilustres va a descubrirse en breves instantes, el retrato que, por una circunstancia que todos celebramos sinceramente, ha sido donado bondadosamente a la Academia por el Comité Organizador del IV Centenario del benemérito Colegio de San Nicolás, Morelia. Con esta donación, que honra igualmente a quienes la hacen como a quien la recibe, se establecen relaciones como las que deben existir siempre entre los grupos que laboran eficazmente por el desarrollo creciente de la cultura nacional; y nuestra Academia tiene grata oportunidad de asociarse cordialmente a la celebración de un acontecimiento que, no sólo los hijos del glorioso Colegio de San Nicolás consideran con tanta justicia como muy digno de conmemorarse, sino también lo creen así todos cuantos saben lo que la obra civilizadora de esa venerable institución significa en la vida universitaria de México.

Hijo meritísimo de esa Casa de Estudios fue el Dr. Don Nicolás León, 38o. presidente de la Academia Nacional de Medicina, que si no tuvo oportunidad de ser maestro de nuestra Escuela, sí dejó huellas imborrables en las cátedras que tuviera a su cargo en el Museo Nacional, donde inició valiosas investigaciones de antropología y etnología, y de cuyas trascendentes actividades en otros órdenes del saber acabamos de oír elocuente relato.

El doctor León ingresó a nuestra Academia el 25 de marzo de 1914 y colaboró en ella un poco más de quince años, hasta su muerte, acaecida el 23 de enero de 1929. Fue su vicepresidente de 1920 a 1921 y su presidente de 1921 a 1922.

La Gaceta Médica de México se engalana con 14 trabajos que presentara puntualmente, llegado su turno reglamentario, con 4 notas necrológicas de académicos distinguidos y con el discurso que pronunció al clausurarse el año en que fue presidente.

Mucho más afecto a los estudios históricos que a los médicos, pero relacionando siempre unos a otros, dio magníficas oportunidades a nuestra Academia de conocer variados e importantes aspectos de la historia de la medicina mexicana y marcó senderos que ojalá siguieran siendo frecuentados por quienes consideran que todavía hay muchos documentos que conocer a ese respecto y que, si se les descubre y estudia como el doctor León pudo y supo hacer, revelarán, sin duda alguna, hechos muy valiosos sobre la literatura médica, la terapéutica, el ejercicio de la

medicina, las instituciones sociales y los médicos mexicanos que a través de los tiempos tomaron parte activa en esas actividades.

Los escritos del doctor León, que aparecen en la Gaceta, son los siguientes: I. Los precursores de la literatura médica mexicana en los siglos XVI, XVII, XVIII y primer tercio del siglo XIX (hasta 1833). Datos biográficos para la Historia de la Medicina en México. Tomo X. 3a. serie, página 3, 1915. II. El Dr. Don Tomás Noriega. Tomo X, 3a. serie, página 105, 1915. III. El Quincuagenario de la Academia Nacional de Medicina. Tomo IX, 3a. serie, página 295, 1914. IV. El primer protector del niño indio en América. Tomo LV, página 89, 1921. V. Apuntes para la historia de la enseñanza y ejercicio de la medicina en México desde la conquista hispana hasta el año de 1833. Tomo X, 3a. serie, página 466, 1915. Tomo XI, 3a. serie, página 210, 1916, y Tomo LV, página 3, 1921. VI. Notas necrológicas: El Dr. Ricardo Suárez Gamboa (1870-1915). El Dr. Joaquín Vértiz (1853-1915). El Dr. Miguel Otero (1856-1915). Tomo XI, 3a. serie, página 162, 1916. VII. Terapéutica popular de los antiguos mayas. Contribución al folklore médico de México. Año LV, 4a. serie, Tomo LV, página 217, 1920. VIII. Los primeros periódicos médicos de México. Nota bibliográfica. Tomo LV, 4a. serie, página 384, 1920. IX. Un procedimiento obstétrico que no es nuevo. Tomo LV, página 366, 1921. X. Discurso de clausura del año académico 1921-1922, leído la noche del 7 de octubre del año de 1922. Tomo LV, página 609. XI. El fórceps obstétrico. Su origen y su evolución hasta la época actual. Tomo LV, página 757, 1923. XII. Datos para la Historia de la Medicina en México. Tomo LVI, página 12, 1925. XIII. El primer libro de medicina impreso en México, o el más antiguo hasta hoy conocido. Tomo LVI, página 234, 1925. XIV. Un nuevo documento inédito para la historia del Hospital de la Purísima Concepción y Jesús Nazareno de la Ciudad de México. (Datos para la Historia de la Medicina en México). Tomo LVI, página 298, 1925. XV. El Dr. Nicolás Monardes, sus servicios a la materia médica y terapéutica americanas. Tomo LVII, página 533, 1926.

En todos estos escritos el Dr. León demostró sus dotes de investigador acucioso y desapasionado, su habilidad reconocida para descubrir documentos valiosos para la historia de la Medicina, especialmente la mexicana, su afán nunca desmentido de hacer justicia a quienes la merecían, y su vivo interés por el pasado de nuestro país, manifestado en otras muchas actividades de su fecunda obra literaria y científica.

Le tocó en suerte presidir los destinos de nuestra Academia en un aciago período de su vida, cuando la incomprensión y quizá la malevolencia de un director de la Escuela Nacional de Medicina, la expulsó por segunda vez del recinto que tenía señalado en este edificio; pero supo sortear estas dificultades y tuvo la satisfacción de que nuestra Compañía fuera acogida en marzo de 1922 por el Departamento de Salubridad Pública, hasta que por fin la Secretaría de Educación Pública y la Universidad Nacional le dieron en propiedad este local, en 1925.

Durante su actuación presidencial, el Dr. León, deseoso de remediar la penuria en que vivía la Academia, que no sólo no le permitía hacer sus gastos más indispensables sino la habían llenado de deudas, propuso que los socios contribuyeran pecuniariamente, con lo que nuestra corporación cubrió sus compromisos. Y en su discurso de clausura del año académico, propuso como puntos fundamentales del programa de sus actividades gestionar la reanudación de la subvención oficial que la Academia había recibido antes, cuando no la acosaban pasiones innobles; buscarle un local fijo y decoroso; procurar el aumento del número de socios, admitiendo (decía): "a toda persona honorable y de reputación científica aquilatada, sea o no médico, pues no harían mala figura en ella botánicos, zoologistas, químicos, biologistas, jurisconsultos y otros más, como no la hicieron en las precursoras de esta Academia el ilustre Melchor Ocampo, como botanista, ni el insigne Andrés Manuel del Río, como químico y mineralogista". Clara visión de lo que puede ser una Academia de Medicina, por los múltiples aspectos de esta ciencia y por los estrechos vínculos que tiene con otras ramas del saber humano. Comprensión clara, sobre todo, de las íntimas relaciones que las actividades médicas deben tener con otras disciplinas de carácter social.

En el mismo discurso, el Dr. León creía necesarias algunas reformas al reglamento de la Academia, pues aun cuando parecía que su vida estaba dedicada preferentemente a escudriñar el pasado, vivía en el presente y no perdía de vista el porvenir de la corporación. Por eso, proponía "reformas normadas por la experiencia, sin prejuicios egoístas; sin obstinaciones en conservar las formas anticuadas; pero también sin inmoderado fin de novedades, ni pretender adopciones inadecuadas de extranjerismo que no concuerden ni con el estado de nuestra cultura ni con las condiciones de nuestro medio social".

Don Nicolás León, como académico y como presidente de la Academia, merece justificadamente el honor que va a hacérse-

le en breves instantes, al colocar su retrato entre sus pares, y nuestra Compañía se honra una vez más en rendir ferviente homenaje a otro de esos maestros y médicos insignes que con su vida y con su obra dieron honra singular y sólido prestigio a la Medicina Mexicana.

La Academia Nacional de Medicina agradece cumplidamente al Comité Organizador del IV Centenario del venerable Colegio de San Nicolás, el generoso donativo que le ha hecho del retrato de uno de sus hijos más ilustres, y hace votos sinceros y cordiales de que esa noble institución universitaria siga prestando a la cultura nacional servicios cada vez más valiosos. La Academia saluda, también, en esta solemne ocasión, a la familia de su 38o. Presidente, le da las gracias por su amable asistencia, y le asegura que conservará siempre, con cariño y con respeto, no sólo el retrato que va a descubrirse, sino, lo que es seguramente más valioso: el recuerdo del médico, del historiador, del sabio que en vida llevó el nombre de Nicolás León.

Alfonso Pruneda García

Fernando Ocaranza

A la entrada al vestíbulo de nuestra Academia, hay un óleo de Daniel del Valle que ilustra una sesión imaginaria, en la cual Fernando Ocaranza, auxiliado por su joven colaborador, José Joaquín Izquierdo, realiza un experimento de fisiología ante los académicos. El cuadro data de 1923, cuando Ocaranza, siendo médico general estaba en el ápice de su carrera. Ingresó a la Academia en 1916, asumiría la presidencia de la Corporación en 1924. En una década, había pasado de ser un desconocido médico del ejército federal en el estado de Sonora, a líder de la medicina científica del país. Su tesis fundamental había sido centrar la enseñanza y la práctica médicas en el pensamiento fisiológico. Uno de sus alumnos, Ignacio Chávez, al escribir el obituario de Ocaranza, en 1965, sintetizaría su postura intelectual en términos de apotegma: "La medicina clínica será fisiológica o no será medicina".

Colocado en un parteaguas en el desarrollo de nuestra medicina, cumplió a plenitud con su responsabilidad histórica. Sus alumnos fundaron las especialidades en México. Se inició como fisiólogo cuando no los había en el país, sus alumnos fundaron una Sociedad Mexicana de Ciencias Fisiológicas, que cuenta ahora con centenares de integrantes dedicados tiempo completo a la investigación y cuyos fundadores fueron sus alumnos.

Fue el último de los grandes autodidactas de la Fisiología en México. No se le conoce mentor alguno. Jamás asistió como estudiante a ningún centro de investigación nacional o extranjero.

Su época escolar había transcurrido en la Facultad de Medicina, a finales del siglo pasado, cuando la cátedra de Fisiología ni siquiera contaba con local propio; desde luego, se carecía de equipo de laboratorio. Fue a principios del siglo, que llegaron los primeros aparatos de Fisiología, por cierto no pedidos por profesores de la Facultad, sino por investigadores del Instituto Médico Nacional. Pero tampoco hubiera podido Ocaranza tener acceso a ese equipo, ya que a poco de graduarse, en 1900, se incorporó al ejército federal y fue enviado a prestar servicios médicos al entonces lejano estado de Sonora, de donde regresó en 1914. En una de las decisiones más afortunadas tomadas por el doctor Ángel Hidalgo, director de la Facultad de Medicina, luego de considerar otras posibles comisiones, lo nombró catedrático de Fisiología en 1915. Para entonces había pasado la gloria de esta disciplina en la Universidad. El crepúsculo del porfiriato parecía haber sido también el de la fisiología en México. Vacante estaba la cátedra que había dado el primer libro de texto escrito en el nuevo mundo, misma que habia sido ocupada por líderes de la distinción de Manuel Carpio, Ignacio Alvarado, Francisco Ortega, Manuel Carmona y Valle, Porfirio Parra, y otros miembros de una pléyade, que desde 1833 había honrado a la Facultad de Medicina. La medicina misma parecía haber cambiado. El pensamiento imperante a la sazón era más bien de tipo anatómico, y en todo caso, el fundamento era la clínica francesa, encabezada por José Terrés.

Eran tiempos poco afortunados para la investigación biomédica. En 1915 había sido clausurado el Instituto Médico Nacional y sus pocos investigadores estaban dispersos. Para Ocaranza, el hundirse en los textos de fisiología para cumplir los deberes de su nuevo magisterio, debe haber sido como una revelación. El abrevar en el pensamiento de Magendie, Bernard, Brown, Sequard, Muier, Ludwig y las grandes luminarias de la Fisiología europea cambió su vida y transformó a nuestra medicina. Lo esperaban años de noviciado, de ser a la vez estudiante y maestro. Busca el consejo de profesores mas antiguos, como Daniel Vergara Lope y Manuel Uribe y Troncoso, autores de algunas de las escasas contribuciones de mexicanos a la Fisiología de principios de siglo; pero sobre todo, se asocia con sus pares y con sus alumnos. Entre los primeros, comparte inquietudes intelectuales con Eliseo Ramírez e Isaac Ochoterena; el primero, uno de los investigadores médicos más originales surgidos en nuestro país; el segundo, pionero de la biología mexicana y maestro de

muchas generaciones de biólogos en el país. Con ellos, Ocaranza crea la Sociedad Mexicana de Biología y deviene en investigador. Monta un laboratorio en la propia Escuela de Medicina y otro en el Instituto de Biología General y Médica, con materiales del desaparecido Instituto Médico Nacional. Se le plantea un problema propio del altiplano mexicano. El aumento de la cantidad de glóbulos rojos en los habitantes de las altas planicies, como el valle de México. Desecha la explicación en boga, de considerarla un fenómeno pasivo, de plétora sanguínea y propone un mecanismo activo, que con el tiempo será confirmado.

Su curiosidad lo lleva a espigar en muy distintos temas. Uno de ellos, el metabolismo de las proteínas, que es el que aborda en su trabajo de ingreso a la Academia Nacional de Medicina, que presenta con el título de "El ciclo de los proteicos". Como muestra de que el camino de los pioneros suele ser escabroso, recordemos la frialdad con que fue recibido entre los académicos este trabajo primigenio. El Comité integrado por José Terrés, Gonzalo Castañeda y Everardo Landa, no encontró en esa memoria "ideas originales, sino débiles razonamientos en pro o en contra de experiencias ajenas" y mucho menos alguna circunstancia que exhibiera al doctor Ocaranza como investigador. Pese a las muchas limitaciones que le encuentran, concluyen generosamente que "aunque la memoria aludida no reúne las bondades y requisitos indispensables en un trabajo científico... el doctor Ocaranza es persona de mérito reconocido y de conducta irreprochable". Y deciden proponer su aceptación como miembro de la Academia. Ocaranza continuará haciendo fisiología y a lo largo de más de veinte años, dedicará su atención al funcionamiento gástrico, la hematología y la endocrinología, entre otras áreas.

Pero el laboratorio no alcanza a colmar todas sus aspiraciones. Desarrolla también una vigorosa vocación docente. Decide transformar la enseñanza de la Fisiología. Para alejarla del verbalismo imperante, propone un cambio en el programa, fortaleciendo el papel del laboratorio. Desde luego, su plan fue rechazado por el cuerpo docente, por encontrarlo "elevado para la mentalidad de los alumnos". Ello no lo desalienta, y primero como Secretario de la Facultad y luego como su Director en 1924, termina imponiendo su plan y la Fisiología se convierte en el eje de los estudios médicos; pero no sólo en la cátedra, sino también en el ejercicio profesional. Por fortuna, no está solo en la tarea, colegas suyos como Manuel Gea González, Gastón Melo

y Francisco de P. Miranda, entre otros, y alumnos como Luis Méndez y Raoul Fournier, lo acompañan en la cruzada. Ocaranza deviene en el expositor más lúcido y vigoroso de los postulados de la medicina científica de Claude Bernard. El cuadro de la Academia al que hice alusión, representa el triunfo de una década de esfuerzo y liderazgo.

Pero por gran capacidad persuasiva que Ocaranza hubiera tenido con sus pares, su influencia hubiera sido efímera. Para perdurar, debía trascender a las siguientes generaciones. Aquí se manifiesta una de las virtudes más elevadas de Ocaranza. Su habilidad para reconocer el talento de los jóvenes, de incorporarlos a su credo y de propiciar su desarrollo. Pronto se congregan a su alrededor individuos de la talla de Ignacio González Guzmán, José Joaquín Izquierdo, Teófilo Ortiz Ramírez, Xavier Palacios Macedo, Clemente Robles, Arturo Rosenblueth, Gerardo Varela, Anastasio Vergara, Conrado Zuckerman y tantos otros, que podemos decir que los forjadores de la medicina moderna de México, fueron sus alumnos. Imbuye en ellos el apego al método científico, el respeto por la investigación y el deseo de superarse. Antes de Ocaranza, era excepcional que nuestros líderes académicos culminaran su formación en instituciones extranjeras. Después de Ocaranza, lo excepcional es que no lo hagan. Desde luego, esa fue la regla entre los alumnos directos de Ocaranza. A algunos de ellos, él mismo se encargó de gestionar su salida a prepararse fuera del pais.

La actividad que despliega Ocaranza en esa década cubre un amplio espacio intelectual, desde el estudio y la investigación de fenómenos biológicos a la práctica clínica, la docencia en la Universidad Nacional de México y en la Escuela Médico Militar, y la actividad asistencial, la práctica médica privada y los estudios sobre historia.

Entre 1924 y 1934, dedica buena parte de su energía al servicio de la Universidad. Durante ocho años continuos es Director de la Facultad de Medicina, puesto al que luego vuelve por un breve lapso, antes de asumir la Rectoría de la Universidad. Su labor institucional se desenvuelve en una de las épocas más convulsas de la vida universitaria del país. Aunque enfrenta los problemas con gallardía, honradez y profundo espíritu universitario, su apreciación de esta etapa de su vida queda resumida en el título del libro en que narra los acontecimientos del tiempo: "La Tragedia de un Rector".

Luego de concluir su etapa de dirigente institucional, regresó a su cátedra de Fisiología, que profesó con distinción durante

muchos años más. No volvió a la investigación. Comprendió que su tiempo había pasado. Era ya la época de sus alumnos. Con discreción y nobleza les dejó el campo. Supo llegar en el momento oportuno, asumió un liderazgo que de manera natural recayó en él, y pudo luego retirarse de la vida colegiada científica y aún médica, pero nunca de la labor académica, que cultivó hasta el final.

En las últimas décadas de su vida, se dedica a plenitud a una de sus aficiones juveniles, la historia. Cubrió con esmero la época colonial en el occidente de México, la guerra de Reforma, produjo una visión original de la vida de Benito Juárez. Siempre educador, dedicó hermosas páginas al Imperial Colegio de Santa Cruz de Santiago Tlatelolco, y al final de su vida, a los trabajos de la orden franciscana. La valía de sus contribuciones le mereció ingresar a la Academia Mexicana de la Historia, cuyo sitial número 6 ocupó hasta su muerte.

Al fundarse la Sociedad Mexicana de Ciencias Fisiológicas, la primera directiva quedó integrada por los entonces líderes de esas disciplinas. Todos ellos alumnos de Ocaranza, quienes lo invitan como miembro fundador y le conceden un lugar de honor en el primer congreso de esa agrupación, en 1958.

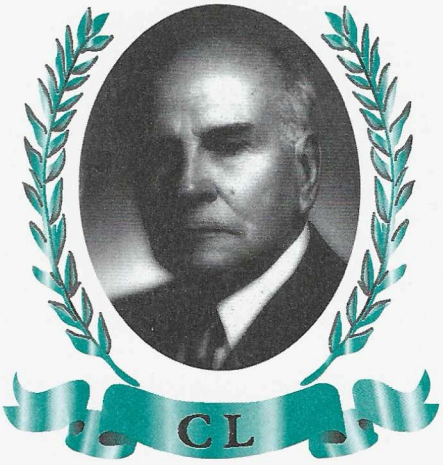
No fue esa la única distinción. En 1954, la Academia Nacional de Medicina lo había elevado al rango de miembro honorario, el más alto que otorga, reservado para los grandes maestros de nuestra medicina.

Ese es el Fernando Ocaranza que conocemos ahora. Su legado, conserva plena vigencia. La medicina mexicana ha discurrido por los cauces científicos que Ocaranza le anticipó. La Fisiología es ahora una disciplina seminal, de la que han surgido la Bioquímica, la biofísica, las Biomatemáticas, y más recientemente, las Neurociencias. Se ha debilitado quizá la pasión por los aspectos integrativos que Ocaranza tanto defendió. Pero estoy cierto de que ello sólo refleja un estancamiento transitorio en nuestra capacidad de analizarlos y de ponerlos al servicio de la práctica médica.

La figura de Ocaranza, como la de todo líder genuino, crece con el tiempo. Figura transicional en nuestra medicina, fue producto de un ambiente que luego contribuyó a transformar. El México moderno es obra de hombres como él, que supieron encontrar el camino de nuestro desarrollo y tuvieron la visión y la energía para impulsar el movimiento en esa dirección. Por ello resulta muy grato el reconocer que la actual generación de

médicos mexicanos transita por los caminos abiertos por Ocaranza y sus alumnos, que nuestra raíz profesional se remonta de manera directa hasta él, y nuestra aspiración de hoy, no es otra que seguir avanzando en la dirección que él anticipó.

Hugo Aréchiga Urtuzuástegui



Rosendo Amor

El académico ilustre, el maestro venerado, el cirujano elegante y depurado, el ginecólogo de recia personalidad que contribuyó a abrir las brechas y senderos de una nueva Escuela Ginecológica mexicana, el hombre al mismo tiempo sencillo y señorial que no aceptó ni el halago vano ni la falsa modestia, ha muerto. Su obra, sin embargo, perdura y anima nuestros pasos. Las innumerables realizaciones científicas, espirituales, prácticas y humanas del maestro Amor, a través de una vida larga y particularmente fecunda, le colocaron al fin y para siempre en el excelso peldaño de Maestro de la ginecología mexicana.

Vivió quizá demasiados años para que las generaciones jóvenes del ahora —que presenciaron solamente los años menos productivos de su vida— puedan aquilatar lo que fue este hombre, este médico maestro de tantas generaciones. Desgraciadamente, las personalidades se esfuman y los hechos pronto se olvidan, aun cuando lleguen a nosotros e inclusive formen parte de nuestras vidas las realizaciones constructivas de quienes nos precedieron, de quienes pusieron afán y desvelo por contribuir al progreso, por hacer un mundo mejor. Por ello he de empeñarme, dentro de las limitaciones de esta nota, por hacer una semblanza del querido maestro, que deje, hasta donde sea posible, constancia de su personalidad y de su obra.

El maestro Amor, siendo aún muy joven, ingresó a la Academia Nacional de Medicina el día 5 de julio de 1916. Formó parte de una generación de hombres ilustres que dio nueva vida a la

Academia, entre los que se contaron don Fernando Ocaranza, don José María Gama, don Francisco Paz, don Daniel M. Vélez y pocos años después, don Tomás G. Perrín, don Jesús Arroyo, don José León Martínez, don José Joaquín Izquierdo, don Ernesto Cervera y otros. Fue esa la generación —de influencia tan importante en la vida médica de México— que anunciara poco antes el doctor don Gregorio Mendizábal en ocasión del quincuagésimo aniversario de la Academia, al decir: "A ésta toca imprimir un nuevo y victorioso impulso y orientar a tan benemérita Sociedad por nuevos caminos en relación con el progreso de la ciencia".

Don Rosendo Amor fue distinguido con la presidencia de nuestra Academia, en la cual sirvió de 1938 a 1940, tocándole en suerte, entre otras cosas, la celebración de las "bodas de diamante" de la Corporación, para la cual, según relata el doctor Francisco Fernández del Castillo, "se hicieron solemnes actos científicos y sociales en un clima de optimista entusiasmo".

El día 31 de marzo de 1954 la Academia reconoció sus virtudes académicas y los servicios prestados a la institución nombrándolo académico honorario.

Los intereses académicos del maestro Amor tuvieron también otras proyecciones. Fue miembro fundador de la Academia Mexicana de Cirugía y socio fundador de la Asociación Mexicana de Ginecología y Obstetricia. Esta última le honró muy merecidamente con el nombramiento de miembro honorario y posteriormente, con motivo del cincuentenario de su recepción profesional, le expresó su gratitud y reconocimiento designándolo presidente honorario vitalicio en su Asamblea General del día 26 de agosto de 1954.

Fue, además, miembro de numerosas sociedades médicas nacionales y extranjeras: miembro fundador de la rama mexicana del *American College of Surgeons* (1928), del Colegio Indolatino de Cirujanos (1936) y de la Sociedad Internacional de Cirujanos, con sede en Bruselas (1934).

Inició su valiosa actividad científica y docente en el año de 1905, apenas seis meses después de su graduación, en que ingresó al profesorado de la Facultad de Medicina como jefe de clínica del Primer Curso de Clínica Quirúrgica. Su indiscutible calidad de maestro y su demostrado amor por la enseñanza pronto le llevaron a la dirección de la Facultad de Medicina, la cual ejerció de 1916 a 1920, época en la que floreció entre nosotros la medicina funcional. Dio gran importancia a la enseñanza de la Fisiología, para lo cual contó con la brillante y entusias-

ta labor del maestro don Fernando Ocaranza, pionero de estos estudios en México, quien había sido nombrado profesor de la asignatura un año antes, siendo director de la Facultad el doctor don Ángel Hidalgo. En el año de 1918 y los subsecuentes se impulsaron las prácticas de laboratorio y se dotaron con mejores elementos los laboratorios de Histología, Microbiología y Fisiología. Los maestros y profesores de esta última cátedra midieron entonces, por primera vez en México, la velocidad sanguínea en el perro y lograron la excitación de la cuerda del tímpano. Los primeros frutos de la investigación científica experimental en la Facultad fueron aquilatados personalmente por el entonces rector de la Universidad, licenciado don Juan Natividad Macías, ante quien los alumnos de Fisiología Felipe Aceves, José Aguilar y Bernardo Ávalos, demostraron el centro respiratorio en el piso del cuarto ventrículo.

La labor personal más importante del maestro, sin embargo, se orientó hacia la enseñanza especializada de graduados, entonces en ciernes, dirigiendo cursos de capacitación, entre los que recordamos el curso de Terapéutica en Cirugía General y Ginecología organizado con motivo del centenario de la Facultad de Medicina en octubre de 1933, el curso de Terapéutica Quirúrgica Ginecológica para médicos organizado por el Hospital de Jesús en diciembre de 1941 y los cursos para graduados organizados por la Sociedad Médica del Hospital General de 1938 a 1944. El maestro Amor fue además jefe de los cursos de Ginecología organizados por la Asociación Mexicana de Ginecología y Obstetricia de 1947 a 1957.

No es de sorprender que la actuación del doctor Amor como maestro haya sido tan destacada, pues su personalidad médica se estructuró paso a paso a base de una formación integral que le permitió alcanzar una calidad y un prestigio genuinos. En su primera etapa se formó como cirujano general y su apasionada entrega a la cirugía le llevó a niveles superiores. Cirujano atrevido pero consciente, elegante y preciso, cuidadoso y lleno de recursos, mereció que el gran maestro don Gonzalo Castañeda le llamara "príncipe de la cirugía".

De acuerdo con los criterios de la época, que consideraban a la Ginecología como una especialidad quirúrgica, se especializó en Cirugía Ginecológica. Inició los estudios de esta especialidad tomando en 1914 los cursos de especialización en Cirugía de Vientre y Ginecología que impartía por aquel entonces la Universidad Nacional de México. De ahí en adelante se preocupó

constantemente por la resolución de los problemas relacionados con las enfermedades de la mujer. Maduró sus conocimientos y experiencias en las salas de los hospitales y en las visitas que hizo a las clínicas europeas. Atesoró formidable experiencia y ofreció sus mejores días en beneficio de la mujer sirviendo como médico del servicio de Cirugía para Mujeres del Hospital Juárez, de 1914 a 1917; como médico del servicio de Cirugía de Mujeres del Hospital General, de 1914 a 1934, y como jefe del servicio de Ginecología del Hospital General, de 1934 en adelante. Terminó sus días asociado aún a su servicio del Hospital General, en el que actuaba como consultor honorario.

No es fácil analizar las contribuciones de este destacado exponente de la ginecología mexicana. Para ello habría que analizar pormenorizada y concienzudamente sus ideas originales, sus conceptos clínicos, sus técnicas quirúrgicas y, en fin, todo lo personal que salió de su mente y de sus manos. Su gran capacidad, su invariable interés y su continuado esfuerzo le permitieron dominar y perfeccionar tanto la cirugía pélvica radical como la cirugía ginecológica más fina. En los días aciagos en que no había otros recursos para tratar el cáncer cervicouterino, introdujo en México la operación de Wertheim, la cual practicó y difundió ampliamente. Más adelante preconizó, entre los primeros, el tratamiento combinado radioquirúrgico de esta enfermedad.

Innovadores y trascendentes fueron sus conceptos acerca de la anatomofisiología y patología del tejido conectivo vascular de la pelvis, pero una de sus más grandes glorias fue iniciar en México la cirugía ginecológica conservadora y funcional, cirugía consciente, restauradora, cuya esencia puede expresarse en esta certera frase suya: "Hay que conservar órganos, no enfermedades". Fue pionero en la práctica de la miomectomía, propuso técnicas originales para las resecciones segmentarias del útero y preconizó la conservación de las trompas de falopio en el embarazo ectópico. En la época en que el mayor timbre de gloria de un ginecólogo era hacer una histerectomía brillante o extirpar cruelmente un ovario portador de un quiste sin pensar que existe en él un tejido precioso que puede conservarse, combatió la idea derrotista de cercenar anexos y sustituyó el despilfarro de ovarios que caracterizó a aquella cirugía por la avaricia de la cirugía funcional que descubre un tesoro en cada fragmento de ovario que con legítimo orgullo logra conservar.

Fueron también importantes sus aportaciones a la cirugía uroginecológica. En la misma época en que Coffey realizaba

la ureterocolostomía, el maestro Amor abocaba los ureteros al colon, con éxito, para evitar la extirpación del riñón en las heridas accidentales del uréter. Ideó también otras técnicas para resolver problemas urológicos relacionados con la cirugía ginecológica, como fueron la formación de una neovejiga urinaria a expensas del ámpula rectal, la ureterocistostomía y la ureterocistoneostomía.

El intercambio internacional, a la usanza de entonces, lo hizo principalmente con Europa. Visitó Berlín, en donde el profesor Bier organizó sesiones quirúrgicas en su honor; Viena, en cuyo Hospital Rudolph los profesores Cusco y Weibel reconocieron públicamente la prioridad de su técnica de ureterocoloanastomosis. Recibió numerosas atenciones y honores en el Hospital San Carlos de Madrid en donde dio conferencias y operó enfermas en la Clínica de don Sebastián Recasens. Visitó Europa, comisionado por la Secretaría de Educación y la Universidad Nacional, para estudiar la organización de diversas universidades.

Esta escueta enumeración de hechos aislados no es capaz de dar una idea cabal de la personalidad del maestro. Las realizaciones, influencias y aportaciones que hizo el maestro Amor a la medicina y, en particular a la cirugía y a la ginecología, tuvieron como marco una recia personalidad, una actividad continua, una lucha incansable, fruto de su vitalidad desbordante y de su deseo constante de superación. El dinamismo profesional del maestro Amor —dice uno de sus discípulos más cercanos, el doctor Manuel Urrutia— "se vislumbraba generoso y prometedor desde sus albores, con su fecunda actividad estudiantil". Aquel joven de atrayente simpatía fue descrito por uno de sus compañeros de generación, el doctor Alfredo E. Gochicoa, como "muchacho encantadoramente jovial, que ostentaba con discreto orgullo su pobreza, igual que toda la pandilla, despreocupado de la opinión ajena, salvo en lo relativo a su grandiosa cabellera, *son apanage* como fuera el de Cyrano de Bergerac su nariz, de la que hacía gala con genuino desplante".

"No teniendo nada —dice el maestro don Ignacio Chávez— se forjó solo, todo de oro y con un temple del mejor acero. Venía de las capas más humildes de nuestro México, de una de esas familias de provincia que hacen de la pobreza no un tema de resentimiento, sino un blasón de honor. Para educar a los hijos, la familia entera emigró a México y supo lo que era una vida de las más duras privaciones. Sin embargo, cuando a la casa modestísima llegó un día la oferta del gobierno de Zacatecas para otorgar

una beca al joven estudiante que prometía ser una gloria de su Estado, el padre declinó la oferta con objeto de que el hijo se formara sin más apoyo que el de los suyos, humildemente pobre, pero orgullosamente solo."

En ese ambiente inició su vida el estudiante de mente despejada, de inquietud científica, de responsabilidad innata, y con grandes limitaciones y con aún más grandes esfuerzos, escaló con soltura y seguridad los peldaños ascendentes que he comentado tan brevemente en líneas anteriores, hasta conquistar los títulos de maestro de la ginecología mexicana, académico de proyección indiscutible, hijo predilecto y benemérito del estado de Zacatecas, amigo sincero, humano y generoso, hombre de natural simpatía que supo ganarse respeto y afectos.

Supo además equilibrar su vida, delicada y armoniosamente, asomándose a los más diversos aspectos de la misma. A pesar de su intensa actividad en el campo de la medicina, tuvo tiempo para escribir delicados versos que leía con profunda emoción y sentimiento, para compartir con sus amigos en las veladas de todos tipos que tanto disfrutaba; para hacer deporte, gracias a su constitución privilegiada, hasta la edad de 80 años, a cuya edad el maestro don Ignacio Chávez, tuvo necesidad de organizarle una "huelga de raquetas caídas" para evitar que siguiera jugando tenis.

Nació el 10. de marzo de 1879 y dejó este mundo el 20 de enero de 1970. ¡He ahí una vida genuinamente entregada a la medicina mexicana! ¡He ahí un magnífico ejemplo de superación, desde la nada hasta la excelsitud! ¡He ahí una imborrable figura de la ginecología mexicana que vivirá imperturbable entre nosotros, hasta siempre!

Alfonso Álvarez Bravo

Demetrio López Garduño

Una vez más nos reunimos en esta Sala para colocar solemnemente en la galería de Presidentes de la Academia el retrato de uno de ellos, que honró a nuestra corporación, no sólo por los servicios que le prestó, sino también por los rasgos que tuvo en su vida profesional, en la cátedra y en los diversos cargos públicos que desempeñó.

Esta ceremonia, que materialmente parecería de poco significado, ya que por su sencillez y por su austeridad, carece del brillo que tienen otros actos públicos, es, sin embargo, como las que se han efectuado en los últimos años y las que tendrán que celebrarse en el futuro, de singular trascendencia. Porque no se trata solamente de llenar un hueco material en esta galería, en la que irán desapareciendo sucesivamente esos lugares vacíos porque así lo exige la brevedad natural de la vida humana. Tampoco se pretende llenar una obligación reglamentaria, que, si así lo fuera, daría a este acto un matiz de rutina que le restaría valer e importancia. Y, al mismo tiempo, no es un pretexto para dar tregua, por unos minutos, a la labor propiamente académica; a la que contribuyen con tanta eficacia nuestros distinguidos colegas.

Nos encontramos reunidos para tributar el máximo honor que la Academia puede conferir a uno de sus presidentes, y al hacerlo es porque estamos convencidos de que si algunos piensan que el reconocimiento de los méritos personales sería tal vez más valioso si se hiciera en vida de quienes los poseen, la

tradición y las costumbres sociales exigen que no se deje inadvertido para la posteridad lo que significa una vida consagrada al cumplimiento del deber profesional y al ejercicio noble y eficaz de las virtudes cívicas. Colocar un retrato en el lugar preferente de la sala de trabajos o de la biblioteca de una corporación científica; dar a un premio el nombre de un varón que trabajó por el adelanto de la cultura; poner a una calle de la ciudad el nombre de un ciudadano distinguido; hacer la edición completa de las obras de un ilustre escritor; todos estos honores póstumos sirven no sólo para honrar a quien honor merece, sino también para ponerlo de ejemplo a los contemporáneos y a los postreros, a fin de que tengan a la vista los merecimientos que justifican ese honor y para que, siguiendo su ejemplo, tomen de él la enseñanza necesaria para seguir sus pasos.

Como en circunstancias análogas a ésta, el retrato que va a descubrirse dentro de breves momentos, ha sido graciosamente obsequiado a la Academia por la familia del presidente a quien con justicia estamos honrando. Nunca podrá celebrarse lo bastante esta práctica, porque con ella se mantiene el contacto social establecido en vida por el hogar del académico y la corporación que ocupó lugar preferente en sus actividades, y porque, al donarle esta imagen tan querida, la familia da a la Academia una prueba de estimación y de confianza que ésta agradece cordialmente.

El Dr. Demetrio López Garduño, a quien hoy se rinde este homenaje, nació en Tenango del Valle el 13 de noviembre de 1880, siendo sus padres el señor Manuel López Lara y la señora Ana María Garduño de López. Inició su instrucción primaria en su ciudad natal y la terminó en esta capital, pasando después a la Escuela Nacional Preparatoria, de la cual salió en 1896. Al año siguiente ingresó a la Escuela Nacional de Medicina, sustentando examen profesional de médico cirujano los días 12 y 13 de junio de 1902. Quienes lo conocimos como estudiante tenemos la impresión de un joven estudioso, decente, capaz de hacerse de amigos que lo estimaron por el resto de su vida, y que sabía adunar las actividades estudiantiles a otras manifestaciones de juventud, lo que le ganó simpatías sinceras que año tras año se patentizaban, cuando el "Güero López", como afectuosamente se le llamaba, tomaba parte en las entonces famosas novilladas estudiantiles, en que nuestro apreciado colega ponía de manifiesto la sangre española, que se revelaba también en su aspecto físico y en algunos rasgos de su carácter.

Practicante del Hospital Morelos y después del Hospital "Béistegui", al cual sólo ingresaban quienes tenían buenas calificaciones, sirvió como médico puntual y honrado en el Consultorio Central de la Beneficencia pública, en la Comisaría de Mixcoac y en el Servicio Médico del Ayuntamiento de nuestra metrópoli.

Fue igualmente un servidor acucioso y competente de la Salubridad pública. Su labor en el Instituto Antirrábico, iniciada en 1902 como ayudante del servicio y culminada como Director, cargo que desempeñó por varios años, dejó huella muy apreciable, que recientemente ha querido honrar el Consejo de Salubridad General de la República, al disponer que figure su retrato, junto al de otros trabajadores en la campaña antirrábica, en el laboratorio del Instituto de Higiene en que hoy se elabora esa vacuna. Después, de 1930 a 1932, el Dr. López Garduño tuvo a su cargo la jefatura de la antigua oficina de Química y Farmacia del Departamento de Salubridad Pública, donde se distinguió por las facilidades que creyó justificado se otorgaran a las casas productoras de medicinas de patente que podrían enriquecer el arsenal terapéutico.

Como otros médicos mexicanos, quiso y pudo dedicar parte de sus actividades a la docencia. Fue profesor de Anatomía y Fisiología en la Escuela Nacional Preparatoria en 1914; Jefe del tercer curso de Clínica Médica en la Escuela Nacional de Medicina de 1912 a 1914; de 1917 a 1918 ayudante de Terapéutica Módica y, posteriormente, de 1922 a 1932, profesor de la misma asignatura. En 1911 trabajó como ayudante del Instituto Médico Nacional, donde quizá se despertó su afición a los estudios de terapéutica, que como se ha dicho, fueron sus predilectos. En los puestos docentes, se granjeó el afecto de sus discípulos, que veían en él, no sólo al catedrático escrupuloso y puntual, sino también al amigo y al consejero que comprendía bien los problemas de la juventud estudiantil, sin olvidar la distancia que necesariamente debe existir entre quien profesa una cátedra y quienes la reciben.

También fue el Dr. López Garduño de los facultativos interesados en las actividades cívicas y políticas, creyendo que así hacía más amplia su labor profesional. Por eso, fue miembro honorario de la Junta de Educación de Tenango del Valle, su tierra natal; concejal del Ayuntamiento Constitucional de Mixcoac, de 1912 a 1913, y en 1915 su presidente; socio de la Cruz Blanca Neutral en 1912; presidente honorario de la Junta de Caridad

Privada de Mixcoac en 1915; y de 1912 a 1913 diputado a la XXVI Legislatura del Congreso de la Unión. La reputación profesional de nuestro muy estimado colega no sufrió en ningún concepto por su actuación política, como por desgracia ha sucedido con algunos que supeditan el interés médico a otros intereses.

De conducta intachable en el ejercicio profesional y muy estimado por sus clientes y por sus compañeros, tuvo especial dedicación a la medicina interna, en la que siguió, como algunos de sus amigos tuvimos la satisfacción de hacerlo, las huellas luminosas de aquel grande maestro y notable clínico que se llamó José Terrés, cuya obra se han atrevido recientemente a censurar con notoria injusticia algunos médicos que, por no conocerla, no la estiman como se merece.

Su dedicación a esa rama de la medicina y a la higiene le abrieron las puertas de diversas agrupaciones científicas. Fue miembro activo de la Sociedad de Medicina Interna, de la Sociedad Mexicana Sanitaria y Moral de Profilaxis de las Enfermedades Venéreas, de la Asociación Médica Mexicana, de la Comisión Mexicana para el Estudio del Tabardillo y de la Asociación Americana de Salubridad Pública; llevando a estas corporaciones el acervo de sus conocimientos y de su experiencia profesional.

Nuestra Academia Nacional de Medicina lo recibió en su seno, como socio de número de la Sección de Farmacología y Farmacia, el 22 de noviembre de 1916; fue su presidente del 1º de octubre de 1931 al 30 de septiembre de 1932 y, por sus merecimientos, pasó a ser socio titular el 10 de marzo de 1937. Su labor prudente y entusiasta al frente de nuestra Compañía acrecentó la estimación de nuestros colegas; y si alguna vez se le reprochó haber contribuido a que se efectuara en este local una ceremonia en honor de tres sabios alemanes, en la que intervinieron mañosamente ciertos intereses comerciales, puede asegurarse que su buena fe quizá fue sorprendida por ellos, pero que sus propósitos de honrar a quienes merecían ese honor no justifican esos reproches ni, mucho menos, que se pretendiera abusar de sus buenas intenciones.

Como presidente tuvo la satisfacción de presentar a la Academia a nuestro muy estimado consocio el Dr. Hermán Mooser, cuya contribución al progreso de la bacteriología en México no se olvida; y al eminente parasitólogo Dr. Emil Brumpt, que visitó nuestra Academia el mismo día que lo hiciera el célebre maestro de maestros Dr. Henri Roger; y de entregar a nuestro distinguido colega el Dr. Rafael Silva su diploma de socio co-

rrespondiente de la Academia de Medicina de Madrid. Los discursos que en esas ocasiones pronunciara el Dr. López Garduño figuran en la Gaceta Médica de México, como figuran también los interesantes estudios que leyó sobre angina variolosa maligna, la existencia del sodoku en México, nota preliminar al estudio del chaparro amargoso, un caso de tetania, y las causas de intoxicación por el uso de los derivados del ácido barbitúrico. Como miembro de las comisiones respectivas, suscribió importantes dictámenes: el referente a las memorias presentadas a la Academia con motivo del concurso abierto por "El Universal" para premiar al descubridor del germen del tabardillo; el de la comisión para dictaminar sobre el trabajo "Las tlalchichinoas" del profesor Juan Manuel Noriega; el del concurso sobre "La insulina en el tratamiento de la diabetes" y el del concurso sobre "El tratamiento de la uncinariasis".

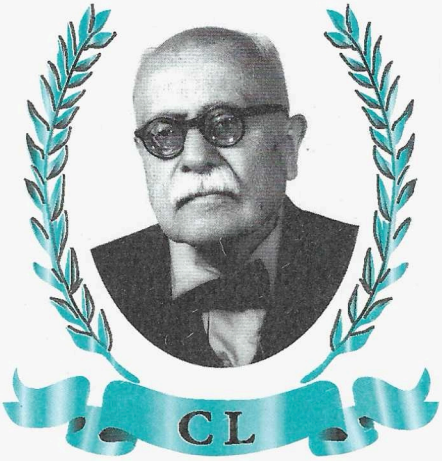
Entre sus otras publicaciones, deben mencionarse su tesis profesional, sobre "La desgarradura del perineo"; "Apuntes sobre el diagnóstico y el tratamiento preventivo de la rabia"; "Debe protegerse a las nodrizas del contagio de la heredo-sífilis" y algunos otros publicados en la importante "Revista Medica de México", cuyos tomos pueden consultar con provecho quienes se interesen en conocer la marcha de la medicina interna en nuestro país. Un lugar especial ocupa la "Recopilación de datos analíticos sobre la composición de las más importantes aguas minerales de México", que escribió el Dr. López Garduño en colaboración con nuestro socio titular el distinguido químico don Juan Manuel Noriega, que el Departamento de Salubridad Pública hizo imprimir en 1930. Esta recopilación, como la obra ahora olvidada de Lobato sobre nuestras aguas minerales, es indispensable para conocer los recursos terapéuticos de México en ese importante dominio y, sobre todo, para poder utilizarlos racionalmente y con provecho.

Nuestro 48º presidente, cuya vida activa y fecunda honra la Academia esta noche, supo formar un hogar respetable por muchos títulos, en el que destaca merecidamente quien por tantos años fue su virtuosa compañera, y del que forman parte jóvenes profesionistas que, conscientes de la responsabilidad que tienen de honrar a aquellos cuyos nombres llevan, lo han hecho siempre y seguramente continuarán haciéndolo, al seguir las huellas de sus progenitores. Herido por penosa dolencia que le privó de su actividad física por largos ocho años, el último de los cuales le fue particularmente doloroso, nuestro distinguido colega, y para

muchos de nosotros muy apreciado amigo, conservó la lucidez de su noble espíritu y los rasgos característicos de su amable personalidad hasta el 19 de agosto de 1940 en que la muerte generosa le dio merecido descanso.

El Dr. López Garduño fue un médico probo y competente; un catedrático distinguido; un buen ciudadano; un servidor público honrado y laborioso y, lo que para nosotros es particularmente caro, un académico que dio honra a nuestra corporación. Por eso, al recibir de su respetable familia el retrato que en breves momentos va a descubrirse en esta Sala, al lado de nuestros otros presidentes (algunos de quienes fueron sus maestros o sus amigos), le protestamos que conservaremos siempre con cariño sincero esta imagen amable y le aseguramos que ella servirá de estímulo cordial a quienes laboramos en esta Compañía y de ejemplo a quienes, médicos y estudiantes de medicina, nos acompañan semanariamente en esta obra que la Academia Nacional de Medicina realiza, para contribuir al progreso y la difusión de las ciencias médicas y para procurar el mejoramiento individual y colectivo de nuestro México.

Alfonso Pruneda García



Jesús Arroyo Ávila

Durante el pasado periodo de sesiones tuvimos la pena de perder a uno de los más antiguos miembros de nuestra corporación, el doctor Jesús Arroyo Ávila. Nacido en 1888 en el municipio de Chalchihuites, Zacatecas, hijo de un matrimonio formado por profesores de enseñanza primaria. Hizo sus estudios básicos en Zacatecas, Chihuahua y Guadalajara, para prepararse en la profesión médica en la Escuela Nacional de la Universidad de México, donde se recibió en 1911. La Universidad le concedió el título de doctor en Ciencias Biológicas en 1932.

Era el doctor Arroyo hombre de baja estatura y movimientos calmados; su voz suave y persuasiva reflejaba un tesón poco común por el trabajo científico; al menos, yo nunca lo oí hablar sino de sus actividades en el laboratorio y de su profunda admiración por cuanto pudiese constituir un avance en el conocimiento. Me resulta muy difícil recordar a don Jesús Arroyo sin imaginármelo junto al doctor Tomás Gutiérrez Perrín, siete años mayor que él, a quien respetaba como a un hermano mayor y de quien fue entrañable colaborador y amigo durante medio siglo. Ambos fueron los precursores del laboratorio clínico en México. El doctor Perrín, también largos años miembro de esta Academia, había tenido la inmensa fortuna, a los ojos del doctor Arroyo, de trabajar junto al doctor Santiago Ramón y Cajal. El doctor Arroyo nunca se cansó de escuchar al doctor Perrín las mil minucias referentes al maestro de tantas generaciones de laboratoristas, ni el doctor Perrín se fatigaba ni perdía un áto-

mo de entusiasmo cuando, una vez más, las repetía a su dilecto amigo. Quizás el día más feliz del doctor Arroyo fuese aquel en el que, en esta misma Academia, entonces con su local oficial ubicado en el segundo patio de la antigua Escuela Nacional de Medicina, allá en la señorial Plaza de Santo Domingo, le fuera encargada la tarea de presentar oficialmente a la corporación al profesor Pío del Río Hortega, prolongación viva de la escuela de Cajal, que visitara México como invitado especial del Gobierno.

El doctor Arroyo fue un minucioso técnico, que movía sus pequeñas manos de dedos regordetes, pero muy ágiles, entre tubos de ensayo, pipetas y frascos multicolores, con agilidad y seguridades de experto. La gran mayoría de los 80 trabajos que publicara durante su larga vida, 30 de ellos presentados en la Academia, contienen recursos técnicos obtenidos de su minuciosa práctica, y todos se relacionan con resultados y aplicaciones de los análisis clínicos. Ya su tesis recepcional versó sobre serodiagnóstico de la sífilis. Tales trabajos demuestran cómo siempre estuvo al día en su especialidad. Su última contribución fue una larga serie de artículos en los que resumió toda la labor mexicana en anatomía patológica.

Pero, además de sus limpias actividades profesionales, fue un maestro que dedicó a la enseñanza una gran parte de sus esfuerzos. En 1908, aún antes de recibir su título profesional, inició sus labores pedagógicas, primero como profesor de clínica y, desde 1915, como profesor de histología. Ingresó en la Academia en 1919 y entonces, además de leer un trabajo de ingreso sobre las aplicaciones en la clínica del laboratorio biológico, hizo el elogio de su antecesor, el doctor Demetrio Mejía, según la costumbre de esa época. Durante su vida académica fue trece veces comisionado para representar a sus compañeros de corporación en ceremonias y jurados. Pertenecía además a las Sociedades de Medicina Interna, Antonio Alzate, Para Evitar la Ceguera, de Biología, de Hematología y de Microbiología. La Facultad de Medicina le otorgó una medalla conmemorativa cuando cumplió 25 años de labor docente y la Cruz Roja Española le entregó otra por la labor desinteresada que realizó durante muchos años en favor de los enfermos indigentes en el Sanatorio Español de México.

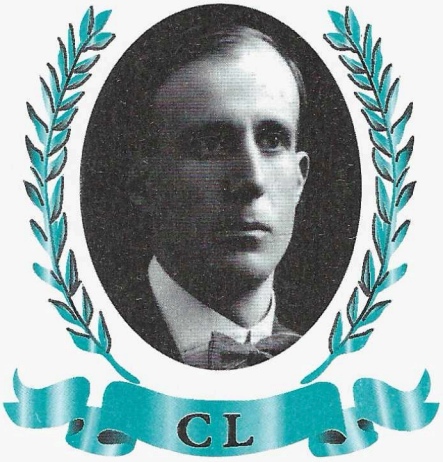
El doctor Jesús Arroyo fue siempre fiel a sus elevados principios éticos, a su moral intachable y a la ciencia, que absorbieron toda su atención privada y profesional.

Tuve la fortuna de conocer, junto a su cama de inválido, a la compañera de toda su vida, doña Anita, pocos meses antes

de su deceso. Nunca olvidaré el modesto dormitorio donde él yacía, imposibilitado por un número muy elevado, y creo que nunca determinado exactamente, de fracturas, unas soldadas, otras con insuficiente consolidación y algunas en seudoartrosis, consecuencia lamentable de un accidente automovilístico acontecido cuando, a pesar de sus muchos años, disfrutaba de la mente lúcida de un hombre maduro. Como no tuviera hijos, el anciano matrimonio compartía sus penas y limitaciones económicas, él dictando a una de sus ahijadas datos e ideas para publicaciones que nunca verían la tinta de imprenta, ella siempre sonriente, arreglada como una novia, coronada con los cabellos más blancos y más hábilmente peinados que yo haya podido ver, charlando sin cesar para ocultar su total sordera. En medio de sus penurias y desgracias se les sentía agobiados, pero no infelices, porque estaban juntos, se tenían y se comprendían el uno al otro.

También fue el doctor Arroyo tenazmente fiel a su tiempo. Respetó a sus maestros, se entregó a sus alumnos, nunca olvidó a sus amigos ni renunció a las ideas de su siglo. Sin ocupar grandes puestos, no pasó inadvertido. En un término medio discreto, tuvo la inmensa fortuna de representar con sencilla gallardía y genuina humildad al hombre laborioso de su generación, dejando fluir su larga vida ni envidioso ni envidiado. Su recuerdo quedará igual entre nosotros: un mexicano que cumplió rectamente y sin vacilaciones con sus responsabilidades de ciudadano ejemplar.

Isaac Costero Tudanca



Ángel Brioso Vasconcelos

De acuerdo con el turno que fija la lista de trabajos que los académicos deben presentar en este año de 1933-1934, nos hubiera tocado en suerte escuchar hoy, miércoles 23 de mayo, la persuasiva y docta palabra de nuestro muy querido colega el doctor Don Ángel Brioso Vasconcelos, quien por espacio de catorce años y dos meses ocupó tan merecidamente un sitial en la sección de Dermatología y Sifilografía de esta Academia. Por desgracia, después de larga y penosísima dolencia, en que se aquilataron su estoicismo y su fortaleza, nos abandonó para siempre el 24 de octubre de 1933, dejando a esta ilustre Compañía sin su entusiasta y vigorosa colaboración.

No tendremos ya la ocasión de escuchar su autorizada voz en este recinto; pero, aprovechando este día, que debería ser el suyo, conformémonos con evocar, siquiera brevemente, su muy grata memoria. Ojalá que las palabras que voy a decir en elogio suyo, puedan servir, como es mi mejor y más ferviente deseo, para destacar, en sus rasgos más importantes, la recia y maciza personalidad del finado paladín de la honradez profesional.

El doctor Ángel Brioso Vasconcelos nació en la ciudad de Oaxaca el 17 de noviembre de 1883; siendo sus padres Don Manuel Brioso y Doña Rosa Vasconcelos, esta última, de familia a cuyo apellido en los últimos años han dado lustre merecido distintas personalidades. Inicia su educación primaria en una escuela oficial y la concluye en un establecimiento católico, donde también realiza sus estudios preparatorios, de los cuales con éxito

notorio sustenta examen en el Instituto De Ciencias y Artes del Estado. En 1904 se traslada a la ciudad de México para hacer sus estudios profesionales en la Escuela Nacional de Medicina, donde sus maestros aprecian inmediatamente la inteligencia y dedicación que siempre lo caracterizaron. En los tres últimos años de su carrera se encontraba inscrito también en la Escuela Médico Militar; se tituló de Médico Cirujano el 3 de junio de 1910 y, poco después, el despacho de Mayor Médico Cirujano del cuerpo Médico Militar.

Durante su vida estudiantil fue practicante del Servicio Médico de Comisarías (1906), ayudante preparador de la cátedra de química biológica en la Escuela Nacional de Medicina (1907-1910) y practicante del Hospital Militar de Instrucción (1906-1910). Desde entonces, se inició en las dos actividades, profesionales y docentes, que habrían de ocupar productivamente su vida.

En la Facultad de Medicina de nuestra Universidad fue, sucesivamente, ayudante del profesor de fisiología (1915-1916); profesor libre de patología médica (1919-1920); profesor de patología general (1920) y profesor de clínica de venerología (1925-1927). La Escuela Médico Militar, a la que tuvo especial cariño, lo ocupó como ayudante interino de higiene (1911); como jefe de clínica propedéutica médica (1912) y lo puso al frente de la cátedra de higiene de 1923 a 1933. Fue ascendido a teniente coronel del Cuerpo Médico Militar, causó baja al año siguiente. Fue reincorporado al servicio en 1923, con el mismo grado. No fue, en rigor, un médico militar, fue fundamentalmente un catedrático de la Escuela Médico Militar.

Su reconocida laboriosidad, honradez en su trabajo, su amor y dedicación al estudio le permitieron desarrollar con el mismo éxito otras actividades. Fue ayudante del jefe de la sección de fisiología en la Dirección de Estudios Biológicos (1915-1916); consejero del Departamento de Salubridad y jefe del servicio contra la fiebre amarilla (1920-1923); consejero y jefe del servicio de desinfección (1925-1927); jefe de oficina del servicio de enfermedades transmisibles)1931-1932) y médico del mismo servicio (1933).

Simpatizador convencido y militante del esfuerzo social, perteneció a las siguientes agrupaciones: Academia Nacional de Medicina, Asociación Mexicana de Médicos Militares, Sociedad Mexicana Sanitaria y Moral "José Ferrer"; Asociación Médica Mexicana, Sindicato de Médicos Cirujanos del Distrito Federal,

Asociación Médica Franco-Mexicana, Sociedad Mexicana de Eugenesia, Asociación Médica Panamericana y *American Public Health Association*. Tomó parte activa en diversas asambleas; fue delegado del Gobierno de Michoacán en el Primer Congreso Mexicano del tabardillo (1919) y relator general del Segundo Congreso del mismo nombre (1921); presidente de la sección de eugenesia del Primer Congreso Mexicano del Niño (1921); presidente del Segundo Congreso Mexicano de Venerología (1922); secretario general del VII Congreso Médico Latinoamericano (1925); delegado al III Congreso de la Asociación Médica Panamericana y delegado del Departamento de Salubridad a la Conferencia Panamericana en Enfermedades Venéreas reunida en Washington en 1920. Participó con igual entusiasmo en los Congresos Médicos Nacionales de Puebla, Toluca y Saltillo, en los que fue muy apreciada su intervención doctrinaria, polémica y social.

Todavía le quedó tiempo para dedicarse, con notorio éxito, al periodismo médico. Fue director de la Gaceta Médica de México (1920-1927); fue corresponsal en México de "*The Journal of the American Medical Association*" (1919-1925); redactor médico de "El Universal" (1919) y colaborador asiduo de diversas publicaciones. Se le debe una traducción, aún inédita, del Manual de Higiene del doctor Charles F. Bolduan (1930), autorizada por el autor.

El mérito de vida tan laboriosa se realza porque la personalidad de quien la vivió (algunos años en lucha constante con la enfermedad) ofrece aspectos interesantes, unos de ellos ejemplares y dignos de recordar. Médico honrado y concienzudo, el doctor Brioso Vasconcelos se distinguió en el ejercicio de su especialidad, de cuyos progresos estuvo siempre al tanto, sin tener, como algunos, el prurito peligroso de experimentar procedimientos o medicaciones "de última hora". Sus pacientes apreciaban la seriedad de su carácter y el rigor de su conducta, lo estimaban y seguían con merecida confianza. En la cátedra, por la que tuvo singular predilección, lo habrían de recordar sus discípulos porque, poseedor de una sólida cultura y erudición, nunca hizo gala indebida de ellas, su exposición siempre era clara y concisa, ilustraba su enseñanza con oportunos ejemplos de la práctica médica y, sobre todo, no desperdiciaba oportunidad para despertar en sus alumnos el sentimiento del deber y para ponerlos en guardia contra charlatanerías y la falta de decoro profesional.

De esta campaña fue siempre valeroso y convencido paladín. La rectitud de su carácter, que nadie ponía en duda, le vedó aprobar mucho menos aceptar, prácticas que conciencias elásticas no encontraban censurables. Conocedor profundo del origen y de los métodos del charlatanismo, así como de la psicología de sus secuaces, luchó implacablemente en todas las circunstancias que estaban a su alcance: la cátedra, la prensa, en la tribuna de las sociedades y en los congresos médicos. Por ello tuvo frecuentes contrariedades y, aun en ocasión memorable, sufrió serio quebranto. En esta notable lucha nada le arredró ni hizo cambiar su opinión. Fue, como aquel gran liberal mexicano y como uno de nuestros grandes maestros, de "los que se quiebran pero no se doblan". Tal como Cristo, gustaba de tomar el látigo para arrojar a los mercaderes del templo.

La misma intransigencia que le caracterizaba en la discusión del valor de la ciencia y del método científico. No se llamó nunca positivista, pero fue de los que, con estricta justicia, podrían ostentar este mal interpretado calificativo. Quizá le hubiese convenido más el dictado de "libre pensador" si no fuese porque su misma intolerancia y su espíritu de lucha, lo hicieran combatir enconadamente opiniones adversas pero respetables y atacar con igual vigor a quienes las ostentaban. En todo caso, ni quienes no simpatizaban con algunos rasgos de su carácter, ni quienes militaban en campos distintos, dejaron de reconocer la firmeza de sus convicciones y la honradez de sus propósitos. Educado en sus primeros años en un establecimiento católico, dejó a un lado la religión sin que ello fuera obstáculo para que tuviera siempre profunda estimación hacia un sacerdote, a quien obsequiaba frecuentemente, en recuerdo de lo que decía deberle, pero a quien no quiso dar la alegría de que le ayudara a la definitiva reconciliación.

Interesado en las cosas de nuestra historia, simpatizante ferviente de las ideas liberales, creía en la política, pero abominaba a los políticos; por ello sufrió, también en alguna ocasión, otro quebranto de importancia en su carrera. Sin embargo, su liberalismo no le impidió reunir a Guerrero y a Iturbide en el patriótico recuerdo que redactó en nuestra Gaceta Médica, acerca del centenario de la consumación de la Independencia Nacional. Inquieto y batallador desde joven gustaba de respetar y hacer respetar el principio de autoridad, sus colegas del Cuerpo Médico Militar sabían bien de su estricto espíritu de disciplina. Todos los que pudimos estar cerca de él, sabíamos igualmente de su

cortesía y de su caballerosidad, de su amabilidad y también de su ironía; del grado de conversación íntima y de su infatigable acuciosidad en el cumplimiento del deber.

Tuve la satisfacción de trabajar junto al doctor Brioso Vasconcelos en el Departamento de Salubridad, por ello puedo rendir público tributo a las cualidades de trabajo, competencia y comprensión de nuestro querido colega. Interesado ya desde antes en las cuestiones relativas de la higiene, tomó verdadero cariño al servicio que se le confió para combatir la fiebre amarilla. Pronto se documentó en diversos aspectos de la campaña y, con su espíritu abierto, coordinó, entusiasta y cordialmente, la cooperación de los médicos de la Fundación Rockefeller, que siempre tuvieron por él profunda y merecida estimación, y contribuyó de modo eficaz, con esfuerzo personal, al éxito del trabajo y a la extinción de la terrible enfermedad. Como consejero del Departamento, su colaboración fue igualmente preciosa, por la claridad de sus opiniones y lo acertado de sus juicios, así como por la importancia de sus conocimientos, cada día más extensos y sólidos. El aficionado a la higiene (como él mismo se llamaba), pronto se convirtió en un competente y convencido higienista, que prestó importantes servicios en el mismo Departamento de Salubridad y profesó, con éxito notorio, la cátedra respectiva. Fue, campeón resuelto de la lucha antivenérea, partidario acérrimo de la pasteurización de la leche, enemigo de la desinfección terminal y simpatizante activo de la propaganda y de la educación higiénicas.

El doctor Brioso Vasconcelos también fue un periodista distinguido, en esa tarea puso en juego las mismas cualidades que lo caracterizaron en su vida profesional, se distinguió por sus escritos, particularmente por la corrección del estilo y el rigor en el empleo del tecnicismo médico. Como corresponsal de "*The Journal of American Medical Association*", dio a conocer a los lectores de su edición española, en forma correcta y desapasionada, las principales actividades médicas de nuestro país. Encargado de la página médica de un importante diario de esa capital, hizo de ella una tribuna respetada, donde defendió, una vez más, los intereses profesionales, atacó el charlatanismo según sabía hacerlo y, por medio de amenos artículos de vulgarización, contribuyó eficazmente a difundir las nociones y prácticas higiénicas más importantes. Su obra como director de la Gaceta Médica se confunde con la que realizó en pro de esta Academia.

Nuestra compañía lo acogió en su seno, en calidad de socio de número, en la Sección de Dermatología y Sifilografía, el 13

de agosto de 1919, después de que presentó como memoria de ingreso, la que lleva por título "Contribución al estudio del tratamiento de la neurosífilis". Este importante estudio fue juzgado por los académicos Ricardo E. Cicero, Jesús González Ureña y Germán Díaz Lombardo, quienes en el dictamen respectivo señalan como méritos del nuevo colega, lo siguiente: "La erudición que demuestra en su trabajo, el entusiasmo con que estudia los progresos de la ciencia, las pruebas patentes de actividad que da en hospitales y escuela" hacen de él, este elogio, que sintetiza felizmente su vida profesional: "el doctor Brioso es de los que han elegido la honorabilidad y el trabajo como armas para la lucha por la vida". Con esas armas contribuyó para siempre al prestigio y progreso de nuestra Academia.

La Gaceta Médica de México honra sus páginas con los siguientes escritos de nuestro inolvidable compañero: Contribución al estudio del tratamiento de la neurosífilis; La pretendida sueroterapia de la sífilis. ¿Debe ser preferido el salvarsán alemán?; ¿Cuál es el mejor tratamiento de la sífilis?; Un buen negocio; Caso curioso de muerte por inanición; Comunicaciones acerca de las inyecciones intraarteriales; Los accidentes de la medicación salvarsánica; El problema del alejamiento de las basuras; Un caso de tuberculosis pulmonar con esplenomegalia curado con todo éxito por medio de los rayos X; Posible medio de contagio por las costumbres de dar la mano al saludar; y Tratamiento de la coriza. Suscribió también el dictamen relativo al trabajo enviado a la Academia por el doctor P.Sánchez Pérez y el referente a los trabajos de concurso presentados sobre el tema "Programa general para la formación de la Geografía Médica Mexicana". En todos esos escritos se revelan la acuosidad, la competencia y el buen juicio de su autor.

Fue director del Órgano de la Academia y Tesorero de la Corporación (1920-1927), donde fueron aún más patentes sus cualidades, se sumaron a ellas su incansable actividad, su fogoso entusiasmo y su notorio desinterés. En la Gaceta siguió y completó la obra de transformación iniciada por nuestro distinguido colega doctor Landa, esforzándose siempre en dar a nuestro periódico el mayor interés. Se le deben importantes editoriales sobre la sueroterapia de la sífilis, el anuncio y decoro profesional, la lucha contra las enfermedades venéreas, los intereses profesionales, la reglamentación del ejercicio profesional y diversos tópicos relacionados con la deontología médica. Cuidó de que aparecieran, en los diversos números, noticias nacionales y extranjeras

de asuntos interesantes a los médicos; crónicas de congresos y otras asambleas científicas; revista de la prensa médica nacional y extranjera, en forma de extractos y traducciones; notas personales y necrológicas; notas bibliográficas; aforismos propios muy interesantes y otros ajenos sobre práctica médica y conducta profesional, y, con escándalo de los colegas apegados rígidamente a las fórmulas tradicionales, aun llegó a incluir en las páginas de la Gaceta, una sección de humorismos, que le permitió flagelar con la misma decisión de siempre, algunas lacras profesionales.

Esta clase de actividades editoriales, que dieran a nuestro periódico gran interés y vasta circulación, se desarrolló en medio de numerosas dificultades pecuniarias y de otra clase.

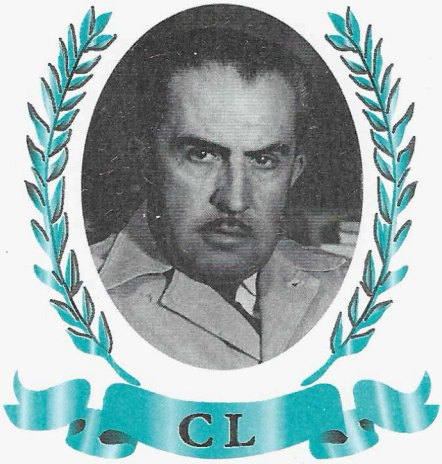
Era la época en que nuestra Academia no tenía local propio, sus archivos iban de aquí para allá, las cuotas no existían en forma regular, no había fondos para la Gaceta, los académicos, desanimados, parecían conformes con que se extinguiera nuestra Corporación. Ni el doctor Brioso ni los amigos a quienes él acudió entonces conocieron, sin embargo, ese desaliento. La fe del primero, su entusiasmo y actividad contribuyeron poderosamente a hacer desaparecer las dificultades y, para ello, sirvió de modo eficaz nuestra Gaceta, remozada y llena de bríos.

En el seno de la Academia, la actuación de nuestro biografiado fue particularmente señalada, y sólo aminoró cuando la enfermedad y el desaliento que le produjo lo alejaron de nosotros. Desde su ingreso pensó en que convenía modificar el reglamento "para adaptar la Academia a las necesidades actuales" (según sus propias palabras), y trabajó activamente para que se llevara a cabo esa reforma. Invitó personalmente a varios médicos distinguidos, sobre todo jóvenes, para que "inyectaran nueva sangre a la Corporación". Cuando concurría a las sesiones, casi invariablemente tomaba la palabra, comentando atinadamente los trabajos, pero siempre defendiendo con calor sus convicciones. En circunstancias difíciles fue de los que pusieron el nombre y la autoridad de la Academia por encima de todo y de todos, y de los que, con más energía, defendieron el criterio y el método científicos. Deseoso de dar a nuestra Compañía una vida más intensa y de extender sus relaciones sociales, introdujo la música en los programas de las sesiones de apertura, práctica que por desgracia ha caído en desuso, e inició las cordiales reuniones que, desde entonces, celebran algunos académicos después de aquellas. Mientras su salud se lo permitió, puso su actividad, inteligente, honrada y entusiasta, al servicio de nuestra Compañía.

Por todo esto nuestra pena fue tan intensa como sincera cuando supimos del tremendo combate que con ejemplar estoicismo libró con el mal que lo llevó a la tumba. Por eso, nuestro dolor fue grande al saber la noticia de que la muerte, si por fin generosa, lo libró del hondo sufrir, en cambio lo arrebató de su hogar, donde quedó sola y sin consuelo una dama virtuosa y abnegada, lo alejó de sus amigos que nunca han de olvidar al que fuera, parafraseando al poeta, agudo varón, en quien se reunieron los idealismos del Quijote, las rebeldías de Savonarola y los tormentos del Greco; y privó a esta Academia, a la que tanto amó, de una de sus más eminentes figuras.

Descanse en paz el servicial y leal amigo, médico honrado y hábil, catedrático inteligente y erudito, el funcionario íntegro, higienista capaz y convencido, el indomable paladín de la honradez profesional, académico entusiasta y laborioso, hombre bueno que supo hacer respetar su intransigencia, porque siempre la puso al servicio de la verdad y del bien. No volveremos a ver su ascética figura ni a escuchar su interesante palabra, pero mientras exista nuestra Academia habrá de recordarse siempre a quien la honró en vida singular y trabajó, como pocos, por su adelanto y su engrandecimiento.

Alfonso Pruneda García



José Joaquín Izquierdo

Esta noche nuestra Academia rinde póstumo homenaje a uno de sus miembros más distinguidos: el doctor José Joaquín Izquierdo, quien la presidiera en 1946 y fuera su decano durante varios años. La obra de Izquierdo queda estrechamente ligada a las actividades de nuestra Corporación, desde el año ya lejano de 1920, en que a la sazón joven médico, apenas con tres años de ejercicio profesional, por su capacidad y dedicación a la medicina científica, fue admitido en su seno, omitiéndose en su caso el ya entonces vigente requisito de antigüedad profesional. Vista a la distancia ¡cuán atinada resulta ahora esa decisión de nuestros predecesores! Izquierdo siempre consideró aquel gesto como un estímulo determinante en su carrera y la Academia se benefició con la contribución de quien, desde su discurso de ingreso hasta el último de los 90 artículos que publicó en nuestra Gaceta, así como en sus múltiples intervenciones en nuestra vida académica, se constituyó en un denodado y vigoroso paladín de la elevación científica de la medicina mexicana. Entre la expresión del espíritu juvenil, vibrante de entusiasmo, ilusiones y sana ambición que se manifiesta en el discurso de 1920, y el pensamiento reposado, sereno y agradecido que palpita en el último artículo suyo publicado en la Gaceta en 1972, en memoria del profesor Joseph Barcroft, su maestro en Cambridge, se extiende la prolífica trayectoria del académico que hoy recordamos.

En cuántos campos de la medicina mexicana encontramos hoy la huella de Izquierdo: sus primeros años profesionales,

hasta 1927, fueron dedicados a espigar en distintos aspectos del saber médico. Entre 1917 y 1918 produce un valioso estudio sobre las causas y las características epidemiológicas de la ceguera en México y promueve la fundación de una Asociación para Evitar la Ceguera. Entre 1918 y 1927 realiza estudios en el Hospital General, sobre problemas hematológicos e inmunológicos en la línea de investigación de su maestro, el doctor Fernando Ocaranza. Pero además se aboca el estudio de padecimientos infecciosos, de problemas ginecológicos y endocrinológicos; de esta época quedan múltiples constancias de su productividad en revistas, tanto mexicanas como extranjeras. Paralelamente a estas actividades, despliega intensa labor en el campo de la salud pública en el Instituto de Higiene.

Se incorpora además al magisterio médico, donde llevará a cabo su contribución más importante como mentor de decenas de generaciones de estudiantes de Fisiología en la Universidad Nacional, en el Instituto Politécnico y en la Escuela Médico Militar. En 1927 deja Izquierdo el país y, como becario de la Fundación Rockefeller, emprende un largo periplo que lo llevará a los laboratorios de Fisiología de las universidades de Harvard, Cambridge y Colonia, los más altos santuarios de la fisiología de su tiempo. De su paso por esas instituciones, de 1927 a 1930, quedan trece trabajos de investigación sobre temas como la policitemia de origen emocional y la participación del simpático en su producción; el automatismo del corazón aislado; la influencia de los nervios extracardiacos sobre la conducción senoauricular y la intervención de los nervios esplácnicos en el mantenimiento y regulación de la presión arterial sistémica.

Pero aún en este lapso de intenso quehacer científico, encuentra Izquierdo tiempo para expresar su vocación didáctica y vierte al castellano el "Manual de ejercicios de laboratorio", preparado por el profesor Cannon, su maestro en Harvard; le añade además algunos experimentos de su propia producción. Por entonces toma cuerpo la idea que hará de él un reformador de la enseñanza médica de nuestro país. La Fisiología venía siendo enseñada en forma verbalista en nuestras escuelas de medicina hasta 1918, año en que a instancias del catedrático titular, otro de nuestros distinguidos ex consocios, el doctor Fernando Ocaranza, se establecieron como parte del curso, una serie de demostraciones de laboratorio, para cuya realización fue invitado Izquierdo y en la que participó regularmente durante diez años. Para entonces regresará a México persuadido de que son

los propios estudiantes quienes deben realizar los experimentos. "La única manera de que el estudiante de medicina llegue a conocer y a comprender los hechos de la fisiología, es que los observe directamente", escribe Izquierdo en nuestra Gaceta en 1930. La energía con que Izquierdo defiende su programa y la comprensión de las autoridades de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional llevan a la fundación, en 1934, del Departamento de Fisiología, que Izquierdo dirigirá hasta 1965, año en que llega a la edad de retiro. La Universidad, en reconocimiento a su meritoria labor, lo nombra entonces Profesor Emérito.

Con la fundación del Departamento de Fisiología se inicia la época más fecunda de la vida de Izquierdo, quien ya se encuentra en plena madurez e influye sobre gran número de jóvenes a lo largo de los cuatro siguientes decenios. Pero su cruzada por la elevación del nivel científico de la medicina de nuestro país no se limita a su labor en el aula y en el laboratorio. Escribe un excelente manual de trabajos prácticos de fisiología general que será utilizado en gran número de instituciones nacionales y extranjeras; y funda una hemerobiblioteca que hoy lleva su nombre en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, reputada como excelente por el fisiólogo y polígrafo de Yale, John Fulton, y reconocida por años como la mejor en Latinoamérica. Su inquieto intelecto lo llevará también a la investigación documental. La historia de la medicina mexicana le debe algunas de sus mejores páginas.

En una serie de obras, iniciada con el "Balance Cuatricentenario de la Fisiología en México", escrita en 1934, recorre Izquierdo los antecedentes de la medicina científica de nuestro país. En 1936, produce la primera traducción de la fundamental obra de Harvey sobre la circulación sanguínea y le adiciona un detallado análisis de su origen, significación y acogida en los países de habla hispana. La medicina experimental es el tema de su tercer libro sobre Claude Bernard, acompañado de una traducción de la obra capital del genial fisiólogo. De sus estudios sobre el desarrollo de las ciencias médicas en México, surgen, entre 1945 y 1955, "Montaña y los orígenes del movimiento social y científico de México", "El Braunismo en México", "El Hipocratismo en México" y "Raudón, cirujano poblano". Pero su horizonte historiador es aún más amplio: en 1958 escribe "La primera casa de las ciencias en México", donde presenta la vida científica de nuestro país en la época colonial y durante la lucha insurgente. Ya antes, en 1951, había incursionado en otros cam-

pos de la historia y en "Un veterano del Ejército Permanente", había dejado una contribución a la historia de la vida nacional, a mediados del siglo pasado. Estas importantes contribuciones del estudio del pasado nacional, le valieron a Izquierdo un sitial en la Academia Mexicana de la Historia.

En nuestra cultura, escindida con el ensanchamiento gradual del abismo que separa cada vez más a las ciencias de las humanidades, son seres como Izquierdo el mejor ejemplo de que ambas actividades, no sólo no son mutuamente excluyentes, sino que bien pueden ser complementarias. La historiografía de Izquierdo muestra la precisión del científico, armonizada con la sensibilidad y la elegancia del artista. La multifacética personalidad de Izquierdo, "un hombre del Renacimiento", como lo llamara uno de sus discípulos, estuvo siempre orientada hacia la comunicación con sus semejantes. Fue miembro muy activo de 34 sociedades académicas, nacionales y extranjeras, llegando a presidir varias de ellas. Mantuvo además, copiosa correspondencia con personalidades de las más destacadas en el ámbito científico y cultural europeo y norteamericano. Su partida deja un vacío en nuestra Academia y en la vida cultural de México, que no será fácil llenar. Precisamente ahora, cuando nuestras instituciones de enseñanza médica ceden al empuje de las miradas de estudiantes que buscan acomodo en ellas, es cuando cobra mayor vigencia el sentido de la lucha de Izquierdo: El ensanchamiento de la pirámide educativa no debe ir acompañado de reducción en la altura.

La composición de los cuerpos académicos en la medicina de nuestro país, requiere del tipo de preparación científica sólida que Izquierdo preconizara. En este punto, nuestra Corporación debiera hacer suya esta lucha en interés de la medicina.

Lo que sería a la vez, el mejor homenaje que esta Academia pudiera rendir a su memoria.

Carlos Alcocer Cuarón

Francisco Castillo Nájera

La fecunda vida del doctor Francisco Castillo Nájera, quien nació el 25 de noviembre de 1886 en la ciudad de Durango, tuvo múltiples e interesantes aspectos, todos marcados por la personalidad atrayente de un hombre que se destacó lo mismo en su patria que en el ámbito internacional; en el ejercicio de su profesión que en funciones diplomáticas; en la cátedra universitaria, al igual que en la literatura y en la poesía; en el campo de la Revolución y en el seno de su familia, además de ser siempre un médico generoso y amigo cordial.

Tuve la fortuna de conocer y admirar al doctor Francisco Castillo Nájera en el hogar del doctor Ángel Brioso Vasconcelos y de su esposa Doña Carolina León de Brioso, donde se reunían con frecuencia con Don Tomás Perrín, Don Nicolás León, don Everardo Landa, Don Alfonso Pruneda y otros médicos, casi todos profesores de la Escuela de Medicina o miembros distinguidos del Cuerpo Médico Mexicano y del Departamento de Salud Pública. Recientemente, llegado yo de la provincia, escuchaba, como espectador silencioso, las conversaciones de un grupo en donde cada uno exponía, con vehemencia, inteligencia y libertad, sus ideas y sus opiniones sobre literatura y política, medicina o higiene pública, o sobre problemas nacionales o internacionales. Allí conocí y respete al doctor Castillo Nájera, de quien fui discípulo, en 1924, en la clase de Medicina Forense; lo seguí más tarde en mis labores de Bibliotecario de la Academia,

y años después, en visitas a Washington, encontrando siempre su amistad y su afecto.

El doctor Castillo Nájera fue Alumno Ayudante de la Clínica Propedéutica Quirúrgica en 1907, confirmado por oposición en 1911. Se graduó de médico el 25 de marzo de 1913, y un día después fue autorizado por la Dirección de la Escuela para abrir un curso libre de Patología General; de 1920 a 1924 tuvo la cátedra de Medicina Forense hasta el momento en el que se trasladó a China (1922) para ser Ministro Plenipotenciario, en una misión especial conferida por el Ejecutivo de la Unión. A su regreso, volvío a la cátedra primero citada y el curso libre de Patología General, que dejó finalmente en 1927 para salir como embajador de México a Bélgica. Dio el curso de Patología General y de Patología Interna en la Escuela Médico Militar, e igualmente fue Profesor de Urología, tanto en esa escuela como en la Universidad Nacional.

Inició su carrera en el cuerpo médico del Ejército Nacional, en febrero de 1915, como Mayor Médico Cirujano, hasta llegar a General de Brigada en 1939. Tuvo a su cargo diversos servicios militares en León, Guanajuato; Torreón, Coahuila, y Nogales, Sonora. Dirigió la Escuela Médico Militar en 1920 y el Hospital Militar de 1918 a 1927. Ocupó la dirección del Hospital Juárez en la ciudad de México, de 1918 a 1919, y la Jefatura del Consejo Médico Legal del Distrito Federal, de 1919 a 1921.

En sus actividades de higienista, fue Presidente de la Comisión Consultiva Sanitaria del Distrito Federal, Vocal del Consejo Superior de Salubridad y de la Comisión Internacional para combatir la fiebre amarilla, de 1921 a 1925; también escribió diversos artículos sobre problemas de salud pública en español e inglés; aunque fue nombrado Jefe de Departamento de Salubridad, no tomó posesión por haber renunciado.

Presidió, en 1924, la Comisión creada para combatir la tuberculosis; fue Vicepresidente del Segundo Congreso Mexicano del Tabardillo, en el cual representó a la Academia Nacional de Medicina, y Presidente del Primer Congreso Mexicano de Venereología. Asistió como Delegado de México a conferencias y congresos médicos en los Estados Unidos de América, en Holanda, España y Dinamarca, además de múltiples reuniones en el país.

Entre los nombramientos médicos honorarios de instituciones extranjeras, citaré los del Miembro del Consejo Superior de Salubridad de Pekín en 1923; Consejero Privado del Príncipe de Mónaco para preparar una convención sobre la humanización de la guerra en 1934, y de la comisión creada con igual objeto, en el mis-

mo año, y representante de la Asociación Panamericana de Protección de la Infancia, Montevideo, ante la Comisión respectiva de la Sociedad de las Naciones.

Se destacó su actuación en las conferencias de 1929, celebradas en Ginebra, Suiza, para "Mejorar la suerte de los heridos y enfermos en campaña y sobre el adopción de un código de prisioneros de guerra".

Ingresó a la Academia Nacional de Medicina el 14 de julio de 1920, fue electo Secretario en 1922 y Presidente de 1927 a 1928. Como Vicepresidente de la Asociación Médica Mexicana, pronunció un discurso en la velada para conmemorar el Octavo Aniversario de la fundación de esa sociedad, el 30 de junio de 1927, el cual tiene actualidad en estos días en que se habla de la necesidad de la unificación de los médicos. El doctor Castillo Nájera dijo entonces:

"Habiendo aceptado, como ya dije, una pasiva resignación, una en el tema mansedumbre, del cuerpo médico es visto como un fácil blanco sobre el que se disparan agresiones e injurias, ya que no tiene más defensa que la personal del afectado, casi siempre significate". Y añadió:

"Cuando fui designado para inmerecido puesto en la Directiva de la Asociación Médica Mexicana, expuse, en mensaje a mis colegas, que las transformaciones ya visibles y las que se efectúan en el subsuelo social, conmoviendo la estructura de todos los grupos, habían de producir, por acción opuesta que fuerzas distintas, fricciones o choques que estábamos obligados a aprender y a evitar.

"La Asociación Médica Mexicana conoce las penalidades de los médicos, sabe los problemas que con la profesión están relacionados y trabaja, ardientemente, por el justo mejoramiento, por el alivio en todos los órdenes, y se ha impuesto la misión de conseguirlo. Ésta llama de nuevo a los interesados, para poder formar un núcleo fuerte y digno de respeto por su número y su cohesión, y espera ser oída, pues si su voz se pierde en el desierto, enterando cada día, llegaremos a un estado social indescriptible.

"Armonizar el papel de sacerdotes, sin mengua de nuestra ética legendaria, con el papel de hombres cultérrimos, merecedores de las comodidades conquistadas por la civilización; compartir con nuestros semejantes las satisfacciones colectivas, sin dejar de ser el consuelo de sus penas; convertirnos en los modernos apóstoles de la fraternidad y la ciencia, sin esperar, como galardón, el reino de los cielos, sino a una equitativa distribu-

ción de bienestar durante nuestro paso por la tierra, tales son nuestras legítimas aspiraciones y, para realizarlas, contamos con que, en la Asociación Médica Mexicana, se agruparán todo los colegas compatriotas dispuestos a estimularnos y a colaborar con la noble empresa".

Las causas por las cuales no se ha logrado construir una asociación de todos los médicos pertenecen al pasado y creemos que también del presente.

El doctor Castillo Nájera fue miembro, también, de la Sociedad Mexicana de Biología, de la Asociación de Geografía y Estadística, de la de Cirujanos del Hospital Juárez, de la de Venereología, y de otras. Fue socio correspondiente de la Academia de Medicina de Lima, Perú; de la Sociedad Belga de Urología; del Colegio Internacional de Cirujanos de Ginebra, y de la Academia de Medicina de Nueva York; de la Asociación Internacional de Higiene de París, y de otras más.

Dentro de su carrera diplomática fue Presidente de la Comisión Mexicana a la Conferencia Universal del Desarme en Ginebra, que en 1932, y en las Conferencias Internacionales del Trabajo, también celebradas en Ginebra, en 1932, 1933 y 1934.

Representó al Gobierno de México en la Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz, en Buenos Aires, en 1936, y se eligió Presidente de la Primera Comisión de la Conferencia. También efectuó, como Plenipotenciario, el Canje de Ratificaciones en la Convención, celebrado entre México y los Estados Unidos para la protección de aves migratorias y de mamíferos cinegéticos, y con el mismo carácter participó en el tratado celebrado entre México y los Estados Unidos que derogó el artículo VIII del Tratado de la Mesilla, el cual firmó en Washington en abril de 1937.

Fue Delegado en la Conferencia de Chapultepec, en 1945, y más tarde fue Delegado en la Conferencia de las Naciones Unidas, en San Francisco, California, en abril-junio de 1945, por lo que dentro de sus actividades médicas y diplomáticas cubrió el periodo de estudio de los problemas mundiales de la terminación de la primera guerra a la época inmediata en que concluyeron las grandes batallas militares en Europa.

Nombraron al Dr. Castillo Nájera Dr. Honoris causa en leyes y letras de la universidad de George Washington, el Midleburry College y la universidad de Southern California de los Estados Unidos.

Lo condecoraron: México con las medallas del mérito militar y del mérito facultativo; Bélgica, Bolivia, Brasil, Colombia,

Cuba, Chile, China, Ecuador, Haití, Holanda, Panamá, Perú, Polonia, Portugal, república Dominicana, Suecia, República Española, Francia y los Estados Unidos de América. Fue enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario en China, en 1922 a 1924; en Bélgica, de 1927 a 1930 tradujo las poesías belgas y publicó la obra "Un siglo de poesía belga", por la que recibió la condecoración gran Cruz de la Corona, que se había otorgado solamente a ciudadanos belgas.

Fue Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Holanda, de 1930 a 1932; en Suecia, en 1932; en Francia, de 1933 a 1935, y en Austria, de 1934 a 1935. También figuró como embajador ante la Sociedad de las Naciones, en 1934; Embajador Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en los Estados Unidos de América, en 1935; Secretario de Relaciones Exteriores, en 1945, y Presidente de la Comisión de las Naciones Unidas en los Balcanes, en 1947 y 1948.

En diversas revistas se encuentran sus artículos médicos, y me limitaré a mencionar los que se publicaron en la Gaceta Médica de México, entre 1921 y 1952, como: "Algunas investigaciones hematológicas desde el punto de vista médico legal; "La experimentación de los seres humanos ante nuestra ley penal"; "Cuerpos extraños en la vejiga y en la uretra"; "Cistoscopia y uretroscopia operatorias". Notas de gráficas y diversos discursos, así como tres notas necrológicas, una sobre el doctor Aristeo Calderón en 1919, y la otra "El Profesor Félix Guyón", 1920, y en el homenaje que rindió la Academia Nacional de Medicina a los presidentes fallecidos: "El doctor José Torres Torija y su tiempo".

Entre sus obras literarias más conocidas encuentran: "Un siglo de poesía Belga", en 1930; "El gavilán", corrido mexicano, 1934; "Piezas americanas en el Museo Arqueológico de Madrid" (traducción de la obra de Henry Davacheri), en 1930; "Algunas consideraciones sobre el español que se habla en México", de 1936, y "Una voz de México en el extranjero", de 1936.

Así como cité las palabras del maestro Francisco Castillo Nájera para presentar sus sentimientos de respeto y amor para la profesión médica, recordaré, al rendir homenaje, sus propias palabras en la sesión solemne de la noche del 5 de noviembre de 1952. Éstas fueron dedicadas al doctor José Torres Torija y su tiempo; cuando se descubrió el retrato de este ilustre maestro en el salón de actos, la voz del doctor Castillo dijo:

"La que celebramos es una ceremonia con caracteres de rito religioso; es consagración y prueba de gratitud. Sus fines son

estimar las virtudes y agradecer los servicios de quienes merecieron presidir nuestra docta institución. La Academia Nacional de Medicina, acostumbrada a honrar a sus presidentes muertos, colocando sus retratos en la Sala de Actos, dice una comunicación oficial, denunciando con ella una sencillez que entraña una significación profunda: 'La efigie del ilustre desaparecido, en la galería de sus iguales, lo incorpora al culto permanente'.

Las imágenes presiden todo los actos académicos y nos recuerdan las normas de conducta profesional y humana que habremos de seguir si aspiramos a ser dignos descendientes de los prohombres que físicamente nos acompañan representados en las reproducciones pictóricas. De acuerdo con la concepción griega, son nuestros dioses tutelares los que impulsan inspiran y protegen".

El maestro, el amigo, el escritor, el mexicano don Francisco Castillo Nájera falleció el 20 de diciembre de 1954. La medida cronológica del tiempo señala su desaparición física; el recuerdo de sus gestos, su sonrisa y su vitalidad se conserva en su familia, sus amigos, sus discípulos en todo el mundo y se perpetúa en los que recibieron el bien que hizo durante su vida.

El doctor Francisco Castillo Nájera, como humanista, quedó incorporada la historia universal en la Liga de las Naciones y en el nacimiento de las Naciones Unidas; como artista sobrevive en México y en Bélgica en sus poesías; como maestro, en sus discursos y en sus artículos; como médico, en sus enseñanzas y en el ejemplo del cultivo de su profesión; como mexicano, en su obra de amor a nuestra patria, y lo que es acaso su mejor homenaje, quedó como hombre de su pueblo en el alma del Norte, que comprendió e interpretó al cantar a su tierra amada un corrido que él ennoblecido con su pensamiento y con su pluma, y dejó vibrando con su nombre en los rincones del viento.

Miguel E. Bustamante

Eliseo Ramírez

La Academia Nacional de Medicina rinde homenaje a quien tanto lo merece, pues la honró y sirvió siempre con inteligente actividad. Por su parte, el director de la Gaceta de México se apresura a dejar constancia de su hondo pesar por la muerte del doctor Eliseo Ramírez, cuyos trabajos científicos engalanan las páginas de esta publicación.

El doctor Ramírez fue uno de los médicos más representativos de lo que debe llamarse la moderna Escuela Médica Mexicana. Desde estudiante, no se conformó nunca con recibir pasivamente las enseñanzas de sus maestros; fue un agudo y sagaz espíritu crítico, pues no eran raras las ocasiones en que sus preguntas y observaciones —siempre pertinentes— suscitaban aclaraciones y pequeños debates en los que se exponían siempre atinados puntos de vista. Aún joven, el doctor, como catedrático, se ganó pronto el respeto de sus alumnos, ya que su exposición era clara, sus conceptos interesantes y la constante actualización de sus enseñanzas. Pretendía siempre, y con frecuencia lo conseguía, que sus ideas fueran claramente comprendidas, y sabía, como buen maestro, dar a los alumnos formas diversas de cátedra que les permitieran captar aspectos distintos del problema.

Afecto a la investigación científica, sólo la emprendía hasta que se lograra el trazo y método riguroso del programa que debería seguir. No era positivista en el sentido estricto del vocablo, pero sí fue hasta la muerte en apóstol convencido y vigoroso del método científico. En los laboratorios en los que trabajó, la

organización de la actividad era primordial; quienes laboraban con él, lo vieron siempre atento a todos los detalles, como guardián celoso del orden y la disciplina material e intelectual. Por lo anterior, sus instrucciones, sus recomendaciones y sus consejos hacían nacer a su alrededor un ambiente de trabajo que no asfixiaba, más bien facilitaba la tarea común.

En las sociedades científicas, particularmente en la Academia y en los cuerpos de que formó parte, como el Consejo de Salubridad, su palabra fue siempre escuchada con interés, provecho y respeto. Poseía una lógica implacable e impecable; en muchas ocasiones, parecía deleitarse en sutileza de razonamiento y argumentaciones que superficialmente se antojaban sofisticadas; sabía llevar el conocimiento a los más reacios, y defendía con tenacidad y calor lo que él creía verdadero. Paro ello no era obstáculo, sino acicate, la ironía con que no rara vez abrillantaba sus juicios. Algunos podían sentirse momentáneamente lastimados con sus conceptos y aun con el tono de su voz, pero lo olvidaban pronto ante lo certero del razonamiento y la verdad en sus conclusiones.

No cultivó solamente el severo campo de la ciencia, igualmente se deleitaba con las buenas lecturas, las cuales sabía recordar con toda oportunidad, y se complacía con estar al tanto de las más recientes producciones literarias mexicanas y extranjeras. Por sus aficiones y su carácter puede decirse que sus genios tutelares fueron Claudio Bernard y Anatole France.

Personalmente, el doctor Ramírez tuvo cualidades que lo hicieron estimar por cuantos cultivaron su amistad y trato íntimo. En dos ocasiones dolorosas para el que escribe estas líneas, encontró éste en su caro y buen amigo un afecto cordial y atenciones que nunca olvidará, y por los cuales le guarda gratísimo recuerdo.

La enfermedad, que rondaba cautelosa la vida de quien había dedicado buena parte de su tiempo a explorar afanosamente el dilatado dominio de la biología, se tornó, en las últimas semanas de su fecundo vivir, en doloroso padecimiento que supo soportar con ejemplos de estoicismo, que sólo en las postrimeras horas cedió el paso a la penosa indiferencia.

Alfonso Pruneda García

Alfonso Pruneda García

Homenaje al doctor Alfonso Pruneda García (1879-1957), socio honorario y secretario perpetuo de la Academia Nacional de Medicina.

Un académico que amó y sirvió plena y cumplidamente a la Academia Nacional de Medicina, que le dio lustre y honra, que la tuvo presente como la culminación de su vida de médico-maestro para hacer algo por ésta durante años llenos de sabia experiencia y fructuosa madurez, todo ello lo fue el doctor Alfonso Pruneda, cuya desaparición física, en junio 6, nos ha conmovido dolorosamente. Sabemos que continúa presente en su obra intelectual y que supervive en su ejemplo, en sus enseñanzas y en sus iniciativas realizadas.

Al pasar de los días, seguirá encontrándose presente y tangible el pensamiento del único Secretario Perpetuo que ha tenido la Academia, a la cual ingresó el 28 de noviembre de 1923. Ocupó aquel puesto cuatro meses después, del 12 de marzo de 1924 hasta el 10 de octubre de 1951, fecha en la que también dejó su sitial de Académico de Número para ser Académico Honorario, recibiendo así una distinción merecidísima, que mostró en forma excepcional el sitio que los académicos consideraron que le correspondía, para que los disfrutara como una de las mejores satisfacciones de su vida en el seno de su amada Academia.

En la páginas de la Gaceta Médica de México, órgano de la Academia que encierra casi 100 años de la vida médica de nuestro país, periódico del que fue Director el doctor Pruneda de 1936 a

1951, se encuentran publicados 79 escritos suyos, cuya lectura interesante, instructiva, de sencilla y elocuente claridad aumentará de valor con el tiempo y enlazará estrechamente en su magnífica serie de informes anuales el pasado de nuestra Corporación con su presente y futuro.

Es hermosa la tarea paciente y consciente del maestro, pues examina en detalle lo ocurrido en las sesiones semanarias para reseñarlas, año con año, en un estilo sobrio y elegante. Una y otra vez encontramos las líneas, escritas por el eminente Secretario Perpetuo, que dicen lo que hicieron sus compañeros y sus discípulos en los años sociales de 1931, 1932, 1933, ...,1940, 1941, ...,1947, ..., 1950, 1951, sin interrupción, año tras año, mientras pasaban las décadas.

El doctor Pruneda recogía los acontecimientos, los trabajos, las comunicaciones con afecto paternal de hombre sabio y estudioso; observaba en los alumnos más jóvenes promesas de madurez intelectual productiva, y en los que fueron alumnos y son maestros, la entrega a la sociedad de una obra científica y humana. Las disciplinas médicas y sociales que siempre cultivó el maestro le permitieron ocuparse, con entusiasmo y brillantez, del recibimiento de los nuevos académicos con un discurso en la Sesión Solemne de enero de 1927 e informar, el mismo año, de la Primera Conferencia Panamericana de Directores de Sanidad, a la que había asistido en Washington; en 1929, se dirigió a los médicos premiados en los concursos de 1925, 1926 y 1927; se ocupó, el mismo año, de "Higiene y educación; en 1930, de la "Cooperación de los maestros de educación primaria en la educación higiénica", y en 1931, "Médico y la salubridad"; en 1933, "Higiene y la medicina sociales", cuando ya profesaba en la Escuela de Medicina las cátedras de Medicina Social y de Medicina e Higiene del Trabajo. En mayo de 1934, su preocupación por el profesional completo y cabal quedó expuesta al decir lo que pensaba en el Examen de conciencia de los médicos.

Al rendir homenaje a la memoria del maestro, aparecen en la historia de la Academia los nombres de médicos a quienes no podemos ni debemos olvidar, porque son parte de nuestras vidas en la Academia, en el ejercicio diario de la profesión y, en algunos casos, lo fueron en el cultivo de nuestra mente y en la orientación que tomó nuestra experiencia. Surgen así en las páginas de la Gaceta, del maestro Pruneda, elogios a desaparecidos inolvidables: Ángel Brioso Vasconcelos, Emilio Roux, José de Jesús González, Santiago Ramón y Cajal, Manuel Cárdenas

de la Vega, Francisco Canale, Florestán Aguilar, Julián Villarreal, Charles Nicolle, Nicolás León, Genaro Escalona, Eliseo Ramírez, Demetrio López, Enrique Aragón, Joaquiín G. Cosío, Francisco Bulman, Gonzalo Castañeda.

El ilustre Secretario Perpetuo, al examinar las contribuciones científicas de quienes desaparecían, dejando sitios de honor para quienes continuaran la tarea, enseñaba sin descanso y estimulaba a las nuevas generaciones.

Algunas veces, el tiempo dio perspectivas de serenidad y entusiasmo a los discursos, como "El cincuentenario del descubrimiento del Bacilo Koch", "El homenaje al doctor Alfredo Fournier en el primer centenario de su nacimiento", el dedicado al doctor Ronald Ross, "El elogio del doctor Rafael Lavista", "La vida y la obra de Pasteur" y en la conmemoración del centenario del nacimiento del gran mexicano don Eduardo Liceaga.

Hubo también fechas gratas conmemoradas por el doctor Pruneda, entre las cuales están la recepción en la Academia, en 1932, del doctor Henry Roger, decano honorario de la Facultad de Medicina de París; el 10 de julio de 1943, cuando el doctor Gonzalo Castañeda cumplió 50 años de haber obtenido el título profesional; el jubileo profesional, en 1944, de los académicos y doctores Antonio Loaeza y Emilio Raso, y el profesor Juan Manuel Noriega; la del jubileo profesional del doctor Ricardo Tapia Fernández, y, en 1945, el XXV aniversario Profesional de los doctores Gustavo Baz e Ignacio Chávez.

La cuidadosa información y el interés que ponía el doctor Pruneda en sus escritos relacionados con personas eran utilizadas con erudición y galanura cuando él se ocupaba de temas de interés nacional o internacional, como "El día de la medicina americana", que trató en 1934; el "Nuevo código sanitario", que analizó en 1936; la forma "Cómo pueden contribuir los establecimientos educativos al conocimiento y a la práctica de la higiene" y el "Servicio médico social de la Universidad Nacional, en 1940; la "Lucha antivenérea en México", en 1941; "La Academia de Medicina en París y la tragedia de Francia", en los aciagos días de 1943; el año siguiente, se refirió a "Algunos aspectos de la Medicina en México" y a "La acción social de la Academia", y volvió al plano internacional al recordar "El día panamericano de la salud" y, más adelante, "La Organización Mundial de la Salud", y en 1950, "La medicina italiana".

Insistió en el pensamiento científico en la planeación médica en "Investigación y asistencia", en "La meta social en la Facultad

de Medicina", y al proponer, en 1946, un programa nacional de medicina social, así como al comentar el trabajo "Introducción al estudio de la medicina social", que presentó aquel joven médico, víctima de una tragedia inexplicable, Raúl González Enríquez.

Mucho más podría decirse ante esta respetable Corporación, repitiendo lo que los presentes saben muy bien –y que marca las huellas que dejó en los senderos de su trabajo por la colectividad-, de quien fue Director de Altos Estudios; Rector de la Universidad Popular Mexicana; Rector de la Universidad Nacional de México; Director de Acción Cívica del Departamento del Distrito Federal y originador de la idea de la lámpara encendida a los Héroes de la Patria en la Columna de la Independencia; Director de Difusión Cultural en la Universidad Nacional Autónoma; Profesor de Clínica Médica, de Patología General y de Medicina Social en la Escuela de Medicina e Higiene Escolar en la Escuela Nacional de Maestros, de Educación Sexual en la Normal Superior, de Ética y Función Social en la Enfermera en el Hospital Juárez y en la Cruz Roja Mexicana, sin mencionar todas las demás cátedras en que enseñó con una total entrega de sus conocimientos y sus experiencias.

Paralelamente, su incansable batallar le permitió servir a la salud pública como Jefe de la Campaña contra el Tifo; como Secretario General del Departamento de Salubridad Pública; Médico de la Oficina de Higiene Rural en el Servicio de Sanidad Federal en los Estados; Jefe de la oficina de Educación Higiénica; Oficial Mayor del Departamento de Salubridad Pública; Jefe de la Oficina de Intercambio; Miembro del Cuerpo Técnico Consultivo de la Secretaría de Salubridad y asistencia, y como Asesor en Educación Higiénica.

En la sesión del 13 de agosto de 1952, dedicada a honrar al doctor Pruneda en sus Bodas de Oro, se escucharon los hechos salientes de su vida profesional en la alocución del doctor Malda, en el discurso del doctor Fernández del Castillo sobre la obra docente y académica del doctor Alfonso Pruneda y en las sentidas palabras del maestro, quien recordó sus estudios (desde 1887 hasta el 21 y 22 de mayo de 1902 cuando sustentó su examen profesional) y a sus profesores en la Escuela de Medicina.

En los cincuenta años trascurridos, hubo un momento culminante, en el que se cruzaron la vida de la Academia y la vida de Don Alfonso Pruneda, cuando, por acuerdo suyo, como Rector de la Universidad Nacional, se devolvió a nuestra Corporación, su casa en el edificio de la Escuela de Medicina, y en la sesión

solemne, el 7 de enero de 1925, le entregó públicamente su sitio de trabajo e hizo el elogio de nuestra Institución.

Recordaremos que, en 1922, cuando el Director de la Escuela de Medicina, Guillermo Parra, ordenó que los libros y muebles de la Academia fueran removidos violenta y perentoriamente, quedaron alojados sus bienes materiales en distintos lugares de la ciudad, de tal forma que no permitía su uso. La mayoría de los libros se colocaron en la planta baja de la casa del doctor Tomás G. Perrin; los paquetes de revistas y las colecciones de la Gaceta, en la casa del doctor Ángel Brioso Vasconcelos; los sillones dorados, el dosel y las mesas de la presidencia, el candil de prismas y dos candelabros fueron obsequiados a la Academia en 1877 por el General Vicente Riva Palacio, Secretario de Fomento, quien apoyó también el subsidio a la Academia decretados por la Cámara de Diputados, y los retratos de los Presidentes fueron depositados en un local del Departamento de Salubridad, dirigido por el doctor Gabriel Malda y el doctor Alfonso Pruneda. Ambos doctores dieron alojamiento a la Academia en el Salón del Consejo, que veía hacia el Paseo de la Reforma, para celebrar las sesiones que se efectuaron en éste cerca de dos años y medio, hasta enero de 1925.

Hubo un contraste inmenso entre la tarde de abril de 1922, en que llegaron al patio de la Escuela de Medicina los camiones de mudanza para transportar los volúmenes de la Biblioteca y los sitiales de refugio, y la tarde del 7 de enero de 1925, en que la Biblioteca mostró nuevamente sus libros en orden. En el reconstruido Salón de Sesiones, el Rector de la Universidad Nacional y Secretario Perpetuo de la Academia, el doctor Alfonso Pruneda; el Director de la Facultad y Presidente de la Academia, el doctor Fernando Ocaranza, y los Académicos volvieron a reunirse y a trabajar en su antigua casa, que ostentaba otra vez en sus paredes los retratos de los Presidentes fallecidos, el dosel en su lugar y el Acta de Fundación de la Academia frente a una concurrencia de representantes de sociedades científicas y de estudiantes de medicina que veían con entusiasmo la reanudación de la oportunidad de escuchar los miércoles la presentación de los trabajos de los Miembros de la Academia Nacional de Medicina.

Ésa noche de enero fue histórica, se vio la manifestación externa y objetiva del amor del maestro Pruneda por la Academia. Otras muchas veces, quizá al preparar sus discursos, trabajos y reseñas, en el silencio del estudio y al venir después a leer las páginas provenientes de su creatividad, debe haber recordado don

Alfonso la fecha en que permitió volver a estar bajo el mismo techo a la Academia y a la Escuela de Medicina.

De sus muchas acciones de Académico, ésta fue un símbolo de las normas de su vida. En ella se unieron el ideal de acción social del ciudadano que ejecutó un pensamiento noble: el ideal del maestro que ofreció a sus discípulos una oportunidad de aprender y el ideal del académico de hacer cuanto podía por la Academia Nacional de Medicina. Pero hizo más: dejó sus tres ideales como herencia, lo cual lo hace perdurar en nuestra Academia, en nuestra Escuela y en nuestro México.

Miguel E. Bustamante

José Tomás Rojas Martín

La directiva de nuestra Corporación me ha hecho el honor, que cumplidamente agradezco, de designarme para ser el conducto que exprese el homenaje póstumo que la Academia Nacional de Medicina otorga a uno de sus distinguidos miembros, a quien tuvimos la pena de perder recientemente, el señor doctor don José Tomás Rojas.

Mis evidentes carencias de dotes literarios y oratorios no me hubieran permitido aceptar tan distinguido encargo si no fuera porque a la vez me brinda la satisfactoria oportunidad de cumplir con un deber leal de amistad y de poder manifestar mi gratitud profunda al maestro, que tan bondadosa y desinteresadamente me transmitió, como a muchos otros más, enseñanzas y conocimientos de los que tan abundantemente era poseedor.

El doctor José Tomás Rojas nació en Mascota, Jalisco, el 9 de julio de 1891; sus padres fueron el licenciado Don Trino Rojas y Doña Tomasa Martín de Rojas. Sus primeros estudios los hizo en Guadalajara, en el Liceo del Estado, y los terminó en 1908 con mención honorífica y publicación de su biografía escolar por haber obtenido la más alta calificación.

Su afán de estudio y de ampliación del ambiente cultural lo trajo a la Capital, donde hizo sus estudios profesionales en la Escuela Nacional de Medicina. En ésta, obtuvo su título de Médico Cirujano y Partero el 31 de agosto de 1914.

Su anhelo constante de superación y de ampliación de conocimientos lo hizo un devoto detector de las nuevas obras y de

revistas médicas, particularmente de medicina interna, por la cual sentía verdadera pasión. Pero también lo condujo a asistir con constancia a los hospitales para estar en contacto directo con los problemas de salud de los pacientes, en contacto con el hombre que sufre para tratar de ayudarlo, con la finalidad esencial e ineludible de todo médico que intenta llevar con dignidad tal nombre.

Así lo vemos pronto, en 1916 como ayudante adjunto de la clínica médica, y, en 1918, como jefe de clínica médica de la facultad como un reconocimiento a su capacidad demostrada. Este fue un logro satisfactorio a tan corta edad, pero no para él que siempre ansió mucho más, y constantemente a base de mejor preparación profesional.

Así lo vemos ahora tomar un curso de especialización en Medicina Interna en la Facultad de Altos Estudios, obteniendo el grado de Profesor Académico de Medicina Interna en abril de 1920; y que ingresa como profesor libre de Patología Médica en la Escuela Nacional de Medicina, donde obtiene, por oposición, en 1921, la plaza de Profesor Titular de la materia.

En 1922 parte a Europa donde asiste a cursos de los profesores Widal, Krauss, Ascoli y Marañón. En esa época la Universidad Nacional lo comisiona para que también haga un estudio sobre la organización de la enseñanza de la Patología y de la Clínica Médica en las capitales que visita.

En 1923, por recomendación del cuerpo médico docente de la Escuela Médico Militar, es nombrado por ésta Profesor de Clínica Propedéutica Médica, con grado de Teniente Coronel, pasando después a profesor de Patología Médica, cargo que desempeño por varios años.

En 1924 es nombrado Profesor de Clínica Médica de la Facultad. Es en abril de ese mismo año 1924 cuando propuesto por los ilustres académicos Angel Brioso Vasconselos, Tomas G. Perrín, Fernando Ocaraza, Eliseo Ramírez, Everardo Landa y Jesús Arroyo, ingresó a la Academia Nacional de Medicina, ocupando un sitial en la sección de Medicina Interna.

No terminaba allí su afán de constante superación. Optó aún al grado de Doctor en Ciencias Biológicas, que le fue otorgado en junio de 1933. Continuaba desempeñando su cátedra de Patología Médica, de la que era titular. Modificaciones en el plan de estudios de la Facultad lo llevaron a desempeñar el cargo de Profesor Conferencista de Patología Digestiva, dentro de la Clínica de Gastroenterología, hasta 1956.

Los últimos años, desde esa fecha, fue profesor Examinador de exámenes profesionales en la Facultad, habiendo tenido la satisfacción y el raro privilegio de ser quien entregara personalmente, el 10 de octubre de 1967, por encargo del jurado de que había formado parte, el acta de examen profesional de la carrera de Médico Cirujano a su nieto, el hoy doctor José Tomas Rojas Brassetti.

Prestó servicios en distintas épocas en varias instituciones nosocomiales: Manicomio General; Hospital General; Beneficencia Española y Hospital Militar, en las que debido a su trato afable y disposición para explicar y enseñar, era seguido por numerosos practicantes deseosos de aprender.

Publicó numerosos trabajos en revistas científicas, en particular creo que dentro de sus publicaciones merecen cita especial la tesis "Ensayo de clasificación de las ictericias" que presentó en la oposición para obtener la cátedra de Patología Médica en la Facultad, que modificaba los conocimientos de la época al respecto, suscitando discusiones e inquietud entre los que entonces asistimos a su cátedra y, sobre todo, su Manual de Patología Digestiva que fue texto de la materia en Facultad y alcanzó la publicación de su octava edición.

Fue miembro numerario de varias sociedades científicas nacionales y extranjeras, especialmente de Gastroenterología y de algunas, miembro honorario correspondiente. También le fueron otorgadas condecoraciones científicas y militares, estas últimas por su carácter de médico militar.

Las anteriores líneas nos muestran, sobre todo, la personalidad científica del Dr. José Tomás Rojas con su afán incontenible de aprender, pero no para distribuir, generosamente, los conocimientos adquiridos, en las aulas u hospitales, entre sus alumnos –que fueron generaciones– durante toda su vida docente que tanto amó, y aplicarlos entre sus enfermos en su actividad hospitalaria o en el ejercicio profesional privado.

Quizá por su intensa actividad profesional era un poco retraído, pero siempre amable y afectuoso, lo que le permitía fácilmente hacer de sus discípulos compañeros y de sus compañeros amigos, para quienes siempre tenía frases de estímulo y disposición de ayuda. No fue un triunfador envanecido. Fue un hombre sencillo y bueno. Fue todo un caballero.

En fecha reciente, el 22 de junio, José Tomás Rojas dejó de existir. Descanse en paz el querido amigo; el afectuoso compañero; el distinguido profesionista; el respetuoso maestro.

La Academia Nacional de Medicina deplora su muerte y se siente orgullosa de haberlo contado entre sus miembros.

Mario Quiñones

Luis Rivero Borrell

La desaparición del respetado y querido Dr. Luis Rivero Borrell, nos causó una profunda impresión a todos sus amigos, compañero y discípulos, ya que unas semana antes de su muerte habíamos tenido la satisfacción de verlo con su aspecto saludable, jovial y desarrollando sus actividades científicas y profesionales con el mismo interés y entusiasmo de siempre. Entre los académicos, seguramente el más afectado fue quien tiene el honor de dirigir a ustedes la palabra, pues cerca de treinta años hubo una cooperación mutua, particularmente en los trabajos presentados en esta Academia, en la Sociedad Mexicana de Urología y en algunos congresos, en donde frecuentemente nos encargaban los comentarios cuando se trataba de discutir algún tema urológico. Casi siempre coincidieron nuestras opiniones; pero cuando así no fue, el hecho no provocó el más ligero enfriamiento de nuestra vieja amistad. A los dos nos animaba el mismo ideal, y él trabajando en el Hospital Militar y nosotros en el Hospital General, siempre nos mantuvimos unidos, especialmente cuando aunaron nuestros esfuerzos para impulsar la Sociedad Mexicana de Urología y los cursos de Post-graduados que desarrollamos durante muchos años en la unidad de urología del Hospital General.

Teniendo en cuenta el breve tiempo de que disponemos, voy a recordar los actos de mayor relevancia concernientes a su vida académica, profesional y docente.

El Dr. Rivero Borrell se graduó en el año de 1907 y obtuvo el grado de Mayor Médico Cirujano en 1908. Cediendo sus inclina-

ciones hacia el profesorado y, deseando continuar la cátedra que venía sustentando su distinguido padre el Dr. Joaquín Rivero y Heras, a su muerte, el Dr. Rivero Borrell continuó impartiendo la clase de Física médica en el Colegio Militar. Indiscutiblemente que para ofrendar su mayor contribución científica y cariño por la Sanidad Militar influyó en el ánimo del maestro Rivero, el hecho de que su padre perteneciera y ocupara un lugar prominente en la Escuela Médico Militar, fundada por el distinguido Dr. Don Francisco Montes de Oca, quien logró hacer una brillante escuela, considerándose entre los discípulos más destacados al Dr. Rivero y Heras, Ramón Macías, Regino González, Fernando López, y Fernanda Zárraga.

Durante la etapa más cruenta de la Revolución Mexicana, entre los años de 1910 a 1920, el Hospital Militar estaba invadido por numerosos heridos de guerra y también por numerosos casos de padecimientos venéreos. No solamente la sala de Genitourinarios, sino otros servicios generales, la venereología utilizaba gran número de camas; y esto no acontecía únicamente en el Hospital General sino en todos los hospitales del país. Fue después de esta etapa que la urología comenzó a ser conocida en México, y el profesor Rivero Borrell destacó de manera importante en el desarrollo de esta especialidad en el Hospital Militar, pues fundó la clase de urología al organizarse la Escuela Médico Militar, en donde su labor perseverante, su clara inteligencia y su gran sentido clínico, le permitieron desarrollar una gran labor docente que constituyó uno de los galardones más grandes de su vida. Por otra parte, logró independizar la urología de la venereología, que durante los últimos años funcionaron independientemente en dos servicios separados, dándole a la cirugía urologíca un lugar elevado y digno dentro del hospital Militar. En la Escuela de Altos estudios acompañó como jefe de clínica al maestro Díaz Lombardo en un curso de Post-graduados de urología, el cual no pudo terminar por enfermedad y fue el Dr. Rivero Borrell quien lo llevó a cabo.

Otra de las etapas más importante de su vida, indiscutiblemente fue su viaje a Europa. Algunos años después de haberse recibido, fue designado Secretario de la Embajada de México en París durante los años de 1919 a 1920, y con el mismo carácter pasó a la Embajada de México en Berlín durante los años de 1921 a 1922. Fue en esa época en que prácticamente se iniciaba la urología moderna y precisamente en el Hospital de Necker de París y en el hospital de Lariboisiere también de París, donde

se escuchaban las voces y la experiencia del profesor Legueu y Marión, quienes en aquella época encabezaban la docencia y la investigación urológica más importante de Europa.

A fines del siglo pasado el Dr. Felix Guyón, al morir el profesor Civiale, heredó diez camas en el hospital de Necker destinadas a la práctica de la litotricia, operación urologíca que era de las pocas que se conocían.

En aquel entonces; Guyón con su genio creador lo transformó en el primer servicio de urología, que por primera vez en la historia de la medicina se organizaba, y es al maestro Guyón a quien se concede el mérito de haber instituido esta especialidad. Este ilustre profesor tuvo un colaborador relevante: Joaquín Albarrán, de descendencia cubano-ibérica, quien dio uno de los impulsos más importantes al desarrollo de la urología, al agregar un aditamento al cistoscopio de Nitze, que permitió fácilmente el cateterismo uretral, lo cual generó un avance en el conocimiento de la patología renal. No se puede hablar de la urología moderna, es decir, de la verdadera urología, sin pensar en ellos, que fueron por más de veinte años la atracción mundial de los estudiantes de medicina de Europa y Latinoamérica, quienes asistían al Hospital de Necker de París al escuchar las clases magistrales de Guyón y Albarrán.

Como dije antes, el profesor Rivero no los alcanzó porque ya se habían retirado, pero sí a sus sucesores, los discípulos predilectos que eran grandes maestros Legueu y Marión, a los que conoció personalmente y tuvo intercambios provechosos que más tarde ofrendó a sus discípulos del Hospital Militar y a las sociedades científicas a las que él pertenecía. Años después de su regreso de Europa, ocupó la presidencia de varias sociedades científicas, entre ellas la de nuestra Academia querida, la de la muy respetable Academia Mexicana de Cirugía y de la Sociedad Mexicana de Urología, honores muy justificados si se tiene en cuenta que su contribución científica fue muy vigorosa, con temas quirúrgicos de una gran erudición y de exquisita flexibilidad de exposición, además de su basta cultura médica de carácter general.

Fue un hábil cirujano que no sólo tuvo la fortuna de cultivar la cirugía urológica abierta, sino de practicar la cirugía endoscópica, que es una de las intervenciones quirúrgicas que frecuentemente practicamos en la actualidad. Esta adquisición,, sin embargo, no es tan fácil de lograr, particularmente para aquellos como el profesor Rivero, que ya había dominado la cirugía urológica abier-

ta, cuando inesperadamente surge la cirugía transuretral, la que cambió los derroteros, especialmente por lo que se refiere al tratamiento de tumores prostáticos y vesicales. Sin embargo, él tuvo ese don prodigioso de adaptarse a las nuevas ideas modificando aquellos conocimientos y experiencias que tantos estudios y meditaciones había adquirido anteriormente.

La urología francesa tuvo un representativo en México en la vigorosa personalidad del maestro Rivero Borrell, quien fue, además, un ejemplo maravilloso para la juventud de todos los tiempos, tanto por su intachable conducta como hombre de ciencia y en su ejercicio profesional, como en su vida privada. Formó un hogar en el que fue muy feliz, teniendo como compañera de vida a la señora María Hermosillo de Rivero Borrell, quien ayudó al maestro en su vida social, procurando formarle un marco donde destacó la excelsa personalidad del maestro. Sus hijos heredaron su talento y caballerosidad.

Maestro Rivero Borrell: la Academia Nacional de Medicina cumple hoy con un deber, al colocar la efigie al lado de tus antiguos maestros y académicos distinguidos. Se encuentran presentes todos los que escucharon sus sabias enseñanzas en trabajos que merecieron siempre el elogio por su brillantez, así como por la sencillez que caracterizó todos los actos que realizó. Presentes están los miembros de la Sociedad Mexicana de Urología, donde sembró efectos prodigando tu amplia cultura; y no faltan a esta ceremonia algunos de los alumnos de la Escuela Médico Militar, en donde no sólo esparció la sabiduría sino que organizó un espléndido servicio de urología en el cual, se está gestando una brillante escuela por los discípulos Lozanos García, Gómez Azcárraga y Reguera.

También están aquí su querida esposa e hijos que recuerdan al amantísimo esposo y al padre querido, quien formó un hogar digno de ser imitado. Quizá existan pocos ejemplos tan armónicos como el suyo, en el que supo unir la ciencia y la bondad, rasgos que nunca se separaron de él-..

Aquilino Villanueva

Abraham Ayala González

El Dr. Abraham Ayala González, ex-presidente de esta Academia Nacional de Medicina, nació el 3 de octubre de 1898 en San Pedro de las Colonias, Coahuila. Hizo sus estudios primarios en la misma ciudad y los preparatorios en el Ateneo Fuente de la ciudad de Saltillo en 1912 y 1913.

Inició sus estudios de Medicina en México en la Escuela Nacional de Medicina en febrero de 1914, y obtuvo el título de Médico Cirujano el 15 de agosto de 1919.

A partir de entonces su vida profesional siguió un proceso continuo y consciente de avance, maduración, meditación consigo mismo y de autocrítica severa que terminó solo con la muerte.

Clínico de formación general se asoma, al principio, a diversos campos. Pronto su atención es dirigida a la Gastroenterología. Dentro de ella, sin perder el panorama de la Medicina General, aborda sucesivamente el laboratorio, la radiología, la cirugía, la endoscopia y en un tiempo muy breve, el esfuerzo autodidacta lo convierte en el hombre que conoce a fondo todos los aspectos de la especialidad. Ni entonces, en la tercera década del siglo, ni hoy, hubo ni hay muchos que practiquen todas estas técnicas y, por ello logren juzgarlas con equilibrio y estricta correlación lógica. Unió técnica y ciencia.

Huella indeleble de que se afanaba y sentía legítimo orgullo marcó en su talento, en su disciplina el doctor José Terrés, su mentor, de quien este año conmemoramos el centenario de su nacimiento.

"Clínico de legítimo espíritu hipocrático y cirujano habilísimo y de amplia visión que debe a que antes que un cirujano trabajó empeñosa e inteligentemente por hacerse médico "- resume certero y conciso del doctor José Joaquín Izquierdo-, lo que explica que pudiera integrar una especialidad médico-quirúrgica y reivindicara la gastroenterología al esófago, considerando otros dominios. Esa manera de concebir la especialidad de la evolución mundial le ha dado la razón. El nacimiento de la gastroenterología en México se le debe. Muchos aprendimos directamente sus enseñanzas.. Lo logró con intenso trabajo, con tesón rayando en la tozudez y con características diferentes a las de otros países.

Si de 1920 a 1922 lo encontramos trabajando como miembro de la Comisión para el estudió del Tabardillo, cuando era el problema nacional más relevante, su actividad médica principal se desarrolla en el Hospital General en donde era médico y profesor. Después, en 1924, a los cinco años de recibir su título, fundó en él, el primer servicio de Gastroenterología. Desde entonces hasta 1934, su actividad se dividía entre la labor asistencial, la clientela y la docencia, cada uno desempeñado con diligencia, con puntualidad, como si fuera lo único que tuviese que atender. Por los mismo años participa en la vida médica oficial y ocupa al final de 1934 y en los primeros meses de 1935, el cargo de jefe del Departamento de Salubridad Pública. Posteriormente, fue dos veces Director del Hospital General, creador del nuevo servicio de Gastroenterología en la unidad que lleva su nombre, fundador y presidente de la Asociación Mexicana de Gastroenterología, miembro de la Academia Nacional de Medicina desde el 21 de octubre de 1936, y posteriormente su Presidente, miembro de la junta de Gobierno de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Trabajador incansable, organizó tres congresos Mexicanos de Medicina; la tercera jornada Panamericana de Gastroenterología; dos congresos mexicanos de Gastroenterología y en varias ocasiones cursos de Post-graduados, los primeros que se impartieron de esta especialidad en la ciudad de México.

Actuante, jamás dedicado a polémicas, dialogando consigo mismo, conformado su espíritu por severo cartesianismo, sus lecciones eran sucesión de hechos particulares que, unidos por sólida construcción, terminaban por imponerse como incontrovertibles y de sus consecuencias definidas y definitivas.

Él enseñaba y su escuela lo llevaba a la práctica siendo fieles a su doctrina; hay categorías de hechos, que según su importan-

cia se catalogan, que la clínica es fundamentalmente operación mental que perfecciona la severa educación del intelecto.

Debo dejar constancia de su amor por el Hospital General; por él trabajó con ahínco, con pasión. Desgraciadamente, no pudo realizar el último de sus deseos: la construcción del Instituto Nacional de Gastroenterología; las gestiones llegaron tarde en la evolución de la Medicina Mexicana. Quería dentro del propio Hospital una institución de servicio, de asistencia, docencia e investigación que habría sido coronamiento de sus anhelos.

Hablar de la vida de un hombre constituye siempre una manera de expresarse acerca de lo que ha sido el modo de vivir de una sociedad. Y no es posible arrancarlo de su ámbito, no es posible disociarlo de la historia, no es posible separarlo de la herencia cultural de su medio y de su gente, ni tampoco del influjo de sus días. Lo más común es que queramos hacer mención de una sola vida, destacar un rostro, un perfil, un divido, rasgos personales.

Una manera de ser cotidiana puede ser una excepción y parecer gris al observador casual. Sin embargo, hay épocas que por sí solas son una excepción, y destacarse en ellas es difícil. Las especialidades no nacieron en México tan sólo por necesidad o designio, sino porque a esa necesidad o designio respondieron persona concretas como el doctor Ayala. Cuando esas personas faltaron la especialidad no nació o ha fracasado.

La generación del doctor Ayala forma parte de nuestro mundo porque el nuestro es en cierta forma el resultado y consecuencia del suyo. Quiero realzarlo porque no he oído aún que se le haya valorado. En ese sentido tratemos de percibir su significación en la silueta de nuestros días, a través de los que formaron parte de ella y recibimos tradiciones, enseñanzas, valores morales, métodos y sistemas que hemos visto transformarse desde la técnica hasta los objetivos. En cierta forma podemos verlo mejor porque nos ha tocado cerrar el ciclo. Ellos iniciaron la carrera en un sendero que pronto se les hizo irreconocible.

Aunque hoy se dice que el ejercicio de la Medicina en México fue esencialmente individualista, eso no es verdad. Ya de antaño la profesión socialmente más adelantada era la nuestra; sufría la presión social, veía sangrar a los demás, pero al mismo tiempo era víctima de las malas condiciones generales y de la deficiente educación médica del público. Su influencia era limitada, no encontraba eco aunque quisiera servir al mayor conglomerado posible. Poco a poco su influjo creció.

Sin esa generación nada de lo que vemos hoy sería posible. A ella lo debemos y afortunadamente muchos se encuentran en etapas personales productivas. Viven al marco histórico que hicieron posible, lo cual, no existía sin acción, sin el avance técnico, sin el cambio de actitud mental de médicos y público.

Al maestro Ayala lo sentimos a veces distante; fiel a ciertos moldes; sin embargo, luchó por modificarlos con su esfuerzo docente y con su ejemplo. A su lado aprendimos la atención al desvalido. Como factores de la transformación o por sufrirla, todos partícipes de la dinámica social que ha transformado a nuestra patria y nuestra profesión.

A esa generación nada le fue fácil. Iniciando sus estudios en pleno conflicto armado, al maestro Ayala le cayeron las armas a las manos a los quince años. Presenció el nacimiento de la protesta. "En aquellas montañas- decía señalando a las cercanas a Saltillo- montábamos guardia los alumnos de Preparatoria". A los 16 años, aislado de los suyos en el otro campo, iniciaba la carrera médica que transcurrió en las horas más violentas de nuestra historia. No sólo tuvo que aprender teoría y práctica en nuestros hospitales, sino que, al mismo tiempo, absorbía las lecciones de la vida.

¿Podemos tener idea de lo que significaron para esa alma joven de natural equilibrio, profundamente afable, la sequedad de su pasaje norteño y las experiencias del desenfreno de los hombres? Posteriormente presenció mucho de las pasiones humanas; desde muy arriba, mucho debe haber visto y reflexionado si tenemos en cuenta su carácter observador.

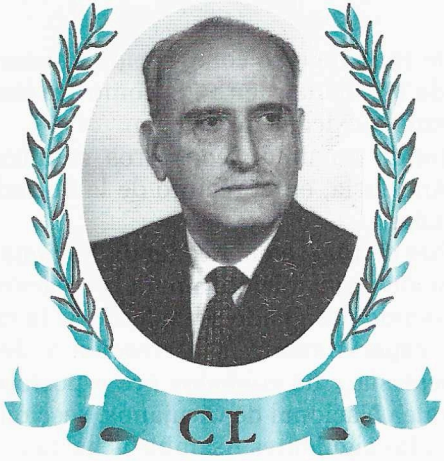
¿Qué pensaba el hombre médico, el hombre de paz ante la fuerza? Nunca se refirió a ello; sólo él pudo saber de sus luchas internas, de su sentir más profundo. Lo que nosotros sabemos es que los años le permitieron mantenerse íntegro y perfeccionar su espíritu. A pesar de saberse, durante muchos meses, mortalmente herido, una semana antes de morir leía los ejemplos de estoicismo de los romanos, dejando traslucir que entendía que somos muerte y resurrección, parte de un movimiento. Quienes como él lo prohijaron, lo favorecieron, sienten que dejan herencia.

Cuando sus ojos se cerraron, se llevaron mucho que no conocíamos, pero llevaban también el miraje de la aurora "del nuevo día" .Estaba en paz, pudo sentirse satisfecho de que la carrera

iniciada hace 50 años en Saltillo había sido dignamente llenada de actividad creadora, había cumplido el esfuerzo que le correspondía en la tarea.

El acto que llevamos a cabo hoy colocando su efigie en esta galería es el recuerdo que ofrendamos a un hombre que se entregó a su vocación médica, al cumplimento de su destino, a mejorar la vida del hombre.

Pedro Ramos Ramos



Benjamín Bandera Cardeña

Es para mí una honrosa distinción el hecho de que la directiva de la Academia me haya elegido para decir unas palabras en memoria del maestro y académico, doctor Benjamín Bandera, recientemente fallecido.

Como maestro, vio desfilar numerosos alumnos, desde 1917, como prosector de anatomía y de 1922 a 1952, como profesor de anatomía descriptiva; muchos académicos tuvimos la oportunidad de ser sus discípulos.

Sus clases se caracterizaron por su invariable puntualidad y estricta y suave disciplina. En la forma explicativa que le era peculiar, sabía desarrollar los temas con suma sencillez y claridad, despertando con sus interrogatorios llenos de paciencia, el interés por el estudio. En los exámenes finales, siempre fue comprensivo y generoso con el revisado.

Su calidad como maestro hizo evidente su amor por la docencia y la anestesia a las cuales se entregó con entusiasmo..

La anestesia, en la que se inició desde el año de su recepción profesional en 1917, le hizo vivir épocas llenas de grandes riesgos y temores, en las que la habilidad individual lograba con éxito la difícil administración de agentes inhalantes con el método del goteo con mascarilla abierta, inclusive en intervenciones de relativa importancia y aún en el domicilio de los enfermos.

Su reconocido valor como anestesiólogo fue motivo para que en 1928 fuera designado anestesista oficial del Hospital Francés de la ciudad de México.

En el año de 1926 ingresó como socio numerario a la Academia Nacional de Medicina, y en 1933 como académico de número de la Academia Mexicana de Cirugía.

En 1934, fundó en unión con otros médicos la Sociedad Mexicana de Anestesia, en el recinto de la Sociedad de Cirugía del Hospital Juárez.

En noviembre de 1941, en la Academia Nacional de Medicina, logró la aceptación de su iniciativa para la creación de la sección de Anestesia, siendo designado presidente de la misma.

Contribuyó especialmente a la creación y desarrollo de la sección de Anestesia y de cuidados pre y postoperatoria en la Primera Asamblea Nacional de Cirujanos, sección que continúo funcionando en las siguientes Asambleas hasta la VII. En el año de 1946 se celebró en México, durante dicha Asamblea, el Primer Congreso Mexicano de Anestesiología, presidido por el doctor Juan White Morquecho y en cuya organización y desarrollo el maestro Bandera tuvo un papel muy importante.

En 1948, cuando la Sociedad Mexicana de Anestesistas se reorganizó y amplió sus horizontes y sus conceptos, cambiando su nombre por el de Sociedad Mexicana de Anestesiología, el maestro Bandera fue honrado con el nombramiento de presidente de 1948 a 1951, periodos de gestación de esa sociedad, a los que el maestro Bandera dedicó gran parte de su tiempo y mejor esfuerzo para lograr su consolidación. En ese mismo año fue presidente del segundo Congreso Mexicano de Anestesiología.

En 1952 se fundó la Revista Mexicana de Anestesiología, otorgándole la dirección editorial de la misma de 1952 a 1956 y posteriormente la dirección honoraría vitalicia. En las páginas de la revista y en numerosas editoriales, se manifestó siempre viva, su ponderada experiencia y su constante aliento y estímulo a toda idea constructiva, a todo esfuerzo de superación por elevar la calidad médica y moral de la anestesiología mexicana.

En el año de 1951, el maestro Bandera organizó el Departamento de Anestesiología del Hospital Francés, estableciendo un servicio permanente de anestesia en cirugía y obstetricia por médicos anestesiólogos; estableció la consulta preanestésica, con revisión electrocardiográfica y fotofluorograma del tórax y dio gran impulso a las actividades académicas, con la exposición de temas a discutir, revisión de casos, y presentación de trabajos por invitación.

El maestro Bandera fue socio correspondiente extranjero de numerosas sociedades de anestesiología y representante de

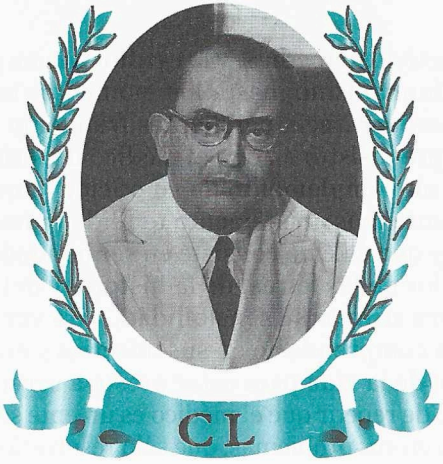
la Sociedad Mexicana de Anestesiología en varios congresos latinoamericanos.

Los hechos antes mencionados hablan de su elevada calidad científica, pero en el recuerdo de su persona se agigantan sus cualidades humanas: nos enseñó lo que es una mano cordial y amistosa, lo que es la bondad inteligente que orienta y aconseja; por ello, supo ganar el corazón de quienes le tratamos.

Nos enseñó serenidad y objetividad en la solución de los problemas, a veces con una mirada, con una sonrisa, con un movimiento de cabeza; nos enseñó finalmente, el cumplimiento fiel y animoso del propio trabajo hasta el último detalle. Su gran sentido de responsabilidad le hizo asistir al hospital hasta dos días antes de su muerte, aun cuando sus dolencias físicas le impedían ya inclinarse a levantar un papel del suelo.

Sean estas palabras nuestro más sentido homenaje a su memoria y el testimonio de que su ejemplo perduró entre nosotros.

José Antonio Sánchez Hernández



Ignacio Chávez

Presentación
Jaime Woolrich

«Y cuando más sabio fue el predicador, tanto más enseñó sabiduría al pueblo; e hizo escuchar e hizo escudriñar y compuso muchos proverbios». Eclesiastés: 11-9.

Nos hemos congregado para realizar un homenaje a un hombre de tal excelencia, tan esencial en la vida de esta Academia y de la medicina mexicana , que ciertamente no necesitaría este acto para aumentar un ápice su relevancia. Somos nosotros quienes, ahora, necesitamos realizar este acto que tiene reminiscencias litúrgicas.

Es una forma de dialogar entre nosotros con quien se ausentó y requiere de nuestra invocación, para así aminorar la presión del pesar que nos aqueja. Necesitamos este diálogo póstumo, además, para que quede evidencia de que fuimos testigos de la existencia de un hombre singular, cuyo nombre rebasó las fronteras y que ya es y será evocado por el pueblo de México. El Dr. Chávez amó con hechos constantes, con esfuerzos transcendente, sin solución de continuidad y que musitará la ternura de su recuerdo en bendiciones para el hombre ejemplar que sembró el bien, del que está tan necesitado nuestro país.

Este hombre, en la medicina mexicana de la que somos testigos, lo inició, lo fundó o lo inspiró casi todo y con la magia de su talento y sensibilidad, hizo brillar todo lo que tocó a lo largo de su vida.

Cubrió la actividad médica, y la cardiología en particular, con un manto de humanismo, hasta los momentos en que la medicina parece declinar hacia pendientes fríamente técnicas, artesanales. Siempre insistió en que el médico debería considerar la cultura como un complemento de su oficio, ya que los médicos «somos el puente más anchamente tendido entre la ciencia y el humanismo» y que éste no consiste en ser bondadoso, ni ilustrado, ni cultivador de las letras, de la historia y del arte, pero que todo ayuda para afirmar su sensibilidad, para ver al hombre con simpatía, para comprenderlo en sus miserias y en sus virtudes y elevar la razón de la vida para estar presto a servirlo y ayudarlo.

No se cansó de repetir que el médico es un ente social, frecuentemente solitario en sus problemas, que sólo resolverá con su conciencia; pero que siempre debe ser solidario con los demás. Solitarios y solidarios a la vez, repetiría Ignacio Chávez con Jean Guitton.

Fue terco en ponderar la acción por encima del valor de las palabras, aunque él llenó nuestro ámbito médico con ambas, en equilibrio admirable, la acción como necesidad y la especulación como Injo.

Se ha dicho que históricamente hay siglos que se explican con sólo emitir un nombre. Creo que este es el caso de la Academia Nacional de Medicina y de la medicina de México con Ignacio Chávez. Él fue y será nuestro ejemplo, nuestro orgullo; en cierta forma deja a muchos en una especie de orfandad; en cierta otra, nos remide del olvido histórico.

¿Y qué de la Academia e Ignacio Chávez? En la ocasión en que recibió su diploma de miembro honorario, en 1976, él mismo se adelantó a señalar que la vida le había deparado otros surcos y no la Academia, donde sembrar su esfuerzo.

Y antes, en 1933, en el discurso de toma de posesión como presidente de esta Corporación, se había quejado de la poca oportunidad que se había dado, que se daba, en un breve año, a los presidentes de la Academia, para poder realizar algo, dejar alguna huella de su paso.

Sin embargo, estamos aquí, en este espléndido auditorio, porque el académico Ignacio Chávez soñó con que hubiera un lugar, como los que él había visitado en otras partes del mundo, con todas las comodidades que tiene esta Unidad de Congresos y dentro de ella, la joya espléndida de este recinto, bajo la mirada de quienes nos precedieron y presidieron; planeado así, con esta generosidad de espacio, «su vestíbulo con bustos de figuras médicas en que la Academia busque inspiración».

Si la terquedad del Maestro se hubiera empeñado en redondear la obra, su proyecto, no sólo tendríamos estas instalaciones que ahora gozamos; tendríamos bajo nuestra responsabilidad la Biblioteca Médica Nacional, con capacidad para 172 lectores y 153 000 volúmenes; además de algo ya no tan académico, el restaurante y el estacionamiento, que estaba calculado para enfilarnos en la ruta de nuestra liberación económica, que ha constituido nuestro más acariciado, ya viejo sueño y que sólo un nuevo, tenaz Ignacio Chávez podría hacer realidad.

En noviembre de 1957, en una sesión de esta Academia, finalizó la presentación de su plan, cuando estaba ya realizándose. Decía entonces, Ignacio Chávez:

«Fomentar la vida académica no es un lujo[...] es ofrecer a las élites intelectuales de México el estímulo necesario para la libre discusión de sus ideas y para la difusión universal de sus doctrinas; es poner a México en el plano internacional, en vez de mantenerlo en el pequeño rincón obscuro de los países subdesarrollados, como ahora se dice; es impulsar de golpe la vida de todas las instituciones médicas del país, mediante el otorgamiento generoso de un patrimonio amplio, en vez de los pequeños subsidiarios que se repiten año con año, sin ser nunca suficientes».

Chávez como académico, como presidente y miembro honorario de esta Corporación, nos hereda una obra; pero sobre todo, nos hereda la idea y la obligación de incrementar nuestras aspiraciones y lograr nuestra independencia económica, que será nuestra verdadera libertad. Él tocó esta campana; nosotros la estamos oyendo a la distancia; pero aún en la oportunidad.

En 1933, el doctor Ignacio Chávez era director de la Escuela de Medicina y presidente de la Academia. Al organizar las Jornadas Médicas que celebraban el Centenario de la Escuela, las realizó como si la Escuela y la Academia fueran una sola institución; como conferencistas y participantes figuraron relevantemente profesores que al mismo tiempo eran académicos.

El doctor Chávez consiguió ayuda de la Secretaría de Educación Pública; se regularizó la aparición de la GACETA e inició la impresión anual del directorio oficial. Se adaptó con decoro nuestro anterior salón se sesiones.

Parecía que ahora escucháramos las palabras que entonces vertiera, al tomar posesión de la presidencia de esta Academia, con su estilo peculiar que imponía la atención de la audiencia; voz casi susurrante y ligeramente aguda; diciendo conceptuosas verdades. «Pero en el fondo», decía, «ya no es el hombre que

preside quien gobierna la Academia; sino ésta la que empuja y gobierna al hombre que preside». Y continuaba Ignacio Chávez:

«Los hombres pasan por este sitial con la celeridad de un relámpago. Presidentes de un día, por modesta que sea la huella que quisieran dejar, el tiempo los traiciona y los diez meses de labores caen, como diez granos de arena en la clepsidra antes de que ningún esfuerzo personal haya cuajado en realidades de mejoramiento». Proseguía:

«Y ojalá que muy pronto, penetrados más y más cada día del papel que toca a esta Academia en la vida científica del país, con la herida cada día más honda del afán de saber, que se nos clava como un dardo; y sintiendo cada vez más viva la fiebre de alcanzar la verdad, pueda el espíritu moverse en este recinto con la misma noble serenidad con que hace 23 siglos, bajo los olivos simbólicos del jardín Academos».

Su apacible gravedad, su inteligencia siempre despierta, fueron un espectáculo invariable para quienes tuvimos el privilegio de tratarlo.

De acuerdo con el espíritu laotsiano, morir y no perecer es la verdadera longevidad. Es la más bella forma de no morir; es pasar de la vida a lo póstumo, habiéndose desaparecido sólo corporalmente. Este es el caso del maestro Chávez. Poseyó la armonía y conoció el arte de vivir, y en su oportunidad, como lo pide el viejo libro del Tao, supo pasar entre los ejércitos, es decir, en medio de la violencia, sin espada ni coraza y con elegancia menospreció al fuerte, al arrogante poderoso.

Viviendo intensamente , se acercó a la muerte, y el tiempo no le impuso la vejez o la decrepitud, respetuosos de su dignidad .

Pero se preguntará: ¿Es qué no tuvo este hombre defectos que contrastaran sus tantas virtudes? De esto podrán hablar quienes tuvieron aún el privilegio de conocerlo, aquellos y también quienes advirtieron mejor su luz, que a veces hiere más desde la sombra.

La Academia Nacional de Medicina cumple un sensible deber convocando a este homenaje y repitiendo ahora para don Ignacio Chávez, ya más de cien años de distancia, las palabras habitualmente parcas, que el ilustre liberal Gabino Barreda vertiera en ocasión de la muerte del doctor Miguel F: «Un conjunto, en fin, de todas las cualidades morales que pueden ennoblecer y hacer fecunda una inteligencia colosal». Y finalizaba: «Pedid más a cambio de la inmortalidad y se os tachará, con razón, de injustos y de ciegos».

Todos los conceptos que emotivamente aquí se emitirán estarán plenos de sinceridad y nobleza. Tal es la elevada calidad de tan distinguidos participantes y la pureza de sus testimonios; tal es la póstuma virtud y magia del hombre, del cardiólogo, del maestro, del humanista Ignacio Chávez, a quien no se le puede dedicar la frase tradicional: descanse en paz. Sabemos que para el espíritu de Ignacio Chávez, que ahora está aquí con nosotros, que nos preside y nos envuelve, esta es una petición imposible de cumplir. Lo estamos viendo, los seguiremos observando.

Ignacio Chávez como yo lo conocí

Manuel Martínez- Báez

He aceptado la invitación de esta Academia para participar en el homenaje que hoy hace a la memoria del doctor Ignacio Chávez, porque me lo impone como un deber, el privilegio de haber tenido amistad íntima y trato asiduo poco más de setenta años. Impedido por enfermedad para asistir a la sesión, uno de mis hijos leerá ante ustedes las palabras con que evocaré a tan ilustre amigo mío-.

Las cualidades magnificas del doctor Chávez y la trascendencia social de sus obras hicieron que muchas veces, mientras vivía, se le rindiera homenaje en los cuales se relató su vida y su labor. La prensa de la capital divulgó ampliamente la noticia de su muerte y su panegírico. Tanto se ha escrito y hablado de él que, al parecer, ya nada más se podría decir para alabarlo. Sin embargo, fueron tantas sus prendas y tanto el bien que hizo en su vida que hay algunos aspectos de ella aún no debidamente ponderados. Muchos ya saben de sus obras capitales, algunos cercanos a él por largos años, conocimos rasgos de su personalidad, cuyo relato contribuyó a su mejor aprecio. Uno de los cuales quiero recordar ahora ante ustedes: el amor que tuvo siempre por la historia y por las bellas letras.

En enero de 1908, cuando aún no cumplía once años, Ignacio Chávez ingresó al Colegio de San Nicolás de Hidalgo, en Morelia, para hacer los estudios preparatorios. Ya tenía fama de viva inteligencia, asidua dedicación al estudio y voluntad afirme de triunfar en la vida. Su temprana juventud y escasa corpulencia le daban aspecto casi infantil, pero su desenvoltura, la manera de expresarse y lo notorio de sus demás cualidades, denotaban una precoz madurez.

Pronto dejó entrever lo que fue el rumbo de su espíritu: mirar al ser humano como el valor más alto y escoger para destino de

su vida servir a ese ideal-. Tales sentimientos generaron su amor por la historia y el gusto por las bellas letras. Pero, ante todo, Ignacio cumplía cabalmente sus deberes de estudiante; su clara inteligencia y feliz memoria, le permitían comprender y aprender con gran facilidad. Alcanzó los lugares más altos y siempre los primeros premios fueron para él.

El Colegio, por sí mismo, con su gran riqueza en historia, propiciaba el interés por esta disciplina. El espíritu liberal que en él campeaba hacía posible toda lectura, sin restricciones de dogma o de facción, y Chávez tenía la pasión de leer. Por eso, cuando le tocó cursar las asignaturas de Historia Patria y de Historia Universal, no le estorbó haber tenido un profesor incompetente ni la exigüidad de los libros de Ducodray y de Pérez Verdía-, textos oficiales entonces, porque él estudió la historia en la obra completa de César Cantú y en los tomos de México a través de los siglos.

Los conocimientos que así adquirió, no podrían pasar inadvertidos y al año siguiente, en 1914, se le nombró catedrático en ambas materias. Aún queda uno que otro viejo nicolaita que recuerda su sorpresa al tener como profesor a un joven con edad menor que la de algunos de sus alumnos, y quien fue uno de sus mejores maestros, por su vasto saber y eficaces dotes docentes.

Al año siguiente, en que Ignacio inició los estudios médicos, renunció a sus cátedras, pero no al amor por la historia, al que fue fiel por el resto de su vida. Esa doctrina, a la que Horacio llamó «maestra de la vida», le ayudó a conocer a los hombres. Su erudición histórica afloraba a menudo, siempre discreta y oportunamente, en su trato con los demás. Ese saber inspiró y sostuvo su invariable firmeza para hacer cuanto hizo.

Su afición por las bellas letras, lo llevó a buscar el trato de los estudiantes con parecido gusto. Cuando cuatro bohemios nicolaitas hicieron el milagro de publicar una revista literaria, Flor de Loto, Ignacio Chávez y su compañero Samuel Ramos fueron sus más jóvenes colaboradores y publicaron Ciencia y Letras. Los estudios de medicina redujeron la dedicación de Ignacio a las letras, pero no por su gusto por ellas. Cuando vino a esta capital, para continuar tales estudios, siguió siendo estudiante ejemplar, pero también conservó aquella afición. Muchas veces me habló con entusiasmo de sus lecturas; Los motivos de Proteo, de Rodó; de Peer Gynt, de Ibsen; así como Cyrano y L´Aiglon, de Rostand. Escribió varios poemas, y con uno de ellos ganó, como premio en un concurso de homenaje a El cadáver anónimo, una

medalla de oro, que durante varios años llevó suspendida en la cadena de su reloj de bolsillo.

Mucho más que una medalla obtuvo con otro poema , el Canto a la juventud, que recitó en la ceremonia inaugural de los concursos de la Universidad Nacional, en 1926, en el anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, a la que asistió el Presidente de la República, el general Plutarco Elías Calles. Cuando Ignacio comenzó a recitar, el rostro del general Calles guardaba su habitual impasibilidad, pero cuando llegó a la estrofa que termina con el verso que dice «y de la esmeralda de mi Zirahué» el presidente miró fijamente a Ignacio que terminó, y lo aplaudió con vehemencia. Para entonces, los próceres de Sonora habían descubierto la belleza de Uruapan, y cuando iban allá, el tren los hacía pasar junto al lago de Zirahuén.

Dos semanas después, la Secretaría de Educación ofreció a Ignacio la beca con la que fue a Europa, estando allí, recibió las enseñanzas de Vázquez y de Laubry, eminentes cardiólogos, recogió, visitando las clínicas cardiológicas de las principales ciudades de Europa, las notas y consejos que le sirvieron para organizar su pabellón de cardiología en el Hospital General y después, para el proyecto de lo que fue su obra capital, el Instituto Nacional de Cardiología.

Desde entonces, que yo sepa, el doctor Chávez no volvió hacer versos, pero siguió cultivando las bellas letras. Su vasto léxico le permitía encontrar las palabras más claras y expresivas de la idea que deseaba comunicar. Afinó su buen gusto y acrecentó su habilidad para servirse del lenguaje. Sus lecciones, conferencias o discursos fueron modelo de bien decir, sobre todo los últimos. No son palabras volando sobre un auditorio, sino ensayos, lecciones o consejos en los que su vasto saber y lúcida experiencia orientan y guían a los jóvenes, para que lleguen a ser hombres de bien, cabales, sabios, y solidarios, sinceros con sus semejantes. Además, su buen uso del lenguaje fue sin duda, recurso eficaz para el éxito de sus empresas. Con él, convenció a reacios, conmovió a indiferentes e hizo dedicarse a los vacilantes, y con lo que dijo y lo que escribió, y finalmente en el conjunto de su obra, puso una modalidad amable, difícil de definir, pero que creo puede ser llamada poesía. Ignacio bien pudo decir parodiando a un pintor célebre: «también soy poeta».

Si al recordar he podido ocultar la emoción que me domina, ha sido porque he pensado en Ignacio, como lo vi por última vez, vivo, lleno de vigor, llevando palabras de consuelo y un saludo

fraternal al amigo inválido. La noticia de su muerte me produjo asombro; no podía ni quería creerla, pensando en aquel optimismo que le había llevado a escribir, poco antes, que no se sentía envejecer, y a definir las diferencias que hallaba entre edad avanzada y vejez. Pero era verdad que se había marchado para siempre. El dolor que sufro por su ausencia ni intentaré decirlo, porque para eso de nada sirven las palabras; sólo se podría expresar, si acaso con lágrimas. Pero llorar ahora no estaría a tono con la compostura y el decoro que esta ceremonia requiere.

La fe en el Maestro
José Miguel Torre

Una vez nos reunimos para evocar la figura egregia del maestro Chávez. Con dolor íntimo, calladamente guardado por cada uno, asistimos a este acto de justicia en el que de nueva cuenta se estruja la conciencia de todos los que le quisimos, pero en el que volvemos a encontrar la acción persuasiva de su ejemplo, de su espíritu de concordia, del impulso vital que él transmitía a cuantos se le acercaban.

También en esta Academia quedó grabada la huella profunda de su paso, la misma huella que dibujó el maestro en todos los sitios por donde caminó llevando su lección. Los discípulos, que lo seguimos durante una larga jornada de su vida, podemos dar fe de lo que había en él de maestro y padre. Conocemos bien la marca que dejó su paso por la cátedra, en la Universidad, -en tantas Universidades del mundo- En el Instituto de Cardiología – la obra querida motivo de su esfuerzo mayor -, en el Hospital General, en tantas casas de estudio dispersas en nuestro territorio y en cuanta empresa colaboró para ampliar el horizonte o para impulsar la acción del hombre. En todos esos lugares y en la conciencia de muchos hombres de ahí quedó, como en esta Corporación que nos congrega hoy la traza inconfundible de su grandeza de alma.

Quienes lo conocieron bien, saben que desde el primer encuentro con el maestro Chávez se percibía el influjo de un espíritu superior. Había en su persona una tranquila serenidad que inspiraba confianza y en el trato una refinada educación que propiciaba el diálogo respetuoso y serio.

Todo él era la personificación del maestro cabal, se antojaba, desde que se cruzaban las primeras frases, que se le podía confiar entera la intimidad del alma, porque guardaría para siempre la confidencia después de haber puesto su mayor empeño en comprender al hombre.

En la cátedra de la vida enseñó con pasión eso que nuestro Peñalosa señaló algún día con destacado acierto: «ser especialista en la humanidad antes que en nada»; por ello, el escenario de su lección tuvo casi la amplitud del mundo. Hoy sus discípulos están dispersos por muchas naciones, y un día, él mismo empezó su peregrinar por las universidades, para dejar en cada una la lección de humanismo, dictado con el ejemplo de su propia vida, como maestro de verdadera vocación.

Toda esta acción del maestro Chávez estaba apoyada en la fe. Sólo así puede comprenderse la magnitud que alcanzó su obra. Fue un creyente a lo largo de toda su existencia. Creyó en el hombre y en las instituciones; pero creyó sobre todo en la juventud y en la Patria.

Un día su fe se hizo lección para los jóvenes y les recordó con vigor que es preciso crear «el interés y la simpatía por el hombre, por el hombre como una realidad y no como una abstracción, el hombre de carne y hueso que trabaja, que sufre, que sueña y que espera; el hombre de todas las latitudes y de todas las razas».

Otra vez, desde su querida Universidad Michoacana, dejó una de sus grandes lecciones. «Hay más en ti -advirtió a los jóvenes-, hay más de lo que crees, puedes hacer más de lo que piensas, vales más de lo que supones...»

Y en otra ocasión enseñó a los universitarios desde la capital del país lo que bautizó como «la fórmula de triunfo». Les recordó que ésta está «hecha de trabajo obstinado, de fe que no admite desalientos y, sobre todo, de pasión generosa que ignora la mezquindad humana».

Y vino otro día en que la lección partió del gran escenario de nuestra Universidad Nacional. Al recibir el grado de doctor honoris causa señaló:»Por eso nos aferramos a ella (a la Universidad se refería y por lo tanto a la juventud), sin importarnos errores, tropiezos ni avatares. Es porque creemos en ella, en su nobleza innata y en su destino». Y más adelante al analizar la responsabilidad del maestro, volvió a su postura de creyente: «y todo nos está permitido en nuestro papel de maestros –dijo–, menos enseñar el escepticismo estéril, el conformismo triste; todo, menos dar muestra a la esperanza».

Una vez su voz se hizo exigencia para todos los mexicanos y su profesión de fe en la juventud nuestra. Más que lección se trató entonces de un llamado a la conciencia. Lo hizo frente al Presidente de la Nación, al recibir el premio en ciencias. Chávez:

«Quiero dirigirme a todos –señaló-, a universitarios y a profanos, a mexicanos de todos los credos, pero unidos en una fe común en nuestro común destino, para decir que el futuro está en nuestras manos; que es imperioso ayudar a la juventud que viene».

Hay que abrir un amplio crédito a nuestra juventud –continuó-. El día que el país, todo el país, ayude en esta empresa de interés superior, nuestro destino habrá cambiado en el concurso de una o dos generaciones»:

Y cerca de su fe en México llegó el día que la hizo plegaria. Fue cuando en discurso inolvidable dibujó el perfil del Padre de la Patria. «!Míranos, Padre!» -dijo esa vez en Morelia- «y hemos obedecido tu mandato de unirnos todos. Ya el mexicano siente el orgullo de gritar su estirpe. Ya tenemos la fe en nuestro destino. Y todo eso lo debemos a ti!

Una mañana en este mismo edificio, después de haber cumplido cincuenta años de médico, dejó su gran lección sobre el hombre: «A pesar de todo lo que he visto -advirtió-, aún creo en el hombre y en su bondad innata».

Esta ha sido, perfilada a grandes trazos, la que yo veo como enseñanza mayor del maestro Chávez. Deslizó el mensaje a sus discípulos, a lo largo de toda su existencia, con el ejemplo de su vida y con la paz que él describiera en una de sus más altas lecciones: aquélla de amor y de esperanza que termina, como nos la cuenta, cuando «el Sol se ha puesto del lado del Pireo y sólo se ve como una claridad, mitad rosa y mitad oro, la colina sagrada de la Acrópolis».

Discretamente sigamos caminando la jornada, fortalecidos con la lección vivida que recibimos atentos al camino trazado. Sería el tributo más noble a México y a los hombres. Sería una oración callada, prolongada en el tiempo, a la memoria del Maestro.

Reflexiones del doctor Ignacio Chávez

Felipe Mendoza

Los organizadores de este acto juzgamos apropiado recordar algunos rasgos biográficos del maestro Ignacio Chávez, trazados por él mismo, junto con algunas reflexiones formuladas al cumplir cincuenta años de médico.

Así, daré lectura a partes del discurso que pronunció el día 31 de julio de 1970, para agradecer el homenaje que se le rindió en ocasión de ese su jubileo profesional.

Decía el Maestro:

«[...] Ahora el tema soy yo. Quisiera evitarlo, pero me resulta imposible. Tengo que hablar de mí, de lo que han sido estos 50 años de lucha... El tema es largo y el personaje es cambiante con el tiempo. Unos, dirán, complicado; otros quizás sentencien, contradictorio. Yo sólo diría, mutable, como todo animal de la creación.

[...] Cajal escribió un hermoso libro: El mundo visto a los 80 años. Yo escribiría otro: «Mi mundo visto a los 50 años de médico.» ¡Qué inmenso cambios entre aquel día en que empecé y el alto que hoy hago en el camino!

Cambios dramáticos en todo, en la medicina que he ejercido, en la vida atormentada de este país nuestro, en el mundo convulso que me tocó vivir... Si el mundo y México y la medicina son otros, los que hemos salvado el foso del medio siglo también somos otros. Al vernos llegar de la otra orilla del tiempo, es natural que se nos considere viejos.

Ruego a ustedes con timidez que me concedan el derecho de rechazar ese calificativo... yo me quedo con mi serena convicción de que no es lo mismo vejez que edad avanzada.

Si vejez es fatiga, yo no estoy cansado por la lucha diaria. Aún pienso que si la cinta de mi historia se repitiera, empezaría gustosamente de nuevo la tarea. ¡Hay tantas cosas que hacer!

Si vejez es soledad, yo no estoy solo. Me duele, sí, la ausencia de ella; pero en lo demás, me siento rodeado de profundos afectos familiares, de nobles amistades fraternas en qué apoyarme.

Si vejez es desgano, pérdida de interés por lo que la vida ofrece, yo todavía me asomo a ella con interés apasionado. Aún aliento propósito y aún me sacude a veces la santa indignación.

[...] A pesar de todo lo que he visto, aún creo en el hombre y en su bondad innata...

Vuelvo la vista atrás y veo que si ha cambiado el mundo, el que más ha cambiado soy yo...Me veo niño, corriendo en las calles polvosas de mi pueblo, pequeño y triste, como todos los pueblos. Seco y árido...con el consuelo de ver correr...el Balsas. Veo la pequeña escuela donde aprendí a leer, al llano ancho, calurosos a donde íbamos a caballo, cuando caía la tarde.

Recuerdo la casa familiar, muy grande, con su portal afuera, sobre la plaza. La familia numerosa y unida, con su hielera interminable de hijos. Cada uno de ellos, al llegar a los 5 años recibía el regalo más preciado, su caballo. Yo tuve el mío, pero lo perdí muy pronto, porque casi al día siguiente me llevaron a estudiar a Morelia.

Esa era ley en nuestra familia...Hijo que llegaba a los 6 años, hijo que emigraba al colegio...No sabíamos a cuántas leguas, pero sí que era a cinco días de viaje a caballo.

[...] Cada año, después de la Navidad, tenía lugar el arrancón doloroso para mi madre; un hijo más que le quitaban. Era fuerte, pero no hubo vez en que no quedarse llorando. La recuerdo como la dulzura misma, como si fuera toda la ternura que puede caber en un alma de mujer. Madre de sus 10 hijos, lo era también de la inmensa parentela y de todo el que tuviera un sufrimiento en el pueblo. Cuando pienso en la santidad tengo que pensar en ella.

La imagen de mi padre era muy diferente. Tenía todas las recias virtudes de un varón, la fortaleza, la energía y una rectitud de conciencia insobornable. La palabra empeñada era sagrada para él y la lealtad era como una religión...era un hombre de fina cortesía, muy provinciana: de ágil ingenio y amena conversación, todo encuadrado en la dignidad de un gran señor.

Una lección que nos dio cuando yo era pequeño que habla de su reciedumbre. El general Díaz...hizo que mi pueblo, Zirándaro, dejara de pertenecer a Michoacán y pasara a Guerrero. Mi padre se había opuesto al proyecto y encabezaba el movimiento de los habitantes para defender su ciudadanía michoacana.

[...] De esa familia vengo; de ella recibí lo que más vale, lo que es definitivo en la vida, la herencia de las actitudes y las reacciones del alma, eso que llevamos en la sangre y que llamamos virtudes fundamentales; lo mismo que recibí el ejemplo... de una conducta limpia, recta, honesta, aquello, según se dice en mi provincia, que no se aprender sino se mama.

El niño del pueblo se fue a estudiar a la ciudad y creció al cuidado de cuatro tías ancianas, figuras admirables para un retablo. Ir a la escuela, rezar, estudiar para niño bueno, ésos eran mis días. Más tarde me di cuenta de que yo no jugué de niño ni tuve amigos... A pesar de eso, yo no me sentía infeliz.

Así llegó la adolescencia y se acercó la juventud... En esa época de mis estudios preparatorios pasé por el deslumbramiento de leer de todo, de discutir de todo, de devorar libros, historia, novela y poesía. Fue entonces mi primera crisis espiritual, cuando el joven se vuelve rebelde y aún llega a iconoclasta.

Despegado del mundo, refugiado en mis libros y mis sueños fue definitivamente romántico, enamorado de mis ideales, convencido de que la vida podía ser como la soñaba. Por añadidura, era tímido. El romanticismo flotaba en ese tiempo en el aire y

me despegaba de la realidad y en cuanto a la timidez, ésa fue mi gran atadura, que me sujetó por largos años y nunca estuve seguro de sacudirla.

Mi amor por las letras me llevó a escribir versos... Sólo eran versos, no poesía, y cuando me convencí de ello dejé de escribirlos. Ese largo ejercicio de años me obligó después al esfuerzo de que mis lecciones huyeran de la aridez... y buscaran tener la claridad, que es cortesía y de ser posible, la agilidad, que es elegancia...

Si yo abandoné los versos, ellos en cambio, me procuraron lo que no había logrado mi empeño por la ciencia. Ansioso de aprender la cardiología, por esas fechas inexistentes en México, a penas graduado busqué la forma de ir a estudiarla a Europa...

Cinco años tuve que esperar, estudiando esa rama yo solo... hasta que un día, como en los cuentos, las musas vinieron en mi ayuda. Sucedió que el Rector de la Universidad me designó para hablar en la ceremonia de inauguración de cursos. Por primera vez el Presidente de la República, que era el General Calles, asistirá al acto...; el Rector me pidió que en vez de un discurso, escribiera un poema...Acepté y escribí un Canto a la Juventud. En versos ingenuos vacié mi optimismo e hice un llamado a los jóvenes, para vivir con nobleza la vida universitaria...

...Días más tarde fui llamado por el secretario de Educación para decirme que el general Calles, muy complacido de mi mensaje, le había indicado que me concediera una beca para ir a Europa... Por paradójico que suene, yo llegué a la cardiología, no por los caminos de las medicinas sin por los de la poesía.

Junto a las virtudes esenciales de la juventud, habían en la mía muchas limitaciones. De mano con mi timidez iba mi espíritu contemplativo, forma quizá de disfrazar mi tendencia a la molicie, y mi repulsa franca para la acción, forma velada de no forzar mi timidez. Pero en cambio tuve una gran fortuna. Mis estudios quedaron montados en el filo que separa las dos grandes épocas de nuestro tiempo. Comenzados en plena era porfiriana, terminaron en medio del estruendo de la Revolución. La primera me dejó el hábito del estudio metódico, ordenado, silencioso, mientras que el grito bronco de la lucha armada despertó en mí la conciencia de los males seculares y de las grandes injusticias que debían desaparecer, de los profundos cambios que urgía realizar...

Este primer choque entre mi yo y mi circunstancia, para hablar el lenguaje de Ortega y Gasset, fue el que la postre me defi-

nió como soy, el que modeló mi espíritu y fijó mi rumbo...

Me fue preciso un largo, doloroso esfuerzo de adaptación. No fue el menor el que se refería a mi profesión...

[...] Sin que yo sepa si fue el resultado de mi esfuerzo o la obra sola del tiempo, el estudioso aprendió a cohonestar su temperamento romántico con la fría objetividad de los hechos; el hombre tímido tuvo que aceptar la responsabilidad de dirigir muchas instituciones, algunas de ellas en severa crisis; el hombre dado a la contemplación se torturó con el esfuerzo sostenido y pudo gritar un día como el mariscal Lyautey: «yo soy un animal de acción», y el soñador aprendió a bajar una y muchas veces a la arena de la lucha para defender sus convicciones.

Lo que de positivo me fue dable realizar, ya se ha dicho aquí. Lo que no se ha dicho es que en ese largo confrontamiento de medio siglo entre mi yo y mi circunstancia, ésta vino en mi ayuda... En todas las empresas... mi mano encontró siempre manos amigas en qué apoyarse y mis voces de llamado tuvieron siempre un eco. Supe de amigos fieles que no me abandonaron en la lucha y de alumnos y discípulos que me rodearon con devoción por la tarea conjunta... El mérito de las realizaciones no fue, pues, de un hombre, sino de un grupo entusiasta y solidario. Yo puedo dar fe de que hay más almas nobles y más espíritus desinteresados de lo que creen en general los hombres.

No todo fue, como es natural, camino fácil y éxito risueño. Hubo también horas amargas y fracasos dolorosos. Sobre el huerto que plantó el hombre pasaron un día los caballos de Atila y dejaron sólo, como un ultraje, la huella de sus cascos. ¡Quién es aquel que no se ha sentado alguna vez a llorar sobre las ruinas de lo que levantó su esfuerzo![...]

Mi lección de los años que ha enseñado a comprender a los hombres, cuando menos a muchos de ellos... ni santos ni héroes, sólo hombres, con sus ímpetus nobles y sus flaquezas; con sus ansias de triunfo y sus frustraciones...

Me ha enseñado a mirar piadosamente, cuando no dolorosamente... que el mundo está mal, pero sin admitir que el mal sea irremediable. Me ha enseñado que nada habrá de componerse afuera mientras el hombre no empiece por corregirse él mismo, y que ese proceso es largo, muy largo, incapaz de caber en el tiempo de una o dos generaciones; pero que no hay lugar al desaliento si se mira que en el último medio siglo ha habido avances en todos los campos; en independencia para los pueblos, en dignidad para los hombres, en seguridad para los débiles y en esperanza para todos.

Cierto, la lección me dice que aún falta mucho y que la desesperación no sabe esperar, pero no hay fórmula mágica. Ya no somos antropoides y no podemos cambiar por obra de la evolución sino de la educación. El remedio no vendrá, definitivo, sino cuando aprendamos a vivir en la autenticidad y no en la ficción; cuando el que enseña y educa empiece por vivir él mismo la lección que imparte; cuando el que se rebela contra el mal de afuera y grita su indignación, no sea el primero en saltar al odiado carro de los privilegios y acomodarse traidoramente en él, renegando de sus convicciones; cuando admitamos todos, los que enseñan y los que aprenden, los satisfechos y los rebeldes, que la vida social no habrá de limpiarse y no cobrará su rumbo hacia la dignidad y lo que ella implica, sino cuando todos ajustemos a la nuestra las normas de honestidad sencilla, de afán generoso de servir a los demás, de congruencia entre lo que se piensa y lo que se hace, sin mistificaciones ni mimetismo».

Y concluía el Maestro:

«Señoras y señores, amigos todos:
[...] Busco, sin hallarlas, las palabras que expresen mi reconocimiento...desnudo como estoy de posibilidades, he querido ofrecerles, cuando menos evocaciones de mi vida interior; fragmentos de mi intimidad como una manera de dar algo mío. A todos les alargo mi mano amiga y les abrazo con efusión».

Salvador Iturbide Alvírez

El doctor Salvador Iturbide Alvírez, académico ilustre, con vocación de maestro que ejerció toda la vida. Siempre desarrolló habilidad en la cátedra y después de la recepción de su título profesional fungió como reformador de la docencia, primero en la cátedra, en un campo de acción que creció bajo su mirada, en una forma nunca antes vista en este país, ni seguramente en muchos otros.

Durante toda su fructífera existencia se manifestó como el hombre amante del estudio y de la enseñanza, recto conductor de sus alumnos y estudiantes. El doctor Salvador siempre se distinguió por ser un hombre trabajador incansable y sistemático, dotado de una elegante distinción que transmitía en sus actos y obras.

El académico a quien hoy tengo el honor de recordar, se presenta a la memoria de quienes lo conocimos y tratamos, como el hombre que sabía conjuntar la buena voluntad y la caballerosidad con la determinación necesaria para llevar a feliz término las difíciles y delicadas tareas que durante muchos años le fueron confiadas. Quienes tuvimos contacto con él en la Facultad de Medicina, lo recordamos como el hombre indispensable para resolver los problemas que se presentaban en una época de cambio total de conceptos, y de áreas de física, de rápida expansión de alumnos y de administración. Considero que lo mejor que se puede decir de esa época , es que nada pareció difícil porque, afortunadamente para la vida de nuestra Escuela, estuvieron al frente de la transformación personas singularmente dotadas para orientarla, entre las cuales

se encontraba el doctor Iturbide Alvírez. Su actuación parecía ser la materialización de desiderátum del hombre de gobierno que expresa la máxima latina: *suaviter in modo, fortiter in re.*

El doctor Iturbide Alvírez nació en Morelia, el 28 de febrero de 1893, siendo sus padres el Lic. Andrés Iturbide y la Sra. Agustina Alvírez de Iturbide.

Terminados sus estudios primarios ingresó al histórico Colegio de San Nicolás de Hidalgo, en el que cursó la preparatoria y la carrera profesional en la Escuela de Medicina de Michoacán, escuela prócer que precedió en su fundación, por unos cuantos años, a la fundación de nuestro establecimiento de Ciencias Médicas. Recibió su título profesional el 6 de julio de 1914, después de brillantes estudios y numerosos premios y de la presentación de su tesis profesional, dedicada al problema de la herencia y poco después lo recibe de nuestra escuela.

A un mes de su graduación a finales de julio de 1914, lo integró al cuerpo académico de la Escuela Nacional Preparatoria en donde impartió su primera cátedra: Anatomía y Fisiología, pero muy pocos días después habrán de comenzar los acontecimientos que pondría a prueba su temple, considerando que le tocó vivir épocas y situaciones difíciles, como si estuviera predestinado a afrontarlas. Después de que recibió su título se vio envuelto en un momento de inseguridad política que le permitió llevar a la práctica la profesión que escogió como realización de vidas poder auxiliar a los hombres.

Al final del siguiente año, interrumpió su clase para atender el llamado del Consejo Superior de Salubridad, que solicitó médicos voluntarios aquí y después en Zacatecas, ante la epidemia de tifoidea. Se contagió por primera vez y después de seis años vuelve a contraerla en dos ocasiones de manera grave.

El 25 de octubre de 1917 contrae matrimonio con la Srita. Lucía Cárdenas. Procrean tres hijas.

El 26 de junio de 1920 pasó de la Preparatoria a la Escuela Nacional de Medicina, de la que no saldrá hasta 1965. Comienza como ayudante de profesor de microbiología y ayudante interino de profesor de clínica psiquiátrica. Después se orienta definitivamente en el campo de la microbiología y de la parasitología.

Al principio ejerció en forma privada; después sus obligaciones oficiales lo obligan a abandonarla, porque durante muchos años trabajó en diversas tareas sanitarias, en las épocas difíciles en que prevalecían las endemias Llegó en 1936 a Salubridad Pública para permanecer dos años.

Fue jefe del servicio de Enfermedades Transmisibles: director de Servicios Coordinados; director de Asistencia en el D.F.; miembro del Consejo Técnico Consultivo. En la S.S.A. ocupó otras posiciones más.

Fuera de esa área desempeñó el cargo de jefe del Servicio Médico de la Asociación Nacional de Protección a la infancia; director del Servicio Médico Legal del Tribunal Superior de Justicia del D.F., y Territorios Federales; fundador y director del Instituto Técnico de la Policía Judicial y jefe del Servicio Médico de la Dirección de Servicios Periciales. Sus comunicados y publicaciones fueron numerosas, así como sus contribuciones en congresos nacionales y extranjeros.

Además de ser miembro de esta Academia, a la que ingresó el 22 de diciembre de 1926, contribuyó en su consolidación a lo largo de 53 años, en donde se le rindió especial homenaje en 1976, al cumplir 50 años de pertenecer a ella; formó parte de diez asociaciones científicas nacionales y tres extranjeras.

En vida se impuso su nombre a la Guardería Infantil No. 39 de la S.S.A., y fue objeto de otras distinciones por parte de asociaciones, instituciones y agrupaciones de alumnos.

Dejo para el final ´la mención de la labor que juzgo transcendente sin desconocer la importancia que otras tuvieron, porque de ella se cultivan aún los frutos. Me refiero a su labor en la UNAM. Fue jefe de la Sección Escolar, que después se convierte en Dirección General. Pero la tarea en la que dejará huella perdurable,es la que desempeñó de 1948 a 1962, como secretario general de la Escuela Nacional de Medicina, convertida ya en Facultad. Inició ese período de su vida el 19 de abril de 1948, acompañando a diversos doctores en periodos consecutivos; doctor Salvador González Herrejón; José Castro Villagrana; Raoul Fournier en sus períodos y aún acompaña dos años al doctor Donato Alarcón. Deja su puesto el 19 de octubre de 1962, 14 años después. Con él terminan los insignes secretarios que conocían todos los ángulos de la administración escolar y a todos los alumnos. Su vida dedicada a la institución, la cual no se concebía sin las grandes contribuciones del Dr. Salvador Iturbide. Es necesario reconocer que gracias a él se facilitó la transformación. Quienes lo seguimos, valoramos la tarea de este hombre convencido y convincente, honesto, de gran capacidad de trabajo, que entregó su vida a las instituciones, a través de las cuales sirvió a México. Bajó a la tumba rodeado del amor y el dolor de sus hijas y de la admiración y el cariño de quienes lo sucedimos en su tarea.

Pedro Ramos Ramos

Aquilino Villanueva Arreola

«Una mirada hacia atrás, vale más que una mirada hacia adelante.» Arquímedes.

Se dice que cada autor, al morir se entierra su obra y que sólo al cabo de los meses retoña, en torno al sepulcro, esa obra valorada en sus quilates verdaderos, cumpliéndose así la pretensión horaciana de« no morir del todo».

Mientras el autor vive, su obra es ella y su autor. Esta regla no se ha cumplido en el caso de nuestro académico doctor Villanueva. Sus enseñanzas, sus actuaciones, sus escritos prevalecen y son practicados con el mismo fervor que cuando la vida terrenal del maestro prestaba calor inmediato a sus palabras y así su legado científico nunca ha quedado huérfano.

Don Aquilino: estoy seguro que en el lumen gloria del que usted gozó, fue como un rayo luminoso con la trascedente peculiaridad de que no sólo iluminará la realidad circundante a la que presta su luz, sino que ella misma, en la esencia de Dios en definitiva, se verá de un modo unificado y conjunto lo pasado, lo presente y lo venidero, hecho todo actualidad.

Por eso no hay que recordar nada porque él lo tuvo todo delante. Porque no hay recuerdo, sino presencia, como aquellas amenas conversaciones que con alguna frecuencia disfrutábamos en su compañía. Nadie puede olvidar que sus perfiles y calidades humanas calaron hondo en cuantos lo trataron o convivieron con él, discípulos, amigos o simplemente a los que llegaban referencias de su egregia personalidad.

La capacidad afectiva califica en gran medida a todo hombre, a esto lo llamamos corazón. Ejercitada en forma permanente e inspirada en el bien del prójimo, y se le llama amor. Esto lo vertía a raudales. Dudo que sin amor cuaje una obra grande como la del Dr. Villanueva.

Todo se inició en Torreón, Coahuila, el 4 de enero de 1896, cuando don Francisco A. Villanueva y doña Luz Arreola de Villanueva, escucharon el primer vagido de un niño que se llamaría Aquilino. Vinieron con él al mundo cuatro hermanas, dos de ellas gemelas, y tres hermanos.

Cursó sus estudios primarios en Torreón y el bachillerato en el Ateneo fuente, de Saltillo, Coahuila. Ya en preparatoria (1908-1912), integró con su condiscípulo Aarón Sáenz, la mesa directiva de aquella sociedad de alumnos, demostrando así el temprano interés de colaborar con sus compañeros.

Llegó a la ciudad de México en febrero de 1918, precisamente diez días antes que se estallara la Decena Trágica. Sin embargo, y coincidiendo en ese año, terminó la Primera Guerra Mundial, Oswald Spengler publicó la «Decencia de occidente» y Manuel de Falla en el pentagrama «El sombrero de tres picos».

Celebró su matrimonio con doña Blanca Lazaga el 25 de febrero de 1927. Procrearon cinco hijos, de los cuales sobreviven tres y hoy están aquí presentes.

Avatares de la vida permitieron que el maestro Villanueva presenciase la desaparición humana de seres queridos y a quienes él lloró con toda su alma, pero ningún dolor ni dificultad lo hizo claudicar y siempre siguió adelante en ritmo destacado.

Yo lo vi sollozar el 21 de enero de 1986, ante el féretro de su querida cónyuge, pues con ella logró encontrar, para su bien, novia y esposa, compañera en su vida de viajes y en el viaje de su vida.

Sería omisión imperdonable no dedicar en este momento un recuerdo a la mujer que tuvo la suerte de tener a su lado. Además de prestarle un apoyo inteligente, con frecuencia recibió colaboración directa, conservó la alegría de los años juveniles, suficiente para endulzar muchos ratos amargos por los que un hombre de vida tan llena, tiene necesariamente que pasar. Han dejado tres hijos, dieciocho nietos y once bisnietos.

El pasado 26 de febrero una gran realidad se nos fue a mejor trasvida con don Aquilino: un médico eminente, preclaro hombre de ciencia, un espléndido maestro, un infatigable creador institucional, un señorial dispensador de amistad, un apasio-

nado de la vida y poseedor del inteligente, cordial y autorizado esfuerzo por un futuro en pro de México.

Su obra

Permítaseme reducir a enumeración sumarísima los más importantes eventos de su vida.

1914: practicante de Hospitales Juárez, Militar y General.

1919: Médico interno Hospital General. Comenzó con su propio instrumental para citoscopias y pielografías.

1922: Jefe de la clínica propedéutica quirúrgica por oposición, Escuela Nacional de Medicina de México.

1924: Creación del servicio de vías urinarias superiores. El primer servicio de nefrología.

1924-1928: Profesor de los cuerpos de urología.

1925: Endoscopia en el Departamento de Salubridad Pública. Jefe de la Clínica tercer curso de clínica quirúrgica.

1927: Profesor de Clínica pre y postoperatoria.

1928: Jefe del Departamento de Salubridad Pública. Se creó y organizó el servicio de Higiene Infantil.

1929: Delegado de México en la reunión Sanitaria en Washington.

Terminación de las obras de inauguración del edificio del Departamento de Salubridad Pública.

Vicepresidente Honorario del VII Consejo Médico Latinoamericano.

1930: Fundación y organización de una gran comisión para combatir el mal del pinto y otra para oncocercosis.

Inauguración del Servicio de Urología del Hospital General (pabellón 5).

Profesor fundador de la clase de urología, Facultad de Medicina.

1931: Fundación de la Asociación Nacional de Protección a la Infancia. Actualmente funciona con el nombre de DIF.

Miembro honorario de la Asociación Mexicana de tisiología.

Primer dispensario para leprosos en México. Se construyeron cinco centros de higiene infantil.

1932: Creación de la Unidad Sanitaria en el puerto de Veracruz.

Creación de las Direcciones de Higiene Industrial y del Servicio Antituberculoso.

1933: Iniciación de la Campaña Antituberculosa.

Miembro de la *Societé Internacional d´Urologie.*

1935: Socio Fundador Academia Mexicana de Cirugía.
Miembro correspondiente *American Association of Urology*.
1936: Secretario General de Salubridad.
Miembro consejero del Congreso Panamericano del Niño.
Miembro fundador de la Sociedad Mexicana de Urología.
Delegado de México en el II Congreso Panamericano de Urología en Buenos Aires.
1939: Miembro correspondiente de la Sociedad Argentina de Urología.
1940: Miembro fundador del Colegio Indolatino de Cirujanos.
Director del Hospital General.
1941: Presidente del Primer Congreso Nacional de Urología.
Construcción y organización de la unidad anticancerosa.
Construcción y organización del banco de sangre.
Creación de 22 plazas de médicos residentes. La iniciación también de la carrera hospitalaria.
Departamento de Bioestadística.
Modificaciones del Reglamento de Provisión de Médicos en los Concurso de Oposición del Hospital General.
Organización del Patronato del Sanatorio Gastón Melo, cuyas utilidades se destinaron al sostenimiento de la Oficina de Enseñanza e Investigación Científica.
1943: Director fundador de la Revista Mexicana de Urología.
Presidente de la Academia Mexicana de Cirugía.
Presidente de la Sociedad Médica del Hospital General.
1945: Profesor de urología en la Escuela de Posgraduados.
1946: Representante de la Secretaría de Salubridad en el Consejo Técnico Consultivo del Hospital General.
1947: Delegado de México al III Congreso Panamericano en Río de Janeiro, exponiendo el tema «Tumores renales».
1948: Profesor honorario de la Facultad de Medicina de la Universidad de Guadalajara.
1949: Delegado de México en el VII Congreso de la Sociedad Internacional de Urología, en Barcelona.
Delegado de México ante el XLIII *Congrés Francais d´Urologie*, en París.
Jefe de la enseñanza de la Urología, Facultad de Medicina.
Miembro correspondiente de la *Association Francaise d´Urologie*.
1951: Miembro del Consejo de la Facultad de Medicina.
Nombramiento como Director del Instituto de Urología.

Vicepresidente en el V Congreso Panamericano y IV Congreso Nacional de Urología.

1954: Delegado de México ante la Organización Mundial de la Salud. Invitado especial al Congreso de la *American Medical Association*.

Miembro correspondiente de la *American Association of Genetio-urinary Surgeons*.

1955: Coeditor de la revista de Urología Internationalisis.

Presidente de la Academia Nacional de Medicina.

Socio corresponsal extranjero de la Sociedad Chilena de Urología.

1956: Fundador y presidente del Comité Organizador de las Primeras Jornadas Médicas Nacionales de la Academia Nacional de Médica.

Presidente honorario del *Congresss South Central Section*, de la *American Urological Association*.

Profesor de los concursos de actualización del Hospital Juárez.

Miembro del Comité Organizador de las Primeras, Terceras, Cuartas y Sextas Jornadas Médicas Nacionales de la Academia Nacional de Medicina.

1957: Jefe de la Unidad de Urología del Hospital General de México.

Miembro Honorario de la Unidad Brasileña de Urología.

1958: Medalla «Valentín Gómez Farías» por sus 25 años de servicios en la Facultad de Medicina de la UNAM.

Profesor honorario de la Universidad de Nuevo León.

Vocal titular del Consejo de Salubridad General, otorgado por los presidentes Adolfo López Mateos, Gustavo Díaz Ordaz, Luis Echeverría y José Portillo.

1959: Miembro del Consejo Técnico de la Benemérita Cruz Roja Mexicana.

Miembro honorario de la Asociación Mexicana de Citología Exfoliativa.

1960: Medalla de oro «Eduardo Liceaga», otorgada por el Presidente de la República Mexicana, Lic. Adolfo López Mateos. Miembro de honor del Primer Congreso Mexicano de Salud Pública.

1961: Medalla de oro de la UNAM por 40 años de profesor de la Facultad de Medicina.

Socio honorario de la Sociedad Chilena de Urología.

Vocal titular del Consejo de Salubridad General.

1962: Asesor *ad-honorem* del Consejo Directivo de Vigilancia y Control Sanitario.

Homenaje de la Academia Nacional de Medicina por ser fundador de las Primeras Jornadas Médicas Nacionales.

Jefe del Departamento de Enseñanza e Investigación científica del Hospital General de México.

1963: Asesor especial del Consejo Directivo de Vigilancia y Control Sanitario en Hospitales.

1964: Asesor en Educación Médica de la Secretaría de Salubridad y Asistencia.

1965: Consultor técnico de la Unidad de Urología del Hospital General d México.

Miembro Honoris Causa del colegio Americano de Cirujanos.

1966: Consultor editorial de *Surgery, Gynecology and Obstetrics, American College of Surgeons.*

Profesor emérito de la Universidad de Nacional Autónoma de México.

1967: Condecoración otorgada por el gobierno de Brasil.

Socio honorario de la Academia Nacional de Medicina.

1968: Homenaje de la Sociedad Mexicana de Urología, con motivo de los 50 años de su recepción profesional.

1971: Diploma de 50 años de profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México.

Miembro honorario de la Sociedad Mexicana de Urología.

1972: Miembro honorario de la Sociedad Mexicana de Historia y Filosofía de la Medicina.

1979: Homenaje en el municipio de Torreón. Placa en una de las calles de Torreón, que lleva el nombre del doctor Villanueva.

1981: Premio «Toussaint-Aragón», entregado por su labor en pro de la niñez mexicana.

La rápida enumeración precedente permite contemplar el fulgurante paso del maestro Aquilino Villanueva. Es preciso hacer notar que se han omitido un centenar de sus más trascedentes y principales trabajos, discursos durante eventos, más de 50 direcciones de tesis profesionales, conferencias en cursos anuales de actualización, películas y monografías.

Deja aún en preparación «Aspectos históricos y técnicos de la evolución de la urología internacional» y otras obras más, «Evolución de la Urología en México desde la Época precortesiana hasta la urología contemporánea». Destaca entre las publicaciones anteriores la recopilación de 97 temas urológicos que han aparecidos en nuestra Gaceta Médica a partir de 1964.

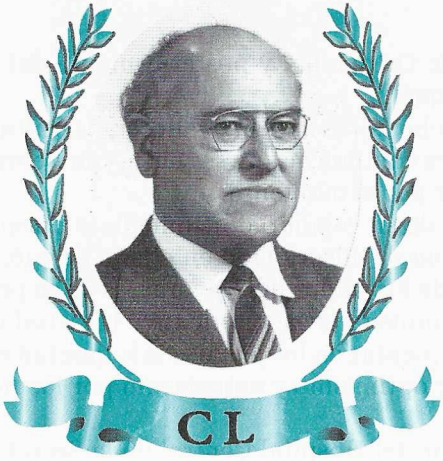
Queda a juicio y buen criterio del Consejo Editorial la publicación en nuestro órgano oficial de fotografías evocadoras de la historia socio-política y académica de México.

Antes de poner término a esta aportación deseo repetir los siguientes renglones escritos en la revista Médica del Hospital General, que reflejan sus obsesiones por la difusión y enseñanza de nuestra especialidad, una de las más hermosas y fecundas. Dice así: «Los médicos que recibieron ayer y que estaban bien preparados, sus conocimientos no son apropiados en el presente».

Concluimos que el maestro Villanueva vivía sus ideales en una ciencia mexicana mejor. No puede tener compensación nuestro dolor a quienes de verdad lo estimamos y sentimos, que hacer nuestro este ideal y obra ya desarrollada por él.

Finalmente,pienso que todos los médicos mexicanos debemos compartir la responsabilidad de mantener viva y floreciente la urología nacional, obra de nuestro maestro. Si estos renglones sentidos contribuyen de alguna manera a ello, es este el mejor tributo de admiración y amistad al gran maestro y al gran doctor don Aquilino Villanueva Arreola,quien puede hacer suyo el pensamiento de Aparicio y Guijarro: «educar es un seguro para la vida y un pasaporte para la eternidad».

Francisco Valdés



Pablo Mendizábal Vanegas

El académico Dr. Pablo Mendizábal Vanegas nació el 3 de diciembre de 1894, en la ciudad de Jalapa, Veracruz. A los 22 años, en plena época revolucionaria, obtuvo su grado profesional en la antigua Escuela de Medicina, iniciando así una trayectoria médica poco común. En el año de 1917 emprendió su labor docente como profesor ayudante en la cátedra de operaciones, que estaba a cargo del Dr. Rosendo Amor. Hasta el día de su fallecimiento, el 2 de febrero pasado, continuaba activo en el cuerpo docente de la Facultad de Medicina.

Todos sus méritos hacen una relevante manifestación de la recia personalidad del Dr. Mendizábal, no sólo como profesor sino como auxiliar en actividades hospitalarias.

Sus actividades académicas se inician con su ingreso a esta docta Corporación en el año de 1927. Seis años más tarde se convierte en académico fundador de la Academia Mexicana de Cirugía. Sería largo enumerar todas las sociedades científicas nacionales e internacionales a las cuales perteneció y sus trabajos científicos vertidos en múltiples revistas médicas.

Durante su vida académica, pocas veces callaba lo que tenía que decir e intervenir en las discusiones con seguridad y franqueza y cierto gusto por la polémica.

Sus evidentes cualidades profesionales, ameritaron su ingreso al cuerpo médico del Hospital General de México, culminando su carrera hospitalaria con la Jefatura del servicio del

Pabellón 23 de Ortopedia, y posteriormente del Pabellón 7, al desaparecer aquél.

Cuarenta ocho horas antes de fallecer, asistió al quirófano de su servicio para comunicar que se sentía con fiebre e incapacitado para operar por el momento.

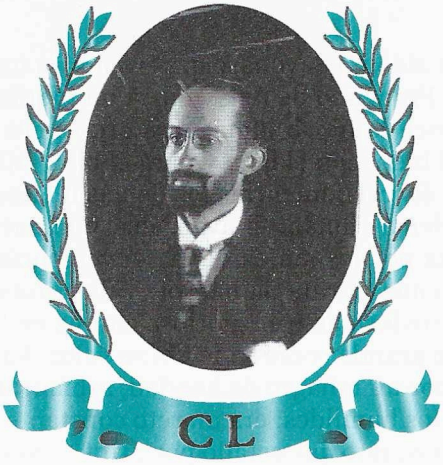
En calidad de su colaborador inmediato durante cinco años hasta mi cambio de adscripción en el año de 1963, puede constatar que uno de los saldos más favorables de su prolongada vida hospitalaria y universitaria, es que tuvo la virtud incuestionable de despertar y alentar en los jóvenes la inquietud científica, contagiándolos de optimismo y entusiasmo por los nuevos conceptos médicos.

Fue Director del Hospital Central de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas en el periodo comprendido de 1942 a 1947. Fue asimismo, jefe de los servicios médicos del Hospital Colonia, dependiente de los ferrocarriles nacionales de México.

Lamentamos profundamente la desaparición de este hombre útil, que en vida fue un destacado cirujano ortopédico y un prestigioso y activo miembro de nuestra Corporación, dotado de una profunda cultura general.

Nuestro homenaje de cariño y afecto, igual que si estuviera aquí con nosotros, pues estamos seguros que su espíritu superior nos acompaña. Descanse en paz.

Xavier Romo Díez



Manuel Escontría

Ante la tumba de Manuel Escontría

Hemos perdido florones más bellos de nuestro penacho de gloria.

De todo aquel grupo de soñadores que hace treinta y tres años vislumbró una aurora deslumbrante, unos bajaron a las hondas simas de la gloria sangrienta, otros, derrotados en su triunfo, sólo conservan la amargura del ideal vencido, otros le dieron la espada, otros cayeron en la líd, de cara al cielo, y muy pocos viven aún con la mirada fija en el porvenir.

Pero él, sereno, inconmovible, firme, siguió su ruta trazada desde siempre en el fondo de su alma, alentó su ideal que no fue un episodio de su vida sino su vida toda y llega a su ocaso, que para él más que ocaso fue aurora, con la misma fe, con la misma virtud, con la misma energía. Y es que su fe no fue de las que apedrean mujeres adulteras; no fue de las que hacen enemigo del cristiano porque es cristiano; ni del judío porque es judío, su fe es de las que dejan enjuagar los pies por las magdalenas arrepentidas, de las que azotan mercaderes y lavan los pies de los humildes; de las que no van a su Dios por el camino del odio a los hombres; de los que no creen que basta el rito y la plegaria para conquistar la gloria. Su fe lo empujaba hacia el pobre hermano hombre, el eterno crucificado en el duro leño de sus propias miserias y en el de las miserias de los demás; y su fe era de las que entretenían la llama perpetua de la zarza, sin más aliento que el de su propia virtud.

Pudo haber sido un Savonarola, pero nunca un Borgia; pudo haber sido un Francisco de Asís, nunca un inquisidor. Y no era debilidad mística la de su alma; era ardor, era fortaleza, era violencia en el bien, con el bien y para el bien. Mientras los demás dudaban, él creía; mientras los demás temían, él acometía, mientras los demás huían, él avanzaba, y mientras los demás dejaban la ruta por los atajos de la conveniencia o del miedo, él seguía, su senda florida de nardos, y de zarzas, y de espinas que pueden transformarse en gloriosa corona en la frente de un redentor. Y tan grande como su fe era su valor. Valor con los soberbios que, por un milagro de bondad, sabía transformarse en humildad con los humildes; era un reto constante, violento contra las injusticias; reto que estalló por primera vez en los bancos de escuela contra la «voluntad del tirano» y contras las farsas del palaciego; reto que lo condujo a la cárcel para ser inmediatamente liberado por los que temblaron ante aquella fragilidad física que sabía transformarse en una grandeza espiritual.

Y tan pura como su fe y valor fue su bondad. Él sabía que el bien era el camino y la verdad y la vida; sabía que fuera de él nada hay noble en nuestra pobre miseria humana; que credos, doctrinas y principios son fútiles, son mentirosos y mezquinos si no se traducen en la mano que socorre o en la mano que bendice; en el labio que consuela o en el amor que embalsama. Él sabía que si amargos son los dolores del cuerpo, igualmente amargos son los del alma y junto con la bendición de la ciencia. Impartía la bendición del pan que mitiga el hambre y la de la caridad que conforta el espíritu.

Y así fue toda su vida luminosa; de lealtad consigo mismo , con su credo, su patria, el hombre; de respeto para los que no teníamos su mismo credo , para los que tenían su misma patria para los que, alejados de él por las ideas, convergían en una suprema aspiración de amor y bien.

Hermanos del congreso de 1910 y del curso 1911. Más que nuestro dolor, sólo he sabido expresar el propio. Me han arrancado del fondo de mi alma un altar, uno de los pocos que me dejó la vida; me han arrebatado un faro, uno de los que guían en la tormenta y en el naufragio; un frío de muerte recorre mis venas al sentir lejos de mí aquella llama y una obscuridad de abismo inundó mi mente al desaparecer aquella fuente de luz.

Perdimos un hermano; un ejemplo; una esperanza. De él sólo nos queda aquella estela luminosa que dejó en los bancos de la escuela, en la cátedra del sabio, en la cuna donde se forjan vidas, en la lucha donde se forjan redenciones.

Y no nos conformamos con perderlo porque su labor pudo ser más fecunda; porque él que fue tan generoso con la vida, no recibió de ella todo lo que le pudo haber dado, para que su alma luminosa hubiera desplegado toda su grandeza; porque tenemos necesidad angustiosa de apóstoles y redentores como pudo haber sido él, que nos están reclamando la miseria de nuestros pobres, la tristeza de nuestros afligidos, la angustia de nuestros desesperados y el dolor de los oprimidos.

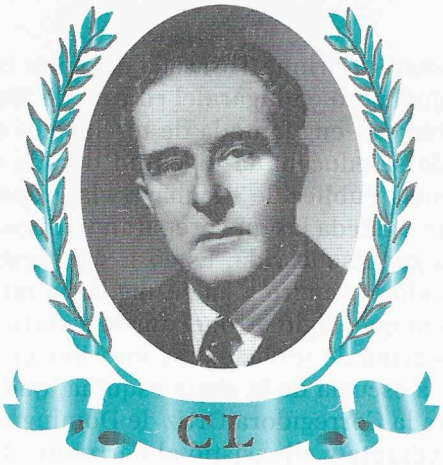
La patria, la raza y la humanidad necesitan una fe en el ideal como la que él tenía; un valor de paladín para defenderlo una bondad mística para embalsamar las llagas, para enjugar las lágrimas y para infundir alientos.

Aprendemos de aquella vida luminosa y comprendamos cómo se alienta un ideal, cómo se le defiende y cómo se le ennoblece. Del borde de esa tumba luminosa sepamos recoger el estandarte que soltó su brazo desfallecido; en su vida fecunda aprendemos a seguir una senda de bondad.

Amemos a la patria como él supo amarla; amemos a la ciencia, al trabajo y al honor y así seremos dignos de llamarnos hermanos de él en el ensueño, en la vida y en la muerte.

Ya él trazó en el cielo de la patria y de la ciencia un surco luminoso. Añoramos que de su tumba y de su recuerdo surja una llama inmortal que no ha de extinguirse en el corazón de los que lo amamos, en el de las madres cuyos dolores mitigó y en la mente de los que lleven prendido el fuego de lo ideal.

Academia Nacional de Medicina



Mario Alfonso Torroella y Estrada

Un domingo 5 marzo, cuando un sol brillante llegaba a su cenit descendió a su tumba un hombre excepcional, el Dr. Mario Alfonso Torroella. En el Panteón Civil de Dolores, no se oyó el sonido de los clarines funerarios, ni atronó el aire el ronco destemplar de los tambores de luto. Fue un sepelio humilde, modesto, lleno de dignidad y de paz. Calmado y sincero, como son los de los verdaderos hombres, sin estruendos, sin falsas lágrimas, ni zalamerías de cortesanos, sino con la austeridad, con el verdadero dolor de una despedida eterna al que se le tuvo respeto y amor.

La tumba familiar quedó cubierta de flores y en la humilde lápida de piedra deberán de grabarse dos fechas: Alfa, el 10 de mayo de 1887 y Omega, el 4 de marzo de 1967 y abajo un simple nombre: «Dr. Mario Alfonso Torroella y Estrada»: Sí,nada más, pero entre las dos letras griegas se encierran ochenta años de vida noble y fecunda. Vida generosa que comienza al terminar un siglo y se extingue al mediar otro; con una muerte recogida y callada, pero llena de gloria, tal como dice, que mueren los reyes o mueren los astros, con reflejos de aurora y la frente coronada de estrellas.

En una casona de la hoy avenida Hidalgo, junto a la iglesia y el Hospital de los Hipólitos, se desarrolló la niñez de Torroella, que llevaba la alegría de su ascendencia cubana. El niño creció bajo los uniformes brillantes, las corazas bruñidas y los penachos de plumas de milicia palatina del dictador en la que

su padre el General Enrique Torroella es figura importante. No sabemos por qué, pero en lugar del colegio de Mascarones, que rige la mano férrea –enguantada de terciopelo- de los hijos de Loyola y donde se educaba la juventud dorada del México de ayer, es la Escuela Pública de Tacubaya y la Preparatoria Positivista de Gabino Barreda las que preparan y educan al muchacho Torroella para ganarse la vida. Es cosa significativa en su destino que llevando la sangre y en su medio la milicia no siguió ese camino, sino que eligió otro; el amargo, duro y difícil que le imponía su vocación de servicio, y se inscribió en la Facultad de Medicina. En la escuela de la chata esquina, que señorea en su trono de piedra la Corregidora Ortiz de Domínguez, transcurrió su vida de estudiante y allí asistió al derrumbe del trono porfirista y llegada la Revolución Mexicana. Vio salir viejos directores y entrar nuevos, y en año de recepción le tocó el asesinato del Mártir Madero, donde tuvo que curar heridos, bajo la bandera de la Cruz Roja Mexicana.. Hábil cirujano, a pesar de su juventud, fue el discípulo predilecto del Dr. Aureliano Urrutia, que se hizo director de la escuela de Medicina y después Secretario de Gobernación de Victoriano Huerta. Cuando Urrutia, cargado de culpas y acosado por la misma fiera a quien sirve, huyó al extranjero y le dejó al joven Dr. Torroella sus innumerables enfermos. En aquel Sanatorio de Coyoacán, él los atendió con amor y con celo, sin distinción de ideologías ni espíritu de partido y los encamina hacia la salud y la vida. La patria vivió convulsa en una cruenta transformación social ; la lucha armada no encontró su asentamiento y el ejercicio de las medicina difícil, entre el tifo, la miseria y el hambre del pueblo que sufrió la enfermedad revolucionaria y en ese medio pobre y agotado, le tocó ejercer al novel médico Torroella. Inteligencia preclara, pronto encontró su camino. Su aristocracia de espíritu, su inimitable don de gentes, le abrió las puertas de los palacios y las zahúrdas y tuvo un éxito profesional estupendo en la clientela privada. Pero su ansia de servicio lo hizo fundar en 1917 y ser el primer director de la Casa de Salud Mier y Pesado, que se aposentó en el mismo palacio veraniego de Tacubaya donde Isabel Pesado y Antonio Mier paseaban la tristeza de su matrimonio estéril. La Casa de Salud constituye su primera pasión y en ella desarrolló la labor de cirujano y apóstol con un espíritu nazareno. Paradójicamente, siendo su director, cincuenta años más tarde ingresa como enfermo y muere– como si fuera en brazos de su primera novia- un 4 de marzo de 1967.

Torroella fue antena sensitiva a todos los cambios de la ciencia y espíritu europeo, como era su tiempo; fue a Francia y en sus hospitales y escuelas su genio latino y su bondad de alma se imponían y entre tantos extranjeros fue el discípulo de Marfan y de Hutinel. En la Sociedad de Pediatría de París presenta numerosos trabajos donde Nobercout fue comentarista y desarrolló su especialidad -la de curar niños- una epopeya. Volvió a la patria y su nombre fue conocido en todos sus confines. Miles de madres, con los ojos ahítos de llorar, al llevarle la carne de su vientre pusieron en él toda su confianza, porque Torroella fue un clínico que curó no sólo con sus manos, sino con el corazón entero. Desfilaron por su consultorio miles de niños llenos de dolor y de desesperanza y él alivió dolencias, los arrancó de la muerte y enjugó lágrimas de toda esa infinita legión del sufrimiento, y lo que es más, cuando su ciencia fue importante, dejó en todos el consuelo de su bondad y la resignación infinita de su cristianismo sincero.

Maestro innato enseñó a todas horas: en la clínica, en la escuela y en su hogar. Fundó la cátedra de enfermedades de los niños y junto con ese otro paladín de la pediatría mexicana, el Dr. Espinosa de los Reyes, dieron en 1930 el primer curso de posgraduados para pediatras, dando nacimiento en toda su pujanza y grandeza a la pediatría de hoy. En su clínica de pregraduados, miles de médicos y ahora eminentes y entonces simples estudiantes, pasaron por su aula y en todos dejó el amor por el niño y la esperanza de un futuro mejor para la patria que ellos representaron. Pero Mario Torroella nació para servir a los demás y no se encerró como tantos, en su torre de enseñanza y sapiencia sino va los humildes, a los desposeídos de todo y junto con Espinosa de los Reyes –sin la demagogia y mentira de ahora – inundó la República entera de millares de verdaderos Centros de Asistencia Materno-Infantil como ejemplo de valor y de servicio.

En verdad la Academia Nacional de Medicina escogió lo mejor del cuerpo Médico Nacional y por ello llamó a Torroella a sus filas; ingresando a la corporación el 22 de diciembre de 1926.Su trabajo de ingreso «¿Existe el raquitismo en México...?» es una expresión clara de su angustia por las carencias y hambre del niño mexicano. Tal alegría dolorosa terminó con otra en 1942, que se hace clásica en la pediatría Internacional: «El síndrome hipoproteínico avitaminósico». Veinte trabajos llevan su nombre en la bibliografía académica. Es vicepresidente y por renun-

cia del Dr. Gurría Urgel, Presidente en el año de 1943. Después fue socio titular y por último, cumpliendo con el artículo 313 de nuestro reglamento, que marca que tal honor sólo debe concederse a los que hayan prestado grandes servicios a la medicina y a la humanidad, la Academia lo hizo su socio honorario el 24 de junio de 1966.

Pero si grande es el médico, el maestro y el académico, más inmenso es Mario Torroella como hombre, no como ángel de otra dimensión sino como simple mortal de carne y hueso, con todas las flaquezas y debilidades de los hijos de Adán, pero con un genuino humanismo cristiano. Jamás en sus labios se oyó una crítica adversa, ni un reproche injustificado. Como aquel que muriera en la cruz fue muy atacado y muchas veces, uno de sus discípulos amados, encarnó también a Judas y lo vendió por treinta monedas. No obstante, siempre supo ser un compañero médico de verdad, tanto en el triunfo como en la derrota. Siempre perdonó, amplia y generosamente y dio su mano y consoló al que estaba más caído y triste y lo hizo sin que nadie supiera nunca. Como Jesús supo olvidar la mano que afrentó su mejilla y llegó a besar el dardo que lo hirió, porque Mario Torroella era un verdadero Maestro de hombres y una guía y luz en este camino tan lleno de obscuridad y desaliento.

Ahora el Maestro se ha ido. Su faro es sólo ya memoria y su sitial está vacío y cuán difícil será ocuparlo; pero una ley inexorable que llegará a todos le ordenó partir. Que descanse en paz, Mario Alfonso Torroella. Pero a nombre de la Academia Nacional de Medicina, de la Pediatría Mexicana, de sus infinitos discípulos y amigos; dejad que el último, el más obtuso de ellos, lo despida con estas palabras que quizá, en su premonición encierran una inútil esperanza... ¡Hasta la vista Maestro!

Antonio Prado Vértiz

Antonio Torres Estrada

Es el 8 de mayo de 1973, noche de Congreso, Mazatlán, México. Los fuegos artificiales se confunden con las estrellas que iluminan la muerte del mar sobre la arena.

De pronto las luces en movimiento que semejan el gran salto de Nijinsky en la muerte del cine, se detienen y sólo permanecen los brillos estáticos de firmamento.

Ese día comienza la quietud del médico y maestro.

Es el día del último reconocimiento público a sus méritos.

Es el día de añoranzas. El que elige para contarnos su vida.

Suave y tierno nos relata imágenes de su infancia, sus anhelos, sus amores y trabajos, sus dolores y esperanzas; que entremezclados con el testimonio que los médicos ya viejos de su última generación de alumnos poseemos; conforman este relato, que como homenaje de todos, hoy presento:

Presentado en sesión reglamentaria de la Sociedad Mexicana de Cinematografía, el 20 de diciembre de 1983

Hospital General «Manuel Gea González» Secretaría de Salubridad y Asistencia.

Antonio Torres Estrada: hombre, médico y maestro. Su nacimiento humilde en Zacatecas el 6 de abril de 1890 marca su personalidad. En él se revelan las virtudes dependientes de la humildad.

Antonio sin saberlo las practica todas: amabilidad, benignidad, bondad, condescendencia, delicadeza, docilidad, dulzura, buena voluntad, mansedumbre y modestia.

Sus orígenes:

Fuerza genética que interacciona con su ambiente, roca gigante inconmovible a la vez que un torbellino que irremediablemente arrastra, como una hoja, una catarata.

Moldes de lo que se oye, se ve y se palpa.

Torres Estrada, está marcado para siempre.

De su abuelo materno de apellido Estrada hereda la perseverancia, el tesón, las horas de trabajo que nunca acaban, el éxito al final de la jornada, el deseo de llegar, de pisar la tierra conquistada.

Según nos relatara: Su abuelo fue un hombre rico por el producto de su trabajo. Su casa allá en Fresnillo ocupaba una manzana entera y estaba dividida por los diversos negocios que atendían sus hijos bajo su dirección y patrocinio.

Desde fábrica de carretas y diligencias hasta tiendas de ropa y comestibles.

El abuelo además era pintor y escultor y aparecen en varias publicaciones del norte de la República y en algunas iglesias esculturas hechas por él. Patriarca estilo judío, forma de vida tipo gueto judío.

Salto del apellido Strada de origen portugués que por el año de 1596 hicieran emigrantes judíos conversos al llegar al reino de Nuevo León en La Nueva España, Antonio hereda características y cualidades que marcaran el ritmo de su vida como profesionista, pero no hereda fortuna ni conoce siquiera a tan interesante personaje. El abuelo Estrada, viudo, era ya mayor, cuando se casa en segundas nupcias con una viuda todavía joven. De ese matrimonio nace una hija llamada Margarita.

Muere el patriarca al cuarto año de matrimonio y el gueto se desbarata por eternos conflictos de posesión y distribución de bienes y negocios; y queda, la por segunda vez viuda, con su hija Margarita de tres años, sin casa y sin fortuna. De esta abuela, hereda Antonio una gran memoria.

Aprendía páginas con sólo leerlas una vez; las poesías parecían fotografiarlas, pudiendo repetirlas una y otra vez a lo largo de toda su vida. Así fue de Fuchs, de Moraz, de Lagrange, La personne, Cantonet y de todo aquello que de oftalmología trataba. No hubo mucho espacio en su memoria para otras cosas.

Hombre de amores únicos no se dispersaba

La hija de esta mujer llamada Margarita sería la madre de Antonio Torres Estrada. Margarita fue educada en la austeridad de

una posición interesante trabajaba amasando dulces, decorando pasteles y elaborando fórmulas secretas de chocolate. Fue privada de los privilegios económicos del resto de la familia Estrada. Margarita se casa a los 18 años.

El apellido Torres precede ahora al de Estrada. Aquí se pierde la historia; no hay cartas ni papeles, sólo un recuerdo triste de un niño y su hermana que vagamente reconoce la presencia esporádica de un padre que pronto se hace definitivamente ausente.

Días tristes que fueron consolados por los años mágicos que pasara en la casa grande del padrino, don Apolonio Salas. Alacenas llenas de juguetes para él solo. Nana que lo mimaba y le entretenía la ausencia sacrificada de su madre.

Paseos por la alameda de Zacatecas

Trajes de terciopelos y encaje, botines pequeños de charol.

Cama diván con incrustaciones de nácar junto a la gran cama de madera tallada del padrino.

Hombre inmensamente rico y generoso que lo adoraba, pero que muere antes de realizar en Antonio los anhelos de educación en Europa y cultura refinada.

Sólo heredó el nombre pero la magia se acaba. Albacea y fortuna se esfuman en una mala jugada.

Son años de lucha para Margarita; lucha que moldea el carácter del pequeño Antonio. Sostiene su familia con su labor de partera en la ciudad de Zacatecas en donde el niño estudia la instrucción primaria en el Instituto Lancasteriano. Escuela laica que también marcara su actitud de hombre bueno, moral y recto, pero totalmente independizado de los ritos y prácticas religiosas que eran impuestos a todos los niños que acudían a las escuelas particulares de su tiempo. La escuela Lancasteriana le deja profunda huella. Disciplina militar que fomentaba el patriotismo y el cumplimiento de las obligaciones.

Los sábados salían los niños al campo acompañados de un soldado instructor que llevaba su clarín con el cual les daba órdenes. Cuando tocaba a «Rompan filas» los alumnos se dispersaban para almorzar, recoger plantas, piedras raras, flores y mariposas.

Los sábados lluviosos Antonio y sus compañeros se entregaban a los trabajos manuales en un taller formal donde cortaban madera, la pegaban y la clavaban; manejaban la máquina caladora y encuadernaban libros.

Así se hizo Antonio artesano. Habilidad que luego emplearía para producir las prótesis oculares más finas y sus instrumentos para cirugía. Sobreviene otro desprendimiento doloroso. Fue necesario abandonar Zacatecas por razones de salud de su madre.

Difícil despedida de amigos y rincones queridos. Los maullidos de su gato en el ferrocarril le consuelan. Reminiscencias de su patio, del pequeño jardín de las subidas furtivas a la azotea a recoger la resolana de la siesta. El traslado es a San Luis Potosí. Ahí doña Margarita continúa con brillantez su carrera.

Su capacidad la habilita para que la nombren ayudante de la cátedra de obstetricia y partera en jefe de la maternidad de San Luis Potosí. La familia Torres Estrada está de nuevo cómodamente instalada y Antonio termina el año que le faltaba para completar su instrucción primaria y poder ingresar al Instituto Científico y Literario para cursar sus estudios preparatorios.

Crisis de adolescencia:

+Preparatoria: primer año, materias nuevas: matemáticas, francés, inglés, teneduría de libros y dibujo.

-Repudio de todos los alumnos por el idioma inglés.

-Aún estaba fresca en la memoria de los mexicanos la pérdida territorial de 1847.

Antonio no se interesa.

-Su primer año de la preparatoria siempre lo lamenta.

Instigado por sus compañeros no asiste suficientemente a clases, no estudia, pasea; resultado: reprueba tres materias. Al fin del curso sobreviene el primer enfrentamiento serio de su vida.

-Margarita no era señora de juegos, para ella la vida fue siempre seria; no admitió en su hijo Antonio, ni evasión ni complacencia.

-Sus palabras lo amonestan, y para siempre resuenan, fueron himno y paradigma, sello en futuras proezas, la vergüenza, la dignidad, vida honesta de abnegación y de entrega, fueron siempre canto a dúo por poco más de ocho décadas.

-Antonio avergonzado reconsidera. Con lágrimas en los ojos promete. Toma en serio su promesa. Se aplica en tal forma que termina los cinco años de preparatoria en tres adelantando materias y ganándose el apodo «del machetero Torres Estrada». Trabaja de día y de noche alentado por tres metas:

-La Escuela de Medicina; cumplir lo que prometiera y conseguir el amor, de una flor que era promesa, rubia y fina, pequeña.

Su musa de adolescencia: Margarita Martínez Gordoa, transitaba por enfrente de su casa de mano de su padre siempre adusto y de su hermana que juguetea.

-Antonio la contemplaba por detrás de la ventana, soñándose ganador de los premios y medallas. Soñaba con impresionar al gran anhelo de su alma, de quien no podía lograr ni sonrisas ni mirada.

-Al fin la fecha esperada.

-El teatro Zaragoza vestido de gala. Los personajes y el pueblo abarrotan ya la estancia... de pronto... los premios. Llaman a Torres Estrada.

-Los aplausos, las menciones, cintas y cinco medallas.
El público se entusiasma.
La euforia es más acendrada.
La apoteosis. Héroe de jornada.
Su homenaje a la niña de sus sueños.
Esa meta lo compensaría,
de no ser alto y apuesto,
como el novio que Margarita soñara.

Su éxito lo emborracha,
se monta en su bicicleta,
llega a casa de su amada,
la observa desde la esquina,
asomada a la ventana, se le acerca,
de su fiel amor le habla...» Margarita no lo escucha,
se retira al interior de su estancia,
la puerta se cierra sola.
Y así acaba.
el sueño de adolescente,
así madura Antonio con más dolor en su alma.

-Ingresa al primer año de la facultad de medicina en el Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí, obteniendo las mejores calificaciones.

-La provincia es ya la jaula pequeña, convence a su madre, la mujer comprende eso de los vuelos grandes.

-Recomendaciones de sus maestros. Inscripción en la Escuela de Medicina de México.

-Cartas a la casa de huéspedes regenteada por familia española. Traje nuevo. Camisas de cuello almidonado. Dinero para libros. Margarita tiene plena fe en su hijo.

-Antonio Torres Estrada obtiene el titulo de Médico Cirujano el 7 de abril de 1913.

El primer paso está dado. Antonio ya es Médico, Margarita podrá descansar para siempre. Antonio le seguirá dando las máximas satisfacciones en la vida hasta que muere cerca de los cien años.

-1913. Veintitrés años, interno de la Cruz Roja.

-Engolosinado con el sacrificio, noches sudorosas de olor a éter y cloroformo, amputados, olor a hueso serruchando. Merece la medalla de plata de la Cruz Roja Española.

-1914. No rehúye el momento histórico de su patria. Revolucionario de verdad; sin fusil ni cananas, sin instrumentos quirúrgicos suficientes, sin rencores de clase, sin anestesia la mayor parte de las veces, sin violencia, sin antibióticos, sin ambiciones personales, sin ambulancias.

-Una que otra camilla, puestos de socorro, infinito amor al hombre. Cirugía mayor, pierde la náusea final frente al dolor y la sangre.

-Última batalla: San Pedro de las Colonias, Coahuila.

-Brigada que atendió a más de 20 mil heridos. 50 mil hombres caen a su lado como soldados de plomo que se recuestan al ritmo de un garnucho de niño que juega a épicas batallas.

-Es de los pocos sobrevivientes.

Ahí nace el cirujano. Recibe la Cruz del Valor y de abnegación a los servicios médicos en campaña como médico de la Cruz Roja Mexicana.

La vida civil nuevamente lo reclama tiene que cumplir su destino. Sus batallas son otras, su revolución será ganada en quirófanos y aulas.

-¿Cuándo nace su pasión por la oftalmología? ... qué torpeza que nunca se lo preguntamos. Pero investigando entre papeles amarillentos por el tiempo, encontramos que muy temprano su decisión estaba tomada

-Tiene nombramientos precoces en el mundo de la enseñanza. Es ayudante de maestros en diversas disciplinas.

-19 de agosto de 1913. Preparador interino de la cátedra de Histología en la Escuela Nacional de Medicina.

-Mayo 26 de 1915. Ayudante supernumerario interino del profesor de Anatomía Patológica.

-Marzo 27 de 1918. Ayudante de los profesores de Anatomía Microscópica en la Escuela Nacional de Medicina.

-Abril 15 1918. Ayudante de Anatomía Microscópica. Histología y Embriología.

-Junio 12, 1920. Ayudante de Anatomía Microscópica.

-Febrero 1, 1921. Médico externo del Hospital Juárez.

-Enero 3 ,1922 Ayudante de Anatomía Microscópica. Histología y Embriología.

-Enero 21, 1923. Ayudante de Clínica.

-Enero 21, 1924 Ayudante de Clínica.

Pero pronto resulta su vocación:

-8 de junio de 1916. ayudante interino de la Clínica de Oftalmología.

-1918 Profesor académico de Oftalmología. Graduado en la Facultad de Altos Estudios.

-1919-1920 jefe de la Clínica del citado curso en la Facultad de Altos Estudios.

1919-1925 jefe de la Clínica de Oftalmología en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional.

1956 Profesor titular de Oftalmología en la escuela de Posgrado hasta los 83 años.

Está ante nosotros la sucesión vertiginosa de puestos y cargos docentes que lo llevarían a ocupar la posición más destacada en la oftalmología mexicana de su tiempo.

Está presente en la inauguración del Hospital General de México.

Restos de la época porfiriana.

Procedimientos de principios de siglo.

Nace en gran cuna la gloriosa medicina mexicana.

Practicante por oposición, médico interno del Hospital General 1913-1915. Elige ser médico adjunto del servicio de Oftalmología. y otorrinolaringología.

La pasión de su vida ha tomado en el joven médico asiento y garra.

Estudia sin cesar, es casi autodidacta.

Los libros clásicos de la Oftalmología. Son su almohada.

Daniel Vélez, lo acoge con agrado en su práctica privada y le enseña lo que en ese tiempo se enseñaba, que no era mucho. Daniel Vélez era abierto, aún cuando distraído en otras campañas (como la creación de la Casa del Estudiante en París) Sin embargo, su actitud generosa contrastaba con el estilo de Rafael Silva, otro de sus maestros que practicaba los grandes secretos de la Oftalmología. En la soledad y a puerta cerrada.

La Sociedad Mexicana de Oftalmología., recién nacida lo acoge. Daniel Vélez, que dirigía los anales de la Sociedad, se informa que Torres Estrada, traducía el inglés, el francés, el alemán, el italiano y el portugués y lo nombra jefe de redacción de los

Anales. Así Torres Estrada devora todas las publicaciones Oftalmológicas de ese tiempo. Condensa los artículos nacionales y extranjeros.

El día para él no termina nunca, trabaja como oftalmólogo y otorrinolaringólogo en la Casa de Cuna (febrero 1921).

De 1918 a 1921 ocupa el cargo de inspector de Oftalmología. Purulenta en Salubridad.

Es médico del Hospital Juárez, desde 1920 hasta 1934. Funda el servicio de Oftalmología., que aún existe en dicho establecimiento.

En 1922 ingresa al Hospital Oftalmológico de Nuestra Señora de la Luz, escenario de sus más prodigiosas hazañas, siendo su nombramiento de médico adscrito hasta que en el año de 1922 recibe el cargo de Subdirector, y en 1944 de Director del Hospital Oftalmológico más antiguo y más prestigiado en ese tiempo. Es médico del Ferrocarril Mexicano.

Viaja a Veracruz cada fin de semana.

Estudia incansablemente, su trabajo es ininterrumpido. Su habilidad quirúrgica lo perfila ya como el cirujano ocular más hábil de México. Su devoción a la Oftalmología es casi mística.

A los cinco años de haber obtenido su Título de Médico se encuentra cara a cara con el amor de su vida con quien hizo la poesía, dentro de la dureza de trabajo y disciplina, de responsabilidad e inquietud científica.

La Rorra, de belleza exquisita, de esplendorosos ojos verdes, refinada y bien nacida, gentil le hizo graciosa la vida.

Le acojinó la existencia. Su matrimonio fue idilio, fue poesía, fueron susurros que aún resucitan los recuerdos de Aurora Pérez Cano, llevando a Tono a conciertos, adornándole la cas con porcelana antigua; poniéndole en la corbata el fistol de perla fina, alentándolo, enjugándole sudores y lágrimas escondidas.

Procrean tres hijas: Margarita, Aurora y Carmen.

Añoranzas de felicidad cumplida.

Vive con la Rorra la etapa prolongada y fructífera de su vida. Su éxito se acrecienta, escribe y describe, inicia, revoluciona la cirugía. Su nombre viaja, lo reconocen en el extranjero.

Los anales de Oftalmología. Están llenos de su talento, sus alumnas a instancias de él se ausentan del maestro y van a recorrer el mundo a caza de mejor talento. Le escriben: ni Castro viejo sueña en operar como usted opera. La extracción de cataratas por fin es una operación segura gracias a su técnica que aunque

más complicada es mucho más perfecta.

Trabaja, enseña, estudia, dormita, imagina, comprueba contempla y sueña oftalmología.

Su pasión es obsesiva abarca todas las ramas de esta disciplina.

Su enseñanza generosa era abierta día a día, era a la antigua usanza, era noble y era tierna como de padre a hija.

Fueron muchos sus alumnos, Sánchez Bulnes, Diego Cuevas, Salcedo, Montellano, Héctor Rivero, Meyran Espinoza y mil más que quedan en el tintero, que han dado y siempre darán testimonio de su enseñanza genial.

Pero a mi hoy ha tocado por designios de la vida, describir mis experiencias de su generosidad cumplida.

Año de 1946 atento y fino recibe en su despacho a un gran viejo que era su conocido, quien le presenta a su hija, siguiendo el romanticismo de tiempos desaparecidos; « Mi hija leyó un artículo sobre un ciego que ha visto gracias a su intervención, le suplico Dr. Torres le enseñe usted a mi hija su tan noble profesión.»

La alumna de 19 años, de tercer año de Facultad, la observa emocionada, sin atreverse a chistar.

El maestro sonríe condescendiente. Contempla a su padre y a hija, y pregunta... ¿Es posible combinar su asistencia aquí conmigo, con sus clases y sus prácticas?.... Porque no hay que descuidar su estudio en la Facultad.

Claro que sí, casi gritó.

A las 11 de la mañana, mis clases yo ya termino.... ¡Era tanta mi esperanza!, y por fin llegaba el día en que mi mano la alcanza.

11:30 al día siguiente: extiende en mano derecha a manera de saludo un volumen que me entrega, un tesoro, me lo presta.

El Duke Elder, IV Tomo, las páginas señaladas. Y me dice:

«Por la refracción se empieza, pues con refracción termina toda buena cirugía. Estudie esto con cuidado, pregúnteme cualquier duda y preséntese ahora mismo al quirófano. Hoy se inicia».

Y así fue por toda la vida. Me llevó con gran cuidado por toda la patología.

Haciendo que me enamorara de esta bella disciplina

El gozaba enseñando, hasta el mínimo detalle de la magia que inventaba.

El asombro que nacía por sus manos que por su aspecto solo torpeza insinuaban, se trocaba, en el más cálido aplauso ante tanta filigrana.

Y así conseguía su enseñanza en sus libros, en su casa, a todas horas.

Interés por sus alumnos que él siempre prolongara a través de muchos años, con fidelidad arcaica.

Sería irrespetuoso intentar analizar en tan poco tiempo su producción científica.

Basta recordar que por lo que respecta, a la catarata, es de nuevo el héroe de la jornada. A través de 20 años, investiga, modifica, publica 10 trabajos entre los años 1925 a 1945 y cambia una técnica insegura en otra perfecta y libre de complicaciones en la que enfatiza el cierre hermético de la herida operatoria. La cirugía de catarata deberá siempre ostentar una delimitación en la oftalmología mexicana; antes y después de Torres Estrada.

Es también brillantísima su intervención en el glaucoma. En 1918 practica por primera vez en México la trepanación de Elliot y otras operaciones filtrantes. Convencido de su ineficacia adopta la ciclodiálisis.

Modifica la técnica, la convierte en hemiciclodiálisis. Demuestra que su operación hace restablecimiento del sistema de filtración del ojo. Idea instrumentos especiales para practicarla.

La espátula de Torres Estrada para hemiciclodiálisis abre ampliamente el canal de Schlemm y establece la derivación natural de los líquidos intraoculares comunicando la cámara anterior con el espacio supracoroideo.

La hemiciclodiálisis de Torres Estrada es digna precursora de la trabeculectomía que se practica en nuestros tiempos. Escribe innumerables trabajos donde hace notar la falta de concordancia que existe acerca de las cifras de presión intraocular que se consideran normales y la realidad. Describe con exactitud las causas de error de la tonometría de Schiotz, considerando este síndrome de hipertensión ocular en los niños miopes.

Considera que las fallas en el diagnóstico y tratamiento del glaucoma dependen en gran parte del desconocimiento de la media tensional del ojo y proclama la inexactitud de datos existentes.

Por primera vez realiza mediciones por medio de microtonómetro aplicando directamente en la cámara anterior del ojo humano, experiencias que realiza en más de 75 individuos antes de ser intervenidos de los ojos y como un tiempo preliminar a la operación.

La medida que encuentra es de 18.8 mm de mercurio, cifra mucho más exacta que la comprendida entre 15 y 35 fijada con anterioridad.

Realiza también investigaciones en el proceso de formación, de la excavación glaucomatosa, en el glaucoma y demás estados hipertensivos del ojo rectificando conceptos antiguos. Señala varios probables agentes de glaucoma.

Es el padre de la puntuación del vítreo en la cirugía de glaucoma, en cataratas glaucomatosas, y en tratamiento de queratocono.

Realiza varios trabajos de alergia y glaucoma.

Inicia la inyección retrobulbar de adrenalina en el tratamiento del glaucoma inflamatorio agudo.

En el capítulo de las vías lagrimales se le puede señalar como el iniciador de la dacriocistorrinostomía en México.

Desarrolla una técnica personal.

Describe una técnica para reposición de puntos lagrimales como tratamiento de la epífora por desplazamiento de los mismos, en el ectropión senil.

Trasplanta la vena de la mano para la reconstrucción de los canalículos lagrimales.

Describe una teoría patogénica del pterigión por fibrosos de la cápsula de Tenon. Hace estudios sobre el tratamiento postoperatorio del mismo por radiaciones beta. Describe una técnica personal para su extirpación que sigue siendo la más válida hasta el día de hoy.

Es importante recordar que Antonio Torres Estrada no fue únicamente oftalmólogo, sino otorrinolaringólogo y que demostró una disciplina quirúrgica impecable en la cirugía plástica de la cara.

Realiza durante todo el tiempo de su vida profesional una serie de intervenciones admirables de cirugía reconstructiva de los párpados.

Por lo que toca a la queratoplastia, el médico que la realiza en México con mayor excelencia y elegancia según afirmara el mismo Castro viejo.

Incursiona en el desprendimiento de la retina. Su método de compresión en los tratamientos de los desprendimientos fue famoso en su tiempo. Lo combinó con la diatermocoagulación, con la operación de Muller y con la ciclodiatermia.

Se ocupa de la oncocercosis, presenta trabajos de investigación conjunta entre el Hospital de Nuestra Señora de la Luz y el Instituto de enfermedades Tropicales.

Sus observaciones lo llevaron a encontrar una técnica personal, que permite observar las microfilarias con una pequeña modificación de oftalmoscopio eléctrico.

Incursiona en el estrabismo. Señala la patogenia de algunos estrabismos de origen palúdico y se recrea en modificar las técnicas quirúrgicas existentes en su tiempo.

La tuberculosis en un temas que lo apasiona.

Antes de dedicarse a la descripción de las alteraciones oculares provocadas por la tuberculosis, se empapa y estudia profusamente este padecimiento. Insiste en detectar el origen tuberculoso en muchas enfermedades oculares y se ingenia para desarrollar un tratamiento con soluciones muy diluidas de tuberculina y antígeno metílico.

Señala la frecuencia de la alergia tuberculosa en el glaucoma y en muchos padecimientos oftalmológicos.

Opera órbita, tumores orbitarios, reconstruye muñones. Describe técnica para ampliación de la cavidad orbitaria.

Se interesa por las prótesis oculares. Crea un laboratorio para la fabricación de ellas. Las trabaja con sus propias manos y desde 1918 obtiene prótesis perfectas.

Describe las complicaciones oculares del tifo exantemático y sus relaciones con la sífilis.

Se oculta del tratamiento de las conjuntivitis por las arsenicales.

La neurooftalmología lo apasiona.

Se interesa en el problema de la educación del ciego. Trata de las uveítis y las queratitis alérgicas.

Experimenta en perros.

Describe complicaciones oculares y neurológicas de origen palúdico en revistas italianas de patología ocular.

Se ocupa de exoftalmo maligno por tirotoxicosis.

Señala conductas en las heridas penetrantes del ojo.

Describe técnica personal para la extracción de cuerpos magnéticos con electroimán.

Sus hazañas quedan patentes en las publicaciones de su tiempo.

Publica sobre el tratamiento de las queratoconjuntivitis epidémicas por estreptomicina.

Su imaginación es prodigiosa.

Su deseo de obtener técnicas que superen lo conocido o lo establecido lo hace soñar, y ya en vigilia experimenta y comprueba.

Torres Estrada no sólo es un innovador. Posee además un gran espíritu universitario y académico.

Pertenece a las sociedades científicas importantes de su tiempo.

Es miembro de la Academia Nacional de Medicina. Ahí se codea con los grandes: Ignacio Chávez, Rivero Borell, Castro Villagrana, Gustavo Baz. Morones Prieto, etc.

Es miembro de la Academia Nacional de Cirugia, cirujano nato, podría haber incursionado en cualquier territorio de la cirugía general con capacidad y brillantez.

Es miembro de la Sociedad de Cirugia del Hospital Juárez.

Es miembro de la Sociedad Franco-Mexicana de Medicina.

Miembro de la Sociedad Potosina de Ciencias y Artes.

Miembro de la *Panamerican Association of Ophthamology*, que fuera de sus tribunas principales, desde donde el mundo supo de sus innovaciones.

Miembro de la Sociedad Mexicana de Oftalmología, plataforma y nido amoroso de toda su vida.

Miembro de la Sociedad Cubana de Oftalmología, que lo aplaudió por décadas, con el respeto y cariño que se debe a un prócer de la medicina continental.

Miembro de la Sociedad Argentina de Oftalmología, que supo comprender sus valores.

Fellow of the International College of Surgeons.

Sus trabajos no podían quedar en la obscuridad, sus méritos fueron reconocidos y fue nombrado *Honorary Fellow of the American Academy of Opthalmology and Otolaringology.*

Delegado para México de la Liga Internacional del Glaucoma.

Presidente de la Sociedad Mexicana de Oftalmología desde 1930, hasta 1936 donde dejará honda huella como lo hizo en todos los lugares que dirigió.

Presidente del cuarto Congreso Panamericano de Oftalmología en México, enero de 1952.

Honorary President of the Pan American Association of Ophthalmology.

Presidente del comité para estudios del Glaucoma en la Pan *American Association of Ophthalmology* de 1948 a 1959.

Miembro honorario de la sociedad Mexicana de Oftalmología nominado en diciembre de 1961.

Torres Estrada, perteneció a su gran gremio, nunca dejó de asistir a reuniones y congresos.

En 1980 recibe la medalla de plata de la Universidad Nacional Autónoma por más de 25 años de profesor de la Facultad de Medicina.

En 1961 recibe la medalla de oro del Instituto Cultural por 38 años como maestro en la cátedra de Oftalmología.

Sus recursos y conferencias son incontables.

Pero su enseñanza en la vida diaria fue su verdadera obra maestra.

Emma Limón

Francisco C. Canale

El académico que les dirige las siguientes palabras lo hará con una pena semejante a la que atraviesa esta Corporación, con la muerte de dos colegas muy apreciables. Uno, de ellos, el Dr. Francisco C. Canale, que formaba parte de la sección de Historia de la Medicina desde el 22 de diciembre de 1926, y que falleció en ésta capital el 10 de octubre de 1934.

El Dr. Canale, nació en el Puerto de Guaymas, Sonora, el día 3 de noviembre de 1873. Los dos primeros años de estudios preparatorios los hizo en el Colegio Rosales de Culiacán, y los restantes en la Escuela Nacional Preparatoriana. En 1892 se inscribió en la escuela Nacional de Medicina, donde fue muy estimado por sus maestros y compañeros, y sustentó examen de médico cirujano en los días 9, 10 y 11 de febrero de 1897.

Haciendo muy poco de lo que los médicos recientemente recibidos, regresó a su estado natal, radicando en Hermosillo, donde ejerció hasta 1913, año en que se trasladó a esta metrópoli, en la cual disfrutó siempre merecido crédito profesional.

Con dotes indudables para la enseñanza, fue profesor de botánica y de historia antigua en la Escuela Nacional Preparatoriana; profesor de neologismos grecolatinos en la Escuela Normal de Maestros, y profesor de higiene industrial en la Facultad de Ciencias Químicas de la Universidad Nacional.En la Facultad de Medicina de la misma Universidad tuvo a su cargo, con innegable satisfacción y notorio provecho de sus alumnos, las cátedras de propedéuticas quirúrgicas y de patología médica. De 1921 a

1923, desempeñó el cargo de Secretario de la propia Facultad; colaborando activamente, con su inteligencia reconocida, en la obra que se propuso realizar el Dr. Guillermo Parra, entonces director de ese plantel.

La vasta cultura del Dr. Canale y su reconocida afición a las humanidades le dieron fácil acceso a diversas corporaciones. Fue miembro activo de la Sociedad Mexicana de Biología y socio de la Asociación Médica Mexicana; miembro correspondiente de la Academia de Ciencias y Letras de Cádiz e individuo electo de la Academia Mexicana correspondiente a la Real Española, a la que ingresó en 1915 y de la que fue tesorero por varios años.

Por razones que se desconocen no llegó a leerse en esa Corporación su discurso de ingreso; pero, a principios de 1934, tenía el proyecto de hacerlo, como médico y como hombre de letras que era, teniendo como objeto el estudio del poema del gran médico y poeta italiano Jerónimo Francastori: «Syphilides, sirve de morbo gállico».

Tampoco llegó a presentar su estudio de ingreso a nuestra Academia Nacional de Medicina, en la que fuera admitido en 1926. No tuvimos oportunidad de escuchar, después, algún trabajo suyo, que indudablemente podría haber sido de verdadero interés, dados los temas que corresponden a la Sección de Historia de la Medicina a la que pertenecía.. Quizá, haya dependido su abstención a escribir; condición contrarrestada singularmente por sus notorias cualidades de expositor verbal, que le granjearon tantas simpatías como conversador y tantos aplausos como maestro. Sin embargo, no dejó de manifestar interés por el trabajo de la Academia y, en algunas circunstancias trascendentales, tomó parte activa de nuestras discusiones con el calor que le daba la fuerza de su convicción y con la decencia que le aseguraba su caballerosidad.

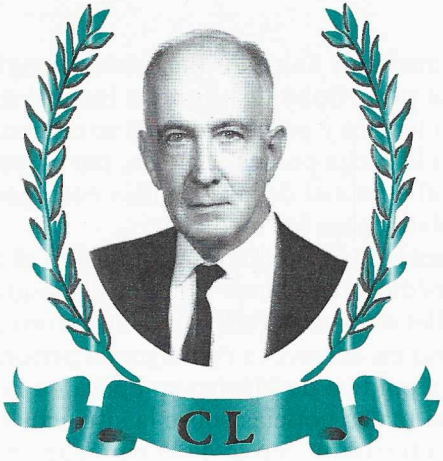
A sus aficiones a la literatura clásica griega y latina, que podía saborear en esas mismas lenguas, debemos las traducciones en prosa que hizo de fragmentos de tres famosos discursos: «inauguración del monumento a Virgilio», «La obra de Dante», y «Ante la tumba de Petrarca», publicaciones en 1917, en la colección «Cultura». La prosa es, según opinión autorizada, «verdaderamente elegante, ceñida y bella y la versión nuestra, además, desarrollaba un pleno conocimiento del espíritu del autor, del idioma original, y de nuestro castellano literario».

El Dr. Canale fue un caballero en toda la extensión de la palabra, de esos que el ajetreo y las exigencias de la vida contem-

poránea van haciendo más y más raros. Sus amigos íntimos y sus ´camaradas´ saben bien de las exquisiteces de su espíritu selecto y de algunas facetas de su carácter que hacían su trato particularmente agradable. Sus discípulos no sólo veían en él un profesor severo y a veces adusto, sino al maestro capaz, que realmente sabía enseñar. Sus enfermos tuvieron la fortuna de contar con un auténtico «médico de cabecera», de los que también están desapareciendo por altas complicaciones del ejercicio profesional; con un facultativo sagaz y concienzudo que les inspiraba sólida confianza y de quien recibían siempre atinada atención y oportunos consejos; para ellos le servían admirablemente la generalidad de sus conocimientos médicos, la claridad de su juicio, su envidiable «don de gentes» y todas esas valiosas minucias que los pacientes conocen y sienten bien y los hacen preferir a quienes desean confiar su salud y su vida, y la salud y la vida de los suyos. Su hogar, sano fuerte como él mismo antes de la penosa y cruel dolencia que tanto lo hizo padecer, tuvo en nuestro eminente colega un jefe modelo, que al partir dejó un doloroso vacío, pero tuvo antes la merecida fortuna de poder formar una familia con tres hijos, uno de ellos, médico, que es tan honrado, en su ejercicio profesional y en su vida cívica, el nombre de su respetable progenitor y de su atribulada compañera.

La academia, les hace presentes en esta ocasión, sus cordiales y sinceros sentimientos de simpatía, y está segura de que la memoria de Dr. Canale será siempre motivo de afectuosa recordación en los hogares que atendió, en las cátedras y en las corporaciones que se honran con su nombre.

Alfonso Pruneda García



Salvador Bermúdez Zataraín

El académico doctor Salvador Bermúdez Zataraín, cuya memoria recuerda hoy de modo especial nuestra Corporación, dedicó gran parte de su vida profesional a la enseñanza de la higiene y de las materias relacionadas con ella, tanto en el aula como por medio de los libros de los cuales fue autor.

Ingresó a la Academia Nacional de Medicina en 1926, a la edad de treinta años; habiéndose distinguido tempranamente en los estudios de educación preparatoria en su nativa ciudad de Durango, México, recibiendo premios por sus calificaciones anuales. Hizo su carrera profesional en la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional y el 15 de noviembre de 1921, se graduó como médico cirujano.

Mostró su predilección por el estudio de los problemas de la salubridad del país cuando, después de ser practicante numerario del Hospital Juárez entre 1918 y 1919, participó como estudiante de medicina vacunador en la campaña contra la viruela, dirigida por el recientemente fundado Departamento de Salubridad Pública.

Al cursar el último año de su carrera se suscita de manera paralela la peste bubónica en nuestro país, introducida por ratas infectadas que llegaron de Nueva Orleans a Tampico y Veracruz. Las infecciones se produjeron al transportar ratas tierra adentro en torno a la estación de ferrocarril de Cerritos, San Luis Potosí. Todos los brotes de plaga fueron extinguidos en 1920 por las autoridades sanitarias. Al ser un tema relevante en México, el

estudiante de medicina Salvador Bermúdez escogió para su tesis profesional: La peste bubónica. En ella incluyó metódicamente la información teórica y práctica de que se disponía, así como la experiencia en la lucha contra la peste, por lo cual su tesis fue muy útil para el personal de las brigadas encargadas de combatir la enfermedad y para los médicos.

Por su capacidad y disciplina, se comisionó al doctor Bermúdez, ya como médico, para hacer estudios de posgrados en el Instituto Rockefeller en Nueva York y en Hagerstown, Filadelfia. En ese lugar expuso en entrevista con algunos periodistas, la situación sanitaria y política de México en época en la que la prensa extranjera daba malas noticias sobre la situación de nuestra Patria, las que contrastaron con la de la eliminación de la peste en pocos meses y el hecho de que se encontraran en el extranjero, enviados por nuestro gobierno, médicos para especializarse en la nueva carrera de higienistas universitarios, recientemente creada en los Estados Unidos de América.

En efecto, el Departamento de Salubridad Pública interesado en la preparación de la higiene de médicos mexicanos, comisionó al doctor Bermúdez y al doctor Gabriel Garzón Cossa para que con beca de la Fundación Rockefeller, hicieran estudios en los Estados Unidos de América en 1922; la Universidad Nacional por su parte envió a París al doctor Bermúdez en el verano de ese año. Fue el doctor Salvador el primer médico mexicano que obtuvo el Certificado de Salud Pública en la flamante Escuela de Salubridad e Higiene de la Universidad de Johns Hopkins en Baltimore, recibiendo su diploma el 12 de junio de 1923.

A su regreso al país en el cual había sido ayudante de la clase de higiene, reanudó su labor en 1924 en el curso a cargo del doctor Octaviano González Fabela, año en el cual lo conocí, como alumno de la materia. A partir de 1926 ocupó la cátedra como profesor titular, desempeñándola durante cuarenta años consecutivos, lo que constituyó una de sus mayores satisfacciones para la Escuela de Medicina, en la que se le designó profesor examinador de tiempo completo.

El Departamento de Salubridad Pública lo nombró, en 1925, director de la Escuela de Salubridad, fundada en 1921 por los doctores Gabriel Malda y Alfonso Pruneda; establecimiento que actualmente como Escuela de Salud Pública, otorga al cumplimiento de los programas de estudio, certificados de especialización a médicos, ingenieros, antropólogos, estadígrafos, enfermeras y laboratoristas. El doctor Bermúdez tuvo a su car-

go cursos para médicos visitantes sanitarios y para enfermeras en la época del doctor Bernardo J. Gastélum.

Jefe del Departamento de Salubridad, eminente impulsor de la sanidad nacional, quien envió al extranjero a especializarse a varios grupos de médicos recientemente graduados, seleccionados por concurso, comisionados para estudiar en los mejores centros de enseñanza de las ciencias sanitarias, con becas de la Fundación Rockefeller, a fin de que, a su regreso al país, se encargaran de instituciones como el Instituto de Higiene, los laboratorios de Salubridad y las unidades Sanitarias en los albores de la implantación de programas modernos de administración sanitaria local y general en México.

Poco antes de ingresar a la Academia el doctor Bermúdez volvió a los Estados Unidos de América a estudiar los procedimientos seguidos para la preparación de la vacuna antivariolosa. Sucesivamente, se le encargó la la elaboración de ese producto biológico en la sección correspondiente del Instituto de Higiene.

Entre sus actividades docentes, académicas y administrativas, estuvieron la dirección de la Escuela de Enfermería de la Universidad y la jefatura de la Oficina de Alimentos del Departamento de Salubridad Pública, en el cual fue miembro de varias comisiones técnicas.

Escribió en 1927 su primer libro: Medicina preventiva e higiene, usado como texto por los alumnos de la Escuela de Medicina; le siguieron: Nociones de Higiene destinado a la escuela de Enfermería, Técnicas de trabajo social, Psicología aplicada, Higiene mental, Organización del hospitales, Moral profesional para enfermeras y, finalmente, su Manual de primeros auxilios.

Fue secretario anual de la Academia Nacional de Medicina en 1931. Presentó varios trabajos relacionados con la vacunación contra la tuberculosis: las medicinas de patente y la salubridad pública, la profilaxis de las caries dentales por el flúor, la clínica del hombre sano, nuevas tendencias de la vacunoprofilaxis y de la vacunoterapia.

Su recepción oficial en la Academia se efectuó en la sesión solemne el 28 de mayo de 1938, en presencia de los doctores Gustavo Baz y Manuel Madrazo, el primero pronunció el discurso en nombre de sus compañeros y el Dr. Alfonso Pruneda, secretario Perpetuo de la Corporación, fue quien contestó la alocución.

En la sesión dedicada por nuestra Institución Científica a conmemorar el CL aniversario del descubrimiento de la vacuna antivariolosa por el inmortal Eduardo Jenner, el doctor Bermú-

dez leyó un trabajo muy bien documentado sobre: La vida y la obra de Jenner.

El 14 de julio de 1954 se le concedió pasar a la categoría de socio titular y aunque disminuyó en parte su aportación académica, continúo escribiendo hasta su muerte el 13 de agosto de 1972.

Laboró como consultor en la formación y preparación de los combustibles con tetraetilo de plomo y por su vigilancia y cuidado, evitó que se produjera entre los obreros y técnicos que manejan este compuesto, algún caso de intoxicación por el plomo.

Fue el doctor Salvador Bermúdez un hombre culto, siempre cortés en sus relaciones con sus compañeros y alumnos, en las Escuelas de Medicina, Salubridad, Enfermería y de Trabajo Social.

Frecuentemente expresó que la máxima satisfacción de su vida profesional era la de haber pertenecido a la Academia Nacional de Medicina y haber cultivado el contacto científico y la amistad con sus miembros, los que ahora lamentamos su fallecimiento y lo recordamos como amigos, junto con los alumnos que recibieron su enseñanza.

Miguel E. Bustamante

Gustavo Baz Prada

Don Gustavo Baz fue un gran cirujano, un maestro, constructivo y transformador de la medicina. Como estudiante de medicina fundó la Sociedad de Alumnos y fue su primer presidente. Su tesis fue sobre los primeros trasplantes experimentales de órganos en México. A los pocos meses de recibido ganó la primera cátedra por oposición y luego ingresó como profesor a la Escuela Médico Militar.

En los hospitales de Jesús y Juárez introdujo modernas técnicas y procedimientos en consonancia con la época. Su labor educativa en la Facultad, en la rectoría y en la Secretaría de Salubridad y Asistencia cambió radicalmente el rumbo de nuestra medicina.

En 1935 se hizo cargo de la dirección de la Facultad de medicina, durante una época muy tormentosa, ya que en sólo un año hubo tres directores. La situación económica era angustiosa pues la ley Bassols ahogaba a la Universidad; la lucha por la libertad de cátedra era enconada y encarnizada.

Restauró la disciplina. Exigió para ingresar a la escuela el promedio mínimo y poco después implantó el examen de admisión. Modernizó el plan de estudios, suprimió cátedras superfluas, cesó a profesores faltistas, reglamentó la inscripción de irregulares para eliminar a los "fósiles".

Su obra cumbre fue la instauración del servicio social de pasantes, en 1936. Fue su respuesta contundente a los demagogos que acusaban a la Universidad de elitista y alejamiento del pue-

blo. Fue el inicio de la reconciliación del gobierno con la casa de estudios; fue el primer paso, el principio de la medicina social en México y en eso radica su importancia histórica. Sus objetivos fueron:

1. Logra mejor distribución de médicos en el territorio nacional.
2. Ejercitar en el pueblo y en el campo labor de educación higiénica.
3. Dar atención médica individual y colectiva.
4. Desarrollar investigación sanitaria práctica.
5. Colaborar a la elaboración de estadísticas médicas; en lugar de tesis se exigió el Informe Sanitario.

Su importancia ha sido tal que ya se incorporó a la legislatura oficial: la reglamentación del artículo 5to.Constitucional, inciso 53, acepta el Servicio Social, la Ley General de Salud de 1984 lo reglamenta; en 1977 la Escuela creó un Departamento de Servicio Social, la Academia Nacional de Medicina le dedicó su sesión del 24 de agosto de 1983,y en el informe presidencial de ese año, el Presidente De la Madrid se refirió al Servicio Social como medio eficaz para elevar la vida en el campo.

El resultado ha sido óptimo. Pronto vino la diáspora de médicos hacia el campo; se calculó entonces que del 60 al 70 por ciento de los pasantes regresaban al pueblo a ejercer temporal o definitivamente. Actualmente en todas nuestras escuelas de medicina es obligatorio. Más aún: mi venerado maestro Leo Eloeser, profesor de cirugía de Stanford, tuvo un gran interés sobre nuestro servicio social, escudriñó sobre él en formar exhaustiva y se documentó a fondo. Años después fue como director de la UNRRA a China y propuso al doctor Su Ching Kwan, ministro de salud, la creación de una Escuela de Sanidad con Servicio Social similar al nuestro. Su propuesta fue aceptada con entusiasmo con los resultados que han despertado gran interés en Occidente.

Conocí muy de cerca al doctor Eloesser y estoy seguro de que se inspiró en el Servicio Social Mexicano. Este ha sido tema de novelas como la magnífica de Ruben Marín "Los otros días", la de Ángel Calvo de la Torre "Xoxoloco", de cuentos cortos y de alguna película. Bastaría el Servicio Social para cimentar la fama de un hombre y asegurarle el respeto y la gratitud de sus connacionales; esto fue obra de Baz.

En 1936 fue nombrado director de la Escuela de Médicos Militar en donde tuvo una destacada actuación según relata Lozoya

en su historia de esa escuela. Es el único médico que ha ocupado simultáneamente la dirección de dos escuelas médicas tan importantes.

En 1938 estalló grave crisis en la Universidad; cayó el rector Chico Goerne, los ataques se redoblaron, los demagogos pedían al Presidente Cárdenas el cierre de la Universidad. El doctor Baz fue electo rector por aclamación; nuevamente era llamado a salvar y resolver una difícil situación.

Convenció al Presidente de decir y no escuchar a los extremistas, su voz fue escuchada y el doctor Gustavo Baz salvó así al gobierno de cometer un bárbaro acto de lesa cultura y a la Universidad de sufrir incalificable atropello. Es cierto que la Universidad andaba mal, el remedio fue reformarla, rectificar errores y corregir yerros, no el entrar y suprimirla tal y como lo perpetró la vesania jacobina de Valentín Gomez Farías en 1833. ¡Que diferente fue la conducta elevada, culta, respetuosa de la tradición histórica de la Universidad más antigua de América; que distinta del proceder de Gomez Farías, quien fue en dos ocasiones vicepresidente de Antonio López de Santa Anna!

Recibió la Universidad con un cuantioso déficit que cubrió al obtener ampliación al subsidio, con donativos de los maestros y de las sociedades de alumnos y, cosa insólita, por reducción de los sueldos de empleados administrativos aceptados de buen grado. ¡Tal era la confianza y fe depositadas en el doctor Baz por los maestros, empleados, alumnos, gobierno, y por todo el pueblo!

Implantó la admisión por promedio y examen previo en todas las escuelas, así como las medidas para eliminar "fósiles"; obtuvo de las radiodifusoras la transmisión de programas culturales, inició así su colaboración con los medios masivos de comunicación; principió la edición de la valiosa colección "Biblioteca del Estudiante Universitario "que aún perdura. Iniciación Universitaria fue mejorada y ampliada, su director fue Ángel Carvajal, posteriormente secretario de Gobierno de Ruiz Cortines.

Filosofía y Letras fue objeto de su muy especial atención, pues dijo; "Por ser la filosofía la base y esencia de la cultura..." se cambió a Mascarones, el plan de estudios fue ampliado y su director fue don Antonio Caso. Se ampliaron los cursos de verano y se estructuraron programas de intercambio con universidades extranjeras.

Veterinaria se cambió a San Jacinto y fue dotada de laboratorios y granjas. El servicio social se extendió obligatoriamente

a todas las facultades y en la actualidad existe toda una dirección Universitaria del servicio social. La escuela de Economía se engrandeció considerablemente. Gustavo Baz abrió generosamente las puertas de la universidad a distinguidos profesores españoles que salieron de su patria por la guerra civil. Fundó el Pentatlón Universitario que contó entre sus miembros a dos futuros presidentes de la república y entre 12 a 15 ministros de estado.

Para ingresar al gabinete del Presidente Ávila Camacho a fines de 1940 presentó su renuncia a la Rectoría; el Consejo Universitario no aceptó la renuncia, le extendió licencia ilimitada y por aclamación lo invistió "Doctor Honoris Causa". Todo esto y mucho más lo realizó en escasos dos años; fue un rector excepcional, su mayor galardón fue evitar el cierre de la universidad, por ello fue más que un gran rector, porque fue el salvador de la casa de estudios.

Ingresó al gabinete y de inmediato emprendió la creación de una gran red hospitalaria, formó la Comisión Nacional de Hospitales con médicos, arquitectos, ingenieros, etc. La creación de esa red hospitalaria se apropio del país durante el siglo XIX y la primera mitad del XX; semejante labor sólo tiene parangón con la obra del insigne obispo don Vasco de Quiroga en el siglo XVI, en Michoacán.

Se fundaron institutos y grandes centros como el Hospital Infantil, Cardiología, Nutrición, Cancerología, el Gea González, Zoquipán, el Instituto Nacional de la Nutrición, en la ciudad de México, hospitales regionales y los pequeños y eficaces hospitales rurales.

Simultáneamente se inició un programa de adiestramiento de personal idóneo: forjados los instrumentos había que ponerlos en manos aptas. Se enviaron becarios al extranjero, seleccionados rigurosamente y enviados a Estados Unidos y Canadá, pues Europa era el campo de batalla de la II Guerra Mundial. Esto cambió la mentalidad de nuestra medicina; la influencia francesa era entonces la predominante, pocos maestros tenían formación norteamericana: Zubirán, Francisco de P. Miranda, Baz, Ulises Valdés, Federico Gómez, Donato G. Alarcón, Ortiz Ramírez, etc. A partir de los becarios Norteamérica tomó la supremacía en influencia.

No sólo fueron los médicos, también fueron ingenieros, arquitectos, químicos, biólogos, fisiólogos e investigadores, administradores y enfermeras, etc. Actividades conectadas con la

ciencia de la salud. Según el doctor Gándara Servín, fueron 480 becarios y de ellos casi 300 médicos y el resto de las actividades mencionadas.

Esta legión ha tenido influencia decisiva pues fueron dirigentes en los aspectos asistenciales, educativos, y de investigación, ya que ésta a partir de entonces se sistematizó y avanzó coordinadamente, así como las ciencias básicas.

Muchos becarios ingresaron después a la política y cuatro de ellos fueron secretarios de Salubridad y asistencia, cinco gobernadores de sus estados natales, subdirectores médicos de la seguridad social, directores de hospitales y de escuelas de medicina, jefes de servicios, etc. Se estableció a partir de entonces una corriente ininterrumpida de médicos que fueron a perfeccionarse al extranjero; se estimuló y obtuvo la colaboración de fundaciones extranjeras. Baz fusionó el departamento de Salubridad con la Secretaría de Asistencia e inició así la unificación de los servicios de Salud que aún continúan. Fue un cambio radical de la medicina nacional que logró Gustavo Baz.

Las residencias hospitalarias

El entrenamiento de posgrado intrahospitalario a médicos jóvenes, a tiempo exclusivo con residencia dentro del hospital (de ahí su denominación de residentes) fue ideado por el gran cirujano Teodoro Billroth, profesor en Viena en el Allgemeine Krakenhaus, con excelentes resultados. Billroth surtió de profesores a las universidades germanas, escandinavas, suizas, belgas y holandeses e inclusive a Constantinopla y al Cairo; Viena se convirtió en el foco más luminoso de la cirugía europea. William Halstead los fundó en John Hopkins Baltimore con éxito deslumbrante y sus discípulos ocuparon las cátedras.

La uniformidad y la gran calidad de la cirugía de la universidad norteamericana se deben al sistema de residencias. Años más tarde sir William Osler lo copió y lo implantó en sus servicios pues sustentaba simultáneamente, hecho insólito e irrepetible, las cátedras de Medicina Interna en Oxford, Toronto, y John Hopkins.

En México, bajo la influencia francesa existía el internado de pregrado fundado por don Fernando Ocaranza en 1925. En abril de 1942, Gustavo Baz inauguró la residencia en el Hospital General de Salubridad, meses después en el Hospital Infantil y en el Militar. Al abrirse los nuevos hospitales e institutos lo hicieron con programas similares de residencias y se nutrie-

ron con egresados del Hospital General. Acudieron jóvenes de todo el país, hubo cursos intensivos, clase de ingles obligatoria, conferencias culturales, cursos de posgrado en forma regular y sistematizada; ya existían, más a partir de las residencias se sustentaron en igual forma. El decidido y entusiasta apoyo, inteligente y el gran empeño y cariño que puso en el programa su director, el maestro don Aquilino Villanueva, fueron factores esenciales y decisivos para el éxito de las residencias.

Hoy, todos los hospitales oficiales y casi todos los privados del país cuentan con programas de residencia. Su influencia en la medicina nacional ha sido muy importante; no es concebible el manejo de hospitales modernos sin residentes; el entretenimiento de posgrado se ha sistematizado; se facilita la especialización, pues hay un programa de residencias para cada una de ellas. La Secretaría de Salud de acuerdo con las universidades distribuye a los residentes. Todo eso lo inició Gustavo Baz en abril de 1942 al establecer la residencia en el Hospital General.

Se rodeó de colaboradores que fueron una constelación de grandes maestros que trabajaron armoniosamente; Salvador Zubirán en la subsecretaría, Raúl Fournier en la Dirección General de Asistencia, Clemente Robles en la Dirección de Asistencia del Distrito Federal, Norberto Treviño Zapata como coordinador de Hospitales. Y en la dirección de éstos; Aquilino Villanueva en el Hospital General, Salvador Zubirán en el Hospital de Enfermedades de la Nutrición, Ignacio Chávez en el Instituto de Cardiología, Donato G. Alarcón en Huipulco, Ismael Cosío Villegas en la campaña Antituberculosa, Francisco de P. Miranda en el Instituto Nacional de Nutrición; Manuel Martinez Báez en Tropicales y así en todas la dependencias e instituciones. Todos profesionales brillantísimos que gozaban de gran prestigio.

Señores y señoras: México vive una angustiosa crisis. Hay muchos pesimistas; los médicos debemos recordar que los dos movimientos médicos que resurgieron en este siglo ocurrieron después de severas crisis nacionales, aún peores y más graves que la actual. Al terminar el periodo militar de la Revolución en 1920, el país estaba casi destruido, sin fábricas ni industrias, el campo arrasado, la agitación intensa era eterna; estaban rotas las relaciones diplomáticas con Estados Unidos.

Y sin embargo surgió un esplendoroso renacimiento cultural conducido y encabezado por el genio fulgurante de José Vasconcelos; y en lo médico también sucedió; Don Fernando Ocaranza, Rosendo Amor, Gerardo Escalona, Gonzalo Castañeda, Manuel

Gea González, Gastón Melo, Darío Fernández, Eliseo Ramírez y otros reconstruyeron la medicina nacional arrasada por el huracán revolucionario. Fueron ellos los maestros ilustres de nuestros ilustres maestros.

El 1938, la Expropiación Petrolera creó severa crisis y profunda conmoción; dos devaluaciones, amenazas de invasión extranjera, ruptura de relaciones con la Gran Bretaña; boicot total contra México, incautación de naves que trasportaban petróleo mexicano, sublevación de Cedillo en San Luis Potosí. Se presagiaba una catástrofe... y sin embargo, dos años después, en 1940, ocurrió la transformación de la medicina mexicana, algunos de cuyos rasgos se han repasado aquí, obra portentosa y sin paralelo en nuestra historia, obra que caracteriza a Gustavo Baz como el médico mexicano más importante de este siglo.

Nuestra academia le rinde justo homenaje. Fue su presidente y miembro honorario. Fue un gran cirujano, un gran maestro y un mexicano excepcional. Deja para las futuras generaciones un recuerdo que venerar y un luminoso ejemplo que seguir.

Fernando Quijano Pitman

Darío Fernández Fierro

Es para mí un gran honor el haber sido aceptado en el seno de esta Honorable asamblea. Un honor más el que me haya tocado ocupar el sillón del ilustre maestro Darío Fernández Fierro.

Nacido en la ciudad de Puebla, el 17 de diciembre de 1886. El doctor Darío ha sido sin duda uno de nuestros más grandes cirujanos y probablemente el más grande Anatomista que ha existido en México. Habiendo sido profesor de Anatomía Descriptiva en nuestra querida Escuela Nacional de Medicina durante largos años, le tuvo un especial cariño a su cátedra. Sus clases y sus conocimientos estaban basados no nada más en los libros de texto, sino en sus prácticas e investigaciones constantes en el cadáver. A pesar de lo que exigente que fue como maestro de Anatomía, todos sus discípulos conservan de él un muy grato recuerdo y con frecuencia relatan anécdotas interesantes a propósito de los profundos conocimientos sobre la materia del doctor Fernández.

Su inquietud hacia los secretos del cuerpo humano le dirigió hacia la cirugía como una actividad principal de su profesión. Tomó cursos especializados en la ciudad de París y desde su llegada a México, se dedicó a estudiar con ahínco todo lo relativo a dicho arte. Gustándole la otorrinolaringología, fue asiduo concurrente a la clínica privada del doctor Ricardo Tapia Fernández por muchos años y alumno de la Clínica de otorrinolaringología del profesor Castex de París. En el Hospital General, en el que

fue Jefe de Servicio en una sala de cirugía, estuvo trabajando hasta poco antes de morir en toda clase de problemas quirúrgicos, con una devoción poco común. Para eél no existían hospitales ni actividades sociales o políticas, sino únicamente su hogar y su querido hospital en cualquier día del año y a veces también por la noche. También trabajó como cirujano en el Hospital Militar. Desempeñó el puesto de Prosector de la Facultad Nacional de Medicina y después de profesor de Anatomía Descriptiva, de donde pasó a ser Profesor de Terapéutica Quirúrgica de la cual ocupa su suerte como primer Jefe de Clínica. No escatimó nunca sus enseñanzas a los estudiantes. Su exigencia en los detalles quirúrgicos, tanto para sus ayudantes como para sus alumnos fue grande. Constantemente el contacto quirúrgico, y a él se debe que en México o por lo menos en el Hospital General hayamos empezado a usar vestuario de color en el quirófano, por las razones ahora todos conocidas, tales como el ahuyentar las moscas al trabajar con la vista más descansada, buscar un sedante al paciente en el color de las paredes y piso de la sala, etc.

Fue el primer cirujano que en México se atrevió a hacer la esofagoplastia total. Aún recuerdo cuando yo era estudiante de primer año, la emoción que dentro y fuera del Hospital causó esta operación. La enferma operada, vive y trabaja hasta la fecha como cualquier ser normal.

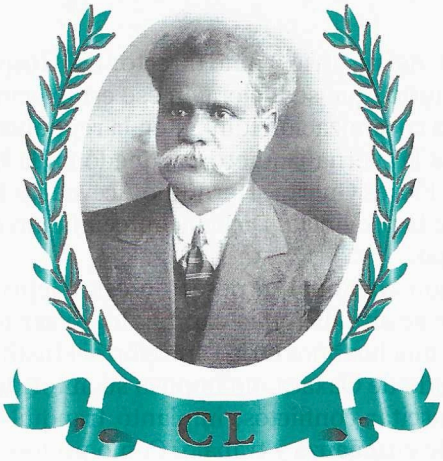
El Dr. Fernández fue el campeón de la raquianestesia en México, la practicó en todas sus formas e investigó cuidadosamente las causas de los accidentes por esta clase de anestesia, habiendo logrado reducirlas al mínimo. Ingresó como académico de número de la sección de otorrinolaringología el 21 de diciembre de 1927. Los trabajos que presentó y que se publicaron en la Gaceta fueron de gran interés para todos.

Recibió numerosos honores en el extranjero especialmente en la Republica de Costa Rica, al que fue invitado como huésped de honor del Presidente de la misma. El maestro Fernández no abandonó el hospital, ni sus alumnos, debería morir cuando todavía estaba en plena actividad. Fiel a sus ideas ya enfermo y agotado por aquello que le llevó al sepulcro, continuaba asistiendo a su servicio de cirugía en el Hospital General, aunque

para ello se hubiera visto obligado a hacer un esfuerzo sobrehumano. El triste acontecimiento de su muerte tuvo lugar el día 12 de marzo de 1946 con profunda pena para todos.

Ha dejado de existir Don Darío Fernández una escuela y recuerdo imperecedero, por lo que ahora al ocupar el sillón que dejará por obra del destino de tan distinguido académico, me siento doblemente honrado.

Ricardo Tapia Acuña



Ramón Pardo

La noche del 14 de julio de 1938, el Doctor Ramón Pardo, a quien venimos a recordar hoy, terminó su lectura reglamentaria en la Academia con estas palabras que se ajustaron extrañamente al acontecimiento doloroso de su desaparición: " No a todos nos es dado morir heroicamente –decía-; pero la muerte, como la vida, tiene sus fanales: Kozlor, Schiller, Holman, pertenecen a esos fanales que desde las amarguras de la enfermedad nos enseñan a morir; una hermosa muerte es el coronamiento de una hermosa vida..." La expresión del deseo a nuestro médico filósofo se cumplió el 21 de noviembre de 1940, porque ese día el Dr. Ramón Pardo murió heroicamente, manteniendo hasta el final plena conciencia, ejerció su profesión, y pese a la amargura de su propia enfermedad conservó ánimo para aliviar el dolor ajeno. Cuando otro espíritu habría desfallecido, el suyo esperó a la muerte, como él deseaba "digna y decorosamente", mientras trabajaba en su consultorio y estaba al lado de sus enfermos. Su fallecimiento se suscitó en el seno del hogar rodeado de su familia a quien siempre amó, para concluir su obra.

En vida, la intensidad de los conceptos del Dr. Pardo fueron brillantes en la medicina, en la enseñanza y en la filosofía de sentido social que basado en sus grandes conocimientos teóricos, aplicó a la orientación de varias generaciones.

Aquel hombre cuyo "primer movimiento siempre es de timidez en todas las situaciones de la vida" dominó tal reacción, pasó a la acción y en ella, venció en ocasiones difíciles, por el valor de sus

conocimientos. Así resolvió, como director del Hospital de Caridad de Oaxaca en 1900, que se hiciera en ese establecimiento el 25 de julio la primera cocainización lumbar en la república para amputar a Lorenzo Cruz la pierna izquierda, y quedó en la historia con los doctores; Luis Flores Guerra, Herminio Acevedo y Manuel Pereira Mejía, todos de la provincia. Dicho acontecimiento resulta innovador en su campo.

De la Cirugía Nacional, a pesar de estar lejos del centro de enseñanza que se situaba en la capital, logró ser internista.

Al estar por muchos años en la Dirección del Instituto de Ciencias y Artes del estado de Oaxaca, no impuso su autoridad ni disciplina que pudiera suscitar conflictos; implantó tranquila y firmemente un programa de enseñanza y trabajo. Como profesor en la clase de lógica, en la sección de estudios preparatorios y en las clínicas del Hospital General, se ganó el respeto y cariño de sus alumnos.Quien escuchó hablar al Dr. Ramón, no hubiera entendido la gran capacidad que tuvo para al distinguir de manera absoluta al médico de atención privada del director en función pública. Normalmente el Dr. Prado expidió certificados de enfermedad a pacientes de manera privada que eran alumnos del Instituto. Así pues, desarrolló su labor como Doctor y director. Cuando los alumnos presentaron sus certificados expedidos por él mismo, éste actuó como si fuera documento de otro médico. Los estudiantes disfrutaron de la justicia que los reglamentos del plantel permitían.

El ejemplo moral que tal conducta nos enseñó en aquellos días, lo vislumbramos en un artículo de 1929, cuando refirió: "El médico es fruto de la cultura y de la civilización; pero el grano de esa cultura la semilla de esa civilización, no es él, es otro, otro que aunque enseñe las montañas de la Luna, despierte el aliento, estimule la sinceridad, valorice la situación que arranque perjuicios y borre preocupaciones y que antes de renovar a los demás comience a renovarse a sí mismo, pues nadie en el mundo ha podido hacer renglones derechos con pautas chuecas".

Los renglones derechos sirvieron para enseñar a los jóvenes de la Preparatoria provinciana; sirven y servirán para los médicos noveles que aprenderán mucho al leer la "Gaceta Médica": "algo de lo que en el ejercicio de la profesión puede acontecer al médico que va de la metrópoli a la provincia", y meditar las consideraciones que hizo sobre ese tema el Dr. Pardo.

La experiencia de nuestro desaparecido académico nos ofreció también al maestro, consejero, y amigo que siempre tuvo inquietudes por estudiar y aprender. Cuando fue necesario que

dejara los libros médicos, consagró sus horas de descanso a la traducción de obras teatrales, especialmente de la vigorosa Francia, y procuró darlas a conocer, donándolas a los alumnos del instituto para sus fiestas anuales, sin pedir jamás, aun en los años en que ya no era Director, la menor participación económica, y permitió el libre uso de los fondos que se obtenían, para llevar alegría a las celebraciones estudiantiles.

En otra época la inconformidad política que antecedió a la revolución de 1910, encontró al Dr. Pardo ocupado en la redacción de artículos de oposición a algunos gobiernos impopulares que dominaron en el Estado de Oaxaca y años después ocupó la Presidencia Municipal de la ciudad capital. Cuando rompió con su abstención política sabía que: "el grupo intelectual, especialmente el constituido por hombres de ciencia, no sólo no ha gozado de una aceptación general, sino que con frecuencia ha producido alejamientos y verdaderas antipatías". También sabía que: "A decir verdad, la vida del intelectual es una vida de esfuerzo que quiere siempre superarse a sí misma; una vida interior que exige de sí, más de lo que exige a los demás; una vida de constante devenir que en la investigación de la verdad no tiene fin; de ahí la evolución desconocedora del asalto, la marcha continua y progresiva. Habita en medio de una masa de hombres que colectivamente viven una vida exterior, e individualmente han llegado a ser lo que son y han sabido llegar al final, a su verdad; de ahí la sorpresa ante la faz distinta de la realidad la oportunidad del asalto, la posibilidad del movimiento revolucionario que sobrepone la acción a la reflexión, en nuestra época y en todas las épocas de agitación revolucionaría. De esta diferencia de vidas resulta una diferencia de posiciones que explica alejamientos, errores y hasta crueldades de criterio".

El hombre de ciencia que fue el Dr. Ramón Pardo, por fortuna para la Academia y para la Facultad de Medicina, para el Servicio Médico Legal y para el Departamento de trabajo, llegó de la provincia a traer enseñanzas y su obra no quedó ignorada en el estado del Oaxaca, sino que lo denota con honor y prestigio.

El Dr. Ramón residió en Antequera, en 1920. En ese mismo año ingresó como socio correspondiente a la Academia Nacional de Medicina a partir del 6 de octubre. Su memoria de ingreso fue:: "Los quiasmas sensoriales y su importancia psicológica".

Inmediatamente se evidenció el talento, la erudición del nuevo integrante; que el 2 de julio de 1922 inició una serie de trabajos de patología social que presentaron diversos problemas

regionales a nuestra Corporación y, cada año se escucharon con avidez y se esperaron con satisfacción científica las contribuciones del Dr. Pardo.

En 1922 envió un estudio sobre: "La mortalidad de los niños menores de once años en la ciudad de Oaxaca", considerada en los años de 1910 a 1920 su contribución a la Historia del Tifo que invadió a la ciudad de Oaxaca el año de 1915. En el año de 1925 remitió el documento "Nota sobre el paludismo" con observaciones clínicas regionales; y el año siguiente presentó el conmovedor y bien observado problema de la Sierra Oaxaqueña: "A propósito de los ciegos de Tiltepec", leído el 2 de marzo de 1927.

Interrumpió temporalmente los temas concretos regionales y envió para su turno de lectura "Algunas reflexiones sobre algo de lo que en el ejercicio de la profesión puede acontecer al médico que va de la metrópoli a la provincia"; se escuchó en otra ocasión: "Un grito de alarma", referente a las uncinariasis en Oaxaca; sucesivamente pasó a ser académico residente en México y trajo: "Algunas reflexiones sobre la acción social de la Academia", el 7 de enero de 1931. "El criterio médico en derecho penal. Un capítulo de filosofía médica. La máquina hombre ante la reflexión filosófica", presentado el 23 de noviembre de 1932; un año después, en noviembre de 1933, "La pena de muerte desde el punto de vista médico-biológico". Continuó cumpliendo con la obligación impuesta por la lista de turnos de lectura y tuvo desde 1931 la distinción de ser nombrado tesorero de la Academia, hasta que el 10 de abril de 1935 renunció por motivos de salud, sin que los quebrantos le impidieran ocuparse en noviembre 7 de 1934 de la "Importancia filosófica de los fenómenos de Bordet y Pfeiffer"; y en enero de 1933, "Contribución filosófica a la endocrinología".

Recibió la designación de miembro de los Jurados que dictaminaron sobre los trabajos presentados al Concurso Anual, en 1932, sobre el tema: "Programa de educación sexual para la Escuela Secundaria Mexicana", en 1934 sobre "Importancia y trascendencia de concepto alergia en la etiología, patogénesis y tratamiento de las enfermedades", y en 1937, acerca del "Concepto y alcance de la Socialización de la Medicina".

El hecho de que el Dr. Pardo figurara entre los miembros de Comisiones que estudiaron los diversos temas, señala el reconocimiento que los académicos hicieron al Dr. Ramón en esta Sociedad Científica.

Al final de su trabajo: "Contribución filosófica a la endocrinología" se encuentra asentado el imparcial criterio con el que

él juzgaba las ideas de los demás: "La diferencia de opiniones es absolutamente necesaria para el progreso; todos somos trabajadores por los distintos caminos, querámoslo o no, tenemos probabilidades de llegar al mismo punto, llevando para él distintos rayos de luz; de ahí dos cosas necesarias: sinceridad en el que habla y sinceridad en el que juzga, es decir, elevación mental en todos, como conviene a los que por un momento fijan la mirada más allá de los mundos misteriosos".

En 1937, hace casi tres años, el 15 de diciembre, el Dr. Pardo se ocupó de un asunto médico de aplicación social inmediata, de acuerdo con el trabajo que desempeñó en el departamento del Trabajo: "La tuberculosis en algunas reclamaciones obreras" y en el mes de julio de 1938, sus tendencias filosóficas se evidenciaron cuando escribió: " Juicio sobre eutanasia voluntaria" de fondo y forma admirables, en el que emitió entre otras sentencias la que leí al principio y que nos conmovió aquella noche y que tenemos presente, como la del 10 de enero de este año, en la que oímos "algunas apreciaciones sobre la doctrina humoral", que terminó sin que sospecháramos, pese a vagos temores, que los conceptos finales encerraban una triste seguridad, hoy realizada.

Al espigar en la ricas mieles de los pensamientos del Doctor y maestro Pardo, he creído que, repitiéndolos, volvería más claramente a nosotros su recuerdo, en forma libre en que quedarán ya, no aprisionados en las páginas de la "Gaceta", sino con alas, para que quienes sean capaces de trabajar y tengan "derecho a la esperanza" los desprendan del papel y los lleven en su corazón.

Miguel E. Bustamante

Ignacio González Guzmán

El Doctor Ignacio González Guzmán partió ya para el viaje que no tiene retorno, pero su fecunda vida dejó en el campo de las ciencias y del humanismo tan profunda huella, que su presencia espiritual con nosotros y con las generaciones por venir lo consagran como un imperecedero ejemplo por sus cualidades como hombre y como científico.

El maestro nació hace 74 años. Lo separan, pues, de los más jóvenes que ahora me escuchan casi dos generaciones; tengo la seguridad de que mis colegas aquí presentes saben de su singular inteligencia y de su extensa obra hematológica, pero creo que serán pocos los que como yo tuvieron el privilegio de seguirlo de cerca como profesor, maestro y amigo, circunstancias que justifican mi atrevimiento de hacer el esbozo de su gran figura.

El doctor González Guzmán se recibió a los 25 años y un año después ya impartía la clase de fisiología y biología general. Cinco años más tarde le tocó a nuestra generación tenerlo con profesor.

Inaugurase entonces una etapa trascendente para la universidad, pues el gobierno le había otorgado unos meses antes la carta de autonomía, triunfo genuino del movimiento de huelga y cuyo significado nadie discutirá, pero que nos había dejado, como ganadores, la sensación de que la ruptura del orden y la holganza podían tener una feliz retribución.

Con ese estado de ánimo nada propicio para iniciar seriamente los estudios profesionales, nos presentamos a la clase in-

augural del doctor González Guzmán y uno de nosotros, pues así al principio nos pareció, se apropió del sillón magistral, aceptando pálido y serio los denuestos de la muchachada, hasta que su tranquila compostura nos hizo guardar silencio, momento en el que el maestro inició imperturbable su exposición que desde el principio y siempre sería clara, precisa y elegante.

Nunca se repitió al pandemónium. La espera para la clase del maestro era de expectante ansiedad de escuchar sus explicaciones, para comentar después los chispazos de fina ironía con los que acostumbraba hacer más ligeras y adornar sus exposiciones.

Dice un mito, de todo conocido que los cantos de su hijo de Calíope dulcifican el espíritu de los que escuchaban, y yo diré que sin hipérbole la voz suave y persuasiva del maestro producía en todas partes, en la cátedra, en las sociedades científicas y en la conversación, un irresistible atractivo. De ahí que todos, y en primer lugar sus discípulos, le admiráramos con un fervor rayando en la idolatría.

Además, y por otra parte, el doctor González Guzmán lo sabía todo: nada podía preguntársele de citología, embriología, fisiología o biología que no pudiera contestar con seguridad y precisión, y sus comentarios sobre asuntos de historia, literatura, artes plásticas y aún sobre el toreo y el deporte eran siempre eruditos o felices.

Información académica

No se crea, no, que el maestro fuera dogmático, pues contra la rigidez mental característica de otros de nuestros profesores, mantenía una inteligencia natural muy cercana al genio y, por encima de todo, una avidez sin mácula de conocer la verdad. Para seguir aprendiendo leía infatigablemente; para tener mayor claridad mental buscaba la compañía de los inteligentes, y para no caer en el error observaba y experimentaba aprovechando todos los modelos a su alcance; anuros y reptiles, cobayos, conejos, ratones carneros y seres humanos sanos y enfermos, intentando penetrar mediante la disección y el microscopio en el secreto de sus células y de sus tejidos.

La microscopia no tenía, para nuestro profesor y amigo, secretos y fue en este campo en el que su inventiva lo llevó a crear procedimientos originales, de los que recordamos los que sirven para estudiar la citología fina de los leucocitos y para identificar y clasificar la riqueza nucleolar de las células en el hombre y en el animal, tanto en el estado normal como en el patológico.

Este tipo de investigaciones molestaba y creo que molesta aún a las personas que por no comprender el alcance de estos temas o por no querer tomarse el trabajo de confirmar o rectificar las conclusiones que el maestro después de tantos desvelos alcanzaba, hablaban con desprecio de su supuesto malabarismo en el laboratorio. ¿El nucléolo? Mero artificio o en todo caso estructura sin importancia.

¿Las endoteliosis parcelares hemorrágicas? Meros preciosismos de clínica descritos por un laboratorista, y así sucesivamente. Pero ahora sabemos, como él ya lo presentía, que el nucléolo es el sitio de ensamble de las partículas que en el citoplasma constituyen los ribosomas, es decir, los organillos de cuyo funcionamiento depende la síntesis proteica; y las púrpuras son contempladas cada vez con mayor atención desde los puntos de vista biológico e inmunológico.

¿Excluye la inclinación por el laboratorio en el ejercicio clínico? Ciertamente no, ni mucho menos en aquel entonces en que la superespecialización era inconcebible. Por eso el maestro hizo fieles descripciones de casos de anemia y de leucemias y fue el primero en nuestro medio, en hablar de la mielosis eritrémica y en describir la alegría al yodo y a la avena, lo último en 1922 cuando aún era estudiante de medicina.

Presidente de nuestra más prestigiada sociedad científica y de esta Academia de 1937 a 1938, miembro del Colegio Nacional, director del Instituto de Estudios Médicos y Biológicos de la Universidad, editor o coeditor de numerosas publicaciones científicas nacionales y del extranjero, autor de trabajos cuya enumeración sería agotante, publicó dos libros que deben ser considerados clásicos en la biología médica y que son Estudios nucleolares (1935), en que describe las técnicas del estudio del nucléolo, ilustrándolas primorosamente de su puño, y la Citofisiología de la inmunidad (1958), único volumen que vio la luz de una obra que tendría cuatro, y que el chispazo de su genio inicia con un estudio de la célula inmunocompetente por excelencia, el linfocito, cuya transformación en plasmocito había ya anunciado ocho años antes, afirmando su contenido en anticuerpos y el desencadenamiento de la actividad nucleolar en presencia del antígeno.

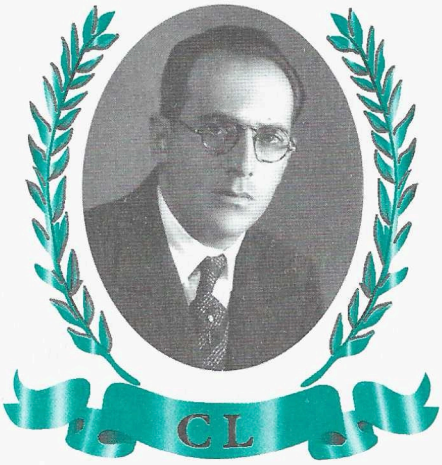
Aseveraciones vistas con recelo en aquel tiempo (aunque sabíamos por otro querido maestro, el doctor Francisco de P. Miranda, de los trabajos de Ehrich y de Harris, que no desconoció el maestro); banalidades ahora para nuestros especialistas en

inmunología, pero de ello hace cerca de 25 años, y que el maestro, mal profeta en tierra, predicaba casi en el desierto.

La última fase de la vida del doctor González Guzmán resultó ensombrecida por una serie de sucesos que he de detallar, pero que sí mencionaré pues nos constan a todos: en primer lugar la injusticia social se enseñoreaba del ambiente y el espíritu tan finamente sensible del maestro y de los suyos, no podía quedar al margen, de donde sus conferencias en el Colegio Nacional, llenas de preocupación humanística y después consciente de que la oligarquía vetusta, pero aún fuerte, giraba después de haber cumplido su misión histórica, hacia el mal camino del culto a la personalidad y del elitismo, emprendió frontalmente la lucha contra sus iguales. Es verdad que el maestro perdió las batallas, pero su integridad nunca lo hizo renunciar a una guerra cuya justificación estaba en la bondad de sus principios.

Pero, como se había dicho, "todo lo que vive es digno de morir" y así el implacable tiempo acabó por arrebatar la salud y luego la vida de nuestro maestro, cuya memoria será motivo de veneración por todos los hombres de buena voluntad y los amantes de la ciencia, aquí y en cualquier lugar a través de muchas generaciones. Como lo hacemos ahora y como deseamos que ocurra también en las edades por venir.

Mario Salazar Mallén



José F. Rulfo

En un acto de merecida justicia, la Directiva de este H. Academia ha querido que se deje testimonio de apreciación al Dr. José F. Rulfo, cuyo reciente y sentido fallecimiento ha dejado un vacío difícil de llenar. Me ha pedido por ello que, por haber trabajado juntos, tanto de las tareas específicas de esta Academia, como compañeros académicos, durante muchos años, como tesorero en el año que tuve el honor de presidirla, diga unas palabras en su honor.

Al pedírmelo seguramente tuvo en cuenta que ambos estuvimos empeñados en la misma tarea honrosa de mantener en alto a una Institución en la que los dos trabajamos desde que fue fundada y a la que él sirvió con lealtad y eficacia hasta que la enfermedad que lo llevó a la tumba, lo apartó de sus funciones; me refiero al Instituto Nacional de Cardiología, en el cual desempeñaba las funciones de Subdirector Administrativo, desde que yo asumí la Dirección del mismo. Fue así, durante el último año, un colaborador inmediato y como tal pude estimar en él prendas poco comunes de limpia honorabilidad en el manejo de los intereses que le estaban confiados, de celoso cumplimiento de sus deberes, de tacto poco común para mantener el orden necesario sin que, al hacerlo, dejara nunca lastimados o heridos al gran número de médicos cuyo trato no siempre es fácil y cuyo manejo no carece de dificultades, que a veces resultan duras de superar. Mucho hemos sentido su ausencia en el Instituto de Cardiología y mucho lo habremos echar de menos, lo mismo en las horas de oscura

monotonía del trabajo diario durante las cuales su eficacia nos hace y hará falta, que durante los momento de crisis en los que su experiencia, prudente y apacible sentido de la realidad era siempre útil para encontrar fuera de toda ofuscación, el justo punto de equilibrio.

Pero lo que se trata de rememorar ahora es al académico, modesto, sencillo, silencioso, eficaz compañero de la Academia Nacional de Medicina. Se trata de eso y de recordar a rasgos generales las prendas científicas, las cualidades humanas que le permitieron llegar a la Academia y la contribución dentro y fuera del país que lo llevó a merecer el lugar que ocupó y la estimación y confianza que disfrutó. Así pues, El Dr. José F. Rulfo hizo el honor a la Academia Nacional de Medicina al contribuir con su conocimiento a la consolidación de la medicina en México. Permítaseme entonces que en forma somera recuerde algunos hechos y fechas de su "curriculum":

Nació en Toluca, México, el 5 de febrero de 1895.

Hizo sus estudios primarios en el Liceo Universal Católico de esta Ciudad, del año de 1901 al de 1906.

Ingresó a la escuela Nacional de Agricultura y Veterinaria, en 1909 y de ese año a 1914 y después de 1920 a 1921 llevó a cabo sus estudios y obtuvo el título de Médico Veterinario por examen que sustentó los días 2 y 3 de febrero de 1922, con aprobación unánime del Jurado.

Realizó estudios de Fisicoquímica en Leeds and Northrop, Filadelphia, Penn., EE. UU., en marzo de 1926.

Llevó a cabo estudios de Fisiología general y Genética en la Universidad de California, Berkeley, EE. UU., (por comisión de la Universidad Nacional) en 1930.

Le fue conferido por la Universidad Nacional Autónoma, el 12 de diciembre de 1933, el título de Doctor en Ciencias Biológicas.

La Secretaría de Educación, con fecha del 15 de diciembre de 1939, le expidió el título de Maestro en Ciencias Biológicas (Reg. número12, foja 6 vuelta. 18 de febrero de 1940).

Ingresó a la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma en 1936 para seguir la carrera de Médico Cirujano, y después de haber hecho los estudios correspondientes de 1936 a 1940, presentó examen profesional con la tesis: "Una familia con hijos tuberculosos" y fue aprobada por unanimidad de votos el día 30 de julio de 1940. (El título de Médico Cirujano que le otorgó la Universidad Nacional de México quedó registrado en la foja 227 del libro respectivo. Este título fue registrado en la

Secretaría de Salubridad y Asistencia el 8 de octubre de 1940, bajo el número 5140)

Fue admitido como socio numerario de la Academia Nacional de Medicina en enero de 1932, por lo tanto, en su calidad de Médico Veterinario, 10 años después de haber adquirido el título profesional correspondiente. No fue sino años más tarde, ya siendo académico, (a los cuatro años de haber sido aceptado en esta Academia), cuando en su invariable afán de superación, inició (1936) su carrera de Médico Cirujano. Cuatro años después de haber adquirido el título de médico, pasó el 23 de octubre de 1940 de la sección de Medicina Veterinaria a la de Biología. Dos años antes, (en 1938) había sido electo tesorero de la Academia y siguió siéndolo por sucesivas reelecciones durante 22 años, hasta que el 8 de marzo de 1961 dejó la Tesorería. Tantos años de servicios que hicieran un periodo de longitud sin precedente dedicado, con general beneplácito de la Academia, al manejo de los bienes de la misma, las más veces magros, en ocasiones de consideración, ponen de manifiesto una de las más peculiares y altas cualidades del Dr. Rulfo: el celo minucioso, el cuidado invariable con el que manejaba los intereses ajenos puestos bajo se custodia.

Quienes alguna vez desempeñaron funciones directivas en esta Academia o quienes ahora la desempeñan, habrán podido apreciar personalmente o lo habrán comprobado por documentos, de qué manera, a la vez discreta, delicada e inflexible, el Dr. Rulfo desempeñaba las espinosas funciones de manejar la hacienda de la H. Academia.

Meses después de haber dejado la tesorería, el 21 de junio de 1961 por dictamen de la comisión respectiva, favorable a solicitud, pasó a la categoría de Académico titular después de ser 29 años académico activo. Veintinueve años de vida académica, 22 de desempeñar un cargo para el que son necesarias honradez intachable y habilidad administrativa, reconocidas por mayoría absoluta o unanimidad cada vez que en sucesivas reelecciones se le ratificaba su puesto en la Directiva, hacen del Dr. Rulfo, un caso sin precedente en la Academia. Asimismo, colaboró con selectas Sociedades: la Sociedad Mexicana de Biología (1928), la Sociedad Mexicana de Historia Natural (1937) y la Sociedad Mexicana de Historia de la Medicina (1955).

De su actuación como médico-veterinario cabe señalar algunos hechos altamente honrosos para él: obtuvo el título en 1922 y apenas tres años después (1925), ya era Secretario de la Es-

cuela Nacional de Medicina Veterinaria y profesor de diversas asignaturas desde 1927 hasta 1933 en que llegó a ser Director de la propia Escuela.

De abril de 1944 a marzo de 1961 fue superintendente del Instituto Nacional de Cardiología y en esa fecha el patronato lo designó, como ya se ha dicho, Subdirector Administrativo.

La lista de sus trabajos médicos comprende 22 títulos, entre los propiamente veterinarios de los comienzos de su carrera, y los trabajos médicos y biológicos que le siguieron y los relativos a sus actividades en Bioestadística e Historia de la Medicina, que corresponden a sus últimas etapas.

La historia de la medicina era en él sólo una manifestación de su más general afición al estudio de la Historia, a la que consagraba largas horas de estudio y de investigación. Así, era verdaderamente conocedor de la Historia de México y experto en los periodos pre-históricos y coloniales. Hizo que dejará, tal vez como su última producción, un opúsculo histórico de México, bien editado, documentado y escrito que destinaba para ser impreso y repartido a los concurrentes al próximo IV Congreso Mundial de Cardiología que se celebrará en México en octubre de este año.

Era pues, un muy estimable escritor, un hombre con sólida cultura en cuanto a las Letras, a las Artes, a la Historia y a cuanto a la Medicina se refiere. No sólo aficionado al conocimiento de las Artes sino, artista pintor en los ratos de ocio que sus actividades obligatorias le permitían.

He aquí el sucinto recuerdo de la trayectoria del Dr. José F. Rulfo, especialmente en los puntos de contacto con nuestra Academia. Que este momento de recogimiento en su honor, sea una prueba de reconocimiento a lo que él dio a nuestra Asociación y un conmovido homenaje a su memoria.

Salvador Aceves Parra

Manuel Martínez Báez

El 19 de enero de 1987, dolido del cuerpo después de una larga caminata por la vida, pero en plena y briosa lucidez mental, desapareció de entre nosotros la figura, especialmente ilustre, del maestro Don Manuel Martínez Báez. En la ceremonia de esta noche, la Academia Nacional de Medicina, de la que fue su Presidente y Miembro Honorario, se inclina reverente y evoca su memoria.

Ahora que él ha cruzado ese muro nebuloso del gran silencio —esperanza de fe de nueva vida, que es amalgama para tantos, como lo es de incertidumbre para muchos y de misterio para otros—, ¿qué palabras utilizar para evocarlo que no sean las gastadas y convencionales? Pero sobre todo, ¿cuáles podrán transmitir a la nueva generación científica mexicana —ciertamente rica en conocimientos, pero frágil en la capacidad de recordar y aun de respetar lo que fue obra del pasado— lo que una vida ejemplar como la suya tiene de mensaje perdurable? Porque personajes así no deberían sumirse en el olvido.

Yo no pretenderé franquear estos obstáculos ni podré encontrar dichas palabras. Seré, lo reconozco, el analizador muy parcial de su persona. En parte, porque de su filosofía de vida comparto mucho, y además porque tuve el privilegio de verlo actuar a lo largo de toda su trayectoria, y porque fue una persona de respeto, lo cual conlleva a la admiración; aparte de un gran afecto, se me quedó embebido, e incluso veo satisfecho que por razones similares pasó a mi descendencia. En obligada imposi-

bilidad de asistir, por enfermedad, será mi hijo Ignacio quien así lo exprese.

Esta noche no venimos con simpleza a honrar al científico abstracto, autor de algún descubrimiento, sino al hombre polifacético en cuyo fondo estuvo una rara mezcla de cualidades que constituyen un don selecto.

En octubre del pasado 1986, durante la celebración de la XXVI Jornada de esta Academia, llevada a cabo en Morelia bajo la presencia de don Carlos MacGregor, tuve ya el honor de ser portavoz en el homenaje que el Ayuntamiento de su ciudad natal le ofrecía, coincidente con la aparición del libro que sobre su persona publicara la Universidad Nicolaita, hecho por la sensible pluma del académico don Enrique Arreguín. Ahora, recordaré lo que en ese entonces dije.

El Gobierno del Estado de Michoacán rinde homenaje hoy, con esta ceremonia, a uno de sus hijos más ilustres, el maestro don Manuel Martínez Báez, quien cumple 92 años de vida fecunda y ejemplar. Quiero recordar no sólo que aquí creció e inició lo que ha sido una vida llena de grandes y elevadas realizaciones; también mostrar a las generaciones jóvenes lo que es el mejor ejemplo de una vida limpia y brillante, consagrada al trabajo intelectual, la de un funcionario probo dedicado al servicio público y la de un ciudadano ejemplar.

Y es que es el suyo, sin la menor duda, un ejemplo de los hombres más ilustres de la medicina mexicana, que se asocia al vasto campo de la salud pública, de tan fundamental importancia no sólo en el orden científico, sino también en lo social. Su figura intelectual, científica, cultural y personal es la de un hombre fuera de serie.

El maestro Martínez Báez llega a esta edad de la serenidad con la mayor lucidez, el mismo dilatado talento, la misma vehemencia e interés por lo que encuentra bello, la misma alteza de miras que se trazó en su juventud, ahora en realización plenamente cumplida.

Su vida se inicia en una Morelia cercana a los principios del siglo XX, un ambiente propicio para el análisis calificado y la descripción, propias del literato y del costumbrista. Una ciudad bella en clima y en paisajes, y cuajada de plazas, de nobles edificios, de mansiones y callejas de corte colonial, tallada en bella cantera. Una Morelia rica en historia y en tradiciones patrióticas, asentada en una región que ha presenciado desde la época de la cultura indígena hasta las gestas gloriosas de la Independencia y de la Re-

forma. Es una población provinciana, tranquila, recatada, levítica y centro de añejas tradiciones culturales. En el primer decenio del siglo, bajo el gobierno porfirista, la tranquilidad es ostensible y el espíritu romántico es imperante.

Don Manuel es hijo del doctor Martínez Solórzano, hombre de ciencia, naturalista y maestro del Colegio de San Nicolás de Hidalgo, y de la profesora Francisca Báez de Martínez. El busto en bronce del primero perpetúa su memoria frente al bello templo de La Compañía de esta ciudad de Morelia, que en tiempos coloniales se llamó Valladolid. Su gran talento, que en parte recibe y modela a su vida infantil, la familiar, es especialmente inquieto y frágil, dotado de la curiosidad de todo conocer de todo aprender, misma que se ha mantenido en permanente ebullición a lo largo de toda una vida.

Terminados sus estudios primarios y secundarios, estudia la preparatoria en el Colegio Primitivo y Nacional de San Nicolás de Hidalgo, tan ligado a los nombres de próceres ilustres de nuestro México, como lo son don Vasco de Quiroga; el padre Hidalgo; el cura y generalísimo, Morelos; el sabio y reformista, don Melchor Ocampo, y el santo laico de don Santos Degollado. Ahí, con la belleza arquitectónica colonial del lugar, se encuentra con la añeja tradición y con un acendrado concepto del estudio; en una época en la que imperaba el positivismo, hecho de enseñanza objetiva y educación liberal. De esa etapa nicolaita, le quedará la ciencia con el tamiz del humanismo, influencia que cala en espíritus selectos como el suyo.

De tales años, el propio don Manuel ha escrito descripciones finas y sensibles al hablar de sus condiscípulos de años vecinos: Samuel Ramos, Gabino Fraga, Eduardo Villaseñor, Rodolfo e Ignacio Chávez, Salvado González Herrejón, Issac Arriaga, Cayetano Andrade y Antonio Martínez Báez, entre otros. Ha descrito igualmente el espíritu imperante en aquella masa estudiantil. Para formarse una idea del interés y calidades de la mayoría de los maestros de ese tiempo, bastaría leer las líneas que dedica a su profesor de Raíces Griegas y Lanitas, don Francisco P. León; en ellas, aparte de la descripción de la bondad, honestidad y vocación, la enseñanza del viejo profesor y del medio ambiente que lo rodea es de imporesionar la fina sensibilidad del autor, su exaltado amor por la cultura en general y por su terruño provinciano.

Es además de admirar, en el grupo selecto de alumnos nicolaitas del tiempo, la avidez por el estudio de las ciencias, las

artes y la historia, sus aficiones literarias, el permanente gusto romántico por la poesía, los escarceos oratorios, el respeto al talento y a la preeminencia en los estudios del compañero, la confrontación juvenil de las ideas en donde todo se pone en duda, la creación y el mantenimiento de revistas literarias provenientes de París (una vez cursados con eficiencia los estudios de tal lengua como para permitir disfrutarlas y escuchar su lectura en grupo, en reuniones fuera de clase). Junto con ello, destacan los valores convencionales del interés patriótico, que en los albores de la Revolución de 1910 entran con inquietud, cuando esta masa juvenil empieza a cuestionarse acerca de las nuevas ideas de justicia, libertad y progreso del país, que contrastan con las de un retraso previamente inadvertido por ellos.

Es el propio don Manuel uno de los mejores ejemplos de este tipo de valores estudiantiles. En 1916, a los 22 años, se gradúa de médico, y durante cuatro años actúa como Jefe de Brigada Sanitaria de las Fuerzas de la Revolución Mexicana, cargando entre sus haberes libros exóticos para el momento, como serían las obras de un poco conocido escritor español de nombre Azorín. Después, es el fundador del Hospital Militar en Morelia.

Muchos años después, en 1954, en su discurso de ingreso al ilustre Colegio Nacional de México, puede verse en frases propias su siempre demostrada convicción social cuando señala:

"Cuando me asomé a la juventud me deslumbró el súbito incendio de nuestra Revolución, cuyo fulgor alumbró duras e hirientes verdades y en cuyas brasas se incendiaron viejos prejuicios, rancias mentiras y falsos valores. La revolución dejó una marca indeleble en todos los de mi generación; para algunos, esta marca fue la definitiva: la muerte; puso en otros la de un nuevo y perdurable entusiasmo, y a varios más dejó inválidos de por vida mirando el pasado. Todo entramos en una nueva y azarosa existencia, en la que el destino empujaba a menudo hacia rumbos extraños o por senderos extraviados; pero en lo sucesivo todos tuvimos siempre ante nuestros ojos una realidad patente que sufría, que anhelaba y que exigía. La realidad de nuestro pueblo que mostraba al desnudo su verdad y que nos hacía compartir su angustia y su esperanza. Mis casi ingénitas aficiones al estudio de la naturaleza me encaminaron por el sendero de los estudios médicos, lo cuales hice mal y de prisa debido en parte a circunstancias ligadas con accidentes de la época. Prematuramente me encontré ya lanzado a la lucha por la vida, teniendo que servir a soldados y campesinos, con bagaje científico y téc-

nico bien exiguo, sin mucha oportunidad para adquirir alguna experiencia médica provechosa, pero con amplia ocasión para saber de la vida real de nuestro pueblo".

Las convicciones sociales en Don Manuel Martínez Báez nunca lo han abandonado. Habría que oírlo conversar de 100 temas a la vez: del liberalismo mexicano y sus guerras de Reforma, de la República Española en aquella dramática guerra civil, y de tantos otros de historia que registran enseñanzas y vergüenzas, antiguas y recientes. Siempre fue característico en él la vehemente vocación por lo indignable, pero siempre dentro de un lúdico análisis que la justificara.

En 1920, se retira del ejército para ejercer la profesión médica en la pequeña población de Huetamo, situada en la franja de la llamada Tierra Caliente michoacana, tan rica en interés, historia y folclor, ahí pasa tres años. Vividos éstos, comprende claramente que las fronteras del conocimiento le son ahí especialmente lejanas para poder adquirir el de tipo superior por el anhelado, y con ello poder prestar el servicio eficaz. Su convicción se expresa en estas líneas cuando narra:

"Viví después, por pocos años, como médico en un pueblo; entonces, tuve una más clara conciencia de la escasez de mis conocimientos y de mis habilidades, y sufrí por la carencia de recursos para servir bien a quienes debía; comprendí lo absurdo de tener que mis servicios a quienes los necesitaban, pero no tenían con qué comprarlos. Adquirí la convicción de que en la medicina no todo es mera biología, y aprendí que el ser humano, por más que a veces parezca solitario, forma parte siempre, ineludiblemente, de una comunidad a la que lo atan los lazos, que sería torpe desconocer y menospreciar".

Por ello, regresa a la cátedra en la Universidad de Morelia en 1923, y, después de dos años de actuación como Secretario General, ocupa la Rectoría Nicolaita en 1925. De ahí, con la noble ambición del estudio y del servicio público en la mente, emigra a la Ciudad de México, donde inicia la etapa que finalmente va a consagrarlo dentro de la medicina nacional.

Rico en talento y brioso en la acción, ávido y apasionado por todo lo alto, todo lo justo y todo lo bello, y en constante ebullición a lo largo de su vida, dedica ésta al estudio de su ciencia y al de su interés por las humanidades; todo ello dentro de un vivir constante en el trabajo y en la vida simple. Su visión ancha y distante, la autoridad de su preparación y la vastedad de su cultura han hecho de él un prototipo acabado del intelectual a quien

nada de lo humano le ha sido indiferente, del científico embebido en su laboratorio, del educador y maestro apasionado, del poseedor de claridad y brillantez de exposición y, muy importante, del hombre admirable en su sencillez, en su probidad, en la lealtad a sus ideas, a su forma de vida y en su integridad y rectitud morales, absolutamente insobornables.

En su largo y brillante recorrido, ha ocupado puestos y recibido honores congruentes con sus facetas de intelectual, científico, hombre culto, maestro universitario, funcionario destacado y hombre cabal. Ha sido también catedrático; Secretario General; Rector y Doctor Honoris Causa de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, en su natal Morelia; Profesor Emérito; miembro de la Junta de Gobierno y Doctor Honoris causa de la Universidad Nacional Autónoma de México; Director, en tres períodos, Investigador y Maestro del Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales; Director General de Departamentos, Oficial Mayor y Subsecretario de la Secretaría de Salud y Asistencia; participante en la Fundación y Organización del Instituto Mexicano del Seguro Social; Académico de Número, Ex Presidente y portador de la Selecta Membresía Honoraria de la Academia Nacional de Medicina; miembro del Comité de Expertos del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas; Embajador Científico de México, Delegado Permanente y, varias veces, Miembro Ejecutivo de la UNESCO en parís; Miembro Honorario de la Oficina Sanitaria Panamericana; miembro del ilustre Colegio Nacional, y laureado con importantes premios.

Su liga sentimental con la cultura europea, en forma importante con la francesa, sitio predilecto en sus estudios juveniles de especialización, los cuales, a partir de 1929, fueron realizados en París, Roma, España y Alemania, ha sido reconocida al otorgársele la condecoración de Oficiales de la Legión y de Honor, y la de Comendador de la Orden de la Santé-Publiqué. Es además Miembro de Honor de la Oficina Sanitaria Panamericana, Vocal Emérito del Campo de la Salubridad General del Gobierno de la Nación, Medalla de Oro de la condecoración "Eduardo Liceaga" de la Secretaría de Salubridad y Asistencia de México, y Comendador de la Orden de Finaly de Cuba.

Es ésta, una extraña amalgama entre el sabio y el hombre culto, probo, limpio, de vida simple y de rectitud insobornable. Debo finalizar. Saludos desde aquí en lo personal, con particular emoción, al amigo dilecto de mis padres y a quien aparece como selecto testigo entrañable en mi acta de nacimiento. Pero

independientemente de eso, me es honroso agregar mi mensaje cargado de afecto, en sus 92 años, al de tantos que le deben y le admiran, y que hoy se inclinan reverentes ante una vida así, en esa ceremonia en la que se rinde público homenaje a este gran nicolaíta el ilustre mexicano.

Señores Académicos, este fue el mensaje que en aquel entonces le enviamos. Hoy que ha desaparecido de entre nosotros, venimos con emoción a reiterarlo. Que llegue a él donde se encuentre, pero, sobre todo, que su ejemplo cale en las generaciones jóvenes, cuya vida inician hoy en las que ya por día transitan. En espíritus superiores como éste, está cifrado mucho el futuro de México.

Ignacio Chávez Rivera

Enrique C. Livas Villareal

Asisto, en esta ocasión, por invitación honrosa de la academia Nacional de Medicina, a cumplir la dolorosa tarea de recordar a un hombre que cumplió su jornada, después de caminar con dignidad en la vida, y a señalar, con el mayor respeto, algunos rasgos de su personalidad.

Me acuerdo de ese modo, por segunda ocasión en mi vida, a esta tribuna, destinada a cumplir con la noble tradición, arraigada en esta casa, de ofrecer un breve homenaje a la memoria de quienes un día trabajaran como miembros de la Corporación y sintieron la emoción de servirla con lealtad.

El doctor Enrique Carlos Livas, nacido en Monterrey el 28 de noviembre de 1908, heredó, de sus padres, la disposición para aprender y la inclinación para enseñar. Ambos, don Pablo Livas y doña Francisca Villarreal, siguieron la carrera del magisterio, y los dos cumplieron una larga labor de educadores. Don Pablo vivió su profesión con particular interés y, por ello, escribió libros para ayudar en el proceso educativo a sus alumnos. Uno de estos éstos fue Lecciones de Fisiología e Higiene, el cual quizá tuvo algo que ver en la decisión del hijo para hacerse médico.

A los cuatro años de haberse titulado, ocupó la rectoría de la Universidad en la que había iniciado sus estudios de médico; durante 12 años, de 1936 a 1948, desempeñó el alto puesto directivo.

Un buen día sintió el deseo de ampliar su preparación de cardiólogo, con las dificultades y esfuerzos que era naturales en la

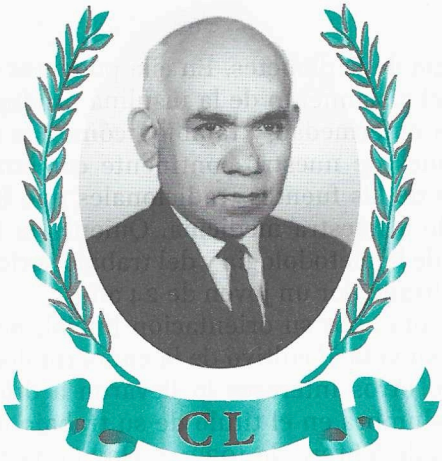
época en que se tituló de menor, y no dudó el rector universitario en trasladarse de nueva cuenta a la capital del país, como cuando era estudiante de medicina, para seguir un curso formal en el Instituto Nacional de Cardiología, la cual acababa de iniciar sus actividades docentes, de investigación y de asistencia.

A mediados de 1944, apenas unos cuantos meses después de inaugurado el Instituto, el maestro Ignacio Chávez nos presentó, a los siete médicos residentes que iniciábamos nuestra preparación allí, al rector de la Universidad de Nuevo León, quien llegaba a convivir con nosotros como si fuera uno más del grupo, para recibir las enseñanzas y para participar en la atención de los enfermos.

El gesto noble del doctor Livas nos dejó desconcertados a algunos. Todos gozamos con la grata y franca amistad del rector que se volvía otra vez estudiante, que se incorporaba al grupo de residentes y se volvía ejemplo y estímulo a la vez.

Al regresar a Monterrey, una vez concluido su trabajo en el Instituto, reasumió su responsabilidad de rector y se incorporó a la docencia en la especialidad. Fue maestro ejemplar, un impulsor de la cardiología en su medio y un apasionado luchador.

José Miguel Torre



Mario Quiñones Huertero

El día 4 de febrero de 1973, al término de una vida consagrada hasta el final al ejercicio activo de su profesión, se extinguieron los días del señor doctor Mario Quiñones Huertero, miembro de la Academia Nacional de Medicina.

El doctor Mario Quiñones Huertero nació el día 8 de diciembre de 1901, en Chietla, Puebla, población en donde siendo niño fue alumno de un joven maestro, Isaac Ochoterena, ya desde entonces preocupado por profundizar en la botánica y en la zoología. El profesor Ochoterena desde luego lo distinguió y durante toda su vida "tuvo para él la dedicación y el cariño de un padre".

Pocos años más tarde profesor y alumno se encontraban en la ciudad de México, el primero dándose a conocer ampliamente por sus contribuciones a la biología mexicana, en tanto que el segundo continuaba sus estudios, en la Preparatoria y después en la Escuela Nacional de Medicina; terminó en ella su carrera en 1925. Su tesis versó sobre La diabetes y su tratamiento. Presentó su examen profesional los días 14 y 15 de agosto.

Al año siguiente, antes de cumplir un año de su recepción, llamó la atención de la Academia al ganar el primer premio con medalla de oro en el concurso de 1926 por su trabajo «La insulina en el tratamiento de la diabetes». Para prepararlo, debe haberle sido muy útil lo que hubo de estudiar para la presentación de su tesis, que es en realidad un libro que consta de trescientas veinticinco páginas, con trescientas sesenta y un referencias bibliográficas, en la que consignó todo lo que entonces se sabía de

la fisiopatología de la diabetes. En ella podemos captar el cambio total que el aislamiento de la insulina produjo en todos los aspectos de la enfermedad y también cómo los conocimientos e investigaciones de nuestro continente comenzaban a amalgamarse a los de las fuentes tradicionales que hasta entonces habían nutrido a nuestra medicina. Quienes la lean quedarán sorprendidos de la metodología y del trabajo serio que en ella se encuentra realizado por un joven de 24 años.

A pesar de que, por su orientación inicial, podría pensarse que dedicaría su vida al cultivo de la endocrinología y de la nutrición, pronto otros intereses lo llevaron a diferente campo, como ya se vislumbra en el título de su trabajo de ingreso a la Academia, el 3 de febrero de 1932: «¿Hay un factor tiroideo en la etiología de la úlcera duodenal?».

Sus siguientes trabajos fueron ya plenamente gastroenterológicos, reflejo de su diaria actuación, primero en el Pabellón 24 del Hospital General, al lado del maestro Abraham Ayala González y después en la jefatura del Servicio de Gastroenterología del Hospital Militar y en el Hospital Español. Poco a poco, adicionando a su formación médica inicial, la técnica quirúrgica, se convirtió en "cirujano limpio, valiente, seguro", según palabras de uno de sus acompañantes de aquellos años en el Hospital Español, en el cual, además de médico y cirujano fue endoscopista, practicando la esofagoscopia y la gastroscopia, entonces plenas de riesgos y dificultades, con especial cuidado y gran habilidad. Recordemos que aquel fue el momento en el que el esófago pasó de la otorrinolaringología a la gastroenterología y dejó de ser el "órgano de los cuerpos extraños". En el mismo hospital, en el que llegó a ser el Jefe del Servicio de Gastroenterología, propugnó por el estudio completo, integral del enfermo, para el que lo capacitaba su formación inicial de médico e implantó la técnica de las anastomosis cerradas, que mejoró notablemente los resultados obtenidos hasta entonces. En 1953 pasó a ser consultor.

A pesar de que podemos imaginar la intensidad de su labor quirúrgica por el hecho de que en una de sus comunicaciones analiza los resultados de ciento veinte casos de cirugía gástrica, operados por él en pocos años, su disciplina de trabajo le permitió conjuntarla con sus actividades docentes y públicas. Fue maestro titular de la clínica de gastroenterología en la Facultad de Medicina de la UNAM y de la Escuela Médico Militar, en la que desempeñó además la cátedra de cirugía en perros y participó activamente en la vida nacional dentro del campo de la medicina.

Su actuación pública se inició en el Instituto de Protección a la Infancia, que promovió otro ilustre académico, el doctor Aquilino Villanueva, institución que reanudó y acrecentó las labores interrumpidas de la obra "La gota de leche", fundada a principios del siglo y en poco más de un decenio fue Secretario General del Departamento de Salubridad de 1940 a 1943, Jefe de los Servicios Médicos de la Presidencia de la República, de 1943 a 1946, y Subdirector Médico del Instituto Mexicano del Seguro Social, de 1946 a 1953. En esos años representó dignamente a nuestro país en numerosas reuniones y congresos internacionales.

El doctor Quiñones fue miembro de la Academia, formó parte de la Asociación Mexicana de Gastroenterología, de la que fue miembro fundador, del Colegio Internacional de Cirujanos, de la Asociación Americana de Salud Pública y por último, de la Asociación de Médicos Militares.

Al reseñar la vida del doctor Quiñones, cumplo un deber de gratitud. En efecto, cuando tuve la satisfacción de ingresar a esta Corporación, él se encargó del comentario oficial a mi trabajo, elaborado sobre las experiencias obtenidas en el tratamiento de ciento cinco padecimientos del esófago en el Pabellón 24 del Hospital General, por un grupo de trabajo del que él formó parte, que cultivó la gastroenterología en un momento crucial.

En lo personal, el doctor Quiñones fue siempre sereno, juicioso, maduro, ponderado, sistemático, cortés, incapaz de actitudes disonantes. Es espejo de los hombres a quienes tanto debemos, que nacidos muchos de ellos en provincia, se formaron en años muy difíciles, pero que llenos de fe, supieron estudiar, trabajar, enseñar y actuar como médicos y en la vida pública también como médicos.

Pedro Ramos Ramos

Emilio Varela

El 7 de febrero de 1960 cumpliría 80 años el niño que nació en Pachuca y llevó por nombre Emilio Varela.

Formado bajo la dirección de Don Ulises Valdés y con la influencia de Don Ramón Macías y Don Regino González, el joven Emilio entró en el ejercicio profesional el 22 de febrero de 1907.

Hizo sus primeras armas como médico en el Hospital Morelos, al dedicarse primero a la venereología y luego a la anestesia con el Dr. Rosendo Amor que fue el iniciador de la intrarraquídea en México, trabajó en esta práctica y luego se especializó en anestesias regionales y locales hasta alcanzar en todas una verdadera perfección; fueron tales su dedicación y eficiencia en ellas, que en unas líneas que me dirigió Benjamín Bandera cuya idoneidad y experiencia lo colocan a la cabeza de los anestesistas de México, dice refiriéndose a Varela: «Desde el principio de su carrera tuvo dedicación y habilidad para la aplicación de los anestésicos generales, en una época en que nadie tomaba como especialidad a la anestesia».

En nuestro concepto es el primer médico que comprendió la importancia de esta materia a la que le dedicó tiempo y esfuerzo y tuvo la satisfacción de que cirujanos de primera línea en aquella época, como los doctores Regino González y Ulises Valdés, le confiaran la anestesia en sus pacientes.

Fue miembro fundador y primer presidente de la Sociedad de Anestesistas de México y cuando se retiró de esta actividad quedó como socio nominal hasta su fallecimiento.

Otra de sus actividades fue la preparación de enfermeras eficientes. La enseñanza de la enfermería la inició en el propio Hospital Morelos; luego a iniciativa suya se fundó la Escuela de Enfermeras de la Cruz Roja, cuando don Julián Villarreal era Director de dicha Institución. Fundó y desempeñó esta cátedra en «La Unión de Femmes de France» y también tuvo a su cargo esta clase en la Escuela Nacional de Medicina.

Mi primer encuentro con el doctor Varela fue en mi examen de terapéutica médica, formaba parte del jurado, y fue el examinador que me interrogó. De ahí partió la amistad con que me distinguió después. Algunas veces, en sus conversaciones me hablaba de los problemas con que se tropezaba en la vida de médico y de los que él no se vió exento.

Fundó un sanatorio ubicado en la calle de Mina, en el que trabajó don Rosendo Amor.

La ejemplar esposa del doctor Varela mucho le ayudó en esa casa; sin embargo, cuando se es más filántropo que fenicio estas cosas no producen y se hunden.

Por el año 1922 se incorporó al servicio del maestro Amor y fue un magnífico colaborador suyo.

Su labor como académico voy a sintetizarla en las siguientes líneas: Los que lo propusieron para ingresar fueron los doctores Gonzalo Castañeda; Everardo Landa, Tomás Perrín, Luis Troconis Alcalá y Alfonso Pruneda. Ingresó a la Academia el 8 de marzo de 1933 para ocupar el sillón de obstetricia, por unanimidad de votos, tocándome la buena suerte de darle a conocer esta aceptación, por ser entonces, el que esto escribe, secretario anual de la corporación.

Sus aportaciones fueron entre otras: en 1936, un trabajo sobre «Inyecciones de leche yodada en padecimientos del aparato genital femenino» y «Algunas consideraciones sobre partos y puerperios normales». En 1937 sustituyó al doctor Eliseo Ramírez mientras éste hizo un viaje al extranjero, en la elaboración del proyecto de la supresión de la reglamentación de la prostitución.

En 1939, «Flebitis y Novarsurol», «Reflexiones de práctica obstétrica» y Notas bibliográficas sobre el libro del doctor Juan León, de Buenos Aires: «Analgesia obstétrica y sueño crepuscular barbitúrico en el Parto» (1941). «Nuevos conceptos de la nutrición deficiente durante el embarazo» (1942). «Hipogalactia y Vitamina B» (1943). «La vacuna antirrábica. Su introducción en México» (1946). «Un nuevo signo en obstetricia» (1948).

En 1958 solicitó el 22 de septiembre pasar a la categoría de titular. El 22 de octubre se le aceptó su solicitud en vista de los nobles conceptos en ella contenidos.

Profundamente católico no tuvo nunca eso que, por eufemismo, se designa con el nombre de respeto humano y que en rigor no es más que cobardía para ocultar nuestro credo íntimo; para ocultarlo simplemente por tonta vergüenza, o sacar jugo de ciertas situaciones porque los que están arriba piensen, sientan y se conduzcan de modo distinto y chocarían a veces con nuestras ideas. Él no hacía alarde, pero cuando venía al caso, jamás ocultó sus profundas convicciones religiosas y la práctica de ellas.

Enfermó de una penosa y larga afección, aquí voy a mencionar un punto que deseo poner en consideración de la Academia. Su permanencia en el hospital Gastón Melo, era ya insostenible desde el punto de vista económico y dispuesto a abandonar por esa causa el pabellón, una orden oportuna y generosa del doctor Castro Villagrana, hizo posible que siguiera allí hasta su muerte. El llamado que hago a la Academia es que se estudie cómo se puede dulcificar y hacer que llegue un médico, cuyos recursos sean moderados o no existan, a expirar de un modo decoroso.

Este caso concreto, nos puso de manifiesto el espíritu noble y bien conocido del doctor Castro, siempre dispuesto para ayudar cariñosamente a los médicos; pero esto no debe ser sólo la manifestación bondadosa de un buen compañero, sino que se vea en qué forma puede quedar establecido que eso sea un derecho.

Hace algunos años en una revista médica apareció un «testamento» de un pobre doctor que pintó el trágico panorama de sus últimos días; pobre, miserable, tratado despectivamente por enfermeras y el cuerpo administrativo del establecimiento, donde entre dolores físicos y desengaños, encontró la paz en la muerte.

Un proverbio de los griegos que decía: «Sé bueno y generoso con los extranjeros, piensa que un día tú podrás serlo». Haciendo una paráfrasis podemos decir que lo que han sufrido en los hospitales, médicos conocidos nuestros, algún día podríamos sufrirlo nosotros. Ojalá el recuerdo del doctor Emilio Varela sirva para que después de muerto contribuya a proporcionar el modo, de quienes estén en condiciones similares, de morir tranquilos y llevar esa amargura menos al fin de la vida. Descanse en paz el maestro querido.

Mario A. Toroella

Antonin Cornillon

La Academia Nacional de Medicina cumple una vez más su antigua costumbre de recordar a sus socios desaparecidos. Hoy recordamos al Dr. Antonin Cornillon y es de sentirse que una voz más autorizada, como la de nuestro Secretario General, no hiciera el elogio, pero ya que he sido objeto de esta designación, la que no puedo rehusar, porque me ligan a su memoria más de treinta años de trabajo hospitalario, que hicieron crecer y fortalecerse una sincera amistad y un cordial afecto; trataré, en la medida de mis cortos alcances, de cumplir con esta honrosa comisión, pidiendo de antemano disculpas, si no la lleno satisfactoriamente.

No quiero seguir cronológicamente los datos habituales de las biografías, sino más bien presentar algunas de las características de nuestro consocio, que dentro de la Academia, y fuera de ella, pudieron apreciar todos los que le conocieron y trataron.

Un año después de haber obtenido su título en la Facultad de Medicina de París, le fue ofrecida la dirección del servicio médico de una empresa de capital francés que explotaba un negocio de minas, en lejanas y desconocidas tierras. Supongo un encuentro casual con un amigo, una proposición que quizás a primera vista parecería descabellada para un jóven médico lleno de ilusiones y de ansias de triunfo, pero después, tras pensarlo mucho, aceptó por un corto tiempo, con la idea de regresar a establecerse en su Patria y entre sus amigos. Sin embargo, tal aceptación fue la que marcó el derrotero de su vida. De no ha-

berla aceptado, el doctor hubiera permanecido en Francia y quizás nunca hubiera pisado tierra mexicana; pero esa resolución, atractiva como una aventura, en América, sin conocer el idioma, ni el clima, ni las costumbres, moldeó su caracter, le hizo confiar en sí mismo, esperar poco de los demás y mucho de sí en esos primeros años de ejercicio profesional, donde se trazaron los rasgos fundamentales del futuro médico. La naturaleza bravía de la Baja California, la vida sencilla y sana en el Mineral de El Boleo, el ejercicio de la profesión en condiciones deficientes dejaron huella en su carácter, que más tarde se tradujeron en su afición por la cirugía, principalmente la de los huesos, su serenidad en condiciones difíciles y sus decisiones firmes.

Así pasó seis años en tierras de México, en uno de sus viajes a la Capital, un nuevo encuentro, una conversación y la Subdirección del Hospital Francés. El destino lo colocaba en su sitio definitivo; sin embargo, apenas habían pasado cuatro años de su ejercicio en la ciudad, cuando estalla la Primera Guerra Mundial y en ocasión muy distinta a como él pensaba en regresar, vuelve a Francia, invadida, doliente, que llamaba a todos sus hijos a defenderla: el doctor Cornillon ocupa su puesto de Cirujano de Ambulancia durante toda la duración del conflicto trabajó, como buen francés y como buen cirujano, en todos los centros que se le designó. Llega noviembre de 1918, el armisticio, primero, después el tratado de paz de Versalles y el licenciamiento de los militares que habían acudido a defender su suelo. La ocasión era propicia para quedarse nuevamente en Francia y dar por concluida la aventura de América que se había prolongado más de lo que se esperaba; pero ya México le había ganado el corazón, no eran solamente los lazos familiares y las perspectivas económicas, era la nostalgia de esta tierra, sacudida con las postreras convulsiones de su Revolución, pero que a pesar de esto ofrecía una hospitalidad más atrayente que la pobre Europa, desangrada y en bancarrota.

Quizás algún otro que llegase en condiciones similares, se hubiera sentido en un plano superior y hubiera encontrado a nuestra medicina y a nuestros médicos, muy por debajo de la intensa práctica por lo que acababa de pasar. Por el contrario, el doctor Cornillon, colocado en la Dirección de un flamante sanatorio, cuyo prestigio comenzaba a afirmarse, buscó y obtuvo, con un magnifico sentido de realidad, la cooperación de los más prestigiados cirujanos, abriendo de par en par las puertas del Hospital Francés, para todos ellos y llamándoles a consulta en los casos difíciles. De no haber seguido tan juiciosa conducta,

ese centro hospitalario hubiera quedado en manos extranjeras, muy lejos de ser, como lo es, sitio preferido de nuestras familias y de nuestros médicos.

Su natural trato, sencillo, bondadoso, cortés, su ejercicio profesional acertado y su irreprochable conducta médica y social, le dieron entre la colonia francesa, entre las familias mexicanas y entre los médicos capitalinos, un lugar preferente del que disfrutó hasta su fin.

Pidió y obtuvo su título de Médico en nuestra Universidad en 1921 y, a propuesta de un grupo de académicos, ingresó a nuestra Corporación en 1933, para ocupar un sillón de Cirugía General. Durante los años que siguieron a su ingreso, cumplió con sus deberes académicos presentando diverso trabajos, algunos de ellos sobre casos clínicos, como lo fue el de su recepción titulado «Algunas consideraciones relativas a un caso de quiste coloide gigante del ovario, acompañado de quiste coloide apendicular y de fibromatosis uterina»; otros en que se adelantó a lo que es hoy una costumbre general, «Consideraciones sobre la levantada precoz de los operados», presentado en 1944 y en todos ellos, observaciones personales y casos obtenidos en su trabajo profesional.

Además de la Dirección del Hospital Francés, fue Vicepresidente de la Asociación Médica Franco-Mexicana y Director de su Revista y mereció del gobierno de su país las condecoraciones de Caballero de la Legión de Honor y, posteriormente, oficial de la misma. Así como también, Caballero de la Orden de la Corona de Bélgica.

La Academia Nacional de Medicina está de luto por la muerte de uno de sus miembros. Con este breve, pero sentido elogio, cierra oficialmente la actuación de un médico francés por su origen y cultura, mexicano por su afecto a nuestro país y a sus sociedades científicas. Como Clement y Herrmann, en la iniciación de la Academia, nos trajo un destello de la ciencia francesa, tan estimada y admirada por todos nosotros.

Su actuación académica ha terminado, permanecerá en la memoria de los que lo conocimos el recuerdo del socio cumplido, del hombre bondadoso, del caballero intachable. Y, los que como yo, tuvieron en él un jefe que nunca hizo sentir su autoridad, un compañero del trabajo de hospital, un amigo leal y sincero, lo recordaremos siempre con todo el afecto que nos supo inspirar.

Benjamín Bandera Cardeña

Manuel Cárdenas de la Vega

Sí, sobre todo para los médicos, la muerte es un fenómeno que, por ser la consecuencia natural de la vida, no debería llamar la atención cuando se presenta tempranamente y troncha existencias de las que la comunidad aún esperaba servicios eminentes, deja de ser natural para convertirse en algo que, por inesperado y lamentable, se juzga increíble y se antoja injusto. Tal es el caso del fallecimiento de nuestro distinguido colega el doctor Manuel Cárdenas de la Vega, a quien una dolorosa y cruel enfermedad no permitió siquiera venir a tomar posesión del sitio que nuestra Academia le había señalado merecidamente y que, al desaparecer, nos priva de una colaboración que por muchas razones hubiera sido muy estimable.

El doctor Cárdenas de la Vega nació en la ciudad de Culiacán, Sinaloa, el 3 de mayo de 1899, murió a la edad de 35 años, el 26 de octubre de 1934. Realizó su instrucción primaria en una institución religiosa de aquella capital; sus estudios preparatorios los inició en el ilustre Colegio Civil «Rosales» y los terminó en el Colegio Francés de esta metrópoli; después de hacer con notorio aprovechamiento los cursos de Médico Cirujano en nuestra Facultad de Medicina, obtuvo el título profesional en 1924, versando su tesis de recepción sobre «Fisiología normal y patología de la micción».

Poco tiempo después de recibido, comenzó a dedicarse con éxito notorio, a la higiene y medicina infantiles, en las que sirvieron eficazmente, además de su dedicación y competencia, sus

especiales cualidades de hombre afable y bondadoso, que le hicieron pronto ser apreciado muy justamente por la madres de familia y ser querido por los pequeñuelos. Abarcando en toda su amplitud los problemas de la infancia con visión clara de su indudable aspecto social, el doctor Cárdenas de la Vega no fue solamente un pediatra distinguido, sino un verdadero puericultor. Por eso, pudo desempeñar con beneplácito de todos, los puestos siguientes: Médico de niños en el Centro de Higiene Infantil «Eduardo Liceaga» (1927); Director del mismo centro (1927, 1928 y 1929); Subjefe del Servicio de Higiene Infantil del Departamento de Salubridad Pública (1930, 1931 y 1932); Asesor Técnico de la Asociación Nacional de Protección de la Infancia (1930-1931); Director de la Casa Cuna de la Beneficencia Pública (1932-1933) y Médico Auxiliar del Servicio de Higiene Infantil del Departamento de Salubridad (1933).

En todos estos cargos, nuestro colega dejó huella intensa de su laboriosidad, entusiasmo y de sus conocimientos. Particularmente su obra fue de gran trascendencia en la Casa de Cuna, donde sus benéficas actividades no se olvidarán. Por desgracia, la muerte interrumpió prematuramente esta importante obra médico-social, como también su apenas iniciada labor docente que, como profesor de pediatría, había empezado en la Facultad de Medicina.

Afecto a dar a conocer los resultados de sus observaciones y de su experiencia, el doctor Cárdenas de la Vega presentó estudios valiosos al Primer Congreso de Delegados Federales de Salubridad, al VI Congreso Panamericano del Niño y al III Congreso Médico Panamericano, y honró con su muy apreciada colaboración los siguientes periódicos: «El Niño», «Medicina» y «Revista Mexicana de Puericultura». En ellos aparecieron los estudios que tituló «Qué medidas deben implantarse para disminuir la mortalidad infantil en la República»; «Los purgantes en los niños de pecho»; «Higiene del embarazo»; «La lactancia materna»; «Profilaxis de la tuberculosis infantil»; «Los hogares infantiles»; «La provisión de leche de la Asociación Nacional de Protección a la Infancia»; «Protección social de la primera infancia»; «Contribución al estudio del desarrollo del niño mexicano»; «Las escuelas hogares en la protección del niño de edad preescolar». En estos trabajos, además de revelarse las capacidades técnicas de su autor, se ostentan con plausible claridad sus preocupaciones sociales, tan necesarias en quienes se dedican a la infancia.

Las sociedades científicas le abrieron sus puertas con agrado. Fue activo Presidente de la Sociedad Mexicana de Puericultura y Vocal de la Sociedad Mexicana de Eugenesia. Nuestra Academia acogió, con verdadera complacencia, su solicitud para ocupar un sillón en la Sección de Pediatria, del que, por desgracia, no pudo tomar posesión, pues no se lo permitió la dolorosa y larga enfermedad que habría de privarnos de su deseado concurso.

El doctor Cárdenas de la Vega fue de los médicos que honran nuestra profesión; su cortesía y caballerosidad reconocidas eran cualidades estimadas por todos, mismas que le abrieron de par en par los hogares; con oportunidad de ejercer entre personas de posición desahogada, su buen corazón le permitió atender con igual solicitud a los humildes. Fue para muchos un ejemplo de virtudes ya escasas, y mereció, como pocos, el aprecio cordial de todos. En su enlutado hogar queda una joven viuda, que no se explica seguramente aún por qué la abandonó tan pronto quien fuera su compañero modelo; quedán también unos niños que extrañan sin duda sus caricias, más tarde sabrán con legítimo orgullo qué padre perdieron. Nuestra Academia les hace presentes en estos momentos, los testimonios de su afectuosa condolencia. La prematura desaparición de nuestro distinguido y apreciado colega le priva de una colaboración que todos sus antecedentes auguraban habría de ser no sólo muy útil sino también prestigiosa para nuestra Compañía. Siempre habrá de sentir que la muerte no haya permitido al doctor Cárdenas de la Vega ocupar el sillón que sus merecimientos notorios y sus cualidades indiscutibles le habían reservado.

Alfonso Pruneda García

Raúl Arturo Chavira

Los médicos de mi generación conocimos a Raúl Arturo Chavira cuando cursábamos el 40. año de la carrera. Después de haber sido ayudante de Fisiología Patológica del doctor Palacios Macedo, el doctor Chavira acababa de ser promovido profesor de la materia y tenía como jefe de clínica al doctor Raúl Fournier.

La fisiología patológica era una materia nueva que acababa de ser incorporada al programa por razones un poco tendenciosas: para demostrar que en la Escuela de Medicina de México se había ya superado la etapa, que entonces estaba de moda tachar de anticuada, de las disciplinas morfológicas y se había entrado en la «moderna y avanzada» de la fisiología. La materia estaba destinada a tener una vida efímera; el programa era impreciso; se nos hablaba de temas disímbolos, como el control de los electrólitos, la fisiopatología del sistema autónomo; se nos daban nociones de interpretación del ortodiagrama cardiaco y se nos enseñaba, en la práctica, a medir en clínica la tensión arterial. Menciono estos hechos para hacer notar cómo la enseñanza de una materia de este tipo debía necesariamente de resultar complicada y constituir un problema para cualquier profesor. A mayor abundamiento, no existían para ella libros de texto; era la época en que el estudio de la medicina se hacía por medio de libros de texto, invariablemente franceses y casi siempre obtenidos de una casa editorial bien conocida. A pesar de las dificultades que la enseñanza de tal materia significaba, el doctor Chavira desempeñó aquel año su cometido con eficacia y

en forma ágil y agradable. Al terminar el curso —cosa inusitada entonces— uno de nosotros (me parece recordar que fue Guevara Rojas) se levantó para dirigir algunas palabras de gratitud al joven profesor. Me ha quedado grabada la respuesta que éste nos dio, en ella campeaban ya las dos características que más adelante íbamos todos a confirmar como la base del carácter sociable del doctor Chavira, la modestia —insistió en que la materia, para ser bien impartida, ameritaba un profesor de categoría y que él no pretendía tener tal característica— y la benevolencia.

En aquella época, el doctor Raúl Arturo Chavira era un joven médico, contaba apenas 28 años de edad y tan sólo siete de haber obtenido el título profesional.

Nació el 7 de octubre de 1898 en el poblado de Ahome, Sinaloa, hizo todos sus estudios, a partir de los preparatorios, en la ciudad de Guadalajara. Fue hijo de un médico —los Chavira constituyen ya tres generaciones de médicos. Obtvo el título de Doctor en Medicina, Cirugía y Obstetricia en la Escuela Médico Farmacéutica de Guadalajara. Inmediatamente después de recibido, se trasladó a la ciudad de México, donde su interés por la docencia se mostró desde época tan temprana. El mismo año de su llegada empezó a desempeñar el puesto de ayudante de fisiología teórica y práctica; más adelante fue, como ya dijimos, ayudante de fisiología patológica y profesor titular de la misma materia; posteriormente, profesor de fisiología general y profesor titular de clínica de oftalmología, esto último durante cerca de veinte años. También desde los primeros tiempos mostró interés por la oftalmología, tomó el curso de posgraduados en oftalmología y otorrinolaringología impartido en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional y fue asistente a distintas clínicas oftalmológicas de los Estados Unidos. En 1922 empezó a trabajar como oculista en la Asociación para Evitar la Ceguera, dos años después en el Hospital de Nuestra Señora de la luz. En este último, fue discípulo del distinguido oftalmólogo doctor Rafael Silva y del doctor Antonio Torres Estrada, de quienes adquirió muy importantes conocimientos en doctrina de la oftalmología, del primero y en la práctica de la cirugía ocular, del últimamente mencionado. Andando el tiempo, fue jefe de distintos servicios oftalmológicos de la ciudad de México; entre los principales, cabe mencionar el del Servicio Médico del Ferrocarril Interoceánico, el del Servicio Médico de la Cruz Verde, el Servicio de oftalmología del Hospital Colonia; fue oculista del Hospital Juárez cerca de dos años y del Hospital Español desde 1941 hasta casi el momento de su muerte.

Academia Nacional de Medicina

En el año de 1933 ocupó la presidencia de la Sociedad Mexicana de Oftalmología y en 1944, a la muerte del doctor Silva, fue elegido secretario perpetuo de la misma corporación. En este puesto permaneció durante 28 años, hasta su fallecimiento, cumpliendo siempre con todo empeño con los deberes de su cargo; todos recordamos con agrado el informe que año a año, en la última sesión, presentaba el secretario perpetuo, describiendo pormenorizadamente las labores científicas de la sociedad; la reunión de estos informes —que no faltaron ni una sola vez, repito, durante 28 años— constituye la mejor historia de la Sociedad Mexicana de Oftalmología en el último cuarto de siglo.

El doctor Chavira ingresó a la Academia Nacional de Medicina el 19 de diciembre de 1934 y pasó a la categoría de socio titular en 1951. Su dedicación a los estudios profesionales no le hizo nunca olvidar sus deberes cívicos, tomó parte en nuestras luchas armadas en las que, a pesar de su juventud, alcanzó un grado de oficial. Formaba parte del grupo de veteranos de la Revolución y tenía, por este motivo, la medalla correspondiente, así como la medalla de la Legión de Honor.

Entre los cargos internacionales que había desempeñado, con todo merecimiento y atingencia, estaban el de Vicepresidente de la Asociación Panamericana de Oftalmología, el de miembro del *Board of Governors del International College of Surgeons* y el de miembro del *Board of Trustees* de la misma asociación.

Su producción científica fue muy amplia; publicó ciento cinco trabajos o comentarios de trabajos sobre los temas más variados de oftalmología. Pero su interés por la medicina general, su buena formación en las materias básicas le permitieron presentar, también, varios trabajos sobre temas de medicina general no conectados directamente con la oftalmología, así como un grupo de comunicaciones acerca de investigaciones experimentales realizadas en el laboratorio de fisiología de la Facultad de Medicina, en colaboración con fisiólogos de profesión, sobre movilidad pupilar y transparencia del cristalino.

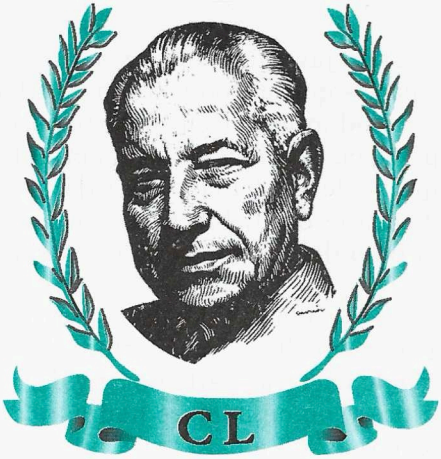
En este esbozo de relación biográfica, destacan fácilmente las características como profesionista del doctor Raúl Arturo Chavira: su dedicación infatigable al estudio, su interés por la investigación clínica y experimental, por esta última —acto muy meritorio— cuando, ya retirado de la enseñanza activa, empezó a concurrir regularmente al laboratorio de Fisiología de la Facultad. Así como su entrega a la docencia, desde el principio de

su carrera, y su inquietud por los problemas de medicina general y por las materias básicas.

Desde el punto de vista humano, el doctor Chavira tenía una cualidad relevante, la benevolencia. Era difícil para la crítica y prácticamente nunca se le oyó censurar a nadie; era, en cambio, fácil para el elogio que estimula y alienta. Por este motivo, siempre vivió rodeado de amigos en su vieja alma mater, la Escuela de Medicina de Guadalajara, en cada una de sus frecuentes visitas (la última, cuando llegó de improviso, hace pocos meses, para celebrar calladamente, en la intimidad, con los sobrevivientes del grupo de sus compañeros, los cincuenta años de su recepción profesional); en la Sociedad de Oftalmología en la que, cuando en los últimos tiempos, por razones de mala salud, su asistencia no era ya tan regular como antaño, su ausencia era notada y sentida; en los servicios de oftalmología de los distintos hospitales, en donde su prestancia siempre era recibida con agrado por los que nos considerábamos sus discípulos.

Sirvan estas palabras para dar a conocer muy brevemente la trayectoria del que fue un hombre bueno, útil para sus semejantes; sirvan para transmitir a su honorable esposa y a sus hijos los más sinceros sentimientos por su desaparición y la seguridad de que su memoria no podrá ser olvidada por los que tuvimos la fortuna de conocerlo personalmente y por los que en el futuro tengan que oír de él al repasar las páginas de la historia de la medicina mexicana.

Magín Puig Solanes



Alfonso G. Alarcón

El reglamento de la Academia Nacional de Medicina me ordena como un requisito hacer hoy el elogío de mi antecesor el Sr. Dr. Alfonso G. Alarcón. Este requerimiento más que ser una orden se convierte para mi en un honor ya que me permite, cumpliendo un deber de gratitud, justipreciar, al alabarlo desde esta excelsa tribuna, tres de sus aspectos humanos fundamentales: en primer lugar al hombre de ciencia que me deleitara con sus atrevidas concepciones, con la profundidad de sus conceptos y la galanura de su estilo. En Segundo lugar al maestro genial, que en su cátedra en las sociedades de Pediatría y Congresos Científicos expusiera su verdad, quizá a veces errónea, pero siempre honrada y sincera. Y en tercer lugar al amigo, que, ya estuviera en el poder o en la desgracia, me extendiera siempre su mano, enseñándome a conocer con su consejo y ejemplo cuanto existe de verdad y de mentira en el alma incomprensible de los hombres.

Alfonso G. Alarcón nació en Chilpancingo de Bravos, quieta ciudad encerrada entonces en la austeridad de la Sierra de Guerrero, el 25 de junio de 1884. Pasó allí su infancia, en la severidad de su paz provinciana. Al rayar el Nuevo siglo lo encontramos ya de estudiante en Puebla de los Ángeles donde elige la carrera de Médico Cirujano, recibiendo su título profesional el 23 de diciembre de 1911.

No sé por qué, el médico como el sacerdote, lleva clavada en el alma esa ansia de redención del doliente, esa hambre y sed de justicia de que nos hablara el Divino Nazareno. Así Alarcón,

desde aquélla prístina juventud entrega su corazón a su pueblo, a esa legión de parias que sufren y lloran en silencio su eterna derrota, su infelicidad infinita y en su triste miseria toda su espantosa desesperanza. Su alma de luchador ante esta tragedia no queda tranquila y forma, al lado de Aquiles Serdán, los primeros Clubs Libertarios de Puebla, juntos sufren la persecución, la crueldad y el odio del eterno sicario que existe siempre en toda dictadura.

Al triunfo de la Revolución Maderista es designado como Médico Sanitario en aquella su patria chica de adopción, Tampico, que debería de encerrar parte de su vida. Pero a pesar de su juventud, su prestigio de hombre honrado, capaz y decente lo lleva a los escaños de la Cámara de Diputados en 1913, forma parte de aquella legislatura heroica que, habiendo sido elegida realmente por el pueblo, supo enfrentarse con alarde de valor civil a las bayonetas, aún tintas en sangre, del usurpador Huerta y paga en la cárcel, en prisión que lo honra y lo enaltece, el pecado de querer que el pueblo, a quien representaba, fuera de verdad libre sin que conculcaran sus derechos, entonces la espada del militaroide y ahora la rapiña patológica de sus gobernantes.

Decepcionado, asqueado de ese contubernio odioso que es la política nacional, se refugia en el Puerto de Tampico y solo, autodidácticamente, se hace especialista en enfermedades de los niños. En aquella alborada de la Pediatría Mexicana donde destacaban los luceros de Ortega, Toroella, Escontría y Cárdenas de la Vega, se comienza a señalar la figura del pediatra provinciano cuyos trabajos, que aparecían publicados en los Archivos de la Sociedad de Pediatría de París, eran comentados por Wilemein, Mathieu, Marfan y Ribadeau-Dumas. En la República, la Revista Médica de Tampico y la Gaceta Médica reciben su entusiasta colaboración; así sus atrevidas concepciones empiezan a destacar en el medio médico nacional y algunos de sus brillantes artículos como «Dejemos que los niños mamen según su apetito» (1922) y «El miedo del alimento» (1924), aún parecen ser escritos por un pediatra norteamericanizado de esta era atómica. En 1927, en el VII Congreso Médico Nacional, presenta su inmortal «Dispepsia transitoria del lactante», que ameritó que en su primera edición francesa la prolongara llenándola de elogios, el mismo profesor Marfan. En el III Congreso Médico Panamericano sus trabajos de paludismo intrauterino y vagotonismo del recién nacido son recibidos y comentados con admiración y entusiasmo. Ya para entonces propuesto por tres ilustres académicos desaparecidos,

los doctores Landa, Torres Torija y Silva, es aceptado, en atención a sus méritos, como Académico Corresponsal de la Academia Nacional de Medicina, el 23 de octubre de 1929.

El gobierno de la República, alguna vez conciente del valor de sus ciudadanos, lo llama a la Capital para nombrarlo jefe de aquel servicio, hoy extinto, que creara aquel magnífico visionario de la Higiene materno-Infantil, el maestro Espinosa y de los Reyes. Poco tiempo después fue nombrado Secretario General del Departamento de Salubridad. Los entonces jóvenes médicos observamos un milagro que nunca ha vuelto a realizarse: el hecho increíble de que todo un señor secretario no llegara a sus oficinas en un «Cadillac» (estandarte económico de nuestros próceres gobernantes) sino en un modesto automóvil de alquiler, como podíamos hacer cualquiera de nosotros.

Pero los hombres como él no pueden hacer política, Alfonso G. Alarcón tenía el alma de un Quijote, el corazón de poeta y jamás mi Señor Don Quijote dobló la espada ante la sin razón de un poderoso, ni los poetas que lo son de verdad cambiaron por el oro manchado de latrocinios la santidad de sus ideales.

El 27 de marzo de 1936, la Academia Nacional de Medicina lo hace su miembro numerario y su obra académica, fecunda hasta el fin, se derrama en innumerables trabajos.

La Escuela Nacional de Medicina, con esa libertad de juicio que la honra, le abrió sus puertas aunque no fuera hijo de ella. El 1º. de enero de 1936 le confiere el puesto de Profesor Titular de Pediatría. Cargo que el doctor Alfonso G. Alarcón acepta gustoso a pesar del trabajo particular abrumador y de la responsabilidad de los altos cargos oficiales que ocupaba. Dicho puesto implicó para él grandes sacrificios y molestias de toda índole, pero su amor acendrado a la infancia desvalida y doliente, fue el motor que lo impulsó a conseguir desde el aula donde dar clase, hasta llevar el material clínico y elementos de estudio, ya que la facultad desgraciadamente carecía de un hospital clínico universitario.

Debido a esas razones dio su clase en un centro asistencial, el José Ma. Rodríguez, cercano a los hospitales. Su cátedra fue un imán poderoso que atrajo año con año un número considerable de estudiantes.

Pediatras eminentes hay muchos, se puede ser un sabio maravilloso pero pésimo profesor, Alarcón fue un maestro nato de extremadas facultades pedagógicas a las que ayudaban su erguida figura y su cabeza nevada para imponer respeto y confianza a la

vez. Su bondad innata, su claridad de expresión y su palabra florida atrajeron también a muchos jóvenes médicos que, bajo su auspicio, emprendieron el difícil camino de la Pediatría y de la enseñanza.

Su ausencia fue y será siempre un hueco difícil de llenar en el profesorado de Pediatría de la Facultad que lo recordará siempre con simpatía y cariño.

El año de 1952, el remordimiento de los dioses de la política mexicana le ofrecen la senaduría por su Estado natal; el doctor Alarcón, en su innata honradez, no acepta el cargo como una dádiva y hace, como si viviera en 1912, una campaña electoral, recorriendo todos y cada uno de los municipios de su estado; auscultando a su pueblo, oyendo sus miserias, conociendo realmente sus problemas. El voto popular verídico lo unge como Senador; de esa manera el Senado la Cámara Alta gana un paladín que impulsó el Código de Protección a la Infancia, salvando todos los obstáculos, dejándolo listo para su discusión y aprobación del Poder Legislativo. Sin embargo, desafortunadamente el roble que antaño desafiara impertérrito el rayo, comienza a ser añoso y el alma presiente, allá en lo más íntimo, que es tiempo de volver a su creador. Dentro de su fecunda, gloriosa, obra poética, recogo algunas estrofas de aquella su «Creación», que nos habla admirablemente de su estado anímico:

Aleluya corazón
que conservas la virtud
de aún latir con ilusión
ante las que siento son
las puertas de la senectud.
Apacible lentitud
la del paso que me avisa
que solo queda ceniza
de la ardiente juventud.
Suena el toque de oración
y a su lamento sonoro
van las estrellas en coro
esmaltando la extensión.
Digamos con emoción
Y con íntimo decoro
Aleluya corazón...

Y aquel corazón que había latido por causas justas, por el amor a su patria y a su prójimo, dejó de vivir la mañana del 21 de no-

viembre de 1953. Murió trabajando hasta el fin, luchando contra la injusticia, contra la ingratitud y la perfidia de los que se llamaron sus discípulos y amigos que, encumbrados altos puestos médicos, no vacilaron en vender al maestro como judas redivivo por los mismos treinta dineros. Su puesto de senador fue la causa de su envidia y por ella fue atacado injusta y cruelmente en su lecho de moribundo.

Pero a pesar de todo Alfonso G. Alarcón murió en la batalla, como un soldado muere —como diría mi maestro Ramón Prado— como mueren los heroes, como mueren los astros con reflejos de aurora y la frente coronada de estrellas.

¡Maestro Alarcón que en este momento me oyes! Recoge la oración que hoy hago en tu memoria. Se mi guía en mis labores en la Academia, para que mi pobre obra sea algún día como lo fue la tuya, fructífera, sana y honrada para esa niñez que tu quisiste tanto: la infancia infeliz de este nuestro desgraciado México.

Antonio Prado Vértiz

Antonio Prado Vértiz

Gustavo Argil y Camacho

Parece que estás aquí, me miran a través de los espejuelos tus ojos que inquieren con curiosidad lo que voy a decir. Tu sonrisa grata me estimula y sabemos los dos que quedaremos contentos después de estas palabras.

Una de las más hermosas virtudes que el hombre puede tener es la gratitud. Más elevada aun cuando la muerte llega. La virtud de recordar una vida fiel y productiva enaltece a la par al hombre que la recuerda y al desaparecido. Por eso tu, mi buen maestro, gozaste en vida este momento, tuviste la seguridad que ya muerto tu institución no te olvidaría. Porque esta Academia tiene el escudo de oro de la gratitud. Bastaría la contemplación de la galería de expresidentes desaparecidos para confirmarlo. Todo el que los conoció los recuerda con cariño y a menudo con veneración.

Don Gustavo Argil, muchacho recio y empeñoso, todavía como estudiante funda en el año de 1920 la revista «Medicina», porque ama su carrera, a sus compañeros y su escuela. Nadie podía sospechar que esa modesta revista iba a tener un tiempo de vida que desbordaría el medio siglo, iba a estar inscrita en los índices internacionales de publicaciones más serios del mundo.

Ya recibido piensa en su carrera hospitalaria, en seguir por la senda del estudio, de la convivencia de hospital. Mantener al lado de su ejercicio profesional, otro ejercicio de tipo científico, que le permita ser un médico preparado en las disciplinas de la ciencia y del arte de nuestra bendita profesión.

Con gran apego toma, bajo el patrocinio del maestro Aquilino Villanueva, un lugar en el laboratorio de pruebas funcionales del servicio de vías urinarias superiores, empeñándose en conocer la cara médica de esa especialidad. En verdad no había nefrólogos en ese tiempo, y resulta ser el primero y contar poco después con discípulos que vendrían a llenar el hueco de esa especialidad.

Comienza a publicar trabajos, a interesarse por todo lo que se hacía en el extranjero a ese respecto; el intercambio de su revista le sirve para asomarse al campo internacional de las enfermedades del riñón, y por fin, ya maduro, después de muchos años, forja su libro «Patología Renal», que había de alumbrar la mente de muchos estudiosos en esa especialidad.

Contrae matrimonio con Fanny Aguilar, médica también y se ensancha así su visión humana. Su vida familiar y social se equilibra con el nacimiento de los hijos; la familia se forma y se desarrolla, ya no está uno aislado en la vida. Creyentes y no creyentes saben que este es el camino recto del hombre de bien.

En lo profesional su prestigio se extiende. Maestro de la Facultad dicta con brillantez su cátedra, ya en España fue invitado para redactar en el Tratado IberoAmericano de Medicina Interna el capítulo correspondiente a la patología del aparato urinario. En su revista «Medicina» vieron la luz muchos artículos y también reseñas de libros. Tuve el privilegio que alguno de mis libros recibiera la amable atención de su comentario. Ingresó a varias sociedades científicas y tuvo el rango de académico. En compañía de varios colegas funda la Sociedad de Medicina Interna.

En lo docente llega a ser director de su querida Escuela Nacional de Medicina, y viaja a varios países para estudiar el funcionamiento de las mismas y aplicar, adaptándolos a nuestro ambiente, muchos de los adelantos que ahí constatara. Poco antes de morir recibió a una comisión de la Asociación Mexicana de Médicos Escritores, que le entregó un diploma como reconocimiento por su labor como precursor y promotor de las letras médicas mexicanas.

Es imposible reseñar su labor completa en los puestos que ocupó. Fue su vida larga llena de muchas distinciones; su tenacidad en el trabajo y su perseverancia le valieron la confianza de altos funcionarios.

Mencionaré solamente que en la Secretaría de Salubridad y Asistencia ocupó varios puestos antes de ser nombrado por el Presidente de la República Oficial Mayor y posteriormente, Sub-

secretario del ramo. Ahí como en todas partes, se empeñó en dar sus mejores frutos.

Garza Toba dice de él: «Hombre convencido de vivir para un ideal. Su exquisita sensibilidad artística y científica se aunaban a su modestia y dignidad. Sus grandes aventuras las pasó en su consultorio, en su hospital, en su laboratorio».

Y ahora vuelvo al principio. Don Gustavo Argil, me parece que estás aquí. Recibe de todos nosotros el abrazo fraterno y la seguridad de que no te has muerto en nuestras mentes, ya que lo agudo del recuerdo, hará que tu vivas tanto como vivan nuestras transitorias personalidades.

Carlos Véjar Lacave

secretario del ramo. Ahí como en todas partes, se empeñó en dar sus mejores frutos.

Gaetra Toba dice de él: «Hombre convencido de vivir para un ideal. Su exquisita sensibilidad artística y científica se aunaban a su modestia y dignidad. Sus grandes aventuras las pasó en su consultorio, en su hospital, en su laboratorio».

Y ahora vuelvo al principio. Don Gustavo Argil, me parece que estás aquí. Recibe de todos nosotros el abrazo fraterno y la seguridad de que no te has muerto en nuestras mentes, ya que lo agudo del recuerdo, hará que tu vivas tanto como vivan nuestras transitorias personalidades.

Carlos Véjar Lacave

Enrique Beltrán Castillo

Es para mi un gran honor presentar este breve comentario en memoria del doctor Enrique Beltrán Castillo.

Mexicano de nacimiento, vio la luz por primera vez en la ciudad de México, el 26 de abril de 1903, en donde murió 91 años después, el 23 de octubre de 1994. Su amor por la naturaleza fue un hecho manifiesto desde su juventud, y en especial por los protozooarios, animales microscópicos cosmopolitas, muy abundantes e importantes, pues desde sus días como alumno de la Escuela Nacional Preparatoria, compró por cinco pesos un microscopio de segunda mano, y cuando en 1920 se inscribió en la especialidad de Ciencias Naturales de la Facultad de Altos Estudios, instaló en su casa un laboratorio pequeño, con escaso instrumental, reactivos y vidriería, así como su microscopio, ya con un condensador y tres objetivos acromáticos. Me imagino su emoción al perseguir en el microscopio a protozoarios ciliados de vida libre durante su rápido movimiento, como el famoso paramecio.

Durante su carrera mostró interés por la investigación convirtiéndose en 1922 en alumno agregado en la Dirección de Estudios Biológicos. El doctor Beltrán obtuvo su titulo de Profesor Académico en Ciencias Naturales en la Facultad de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México, el 6 de diciembre de 1926, siendo con esto el primer graduado de esta disciplina en el país.

De 1931 a 1933 el doctor Beltrán fue becario de la Fundación Guggenheim para realizar estudios de Biología Marina y Proto-

zoologia, y tomó un curso impartido en la Laboratorio de Biología Marina en Woods Hole, Massachussets. EI 6 de mayo de 1933, obtuvo el grado de Doctor en Filosofía de la Universidad de Columbia y volvió a México, a pesar de las invitaciones que le hicieron para quedarse en los Estados Unidos.

Su actividad profesional se inició siendo maestro, actividad que continuó toda su vida, paralela a todas las otras actividades profesionales que realizó. Fue maestro en la misma facultad en la que había sido alumno, también dio clases de Zoología y Biología en la Escuela Nacional Preparatoria durante 27 años, misma que lo nombró emérito en 1990. Una designación igual le otorgó tanto la Escuela Nacional de Agricultura en Chapingo como la Universidad Nacional Autónoma de México, siendo decano de la Biología en México. En la Escuela Nacional de Maestros, dictó Biología educacional durante 12 años y fue profesor de Zoología, de Historia de las ciencias biológicas y de Conservación de los recursos naturales, en la Escuela Normal Superior durante ese mismo período, institución que lo designó Maestro en Ciencias Biológicas Ex-Oficio. Estas mismas materias las impartió en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional de 1940 a 1958.

El doctor Enrique Beltrán con su enorme optimismo, sabiduría, energía y fe, creó instituciones en el área de las Ciencias Naturales, mismas que le han dado a México una gran parte de los cimientos sobre los que las generaciones actuales seguimos construyendo nuestro país. En 1927, fundó la Estación de Biología Marina del Golfo y en 1933 el Instituto Biotécnico. Junto con otros eminentes científicos fundó la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas en 1938 y en 1939 el Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales (ISET), ahora llamado Instituto Nacional de Diagnóstico y Referencia Epidemiológicos (INDRE), en el que fue Jefe del Departamento de Protozoología y consolidó su labor como investigador en esta área.

Durante la inauguración de dicha institución, el doctor Beltrán comentó que era la primera piedra para lograr la búsqueda sistemática de los parásitos humanos, para determinar su incidencia en diversas condiciones y para describir las posibles peculiaridades que puedan presentar en nuestro medio. Su estancia en el ISET, ahora INDRE, de 1939 a 1951, culminó con la publicación de alrededor de 150 artículos originales que aparecieron en revistas nacionales y extranjeras y que tratan principalmente sobre paludismo, protozoarios intestinales y *Endamoeba gingivalis*.

Sus investigaciones en protozoologia asociada a problemas de nomenclatura zoológica y su interés de unificar la terminología utilizada, lo llevaron a establecer contacto con múltiples protozoólogos en todo el mundo y a presidir la Sección de Nomenclatura del Congreso Internacional de Zoología, en donde se sentaron las bases para la regularización de la nomenclatura y la taxonomía de los grupos zoológicos de importancia práctica en la medicina humana y veterinaria y en las ciencias agrícolas. A propuesta suya se conformó la Comisión Permanente de Nomenclatura en México. Esta etapa de su vida culminó con la publicación de dos libros que aparecieron en 1948: «Los Protozoarios Parásitos del Hombre» y otro escrito en colaboración con el doctor Aguirre Pequeño, titulado «Lecciones de Paludología». Una muestra notable de su trascendencia en la protozoología, es que diversos investigadores extranjeros y nacionales han nombrado 16 especies de protozoarios con el nombre del doctor Enrique Beltrán, a saber: *Nyctothrus beltrani, Pterophyla beltrani, Hyla beltrani, Trachelomonas beltrani, Mycotydeus beltrani, Giardia beltrani, Dalurela beltrani, Wahikamplia beltrani, Trombicula beltrani, Eosentomon beltrani, Cyprinodon beltrani, Phlebolomus beltrani, Plasmodium beItrani, Platynosomun beltra ni, Beltramia crenalifolia y Nythoteroides enriquebetlrani.*

Para entonces, el doctor Beltrán ya había incursionado en otra de sus áreas de interés y que actualmente tiene una importancia vital para México, los recursos naturales. Fundador de la Revista de la Sociedad Mexicana de Historia Natural, publicó el primer artículo en el primer número de la revista, titulado «Los Recursos Naturales de México. Lineamientos para una Política de Conservación». Este título sintetiza lo que va a ser su campo de actividad más importante en los siguientes 37 años, con 137 publicaciones, entre ellas 12 libros, y su infatigable dedicación a la enseñanza de esta materia. Fue la primera persona en México en plantear la importancia de la educación en la conservación, así como la necesidad de utilizar la investigación científica para sustentar las políticas sobre el tema. La Sociedad de Historia Natural y su revista, fueron durante décadas, lugar de reunión y medio de publicación de todos los jóvenes científicos, iniciándose en ecología y ciencias afines. En una de estas reuniones, tuve el placer de conocer al doctor Enrique Beltrán.

Preocupado por los problemas de la investigación en México, escribió un trabajo titulado «La investigación científica en

México, su raquitismo actual y manera de promoverla», lo que contribuyó a que en 1935, se creara el Consejo Nacional de la Educación Superior y de la Investigación Científica, predecesor del actual Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología. Por su mismo interés en investigación asociada a recursos naturales, fundó el12 de diciembre de 1952, el Instituto Mexicano de Recursos Naturales Renovables, del que fue director. El Instituto constituye la primera acción para fomentar el estudio de los recursos naturales por medio de conferencias, mesas redondas, promoción de investigaciones y el valioso acervo de publicaciones que reunió. El papel relevante en el desarrollo y consolidación de la ecología de México, ya es parte de nuestra historia, ya que en sus diversas acciones en torno a los recursos bióticos y su conservación, la actividad del doctor Beltrán fue totalmente innovadora y muy fecunda, no sólo fue el primero en México en abordar en forma global la conservación de los recursos bióticos, fue también una de las personas determinantes en el actual desarrollo de la ecología mexicana.

Esta presentación de la vida académica del doctor Beltrán, podría continuar con la descripción del gran número de puestos administrativos que desempeñó, desde su membresía en consejos y comisiones, la participación en conferencias y congresos nacionales e internacionales, hasta en su actividad vital en sociedades y revistas. En cambio, quisiera hacer mención de la extraordinaria biblioteca protozoológica que con los años formó y que le valió con justificada razón, el calificativo de «tan impresionante como Teotihuacan», que le diera el doctor Karl Grell, distinguido colega alemán cuando visitó México.

La biblioteca incluye todos los textos aparecidos desde el de Joblot en 1792 hasta el más reciente, por supuesto están ahí también los facsimilares de las cartas que Leewenhoek envió a la Real Sociedad de Londres, en donde daba cuenta de sus descubrimientos y todas las series completas de las seis revistas especializadas en protozoología y cerca de veinte mil sobretiros empastados y canjeados que recibió durante su vida activa de investigador.

Vale la pena mencionar que su etiqueta de *Ex-libris* muestra el microscopio que utilizó Leewenhoek, así como un esquema de Vortícella, que es uno de los primeros protozoarios descubiertos hace más de 300 años. La biblioteca también incluye los 20 libros de texto del que fue autor o coautor, además de otros 15 que junto con 400 artículos, han fortalecido la enseñanza, la in-

vestigación y la orientación de las ciencias biológicas de nuestro país y han tenido gran influencia en los medios académicos del extranjero.

Termino señalando el interés del doctor Beltrán por la historia de la ciencia, ya que, como se acostumbraba decir en la antigüedad, forma parte de la sucesión de individuos que se pasan unos a otros la antorcha de la ciencia, alentados por la búsqueda sin fin que caracteriza al científico y por el patriotismo del que todos esos hombres dieron prueba, y a los que ahora se ha unido el doctor Beltrán cuya visión, sabiduría e influencia política en nuestro país tuvo una gran trascendencia.

Agradecimientos Al doctor Eduardo López Ochoterena por la información que me facilitó para elaborar esta presentación.

Ana Flisser

Francisco Calderón Caso

Nos hemos reunido esta noche para rendir respetuoso homenaje a la memoria de un distinguido y culto cirujano dentista, al parecer el primero en pertenecer a la Academia Nacional de Medicina.

Para mí es ésta por su tradición y por la trascendental labor que está llevando a cabo, la más respetable institución científica de México. La Corporación lleva más de un siglo de existencia; a pesar de las peripecias que sufrió durante muchos años, hoy su vida fecunda al servicio de México es admirable. Como bien se sabe, es el órgano consultivo del gobierno, cuando de medicina se trata.

A esta respetable Corporación ingresó el doctor Francisco Calderón Caso. Su candidatura fue apoyada por prestigiados personajes, como los distinguidos médicos y maestros Ignacio Chávez, José Joaquín Izquierdo, Alfonso Pruneda y Francisco de P. Miranda. Es admitido el 20 de mayo de 1936 y ocupa el sillón de Odontología. El 13 de enero de 1937 da lectura a su trabajo inaugural bajo el tema: «Infección focal dentaria», estudio de gran interés académico, publicado en la Gaceta Médica de México en 1937. En varias ocasiones fue comisionado para representar a la Academia en asambleas y convenciones médicas y dentales.

Nació el doctor Francisco Calderón Caso el 27 de enero de 1890 en la ciudad de Puebla de los Ángeles, de una distinguida familia, siendo sus padres el doctor don José M. Calderón y la señora doña Luisa Caso de Calderón.

Hizo Calderón Caso sus primeros estudios primarios y de bachillerato en el Colegio del Estado de Puebla. Sus estudios profesionales de cirujano dentista los realizó en la ciudad de México, en el Consultorio Nacional de Enseñanza Dental. El 18 de abril de 1913 es el primer examinado en la Escuela Nacional de Odontología, ya que con anterioridad los alumnos estudiaban y se examinaban en el Consultorio Nacional de Enseñanza. Dental, dependiente de la Escuela Nacional de Medicina. Ese Consultorio Nacional de Enseñanza Dental había sido fundado en México por decreto del presidente de la República, Don Porfirio Díaz, el 19 de abril de 1904.

El doctor Calderón Caso presentó como tesis profesional la de «Afecciones del sello maxilar, diagnóstico y tratamiento». Ansioso de estudios superiores, se graduó más tarde en ciencias biológicas, en las que obtuvo el doctorado de la Universidad Nacional de México en el año de 1930. Ya en 1927 había obtenido además, de la Escuela Libre de Derecho, el título de abogado en 1927, pero nunca llegó a ejercer la abogacía.

La cátedra de ortodoncia la obtuvo en la Escuela Nacional de Odontología en 1916, fue su titular hasta edad muy avanzada. También fue jefe de clínica de oro y porcelana, en el lapso de 1928 a 1930.

Por su lealtad y rectitud dentro de la tan llamada política universitaria, cuando hacía falta una personalidad conciliatoria, a don Pancho, como lo llamábamos cariñosamente, se le pedía ocupar interinamente la dirección de la Escuela Nacional de Odontología, y así ocurrió en varias ocasiones.

Como profesor de ortodoncia, fue de los pocos que practicaban entonces esta especialidad, originalmente introducida en México por el doctor José J. Rojo al principio de este siglo, después de asistir en 1904 a un curso de ortodoncia que duró ocho semanas, dado en San Luis, Missouri, por el doctor Edward H. Angle, considerado como el padre de la ortodoncia moderna. En México, el doctor Calderón Caso fue un pionero de la ortodoncia, pues era poco conocida la especialidad, que como es sabido consiste en corregir las malas oclusiones dentarias, sobre todo en niños.

Conocí al maestro Calderón Caso en la cátedra de ortodoncia por el año de 1931, donde tuvo para mí muchas atenciones por haber yo demostrado gran interés en su cátedra y por la ortodoncia misma, ya que me apasionaba desde la escuela, siendo yo alumno de mayor edad que mis condiscípulos. La bondad era innata en el maestro Calderón Caso y así se estableció una relación

por muchos años, muy agradable, de camaradería y de respeto, que yo le profesaba como mi maestro que era.

También formó parte más tarde del grupo fundador de la Asociación Mexicana de Ortodoncia, la que con el correr de los años organizó cinco convenciones médico-dentales de mucha trascendencia nacional.

En 1933 fue nombrado presidente del Tercer Congreso Odontológico Nacional, y tuve el honor de colaborar con él como encargado de la exhibición comercial e industrial, que se llevó a cabo por primera vez en la misma Escuela Nacional de Odontología, entonces en la calle de Argentina, acontecimiento que tuvo éxito por la cantidad de trabajos científicos presentados y por la enorme asistencia.

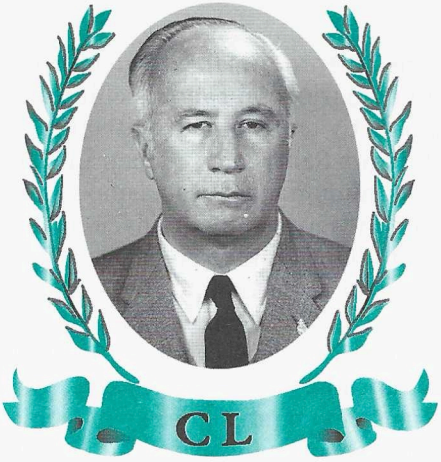
En 1950 solicitó de esta Academia pasar a la categoría de socio titular, lo que se acordó favorablemente el 28 de junio del mismo año.

Entre los años 1937 y 1944 presentó varios interesantes estudios, publicados en la Gaceta Médica de México, así como en revistas odontológicas. Forman parte de ellos: «Fracturas de maxilares; donde la ortodoncia deja lugar a la cirugía y Odontología preventiva» (Gaceta Médica de México 6B, 1938); «El dentista y la salud de los niños» (Gaceta Médica de México 71, 1941); «Endocrinología y la práctica estomatológica» (Gaceta Médica de México 73, 1943); «El cuidado de la boca de los niños» (Gaceta Médica de México 74, 1944); «Caso de actinomicosis del maxilar inferior» (Revista Odontológica, 1927); «Tratamiento de fractura total del maxilar inferior» (Revista Odontológica, 1935); «Puntos de ortodoncia» (Boletín Odontológico Mexicano, 1935).

El doctor Calderón Caso falleció el 13 de enero de 1974 en esta ciudad, a la edad de 84 años, después de que nueve años antes había decidido retirarse de la enseñanza y del ejercicio profesional. Siempre cortés, ponderado y caballeroso con sus discípulos y enfermos, vivió y murió sin ruido ni ostentación.

Ahora lamentamos su fallecimiento como académicos, como amigos, y como discípulos; nos unimos a los miembros de la distinguida familia Calderón Caso y les aseguramos nuestro respeto y reconocimiento por haber sido él un buen mexicano, como lo demuestran sus seis hijos, que fueron educados en un alto nivel moral y de ilustración, que de verdad honran a sus padres.

Samuel Fastlicht



Ismael Cosío Villegas

Se iniciaba la década de los veintes. El periodo militar de la Revolución parecía terminado. Una explosión de energía vital, acumulada durante la década anterior se liberó manifestándose en todos los órdenes y en todos los ámbitos del país. El auge petrolero, el desafío a los poderosos vecinos del norte al mantener suspendidas las relaciones diplomáticas por cuatro largos años, gesto altivo de dignidad que naufragó en el pantano de los Tratados de Bucareli.

Vasconcelos y Antonio Caso demolían el positivismo, liberando el pensamiento mexicano y enfilándolo a otros cauces más fecundos y generosos. El primero, José Vasconcelos, calificado como «el hombre más constructor de la América Hispana» según la atinada frase de Gabriela Mistral, restauraba la Universidad y emprendía la más fulgurante y vigorosa campaña educativa y cultural que se haya visto en el país. Galvanizó con su prodigiosa energía y entusiasmo todas las manifestaciones del saber; llamó a los pintores Rivera, Orozco, Siqueiros, Charlot, Mérida, Dr. Atl, los impulsó y auspició y les entregó los muros de los edificios públicos; patrocinó así el portentoso movimiento muralista. En literatura irrumpía una generación joven y pujante de poetas y escritores: «Los contemporáneos» VilIaurrutia, Novo, Cuesta, Pellicer, Owen, Torres Bodet. Samuel Ramos iniciaba su filosofar sobre lo mexicano .

La generación de los «Siete Sabios» y sus contemporáneos comenzaban sus actividades en el campo de la economía, de la

política y del pensamiento social. Se celebraron fastuosamente las Fiestas del Centenario, con eventos culturales de primer orden en música, ballet y teatro. La arquitectura se renovaba con el impulso de Obregón Santacilia y Villagrán. En todos los órdenes de la actividad humana, el entusiasmo y la efervescencia se encauzaban hacia un vigoroso y sano nacionalismo.

La juventud estudiantil tomaba parte, exaltada, en todas esas manifestaciones; bajo el patrocinio de Vasconcelos tuvo lugar aquí en México, en 1921, el Primer Congreso Internacional de Estudiantes; su presidente fue Daniel Cosío Villegas, hermano de nuestro homenajeado.

La medicina participó también de ese movimiento renovador. Hubo de reconstruirse, pues fue arrasada por el huracán revolucionario. Sus nuevos conductores surgieron con gran vigor. Don Fernando Ocaranza, esa grande y noble figura tan injustamente olvidada por las generaciones actuales, quien proclamaba que la medicina debería regirse por el pensamiento fisiológico; Rosendo Amor, que renovó la Escuela Nacional de Medicina, cuando ocupó la dirección; Gastón Melo, Manuel Gea González, Gonzalo Castañeda, por no mencionar sino a unos cuantos de los muy importantes maestros que impulsaban generosos la medicina nacional.

Los alumnos tomaban parte muy activa en esas inquietudes; se fundó la Sociedad de Alumnos, que tuvo como primer presidente a Gustavo Baz; desde el periódico El Cáncer, dirigido por Raoul Fournier, se atacaba virulenta y furiosamente a los profesores que a juicio de los alumnos eran incompetentes.

Entre el estudiantado de aquellos años destacábase, con recios perfiles, un estudiante descrito por uno de sus maestros como «joven alto y flaco, de respuestas prontas y a veces aceradas de ademán altivo», que por su gran talento, su magnética personalidad, por ser un estudiante que alcanzó las más elevadas calificaciones, por su concepto dionisiaco y epicúreo de la vida se convirtió en el líder de su generación y ocupó, hecho insólito, por dos veces consecutivas la presidencia de la Sociedad de Alumnos. Encabezaba un grupo cuyas andanzas estudiantiles han pasado a la posteridad con aureolas de leyenda: «Los Trece de Medicina».

Su nombre, Ismael Cosío Villegas, hijo de Don Miguel A. Cosío y de Doña Leonor Villegas. Recibió su título profesional en diciembre de 1926 y su tesis versó acerca de la patogenia de la angina de pecho; sus inclinaciones parecían gravitar hacia la cardiología.

Por sugestión del Maestro Chávez orientó sus actividades hacia la tisiología y la neumología. No existía por aquel entonces la especialidad. Aceptó la sugestión y el ,desafío que ello significaba y solo, con su estetoscopio, dirigió sus pasos hacia el viejo y destartalado pabellón 26 del Hospital General. A aprender la disciplina, a aprender solo, sin maestro ni guía, como un autodidacta, con todo el mérito que esto significa. Llevaba como armas su recia formación clínica, su gran talento y disciplina mental, una férrea voluntad y determinación de triunfo.

Con esas armas, pero desprovisto de los más elementales medios físicos de trabajo, solo con su estetoscopio en aquel frío pabellón, albergue de enfermos muy avanzados en etapas terminales de su mal, emprendió la marcha ascendente. Atraídos por su carismática personalidad y por su calidad magisterial, pronto se agruparon a su alrededor alumnos que formaron el núcleo inicial de la neumología mexicana.

Cosío poseía las características de un gran maestro; rigor y lógica, disciplina y brillantez, matizaba sus enseñanzas clínicas con exposiciones de su gran cultura. Lector interesado en la literatura, melómano asiduo; apasionado por los problemas sociales. Valiente y firme en sus convicciones como lo demostró toda su vida. Su epicureismo no mellaba su inflexible disciplina ni su adherencia al trabajo constructivo. Los alumnos, no obstante su rigor y su exigencia lo seguíamos y lo amábamos, porque veíamos en él a un auténtico maestro, que tiene la cualidad de hacer de cada discípulo un amigo.

Su fidelidad a la amistad es inquebrantable, su lealtad a sus maestros, a la memoria de ellos es ejemplar; su devoción y cariño hacia Don Manuel Gea González, Don Gastón Melo y Don Ignacio Chávez, siguen intactas.

En el Hospital General fundó su primera escuela, brillante y prolífica, que ha producido figuras tan distinguidas como Alejandro Celis, Carlos Pacheco, Raid Cicero, José Kuthy y a quién rige los destinos y el gobierno de la Universidad: el Rector Octavio Rivera.

En 1936 pasó al Sanatorio de Huipulco y ahí, hombro con hombro con otro ilustre maestro de la neumología, Donato Alarcón, fundó otra escuela también brillante y prolífica. Surgieron de ella Miguel Jiménez, Fernando Rébora, Fernando Katz, el fino talento de Horacio Rubio Palacios, por no mencionar sino a unos cuantos. Otro de sus discípulos, Carlos Noble, fundó el hospital de Neumología del Instituto Mexicano del Seguro Social, que ha dado excelentes frutos.

El Sanatorio «Manuel Gea González» fue planeado, construido, organizado y equipado totalmente por Cosío Villegas, pero por uno de esos cambios caprichosos, arbitrarios, de la política nacional, le fue escamoteada la dirección de esa institución.

Vemos pues que la labor de Don Ismael, su escuela, no se limitó a una sola institución, a un solo hospital o servicio. En toda la extensión de la República, laboran discípulos formados por él; son legión. Sólo mencionaré a dos por su transcendencia: Manuel Nava Martínez, quien escribió su tesis en 1929 sobre broncografía, realizó una reforma profunda en la Universidad de San Luis Potosí; transformó la escuela de medicina, le trazó el derrotero que hasta hoy ha seguido y la convirtió en una de las mejores del país; restauró la dignidad cívica de los potosinos. al enfrentarse y doblegar al cacique que pretendía atropellar a la Universidad. Joaquín del Valle, quien ha llevado en Torreón una trayectoria similar; su escuela de medicina, que él estructuró y dirige, también es una de las que puede servir de ejemplo en el país. Don Ismael formó a ambos y fue su consejero.

En 1929 fue invitado por Don Aquilino Villanueva a fundar y dirigir la Campaña de Lucha contra la tuberculosis. Construyó los primeros dispensarios, inició la erección del Sanatorio de Huipulco y organizó el primer curso de posgrado en tisiología para adiestrar personal para esas instituciones.

En dos ocasiones más ha sido jefe de la Campaña: en 1938 y luego en 1943, cuando Don, Gustavo Baz revolucionó la salubridad, la asistencia médica y el movimiento hospitalario dándoles un impulso tan vigoroso y constructivo, que actualmente todavía estamos recogiendo los frutos de lo que Gustavo Baz y sus colaboradores sembraron en esa época.

Fue entonces cuando Cosío Villegas inició la construcción y la planeación de actividades del laboratorio para fabricar la vacuna BCG. Con la colaboración de Gómez del Campo se ampliaron y se intensificaron las labores del Catastro Torácico; se construyó el pabellón quirúrgico de Huipulco, con 100 camas. Se terminó la construcción del Sanatorio Manuel Gea González. Organizó numerosos cursos de posgrado. Se iniciaron los Congresos Nacionales de Tuberculosis y Silicosia, que se siguen celebrando hasta la fecha. Por el decidido apoyo a la fecunda labor llevada al cabo por Cosío Villegas, la Sociedad Mexicana de Tuberculosis nombró a Gustavo Baz Presidente Honorario.

Largo y prolijo sería enumerar las distinciones y honores que ha recibido de sociedades mexicanas y extranjeras. Prefiero se-

ñalar su obra constructiva. Reunió a su alrededor al grupo que se llamó la Sociedad de Amigos del Bacilo de Koch, que constituyó la raíz y núcleo de lo que posteriormente fue la Sociedad Mexicana de Tuberculosis. Fue presidente del Octavo Congreso panamericano de Tuberculosis en 1949. En Hermosillo se le acaba de nombrar presidente honorario de la Sociedad de Neumología y Cirugía de Tórax.

Es autor de más de 150 trabajos, guía e impulso de innumerables tesis; escribió una monografía sobre absceso de pulmón y un libro ya clásico sobre Enfermedades del Aparato Respiratorio, con la colaboración, en recientes años, de Alejandro Celis y de Miguel Cosío Pascal, que ha alcanzado múltiples ediciones.

El hombre cuyos merecimientos han sido escuetamente esquematizados, el maestro creador y conductor fue objeto de un atropello vergonzoso. Siendo Director del Sanatorio de Huipulco, al estallar el conflicto médico no vaciló un momento; a pesar de ser alto funcionario, de su investidura de director, fiel a sí mismo y sus convicciones y principios, se colocó decidida y valerosamente del lado de los jóvenes residentes. La brutal reacción no se hizo esperar, el ucase dictatorial que despojó al dignísimo Maestro de su investidura y de su cátedra. Fue en vano que fieles discípulos como Alejandro Celis y Carlos Noble ofreciesen sus salas de hospital para que el Maestro continuase en la cátedra; la irracional inquina hasta esas puertas le cerró. Fue este el primero de los atropellos y vejaciones que se cometieron contra la vida universitaria; le siguieron los bochornosos sucesos que causaron la salida del Maestro Chávez de la Rectoría de la Universidad Nacional y que culminaron en Tlatelolco.

Maestro Cosío: esta Academia se honra en recibirlo a usted con la investidura de Miembro Honorario por sus altos méritos. Pero este acto es además un acto de desagravio por el atropello del cual fue objeto.

Usted llena plenamente aquella máxima de Antonio Caso: «Igualar con la vida el pensamiento». Sea usted recibido con la salutación del Dante a Virgilio: *Tu duca, tu maestro e tu signore.*

Fernando Quijano Pitman

Sólo unas breves palabras para recordar a una de las personalidades médicas más fuertes en la medicina mexicana durante el siglo XX.

De gran inteligencia, creador de una especialidad en el ámbito nacional, líder natural, formó una pléyade de especialistas que batallaron contra la tuberculosis en aquellos años en que la enfermedad diezmaba al país. Desarrolló su labor en el Hospital General, en la Campaña contra la Tuberculosis, en el Hospital de Huipulco y en la docencia en la Escuela Nacional de Medicina.

Lo veíamos llegar al Hospital General para impartir su cátedra, rodeado de su séquito, mientras esperábamos a nuestros maestros Miguel Jiménez, discípulo muy allegado a él durante muchos años. Algunas veces lo veíamos en Huipulco a donde concurríamos para ver la cirugía torácica en la década de los cuarenta.

Después, a mi regreso de los Estados Unidos de América del Norte lo encontraba los domingos en la mañana en el anfiteatro del Hospital General practicando las técnicas quirúrgicas en el cadáver, acompañado de Jaime Granados.

Cuando ingresé a la Academia Nacional de Medicina, en 1960, él era el Vicepresidente y me prendió la venera que me impuso el Presidente Efrén del Pozo.

Como Presidente de la misma en 1961, le tocó el cambio de sede, de la Antigua Escuela de Medicina al Centro Médico Nacional. Promovió la creación de una Asociación Médica Nacional para defender los derechos de la profesión pero intereses ajenos hicieron fracasar la gestión.

Muchos años después recurrió a mi como médico y hube de operarlo en dos ocasiones, primero de una cadera y luego de la otra y a raíz de eso lo conocí en la intimidad de su hogar al lado de doña Enriqueta.

Poseía grandes cualidades, entre otras la inteligencia y la prestancia pero debe decirse que también tenía defectos que hicieron polémica su personalidad.

Fue siempre valiente y fiel a sus convicciones y a sus maestros en especial a don Ignacio Chávez que lo orientó hacia la Neumología.

Por su calidad de líder natural, querido por muchos, tomó parte en el movimiento médico de 1965 lo que acarreó que el Gobierno le impusiera una fuerte sanción y ocasionó que perdiera algunos de sus amigos.

Queda en la memoria de muchos como una de las personalidades más fuertes de la Medicina Mexicana en el siglo XX.

Leonardo Zamudio

Raoul Fournier

Es para mí un privilegio tomar la palabra en la ceremonia en que la Academia Nacional de Medicina da carácter oficial al nombramiento de Académico Honorario que fue conferido hace unos meses al doctor Raoul Fournier.

Esta distinción que se otorga a personas de méritos relevantes, contribuciones extraordinarias a la medicina, recae en esta ocasión en uno de los miembros más distinguidos de esta Corporación; uno de los personajes más sobresalientes de la medicina mexicana del último medio siglo.

Hacer una semblanza del doctor Fournier es una tarea grata y fácil, puesto que ha trabajado mucho y en muchos aspectos de la medicina. Su labor, donde quiera que uno investigue, cualquiera que sea la fuente que se consulte, aparece siempre rodeada de un halo de simpatía y agradables recuerdos; se habla siempre de una eficacia sin pretensiones; de autoridad ejercida con suavidad.

La tarea es, a la vez, difícil, puesto que muchos, antes que yo, han hablado y escrito sobre Don Raoul y no puedo evitar el riesgo de ser repetitivo. Difícil también porque si me limitara a sólo enunciar sus logros en el terreno profesional tomaría demasiado tiempo y daría una visión incompleta del hombre.

El doctor Fournier creció en la provinciana ciudad de México de principios de siglo. Las fechas exactas no son muy importantes puesto que los hombres como él no tienen edad. Sus relaciones personales con los que lo rodean, trascienden las diferencias

porarlas a su medio; que no se contentan con tratar de aliviar al enfermo con prescripciones científicas; que escudriñan dentro del sufrimiento moral y los fenómenos metafísicos inherentes a la estructura: humana. Su éxito profesional pone en evidencia lo que significa para el paciente el ejercicio de la medicina hecha con amor y genuino interés por el hombre.

En su larga carrera como médico, el doctor Fournier ocupó puestos muy importantes. Fue Presidente de la Academia Nacional de Medicina. Fue por muchos años Jefe de Servicio del Hospital General y más tarde Director del mismo. Durante ocho años dirigió la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde unificó el plan de estudios e integró la enseñanza teórica y práctica en lo que se denominó los «Grupos Pilotos» cuyos frutos todavía se perciben. Creó también el internado obligatorio de un año al final de la carrera. Como él escribió en ese tiempo, su preocupación fue: «formar médicos que sepan, sobre todo, pensar racionalmente, con métodos científicos, que adquieran conocimientos básicos no sólo de las ciencias médicas, sino del hombre, su sociedad y sus leyes, así como de las condiciones particulares del país».

En muchas ocasiones ocupó puestos relevantes en la Secretaría de Salubridad y Asistencia, desarrollando su labor con eficacia, imaginación y sentido práctico.

De una manera u otra, la influencia de la obra del doctor Fournier ha llegado a la vida profesional de todos los médicos mexicanos de los últimos cincuenta años.

Como resultado de su inagotable interés por todas las cosas, su maravilloso sentido del humor, alegría de vivir y habilidad para establecer una relación fácil con la gente, el doctor Fournier ha cultivado la amistad de todos los hombres prominentes de su tiempo. Estoy seguro de que no ha habido en México en las últimas décadas un intelectual, político, actor, músico, diplomático, poeta, pintor, escultor o científico de cierta relevancia, cuyo trato no haya cultivado Raoul Fournier y Carolina, su encantadora esposa.

El doctor Fournier fue un hombre excepcional. Revisar su biografía es recorrer los caminos de una permanente aventura. Entre el riesgo y la imaginación, entre el racionalismo y la pasión, su vida fue una constante acumulación de iniciativas. Poseedor de un talento universal con algo de sartreanismo intelectual y utópico, tuvo la generosidad de la inteligencia y la costumbre de la cordialidad.

Don Raoul no es miembro de una generación, pertenece a todas, los que crecieron con él y los que lo seguimos; es parte de la medicina mexicana. No puedo pensar en nadie que merezca más el nombramiento de Académico Honorario.

Fernando Ortíz Monasterio

Presentación

La Academia Nacional de Medicina viene esta noche en ceremonia solemne, a rendir homenaje a uno de sus miembros más ilustres, el maestro Don Raoul Fournier, y a develar el cuadro con su efigie en la galería de sus expresidentes.

Es este uno de nuestros hombres forjadores de ciencia perteneciente a una privilegiada generación médica que, surgida alrededor de los años 20 del siglo XX, determinó la brillante transformación de la medicina mexicana, para llevarla al honroso puesto que ahora ocupa.

Esos años coinciden con el gran estallido social que desencadenó la Revolución mexicana de 1910 y cuya violenta etapa armada finaliza por esa década para dar paso a la paz y el progreso en muchos órdenes. La medicina mexicana era, por ese tiempo, la misma de principios de siglo, atrasada en lo doctrinario y cargada de carencias. No neutraliza este hecho el que existieran contadas figuras de viejos maestros que la representaban con dignidad. El panorama genérico era sin embargo de atraso y de pobreza material.

De esa gran convulsión social, que libera al mexicano de ataduras feudales y abre la puerta para la irrupción tumultuosa de nuevas ideas sociales, arropadas con un sano nacionalismo y un fondo cultural fincado en el aprecio y la búsqueda de los valores de lo mexicano, proviene también una reforma científica que va a transformar en poco tiempo a la medicina mexicana. Para fortuna del país existía el joven grupo médico de excepción que se decide a abrir paso a las nuevas ideas en afán de cambio, mediante la lectura de actualización apasionada, la discusión y revaloración de las doctrinas, la investigación dentro de sus posibilidades y el tránsito por el pesado camino de la autoformación.

Se inicia entonces la etapa de las especialidades, en la incapacidad ya notoria al médico de entonces de poder abarcar la medicina entera. Así, surgen con rapidez los jóvenes maestros. Con ímpetu que quema etapas, aparece con ellos la renovación

briosa, la que fue posible no sólo gracias al talento sino a la mística puesta en el trabajo, marcada en un entusiasmo general contagioso. Destacan en este grupo de innovadores Ignacio Chávez, Abraham Ayala González, Aquilino Villanueva, Raoul Fournier y Salvador González Herrejón, todos ellos agrupados en el Hospital General, que actualmente se prepara a cumplir sus ochenta años de vida. A su alrededor, a lo ancho de una década, tanto ahí como a otros niveles se forman grupos, de los que a su vez saldrán a corto plazo nuevos jóvenes maestros, rodeados de ayudantes entusiastas, y cuyos nombres, también ilustres en la medicina mexicana, me abstendré de citar, temeroso de incurrir en olvidos y por no pretender estas palabras el ser detalladamente analíticas de esa rica etapa de la historia médica de México.

En momentos tales, Raoul Fournier inicialmente modulado por las destacadas figuras de Gastón Melo y Manuel Gea González, se forja un nombre y un prestigio propios y pronto jefatura un servicio. A través del camino del catedrático y del médico académico, pasa a la categoría del maestro ocupando luego la Dirección del Hospital General, y la de Presidente de esta Honorable Academia para rematar en la de Director de la Facultad Nacional de Medicina durante un periodo inusual de 8 años.

Es al hombre de esta brillante carrera académica modificadora del medio al que hoy venimos a rendir homenaje. Pero homenaje tal sería incompleto si en él tan solo valoráramos al hombre de ciencia, olvidando destacar sus demás facetas, ricas en personalidad humana.

A la alta calidad de los académicos José Campillo Sainz, José Laguna y Jorge Soni ha sido encomendado el análisis de su obra. Sin irrumpir en su función, he querido sin embargo compartir el honor de asociarme y participar con esta presentación en su ceremonia, porque a él me ligan recuerdos provenientes más bien de mi niñez y juventud. No tuve durante mis estudios de medicina la ocasión de haber abrevado en su cátedra, ni posteriormente de haber trabajado a su lado, pero ello no me impide percibir la radiación de su rica personalidad. Porque en él, aparte de sus logros médicos destaca con brillo una personalidad especialmente atrayente y fuera de lo común.

Fue un hombre de ingenio vivo, permanente sonrisa, ironía fina y certera, cuya burla o sarcasmo, de quien dá a entender lo contrario de lo que se dice, está simplemente el talento, que no la virulencia hiriente que en otros lleva consigo la ironía del amargado. Más que crítico fue un imitador ingenioso de la gen-

te, a través de la mímica, de gracejo alegre y actuación simpática sujeta a risas. Pero hay algo fundamental que él tenía no el simple hacedor de chistes, personaje que a veces conlleva vacuidad intrascendente, y ese algo era su amplia cultura, la que tenía raigambre en el cultivo de la historia, filosofía, literatura, poesía, pintura, música, y el teatro. Su extensa cultura le permitió incursiones literarias publicadas. Fue además la suya una cultura no sólo extranjerizante, así fuera elegantemente europea o finamente afrancesada, sino una con sello muy mexicano.

Hijo del Director del Liceo Fournier en el México de principios de siglo, quien era de ascendencia francesa, rodeado en su vida de un ambiente familiar de cultura y simpatía, por un tiempo joven médico estudiando en París, es de apreciar con elogio su gusto y su amor por explorar y exaltar la vasta tradición artística de lo mexicano. Esa su personalidad, de ser ameno, ingenioso y relajado, le permitió hacer amigos, constante y permanentemente; así como ser culto le permitió atraerse, aparte de la simpatía, el respeto de mentes superiores no entusiastamente interesadas en la simple comicidad. A este respecto bastará observar hasta donde caló esta personalidad suya permitiéndole mantener una sólida amistad en mentes tales como las de Don Jaime Torres Budet o Don Manuel Martínez Baez, para solo citar algunos, a juzgar por los juicios expresados por ellos que aparecen en el libro que fue editado con motivo de su jubileo profesional. Así, creó amistades entre todos los que lo conocieron, fueran médicos o no, científicos o personalidades de la cultura y de las bellas artes. Fue amigo en fin, tan del hombre del alto intelecto o la alta sociedad, como del personaje común y sencillo, urbano o campesino. A su vez, esta simpatía personal con su sello cultural fue para su clientela un factor magnético en el trato para con el paciente, utilizada en la comprensión de sus problemas, en el consejo amable o en la orientación adecuada, alejándose del cientificismo frío y dogmático y en una palabra intentando curar e! alma cuando no le era posible curar los males del cuerpo.

Por convicción propia siguió su camino entusiasta al lado de la medicina y de los enfermos hasta los últimos años de su vida. Fue la suya una vida de éxito, una vida plena. En ella destaca con perfiles muy propios y presencia sutil, la figura talentosa, cultivada y distinguida de Carito, su esposa de toda una larga vida y su apoyo de toda una vida larga en éxito y plenitud.

Para las generaciones médicas actuales, ricas en conocimientos modernos y actuantes dentro de una satisfactoria infraes-

te, a través de la mímica, de gracejo alegre y actuación simpática sujeta a risas. Pero hay algo fundamental que él tenía no el simple hacedor de chistes, personaje que a veces conlleva vacuidad intrascendente, y ese algo era su amplia cultura, la que tenía raigambre en el cultivo de la historia, filosofía, literatura, poesía, pintura, música, y el teatro. Su extensa cultura le permitió incursiones literarias publicadas. Fue además la suya una cultura no sólo extranjerizante, así fuera elegantemente europea o finamente afrancesada, sino una con sello muy mexicano.

Hijo del Director del Liceo Fournier en el México de principios de siglo, quien era de ascendencia francesa, rodeado en su vida de un ambiente familiar de cultura y simpatía, por un tiempo joven médico estudiando en París, es de apreciar con elogio su gusto y su amor por explorar y exaltar la vasta tradición artística de lo mexicano. Esa su personalidad, de ser ameno, ingenioso y relajado, le permitió hacer amigos, constante y permanentemente; así como ser culto le permitió atraerse, aparte de la simpatía, el respeto de mentes superiores no entusiastamente interesadas en la simple comicidad. A este respecto bastará observar hasta donde caló esta personalidad suya permitiéndole mantener una sólida amistad en mentes tales como las de Don Jaime Torres Budet o Don Manuel Martínez Baez, para solo citar algunos, a juzgar por los juicios expresados por ellos que aparecen en el libro que fue editado con motivo de su jubileo profesional. Así, creó amistades entre todos los que lo conocieron, fueran médicos o no, científicos o personalidades de la cultura y de las bellas artes. Fue amigo en fin, tan del hombre del alto intelecto o la alta sociedad, como del personaje común y sencillo, urbano o campesino. A su vez, esta simpatía personal con su sello cultural fue para su clientela un factor magnético en el trato para con el paciente, utilizada en la comprensión de sus problemas, en el consejo amable o en la orientación adecuada, alejándose del cientificismo frío y dogmático y en una palabra intentando curar e! alma cuando no le era posible curar los males del cuerpo.

Por convicción propia siguió su camino entusiasta al lado de la medicina y de los enfermos hasta los últimos años de su vida. Fue la suya una vida de éxito, una vida plena. En ella destaca con perfiles muy propios y presencia sutil, la figura talentosa, cultivada y distinguida de Carito, su esposa de toda una larga vida y su apoyo de toda una vida larga en éxito y plenitud.

Para las generaciones médicas actuales, ricas en conocimientos modernos y actuantes dentro de una satisfactoria infraes-

tructura médica que nos legaron nuestros mayores, figuras tales deben ser símbolo permanente y luminoso, ya no considerándolos como simples pioneros sino como los constructores de caminos y como los vencedores de él mediante su esfuerzo.

La Academia Nacional de Medicina se inclina hoy respetuosamente ante la figura ilustre de Don Raoul Fournier.

Ignacio Chávez Rivera

Raoul Fournier en la medicina mexicana

Dentro de las cosas gratas que nos depara la vida, ninguna hay comparable al encuentro venturoso, trocado a poco en sólida amistad, con quien lleva en sí notas humanas de excepcional calidad.

Una y otra vez me congratulo por haber tenido la fortuna de disfrutar la amistad que Raoul Fournier me brindó sin reservas por largos años hasta el fin de sus días. Invariable y auténtica esa amistad transparente nunca se vio empañada por la más leve sombra; encontré siempre en ella aliento en el esfuerzo, consuelo en la tristeza y eco en las alegrías. Raoul Fouroier carísimo amigo, fue además de maestro y consejero, compañero fraternal en los diarios avatares de la vida.

En gracia a este título mío, tan gratuito como honroso, cuyo general reconocimiento tanto me enorgullece: «Carlos Campillo amigo de Raoul Fournier» se me ha conferido el singular privilegio de hablar a nombre de la Academia en este homenaje. Ciertamente, sólo bajo tal amparo puedo atreverme a acometer la empresa de llevar al plano objetivo vivencias y recuerdos necesariamente matizados por la percepción subjetiva de la emoción y del afecto.

Difícil tarea es decir a los demás lo que de un ser querido debe decirse. Ni siquiera es válido acudir al fácil expediente de la supuesta descripción neutral. En efecto, ya la sola selección de lo descrito implica un juicio de valor, ¡y qué difícil es enjuiciar justamente a nuestros semejantes! No digamos a aquellos por quiénes sentimos menosprecio e incluso hostilidad sino aun, repito, a los seres queridos. Mientras más cercanos, más próximo el enfoque y más deformada la perspectiva. Por eso somos tan malos jueces de nuestros hermanos y esposas, de nuestros padres y de nuestros hijos.

Quisiera, por tanto, colocarme en la distancia justa para tener apropiada perspectiva. Muchos, muchísimos recuerdos acuden a

mi memoria, busco y rebusco entre ellos aquellos rasgos sobresalientes o alguno en particular que englobe a los demás y pueda plasmar con trazo fidedigno la rica personalidad de Raoul Fournier. Él mismo me dio la clave hace ya más de treinta años, cuando influido por el pensamiento de Erich Fromm, que tan honda huella dejó en su existencia, empezó a hablar de algo cuyo pleno significado se condensa en un sola palabra: Biofilia. Aquellos de nosotros, sus discípulos, que escuchábamos con atención sus reflexiones sobre lo que nos parecía un atrayente y novedoso concepto, pronto caímos en cuenta que era él quien lo encarnaba por entero. Biofilia: amor por la vida en todas sus manifestaciones y en todas las circunstancias y por los seres vivientes racionales e irracionales, incluso por cuanto nos rodea en este universo del cual el hombre es amo y señor. La exaltación del hombre principio y término de nuestros afanes, ya que biofília por encima de todo es homofilia, resuelta plenamente en su expresión más alta: el humanismo.

No se trata en el doctor Fournier de una simple actitud, sino de un elemento constitutivo que fincado en lo profundo de su humana estructura, la configura e imprime un sello propio a su vida y a su obra. La suya es, en consecuencia, una personalidad biofílica y como otras tantas facetas de la misma, Raoul Fournier es médico, humanista, maestro y amigo con rebosante alegría de vivir que va sembrando a raudales por su camino.

Médico nato, regía el ejercicio de su arte por la doctrina hipocrática, uno de cuyos aforismos escritos en latín con grandes caracteres presidía la entrada de su consultorio en la calle de Londres: *vita brevis, ars longa, occasio proeceps, experienlia fallax, judicium difficile* (la vida es breve, el arte largo, la ocasión pasajera, la experiencia falaz, el juicio difícil).

Al evocar ahora esa inscripción siento mi ánimo conmoverse del mismo modo que cuando por cosa de seis años fue salutación cotidiana de la tarea que generosamente me encargaba, colaborando en su práctica privada, ese médico extraordinario. Lo fue, en efecto, del cuerpo y del alma para cuyos males cuando no logró cura, procuró siempre alivio. Experimentaba por los sufrimientos de sus pacientes genuina simpatía, al tiempo que en su esfuerzo por remediarlos encontraba poderosos motivos de complacencia.

Y así convertía su trabajo en actividad placentera; muy lejos del aburrimiento y el cansancio, el tiempo que dedicaba con largueza a cada enfermo le deparaba nuevas experiencias médicas y humanas. Estas experiencias nuevas, más las muchas que

ya traía consigo, las vertía con prodigalidad sobre sus oyentes, aprovechando una pausa que al caer la tarde deslizaba sabiamente entre una y otra consulta. Por aquellos años, al final de los cuarenta, éramos dos sus ayudantes más cercanos: Armando Treviño, de cuya trágica muerte prematura el maestro se dolía siempre al recordarlo y el que habla, para quien esas charlas vespertinas son aún precioso bagaje porque en ellas como El Campanero de López Velarde ... «hacia la narración de mil virtudes .. y hablamos de la vida y de la muerte...»

Muchas y muy destacadas, sus actuaciones profesionales resultaban de una feliz conjunción de factores: el gesto y la palabra oportunos, la nota de fino humor cargada de optimismo y el agudo sentido del diagnóstico.

Este último era otro de sus dones; con exquisita sensibilidad recogía los datos sensibles del enfermo y sin excesivos estudios de laboratorio y de gabinete, sólo con aquéllos le bastaba para emprender el proceso mental de síntesis que le llevaban a identificar con certeza el trastorno patológico.

A continuación, la terapia, ya iniciada desde el primer contacto con el enfermo, la completaba echando mano de variados recursos medicamentosos, los viejos y los nuevos. Fórmulas magistrales de bien probada virtud y productos de patente, que habían resistido la prueba del tiempo, constituían la parte clásica de su arsenal terapéutico. En cuanto a los medicamentos nuevos, solía decir de ellos que eran útiles y debían de usarse mientras no pasaran de moda. Consecuente con este punto de vista combinaba los de uno y de otro grupo con singular pericia.

Si bien había mucha sapiencia y talento en aquel elaborar diagnósticos correctos e instituir tratamientos eficaces, no menos contribuía a ello la facultad asombrosa que Raoul Fournier tenía de penetrar con visión profunda en el interior de los seres humanos saludables y enfermos. ¿Ojo clínico, intuición Médica? Tal vez algo había de eso; pero denotaba una vez más el interés real y permanente por lo humano entendido no en abstracto sino materializado en la entidad tangible del hombre que siente, piensa y espera bajo la amenaza constante de la enfermedad y de la muerte. Raoul Fournier luchó infatigablemente por conjurar esa amenaza. Su causa fue la causa del hombre y la medicina que ejerció, la única digna de ese nombre: la medicina eterna en la cual creemos y a la que nos consagramos con fervor siguiendo su ejemplo.

La personalidad biofílica de Raoul Fournier se reflejaba también en la decidida vocación de maestro que cumplía en la cáte-

dra y fuera de ella, formal e informalmente, de palabra y de obra al proponérselo, y aun sin proponérselo, porque obedecía a una exigencia casi fisiológica tan imperiosa como respirar el aire que vivifica.

Esa labor educativa abarcaba la medicina y muchas cosas más, todas plenas de sentido humano. Por ello al evocar su nombre decimos con reverencia: Maestro. Así lo conocen muchas generaciones de médicos y lo conocerán las venideras. Con este título ha trascendido el tiempo presente dejando a guisa de precioso legado para beneficio de futuros discípulos, partículas luminosas de su propio ser que al cobrar en aquéllos nueva vida, hacen que la suya se prolongue y siga siendo fecunda.

¿Qué decir del Maestro Raoul Fournier en relación con la cultura y el arte? En primer término que representaba al hombre culto por excelencia, no al de erudición libresca con la mente repleta de datos inconexos, sino al que sabe destilar los conocimientos por separado, los fundamentales de los superfluos. Dejando atrás el papel de científico para asumir el del sabio que percibe las limitaciones de los conocimientos en lugar de sus alcances. Para acercarse a la tesis socrática según la cual se es sabio no por lo que se sabe, sino por saber que no se sabe.

Con insaciable curiosidad se asomaba a los campos más variados del saber para extraer aquellos elementos de síntesis que le permitían entender el mundo y transitar por él con paso firme. Su mentalidad universal abierta al cambio admitía lo nuevo sin desechar lo permanente; y enderezaba sus pasos por los senderos que le trazaba un pensamiento original, fue enemigo declarado de fórmulas estereotipadas, vacías de contenido. Debido a estos atributos dejaba reformas e innovaciones por cuantos caminos recorría; en esta Academia, en la Facultad de Medicina, en el Hospital General, etcétera.

Ya lo decía, minutos antes, que merced a estas cualidades y a su personalidad biofílica, fue excelente médico e insigne maestro. Y también esa biofília alimentaba su ansia por llegar a la aprehensión del ser en su entidad ontológica que lo descubre a nuestra mente como verdadero, bello y bueno. En Raoul Fournier los valores de bondad, verdad y belleza reflejan, como las tres caras del mismo espejo, proyecciones distintas de un todo indivisible Por ser inseparables estos valores, juntos hacen resaltar cada uno de los perfiles de su personalidad. Los de médico y maestro se configuran en la síntesis armónica del hombre bueno y culto con el artista. A éste último, al artista, voy a referir-

me brevemente. De una manera general —sin llegar al fondo del concepto— entendemos por arte la obra del hombre que se define por ser expresión de la belleza y calificamos de artista tanto al creador de esa belleza como a quien frente a ella es capaz de vibrar con emoción estética. En cualquiera de los dos casos, el verdadero artista dirige sus empeños al propósito de verse rodeado de cosas bellas que hagan amable y deleitosa su existencia. Poco a poco irá creando en torno suyo una atmósfera sutil cuya tonalidad definitivamente artística sea capaz de matizar hasta los más intrascendentes de sus pensamientos y de sus actos. Será entonces el arte de trabajar y de holgar, de meditar y conversar, de sufrir y gozar, de sentir y de pensar, en una palabra: el arte de vivir. Raoul Fournier fue artista precisamente de esta manera.

Llegado a este punto también quiero hacer mención de Carolina Amor de Fournier, de Carito, como le decimos quienes le profesamos afecto y sabemos que el talento y la finura son sus atributos distintivos. Carito es digno complemento de la figura de Raoul Fournier. Gentil esposa y compañera ejemplar, fue también su mejor colaboradora, ya en el campo profesional, como bien lo prueba su labor al frente de La Prensa Médica Mexicana, ya en los terrenos de la cultura y del arte, en los cuales las inquietudes de ambos coincidían plenamente. Todo ello se reflejaba en su casa de San Jerónimo, modelo de hospitalidad y de buen gusto.

Una vida en común implica compartir lo dulce y lo amargo: Carito supo estar a la altura en cada una de esas situaciones opuestas. Y ahora sigue compartiendo la parte destacada que le corresponde en este homenaje.

Sólo me resta una reflexión final: Raoul Fournier continúa estando entre nosotros con realidad tangible. Presente desde su nuevo sitial tendrá una visión panorámica que le permitirá seguir los aconteceres de nuestra corporación. Desfilarán ante él muchas generaciones de académicos. Escuchará atentamente presentaciones y debates, ora impresionado ante los nuevos avances de la medicina, ora con desasosiego al ver que esos avances se cargan en demasía sobre la parte tecnológica y poco sobre la doctrina, que exaltan el dato particular a expensas de la concepción general, que estudiar al hombre con enfoque biológico exclusivo hace imposible entenderlo en su totalidad.

Será entonces cuando hable el maestro para repetir lo que tantas veces le escuchamos: «los componentes biológico, psíquico y social se conjugan para hacer del hombre un todo armónico. Este no puede fragmentarse ni tampoco la medicina que lo estu-

dia. Y la medicina ¿a dónde va?, ¿en qué consiste su progreso?, ¿cuál es su fin último? El avance en una sola dirección no es progreso, tampoco la búsqueda del conocimiento por el conocimiento mismo, mucho menos el desarrollo de la técnica sin el sustento de la ciencia. La medicina cumplirá su finalidad cuando sea capaz de «hacer a los hombres mejores y más felices».

Tal vez en ese momento Raoul Fournier piense que la respuesta está en el fondo de nosotros mismos y evocará su propio caudal de optimismo y la vocación de servir a sus semejantes con todo el ímpetu de su personalidad biofílica.

Este es el legado de Raoul Fournier, esta su lección permanente.

Carlos Campillo Sainz

Raoul Fournier en la Dirección de la Facultad de Medicina

El doctor Raoul Fournier fue Director de la Escuela Nacional de Medicina de 1954 a 1958 y Director de la Facultad de Medicina de la UNAM de 1958 a 1962. Este tránsito representa una de las acciones más importantes realizadas por el maestro Fournier en su gestión directiva. Al crear la división de graduados del plantel, la vieja Escuela Nacional se convirtió en Facultad y legitimó actividades anteriores que a partir de ese momento se pudieron formalizar en el otorgamiento de grados académicos de maestrías y doctorados, como los más eficaces instrumentos de la enseñanza superior y de la investigación científica. A más del tradicional programa de residencias y lo que entonces constituía la esencia de la educación continua que eran los cursos monográficos, de divulgación y de adiestramiento práctico. Se iniciaron los cursos en diversas disciplinas básicas o clínicas, con planes de estudio de dos a tres años de duración, conducentes a la obtención de los grados de Maestro y Doctor en Ciencias Médicas. Esta es una de las grandes aportaciones del Maestro Fournier; otras muchas que hizo las deseo analizar brevemente, a más de 25 años de distancia de una época pródiga, en la revolución educativa que se produjo durante su mandato.

A mí en lo personal, en mi carácter de profesor e investigador en una disciplina básica, la bioquímica, me sorprendió la decisión con la que el maestro estableció una estructura de tipo departamental en la escuela de medicina. Podemos relacionar este hecho al hito en la educación médica establecida por Flex-

ner en el año de 1910, punto de referencia para el proceso educativo en medicina en la mayor parte del Mundo occidental: el maestro Fournier hizo que nuestra escuela diera un enorme salto de cincuenta años al adoptar una estructura departamental y su consecuencia más importante el inicio del reclutamiento y la contratación de grupo inicial de profesores de tiempo completo, pioneros de la ciencia en nuestro medio. El interés expresado por el maestro Fournier al reforzar las bases científicas de la medicina apuntaba a la esperanza de que «se formen los alumnos con mayor curiosidad, con capacidad para apreciar los principios científicos y con un desarrollo adecuado de los hábitos de autoeducación, esencia misma del aprendizaje permanente y constructivo». En otras palabras, el maestro Fournier permitió materializar bases científicas que deben sostener el cuerpo de la doctrina médica.

Las actividades en cualquier campo del quehacer humano dependen del nivel de capacitación de los individuos que deben realizarla. La cantera inagotable de talento en una universidad son los jóvenes entusiastas, generosos e incansables que pretenden hacer de la ciencia su modo y su estilo de vida. En esa época se dieron facilidades para incorporar y reclutar un grupo importante de profesores e investigadores. En un sistema tutelar de contacto estrecho entre maestros y alumnos se dio el cambio para formar lo que en estos últimos 25 años en distintas ramas constituye un brillante conjunto de investigadores de prestigio internacional. Fue una época importante, faltaba experiencia y recursos pero la dedicación y el amor por la ciencia suplían con creces todas las carencias. El cambio de la estructura se dio en forma paralela con un proceso de unificación del plan de estudios con el fin de equilibrar las distintas asignaturas, el contenido de las mismas, sus relaciones entre ellas, su trascendencia para la tarea clínica, finalidad absoluta de todas las actividades de una facultad.

El maestro Fournier solía decir que la dispersión programática y la falta de correlación habían sido el principal motor para realizar lo que «considero imposible ... hacer la enseñanza de la medicina como un todo». El maestro Fournier libró una batalla contra la separación y la desintegración curricular, contra la adición de nuevas materias con «temas que suenen a nuevos», contra los «poliespecialistas ya que los maestros de las especialidades están convencidos de que el estudiante no debe salir de la escuela sin haber cursado su especialidad». El maestro Four-

nier señaló que lo que se necesita «para cambiar esa metodología estacionaria es, por un lado, unificar la enseñanza, hacer de los conocimientos médicos un todo y, por otro lado, tener un currículum completo, ni dilatado ni escaso.

Lo que sigue es revelador del avanzado pensamiento que dominó en ese momento la facultad. Decía el maestro: «es necesario desenvolver la mente del estudiante y llevarlo a considerar que su profesión tendrá que ejercerla con seres humanos, con problemas familiares, sociales y socioeconómicos, lo que no puede lograrse manteniendo un currículum de materias disgregadas. se debe hacer medicina integral, medicina humanística; reforzar la medicina preventiva, la medicina social, la psicología. llevar al alumno del estudio del individuo y de la colectividad sana hasta el individuo y la colectividad enfermos».

Estos conceptos nos suenan ahora familiares, son los que en la actualidad sustentan la doctrina de la medicina familiar, de la estrategia de la atención primaria, del compromiso de los gobiernos y las sociedades para garantizar como dice el lema de la OMS «Salud para todos en el año 2000» En las bases que movían la unificación de los planes de estudio identificaba el maestro Fournier como el eslabón más importante de cuidar, el del maestro, no mero transmisor de información y conocimientos no dispensador de metodologías sino individuo completo e integral, cuya gran tarea es dar ejemplo, propiciar el trato humano, proveer una perspectiva superior ante los problemas de la biología y de la vida.

En consonancia con estos conceptos, el maestro Fournier pidió a los alumnos al implantar sus nuevos planes educativos que dejaran de ser receptores pasivos y se convirtieran en «el elemento más activo de la Universidad, poniendo de su parte todo su espíritu dialéctico, razonador y productivo».

La esencia de la enseñanza de la medicina es la enseñanza de la clínica, probablemente uno de los renglones más vulnerables en nuestro medio desde, hace varias décadas. Las raíces de los conflictos se encuentran en la gran diversidad de problemas de salud, la escasa participación de la sociedad en el cuidado de su propia salud, la falta de recurso, y las profundas divisiones sociales que caracterizan nuestra cultura nacional. También intervienen ciertos ingredientes populistas y políticos que a menudo han orientado el quehacer educativo, las reglas de admisión y de promoción y hasta el propio nivel académico.

Sean cuales fueren las razones, la situación crítica de ineficiencia del proceso educativo en la clínica, se ha sentido espe-

cialmente a partir de los años cincuenta, después de la segunda guerra mundial. Aunque muy ilustres, eran pocos los profesores que impartían la cátedra; su enseñanza se basaba en demostraciones ante varias decenas y hasta un centenar de alumnos.

Los pilares eran el hospital, el enfermo encamado; la patología orgánica, la gravedad del caso y el enfoque individual y curativo. El planteamiento del doctor Fournier fue de alta sencillez: lograr una participación más activa y tratar a toda costa de establecer una relación personal entre el alumno y el maestro. Se fundaron los llamados en aquella época «grupos piloto» que a más de propiciar el trabajo personal del alumno tanto por lo que se refiere al diagnóstico, al tratamiento y al seguimiento del caso, terminó con una vieja tradición educativa, la de las clínicas médicas y quirúrgicas que constituían dos cátedras independientes. El maestro Fournier asentó que la clínica es una sola ya que «no hay un proceso especial para estudiar médica o quirúrgicamente a un enfermo, pues la única variante la establece el procedimiento terapéutico seguido que unas veces es médico, otras quirúrgico y otras más, combinando ambos; el enfermo se estudia de manera integral médica, quirúrgica, psicológica y socialmente».

Cierto es que continuó imperando la enseñanza por especialidades pues los cursos siguieron impartiéndose alrededor de las diversas disciplinas clínicas pero hubo mayor dedicación en tiempo y se pensó en ese momento que el sistema de educación «en bloque» permitía la concentración del individuo en un solo objetivo y que los tópicos diversos que inciden en el diagnóstico y el tratamiento se vieran en una forma unificada.

Se logró en esa época un gran progreso en lo que se refiere al proceso de la evaluación del rendimiento educativo: lo que importaba era el desempeño del estudiante, su cumplimiento cotidiano, su asistencia constante, la adquisición de destrezas valoradas por los profesores que permanecían largas horas cerca de los estudiantes. A un cuarto de siglo de dichos enfoques, debemos reconocer que le entregaríamos malas cuentas al doctor Fournier si nos requiriera el adecuado cumplimiento de esos principios. En los últimos años las inscripciones masivas y los compromisos profesionales de los médicos-profesores han terminado virtualmente con este enfoque personal y en buena parte hemos regresado a las clases teóricas, las majestuosas conferencias, los exámenes masivos de opción múltiple y en suma, a la despersonalización del proceso educacional.

Una ganancia que ha perdurado de esa reforma educativa iniciada por el maestro Fournier es la de la orientación de la enseñanza a los problemas reales de la práctica médica, lo que en la terminología moderna podríamos llamar el enfoque epidemiológico. Así, existe una preocupación en casi todas las clínicas de manejar, con fines decentes, los padecimientos frecuentes y curables que se ven en la consulta ambulatoria o que son casos agudos de hospitalización. En segundo término, los ejercicios clínicos se basan en enfermos con padecimientos poco frecuentes pero en los que la terapéutica pueden manifestar una acción benéfica. Por fin, quedarían los casos raros, muy complicados, incluso exóticos o incurables que forman parte de un ejercicio médico de excepción.

Esta filosofía en principio, representa el compromiso de formar médicos generales orientados para proporcionar la mejor atención clínica a los enfermos con padecimientos frecuentes y de escasa complejidad.

Adelantándose por mucho a los tiempos o quizá tratando de romper una tendencia cientificista que a partir de la segunda guerra mundial invadió a nuestro país, probablemente como consecuencia de las influencias de la escuela norteamericana, el maestro Fournier promovió con gran convicción la implantación de una educación humanística como uno de los fundamentos de la verdadera medicina.

Recupero sus palabras: «formar médicos que adquieran conocimientos básicos no sólo de las ciencias médicas tradicionales, sino del hombre, su sociedad y sus leyes así como de las condiciones particulares del país y de la historia y la evolución de la medicina... es contribuir a capacitarlos para la práctica del arte científico que es la profesión médica, la cual es al mismo tiempo una profesión científica, técnica, asistencial y humanista».

Esta fue una respuesta de la época contra la amenaza de la llamada deshumanización de la medicina, de la «cosificación» del enfermo, de la despersonalización, de la carencia de sentido de responsabilidad de muchos profesionales, hasta del problema de los costos económicos crecientes que por reales o pretendidas razones de tecnología o de eficientismo científico desviaban la atención del clínico fuera de los intereses concretos del paciente. La tesis humanística del doctor Fournier no desecha los grandes avances científicos; por el contrario. plantea su máximo aprovechamiento pero a favor de los seres humanos, de los en-

fermos y los sanos por igual, de la sociedad como un todo y de la respuesta de la sociedad que son los servicios de salud para el reforzamiento del bienestar humano.

En la práctica el doctor Fournier impulsó, para estos fines, la enseñanza de la psicología médica, de la sociología médica, de la medicina preventiva y de la psiquiatría; se abrieron entonces amplios horizontes para asuntos tan importantes como las relaciones interpersonales, las potencialidades de la salud, el desarrollo mental y social del hombre y los progresos en aspectos médico-sociales. Son todos problemas que tienen como denominador común la solidaridad humana y el interés por el prójimo. En este sentido conviene citar al maestro «si deseamos estimular el humanismo, si deseamos que el médico mexicano se interese en la sociedad en que vive, si deseamos que sea un verdadero humanista activo, que comience por ser humano consigo mismo; debemos indudablemente buscar que se interese por sí mismo, por su desarrollo armonioso y sano, por superar sus deficiencias, sus problemas vocacionales, de técnicas de estudio, sus actividades inmaduras frente a muchos aspectos de la vida y, en síntesis, que se haga, él mismo, un hombre, en todo aquello que éste tiene de valor específico, de superior y de humilde, de ciudadano y de profesionista.

Con la introducción o con el refuerzo de las materias humanísticas fundamentales se dio desde entonces al plan de estudios de la escuela, una estructura equilibrada entre lo científico, lo técnico, lo asistencial y lo social. Otra característica del cambio fue la proposición de que las disciplinas humanísticas fueran integradas a lo largo de toda la carrera y se evitara su impartición en un lapso determinado. Este proyecto no prosperó; la tendencia de nuestra educación médica a la impartición de las asignaturas impidió la propuesta de integración y coordinación que hubiera resultado muy saludable en la formación de los futuros médicos.

Otro logro importante promovido en 1959 durante la administración del doctor Fournier fue el de consolidar programáticamente el denominado «internado» que correspondía a las antiguas «prácticas de hospital» culminación habitual del proceso educativo formal. La tendencia tal como se señaló en ese momento quizás no se adapta a la realidad actual pero fue un indudable avance. Se aceptó entonces la necesidad del internado adecuadamente programado como indispensable para garantizar el adiestramiento de los estudiantes de medicina;

sin embargo, se reconocía que sólo en los hospitales existían los maestros adecuados, los distintos tipos de pacientes y los recursos para su manejo; de esta manera, las prácticas de hospital fueron transformadas en el llamado «internado rotatorio», de tiempo exclusivo, permitiendo al estudiante pasar por los cuatro servicios fundamentales, medicina interna, cirugía general, gíneco-obstetricia y pediatría.

Las bases del internado en rigor son las de permitir al estudiante entender la medicina como un proceso integrado, no la simple suma de cada una de las asignaturas impartidas sino la oportunidad de estudiar los enfermos con gran diversidad de problemas en las distintas áreas de su fisiología, de su psicología y hasta de sus relaciones sociales. Por otro lado, el internado puede ser una etapa donde se confronten los conocimientos teóricos y los conceptos adquiridos a lo largo de la carrera o la realidad de los problemas cotidianos con las severas restricciones que pueden imponer la propia naturaleza de la enfermedad o las serias limitaciones de recursos en los servicios. Asimismo, el internado representa una oportunidad para adquirir la conciencia en cuanto a la solución de un problema determinado o el de referir el caso siempre con una adecuada supervisión, al nivel donde puede resolverse.

Los tiempos han corrido; el internado al consolidarse permitió abrir nuevas vistas en el campo del adiestramiento clínico. Ya no se sostiene en forma obstinada que la única práctica sea la que se realiza en el hospital; miles de estudiantes han llevado a cabo importantes labores en el ámbito de las consultas externas de hospitales, e incluso en el del trabajo clínico y ambulatorio y del domiciliario característico de los centros de salud. La parte médica sigue siendo la más importante pero no la única ya que el internado se complementa con aspectos de los campos psicológico y social; el estudiante alcanza así sus objetivos de aprendizaje y además actúa como parte del personal de salud ofreciendo un servicio a la población necesitada.

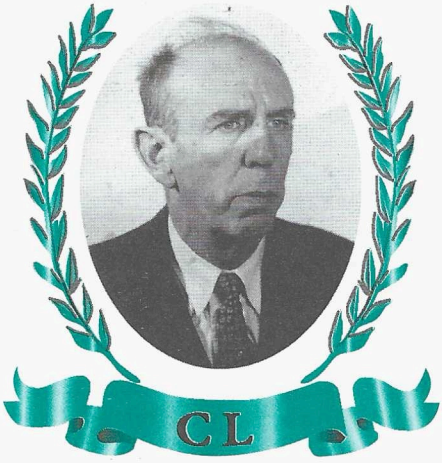
La obra iniciada por el doctor Fournier en la Facultad de Medicina de la UNAM se difundió a muchas de las escuelas y facultades del país. De los progresos alcanzados en esa época quedan aún huellas profundas en las estructuras educativas; pese a los enormes adelantos de la ciencia y la tecnología, de los profundos cambios sociales ocurridos en estas últimas décadas y de las cambiantes necesidades y demandas de la población, las bases filosóficas que modificaron el espíritu de la docencia médica si-

guen vivas y presentes en los grandes propósitos de las escuelas de medicina, en la expresión de sus objetivos, en la definición de sus compromisos con la sociedad.

La enorme fuerza de la doctrina del maestro Fournier se basa en su concepto unificador: todo es uno, ciencia, arte, sociedad, medicina, la vida misma, todo alrededor del interés y el amor por la humanidad.

Tal es el legado del doctor Raúl Fournier, Director de la Facultad de Medicina: la única razón y motivo de los afanes de los médicos son los seres humanos y su bienestar; los profesores, los maestros y educadores médicos deben cumplir, con excelencia, la parte que les toca del compromiso para alcanzarlos.

José Laguna



Daniel Gurría Urgell

Hace 35 años ingresó a la Academia Nacional de Medicina, el muy distinguido otorrinolaringólogo y profesor de clínica de laringología en la Facultad de Medicina, el doctor Daniel Gurría Urgell. La reciente creación de la sección de otorrinolaringología en nuestra Corporación hizo posible su admisión, avalada por los académicos Ignacio Chávez, Gustavo Baz, Tomás Perrín, Alfonso Pruneda, Manuel Martínez Báez, Ricardo Tapia Fernández y Darío Fernández; los proponentes de su candidatura hacían ver que se trataba de un auténtico valor en el campo de la otorrinolaringología, autor de contribuciones importantes en dicha especialidad.

La actividad académica del doctor Gurría Urgell no fue prolífica en comunicaciones o trabajos publicados en la Gaceta. Sin embargo, sus contribuciones en otros niveles durante los primeros cuatro años fueron suficientes para que en 1940 fuese elegido Vicepresidente para el bienio 1940-1942 y Presidente en 1943.

Gurría Urgell vivió en varias épocas de México. Nació en Pichucalco, se educó en Villahermosa, donde completó el bachillerato y se graduó en la Facultad de Medicina en 1909 con un tema de anatomía patológica: «Las alteraciones cardiacas en la tuberculosis pulmonar». Cuando estudiante fungió como practicante en el consultorio central de la Beneficencia Pública y en el Hospital Concepción Béistegui. Su formación y educación corresponden a los conceptos tradicionales de la clase media ilustrada durante el porfiriato.

El periodo de la Revolución lo encuentra como ayudante del profesor de anatomía descriptiva y se hace cargo del servicio de laringología en el Hospital Militar a la entrada del Ejército Constitucionalista a la ciudad capital.

En el primer decenio de su ejercicio profesional, su preparación en anatomía y las oportunidades de cirugía le dan la posibilidad para dominar la especialidad de otorrinolaringología y llega a ser médico encargado del departamento en la Beneficencia Pública y en el Hospital de los Ferrocarriles Nacionales.

Sus contribuciones en el campo se inician en los años veinte. Algunos de los títulos son: «Larvas en la nariz»; «Anestesia en un absceso periamigdalino»; «En defensa del cornete inferior»; «Amigdalectomía y hemostasis»; «Sordera e idioma»; «El sordo el autista»; «Las muletas del oído»; «Vegetaciones adenoides», y un libro: «Sinopsis laringológica».

Su espíritu inquieto desborda la especialidad y escribe ensayos sobre «Los médicos mexicanos y los invasores de la medicina y «¿Hay reciprocidad en las universidades extranjeras para nosotros?».

La renovación y reorganización de la medicina mexicana en el decenio de los 40, le encuentra en plenitud de facultades. Es médico fundador del Hospital Infantil de México y del Instituto Nacional de Cardiología y participa en su organización y progreso.

Una contribución muy importante de Gurría Urgell en la Academia y en la medicina de México fue la de comprender y facilitar la operación de los cambios que reestructuraron a la medicina moderna. Siendo especialista, con formación autodidacta y estudios profesionales durante una época poco propicia al cambio, supo reconocer la necesidad de la actualización o educación continuada y sobre todo, identificar la corriente transformadora de nuestra medicina. En la Academia, se requieren otras medidas para ubicar la actividad de un Presidente. En una corporación centenaria, las unidades de tiempo son de un valor diferente al común; el Presidente, primun inter pares durante un año, dispone del poder suficiente para encaminar la marcha académica por senderos diferentes con amplia libertad en la iniciativa.

Los presidentes de la Academia forman un grupo distinguido, en el que sobre las diferencias de personalidad e ideología, ha privado como absoluto común denominador, el sentimiento de ser depositarios del principio de un ideal noble de estudio

y servicio, venturosamente preservado incólume y que actualmente se ve adornado con la tradición de más de un siglo.

Durante la vida de nuestra Corporación, han ocurrido crisis de muy diversa índole. Por los historiadores de la Academia y por los relatos de nuestros mayores, nos enteramos que hubo épocas de pobreza, que llegó en una ocasión a la carencia de techo; en otros tiempos hubo indiferencia intra y extramuros y por si fuera poco, en varias ocasiones el clima de tranquilidad socio política de la ciudad se vio seriamente perturbado. Nos complace recordar que las actividades académicas nunca se interrumpieron, que la tenacidad ha tenido un baluarte constante en nuestra casa y que la vigencia de los ideales iniciales sigue operante a través de 108 años de vida. Sin embargo, poco hablamos o no les damos su valor a las épocas de cambio (conceptual, tecnológico o social) en la medicina de México y del mundo. El decenio de los 40 es fundamental en México; fue fortuna grande para la Corporación contar con presidentes, que en lugar de la postura cómoda del conformismo y de continuidad tranquila que no tiene problemas, supieron remozar estructuras materiales e intelectuales para adecuarlas a los nuevos tiempos y todo ello dentro de la austeridad y categoría académicas. No fue tarea fácil. Entre ese grupo de presidentes figura Daniel Gurría Urgell.

Me resulta casi imposible decir algo pertinente sobre Gurría el otorrinolaringólogo; si lo hago es porque sigo siendo testigo del legado ideológico espiritual del maestro. Entre los especialistas, en particular del Hospital Infantil de México, son monedas de gran circulación sus aforismos. Uno sobre la amigdalectomía se menciona así: «La amigdalectomía es una dama muy honorable; quienes la califican de fácil o peligrosa, no la conocen bien». Llama la atención el interés casi de coleccionista con que se guarda y consulta un folleto de guarda Urgell titulado: «Cuando y cómo hacemos la amigdalectomía». Su lectura proporciona datos valiosos acerca de la personalidad del expresidente de la Academia; la propiedad y elegancia en el lenguaje escrito parecen cosa natural en su pluma; combina coordinadamente lo mejor del lenguaje universal con su propia prosa. Así, cuando recomienda una iluminación adecuada en el campo operatorio cita las últimas palabras de Goethe: «luz, más luz», cuando encarece la ligadura del pedículo, apunta: «la hemostasis espontá-

nea es un esfuerzo de la naturaleza, la hemostasis quirúrgica es un laurel humano». En el postoperatorio cita oportunamente a los antiguos clínicos franceses: «el enfermo coma a su hambre y beba a su sed».

El colofón de su exposición deja ver al médico consciente de su profesión: «.. mis palabras pueden ser útiles a la vida humana y a la reputación del médico y lo que es más, a la tranquilidad de su conciencia». *Si vis pacem para bellum.*

Jesús Kumate Rodríguez

Luis Gutiérrez Villegas

La mesa directiva de nuestra Academia me ha conferido un alto honor, al pedirme recordar al maestro doctor don Luis Gutiérrez Villegas, miembro distinguido de nuestra Corporación desde el 20 de mayo de 1936, y presidente de la misma en 1952. Honor que me honra y que ahora desempeño con gran respeto y admiración.

Tuve el privilegio de conocer de cerca a Don Luis y de disfrutar de su afecto y amistad desde mi juventud, cuando me iniciaba en las disciplinas que hoy conforman una especialidad médica: la patología clínica.

Quien hoy con respeto recordamos, nace a principios de este siglo, en la ciudad de México, de familia acomodada, sus padres Don Eladio Gutiérrez y Doña Dolores Villegas. Durante su niñez le tocó vivir las vicisitudes de la lucha revolucionaria. Sus primeros estudios los realizó con los maristas en el colegio Francés de Alvarado. Ingresó a la Escuela de Medicina de la UNAM y obtuvo su título de Médico Cirujano en 1924, con la tesis recepcional «El examen del L.C.R. en la sífilis», la que define la vocación del maestro por la medicina de laboratorio, y que en su tiempo empezaba a integrarse con exámenes bacteriológicos, parasicológicos y uranálisis, en un incipiente laboratorio con que contaba el Hospital General, a cargo del doctor Indalecio Valverde.

La química sanguínea se empezaba a conocer con las determinaciones de la glucosa que practicaba el doctor Francisco de P. Miranda en el mismo hospital. A partir de esta época se dejó sentir la tendencia a la renovación de la medicina en México: el

doctor Gastón Melo brillaba en la cátedra, y el doctor Genaro Escalona impulsaba en forma decisiva la medicina en el Hospital General; en esa época nacen las especialidades, encabezadas por tres médicos que con gran visión encauzaron su especialidad con la utilización de los métodos diagnósticos modernos, formaron una escuela y dieron brillo a la medicina mexicana tanto nacional como internacionalmente.

Indudablemente, los logros alcanzados por la medicina institucional de entonces, tuvieron eco en la práctica privada. El ciclo empezaba a demandar estudios de laboratorio complementarios, que fueron determinantes para que surgieran algunos laboratorios privados, como el de los doctores González Fabela, Ernesto Cervera, Tomás Perrín y otros.

El doctor Gutiérrez Villegas quien realizaba estudios de posgrado en Alemania en el Instituto de Enfermedades Tropicales de Hamburgo, y en París en el Instituto Pasteur, a su regreso a México trajo consigo la cepa de la vacuna B. C. G., con la que inició sus trabajos el doctor Alberto P. León.

Por aquel tiempo el Instituto de Higiene cobró nuevos bríos bajo la dirección del doctor José Sozaya, organizó numerosas campañas sanitarias sobresaliendo la de la vacuna antivariolosa y la de la oncocercosis, que estuvieron a cargo del doctor Gutiérrez Villegas, quien también realizaba las investigaciones sobre el mal del pinto y la brucelosis.

Posteriormente don Luis, imbuido de los avances tecnológicos de la época, consciente del cambio que entonces experimentaba el ejercicio de la medicina (que sin abandonar la influencia francesa principiaba a absorber los progresos tecnológicos de la medicina norteamericana), y convencido de la necesidad de apoyar a la medicina privada con las nuevas adquisiciones, establece un laboratorio privado que dispone de todos los avances tecnológicos de la época, el cual constituyó un modelo en ese tiempo. De allí emanaron numerosos trabajos que sentaron las bases sobre las relaciones entre la clínica y el laboratorio; y diseñaron el perfil de patólogo clínico, como el integrante de un equipo multidisciplinario; que participa en el proceso diagnóstico y sienta las bases de la terapéutica; como el mismo dijera alguna vez: «el hombre de gabinete abandona su torre de marfil y sitúa en el lugar que le corresponde dentro de la comunidad médica.

Su sólida preparación y su vocación de maestro, lo llevan a la Escuela de Medicina, en donde imparte las cátedras de microbiología y hematología, desde 1925 hasta 1953.

En 1943 es llamado por el doctor Federico Gómez para organizar los laboratorios clínicos del naciente Hospital Infantil.

A fines de la década de 1940 el doctor Salvador Zubirán ocupa la dirección de la División de Investigación Biológica de la Industria Nacional Químico-farmacéutica, y el doctor Gutiérrez Villegas es nombrado Director de lnstituto Behring. Aquí pudo realizar una labor pionera al instruir los tiempos completos para investigadores, segunda institución después del Instituto de Cardiología Ignacio Chávez, en donde pudieron desarrollarse numerosos investigadores, ahora destacados académicos como los doctores: Laguna, Pardo y Ondarza entre otros. Asimismo se abrieron plazas para estudiantes de medicina quienes desde los primeros años de la carrera, pudieron adentrarse en el método científico experimental, y ahora son destacados investigadores y maestros universitarios.

En aquel tiempo la poliomielitis constituía un verdadero problema sanitario, que requería la contribución de los más capaces para su resolución, el doctor Gutiérrez Villegas sensibilizó destacadas personalidades de la iniciativa privada, y así nació el Centro de Estudios sobre Poliomielitis.

Una Institución privada en donde se empezó a elaborar la gammaglobulina inmune, una de las pocas armas efectivas con que se contaba en aquel entonces. En este mismo centro se iniciaron los primeros trabajos que culminaron con la elaboración de la vacuna «Salk».

En el desarrollo de la patología clínica nacional, el doctor Gutiérrez Villegas fue uno de los pioneros, formó parte del grupo que encabezado por los doctores Ignacio González Guzmán y Luis Rodríguez Villa, sentaron las bases de la naciente Asociación Mexicana de Médicos laboratoristas. Fue el segundo presidente de la misma y organizó en 1952 la primera Reunión Nacional de Laboratorio Clínico, con un evento sobresaliente que contó con la presencia de distinguidos invitados extranjeros. Desde la misma presidencia hubo de alzar su voz, y convocar a la comunidad de patólogos clínicos para sancionar la conducta de algunos miembros, la que se apartaba de los principios deontológicos consignados en sus estatutos.

El doctor Gutiérrez Villegas consagró íntegramente su vida profesional al ejercicio y al enaltecimiento de la patología clínica. Publicó cuarenta y dos trabajos tanto en revistas nacionales como internacionales y dictó más de ciento ochenta conferencias en esta misma academia, en reuniones científicas y en congresos.

Una vida de estudio, de labor fecunda que forjó una personalidad científica sólida en la rigidez que otorga la experiencia, el estudio y la superación.

En 1927 se casó con Doña Dolores Velázquez, quien fue su compañera inseparable durante toda la vida, y a quien profesó gran cariño y admiración; su dedicación a ella fue ejemplar y permanente, pudiéramos decir que fue la justificación de planear su laboratorio en su mismo domicilio, no podía alejarse de ella. Formaron una pareja que fue un modelo de afecto y respeto mutuo. Volcaron su cariño en su único hijo el doctor Antonio Velázquez quien fue receptor de las enseñanzas, de la orientación y el apoyo que todos necesitamos, para hacer de él un destacado médico y brillante geneticista, ahora distinguido académico, quien en su juventud y después en unión de su familia le llevaron alegría a su hogar.

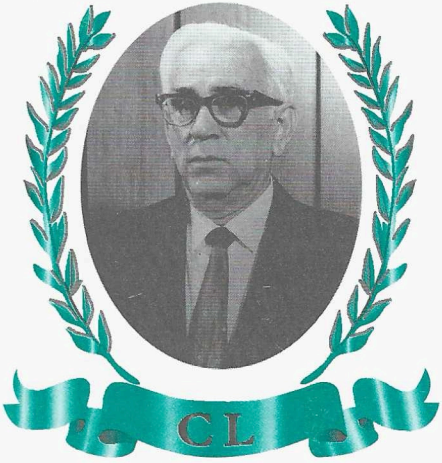
Don Luis en su vida privada era afecto a la lectura y a la música; en su juventud practicó el tenis y el golf. Peinaba delicadamente y vestía y calzaba elegantemente y siempre exhibía una sonrisa bondadosa. Era una mezcla proporcionada de pulcritud y modestia; se distinguió por su caballerosidad y delicadeza en el trato a quienes disfrutamos de su amistad y afecto.

El día 23 del mes de junio de 1972 se nos adelantó en el camino; la medicina mexicana pierde un preciado representante, y la sociedad a un varón ejemplar.

Ahora ocupa un lugar de honor entre quienes con su inteligencia y esfuerzo han contribuido con gran distinción al desarrollo de la patología clínica en nuestro país, y quien por sus méritos fue miembro distinguido y presidente de nuestra Academia.

Agradecemos la presencia de los familiares del maestro que nos acompañan y a quienes les refrendamos nuestras más sentidas condolencias, y la seguridad de que don Luis Gutiérrez Villegas vivirá en nuestra memoria.

Francisco Durazo



Alfonso Millán Maldonado

La Academia Nacional de Medicina me ha conferido un alto honor al pedirme recordar al doctor Alfonso Millán Maldonado. Miembro de nuestra Corporación desde 1936 el maestro Millán murió el 9 de octubre de 1975 y deja un hueco difícil de llenar.

Tuve el privilegio de conocer de cerca y disfrutar de la amistad de Alfonso Millán desde mi juventud y de compartir con él diversas tareas en el campo de la psiquiatría y la salud mental. Fue un hombre dotado de talento innovador e ideas avanzadas, clínico de gran sensibilidad, ciudadano fiel a una ideología radical, cuyo eje era la preocupación por los problemas sociales y psicológicos de los mexicanos y una acendrada fe nacionalista.

Nació en Santiago, Sinaloa el 8 de enero de 1906, hijo del profesor Don Hilario Millán y de Doña Teresa Maldonado de Millán. Inició sus estudios preparatorios en el Colegio Civil Rosales de Culiacán, Sinaloa y los terminó en la Escuela Nacional Preparatoria de México. Comenzó sus estudios de medicina en la Facultad de México y los terminó en la Facultad de París, en donde recibió el título de dador en medicina. También en París, hizo estudios en el Instituto de Medicina Legal y Psiquiatría.

Su tesis doctoral: un estudio sobre «La inadaptabilidad social de los epilépticos y su papel en la delincuencia», anunció ya la que habría de ser su principal preocupación intelectual. Desde su retorno a México se significó como un orador que despertaba siempre el entusiasmo del auditorio en las aulas y en los foros.

Alfonso Millán fue uno de los primeros en estudiar desde el campo de la psiquiatría, la problemática psicosocial de México. Sus trabajos en el área de la adicción a las drogas, los problemas legales de los enfermos mentales y la situación de los alienados en México, así como los que se refieren a las causas sociales de la delincuencia, fueron de las primeras publicaciones en estos campos, hasta entonces prácticamente inexplorados. Puede decirse que Millán vio siempre con lucidez la razón de los débiles y preconizó la puesta en juego de oportunidades de rehabilitación para quienes se habían marginado de la sociedad, o la habían agraviado. En la última etapa de su vida, publicó trabajos en el área del psicoanálisis con cuya orientación social se sintió estrechamente identificado a través de su liga con Erich Fromm, quien lo distinguió con su amistad en forma especial.

No pretendo hacer ahora un catálogo de sus obras y de los eventos científicos a los cuales contribuyó. Sólo me detendré en algunos puntos de su fructífero recorrido por la vida académica y profesional.

Fue el primer profesor de Medicina Social en la Facultad de Medicina, y de medicina legal en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, y por muchos años profesor de psiquiatría tanto en el nivel de pregrado como en el de posgrado.

En 1951 organizó el Congreso Mundial de Salud Mental que congregó en México a quinientos especialistas de todo el mundo.

Fue iniciador y durante muchos años promotor, de la Liga Mexicana de Salud Mental y de su publicación periódica, a través de la cual se difundieron a un público no médico, los principios de la salud mental. La Liga hizo participar a los padres de familia y a los maestros en el estudio y solución de los problemas escolares de los niños.

La Facultad de Medicina, debe al maestro Millán la fundación del Departamento de Psicología Médica y Salud Mental en 1955. En su opinión, era indispensable complementar los aspectos técnicos de la enseñanza de la medicina con sus aspectos humanos, psicológicos y sociales. Cuando, merced a su esfuerzo se puso en marcha este programa, se adelantó a países más avanzados que no habían aún contemplado esa necesidad y que lo harían años después.

Fue miembro de la Junta de Gobierno de la Universidad Nacional Autónoma de México y con este carácter prestó servicios distinguidos a nuestra casa de estudios.

Con Raúl González Enríquez y José Zozaya, hizo posible la permanencia en México de Erich Fromm y contribuyó así a que se desarrollara la enseñanza del psicoanálisis en la Universidad Nacional. Al retirarse Erich Fromm, el maestro Millán continuó como profesor encargado del curso de psicoanálisis de la División de Estudios Superiores de la Facultad de Medicina.

En los eventos internacionales su intervención despertaba siempre interés tanto en Europa, y particularmente en Francia, con la que mantuvo una profunda liga espiritual, como en los Estados Unidos de América, país cuya cultura nunca despertó su entusiasmo.

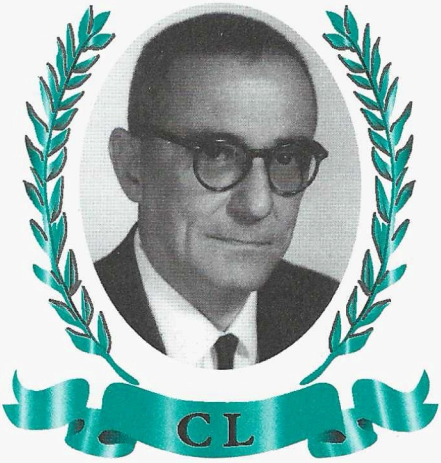
Desde el año de 1935, cuando el Estado no proporcionaba atención psiquiátrica a los enfermos de la clase media, el doctor Millán fundó un sanatorio privado, el Floresta, donde siempre se asistió a los enfermos con respeto y generosidad.

Aunque algunos años menor, Millán formó parte de ese grupo que con Leopoldo Salazar Viniegra, Raúl González Enríquez, Guillermo Dávila y Samuel Ramírez Moreno, inició el desarrollo de la psiquiatría moderna en México.

En la intimidad, Alfonso Millán fue hombre de costumbres austeras, afable y cálido; muy devoto de su familia y genuinamente interesado en los problemas humanos.

Ahora ocupa un lugar de honor entre quienes, con su inteligencia y su esfuerzo, han contribuido en forma distinguida al desarrollo de la medicina en nuestro país.

Ramón de la Fuente



Manuel Ortega Cardona

En general, el *In Memoriam* de los académicos fallecidos, de la Academia Nacional de Medicina son encomendados a personas seleccionadas por la directiva a las que se consideran interiorizadas en la trayectoria profesional del occiso. Sin embargo, en el caso del doctor Manuel Ortega Cardona, el que esto escribe solicitó se le concediera la distinción de escribir algunos de los aspectos sobresalientes de un médico que, tanto a lo largo de su vida profesional (67 años), como del prolongado lapso de su filiación dentro de la Academia (54 años), destacó como internista, pero de una manera muy especial, como excelente y brillante profesor en la cátedra de Propedéutica Médica durante poco más de cuarenta años, motivo por el cual la Universidad Nacional Autónoma de México le otorgó en ceremonia especial la medalla al mérito «Dr. Valentín Gómez Farías».

El doctor Ortega Cardona nació en la ciudad de México el 24 de febrero de 1901 e hizo la primaria y parte de la preparatoria en el Instituto Científico de México; terminó la preparatoria en el Colegio Francés e ingresó a la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de México en 1917, terminando sus estudios en 1922. Presentó su examen profesional en el mes de marzo de 1923.

Nacido en un ambiente de la clase media acomodada de principios de siglo XX, fue un aplicado y responsable estudiante, obteniendo siempre elevadas calificaciones, por lo que recibió su título de médico cirujano a los veintidos años. Indudablemente

además de su vocación por la medicina, tenía una inclinación decidida por la enseñanza, como se puede atestiguar en el hecho de que, apenas recibido en el mes de marzo de 1923, el 5 de mayo del mismo año —es decir, mes y medio más tarde— se inscribía en la facultad para, por oposición, obtener la plaza de Ayudante de Clínica Propedéutica Médica.

A partir de esta fecha y, como se atestigua en su hoja de servicios de la Universidad Nacional Autónoma de México, se constata que desde el día 11 de mayo de 1923 hasta el día 1 de febrero de 1963, imparte ininterrumpidamente la clase de Clínica Propedéutica Médica. El maestro Ortega Cardona forma parte del grupo notable de los clínicos de la medicina cirugía y obstetricia que en las primeras cuatro décadas del siglo XX en México utilizaban correcta y acertadamente, los procedimientos simples de la exploración de la llamada clínica clásica, o sean: interrogatorio, inspección, palpación, percusión auscultación, medición, punción exploradora y exámenes de laboratorio. Este criterio de expresión, que puede parecer un absurdo mencionarse, tiene en verdad una razón de ser: la elaboración actual de métodos y equipos, así como la invención de equipos de gran alcance que parecen haber relegado a los elementos que por siglos han sido el arma del trabajo médico. Don Manuel Ortega, del que por cierto no fui discípulo, siempre atrajo a través de su reconocida competencia a numerosos alumnos que, año tras año, iban a escucharlo. Yo estaba muy bien enterado de su personalidad, pero no fue sino hasta hace 35 años en que, siendo presidente de la Sociedad Mexicana de Pediatría, le invité a participar en una mesa redonda sobre el tema Control de la Natalidad y en la que al escucharlo pude aquilatar su cultura y sentido humano.

Estos recuerdos me llevan a revivir a ese grupo de profesionistas que, junto con Don Manuel Ortega, enseñaban y preparaban efectivamente a los jóvenes que veían y reconocían en ellos auténticos y experimentados profesores que han dejado en las aulas de la facultad su destacada personalidad. Entre ellos mencionaré sólo algunos como Ulises Valdez, Hermilo Castañeda, Francisco Cuevas, Isidro Espinosa y de los Reyes, Mario Torroella, Darío Fernández, Abraham Ayala González, Everardo Landa, Alfonso G. A1arcón y su hermano Donato, Ignacio Chávez, Salvador Zubirán, Aquilino Villanueva, Raoul Fournier y otros más que no es posible anotar para no prolongar la exposición.

Los rayos X descubiertos en 1895 llegaron a México en 18% pero no es sino hasta los años veintes con Don Manuel Madrazo,

Manuel Zubieta y otros más, que se integran lentamente a la exploración clínica; sin embargo debieron de pasar todavía varios años antes de adquirir la trascendencia e importancia de un elemento de rutina de la clínica médica, al ser manejados por médicos estudiosos y bien preparados. A este particular y ya en los años cincuenta, voy a relatar brevemente una anécdota que me platicó el doctor Ortega.... «en una ocasión —me dijo— recibió como ayudante en su clase en el hospital a un joven médico que, después de colaborar con él y estar explorando a un paciente de un problema pulmonar agudo, le preguntó con toda franqueza ¿Maestro, usted perdone, pero quisiera saber si realmente usted escucha y en la percusión percibe todos esos signos, con las características que los acompañan, que les refiere a los alumnos y lo conducen a fundamentar su diagnóstico? .. Don Manuel no comentó ni tampoco explicó nada, sólo esperó hasta el día siguiente en que le llevaron la radiografía del tórax que se había solicitado: la placa mostraba la imagen de un proceso neumónico inicial, lobar, agudo, con las características anotadas por la exploración clínica llevada a cabo el día anterior».

Independientemente de su labor como profesor extraordinario de propedéutica, el doctor Ortega publicó varios artículos de medicina sobre diferentes temas y distinta índole. Sin embargo, fuera de estos trabajos, y como artículo paramédico no se puede pasar por alto el libro que tradujo del francés acerca del famoso y discutido tema de la llamada Sábana Santa y cuya existencia ha dado lugar a interpretaciones y controversias acaloradas.

El libro que tradujo el doctor Ortega fue escrito por el doctor Pierre Baret, famoso cirujano, que llevó a cabo en cadáveres alteraciones similares a las que se presentan en la Sábana Santa que se conserva en Turín, Italia, cubiertas con lienzos y después estudiarlas comparativamente. Don Manuel, una persona cristiana católica, de sincera y firme religiosidad, se dio a la tarea de investigar y analizar los trabajos del cirujano francés y editó sus hallazgos, impresiones y comentarios al respecto.

Por lo que toca a los empleos que desempeñó durante su vida como médico, se mencionan su asistencia en el Hospital General de la Capital de la República, así como consultante de los Centros de Higiene, habiendo sido Director del Centro Juan Duque de Estrada, desempeñando posteriormente, similar ocupación en la Comisión Federal de Electricidad. Es de anotarse que en todas estas actividades se hizo notable por su puntualidad, responsabilidad y efectividad en sus labores, cualidades que los

directivos siempre le ponderaron y lo nombraron con respeto. Tanto en estos sitios como en el ejercicio privado sus relaciones con sus compañeros de trabajo o con jóvenes que lo buscaban para consultas y consejos, en calidad de internista, el maestro los escuchaba y ponía todo su empeño para conseguir el éxito.

Nunca aprovechó esta posición para explotar su situación económica, que siempre fue buena, desahogada, pero no de riqueza. Tuvo siete hijos, dos de ellos hombres y cinco mujeres. Los primeros también son médicos de reconocida competencia.

Para finalizar esta breve semblanza no se puede menos de insistir en su obra y en particular en su libro (de los primeros libros que los médicos mexicanos escribieron en esos años) que constituyen una herencia para los futuros estudiantes y galenos jóvenes que, en un país como el nuestro, en el que salvo contadas poblaciones, se carece todavía de los recursos y avances de los modernos métodos de exploración, hay que continuar con las viejas armas de la buena y cuidadosa propedéutica que persista a través de un libro sencillo, didáctico, clásico de la enseñanza.

A pesar de la sentida ausencia material del doctor Don Manuel Ortega Cardona, la medicina mexicana cuenta y contará siempre con la presencia de su espíritu y las sobresalientes cualidades de sus enseñanzas y de su personalidad.

Eugenio Toussaint-Aragón

Manuel Vaquero

Dentro del movimiento lleno de fe con el que México emergió de algo más de una década de violencia revolucionaria, la medicina nacional tuvo un vigoroso resurgimiento. Hizo suyas las palabras, que José Vasconcelos dirigió a los maestros en mayo de 1924: «...lo importante es condenar a los que no hacen y a los que nada intentan. No hacer es ya un principio de destrucción, la historia olvida las palabras, pero atiende a la magia de las obras».

Se tenía la convicción de que no había tiempo que perder, «con la fe de que las generaciones jóvenes no eran superiores pero sí eran diferentes, querían revisar, pensar... Construir todo de una sola pieza, revalorar todo, renovar todo».

La nueva medicina mexicana avanzó simultáneamente con paso firme, en varios frentes. En el de la cardiología se agrupó un puñado de jóvenes distinguidos, Manuel Vaquero entre ellos, alrededor de un constructor por excelencia, Ignacio Chávez, nacido para ser guía paradigmático. Formaron una verdadera falange en cuyos labios podrían ponerse las palabras de uno de los más eminentes universitarios de la llamada «generación de 1915»: «Tenemos una nueva fe y una visión nueva. Señalemos propósitos concretos y realizables... Fijemos procedimientos a nuestro alcance que no pugnen con un principio fundamental de nuestra conducta. El mundo nuevo no lo harán hombres viejos, no se logrará con métodos antiguos».

«¡Proclamémonos generación! Démonos personalidad, reclamando nuestro derecho a desear y a vivir».

Bien y pronto ganaron tal derecho, con asombro y respeto general aquellos decididos e infatigables creadores de la cardiología mexicana. Muy desde el principio destacó entre todos un joven moreno y delgaducho nacido el 31 de diciembre de 1904, en la vieja calle del Factor de esta siempre atormentada ciudad de México. Ya trabajaba como practicante numerario en el viejo pabellón 21 del Hospital General, aun antes de que el 16 de julio de 1927 se inaugurara oficialmente como Servicio de Cardiología.

Allí elaboró lo que sería la primera tesis de electrocardiografía en México y que lo haría acreedor a famosas felicitaciones del jurado, cuyo dictamen del 3 de febrero de 1928 hizo que la Universidad Nacional de México le confiriera el título de Médico Cirujano.

Ya armado caballero, se incorporó plenamente a aquel grupo que vivía una actividad febril para «revalorar todo, renovar todo, construir todo de una sola pieza». El flamante Servicio de Cardiología contaba con un electrocardiógrafo, un fluoroscopio para ortodiagrafía, un laboratorio general de análisis clínicos y uno de metabolismo basal. En el seno de la Sociedad de Medicina Interna, infortunadamente de tan corta vida, logran organizar el VII Congreso Latinoamericano en la ciudad de México, en enero de 1930, y cumpliendo con uno de los votos de dicha reunión, inician a fines del mismo año la publicación bimestral de Archivos Latino-Americanos de Cardiología y Hematología, en los que el doctor Vaquero colabora muy de cerca y en los que publica desde su tercer número, año con año, diversos trabajos de avanzada, con sustanciosa brevedad. Entre ellos cabe destacar, por ser una primicia bibliográfica, «Consideraciones acerca de un caso de aneurisma parietal del ventrículo izquierdo».

Médico interno del Pabellón 21 muy apenas graduado, para 1935 es adjunto del servicio y encargado del laboratorio de electrocardiografía. Lo recibió de manos de Don Manuel Martinez Báez, el primero que se hizo cargo del impresionante y hermoso equipo Boulitte recién traído de Francia. Posteriormente, con el Maestro Vaquero inició Demetrio Sodi Pallares lo que vendría a ser hasta nuestros días timbre de gloria nacional, la Escuela Mexicana de Electrocardiografía. El trabajo «Los potenciales electrocardiográficos de los miembros», publicado en el volumen 13 de los Archivos de Cardiología y Hematología, firmado por Manuel

Vaquero y Demetrio Sodi Pallares, es uno de los sillares de los cimientos de la moderna electrocardiografía nacional.

Las contribuciones de investigación clínica del maestro Vaquero siguieron apareciendo después en la revista bimestral que con el nombre de Archivos del Instituto de Cardiología de México, ha continuado sin interrupción aquellos Archivos Latino-Americanos iniciados en 1935.

Versado en las técnicas más avanzadas de exploración y estudioso asiduo de las aportaciones nacionales y extranjeras, tuvo siempre ese don indefinible del clínico enjundioso y clarividente que logra la aprehensión selectiva de signos y síntomas con peso específico para constituir el centro de gravedad del proceso semiológico y el talento lúcido para articularlos en diagnósticos certeros.

Su brillante actuación clínica diaria en el Pabellón 21, donde como en los hospitales del medioevo «el enfermo era el señor», corría a la par con su actividad docente formalizada en 1929 como ayudante de clínica; de 1930 a 1935 como profesor de Patología y desde 1936 como profesor titular de una cátedra de Clínica Médica singularizada por su sobria reciedumbre.

La formación de alumnos de pregrado y la difusión bimestral del conocimiento en los Archivos no bastaban al grupo batallador dispuesto a cambiar con urgencia el panorama médico nacional. Del 17 de julio al 2 de septiembre de 1935, con lecciones vespertinas en el CAMEP (Centro de Asistencia Médica para Enfermos Pobres) y prácticas clínicas matutinas en el propio Pabellón 21, organizan un curso de cardiología para médicos graduados con el que arrancan los que anualmente, sin interrupción, habrían de seguirse impartiendo hasta nuestros días.

Ese mismo año 1935, también gracias al impulso inagotable del maestro Ignacio Chávez, nace la Sociedad Mexicana de Cardiología de la que el maestro Vaquero es miembro fundador, años después digno presidente y posteriormente miembro honorario. Pasado un año, el 20 de mayo de 1936, ingresa como numerario a esta ilustre Academia Nacional de Medicina en la que cumplió variadas comisiones y en la que tuvo después el rango de Socio titular.

La actividad académica de quien hoy recordamos tuvo amplia proyección internacional. Profesor invitado a Brownsville, El Salvador y Recife; participó en todos los Congresos Interamericanos de Cardiología, salvo en los últimos cuatro años de su vida, que a partir de 1946 se han celebrado cada cuatro años en

distintas ciudades del Continente; así como en todos los Congresos Mundiales de Cardiología que, desde 1950, cada cuatrienio, han tenido lugar en varias capitales de Europa, Asia y América.

La vida médica que hoy nos ocupa se desenvolvió en plenitud madura, en todos sus aspectos, en el Instituto Nacional de Cardiología del que fue uno de sus más eminentes fundadores. De 1914 a 1961, como Jefe de Servicio, dirigió con acierto y facilidad la consulta externa. Lució allí su destreza clínica en el tráfago diario, en las sesiones periódicas y muy particularmente en las sesiones médico-quirúrgicas que por él resultaron memorables. Ocupó la Subdirección Médica, dando ejemplo de sentido corporativo, disciplina y amistosa lealtad, y de 1965 a 1972 ocupó la Dirección de nuestro Instituto.

Habrán de recordarse los años de su gestión directiva por el talento, la ecuanimidad y la bonhomía de su mando que hizo sortear difíciles escollos a la institución. Logró mejorar substancialmente el Servicio de Cirugía, formar la Unidad de Cuidados Intensivos para enfermos coronarios, completar la Unidad de Pruebas de Función Pulmonar e inaugurar la Sección de Microscopia Electrónica. La planeación que él hizo para ampliar y modernizar el Instituto catalizó el genio constructor del Maestro Chávez que concibió, edificó, dotó y organizó el nuevo Instituto que hoy se asienta en Tlalpan.

Si es digna de homenaje la obra realizada por el Maestro Don Manuel Vaquero, su vida merece admiración y es un ejemplo. Transcurrió con llaneza, con ligera facilidad, sin atropellar a nada ni a ninguno, como paradigma de la lealtad y la amistad sin sombras. Entregado a su profesión con honorable y señera eficacia, sin oropeles, logró una existencia plena. Viajero incansable por todos los continentes y también por el mundo de los libros. Tuvo como centro un hogar generoso y cordial que, presidido por la alegre hospitalidad de Doña Luz, nos asimiló entrañablemente a muchos amigos y discípulos como a otros tantos miembros de su familia. Recordando con profunda gratitud a Don Manuel, siempre he pensado que pocos como él podrían haber hecho tan suya la profunda captación que del misterio de la vida logró Jorge Guillén, al decir con la tersura elemental del poeta: «Respiro y el aire en mis pulmones. Ya es saber, ya es amor, ya es alegría».

Felipe Mendoza

Gerardo Varela Mariscal

Recibí de la Honorable Mesa Directiva de la Academia Nacional de Medicina, el honroso encargo de recordar al señor doctor Gerardo Varela Mariscal; honor que estimo y agradezco, porque en el transcurso de muchos años me unieron al maestro Varela lazos de sincera amistad.

El doctor Varela nació en la ciudad de Oaxaca el 3 de octubre de 1899; fue hijo de un eminente medico oaxaqueño, Don Nicolás Varela, y de Doña Luz Mariscal, mujer de belleza e inteligencia notables. Disfrutó del fervoroso y fraternal afecto de David Varela Mariscal, su único hermano, y fue compañera de su vida, la señora Luz Casaro de Varela.

En la ciudad de Oaxaca hizo su instrucción primaria, realizó estudios de preparatoria y profesionales en la Universidad Nacional de México. Recibió el título de Médico Cirujano en 1924, con diploma de honor. Su preparación de posgrado fue esmerada; estudió salud pública en la Universidad de Harvard y llevó a cabo estudios de su especialidad en el Instituto Pasteur de París y en diversas instituciones de Canadá, Inglaterra, Polonia y de otros países.

Desempeñó puestos importantes en el Instituto de Higiene, y en el Instituto de Salubridad y de Enfermedades Tropicales, del cual fue director por más de 20 años. Fue profesor y jefe del Departamento de Microbiología y Parasitología de la Escuela Nacional de Medicina y director de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional.

Su vida profesional estuvo colmada de distinciones honoríficas. Fue nombrado experto en treponematosis y rickettsiasis de la Organización Mundial de la Salud y miembro del Subcomité de leptospirosis de la misma. Recibió el Premio Carnot de la Academia Nacional de Medicina; la medalla de oro «Dr. Eduardo Liceaga» otorgada por el Consejo Superior de Salubridad; el Diploma y medalla de oro de la *American Academy of Microbiology*; la medalla de oro al Mérito en Salud Pública; el diploma y medalla de oro por servicios eméritos. Fue condecorado también con la medalla de oro y diploma del Premio Nacional «Gerardo Varela». Además de las mencionadas, recibió otras numerosas distinciones. Fue declarado hijo predilecto del estado de Oaxaca y una calle de la capital del mismo estado lleva su nombre.

Desde 1936 fue miembro de la Academia Nacional de Medicina; presidente de la Asociación Latinoamericana de Microbiología, miembro de la Asociación Mexicana de Patología Clínica y de muchas otras sociedades nacionales y extranjeras.

Se inició en la investigación biomédica desde que era estudiante de medicina, sus contribuciones científicas fueron de importancia nacional e internacional. Entre sus colaboradores se destacan los doctores Fernando Ocaraza, José Zozaya, Hermann Moaser, Miguel Bustamante, Luis Mazzotti, Raoul Fournier, Adolfo Péfez Miravete, José Ruiloba, José Laguna, Jorge Olarte, Carlos Ortiz Mariotti, Eustaquio Roch, Pablo Mendoza y otros más. En su curriculum vitae figuran 307 trabajos publicados.

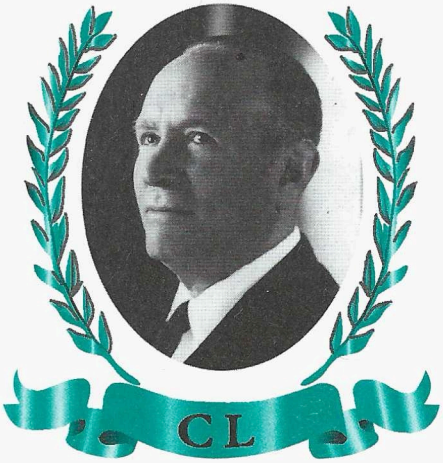
El maestro Gerardo Varela fue un hombre apasionado del estudio, siempre se halló en la vanguardia de su especialidad. Dotado de una memoria notable y de vastos conocimientos básicos. Su preparación, aunada a una inteligencia despierta y viva imaginación, fueron cualidades decisivas que le llevaron al éxito en las investigaciones que emprendió.

Sus contribuciones científicas en el campo de la salud pública tuvieron relevancia para la etiología, la epidemiología y el tratamiento de numerosas enfermedades infecciosas que justificaron la creación del Premio Nacional «Gerardo Varela».

La simple relación de trabajos y distinciones no tendría trascendencia social, si este enorme trabajo, acumulado en el transcurso de una larga vida edificante y productiva, con un entusiasmo sostenido hasta el final, no sirviera de ejemplo. El doctor Varela fue un investigador notable, su labor fue el resultado de una larga, paciente y continua preparación, fue una persona dotada de inteligencia despejada y de imaginación creativa.

Cualquier falla en estos atributos convierte en frustración toda búsqueda de conocimientos y puede conducir a la deshonestidad. El maestro Varela legó a la humanidad un acervo de conocimientos de gran importancia en salud pública, las instituciones más relevantes del país le reconocen sus méritos colocándolo en un sitio distinguido. Fue un mexicano eminente que trabajó sin descanso y sin egoísmo al servicio de su patria.

Pablo Mendoza



Salvador Zubirán Anchondo

El maestro Salvador Zubirán Anchondo fue un luchador incanzable que dejó huella de su acción en instituciones médicas y universitarias, se le hizo corta la vida en su afán de servir a México y al hombre.

De su vasto quehacer destacaré tres realizaciones que considero como principales.

Secretaría de Asistencia Pública

Con el doctor Gustavo Baz, como secretario, el doctor Salvador Zubirán fue el subsecretario. En el cargo le correspondían los aspectos técnicos y la ejecución de los programas; uno fundamental fue construir hospitales modernos.

El maestro precisó las características de esos hospitales; reunió a médicos destacados con arquitectos distinguidos en el llamado «Seminario de Hospitales», cuyas conclusiones quedaron escritas y persisten hasta la fecha como principios fundamentales e inclusive, adelanto, que fueron más tarde de aplicación en el Hospital de Enfermedades de la Nutrición.

El secretario Baz ideó la creación de un gran Centro Médico Nacional que sustituyera al Hospital General; él logró que se expropiaran los terrenos que ahora aquel ocupa. El maestro Zubirán, con el «Seminario de Hospitales», concretó las ideas y proyectos para edificar el Centro Médico Nacional.

En otro orden de actuación, el subsecretario dió impulso a la formación de médicos internos, participando en el desarrollo de

la enseñanza de graduados y en enviar médicos al extranjero. El binomio, hospital moderno - personal capacitado, ha sido vital para el avance de la medicina en México. La actuación del subsecretario Zubirán fue elocuente y significativa.

Rector de la UNAM

Admiramos a Zubirán como Rector. Propio de su espíritu de lucha y servicio fue aceptar en marzo de 1946 la Rectoría de la UNAM en tiempos de gran turbulencia estudiantil. El maestro afirmó que llegaba lleno de entusiasmo y de fe, basados en la nobleza de la causa de la Universidad, que es también la causa de la patria. Con esfuerzo constante y tenaz se empeñó en poner orden y disciplina y elevar el valor académico.

Obra histórica del rector Zubirán fue la creación de la Ciudad Universitaria. El gobierno del Presidente Ávila Camacho le entregó 7 millones de metros cuadrados destinados a dar cima a la obra (28 de septiembre de 1946). Ese sueño, alimentado con cariño por generaciones, empezaba a ser realidad. Se elaboraron proyectos y la maqueta de todos los edificios; el presidente Miguel Alemán los aprobó y así se constituyó el inicio de la obra. La admirable gestión del rector Zubirán tuvo trágico final, un movimiento estudiantil, movido por influencias externas, le obligó a renunciar. La Ciudad Universitaria bastaría para mostrar su entrega a causas nobles; es huella profunda de su paso por la vida.

Hospital de Enfermedades de la Nutrición

El Instituto Nacional de Nutrición «Salvador Zubirán» es la obra grandiosa de un visionario, el maestro Zubirán empezó con transformar un viejo pabellón del Hospital General de México en un pequeño hospital, mismo que por sus logros y prestigio tuvo que crecer dando lugar, en otro sitio, a la construcción del Instituto Nacional de Nutrición que ostenta el nombre de Salvador Zubirán.

En 1941, dentro del «Seminario de Hospitales», que el maestro formó en la Subsecretaría de Asistencia Pública, contempló la idea de crear dentro del Hospital General, una unidad hospitalaria que sirviera de piloto y en la que se pusieran en práctica las ideas y disposiciones emanadas del Seminario. Pensó que en el pabellón 9 se podría realizar dicho proyecto. Varios años tardó la remodelación y construcción de lo que iba a ser el Hospital de Enfermedades de la Nutrición. El maestro Zubirán logró que

este hospital tuviera comodidades para los enfermos, adecuados servicios auxiliares de diagnóstico y tratamiento médico-quirúrgico de los pacientes; además, espacios para el desarrollo de la enseñanza. Cuidó que el personal contratado para trabajar en el hospital, estuviera preparado y que la institución contara con reglamentos e instructivos. Acierto del maestro Zubirán fue que Nutrición naciera con autonomía, como entidad descentralizada, lo que resultó vital para su desarrollo y crecimiento. Él fue director activo desde que lo fundó en 1946, hasta 1980 y director emérito a partir de entonces, hasta su fallecimiento en la Ciudad de México en 1998.

Al iniciarse la actividad hospitalaria, fue preocupación del maestro que la atención médica fuera en equipo, conforme a los conocimientos más avanzados y con profundo respeto humano. El director insistió en conjuntar la atención médica con enseñanza. Era habitual la discusión de los casos clínicos por el personal de planta con los médicos internos, ahora residentes. No había dogmatismo, se fomentaba el intercambio de opiniones y conocimientos. Desde los primeros tiempos, los grupos de trabajo dieron nacimiento y cultivaron con su vida institucional la mística de nutrición. El director la definió: «Esa devota dedicación, esa entrega de voluntades y afanes, ese amable coexistir han dado esencia a lo que llamamos la mística de Nutrición».

En los años cuarenta, Nutrición, junto con el Hospital Infantil y con el Instituto Nacional de Cardiología, fueron instituciones fundamentales para la modernización de la medicina mexicana.

Se le entregó el Instituto de Nutriología y empezaron estudios de campo; el Hospital cambió a Instituto Nacional de Nutrición, ya que sus funciones se proyectaban a la República; más tarde el Gobierno autorizó que se le agregara el nombre de Salvador Zubirán.

La fama de la Institución fue creciendo, la población le tuvo confianza, la demanda de atención médica superó a la capacidad de servicio. Las crecidas actividades de enseñanza e investigación, a su vez, demandaban más espacio. El director se impuso la tarea de contar con mayores instalaciones. Planea con su personal el edificio dentro del Centro Médico Nacional. Cuando todo estaba preparado para ocupar el edificio, se ve privado de hacerlo, ya que el Centro Médico se vendió al IMSS. El contratiempo no derrotó al maestro; él, con nuevos bríos, con entereza ante la adversidad, emprende la búsqueda en otros rumbos. Al

fin le entregaron las áreas que ahora ocupa el Instituto Nacional de la Nutrición, Salvador Zubirán.

Con apoyos obtenidos de fundaciones y gubernamentales se construyó en etapas el edificio; se inauguró en 1970. Estableció ahí más campos de trabajo, otras especialidades; continuó en su empeño de incorporar los avances técnicos y científicos y, de esta suerte, responder mejor al desarrollo y superación del Instituto.

El maestro prosiguió atento a que el personal tuviere preparación avanzada; siguieron los cursos de especialización en mayor escala y también el otorgamiento de becas. Los programas de investigación crecieron intensamente. Se ha dicho que Nutrición es el mayor productor de trabajos de investigación médica; sus aportaciones han sido valiosas. Se conserva la imagen de excelente institución para la formación de clínicos y de médicos en diversas disciplinas; pléyade de jóvenes médicos anhelan ingresar al Instituto.

El director, desde la fundación, marcó caminos, dio estilo de trabajo y mantuvo la Institución al correr de los años, abierta siempre al futuro. En esta decena se advierte otro formidable crecimiento de instalaciones y de trabajo, obras de discípulos aventajados del fundador que han tomado el relevo, sin duda, observando principios tradicionales y cuidando de que la mística se conserve.

La institución es reflejo y proyección de la vida del doctor Salvador Zubirán, abierta al saber, plena de amor hacia el que sufre, armonía en las relaciones humanas, afán de servicio a la comunidad. Resultó grato para el maestro Zubirán contemplar el prestigio nacional e internacional del Instituto que estableció, y que al cabo de 50 años su desarrollo fue enorme y grandiosa su trascendencia. ¡Vaya sueño realizado del médico visionario! Empezó en un viejo pabellón y es ahora un moderno instituto de excelente prestigio.

Era de admirar que en sus últimos tiempos, aunque su salud estuviera quebrantada, el maestro asistiera con puntualidad a compromisos de amistad, sesiones académicas y homenajes ofrecidos por sus 100 años de vida. Agradecía de forma brillante y con su afecto característico los elogios y las demostraciones de cariño de que era objeto.

De entre las distinciones y premios que recibió, se destacan: Doctor Honoris Causa de la UNAM (1979) y la medalla de honor «Belisario Domínguez» del Senado de la República por el bien que hizo a la patria. La vida le dió un premio, se llama: María Luisa. Su esposa y sus hijos lo rodearon de amor, fueron el delicado estímulo de su existencia. El Instituto Nacional de Nutrición inmortalizó al querido maestro.

Eduardo Barroso Villegas

José Luis Gómez Pimienta

José Luis Gómez Pimienta nació bajo el azul y límpido cielo de Juchitán, Jalisco. Cursó sus estudios en la Universidad de Guadalajara, donde recibió el título de médico cirujano en 1929. Ya desde ese lejano momento, reflejó lo que sería el curso de su vida, al escribir su tesis «El tratamiento de la tuberculosis pulmonar con el neumotórax artificial».

El doctor Gómez Pimienta fue un tenaz enemigo de la tuberculosis, que no descansaría un instante en combatir dicha enfermedad desde todos los flancos; así, el mismo año de 1929, ocupó el cargo de jefe de uno de los servicios de neumología del Hospital General de la Secretaría de Salubridad.

Su lucha contra la tuberculosis lo motivó a buscar una mejor preparación; participó en un concurso del cual resultó triunfador sobre un grupo de relevantes competidores; logró obtener la beca Roussell y marchó a París, donde en fructífera estancia, recibió cursos de especialización.

Regresó a su mismo puesto, continuando su lucha durante veintitrés años de labor constante y tesonera, aunque en aquel entonces eran escasos los medios terapéuticos, con el acopio de sus amplios conocimientos y ante un mundo atacado arteramente por la contagiosidad y gravedad inexorable del padecimiento.

En 1952, fue nombrado Director del Instituto de Neumología, en el que urgió la fundación de los Departamentos de Investigaciones Fisiológicas y de Bacteriología.

Bajo su iniciativa se estableció la carrera de Neumólogo en la Universidad Nacional Autónoma de México.

En 1939, anhelando llevar a todos los estratos sociales el beneficio de su experiencia y de sus investigaciones, fundó en la Penitenciaria de Lecumberri el servicio de neumología que continúa funcionando hasta ahora.

Su infatigable labor lo llevó al desarrollo de dispensarios antituberculosos y a la promoción del Comité Nacional de la Lucha contra la Tuberculosis. Su carrera hospitalaria culminó al ser nombrado miembro del Cuerpo Técnico Consultivo de la Secretaría de Salubridad.

El doctor Gómez Pimienta sabía nítidamente que en la cátedra estaba el campo más propicio para sembrar la semilla de todo conocimiento científico y denodadamente, muy a pesar de sus polifacéticas ocupaciones, y robando un tiempo precioso al natural descanso y a los seres queridos, acudió a la Facultad de Medicina a impartir sus sabias enseñanzas y sus multiplicadas experiencias como profesor de clínica médica y, años después, en la asignatura de neumología de la Escuela de Graduados de la Universidad Autónoma de México. Su labor docente iniciada en el año de 1936, perduró por 30 años.

Tal fue, en un bosquejo de breves pinceladas, sin que mencionemos los múltiples trabajos científicos que realizó y los innumerables congresos y conferencias nacionales e internacionales que atendió, la vida y obra de un médico mexicano, que por sus méritos fue miembro de nuestra Academia Nacional de Medicina, José Luis Gómez Pimienta.

Luis Sánchez Illades

Rafael Illescas Frisbie

Ante el tránsito de un ser humano con quien convivimos en el tiempo, se produce, casi siempre, un sentimiento de dolor. No es necesaria, para que esto acontezca, la ligazón familiar, a las veces ni siquiera la amistad, sino tan solo el nombre y Ia relevancia de los hechos que conformaron la urdimbre de su vida. Recibimos el casí cotidiano trauma espiritual, la casi diaria noticia de que alguien a quien en una o en otra forma: material, sentimental o ideológica, nos sentíamos ligados, ha dejado de existir. Frente al dolor que esto nos causa se yergue invariablemente la imagen de nuestra propia mortalidad. La misma carne frágil y perecedera.

En la consciencia o en la subconsciencia (inconsciencia gustan otros de llamarla) la presencia de la muerte nos agobia siempre y a no ser que el instinto de la propia conservación se haya derrumbado, la veremos como a un hado cruel, aunque con frecuencia su llegada sea misericordia y liberación.

Se ha dicho que la muerte borra los defectos y exalta las virtudes; es cierta esta actitud, piadosa en todos aquellos que amaron al ausente. Lo es asimismo cuando se fabrican héroes, cuyas figuras se van nimbando con mayor número de galas y atributos a medida transcurre el tiempo, para satisfacer la necesidad ingente que de contar con héroes tienen las sociedades humanas. Se forjan así falsos héroes, que no lo fueron para sus contemporáneos, quienes tan solo contemplaron imágenes negativas de crimen, alevosía o errores. Falsos héroes hechos por el tiempo. a la distancia, con escarnio de la verdad histórica. Pero es ver-

dad también que la muerte, en otras ocasiones, nos revela cuál era la verdadera valía del que se reintegró a la tierra. De pronto nos percatamos de que aquella existencia callada, al parecer mediocre o intrascendente, poseía un significado y una proyección social que no comprendíamos cabalmente.

Con la venia del que escucha o lee, y ésta debió ser pedida antes, mal hilvano mis pensamientos para tratar de probar que es tarea ardua enjuiciar a todo aquel definitivamente ausente, porque la emoción y la razón precisan, para lograrlo, guardar el justo y muy difícil equilibrio. La noticia de la muerte de don Rafael Illescas nos llegó en forma dramática al saber que era en su memoria el minuto de silencio, que puestos de pie, guardaban los asistentes a la sesión de la Academia Nacional de Medicina, del día 30 de abril de 1969, fecha de su tránsito.

Cumplo ahora con el encargo de los directivos de esta institución de recordar al académico, al compañero y al amigo; de trazar una brevísima semblanza que espero sea capaz de dejar en el ánimo de aquellos que no lo conocieron, la impresión de su valía y la altura de sus méritos.

Rafael Illescas hizo sus estudios profesionales en la Escuela Nacional de Ciencias Químicas de la Universidad Nacional de México y obtuvo el título de químico técnico. Experto en las químicas orgánica e industrial, estudioso constante de las mismas, buscó, como una salida más a sus inquietudes científicas, penetrar al alto cenáculo de la medicina armonizando y ligando sus conocimientos con los propios de la ciencia médica.

Obtuvo la cátedra de bioquímica, llamada entonces de química médica, en nuestra Escuela Nacional de Medicina y un sitial en esta Academia en química biológica. Eran tiempos en que el desarrollo de la bioquímica y la formación de especialistas se iniciaba en nuestros centros de enseñanza superior. Rafael Illescas profesó esa cátedra durante algunos años con todo el entusiasmo de que era capaz, para abandonarla posteriormente. En realidad no era su campo y dejó el lugar a profesores jóvenes, especialistas ya en la compleja materia. Sus indiscutibles conocimientos en la química orgánica e industrial y su inegable talento que le permitió penetrar en los aspectos básicos de la biológica, en tiempos ya lejanos, cuando esta ciencia no había llegado al crecimiento abrumador que ahora alcanza, constituyeron su bagaje científico. Era un químico técnico de la más alta calidad, un maestro en toda la extensión que el término connota. Amigo y consejero de los estudiantes, sirvió en la cátedra du-

rante muchos años en la entonces llamada Escuela Nacional de Ciencias Químicas y llegó a ser uno de sus más distinguidos directores. Esta Academia Nacional de Medicina contó con su presencia, como socio numerario y en ella presentó algunos de sus trabajos. Justo es reconocer, sin embargo, que el alejamiento de su cátedra en la Escuela Nacional de Medicina, por las razones antes dichas, lo alejó también gradualmente de sus actividades en la Academia de la que era, al fallecer, socio titular. No obstante este alejamiento, lo consideramos como un precursor, como un iniciador en México de la enseñanza de la bioquímica, como un hombre que amó a la medicina y que quiso ser amigo de los médicos al compartir con ellos las inquietudes de la ciencia.

Desempeñó muy importante papel en el desarrollo de la industria químico farmacéutica y de la industria química en general en nuestro país. Sirvió como consejero y consultor en diversas empresas, y su laboratorio particular fue como una prolongación de la cátedra en el que encontraron acomodo y conocimientos quienes trabajaron a su lado.

Conocí a Don Rafael Illescas hace cerca de veinticinco años, cuando formó parte del grupo de médicos y de químicos que iniciamos las labores del Hospital de Enfermedades de la Nutrición, creado por el Dr. Salvador Zubirán. Desde entonces nos ligó franca y cordial amistad, que brotó espontánea casi desde nuestro primer encuentro, dada la singular simpatía y el ánimo abierto y generoso de que era poseedor.

Al final de su jornada, a los 71 años de edad, al componer esta semblanza breve, pienso en que nuestro existir agitado y presuroso nos hace olvidar, en corto plazo, todo acontecimiento, así sea feliz o desdichado, y una muerte reciente, como lo dijo Alfredo de Musset desde hace más de un siglo, se convierte pronto en una noticia vieja. Tal es el rodar de los días y de los años. Que sirvan estas líneas para recordar a Don Rafael Illescas Frisbie.

Roberto Llamas

Donato G. Alarcón

El maestro Donato G. Alarcón nació el 16 de octubre de 1899 en Acapulco, Guerrero. Se recibió de Médico Cirujano en 1926; su tesis recepcional versó sobre el diagnóstico temprano de la tuberculosis pulmonar, enfermedad a la que se enfrentó en Tampico, recién titulado; allí se observaba la mayor mortaIidad por tuberculosis en el mundo; estas experiencias determinaron definitivamente el curso de su trayectoria profesional, pues ganó una beca de Ia Fundación John S. Guggenheim para estudiar en el extranjero la patología neumológica, particularmente la tisiología.

Al regresar a México dio principio su brillante carrera académica, docente, de investigación clínica, asistencial y administrativa, muy firme y duradera que abre con la fundación y luego la dirección durante 12 años del Sanatorio de Huipulco, ahora Instituto Nacional de Enfermedades Respiratorias, cuya Unidad Quirúrgica lleva el nombre del Maestro Alarcón gran impulsor e innovador de técnicas operatorias; en algunas de ellas llegó a ser un virtuoso y sus experiencias quedaron plasmadas en libros personales.

Entre la larga lista de logros, desempeños y cargos, mencionaré que fue fundador y primer presidente de la actual Sociedad Mexicana de Neumología y Cirugía de Tórax, a la que ayudó a nacer junto con otros distinguidos médicos que, con el doctor Alarcón, son los padres de la neumología en México. Fundó también la Revista Mexicana de Tuberculosis y la Revista Pa-

namericana de Neumología y Cirugía de Tórax. Presidió la Asociación Médica Franco-Mexicana y fundó y dirigió, durante 18 años, el Sanatorio San Ángel de México.

También fue Jefe de la Campaña y Director del Comité de Lucha Contra la Tuberculosis en varias ocasiones y estableció una marca difícil de superar al fungir como Regente del *American College of Chest Physicians* en México durante 38 años consecutivos. Durante muchos años fue Profesor de Clínica del Aparato Respiratorio y de Posgrado en la Facultad de Medicina de la UNAM.

Dos cargos le fueron particularmente gratos por el significado profesional y académico que ellos tuvieron: haber sido Presidente de la Academia Nacional de Medicina en 1951, a la que ingresó el 4 de enero de 1939, y haber sido Director de la Facultad de Medicina de la UNAM de 1962 a 1966.

En todas sus actividades se desempeñó con honradez, dignidad, entrega, eficiencia y creatividad. Perteneció y recibió honores en muchas de ellas: John S. Guggenheim *Foundation, American College of Chest Physicians*, Legión de Honor de Francia, lnstituto Bresnewski de Rusia, Instituto de Cultura Hispánica, Consejo de Tuberculosis de Cuba, Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdova, España, *American Medical Association, American Thoracic Society, Royal Society of Medicine* de Londres. Asociación Médica de Argentina, Federación Italiana contra la Tuberculosis e innumerables Sociedades de TisioIogía.

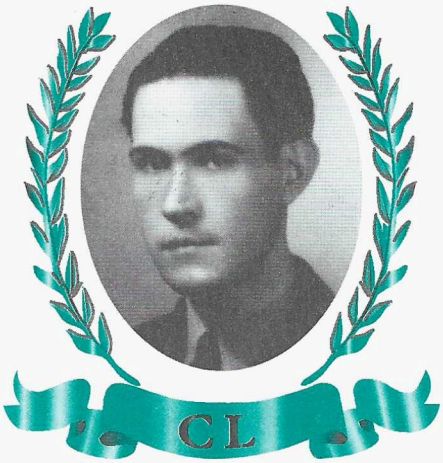
El doctor Alarcón fue un gigante de la medicina nacional que tuvo la capacidad y tamaños para rebasar nuestras fronteras y merecer reconocimiento internacional en países poco dados a reconocer prendas en un extranjero, especialmente en la época de mayor actividad del maestro; fue, y me consta, un médico humanitario, ávido lector de libros y revistas médicas que, hasta unos días antes de desaparecer físicamente, estaba vigente en todos los conocimientos de la patología neumológica y en varios de la medicina interna; Pero no sólo leyó y estudió medicina, también la publicó en varios idiomas, en libros mexicanos y extranjeros y en las mejores revistas: *Disaeses of the Chest. American Review of Respiratory Disaeses, Geriatrics, Cancer, Lancet, Le Poumon et le Coeur*, Revista Española de Tuberculosis, Revista Brasileña Tuberculosis, Revista Mexicana de Tuberculosis; la última publicación internacional que yo le conozco apareció en Lancet en 1987. A los 81 años vio publicada Ia primera edición de su último libro,

«Enfermedades Respiratorias «, esfuerzo cien por ciento suyo. En 1990 apareció la segunda edición, totalmente revisada, en la que tuvo la colaboración de dos médicos, su hijo y su nieto, que escribieron capítulos de inmunología y cardiología por considerar éstos indispensables para redondear su obra.

La vida profesional del doctor Alarcón fue pródiga en el ejercicio privado de la especialidad, durante más de 60 años sus consultorios y sanatorios se vieron colmados de enfermos de todos los estratos socioeconómicos y culturales; respetado, querido y buscado por ellos, dio consulta diez días antes de su desaparición. Mentor devoto hasta el final, unas horas antes de su muerte, el 6 de agosto de 1991, enseñó a su enfermero el nombre y significado de los diversos tipos de ruidos adventicios bronquiales y alveolares, empleando su propio tórax como ejemplo.

Verdadero romántico de la medicina, representante de la vieja guardia, individualista, en la mejor y más noble acepción de estos términos, la ausencia del Maestro Alarcón deja un hueco permanente. Un ejemplo de inspiración, hombre de sólidos valores familiares, académicos y científicos, un caballero.

Carlos Ibarra Pérez



Fernando Latapí Contreras

Es un honor para mí ocupar este podio en nuestra Academia Nacional de Medicina para homenajear la memoria del fundador de la Escuela Mexicana de Dermatología, maestro de muchas generaciones, guía moral y espiritual de los dermatólogos, quien el año pasado cumpliera su jubileo como académico entrañable y llorado amigo, maestro Don Fernando Latapí Contreras.

Quizá fui designado, entre otros dermatólogos académicos, por el gran lazo de amistad y afecto que nos unió; al maestro le guardo gratitud y lealtad por ser yo su primer alumno de provincia y el primero también en tiempo, después de Ernesto Escalona, fallecido recientemente.

Mi prolongada amistad con el maestro Latapí, en cátedra, consultorio privado, en los servicios médicos del antiguo pabellón 11 del Hospital General; en el dispensario antileproso «Dr. Ladislao de la Pascua» hoy Centro Dermatológico Pascua; en la Policlínica Escolar Infantil de la Secretaría de Educación Pública; en su vida familiar, viajes, congresos, luchas por emancipar la dignidad del enfermo de lepra y por reestructurar la campaña antileprosa en México, todo ello desde 1942, muchos años siendo testigo presencial de su exclesa obra me convierten en su biógrafo innato.

El 11 de octubre de 1902, en el número 14 de la calle de Milán, colonia Juárez de la Ciudad de México, nació el primogénito del matrimonio de Don Fernando Latapí Rangel y doña Pilar Contreras Scheleske, a quien bautizaron con el nombre de Fernan-

do. Le siguieron cuatro hermanos: Carmen, ya fallecida; Víctor que radica en la ciudad de Guadalajara; Pilar y Alberto que habitan en esta ciudad.

Desde los primeros años de su infancia, «nando», como le decían de cariño, mostró una inteligencia excepcional, vocación por el estudio, gran sentido de observación y un caracter introvertido.

Realizó sus estudios primarios en el Instituto Franco-inglés, destacando entre sus compañeros por su viveza y sentido de responsabilidad. Estudió bachillerato en la Insigne y Nacional Preparatoria de la Ciudad de México y cursó su carrera de medicina en la Universidad Nacional, alcanzando el título de Médico Cirujano los días 10 y 11 de agosto de 1928, con la tesis «La atropina intravenosa y el ortostatismo en la determinación del tono neurovegetativo».

Contrajo nupcias con Clemencia Espinoza en 1940. Fue un estudiante responsable, apolítico, aunque rebelde e inquieto; gustaba escudriñar el porqué de las cosas. Siempre manifestaba su inconformidad ante situaciones rutinarias, sociales, morales o políticas que, a su parecer, eran incorrectas. Trataba de desentrañar el sentido lógico y racional y desechaba conceptos tradicionales sustentados solo por la fuerza del «*magister dixe*».

De niño fue un gran aficionado a la lectura y prefería las actividades intelectuales a los deportes. No era amante de convivir en francachelas, es posible decir que fueron pocos sus amigos íntimos; en la primaria tuvo por amigos a sus compañeros Riveroll y Cañedo.

Siendo estudiante de medicina solía visitar el osario del antiguo panteón de Dolores para seleccionar huesos que usaba en su clase de anatomía. Le gustaba caminar en la ciudad y disfrutaba también de excursionar en el campo. Su caracter introvertido limitó el grupo de sus amigos en la preparatoria y en la carrera de medicina, siendo algunos de ellos los doctores Alfredo Ramos Espinoza, Manuel Morán y Rafael Morales Maruri.

Físicamente, el maestro Latapí fue una persona de estatura regular, de complexion delgada y piel blanca, ojos negros, inquisitivos, frente amplia y gesticulación fuera de lo común. Vestía impecablemente, usaba sombrero. Su trato era un tanto difícil, desconfiado, pero se tornaba amable cuando conocía y trataba a la persona. De lenguaje culto, persuasivo, sencillo y elocuente, e ideas reformistas, criticaba la metodología absurda que se utilizaba frecuentemente en la enseñanza. En sus últimas décadas,

la personalidad del maestro sufrió algunas modificaciones notables, cambió su aspecto, su vestimenta y su trato social. Cada vez fue más introspectivo, desconfiado; se interesaba menos por las reuniones sociales y culturales, su círculo social se fue reduciendo. Sin embargo fue de gran interés para él la enseñanza de nuevas generaciones, se preocupaba por conservar la calidad de sus trabajos, la excelencia en sus participaciones en los congresos de la Sociedad Mexicana de Dermatología y en sus actividades en el Centro Dermatológico Pascua; siempre conservó su espíritu humanista en la atención de los enfermos.

En sus últimos años redujo sus actividades debido a dificultades en la deambulación, cuál no sería su molestia corporal que solamente le era posible atender a escasas visitas. Asistía al centro Pascua dos o tres veces al mes y, muy a su pesar, se vio obligado a dejar la consulta particular así como su participación en congresos de dermatología, que con tanto celo vigilaba.

Si bien es cierto que el maestro Latapí no viajó al extranjero para especializarse en dermatología, tampoco puede calificarse de autodidacta, ya que estudió la especialidad bajo la tutela del maestro Don Salvador González Herrejón. También participaron en su formación académica el doctor Jesús González Ureña y su tío el doctor Eugenio Latapí.

Fernando Latapí fue el alumno dilecto del maestro González Herrejón; recién graduado lo invitó a trabajar en el pabellón 11 del Hospital General de México, como su segundo de abordo; lo designó subjefe del Servicio y le ofreció la sala de mujeres bajo su responsabilidad. Cuando González Herrejón se retiró del servicio, dejó a don Fernando como jefe del mismo pabellón 11.

En 1932, el doctor González Ureña fundó el Servicio Federal de Profilaxis de la Lepra, y se abrió el dispensario Antileproso Dr. Ladislao de la Pascua en la calle de García Diego 21. En este tiempo y por recomendación del maestro González Herrejón, el doctor Latapí fue designado su primer jefe, designado también como profesor de la Clínica de Dermatología en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de México, puesto que desempeñó hasta su muerte el 28 de octubre de 1989.

Sería interminable describir renglón por renglón el *curriculum vitae* del maestro, baste mencionar que tuvo más de cien publicaciones, perteneció a más de cincuenta sociedades dermatológicas del mundo, fue miembro destacado titular de la Academia Nacional de Medicina, recibió innumerables condecoraciones y preseas, méritos más que suficientes para ocupar el

primer sitial entre los dermatólogos mexicanos. Sin embargo lo más admirable del doctor Latapí fueron dos aspectos que, a mi consideración, es imprescindible destacar: su labor como maestro y renovador.

Los dermatólogos anteriores a él, Cicero, González Ureña, Eugenio Latapí, González Herrejón y Manuel Cañas, pueden calificarse como importantes precusores. El doctor González Ureña, su sobrino Don Salvador González Herrejón y Manuel Cañas divulgaron la especialidad en la cátedra de pregrado, pero no crearon alumnos ni escuela alguna con criterio nacionalista. El segundo formó como alumno al doctor Latapí.

Latapí fue el maestro por antonomasia, se dedicó a despertar el interés del médico por la especialidad, con empeño «enseña a enseñar» convirtió el pabellón 11 y el dispensario Pascua en almácigo de donde saldríamos muchos de los primeros profesores de dermatología, tanto de provincia como de la capital. Fue el primero en interesar a los dermatólogos y a otros especialistas de ramas afines a reunirse periódicamente para intercambiar conceptos.

En 1936 el maestro Latapí fundó la Sociedad Mexicana de Dermatología, como reformador, a semejanza del maestro Ignacio Chávez, se opuso a los preceptos y conceptos de la dermatología tradicionalista; como nadie indagó la verdad en muchos problemas médico sanitarios socio culturales, pregonando el cambio de las estructuras y sistemas de salud pública; gracias a su labor, los conceptos de la literatura francesa y europea sobre la etiología de muchos cuadros dermatológicos cambiaron, demostrando que la verdadera causa era otra. Fue el maestro Latapí quien revolucionó y transformó los principios clásicos, abriendo un modo de ver, actuar y ejercer la medicina con carácter social, cualidades con las que fundó la Escuela Mexicana de Dermatoleprología.

Como ejemplo de estas acciones, la fundación de la Sociedad Mexicana de Dermatología agrupó a los pocos dermatólogos existentes y a algunos especialistas afines con el objetivo de desarrollar programas para el mejor conocimiento de las dermatosis en México, orientar más actividades sanitarias para su erradicación, unificar criterios de diagnóstico y tratamiento, propiciar la investigación, etcétera.

Respecto al tema de la lepra, el maestro desarrolló una verdadera revolución. Luchó incansablemente contra el prejuicio de esta enfermedad, de ser una enfermedad estigmatizante, la

colocó como la menos transmitible de las transmitibles; predicó por la dignidad del enfermo de lepra, porque se le diera un trato normal, humano, como a cualquier otro enfermo. Logró que la leprología se incorporara a la dermatología constituyendo así la simbiosis dermatoleprología, incrementando dentro de la especialidad a otras actividades afines como la micología, inmunología, cancerología, enfermedades de transmisión sexual y, posteriormente, creó la cirugía dermatológica, que recientemente ha alcanzado un gran desarrollo en el Instituto Dermatológico de Guadalajara y en la Ciudad de México.

La creación de las especialidades condujo al progreso de diferentes ramas de la medicina, pero a la vez propició el estudio aislado de los problemas, con el consecuente prejuicio por el conocimiento parcial del individuo. Latapí notó oportunamente ese error y pugnó porque todo especialista ejerciera sus conocimientos bajo el estudio integral del paciente.

Dado que lo perfecto es una meta inalcanzable y que todo ser humano tiene sus virtudes y defectos, así la vida del maestro tuvo también sus amarguras. La personalidad del maestro fue la de un líder que tuvo sus detractores, insubordinaciones, intrigas, traiciones, celos, etcetera, que dieron origen a la creación de grupos «ismos» o «ides», dermatológicamente hablando. Hubo división entre los dermatólogos lo que provocó disgregación y estancamiento de la naciente Escuela Mexicana de Dermatología. Por fortuna, gracias a la razón y al entendimiento, se rectificaron conductas, con beneplácito y orgullo podemos afirmar que somos una familia de dermatólogos mexicanos que seguimos las enseñanzas y el ejemplo de sencillez y humanismo que nos legó el maestro Latapí. Alzo mi voz ahora en nombre de la Academia Nacional de Medicina para llorar la desaparición física del maestro y renovar el reconocimiento de su maravillosa labor, idealizada como meta a alcanzar.

José Barba Rubio

Samuel Morones Alba

Cumplo con el penoso honor de rendir ante esta Corporación, homenaje póstumo a un médico destacado, cuya inquietud incansable lo hizo dedicarse a la rama más difícil de la medicina, pero la de mayor trascendencia para la vida del hombre.

Antes de él, nadie en México se preocupó tanto por los padecimientos infecciosos, ni tuvo un concepto tan claro y moderno sobre los complicados problemas que encierran esas enfermedades.

Fue una fortuna que haya sido un médico como el maestro Samuel Morones Alba, quien creara la especialidad de Infectología en México, y diera cuerpo académico a la disciplina de la misma.

Después de varios años dedicados al estudio en diversas partes de Europa, y haber obtenido los títulos de especialista en Enfermedades Tropicales y Parasitología Médica en el Instituto para Enfermedades Tropicales de Hamburgo, Alemania, así como el de Malariólogo en la Universidad de París, en 1936 regresó a su país, México.

Ganó por oposición la jefatura del Servicio de Infecciosos Diversos del Hospital General de la Secretaría de Salubridad y Asistencia. Lo reestructuró y, de ser un Servicio casi olvidado al que se veía con temor y cierta repugnancia, lo convirtió en centro de trabajo intenso, de investigación y docencia, donde a diario dio lecciones clínicas magistrales. Cada vez eran más los médicos interesados en aprender la nueva infectoIogía sustenta-

da en conocimientos antes desconocidos entre nosotros; así empezaron a formarse médicos especializados en esta disciplina, y aun los que no estudiaban esta especialidad, se acercaron al maestro para adquirir valiosos conocimientos que acrecentaban su acervo científico.

Durante varios años fue Jefe del Servicio de Infecciosos del Sanatorio Español, donde realizó una gran labor como médico y maestro.

En 1939 fue nombrado Jefe de la Sección Clínica del Instituto de Enfermedades Tropicales de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, llevando a cabo importantes investigaciones.

Cuando se implantaron los Servicios Médicos del Instituto Mexicano del Seguro Social fue de los primeros médicos destacados que, sin reservas, tendió su mano generosa a quienes nos habíamos alistado en las filas de la Seguridad Social.

A la cátedra de Enfermedades Infecciosas y Parasitarias le imprimió forma definida y, por primera vez, se integró la verdadera clínica de estos males que antes estaban dispersos al ser tratados en diversas asignaturas.

Hizo que se comprendieran bien esos padecimientos y el médico preocupado por conocerlos mejor, tuvo un maestro generoso que, además de su sabiduría, contaba el atributo de ser un hombre siempre dispuesto a compartir la responsabilidad con todo colega que se acercara a él a pedirle ayuda o consejo para resolver algún caso difícil.

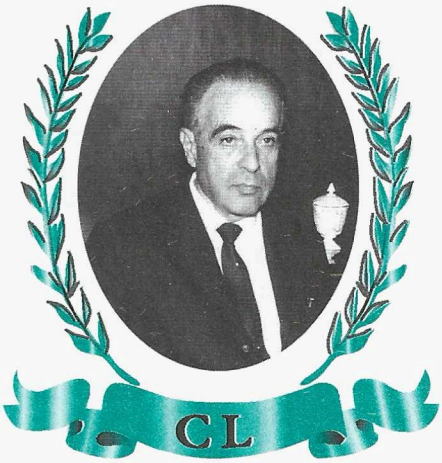
Implantó, pese a la gran oposición de muchos médicos y de legos, los regímenes dietéticos racionales como parte fundamental de la terapéutica de las enfermedades infecciosas y así fueron disminuidas notablemente, tanto las complicaciones como la letalidad de estos padecimientos. Fue, así mismo, uno de los primeros médicos que utilizaron las sulfonamidas y el que mejor conoció la farmacología y acción terapéutica de las mismas.

En el terreno de la antibioterapia fue distinguido por sus profundos conocimientos sobre los complicados problemas que surgen junto con el rápido advenimiento de numerosos antibióticos.

Sus estudios sobre salmonelosis, brucelosis, rickettsiasis, meningoencefalitis, paludismo y otros padecimientos infecciosos abrieron nuevas rutas en el conocimiento de ellos.

Quienes tratamos de cerca al maestro Morones, sabemos bien que jamás aceptó adulaciones ni elogios; por eso estas palabras dichas en su honor, carecen de hipérboles. Espero haber rendido un póstumo tributo apegado a la reciedumbre que fue principal característica durante su vida.

Daniel Méndez



Salvador Aceves Parra

Me corresponde el doloroso encargo de repasar con ustedes la vida ejemplar de mi maestro, el doctor Salvador Aceves Parra. Difícil empeño, porque tuve la fortuna de vivir cerca de él durante casi cuarenta años, desde que asistíamos fielmente a sus admirables lecciones de patología cardiovascular en nuestra recordada sede de Santo Domingo, hasta pocos días antes de su breve padecimiento final.

No haré exploración minuciosa porque no podría ceñirme al tiempo que marcan nuestros reglamentos. Recordaré algunos hitos de su recorrido entre nosotros y ciertos rasgos, para mí los más distintivos de su personalidad.

El doctor Aceves Parra nació al iniciarse el siglo, en 1904, en una familia, reciamente enraizada en el campo; de aquellas que Salvador Azuela dijo alguna vez que formaron la aristocracia cívica iniciadora de la revolución mexicana, con participación en la lucha sin el menor asomo de lucro. Su padre murió fusilado inicuamente y dos de sus hermanos cayeron en la gesta revolucionaria.

Vivió su adolescencia en la alborada cultural mexicana de los años veintes, con Ramón López Velarde apenas desaparecido en el 21, la presencia cercana de Enrique González Martínez y la plenitud magistral de Don Antonio Caso; cuando Manuel M. Ponce daba dimensiones internacionales a nuestra música, los pinceles de Clemente Orozco y de Diego Rivera consagraban en definitiva el ecumenismo del arte mexicano y José Vasconcelos, desde la

Secretaría de Educación Pública, lanzaba los clásicos por todos los caminos de México.

Desde entonces, el joven Salvador Aceves Parra destacó como estudiante distinguidísimo en letras, historia y filosofía, además de ser ya sobresaliente en disciplinas más específicas de su futura actividad médica.

Con el apoyo de su hermano, que vino a ser su segundo padre, inició sus estudios médicos en París. El infortunio lo abatió con una hemorragia cerebral y lo hizo volver a su tierra natal. Allá, en La Piedad de Cabadas, que para otro cualquiera de temple menos firme hubiese sido el lecho blando donde llorar su desgracia, se rehizo por entero, cumpliendo de paso en forma ejemplar, como Presidente Municipal, sus deberes ciudadanos.

En 1928 reanudó, en nuestra facultad, los estudios médicos interrumpidos. Tal era el ascendiente que tenía sobre todos sus compañeros, que fue el primer estudiante designado ante el Consejo Universitario en aquel año convulso de 1929.

En 1933, año memorable por la transformación radical de la Facultad de Medicina en su centenario, inicia la carrera docente como ayudante de Clínica Propedéutica Médica, transcurrido apenas un año de haber recibido el espaldarazo profesional. En 1936 es nombrado profesor de Patología Médica y para 1944 ocupa, por derecho propio, la cátedra del II Curso de Clínica Médica, que sólo abandonará para dar mejor cumplimiento a un llamado de la Presidencia de la República. Colabora así con el Ejecutivo en la Secretaría de Salubridad y Asistencia, desde donde logra una renovación sustancial de nuestros hospitales tradicionalmente encargados del servicio asistencial y de la formación de los médicos del país.

Pero volvamos atrás y reanudemos las brillantes efemérides. Con dotes e inclinación manifiestas por la medicina interna, centradas en la cardiología, se incorpora como miembro fundador de la Sociedad Mexicana de Cardiología en mayo de 1935 y poco después, con sólo seis años de investidura médica, conquista por oposición, imborrable para muchos de nosotros, la jefatura de un Servicio de Medicina Interna en el Hospital General, que vivía entonces una de sus mejores épocas.

Al frente del Pabellón 9 capitaneaba a una pléyade de jóvenes valores que abre brechas en hematología, gastroenterología, reumatología, neurología, endocrinología, hasta hacer de aquel servicio un verdadero centro de gravitación de la medicina Interna del Hospital General.

Al mismo tiempo y en relación cada vez más estrecha con el maestro Ignacio Chávez, constituye uno de los elementos más decisivos del grupo que planea, organiza y por fin logra hacer realidad una institución que, en aquel entonces, parecía a muchos mero ejercicio quimérico de la imaginación, el Instituto Nacional de Cardiología. En él alcanza su plenitud de médico y maestro, se desbordan sus dones de varón ejemplar. El Servicio de Cardiología de Hombres, que tuvo a su cargo de 1944 a 1961, polarizó a las sucesivas generaciones de médicos de todos los continentes que afluían a la joven institución cardiológica mexicana, abanderada en la vanguardia médica internacional.

Al ejercicio diario de la clínica, depurado tenaz, le confirió una maciza elegancia que a todos seducía, particularmente cuando era corroborado en sus conclusiones en las sesiones anatómoclínicas, para las que su contribución aguerrida fue fundamental.

Desarrolló y multiplicó los trabajos de investigación iniciados en el almácigo del Pabellón 9, sobre todo catalizó la inquietud de muchos y la supo llevar por cauces bien orientados para lograr un sinnúmero de piezas de investigación que enriquecen hasta hoy la literatura cardiológica.

Durante cuatro años que tuvo a su cargo la Dirección del Instituto Nacional de Cardiología, de 1961 a 1965, pese a circunstancias adversas, logró dotarlo de espléndidos equipos para angiocardiografía. Inició el estudio profundo y amplio de la función pulmonar, modernizó los quirófanos y puso en marcha una bien organizada unidad de terapia intensiva postoperatoria. Mejoró sustancialmente los servicios de consulta externa y dio pasos definitivos para que el Instituto contara con un gabinete de microscopia electrónica.

No seguiré en esta exploración de un territorio siempre abierto. Prefiero detenerme para contemplar en su conjunto la vida y obra de Don Salvador Aceves, que aparece extrañamente similar a la de aquel preclaro irlandés que, con Adams, Colles, Graves, Corrigan y Cheyne, dio fama imperecedera a la escuela de Dublín, Sir William Stokes, cuya vida también duró sólo 74 años, un siglo antes, de 1804 a 1878.

Como el irlandés, formó parte de un grupo ilustre que transformó el ejercicio de la medicina y su enseñanza; como él, supo reconocer sin regateos los merecimientos de los demás. Fue médico de espíritu inquisitivo y alerta, altamente respetado como consultor, admirado y querido por sus colegas y sobre todo, por

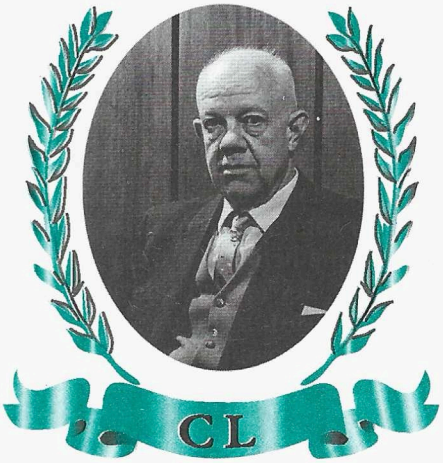
sus enfermos, ricos y pobres, para quienes resultaba carismático. También, como el internista del Meath Hospital de Dublín, llegó a la excelencia como maestro a la cabecera del enfermo. Ambos fueron de refinada cultura y amantes de la historia, la música, la literatura y el arte en general. Tanto del uno como del otro puede afirmarse, con Herrick, que «su influencia sobre el ejercicio de la medicina y la enseñanza se debió tanto a su personalidad atractiva como a sus logros académicos y científicos» .

Pero más allá de las sobresalientes características del maestro Salvador Aceves, sostenidas por su claro talento, había en él reciedumbre de carácter, sin quebranto ante múltiples golpes del infortunio, enhiesta integridad moral, apasionada disposición por cuanto fuera justo y levantado, era tal su denuedo en combatir entuertos y desmanes, que fue guía y ejemplo de alumnos, compañeros y aun maestros.

Varón singular de inconfundible acento mexicano, le fueron connaturales la sencillez y la templanza. Como aquel Marco Catón a quien miraban los romanos como un prodigio, era al mismo tiempo «gracioso y vehemente, dulce y penetrante, adornado y grave, sentencioso y polémico».

Ingresó a esta ilustre Corporación en el año de 1940, rigió sus destinos como presidente de 1952 a 1953 y contó siempre entre sus miembros cimeros. Entra ahora a su esclarecida genealogía como paradigma del varón íntegro que sabe ser médico con excelencia.

Felipe Mendoza



Carlos Coqui Sánchez

Agradezco a la Mesa Directiva de la Academia Nacional de Medicina el honor que me fue conferido al encomendarme estas palabras, modestas y sinceras, en memoria del recientemente desaparecido maestro Carlos Coqui.

El maestro Coqui Sánchez vio la luz el 9 de junio de 1904 en la ciudad de San Luis Potosí. En ese querido rincón de la patria del cual son también mis antepasados, estudió la primaria y la preparatoria. Se trasladó a la ciudad de México e inició sus estudios profesionales en la Escuela de Medicina de ésta ciudad, el año de 1923.

Como muchos recordarán, el maestro Coqui fue un alumno brillante merecedor de premios en la clínica del año de 1928. En ese mismo año fue practicante del Hospital General. Recibió el título de Médico Cirujano el 16 de julio de 1929.

De 1929 a 1931 regresó a su tierra natal, ejerciendo la profesión como médico general; en 1930 se inició en la docencia como profesor de fisiología en la Universidad de San Luis Potosí.

En 1931, ya en la ciudad de México, ingresó como Médico Adjunto en el Servicio de Gastroenterología del Hospital General. En ese servicio se inició en la radiología. En 1931 fue nombrado jefe del Departamento de Radiología, entonces denominado de fisioterapia, del Hospital General, puesto que ocupó con gran eficiencia hasta el año de 1957. En este año fue nombrado consultor técnico, máxima posición de la carrera hospitalaria, puesto que ocupó hasta el día de su muerte.

De 1931 a 1933 fue profesor adjunto de la clase de fisioterapia y desde 1936 ascendió a profesor titular de radiología de la Escuela Nacional de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México. En 1948 fundó la cátedra de radiología y fisioterapia en la Escuela Superior de Medicina Rural del Instituto Politécnico Nacional. Estos puestos los desempeñó con verdadero entusiasmo hasta el año de 1970, cientos de médicos recibieron sus sabios consejos y enseñanzas acerca de estas materias.

Además de la docencia, el doctor Coqui fue profesor en numerosos cursos de posgraduados y fue invitado a mútiples conferencias en el país y en el extranjero.

Fue fundador de la Sociedad Mexicana de Gastroenterología y de la Sociedad Mexicana de Radiología. Perteneció a esta Academia y a la Academia Mexicana de Cirugía y a diversas sociedades entre las que destacan las Sociedades Cubana, Colombiana y Venezolana de Radiología. En todas ellas contribuyó siempre con numerosos trabajos científicos.

Además de dirigir alrededor de setenta tesis de los alumnos de las Escuelas de Medicina de la UNAM, del IPN y de escribir y publicar más de doscientos trabajos científicos, escribió dos libros: en 1955 publicó Por los Caminos de la Medicina; y en 1964, Le Lipiodografía. Era bien conocida su columna Por los caminos de la Medicina, publicada en el periódico Excélsior. El doctor Coqui dirigió en 1956 la Revista Mexicana de Radiología y asistió a numerosos congresos nacionales e internacionales donde siempre presentaba trabajos científicos interesantes.

Entre los aportes más importantes que hizo a la radiología se cuentan los siguientes: 1) Practicó la primera colangiografía operatoria en el Hospital General con el doctor. J. González Méndez, poco después de la visita que hizo el doctor Mirizzi a nuestro país. 2) En 1936 practicó con el doctor Joaquín Correa la primera histerosalpingografía que se hizo en México. 3) En 1942 hizo la primera película sobre colangiografía operatoria con el doctor José Castro Villagrana.

Desde 1957 que lo traté personalmente me di cuenta del entusiasmo con que impartía sus labores docentes. En la plenitud de sus facultades, la muerte lo sorprendió. Descanse en paz uno de los pioneros de la Radiología Mexicana, incansable maestro y persona que honró nuestra profesión en México y en el extranjero.

Jorge Ceballos Labat

Juan Farill

La vida decidió ser injusta con él, pero con su gran espíritu supo sublimar sus limitaciones y trabajar tenazmente para convertirse en uno de los profesionistas más destacados dentro de su rama, en la época que le tocó vivir, para inspirar a los más jóvenes y fundar una escuela de pensamiento, para usar su prestigio e influir en la mejoría y dignificación de los especialistas de América Latina y para convencer a otros de la necesidad de crear y sostener intituciones capaces de atender a los compatriotas que, sin recursos económicos, sufren una incapacidad física.

Todo esto, lo hizo calladamente, convencido de la necesidad de ello y sin detenerse por los obstáculos que encontró, con frecuencia, en el camino.

Podemos así resumir, en breves palabras, la vida fecunda de Don Juan Farill que llegó a su fin el día 24 de junio del año que cursamos. Su vida médica comenzó en 1926, sabedor de sus limitaciones físicas, buscó un campo en donde pudiera desarrollarse plenamente. Se incorporó a la Salubridad Pública, en donde trabajó hasta que las veleidades de la política de aquellos días lo hicieron abandonarla.

Esto lo hizo meditar y comprendió que la especialización es una necesidad y exploró los campos de la pediatría, que se encontraba lejos de estar integrada en nuestro país.

Posteriormente le fue concedida una beca y marchó a Nueva York a estudiar la doctrina y fabricación de los aparatos ortopédicos. Ahí, quiso el destino que encontrara que mediante el uso

de un aparato de Thomas, le fuera posible dejar de usar muletas que le limitaban su actividad en el ejercicio de la medicina y le hacían imposible la práctica de la cirugía. Esta, su primera salida, fue muy fecunda, porque liberado de las manos encontró otros horizontes y en aquellos días conoció a muchos de los pioneros de la ortopedia mecánica, mismos que nunca escribieron sus invenciones e innovaciones, pero que Farill supo aquilatar ya que sentía la necesidad de ellos en carne propia.

Posteriormente pudo convertirse en una autoridad, consultada de allende nuestras (fronteras, sobre el uso y fabricación de los aparatos ortopédicos.

Libre así de las manos, marchó a Iowa a estudiar cirugía ortopédica y aprendió de Arthur Steindler la doctrina. Lo que allí vio, oyó y meditó dejó huella indeleble en su vida médica y los conceptos doctrinarios más estrictos siempre presidieron su ejercicio profesional.

Redondeó sus conocimientos en Viena a donde marchó a estudiar radiología ósea y, al lado de Böhler, traumatología músculo-esquelética. En Budapest supo de los adelantos de la rehabilitación. Con ese bagaje de conocimientos regresó a México y le fue encargado el Pabellón 6 del Hospital General en donde los resultados no se hicieron esperar. El servicio de ortopedia se transformó y con las limitaciones propias de los años 30, en nuestro medio, se practicaron las técnicas que en aquellos días se consideraban más evolucionadas. Él solía recordar, a veces con gusto, a veces aún con cierto temor, aquellos días de tantos trabajos y vicisitudes que sirvieron para poner las bases de la ortopedia científica en México.

Cuando aún formaba parte del cuerpo médico del Hospital General ingresó, en 1940, a esta Academia, lo que él consideraba después, junto con su ingreso a la *American Orthopaedic Association*, como uno de sus más altos logros.

Al fundarse el Hospital Infantil, pasó a esa institución para colaborar con las avanzadas que Federico Gómez reunía para la atención de los niños en México. Llegó allí el hombre maduro, conocedor de la especialidad y así como el Hospital General supo de sus comienzos, el Hospital Infantil le vio producir y crear técnicas nuevas que fueron más allá de nuestras fronteras, con el reconocimiento de otros especialistas.

Conocedor de la necesidad ingente de ayudar a tantos niños, convenció a un grupo de Shriners para que se pusieran las bases de lo que después debía ser un hospital para niños lisiados

y afortunadamente encontró eco primero en Cain y después en D' Acosta y pudo así funcionar la Sala V de Ortopedia del propio Hospital Infantil que era subvencionada en su totalidad por aquella organización benéfica. Repito, aquí, ahora, lo que decía al principio, supo usar su prestigio para beneficio de otros mexicanos. La Sala V de Ortopedia pasó a ser en 1961 el Hospital Shriner's para Niños Lisiados.

En 1955 un mexicano, hombre de empresa, que viajaba por Europa sufrió un accidente, lo que tiempo después originó la pérdida de uno de sus miembros inferiores. Farill supo hacer que Don Rómulo O'Farrill sublimara su dolor y su pérdida y lo convenció de la necesidad de fundar un Instituto Mexicano de Rehabilitación que hasta hoy funciona, para honra de México y ejemplo de otros países.

Entre las muchas ideas pendientes, de las que a veces solíamos hablar, le quedaron dos por realizar: la creación de un centro para el tratamiento de parapléjicos y otro para la atención de los niños afectados con parálisis espásticas. Ojalá la memoria de este mexicano ilustre, logre motivar a quienes puedan ordenar o lograr la construcción de estos centros cuya existencia es urgente para ayudar a un grupo importante de compatriotas.

La actividad docente no fue su fuerte, sino la enseñanza diaria al lado del enfermo en la que regían la doctrina estricta, la ética profesional más elevada, el cuidado minucioso del enfermo y la técnica operatoria, no la más brillante, pero sí la más segura. Por todo esto, como dijera Manuel Quijano de otro cirujano mexicano, tuvo pocos alumnos y muchos discípulos, ya que fuimos contados aquellos que nos formamos íntegramente a su lado. Como enseñaba más que nada con el ejemplo, le venía muy bien la denominación de «maestro» con que le interpelábamos, misma que se le asignaba más allá de nuestras fronteras, porque supo influir en la formación y dignificación de muchos usando, como en otras ocasiones, su prestigio, y así en 1948 convocó a los colegas más destacados de la especialidad en América Latina y fundó en Acapulco la Sociedad Latino Americana de Ortopedia y Traumatología (SLAOT) de la que en 1956 dijera Bado:

«México es, en realidad, señores, la patria de la SLAOT., que nació aquí, con el acta de Acapulco, en este mismo país. Paseó sus niñeces en las márgenes del Plata; se hizo adolescente en el suelo exuberante del Brasil bajo su sol de fuego y de promesas y vuelve ahora, en la maravillosa perfección de su madurez, a donde nació como una idea, como un ensueño que en vano se persi-

gue...» «Nació del deseo de propender al perfeccionamiento de la especialidad, a su dignificación, a su exaltación encauzando su estudio, su práctica y la preparación definitiva del especialista. El afán de enlazar en un vínculo de amistad personal a todos los ortopedistas latinoamericanos por el único mecanismo capaz de reunirlos que era que se conocieran, que se estimaran, se respetaran, se emularan y se admiraran...»

Años después, en 1961 la American *Academy of Orthopaedic Surgeons* reconoció la reciprocidad de miembros entre ambas sociedades. La idea de Farill había quedado consagrada.

Sus contribuciones científicas fueron numerosas, se presentaron y publicaron en revistas nacionales y extranjeras. Los temas que le apasionaban eran el pie equinovarus congénito, la luxación congénita de la cadera y la legislación en pro de los lisiados. A este último respecto supo influir, en el momento oportuno, para que se creara dentro de la Secretaría de Salubridad y Asistencia la Dirección General de Rehabilitación.

Por sus méritos en el campo de la rehabilitación le fue concedido el máximo galardón internacional que se otorga, el premio Lasker, que le fue entregado por la Reina de Holanda el 15 de septiembre de 1954.

Para ocupar algunos de sus momentos que no dedicaba a la medicina, aprendió a pintar y en las acuarelas que realizaba, en las que plasmaba magistralmente el paisaje mexicano, daba salida a sus ímpetus creadores.

En su vida médica recorrió el país, este y otros continentes, siempre lo recordaremos acompañado por Doña Inés, cuya pérdida, posiblemente marcó el comienzo del fin, pues entre ambos hubo una comprensión y entrega totales. Ya cuando presidió el Xl Congreso de la *Societé Internationale de Chirugie Orthopédique et Traumatologie* se notó la ausencia de la compañera que con su entusiasmo juvenil ponía una nota de alegría en todas las reuniones de ortopedia.

Cuando supo que llegaba al fin del camino estuvo tranguilo, con la satisfacción del deber cumplido. Hoy que la eternidad nos separa, venimos aguí con emoción, con respeto, con afecto, a recordarlo y decirle al académico, al maestro, al amigo, al hombre bueno: ¡Descanse en paz!

Leonardo Zamudio

Clemente Robles Castillo

El 16 de diciembre del 2001 falleció inesperadamente el doctor Clemente Robles que, todavía unas horas antes sorprendía a sus visitantes por su lucidez mental a los 94 años. Se le adjudicaba merecidamente el título de Maestro y de creador de la cirugía moderna en México pues, en su recepción en 1929, al presentar una tesis sobre la fisiopatología de las peritonitis aguda, enfocaba los fenómenos desde una perspectiva dinámica, de función de tejidos, células y medio interno, anunciaba que la cirugía no es sólo técnica y que el conocimiento necesario no es sólo el anatómico. En esa tesis, Robles realizó experimentos en perros, con registro de enterogramas en condiciones normales y de peritonitis, medición de cloruros, almidón y peptona, y usó conceptos como deshidratación, secuestro de agua, mecanismos osmorreguladores, pH y otros que, en ese momento eran novedosos. Si hoy, con las facilidades para la experimentación y la ayuda de expertos en disciplinas variadas, son escasos los trabajos de ese tipo, piénsese en lo que se precisaba de energía y determinación en 1929.

Después sirvió de punto de confluencia de muchas vocaciones catalizándolas con el ejemplo en algo que no se quedaba ni en la predica ni en la intención. Tuvo la calidad de Maestro-medieval, pues enseñaba un cuerpo coherente de doctrina, actitudes y entusiasmos, algo mucho más amplio que la destreza manual. Exigente consigo mismo y con sus discípulos, imponía su voluntad sin causticidad y tuvo, en alto grado, esa capacidad de vencer la inercia propia y la de los demás, lo que ahora se

llama liderazgo. Duro y de trato no fácil, porque no pretendía despertar simpatía, para todo el mundo era digno de respeto. Profesor de discurso seco y breve, despreciaba la solemnidad y era enemigo de hipocresías y combinaciones.

Inició y llevó al grado excelencia las especialidades de neurocirugía y cirugía cardiovascular, modificó técnicas de cirugía general, fue pionero de ramas nuevas de la cirugía lo que requería audacia e inventiva y, cosa inusitada en nuestro medio, se retiró del Infantil, Nutrición y Cardiología, para dejar que sus ayudantes, todavía jóvenes, continuaran su labor.

Como director del Hospital General de México lo reconstruyó, luchó contra un sindicato corrupto e inspiró un nuevo espíritu a un cuerpo médico que tendía a la declinación académica.

Después inició el tratamiento médico de la cisticercosis cerebral con un compuesto nunca antes probado y llegó a juntar una serie de 500 casos tratados con éxito.

Su vida profesional fue un ordenado desarrollo en que no hubo cabida para la improvisación, su energía se dirigió hacia propósitos persistentemente mantenidos. Con gran capacidad de trabajo, ejerció su profesión, cumplió cargos y comisiones y se forjó una cultura histórica de nuestro país, de rara penetración.

No perdió tiempo en rebeldías o luchas ociosas, menospreció la llamada «política» intragremial y fue veraz y fidedigno en todas las circunstancias de la vida. Supo obtener enseñanza de los fracasos y nunca gastó tiempo o energía en venganzas o en la satisfacción de vanidades triunfalistas.

Clemente Robles no fue un hombre representativo de su tiempo: su talento, sus pasiones, sus virtudes no fueron comunes entre sus contemporáneos, su fuerza vital, su voluntad firme pero no obstinado, y sobre todo su integridad no es lo que idealizó su época. Sus cualidades fueron no sólo excepción sino a menudo atributos incomprendidos o criticados.

Inclusive en la forma de ausentarse, dio ejemplo de hombría de bien: discreción hasta con sus íntimos, ausencia de quejas, aceptación del destino y talante animoso.

Clemente Robles, tus lecciones continuarán siendo fecundas y trascendentes tuviste la satisfacción mayor de un profesional, la de ser considerado número uno por los propios miembros del oficio. Descanse en paz.

Manuel Quijano

Magín Puig Solanes

Magín Puig Solanes falleció el 29 de abril de 2005, a la edad de 100 años. No es difícil hablar sobre él, pues su constante presencia hace sencillo el recuerdo. La Academia Nacional de Medicina recuerda. Por eso, este *in Memoriam* recuerda que Puig Solanes fue un pilar de la oftalmología. Recuerda también que en 1954 fue presidente de ella y que procuró su engrandecimiento. Recuerda su paso por este recinto, sus pláticas, sus trabajos y sus escritos.

Puig Solanes nació en Cataluña en 1905; siendo niño, su familia migró a México. Fue esa niñez quien observó el centenario de nuestra independencia y los años de revolución. Su adolescencia coincidió con la consolidación de la República.

Creció y se hizo hombre en los años en que México aspiraba a ser diferente, no es de extrañar entonces su decisión, a los 18 años, de solicitar la ciudadanía mexicana. Dejando atrás sus raíces, se comprometió con México.

Su compromiso con este país se hizo manifiesto en su rigidez académica y en su espíritu de servicio. Ya mexicano, se matriculó en la carrera de medicina en nuestra Universidad Nacional. Al concluir sus estudios, la oftalmología lo atrajo en forma definitiva. Para el efecto migró a Europa, y realizó estudios en Barcelona, París y Viena.

A principios de los años 30 regresó a México al Hospital Morelos y años más tarde al Hospital General de México que fue el amor profesional de su vida. A él y a la oftalmología, dedicó

con pasión todos sus esfuerzos profesionales y sus inquietudes docentes y de investigación.

En 1938, ocupó la Jefatura del pabellón de oftalmología y desde ahí, con todo tesón, trabajó para consolidarla. Con él a la cabeza se inicia el auge científico, docente y asistencial que caracterizó a la oftalmología del Hospital General de México en el segundo tercio del siglo XX y que en gran medida persiste hasta nuestros días.

Fue Magín Puig Solanes uno de los pilares de la oftalmología mexicana. Toda una escuela de oftalmología pertenece a él. En 1947, gracias a su labor docente, se iniciaron los cursos monográficos de oftalmología, ejemplo que siguieron otras escuelas y que en 1959 se consolidaran en el Hospital General de México como cursos de Maestría en oftalmología.

Fue también él quien transformó en 1983, este curso, en la residencia de oftalmología y cuyo plan de estudios, seguido por las otras unidades hospitalarias, persistió intocable hasta el año de 1994 en donde se transformó para actualizarlo y ampliarlo, de dos a tres años.

Fue por esta intensa labor docente y académica que en 1975 la Universidad Nacional Autónoma de México lo nombró Profesor Emérito de nuestra casa de estudios y que este año, a 100 años de su nacimiento, el Consejo Técnico de la Facultad decidió que un Aula de nuestra Facultad, llevase su nombre.

Para la organización de la oftalmología también trabajó intensamente: Fue Presidente de la Sociedad Mexicana de Oftalmología en 1942, ingresó a esta academia en 1941, y fue también Presidente fundador en 1975, del Consejo Mexicano de Oftalmología. Gracias a esta labor, en 1997, la Presidencia de la República le distinguió con el reconocimiento al mérito académico.

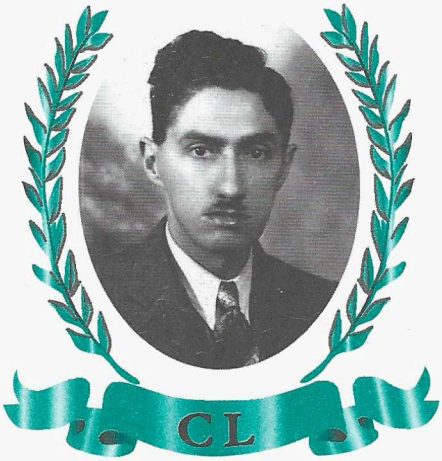
Magín Puig Solanes perteneció a la generación de los gigantes. Aquí con Clemente Robles, su amigo y compañero de aula. Don Clemente decía de Puig Solanes que era un hombre con columna vertebral de hierro. De acero necesitaron ser estos fundadores de la medicina mexicana moderna.

Más allá de méritos académicos y científicos, Magín Puig Solanes fue un hombre completo. Trabajó en forma honrada y constante, su vida fue digna y sin excesos, amó intensamente a Luisa su esposa, a sus hijos y a sus nietos. Disfrutaba la conversación y a sus amigos. Aquilataba la soledad y la reflexión. Se

dio tiempo para todo. En suma, fue un académico brillante que tuvo una existencia equilibrada y, como consecuencia de ello, una salud inquebrantable y una longevidad lúcida y orgullosa.

En recuerdo de Magín Puig Solanes, fueron estas palabras. Muchas gracias a la Academia por permitirme, en público, recordarlo.

Enrique Grawe



Rubén Bretón Manjarrez

Hace 26 años elevé mi voz en nombre de esta Academia, para dar la bienvenida como socio numerario de nuestra corporación al doctor Rubén Bretón Manjarrez. Hoy que ha llegado al final de su camino, vengo también en nombre de nuestra Academia a dedicarle un tributo fervoroso.

El Doctor Bretón nació en la ciudad de México el 17 de mayo de 1905. Fueron sus padres Don Arturo Bretón y Doña Vicenta Manjarrez de Bretón. Hizo sus estudios primarios en esta capital en la escuela «Horacio Mann» y en el Colegio Francés; los preparatorios en la Escuela Nacional Preparatoria entre los años 1919 a 1923. En la Escuela Nacional de Ciencias Químicas, llevó a cabo los estudios de la carrera de Químico-Farmacéutico, durante los años de 1924 a 1926. En el año de 1927, obtuvo el título de Químico-Farmacéutico con la tesis «Dosificación de urea sanguínea».

En 1930, ingresó a la docencia de la Facultad de Ciencias Químicas, con el carácter de Ayudante de las clases de Análisis Bromatológico y Análisis Químico-Clínicos. En 1935, hizo estudios de Posgraduado en las Universidades de Columbia y Berkcley. Desempeñó por varios años el puesto de Consejero Universitario. En 1937, ingreso a la Sociedad de Bacteriólogos Americanos y a la Sociedad Mexicana de Biología. En el año de 1939, fue nombrado miembro de la Comisión que formuló el plan de estudios de la carrera de Químico Farmacéutico Biólogo.

Continuó sus estudios en la Facultad de medicina, en el Instituto de Biología, en la Facultad de Ciencias, y en la Escuela de

Medicina Veterinaria, para optar al grado de doctor de Ciencias Biológicas, obteniéndolo en 1940 con la tesis «Influencia de la Química en las Ciencias Biológicas». En 1941, obtuvo el grado de Doctor en Ciencias Biológicas con la tesis intitulada «Contribución al Estudio Botánico Químico y Farmacodinámico de la Crateogus mexicana», siendo el primer Químico-Biólogo que obtuvo el título de Doctor. Desempeñó varios cargos en la Secretaría de Salubridad y en la Facultad de Ciencias Químicas, en donde fue Profesor Titular de Físico-Química aplicada a la Biología, y a la Farmacodinámica. En el año de 1944, ingresó como Catedrático de farmacología en el instituto Politécnico Nacional.

Fue aceptado como Socio numerario de la Academia Nacional de Medicina, en la sección de Farmacología y Farmacodinamia, el 21 de enero de 1942. Tuve el honor de comentar el trabajo de ingreso del Doctor Bretón Manjarrez, leído en la sesión del 14 de octubre de 1942. El tema elegido por el Doctor Bretón era sugestivo y altamente interesante, bajo muchos puntos de vista; se trataba del «Estudio botánico, químico y farmacodinámico de la *Commelina pallida*», habiendo dado en este trabajo los primeros pasos al conocimiento de una de las propiedades más interesantes de esta planta: su acción oxitócica. Fue este trabajo del Dr. Bretón el que nos hizo despertar la curiosidad de estudiar la commelina bajo el punto de vista de su acción hemostática, tal como la describe Francisco Hernández, en su «Historia de las Plantas de la Nueva España».

Publicó numerosos trabajos, tanto de divulgación como de investigación, entre los que destacan: «Contribución al estudio de las quinas» (1928); «La importancia de la prescripción magistral en medicina» (1937); «El valor de la físico-química en la biología» (1938); «La biología aristotélica» (1939); «Descartes, el hombre y su obra» (1939); «Estudio de las plantas llamadas malezas» (1941); «Algunas consideraciones estéreo-químicas del cloramfenicol» (1945); «Algunos problemas de las industrias alimenticias y farmacéuticas en nuestro país» (1945); «Estudio comparativo de las vitaminas liposolubles y las hormonas estrógenos» (1946); «Contribución al estudio de la farmacología de las aguas medicinales de México» (1946); «Cáncer e isótopos radiactivos» (1947); «Interpretaciones químicas en la farmacología moderna» (1947); «Estudio farmacológico de *Bacillus subtilis liofilizados*» (1948); «Contribución al estudio farmacológico de *Cactus spicatus*» (1948); «Estudio actual de la química de los antibióticos locales» (1949); «La técnica de

la liofilización en los medicamentos polivitamínicos» (1949); «Resolución del problema de la reunión de medicamentos con distinto pH mediante la liofilización» (1950); «La liofilización de los medicamentos» (1960).

Fue delegado de la Academia Nacional de Medicina, ante el primer Congreso Farmacéutico Panamericano que se celebró en la Habana (Cuba) en 1948, y en el segundo que se celebró en Lima (Perú) en 1951.

También ocupó el cargo de delegado la Academia Nacional de Medicina, ante la Comisión Permanente Revisora de la Farmacopea Nacional, y fue Presidente de la Sección de Farmacología de nuestra Corporación en el año de 1960. En el año de 1963, pasó a la categoría de Socio Titular.

Este sucinto recuerdo de la trayectoria del doctor Rubén Bretón Manjarrez, se refiere especialmente a sus puntos de contacto con nuestra Academia que estos momentos de recogimiento sean un homenaje a su memoria. Descanse en paz, doctor Bretón.

Ramón Pérez Cirera

Leónides Guadarrama

A mediados de 1969, por encargo de la mesa directiva de esta Academia, tuve la honra de ocupar esta tribuna para decir unas palabras en ocasión del quincuagésimo aniversario de la recepción profesional de mi maestro, Don Leónides Guadarrama.

Menos de dos años más tarde, nuevamente la ocupó para dedicar un recuerdo a su memoria, porque el maestro Guadarrama, después de una vida plena de esfuerzos y trabajos, plena también de realizaciones y de la satisfacción de sentir que con sus actos había corroborado sus pensamientos y sus convicciones, murió el 9 de noviembre de 1970.

Si bien ya en 1969 habíamos hecho notar que su vida se había desarrollado en diferentes localidades y en diversos medios sociales, durante un lapso decisivo de nuestra historia, hoy deseo recordar que una vez recibido permaneció varios años en la provincia ejerciendo muy activamente la medicina general y que después retornó a esta ciudad en donde pronto encontró su camino en la práctica y la docencia de la gastroenterología. Rápidamente en ésta se distinguió porque seguramente muy pocos profesores, no sólo entre nosotros, sino en muchas otras partes del mundo, han poseído el privilegio de la expresión lógica que a su espíritu y a su actitud le era connatural. Gracias a ella sus alumnos podían seguir la secuencia de su pensamiento en una forma que parecía no necesitar esfuerzo y así eran conducidos al convencimiento de la naturaleza del padecimiento y deducían también lógicamente la terapéutica. Quienes lo escuchaban sen-

tían y gozaban la elocuencia de su palabra y la penetración, poder y fuerza de su razonamiento.

Entró a formar parte de la Academia Nacional de Medicina el 14 de enero de 1942, donde ocupó un sitial en la sección de Gastroenterología y sus comunicaciones a ésta y a otras corporaciones especialmente a la Asociación Mexicana de Gastroenterología, de la que fue miembro fundador, contribuyeron al mejor conocimiento de los padecimiento esofágicos y gástricos. Sin embargo, debo recordar que particularmente sus aportaciones orientadas al estudio de las afecciones intestinales agudas y crónicas, fueron muy valiosas y constituyeron en nuestro medio una etapa definitiva en el conocimiento de las enteropatías crónicas no específicas.

En todos sus trabajos se veía de inmediato una orientación hacia lo que hoy llamamos integralismo. Nunca el interés erudito por un padecimiento mermó el que le merecía el hombre en su totalidad, por el cual manifestó siempre el mayor respeto. A sus méritos académicos debemos sumar su valor humano. La vida técnica no existe por sí misma, existe porque hay detrás un hombre que la anima, que la siente y la aprovecha y en la forma como la vive, descubrimos su personalidad, su pensamiento y los valores que considera inherentes a su destino vital. Por ello merece con justicia el título de mentor, porque no sólo enseñaba, sino que guiaba y orientaba con su ejemplo.

El maestro Guadarrama comenzó a estudiar medicina en la segunda década de este siglo, en el preciso momento en el que se creía que el siglo XX sería el siglo del progreso ininterrumpido, garantizado por el orden reinante en todo el mundo que por aquel entonces se estimaba inconmovible.

Sin embargo, pronto los acontecimientos iban a contradecir tal optimismo, y los pocos años que transcurrieron durante su paso por la Escuela de Medicina, fueron suficientes para que aquel Mundo saltara roto en pedazos y que del antiguo orden sólo quedaran recuerdos. Cuando dejó las aulas, grandes problemas sumergidos o reprimidos, pero no resueltos, habían salido a flote. En el mundo muchas fronteras geográficas se habían modificado, muchos regímenes de duración secular desaparecieron para no volver más y en nuestro país se habían roto los diques que también secularmente habían dividido a diferentes clases de hombres.

En un ambiente de plena lucha y renovación en el que abundaban las personas que, a semejanza del legendario emperador

chino hubiesen condenado a muerte junto con sus parientes, a quienes no alabaran el presente y hablaran mal del pasado y quienes lo harían con los que hablaran bien del pasado y mal del presente, hubo de comenzar a actuar, solamente que entre tantos que no supieron distinguir lo que era mejor para el país, para él no hubo duda, adoptó definidamente la posición de avanzada porque la esperanza era inherente a su personalidad.

Confiaba en el hombre como ser perfectible, posición que creo sinceramente es uno de los soportes de la medicina, porque si no creyésemos en la modificación del hombre, si estuviésemos aferrados a la fatal permanencia de sus defectos, no existiría la mente terapéutica que ha hecho trabajar al médico en beneficio de los individuos y de las sociedades, a pesar de que hayan sido muy escasos los medios de los que haya podido disponer.

Una demostración viva y elocuente de su posición optimista nos la dio precisamente en aquella sesión de 1969, cuando se presentó en el recinto de esta Academia plenamente satisfecho, a pesar de que quienes lo tratábamos sabíamos que uno de sus más caros anhelos había sido llegar al quincuagésimo aniversario de su recepción en pleno ejercicio profesional y, desgraciadamente, la enfermedad le había impedido ver cumplido su deseo.

La esperanza no lo abandonó en su enfermedad final y en ella se conservó firme. Aún recuerdo su estimulante y cariñosa sonrisa pocos días antes de morir, cuando recluido en la sala de cuidados intensivos del hospital donde murió, no podía ocultársele la gravedad de su estado, del cual estaba perfectamente consciente. Enfrentó la muerte con la misma franqueza que había enfrentado todas las situaciones que se le habían presentado en vida.

Alguien escribió recientemente que los hombres mueren en el momento en que han perdido la esperanza. El maestro Guadarrama nunca la perdió. Ella lo acompañó en el tránsito hacia el más allá y vive en la inmortalidad que no es una ilusión vana. Entre nosotros, entre los suyos y sus amigos, continúa ocupando el mismo lugar que ocupó en el fragmento del mundo que tuvimos el privilegio de convivir con él.

Pedro Ramos Ramos

Manuel Mateos Fournier

Quien llega a penetrar a las entrañas de la medicina desde que la va conociendo, primero en sus estudios universitarios y después en vivencias constantes al lado del necesitado, queda por siempre aprisionado con la fascinación de su ejercicio y vuelca su talento, sus energías, su cabal entrega y su vida, en aras del bienestar de los demás. Manuel Mateos Fournier entendió pronto que la medicina como ciencia, como arte, como vector de salud y elevación de la vida, como sustento de progreso, cultura y desarrollo social de los individuos y de las colectividades y como actividad de servicio, es una profesión subyugante que, al tiempo que exige y sujeta al profesante, constituye para él un venero inagotable de satisfacciones. Su personalidad como médico, impresionantemente vigorosa, se dejó ver siempre en todos sus actos, aun en aquellos que no tenían relación directa con la salud y el bienestar de nadie. Todos sus pensamientos y acciones en el campo de lo intelectual y lo emocional, llevarían en su vida el matiz indeleble del espíritu médico —humanismo, ciencia, disciplina, estudio, interés social, entrega, servicio, fidelidad a sus convicciones— cualesquiera que fueran las variantes de actividades profesional y humana que lo condujeran por la vida.

Nació el 16 de marzo de 1904. Quizá la reciedumbre de su carácter le derivaba en parte de la sangre: su abuelo, magistrado de la Suprema Corte de Justicia en tiempos de Madero, le renuncia a Victoriano Huerta y su padre, abogado, muere arteramente asesinado en lucha por su causa libertaria del régimen

traidor. Pero él mismo, de niño y de joven, muestra excelencias de formación en el Liceo Fournier, en donde fue becado.

El trabajo de su madre y las clases que daba como profesor de educación física le permitieron sostener su carrera, que realizó de 1920 a 1926 en la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional. Sus inquietudes de superación y sus atributos de líder se revelan temprano, si se considera que al tiempo que en diversos años de la carrera se le otorgan distinciones por sus estudios, ocupa el cargo de presidente de la Sociedad de Alumnos en el periodo 1924-1925. Desde entonces se percibe una característica que habría de acompañarlo en el futuro: la búsqueda de lo sobresaliente, la inquietud de ser mejor, el anhelo de no quedarse al ras de lo simplemente bueno.

Su formación inicial fue fundamentalmente en cirugía general, trabajando con intensidad en diversos servicios en los Hospitales Morelos y en el Puesto Central de Socorros de la Cruz Verde, pero sobre todo en el Hospital Juárez, donde puso en práctica sus mejores habilidades y destrezas y alcanzó la plena madurez, así como reconocimiento relevante en actividades científicas, asistenciales y docentes.

Pronto sus inclinaciones vocacionales lo fueron haciendo penetrar con interés especialmente selectivo al campo de la ginecología y obstetricia. Así lo muestra su actividad docente dentro de la Escuela Nacional de Medicina, allí fue primero profesor de Clínica Quirúrgica (1930-1934) y después profesor de Obstetricia (1934-1947); habiendo sido profesor de la Escuela de Graduados de la UNAM de 1948 a 1966. Como docente fue siempre estudioso y responsable.

Su exposición era fluida y vivaz y sus demostraciones clínicas, de extraordinaria habilidad, eran mostradas como sencillas, sin el menor asomo de engolamiento, jactancia o superioridad. Su criterio docente era abierto a la discusión pública con sus ayudantes y alumnos; era polémico, gustaba de sembrar inquietudes entre compañeros y alumnos cuando se trataba de hipótesis cuya confirmación no era universal. Fue un vigoroso impulsor de las técnicas que ahora se llamarían de enseñanza-aprendizaje, a través de sus 36 años de catedrático formal y de la multitud de cursos breves que impartió o en los que fue participante, dejó una pléyade de generaciones de alumnos y seguidores que lo admirarán siempre.

Manuel Mateos Fournier tenía en todo momento a flor de labios la verdad —su verdad— y era inflexible, aunque razona-

ble, en su defensa. Solo perdía a las últimas. De ahí su resistencia a ocupar puestos públicos que consideraba «políticos» en la acepción local del término. No obstante, amén de otros cargos públicos en diferentes dependencias, aceptó desempeñar en dos ocasiones el puesto de Director General de Asistencia Materno Infantil en la Secretaría de Salubridad y Asistencia (1960-61 y 1965-68), llamado por su afán de servir al sector más necesitado y numeroso de la población del país. Con perspectiva visionaria, percibió mucho tiempo antes que otros colegas y otras figuras de las ciencias sociales, el problema demográfico de México; divulgó sus inquietudes en trabajos científicos, fue director, médico primero (1965-69) y consejero médico después (1970-78) de la Fundación para Estudios de la Población A.C. que fue de las primeras organizaciones en operar sobre el tema de planificación familiar. Fue también presidente del Comité Médico Regional de la Federación Internacional de Planeación Familiar.

Comprendió siempre que el estudio permanente es inseparable del deber médico cotidiano y como algunos de los distinguidos de aquellas épocas de los treintas, se prendió de la lectura, la observación y demás medios de aprender estudiando y luchó por vivir científicamente actualizado, hasta su muerte. Comprendió también que los agrupamientos de científicos en corporaciones se prestaban para adquirir conocimientos y transmitir los propios. De ahí su participación compulsiva en las numerosas sociedades científicas de las que fue socio y en los eventos de interrelación y divulgación organizados por ellas.

Fue fundador de cinco corporaciones médicas, socio activo de nueve nacionales, catorce internacionales o de otros países y honorario de cinco extranjeras y una nacional. Destacan: Academia Nacional de Medicina (ingreso 14 de enero de 1942); Academia Mexicana de Cirugía; Asociación Mexicana de Ginecología y Obstetricia; Hospital *American British Cowdray*; sociedades de esta misma especialidad en Cuba, Venezuela, Uruguay; International College of Surgeons; *American College of Obstetricians and Gynecologist* e *International Fertility Association*. De varias de ellas fue miembro honorario o presidente.

Participó y concurrió a más de 150 eventos científicos en México y en el extranjero. Fue presidente de la IV Asamblea Nacional de Cirujanos (1942) y del II Congreso Mexicano de Ginecología y Obstetricia, pero además fue presidente o miembro honorario de más de treinta de esos eventos. Tuvo una bien ganada reputación mundial.

Publicó en revistas médico científicas más de cien trabajos, desde 1924 hasta 1973, referentes la mayoría a técnicas quirúrgicas en ginecología, técnicas y maniobras obstétricas, patología gineco obstétrica no quirúrgica, esterilidad e infertilidad, promoción de la enseñanza e investigación, demografía, aborto como problema social, anticoncepción y planificación familiar.

La Gaceta Médica de México ha recogido en sus páginas una buena parte de esta excelente producción, de la que todavía queda mucho por aprender a los médicos del presente y del futuro.

La Academia Nacional de Medicina rinde ahora un tributo de reconocimiento, admiración y respeto al médico que fue durante 51 años, al maestro que fue durante toda su vida médica y al académico que fue durante 36 años. Tan sólo una palabra más de reverencia a quien supo conjuntar tantos atributos, a quien vivió tan agudamente su espíritu y su trabajo como médico. Desde que se distinguió entre los promotores vigorosos de la analgesia y anestesia obstétricas, de la asepsia-antisepsia en el parto, equiparándolo en tal sentido a un acto quirúrgico, de la atención hospitalaria del parto para arrancarlo de su primitivismo funesto.

Su muerte, el 24 de abril de 1978, deja una estela de criterios y acciones que han de servimos como ejemplo de virtud y de entrega por el bien de sus semejantes. Murió en su hospital, al que tanto quiso y por cuyos avances luchó: el *American British Cowdray*, pero no murió como enfermo, murió trabajando en él. Su última paciente operada fue dada de alta dos días después del sorpresivo deceso de su médico.

No podría terminar sin hacer mención de quien la compañera de su andar en todo momento, figura central de su vida, el amor que sólo fue compartido con el de la ciencia y el de la humanidad: la señora Doña María Luisa Cándano de Mateos. Dentro de sus innumerables virtudes permítaseme mencionar la inigualable sabiduría para poder comprender su vida dentro de la de su esposo y constituir así la mayor inspiración que él siempre tuvo.

Luis Castelazo Ayala

José Rábago Chávez

La Mesa Directiva de esta Honorable Academia y la Sección de Ginecología y Obstetricia de la misma, a la que tengo el honor de pertenecer, se han servido distinguirme designándome para recordar en esta sesión la personalidad del señor doctor don José Rábago Chávez, quien fue distinguido académico cuyos conocimientos difundió en el seno de esta Academia, de manera preferente en la Sección de Ginecología y Obstetricia, a la cual pertenecía.

Creo que no es mi persona seguramente la más indicada para hacer resaltar los méritos del doctor Rábago, pero sírvanme de disculpa el gran cariño y profunda estimación que le tuve desde que nos conocimos en los viejos corredores de nuestra querida Escuela de Santo Domingo; en los corrillos estudiantiles siempre tenía Pepe Rábago una frase festiva, un chascarrillo oportuno, con su modo sencillo, franco, supo captarse el afecto de los estudiantes, aún de aquellos que no pertenecíamos a su grupo escolar. Ese afecto continuó con el transcurso de la vida, puedo asegurar que todos los que lo conocimos durante nuestra vida estudiantil, le guardamos un sincero afecto, era un placer para nosotros cuando, ya de médicos, y muchos de sus compañeros ya de profesores como él, lo encontrábamos en los centros hospitalarios, pues su charla siempre fue un recuerdo de aquellas épocas y una gran satisfacción al confirmar nuestra amistad.

El doctor Rábago falleció a los sesenta y un años de edad, el día 17 de febrero de 1960, en esta Ciudad, su muerte ha causado honda pena a todos los que lo tratamos y lo quisimos.

Nació el 10 de febrero de 1899 en Gómez Palacio, Durango. Realizó sus estudios primarios en la Escuela Carlos María Bustamante, de Dgo., D.F., y sus estudios de Preparatoria en la Escuela Nacional Preparatoria de México y en el Colegio Preparatorio de Orizaba, Veracruz. Sus estudios profesionales los realizó en la Escuela Nacional de Medicina, dependiente de la Universidad Nacional de México; sustentó su examen profesional los días 25 y 26 de junio del año de 1924, en que presentó su tesis recepcional sobre «Contribución al Estudio de la Auto-Intoxicación Gravídica». Puede decirse que desde estudiante ya sentía inclinación por la especialidad a la cual se dedicó, la Gineco-Obstetricia, en la cual destacó de manera indiscutible.

Inició su carrera docente en 1927 como Profesor Ayudante de la Clínica de Obstetricia de la Escuela Nacional de Medicina de México, hasta el año de 1930.

De 1931 a 1934 fue nombrarlo Profesor de Clínica de Obstetricia para Parteras, en la Escuela Nacional de Medicina.

Profesor de Obstetricia Teórica para Alumnos en la Escuela Nacional de Medicina, durante 1934 a 1936, fue designado Profesor de Clínica de Obstetricia para Alumnos en la Escuela Nacional de Medicina de México, desde el año de 1937.

La cátedra del doctor Rábago siempre despertó gran interés entre los estudiantes de la clínica, pues en sus exposiciones era preciso, con un gran sentido clínico, tuvo la difícil facilidad de saber enseñar. Sus clases eran amenas, en ellas siempre había aspectos pintorescos y se captaba, como resultado de su manera de ser, la admiración y el cariño de sus alumnos.

Además fue profesor de la Escuela de Graduados de la Universidad Nacional Autónoma de México; de la Universidad de Michoacán, de la Facultad de Medicina de la Universidad Libre de Guadalajara y Profesor Conferencista de la Escuela de Graduados de la Universidad de Tulane, Nueva Orleans, Estados Unidos.

Su carrera hospitalaria la inició desde estudiante, habiendo sido practicante del Hospital Juárez de 1921 a 1923.

Fue médico interno del Hospital Juárez de 1926 a 1931. En 1925, por iniciativa y entusiasmo del maestro Don Isidro Espinosa y de los Reyes se fundaron los Centros de Higiene Infantil, dependientes del Departamento de Salubridad Pública, el doctor José Rábago ingresó al Centro de Higiene Infantil «Eduardo Liceaga», como encargado de la consulta prenatal.

Este Servicio había estado encomendado al maestro Espino-

sa y de los Reyes, al ser el doctor Rábago uno de sus más queridos discípulos, puso en el desempeño de sus labores todo su entusiasmo y, en esa consulta prenatal, rápidamente sé distinguió por su investigación clínica.

En 1929 se creó el Servicio de Higiene Infantil, cuando era Jefe del Departamento de Salubridad Pública el distinguido académico y maestro doctor Don Aquilino Villanueva; de este servicio fue Jefe el Maestro Espinosa y de los Reyes; para complementar las labores en los Centros se estableció una Maternidad en la Colonia de las Lomas de Chapultepec, Maternidad que hoy lleva el nombre de «Maternidad Doctor Isidro Espinosa y de los Reyes», entonces el doctor José Rábago fue designado Director de dicha Maternidad, puesto que desempeñó hasta el año 1939.

El doctor Rábago fue nombrado Jefe del Servicio de Maternidad del Hospital General de México (Pabellón 30), el año 1933, puesto que desempeñó hasta 1953, año en el que fue nombrado Médico Consultor del Servicio de Maternidad del Hospital General.

Puede decirse que tanto en sus cátedras como en los servicios hospitalarios, el doctor Rábago creó una escuela donde, bajo su orientación, se formaron especialistas de indiscutible valor.

Perteneció a Sociedades Científicas, como son: Academia Nacional de Medicina, Academia Mexicana de Cirugía, Asociación Mexicana de Ginecología y Obstetricia (Fundador y Socio Honorario), Sociedad Mexicana de Pediatría, Sociedad Médica del Hospital General, Colegio Internacional de Cirujanos, Sociedad Venezolana de Obstetricia y Ginecolgía (Honorario), Sociedad Cubana de Obstetricia (Correspondiente), *American Medical Association* (Honorario).

Sus profundos conocimientos lo llevaron a editar obras y publicar multitud de artículos científicos. Los libros publicados fueron «Apuntes de Clínica de Obstetricia» (cinco ediciones) y «Manual de Obstetricia» (dos ediciones). Estas obras han servido de orientación a varias generaciones de estudiantes de la Escuela Nacional de Medicina de México.

Los artículos científicos publicados por el doctor Rábago son más de cuarenta, de ellos solamente mencionaré algunos de los que presentó en el seno de esta Honorable Academia, a la que ingresó el 14 de enero de 1942, presentando como trabajo de ingreso un estudio sobre «Conducta del Partero en las Estenosis Pélvicas», subsecuentemente presentó otros trabajos: «Embara-

zo Gemelar Extra-Uterino e Intra-Uterino» (1944). «Lo que puede esperarse de la Anestesia Caudal en Obstetricia» (1945). «La Sinfisiotomía de Zárate» (1949).

En 1951 se sirvió presentar un comentario escrito a mi trabajo de ingreso a esta Honorable Academia, intitulado «Tratamiento Quirúrgico de los Desgarros Totales del Perineo».

«Evolución de la Operación Cesárea en el presente Siglo» (1952). «Homenaje al Doctor Everardo Landa» (1952). «El Tricloroetileno como Anestésico en Obstetricia» (1954). De este trabajo tuve la honra de haber sido designado comentarista del mismo, puedo decir que en el citado estudio el doctor Rábago expuso como en todos ellos, su gran experiencia y su gran sentido clínico. «Fórceps bajo» (1955).

Cuando el doctor Rábago tomaba la palabra en el seno de esta Academia para hacer alguna observación sobre los trabajos que se presentaban, sus comentarios eran precisos, orientados hacia la verdad; su criterio siempre estaba basado en la clínica, en su ética profesional, pues para él primero eran los intereses moralmente lícitos y científicamente debidos de sus pacientes, a todo lo demás.

No hubo congresos científicos, cursos para graduados y de actualización, tanto en la capital como en la provincia y aun en el extranjero, a los que no concurriera el doctor Rábago, vertiendo en ellos su excelencia y saber, captando amigos por todas partes, por su sencillez y bondad. Siempre habló con todo valor civil y sostuvo sus tesis apoyadas con su propia conducta profesional.

Los que fuimos sus compañeros de trabajo en los Servicios de Asistencia Materno Infantil, podemos decir con orgullo que nos brindó siempre su amistad desinteresada de una manera tal, que el afecto que tuvimos por él en años pasados, es el afecto de hoy y será el afecto de siempre.

Fue el segundo presidente de la Asociación Mexicana de Ginecología y Obstetricia.

En 1958 la Asociación celebró una sesión solemne para declararlo Socio Honorario de la misma, en dicha sesión el doctor Rábago presentó un trabajo titulado «Evolución de la Asistencia de los Partos en los últimos 35 Años», en cuyo preámbulo expuso públicamente su gratitud al maestro doctor Isidro Espinosa y de los Reyes, a quien consideró un ejemplo y guía.

Quien sabe ser agradecido y, sobre todo, en el momento en

que recibe un alto honor, es para mi manifestación irrefutable de una alta calidad humana, y si a esto unimos su saber, modestia, bondad y rectitud profesional, podemos asegurar, sin equivocarnos, que la memoria del doctor José Rábago Chávez permanecerá siempre entre nosotros.

Antonio Sordo Noriega

Manuel Guevara Oropeza

El doctor Manuel Guevara Oropeza nació el 23 de mayo de 1899, en la ciudad de Orizaba, y falleció el 27 de junio de 1980, a la edad de 81 años. Fueron sus padres Don Manuel Guevara Prado y su madre, Doña Laura Oropeza de Guevara.

Se sabe que sus primeros estudios los realizó en el Colegio Preparatorio de Orizaba (1911-1915). En 1916 ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria. Terminada ésta, ingresó a la Facultad de Medicina en el año de 1917, terminando en 1922.

Sus estudios profesionales fueron sobresalientes. Mereciendo en todos los años diploma, por sacar las más altas notas en todas las materias. Competía, en un encomiable y amistoso esfuerzo de superación, con algunos de sus más íntimos amigos, como el doctor Salvador Zubirán, encarrerados hacia la fama, al través de diversas realizaciones vigentes en el progreso de la medicina nacional; con él, otros también distinguidos médicos, como los doctores Manuel Ortega Cardona, Ángel Quevedo y Mendizábal y algunos más, que hicieron un puñado de estudiosos ligados además por una profunda e indisoluble amistad, ejemplo de equipo de profesionales, que cada uno por su camino, ha hecho historia de maestros, creadores de instituciones, de escuelas, ejemplos para admirarlos y seguirlos.

No me ha sido dable conocerlos lo suficiente en lo individual, pero estoy seguro que soy justo y atinado si señalo tres de sus características en común: amistad, lealtad y elevada ética personal y profesional, ilustres varones de estirpe impecable, así como tenaces persecutores de sus metas a realizar.

El maestro Manuel Guevara Oropeza, no tuvo en lo material muchas realizaciones; fue poco productivo, pero fue hombre de su época y si sus trabajos no fueron lo numerosos que deseáramos, marcó desde la iniciación de su carrera, una definida vocación por las ciencias psicológicas. Su personalidad destacaba hasta en su presencia: limpio, atildado, pulcro, fino, caballeroso, amable sin prodigarse, discreto en la conversación. A pesar de que asistimos a etapas de largas controversias con sus opositores, siempre supo y pudo conservar su ecuanimidad y tratar con dignidad las ocasiones en que el Gobierno de una institución, la obtenía él o la obtenla su opositor. Sólo un elevado respeto a su propia dignidad y a la de sus compañeros o sustitutos, permitía captar ese equilibrio inteligente y altamente objetivo, sin que trascendiera, aun con colaboradores más íntimos, como el que habla, de sus compromisos profesionales, una critica hacia el amigo hecho rival. En sus pugnas siempre usó la propiedad, lo racional, lo justo, lo comprensivo, sin dejar escapar sutilmente, sólo en ocasiones, su crítica discreta, su subjetividad, siempre conciente de su medida. Podría decir que fue el hombre equidistante entre su yo y sus pasiones y que casi siempre pudo superar ésta, prevaleciendo su racionalidad, justo juicio, crítico y su gran sentido común, en asuntos comunes como en la complejidad de los fenómenos subjetivos y abstractos de nuestra especialidad, la psicología del hombre y su patología hecha enfermedad.

Su capacidad de perspicacia, sutileza en la captación, aunado a su fina inteligencia y a una enorme capacidad de analizar y sintetizar los hechos ante los problemas diagnósticos, hicieron de él un clínico atinado, médico juicioso, sensato, lógico, de gran objetividad. Aunque pareciera redundante, señalo el alto cumplimiento de sus virtudes, que configuraron el prototipo de la personalidad perfeccionista, en el más alto sentido de su positividad. Guevarita, como afectuosamente le llamábamos en el seno de mi familia, fue el amigo confiable; trascendía su discreción, el secreto profesional era paradigma de su ejercicio profesional; sólo pude observarle erguirse ante irregularidades, incumplimientos de sus colaboradores la impuntualidad, o ante cualquiera de las múltiples facetas de la injusticia humana y social.

Significó para el movimiento psiquiátrico nacional, un pionero, conjuntamente con sus contemporáneos, Samuel Ramírez Moreno, Leopoldo Salazar Viniegra, Guillermo Dávila, Arturo Rosenblueth, en el corto tiempo que el genial Arturo planeó por

el Manicomio, para levantar el vuelo y su fama hacia la neurofisiología y la investigación.

En este grupo de contemporáneos, el doctor Manuel Guevara Oropeza, estudioso, sensato y perspicaz, era respetado por todas esas virtudes, como un pionero de la psiquiatría ortodoxa, científica y objetiva, limpiándola de mitos y fabulaciones, todavía con residuos líricos o literarios de impurezas en la ciencia. La verdad en sí, para mí es más bella que la belleza misma; además la verdad, que se ha de buscar eternamente y sin fin, no se da como la belleza en su sentido estético. Es, como dice el poeta: «Caminante, no hay camino, se hace camino al andar». Manuel Guevara, con la sutileza hasta de su presencia y de su talento, fue el guía formal de nuestra psiquiatría, que se desarrollaba insidiosa.

Su formalidad atrajo a los que buscábamos objetividad en los intrincados hechos que configuran al hombre, sano o en su patología, hechos que serán siempre incomprensibles, si no se trasciende de lo objetivo a lo subjetivo. Yo diría, en esta antítesis, que la subjetividad es una grandiosa objetividad, como cuando el hombre toma conciencia de sí mismo y de la intrincada red subjetiva de sus sentimientos y de sus emociones.

Con Manuel Guevara Oropeza se inicia la era de la psiquiatría descriptiva, pero clínica; sus clases, sencillas, didácticas y objetivas, con la presentación de enfermos. Fue profesor de Clínica de Psiquiatría desde 1926, tres años después de recibido, hasta hace pocos años que se jubiló, por quebrantos de su salud. Fue también profesor de Información Psicoanalítica, en la Universidad Iberoamericana (1951-1957).

Algunos datos concretos de su biografía y de su currículum: obtuvo su título profesional el 15 de marzo de 1923; su tesis profesional, la tituló «Psicoanálisis». Fue el primero en México que captó la importancia de esta doctrina y la divulgó al través de su tesis y de su cátedra. Debe reconocerse su prioridad en México en esta rama de las ciencias psicológicas.

En sus primeros años, fue jefe del Servicio de Educación Higiénica en el Departamento de Salubridad (1932-1934); miembro del Consejo Psiquiátrico (1944-1947 y 1951); director del antiguo Manicomio de la Castañeda en dos períodos, de 1932 a 1934 y de 1938 a 1944.

Me consta su afán por mejorar el nivel clínico y académico de los médicos y estudiantes que por entonces trabajaban y nos formábamos. Fue un director laborioso, exigente, cumpliendo

con su propio ejemplo. Propició la terapia ocupacional, que por entonces estaba abandonada; se organizaron talleres y se consiguieron personal y materias primas para la terapia ocupacional y recreativa, sobre todo de las enfermas.

En su época se inició la consulta externa y aparecieron las primeras trabajadoras sociales. Fue el primero que planeó e inauguró la primera Granja Psiquiátrica en León, Gto., que aún funciona para enfermos de larga duración o incurables.

Fue también director del sanatorio privado «Lazo de la Vega» para enfermos mentales (de 1930 a 1932); director de la Clínica «San Rafael» de 1954 a 1977; fundador, con un grupo de distinguidos psiquiatras de su época, de la Sociedad Mexicana de Neurología y Psiquiatría (1937); director de la revista Archivos de Neurologia y Psiquiatría, que con ciertas metamorfosis, propias de la evolución, aún se publica.

Uno de los puestos más destacados que ocupó el doctor Manuel Guevara Oropeza fue el de presidente de esta ilustre Academia Nacional de Medicina, en 1950, pasando a titular en junio de 1961.

Fue miembro afiliado de la *American Medical Association* (1947) y miembro de la *American Psychiatric Association*, 9 de mayo de 1951. En su curriculum, tan modesto como él lo quiso, encontramos algunas de sus participaciones, que él mismo tacha, por ser sensible a la inflación, que también la hay en ciencia. El doctor Guevara fue invitado especial para varias entrevistas hechas por el Instituto Nacional de Antropología, en su sección Archivo de la Palabra, en la que se le tomaron varias grabaciones que quedan permanentes para los que quisieran ahondar en informaciones sobre la etapa histórica de la psiquiatría que le tocó vivir y actuar en ella y que consta de 411 páginas, material importantísimo de su propia autobiografía, como para que alguna institución la recoja y edite, por el valor histórico que le encontramos y con la más alta instancia de un homenaje póstumo a este distinguido maestro de la psiquiatría, guía y consuelo espiritual de sus miles de pacientes.

Mario Fuentes Delgado

Rigoberto Aguilar Pico

Por encargo de la directiva de la Academia Nacional de Medicina, me corresponde ahora leer unas páginas de homenaje póstumo dirigidas a la memoria de un distinguido académico.

Escribir sobre un miembro de nuestra Academia es siempre un destacado honor; mas ahora lo hago con sentimientos multiplicados, tanto por el relevante lugar que el doctor Aguilar Pico tuvo en esta Academia, como por la amistad cercana que nos unió siempre. Son estas dos circunstancias las que me hacen agradecer a la mesa directiva mi designación para la memoria del académico desaparecido.

Escribo estas líneas con verdadero afecto y ahora con dolor por su ausencia; pena que comparte vivamente la Academia Nacional de Medicina con todos sus familiares.

Hablar de la fecunda y dinámica vida de Rigoberto Aguilar es al mismo tiempo fácil y difícil. La facilidad estriba en que presentó tantos aspectos positivos, que cada uno de los actos de su vida profesional se extendían ampliamente por los medios que lo rodeaban y por lo tanto eran fácilmente captables por ser buenos, sólidos, sinceros y fecundos.

La dificultad de hablar sobre él se percibe cuando en unas cuantas líneas quiere hacerse una síntesis de su trayectoria tan llena de actividades, y tan variadas, pues como bien sabemos, dedicó su vida tanto a su profesión como temporalmente a actividades de índole diferente, que fueron en servicio social y político de entrega a su estado natal.

Muy recién recibido de médico en nuestra Universidad Nacional Autónoma, viajó hacia Europa en el año de 1931, inscribiéndose como graduado en la Universidad de París. Casa de estudios que por aquellos años, constituía el atractivo máximo que todo médico soñaba como fuente esencial para ampliar su cultura profesional.

Este ideal tenía plenas justificaciones; la mayoría de los autores de nuestros textos médicos eran franceses, las revistas de especialización y las de medicina general también eran francesas y naturalmente firmadas por autores de ese gran país. Además, el idioma científico y literario que en aquellos años más se leía era el francés.

Permaneció en Europa durante 1931 y 1932, habiendo obtenido el título de Médico Puericultor de la Universidad de París. Efectuó también cursos pediátricos en las ciudades de Burdeos, Hamburgo y Berlín.

En este viaje ya iban bien definidas sus tendencias a la especialización en pediatría; fue así discípulo de los grandes profesores parisienses de esos años, principalmente Marfan, Nobecourt, Lereboulet y Delille.

Posteriormente, dándose cuenta del auge de disciplinas avanzadas en todas las ciencias médicas y particularmente en su especialidad, que en los Estados Unidos de América surgían con vigor, visita, ya como pediatra bien madurado, las clínicas de Chicago, Cleveland, Detroit y St. Louis.

Con una preparación así, desempeña en México cargos en servicios pediátricos que fueron desde médico adjunto en el servicio de infectocontagiosos del Hospital General y médico puericultor de la Casa de Cuna, hasta alcanzar el puesto de Director del Hospital Infantil de México, puesto que desempeñó durante ocho años consecutivos, de 1963 a 1971. Antes de esto, había sido Jefe de servicio en el propio Hospital Infantil, desde su fundación hasta 1953.

Es indispensable resaltar una de las labores que él vio toda su vida con el más grande cariño. Le tocó ser fundador y director del Hospital Infantil «Dolores Sanz» al que desde 1937 hasta 1963 condujo y dio gran prestigio, como profesor de clínica pediátrica, como guía de muchas generaciones de médicos y sobre todo como humanista, al desempeñar con tanta pasión una dirección médica que sólo le daba satisfacciones espirituales y pedagógicas.

Muchos otros cargos pediátricos desempeñó durante su fructífera vida, que no es posible detallar ahora, pues hay todavía

que mencionar variados aspectos de sus actividades en terrenos afines de otra índole.

En cuanto a su producción científica, ésta fue muy fecunda. En su *curriculum vitae* se conocen sesenta trabajos, presentados a sociedades e instituciones científicas, todos cuidadosamente elaborados y publicados en revistas pediátricas de primera calidad, así como en la Gaceta Médica de nuestra Academia.

Sus estudios más notables fueron enfocados a la desnutrición infantil, que fue para él una persistente preocupación para buscar los mejores caminos a su combate. Dentro de sus trabajos sobre desnutrición, podemos decir que sin lugar a duda fue el pionero distinguido sobre estos temas, que aún no terminan de preocupar al mundo entero.

En este terreno fue el primero en hacer notar la disminución de talla en nuestros niños desnutridos y habló también, muchos años antes de los estudios contemporáneos, del retraso escolar que tales pequeños mostraban. Estos encuentros tan trascendentales en la nutriología moderna han sido ahora perfectamente comprobados, por lo que sin duda el doctor Aguilar, hoy recordado, puso firmes cimientos a tan importantes estudios.

Fue un clínico de primera categoría, con sentido deductivo de aguzada lógica. Esta facultad, lo llevó a realizar otro de sus más encomiables trabajos. Por aquellos tiempos en que se inició la quimioterapia de padecimientos respiratorios o infecciosos generales con sulfamidas, ideó él, emplear estos productos en las infecciones del aparato digestivo, cosa que hasta entonces no se había hecho. Usó así por primera vez la sulfapiridina en las colitis mucohemorrágicas de los niños, causantes de alta mortalidad. La respuesta a este medicamento en esa época fue tan brillante, que pronto se generalizó su empleo como el mejor tratamiento hasta entonces usado.

No es posible extenderme más sobre todos sus aportes científicos, pues esto ameritaría escribir muchas páginas. Muy importante es insistir en sus prolongadas actividades en el magisterio de la pediatría, de la cual fue profesor durante muchos años, tanto ante estudiantes de pregrado como en la Escuela de Graduados. Su iniciación en las actividades docentes las realizó en México al lado del ilustre académico, doctor Mario A. Torroella. Pero también en otras actividades, propias de su personalidad, conquistada en sus épocas maduras de pediatra distinguido, abarcó y realizó una labor cívica de primera categoría.

De 1953 a 1956 fue nombrado Gobernador de Sinaloa, su estado natal, elevado puesto, en donde volcó todas sus energías, buscando las soluciones de los naturales problemas inherentes de aquella entidad. Muchos fueron sus esfuerzos, mas como era natural, dentro de sus funciones como gobernante surgió su imagen de médico, siendo así que una de las principales obras que realizó fue la de construir el primer Hospital Infantil en la ciudad de Culiacán, así como varias guarderías y jardines de niños, centros de bienestar social rural, centros antituberculosos, creando además la Asociación Sinaloense de Protección a la Infancia. Surgió así con estas realizaciones el gobernante pediatra.

Para terminar este breve bosquejo de Rigoberto Aguilar, en el que aun siendo muy incompleto he tratado de insistir en sus más salientes características, dejó este eminente pediatra a un hogar firmemente formado, a su distinguida esposa, la gentil Coty Bernal de Aguilar, inseparable compañera y a cuatro hijos, un varón ya bien formado que lleva su mismo nombre y tres damas, todos personas muy estimables y de gran distinción.

En lo que toca a mí, uno de sus tantos amigos, en medio de la pena por su pérdida, tuve la satisfacción de conocer su estado anímico veinticuatro horas antes de su fin, por una fortuita conversación en la que me dijo: —He estado mal últimamente, pero estoy contento y satisfecho de lo que he realizado durante mi vida, pues he podido llegar a lo que un médico puede aspirar dentro de sus condiciones de hombre y de profesionista. Mis mayores satisfacciones han sido enseñar la pediatría, hacer el bien a los niños enfermos y servir a mi estado natal.

Estas, sus últimas palabras, hacen sin duda menos penosa su ausencia, pues dan una clara idea de la conciencia que él tenía de sí mismo, como espíritu satisfecho que con toda razón, sin jactancia de ninguna especie, la concretaba en la idea precisa de haber sido útil a sus semejantes. Ojalá todos los médicos pudiéramos tener estas convicciones antes de llegar al final de nuestras vidas.

Jorge Muñoz Turnbull

Luis Mazzotti Galindo

La Academia Nacional de Medicina recuerda hoy a su socio titular, el doctor Luis Mazzotti, quien falleció en esta ciudad el 24 de octubre de 1971.

La vida profesional del doctor Mazzotti fue de constante estudio, de infatigable dedicación como médico, como naturalista, parasitólogo y humanista a esclarecer hechos poco conocidos o desconocidos de la patología nacional. Para su empresa estaba dotado de sensibilidad, de curiosidad científica, y de indiferencia para con la vida urbana. Introvertido en apariencia era extrovertido en la acción y así le conocimos sus compañeros en la Escuela de Medicina y sus colaboradores en el campo de la salubridad y de la investigación, pues bajo una apariencia un tanto adusta lo vimos comunicativo y entusiasmado cuando resolvía una incógnita en su programa de estudio.

Publicó doscientos trabajos entre 1926 y 1970, en buen número de ellos se ocupó de la habitación rural y los problemas de salud de sus moradores; esa serie de trabajos revela la inteligente constancia del investigador mexicano, laureado por la Academia de Medicina de París con el premio Mombinne en 1944, poco después de su ingreso a nuestra sociedad.

La insalubre habitación del campesino le obsesionó y buscó la manera de eliminar de ella múltiples riesgos de enfermedad y muerte. De éstos, tomó con particular interés el problema del escorpionismo en México, tal vez por haber nacido en Durango, entidad donde los doctores Carlos Santamaría, Carlos León de

la Peña e Isauro Venzor, elaboraron y propugnaron por el uso del suero para el tratamiento de las víctimas de la picadura de alacrán.

Mazzotti llegó a la raíz de la forma de prevenir y anular la tragedia de las muertes por la ponzoña del alacrán, inventando métodos sencillos de construcción de casas protegidas de los escorpiones. Desde 1933 hasta 1966, examinó los aspectos de la construcción de habitación rural en todo el país; capturó y determinó la biología de artrópodos vectores de enfermedades, sus hábitos domésticos y la ecología domiciliaria. Por esos estudios descubrió la existencia en México de la enfermedad de Chagas, investigó los triatomideos y algunas garrapatas; se ocupó de la infestación del suelo por los helmintos en torno a las casas, la contaminación de los alimentos por gusanos y por protozoarios. Contribuyó por sus estudios de la oncocercosis o enfermedad de Robles al conocimiento de esta enfermedad, al de otras filarias y en parte al de la biología de los simúlidos.

Mazzotti se ocupó de la distribución geográfica de la mortalidad por picadura de alacrán en México. Estableció la biología de los escorpiones, precisó sus hábitos, sus madrigueras, sus sitios de reproducción y sus movimientos, e investigó la acción del dieldrin sobre ellos, los efectos de la corriente eléctrica, y sus enemigos naturales. Observó la aptitud de los alacranes y de otros artrópodos para trepar por diversos tipos de superficies y modificó a su costa las paredes de algunas casas, construyendo un lambrín liso como barrera que impide la entrada de los alacranes.

Salvó muchas vidas por aplicación de la ciencia, pasando meses en la tierra caliente y repitiendo, en el laboratorio del Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales, su hogar científico permanente desde 1939 hasta 1964, las experiencias que llevó al campo.

Su carrera en salud pública comprendió la campaña contra la meningitis en Morelos en 1925, la vacunación antivariolosa llevada por vez primera a la sierra Tarahumara en 1926; la lucha antilarvaria en Pánuco, Veracruz en 1927 y, cuando el doctor Bernardo J. Gastelum estableció las Delegaciones Federales de Salubridad, la organización de la de Mexicali y la coordinación de los delegados de Ensenada y Tijuana.

Con inquietud social e imaginación, en 1928 estableció en la delegación fronteriza de Reynosa, un comité de ayuda a la comunidad y construyó un pequeño hospital, una biblioteca y un

parque de juegos infantiles. En ese lugar vi sus excelentes relaciones profesionales y con la población, en los días de impulso inicial a la salubridad moderna.

Como supervisor del Departamento de Salubridad Pública recorrió la República de 1931 a 1934 e informó de las condiciones sanitarias de los seris en la isla de Tiburón y de los pobladores de los municipios de Pinotepa y Huaxolotitlán en Oaxaca.

Obtuvo el grado de maestro en Salud Pública en la Escuela de Higiene de la Universidad de Johns Hopkins en 1935; volvió a México y emprendió sus investigaciones sobre la existencia de la enfermedad de Chagas, los tripanosomas; y para perfeccionarse estudió, recibió el diploma en Medicina Tropical en la Escuela de Medicina Tropical de Liverpool. Continuó como supervisor del Departamento de Salubridad y por sus méritos fue comisionado en 1937 para estudiar higiene rural en Hungría y Checoslovaquia; por su experiencia en México y su preparación, la Sociedad de las Naciones lo nombró ese año experto en higiene rural de la Sección de Higiene.

Al fundarse en 1939 el Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales, Luis Mazzotti, con prestigio en los campos de la sanidad y de la investigación, fue designado jefe del Laboratorio de Helmintología. En la enfermedad de Robles buscó pruebas para el diagnóstico, su tratamiento con hetrazan en asociación con el doctor Hewitt, y la epidemiología y parasitología de la oncocercosis; descubrió la reacción que presentan las personas infestadas por *Onchocerca volvulus*, designada en la literatura médica como «reacción de Mazzotti»; cubrió problemas de las filarias, de los simúlidos y de los enfermos.

En torno a las helmintiasis, se ocupó de las enterobiasis, la triquinosis, la teniasis, la cisticercosis, la oxiuriasis; en el curso de sus exploraciones confirmó la existencia de *Mansonella ozzardi* en la península de Yucatán.

Estudió diversas parasitosis en seres humanos, animales domésticos y silvestres; compartió siempre con sus colaboradores médicos, técnicos y enfermeras en el campo o en el laboratorio el mérito de la tarea realizada.

Algunas encuestas epidemiológicas en 1937 y 1938 sobre la enfermedad de Chagas y sobre la fiebre recurrente en México, las realizó con el sabio parasitólogo, Emile Brumpt y con su hijo Lucienne C. Brumpt. En 1970 recibió el Premio Internacional de Parasitología Emile Brumpt, de la Facultad de Medicina de la Universidad de París.

Sus investigaciones parasitólogicas le hicieron establecer relaciones con sus colegas de América del Sur y Asia. Como miembro correspondiente extranjero de la Sociedad de Patología Exótica de París, formó parte de la misión científica para el estudio de las enfermedades tropicales en África durante nueve meses en 1946; volvió a ese continente en 1964 comisionado por la Secretaría de Salubridad y Asistencia, con beca de la Organización Mundial de la Salud, para observar las campañas contra diversas parasitosis y visitar algunos centros de investigación de medicina tropical.

Tres años antes, en 1961, estudió también por varios meses en comisión de la Secretaría de Salubridad y Asistencia y de la Organización Mundial de la Salud, diversos centros de investigación en medicina tropical en varios países asiáticos. Una misión científica del Gobierno de México lo llevó a estudiar las enfermedades tropicales en América del Sur y en las Antillas, y como becario de la OMS., los institutos de esa especialidad en París, Londres y Edinburgo.

La Organización Mundial de la Salud lo designó miembro del Comité de Expertos en Parasitología General y miembro del Comité de Expertos en Oncocercosis, y fue correlator en los Congresos Internacionales de Medicina Tropical en Nueva York, Estambul y Lisboa.

Fue profesor de parasitología de la Escuela de Posgraduados de la Universidad Nacional Autónoma de México, de 1947 a 1950 y profesor huésped de la Universidad de Tennessee, para el curso regular de parasitología de la Facultad de Medicina de Memphis, en 1943.

Fue conocido en los círculos de la parasitología mundial como secretario del capítulo mexicano de la Asociación de Filariasis, miembro de la Sociedad Americana de Parasitólogos, de la Sociedad Americana de Microbiología y titular de la Sociedad Real Inglesa de Medicina Tropical y de Higiene. De 1959 a 1964 fue director general de Institutos y Laboratorios de la Secretaría de Salubridad y Asistencia. Le otorgaron la medalla al Mérito Sanitario en 1959, la Sociedad Mexicana de Higiene; la medalla de oro «Eduardo Liceaga», el Presidente de la República en 1960 y la de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, en 1965.

Los premios que recibió tanto en México como en el extranjero, indican el reconocimiento de la obra del doctor Luis Mazzotti. La Academia Nacional de Medicina lo contó entre sus miembros distinguidos, recuerda su fecundo peregrinar científico, su lucha para reducir la insalubridad rural y guarda la memoria de su tenaz labor por la ciencia y por la salud.

Miguel E. Bustamante

Guillermo Montaño Islas

Creo que no es la mera situación escalafonaria dentro de la sección de Cancerología de nuestra Corporación lo que impulsó a la mesa directiva a conferirme el honroso pero doloroso y humano encargo de pronunciar una corta alocución en memoria de Guillermo Montaño. (Y qué difícil es hablar de «memoria» para un pasado al mismo tiempo tan reciente y ya tan ultrajantemente distante). Creo que este encargo, que he tratado de cumplir de forma digna y apasionada que requiere hablar de una personalidad tan vigorosa, versátil y multifacética, se explica porque a Guillermo Montaño me unió un sólido afecto de compañero —aun cuando siempre mi superior jerárquico—, una comunidad de intereses profesionales, un cuarto de siglo de colaboración estrecha con él, un claro paralelismo en cuanto a posiciones e intereses político sociales y toda una constelación de amigos comunes. En suma, todos los ingredientes necesarios —indispensables— que al mezclarse culminan en el mágico brebaje, raro tesoro en nuestras vidas de hombres y profesionales: la amistad. Y, en nuestro caso, conservando siempre la serenidad en el juicio, la objetividad en el análisis, la pasión en el esfuerzo conjugado.

Repasar los datos biográficos, examinar los currículos académicos, hacer revisión de trabajos publicados o programas en proyecto, es algo incompleto cuando se quiere aquilatar el valer de un hombre de la complejidad y la reciedumbre del llorado ex presidente de esta Corporación, la que ahora resiente ya su permanente ausencia.

Haré una breve mención de ellos, sin embargo, en un esfuerzo para tratar de completar el retrato del hombre cuyo recuerdo se exalta hoy. Guillermo fue médico oficialmente cuando en 1927 se graduó en una Escuela que aún no era Facultad, y en una Universidad que no era todavía, ni siquiera de nombre, autónoma. Tras de unos cuantos años de trayectoria profesional que pudiera haberse calificado de vacilante, pero que no era sino la manifestación de lo que ya despuntaba como característica inalienable de su personalidad: la inquietud curiosa del insatisfecho, regresa de las misiones culturales y de viajes al extranjero, a los Estados Unidos de Norteamérica primero, a Alemania y Suecia después, ya plenamente orientado hacia y dentro de la Cancerología. El término de oncología, más incluyente y francamente eufemístico, no era entonces de uso común.

Pero ya ahora, con la plena aceptación y difusión del término, y con también pleno conocimiento de causa, puedo afirmar con toda contundencia que en la actualidad no existe en México institución, corporación académica, sociedad oncológica o programa docente que haga de la oncología su materia de trabajo, en cuya historia básica o en sus relatos de actividad no se encuentre el nombre o se reconozca la huella del infatigable trabajador que fue Montaño. En 1940, junto con Ignacio Millán, logró que el original Servicio de Radioterapia del Hospital General de la SSA se convierta primero en servicio y en Unidad de Cancerología después. Y corto tiempo tras de su ingreso a esta Academia, con la coyuntura que le proporcionaron las entonces recientemente adoptadas modificaciones al reglamento, logró que de las secciones de fisioterapia y radiología surgiera con personalidad propia la sección a la que hoy yo mismo me honro en pertenecer: la de Cancerología.

En 1946 logró convencer a un grupo de financieros y al entonces secretario de Salubridad y Asistencia, doctor Gustavo Baz, para que conjugaran aportaciones económicas, materiales y de esfuerzo para crear el Instituto Nacional de Cancerología, de cuyo patronato fue asesor técnico y luego, tras del *interregnum* de un sexenio de apatía y quietismo oficial, vendió al doctor Ignacio Morones, titular del ramo, la idea de que se construyera y equipara una gran unidad de cancerología dentro del Centro Médico Nacional, propiedad entonces de la SSA. La misma que, tras de la venta de éste al IMSS, constituyó el Hospital de Oncología.

Bajo el empuje de su entusiasmo, se fundó en 1951 con los médicos que entonces trabajábamos en el Pabellón 13 del Hos-

pital General, la Sociedad Mexicana de Estudios Oncológicos, misma que después lo honró al concederle la primera medalla y conferencia magistral «Ignacio Millán» en agosto de 1968.

Es natural que un espíritu así de inquieto y generoso se preocupara por la difusión sistematizada de los conocimientos oncológicos y que, por tanto, derivara a la docencia. El doctor Montaño organizó, en combinación con la oficina de enseñanza del Hospital, cursillos para graduados que, de tímidos ensayos en 1942-43, llegaron a ser sancionados por la Universidad e incorporados a la División de Graduados de la Facultad de Medicina. Pero, dialécticamente, él a su vez quiso recibir conocimientos y es así que le vimos tomar cursos de matemáticas superiores, física, bioquímica e idiomas extranjeros.

Esta actividad que no conoció reposo, esa impaciencia ante la pereza y la irresponsabilidad profesionales, unidas a su increíble fuerza biológica que durante su joven madurez se desbordara en humorismo punzante y en bohemias actividades extracurriculares, propiciaron el cariñoso remoquete que le adjudicó su más cercano grupo de amigos: el «chamaco». Y aun cuando esa denominación afectuosa perdura, es irrefutable, para quienes le conocimos cuando ya la detentaba, que se trata de un «chamaco» muy maduro, muy lúcido y tenaz y siempre con la vitalidad y un espíritu de juventud y pujanza en desproporción con su edad cronológica y su aspecto de pocos años.

Desde su regreso a México fue evidente que su pensamiento social y político se inclinaba hacia la izquierda, protestando ante las injusticias y apoyando verbalmente con conducta las mejores causas sociales. Con amigos, discípulos y maestros, participó en la fundación del Círculo de Estudios Mexicanos, del Movimiento de Liberación Nacional y se unió al Comité Mundial de la Paz y los amigos de la Unión Soviética y de la China Popular. Escribió ensayos combativos, frecuentemente con humorismo apasionado y cáustico.

Participó en actos públicos y oficiales. Y comenzaron a aparecer las inconfundibles señales de la temible combinación que constituyen un cuerpo al que poca o ninguna atención se presta y un espíritu implacablemente activo y joven, que lo estimula sin piedad. Varias operaciones urológicas, dos infartos severos, recurrentes y rebeldes infecciones urinarias, no logran amilanar a quien, en julio de 1970 dio signos evidentes de una grave afección que, por ironía no infrecuente de nuestro destino, resultó ser de naturaleza neoplásica maligna, tras una laparotomía

exploradora. Y cuando, tras de vicisitudes clínicas varias debió ser informado de ello a fin de justificar un segundo y heroico esfuerzo quirúrgico curativo, se enfrentó a su dura verdad con una conmovedora entereza, que provocaba el sollozo interior, cuando aceptó —para pronto— una nueva intervención, pero con la exigencia de una promesa *sine qua non*: que no se informara nunca de ello a su esposa.

Un breve pero increíble periodo de mejora le permitió aceptar el nombramiento de miembro del Comité Técnico de la Campaña Nacional Contra el Cáncer y todavía poco antes de la última sesión a la que concurriera, leyó con apagada voz y visible esfuerzo un documento vigoroso, claro, y de gran valor civil.

Murió un primero de junio, tras un par de semanas de agonía en el sentido más estricto del vocablo; con más intenso sufrimiento moral para sus allegados que el físico que él manifestara. La Corporación ha perdido con él a un maravilloso ser humano, a quien difícilmente le satisfaría el deseo ritual: ¡Que descanse en paz ! Sería incongruente para quien en vida dejó un ejemplo diáfano de lo que debe ser la actividad integral de un hombre.

Horacio Zalce

Efrén Carlos del Pozo

Efrén C. del Pozo nació en la ciudad de San Luis Potosí el 11 de septiembre de 1907. Murió en Coyoacán el 14 de mayo de 1979. Fue bachiller en ciencias por la Universidad Autónoma de San Luis Potosí y Médico Cirujano por la Universidad Nacional Autónoma de México en 1936.

Por el muy noble y socorrido camino de la necesidad, mientras hacía sus estudios de bachillerato fue reparador en los laboratorios de química, botánica y zoología y desempeñó el puesto de Secretario de la Universidad Potosina; corrían los años de 1927 a 1929, esas tareas juveniles terminaron debido a su traslado a la capital y su ingreso en la Facultad de Medicina.

Su mente inquisitiva lo llevó a un contacto temprano con las ciencias médicas; inició su cultivo en 1936, con la cátedra de fisiología humana en la Escuela Superior de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional. Paralelamente ejercía la profesión médica en el Hospital General del entonces Departamento de Salubridad, en el cual obtuvo, por oposición, la categoría de Médico adscrito en el Servicio de Gastroenterología. Sin embargo, la inquietud científica y su tendencia a la precisión lo llevaron de la clínica al terreno de la investigación, más acorde con sus inquietudes. De 1940 a 1943 figuró como *fellow* de la Fundación J. S. Guggenheim para realizar actividades de investigación en neurofisiología en la Escuela de Medicina de Harvard, en Boston, en donde coincidió con el doctor en ciencias Nabor Carrillo, quien sería, desde entonces, uno de sus amigos predilectos.

Terminados sus estudios de posgrado volvió a sus actividades docentes y de investigación en la Universidad, en el Politécnico y en la Secretaría de Salubridad y Asistencia. Fue entonces director de la Escuela Superior de Ciencias Biológicas, de 1943 a 1944; jefe del Departamento de Fisiología y Farmacología en el Instituto de Estudios Médicos y Biológicos de la UNAM, desde 1943; jefe del Laboratorio de Fisiología del Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales, de 1944 a 1946 e hizo un nuevo viaje en 1947, como investigador asociado, al *National Institute for Medical Research* de Londres. A su vuelta reanudó sus trabajos en el Instituto de Estudios Médicos y Biológicos, ocupó la cátedra de fisiología del sistema nervioso en la Facultad de Filosofía y Letras y la de fisiología comparada en la Facultad de Ciencias en 1955. Fue consultor científico del Instituto Merck, Sharp and Dohme, desde 1948.

En la Universidad Nacional, durante los ocho años del rectorado del doctor Nabor Carrillo, desempeñó el cargo de Secretario General, cuyas funciones dentro de la estructura y la imagen total de la magna casa de estudios tuvieron en ese lapso cambios espectaculares. En efecto, llegó Efrén del Pozo a ese puesto en el momento en que la Universidad podía hacer objetiva y consolidar la autonomía académica y administrativa lograda en 1929, con la autonomía física que significó la construcción de su nueva sede: la Ciudad Universitaria.

Fue complicado y escabroso el proceso de trasladar las dispersas actividades universitarias del centro de la ciudad a la novedosa CU, «lejana» entonces del centro capitalino, pero dotada de edificios adecuados para diversas facultades y escuelas, de instalaciones que garantizaban la mejoría de la docencia, como fue evidente de inmediato. También se produjo, con el traslado, la aparición de una verdadera comunidad universitaria, con un nuevo sentido de unidad.

En esas condiciones, la fraternal amistad entre el Rector y el Secretario General fue la garantía del desenvolvimiento óptimo de la Universidad en su nueva situación. Unificados por su talento y por el mismo entusiasmo en el quehacer universitario, lograron gran dinamismo en las tareas rectorales durante los dos periodos que trabajaron en permanente armonía, en la cual Efrén del Pozo aportó esfuerzo, energías y pasión, e hizo de la Secretaría a su cargo, la ágil ejecutora de las decisiones de la Rectoría, del Consejo Universitario y la de la Junta de Gobierno, la autoridad suprema.

En una palabra, fue factor vigoroso en el vibrante equipo dirigente dedicado, sin distingos y sin estancos divisorios, a elevar la calidad lo mismo de la educación universitaria, que de las otras actividades fundamentales como la investigación y la comunicación permanente entre los dos polos de la cultura: las ciencias y las humanidades.

Nabor y Efrén estuvieron animados del mismo afán en pos de la universalidad y sus virtudes comunes fueron la amistad, la generosidad, el gozo del trabajo creador y la identificación con los anhelos de los jóvenes, base de la tarea educativa.

Si no se hace referencia precisa a tales o cuales obras de Nabor o de Efrén, ello no es importante, pues en todas resulta transparente el propósito y la identidad de las viejas aspiraciones. El pleno respaldo de la Rectoría dinamizó la actividad y la eficiencia de la Secretaría General, que de ese modo dejó de ser un simple centro administrativo de las labores docentes, para actuar como colaboradora ejecutiva o promotora de la difusión de la cultura y de la modernización, en el más amplio sentido de la palabra, del trabajo universitario.

Se fueron llenando muy pronto los viejos vados, pues la Secretaría General vigilaba la continuidad del avance de aquellas acciones vitales para el verdadero desarrollo de la Universidad, como la tarea editorial en donde los impulsos impresionantes de la administración guiada por del Pozo fueron sobresalientes, no sólo por el volumen de lo producido, sino por la edición o reedición de valiosas series como Nuestros Clásicos y Problemas Científicos y Filosóficos, expuestos en la colección de obras fundamentales, como en los cuadernos y los suplementos del seminario respectivo.

Floreció la investigación y se crearon nuevos institutos, como el de Cultura Náhuatl que logró entonces la publicación del llamado Códice Badiano, de gran valor para la historia de esa cultura. El propio Secretario General organizó y presidió la Comisión Editora de las obras del Protomédico de las Indias, Francisco Hernández, grupo que habría de lograr publicarlas por primera vez en castellano, cuatrocientos años después de su aparición original en otros idiomas. Integraron la Comisión, presidida por del Pozo, Enrique Beltrán, Juan Comas, Samuel Fastlich, Angel María Garibay, Henrique González Casanova, Wilberto Jiménez Moreno, Roberto Portilla, Enrique Rioja, José Rojo Navarro, Germán Somolinos D' Ardois, Alejandro Stols y Roberto Weitlander. Aunque no ha logrado completar su ta-

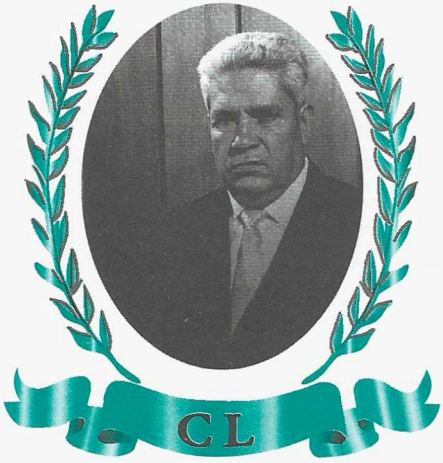
rea, pues han fallecido varios de sus miembros, ha publicado ya cinco tomos de la Historia Natural de Nueva España y procura completar su encomienda.

El conjunto de estas empresas culturales permite afirmar que Efrén del Pozo, como promotor o colaborador en todas ellas, dejó testimonio de su atención preferente a la ciencia, a la investigación; a la historia y su influencia en las comunidades humanas, en particular las nuestras.

Quien haya participado en tareas escolares, en acciones solidarias y de colaboración leal y noble, sabrá discernir proporciones y preferencias entre los colaboradores, los que guían y los que dan consejo y merecen por ello la jerarquía de hombres ilustres, héroes, sabios o artistas. La memoria de sus obras y acciones nos acompañan largamente, y sus logros son como gratos antecedentes de nuevos frutos que aparecen paulatinamente.

Efrén es de ellos y la Academia fue una de sus moradas predilectas; formó en sus filas desde su temprana madurez científica y ella lo cuenta entre quienes la han dirigido, porque se inspiraron sus quehaceres en los elevados principios que la nutren. Estará por eso, desde ahora, en compañía de sus iguales para honra de la discreta pero eficaz y duradera labor académica.

Rubén Vasconcelos



Clemente Villaseñor

Muchas notas luctuosas son síntesis biográficas que acentúan naturalmente en lo positivo. Confieso que siendo la primera que hago y sin gustarme el género, no me ceñiré a moldes clásicos. Por eso no sé cómo empezar. Para mí la muerte es acto fisiológico, que a mí mismo me espera a no muy largo plazo; por tanto la veo con naturalidad, sin angustias ni temores. Lo horrible es la vida, sobre todo ese trozo de vida que acompaña a la muerte y que suele ser desolador y doloroso, a veces muy doloroso. Por fortuna no fue así para Clemente, que murió apaciblemente viendo una enfermera; ojalá haya sido bonita.

Le conocí cuando yo era médico joven. Pocos se atrevían a interesarse en una especialidad como la suya, que no retribuía económicamente y alejaba de la medicina clínica. Pero se trataba de un muchacho algo descentrado, iluso y entusiasta, a quien no importaba mucho poner los pies en la Tierra. Había sido impresionado por el maestro Tomás Perrín, galano y discursero, inteligente y cultivado, excelente expositor, alma de poeta y dotes de educador. Sensible y delicado, nuestro recién médico Villaseñor, tomó la ruta que describe microscópicamente el estado patológico, pionero en el estudio de las alteraciones que la muerte produce en la vida.

Hijo de militar nació a principios del siglo XX en Guadalajara, de familia de clase media, le tocan en su niñez, las vicisitudes de la lucha revolucionaria. Traslados forzados, pobreza, escasez y también disciplina, organización, triunfo y derrota. Todo ello

estructura un carácter, templa el nervio y afina la voluntad. El chiquillo fue hombre antes de tiempo y con fiereza y con orgullo decidió su propio porvenir. Él sería médico.

Contrajo matrimonio, más tarde la oportunidad de su vida: un viaje y estudios de postgrado en Europa. Para Clemente había además la ilusión de estar cerca de don Santiago Ramón y Cajal, premio Nobel y gloria de la medicina española.

Lo imaginamos en Madrid, con sus cuadernos bajo el brazo paseando por las arboledas del Prado, y luego oyendo la docta palabra del maestro mientras el ojo atisba un trozo de tejido en el microscopio. Y tuvo otra dicha, tan grande como esa. En el mismo inmueble vivía León Felipe, y compartió con él ilusión, vida y pensamiento. Su amistad duró hasta la muerte del poeta. Hubo, tenía que haber, días de angustia, porque había dejado en México hijos y mujer, y mientras la Villa le ofrendaba su castizo encanto, el corazón y la mente trabajaban muchas noches reconstruyendo el cuadro familiar y forjando planes para el futuro.

Ya la revolución en España empezaba a arder sus fuegos cuando el regreso se impuso. La ilusión que llevaba al ir, era duplicada ahora, al volver. Lo mismo nos ha pasado a todos los que hemos salido de la patria. ¡Qué fuerza tiene lo nuestro; cuánto se mete México en el alma de sus hijos! Helo aquí otra vez entre nosotros, decidido ahora a vivir su vida, a forjar un porvenir con su trabajo. Ingresa al Hospital General como patólogo y sus estudios empiezan a hacerse sentir en ese ambiente, el mejor ambiente médico de México entonces. Los clínicos empezamos a sentir cómo la patología modificará todo y establecerá nuevas normas de trabajo, que nos conducirán por un camino mejor a las mayores conquistas.

Isaac Costero apareció entonces, Nacho González Guzmán, amigo y compañero. Otros más, que olvido, unen su vigorosa personalidad a un afán inteligente de modificar y poner nuevas bases en nuestra ciencia. Clemente es de ellos, y es en aquella época que ingresa a la Academia Nacional de Medicina.

Su familia fue numerosa, seis hijos y una esposa adorable, colaboradora ideal, compañera en las altas y bajas que la vida tiene. Entre ambos educaron y forjaron hombres de bien, en esa fragua que es el hogar. Uno de ellos es médico, que dirige ahora una de nuestras más importantes instituciones hospitalarias.

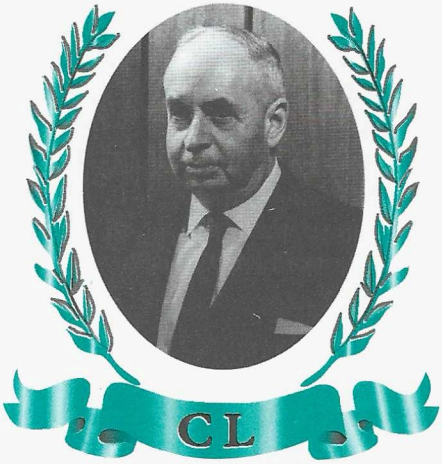
El doctor Clemente dedicaba sus domingos a jugar tenis en el Club Inglés. Visitaba a los amigos, encontraba salud y esparcimiento en ese ambiente, y sobre todo camaradería, fundamentalmente

médica. Algunos de esos compañeros ya se fueron, personas de la talla de Rosendo Amor, Ignacio González Guzmán; otros están aún aquí y lo recuerdan aunque no escuchen mis palabras, Jesús Aranalde, Julio César Graham, Jaime WooIrich y seguramente muchos más que no conozco o que olvido.

Sus amigos conocían su buen carácter, su sentido del humor; lo que le hacía a veces parecer irónico cuando no festivo. Pero todo era siempre índice de confianza, de pronta amistad, de deseo de fraternizar. Su estilo alegre, su amistad franca, su bondad proverbial y su trato amable, definieron una personalidad que ahora mis frases tratan de hacer presente aquí.

Mil gracias a los familiares que nos acompañan y mil condolencias. Mil gracias a la Academia Nacional de Medicina y a sus dirigentes que ahí honran a sus miembros. Clemente Villaseñor, motivo de este homenaje, tuvo los aciertos y los yerros que todo hombre debe tener, y que me sirven para terminar diciendo, que lo fundamental en cualquier individuo, es su reciedumbre de varón, reciedumbre que no se opone a nuestro ser falible, pero que define la actuación como la de todo un hombre; y cuando el sustantivo es bueno salen sobrando los adjetivos.

Carlos Véjar Lacave



Francisco Fernández del Castillo

Para remodelar la vida del doctor Francisco Fernández del Castillo, y dar un solo sentido a todas sus cualidades; debemos hablar de sencillez recóndita y casi instintiva. En la vida de Fernández del Castillo hay que buscar algo más que su actividad de médico.

Desde joven mostró muchas inquietudes intelectuales y bajo la influencia de su padre que fuera un concienzudo historiador, Don Francisco emprendió la tarea de mantener una tradición que José María Reyes, Joaquín García Icazbalceta y Nicolás León habían iniciado muchos años antes. Nunca perdió su profesión de médico y su vocación de historiador.

Dos años antes de terminar sus estudios, Don Francisco comenzó a trabajar en el Hospital General y en 1913 se graduó de Médico. Tres años más tarde se integró al cuerpo docente de la Facultad de Medicina. Fue ayudante de las clases de terapéutica, clínica médica y fisiología. También fue profesor de fisiología, farmacología e historia de la medicina. Impartió las clases de higiene y farmacología en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Facultad de Odontología. En 1944 se le nombró miembro del consejo técnico consultivo y dos años después secretario de la Facultad de Medicina. Don Francisco ocupó interinamente, en varias ocasiones, la dirección de la Facultad.

En 1956 desempeñando el cargo de Jefe del Departamento de Farmacología organizó e instaló una Biblioteca Histórica de la Medicina y preocupado por la enseñanza, unificó su obra para

crear el Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina, siendo hasta el final de sus días jefe de esa dependencia.

Miembro de más de diez sociedades de Historia de la Medicina, Don Francisco Fernández del Castillo fue un hombre que supo recoger el espíritu de la historia, difundido entre sus contemporáneos y trasmitirlo a sus seguidores con impulso inagotable.

Diríamos que comprendió el bien histórico, única aspiración permanente en la evolución del tiempo; lo entendió como el crecimiento del ser humano que busca su dirección en toda la herencia cultural.

En sus trabajos se esforzó porque sus lectores se adueñen del pasado y cosechen por sí mismos la experiencia. Nunca pretendió crear eruditos o educar discípulos bajo un concepto limitado. El Dr. Francisco deseó que todos los que seguimos su camino busquemos lo que convenga a nuestra personalidad y encontremos el deleite en hacerlo, sin que importe el sentido de aficionado que exista en ello.

Quien recuerde al Dr. Francisco en sus disertaciones sabrá que no se detuvo a buscar las palabras, no vaciló, no se corrigió nunca. Su clase daba la impresión de ser un ejercicio religioso. Podemos imaginarlo como un catedrático a quien las lecciones no lograron distraer de su constante inquietud indagadora. Adiestrado en la medicina prehispánica y colonial, no temió lanzarse al diletantismo y, más atento a los significados que a los hechos, nunca se apegó a la erudición sino al conocimiento.

Buen escritor, capaz de expresar sus ideas sin excesos literarios expuso la verdad histórica sin desviar la atención del lector y con esta capacidad Fernández del Castillo emprendió una labor sistemática de exploración de archivos: hecho que le permitió realizar un extenso trabajo editorial de artículos, ensayos y libros. Trabajos que hasta la fecha son básicos y sirven de punto de arranque para muchos de los estudios histórico médicos de nuestro medio.

Podríamos llenar varias páginas con una relación de estos trabajos, la mayoría dispersos en diferentes revistas y unidos formaban un acervo histórico médico muy extenso. Fernández del Castillo, por afición personal, conoció los tanteos y afanes de la medicina mexicana y no podemos olvidar el enorme aporte bibliográfico que a lo largo de sus cuarenta y siete años de historiador, ha dejado como señal y base de estudios posteriores.

Por sus intereses intelectuales el Dr. Francisco ingresó a la Academia Mexicana de Cirugía, la de Ciencias «Antonio Abate» y la Mexicana de la Lengua.

En 1945 ingresó a esta Academia para ocupar un sitial en la sección de Historia de la Medicina; desde entonces se dedicó a innumerables temas de la especialidad y, al mismo tiempo, durante quince años participó activamente en los quehaceres administrativos de la corporación. En 1947 actuó como Secretario de Actas y cuatro años después, el 10 de octubre de 1951, fue nombrado Secretario General, cargo que ocupó hasta febrero de 1957. Durante su gestión dictaminó en unión con otros académicos sobre diferentes trabajos de concurso acerca de la Historia de la Medicina Mexicana. A ese periodo corresponden algunos cambios que hubo en el reglamento de la Academia, pues participó en las modificaciones al reglamento realizadas en 1951 y 1957, todas ellas en relación con las secciones y los socios.

Después de una intensa actividad, fue por varios años el único académico en medicina que mantuvo la sección de historia.

A los veinte años de su ingreso, el 10 de marzo de 1965 fue nombrado Académico Titular y desde 1967 a 1970 presidió el departamento de sociología médica de la propia Academia. Por su labor en esta Corporación, en 1982 se le nombró Miembro Honorario.

Pasan de cincuenta sus trabajos publicados en la Gaceta Médica y son particularmente valiosos los libros «Historia de la Academia de Medicina de México», que perdura como texto original de lo que fue la historia académica del país y su trascendencia en los últimos ciento cincuenta años y la «Bibliografía de la Gaceta Médica de México».

Imaginemos al doctor Francisco en los principales momentos de su espíritu, traslademos nuestro recuerdo y lo veremos como tantas veces: sentado tras de su escritorio, dictando, escribiendo, preocupado siempre por la mejor y más clara expresión. Con su proverbial docencia, algo nervioso por el apremio del tiempo, con las mejillas enrojecidas, concebirnos muy bien su personalidad intelectual.

Por deducción, por analogía, alargando indefinidamente las observaciones y sentimientos expresados por el Dr. Francisco, llegamos a establecer nuevos valores en la profesión. No es suficiente observar al Dr. Fernández del Castillo desde el exterior, hay que apreciar la psicología de sus obras y también esa especie de atmósfera moral que marca sus verdaderos alcances.

En forma resumida afirmamos que Francisco Fernández del Castillo expresó sus temas históricos con cierta mesura, y con reverencia narró el viaje de la medicina mexicana hasta lograr

que la colectividad médica cambiase su conducta al encontrar una idea o una nueva forma en esta narración.

Con discreción, como si hubiese querido evitar incomodidades con su deceso, nos dejó un hombre que en vida jamás ocasionó daños.

Juan Somolinos Palencia

Jorge Flores Espinosa

Jorge Flores Espinosa fue hijo de Don Pedro Flores Renero y de Doña Esperanza Espinosa Bonequi, nació en Pachuca, Hidalgo, el día 11 de julio de 1909. Casado con Doña María de Jesús Valdés, el 27 de julio de 1935. Tuvo tres hijos, Graciela Esperanza (1936), Elsa María (1938) y Jorge Andrés (1941).

Estudios de Preparatoria (equivalentes a los actuales de secundaria y preparatoria), en el Instituto Científico Literario de la ciudad de Pachuca, (1921 a 1925); profesionales Escuela Nacional de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México (1926-1931); examen profesional para el grado de Médico Cirujano y Partero, el 11 de julio de 1932.

Cargos oficiales desempeñados

Jefe de los Servicios Médicos del Tribunal para Menores de la Secretaría de Gobernación (1943). Término de la gestión, por renuncia; Médico aspirante en el Servicio de Gastroenterología, del Prof. Dr. Abraham Ayala González. Pabellón 19 y 24 del Hospital General, SSA, (1932-1937); Médico adscrito al Servicio de Medicina Interna, Pabellón 20 del Hospital General, SSA, comisionado como Jefe de Servicio, por haber ganado la primera oposición que se hizo en el Hospital, (1937-38); Ascenso a Jefe de Servicio Titular en Medicina Interna, por oposición presentada en octubre de 1938. Sin interrupción, desempeñó el puesto hasta julio de 1973, en que se jubiló después de 42 años de servicios.

En mayo de 1974, el Consejo Técnico del Hospital General, SSA, le concedió el grado de Consultor Honorario en Medicina Interna; Sub Jefe de la Oficina de Enseñanza e Investigación del Hospital General, con cuyo cargo le tocó, como Secretario Tesorero del Comité Organizador, tomar parte directa en La organización de los Congresos Mexicanos de Medicina. Que se celebraron en el Hospital General, en los años 1947 y 1948. Fue Relator y Editor de las Memorias de los mismos (1947-1949).

Miembro de la Comisión Técnica de Eficiencia del Instituto Mexicano del Seguro Social, (1947-1958). Término de la gestión, por renuncia; Miembro de la Comisión Técnica del Cuadro Básico de Medicamentos del Instituto Mexicano del Seguro Social, (1949-50), término por renuncia; Miembro de la Comisión Técnica de Medicina, para el estudio del Cuadro Básico de Medicamentos de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, (1941); Miembro del Consejo Técnico Consultivo del Hospital General, (1950-51).

Cargos Académicos desempeñados

Miembro Fundador de la Asociación Mexicana de Gastroenterología, (1935); Miembro de honor de la Asociación Yucateca de Gastroenterología y Nutrición, (1953); Miembro de Número de la Academia Nacional de Medicina, (1945-1961), en el Departamento de Medicina y en el área de Gastroenterología; Secretario de Actas, de la Academia Nacional de Medicina, (1945); Miembro Titular de la Academia Nacional de Medicina, (1961). Miembro de Número de la Sociedad Médica del Hospital General, SSA, (1932); Presidente de la Sociedad Médica, del Hospital General, (1950-51).

Cargos docentes desempeñados

Ayudante de profesor de matemáticas, 1er. curso en el Instituto Científico y Literario, de Pachuca, Hgo.; Profesor ayudante del Curso para Enfermedades transmisibles de la Escuela de Salubridad, de la Secretaría de Salubridad y Asistencia; Prof. Titular D. Salvador Bermúdez; Profesor ayudante de Clínica de Gastroenterología, en la Escuela Nacional de Medicina de la UNAM, (en 1932); Profesor interino de Patología Médica, 1er. Curso de la Escuela Nacional de Medicina, (1937-38); Profesor titular de Patología Médica, 1er. Curso de la Facultad de Medicina, (1938-1943);

Profesor titular de Clínica Gastroenterológica en la Facultad de Medicina, (1944-1973), baja por jubilación en julio de 1973.

Distinciones recibidas

Diplomas otorgados por la Universidad Nacional Autónoma de México, por veinticinco y treinta y cinco años de servicios prestados en la Facultad de Medicina; Medalla al Mérito Civil del Gobierno de la República, por servicios durante la 2da. Guerra Mundial; Medalla Eduardo Liceaga de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, por veinticinco años de servicio; Medalla al Mérito Científico de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, al recibir la jubilación, después de cuarenta y dos años de servicios; Diploma y Placa *Summa Cum Laude*, otorgada por la Sociedad Médica del Hospital General, SSA, por servicios eminentes; Medalla de Honor, por servicios prestados a la Institución, Instituto Politécnico Nacional; Medalla de Oro, de la Secretaria de Salubridad y Asistencia, por «su labor en el Hospital General al Servicio de la Salud del Pueblo»; Diploma otorgado por la Universidad, «Benito Juárez» de Oaxaca, Oax., por servicios eminentes de investigación; Medalla de Oro, por la publicación del libro «Semiología del Aparato Digestivo».

Trabajos Científicos publicados

Más de cien Artículos Publicados, cuyo tema central era la Gastroenterología, uno de ellos, fue la 1ra. Investigación a Nivel mundial. «Estudio Radiológico de la Circulación Portal a través de vena Umbilical. «Reporte de un caso con Síndrome de Cruveilhier-Baumgarten», en colaboración con Alejandro Celis y Joaquín Fregoso. Revista Médica, Hospital General, México, 9:289-1947; Catorce trabajos de divulgación médica.

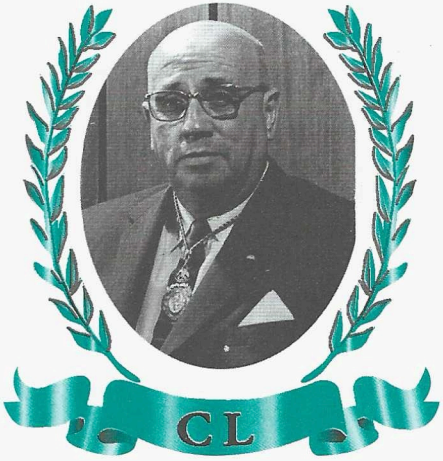
Libros científicos editados

1. *Semiología del aparato digestivo*, 1945. Editorial Méndez Oteo, 1947; con más de cuatro ediciones.
2. *Cirrosis en México*, 1965. Ed. Modernas, bajo la responsabilidad del autor.
3. «Higiene Social», Capítulo del libro *Manual de Higiene*, en colaboración con el Colegio de Profesores de Higiene, de la Escuela Nacional Preparatoria, 1947.

4. *Alergia en Medicina Interna*. Capítulo del libro Alergia, editado por el Dr. José Luis Cortés.

El día 26 de noviembre de 1991, falleció en la ciudad de México, D.F., después de 82 años de una vida plena como hijo, esposo, padre, maestro y abuelo. Descanse en Paz. Doctor y Profesor Jorge Flores Espinosa.

Héctor H. Rivera Reyes



Miguel Jiménez Sánchez

Fue en febrero de 1928 cuando conocí a Miguel Jiménez, al inscribirme al primer año de la entonces Escuela de Medicina.

Imperaba en nuestra Escuela la paz octaviana bajo la dirección del Maestro Fernando Ocaranza. Existía orden, disciplina, respeto a los profesores y a la institución, en contraste con épocas posteriores. Durante los seis años de estudios tuve la oportunidad de convivir con Miguel y conocerlo íntimamente.

Miguel Jiménez, que había nacido en octubre de 1909, cursó sus estudios primarios y secundarios en las escuelas «La Perpetua» y «Morelos» respectivamente; posteriormente fue alumno de la Escuela Nacional Preparatoria antes de ingresar en la Escuela Nacional de Medicina, época en la que yo cursaba los estudios correspondientes en la ciudad de Guadalajara.

Venía orlado Miguel de la fama de ser un buen estudiante, y a decir verdad, durante los seis años de estudios profesionales, siempre se distinguió como un alumno excelente, obteniendo al final de cada curso calificaciones sobresalientes.

Con esta trayectoria bien sostenida, llega al final de la carrera y se recibe el 27 de diciembre de 1933. Así, convertido en el doctor Miguel Jiménez Sánchez, continúa su misma trayectoria, cumpliendo su misión como médico, no sólo en forma eficiente, sino brillante.

Es pertinente analizar su actuación en sus actividades académicas, asistenciales, docentes y humanas. Recién recibido, inicia su especialización como neumólogo al lado del maestro Cosío Vi-

llegas, y con tal fin se traslada a Nueva York, donde realiza una residencia de posgrado en el Sea View Hospital, durante seis meses, en el año de 1938. El siguiente año lo encontramos de residente en el Instituto Carla Forlanini de Roma, donde permanece siete meses, lo que complementa con una estancia de tres meses en el Hospital Läennec de la ciudad de París.

Constituida la Sociedad Mexicana de Estudios sobre Tuberculosis, de la que junto con algunos de nosotros fue miembro fundador, se convierte en presidente de la misma durante el bienio 1943-1945. Durante su gestión como presidente de la Sociedad, se realiza el Primer Congreso de Tuberculosis y Silicosis; a partir de entonces vienen sucediéndose estos congresos con toda regularidad cada dos años.

Es admitido en esta docta Academia Nacional de Medicina el año de 1945. Funge como secretario de ella de 1961 a 1963 y como presidente de la misma el año de 1965. Por cierto que durante su gestión como presidente de la corporación se inician las actividades culturales en las diversas entidades federativas del país, que aún están en vigor.

Fue miembro correspondiente extranjero de las Academias de Medicina de París, Roma y Buenos Aires. Miembro honorario de las sociedades de tisiología cubana, ecuatoriana, brasileña, chilena, argentina y española. Recibió la medalla de oro del Instituto Cario Forlanini de Roma en 1965 por la labor científica desarrollada, así como medalla de plata otorgada por la Academia de Medicina de París en 1973. Fue presidente de la Unión Internacional de la Tuberculosis a partir del año de 1973 y presidente de la Unión Latino-Americana de Sociedades contra la Tuberculosis, (ULAST). Tuvo otros muchos cargos honoríficos que no menciono para no hacer más larga esta ennumeración.

Si su actividad académica fue tan brillante, no menos relevante fue su actuación asistencial. Inicia su especialidad neumológica como médico adscrito del pabellón 26 del Hospital General, durante los años 1934-1935. Una vez inaugurado el Sanatorio de Huipulco en el año de 1936, ingresa a éste como médico adscrito y en 1941 se convierte en jefe de servicio de un pabellón de este hospital, cargo que conserva hasta noviembre de 1966, en que llega a ser el cuarto director de este nosocomio, hasta enero de 1977.

Durante su ejercicio como director logra restituir la planta física del establecimiento y además obtiene del entonces Secretario de Salubridad y Asistencia, doctor Jorge Jiménez Cantú, la

transformación del Sanatorio de Huipulco en el actual Instituto Nacional de Enfermedades Pulmonares.

Ocupó también el cargo de director del Hospital para Tuberculosos Avanzados de Tlalpan, de 1943 a 1948. Fue jefe de la Campaña Nacional de la Tuberculosis y director general del Comité de Lucha contra la Tuberculosis de 1948 a 1952. En el desempeño de este cargo fundó el laboratorio para la producción de la vacuna BCG., y la Oficina de Control Clínico de dicha vacuna, paso de gran trascendencia en la lucha contra la tuberculosis.

En cuanto a sus actividades docentes, las inicia durante los años de 1934 a 1935, como médico adscrito de clínica. En 1935 funge ya como profesor titular de clínica del aparato respiratorio, cargo que desempeñará hasta 1976. Fue profesor en jefe del curso de Especialización en Neumología Médico-Quirúrgica de la División de Estudios Superiores de la Facultad de Medicina, desde 1968; y profesor de los cursos de posgraduados que se organizan periódicamente en el Sanatorio de Huipulco, así como en los patrocinados por el Comité de Lucha contra la Tuberculosis.

Pero además de este historial, reflejo de su tesón y grandes dotes, tanto médicas como administrativas, una parte importante de su personalidad la constituyó su carácter. Persona jovial nada conflictiva, tuvo siempre ese don especial que le permitió hacer buenos amigos y excelentes relaciones.

En una convivencia de casi cincuenta años, creí conocer bien a Miguel, pero hay otra característica de su personalidad en la que nunca reparé sino hasta el final de su vida. Me refiero a su estoicismo. Conocedor en forma cabal del mal que lo aquejó al final, sabedor de que éste no tenía remedio y que su fin estaba próximo, no confía a nadie su pena, prosigue su actividad médica como director de su querido Huipulco, no interrumpe su consulta y, finalmente, cuando considera que el fin se aproxima, se retira unas semanas antes para entregar su último tributo a la tierra.

Y así, el 22 de abril de 1977 termina la brillante trayectoria del segundo doctor Miguel Jiménez en la historia de la medicina mexicana y en la de esta Academia Nacional de Medicina.

Fernando Rébora Gutiérrez

Roberto Núñez Andrade

Agradezco a la directiva de esta H. Academia Nacional de Medicina el que me haya encargado de recordar en esta sesión al doctor Roberto Núñez Andrade, quien murió el día 5 de enero de 1979 en la ciudad de México, a la edad de 73 años.

En la Escuela Nacional de Medicina, Núñez Andrade venía estudiando tres años después de mí. Hay constancias de que fue un alumno estudioso y aplicado. Yo no lo traté sino a principios de los treintas, cuando asistíamos en forma voluntaria al Servicio de Dermatología, Pabellón 10 del Hospital General, a cargo del doctor Salvador González Herrejón. En aquellos tiempo tranquilos, la dermatología casi no llamaba la atención.

Roberto Núñez Andrade nació en Huejutla, Hidalgo, el 7 de junio de 1905. Sus padres fueron Francisco Núñez y Eva Andrade. Hizo sus primeros estudios en Huejutla y después en México. Los continuó en la Escuela Nacional Preparatoria, y después en la Escuela Nacional de Medicina, de 1924 a 1929. Se graduó como Médico Cirujano el 17 de junio de 1930.

Cuando en enero de 1930, González Ureña fundó el Servicio Federal de Profilaxis de la Lepra, en el entonces Departamento de Salubridad Pública, Núñez Andrade ingresó en esa oficina aun antes de ser médico. En ese mismo año y en los dos siguientes fue delegado de Salubridad en Quintana Roo, Tamaulipas y Morelos. En 1933 fue inspector del Servicio Federal de Profilaxis de la Lepra y visitó los municipios del estado de Guanajuato.

En 1937, por examen de oposición obtuvo la Jefatura del Servicio de Lepra en el Hospital General, a fines de 1939 fue nombrado director de la Leprosería «Doctor Pedro López», cargo en el cual perteneció hasta abril de 1942 cuando pasó a ser dermatólogo del Dispensario Anticanceroso y un año después, jefe del Servicio de Dermatología y Sifilología del Hospital Infantil de México. Cuando en 1950 desaparecieron los casos de sífilis prenatal, fue trasladado a la consulta externa donde estuvo hasta 1969. Fue también jefe de la consulta externa dermatológica del Hospital Juárez durante 20 años, a partir de 1947.

En 1936, Núñez Andrade y yo fuimos los iniciadores de la idea sobre la necesidad de constituir una Sociedad de Dermatología en México y el 2 de septiembre de ese año él fue uno de los 22 que firmamos el acta respectiva como fundadores de la Sociedad Mexicana de Dermatología. En 1940, el fue el quinto presidente de nuestra sociedad. Aun cuando en los últimos tiempos se mantuvo alejado de todas las sociedades médicas, en la sesión del 1º de febrero del presente año lo recordamos por haber sido iniciador y fundador de la Sociedad Mexicana de Dermatología. En 1952 participó también en la formación de la Academia Mexicana de Dermatología.

A esta Academia Nacional de Medicina ingresó el 7 de abril de 1947 y pasó a ser miembro titular el 7 de junio de 1967. Aquí se caracterizó principalmente por su asidua asistencia a las sesiones, lo cual es conocido por todos.

En lo que se refiere a su participación en la enseñanza fue profesor titular de Dermatología en la Facultad de Medicina durante veinticinco años (1941-1966) e igualmente profesor de Dermatología en la Escuela Superior de Medicina del Instituto Politécnico Nacional, desde 1940 hasta el final de su vida.

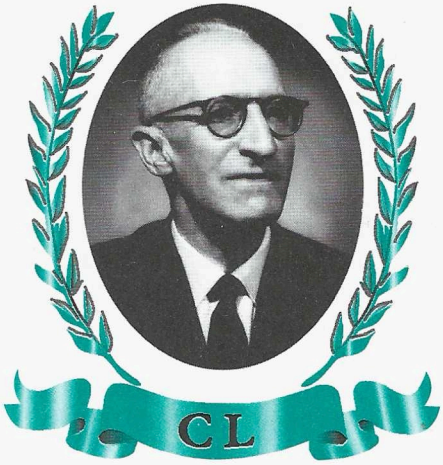
Publicó más de ciento cincuenta trabajos científicos en revistas médicas nacionales y extranjeras, especialmente sobre temas de dermatología y leprología y manifestó una particular dedicación a las dermatozzonosis y a las genodermatosis. Algunas de sus publicaciones sobre estos temas fueron contribuciones originales.

Uno de sus trabajos más conocidos, hecho con la colaboración de la parasitóloga Anita Hoffmann, es el referente a una trombidiasis no descrita anteriormente y a la cual denominó «dermatitis moluscoide» y su agente causal recibió el nombre de *Euschoengastia nuñezi-hoffmann* (1944).

Describió igualmente otras nuevas genodermatosis cuyos datos no cabrían en esta breve nota. Colaboró escribiendo varios capítulos en diferentes libros, especialmente en la Dermatología clínica de José Luis Cortés (1970). Asistió a muchos congresos internacionales, como los de Dermatología en Londres (1952), Estocolmo (1957) y Leprología en La Habana, (1948), Madrid (1953) y Tokio (1958).

Vivió más bien apartado, y trabajó casi siempre solo. Sin embargo, su vida profesional y su obra no deben ser desconocidas por las generaciones que nos han de sustituir. Su esposa fue Teresa Vernis Espinosa. Le sobreviven sus hijas Bertha Núñez Vernis y Teresa Núñez de Mantecón, a quienes reiteramos nuestras sentidas condolencias.

Fernando Latapí Contreras



Ángel G. de Quevedo y Mendizábal

Agradezco a la mesa directiva de la Academia Nacional de Medicina el honor que se me otorgó al darme la oportunidad de recordar aspectos de la vida del señor doctor Ángel Quevedo y Mendizábal.

Deseo inicialmente decir que mi formación y actividad urológicas, desde el año de 1946, tomaron contacto y paralelismo con la actividad en esa especialidad, dentro del Hospital General, de varios maestros, entre los cuales ya descollaba el maestro Ángel Quevedo por sus amplios y ya sólidos conocimientos de la materia urológica; que mientras los demás integrantes de aquel grupo urológico se preocupaban fundamentalmente por los aspectos artesanales y pragmáticos, el maestro Quevedo ya tentaba el vado y profundizaba, codicioso de saber, en aquello que, según Gregario Marañón, le adjudica a nuestro quehacer esa parte de lo científico que tiene la medicina: los conocimientos básicos en que esta se apoya. Creo que puede afirmarse que quien se asoma a la profunda sima de los aspectos básicos, primarios, de cualquier especialidad médica, puede sufrir, si no se aparta a tiempo, el vértigo y la caída consecuentes en una hondonada sin fin. El conocimiento minucioso de un territorio restringido, como tan breve y elegantemente ha sido definida una especialidad, si se pretende cumplir formalmente, implica el peligro de caer, subyugado, deslumbrado, ante el imponente espectáculo que ahora, y desde que tenemos formas de atisbar con verdadera minuciosidad, se nos ofrece como una tentación.

Los especialistas comunes y corrientes preferimos entrever, asomarnos con timidez, trasver apenas y tomar sólo aquello que ya puede justificar nuestro quehacer.

Pues bien, el maestro Ángel Quevedo llegó a quedar ubicado, dentro de lo que se conoce como la verdadera sabiduría; por un lado, como en la discusión de Sócrates con Cricias, inmerso en la ciencia de todas las ignorancias; es decir, sabio tanto porque sabe lo que sabe, como porque sabe lo que ignora y además, y esto producía en los que tratábamos con él un cierto desasosiego, porque era capaz de examinar a los demás acerca de lo que sabían realmente; de lo que creían saber y lo que ignoraban.

También estaba tocado por la sabiduría, dada su prudencia y su mansedumbre cristiana.

Don Ángel Quevedo fue un erudito solitario y un religioso del fervor ajeno; un hombre para el cual la búsqueda insaciable de la información en las diversas áreas de la especialidad urológica no parecía agotarse después de los ochenta años de edad. Alguna vez, últimamente, al tocar el tema de la enorme marea bibliográfica que nos inunda, y dado su permanente, diario escrutar en las innumerables revistas y libros que durante tantos años había revisado, me manifestó su amplio conocimiento acerca de ese trapicheo bibliográfico en que la repetición es la norma: «Nada es nuevo bajo el sol, salvo lo que se ha olvidado», y en el que el despojo de paternidades de técnicas, descubrimientos e ideas es constante.

Creo que allí también se nutría su extrema humildad, de la que a veces se abusaba, y para quienes le pedíamos colaboraciones en actividades fuera de la Unidad de Urología, su negativa persistente en participar, cerrado en sí mismo.

De allí también, su ausencia de vanidad, esa hija legitima y necesaria de la ignorancia.

El doctor Quevedo nació en México, D. F., el 2 de octubre de 1899; realizó sus primeros estudios en el Instituto Científico de México y en el Colegio Francés. Sus estudios profesionales los realizó en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, en la cual se recibió como Médico en 1923, después de realizar su internado, como practicante numerario, en el Hospital Juárez.

Ya médico, y comisionado por la Universidad Nacional para estudiar la organización de las clínicas europeas de urología, tomó cursos de endoscopía en el Hospital Necker de París, en el servicio que cobijaba entonces las tareas geniales de Joaquín

Albarrán y de Guyón. Dominaba, sobre todo en su lectura, el idioma francés, el inglés y el alemán.

Después de su viaje posrrecepcional y de sus labores como médico en varias ciudades del Estado de Veracruz, redujo todas sus actividades a nuestro país y prácticamente al Hospital General, donde sus inquietudes de conocimientos le llevaron a prestar sus servicios en los Pabellones de ortopedia, ginecología, neurocirugía, infectología, cirugía pediátrica, medicina interna, obstetricia, gastroenterología, cancerología, cirugía general y anatomía patológica, en donde estableció fuertes vínculos docentes con nuestro recordado maestro Isaac Costero. Siendo adjunto por oposición, en el año de 1952 solicitó y obtuvo su adscripción en esa categoría, al entonces Pabellón 5 bajo la jefatura de Aquilino Villanueva; en 1956 y también por oposición, accedió al puesto de jefe de servicio, jerarquía que ocupó hasta cumplir los sesenta y cinco años. Desde entonces y hasta su muerte, hecho que ahora nos congrega en este lugar, fue consultor técnico y nunca dejó de colaborar en las actividades de la ahora Unidad de Urología, ya fuese en la docencia de pregraduados como en la de posgraduados para nuestros residentes, o bien aportando sus amplísimos conocimientos e información siempre al día, en nuestras sesiones anatomoclínicas.

Desde 1946, también sin interrupción, fungió como médico consultor en urología del Hospital de Enfermedades de la Nutrición, la otra institución entrañable con la que compartió sus afectos y afanes.

Ingresó a esta Academia Nacional de Medicina en el año de 1947; su trabajo de aceptación versó sobre «Variaciones en la distribución y número de los vasos del riñón. Estudio de disección y corrosión de los riñones», que fue comentado oficialmente por el doctor Gabriel M. Malda. Los treinta riñones estupendamente tratados por corrosión, que revelan la riquísima vascularización de estos órganos, fueron exhibidos con motivo de la exposición científica de las Primeras Jornadas Médicas de la Academia Nacional de Medicina, en el año de 1956.

Sus colaboraciones en revistas mexicanas y extranjeras fueron ciertamente escasas, pero muy escrupulosamente elaboradas y por ello muy estimadas.

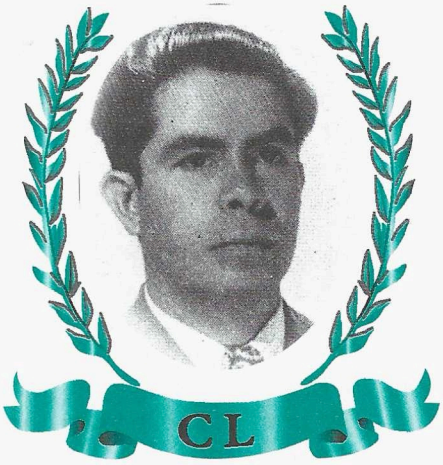
Hace unos meses apenas, el maestro Quevedo me obsequió una novela que él encomió de manera muy especial. Su lectura me reveló un ángulo para mi desconocido, aunque supuesto, del maestro Quevedo: una sensibilidad abierta para los hilos más

finos del sentimiento; una bondad en el alma detrás de eso y una autodefinición que le hará identificarse con el personaje principal de esa patética obra literaria: un hombre que al cultivar su jardín por toda una vida, sin salir de él y casi como única actividad, aislado del mundo circundante, se mantiene con una inusitada limpieza e inocencia espiritual, «persona sin vueltas», dice el autor, lo cual redondea su personalidad, para muchos escondida.

Para terminar y refiriéndome estrictamente a lo que fue mi conocimiento personal del maestro Ángel Quevedo y Mendizábal, creo que este hombre, este urólogo erudito, podría quedar encuadrado en lo que alguna vez afirmó San Isidoro de Sevilla, ese santo enciclopédico y medieval: «Nada es peor que la necedad, nada más bajo que la fatuidad, nada más torpe que la ignorancia»; y como contrapartida, «Nada es mejor que la sabiduría, nada es más dulce que la prudencia y nada es más auténtico que el conocimiento verdadero».

Descanse en paz el maestro Ángel Quevedo y Mendizábal, que transitó por esta vida llevando a cuestas estas insólitas virtudes.

Jaime Woolrich



Everardo Ramírez López

El día 27 de marzo de 1964 falleció en la ciudad de México el doctor Everardo Ramírez López. Por coincidencia desafortunada el deceso ocurrió un viernes de Semana Santa y su sepelio estuvo poco concurrido; sin embargo, Everardo Ramírez López tuvo, si no multitud de amigos, sí una gran cantidad de personas que le profesaban sincera y profunda estimación. Efectivamente, Ramírez López entregó con cierta reserva la amistad íntima, a unos cuantos de sus viejos compañeros, pero otorgó con liberalidad la benevolencia, la sonrisa y el respeto a cuantos le conocieron. Por naturaleza sencillo, espontáneo y desenfadado, establecía una fácil relación con sus semejantes y hacía nacer en ellos, casi de inmediato, un sentimiento inevitable de simpatía que podía llegar fácilmente al afecto aun cuando no existiera sino en raras ocasiones, la comunicación profunda en que se develan confidencias y secretos.

Nacido en Cárdenas, San Luis Potosí, en 1906, realizó ahí sus estudios primarios y secundarios, pasando más tarde al Instituto Científico de la capital del Estado para cursar la preparatoria. En 1927 se trasladó a México para inscribirse en la Escuela Nacional de Medicina, donde Recibió el título de Médico Cirujano en 1933. Desde 1931, siendo alumno del curso de terapéutica quirúrgica, entró de practicante al Hospital Juárez como jefe de un grupo de treinta jóvenes escogidos por el doctor Castro Villagrana. Su vocación era ya francamente la cirugía, especialidad a la que dedicó todos sus empeños el resto de su vida. Esta voca-

ción a la cirugía no fue obviamente un producto del vis-a-tergo o de la emulación fácil de sus compañeros; ni siquiera del proselitismo de algún maestro admirado. Fue una elección consciente, deliberada y meditada por creer que en ese campo podría él ejercer plenamente las cualidades de su carácter que creía más valiosas. Su entrega a la cirugía fue sincera y total.

El 1º de enero de 1934 fue nombrado Cirujano del Hospital Juárez, desde entonces hasta su muerte perteneció a ese Hospital. Su carrera hospitalaria lo hizo ascender desde el puesto de interno al de Jefe de Servicio y más tarde al de Consultor Técnico. En la sala 19, de Cirugía General, trabajó al lado de José Torres Torija y aprendió de él no nada más la técnica y las bases de la cirugía, sino la bondad, la caballerosidad y el sentido humano que en forma proverbial poseía Torres Torija; pudo continuar así, después de la muerte de éste, haciendo de la sala 19 un refugio de generosidad y comprensión para que los estudiantes de medicina descubrieran que el cirujano no posee forzosamente un temperamento agresivo, sino que la cirugía puede y debe ejercer con un agudo espíritu observador, con razonamiento clínico metódico y exigente, con prudencia en las determinaciones terapéuticas y con segura destreza en la técnica, sin necesitar los virtuosismos de la rapidez o la exuberancia temperamental tan común en los cirujanos de aquella época.

Muy pronto después de recibido, empezó su carrera docente en la Facultad. Desde 1934 y hasta 1937, actuó como ayudante en la clínica propedéutica y en el segundo curso de clínica quirúrgica que impartía Gustavo Baz. En 1937 fue nombrado jefe de la enseñanza de la clínica propedéutica quirúrgica en el Hospital Juárez; más tarde dio disecciones de anatomía descriptiva y en 1940 fue nombrado profesor titular de técnica quirúrgica en cadáver. En esta clase, así como en la del segundo curso de clínica quirúrgica que empezó a impartir desde 1947, duró hasta 1963. Nunca fue un profesor brillante de esos que embelesan a los alumnos con palabras de un gusto dudoso. De hecho, nunca tuvo fluidez para expresarse en público, pero en clase la consistencia de sus conocimientos lo hacía ser elocuente y estimado por todos los estudiantes. Los alumnos descubrían en él al hombre que les dispensa respeto y comprensión, que no escatima sus conocimientos, que está al tanto de todo lo nuevo pero no hace gala de ello, que se preocupa, en fin, no nada más por su propio adelanto, sino por la superación de los que vienen atrás.

Ramírez López fue un convencido de las reuniones médicas y de las sociedades profesionales; no por buscar notoriedad ni por la vanidad de engrosar un curriculum, sino por la ferviente creencia en que de esas reuniones puede salir una mejor enseñanza de la medicina y una elevación del nivel médico en todos los medios. Esta convicción derivaba tal vez de haber sido miembro fundador de la Academia Internacional para el Perfeccionamiento Médico, en Berlín, siendo todavía muy joven, el año de 1937. Perteneció a varias sociedades, no a muchas, pero en todas ellas trabajó sin buscar nunca lucimiento personal sino tan solo el logro íntegro y sano de los postulados mismos de la corporación. Fue principalmente en el Colegio Americano de Cirujanos en donde su esfuerzo y dedicación tuvieron más éxito. A su entusiasmo se debe sin duda la vida próspera de que goza el Capítulo Mexicano en la actualidad, del que fue presidente.

Un último aspecto de su personalidad que es digno de comentarse en este momento, es la forma como supo afrontar la enfermedad y la muerte. Se sabía diabético casi desde que se recibió de médico, hipertenso y con una complicación renal desde hacía varios años; sin embargo, ni sus amigos íntimos lo oyeron nunca comentar de sus enfermedades, dolerse de su limitación o quejarse del destino. Como muy pocos enfermos crónicos, se dio el lujo de la aquiescencia. Al aceptar sus males, los dominaba en parte. Vio sin tristeza y sin remordimientos acercarse su fin. Por una infección trivial contraída durante las vacaciones de diciembre en Acapulco, desarrolló una insuficiencia renal acentuada. Los especialistas consultados le informaron del pronóstico fatal en corto plazo, de dos a tres meses. Ramírez López continuó en cuanto pudo haciendo su vida normal; inauguró así, un mes antes de morir, la última reunión mexicana-norteamericana del Colegio Americano de Cirujanos, tomó parte en las discusiones y ayudó al mayor éxito de la reunión. Una semana antes de la muerte tenía todavía la sonrisa constante en los labios y aceptaba con superioridad los fenómenos inevitables.

Fue Ramírez López un hombre bueno; nunca le oyó nadie expresarse en forma malévola de sus compañeros; nunca tuvo nadie que resentir una traición.

Será recordado siempre por todos los que le conocieron como un hombre tolerante, comprensivo y que supo tomar ante la enfermedad y la muerte, la más racional y valiente de las actitudes.

Manuel Quijano Narezo

Ricardo Tapia Acuña

La otorrinolaringología mexicana está apesadumbrada y de luto. Uno de sus más preclaros exponentes durante casi 60 años ha fallecido (2 de abril de 1994).

El decir ante ustedes y su familia el *In Memoriam* es un deber, aunque triste, pero necesario pues honrar y recordar a sus miembros distinguidos es una tradición de la Academia que a su vez como dijera José Martí, la honra.

Hacer la remembranza de Don Ricardo Tapia Acuña querido amigo y grande maestro es un excepcional oportunidad. No siempre se puede ensalzar al que sólo merece elogios y menos ante un público tan selecto. Lamentable es que sea después de una vida tan plena y fructífera.

Nació, vivió y murió como un consentido de la Medicina. En 1947, a los 38 años de edad ingresó a la Academia Nacional de Medicina, 35 años después que su padre y 28 antes que su hijo, el cual fue aceptado en un sitial de bioquímica. Los tres tienen el mismo nombre. Encomiable ejemplo generacional.

Parafraseando a Octavio Paz al referirme al doctor Ricardo Tapia Acuña me tocó «ser el trueno que pregona tardíamente los hechos del relámpago».

60 años después ante esta Academia Nacional de Medicina debo resaltar hechos notables del que fuera uno de sus miembros honorarios, titular y de pertenecer a ella por casi medio siglo. Evidenciar las virtudes y hechos del maestro, por ser conocidos de todos es casi redundante pero grato.

El doctor Ricardo Tapia Acuña vivió intensamente su profesión como su vida familiar cada momento, gozando cada vez de un fragmento de la eternidad.

Decía Carlyle que la historia de la humanidad podría integrarse con las biografías de sus hombres más notables y con un enfoque diferente, Ortega y Gasset afirmaba que el hombre no era ajeno a sus circunstancias.

Tapia Acuña podría ser paradigmático para la biografía de un gran otorrinolaringólogo y al mismo tiempo servirnos para conocer el entorno en el cual desarrolló su trabajo. Haré en lo posible ambas cosas a la vez, la brevedad del tiempo me obliga solamente a destacar los hechos importantes de los que en su momento histórico fue motor y actor destacado. Serán casi enunciativos.

Simultáneamente accedió al diploma de Médico Cirujano y el de Campeón Nacional de Tenis. Ambas actividades llenaron su vida durante los primeros años de su ejercicio profesional. Compartió estos años con la compañera de toda su vida, Doña Beatriz Ibargüengoytia, mujer ejemplar como esposa y madre.

En el aspecto deportivo fue Campeón Nacional diez años consecutivos y en el torneo de la Copa Davis en el año de 1932 fue finalista en Nueva Orleans donde perdió el quinto set por una diferencia mínima.

En el campo de la medicina iban aparejados a sus éxitos deportivos los gratificantes reconocimientos médicos. Fue aceptado en el Hospital General desde el sexto año de su carrera. Trabajó con el doctor Darío Fernández, y después en el Pabellón de Otorrinolaringología con el doctor Andrade Pradillo.

Los miembros que integraron su jurado para el examen profesional después fueron no solamente sus compañeros de trabajo sino sus grandes amigos. Destacan de ello el doctor Jesús Arroyo, Aquilino Villanueva y Ricardo Cicero figuras de sus respectivas especialidades y todos maestros de la especialidad de la Escuela de Medicina. Son innúmeros sus amigos del pasado y del presente en la Medicina Mexicana y en particular en esta Academia.

En 1933 realizó la primera intubación anestésica para una cirugía en México y años antes inició la broncoscopia directa. Poco después vino la sutura de pilares en la amigdalectomía y en su línea creativa propuso una traqueostomía de urgencia, la cual se realiza ahora en todo el mundo.

Su espíritu inquisitivo no solamente consistió en observar y reunir gran número de pacientes con un problema peculiar.

En el caso de fibroma juvenil naseofaríngeo es ciertamente él quien posee la mayor casuística publicada, pero su aportación no es numeral, en ella describe varias técnicas quirúrgicas para la solución, dependiendo de las características del paciente y del tumor. No fue ajeno al progreso. Estuvo al tanto con la modernidad. La embolización selectiva la ejecutó con precisión.

Trabajó intensamente en el estudio y tratamiento quirúrgico y médico del escleroma respiratorio. Su espectro terapéutico fue de la radioterapia a los actuales esquemas con antibióticos. Muchos otros temas fueron motivo de su análisis y estudio.

Para sintetizar sus publicaciones en el campo de la Otorrinolaringología, rebasan las setenta en la bibliografía nacional e internacional.

Su actividad societaria fue ingente. Fue miembro de la mesa directiva de la Vieja Sociedad de Oftalmología y Otorrinolaringología. En 1946 fundó la Sociedad Mexicana de Otorrinolaringología (ORL), y fue miembro fundador de un buen número de Sociedades médicas afines.

En el campo internacional fue promotor y fundador de la Sociedad Panamericana de la ORL y Broncocefalografía y de la Latinoamericana de ORL.

Fue miembro correspondiente a una gran cantidad de Sociedades Latinoamericanas de la Especialidad y en muchas otras fue miembro honorario. Es importante destacar que fue el primer mexicano aceptado en el *Collegium Oto-Rino-Laringologicum, Amicitiae Sacrum* desde 1948 del cual también llegó a ser miembro honorario junto con otro mexicano, el doctor Andrés Bustamante Gurría.

Su actividad como profesor fue polifacética. Creó gran escuela en la que dio cursos en el extranjero y trajo extranjeros a dar cursos en México. No sólo actualizó a los mexicanos sino también llevó al extranjero los avances de la medicina mexicana; lo mismo en Estados Unidos que en la Vieja Europa. En Alemania, por ejemplo, expuso ampliamente sus técnicas quirúrgicas personales para la laringectomía. Realizó demostraciones sobre diferentes tópicos en los Estados Unidos y en muchos países de América.

Su base de operaciones fue el Pabellón de ORL del Hospital General, del que por oposición ocupó todas las posiciones desde adscrito hasta Jefe de Unidad y finalmente Consultor.

Su paso en el Pabellón de ORL dejó su impronta pues lo remodeló y modernizó cuando fue Director el doctor Clemente Robles.

Por descontado se da que fue un profesor distinguido, estimado y reconocido en el Continente. En la UNAM fue Profesor de pre y posgrado de Otorrinolaringología, miembro honorario junto con otro mexicano, el doctor Andrés Bustamante Gurría.

Como organizador demostró grandes dotes, pues además de su actividad nacional fue Presidente del 40. Congreso Panamericano de ORL y Broncoencefalografía. Fue honrado con posiciones honoríficas en gran número de congresos de ORL, en distintas partes de América y Europa.

Fundó la Revista de la Sociedad Mexicana de ORL, «Los Anales», la cual perdura a la fecha después de 46 años. Fue en dos ocasiones y por largo tiempo su Director. Fue editor de la Revista de Cirugía y Cirujanos, Director de la Revista Panamericana de ORL y Broncoencefalografía, etcétera.

El doctor Tapia con el estandarte de la ORL Mexicana fue un incansable viajero nacional e internacional. Sus alumnos, con una sólida preparación, cubrieron el territorio Nacional y casi todos los países de Centro y Sudamérica. Mencionar a unos pocos significaría en cierto modo ignorar a los demás. Baste decir que ellos ocupan lugares destacados en el quehacer Otorrinolaringológico Nacional y de muchos otros países.

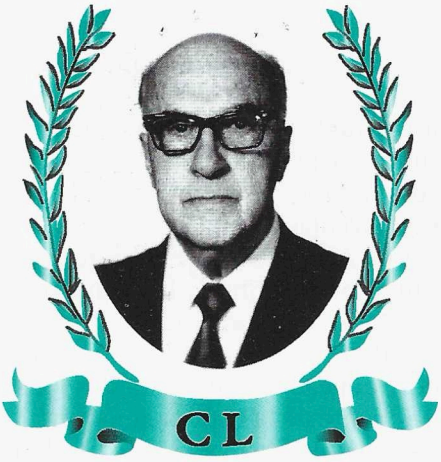
Casi para contradecir a Carlos Fuentes quien afirmaba que en México sólo se homenajea a los muertos, en vida el doctor Ney Chavolla le organizó, con muchos de sus alumnos, un sentido homenaje en el que puso de manifiesto su condición de hombre universal, maestro, médico, deportista y padre excepcional.

El doctor Tapia Acuña en su vida familiar fue ejemplo de rectitud y honradez. Tuvo la satisfacción que le dieron cinco hijos, los cuales, todos, han contibuído en diferentes campos del conocimiento a un México mejor.

Puedo afirmar que en él no hacían mella los fracasos, así era de firme su carácter. Se mantenía porfiado e insistente con una enorme confianza y fe en lograr lo que quería. Su rectitud era inquebrantable.

Podría sintetizar citando a Pitágoras que en su larga vida tuvo oportunidad de una bella y feliz ancianidad, justificada recompensa de una fructífera vida.

Francisco Hernández Orozco



Luis Farrill Solares

El 10 de marzo de 1992, dejó de existir el distinguido académico Luis Farrill Solares, es para mi un honor dirigir a ustedes unas cuantas palabras para tan insigne maestro.

El doctor Farrill nació en esta ciudad de México en 1903, siendo sus padres la Señora Manuela Solares de Farill y Jaime Farill Vicent, quienes siempre lo orientaron hacia la mejor preparación académica, de tal modo que en 1927 obtuvo brillantemente su título de Cirujano Dentista, en la entonces Escuela Nacional de Odontología.

De 1928 a 1938 fue profesor de Bacteriología, Materia Médica, Propedéutica, Farmacología, Histología, Exodoncia y Deontología, con tal dedicación que en 1938 fue nombrado, por sus méritos, Director de la Escuela Nacional de Odontología, a la que dio entonces un auge académico sin precedentes.

En 1961, fue nombrado profesor extraordinario de la UNAM, honor conferido por primera vez a un Cirujano Dentista.

Desde 1929, simultáneamente a su carrera docente y a su práctica privada, se dedicó con pasión a la actividad hospitalaria, donde fue jefe de los servicios dentales de las siguientes instituciones: Hospital Juárez, Casa Amiga de la Obrera, Hospital General y finalmente, de 1943-1964, del Instituto Nacional de Cardiología.

Esos 35 años de experiencia hospitalaria explican el número considerable de conferencias que impartió en gran parte de nuestro país, Estados Unidos y en Centro y Sudamérica, mismas

que cristalizaron en gran cantidad de publicaciones en revistas nacionales y extranjeras.

No conforme con tanta actividad académica, el Maestro Farrill, hombre polémico, de gran vocación social y organizadora, fue Director Fundador, en 1951, de la revista de la Asociación Dental Mexicana, aún en circulación y de la revista «Estomatología», órgano oficial de La Academia Nacional de EstomatoIogía. Así mismo fue, en 1956 presidente de la Comisión Editorial de La Gaceta Médica de México, órgano oficial de esta Corporación.

Su gran capacidad le permitió desempeñar siempre cargos muy importantes, delicados y de gran responsabilidad, como fueron los de presidente de la Federación Dental Mexicana, presidente de la Asociación Mexicana de Ortodoncia, presidente Fundador de la Asociación Dental Mexicana y presidente de la Academia Nacional de EstomatoIogía.

En 1948 recibió el honroso nombramiento de Miembro Numerario de esta nuestra Academia Nacional de Medicina. En 1960 obtuvo el de Miembro Titular y en 1968-1970 fungió como presidente del departamento de Cirugía de esta Academia.

Además de su membresía de la Asociación Dental Mexicana, fue miembro activo, honorario o vitalicio de múltiples asociaciones entre las que destacan la Mexicana de Ortodoncia y la del Instituto Nacional de Cardiología, la Federación Dental lnternacional, las Academias Nacionales de Medicina y Estomatología; en el extranjero, las de la *American DentaI Association*, *International Academy of Medicine and Dentistry*, San Francisco *Medical Dental Study Club*, Sociedad Odontológica Cubana, Peruana, etcétera.

En la Estomatología, al Maestro Farrill se le recuerda no nada más como al profesional culto, recto, honrado y afable, sino también como uno de los grandes pilares de este siglo, que inició y promovió de forma continua la integración de la estomatología en el ámbito médico en el lugar que le corresponde, alentó la creación de asociaciones gremiales en las que sus miembros iniciaron y fortalecieron su vida profesional, científica, social y política, de la cual ahora nosotros disfrutamos.

¿Y qué puedo decir de su familia? Su ejemplo cundió en terreno fértil. No sólo formó hijos buenos, humanos y conscientes, sino profesionales brillantes con las grandes cualidades de su padre. De manera personal, siempre lo consideré no sólo un maestro, sino un guía profesional cuyas obras impregnaron mi labor, siendo un ejemplo a seguir que dejó su huella indeleble de lo que debe ser, en nuestra Academia, un digno miembro. Descanse en paz.

Javier Sánchez Torres

Federico Gómez Santos

En la Academia Nacional de Medicina es costumbre centenaria pronunciar el *In Memoriam* de los socios fallecidos. La tradición ha establecido una galería con los retratos de los expresidentes al término de su vida. Esta Casa ha mantenido con estas muestras de consideración y respeto, una expresión del aprecio por la persona y la labor del miembro desaparecido a la vida de nuestra Corporación.

Hasta aquí todo pudiera ser lo habitual; se distingue con un acto académico-social el tránsito de los miembros que han presidido los destinos de la Academia. En esta ocasión, sin embargo, hay algo más. Federico Gómez fue durante diez años de su membresía académica, un miembro honorario, categoría que de acuerdo con el Estatuto, se confiere: [...] «a los miembros distinguidos de la Corporación que le hayan prestado grandes servicios y a profesores o investigadores de muy elevada reputación científica» [...] y que en palabras de Somolinos d' Ardois constituyen: [...] «selectísimo grupo de académicos elegidos entre quienes más han sobresalido dentro de la medicina, sin reparar en su nacionalidad o lugar de residencia»[...]

¿Cuáles fueron esos servicios que en grado eminente el Maestro prestó a la Academia Nacional de Medicina y en qué se fundó su elevada reputación científica?

El artículo primero de nuestro Estatuto señala: «La Academia Nacional de Medicina es una corporación científica, [...] consagrada a promover el estudio, la enseñanza y la investigación en el

campo de la medicina, cuyos adelantos recoge, analiza, y difunde con el fin de actualizar conocimientos y orientar criterios, tanto de los profesionales de la salud como del público en general»[...] Atendiendo a tales señalamientos, Federico Gómez dedicó cincuenta y seis años de su vida profesional al cultivo de los ideales académicos. Sin conocerlos formalmente primero y después como académico numerario en 1948, titular en 1966 y honorario desde 1971, hizo con su vida la realidad de algo tan formal como la descripción de la Academia Nacional de Medicina.

El maestro fue un estudioso de la pediatría, a la que concebía como la rama de la medicina que «conoce y entiende de los problemas y padecimientos que sufre el ser humano desde recién nacido hasta que termina la adolescencia».

Supo distinguir con gran clarividencia que en su tiempo, la corriente del progreso médico había cambiado de Europa a los Estados Unidos de Norteamérica, adonde se dirigió para realizar sus estudios de posgrado y mantuvo desde entonces (1927) contacto permanente con la Escuela Americana de Pediatría. En la década de los cincuenta era uno de los diez pediatras extranjeros miembros honorarios de la *American Pediatric Society*. No fue un erudito; su sentido común y gran capacidad creadora no le permitieron ejercicios barrocos. Siempre vio a la pediatría desde una atalaya accesible a unos cuantos; distinguió siempre y con gran rapidez lo esencial de lo trivial. La resultante es que nunca daba tiempo para fruslerías y probablemente eso haya contribuido, junto con su personalidad de gran señor, a que se le considerara frío y alejado de los problemas cotidianos.

Percibió que el progreso de la pediatría iría aunado al desarrollo de las especialidades o subespecialidades e impulsó la formación de nutriólogos, nefrólogos, patólogos, alergólogos, hematólogos, endocrinólogos, neurólogos y neurocirujanos, cirujanos cardiovasculares, ortopedistas, infectólogos, entre muchos otros. Su actitud fue siempre generosa; en grado pocas veces visto en México, dio las oportunidades de trabajo en una institución hospitalaria *ad hoc*, brindó becas de estudio con tiempos generosos de entrenamiento, ofreció recursos de trabajo y pidió siempre en reciprocidad una dedicación profesional en todo el personal de base, primero en el Hospital Infantil de México y después en el Hospital de Pediatría del Centro Médico Nacional del Instituto Mexicano del Seguro Social.

Si una medida de la bondad de tal proceder la constituye el desarrollo profesional de los que nos formamos o trabajamos en

las dos instituciones de las que fue director fundador, los resultados son: más de cuarenta socios de la Academia Nacional de Medicina tenemos como origen los dos hospitales de pediatría por él fundados; premios nacionales, distinciones académicas atestiguan que fue un hombre que supo formar profesionales de muy alto nivel en muy variados campos de la medicina de niños.

En la enseñanza, planteó desde 1943 las residencias hospitalarias de tiempo completo con un número de internos y un sistema de enseñanza organizado sobre un departamento especialmente dedicado al programa docente de los médicos en formación que persiste hasta la fecha y que fue adoptado posteriormente en todos los hospitales de México. El modelo de internos, subresidentes, residentes y jefes de residentes, con un departamento de enseñanza; la afiliación y aval universitario, los pruebas periódicas, el trabajo de tesis y la participación de todo el personal de base, en la formación del personal bajo entrenamiento, fueron ideas puestas en marcha en el Hospital Infantil de México desde 1943.

En materia de investigación, el Maestro fue iniciador de los laboratorios de investigación clínica en los hospitales de México, si se considera el que estuvieran vinculados, físicamente junto a un servicio clínico, con personal de tiempo completo o exclusivo y dotados de recursos propios, sin dependencia del laboratorio central de la institución.

Él creó las carreras hospitalarias, juzgando como tales las que implican tiempo o dedicación exclusiva. Apuntaba: «¿Qué ayuda al adelanto de la medicina podría dar un médico que llegaba precipitadamente al hospital con la mente puesta en otro ambiente, o preocupado por los problemas de fuera? ... «Para ellos, el adelanto de la medicina era secundario; en su estructura profesional dominaba con prioridad el deseo de manejar con soltura una ciencia aplicada, eficaz y novedosa, que ayudara a la conquista médica de la sociedad en que vivían» ... «El verdadero adelanto de la ciencia necesariamente debe ser patrimonio de la mente y espíritu de médicos que viven con una estructura diferente a la del médico de gran clientela, lleno de preocupación, de natural y explicable ambición y de impaciencia por el triunfo»...

No he conocido a directivo o funcionario que haya tenido una consideración tan exquisita por la dignidad profesional de los médicos; Consideraba un atropello la tarjeta de control de asistencia y puntualidad y en cuanto a los salarios, algunas de sus ideas fueron:... «Es indispensable abandonar nosotros mismos y

combatir en la sociedad, la falsa idea de que la profesión médica debe ser un apostolado, dando a entender con ello que es una profesión de humildad, de sacrificio, de pobreza, de modestia y de abstención. Esto no es la realidad de nuestra profesión ni podría serlo. Si ello fuera verdad, la medicina aún estaría viviendo la precaria y miserable vida oscura y anticientífica que vivió hace varios siglos. Al médico se le ha llamado apóstol por conveniencia social, porque la sociedad, las instituciones y los gobiernos lo han explotado por siglos. Ninguna profesión, disciplina, técnica o artesanía, ha sido objeto del injusto trato económico que ha sufrido el médico» ... «Para servir bien a una sociedad, para observar una ética profesional normativa de los derechos humanos, para ayudar al adelanto de la medicina, para darnos a la enseñaza y a la investigación generosamente, para proteger a los hombres contra la enfermedad y salvarlos de la muerte, necesitamos seguridad y bienestar. Pero la seguridad y el bienestar no se consiguen si los médicos estamos envueltos en la miseria económica, si nos rodea la ignorancia científica, si estamos sujetos a los vaivenes políticos, o si llevamos un gran medallón de apóstoles en el pecho, que esconda los latidos inquietos de nuestro corazón, dé sombra resignada a nuestro pensamiento y oculte nuestro estómago vacío».

Se acostumbra decir en ocasiones como ésta: ¡Descanse en paz! En el caso del Maestro no puede ser así. Sus contribuciones siguen vigentes, es como si su vida se hubiera prolongado al lapso material de su existencia. En lo conceptual, en el operar cotidiano de las instituciones por él creadas y porque a esta Corporación seguirán ingresando médicos que reconozcan en Federico Gómez, la inspiración, la escuela y la oportunidad de formación que hicieron posibles su desarrollo profesional y su proyección académica.

El Hospital Infantil de México, que desde el 7 de julio de 1980 lleva su nombre; el Hospital de Pediatría del Centro Médico Nacional; la Asociación Nacional de Pediatría; la Academia Mexicana de Pediatría; la Asociación de Investigación Pediátrica; el Boletín Médico del Hospital Infantil de México; las Jornadas Anuales de la Asociación de Médicos del HIM, la Asociación de Médicos del HIM y muchas otras de sus obras continúan operantes, progresan y en el personal que las sirve se perciben algunos rasgos distintivos de la personalidad del maestro, i.e.: profesionistas que rinden o superan la jornada contratada sin necesidad de vigilancia administrativa, que consideran un pri-

vilegio el servicio a la niñez, que buscan más la perfección que el éxito y que tienen el hábito de escribir sus experiencias en un ambiente de disciplina y sencillez en las formas.

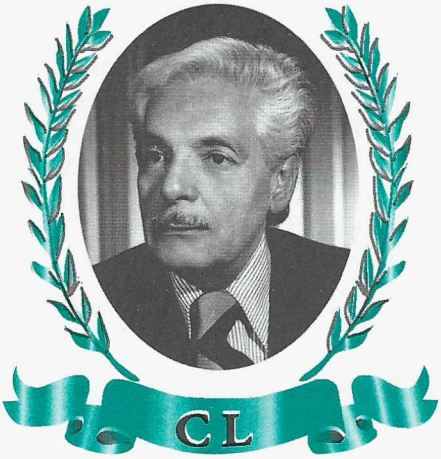
Una personalidad tan rica y vigorosa como la del Maestro Federico Gómez, su vida tan fecunda en obras trascendentes, perdurables y en frutos tan pródigos y copiosos, dentro y fuera de México, no pueden glosarse o simplemente pasar revista en un tiempo como el protocolario de esta ocasión.

Ya se han referido en otras ocasiones y oportunidades habrá para continuarlo, algunos aspectos de la vida y obras del fundador de la pediatría contemporánea de México.

Considero oportuno poner el colofón a esta participación con el final de un artículo escrito por el maestro en 1970 en la Gaceta Médica de México:

«Ahora desde un sitio lejano, miro con honda y permanente satisfacción cómo siguen luchando y adquiriendo más prestigio las instituciones pediátricas en donde tuve la suerte de trabajar con entusiasmo nunca agotado y con los hombres que hoy las dirigen. Mi mayor orgullo es conocer los éxitos de mis sucesores, de mis alumnos y de las nuevas juventudes médicas que abrazan la pediatría. Entre 1943 y 1970 han pasado veintisiete años, lapso en que se han consolidado la asistencia eficiente, la enseñanza generosa y la investigación fecunda en los problemas de la niñez de México, al través de una pediatría a la cual aún le queda mucho camino por recorrer».

Jesús Kumate Rodríguez



Antonio González Ochoa

Me es difícil hacer un homenaje a la memoria de mi amigo el doctor Antonio González Ochoa en el que pueda expresar mejor lo que de él se ha dicho, pues a pesar de su reconocida modestia y resistencia a los elogios, ya en vida, maestros como don Manuel Martínez Báez, Don Raoul Fournier, Don Mario Salazar Mallén, su dilecto alumno Luciano Domínguez y otros, han escrito semblanzas que llenan con creces y con justicia lo que pueda señalar en este breve lapso.

Siendo yo estudiante del quinto año de medicina, conocí a González Ochoa en el Servicio de Enfermedades Infecciosas del Hospital General que dirigía nuestro gran maestro el doctor Samuel Morones, desde entonces creamos una firme y estrecha amistad. El doctor González Ochoa fue una persona de educación refinada, de conversación amable, atractiva, elegante y anecdótica. Aunque ya se ha dicho en varias ocasiones, cabe recordar las famosas reuniones en su casa, donde gustaba de atender espléndidamente a sus amigos y alumnos; los que ahí asistíamos gozábamos de su exquisita cocina y bien surtida bodega. Era amante del arte, en especial de la pintura y de la buena música, su sentido estético le permitía mantener una casa que sin ostentación, la tenía bellamente decorada.

En 1943 me invitó, con la aprobación de su gran amigo el doctor José Zozaya, en aquel entonces director del Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales, a trabajar como ayudante de Investigador en el Laboratorio de Micología que brillan-

temente dirigió hasta su fallecimiento. Ahí conocí su amor por la investigación, su entusiasmo por la clínica dermatológica, su habilidad de maestro y el trato firme y cordial para sus colaboradores, empleados y alumnos. Todos le teníamos gran afecto y admiración, nos guiaba con sabiduría y compañerismo, sin querer imponer su autoridad, mucho menos sus juicios, hasta no demostrarlos como verdaderos.

Antonio González Ochoa, nació en julio de 1910 en la ciudad de Zapotlán, Jalisco, ahora Ciudad Guzmán. Sus padres fueron el doctor Don Ángel González, de quien aprendió el amor y la dedicación al servir a los enfermos; su madre Doña Elvira Ochoa, también contribuyó a formar en él al hombre educado, bondadoso y honesto.

Los estudios primarios, los hizo en el Seminario de su ciudad natal; ahí estudió latín y elementos de teología. Pasó luego a la Universidad de Guadalajara donde cursó la preparatoria e inició su carrera de medicina, que terminó en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México. Obtuvo el título de Médico Cirujano en el año de 1937. Poco tiempo después se graduó de Médico Colonial en la Universidad de París. En esa época, asistió a los servicios de dermatología del Hospital de St. Louis, al de parasitología del eminente profesor Brumpt y al de Micología del no menos famoso profesor Langeron. De ahí pasó al *Schiffs und Tropen Institut* de Hamburgo, en aquel entonces uno de los centros de mayor prestigio en medicina tropical.

Ya siendo jefe del laboratorio de micología del instituto, fue invitado al Centro de Micología del *National Institute of Health*, y al Departamento de Micología de la Universidad de Duke, donde permaneció alrededor de un año.

Entre las numerosas distinciones recibidas, cabe mencionar: Medalla de oro «Liceaga» que le otorgó la SSA por contribuciones en salud pública; Invitación que por seis meses le hiciera el Departamento de Estado, de los Estados Unidos, como huésped especial en un viaje de intercambio cultural; Beca otorgada por la Organización Mundial de la Salud para visitar los centros micológicos y dermatológicos de los Estados Unidos, en 1944; Miembro del cuerpo editorial de las revistas «Medicina Cutánea» del «*International Journal of Dermatology*» y de la alemana, «Mykosen»; Medalla «Rhoda Benham» de la Sociedad de Micología Médica de las Américas; Premio Nacional de Ciencias en el año de 1972; Medalla y diploma de universitario sobresaliente otorgada por la UNAM en 1982; Profesor de dermatología

y micología de la UNAM y del Instituto Politécnico Nacional. Fue miembro titular de la Academia Nacional de Medicina y fundador de la Academia de Dermatología.

Miembro honorario de más de diez sociedades extranjeras de dermatología y micología.

Autor de ciento noventa y siete artículos originales en revistas nacionales y extranjeras, así como numerosos capítulos sobre dermatología y micología en libros editados en español y en inglés.

En el Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales al que le dio prestigio internacional, trabajó al lado de grandes investigadores como Martínez Báez, Zozaya, Varela, Luis Vargas, Mazotti, Colorado Iris León y otros, en la época más brillante y fructífera del instituto.

González Ochoa formó un catálogo completo de las micosis prevalentes en el país, que incluye prácticamente todos los padecimientos por hongos descritos en la literatura. Identificó los principales agentes en nuestro medio de tiña del cuero cabelludo, de la piel lampiña y de las uñas y señaló la existencia de la tiña imbricada. Dio a conocer que el micetoma más frecuente en México es el actinomicético; indicó la importancia de la esporotricosis y elaboró un antígeno para su diagnóstico que fue aceptado mundialmente. Investigó la distribución de la histoplasmosis, de la coccidioidomicosis y de la paracoccidiidiomicosis en nuestro país. Participó en la evaluación terapéutica de numerosos productos contra las enfermedades por hongos y la lepra.

Para concluir debo resaltar que con la muerte del doctor Antonio González Ochoa, la Academia perdió a uno de sus más ilustres miembros. Los estudiantes a un gran maestro; el país un brillante investigador y nosotros un insustituible amigo.

José Ruiloba

Bernardo Sepúlveda

La Academia Nacional de Medicina recuerda hoy la partida de uno de los últimos grandes de la ciencia médica mexicana. La inesperada desaparición del maestro Bernardo Sepúlveda ocurrió en el apogeo de su brillante carrera profesional, cuando su vitalidad y entusiasmo encontraban cauce adecuado en la búsqueda de soluciones para algunos de los más apremiantes y difíciles problemas de la salud del pueblo mexicano. Nos mencionaba, en años recientes, el deseo de limitar su actividad; sin embargo, la experiencia y el saber acumulados por él eran indispensables, por lo que, lejos de reducir su ritmo de trabajo, lo incrementó día a día hasta el 17 de marzo de 1985, cuando dejó de existir.

Lamentamos su ausencia porque nos dejó prematuramente; porque no contamos con él para reconstruir el daño que ha enlutado al país y lacerado el corazón de la medicina mexicana; porque nos duele, en fin, perder al maestro y al amigo que nos deparara íntegra su última jornada de trabajo y atendiera siempre con bondad y nobleza nuestras inquietudes.

Pero sentimos, sobre todo, la extinción de una vida profesional sólida, enérgica, decidida, encauzada siempre a cimentar y mejorar la actividad médica.

Su ausencia mengua notablemente la corta lista de médicos líderes, que como él, determinaron el rumbo y las directrices de nuestras mejores empresas culturales al emplear su talento para aliviar por igual los males y la ignorancia.

Más que un recuento de sus obras, de sus logros, de los honores que merecidamente recibió, debemos reflexionar sobre sus cualidades, porque al recordarlas y exaltarlas fortaleceremos nuestro ánimo y enfrentaremos mejor las duras realidades.

Durante el largo período en el que disfruté de la amistad y de las enseñanzas del maestro Sepúlveda aprecié, por encima de todas, uno de sus principales atributos: la inteligencia, que brillaba siempre desde la más trivial hasta la más trascendental de sus actividades. Esa inteligencia clara se complementaba con otras cualidades, igualmente valiosas y tal vez aún más escasas en nuestro medio: disciplina inflexible, tenacidad y perseverancia. Ante brisas propicias o frente a vientos encontrados, desarrolló su labor impar con voluntad indómita, pero también con mesura y señorío; siempre por encima de mediocres y prepotentes temporales que estorban, sin consecuencia, el paso de los grandes.

El vigoroso impulso que experimentó la medicina en nuestro país a partir de la década de los años cuarenta se debió, en buena medida, a la acción de un grupo pequeño de líderes en los aspectos técnicos, científicos, éticos y sociales de nuestra profesión. El maestro Sepúlveda contribuyó a ese éxito al fijar la disciplina, el rigor científico y el compromiso con la sociedad como puntales de esa nueva medicina.

Relatar su sagacidad y experiencia como clínico, decir que la gastroenterología en general y la hepatología en particular se beneficiaron en nuestro país con su obra; hablar de su actividad trascendental en el establecimiento de grupos médicos; comentar su contribución para crear la medicina institucional; recalcar su notable papel de conductor de una de las escasas áreas de la investigación médica en la que el país lleva liderazgo mundial, resultarían todas reiteraciones de hechos conocidos por los miembros de esta Academia, a quien mucho sirvió con su esfuerzo y talento. Los académicos doctores Soberón, de la Fuente y Laguna han analizado en detalle, la rica vida profesional de quien hoy recordamos, que incluye también su destacada participación en la Universidad Nacional Autónoma de México, en El Colegio Nacional, el Consejo de Salubridad General de la Secretaría de Salud y, muy recientemente, en el Sistema Nacional de Investigadores. Bernardo Sepúlveda cumplió con su deber al combatir la enfermedad, la incultura, la desidia y la desorganización.

La medicina mexicana está perdiendo, inexorablemente, a los pilares que la cimentaron como una de las actividades profesio-

nales que fijaron la modernización de nuestro país. Lo que será la actividad médica pasa gradualmente a ser responsabilidad de jóvenes generaciones de médicos, con profundas contradicciones y futuro incierto por una medicina cada vez más compleja en un país cada vez más necesitado. Seamos reiterativos, estamos urgidos de lo que el maestro Sepúlveda tenía, en abundancia: inteligencia, disciplina, tenacidad, constancia y optimismo. Hoy, más que nunca, debemos tratar de emular sus cualidades.

Por ello, más que las palabras, deben ser los hechos los que rindan justo homenaje a este mexicano excepcional. El éxito de la labor futura de las nuevas generaciones de profesionales al definir el rumbo de nuestra medicina será seguramente el homenaje que él hubiera deseado. Cumplamos pues sus deseos y al mismo tiempo que lamentamos la ausencia del maestro, recordemos lo que la inteligencia y el tesón puesto al servicio de un objetivo noble pueden alcanzar. Si hemos quedado huérfanos de sus enseñanzas, debemos pugnar por convertirnos en herederos dignos de su ejemplo. Aceptar esa responsabilidad significará un paso adelante en la continua superación de nuestra noble actividad profesional.

Adolfo Martínez Palomo

Roberto Llamas Flores

Agradezco a la Mesa Directiva de esta Academia Nacional de Medicina, el alto honor que me confirió al invitarme para que en su representación dirija a ustedes algunas palabras en memoria del Académico y Maestro doctor Roberto Llamas Flores.

El 14 de enero de 1988, se extinguió calladamente en la ciudad de México a los 78 años de edad, el querido y distinguido maestro e investigador universitario doctor Roberto Llamas Flores, que en este año celebraría sus bodas de oro como Profesor de Bioquímica de la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional Autónoma de México, y por más de cuarenta años, Profesor de Clínica de Endocrinología, Diabetes y Nutrición de la Facultad de Medicina de la misma Universidad.

El Maestro Llamas nació en Jerez, Zacatecas, el 28 de marzo de 1909; después de haber cursado sus estudios profesionales en la Facultad Nacional de Medicina de la UNAM, en 1934 recibió el título de Médico Cirujano. A partir de su graduación, ingresó como ayudante de investigador en el Instituto de Biología de la UNAM, en donde dedicaría durante toda su vida, su mejor esfuerzo a la investigación y la docencia, en el área de la Bioquímica de la Nutrición y a la Endocrinología.

En estos primeros años de su vida como investigador, efectuó en unión del doctor Juan Roca, numerosos trabajos de Bioquímica de los alimentos, en particular de aquellos que constituían la dieta habitual de los habitantes del Valle del Mezquital y de las regiones de Actopan, Hidalgo, e Izúcar de Matamoros, Puebla.

Entre estos estudios destacan los relacionados con la naturaleza de las globulinas del frijol bayo; y el contenido de vitaminas y nitrógeno en el pulque, incluyendo algunas consideraciones sobre el valor alimenticio de esta tradicional bebida de la población de las zonas rurales de México.

En 1946 fue designado Director del Instituto de Biología de la UNAM, y en ese mismo año se incorporó como Jefe de Servicio en el recientemente inaugurado Hospital de Enfermedades de la Nutrición. Es precisamente en esta institución médica donde desarrolló durante casi dos décadas, actividades en el campo de la medicina interna y endocrinología clínica. Participando también en la docencia de esta especialidad. En esa época tuve el honor de trabajar bajo su dirección y de haber colaborado con él en la publicación de algunos trabajos de endocrinología clínica. Su sencillez y grandes conocimientos sobre estos temas siempre fueron motivo de ejemplo para el desarrollo de las actividades médicas de muchas generaciones de jóvenes residentes, que tuvimos la fortuna de haber transitado por su servicio de medicina interna.

Durante su desempeño como Director del Instituto de Biología, entre 1946 y 1967, fue consejero universitario y miembro del Consejo Técnico de la Investigación Científica de la UNAM. A partir de 1967 y hasta su deceso, desempeñó el cargo de Consejero Honorario e Investigador «C» de tiempo completo de la UNAM.

En esta segunda etapa de su actividad científica, dirigió sus investigaciones al estudio del efecto de algunas hormonas esteroides y proteicas sobre la actividad enzimática del tejido hepático y cerebral en animales de laboratorio, y estableció conclusiones por demás interesantes acerca de la estructura, así como de las funciones normales y patológicas del tejido adiposo.

Además de haber producido más de cien trabajos de investigación científica original, el Maestro Llamas publicó en 1974 un Compendio de Endocrinología Clínica que serviría durante varios años como libro de texto de los alumnos del 4° año del curso de endocrinología, diabetes y nutrición de la Facultad de Medicina de la UNAM. A esta exitosa primera edición siguieron otras dos en los años de 1976 y 1979.

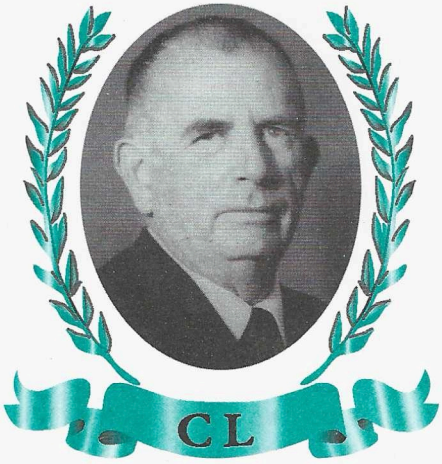
En su larga trayectoria profesional, fue miembro de diversas sociedades científicas en el país y en el extranjero; entre ellas destacan la Academia Nacional de Medicina; la Sociedad Mexicana de Nutrición y Endocrinología, de la cual fue Presidente en 1962; Miembro Honorario de la Sociedad Brasileña de Alimen-

tación; y del Colegio de Medicina y Cirujanos de la República de Costa Rica.

La consagración de toda una vida a la docencia fue uno de los rasgos característicos, de este verdadero profesor y maestro que logró reunir en su carrera profesional algunos de los más valiosos atributos del hombre, como son: prudencia, bondad, modestia y generosidad.

Su trayectoria llena de realizaciones será un ejemplo imperecedero para las nuevas generaciones de endocrinólogos mexicanos, así como para sus numerosos alumnos, compañeros y amigos a quienes su partida deja un singular dolor en sus corazones.

Carlos Gual Castro



Andrés Bustamente Gurría

Agradezco a esta Academia el alto honor que me ha conferido al escogerme para dirigir a ustedes algunas palabras en memoria del doctor Don Andrés Bustamante Gurría.

Comenzaré lamentando la pérdida irreparable de un elemento de primer orden dentro de la medicina mexicana contemporánea. Su deceso ocurrió cuando todavía se esperaba mucho de su actividad e imaginación creadora.

Si para el país su pérdida deja un vacío difícil de llenar, para sus amigos, compañeros y parientes esto nos causa dolor, pesar y tristeza.

Cuando la Academia me comunicó su deseo de que fuera yo quien dijera algunas palabras acepté desde luego, pues por los antecedentes de toda una vida pasada juntos, no sólo dentro de la amistad, sino mejor de la más armoniosa hermandad, pensé que esta oportunidad me pertenecía por derecho.

Andrés Bustamante Gurría nació en Pichucalco, Chiapas, el 2 de mayo de 1906; fueron sus protagonistas Don Diego Bustamante Grajales y Doña Angélica Gurría de Bustamante; contrajo matrimonio con una bella y virtuosa señorita Doña Carmen Barcárcel; con ella fundó un sólido hogar y procrearon tres vástagos: Andrés, Laura y Angélica.

Sus estudios primarios los realizó en la Escuela «El Pensador Mexicano»; los preparatorios en la Nacional, donde nos vimos por primera vez; los profesionales en la Escuela Médico Militar, obteniendo su título el II de julio de 1931, los de Posgra-

do en diferentes universidades norteamericanas, entre otras la Northwestern.

La personalidad de Andrés es polifacética; en lo físico era de porte recio, con rasgos fisonómicos muy definidos, mentón enérgico y boca de labios ligeramente entreabiertos, de ademanes categóricos y sin vacilaciones. De trato amable, con definido sentido del humor, irónico y a veces cortante.

Su clara inteligencia y certera visión en los problemas que gustaba atacar a fondo, no de manera superficial, sino de raíz, eran los aspectos dominantes de su carácter recto y firme. Sus buenos sentimientos, inclinados siempre al amor al prójimo, gustaba de ocultarlos con una rígida máscara de fingida indiferencia. Sus enemigos encontraron en él un adversario noble y caballeroso, pero temible por lo valiente y decidido.

Su carrera profesional como cirujano se inició con una larga etapa de cirugía general; siempre atosigado de trabajo, primero en Toluca y luego en Torreón, sus éxitos pronto le valieron ocupar destacado lugar, sin mucha preocupación económica. Esta primera etapa, que yo llamaría formativa, sería el cimiento o la inicial de su etapa ulterior de especialista distinguidísimo.

Como cirujano general honró la escuela a la cual perteneció, cuyos próceres en esa época eran los doctores Donato Moreno y Francisco Reyes, de los cuales siempre se expresó con respeto y admiración. Desde un principio se asoció en sus esfuerzos con un notable cirujano general, el doctor Carlos Albores Culebro; esta asociación, que persistió durante largos años, fue particularmente benéfica para ambos.

Atraído por la otorrinolaringología, se trasladó a Estados Unidos de Norteamérica y pronto lo encontramos ocupando un distinguido lugar al lado del doctor J. Schambought en la universidad Northwestern, quien primero fue su jefe, después su maestro y finalmente uno de sus mejores amigos. Al lado suyo aprendió la difícil cirugía microscópica del oído medio. De regreso a Torreón cosechó grandes éxitos profesionales y económicos, pero el lugar fue pequeño para sus ambiciones científicas y aceptó un puesto que le ofreció el doctor lgnacio Chávez en el lnstituto Nacional de Cardiología. lnstalado allí nos asombró a todos con su dedicación al estudio y a la organización de su nuevo servicio. En esta época se olvidó de todo, enfermos, dinero, para dedicarse en cuerpo y alma a planear su futuro y el de la especialidad en nuestro medio.

Al terminar esta etapa preparatoria quedó listo para la siguiente, que llamaría de consolidación y madurez de la

especialidad en nuestro medio, pues hasta entonces la otorrinolaringología en México no alcanzaba una estatura académica que la hiciera respetable. Darle esta nueva dimensión es lo mejor de su obra, que se vio coronada con la formación de una verdadera escuela donde destacaron numerosos y nuevos valores, que por temor a no mencionar a todos pasaré por alto; pero no sin dejar de referirme al que era para él más querido que ninguno y que constituía su más legitimo orgullo, y con razón. Me refiero a su hijo Andrés, cuyos logros en la cirugía microscópica del VlI y Vlll pares craneales podrían llenar la satisfacción del más exigente de todos los maestros.

Fue escritor prolífico dentro de su especialidad; desgraciadamente no estoy yo lo bastante preparado para glosar ante ustedes esta obra escrita.

Dentro de sus preocupaciones profesionales figura de manera preferente la Sociedad Mexicana de Otorrinolaringología. En ella sus esfuerzos siempre estuvieron encaminados a darle a la misma seriedad científica alejada de torpes pasiones, enjundia y reconocimiento en el terreno internacional. Todo esto lo logró cabalmente.

El éxito económico lo persiguió tenazmente, sin él buscarlo de manera especial. No fue nunca mezquino ni metalizado; se prodigó con largueza, especialmente con los pobres y necesitados.

Su actuación profesional se guió siempre por la ética más exigente. Como amigo fue incomparable, franco y claridoso cuando fue necesario, animoso y optimista en los momentos difíciles, siempre cariñoso, afable y lleno de humor en el trato diario. Como ejemplo no olvidaré nunca su ayuda valiosísima al estudio del tratamiento médico de la cisticercosis cerebral.

Fue un patriota en el sentido más amplio del vocablo. Dentro de su vida recargada de responsabilidades profesionales halló tiempo para estudiar la manera de mejorar las condiciones de la ganadería que tanto necesita este país tan lleno de carencias en el terreno de la alimentación de nuestro sufrido pueblo.

Su vida llena de realizaciones y logros puede señalarse a las generaciones futuras como un ejemplo digno de seguirse para bien de todos, los enfermos ante todo, la medicina nacional y el país entero.

Clemente Robles Castillo

Juan Cárdenas y Cárdenas

El nombre Juan le venía muy bien al doctor Cárdenas dado que su significado: «el Señor es misericordioso», bien puede describir la principal virtud de este hombre que hoy recordamos con cariño, por haber sido un buen hombre, un buen amigo y un buen médico. En cuanto a su apellido derivado de la palabra cardo que es una planta con espinas y también con flores, es así mismo descriptivo de esa persona que podía ser agudo en sus comentarios y no permitir errores que redundaran en el mal de sus pacientes, y al mismo tiempo lucir una personalidad amable, culta y amena para las personas que merecían su confianza y aprecio, sobre todo para aquellos que a él acudían en busca de la salud.

Nació Don Juan —como era conocido— en el barrio de Peralvillo, a la salida norte de la entonces pequeña ciudad de México, el 13 de agosto de 1912. Era esa zona el sitio de arranque de las peregrinaciones a la Villa de Guadalupe, así como de la aduana de pulques que entraban a la ciudad, hacía dos años que había comenzado la Revolución.

Muy joven perdió a su padre en un bizarro accidente cuando un automóvil salió del carril en la primera carrera de este tipo que se efectuó en la ciudad de México. Fue en verdad milagroso que el niño saliera ileso de ese percance.

Con problemas económicos inimaginables, realizó sus estudios e ingresó a la Facultad de Medicina en el año de 1932 y fue de los primeros médicos que realizó el servicio social instaurado

por quien sería su guía y amigo por muchos años, el doctor Gustavo Baz. Contrajo matrimonio con una mujer extraordinaria, Lolita Ortíz, con quien procreó cuatro hijos, uno de ellos médico. Permaneció a su lado cincuenta y ocho años y falleció dos meses antes que él.

Después de haber estado como médico general en Huatusco Veracruz, siente la necesidad de ir en busca de otros horizontes y pide al doctor Baz ingresar al Hospital de Jesús como médico general, pero una vez más siente la inquietud de hacer algo mejor, llegando con Baz, entonces Secretario de Salubridad, mismo que había decidido enviar a un grupo de jóvenes médicos a adquirir en Estados Unidos de Norteamérica los conocimientos necesarios para que regresaran a establecer servicios de especialidad en México.

Con el ojo clínico que caracterizaba a Don Gustavo le propone que vaya a Nueva York a estudiar Neurocirugía y por lo que se traslada a esa ciudad junto con su recién formada familia, a fin de aprender, entre otras cosas, el idioma que por fortuna dominaba su esposa.

El Instituto Neurológico de Nueva York era y es un gran Centro, pero los médicos de él encargado eran personas que tenían magníficos conocimientos, pero también una idea de disciplina muy estricta inspirada en los ideales de Harvey Cushing, no había días libres, ni horario fijo y además la Segunda Guerra Mundial había llevado a los médicos jóvenes al frente y las guardias diurnas y nocturnas eran continuas Leo Davidoff, Larry Pool, Byron Stookey fueron sus maestros.

Termina ese período y regresa a México con la familia aumentada por una niña.

Principia su práctica en esta ciudad como se hacía entonces llevando el instrumental al Hospital Francés en Niños Héroes y al Inglés en Mariano Escobedo, haciendo las ventriculografías en la sala de operaciones y las placas en la de Radiología, trasladando a los pacientes a veces a un de hospital. La diferencia con la época actual es abismal por el relativo corto tiempo transcurrido, apenas cincuenta años.

El Centro Médico La Raza abre sus puertas en el año 1952 y en él se establece el primer servicio de Neurología y Neurocirugía del Seguro Social. Bajo la jefatura del doctor Cárdenas con la colaboración de distinguidos especialistas como Julio Hernández Peniche, Pedro Ortíz, José Ma. Sánchez Cabrera, Samuel Resnikoft, entre otros, se principia a entrenar residentes y a practicar los

aspectos modernos de la especialidad. Se estaba gestando el gran cambio de la Medicina Nacional que la llevan a su estado actual.

El doctor Cárdenas es fundador, en septiembre de 1954 junto con otros distinguidos Neurocirujanos, de la Sociedad Mexicana de Cirugía Neurológica de la que fue presidente en 1956, siendo ya profesor de Neurología de la Facultad Nacional de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México.

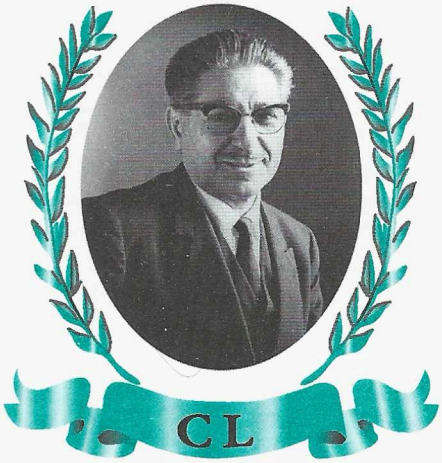
Ingresó a la Academia Nacional de Medicina en el Año de 1949. Comprendiendo que era necesario el contar con un libro de texto de Neurología en español escribió uno en colaboración con otros autores que se consideró como el libro oficial de texto por muchos años en distintas escuelas de Medicina.

Al retirarse del IMSS se dedicó al Hospital ABC en donde fue presidente de la Asociación Médica y Director Médico. La antes citada Asociación le otorgó la Medalla de la Excelencia en Medicina.

Esta vida exitosa rodeado de amistades y afecto en una agradable residencia de amplio jardín, fue alterada por desgracia en 1986, cuando Don Juan sufrió un accidente vascular oclusivo que le afectó el tallo cerebral y le dejó un déficit neurológico importante, obligándolo a retirarse de la práctica médica aunque en ocasiones participaba de las actividades de las Sociedades Académicas.

Don Juan pudo superar estas adversas circunstancias con señorío y entereza, sin caer en la depresión, permitiéndose aun hacer bromas acerca de su situación. Su vida terminó el 6 de noviembre de 1997, su recuerdo permanecerá dentro de los anales de la Medicina Mexicana y en el corazón de sus familiares, compañeros y amigos.

José Humberto Mateos Gomez



Isaac Costero Tudanca

Con profunda emoción y el temor de que la voz se quiebre al leer estas cuartillas, venimos hoy a rendir homenaje a un gran hombre, patriarca sabio, el Maestro Isaac Costero Tudanca, que en su vida plenamente lograda, con entrega total y generosa, fuente de optimismo inagotable, genial investigador e innatos dones didácticos, supo conquistar con su ilimitada calidad humana y científica el respeto, afecto, admiración y cariño de todos.

Un día del mes de mayo de 1940 vi en el pizarrón de la entrada de nuestra querida Facultad de Medicina, ubicada entonces en la Plaza de Santo Domingo, el anuncio de una conferencia que impartiría esa tarde el profesor y doctor Isaac Costero Tudanca, sobre el sistema reticuloendotelial, que interviene de manera tan importante en nuestras defensas contra la enfermedad.

No lo conocía, pues él daba clase a los alumnos del tercer año de la carrera y yo apenas había iniciado el segundo curso. Con profunda curiosidad me acerqué tímidamente a la puerta del auditorio, cuando oí la voz amable pero recia que decía mientras caminaba, según me pareció a mí, haciendo surcos al andar: «Pase mujer, pase, que ya vamos a iniciar el tema».

No puedo hablar desapasionadamente de su persona, tengo muy enraizados los 39 años que trabajé y aprendí a su lado.

La conferencia fue un éxito por su claridad, sencillez y trascendencia. Mil ideas, preguntas e inquietudes surgían a cada momento, despertando con su personalidad y manera de expre-

sar hechos y experimentos, un interés continuo en todos los que le oíamos. Y ya para finalizar, un ruego inesperado de su parte: ¡quería la colaboración de ayudantes! No podía yo creer lo que oía. Aquella misma tarde le pedí ingresar a su laboratorio y a partir del día siguiente oí de sus labios enseñanzas científicas, experimentales y didácticas. Pronto se me unieron otros compañeros, entusiasmados por mis comentarios y al través de los años pasaron 68 más, hoy destacados anatomopatólogos en el país y en el extranjero. Así nació la Escuela Mexicana de Patología.

No puedo olvidar su tenaz resistencia y capacidad para el trabajo, realizado en jornadas de 10 a 12 horas diarias, ni la extraordinaria y genial facilidad para plantear, organizar y resolver temas de investigación y aclarar un diagnóstico, tras breves minutos de acucioso estudio. Tampoco olvido la infinita paciencia con la que el Maestro nos llevaba a todos de la mano; al mismo tiempo que nos enseñaba ciencia, nos enseñaba a hablar, a escribir artículos y como él decía «gramática parda», a ser y a comportarnos como humanos. ¡Cuánta sabiduría, bondad y alegría desbordaba en cada una de sus palabras, consejos y enseñanzas! Entre todos estos dones sabía conducir a la gente, dándole a cada uno su lugar y sembrando siempre afecto y respeto.

Era un gran organizador, tanto en el trabajo como en la enseñanza; despertó en nosotros la inquietud del saber, el gusto por la investigación, la docencia y la unión. Ayudó así directamente o con sus consejos a la fundación de la Asociación Mexicana de Anatomopatólogos, a la de la Sociedad Latinoamericana de Anatomía Patológica y organizó su primer congreso, de la que fue presidente vitalicio. Fundó y legalizó, junto con el doctor Gabriel Álvarez Fuertes, el Primer Consejo de Especialidades que existe en México, el de los anatomopatólogos y como secretario general intervino en la organización del IV Congreso Mundial de Cardiología. Siendo presidente de la Academia Nacional de Medicina, en el año de 1968, organizó el Congreso de la misma.

Fue maestro de la Facultad de Medicina desde el año de 1937 y de la Escuela de Odontología; profesor fundador de la Escuela de Medicina Rural del Instituto Politécnico Nacional, de la División de Estudios Superiores de la Universidad Nacional Autónoma de México y en la Escuela de Biología de la Facultad de Ciencias. Ha impartido sus enseñanzas ininterrumpidamente desde 1937 a 1978 a más de 22 000 alumnos, de los que guardó

sus fichas de inscripción con calificaciones y número de prácticas efectuadas. Para todos sus alumnos, a los que se entregó con especial cariño, escribió cuatro libros. Dos han servido de texto y consulta; otro es biográfico, con el resumen de sus investigaciones y trabajos originales, intercalando, de manera emotiva, un recuerdo a sus padres, a sus maestros hispanos, galos y alemanes, así como de familiares, compañeros y amigos. Su último libro, elaborado durante 17 años y terminado poco antes de su partida, engloba para él un tema apasionante: «La estructura del cuerpo carotídeo normal y de sus tumores», edición bilingüe que, sin duda, aclara muchos puntos oscuros en el estudio de zona reflexogénica tan importante para la regulación de la irrigación encefálica y de la presión arterial sistémica.

Además, no podemos dejar de mencionar las 264 monografías publicadas tanto en español como en inglés, francés y alemán, con estudios y hallazgos originales sobre la fiebre reumática, las enfermedades de la «colágena», la aterosclerosis, la sífilis, la hipertensión arterial, las nefrosclerosis, la circulación pulmonar, las miocardiopatías, los tumores hipofisarios, los meningiomas, la histogénesis de los tumores cerebrales, el estudio de los paraganglios y paragangliomas (como el feocromocitoma), el tumor carcinoide, la insuficiencia cardiaca, las cirrosis hepáticas y las esclerosis pulmonares entre otras, completados siempre con el estudio en cultivo de tejidos y con la microscopia electrónica. Descubrió el cuarto elemento del sistema nervioso, donde se elaboran las catecolaminas e integró el concepto de sistema argentafín, claborador de las catecolaminas, serotonina y dopamína, tan importantes en la transmisión nerviosa y en la regulación de la presión arterial.

Son múltiples los honores de que fue objeto y las distinciones académicas por él recibidas. Entre ellas citaremos algunas.

En 1963, en la Academia Internacional de Patología pronunció en Montreal la Conferencia Maudc Abbott. En 1968 presentó en el Auditorio del Centro Médico la conferencia dedicada a Wilder Penfield. En 1972, en la Real Academia de Medicina de Madrid, la Conferencia a la memoria de Gregorio Marañón y en 1973, en nuestra Academia Nacional de Medicina, la Conferencia Miguel F. Jiménez. Del Gobierno de México recibió el Premio Nacional de Ciencias en 1972 y de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, el Premio Miguel Otero en el año de 1978, así como varias medallas, condecoraciones y diplomas de sociedades médicas del país y del extranjero. Fue nombrado profesor emérito

de la Universidad Nacional Autónoma de México en mayo de 1978 y ella misma le ha otorgado, en febrero de este año, el título de Doctor *Honoris Causa*.

Se ha ido ya el Maestro y su muerte nos hace sentir huérfanos. Es una verdad muy dura, pero hay otra verdad muy hermosa. Su vida estuvo siempre de esplendor bañada. Ese esplendor que irradia de las almas buenas; con voz alegre y clara conforta espíritus, enciende llamaradas en la vida y en la ciencia. Despierta en todos la esperanza, la fe y perseverancia. Voz diáfana que aclara dudas, contesta las preguntas, infunde ánimos, consuelo, consejo y nunca cansa. Voz que despierta sed de seguirla oyendo, en clases, conferencias y charlas. Voz de verdad que para no herir a veces calla, pero que cuando habla nunca engaña e invita a meditar.

El esplendor de su alma lo refleja también en su mirada. Ve siempre lo bello de la vida, inquiere en sus más íntimos secretos, se entusiasma con el bosque, el mar y la montaña. Se encierra días y años, muchos años, y a través de su mirada arranca al microscopio imágenes que descubre y plasma, transmite a todos para que dejen de ser secretos, enseñen y ayuden al enfermo. Ansia febril de verlo todo, de vislumbrar el Infinito, de no desviar esa mirada del triste, al pobre, al niño y al amigo, viendo siempre la luz en la senda recorrida. Mirada limpia, blanca, viva y serena que ni el dolor cambió.

Su mente inquisitiva y creadora necesitaba una expresión a través de su voz y de sus manos. Manos de sembrador, que a lo largo de la vida realizan la obra de su espíritu gigante, siembra, siembra en todas las tierras, enseñando las técnicas aprendidas por él a sus maestros; no guarda nada para sí. ¡Con qué acuciosidad y cariño maneja todo, reactivos, microscopios, cámaras, fotos, libros y la máquina de escribir, su gran amiga! A través de sus manos conocemos sus escritos, sus enseñanzas en monografías, libros y sus pensamientos. Manos limpias e impecables, cordiales y amistosas tendidas siempre a todos, pobres y ricos, débiles y poderosos, amigos y desconocidos.

Manos fuertes que supieron de épocas duras pero que supieron siempre guiar, apoyar y bendecir y recoger la fructífera cosecha en lo humano y en la ciencia, haciendo el bien como misión sagrada, poniendo siempre el alma en sus abiertas manos.

Su espíritu, noble y austero, fuerte y humilde, abierto a todo, juzga pero no critica, actúa y sugiere, pero no impone, disculpa, no rechaza a nadie y acoge a todos.

Contribuyendo a este ambiente y casi sin dejarse ver estaba siempre su amiga de la infancia, compañera y esposa por más de 50 años, doña Carmen Gracia de Costero, quien por temporadas trabajó a su lado, tanto en España como en México y propició día a día su fructífera vida. El Maestro logró infundir en sus hijos el amor a las ciencias y a las artes y a uno de ellos, Rafael, hoy destacado astrónomo, su espíritu de investigador universitario.

Se prodigó a todos y varias veces le oí decir que era un hombre afortunado: tenía dos patrias, una de nacimiento y otra de adopción. Amaba a ambas, al mundo, a la vida y a las gentes.

Su sufrimiento lo fundió en el crisol de su grandeza. Al recordarlo, hacemos siempre una plegaria:

«Devolvedle Señor en recompensa, la felicidad eterna, por cuanto dio en el curso de su vida».

Rosario Barroso Moguel

Bernardo J. Gastélum

Nuestra Academia me encargó decir algo en memoria del Doctor Bernardo J. Gastélum. No lo conocí personalmente, por lo que tuve que buscar información acerca de su persona y de su vida, de sus actividades.

El Dr. Gastélum nació el 4 de noviembre de 1895, en la ciudad de Culiacán, Sinaloa. Fue hijo del Señor Ignacio M. Gastelum y de la Señora María del Rosario Izabal de Gastélum. Inició sus estudios en el Colegio Rosales de aquella ciudad, institución de abolengo nacional, orgullo del Estado, que ha producido excelentes hombres para la cultura regional. Continuó su preparación en el Liceo de Varones y en la Facultad de Medicina de Guadalajara, Jalisco, donde obtuvo el título de Médico Cirujano, el día 28 de octubre de 1923.

El mismo año de su recepción profesional, se incorporó al movimiento revolucionario encabezado por Don Venustiano Carranza, directamente con la División del Noroeste, al mando del General Alvaro Obregón. Sus acciones principales fueron las prestaciones de diversos servicios, sin llegar a aceptar oficialmente grado militar alguno.

Como funcionario público, el Dr. Gastélum fue designado en 1923, durante el gobierno del general Alvaro Obregón, subsecretario de Educación Pública, para colaborar con Don José Vasconcelos, principalmente en los aspectos administrativos. En 1924 quedó al frente de la Secretaría de Educación Pública, por renuncia de Don José Vasconcelos, que lanzó su candidatura al

Gobierno del Estado de Oaxaca. De 1925 a 1928, ya durante el Gobierno del General Plutarco Elías Calles, el Dr. Gastélum fue Jefe del Departamento de Salubridad Pública, donde realizó una trascendente labor, de la que quizás baste mencionar la reorganización de esta dependencia gubernamental, apoyado en un Reglamento General, expedido por el Presidente de la República, del que derivaron las disposiciones para cada uno de los servicios. En 1926 se publicó el Código Sanitario, con la intención de federalizar la Salubridad en México. Declaró obligatoria la vacunación contra la viruela e intensificó las campañas sanitarias para combatir la rabia, las enfermedades venéreas, el tifo, la escarlatina, la tifoidea, el paludismo, la difteria y la uncinariasis. Expidió la tarjeta de salud e hizo indispensable el certificado de salud para contraer matrimonio. Reglamentó la producción, transporte, depósito y venta de la leche y de la carne.

En su época se terminó la construcción del edificio del Instituto de Higiene, inaugurado el 17 de septiembre de 1927 y principió la correspondiente al destinado al propio Departamento, el 29 de octubre de 1926.

Para mejorar los conocimientos y capacidad del personal, estimuló a los trabajadores y envió al extranjero a algunos, entre los que se cuentan los doctores Manuel Martínez Baez, Miguel E. Bustamante, Maximiliano Ruiz Castañeda, Gerardo Varela y Mariscal, que como técnicos, educadores e investigadores tan buenos servicios han prestado al país. Por ello se considera que el Dr. Gastélum es uno de los constructores de la Salubridad Nacional.

Desempeñó, además, misiones diplomáticas en Uruguay, Paraguay, Italia y Hungría. Fue delegado de México en los Congresos Internacionales de Planificación y de Bibliotecas que tuvieron lugar en Roma, así como en el de Directores de Salubridad celebrado en Washington, Estados Unidos.

Incursionando en otras ramas desempeñó la cátedra de psicología y lógica, y fue director del Colegio Civil Rosales de Culiacán, Sinaloa y Rector de la Universidad de Occidente en Guadalajara, Jalisco. Fue profesor de ginecología de la Escuela Nacional de Medicina en el Hospital General de México. Pese a sus muchas responsabilidades aún tuvo tiempo de asistir con fines de ampliación de conocimientos a cursos de especialización de Cirugía y de Obstetricia en Montevideo, en la Salpetriere de París, en la Universidad de Columbia en Nueva York, y en el Policlínico de Roma.

Fue miembro de varias sociedades médicas, de las que se puede mencionar la *American Public Health*, la Oficina Sanitaria

Panamericana, la Academia Nacional de Medicina y la Mexicana de Cirugía, el Colegio Internacional de Cirujanos. Con el carácter de socio correspondiente perteneció a la Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos, a la de Físico Química de Palermo y a la de Estudios Biológicos de Cuba. Como socio honorario fue recibido en la Asociación de Venereología de México.

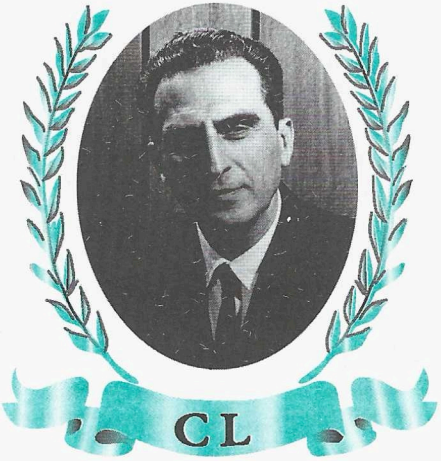
Escribió varios artículos sobre ginecología y otros temas médicos abarcando otros campos como narraciones históricas diversas, en Gaceta Medica De Mexico y otras revistas científicas.

Fue un hombre de índole memorable, con el carácter franco propio de los sinaloenses. Agudo de ingenio, culto y de pensamiento libre. Con reconocido valor civil y honestísimo, como lo califica el maestro Dr. Miguel E. Bustamante, que le conoció personalmente y fue su colaborador. Opinión que comparten otras personalidades en sus escritos, como Don José Vasconcelos en el Desastre, 3a. parte del Ulises Criollo, y Don Miguel Alessio Robles, en la Historia Política de la Revolución.

La Academia Nacional de Medicina, no puede olvidarle porque tranquilizó a sus miembros, después de su expulsión por el Director de la Escuela Nacional de Medicina, del local que ocupaba en la misma.

Este es, a grandes rasgos, el perfil del Dr. Bernardo J. Gastélum, recibido en nuestra corporación el 11 de marzo de 1942 como socio correspondiente de Mazatlán, Sinaloa y como numerario el 6 de abril de 1949, en la sección de Ginecología, a quien hoy recordamos con la dignidad honrosa que merece un hombre de tan altos valores.

Carlos Zamarripa Torres



Norberto Treviño Zapata

El doctor Norberto Treviño Zapata, médico y catedrático eminente, miembro de esta Academia, funcionario público ejemplar, falleció en esta ciudad el día 13 del pasado mes de agosto, al término de una vida plena de realizaciones.

Nació en 1911, de vieja estirpe norteña, de padre médico, director del Hospital de Matamoros y madre jaliciense de acendrada piedad, se inscribió en la escuela de Santo Domingo en 1929 en donde al cursar el cuarto año en 1932, afloraron sus dotes de líder promotor de buenas causas. Electo presidente de la Sociedad de Alumnos se dedicó junto con los jóvenes estudiantes Bernardo Sepúlveda, secretario de su Mesa Directiva y Luis Méndez su oponente perdidoso, a convencer a los profesores, que de acuerdo a la legislación de entonces, debían escoger al sucesor de Don Fernando Ocaranza, de elegir al joven profesor Ignacio Chávez, por ser el mejor candidato.

En enero de 1935 sustentó su examen profesional y emprendió en el Hospital General sus carreras hospitalaria y docente. La primera al lado de Don Abraham Ayala González. La segunda como ayudante de Don Raoul Fournier, dualidad que le permitió conjuntar la rígida disciplina organista, médico quirúrgica de don Abraham, con la corriente esencialmente médica y funcional del doctor Fournier.

Dedicado a sus tareas hospitalaria y docente, sorprendió al joven médico de la década de los cuarenta que será definitiva en su vida profesional, porque al llegar don Gustavo Baz a la Secretaría

de Salubridad y Asistencia, en el sexenio de Don Manuel Avila Camacho, se fijo en el doctor Treviño para acompañarlo en la tarea de transformación de la medicina de México que se había propuesto.

Enviado a los Estados Unidos por Don Gustavo, estudió en Chicago construcción y administración de hospitales. A su regreso fue nombrado Jefe del Departamento Autónomo de Estudios, Planeación y Ejecución del Plan Nacional de Construcción de Hospitales; en el que trabajó hasta el final del sexenio, coordinando la labor de 10 arquitectos y 10 asesores. Los resultados fueron por demás halagadores. De acuerdo a la memoria de la Secretaría de Salud y Asistencia 1940-1946 su acción llegó a 27 estados. Se terminaron 21 hospitales, dejando 32 en construcción y 18 en proyecto, además en el Distrito federal se construyeron las siguientes instituciones: El Instituto Nacional de Cardiología, el Hospital Infantil, el primer Instituto de Enfermedades de la Nutrición, dejando muy adelantada la construcción de la Maternidad Mundet.

Para las generaciones actuales, es difícil que puedan imaginar las condiciones en que se encontraban los hospitales de enseñanza, antes de esos decisivos en la historia Médica de México. En esta ciudad, salvo el Hospital General y el Manicomio de la Castañeda, construidos al principio del siglo, los demás: el Juárez, el de Regina y el Morelos, se encontraban instalados en viejos conventos y lo mismo sucedía en provincia.

Cuando en esos años coincidimos en el pabellón 24, no me enteré de que estuviera desempeñando tan importante tarea, porque nunca alardeó de ser funcionario público. Pasaron muchos años, hasta que en el Instituto Mexicano de Cultura organizamos un simposio que tenía por objeto penetrar en nuestros dos importantes momentos, únicos en el mundo en la historial de la construcción de hospitales, el del siglo XX en el que se construyeron más de 100, que determinaron en gran parte el poblamiento del centro de la república, y el del siglo XX a que nos estamos refiriendo, pude darme cuenta del papel tan importante que el doctor Treviño había desempeñado en el proceso de modernización de nuestros hospitales y en consecuencia del país, verdadero parteaguas, porque simultáneamente ocurrió la fundación del Instituto Mexicano del Seguro Social, que poco tiempo después construyó su primer gran hospital: el de La Raza, en cuya asesoría participó también el doctor Treviño.

Fue admitido en esta Academia el 9 de abril de 1949, en donde presentó como trabajo de ingreso el titulado: Síndromes esple-

nomegálicos, porque desde hacía varios años se había dedicado al estudio de los padecimientos hepatobiliares, lo que lo llevó a fundar la revista «Hígado y Bazo», que aparecía paralelamente con la «Revista de Gastroenterología de México», órgano de la Asociación Mexicana de Gastroenterología. Sus primeras comunicaciones a la Academia continuaron refiriéndose a enfermedades del hígado y bazo. Las últimas se orientaron a problemas sociales, una al de la población, otra al estado de la profesión médica en México.

Aunque no es habitual detallar en un *In Memoriam*, obra realizada, me permití hacerlo porque la gran importancia histórica de la transformación hospitalaria no ha penetrado suficientemente en la conciencia médica y menos en la conciencia nacional su trascendencia en el avance general y hay que hacerlo saber, así como también el papel que en ella desempeñó el doctor Treviño.

Desde el principio de los años cincuenta, la vida pública lo absorbió por completo. La metodología clínica lo acompañó y le fue de gran utilidad en la identificación de problemas y su resolución.

Primero fue electo diputado, después presidente de la gran comisión de la Cámara de Diputados de la XLI Legislatura, y más tarde, desde 1957 a 1963, gobernador de su estado natal.

Reintegrado a esta ciudad y al hospital general, en 1965 se suscito el llamado problema médico. Se encontró envuelto en él como miembro del Consejo de la Alianza de Médicos Mexicanos en el que desafortunadamente, para el movimiento y para él, ni su prudencia ni su experiencia fueron aprovechados.

En 1971 como director del Instituto Nacional de Protección a la Infancia, fundó la primera escuela de padres de familia de la república, y al final de 1972 fue designado embajador en Italia, en donde se distinguió por haber iniciado el arreglo de un antiguo problema nacional, por medio de la visita del presidente Luis Echeverria al Vaticano en febrero de 1974, que dio término al largo periodo de ruptura entre la República Mexicana y el Vaticano desde la expulsión del nuncio, hacía 113 años, en los primeros días de enero de 1861.

A su regreso a México, desde 1977 hasta el final de 1997 en que tuvo que interrumpir sus actividades, su vida no dejó de ser activa. Patrocinó y animó, primero, la Escuela de Padres, después la tribuna de la experiencia, instituciones de esencia educativa, y por último, estimuló los trabajos iniciales de la casa de la cultura Tamaulipeca.

Aunque la existencia del doctor Norberto Treviño, desde mediados del siglo, no siguió los caminos habituales del ejercicio médico en realidad, la intención médica esencial de mejoramiento del prójimo y de la colectividad siempre lo acompañó. A todas sus empresas las impregnó de la misma intención, desde la magna obra de la transformación hospitalaria nacional hasta las últimas educativas y a las que lo necesitaban les imprimió decencia y honestidad.

Amó siempre la concordia, la concertación, como esenciales de la buena conducción de la colectividad.

Se ha dicho y con razón que después de los dos siglos de experiencia sociales estimuladas por los pensadores del siglo XVIII, que vieron sus intenciones truncadas de ser ellos los autores del cambio por la explosión revolucionaria de los de abajo y después de las dos guerras y experiencias totalitarias de este siglo, queda como refugio el propio ser, pensamiento legítimo y explicable, pero egoísta y su consecuencia de saber para crecer, rebasado ejemplarmente por la vida del doctor Treviño que buscó siempre saber para compartir. No olvidó el lema de nuestra escuela *Allis vivere*. Por eso, los que comparten su misma sangre y sus compañeros y amigos nos sentimos orgullosos de él.

Quien amó siempre la paz, disfruta ya de ella, iluminada perpetuamente por la eterna luz.

Pedro Ramos Ramos

Alejandro Velasco Zimbrón

Fue el Dr. Alejandro Velasco Zimbrón, un hombre útil, un hombre bueno. Inicia el transcurso de su vida siendo descendiente de familia de abolengo de esta metrópoli.

Alegre de carácter, y por ello bullicioso, fue inquieto y dinámico en la acción.

Se gradúa de Médico-Cirujano en 1930, e ingresa al Hospital General; pero, como interno en aquel instituto de elevado linaje en la investigación y labor quirúrgica, el ejemplo de sus hombres de estudio, con recio valor científico, sólo sirve para encender su impaciencia y espíritu de iniciativa, por lo que, siguiendo un sendero distinto, pronto deja sus trabajos iniciales de Ortopedia en aquel centro; y, como adalid de sí mismo, promueve el desenvolvimiento de su personalidad. Entonces, forma parte de las comisiones para el estudio del Instituto de Recuperación y Adaptación Funcional para Lisiados y de la Poliomielitis, que proyecta y auspicia la Secretaría de Salubridad y Asistencia.

Pero no quedarían sólo escritas las ideas constructivas que se exponen, como tantas veces ocurre; su destino le deparaba con brillante ventura, una trayectoria de realizaciones, que, afortunadamente para él, cristalizaron por el auxilio de la respuesta franca y generosa, del gran haber de la alta sociedad, Y así, funda y dirige el Hospital Guadalupe para lisiados; la Casa de Recuperación del Club de Leones de la Ciudad de México, para enfermos del aparato locomotor, y con el mismo fin, las Casas Germán Díaz Lombardo y Juan María Rodríguez.

Escribe trabajos que presenta en congresos médicos, acompañándolos, generalmente, de imágenes policromas en movimiento, siendo ellos: Sinopsis de Ortopedia; Tratamiento Quirúrgico de la Coxo-Tuberculosis; Pies zambos dolorosos postraumáticos; Tratamiento Quirúrgico de la Luxación Congénita de la Cadera; Cirugía Tendinosa; Osteosíntesis en las Fracturas del Cuello del Fémur; y, describe operaciones que había logrado: osteoplastias en resecciones amplias de la mandíbula, del húmero y de la tibia; artrodesis en las artritis fímicas, más en el cuello del pie traumático.

Y, como si hubiera nacido para tener incontables ocupaciones, nunca le detuvo su actividad para la aceptación de una más; por lo que ganándole la carrera a las horas, trabajaba en numerosos centros quirúrgicos: Hospital Infantil; Sanatorio SCOP.; Hospital Colonia; Hospital Guadalupe; Clínica Primavera, con extraña ubicuidad laboral, celo en la acción, o inquietud de ocuparse de todo, y de vivir en continuo movimiento. Esto para mí, define más que nada, la interesante personalidad, carácter y sello, del Dr. Velasco Zimbrón.

Sin haber sido profesor titular de la Universidad Nacional Autónoma de México, tuvo sin embargo relaciones con ella a través de cursos de la Facultad de Odontología, empleando su esfuerzo, además, en la colaboración docente del Hospital infantil.

Su gran optimismo lo llevaba fácilmente, a participar en todas las citas para la artesanía quirúrgica, reuniones y asambleas médicas, teniendo gusto en las exposiciones, para el arreglo de sus sitios, que sabía hacer resaltar con munificencia.

Concurrió a congresos en toda la República, en el Caribe, Centroamérica, y en la Unión Anglosajona del Norte.

Vivaz, nunca corto, emprendedor, y con la égida oficial, que sus prendas propias le conquistaban, organizó en la Clínica Primavera, hasta seis cursos anuales de Ortopedia y Traumatología, para posgraduados, con participación docente de profesores extranjeros.

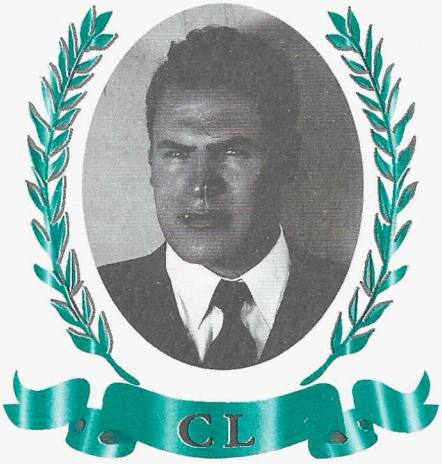
Fue miembro de la Sociedad Mexicana de Pediatría; de *The Medico Dental Study Club* de San Francisco, California; de la Sociedad Médica S.C.O.P.; de la Academia Americana de Cirujanos Ortopédicos de Chicago, y de la Sociedad Latino Americana de Ortopedia.

Una excesiva confianza en el manejo de los rayos X, desentendiéndose de sus niveles nocivos, hizo que sus radiaciones lo victimaran con una modalidad de expresión patológica comple-

ja, si bien de respuesta lesional identificable, pero incontenible-mente mortal.

El Dr. Alejandro Velasco Zimbrón, fue un hombre útil, fue un hombre bueno. Terminó su vida, cumpliendo un destino de infinitas realizaciones, en un historia de obras pías. Su ausencia debe llenar de lágrimas los ojos, de quienes recibieron su ayuda, enseñanzas y afectos.

Pablo Mendizábal Venegas



Luis Méndez

Se me ha encargado pronunciar breve oración en memoria de Luís Méndez. Me toca hacerlo en forma compendiada, para trazar rasgos del perfil humano de tan ilustre académico, de su fecunda y fructífera vida.

Luis Méndez, el primer Doctorado en Ciencias Médicas en la Universidad Nacional Autónoma de México fue: presidente de la Academia Nacional de Medicina; presidente de la Sociedad Mexicana de Cardiología; vicepresidente del IV Congreso Interamericano de Cardiología; vicepresidente del II Congreso Internacional de Cardiología; profesor de cardiología del pregrado y del posgrado de la UNAM; integrante del grupo precursor, al lado de Ignacio Chávez, del Servicio de Cardiología (Pabellón 21), del Hospital General de México, cuna de la especialidad en nuestro país; miembro fundador del Instituto Nacional de Cardiología; director médico del instituto Mexicano del Seguro Social de 1958 a 1970; vicepresidente del Primer Congreso Latinoamericano de Medicina de la Seguridad Social.

Nuestro personaje fue de aquéllos privilegiados seres quienes en su vida exclusivamente ganaron prestigio. Siempre fue querido, apreciado y respetado por todos; por su padre, el limpio revolucionario Don Luis Méndez, por su familia y seres queridos; también por sus condiscípulos y contemporáneos en la vida estudiantil universitaria; en el deporte, en el alpinismo; lo fue por maestros y colegas de la vida profesional, y también en su destacada actuación oficial como probo y eficiente funciona-

rio de la seguridad sociaI que profesó con plena conciencia, entusiasmo y eficiencia.

Siempre amable, bondadoso, cortés y comprensivo. Fuerte y tierno, recio y delicado, noble, generoso. Firme en sus principios y convicciones, congruente toda su vida. Inteligente, organizado, estudioso, culto y erudito.

Amaba la montaña, que con gran destreza y espíritu deportivo gustaba escalar, y lo hizo todavía hasta pocos meses antes de su muerte; gozaba de la naturaleza, del bosque y el paisaje, y en especial las elevadas cimas cubiertas de nieves eternas; disfrutaba la observación del firmamento, como caminante y experto montañista, conocía las claves y orientación de las estrellas y constelaciones. El nombre de Luis Méndez está inscrito en el Salón de la Fama Deportiva de la UNAM.

Desde la época estudiantil, fuimos condiscípulos y entrañables amigos de Luis Méndez, junto con Bernardo Sepúlveda, Antonio González Cárdenas y Enrique Sada Quiroga, entre otros muchos. Dentro de la cordial camaradería de nuestra escuela, formábamos un grupo solidario, afín en el espíritu y en la acción universitaria, en tiempos en los que nuestra casa de estudios se gobernaba en paridad de profesores y alumnos. La misión principal que entonces nos propusimos, fue promover al Maestro Ignacio Chavez a la dirección de la Escuela de Medicina. Como un solo hombre actuamos en un medio en el que venturosamente prevalecían los valores morales. Desde entonces estimamos las dotes intelectuales y entereza, propias de la diáfana y firme personalidad de Luis Méndez.

Cuando arribó al vigésimo quinto aniversario de su ejercicio profesional, Luis Méndez tuvo la satisfacción de conocer en vida, las opiniones que sobre él se expresaron. Leamos algunas de ellas.

Felipe Mendoza, entonces presidente de la Sociedad Mexicana de Cardiología, habló así; «Saludar con respeto al médico ilustre, al profesor destacado, al académico distinguido, y muy especialmente al hombre esforzado, generoso y leal, y hacer votos fervientes porque nuestra Corporación siga contando entre sus miembros activos a quien constituye ejemplo tan digno de imitarse. Ha contribuido a la literatura médica con muy numerosos trabajos, que se inicia en las primeras aportaciones mexicanas a la localización de los infartos del miocardio y se vuelcan después principalmente sobre la hipertensión arterial, sus consecuencias y su tratamiento, y sobre variados problemas angiológicos».

Salvador Aceves dijo de Luis Méndez: «Allí en el Instituto Mexicano del Seguro Social trabaja en bien del país, en juego su honradez intachable, su gran capacidad de trabajo, su idoneidad en suma. Seguirá adelante con su orgullosa pulcritud, servirá a la Patria con el celo, la limpieza y el tesón, que pone en sus obras, seguirá siendo un buen médico y un leal amigo, continuará siendo el recio apoyo de los suyos, el sostén moral de sus amigos y compañeros. Con su característica firmeza en el andar y en el pensar y en el actuar».

También en esa celebración de Luis Méndez, así se expresó Ignacio Chávez: «La línea de su vida no se ha desviado jamás, vida de estudio, de trabajo, de fidelidad a su vocación. Paso a paso fue ascendiendo en su carrera hasta dominarla en lo profesional y en lo académico, como clínico consumado, como maestro y como investigador. Hoy es uno de los grandes sostenes de la cardiología en México. Su actividad fue siempre igual que su entusiasmo, y su entusiasmo nunca fue menor que su alegría, alegría sana, orgánica, vital. Supo hermanar la recia preparación científica y el cultivo interior de fina calidad humanística. Ha logrado ese equilibrio entre la serenidad del científico y la pasión generosa del hombre que ha sabido ser siempre leal a sus ideas y a sus sentimientos de nobleza y elevación. El Instituto Nacional de Cardiología le debe la obra destacada que realizó como fundador del Servicio de Angiología; pero le debe algo más: su ejemplo de constancia en el trabajo diario, su entrega limpia a la obra común, su muestra de honestidad científica, la nobleza de una amistad que no admite distorsiones. Todo ello podría concretarse diciendo: la pulcritud de su conducta frente a la Institución y a sus hombres».

Sabemos cómo Luis, admiró y respetó al maestro Ignacio Chávez, con quien lo unieron cálidos lazos espirituales, de afecto, solidaridad y lealtad.

Luis Méndez realizó trascendente transformación institucional en el IMSS, si bien ya entonces existían ciertos núcleos en los que se realizaban eficientes tareas. Su obra comenzó por organizar y poner en funcionamiento las nuevas unidades que comprendía el Centro Médico Nacional, cuya construcción inició y adelantó Gustavo Baz durante el sexenio del Presidente Manuel Avila Camacho; se prosiguió y concluyó dicho Centro Médico Nacional bajo el mandato presidencial de Adolfo Ruiz Cortines, con Ignacio Morones Prieto como Secretario de Salubridad y Asistencia.

Luis Méndez, contando con valiosos colaboradores. Bernardo Sepúlveda entre ellos, establece las bases médico sociales para impartir asistencia, prevención, enseñanza e investigación en las nuevas unidades hospitalarias, mismas en las cuales así se origina y desarrolla notable progreso de la medicina en la seguridad social, y en el país. Aun vive el IMSS, veinte años después, los beneficios de tal obra, iniciada y desarrollada por Luis Méndez y su competente grupo.

El jueves 11 de febrero del presente año 1982 se rindió homenaje postumo a Luis Méndez, dedicando en su memoria el Curso Internacional organizado por la Sociedad Mexicana para el Estudio de la Hipertensión Arterial "al brillante profesor, eminente cardiólogo, hombre cabal, que dejó fecundo legado a la humanidad».

En tan significativa conmemoración, el doctor Jorge Escudero de la Peña expresó que «el 16 de julio de 1981 la cardiología mexicana se vistió de luto por la desaparición de uno de sus hijos más queridos, el Maestro Luis Méndez». Agregó, que «la pena que su muerte ha causado en todo el ámbito médico es explicable, por haber sido uno de los pioneros de esta especialidad en el país y uno de sus más destacados representantes y por tratarse también de un clínico completo, maestro verdadero y hombre íntegro». Hizo además el doctor Escudero una completa biografía de nuestro personaje, con mención de sus méritos y logros profesionales, incluyendo el tratado, que ambos, Méndez y Escudero, publicaron sobre Hipertensión arterial esencial.

Armando Cuéllar Padilla, del grupo fundador del Instituto Nacional de Cardiología, escribió sobre Luis Méndez a fines de diciembre de 1981 en los Archivos del Instituto de Cardiología de México: «Prudente y mesurado, sabía escuchar opiniones ajenas y divergentes, trataba a todos con tolerancia y sencillez, con dignidad y respeto. Su intervención le permitía elaborar respuestas sensatas a los problemas o preguntas que se le planteaban». «En medio de su enfermedad conservó su imagen, su serenidad, entereza y lucidez, y pese al conocimiento que tuvo de un cercano desplome, no aceleró su trabajo pero tampoco lo amortiguó, sino hasta semanas antes de su fallecimiento. Así bajó a la tumba un hombre que con orgullo pudo haber pensado momentos antes de morir: misión cumplida».

Doy término a estas palabras, recordando que Luis Méndez era orador purista, expresivo, conceptuoso, con definidos rasgos de pensador; sentaba opiniones, tesis, apoyado en su ma-

nera de ser, en su preparación y pensamiento, en sus ideales y convicciones, como esforzado campeón pleno de esperanzas por el mejor presente y futuro de la especie humana, por la que tanto trabajó. La colección de documentos grabados de viva voz en sus disertaciones, en poder del doctor Francisca Olvera Esnaurrizar, tienen un considerable valor como legado intelectual de Luis Méndez, que pervive, sobre temas humanos, sociales y médicos. Tan sólo mencionemos este concepto: "la medicina del futuro contará con una serie de dispositivos que liberarán de muchas tareas al médico, y a sus auxiliares, pero no lo liberará nunca, de la responsabilidad de comprender al hombre».

En la serenidad de sus últimos días, dispuso que sus cenizas mortales fueran depositadas en las alturas nevadas por las que tantas veces discurrió, alturas que dieron paz a su cuerpo y a su espíritu.

Es así como prosigue integrándose la grandeza y la tradición, ricas en valores humanos, de esta Academia, que hoy conmemora con reconocimiento el recuerdo de un hombre que forjó valiosas tareas en los anales de la medicina mexicana.

Norberto Treviño Zapata

Rafael Méndez Martínez

Esta noche rendimos homenaje póstumo al maestro Rafael Méndez Martínez. El Instituto Nacional de Cardiología de México, al que honrosamente hoy represento, no podía estar ausente en este acto al recordar con reverencia a una de sus personalidades más ilustres.

Sin el tiempo, ni la necesidad, de entrar en el detalle minucioso de su obra científica, debo sí, al menos, esbozar facetas de esa vida a la que hoy recordamos con respeto.

Nacido en Lorca, España, en 1906, se doctora en medicina en la Universidad de Madrid en 1928. Hay en las páginas de su *curriculum vitae* signos indicadores que señalan al estudiante distinguido desde sus arranques. Realiza a continuación estudios de posgrado, ya con clara tendencia a la investigación, en Edimburgo, Escocia, y luego en Berlín, para con ello, a los dos años de graduado y a los 24 de edad, ingresar como profesor auxiliar de la Facultad de Medicina de Madrid. De este tiempo data ya un artículo publicado en una revista internacional referente al antagonismo de la adrenalina por ergotamina, lúcido precursor del gran avance terapéutico actual de posibilidad de ocupación y de bloqueo de los receptores adrenérgicos, así como lo es otro que delimita las relaciones de independencia de los fenómenos eléctrico y mecánico del corazón, mismo que deja huella. En 1932 realiza estudios de investigación científica en Londres. En 1935 pasa a Sevilla como profesor de la cátedra de farmacología, aunque regresa pronto a Madrid para ocupar la jefatura de la

sección farmacológica del Instituto Nacional de Farmacología, controlador oficial de los medicamentos del Estado español.

En su planeada y activa vida científica aparece, sin embargo, el nubarrón que pronto explota en tormenta, de ese trágico e impresionante episodio de todos los tiempos que fue la Guerra Civil Española, misma que lo arrastra por convicción al lado de la segunda República, con el valor que brinda, aparte, la vehemencia, y en la que participa activamente hasta el desplome total de esa gran causa, a fines de marzo de 1939. Este episodio trágico, tan lesivo para su carrera científica, ennoblece en cambio su vida personal.

Cargando el problema emocional de trasterrado ideológico, llega a Boston, en los Estados Unidos de Norteamérica, donde debe abrirse camino en ese medio tan competitivo y elevadamente científico. De su potencialidad intelectual habla el hecho de haber sido pronto incorporado como investigador asociado a la Facultad de Medicina de Harvard, en donde permanecerá cuatro años, hasta 1943, y en donde participa activamente en la enseñanza y publica artículos de investigación hasta donde la Segunda Guerra Mundial lo permite.

En 1943 es llamado por la Universidad de Loyola, en Chicago, con el nombramiento de Profesor Asociado y en donde sólo un año y medio después es ascendido al puesto de Jefe del Servicio de Farmacología de dicha universidad. En el curso de esos años de trabajo y estudio, modifica la técnica del preparado cardiopulmonar de Starling, conocida hoy como el método de Krayer y Méndez.

A mediados de 1946 termina esta segunda etapa de la vida científica del doctor Méndez cuando el trasterrado cambia a un nuevo país, al ser llamado para ocupar el puesto de Jefe del Servicio de Farmacología del recién creado, en 1944, Instituto Nacional de Cardiología de México, por Ignacio Chávez. Llega en esa época de oro de nuestro joven y pujante instituto, cuando acaba de finalizar la Segunda Guerra Mundial y cuando en paradójica madurez juvenil, la institución está cuajada de figuras maestras en la clínica cardiológica y en la mística de trabajo, en fisiología, anatomopatología, electro y vectocardiografía, hemodinámica, fisiología pulmonar, la pionera y pronto universal angiocardiografía, y que es, al mismo tiempo, centro de aglutinación y radiación en nuestro país, de la reumatología, nefrologia, inmunología, otorrinolaringología y oftalmología. Pronto se agregará a ese conjunto magnífico la naciente cirugía cardíaca.

A partir de allí arranca la tercera etapa de la labor científica de investigación farmacológica de Don Rafael Méndez, permanentemente continuada hasta pocos años antes de su muerte, en que nos acompañó lúcido de mente, espigado en lo físico y activo en el trabajo. Fueron así 45 sus años de labor depurada y permanente en México, con proyección y repercusión científica internacional. Durante esas décadas su labor de investigador,y además de educador fue trascendente. Durante su estancia en México publicó 107 trabajos, de los cuales 40 aparecieron en las más importantes revistas extranjeras de farmacología en el mundo. Apenas en 1978 las citas de sus trabajos en revistas internacionales rebasaban la cifra de mil quinientas, en el llamado Citation Index.

Sus líneas de investigación fundamentales fueron tres: la de los compuestos digitálicos, la de los fármacos antiarrítmicos y la de los receptores adrenérgicos en la circulación coronaria. En el campo de los primeros fue profuso su estudio de la acción fisiológica de la digital en nivel de los diversos tejidos cardíacos, realizado a veces con montaje de técnicas originales y propias. Esta serie ha sido citada con amplitud en revistas y libros de texto de varios países, citas internacionales que promedian el número de 50 por año. De este capítulo, un observador nacional escribió hace ya años que «probablemente constituyen los trabajos científicos realizados en México por cualquier investigador biomédico, que han tenido mayor repercusión en la literatura médica internacional». Yo aquí agregaría, en justicia, también, a los de la escuela electrocardiográfica mexicana de Sodi Pallares y Cabrera, del mismo Instituto Nacional de Cardiología y cabría en el México de los años noventa profundizar en la aseveración.

El capítulo de los fármacos antiarritmicos fue también enriquecido por sus investigaciones, algunas realizadas con la ayuda de su propio método experimental llamado «de la doble arritmia». En el nivel de la circulación coronaria estudió los receptores beta en ellos contenidos, el antagonismo del propranolol con las catecolaminas, así como los circuitos especiales de conducción o intermodales.

Es de admirar, además, que la labor fuese actual, en tanto investigador activo y en tanto Subdirector General de Investigación en el Instituto Nacional de Cardiología. Paralela esta labor de investigación estuvo la de jefe de grupo y formador de escuela. Son varios y especialmente valiosos los nombres de sus alumnos, ahora profesores destacados en la investigación en

universidades y centros de estudios avanzados, situados en el país o bien establecidos en los Estados Unidos.

Esta, su labor científica, le fue ampliamente reconocida. Baste señalar que en 1964, en el solemne centenario de la Academia Nacional de Medicina recibió el Premio Carnot, y que en 1978, en la sesión solemne de clausura del año académico se le encomendó la «Conferencia Miguel Jiménez». Como culminación en 1978, recibió de manos del C. Presidente de la República el Premio Nacional de Ciencias, que tan selectamente otorga el Gobierno Mexicano.

En 1985 tuve el privilegio de recibirlo como Miembro Honorario en nombre de la Academia Nacional de Medicina. De mis palabras de bienvenida tomaré para las de este día el párrafo inicial y el final. Retratan frescas ahora, como entonces, una faceta fundamental de su personalidad humana. Le dije en aquella ocasión:

«Don Rafael Méndez, miembro de esta ilustre y centenaria Academia Nacional de Medicina de México desde abril de 1950, ingresa hoy, oficialmente como Miembro Honorario de la misma. Es este un honor que nuestra Academia sólo reserva para el grupo circunscrito de los especialmente selectos. Bastaría con revisar los nombres de sus predecesores, circunscribiéndose al de los Honorarios Mexicanos, para constatar que un nombramiento tal es, en nuestro país, de la más alta distinción para una vida académica que labora alrededor del área biomédica. Su otorgamiento exige una labor científica de excelencia, permanentemente presente y reconocidamente fecunda, carente de retrocesos o desvíos, aparte de una personalidad humana no vulnerable. Un científico superior, para ganar el respeto cabal, debe poseer, más allá de su aparente riqueza en ciencia, las características de personalidad que le aporten la cultura, el humanismo e importantemente, una sólida integridad moral. Al ser este el caso Rafael Méndez Martínez entra al sitial por la puerta única que es la puerta grande».

Ya para finalizar aquel acto agregué:

«Español por la raíz, por el temperamento y por la sangre, y mexicano por naturalización desde 1949, Rafael Méndez ha sabido honrar a sus dos patrias, quienes lo ven como propio. Dejó allá viejos y honrosos recuerdos, siempre renovados. Cuenta aquí con siempre renovados alumnos y amigos afectuosos.

A España supo desde muy joven honrarla con amor, con talento y con la vehemencia de su acción. Muy cercano por la vía de la ciencia y de las ideas con su profesor don Juan Negrín, tuvo el privilegio de participar con él a través de una inesperada carrera ideológico-política durante la Guerra Civil Española, al ser nombrado en 1937 por aquél, quien era entonces Jefe de Gobierno, como Subsecretario de Gobernación. Participó así en el gabinete del último Primer Ministro de la República Española, don Juan Negrín, bajo la presidencia de Don Manuel Azaña.

En el apasionante libro de Julián Zugazagoitia, aquél periodista bilbaíno del grupo de Don Indalecio Prieto y quien fue el penúltimo Ministro de Gobernación del febril gobierno de Negrín, de 1937 a 1939, se ve frecuentemente aparecer, junto con la figura juvenil de Don Rafael Méndez, el relato de aquellos días trágicos, los de un Gobierno Republicano en fiera retirada, que refugiado en Barcelona va perdiendo terreno para finalmente irse aglomerando en rabia, tumulto y angustia contra los Pirineos y contra el mar en febrero de 1939. Entre el grupo de los muy cercanos a ese Gobierno de la legalidad, de Azaña, y de Negrín, Gobierno en agonía, que sigue los caminos de Figueras y remata en las últimas casas españolas de Perthus, de la Jonquera, en las estribaciones fronterizas francesas del Pirineo, Rafael Méndez abandona físicamente España a los 32 años de edad, sin poder reingresar a ella días después, como lo hace valerosamente Negrín quien vuelve a Madrid, dado el hecho de haber recibido una comisión. Finalizada esa guerra el 1º de abril de 1939, después del dramático tumulto estéril de Alicante, se cierra ese episodio juvenil en la vida de Rafael Méndez. A partir de ahí, su vida toma el camino más tranquilo de la investigación científica, tamizado con la serenidad, la sobriedad en el vivir y el decoro en el trabajo, seguido en línea ininterrumpida de décadas y a la que hoy venimos a rendir homenaje».

Un privilegio inesperado de esta vida me hace ser yo quien ahora le entregue el diploma correspondiente. En casos como el de Rafael Méndez, hoy Miembro Honorario de la Academia Nacional de Medicina de México, se entrecruzan como desde hace siglos, los caminos de España y México en el acto de conquistar y en el de ser conquistados, recíprocamente. De ese entrecruzamiento de España y México el 13 de agosto de 1521, día de la caída de nuestra gran Tenochtitlán, me parece frase elegante y serena la

que esculpida en piedra aparece en la Plaza de las tres culturas del gran centro ceremonial indígena de Tlaltelolco, reconstruido por el Gobierno de la República Mexicana y que dice: «No fue triunfo ni derrota, sino el venturoso nacimiento del pueblo mestizo que es el México de hoy».

Seis años después acabamos de verlo partir de esta vida con la serenidad del hombre sabio y del hombre bueno. El Instituto se inclina reverente ante su figura pionera e ilustre.

Ignacio Chavez Rivera

Antonio Sordo Noriega

Todos los aquí presentes lamentamos profundamente el fallecimiento del señor doctor Don Antonio Sordo Noriega, acaecido el 8 de noviembre de 1973.

Tuve el honor de conocer al doctor Sordo en condiciones muy especiales, que revelan su carácter bondadoso y su espíritu siempre dispuesto a brindar ayuda a los demás. Al final del año 1935, estando yo recién recibido, busqué un pequeño hospital en que se hiciera beneficencia; recorrí la mayor parte de los que existían entonces y en ninguno encontré posibilidades de trabajo. Así llegué al hospital «Concepción Josefa» (Av. Morelos 16, en la Villa de Guadalupe), institución actualmente desaparecida.

Fui recibido por el director cuyo nombre inclusive yo ignoraba, y después de hacerme algunas preguntas respecto a mis antecedentes de trabajo, me abrió las puertas del hospital y me encargó de dar consulta externa, unas veces gratuita y otras con pequeña remuneración. Poco tiempo después, me dio la oportunidad de ayudar en sus operaciones permitiéndome practicar bajo mi responsabilidad todas aquellas que a su juicio pudiera yo realizar.

Durante el tiempo que el doctor Sordo fue director de este hospital mejoró la atención médica; llamó como colaboradores a Gabriel Araujo Valdivia como pediatra, a Julio Chávez Montes como endocrinólogo, a Joaquín Carmona Paulín como ortopedista y a Carlos E. Talancón como urólogo; a Manuel Rosas le hizo cargo del trabajo del laboratorio y organizó un grupo de anestesiólogos de reconocida capacidad.

Cuando se presentaba algún caso que consideraba no podía ser satisfactoriamente resuelto por el personal del hospital, nunca dudó con verdadera humildad y responsabilidad médica en llamar a cualquiera de los mejores especialistas de México, con la mayoría de los cuales estaba relacionado.

Fue distinguido discípulo del maestro Don Isidro Espinosa y de los Reyes, colaborando con él en muchos aspectos de la atención materno-infantil. Dirigió durante algunos años el dispensario que estuvo ubicado en la misma calle Morelos de la Villa de Guadalupe. Posteriormente desempeñó el puesto de director de la maternidad de «Las Lomas», antigua casa «Del Periodista» y que actualmente lleva con toda justicia el nombre de «Maternidad Isidro Espinosa y de los Reyes». Allí su labor también fue fructífera, seleccionando y educando al personal y mejorando en forma evidente la atención de la madre menesterosa y de su hijo recién nacido.

Con su clientela privada siempre actuó con honestidad y acierto, logrando con ello gratitud y afecto en numerosos hogares.

Profesor de obstetricia en la Facultad de Medicina, cátedra que desempeñó con asiduidad y acierto, le interesaron especialmente los estudios hechos por Duque de Estrada sobre la morfología anormal de algunas pelvis mexicanas. Fue miembro de la Sociedad de Pediatría y socio fundador de la Asociación Mexicana de Ginecología y Obstetricia, agrupación a la que perteneció hasta su muerte.

Ingresó a la Academia Nacional de Medicina como miembro numerario, llegando a ser socio titular de la misma. Entre los trabajos científicos que presentó, existe uno de especial interés en el que se refiere a la acción farmacológica del *zoapatle*, planta que tantas tragedias ocasionó en obstetricia y que resultó tan útil en el manejo de las metrorragias.

Que reciba el señor doctor Don Antonio Sordo Noriega este póstumo y modesto homenaje, como señal de afecto y de estimación de sus compañeros y amigos y como maestro el agradecimiento de los que tuvimos el honor de ser sus discípulos.

Alcibíades Marván

Carlos Véjar Lacave

Se ha dicho y es verdad, que podríamos sentirnos satisfechos en nuestra vida si supimos siempre hacia donde deseábamos ir, si participamos en la evolución de nuestro tiempo, si en nuestra relación con nuestros semejantes no sólo no asimilamos sus debilidades, sino que contribuimos a superarlas, y finalmente si nuestra mente continuó avanzando aun en la hora de la decadencia. Palabras que parecen haber sido escritas expresamente para el señor doctor Carlos Véjar Lacave, miembro de esta Academia Nacional de Medicina, desaparecido el 15 de mayo de 1989, quien contribuyó a la evolución de su tiempo a través del objetivo de su vida y en sus últimos años, a pesar de penosas enfermedades, su pensamiento se elevó hasta alturas espirituales difíciles de alcanzar.

A su memoria dedicamos estos momentos desde la tribuna de esta Corporación, a la que dedicó desinteresadamente muchas horas de su vida. Entró en ella el 12 de abril de 1950, y en su órgano, la Gaceta Médica de México, de la que fue editor varios años, aparecieron en total 24 artículos suyos, el último en enero de 1987.

Inmune a la intriga y a las ansias de poder, poseedor desde muy joven de un anhelo de perfectibilidad que deseó para todos, su actividad, difícil de resumir por ser tan vasta, la desarrolló como médico privado, institucional, hospitalario, maestro de la Facultad de Medicina de la UNAM y de la Escuela Médico Militar, funcionario de la Institución de Seguridad más grande de la

República, editor y articulista de revistas médicas y no médicas, entre ellas la de la Facultad de Medicina. Miembro de numerosas asociaciones médicas, científicas, culturales y de acción humanitaria, en ocasiones su fundador, promotor de actividades artísticas. Escritor, ensayista, autor de quince libros y un honroso cargo no profesional, Embajador de nuestra Patria en Helsinki. Dignidad que sólo han alcanzado tres médicos, miembros de esta Academia todos ellos: él, Francisco Castillo Nájera en Washington, en tiempos difíciles, y Norberto Treviño Zapata, en Roma.

Afortunadamente, su obra escrita permitirá a las generaciones venideras conocerlo y conocer la evolución de su pensamiento, desde sus obras de juventud hasta la hora mística.

Nació en Jalapa, el 13 de enero de 1908. En 1920 se inscribió en la Escuela Nacional Preparatoria y hasta 1924 recibió las lecciones de los sabios maestros heredados del antiguo régimen, que se desarrollaban en un ambiente nuevo. Porque Vasconcelos, primero Rector y después Secretario de Educación Pública, revolucionó el medio intelectual, e hizo que los muros de su Secretaría y los de San Ildefonso se cubrieran con el fruto del talento y la imaginación de los grandes maestros del movimiento muralista mexicano. Su admiración a Vasconcelos y su mutuo afecto fueron permanentes. Lo acompañó hasta la última de sus enfermedades.

Pero no fue éste el único lazo de amistad que contrajo en la Preparatoria. Desde ahí seis amigos se acompañaron en el estudio de la medicina, en el ejercicio profesional y en el transcurso de la vida: Leopoldo Chávez, Agustín Navarro, Luis Sánchez Bulnes, Luis Vaquero, Carlos Véjar y Gustavo Viniegra desmintieron lo que a menudo se afirma, que no hay amistad que dure toda la vida.

Su sentido de la amistad lo llevó a disfrutar y sufrir en común. Por eso escribió: «La dicha que se comparte se engrandece y el dolor que se comparte se desvanece». De su generación de estudiante primero y después profesional, fue permanente lazo de unión.

Los días 8 y 9 de mayo de 1931 presentó su examen profesional que, 50 años después, así recordaría: «9 de mayo de 1931, yo, saliendo del Hospital General de mi ciudad, agitando como estandarte magnífico un papel que me declaraba Médico Cirujano; me hacían compañía los abrazos, las sonrisas y las felicitaciones. Se terminaba la etapa estudiantil y comenzaba la etapa respon-

sable de enfrentarme a la vida, sin más esfuerzos que el mío y sin más ayuda que mis aptitudes y mi trabajo». Frase que debería hacer suya todo estudiante al recibir su título profesional.

El 29 de abril de 1938 contrajo matrimonio con Celia Pérez Rubio, fiel compañera desde entonces, apoyo en sus trabajo. Por propia voluntad, ayuda única en las enfermedades que, desgraciadamente, lo aquejaron en sus últimos años. Sus hijos Carlos y Estela son dignos herederos de la categoría de sus padres.

La correcta relación entre médico y enfermo fue su tema central y a ello habremos de concretamos, amén de sus artículos dedicados específicamente a ella y a sus referencias en gran parte de sus publicaciones. A este tema dedicó dos libros: «La deshumanización de la medicina» y «Bajo el signo de Esculapio». Y la conclusión a que se llega es que la doctrina del doctor Véjar supera la relación comprensiva y afectuosa que aconsejan la mayor parte de los autores. Para él es indispensable otro elemento: la bondad, a la que se refiere en su última contribución a esta Academia, a la que llama «ingrediente obligado en la relación médico-paciente. No sólo es un modo de ser o un carácter espontáneo, sino una medida terapéutica que merece ser tomada en cuenta por los médicos generales y especialistas, puesto que muchas veces actúa mejor que nuestras drogas. Un médico que no sea bondadoso, no sabrá acercarse al enfermo y fracasará ante la estructura mental de muchos pacientes que buscan comprensión». En ello radica su originalidad.

Espíritu abierto al bien, a la belleza, a la verdad, cultivó la ciencia médica en busca de verdades, el arte en busca de la belleza y luchó por la moral y por el bien. La hora mística es fruto de sus horas de meditación en busca de perfección.

Termino con palabras suyas, que muestran la esencia de su alma: «Este es el ideal que ha soñado mi espíritu para la tragedia apasionante de mi profesión, son sus normas las que han configurado mi ser y es la doctrina de amor la que ha regido mis actos. El valor del individuo se mide por su capacidad de amar. Por eso el hombre que más amó, Jesucristo, ha sido el de más alto rango en el linaje humano, abrió sus brazos y toda la humanidad cupo en ellos. Debemos hacer de nuestras vidas una historia de amor, predicar la buena nueva a nuestros hermanos y hacer que nazca y se engrandezca nuestra fe». El doctor Véjar descansa en paz.

Pedro Ramos Ramos

Jorge Muñoz Turnbull

Esta Academia, fundada en 1851 me ha hecho el inmerecido honor de designarme para que dirija a ustedes unas palabras de respetuosa evocación a la figura señera del doctor Jorge Muñoz Turnbull, quien ingresó a nuestra corporación el 18 de abril de 1951, esto es el mismo año en que ella cumplía su primer centenario.

No podré tener la palabra mucho más allá de 300 segundos para expresar lo que tan distinguida persona representó para nuestra especialidad y con ello para los niños que —en uno solo o todos reunidos— son y serán siempre la esencia misma de la humanidad. Pero ese corto tiempo no representa obstáculo insalvable porque tiempo y espacio modulados por la emoción no tienen medida cuando se dedican a señalar las virtudes de un hombre, que, antes que nada, fue un caballero. Pero además, si las palabras empleadas en esta ocasión convocan con éxito a la emoción de los aquí reunidos, entonces, lo que pueda expresarse, por humilde, breve y desmañado que sea, tendrá fuerza suficiente para tramontar altura y descender a valles estremeciéndolos por su razón de ser. Llegará por tanto hasta el Macuiltepec, que cuida amoroso a Jalapa la bella, en la que el doctor Muñoz vio la luz primera el 12 de octubre de 1906, en donde transcurrió su niñez y cursó los años preparatorios.

Se unió en nupcias a Doña Matilde Muñoz en diciembre de 1925. Tan digno matrimonio logró reverenciar su estirpe y verla en su devenir a través de las generaciones, en tres hijos, doce nietos y diez bisnietos.

El maestro cursó sus estudios profesionales en nuestra Universidad Nacional y se recibió en enero de 1930. Poco después ganó, por méritos propios, una beca que le permitió estudiar pediatría durante dos años en Les Enfants Malades, hospital que para muchos de nosotros fue meta y deseo nunca alcanzados. En ese lugar aprendió con Debré y Nobecourt.

De regreso a México tuvo actuación destacada en el primer curso de pediatría realizado en nuestro país y de inmediato formó parte de la cohorte de jóvenes pediatras que dieron vida a los Centros de Higiene, fundados gracias al empeño de Isidro Espinosa de los Reyes y de Mario Torroella. Más adelante se incorporó a la Casa de Cuna de Coyoacán, que renacía bajo el impulso de esa ejemplar juventud hacedora de la incipiente pediatría mexicana, una de cuyas metas era la fundación del Hospital Infantil de México que, por cierto, alcanzaron.

En ese hospital, el doctor Muñoz colaboró desde un año antes de su inauguración y tuvo el mérito de adiestrar a las enfermeras seleccionadas, que entonces no las había con especialidad en niños.

Ya inaugurado el nosocomio, fue Jefe de los Servicios de Preescolares en donde tuvo muchos alumnos; de entre ellos fueron colaboradores destacados Joaquín de la Torre y Adrián Pérez Ramírez, ambos ya fallecidos.

Debo ser breve sobre las aportaciones específicas que son meollo de su curriculum. A la sociedad Mexicana de Pediatría nos trajo el gotero de Murphy, que hacía posible el goteo endovenoso de soluciones hidratantes según el método de Karelitzy con ello abandonar la absurda aplicación subcutánea de sueros en niños deshidratados.

Realizó además una investigación sobre colitis mucohemorrágica en animales publicada en nuestra Gaceta Médica De México, y como clínico se interesó en los síndromes de mala absorción pero, además, en los trastornos nutricios del lactante y del preescolar, reuniendo amplia casuística de niños pelagrosos. Como resultado de ello publicó un libro titulado: Alimentación infantil y trastornos nutritivos del niño, del que hubo cuatro ediciones.

Pero no sólo fueron alumnos del maestro los que formó en el Hospital Infantil. Tuvo además a su cargo una cátedra de pediatría en la que transmitió toda su filosofía humanista.

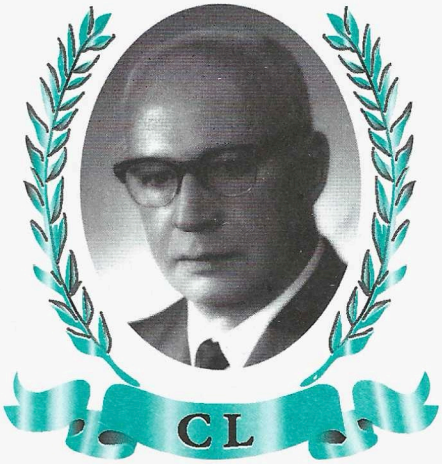
Quisiera mencionar aquí a tres de esos alumnos: el primero, ya fallecido, fue Rogelio Hernández Valenzuela, fundador nada menos que del Servicio de Pediatría del ahora Centro Médico La Raza.

Más joven que él, y ya también fallecido fue Odilón Chávez Gaytán, con el que el doctor Muñoz realizó un estudio muy convincente sobre la necesidad de respetar y enseñar a respetar a los niños a través de la técnica de libre demanda en la alimentación, lo que para muchos de nosotros ha sido inspiración y grata obligación.

El tercero de ellos, caballero como el maestro, fue su alumno predilecto. El doctor Javier Luengas B. En la década de los setentas demostró ser pediatra de excelencia y de excepción por su laboral frente de una Sala de Día del Servicio de Nutrición del Hospital de Pediatría del Centro Médico Nacional. No puedo extenderme en ello, pero sí decir que, en amable convivencia con los médicos de sus hijos, madres humildes de niños muy desnutridos que habían sobrevivido, veían luz de esperanza y se reconciliaban con la vida, pues el alumno seguía, con renovado impulso, la filosofía transmitida por el maestro inolvidable.

Como ustedes ven, el doctor Jorge Muñoz Turnbull supo sembrar y cosechar y gozó de una verdad eterna, la de que la medicina es y debe ser una filosofía social del más alto nivel, que ve más allá del enfermo, ve al grupo todo y a su circunstancia, ve, ciertamente, a la humanidad.

Rafael Ramos Galván



Alberto Guevara Rojas

Hablar de Alberto Guevara Rojas, es hablar del hombre, esposo, compañero, amigo, y sobre todo, maestro.

Nace en la ciudad de Puebla el 18 de enero de 1907. Sus pasos lo llevan a ingresar a la Universidad Nacional Autónoma de México donde concluye la carrera de Médico Cirujano, obteniendo su título el 4 y 5 de diciembre de 1929. De pensamientos claros y mente inquieta, busca a través de la enseñanza, despertar en los estudiantes la búsqueda del conocimiento.

Bajo la tutoría del profesor Ocaranza, se inicia como ayudante de prácticas de laboratorio del curso que éste impartía en la antigua Escuela de Medicina; posteriormente, funge como profesor de fisiología general; y más tarde, de fisiología humana. Adquiere, por oposición, la plaza de profesor titular de tiempo completo en el Departamento de Fisiología en 1967.

La práctica clínica fue siempre su fiel compañera. Empieza como practicante numerario, después como médico interno y sub-jefe de servicio, hasta llegar a Jefe del Laboratorio de Pruebas Funcionales y Electrólitos en 1944, donde permanece con entusiasmo dirigiendo ese servicio hasta 1970. Sus tareas académicas junto con sus labores hospitalarias, le crean una cualidad que él expresaba como: «en el hospital consideran que soy un fisiólogo entre los clínicos; y en la Facultad, un clínico entre los fisiológos».

Es el camino de la investigación lo que le lleva a buscar nuevos rumbos fuera de nuestras fronteras. Del 8 de septiembre de 1941 hasta el 30 de agosto de 1943, colabora en varios labora-

torios con el profesor C. J. Wiggers, uno de los clásicos de la fisiología del aparato cardiovascular; y con el profesor Harry Goldblatt, en la Universidad de Cleveland.

Otra área del conocimiento que ha despertado gran interés en ese joven fisiólogo, es la Fisiología Renal, es por ello que acude con gran entusiasmo al laboratorio del profesor Homer Smith del Instituto Rockefeller en la ciudad de Nueva York. De su estancia en estos laboratorios, se originan varios trabajos excelentes de investigación sobre fibrilación ventricular, y uno sobre el choque espontáneo en la preparación corazón-pulmón. En dos de estos trabajos, los nombres de Guevara Rojas y Sodi Pallares, quedan enlazados. Escribiendo estas líneas, viene a mi memoria, la palabras de «Mr. Cat», con frecuencia el maestro nos contaba sus experiencias en estos laboratorios y cuando, su maestro Smith le presentó a «Mr. Cat». Era el gato, el animal de experimentación que más se usaba.

Después de dos años de estancia por tierras extranjeras, regresa a la patria para convertirse en el guía de un buen número de jóvenes dispuestos a escuchar sus enseñanzas y compartir con él, el espíritu de crítica, tanto en el departamento de Fisiología de la Facultad de Medicina, como en el pabellón de Urología del Hospital General. Aplica su mentalidad científica a la práctica privada y a todos los actos de su vida, riguroso consigo mismo, lo era también con todos los que le rodeaban.

Perteneció a varias asociaciones académicas, tanto nacionales como internacionales. Fue socio fundador de la Sociedad Mexicana de Nefrología y de la de Urología. Ingresó a esta sociedad, que hoy le rinde un merecido tributo, el 23 de abril de 1952.

Sus enseñanzas dejan huella, dirige tesis de licenciatura y de posgrado. Publicó diversos trabajos científicos y asistió como miembro regular a los numerosos congresos de la Sociedad Mexicana de Ciencias Fisiológicas, quien en su reunión celebrada en la ciudad de Guadalajara en agosto de 1982, le rindió un merecido homenaje. En 1983, ocupa la cátedra Alejandro Celis. Junto con José Puche, se dan a la tarea de estructurar los cursos de posgrado de la Facultad de Medicina, iniciándose con el de superación personal académico, que más tarde se transformaría en los cursos de maestría y doctorado en ciencias biomédicas. Siempre fiel a la enseñanza, coordina la materia de Fisiología Avanzada. Dos alumnos dejó en fase de Registro de Tesis de los Cursos de Maestría, este año dos graduados más pasarán a formar parte del grupo que tan acertadamente dirigió el doc-

tor Guevara Rojas. En estos trabajos quedarán sus ideas sobre la regulación del sodio. En el último trabajo publicado, hizo un diseño de una sonda para recoger orina en animales despiertos, su ingenio para desarrollar esta técnica, permitirá continuar algunas de las ideas, por él expuestas, sobre el metabolismo del sodio.

También deja huella en la administración. Ocupó varios cargos académico-administrativos. Siendo Director de la Facultad de Medicina el doctor José Laguna, le invitó a colaborar como Secretario de Ciencias Básicas, ocupó también la Coordinación de la Sub-División de Ciencias Biomédicas y sufrió la tribulación de ser Jefe de Departamento.

Fue miembro de cuerpos colegiados como el Consejo Técnico, en dos ocasiones; todos escuchaban sus aportaciones, serenas y bien pensadas, siempre con juicio crítico. Perteneció al Consejo Universitario formando parte de la Comisión del Mérito Universitario. Formó parte de la Comisión Dictaminadora de Ciencias Básicas. Nuestra máxima casa de estudios, le tributó el máximo honor como universitario, designándolo profesor Emérito el 16 de enero de 1985, al año siguiente, recibe el galardón de Premio Universidad por su labor como docente e impulsor de muchas generaciones actuales de investigadores de gran renombre, quien supo plantar en sus mentes, la semilla de la investigación, de la búsqueda del saber.

Aún hoy recuerdo sus sabios consejos que me permitieron vislumbrar el sendero para no perderme en los caminos de la investigación, así como en los de la administración. ¿Quién no recuerda, afligido por un problema, haber acudido al Maestro para que nos ayudara a encontrar el camino de la verdad, del saber? ¿Quién no recuerda los seminarios de los sábados en el departamento de Fisiología en los que jóvenes inexpertos hacían su primera presentación, esperando la crítica dura, pero constructiva?; los maratones de discusión previos a un Congreso. Había que prepararse para toda clase de preguntas. Sesiones de discusión que permitían a los jóvenes, madurar y prepararse para el largo camino que los aguardaba.

Las cenas en su casa, como buen gourmet, buena comida y excelentes vinos; Angelita a su lado, compañera inseparable, memoria de sus viajes. No tan sólo logró el éxito académico, también en su vida privada alcanzó la felicidad que anhelaba. Con su esposa Angelita formó un matrimonio unido y feliz. Ella le apoyó y estimuló, juntos compartieron penas y alegrías, viaja-

ron por tierras extranjeras, disfrutaron de la buena música y la lectura. De este matrimonio se procrearon dos hijos, Martha y Alberto, a quienes les dieron todo su amor; de los hijos hubo nietos que alegraron su vida y que con frecuencia se refería a ellos con el orgullo del patriarca, fundador de una hermosa familia.

Compartir con ellos todos esos momentos, dejaron huella en nosotros. Ahora, todos los aquí reunidos, podemos decir:

¡Gracias maestro! ¡Descansa en paz,
Alberto Guevara Rojas!

Rosalinda Guevara

Feliciano Palomino Dena

El recordar al maestro Feliciano Palomino Dena me honra por múltiples motivos. Primeramente por los lazos de respeto y admiración en nuestra relación maestro-discípulo ya que fue un pilar muy importante en mi formación como oftalmólogo, posteriormente laboré en su servicio como médico adscrito y tuve el privilegio de sucederlo en la jefatura de oftalmología del Hospital de Pediatría. Otros lazos igualmente importante fueron los de una afectuosa amistad que, afortunadamente, se extendieron a nuestras familias y me proporcionaron momentos y experiencias muy agradables e inolvidables.

Ahora bien, el doctor Feliciano Palomino Dena nadó en Noria de los Angeles, Zacatecas. Hizo sus estudios primarios, secundarios y preparatorios en la ciudad de Aguascalientes.

Obtuvo el título de Médico Cirujano en la Escuela Médico Militar en 1932. Su internado lo efectuó en el Hospital Central Militar de 1934 a 1938. Ejerció en el mismo hospital como médico externo durante diez años y estuvo en el Home Laboratory de la Universidad de Harvard un lapso intermedio de 1941 a 1942.

Fungió como Jefe de Oftalmología de 1948 a 1952 en el Hospital Central Militar.

Simultáneamente ejerció el mismo cargo en el Hospital Infantil de México de 1942 a 1963.

Del hospital antes citado pasó a responsabilizarse de la misma jefatura al Hospital de Pediatría del Centro Médico Nacional del IMSS en 1963.

Al jubilarse fue invitado a ser Director Médico del Instituto de Oftalmología de la fundación «Conde de Valenciana» desde 1976 hasta 1988.

Su primer cargo docente fue profesor ayudante de oftalmología en la Escuela Médico Militar de 1940 a 1952.

Posteriormente, de 1956 a 1970 fue profesor adjunto de la misma cátedra en la Universidad Nacional Autónoma de México.

En 1970 obtuvo la titularidad vitalicia de oftalmología en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México.

En la docencia de postgrado, dependiente de la División de Estudios Superiores de la Facultad antes mencionada, fue profesor en la especialidad de oftalmología desde 1963 hasta 1974.

En 1974 fue nombrado profesor titular de la especialidad de oftalmología de la misma facultad como tal fungió hasta 1988, año de su muerte.

Participó como profesor titular o conferencista en 21 cursos monográficos de postgrado.

En el campo de las publicaciones científicas se deben señalar 42 artículos médicos relacionados básicamente con la oftalmología. Y fue autor y coautor de tres libros médicos.

Perteneció a múltiples sociedades médicas de las que mencionamos algunas: Colegio Mexicano de Médicos Militares, Sociedad Mexicana de Oftalmología, Sociedad Mexicana de Pediatría, Sociedad Mexicana de Estrabismo, Asociación Panamericana de Oftalmología, Sociedad Cubana de Oftalmología, Sociedad Peruana de Oftalmología y Sociedad Francesa de Oftalmología.

También fue colaborador brillante de importantes consejos médicos como: Miembro del Consejo Latinoamericano de Estrabismo, Miembro del Consejo Mexicano de Oftalmología y Miembro del Consejo Internacional de Oftalmología.

Entre las academias médicas de las que fue miembro se pueden citar académico titular de la Academia Nacional de Medicina, académico emérito de la Academia Mexicana de Cirugía, miembro de la Academia Mexicana de Pediatría y miembro honorario de la Academia Norteamericana de Oftalmología.

Ocupó la presidencia de la Sociedad Mexicana de Oftalmología de 1947 a 1948.

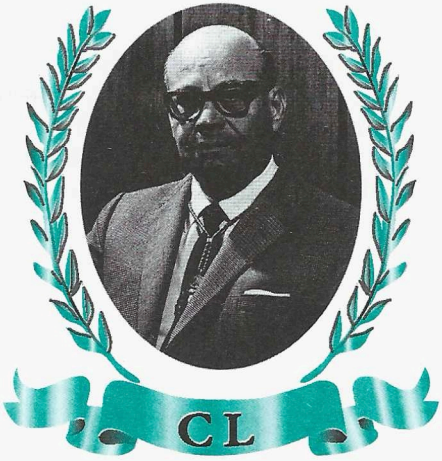
Representó a México como delegado treinta años, desde 1948, en la Asociación Panamericana de Oftalmología y fue presidente de esa importante asociación en el período 77-79.

General de Brigada del Ejército Mexicano.

Condecoración República Dominicana otorgada por el Presidente Joaquín Balaguer en 1987.

Por todo lo anterior considero que al Profesor Doctor y General Feliciano Palomino Dena muy justificadamente se le puede llamar «Fundador de la Oftalmología Pediátrica Mexicana».

Florencio Antillón



Edgar J. Becerra Aguilera

Cumplo con la honrosa, y a la vez triste misión, de recordar al maestro y amigo, doctor Edgar J. Becerra Aguilera, miembro titular de esta Corporación, quien falleció en esta ciudad el 20 de noviembre de 1987, después de una penosa enfermedad que se prolongó por varios meses.

Don Edgar, hijo de Don Agustín Becerra y de Doña Ignacia Aguilera, nació en el Distrito Federal en 1905. Hizo sus estudios primarios y secundarios en esta misma ciudad y los profesionales en la Facultad de Medicina de la UNAM, graduándose el 27 de diciembre de 1934, cumpliendo con ello los sueños de su infancia, estimulados desde temprana edad por Don Ricardo Garza Galindo, gran amigo de la familia.

De 1936 a 1951 trabajó como médico interno en el Hospital Juárez; desde entonces, fue miembro de la Sociedad de Cirugía del propio hospital y en 1938 llegó a ser nombrado Jefe de Clínica Propedéutica Quirúrgica de la Escuela Nacional de Medicina de la UNAM, clase que impartió hasta 1951 y en la que en uno de sus primeros cursos tuve el privilegio de ser su alumno.

Durante los años transcurridos en el Hospital Juárez haciendo cirugía general al lado de grandes maestros, como Don Clemente Robles y Don Gustavo Baz, fue interesándose en los problemas de la región anorrectal que no eran bien diagnosticados ni tratados adecuadamente. Esta inquietud lo llevó a formar el primer Servicio de Proctología del Hospital Juárez. No contento con ello y con objeto de perfeccionar sus conocimientos

en este campo, logró una beca especial de la Fundación Rockefeller que le permitió realizar estudios de proctología durante año y medio en el *Columbia Medical Center* de *New York*, en las clínicas Mayo de Rochester y Lahey de Boston, asi como en el Temple Hospital de Philadelphia. La categoría de la beca gestionada por don Gustavo Baz, secretario de Salubridad, gracias a los méritos mostrados por el doctor Becerra, no sólo le abrió las puertas de los hospitales mencionados sino que le permitió hacer amistad personal con las grandes figuras de la proctología norteamericana de aquellos años, como fueron: Buie, Fansler, Curtis Rosser, Swinton, Conamore Burt, etc.

Al regresar a México, su entusiasmo e interés por la especialidad fue aprovechado por sus amigos los doctores Salvador Zubirán y Bernardo Sepúlveda, compañero este último del doctor Becerra durante toda su carrera, para crear el Servicio de Proctología del naciente Hospital de Enfermedades de la Nutrición, el que gracias a la buena selección de sus integrantes pronto cobró fama, llegando a constituir el Instituto Nacional de la Nutrición.

En este magnífico medio de trabajo, además de dar a conocer y divulgar su especialidad, pudo satisfacer otro de sus anhelos: la enseñanza y la dignificación de esta rama de la medicina, que era objeto de muchas irregularidades y manejos muy alejados de la ética profesional. Creó un servicio que en su momento llegó a ser catalogado como el que menor número de equivocaciones diagnósticas tenía dentro del hospital.

Su interés especial y cariño por los médicos jóvenes le llevó a formar un grupo importante de nuevos proctólogos: los doctores Colorado, De Esesarte, Minvielle, Pardo Gilbert y Alonso. Con sus primeros alumnos organizó y dirigió el primer Curso de Posgrado en Proctología, dependiente de la Dirección de Estudios Superiores de la UNAM, en donde se prepararon nuevos especialistas en ese campo como los doctores Corral, Sastré, Sosa y Elorriaga. Este curso se siguió repitiendo hasta la salida del doctor Becerra del Instituto Nacional de la Nutrición, en 1963. Además de la enseñanza, dejó a todos sus discípulos un principio ético invaluable para el manejo de los enfermos y la seriedad de sus publicaciones.

Su amistad con el doctor Ignacio Chávez y el respeto que el maestro le tenia al trabajo del doctor Becerra, hizo que desde 1948 fuera nombrado consultor en proctología en el Instituto Nacional de Cardiología. En ese mismo año fue nombrado miembro del Co-

legio Americano de Cirujanos y unos años más tarde, ingresó a la Sociedad Americana de Proctología, en donde pronto pasó de asociado a miembro activo; durante muchos años asistió a las reuniones anuales de esta Sociedad, que se llevaron a cabo en distintas ciudades de la Unión Americana.

1953 ingresó a esta Corporación, en la sección de Cirugía General, en donde tomó parte activa y participó en diversas comisiones; en 1975 pasó a la categoría de miembro titular.

Por iniciativa del doctor Becerra y junto con otros proctólogos, se fundó en 1959 la Sociedad Mexicana de Proctología, de la que don Edgar fue su primer presidente. Esta Sociedad, en sus casi 30 afios de vida, ha trabajado con regularidad, sesionando mensualmente con temas científicos y culturales. En el transcurso de esas tres décadas ha tenido varias reuniones nacionales e internacionales, y sesiones conjuntas con casi todas las sociedades mexicanas de otras especialidades. Ha organizado cursos de posgrado, tanto aquí como en numerosas capitales de los estados. La mayoría de los especialistas distribuidos por la República se prepararon en los principales centros hospitalarios del Distrito Federal, bajo los auspicios de la Sociedad. El doctor Becerra fue también el primer presidente del Consejo Mexicano de Enfermedades del Colon y del Recto.

En los primeros años de la década de los sesenta ingresó a la Asociación Mexicana de Gastroenterología y en 1963 pasó como asesor a la Subdirección Médica del IMSS. Sus conocimientos e interés por los aspectos clínicos de la amebiasis lo llevaron a trabajar muy de cerca con el doctor Bernardo Sepúlveda.

Escribió numerosos trabajos científicos, la mayoría de los cuales fueron publicados en la Revista de Investigación Clínica del Instituto Nacional de la Nutrición y en los que siempre buscó la colaboración de sus discípulos más allegados.

No cabe duda que el impulso que le dio don Edgar a la especialidad, fue un factor importante para darla a conocer y hacerla indispensable en el medio hospitalario. Las necesidades actuales del país de requerir más médicos generales que especialistas, fue causa de que desaparecieran algunos servicios de proctología, con lo que no estoy muy de acuerdo, por vivir diariamente la trágica experiencia de ver lo tarde que se diagnostican los tumores de colon y recto, debido a la poca importancia que el médico general presta a los sangrados rectales o a los cambios de hábito intestinal. Creo que debemos adaptamos a las condiciones del país, pero haciéndonos necesarios en la medicina de primer contacto, bien

educando a los médicos generales o bien creando pequeños departamentos o secciones de proctología a ese nivel y limitando su función al puro diagnóstico; los verdaderos servicios de proctología quedarían en todos los centros hospitalarios de tercer nivel, en donde se confirmarían los diagnósticos y se trataría a los pacientes adecuadamente.

El ejemplo de Don Edgar es un reto que nos deja y cuya estafeta debemos tomar todos los proctólogos y nuestra sociedad.

Así como logró el doctor Becerra su éxito profesional, también en su vida privada alcanzó la felicidad que anhelaba. Con su esposa Jenny formó un matrimonio unido y muy feliz. Ella lo ayudó y estimuló en su profesión y juntos compartieron penas y alegrías; recorrieron gran parte del mundo y disfrutaron de la buena música y de la lectura, aficiones que junto con el golf ocupaban sus tiempos libres. Jenny y Don Edgar tuvieron tres hijos: Edgar, Jenny y Lucila, a quienes dieron la mejor educación, tanto en instituciones de enseñanza nacionales como extranjeras. Edgar, hizo una carrera brillante y actualmente es un experto en matemáticas puras; Jenny, siguió el mismo camino y es maestra en matemáticas; y Lucila, hizo sus estudios en sociología. De los tres hijos hubo nietos, que afortunadamente alcanzó a disfrutar en los últimos años de su vida.

Don Edgar fue un hombre bueno, recto y siempre fiel a sus amigos, que cumplió con todos sus deseos en la vida. Descanse en paz.

La Academia Nacional de Medicina, por mis conducto, rinde homenaje al doctor Becerra y acompaña a su familia en su dolor por tan irreparable pérdida.

Manuel Peláez Cebrián

Edmundo Buentello y Villa

Cumplo, por invitación de la honorable presidencia de la Academia Nacional de Medicina, con la honrosa comisión de analizar y hacer resaltar los méritos, los altos méritos académicos y biográficos del compañero y amigo doctor Edmundo Buentello, fallecido el 7 de julio de 1979. Mi genuina amistad hacia él no hará sino acentuar con emoción aquellos perfiles, más bien virtudes de su personalidad y las peculiaridades con que matizó su largo historial de médico, con vehemencia de servicio a sus semejantes, ya sea a sus pacientes en el campo de la clínica psiquiátrica, o bien hacia aquellos sus semejantes que no alcanzaron un nivel de capacidad para lograr su equilibrio con normalidad en la sociedad.

Quiero enfatizar que el doctor Buentello estuvo dotado de cualidades como persona, como esposo, como padre, como amigo. Sus virtudes fueron apreciadas y estimadas por todos los que lo conocimos y tratamos, honesto, honrado, sincero, cumplido, lleno de afanes en su trabajo, altamente responsable, cumplido en sus metas de trabajo y obligaciones; hombre de fina educación y trato formal, serio al afrontar sus compromisos; trascendía en su personalidad, especialmente su alto sentido del deber y de dignidad. Supo juzgar al prójimo por sus cualidades, estimándolas con discreción y nunca utilizó la distorsión de los valores de sus semejantes, a quienes estimó y comprendió, poniendo sus servicios hacia aquellos que consideró necesitaban de su asistencia médica y humana.

Inicialmente fue durante años en el Manicomio de La Castañeda, el médico clínico, el psiquiatra para el individuo; siguió una trayectoria ascendente de jefe de practicantes en el manicomio, posteriormente médico con distintas asignaciones, siempre con el óptimo cumplimiento de sus deberes; culminó su trayectoria de clínico, hasta ser designado director del Manicomio de La Castañeda, de 1944 a 1945. Destacó como uno de los pioneros de la psiquiatría institucional y fue de los fundadores de la Sociedad de Médicos del Manicomio, así como de la Sociedad Mexicana de Neurología y Psiquiatría en el año de 1937; más tarde fue secretario de la misma Sociedad, de 1945 a 1951. Asiduo concurrente a sus sesiones e incansable promotor de las actividades científicas de aquella, en la que eramos pocos, pero muy polémicos, como para tener que afrontar más críticas que estímulos, Edmundo Buentello siempre, por sus cualidades, la ecuanimidad, la formalidad, actuó ejemplificando con trabajo y laboriosidad. Cumplió en esta etapa del desarrollo incipiente de nuestra especialidad, con firmeza, constancia y tenacidad en aquellas metas de trabajo.

En su currículum impresiona lo heterogéneo de sus futuras actividades; poco a poco se fueron perfilando otros intereses profesionales, hacia la psiquiatría forense. Destacó como uno de los psiquiatras más conocedores de nuestras leyes penales y sus procedimientos; intervino en múltiples dictámenes médico legales, psiquiátricos y cultivó relaciones profesionales con destacados jurisconsultos. A veces me parecía más interesado en la jurisprudencia que en la psiquiatría clínica. No se conformó con la actividad clínica concreta, que nos apasiona a otros. Desarrolló una amplia labor docente: fue profesor de Psicología General en la Preparatoria; profesor asistente en la Clínica de Psiquiatría de Salazar Viniegra; profesor de cursos de Criminología; profesor de Higiene Mental; fue fundador de la Clínica de la Conducta de Prevención Social de la Secretaría de Gobernación y juez del Tribunal para Menores de la misma. Adquirió experiencia en el manejo de los menores delincuentes; se interesó en los problemas sociales de la psiquiatría; publicó un libro sobre higiene mental y múltiples artículos sobre muy variados problemas de la conducta social anormal de los menores; se interesó por el estudio de los diversos factores de la delincuencia. Su productividad científica fue dentro de un parámetro amplio, que se inicia con la clínica psiquiátrica y se desenvuelve hacia la psiquiatría forense, la higiene mental, la psiquiatría social y preventiva. Este afán de conocimientos hacia las múltiples facetas

del ser humano, me hace pensar no sólo en su interés cognoscitivo, sino en un definido designio de reformador social, con gran sentido humanístico. Podríamos calificarlo como uno de los precursores de la psiquiatría social y psiquiatría comunitaria.

Ya jubilado, el doctor Buentello todavía promueve y logra la creación de un Patronato para los Reos Liberados, ex-convictos en libertad pero sin esperanzas de trabajo. Nuestro compañero fundó albergues para hombres y mujeres, así como albergues juveniles, donde se alojaban estos grupos humanos, para quienes consiguió recursos económicos y logró una preparación que les sirviera para satisfacer sus necesidades económicas y evitar recurrencias delictuosas. Su ideal, hasta en esta última etapa de su vida, con su salud ya quebrantada, fue siempre dar servicio al semejante, reivindicarlo y rehabilitarlo en la sociedad y en su propia persona. Parece que emprendía las empresas más difíciles, como buscar trabajo a los reos excarcelados y darles un amparo institucional; se enfrentó a los mayores obstáculos de una sociedad básicamente punitiva. Este último esfuerzo resume lo que fue: un luchador social, que crea, promueve y realiza unidades de servicio. Su apostolado fue un constante esfuerzo a favor de los más desvalidos. Los pioneros, realizadores y tenaces deben ser permanentemente reconocidos y admirados. La Academia, por mi modesta voz, la voz de la amistad, rinde este sencillo homenaje a su memoria.

Mario Fuentes Delgado

Enrique Cabrera Cosío

Sus cenizas reposan en La Habana, capital de la isla fascinante. Falleció en Moscú la tarde del jueves 9 de enero de 1964 a consecuencia de una invasión neoplásica del cerebro, pero él está aquí entre nosotros y su presencia seguirá, por generaciones, desbordando el ámbito de esta honorable Academia. A ella llegó hace 11 años (el 8 de abril de 1953) a ocupar un sillón de Medicina Interna con aclamación unánime, porque ya para entonces tenía sitial destacado entre el grupo más selecto de los médicos mexicanos.

Sin discusión alguna fue el miembro sobresaliente de 1a. generación que inició sus estudios profesionales en 1936. La Escuela Nacional de Medicina le otorgó en los seis años de la carrera calificaciones más altas que a todos los que tuvimos el don de ser sus compañeros, y al darle el título de médico cirujano, el 15 de junio cíe 1952, selló el reconocimiento de los méritos extraordinarios de Enrique Cabrera Cosío con mención honorífica.

Tras de un año de preparación de medicina interna en el «*Presbyterian Hospital*», de Nueva York y luego de trabajar briosamente en el Hospital General de la ciudad de México y como Jefe del Servicio de Enfermedades Parasitarias del Hospital para ferrocarrileros, se incorpora de lleno, al lado del Dr. Demetrio Sodi Pallares, al pelotón de avanzada que iniciaba la marcha por los campos de la cardiología moderna desde la base de operaciones que había sentado el maestro Ignacio Chávez en el Instituto Nacional de Cardiología.

La recia preparación en disciplinas fundamentales, la permanente y asombrosa laboriosidad y, sobre todo, el diamantino talento que poseía Enrique Cabrera lo llevaron en breve lapso a las entrañas mismas de la electrocardiografía que disecó con esa finura de análisis casi cruel que poseía y las exhibió elegantemente en una serie de publicaciones que empezaron a circular más allá de las fronteras cardiológicas del país.

Apenas transcurridos cuatro años de su dedicación a las disciplinas electrocardiográficas, en el invierno de 1948, invitado por el profesor Pierre Soulié, dictó en París una serie de conferencias sobre las bases electrofisiológicas de la electrocardiografía cuya alta, calidad académica y científica, la hizo constituir un libro que, en francés, editó la casa Masson, con éxito tan sorprendente que, para marzo de 1950, se había agotado totalmente la edición.

Las dimensiones internacionales que, ya cuando apareció esa obra, había alcanzado Cabrera, quedaron delineadas por el profesor Daniel Routier en el prefacio de la misma, en que escribía: «El doctor Enrique Cabrera me pide presentarlo al lector. Esta petición me parece injustificada puesto que ningún lector cardiólogo ignora el nombre de Cabrera. A pesar de su juventud, él está ya firmemente cimentado y la cardiología le debe toda una serie de trabajos que ponen su nombre en el primer plano de la vanguardia científica».

Esos trabajos a los que aludía el profesor Routier en 1949 no fueron sino las primicias de la caudalosa contribución científica que en 70 artículos originales hizo a la medicina el ilustre académico. Los publicó, con pocas excepciones, en revistas nacionales, muy preferentemente en los archivos del Instituto de Cardiología de México, desdeñando innúmeros ofrecimientos que le hicieran revistas médicas extranjeras de más amplia difusión y de hombradía más aparente. Con ello dio una prueba más de acendrado amor a la institución que abrigó sus años de investigador y lo tuvo como digno subdirector, de 1951 a 1954, y a la patria que lo cuenta entre sus hijos preclaros.

La maduración y el enriquecimiento constante en el saber del que siempre laboraba en la vanguardia científica, lo llevan a compendiar la «Teoría y Práctica de la Electrocardiografía», con incorporación magistral de la vectocardiografía (que le es inseparable técnica y científicamente) en el hermoso documento bibliográfico que editó la Prensa Médica Mexicana, en 1959. La importancia de esta otra obra de Cabrera para todos los car-

diólogos hizo que el mismo año fuera editada en italiano y en francés.

El investigador profundo, de amplia y renovada información, de inagotables recursos analíticos, traía consigo un limpio venero de inextinguible amor al hombre y un terso don de saber comunicarse con él. ¿Qué de sorprendente tiene, pues, que este hombre singular haya consagrado gran parte de su vida a la enseñanza? El maestro Cabrera contribuyó sustancialmente a la formación de 15 generaciones de estudiantes de medicina en nuestra Facultad; a un número mayor de promociones de médicos internos, residentes y becarios del Instituto Nacional de Cardiología y, con suave voz, dicción precisa, método férreo y fácil y sencilla manera, sembró cursos y conferencias de electro y vectocardiografía en todo el continente, desde Detroit, Kansas, Omaha, Burlington y Nueva York, en los Estados Unidos, hasta Buenos Aires y Santiago de Chile, pasando por la mayoría de las capitales de Centro y Sudamérica, a muchas de cuyas sociedades médicas perteneció como miembro honorario o correspondiente.

Pero no sólo América oyó el mensaje de Cabrera. Además de París y Lyon, Praga y Estocolmo, Wroclaw en Polonia, Leningrado, Shangai, Pekin, lo tuvieron como conferencista invitado. ¡Cuán pocos en tan corto tiempo han prestigiado tanto y tan calladamente el nombre científico de México!

Y este hombre era un médico en el pleno sentido del concepto. Conocedor de la doctrina, dominaba los métodos de exploración con sutileza, tamizaba sabiamente la información recogida, medía su densidad semiológica y la articulaba con primor en el diagnóstico. Aprovechaba ventajosamente los recursos curativos y, sobre todo, tenía un amor consustancial al semejante, que tanto más operaba cuanto más desvalido se encontraba el enfermo. Sin riesgo alguno de caer en el «cinismo tecnológico» siempre supo ver en el enfermo a la criatura dolorida de Maimónides. Tal parece que a Cabrera le fue concedido lo que imploraba ese médico filósofo de la corte de Saladino: «Concédeme la fortaleza, la oportunidad y el tiempo, para corregir siempre los conocimientos que he adquirido y extender siempre su alcance, pues el caudal de la sabiduría humana es inmenso y el espíritu del hombre puede extenderse infinitamente, enriqueciéndose cada día con nuevas necesidades. Hoy descubre sus errores de ayer y mañana puede ver con nuevas luces aquello de que tan seguro está el día de hoy».

Otros elementos extraordinarios se tejían en la urdimbre interior de aquel hombre. Tenía fina sensibilidad estética que cultivó amorosamente desde su infancia. Fue admirable pianista de refinada técnica, matizada elocuencia, rico y variado repertorio que pudimos gozar en veladas memorables sus amigos y sus discípulos. Tan exquisita era su dotación a este respecto que, de no haberse decidido como lo hizo por el arduo camino de la medicina, su nombre estaría inscrito ahora entre los grandes concertistas profesionales si hemos de atender al juicio de varios de los pianistas de prestigio internacional que con él trabaron amistad en sus mocedades.

El virtuoso ejecutante era también musicólogo profundo y erudito como lo prueban con creces los ensayos magistrales que publicó en la revista Humanismo: «Mozart, un símbolo de vida» y «El genio dialéctico de Juan Sebastián Bach», que los críticos conocedores elogiaron grandemente.

La bondadosa disposición de Cabrera para el desvalido disparó la pluralidad de sus mejores impulsos hacia la esfera social y política y en ella hurgó y hurgó con ahínco hasta vivir realidades hirientes que antes desconocía; se adentró más y más en las complejidades y en las injusticias de la estructura económico-social contemporánea y una vez convencido, limpia y plenamente se echó a andar por los caminos que a él le parecían los mejores para llegar a la solución de tales problemas.

Lúcido talento científico, magistral capacidad docente, rica y generosa personalidad médica, exquisita y cultivada sensibilidad estética, naturaleza indómita que se rebeló contra la injusticia y la mentira, todo era matizado con sana alegría y fino sentido del humor que nunca lo abandonaron. Pese a la vehemencia de sus convicciones, la inflexibilidad de su lógica contundente y el vértigo de su dialéctica zigzagueante, todas sus múltiples facetas se mostraban con desnuda y sencilla sinceridad, con suave fluir, sin estrépito, de manera armoniosa y reposada que no dejaba traslucir las violentas borrascas interiores que agitaron su espíritu.

Parafraseando lo que él dijo de Mozart, «supo volcar su espíritu sin reticencias ni rencores, en una dicha quieta que respiraba conciliación y comprensión, logrando que la alegría y la transparencia no fuesen meras peculiaridades de su carácter sino resultado armonioso y equilibrado de la emoción y la razón en impulso permanente de superación».

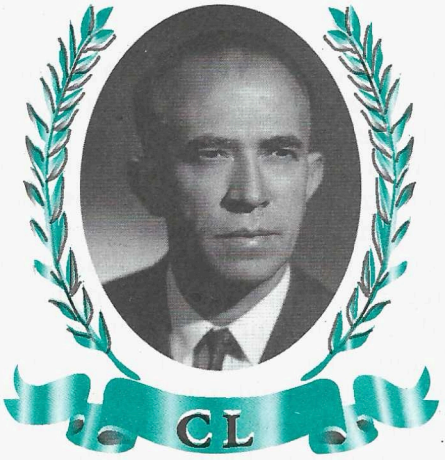
Personalidad tan polivalente se asentó con firmeza en una diáfana bondad, hermanada con viril decisión y noble dignidad

Academia Nacional de Medicina

que lo llevaron a construir monolíticamente, con su ejemplo, la demostración viva y perenne de que no es una utopía la congruencia cabal entre vida y pensamiento.

Las cenizas del cuerpo de este hombre, tronchado en plenitud, volverán algún día a esta tierra que amó tanto; mientras tanto, él estará aquí entre nosotros y sobrevivirá por generaciones desbordando el ámbito de esta honorable Academia.

Felipe Mendoza



Alejandro Celis Salazar

Se iniciaba el año de 1946, hace de esto 26 años, cuando me acerqué al doctor Alejandro Celis con la idea de orientar mi actividad profesional a la neumología y a la cirugía endotorácica que en aquella época nacía en nuestro medio. Escogí a Alejandro Celis como maestro y guía porque vi en él a un médico maduro con gran espíritu de trabajo y que era el motor de la cirugía que yo deseaba aprender.

Indudablemente Alejandro Celis fue un gran hombre, un espíritu objetivo, que necesitaba comprobación evidente de los fenómenos para deducir sus conclusiones. Fue un clínico moderno y como tal desechó todos aquellos signos y maniobras, producto de antiguas escuelas, que más confundían que ayudaban en la elaboración del diagnóstico. Llegó a conocer la radiología del tórax como el mejor; era este método de exploración particularmente atractivo para él, pues su objetividad le permitía comprobar lo que enseñaba la clínica o descubrir patología silenciosa.

Se inició en la cirugía de la pared del tórax, llegó a dominar la toracoplastia y fue creador de una técnica quirúrgica para realizar el neumotórax extrapleural. Fue él quien estimuló al doctor Julián González Méndez para convertir el pabellón, en aquella época de Cirugía General, en el primer servicio de Cirugía Endotorácica de México. Era extraordinario ver el esfuerzo y tesón de Alejandro Celis para hacer progresar esta nueva cirugía.

Incursionó después en el terreno de la traumatología del tórax y ahí también hizo escuela y estableció principios de diagnóstico y de tratamiento.

Al mismo tiempo laboraba en la enseñanza y en la investigación; en la enseñanza fue un médico de hospital que dedicaba la mayor parte del día al trabajo y a los enfermos, fue un maestro completo. Como profesor de pregraduados continuamente procuraba entregar al alumno la síntesis de los conocimientos; como profesor de graduados practicó la enseñanza directa al discípulo. Los que aprendimos de él permaneciendo durante largas horas a su lado en el hospital, pudimos constatar su esfuerzo continuo y su espíritu de estudio inquebrantable. Fue enemigo del aislamiento, convivió con todos los médicos en todos los servicios; diariamente recorríamos los pabellones del Hospital General para intercambiar conocimientos con los médicos y de esa manera integrar cada vez más el conocimiento de la neumología; nunca creyó en la especialidad aislada, siempre la consideró como parte de toda la medicina y situó al órgano perfectamente bien dentro de los aparatos o los sistemas.

Como investigador fue extraordinario, perseguía la demostración objetiva; sus actividades las llevó a cabo tanto en la investigación clínica humana, como en la experimentación animal. La exploración de las cavidades cardiacas y de los vasos pulmonares recibió una ayuda considerable con sus estudios cardioangio-neumográficos; sus investigaciones sobre linfografía del corazón así como su contribución sobre la patogenia de la embolia pulmonar, constituyen bibliografía obligada para quienes desean saber de estos temas; murió sin que en nada se viera menguada su capacidad de investigador, parece que el saberse mortalmente herido, acrecentó su espíritu inquisitivo y pocos días antes de irse, todavía recopilaba bibliografía y estimulaba a quienes con él investigaban.

Su espíritu académico fue manifiesto, sentía un gran respeto por las agrupaciones científicas y estaba siempre pronto a la crítica constructiva para mejorar las sociedades médicas. En la Academia presentó comunicaciones de alta calidad científica y colaboró en la Gaceta con lo mejor de sus investigaciones.

Mucho más podría yo decir de mi querido maestro ahora desaparecido; fue un hombre bueno aunque daba el aspecto de una rudeza que no tenía, fue tímido pero ostentaba el orgullo y la vanidad de quien se sabe valioso, su inteligencia buscaba continuamente las ideas concretas, su voluntad era capaz de vencer

los más grandes obstáculos, tuvo un vigor físico extraordinario, podía trabajar durante largas horas durante mucho tiempo casi sin experimentar fatiga. Los que durante muchos años vivimos a su lado, pudimos darnos cuenta de que sus cualidades eran las de un verdadero guía.

Naturalmente la mayor parte de sus empresas fueron de éxito, sin embargo, también tuvo fracasos y fue capaz de demostrarnos que aun en la adversidad tenía espíritu recio, que era capaz de hacer lo que debía sin esperar necesariamente el triunfo, sino quedando satisfecho con el cumplimiento del deber.

No quería morir, puso cuanto estaba de su parte para curarse con una enorme ansia de vivir; a sus discípulos nos dio la oportunidad de ayudarlo durante su enfermedad para poder restituir aunque en mínima parte, la gran cantidad de beneficios que como invaluable don, de él habíamos recibido.

Murió en la cúspide del prestigio y de la producción científica; lo único que podemos ya decir es que dejó en el medio médico mexicano un hueco tan grande que por el momento no se percibe quién puede llegar a ocuparlo.

Carlos R. Pacheco

Guillermo Dávila

El día 2 de agosto falleció en esta capital el Dr. Guillermo Dávila, miembro distinguido de esta Corporación. El Dr. Dávila, quien al morir contaba con 64 años, nació en la ciudad de México, donde también cursó sus estudios primarios, preparatorios y profesionales. En 1925, recibió de la Facultad Nacional de Medicina el título de Médico Cirujano.

Enumerar los logros y realizaciones del que fue durante su larga y productiva vida profesional uno de los psiquiatras mexicanos más queridos y respetados, tanto en México como en el extranjero, rebasa los límites de este breve relato en su memoria. No cabe duda que aún siendo muy estimable su producción científica escrita, recogida por las revistas de la especialidad, hizo sus aportaciones más valiosas en el campo de la Enseñanza, a la cual dedicó gran parte de su energía y en el de la asistencia de los enfermos en el Sanatorio Dr. Rafael Lavista, del cual fue director de 1934 hasta su muerte.

El Dr. Dávila fue profesor de psiquiatría en la Facultad de Medicina desde 1940 y a partir de 1955 tuvo a su cargo el curso de esa especialidad en el ciclo de graduados. Su interés en la psicopatología, lo llevó también a ocupar el puesto de profesor de esta materia en los cursos de psicología de la Facultad de Filosofía y Letras. De 1950 a 1956, fue jefe del Departamento de Psicología en esa dependencia universitaria.

Cuando en 1951 Erich Fromm inició bajo los auspicios de la Universidad Nacional de México, el adiestramiento en psicoaná-

lisis, el Dr. Dávila formó parte del primer grupo de psiquiatras mexicanos que recibieron la formación psicoanalítica. Después, como psicoanalista, contribuyó a la enseñanza en nuestro país de este campo de la psicología. A su muerte, ocupaba el puesto de director de la clínica del Instituto Mexicano de Psicoanálisis, del que fue uno de sus fundadores.

A más de ser miembro activo y honorario de numerosas sociedades psiquiátricas del país y del extranjero, presidió la Sociedad Interamericana de Psicología (1957-59); también ocupó la presidencia de la Asociación Psiquiátrica de la América Latina (1962-64). A partir de 1965 y hasta su muerte, ocupó la presidencia del Consejo Interamericano de Asociaciones Psiquiátricas.

Referencia aparte merece su labor como funcionario del Instituto Mexicano del Seguro Social, del cual fue uno de los fundadores y de cuyos servicios médicos fue director de 1944 a 1946 y presidente de la comisión del cuadro básico de medicamentos desde 1947.

En 1967, ya enfermo del mal que cortó su vida, fue objeto de un sentido homenaje por parte de los psiquiatras mexicanos. En esa ocasión, la Asociación Psiquiátrica Mexicana le nombró miembro honorario.

El Dr. Dávila fue hombre austero, poco interesado en los bienes materiales, generoso con su tiempo y con su saber. Como profesor estuvo dotado del talento de saber comunicar sus conocimienetos en presentaciones brillantes y ordenadas que dejaban siempre en los alumnos una huella y una inquietud. Hombre sin dogmatismos, abierto a todas las tendencias, supo estimular en los jóvenes el anhelo de saber y de servir, y muchos jóvenes talentosos tanto en el campo de la psicología como en el de la psiquiatría, le reconocieron su calidad extraordinaria como maestro. El Maestro Dávila pasa a ocupar un lugar en la historia de la psiquiatría mexicana en cuyo desarrollo le tocó participar con generosidad y distinción.

Ramón de la Fuente

Narno Dorbecker Casasus

Nació en México, D. F. el 22 de noviembre de 1906. Cursó el bachillerato en el Colegio Francés de 1922 a 1926. Obtuvo una amplia cultura general y aprendió bien los idiomas alemán, inglés y francés.

Estudió en la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de México de 1927 a 1933.

Sus primeras inclinaciones lo llevaron al estudio de la psiquiatría y de la endocrinología. Fue médico adjunto del manicomio general de 1933 a 1934 y jefe de servicio del mismo nosocomio de 1934 a 1936.

Dentro del campo de la endocrinología fue jefe de servicio de un consultorio tipo de la beneficencia pública, de 1937 a 1940 y publicó el síndrome de Dupuytren en la Revista de Endocrinología en 1939. En 1936 empezó a interesarse por la radiología que había de ser en definitiva su especialidad. Como todos en esa época fue un autodidacta y practicó la radiología general en la Clínica Londres y como radiólogo del servicio de neurocirugía del Hospital General de 1940 a 1944. Publicó «Signos radiológicos del síndrome cráneo hipertensivo» en la Revista del Hospital General de 1941 y «Signos radiológicos de los tumores hipofisarios» en 1942 en la misma revista.

A partir de entonces tendría que dejar de ser autodidacta y realizó estudios formales de la radiología relacionada con el aparato cardiovascular con los doctores Fariñas y Castellanos, en La Habana, de enero a mayo de 1943 y de mayo a diciembre

de este mismo con el profesor Merril Sosman en el hospital Peter Bent Birgham, de Boston.

En el año de 1944, en que se fundó el Instituto Nacional de Cardiología, fue nombrado jefe del Departamento de Radiología y miembro del cuerpo consultivo técnico del propio instituto.

Fue siempre un colaborador leal, activo y honesto que se entregó sin reservas a servir a esta institución durante 30 años.

Sus actividades fueron múltiples y la experiencia adquirida en su servicio de radiología se tradujo en las cualidades que demostró en la docencia, en una prolífica producción de trabajos científicos y en su actuación en congresos y reuniones médicas.

Profesor de la Facultad Nacional de Medicina desde 1947, sus alumnos asimilaban con facilidad sus enseñanzas que eran impartidas con lógica y claridad indudablemente pedagógicas. Dio cursos de radiología de posgrado y numerosas conferencias, tanto en el país como en el extranjero, en Bonn, Nueva York, Chicago, Bogotá, Sao Paulo, Córdoba, Tucumán, Lima, y otras ciudades.

Ingresó a la Academia Nacional de Medicina como académico de número el día 8 de abril de 1953. Su trabajo de ingreso Malformaciones pulmonares congénitas lo leyó el 23 de septiembre del propio año. En Gaceta Médica se encuentra un informe acerca de la XIII Reunión de la Asociación Médica Americana, que tuvo lugar en Dallas, Texas del 1 al 4 de diciembre de 1959 y a la que asistió como delegado de esta Academia, trabajo que, después fue leído en la sesión ordinaria del 29 de junio de 1960; otra publicación digna de recordarse fue la introducción al simposio Angiografía que tuvo lugar el 23 de marzo de 1966.

Para tener una idea de los numerosos trabajos de que fue autor o colaborador, parece indispensable mencionar los siguientes:

Valor diagnóstico de los angiocardiogramas, publicado en el Arch. Inst. Cardiol. en abril de 1947 y en el *American Heart Journal* en el mes siguiente.

Cavidades derechas y angiocardiografía, Arch. Inst. Cardiol, abril, 1949.

Dos casos de aneurisma de los senos de Valsalva, Arch. Inst. Cardiol, agosto, 1949.

Estudio filogenético de la persistencia del canal arterial, presentado en el III Congreso Interamericano de Radiología en Santiago de Chile, en 1949.

Comunicación interauricular y persistencia del conducto ar-

terioso, presentado en el III Congreso Interamericano de Radiología en Santiago de Chile, 1949.

Angiografía en comunicación interauricular, Arch. Inst. Cardiol., agosto, 1951.

Angiografía en conducto arterioso, Arch. Inst. Cardiol., agosto, 1951.

Estudio radiológico de la coartación aórtica, Rev. Mex. Radiol., 1952.

Tumores paracardiacos, Rev. Mex. de Rad., 1952.

La persistencia del conducto arterial. Estudio de 200 casos, Arch. Inst. Cardiol.,1953.

La coartación aórtica. Estudio de 59 casos. Arch. Inst. Cardiol., 1953.

Tiempo de circulación pulmonar. Hombro izquierdo ventrículo y hombro derecho ventrículo, Amer. Heart Jour., Junio 1954.

La angiocardiografía. Su valor diagnóstico en algunos padecimientos, Principia Cardiológica, diciembre, 1954.

Las lesiones mitrales desde el punto de vista de su operabilidad, presentado en el II Congreso Mundial de Cardiología, celebrado en Washington, D. C., 1954.

Estudios de angiocardiografía: El problema de la inyección, Amer. Heart Jour., marzo, 1955.

Semiología, radiológica de la aurícula izquierda, presentado también en el II Congreso Mundial de Cardiología celebrado en Washington en 1954 y publicado en Arch. Inst. Cardiol., julio-agosto, 1955.

Rayos X y cardiopatías congénilas. Persistencia del canal arterial, Principia Cardiológica, diciembre, 1955.

Radiología de la comunicación interauricular. Confrontación de los datos radiográficos y hemodinámicos, Acta Cardiológica, 1958.

La importancia de la exploración radiológica del esófago en cardiología, Principia Cardiológica, junio, 1958.

Imagen radiológica del pulmón en la estenosis mitral acentuada, Arch. Inst. Cardiol, marzo-abril, 1959.

Edema pulmonar agudo, correlación clínico-radiológica. Estudio de diez casos comprobados en la necropsia, Arch. Inst. Cardiol., septiembre-octubre, 1959.

Enfermedad tricuspídea, esplenoportografía. Informe preliminar, Arch. Inst. Cardiol, mayo-junio, 1963.

La presión del ventrículo sistémico durante el masaje cardia-

co externo. Resucitación completa en un caso de paro cardiaco. Arch. Inst. Cardiol., marzo-abril, 1964.

Hipertensión renovascular, Arch. Inst. Cardiol., mayo-junio, 1964.

Diagnóstico clínico y fluoroscópico con intensificador de imágenes de la calcificación mitral, Arch. Inst. Cardiol., septiembre-octubre, 1967.

Su trabajo Yugulografía en el estudio de tumores mereció el primer premio en la asamblea nacional de cirujanos.

Fue miembro fundador de la Sociedad Mexicana de Radiología y presidente de la misma en el año de 1956. La Sociedad le otorgó medallas conmemorativas de ambos acontecimientos y al fundarse la Federación Mexicana de Sociedades de Radiología el 16 de noviembre de 1974, se le nombró Presidente Honorario del consejo de esta organización.

Fue miembro del Comité Ejecutivo de la Sociedad Internacional de Radiología.

Presidente de la delegación mexicana a los congresos mundiales de cardiología de Munich, Monteral y Tokio, IX, X y XI, respectivamente.

Además fue socio fundador de las Sociedades de Endocrinología y de Neurología.

Miembro de la Sociedad Mexicana de Cardiología.

Miembro honorario de las sociedades de Cardiología y de Radiología de los siguientes países: Brasil, Colombia, Cuba, Chile, Panamá y Perú.

Miembro honorario también de la Sociedad Argentina de Cardiología y miembro correspondiente de la Sociedad Argentina de Radiología.

Narno, falleció súbitamente el día 6 de diciembre de 1974.

Todo aquel que lo trató llegó a ser su amigo y todos sus amigos lo recordaremos siempre con mucho afecto.

Le sobreviven su esposa, Doña Ma. Luisa Pizano de Dorbecker, sus hijas Ana Beatriz, Cecilia, Catalina y Ma. Luisa; 13 nietos y 2 bisnietos.

Francisco Bassols

Fernando López Clares

Hoy me ha tocado la honra, acompañada de profundo dolor espiritual, de redactar, en unas cuantas líneas, el homenaje póstumo de la Academia Nacional de Medicina a uno de mis amigos más queridos, más cercano a esa sensibilidad anímica, que por rareza acontece en la vida de los hombres, en donde realmente la amistad se confunde con la fraternidad.

El eminente pediatra Fernando López Clares fue sin duda uno de los valores más fuertes en la construcción de la Pediatría contemporánea.

Poco después de su graduación como médico en la Universidad Nacional de México, el año de 1929, comenzó a distinguirse por su acendrado amor al estudio, su estricto rigorismo científico y sus altos valores humanistas.

Estas características de su personalidad, fueron haciéndose más notables en el transcurso de los años, siguientes a su graduación universitaria.

A ninguno de sus compañeros de época, podía pasar inadvertido uno de los hechos que caracterizó notoriamente a sus actividades médicas; las labores y doctrinas que se le encomendaron desde sus primeros años de profesionista, siempre las realizó a perfección, para él no existían términos medios, ni simples formas de salir del paso, él las cumplía celosamente, a plena satisfacción.

Más firmes se hacen sus valores de altura humanista en Fernando López Clares cuando se considera que en sus primeras

etapas de ascenso en su profesión médica, ningún esfuerzo de investigación o de trabajo, significaba utilidad alguna de índole material, todo se hacía por inquietud creadora, por deseo de superación personal, sin más aliciente que la satisfacción de sentir cumplido si acaso un deseo de perfeccionamiento individual, la conquista en la aprobación de sus compañeros contemporáneos, de sus profesores o de sus jefes inmediatos. Había sin duda una fuerte dosis de quijotismo, de innato y espontáneo deseo de hacer el bien sin importar cómo ni para quién, simplemente hacerlo, pues el que en Medicina como lo hizo Fernando López Clares investiga, estudia y realiza sin más interés que el de proteger al que sufre, se eleva a la gloriosa espiritualidad de los benefactores humanistas.

Sus primeros trabajos, fueron realizados en el entonces Instituto Antirrábico que a la sazón era dirigido por su ilustre padre, ex-presidente de nuestra Academia Nacional de Medicina, Don Demetrio López que en aquella época, figuró como uno de los internistas y terapeutas más eminentes en la enseñanza de nuestra profesión.

Es seguro que el ejemplo de su padre sirvió de cimiento sólido a la personalidad de su hijo Fernando.

Fue don Demetrio López, ejemplo en la didáctica, en la ética profesional y en la disciplina del arte terapéutico, que siempre enfocó a cuidadosas normas, que conquistaron el respeto más encomiable de sus discípulos.

Su hijo Fernando, heredó plenamente estas cualidades. Trabajando a su lado en el Instituto Antirrábico, revisó dosificaciones de la vacuna empleada como única en aquellos años, elaborada como es sabido con médula espinal de conejo, difundió con especial cuidado las urgencias de la vacunación y estudió con atención las complicaciones mielíticas, describiendo con la claridad clínica que lo caracterizó sus etapas y sintomatología. Fueron estos sus primeros trabajos valiosos, publicados cuando apenas contaba con 4 o 5 años de haberse graduado.

Posteriormente, ya maduro en su formación médica, siguió haciendo publicaciones sobre la vacuna antirrábica de embrión de pato así como de la ayuda preventiva del suero antirrábico; muchos de esos estudios a la fecha siguen sirviendo de norma en el tratamiento preventivo de esta enfermedad.

Con estos trabajos, fueron con los que comenzó a asomarse a la Pediatría, la mayoría de las mordidas de perros callejeros se efectuaban en los niños.

Poco tiempo después ingresó a la Casa de Cuna, única institución de aquella época en la que podíamos trabajar con niños hospitalizados. Nuevamente en este sitio mostró su interés por investigar algo útil para la entonces recién nacida Pediatría Mexicana. Deben recordarse como estudios clínicos debidos a él, los relacionados con la tensión arterial del niño y las carencias de ácido ascórbico. Los primeros estudios mexicanos formales sobre escorbuto fueron realizados en la Casa de Cuna por el Dr. López Clares.

Vale la pena recordar aquí la sencillez con que expresaba todos estos trabajos. El reunía casos clínicos, tabulaba cifras, sacaba porcentajes, pedía colaboración a químicos, oftalmólogos y radiólogos; con muchos datos en la mano, leía entonces sus estudios en la Sociedad Mexicana de Pediatría, pero con tanta sencillez y discresión que todos quedábamos convencidos que él nunca hizo alarde de jactancia o sabiduría.

Dando ahora un gran salto, nos encontramos al Dr. López Clares como uno de los fundadores del hoy tan distinguido Hospital Infantil. A este hospital, él entró como uno de los cimientos más sólidos que sirvieron sin duda para fraguar el buen nombre que a través de los años adquirió la Institución.

En aquella época, México como el mundo entero era azotado por las grandes epidemias de poliomielitis.

La etapa más brillante del Dr. López Clares, fue sin duda la que desarrolló con sus estudios sobre la poliomielitis, todos fueron hechos en el Hospital Infantil por lo que su presencia en esa Institución, constituyó una de las mejores bases para la difusión cultural de graduados, en colaboración con la Universidad Nacional Autónoma.

La poliomielitis considerada clínicamente, sus medidas terapéuticas, especialmente las relacionadas con el uso de los medios de emergencia, como el manejo de los respiradores o pulmones artificiales, la oportunidad en las traqueotomías, el equilibrio de gases en sangre, las modificaciones electrolíticas y el control de complicaciones bacterianas, fueron exhaustivamente comentadas y analizadas en múltiples comunicaciones del Dr. López Clares.

Fue él, además de médico pediatra, médico sanitario, de tal modo que sus conocimientos en temas profilácticos, completaron las labores preventivas de esta enfermedad y de muchos otros padecimientos transmisibles.

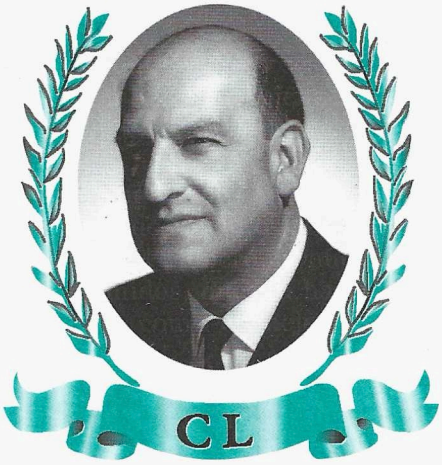
No dispongo de tiempo suficiente en esta sesión luctuosa, para extenderme más sobre la amplia labor científica que durante 35 años de vida profesional, activa e incansable realizó Fernando López Clares.

Bástenos sólo con mencionar por ahora que en asuntos de diagnósticos diferenciales en los padecimientos del sistema nervioso producidos por virus, fue él el pionero en nuestro país y que sus trabajos publicados, reunidos, pueden hacer un libro sobre estos temas tan completos como el mejor texto en la especialidad.

Vayan por último unas frases de admiración para el amigo de toda la vida, para el amigo sincero, leal y afectuoso, para aquel hombre del que nadie tuvo jamás ningún resentimiento.

Pienso intensamente que hombres y médicos como Fernando López Clares no deberían morir tan tempranamente, de ellos hacen falta muchos en nuestro mundo.

Jorge Muñoz Turnbull



Pedro Ramos Ramos

El doctor Pedro Ramos falleció el pasado 13 de septiembre del 2005, a la edad de 95 años. En general un *In Memoriam* refiere los datos biográficos generales de la persona desaparecida. En esta ocasión, más bien deseo recordar con ustedes las cualidades del ser humano, cuyos defectos supo controlar tan bien. Quien desee conocer detalles de su vida, gentilmente lo remito a la excelente semblanza que escribió su geriatra, la doctora María Teresa Horn Copeland en el Boletín Mexicano de Historia y Filosofía de la Medicina en 1999;2(2):28-31). También agradezco a la doctora Horn la información que me proporcionó, así como las fotografías de Don Pedro.

¿Qué le habría gustado al doctor Ramos que se dijera de él?, ¿cuál fue la huella que le habría complacido saber que imprimió en los que tuvimos el privilegio de conocerlo, y que por lo tanto perdurará más allá de su existencia física? Me atrevo a pensar que quizá le habría gustado escuchar del «Pedro Ramos Médico» y del «Pedro Ramos Ser Humano».

Los que fueron sus pacientes, lo recuerdan como un muy buen doctor, que además de poseer el «saber médico» y ser excelente clínico, tenía la cualidad que pocos logran de establecer ese hilo imperceptible que une espiritualmente al médico con su paciente.

Respecto a su calidad de ser humano, no se trata de resaltar las bondades de una persona que ya no está, el punto es que tratándolo, de modo natural se percibía bondad, modestia, gene-

rosidad y honestidad, valores que en nuestros días no son muy comunes.

Personalmente recuerdo al doctor Ramos siempre sonriente. Debe haber tenido problemas y pasiones humanas como todos los tenemos, pero uno no se daba cuenta. Era de trato afable, escuchaba con atención y en su boca siempre había una palabra cordial y alentadora. Aunque hubiera justificación, nunca le oí opiniones negativas de nadie, al igual que tampoco oí a nadie decir mal de él. Yo creo que era de esas rarísimas personas que son agradables a la mayoría. Con una delicada y sutil ironía, se refería a conductas mezquinas que ya eran exageradamente evidentes. Era muy generoso, lo que no significaba tontería o debilidad. Tenía la fuerza de carácter para tomar decisiones y afrontar responsabilidades.

El doctor Pedro Ramos ingresó a nuestra Academia en 1953. El año pasado, con el apoyo del doctor Tanimoto, se le rindió un homenaje por cumplir 50 años en la Academia Nacional de Medicina. Que pena que al siguiente año sólo conservemos de ellos su recuerdo.

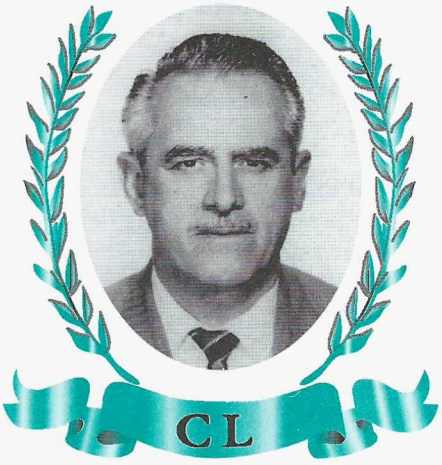
El doctor Ramos decía que si hubiera tenido la oportunidad de volver a vivir su vida profesional, dedicaría sus esfuerzos a la Paz, de hecho fue fundador del «Fondo para la Paz» que se constituyó con motivo del estallamiento bélico en Chiapas.

Quizá su bagaje genético le ayudó a vivir largos años, pero seguramente también fueron importantes la disciplina, el inmenso amor que tenía por la vida y su gran curiosidad intelectual. Respecto a su amor por la vida, el mes pasado lo encontró una amiga en un evento académico y con la dificultad que ya tenía para hablar, antes de saludarla le dijo: ¡Estoy vivo! En cuanto a su sed intelectual, la doctora Horn recuerda su enorme alegría cuando en febrero de 2002 aprendió a usar el correo electrónico.

¿Qué aprendí del doctor Pedro Ramos? Que tener amor a la vida y estar activo intelectualmente, son fundamentales para lograr una vejez agradable al que la vive y a los que viven con él o con ella.

Si existe el paraíso en cualquiera de sus interpretaciones, seguro Pedro Ramos y Ramos está en primerísimo lugar.

Ana Cecilia Rodríguez de Romo



Fernando Rébora Gutiérrez

Dr. Víctor M. Espinosa de los Reyes, Presidente de la Academia Nacional de Medicina.

Distinguidos integrantes de la mesa de honor, distinguida familia Rébora, señoras y señores:

Agradezco a la Mesa Directiva de la Academia Nacional de Medicina, el que me haya invitado para realizar este homenaje póstumo al doctor Fernando Rébora Gutiérrez.

Siempre he pensado que, en nuestra profesión, rendir homenaje es un acto de enorme trascendencia, ya que lejos de hacerlo por cumplir con el protocolo meramente social o institucional, significa el reconocimiento de nuestra colectividad al esfuerzo realizado por algunos de nuestros colegas.

En esta ocasión nos conmueve profundamente, pues hablar del maestro Rébora Gutiérrez es evocar una historia que involucra las raíces de nuestra especialidad y para algunos de nosotros, de nuestra vida.

De los fundadores del antiguo Sanatorio Huipulco, de los tisiológos que dieron su juventud en la lucha contra la tuberculosis, de aquellos médicos humanistas, que amaban la cultura y enriquecían su labor como médicos tisiológos con el conocimiento de la música, la pintura, la historia de México y del mundo, era el maestro Rébora un representante ejemplar.

Verlo caminar con su cotidiana agilidad por el INER, verlo sonreír y hacer bromas con todos nosotros hace apenas algunos meses, era sentir en él la presencia de los doctores Ismael Co-

sío Villegas, Luis Niebla, Femando Katz, Miguel Jiménez, de mi padre el doctor Rubio Palacios y de todos aquellos que forjaron una visión de la ciencia médica comprometida con el hombre y su desarrollo social.

El doctor Femando Rébora Gutiérrez nace en la ciudad de México en pleno universo porfirista el 23 de julio de 1908, siendo muy niño viaja a Guadalajara donde hace sus primeros estudios y en 1927 regresa al Distrito Federal para ingresar a la Escuela Nacional de Medicina de la UNAM y hacer una brillante carrera de Médico Cirujano que culmina en 1934, con la tesis Queloides y calcemia.

En ese mismo año empieza a ejercer la medicina en el dispensario antituberculoso, y dos años después ingresa al Sanatorio para Tuberculosos de Huipulco dispuesto a cerrar filas con unos cuantos médicos jóvenes, que como él, habían decidido ocuparse de una especialidad incipiente de la que pocos querían hacerse cargo por nueva e incierta, bajo la que amparaban la gran cantidad de casos de tuberculosis pulmonar, que en aquella época engrosaban las cifras de morbi-mortalidad

Vanguardistas, visionarios, quijotes, los tisiológos se empecinaron en el desarrollo de una herramienta médica científica para enfrentar a la tuberculosis, que había hallado en la miseria mexicana un campo fértil, cuyos estragos parecían no tener remedio ni final.

El maestro Rébora ocupa un lugar importante en la fundación del antiguo Sanatorio de Huipulco, se encarga en principio de la admisión, posteriormente ejerce sus funciones como médico de sala, y en 1948 es nombrado por primera vez Director, cargo que ocupa durante ocho años en los cuales creó la consulta externa, el archivo, el banco de sangre y el servicio de pruebas funcionales, e inicia la tomografía lineal de tórax; durante su segundo periodo como director del Sanatorio, en la década de los sesenta, revitalizó estos servicios y promovió diversas alternativas recreativas y educacionales para los pacientes internos, dada la larga estancia que tenían entonces.

Como jefe del pabellón número cinco, cargo que ocupó entre sus dos periodos como Director y posteriormente hasta el final de su vida sus visitas a enfermos y sesiones hicieron fama por la riqueza de su enseñanza, razón por la cual los residentes de todas las épocas solicitaban pasar parte de su entrenamiento por esta área.

Es imposible recorrer la vida del doctor Rébora y sus colegas contemporáneos sin toparnos a cada paso con aquellas imáge-

nes del diario acontecer, que van desde los hechos anónimos y sencillos, pero profundamente significativos, hasta los grandes acontecimientos de los que fueron testigos y en alguna medida protagonistas; cuna de ideales y motor de impulso transformador que sacudió a nuestro país.

De ahí provienen los programas de trabajo que desencadenaron cambios radicales: se inicia el desarrollo industrial y el Estado genera las instituciones que harían posible cumplir con las demandas sociales: educación, vivienda, salud, derecho al trabajo y a la organización obrera campesina. De ahí el nacimiento de la Secretaría de Salud.

En esos años precisamente se crea el grupo de «Amigos del Bacilo de Koch», integrado por los doctores Alejandro Celis, Octavio Bandal, Miguel Jiménez, Ismael Cosío Villegas y desde luego el maestro Rébora.

El mexicano se ríe de sí mismo para seguir viviendo, decía Samuel Ramos en su libro «El perfil del hombre y la cultura en México en los años cuarenta». Cuando las tertulias de los '«Amigos del Bacilo de Koch» derrochan su inteligencia del buen humor indispensable para el trabajo científico y fue la primera piedra de la Sociedad Mexicana de Tuberculosis, Silicosis y Enfermedades del Aparato Respiratorio que en 1938 se convierte en la Sociedad de Neumología y Cirugía del tórax, de la que el maestro Rébora también fue fundador.

Don Fernando fue miembro de la Academia Nacional de Medicina desde 1953, el *American College of Chest Physicians* y las Sociedades de Neumología Brasileña, Colombianas,

Otra de las actividades que lo distinguieron fue la docencia. En 1934 ingresó a la Facultad Nacional de Medicina como profesor titular de clínica del aparato respiratorio, materia que impartió sitemáticamente hasta los últimos años de su vida.

El doctor Rébora encontró más maneras de hacemos partícipes de sus conocimientos, a través del libro de Semiología del aparato respiratorio que escribió hace pocos años.

Entusiasta, deportista, consumado jugador de dominó, amigo de la diversión sana y reconocido hombre de familia, el maestro Rébora también dejó huella fuera del ámbito médico, haciéndole la vida más grata a aquellos que le rodearon.

Esposo de Doña Emilia Togno que fue su compañera durante todos los años de su vida; padre de seis hijos y abuelo de 17 nietos, deja la guía de un camino limpio del que todos estamos orgullosos.

Agradezco al doctor Rébora Togno, colega y amigo el apoyo que me brindó para estas palabras.

La desaparición del doctor Rébora Gutiérrez y del doctor Katz a quien también guardaremos en la memoria con cariño y admiración, marca el fin de una era en la historia de la neumología mexicana. Desaparece con aquella generación de médicos humanistas que fundaron los cimientos de nuestro querido Hospital Huipulco. Desaparece, aclaro, en presencia física, que no en espíritu, pues su herencia es una riqueza que no perderemos jamás los que seguimos trabajando en los viejos muros de Huipulco, y que debemos transmitir a las generaciones que nos sucedan.

Deleitarse con la elaborada armonía de una sinfonía de Vivaldi o con los acordes joviales del Huapango de Moncayo; interesarse por el acontecer político y social del país; refrendar en el trabajo cotidiano el compromiso adquirido con la salud de nuestro pueblo; entender el dolor de nuestros semejantes como el propio; saber condimentar el trabajo científico con la sal del humor y de la amistad... son estos privilegios que forman parte de la rica herencia de hombres como el doctor Femando Rébora Gutiérrez, que nos la lega ahora con generosidad y bonhomía.

Horacio Rubio Monteverde

Luis Sánchez Bulnes

Agradezco la designación para hablar en recuerdo de mi muy querido amigo, el distinguido académico Dr. Luis Sánchez Bulnes, tanto más cuanto me permite evocar nuestra muy cercana relación en lo profesional como en el curso de nuestras vidas familiares en los últimos sesenta años.

Quisiera recordar algunos datos biográficos y presentar una semblanza desde mi perspectiva personal.

Nació en Lerma, Estado de México, siendo el único hijo varón de una modesta familian que formaron don Nemesio Sánchez y doña Eugenia Bulnes. Su padre, de quien probablemente heredó la firmeza de carácter y la tenacidad, alcanzó su anhelo de ser médico hasta que Luis empezó su carrera de medicina que, sin tropiezos, terminó el 30 de mayo de 1931. Su labor profesional se desarrolló especialmente en el hospital de la Asociación para Evitar la Ceguera que dirigió hasta mayo de 1976 y en su Clínica y Sanatorio Mérida. A este último lo dotó de cuanto adelanto tecnológico aparecía, logrando convertirlo en el medio preferido para la atención quirúrgica de la oftalmología privada de la Ciudad.

Pero su espíritu inquieto y su constante deseo de superación lo hizo concebir la creación de un nuevo hospital, cuya planeación, construcción y organización constituyeron para él una verdadera obsesión. En este proyecto puso todo su esfuerzo, su tiempo, su experiencia y su entusiasmo, consiguiendo de sus amigos el apoyo económico necesario y de sus relaciones oficia-

les la donación del terreno para construirlo. Durante esta etapa y la de su posterior ampliación parecía un iluminado, logrando contagiar su entusiasmo a patronos, médicos, benefactores y a todo el personal del hospital hasta lograr terminar el 23 de octubre de 1990 el actual Hospital de la Asociación, verdadero orgullo de México, al que con justicia le impusieron su nombre y que es sin duda el mejor monumento a su memoria.

Imposible mencionar las numerosas sociedades oftalmológicas que se enorgullecieron con contarlo en su seno. A nuestra Academia perteneció desde 1953. Aquí expuso sus innovaciones en cirugía de la catarata y del desprendimiento de retina, en las que alcanzó verdadera maestría.

Fue galardonado en numerosas ocasiones, recibiendo la Medalla de Prevención de Ceguera en 1956; el diploma de Miembro Emérito de la Academia *Ophtlamologica Internationalis* en 1986; y la distinción «*Fiat Lux*» con el reconocimiento del Gobierno de México en 1990, entre otras.

Sus logros más importantes en su labor asistencial en prevención de ceguera fueron el llevar a zonas rurales los servicios oftalmológicos para la detección de padecimientos oculares y su ulterior tratamiento en el hospital de Gómez Farías y la campaña de erradicación de cataratas por equipo médico especializado con técnicas modernas de extracción y colocación de lentes intraoculares, que se inició en las zonas más recónditas del estado de Chiapas.

En el área docente, aparte de los cursos de posgrado previos a la aceptación en el Consejo de Oftalmología, las Semanas Científicas Bianuales y los Cursos de Actualización en Cirugía que ya pasan de 30, junto con la divulgación de la ciencia oftalmológica a través de los «Archivos de la Asociación para Evitar la Ceguera», le permitieron colocar a la oftalmología mexicana en el importante lugar que hoy ocupa en la oftalmología mundial.

¿Cómo presentar en breves palabras la personalidad del Güero Sánchez Bulnes sin que me ciegue su carisma y el afecto recíproco en una convivencia sin tropiezos durante tanto tiempo?

Nos conocimos allá en 1934, cuando yo era residente en el pabellón de oftalmología del Hospital General del maestro Torroella, a quién solicitó ser aceptado como médico adjunto en el servicio. Se había recibido de médico en 1931 y ya era ayudante de la cátedra de oftalmología del maestro Chavira. Trabajaba en el consultorio 5 de la Secretaría de Salubridad a donde lo alcanzaría en 1935 para seguirlo muy poco después trabajando a su lado en el recién inaugurado Hospital de la Asociación para

Evitar la Ceguera, del que ya era director. Desde entonces nació una amistad sincera que trascendió a nuestras familias y que fue acrecentándose con el transcurso del tiempo, lo que me permitió conocer profundamente a él y sus anhelos, compartir sus penas y alegrías y ser testigo de sus triunfos profesionales tanto en México como en el extranjero.

Sánchez Bulnes es el clásico ejemplo de lo que hoy se llama la cultura del esfuerzo y no del privilegio. Como oftalmólogo fue un muy hábil, audaz y exitoso cirujano. Como maestro veló siempre por ofrecer los mejores métodos y elementos de enseñanza, estimulando a los sobresalientes para su mayor capacitación. Como administrador fue cuidadoso, firme, responsable y siempre deseoso de mejorar las instalaciones y servicios a su cargo. Como creador fue soñador infatigable, pero sin dejar de tener los pies en la tierra.

En su vida personal fue un hijo bueno, respetuoso, que supo honrar a sus padres. Como hermano, insigne, cuidadoso y responsable. Como esposo fue amante fiel, cariñoso, abnegado, que supo compensar con delicadas atenciones los sacrificios que a Leonor imponía con su vida profesional. Como padre fue educador de saludable firmeza, comprensivo y muy generoso. Como amigo fue cabal, afectuoso, constante y sin tratar de imponer su criterio ni sus condiciones.

La vida le sonrió en todos sus aspectos, pero al final la penosa enfermedad de su esposa, sus propias dolencias y la tragedia de la pérdida de su adorada hija terminaron con una existencia provechosa que a todos nos dejó grandes enseñanzas.

Descanse en paz y en nuestro recuerdo. Ha dejado una obra y un ejemplo que lo hace imperecedero.

Daniel Silva

Luis Sánchez Medal

Luis Sánchez Medal investigador, hematólogo, maestro, amigo, esposo, padre, ser humano, son algunas de las múltiples facetas cautivantes de una personalidad que además de ser única e irrepetible, fue excepcional y es paradigma a seguir por todos los que tuvimos el privilegio de conocerlo y por las nuevas generaciones de médicos.

En el momento en que una figura como la del maestro Sánchez Medal ha llegado al final de su vida física, recordar o enumerar sus obras, sus logros, los premios que, merecidamente le fueron otorgados por su labor y aportaciones, es muy importante, pero reflexionar acerca de las cualidades de esa personalidad extraordinaria que le permitió ser el fundador de la hematología en México, un maestro excepcional y un ser creativo pero sencillo y humilde, es indiscutiblemente más enriquecedor.

Por casi cuatro décadas disfruté de las enseñanzas y amistad del maestro Sánchez Medal y fueron su clara, rápida y aguda inteligencia y su capacidad de analizar holísticamente todo estudio y caso, los atributos que más me impactaron, pues le permitían apreciar desde los detalles nimios hasta los aspectos más trascendentales de todas sus actividades y de las de los que lo rodeábamos. Aunado a esto, poseía una indomable fuerza y capacidad de trabajo, tenacidad, objetividad, austeridad en relación consigo mismo, juicio incorruptible, atributos muy raros de conjuntar en un solo ser.

Fue un clínico intuitivo, perspicaz que solía decir: «mi experiencia no es lo que he leído y estudiado sino aquello que recuerdo» ¡cuán inmensa era su experiencia! pues su erudición abarcaba un sin número de padecimientos y un ilimitado número de casos.

Fue el líder conductor de la investigación en el campo de la hematología siempre mostró gran sagacidad y capacidad deductiva e inductiva, una excepcional habilidad para descubrir, de partes aparentemente aisladas, el muchas veces imperceptible hilo de unión que las conformaba como un todo.

Múltiples e importantes fueron sus aportaciones tanto a la investigación clínica como a la fisiología hematológicas: determina que la primera etapa en la adaptación hematológica a la altura, consiste en una hemoconcentración y que la policitemia se produce en una etapa posterior (Le sang 1960); identifica y publica los únicos casos hasta la fecha conocidos de anemia por deficiencia en piridoxina de origen nutricional en el adulto (Blood 1961). Por primera vez en el mundo identifica la importancia etiopatogénica de los insecticidas en la anemia aplástica (N Engl J Med 1963), y... podría citar muchas, más. En los últimos días de su existir aún trabajaba en sus investigaciones sobre el uso de la hemina.

En 1952, establece el primer curso de graduados en Iberoamérica. En estos cursos se formaron la mayoría de los hematólogos del país y a muchos extranjeros, los actuales profesores titulares de otros cursos de especialización en hematología en Latinoamérica. Es el fundador de la hematología en México, él la inició, la desarrolló y fortaleció no sólo con intuición sino con devoción y voluntad indómita, enfrentando con mesura y con nobleza, la calma indiferente y las más devastadoras tempestades y además, es un pilar fundamental en el desarrollo de esta especialidad médica en América Latina.

No se si el maestro Sánchez Medal fue un estudioso de Piaget, Ausubel, Vigovsky, personajes cuyas teorías de aprendizaje han influido, a nivel mundial, en curricula de los diferentes niveles educativos. Pero ya en la década del sesenta, Sánchez Medal plasma en sus cursos de la especialización de hematología un nuevo concepto filosófico de la educación, los alumnos participan activamente, observan, estudian y discuten los casos, emiten su diagnóstico, siempre interactuando directamente con los enfermos, el laboratorio y bajo la sabia guía de su mentor que abandona el pedestal de suprema autoridad de la enseñanza tradicional para convertirse

en el promotor de aprendizajes cognoscitiva y afectivamente significativos, en el modelo del hematólogo que todos desean ser y en el maestro amigo con cuyo apoyo y consejos se tiene la certeza de contar siempre. Luis Sánchez Medal no sólo enseña la hematología sino la convierte en algo tan motivante para el alumno que éste la vuelve el centro de su vida; a su profundo conocimiento de ella va aunado un conocimiento similar de la medicina interna y se considera al paciente como un todo; también, este gran maestro, lo enseña a uno a situarse en la dimensión del paciente, a ser empático con éste y a tener presente la necesidad de apoyo que requiere cuando se enfrenta a su fragilidad humana. De él también aprendimos a reconocer con modestia y sencillez los errores cometidos y a tener la fuerza de seguir adelante por agreste que sea el sendero.

La Sra. Alicia Alarcón de Sánchez Medal, fue la compañera ideal de esta personalidad, su cariño, cuidados, preocupación, guía y apoyo permitieron al maestro alcanzar todo ideal que se propuso; integraron una ejemplar familia formada por seis hijos y 15 nietos. Esposo, padre y abuelo excepcionalmente cariñoso.

Miembro fundador, numerario, honorario o consejero de diversas sociedades y organizaciones médicas nacionales y extranjeras. Ingresa a la Academia Nacional de Medicina de México en 1953, es su presidente de 1969 y socio honorario desde 1995 Funda la Agrupación Mexicana para el Estudio de la Hematología en 1959. Merecedor de numerosos premios y distinciones, recibe, entre otros, el premio de la Industria Farmacéutica de México en 1971 y el Premio Nacional de Ciencias en 1972.

Hombre excepcional, con aspecto aparentemente adusto que envolvía un hálito dispuesto a apoyar toda empresa que beneficiara al paciente, a auxiliar a sus congéneres en la resolución de problemas y complicaciones personales, espíritu que siempre daba de sí lo mejor a los demás.

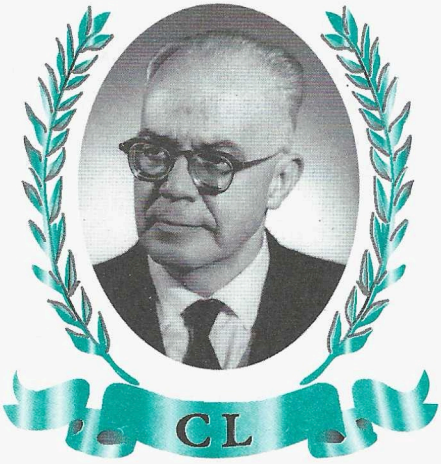
Lamentamos su ausencia, porque la Medicina está de luto al perder a uno de sus médicos líderes, porque la hematología ha sido lacerada en su parte medular, porque es doloroso perder al maestro, al amigo, al consejero que atendiera con solicitud e interés nuestras inquietudes.

El gran vacío que deja debe ser llenado por las generaciones que él formó; inmensa responsabilidad y tarea titánica que implican la superación constante, el trabajar con tesón, creatividad, dinamismo el ser humildes y sencillos. Si lo logramos seremos dignos herederos suyos.

El justo homenaje al espíritu creativo e indomable que alentó

en el doctor y maestro Luis Sánchez Medal, cuyas grandes aportaciones fortalecieron la medicina y crearon la hematología en México, no son las palabras sino la disciplina y el rigor científico con que realicemos nuestra tarea, la dedicación y esfuerzo que empeñemos por superarnos como médicos, científicos y maestros; la formación que demos a las nuevas generaciones para que ellos y nosotros seamos capaces de dar en la misma proporción e intensidad con que él lo hizo y en el compromiso y responsabilidad con que ejerzamos nuestra labor como médicos.

Juan R. Labardini Méndez



Rafael Soto Allende

Cuando el afecto se ha convertido ya en una de las más fuertes ligaduras entre los seres humanos y los sentimientos se fijan más hondamente, la desaparición de uno de ellos nos estremece de manera extraordinaria, originando tal sacudimiento la tristeza y las lágrimas. Y si los sentimientos son aún más profundos, como aquellos que se significan en las familias, todavía son más vigorosas las reacciones sentimentales por el amor que los une.

La muerte de un hombre es siempre lamentable cuando es valiosa su actividad, nobles sus sentimientos, importante su personalidad y fecunda su vida, y lo es también si tan sólo concurre en él algún factor por virtud del cual se le aprecie, o que, simplemente, radique en algún corazón, careciendo, no obstante, de atributo cualquiera que éste fuese. Es decir, que humanamente morir hunde en el desconsuelo a los amigos y a los seres más allegados por la sangre. Mas la sentencia es ineluctable: Pagar el tributo mayor, es morir.

En la vida, los hombres adquieren posiciones tanto más relevantes, cuanto mayor es su saber, y su personalidad científica, que se han logrado por el estudio constante, por la abnegada dedicación y por el interés de prestar a los demás la utilidad que los menos capacitados demandan de aquellos que han pisado los más altos peldaños de la escalinata deslumbrante en que se les contempla con beneplácito, porque se han constatado sus aciertos, sus desprendimientos y su acción general, identificando sus impulsos para el bien común. Tales hombres, sin embargo, son

los predestinados a las cosas superiores, y cuando ellos mueren nuestros corazones se estremecen sin que nada pueda mitigar el dolor que se experimenta en trances tan penosos.

Tal es nuestra situación moral al morir, hace días, el ilustre doctor Don Rafael Soto, eminente pediatra, distinguido miembro de esta corporación, que descendió a la tierra para reposar silenciosamente, definitivamente, pagando el inexorable tributo a la madre naturaleza. Pero este descendimiento lacera tanto nuestros corazones que al soportar el dolor se da una prueba de estoicismo, pues que sin manifestaciones externas nuestro espíritu está inundado por las lágrimas.

Poseyó el desaparecido académico, mi amigo y compañero Rafael Soto, dotes extraordinarias en todos sentidos. Lo califico de hombre valioso que fue en los campos de la Medicina en nuestro país, pues fue un gran pediatra de talento y de excepcionales aptitudes, salvando con ellos las vidas de innumerables niños cuyos progenitores imploraron su intervención, anhelantes y confiados, porque en sus manos las esperanzas se trocaban en realidades felices, dadas las capacidades que le caracterizaron.

Rafael Soto y yo nos conocimos al cursar los mismos años en nuestra querida Escuela Nacional de Medicina y ambos pertenecimos a la Generación 1923-1928. En ocasiones convivimos en el terreno profesional, él como pediatra y el que ésto escribe en la Radiología, que es mi dedicación apasionada; encontrándonos nuevamente en esta Academia, donde presentó importantes trabajos.

Quiero aseverar que fueron tales las dotes del Dr. Soto, que en su calidad de pediatra alcanzó la más brillante posición. De esta manera, al ausentarse definitivamente del mundo, México sufre una pérdida irreparable. Y lo es en realidad, pues estoy seguro de que la noticia de su deceso llenó de pena a todos aquellos que lo conocimos y más a los que lo trataron, que poseyeron el conocimiento de su benéfica acción.

Ahora bien, si desde la tribuna pública hemos sostenido que el médico es el Centinela, siempre atento a la voz de alarma, indudablemente que el Pediatra, en las avanzadas de la Medicina, representa un papel preponderante y Rafael Soto lo fue, y que, dueño de una gran experiencia, de sabiduría médica y con las virtudes que le caracterizaron, ocupó un lugar de los más significativos que hoy, sin embargo, queda acéfalo por el golpe funesto que lo llevó a la tumba, donde nuestras palabras no son ya oídas y, por tanto, no tienen respuestas.

La muerte la lloramos profundamente, la sentimos en lo más hondo de nuestra alma. La tristeza que nos invade, es seguro que nos acompañará constantemente al recordarlo; mas, estamos seguros de que desde ultratumba, ocupará el sitio condigno del buen ciudadano, del buen amigo, del gran Médico, del ilustre Pediatra y Académico que hizo el bien en el orden afectivo, en el profesional y científico.

Estamos seguros, también, de que al abandonar este lugar, nosotros seguiremos sufriendo la pena de su ausencia, ya que no lo veremos más. Sin embargo, si materialmente nuestra comunicación ya es imposible, en nuestra mente permanecerá siempre. Que descanse en paz el desaparecido, Dr. Rafael Soto Allende.

Carlos Coqui Sánchez

Armando Treviño Villaseñor

Señores Académicos:

Un azar contradictorio me depara en esta ocasión, para mí tan solemne, motivos que son a la vez de ventura y de desdicha.

La satisfacción profunda que experimento al ser recibido en el seno de esta ilustre Academia Nacional de Medicina se desvanece ante el dolor que evoca en el académico desaparecido al que fuera también el mejor de los amigos. Fraternalmente me unían a Armando Treviño lazos del espíritu que eran tan estrechos como los de la sangre. De ahí que estas palabras, torpes como son, no acierten a disimular la emoción que las dicta. Sírvame ello de excusa, ahora que rindo público homenaje a la memoria de su recia personalidad.

Hijo de una casta briosa y noble, nació en Piedras Negras, Coahuila, en 1920. Estudiante magnífico, se graduó en 1944, en la Escuela Nacional de Medicina. Tres años después ya iniciaba la carrera de profesor en la Clínica de Enfermedades del Aparato Digestivo, bajo la sabia tutela de nuestro maestro, el doctor Raoul Fournier, quien tanto influyó en su formación y de quien ya no habría de separarse ni en el afecto ni en las actividades docente y profesional.

Posteriormente desempeñó la cátedra de Clínica de Enfermedades Infecciosas y Parasitarias; fue profesor de la Escuela de Salubridad y de la Escuela de Graduados.

Dominó el arte de enseñar y supo granjearse el cariño y la estimación de sus discípulos. Comunicaba a las lecciones que

impartía el calor de esa pasión suya que era él mismo, porque Armando no conoció las tibiezas. Era sólo ímpetu y energía desbordantes. Se volcaba por entero en todos y cada uno de sus actos. Hasta a las cosas mismas transmitía el ritmo de la vibración incesante que siempre lo animó.

Tanta exuberancia, una voluntad tan decidida, encontraron en el noble ejercicio de la Medicina el objetivo supremo que habría de convertirlas en fecundas realizaciones.

En el año de 1946 obtuvo las más altas notas en el curso sobre Enfermedades Tropicales a que asistió en la Universidad de Tulane. Cuando, de regreso a esta ciudad, vino a ocupar el puesto de médico de la Sección Clínica del Instituto de Enfermedades Tropicales, Armando había encontrado definitivamente su destino. Se inicia para él, entonces, la etapa de actividad productiva y de maduración científica. Los trabajos se suceden a profusión: ora, sobre diversos temas de Parasitología humana —las teniasis en particular—; luego, sobre diferentes aspectos del paludismo; vienen después sus importantes contribuciones a la terapéutica del absceso hepático amebiano, etcétera.

Se consagró a la clínica con la vehemente generosidad que llega hasta el sacrificio. Intimamente penetrado del sentido universal del dolor, logró identificarse con los enfermos, cuyos sufrimientos y esperanzas compartía. Vio en cada uno de ellos, no el caso clínico impersonal, sino el ser humano necesitado de alivio y consuelo. En ambas cosas se prodigó largamente.

Entre las muchas cualidades que tenía destacó su simpatía proverbial; pero, tal vez, el rasgo más notable de ese carácter privilegiado fue la lealtad. Leal por encima de todo y en todas las circunstancias, con los demás y consigo mismo; encamó el ideal del hombre que, estando forjado de una sola pieza, no transige con el disimulo ni con la mentira.

Por todo ello mereció el alto honor de ingresar a esta docta corporación el 8 de abril de 1953.

El más joven de los académicos era una gran esperanza; pero la excelencia atrae el rayo y éste no tardaría en precipitarse. Una muerte cruel e inesperada vino a segar aquella vida preciosa que fluía a raudales como si estuviera destinada a no acabarse nunca. Y así es, en efecto, puesto que su memoria está viva en nosotros y las enseñanzas que nos deja serán perdurables. Recoger estas últimas constituye el mejor aliciente que me haga ser digno de sucederlo en el sitial que voy a ocupar, a pesar de lo cual, el lugar de Armando Treviño Villaseñor quedará siempre vacío.

Carlos Campillo Sáinz

Señor Presidente de la Academia Nacional de Medicina, miembros de la mesa directiva, familiares y amigos del doctor Carlos Campillo Sáinz, señores académicos

Me ha sido difícil resumir en unos cuantos minutos la personalidad y la extensa y fructífera vida profesional del doctor Carlos Campillo Sáinz; espero haber logrado mi propósito.

El doctor Campillo nació en la Ciudad de México el 7 de agosto de 1919; en 1942 se graduó de Médico Cirujano en la Escuela de Medicina de la UNAM; en 1954 ingresó como Socio Numerario a esta ilustre Academia y fue Presidente de la misma en 1980.

Mi primer contacto con el doctor Campillo fue en el año de 1944, cuando ambos asistimos a un curso sobre Organización y Administración de Hospitales, patrocinado por la Organización Mundial de la Salud; a partir de entonces establecimos una sólida y fraternal amistad.

Siendo residente en el Hospital General de la SSA formó parte del grupo que en el Pabellón 28, bajo la dirección de nuestro ilustre maestro el doctor Samuel Morones, fundamos prácticamente, la especialidad de Infectología en México.

Poco tiempo después pasó a ser residente y luego investigador científico del Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales; allí trabajó al lado de investigadores y médicos de gran prestigio como Varela, Zozaya, Martínez Baez, Fournier, González Ochoa y otros. Fue también ahí donde se iniciaron sus inquietudes por el

estudio de los virus. Con tal propósito viajó a los E.U.A., becado por la Fundación Rockefeller para realizar estudios sobre virus, en la Universidad de Berkley, bajo la dirección de virólogos famosos como Eaton y Lennette. Un año después la Oficina Sanitaria Panamericana también lo becó para continuar sus estudios en Boston, a las órdenes del Dr. John F. Enders; Premio Nobel de Medicina, quién lo inició en las técnicas aún recientes, de cultivo de tejidos, las que como sabemos, dieron un gran impulso al conocimiento de las infecciones virales.

A su regreso a México y después de dominar numerosos obstáculos logró que se implantara la enseñanza de la virología en la Facultad de Medicina y en la Escuela de Salud Pública.

En el año de 1956 vió realizado uno de sus más grandes anhelos, fundar el Instituto Nacional de Virología dependiente de la SSA. Fue director del mismo durante 11 años, en este período, publicó más de 60 trabajos relacionados con sus investigaciones, como el cultivo del virus de la poliomielitis y la elaboración, ensayo y aplicación de las vacunas orales. El aislamiento por primera vez en México, del virus de la rabia a partir de la saliva de seres humanos enfermos, redujo el número de aplicaciones de la vacuna antirrábica de 21 a 14, demostrando igual eficacia antigénica; mejoró los métodos de cultivo del virus y generalizó su uso en todos los centros antirrábicos de la República. Aisló por primera vez en México el virus de la encefalitis equina de Venezuela; y el Instituto fue reconocido por la OMS como centro calificado para el estudio de los virus de la enfermedad. Bajo su dirección el Instituto fue acreditado por la OMS, como centro de referencia en los estudios relativos a la influenza; en la pandemia de esta enfermedad fue el propio Instituto el único en América Latina que aisló el virus A=Japón 305-57, causante de la pandemia de 1957. Realizó el primer estudio en México sobre la prevención del sarampión con vacuna de virus vivo.

Reconocido su entusiasmo, aunado a su gran capacidad de organización, fue electo Director de la Facultad de Medicina de la UNAM para el período de 1966-1970.

Durante su ejercicio se creó el Departamento de Ecología Humana, en el cual reunió las Secciones de Microbiología, Parasitología y Micología; se elaboró un plan de estudios de la carrera de Médico Cirujano, el que con ligeras modificaciones aún está vigente; se extendió el servicio social de los pasantes de medicina, de 6 a 12 meses y se abrieron las instalaciones del IMSS a la enseñanza de pregrado.

A su salida de la Facultad, el Gobierno de la República lo nombró Subsecretario de Asistencia de la SSA. Aquí dirigió la formulación de un nuevo código sanitario el Plan Nacional de Salud y el Cuadro Básico de Medicamentos del Sector Público.

Además de las actividades ya mencionadas, el doctor Campillo publicó cerca de 100 trabajos en revistas nacionales y extranjeras. Fue Presidente de la Comisión de Medicina Preventiva del IMSS; Primer Vocal del Comité Directivo de la Asociación Mexicana y de la Federación Panamericana de Facultades de Medicina; Presidente de la Asociación Médica Franco-Mexicana y otros cargos.

Entre los numerosos homenajes y distinciones que recibió, cabe mencionar: diploma otorgado por la SSA por su labor contra la poliomielitis; diploma otorgado por el Departamento de Salud de los E.U.A., por sus estudios sobre la poliomielitis; medalla «Pasteur» otorgada por el Instituto Pasteur de París, por investigaciones en virus, principalmente en rabia; medalla «Andres Vesalio» otorgada por la Sociedad Mexicana de Anatomía; medalla otorgada por la Escuela Médico Militar por su labor de acercamiento con la Facultad de Medicina de la UNAM; medalla al Mérito Sanitario, otorgada por al Sociedad Mexicana de Salud Pública; medalla del Ministerio de Salud del Ecuador, y placa conmemorativa en el Instituto de Virología y en el Departamento de Ecología de la Facultad.

El doctor Campillo fue un hombre dotado de una gran inteligencia, de vigorosa personalidad, pleno de vida, con una memoria privilegiada, extraordinario lector, lo que le valió tener una cultura no solamente médica sino filosófica, literaria y artística; su conversación era ágil y en ocasiones acompañada de fina sátira; sus discusiones eran congruentes y apasionadas.

En su vida personal era educado y amable; fue un excelente padre y fiel amigo; con su esposa María Haydeé formó una hermosa familia; sus hijos Haydeé, Carlos y Alberto siempre recibieron de él consejo, dirección y cariño.

El doctor Campillo ha muerto. Dios quiera y que su ejemplo y enseñanza fructifiquen y proliferen para satisfacción de sus familiares y de quienes lo conocimos y apreciamos.

José Ruiloba

Antonio Prado Vértiz

Conocí a Antonio Prado Vértiz hace justamente 50 años, al iniciarse el año escolar en la Preparatoria del Colegio Francés de Morelos de los hermanos maristas; él provenía de la escuela primaria del antiguo Colegio de la Perpetua, cuyo edificio posteriormente fue anexado a la Facultad Nacional de Medicina en la calle de Venezuela y en el que por varios años sesionó la Academia Nacional de Medicina.

Antonio pasó meses más tarde a la Escuela Nacional Preparatoria ubicada en la calle de San Ildefonso, lo cual le valió hacer sólo cuatro años de estudios preparatorios, periodo que entonces era el reconocido para ingresar a los estudios profesionales y que incluía la etapa que actualmente se conoce como secundaria. La Secretaría de Educación aumentó a cinco años la Preparatoria, no teniendo efectos retroactivos para los alumnos que ya estaban inscritos, con excepción de los estudiantes de las escuelas particulares, a quienes se obligó a llevar los cinco años.

En 1927 Prado Vértiz ingresó a la Facultad de Medicina, recibiéndose en enero de 1933. En el año de 1934 asistió a un curso de malariología impartido por el Departamento de Salubridad Pública. El doctor Prado Vértiz pertenecía a una familia de tradición intelectual, en la que han sobresalido personalidades cuyos nombres se han conservado a través del tiempo. Ya desde la Colonia, Don Juan Miguel de Vértiz fue designado cónsul de comercio de la ciudad de México y alcalde perpetuo de la Real Casa Palacio y Bosque de Chapultepec; después de la Independencia

el Lic. Juan Nepomuceno de Vértiz fue miembro de la junta de notables, presidente del ayuntamiento y diputado al Congreso de la Unión. Posteriormente, en 1836 se menciona la personalidad del doctor José María Vértiz, quien destaca por su actuación profesional, siendo director de los hospitales de San Andrés, del de Jesús y director de la Facultad de Medicina.

Años más tarde su hijo, el doctor Ricardo Vértiz, llega a ser un eminente pionero de la oftalmología en México, conservándose en la Gaceta Médica de México varios trabajos originales suyos sobre la especialidad. En los decenios pasados es conocida la brillante labor del doctor en filosofía Sr. Dn. Julio J. Vértiz, distinguido orador y conferencista.

Tal parece que de esta pléyade de antecesores médicos, licenciados y gente de letras, Antonio Prado Vértiz heredó culidades para hacer de él, no sólo un médico estudioso y destacado, sino un historiador, comentarista y escritor, que le dieron una personalidad particular.

Como médico, y después de siete años de recibido, en que ocupó jefaturas clínicas, de enfermería, clínica quirúrgica, obstetricia y puericultura, orientó su actividad profesional hacia la pediatría, en la que sobresalió y en especial al abrirse el Hospital Infantil de México en 1943, en el cual se dedicó a trabajar con entusiasmo, especialmente en el campo de la medicina interna y más particularmente en el terreno de los padecimientos infectocontagiosos, en el cual trabajó hasta su muerte.

Como profesionista, el doctor Antonio Prado Vértiz actuaba un tanto al estilo de los médicos de quienes recibió enseñanza en la facultad, protestando en ocasiones contra el tipo de preparación moderna, en la que el médico joven utilizó preponderantemente los elementos de laboratorio y gabinete. Como sucede en estos casos, agudizó su «ojo clínico», fiando mucho en su habilidad y especulaciones personales, para alcanzar el diagnóstico; esta actitud tiene repercusión sobre los jóvenes médicos que lo rodean, en quienes despertó auténtica simpatía y aprecio por su maestría clínica.

Su labor como médico pediatra fue larga y eficiente, actuando primero como jefe de Clínica Pediátrica durante 11 años y más tarde como profesor titular de la materia, durante 12 años, hasta el año de 1968.

Su actuación en congresos, jornadas, seminarios y cursos pediátricos fue múltiple y variada y en ellos ocupó posiciones no tan sólo de expositor sino de funcionario en los diferentes eventos en que participó.

La elaboración y publicación de sus trabajos y monografías pasan del centenar, como lo atestiguan el Boletín Médico del Hospital Infantil, la revista Mexicana de Pediatría, la Gaceta Médica de México, así como revistas del extranjero, como las Colombiana y Española de Pediatría.

Dentro de la UNAM ocupó puestos de importancia, como el de miembro dictaminador de la H. Comisión de Tesis (1960) y el de jefe del Departamento de Exámenes Profesionales, de 1962 a 1968.

Durante los 40 años que ejerció su profesión, el doctor Prado Vértiz recibió 32 diplomas de honor, otorgados por diversas instituciones y variados motivos, que ponen de manifiesto su excelente calidad de médico.

Perteneció a 15 sociedades y asociaciones médicas, en las cuales desempeñó puestos de importancia; en la Academia Nacional de Medicina fue secretario en 1956 y tesorero en 1961. Al morir se encontraba dentro de la categoría de miembro titular, a la cual había pasado desde 1969.

La Secretaría de Salubridad y Asistencia lo designó asesor de higiene infantil y representante ante el Instituto Interamericano del Niño en la OEA de 1959 a 1968.

Independientemente de su trayectoria como médico, Antonio Prado Vértiz se dedicó a escribir como articulista en el diario Novedades desde 1950. Sus temas preferidos fueron de historia o bien de crítica y protesta por situaciones políticas o económicas, con las que no estaba de acuerdo.

Inquieto y rebelde por naturaleza, fue un inconforme con la explotación de la pobreza y con la desnutrición del pueblo, siendo un admirador y convencido de los ideales de la Revolución Mexicana de 1910, tema que lo apasionaba, tal y como se puede comprobar en su libro Cuentos amargos de la Revolución Mexicana. Sangre y amor publicado en 1965, que obtuvo el segundo lugar en el concurso de letras médicas, en 1964.

Terminado y ya listo para su publicación dejó: 1913. Un año de la historia de la Revolución en la ciudad de México que aún no llega a la imprenta.

Otro ensayo literario, titulado «Esta vida nuestra» revela en sus diversos cuentos, el criterio del autor ante la injusticia, tal y como lo expresa el editor, que a la letra dice: «La pluma del doctor Prado Vértiz corta como afilado bisturí tejido tras tejido y nos muestra al descubierto, algunos de los focos purulentos de nuestra dinámica social».

De fácil palabra, Prado Vértiz hacía gala de ella en sus exposiciones, tanto en el terreno médico, como en temas ajenos a él, expresándose con frecuencia con el apasionamiento de la persona convencida de la verdad de sus propios pensamientos.

Su trato social y su personalidad afable rápidamente cautivaban los auditorios, llevándolo a establecer amistades sinceras. Siempre leyendo y estudiando temas de medicina o de otros aspectos del saber humano, se mantuvo en un nivel de ilustración que puede servir de ejemplo a los profesionistas jóvenes que actualmente y tal vez por las circunstancias especiales de lucha, se olvidan frecuentemente de cultivar otras materias de la cultura, con lo que aún médicos catalogados como capaces, quedan carentes o con muy escasos conocimientos de otras expresiones del saber humano.

Como cabeza de hogar, Antonio Prado Vértiz, quien perdió a su esposa hace 20 años, educó seis hijos, de los cuales uno es abogado, otro arquitecto y la hija más joven, pasante de medicina. Él estaba satisfecho de haber obtenido éxito también en este aspecto familiar, el que seguramente para un padre de familia, es de la mayor trascendencia, ya que la proyección de la propia vida en la correcta educación y éxito de los hijos, satisface una de las más caras ambiciones a que aspira el hombre.

Este breve relato, es un resumen de la labor y personalidad del doctor Antonio Prado Vértiz, espero sirva de recuerdo sincero y afectuoso a los médicos que lo trataron, a los que fueron sus discípulos y a los que tuvimos la oportunidad de ser sus amigos y compañeros.

Eugenio Toussaint Aragón

Raúl López Engelking

Señor doctor Adolfo Martínez Palomo, Presidente de la Academia Nacional de Medicina, Señores académicos, Señoras y señores.

Agradezco a cuantos han dejado sus quehaceres o su descanso para acompañamos esta noche en el presente acto luctuoso con la pública expresión de mi inefable gratitud, dado que me han honrado eligiéndome para hacerlo y cumplir asi con el rito protocolario de rendir homenaje póstumo al académico doctor Raúl López Engelking.

Comprenderán los oyentes el dolor que también implica ser el encargado de expresar estas palabras lo que sin duda obedece a que he sido uno de sus mejores amigos; por ende, su desaparición me es una prueba muy amarga.

El 30 de octubre de 1911 don Manuel López Guerra, oriundo de Tlatlahuitepec, próximo a Puebla, y Doña Frida Engelking, natural de Laguna del Carmen, Campeche, escucharon en esta capital el primer llanto de un niño que sería bautizado con el nombre de Raúl.

A los siete años de edad supo y nunca olvidó la fecha de la firma del armisticio de la Primera Guerra Mundial en el bosque de Compagne en noviembre de 1918. Ahí intuyó la paz, misma que también externara en su fallecimiento.

Con Raúl vinieron poco después su hermana Alicia que muere a temprana edad y más tarde Graciela que sobrevive.

Tal vez ello lo movió a considerarme su hermano pues no tuvo un fraternal varón.

Salvo casos contados de vocación precoz e invencible como aconteció con López Engelking, inició sus estudios profesionales en la Facultad de Medicina de la UNAM una vez con su título llegó a Ensenada B.C. como Delegado Sanitario, nombramiento otorgado por Don Abraham Ayala González, entonces Jefe del Departamento de Salubridad.

Enseguida dio muestra de su incansable dinamismo al construir y fundar el Hospital Civil de aquella entidad. Tal se puede leer en la placa conmemorativa de su obra en el pórtico de dicho nosocomio.

En aquellos años la Escuela Urológica del John Hopkins en Baltimore, dirigida por el eminente doctor Huhg Young fundador del *Journal of Urology* en 1917, fue dada a conocer a través de Norteamérica por doce de sus discípulos. Uno de ellos Arthur Cecil, visitó Ensenada e invitó a Raúl a observar la técnica de la prostatectomía perineal en el Hospital Saint Vincent en los Angeles, California. Además, con gusto lo recomendó con el profesor Young, de cuyas manos recibió Raúl el bautizo de cirujano urólogo. Más adelante fue designado *fellow* de la Clínica Mayo.

Nuestro recordado maestro, don Aquilino Villanueva, nombró a Raúl médico aspirante del pabellón 5 del Hospital General. Para fortuna de López Engelking, la vocación médica de Don Aquilino iba siempre unida a la vocación magisterial; el nombramiento que le dio le permitió iniciar su carrera hospitalaria y docente desde 1940 hasta 1977 cuando culmina su actividad profesional como Jefe de la Unidad de Urología luego de haber subido los peldaños de las oposiciones.

A los 35 años de edad alcanzó la cúspide que, desde entonces y hasta su deceso, habría de ser su vida pública.

Dentro de su particular circunstancia, nuestro desaparecido integra en su persona los actores complementarios que mantuvo siempre activos: el compañero, el clínico, el cirujano, el conferencista, el maestro, el organizador, el anfitrión, el amigo; si como colega fue afable, como maestro fue amoroso, de allí que sus alumnos lo llamaron maestro. Como organizador, se distinguió por incansable fecundo y dinámico. Con Don Aquilino preparó la primera exposición científica de la Academia Nacional de Medicina.

Merced a sus innumerables conferencias y múltiples actividades académicas llevó a lo largo de nuestro continente así como a Europa, las experiencias de la urología mexicana, fomentando además amistades que motivaron la visita a México de prestigiados colegas que durante las últimas cuatro décadas intercambiaron con nosotros sus conocimientos, año tras año.

A guisa de epítome de su vida y de su obra, y con objeto de no prolongar la atención que con su presencia y cortesía dan relevancia a este acto, para enterarse de su *curriculum vitae* basta conocer el impreso en su libro «Urología Clínica y Nosología» editado en 1984, del que es autor principal. Con él llenó un lugar vació que esperaba en los plúteos de nuestra biblioteca.

Cumplió así, como médico, con la obligación de servir, pues no se puede eludir la necesidad de contar a los demás lo que la experiencia enseña al llegar a cierta etapa de la vida.

Junto con sus trece colaboradores no esperaba otra recompensa sino la satisfacción de haber aportado el material de los conocimientos como un rito solemnemente desinteresado ajeno a las ideas de la vanagloria.

Cito a continuación de su prologuista, figura internacional de la urología el profesor Antonio Puigvert: «Libro de grato leer que desde el comienzo absorbe la atención del lector y no despierta las dudas que en ocasiones muestran las traducciones».

Lleno de múltiples actividades fueron pasando sus años; más el amor ocupa lugar y no excluye la amorosa dedicación del hombre a sus seres queridos. El 8 de julio de 1944 contrajo matrimonio con la señorita Cristina Palacios Bermúdez. Todas las facetas antes mencionadas no hubieran sido factibles sin la concurrencia de su esposa, su más fiel colaboradora, quien supo endulzar los momentos amargos por los que un hombre de vida tan llena tiene necesariamente que pasar.

Juntos ostentaron con legítimo orgullo el título de abuelos por conducto de sus buenos hijos Raúl y Verónica.

Raúl López Engelking falleció en nuestra ciudad el 19 de marzo del año actual. La semana antes de su partida concluyó su autobiografía con memorias sacadas del desván de los recuerdos que reflejan todo un número de amenas anécdotas con críticas, unas veces simpáticas, otras ocurrentes pero también con venablos, ludibrios pero siempre respetuosas.

Durante su presencia en este mundo siempre fue empujado por una meta vocacional que, al parodiar a Emerson se define en esté bello pensamiento: «La mayor valía de la vida y el pináculo de la felicidad de un hombre es haber nacido con vocación hacia un estado, cuyo logro colme su dicha» y que, sin duda, se ajusta a lo que fue su trayectoria.

Francisco Valdés la Vallina

Ubaldo Roldán Vergara

La Academia Nacional de Medicina me confirió el honor de escribir en memoria del doctor Ubaldo Roldán Vergara, académico recién fallecido.

Acepté de buen grado, por que se trata de un médico de gran significación en la medicina del trabajo de nuestro país y, además, en virtud de que lo conocí y guardo un amable recuerdo de él.

El provinciano

Hace 50 años, un joven provinciano de porte sencillo, Ubaldo Roldán Vergara, originario de Toluca de Lerdo, ciudad de temple frío y capital del Estado de México, cruzaba las «alpestres» cumbres que separan el antiguo valle de Matlatzinco del Valle de México, para iniciar sus estudios profesionales en la Escuela Nacional de Medicina, de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Procedía Ubaldo Roldán Vergara del Instituto Científico y Literario de brillante trayectoria y gran significación en las letras, el conocimiento y la política estatal y del país.

En la Escuela Nacional de Medicina, apodábamos a Ubaldo Roldán Vergara, «el colorado Roldán», por el color rubicundo de sus mejillas; color de piel debido, tal vez, al efecto combinado de su herencia española, al roce de los vientecillos frescos del nevado toluqueño, a la altura sobre el nivel del mar donde vivió o a no sé qué otro factor.

Siempre fue bien estimado por sus compañeros. De temperamento apacible y condición prudente, no mostraba las explosiones de ánimo que rompen las ataduras emocionales. Generalmente introvertido, se tornaba locuaz e ingenioso con amigos, cuando penetraba al medio de sus entretenimientos favoritos, de gran sentido epicúreo.

Calmado, pero estudioso y tenaz, realizó sus estudios entre los años 1925 y 1930, y los coronó con el examen profesional los días 7 y 8 de septiembre de 1931, que aprobó por unanimidad.

Por su seriedad y prestigio, sus condiscípulos lo nombraron coordinador para organizar los festejos de sus aniversarios de recepción profesional.

Pionero de la medicina del trabajo en México

El doctor Ubaldo Roldán Vergara precedió el desarrollo de la medicina del trabajo en México, cuando nuestro país estaba en plena reconstrucción social y política, después de algo más de tres lustros de luchas armadas. Crecían entonces las aspiraciones de la clase trabajadora por su protección y garantías laborales; cientos de mineros enfermos de sílico-tuberculosis vivían hundidos en la pobreza, llenos de angustias y sin esperanzas de una vida menos mala. No existía la Ley Federal del Trabajo, que entró en vigor el año de 1931, y la seguridad social implantó sus servicios hasta 1944.

En 1929, fundó con otros y trabajó en la Sección de Higiene y Salubridad Industriales, del Departamento de Trabajo de la entonces Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo. Fue creador en 1931 de la Sección Médica de la Procuraduría Federal de la Defensa del Trabajo en aquella Secretaría de Estado. En 1936 fundó el servicio de Medicina del Trabajo en la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, y en 1938 el servicio de Cirugía del Trabajo en el Hospital Juárez de la Secretaría de Salubridad y Asistencia. En estos servicios ocupó la jefatura, en distintas fechas. Creó la Dirección General de Medicina del Trabajo, de la Secretaría del Trabajo y Previsión Social, inaugurada en diciembre de 1971.

Actuó en varias ocasiones como perito en tribunales del trabajo, por parte de diversas organizaciones obreras del país. Fungió como médico asesor del Sindicato Industrial de Trabajadores Mineros, Metalúrgicos y Similares de la República Mexicana y ocupó la presidencia de la Sociedad Médica de esta organización.

Fue radio conferencista sobre asuntos de medicina del trabajo a partir de 1936, comisionado por la Escuela Nacional de Medicina y por el Partido Nacional Revolucionario. Participó activamente en la revisión de contratos colectivos de trabajo de Petróleos Mexicanos entre los años 1946 y 1951. Actuó como asesor de la Organización Internacional del Trabajo.

Esas labores las desempeñó Ubaldo Roldán Vergara con entusiasmo y dedicación vocacional. En días pasados, platicando con un médico de empresa minera que ejerció en Parral, Chih., me decía que discutió con el doctor Roldán asuntos de riesgos profesionales y siempre lo encontró inteligente y decidido en el debate, sólido de conocimientos técnicos y gran defensor de los intereses de los mineros.

Un rasgo tan solo pinta la personalidad moral del doctor Ubaldo Roldán Vergara, su rectitud invariable y su decidida acción en defensa de los obreros. El doctor Mario García Ramos me refirió que, conociendo la modesta situación económica de Roldán, le ofreció empleo en Petróleos Mexicanos, compatible con sus otras ocupaciones: después de algunos rodeos, para no ofender a su amigo con una negativa, rehusó, diciendo que si trabajara para una empresa sentiría como si traicionara su convicción de ayudar a los trabajadores.

Desinteresado por el dinero, a nadie despojó de sus bienes. En cambio, entregó su talento y su tiempo, sus conocimientos y habilidad a la justa defensa de intereses obreros, en la medicina del trabajo.

El divulgador

Hombre de tales inquietudes, sintió también el impulso de enseñar. En 1933 lo designaron profesor auxiliar en un curso de medicina legal para graduados impartido por el maestro José Torres Torija en el Hospital Juárez. Al siguiente año, 1934, fue nombrado profesor adjunto de propedéutica médica con el doctor Ricardo Manuell y en 1936, fundó y fue profesor titular de la cátedra de medicina e higiene del trabajo en la Escuela Nacional de Medicina.

Participó como profesor auxiliar en varios cursos para graduados en el Hospital Juárez, el Hospital General de México y la Escuela de Salud Pública de la SSA., abordando temas sobre neumoconiosis, evaluación de incapacidades y otros relacionados con la higiene del trabajo. Enseñó radiología pulmonar a pasantes de medicina y en los primeros años cuarenta, en tiempo

de guerra, dio clases de primeros auxilios a grupos voluntarios con motivo de las repercusiones que tuvimos por la Segunda Guerra Mundial.

Clínico y cirujano

Formado en la escuela quirúrgica del Hospital Juárez donde tuvo a su cargo la sala cinco, fue cirujano de valía, no sólo por la precisión técnica de sus intervenciones, sino porque concurrían en él sólidos conocimientos médicos y sagacidad clínica nada común. El Consejo Nacional de Neumología lo acreditó como neumólogo.

Producción escrita

Escribió mucho sobre temas de medicina del trabajo, casi exclusivamente en revistas especializadas en esa materia, y dirigió varias tesis de alumnos de medicina, todas relacionadas con la misma disciplina.

Actividad en sociedades y reuniones científicas

Perteneció a varias sociedades científicas, entres las que pueden mencionarse:

Sociedad de Cirugía del Hospital Juárez de la SSA; Sociedad Médica de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas; Sociedad Mexicana de Estudios sobre Tuberculosis y Enfermedades del Aparato Respiratorio; Sociedad Mexicana de Medicina del Trabajo; Sociedad de Medicina Forense y Criminología y Sociedad Mexicana para el Estudio de la Medicina Ocupacional. En algunas ocupó la presidencia y otros cargos directivos.

Además, fue socio correspondiente de la Sociedad Cubana de Tisiología; asociado al Capítulo Mexicano del *American College of Chest Physicians*; miembro correspondiente extranjero de la *Societé de Médecine et d'Hygiene du Travail, Faculté de Médecine*, de París, Francia; miembro de honor de la *Societé d'Hygiene du Travail* de Estrasburgo.

La Unión Americana de Medicina del Trabajo, lo premió el 22 de febrero de 1958 por «haber prestado el mayor aporte al progreso de la medicina del trabajo en América, en el periodo 1955-1958». Así mismo, la *Confederado Nacional da Industria*, de Brasil, le dio medalla y diploma por su labor en la misma especialidad, el año de 1958.

Aparece en la lista de fundadores de la primera Asamblea Nacional de Cirujanos realizada en 1934. Asistió a diversas asam-

bleas, congresos y convenciones, nacionales e internacionales, participando en asuntos relacionados con la medicina del trabajo. Ocupó cargos en comités de organización de esas reuniones y fue presidente, secretario o ponente oficial.

Hogareño

Hombre cabal, formó un hogar con su esposa la señora Teresa del Moral. Matrimonio que procreó tres hijos, uno hombre, Jorge, médico cirujano y dos mujeres, María Teresa, secretaria bilingüe y Marta, bióloga. Los tres casados han formado hogares respetables.

Los últimos días de esa noble pareja fueron vividamente conmovedores. Enfermos los dos de afecciones penosas y prolongadas, a veces sin poderse ayudar uno al otro por estar ambos en cama, emprendieron el viaje sin retorno con cuatro meses de separación: doña Teresa del Moral de Roldán en octubre de 1974 y Ubaldo Roldán Vergara el 15 de febrero de 1975.

Este es el médico que ingresó a la Academia Nacional de Medicina como miembro numerario, el 20 de abril de 1955, con un trabajo sobre Aspectos médicos de la Ley Federal del Trabajo. Juicio crítico después de 24 años de vigencia.

El mismo a quien nuestra corporación dedica hoy este fraternal recuerdo y el merecido reconocimiento por su importante labor en la medicina del trabajo nacional.

Carlos Zamarripa Torres

Guillermo Alfaro de la Vega

En nuestra convivencia académica lo ceremonial puede atenuar la espontaneidad de nuestros actos, pero en cambio favorece la depuración, la sublimación de lo emotivo hasta centrarlo en la reflexión, en la recapitulación de lo valioso y perdurable. Ante esa norma, es necesaria la prudencia y la ecuanimidad en la elaboración de la imagen biográfica de un académico desaparecido.

Por otra parte, nuestra calidad de médicos reclama objetividad ante los enlaces de lo biológico con otros aspectos de la cultura. Por último, tenemos la responsabilidad histórica de registrar los avances de nuestras ideas para la solución de las incógnitas que todavía impiden la comprensión del real significado de ese episodio único, singular, irrepetible, que es el lapso de vida de una persona. Empleo con clara intención esta palabra, cuyo significado y origen aprendimos cuando tuvimos contacto con el teatro griego clásico y las máscaras, que caracterizaban a los protagonistas, llamados por eso personajes.

¿Cómo decir entonces cuáles fueron los rasgos característicos de Guillermo Alfaro de la Vega, cuáles sus virtudes y cuáles sus obras?

Importa sobre todo a la Academia guardar para el futuro la información de lo que realizan sus miembros, y así lo ha hecho en el transcurso de los años desde su fundación; es decir, se ha tratado siempre de seleccionar los materiales que habrán de utilizarse en la construcción del edificio de la Historia, que para

serlo en realidad habrá de tener veracidad y trascendencia, es decir, se recogerá sólo la verdad y lo importante, porque ni la banalidad ni la mentira merecen el recuerdo.

Empecemos pues por los días juveniles, aquellos en los que surgen los rasgos iniciales del carácter, los que identificarán a la personalidad.

Era la alegría, era la actividad lúdica la que caracterizaba al vigoroso y jovial compañero de estudios; destacaba y tenía su lugar entre los mejores, pero no por ello desmerecía su esfuerzo en el estudio; ocupó también un lugar entre quienes aprovechaban cabalmente el esfuerzo de los maestros.

Su elevada estatura corporal iba pareja con su altura intelectual y fue también de aquellos que muy pronto orientaron su actividad profesional en la noble, abnegada especialidad de la Ginecobstetrida, y fueron el Pabellón de Maternidad, el ambiente, y el maestro José Rábago, el guía de sus rápidos avances profesionales, en el mejor sentido que pueda darse a esta frase, porque es necesario dejar constancia de que fue a la generosidad silenciosa del quehacer hospitalario al que dedicó lo mejor de su esfuerzo y de su tiempo. ¡Cuántas mujeres humildes recibieron atención experta y amable, eficaz y desinteresada!

En ese mismo taller surgió naturalmente otra faceta de su actitud desinteresada, pues muy pronto, por no decir que simultáneamente, se incorporó en la tarea docente, y la forja de jóvenes obstetras era facilitada por el trato sencillo, afable y paciente que de él recibían los estudiantes.

Desarrolló de esa manera su completa y sólida carrera hospitalaria en uno de los prototipos de la medicina institucional, el Hospital General de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, desde practicamente hasta Jefe de Unidad, y conservó el trato llano, jovial sin perjuicio de la calidad de su trabajo hospitalario y privado. Revivamos pues su imagen y nuestros recuerdos, los que con él compartimos momentos graves, gratas horas, o quienes recogieron sus enseñanzas.

Las jóvenes generaciones de ginecobstetras pueden aceptar, con orgullo, emularlo en sus virtudes.

Nota Biográfica

Guillermo Alfaro de la Vega, nació en Teotitlán del Camino, Oaxaca, el 4 de marzo de 1908. En los primeros años de su vida se trasladó su familia a la Capital y Guillermo hizo los estudios primarios en la Escuela anexa a la Normal en esta ciudad de

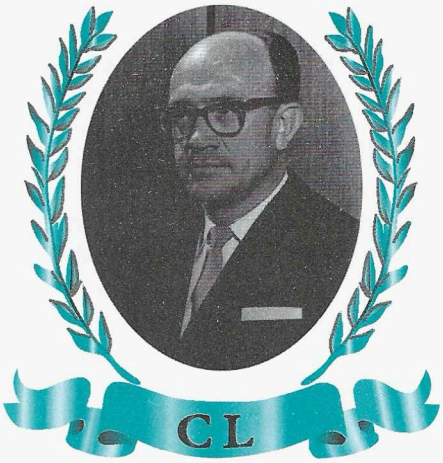
México pasando después a la Preparatoria Nacional y luego a la Facultad de Medicina. Recibió su título el 4 de octubre de 1934, e inició su carrera hospitalaria en la Casa de Maternidad que la Secretaría de Salubridad y Asistencia tenía establecida en las Lomas de Chapultepec.

En 1938 obtuvo, por oposición, el puesto de Médico Adjunto en el Pabellón de Maternidad del Hospital General de la Secretaría de Salubridad y Asistencia y ascendió, por concurso, a Jefe de Servicio en el año de 1953.

Sus actividades académicas fueron realizadas en la Sociedad Médica del Hospital General, en la Asociación Mexicana de Ginecología y Obstetricia, en la Comisión Terapéutica del Hospital General y en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, en donde desarrolló sus actividades docentes, que se extendieron a la Escuela de Graduados, división de medicina y a la Escuela de Medicina del Instituto Politécnico Nacional. Perteneció, además de las mencionadas, a la Academia Mexicana de Cirugía, a la Sociedad Veracruzana, al Colegio de Médicos Eduardo Liceaga, la Sociedad de Ginecología y Obstetricia de Venezuela y a la Academia Nacional de Medicina.

Publicó 22 trabajos sobre temas de su especialidad en revistas médicas nacionales.

Rubén Vasconcelos



Luis Castelazo Ayala

La noche del 18 de marzo, falleció en esta ciudad de México, a la edad de 64 años, Luis Castelazo Ayala, se me ha pedido evocar, en este recinto de la Academia Nacional de Medicina, la memoria de quien fue su ilustre presidente. Agradezco a la mesa directiva la delicadeza de hacer recaer en mí este honroso encargo.

Bien sabemos que la historia de la medicina mexicana se ha formado con los sueños, los sacrificios y las luchas de muchos hombres. Algunos, destacan de manera singular porque merced a su energía y a su talento abrieron caminos e impulsaron su desarrollo en nuevas direcciones. Luis Castelazo ocupa entre ellos un lugar de distinción.

La magnitud de su obra ha sido recientemente expuesta y justipreciada en una ceremonia memorable, en la cual las autoridades del Instituto Mexicano del Seguro Social dieron su nombre a una unidad médica de las varias a las que él dio vida.

Seré parco en el relato de sus logros científicos e institucionales, mas pondré el acento en algunos aspectos admirables de su carácter.

Luis Castelazo nació en esta capital, el 9 de septiembre de 1920, cuando aún era pequeña y hasta acogedora, en el seno de una de esas familias en las cuales naturalmente se cultivan al calor del hogar, los valores del espíritu. Su padre, Don Ernesto, ingeniero de minas, fue un hombre bondadoso y sensible. Su madre, doña Luz, fue una mujer de gran inteligencia y entereza

moral. Tengo el convencimiento de que ellos jugaron una parte importante en que Luis Castelazo haya sido siempre hombre de principios y de lealtades.

Más de cinco décadas fuimos compañeros y amigos: tuvimos los mismos maestros, a veces ocupamos la misma banca; en el curso de nuestras vidas compartimos intereses y experiencias. Puedo por ello dar testimonio de que desde su ingreso a la escuela primaria, Luis Castelazo fue siempre el mejor estudiante y a mi juicio, nunca dejó de serlo.

Desde niño mostró características que al desplegarse habrían de ser las más acusadas en su recia personalidad: autoridad natural; esa clase de autoridad que no se impone sino que es conferida por otros; una disciplina inquebrantable en el cumplimiento de las tareas que aceptaba como propias y un caudal de energía que parecía no agotarse nunca; en realidad, era incansable.

En la Facultad de Medicina de la UNAM, de 1939 a 1945, destacó en el medio de un grupo de jóvenes que pensábamos que alcanzar la excelencia en el estudio no era suficiente, que además teníamos el deber indeclinable de participar en la vida de la Universidad, que era entonces, como lo sigue siendo, crisol de la identidad nacional y tribuna para el debate de los grandes problemas del país.

Luis Castelazo mostró desde entonces una inteligencia brillante, profunda, y un gran talento organizador. Algo que llamaba la atención, era su método de análisis; un modelo de reflexión que ponía siempre la información y la objetividad en el centro de su proceso crítico. Escuchaba con atención, y al final, dejaba caer con sencillez algunas opiniones esclarecedoras y acertadas. Nunca le vi fabricar certidumbres con lo que eran solamente sus deseos y sus esperanzas.

En su vida profesional, fue ante todo muy buen médico. No es fácil explicar la alquimia que hace las excelencias del clínico, pero ciertamente Luis Castelazo tenía en abundancia algunos de los ingredientes: capacidad de observación, pensamiento claro y libre de preconcepciones teóricas, humildad intelectual y capacidad de empatía. A él le era necesario comprender la individualidad de cada uno de sus pacientes y tenía la sensibilidad para percibirla en el trasfondo de los problemas técnicamente abordables. Puedo decir que vivió intensamente a la medicina en su dimensión humana.

Fue también maestro; maestro por devoción, que inspiró a otros el amor al conocimiento y al dominio de la técnica. Por ello

dejó en su campo, el de la ginecología y la obstetricia, una huella profunda y una pléyade de especialistas distinguidos que se ufanan de haber aprendido de él. Se anticipó a otros en la tarea de incorporar a su especialidad los emergentes avances científicos de la fisiología, la genética, la estadística, la endocrinología y la bioquímica. Él y sus colaboradores establecieron principios, normas y sistemas que elevaron el rango científico y aplicativo de la gineco-obstetricia en nuestro medio.

Imprimía a todas sus empresas un gran dinamismo. Esto fue muy notable cuando fue jefe de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Medicina, a la cual enriqueció con su visión práctica, y también en su actuación como presidente de esta corporación.

Creía en las virtudes de la medicina privada y a ella le dio un impulso poderoso. Sin embargo, los logros más significativos de su talento organizador se produjeron en el Instituto Mexicano del Seguro Social, al cual ingresó en 1943 como pasante y llegó a ser de 1971 a 1976 Subdirector General Médico, después de escalar uno a uno y por méritos propios, los puestos de jefe de servicio, jefe de enseñanza e investigación y director del principal hospital del sistema, el de Ginecobstetricia.

Como funcionario, instrumentó una política médica que elevó los niveles de la asistencia, promovió en forma prioritaria el desarrollo de la atención materno infantil y de la medicina familiar, e hizo de la investigación científica parte de las actividades cotidianas de la institución.

La vida de Luis Castelazo, quien dijo repetidas veces que los verdaderos enemigos que deben combatirse sin tregua son la enfermedad, la pobreza y la ignorancia; quien pensaba que la justificación moral del poder, es poder hacer cosas por los demás, fue una lección de firmeza y de fe en la eficacia del esfuerzo humano; de la fe que se transforma en acción.

Sus amigos, sus colaboradores y sus discípulos tenemos la satisfacción de ver que las tareas a las que él dedicó lo mejor de su vida no han sido interrumpidas. El futuro permitirá evaluar mejor la trascendencia de su obra como promotor de la medicina social, como maestro y como defensor de la dignidad académica y profesional del médico.

Ramón de la Fuente

Rogelio Hernández Valenzuela

Meses aciagos han sido estos últimos para la pediatría mundial. Casi parece como si el día 10 de octubre de 1979, al partir Guido Fanconi, el insigne profesor de pediatría de Zürich, hubiese dado la señal para tener con quien alternar en las apartadas moradas del Elíseo. Y si en esto hubiese algo de cierto, bien que habría escogido a sus compañeros de viaje.

El primero en seguirle, entre los tres académicos pediatras cuya reciente muerte lloramos, ha sido Don Rogelio Hernández Valenzuela. Nosotros perdemos en Don Rogelio, a una de esas figuras singulares, que no muy a menudo surgen a la luz pública y que plasman su bienhechor paso por la vida en hondo e indeleble surco.

Don Rogelio Hernández Valenzuela nace el 5 de agosto de 1908 en la ciudad de Toluca, y parte en forma súbita e inesperada, el 5 de noviembre de 1979, a la edad de 71 años. Huérfano desde temprana edad, manifiesta desde entonces la poderosa vitalidad y la extraordinaria fuerza de voluntad y de trabajo que habríamos de conocerle todos: familiares, discípulos, alumnos, pacientes. Termina sus estudios primarios en Toluca, cursa los preparatorios en el plantel de San Ildefonso y los profesionales en nuestra Escuela Nacional de Medicina, la de la plaza de Santo Domingo. Sustenta su examen profesional el día que cumple 23 años y recibe su título de médico cirujano el 5 de agosto de 1931. Pero desde mucho antes, había comenzado a vivir el ejercicio médico, cuando entró de ayudante a una farmacia que en las calles de Santa María la Redonda poseía su hermano mayor.

Fácil debe haber sido para un alma tan noble y generosa, sublimar los rescoldos de la orfandad, dedicando como hombre sus afectos y afanes precisamente a los niños. No ha de extrañarnos pues que pronto se incorporara a la cátedra de pediatría de Jorge Muñoz Turnbull. En 1933 contrae matrimonio con la señorita María de la Luz González y con ella procrea a sus magníficos hijos. En su hogar hallaría siempre Don Rogelio ambiente grato, propicio a la germinación y crecimiento de las ideas. Y cuando le sonrió la gloria, sus fulgores rodearon como una sola aureola dos frentes gemelas, como hubiera dicho Cajal.

Estudiante tenaz, concentrado en este como lo haría en los demás cometidos de su vida, madura como pediatra y obtiene por oposición, en 1938, la jefatura del pabellón 28-bis del Hospital General de México, donde entonces se atendían los niños que sufrían enfermedades infecciosas. Al abrir sus puertas el Hospital Infantil de México, es llamado a colaborar y brinda enseñanza y asistencia médica en esa noble institución de 1943 a 1947. De 1945 a 1956 colabora también en el Centro Materno Infantil «Maximino Avila Camacho» y al inaugurarse, en el año de 1953, el entonces llamado Hospital de «La Raza» del Instituto Mexicano del Seguro Social, lo toma como asiento definitivo de sus afanes médicos y docentes. La gran mayoría de sus discípulos provienen de esta época de su vida.

Porque a la enseñanza se dedicó con pasión. En 1936, es nombrado profesor titular de pediatría por oposición de la actual Escuela Superior de Medicina del Instituto Politécnico Nacional y en 1937, de la ahora Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Medicina, y dicta la cátedra durante 35 años. Ante la falta de buenos libros de texto mexicanos, que abarquen todo lo que tiene que conocer el médico que atiende a niños, saca a la luz, en 1951, su Manual de Pediatría, que hoy ya un clásico, acaba de aparecer en su edición décima. Obra que en sus 28 años de vida ha venido siendo sometida a constante renovación y que en la actualidad es el texto de pediatría por antonomasia, no sólo para México sino en gran parte de Iberoamérica.

Testimonio fiel de que impartir enseñanza incuba la necesidad vital de buscar el conocimiento en forma activa, emprende también la investigación y logra importantes contribuciones en el conocimiento del niño enfermo. En nuestro medio fue el primero en demostrar la hipoacidez gástrica propia del desnutrido grave, y en entrever que quizás la misma contribuya en forma importante a su mayor susceptibilidad a infecciones y parasi-

tosis. Fue también pionero en la aplicación diagnóstica de los radioisótopos, y el primero que en México habló del nefrograma. Incursiona también, de manera muy creativa, en la historia de la medicina.

Ingresa a la Academia Nacional de Medicina el 27 de junio de 1956 y el 12 de septiembre del mismo año, presenta su trabajo de ingreso, intitulado «Las diarreas agudas en el niño». Este trabajo, cuyo comentario oficial corrió al cargo del maestro Federico Gómez Santos, contiene los resultados de 715 coprocultivos, y ha servido desde entonces como referencia clásica en materia de gastroenteritis infecciosa.

Ingresa a la Sociedad Mexicana de Pediatría en el año 1943 y es su presidente en el período de 1953-1954. Además, dirige la Revista Mexicana de Pediatría, de 1951 a 1963, razón seguramente poderosa de que tan importante publicación haya sobrevivido hasta nuestros días. La edita de manera eficiente, pero no se limita a ello. En uno de tantos momentos críticos, no por falta de material científico que publicar, sino de orden pecuniario, llega a la hombrada de hipotecar su propia casa y con los fondos así obtenidos, organiza rifas de automóviles y actividades similares, para con sus productos volver a poner a flote a la Revista.

Con otros prohombres de la pediatría mexicana, funda en 1952 la Academia Mexicana de Pediatría, y en 1956, la Sociedad de Pediatría del Instituto Mexicano del Seguro Social. Es nombrado socio honorario de tantas otras agrupaciones, que su enumeración resultaría prolija. Fue el maestro Valenzuela figura omnipresente en todos los eventos nacionales concernientes al bienestar de los niños.

Pocas veces se tiene el privilegio de conocer a una personalidad en la cual se amalgaman de manera tan perfecta como en don Rogelio el talante tranquilo y una vitalidad desbordada; la serenidad de espíritu con una intensa pasión creativa. Jubilado de su jefatura de servicio y de su cátedra en 1972, asume de inmediato el cargo de coordinador para el área de pediatría, en la Facultad de Medicina. A él se le deben los programas actuales de enseñanza, coherentes y consistentes, uniformes en su espíritu y contenido. Después, su amor por los niños con desnutrición se plasma al promover él la creación del Centro Infantil de Rehabilitación Nutricional de la Cruz Blanca Neutral, institución que dirigió desde 1977 hasta el momento de su muerte. Siguió practicando los deportes, en particular el tenis, casi hasta el final. Y me cuentan que todavía en el viaje a su última hospitalización,

conocedor sin duda de que sería el postrero, irradiaba optimismo e intentó tranquilizar a sus familiares, a la manera de todo lo por él hecho en el curso de su vida.

Con Rogelio H. Valenzuela se ha ido uno de los grandes de la pediatría. Su nombre lo esculpió él mismo en los cimientos de la medicina de los niños de México. Descanse en paz.

Silvestre Frenk

Alcibíades Marván Urquiza

Agradezco a la Mesa Directiva de nuestra centenaria Corporación el haberme concedido el privilegio de ser la voz que rinda homenaje a un distinguido el ilustre Académico, el Maestro Don Alcibíades Marván Urquiza.

El nacimiento de su fecunda e inquieta vida, se inicia el 16 de enero de 1911 en la pintoresca ciudad de Maravatio, Michoacán y coincide con el gran estallido social que desencadenó la Revolución Mexicana de 1910.

Hijo promogénito de la familia Marvan-Urquiza, ingresa a los siete años a la primaria, pero en condiciones similares a la convulsión revolucionaria, que por esos años acontecía, ya que narraba, con esa simpatía y agradable forma de referir anécdotas que los caracterizó siempre, que en la escuela a que fué enviado, se impartían los seis grados de primaria en un mismo salón y con un sólo maestro. Por cierto, y sus hijos lo recuerdan claramente, el maestro Marván hacía visitas periódicas al añorado mentor, 50 ó 60 años después de haber cursado la primaria. Este hecho revela su gran sensibilidad y el alto concepto de la amistad, que lo distinguió durante toda su vida.

La familia del recordado maestro, como muchas otras, se vió obligada, por la situación posrevolucionaría, a emigrar a la Ciudad de México. En 1924 ingresa al Colegio Francés para cursar la secundaria, y por las vicisitudes de la época es enviado a Morelia y se inscribe en la Preparatoria Libre de Michoacán, para estudiar Bachillerato.

El año 1930 marca para el doctor Alcibíades Marván, dos acontecimientos importantes. Muere su padre, a quien consideró siempre como su mejor amigo y consejero e ingresa a la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional.

Las condiciones en que la familia quedó, obligaron al maestro a sostener a su madre y a cinco hermanos, a través del salario que percibía como representante médico de un laboratorio. Con gran perseverancia y a pesar de las dificultades, obtuvo su título profesional, el 25 de junio de 1935.

Un hecho que influyó y determinó muchos de los aspectos de su vida profesional, fue la amistad que tuvo con el doctor Atanasio Garza Rios, a quien conoció siendo estudiante. Fue su maestro en gineco-obstetricia; a su lado se formó cono especialista y fue su más cercano colaborador hasta su fallecimiento.

Desde los inicios de su carrera se destacó como cirujano y un hecho que demuestra lo afirmado fue que trabajando en el Hospital para niños, Dolores Sanz de Lavie, en 1938, operó con éxito el primer caso de hipertrofia congénita del píloro tratado así en México. (Dato publicado en el libro el Hospital Infantil de México doctor Federico Gómez escrito por el doctor Eugenio Toussaint en 1983).

Sus éxitos como cirujano le valieron para ser invitado a trabajar en el entonces recién inaugurado Hospital Infantil de México, pero su numerosa clientela y su relación con el doctor Garza Ríos le inclinaron definitivamente al ejercicio privado de la gineco-obstetricia.

Antes de recordar su relevante y trascendente labor en la Asociación Mexicana de Ginecología y Obstetricia, desearía resaltar algunas acciones que hablan del gran humanitarismo que caracterizó la vida del maestro, y cito por falta de tiempo, sólo algunas. En el Hospital «Concepción Béistegui», como patrono y médico, prodigó a los pacientes de clase humilde que acudían al nosocomio todos sus conocimientos y cariño, sin recibir más paga que el agradecimiento. Por muchos años asistió en forma gratuita a dar consulta en el dispensario de Tizapán, a cargo de las Damas de San Vicente y construyó de su peculio la escuela primaria de Guapamecátaro, Michoacán, y pagó todos los gastos del alumnado durante 15 años, hasta que la Secretaría de Educación Pública se hizo cargo del plantel.

Estas acciones que realizó en favor de las clases necesitadas, son unas de tantas que llevó a cabo, no sólo por su espíritu bondadoso, sino también para satisfacer su profundo arraigo a la re-

ligión católica, que defendió, profesó y difundió con su ejemplo, durante toda su vida familiar y profesional.

En 1935 inició su carrera docente en la Facultad de Medicina y del año citado a 1938, fue profesor Adjunto de Clínica de Obstetricia, de 1938 a 1947, profesor de Obstetricia Teórica y de 1947 a 1956, profesor titular de Clínica Obstétrica; pasando después a profesor de cursos de Posgrado.

Ingresó a la Academia Nacional de Medicina el 27 de junio de 1956, permaneciendo como académico de número hasta el 2 de octubre de 1975, que fue aceptada su solicitud para pasar a académico titular.

Publicó 15 trabajos científicos, destacando el ya enumerado y una técnica original, sobre vagino-perineotomía media. El 7 de febrero de 1945 se fundó la Asociación Mexicana de Ginecología y Obstetricia; pero desde 1943 el maestro Marván, junto con un grupo de otros entusiastas especialistas, trabajó para formar la Asociación, en cuya acta Constitutiva, fechada el 24 de diciembre de 1945, figuran en el testimonio los doctores; Isidro Espinosa de los Reyes, Carlos D. Guerrero, Alcibíades Marván, Luis Gómez Daza, Alfonso Álvarez Bravo y Manuel Urrutia Ruíz. En la primera mesa Directiva, el doctor Marván fungió como vocal; en la tercera, como vicepresidente y en la cuarta, como presidente.

Al tomar posesión de la presidencia, en junio de 1949, la AMGO, no contaba con un lugar fijo y adecuado para celebrar las sesiones. El maestro consiguió que el patronato del Hospital «Concepción Béistegui» otorgara el derecho de hacer uso del salón de actos, en forma permanente y sin erogación de ninguna especie, para celebrar las sesiones. Esta sede fue utilizada hasta septiembre de 1962, en que la Asociación inauguró su propio edificio.

Con gran empeño y consciente de la importancia revisó, junto con su mesa Directiva, los Estatutos vigentes y presentó la segunda edición de los mismos. Durante su gestión se celebraron la primera Reunión Nacional de Ginecología y Obstetricia en la Ciudad de Monterrey, y la segunda, en Mérida.

A fines de 1950, el maestro Marván promovió la fundación de una beca, destinada a sostener cada año, durante seis meses, los estudios en el extranjero de un médico mexicano. En junio de 1951 entregó la presidencia y su paso dejó un ejemplo de honestidad, eficacia y responsabilidad.

A un año de su desaparición, la Academia Nacional de Medicina le rinde homenaje y sus nueve hijos aqui presentes, junto

con sus familiares y amigos cercanos, deben sentirse orgullosos de haber nacido y haber disfrutado de la generosidad de un hombre cuya peculiaridad fundamental, fue el sentido humano, caritativo y profesional, que caracterizó su vida y muy especialmente el ejercicio de su especialidad.

Víctor Espinosa de los Reyes

Daniel Nieto Roaro

La Academia Nacional de Medicina me ha encomendado dedicar estas líneas a la memoria de uno de sus miembros recientemente desaparecidos nuestro querido colega, académico y amigo, el doctor Daniel Nieto Roaro.

El doctor Nieto fue un distinguido miembro de esta Academia, donde ingresó para ocupar un sitial de biología en 1956. Destacó por su amplia labor en el campo de la investigación y la docencia a lo largo de muchos años de continuo esfuerzo. Colaboró como médico laboratorista y como investigador desde 1933 a 1944 en los hospitales Juárez y General, en el Instituto de Biología de la Universidad Nacional Autónoma de México y en el de Higiene de la Secretaría de Salubridad y Asistencia. En estas instituciones contribuyó grandemente al desarrollo científico de nuestro medio, efectuando diversos estudios sobre los varios padecimientos del hombre, como el del paludismo, para mencionar uno entre tantos, en las áreas de Tehuantepec, Juchitán y en el Valle del Mezquital.

Su obra docente la desarrolló ampliamente en la Escuela de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional, donde desde 1942 a 1954 fue profesor distinguido en distintas materias, como botánica superior, bacteriología general y médica, micología y embriología. Finalmente ocupó la posición de director de esta Escuela en 1954.

En el ambiente universitario participó en la enseñanza tanto a nivel medio como en el ciclo superior, como profesor de la Escuela Nacional Preparatoria desde 1933, donde llegó a ocupar la

posición de jefe del Departamento de Biología y en la Facultad de Medicina como profesor de embriología, desde 1940 hasta la fecha de su deceso.

Fue autor de varios libros de enseñanza media en botánica y embriología humana, contribuyendo de esta manera a la formación de los jóvenes estudiantes que siempre lo estimaron como un maestro universitario, recto, justo e incorruptible, un verdadero promotor, con dotes especiales para la enseñanza y con un caudal científico y humanístico considerable. Es justo mencionar que además de un políglota que conocía los idiomas alemán, inglés, francés e italiano, el doctor Nieto Roaro era un erudito en música, historia y literatura.

Sin temor a equivocarnos, podemos decir, que en los últimos años de su vida, dedicada a la enseñanza en gran parte a la Escuela Nacional Preparatoria, llegó a convertirse en uno de los maestros más queridos y respetados; aunque como es común para muchos otros valores de nuestro medio, frecuentemente pasó inadvertido y no se llegó a aquilatar su valer.

En este sentido, cabe citar parte de un verso del poeta Díaz Mirón; «el mérito es el náufrago del alma, vivo se hunde, pero muerto flota».

El doctor Nieto Roaro murió el 23 de noviembre de 1970.

La Academia, la comunidad de científicos, sus amigos, todos lamentamos profundamente su deceso.

Raúl Ondarza

Carlos R. Pacheco Escobedo

La tradición en la Academia establece que al fallecimiento de un expresidente, amén del *In Memoriam* se develе un retrato al óleo en la galería pictórica del auditorio. Toca ahora el turno al Profesor y Maestro Carlos R. Pacheco Escobedo.

En esta ocasión se cumple con los usos y costumbres de la Corporación no como simple apología *pro vita sua*, sino con la justificación de sus aportaciones a la vida académica durante 39 años.

Carlos Pacheco fue, entre sus contemporáneos, el académico con más tiempo de servicios no remunerados a la institución. Miembro de comités como los de Admisión, los de Revisión Estatutaria, Jurado de premios, de organización en jornadas y congresos, del Comité de Medicamentos como Secretario y Presidente; Secretario General en dos periodos, VicePresidente y Presidente. No hay académico vivo que haya servido tanto y tan bien a nuestra corporación.

Algunas de sus aportaciones a la vida académica, ya fuera como miembro de comisiones o como funcionario de las mesas directivas fueron:

- El aumento en el número de sitiales durante los años sesenta ante el progreso médico, la expansión de institutos descentralizados, el desarrollo de las especialidades, el establecimiento de las divisiones de enseñanza e investigación en los hospitales y el inicio de actividades del Centro Médico Nacional del IMSS.

- La promoción y organización de las primeras jornadas médicas en provincia y de varios congresos médicos nacionales de la Academia.
- La profesionalización de la Gaceta Médica al fijar un salario al editor y crear personal auxiliar *ad hoc*.
- Durante su gestión presidencial: se instituyeron con asistencia copiosa, los cursos de actualización para médicos generales.
- Las convocatorias para los premios anuales cambiaron los nombres de laboratorios farmaceúticos por los de próceres médicos (Liceaga, Balmis, Ocaranza).
- Inició la costumbre de la asistencia del Presidente de la República al recinto académico en la toma de posesión de la Mesa Directiva.

Fue un cirujano de primera línea, cultivó la Neumología y la Cirugía de Tórax en su más amplia expresión, no creía en la compartamentalización del tórax. Vivió las transformaciones de la Cardiología y la Neumología en los últimos 50 años. Médico por oposición en el Hospital General de México, trabajó en la Unidad del Profesor Alejandro Celis, donde fue testigo de la histórica opacificación de la circulación pulmonar y las cavidades cardiacas derechas. Simultáneanante fue consultor en cirugía cardiovascular del Hospital Infantil de México. En 1963 pasó al Hospital de Enfermedades Pulmonares del Centro Médico Nacional del IMSS en donde fungió como Jefe de Servicio, Jefe de Enseñanza y Director en el lapso 1971-1976.

Fue profesor titular de la cátedra Clínica de Neumología de la Facultad de Medicina de la UNAM y recipiendario de la cátedra Ignacio Chávez de la UNAM en 1992.

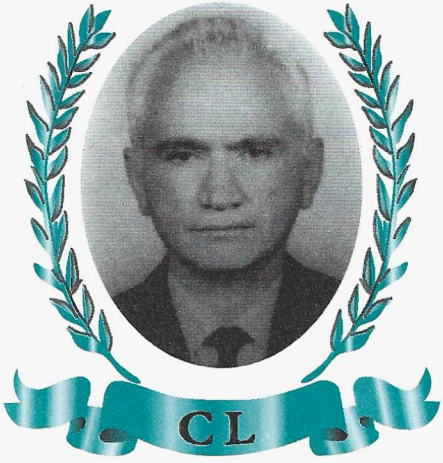
Los estudios en imagenología de los linfáticos torácicos fueron sus contribuciones en la investigación clínica.

El funcionario tuvo oportunidad para poner en práctica sus ideas sobre la asistencia y enseñanza médicas. Como Director del Hospital de Enfermedades del Tórax integró al Hospital de Neumología la Cardiología y la Cirugía Cardiovascular. Promovió el estudio y la atención de la patología por contaminación ambiental e inició el Registro Nacional de Tuberculosis en el IMSS así como el correspondiente a la fiebre reumática. Las actuales bases de datos y el Registro Nacional de Cáncer de la SSA, son consecuencia de sus iniciativas.

Una figura médica de su nivel nunca pasó desapercibida, fue invitado por 6 Secretarios de Salubridad y Asistencia para ocupar puestos como: Director de la Campaña contra la Tuberculosis, Asesor del Consejo de Salubridad General, Coordinador de los Institutos Nacionales de Salud, Jefe de Asesores del Secretario de Salud y Director General de Control de Insumos para la Salud.

Carlos Pacheco el hombre fue paradigma de trabajo cotidiano sin tregua, no dio tiempo al ocio o la disipación. Gustaba (¿gozaba?) de enfrentarse a problemas difíciles, eludía por sistema las soluciones fáciles, iba al fondo. Fue educado y vivió en el seno de familias de honda raigambre cristiana, católico, fue congruente con sus ideas pero no intransigente. Hombre práctico en su trabajo, honesto sin ostentación en su vida profesional, maestro generoso, varón de acción y energía avasalladora, no sabía mentir. Con su transito mortal termina una época de la Academia Nacional de Medicina, vamos a sentir mucho su ausencia física.

Jesús Kumate Rodríguez



Juan José Paullada

En la noche del 26 de enero último, el doctor Juan José Paullada falleció súbitamente de un infarto del miocardio. Era miembro de nuestra Corporación en la que, desde 1956, ocupaba un sillón de la sección de Endocrinología. Su muerte, precisamente por inesperada, nos conmovió a sus numerosos amigos y compañeros en forma particular. Se encontraba Juan José Paullada en ese momento tal vez en la mejor época de su vida: era Jefe del Servicio de Endocrinología en el Hospital General del Centro Médico y había logrado tras los esfuerzos fácilmente imaginables, organizarlo adecuadamente, equipar un laboratorio de hormonas, montar técnicas complicadas, adiestrar personal subalterno, coordinar sus funciones con otros servicios, planear a plazo largo los cauces de su investigación clínica y dar forma a los planes de enseñanza superior que acababan de encomendársele al ser reconocido por la Universidad Nacional Autónoma de México, un curso de especialización de dos años para los residente del Hospital. Se veía cercana la época en que sus esfuerzos fructificarían en una copiosa producción de alumnos y seguidores sólidamente preparados, de trabajos rigurosos y originales, de beneficios para los enfermos del Hospital y de lícito prestigio personal.

Sin embargo, no porque la muerte haya sido particularmente importuna, vaya a creerse que sorprendió a un hombre inmaduro. No, Paullada había dedicado los últimos tres años a esa labor, ahora próxima en fecundos resultados, pero desde años,

su esfuerzo, su tesón y su voluntad, habían sido puestos a prueba en diversos puestos dentro del Instituto Mexicano del Seguro Social y se había forjado una posición de profesional competente, maduro y capaz de logros no comunes. Su muerte, empero, es cosa de repetirse, fue particularmente importuna: también en su vida personal, se encontraba Paullada empezando a gozar de satisfacciones largo tiempo esperadas. Económicamente su situación era desahogada, sus hijos mayores, recién adolescentes, se encarrilaban en la vida con paso seguro, iniciaba la formación de un patrimonio todavía modesto y empezaba a recibir el reconocimiento de clientes, amigos, colegas y alumnos.

Juan José Paullada nació en Yucatán, pero pequeño aún se trasladó a la ciudad de México; aquí cursó todos sus estudios, se recibió de Médico Cirujano en la Facultad de Medicina el año de 1946 e inmediatamente se interesó en la Endocrinología formando parte de un grupo de investigación en metabolismo y nutrición con el doctor Roberto Llamas y con el que después sería su maestro y amigo, Francisco Gómez Mont. Su interés no era superficial, por lo que tres años más tarde se inscribió en el curso de especialidad para obtener el grado académico de maestro en Ciencias de la Universidad Nacional Autónoma de México, destacándose por su asiduidad y aplicación: de entonces datan sus primeras publicaciones y se recuerdan sus participaciones en sesiones anatomoclínicas del Hospital de Nutrición o sus pláticas en cursos breves sobre temas de diabetes, padecimientos del tiroides o metabolismo.

Terminado el curso y con todavía dos años más de experiencia, obtuvo en 1952 una beca del Instituto Mexicano del Seguro Social y una aceptación del pasar un año como investigador para realizar trabajos sobre el tema entonces de moda, la HACT.

En el *Albany Medical College*, donde fue a poco después de su regreso inició la labor si no más fructífera sí, por ardua, más meritoria.

Encargado del Departamento de Investigación de Endocrinología del Pabellón 5 del Hospital General de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, organizó el laboratorio de dosificaciones hormonales, sirvió de impulso para que se realizaran por primera vez en ese hospital intervenciones sobre las suprarrenales por síndrome de Cushing, encauzó por una nueva vía el estudio de pacientes con diabetes y complicaciones renales, y se llegaron a hacer ahí estudios del balance metabólico que requieren un complicado equipo de médicos estudiantes y enfermeras entu-

siastas, disciplinados y devotos del trabajo. En un medio por demás difícil y pobre, secundó el denuedo de Aquilino Villanueva y, juntos, lograron equipar un laboratorio caro, vencer una muralla de burocratismo y mover la inercia de muchas personas para que se pudieran hacer hipofisectomías y adrenalectomías con vigilancia constante y controles acuciosos; su labor en el pabellón 5, en esos años, fue de pionerismo y para comprender su mérito es menester el punto de vista del historiador e imaginar los problemas a que se enfrentó y las dificultades que tuvo que vencer. Más tarde todavía, en el pabellón 13 del mismo Hospital, formó parte del grupo que, capitaneado por Montaño pero con el esforzado motor de Gómez Mont, estudió las relaciones entre el cáncer uterino y hormonas, de donde salieron numerosos trabajos originales, varios de los cuales se publicaron en revistas extranjeras especializadas o se presentaron con éxito en reuniones científicas internacionales; recordemos tan solo los que se refirieron a los cambios en la respuesta a la radioterapia del cáncer del cérvix, inducidos por factores hormonales, y al uso de diversos compuestos esteroides en el tratamiento paliativo de dicho padecimiento.

Quien haya conocido a Paullada en los últimos años, pudo haberse formado el concepto erróneo que era eminentemente conciliador. En efecto, era reservado, poco amante de participar en discusiones, tranquilo y pacífico, había vencido todo residuo de vanidad y parecía haber adecuado sus ambiciones a la realidad; pero tras de su exterior contenido, adusto y grave, se descubría con facilidad una personalidad tensa y vulnerable. Y es que la tranquilidad aparente, no la había obtenido ni de ideas prestadas ni de desilusiones; en la vida, había conocido el éxito y el fracaso, la intolerancia juvenil en la lucha y la comprensión generosa, el entusiasmo exigente y desbocado y la temperancia. Al contrario de los conciliadores natos, que son sumamente dependientes de prejuicios, convencionalismos y situaciones, Paullada era de aquellos a los que ya nada sorprende, porque han probado la ingratitud y la incomprensión, pero que están vivos porque conservan fuerza y entusiasmo para emplearlos en un reducido y superior código de valores. Prueba de ello, su labor en los últimos tres años.

El rasgo más propio de su personalidad era la tenacidad callada. Cuando adolescente, después de una época de rebeldía y moderado desenfreno, aprendió un oficio y empezó a trabajar sin grandes perspectivas. Y al cabo de cinco años, comprendien-

do el exiguo destino que su condición de linotipista le deparaba, reanudó seriamente los estudios, se inscribió en la preparatoria y tras ocho años de privaciones y esfuerzos, vio cumplido su anhelo de convertirse en médico; y médico fue, en el sentido más lato, el resto de su vida.

Juan José Paullada, un hombre bueno, un excelente compañero, un digno académico, será recordado por siempre por los que tuvimos el honor de ser sus amigos.

Manuel Quijano Narezo

Rubén Vasconcelos Aldana

El 2 de enero de este año dejó de existir un distinguido miembro de la Academia, el señor doctor Rubén Vasconcelos Aldana.

Sus estudios de primaria los realizó en las ciudades de Oaxaca y Puebla. La carrera de médico cirujano la cursó en la Escuela Nacional de Medicina de la UNAM, de los años 1928 a 1933. Se recibió de médico cirujano el 3 de abril de 1934, habiendo presentado como tesis recepcional «La capilaroscopia en el diagnóstico de las enfermedades vasculares periféricas».

Durante su internado en el Hospital General de la ciudad de México fue Jefe de Residentes. Ya recibido de médico cirujano continuó asistiendo a este hospital, formando parte del grupo del maestro doctor Mariano Vázquez, en el Pabellón 16.

Por oposición adquiere el cargo de médico del Hospital General, adscrito al Pabellón 16, dedicado a cirugía general y padecimientos neurovasculares.

Sus actividades docentes las inicia el doctor Vasconcelos como ayudante de clínica propedéutica quirúrgica, ascendiendo en 1943 a la categoría de profesor de la misma.

De los años 1951 a 1953 desempeñó el cargo de Subdirector del Hospital General de la ciudad de México.

Fue Jefe del Departamento Médico de la Dirección de Asistencia Médica.

Ocupó el cargo de Secretario General de la Universidad Nacional.

Ocupó el cargo de Secretario General Auxiliar en la Universidad Nacional Autónoma de México, durante el período rectoral del doctor Nabor Carrillo.

Colaboró con el Instituto Politécnico Nacional donde fue Subdirector de la Escuela Superior de Medicina Rural.

Fue Secretario y Presidente del Colegio Eduardo Liceaga, y perteneció a la Sociedad Médica del Hospital General y a las Sociedades de Neurología y Psiquiatría.

Fue miembro de nuestra Academia Nacional de Medicina, a la que ingresó en 1956.

Finalmente, fue Director de Servicios Médicos Sociales de la Secretaría de Obras Públicas.

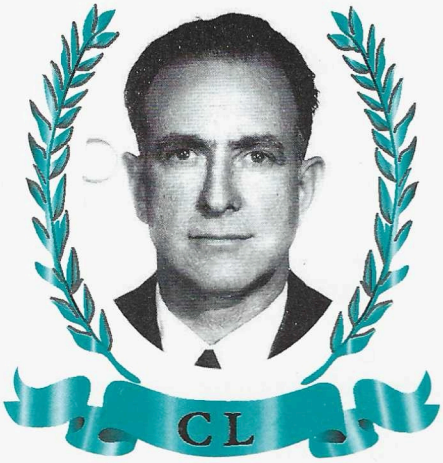
En síntesis, el doctor Rubén Vasconcelos Aldana fue un médico de gran actividad e inquietud científica, médico distinguido y amable, bien estimado por quienes lo conocieron y trataron.

Por mi parte, puedo decir que, habiendo sido compañeros de generación, tuve la oportunidad de seguir muy de cerca su valiosa trayectoria.

Además de un agradable recuerdo, deja una hermosa familia formada por varios profesionistas, y a su compañera de matrimonio, a su viuda, mujer valiente y abnegada que no dejó por un sólo momento de prestarle a Rubén todo el apoyo, toda la atención que requirió durante la prolongada y penosa etapa final de su enfermedad.

Descansa en paz, Rubén. Cumpliste amplia y destacadamente en tu profesión.

Fernando Rébora Gutiérrez



Juan Andrade Pradillo

Agradezco al señor Presidente de la Academia el haberme hecho el honor de designarme para hacer el elogio de nuestro distinguido colega y amigo, el señor doctor Juan Andrade Pradillo, a quien tuvimos la pena de perder en fecha reciente.

El Dr. Andrade Pradillo nació en la ciudad de México el 9 de octubre de 1899 e hizo sus estudios profesionales en la Escuela Nacional de Medicina. Obtuvo el título de Médico Cirujano el 18 de agosto de 1925. Cuando estudiaba el tercer año de medicina, un tío suyo médico, le aconsejó se dedicara a la Otorrinolaringología y lo recomendó con el Dr. Ricardo Tapia y Fernández para que le permitiera asistir a su clínica particular con el objeto de recibir sus enseñanzas. A la vez que el Dr. Andrade, otros de sus compañeros asistieron a dicha clinica; pero ninguno fue tan asiduo y tan dedicado como él, lo que le valió ser el discípulo predilecto del Dr. Tapia y Fernández.

Siendo aún estudiante, ingresó en calidad de asistente al Pabellón Nº 22 del Hospital General, en donde era Jefe del Servicio de Otorrinolaringología el señor doctor José G. Vargas Lugo. En este lugar, ya siendo médico, estuvo a punto de retirarse prematuramente debido a causas que no vienen al caso mencionar; pero fue disuadido por el Dr. Tapia y Fernández. Al poco tiempo se retiró el Dr. Vargas Lugo para ocupar un importante puesto político en la ciudad de Pachuca, Hgo., y la Dirección del Hospital acordó nombrar como su sucesor al Dr. Andrade. En la época en que fue nombrado Jefe de Servicio, había una corriente de

descontento entre los médicos que sin remuneración asistían al Hospital General, pues se quejaban de que en la mayoría de los servicios del mismo existían círculos herméticos y por lo tanto eran escasas las oportunidades que se les presentaban para desenvolverse. Desde el primer momento, el Dr. Andrade abrió las puertas de su servicio a todo aquel que demostrara deseos de trabajar, proporcionándole enseñanza y todos los medios de que disponía para su desarrollo personal. Es así como surgió de este centro un gran número de médicos especializados en otorrinolaringología que están trabajando con éxito en esta ciudad, en el interior de la República y en diversos lugares del extranjero.

El Dr. Andrade no se concretó solamente a hacer escuela dentro del Hospital General, sino que también fue notable su labor desde el punto de vista asistencial, ya que el número de pacientes asistentes al pabellón Nº 22, el cual en un principio era relativamente escaso, en pocos años aumentó considerablemente y dicho aumento ha continuado día a día a pesar de la multiplicidad de los servicios médicos para las clases populares que en la actualidad existen en el Distrito Federal.

Siendo ya Médico Consultor del Hospital, volvió a ocupar por unos meses el puesto de Jefe Activo del Pabellón 22, accediendo bondadosamente a una súplica que le hicimos los titulares de dicho Servicio, con motivo de nuestra salida al extranjero para asistir al Congreso Internacional de la especialidad. Entonces no sabíamos que su salud era precaria y quizá el esfuerzo que tuvo que desarrollar le afectó en parte. El mismo no se había dado cuenta de que se encontraba enfermo hasta que, poco después de mi regreso, emprendió su último viaje a Europa, en donde tuvo las primeras manifestaciones. A su vuelta se hizo examinar por un eminente cardiólogo, quien, aparentemente, le dio a conocer la gravedad de su padecimiento. Nos llamó la atención la resignación y estoicismo con que aceptó el dictamen. Gracias al tratamiento tuvo una franca mejoría, lo cual hizo renacer en él su optimismo y reanudar sus actividades con el entusiasmo de siempre. Desgraciadamente, dos semanas antes de su muerte sufrió un accidente vascular y cuando todos esperábamos que vendría una recuperación completa, repentinamente fuimos informados sus amigos de que había fallecido sin sufrimiento y con la tranquilidad de un justo. Esto acaeció el día 2 de febrero del presente año.

Dentro del ejercicio profesional y además del puesto de Jefe de Servicio del Hospital General, el Dr. Andrade Pradillo ocupó

por varios años la cátedra de Otorrinolaringología de la Universidad Nacional de México; fue profesor de los Cursos para Graduados organizados por la Oficina de Enseñanza e Investigación Científica del Hospital General; médico de la Casa de Cuna; presidente de la Sociedad Mexicana de Oftalmología y Otorrinolaringología; miembro fundador de la actual Sociedad Mexicana de Otorrinolaringología; miembro de número de las Sociedades de Medicina Interna y Pediatría; presidente de una de las Comisiones del IV Congreso Panamericano de Otorrinolaringología y Broncoesofagología; presidente de la VI Reunión Anual de la Sociedad Mexicana de Otorrinolaringología, que tiene el carácter de Nacional; fue también miembro fundador de la Asociación Panamericana de Otorrinolaringología y Broncoesofagología y de otras sociedades internacionales. Por su valer científico, fue objeto de muchas distinciones tanto en México como en el extranjero. Ingresó a nuestra Academia Nacional de Medicina el 4 de septiembre de 1957 como miembro de número, habiendo cumplido todas sus obligaciones como tal, asistiendo a las sesiones, haciendo interesantes comentarios y presentando magníficos trabajos científicos.

Muchos fueron los trabajos que a lo largo de su carrera profesional presentó ante las Sociedades nacionales y extranjeras, habiendo destacado entre ellos los siguientes:

- El fibroma nasofaríngeo
- La operación de Orton en la parálisis bilateral de los abductores de la laringe, Las otitis en el recién nacido
- El liúoéscleronia
- La reconstrucción de la tráquea
- Problemas de la voz
- Calambres de los músculos vocales
- Estroboscopía en el estudio de la laringe
- Monocorditis vasomotriz y diagnóstico precoz del cáncer laríngeo, etcétera.

Los tres últimos mencionados fueron presentados en el seno de esta corporación y revelan una vez más el gran interés que tuvo en los problemas relativos al funcionamiento de la laringe. Puede decirse que él fue el precursor de la Foniatría en México, tema ahora muy en boga en todo el mundo. Su último trabajo se refiere a una técnica personal de la movilización del estribo en el tratamiento de la sordera por otosclerosis y fue publicado por una de las principales revistas de otorrinolaringología norteamericanas

en fecha reciente, motivo por el cual el Dr. Andrade ya no pudo tener la satisfacción de verlo en letras de molde.

Por su actuación como maestro, compañero y amigo, es digno de ser mencionado como un bello ejemplo, particularmente para los jóvenes médicos que por su éxito profesional prematuro olvidan que una de las más grandes cualidades del sabio es la sencillez y la humildad. Además de estas y otras cualidades, tenía la de ser un magnífico esposo, padre de familia y buen hermano. Le sobreviven su distinguida y culta esposa, la Sra. Angelina Cárdenas de Andrade, sus seis hijos, de quienes el mayor tiene el mismo nombre, también médico y que se está dedicando con ahinco a la otorrinolaringología; doce nietos, cuatro hijos políticos y dos hermanos; Luis, abogado y Pedro, médico.

Los que fuimos amigos de Juan Andrade Pradillo consideramos que fue un privilegio el habernos encontrado en la vida con un hombre de tanto valer como médico y amigo, y siempre lo recordaremos con el mayor cariño.

Ricardo Tapia Acuña

Rosario Barroso Moguel

Hace unos días falleció una mujer notable: la doctora Rosario Barroso Moguer, quien nació en Oaxaca el 5 de octubre de 1921. Obtuvo el título de Médico Cirujana de la UNAM en 1945 con mención honorífica. Realizó su maestría en Ciencias Médicas en Anatomía Patológica en 1962 y su doctorado en Ciencias Médicas con especialidad en anatomía patológica en 1968 en la UNAM. Especialista en Anatomía Patológica, fue miembro fundador y titular del Consejo Mexicano de Médicos Anatomopatólogos en 1963.

Sus estudios de posgrado son impresionantes por los sitios de su entrenamiento con los mejores patólogos de su tiempo. De 1948 a 1950 realizó una estancia en el *Pathology Department del Columbia Medical Center* (Nueva York, E.U.A) con el doctor Purdy Scout; otra en el Departamento de Patología del *Veterans Administraron Hospital* (Nueva York, EUA) con el doctor Gordon, otra en el Departamento de Patología del Memorial Hospital de Nueva York, con los doctores Spitz y Allen y finalmente en el *Armed Forces Institute of Pathology* (Bethesda, Maryland, E.U.A) con el doctor Ash. Pocos patólogos antes o después de ella han cubierto un entrenamiento académico de semejante prestancia.

Dominaba los idiomas inglés, francés y alemán y hablaba el español con gran pulcritud. Además era una espléndida dibujante.

Profesora por oposición en anatomía patológica en 1962 de la Facultad de Medicina de la UNAM, en 1945 fundó el Departamen-

to de Anatomía Patológica en el Hospital de Enfermedades de la Nutrición. Fue investigadora de tiempo completo en el Departamento de Anatomía Patológica del Instituto Nacional de Cardiología (1952 a 1973), profesora adjunta de Anatomía Patológica en la División de Estudios Superiores de la Facultad de Medicina de la UNAM de 1948 a 1972, profesora titular de Histología de la Facultad de Medicina de la UNAM de 1965 a 1970, miembro del Consejo Técnico de la Facultad de Medicina de la UNAM de 1958 a 1963 y profesora titular en el Curso de Patólogos de 1960 a 1965.

Fue además profesora titular de Histología Normal y de Anatomía Patológica del Instituto Politécnico Nacional, de 1965 a 1970 y profesora titular de Histopatología General, en el Curso de Profesores en Anatomía Patológica de la UNAM de 1965 a 1968.

Fungió como Vicepresidente y Presidente de la Rama Mexicana de la *International Academy of Pathology*, de 1964 a 1967 y fue además Jefe del Laboratorio de Neuromorfología Celular del Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía, de 1983 a 2005, Investigador Titular «C» de la Secretaría de Salud, de 1984 a 2005 e Investigadora Nacional Nivel III del Sistema Nacional de Investigadores (de 1985 a 2005).

La doctora Barroso fue la primera mujer que ingresó en la Academia Nacional de Medicina de México (1957) y fue miembro titular desde 1973. Fue nombrada «La Mujer del Año 1988» por el Patronato Nacional de la Mujer del Año, A.C. (26 de octubre de 1988). Elaboró veintiocho películas sobre Cultivo de tejidos conjuntivo, miocárdico y nervioso, en colaboración con los doctores Isaac Costero, Charles M. Pomerat y Agustín Chévez. Dirigió numerosas tesis de grado y posgrado. Perteneció a las más distinguidas sociedades médicas de su especialidad y publicó más de 200 trabajos científicos. Son clásicos sus reportes de neurohistología del cuerpo carotideo y sus estudios sobre alteraciones del sistema nervioso secundarios a la administración de cocaína.

Fray Luis de León decía:

«Que descansada vida la del que huye del mundanal ruido, y sigue la escondida senda, por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido».

La doctora Rosario Barroso citaba esta frase y actuaba en consecuencia; ajena a discursos, actividades políticas y distracciones tenía sólo una pasión: la medicina y en ella la investigación biomédica. Como muchos de los aquí presentes fuimos discípulos

de ella y admiradores de su talento y personalidad poco podré decir hoy que no fuese ampliamente reconocido por la comunidad médica. Permítanme, pues, elaborar brevemente sobre el significado de su presencia en todo el devenir de la segunda mitad del siglo XX, tiempo de cambios dramáticos en la medicina mexicana, en los cuales Rosario Barroso fue frecuente referente. En un tiempo donde la medicina era una profesión mayoritariamente masculina, la doctora Barroso participó con entusiasmo sin igual, con perseverancia contumaz, con gran talento y sin vacilación alguna frente a sus colegas patólogos infundiendo en ellos respeto y admiración. Pero además de ser una mujer de su tiempo, primera mujer que ingresó en esta centenaria Academia, fue una mujer intensa y fuerte, pero amable y gentil; talentosa y firme, pero humilde y afectuosa; fue espléndida maestra y leal colaboradora de su maestro don Isaac Costero. Esta lealtad fue conspicua e indeclinable, pero no sometida, ni incondicional, ni servil. La doctora Barroso fue una mujer notable que hizo que las mujeres se notaran en una profesión, no chauvinista ni machista, pero sí habituada, por numerosas circunstancias sociales, a la presencia masculina sobre todo en las áreas de mando y decisión. Rosario Barroso como científica fue talentosa, firme, combativa y digna y también cordial y cariñosa. Así, sin estridencias, ni agresiones, ni prejuicios atávicos se ganó un lugar indiscutible en la élite médica de México.

La doctora Barroso se hizo notar por su dedicación, sus conocimientos, su mano diestra y su capacidad de observación científica; a mí, en lo personal, en mi adolescencia profesional me parecía que compartía un aire de similitud con Marie Curie.

Los discursos apologéticos después de la partida de un distinguido miembro de la Academia Nacional de Medicina se basan en numerosos adjetivos que enmarcan la grandeza del personaje; en consonancia con la legendaria modestia de la doctora Barroso los voy a omitir porque sus logros hablan claro de que sólo una mujer con grandes cualidades los podría haber alcanzado. Permítanme en cambio resaltar cuánto le deben a la doctora Barroso y a otras muy distinguidas académicas las mujeres dedicadas actualmente a la ciencia médica, que por cierto ahora, por primera vez en la historia de la medicina son mayoría numérica en nuestras escuelas de medicina y una fuerza espléndida y bienvenida en la muy crítica época en que se encuentra toda la medicina. La mujer actual con su inteligencia, tenacidad, natural compasión, imaginación y generosidad serán sin lugar a dudas fuerza del cambio y

de mejora en nuestra muy complicada profesión. Y en este nuevo escenario, la imagen de Rosario Barroso alcanza nuevas perspectivas y se convierte en una figura legendaria. Hoy recuerdo con emoción el cariño y admiración que la doctora Barroso despertaba espontáneamente y de forma particular en sus alumnas y colaboradoras. En su casa de trabajo, el Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía la recordamos con gran frecuencia y el espacio que dejó con su penosa enfermedad y su muerte se ha llenado de anécdotas y recuerdos que dan calor humano a nuestros circunspectos laboratorios de investigación. En recuerdo de Rosario Barroso quisiera mencionar que en nuestra institución la presencia de la mujer es numéricamente y académicamente igual a la del hombre. Seguramente mucho de esta transformación es consecuencia de la labor cotidiana y silenciosa de muchos años de la doctora Barroso, pero más aún de su ejemplo indeleble fincado no en destellos sino en la más perseverante cotidianeidad durante más de 50 años.

Por lo que la vida de Rosario Barroso dejó, me atrevo a decir respetuosamente que más que lamentar su muerte, celebramos su vida y su ejemplo.

Julio Sotelo

Jorge Millán Gutiérrez

Evocaré a un distinguido académico, al hacer el elogio de su carrera médica, de su personalidad y de sus contribuciones a la dermatología mexicana.

El doctor Jorge Millán Gutiérrez nació en Bogotá, Colombia, en 1907. Cursó en esa antigua ciudad del Departamento de Cundinamarca la enseñanza primaria y el bachillerato y los estudios de medicina en Lieja, Bélgica, de 1929 a 1935. Terminó la carrera con mención honorífica.

Se inició en la medicina tropical y en la dermatología en el Hospital de Baviera, en Lieja y en el Instituto Príncipe Leopoldo en Amberes. Estuvo posteriormente en los hospitales de París.

Se casó en 1936 en Lieja, con María Luisa Salas Loyens, distinguida joven, hija de padre mexicano y madre belga. La pareja decidió radicar en nuestro país, donde Jorge Millán revalidaría sus estudios en 1937, en la Universidad de Nuevo León. Vino a la capital de la República en 1938 y durante ese año, el 39 y el 40, concurrió a los dispensarios 1 y 2 del Departamento de Salubridad, a la consulta del coronel médico cirujano Vicente Ramírez, dermatólogo de gran experiencia y sagacidad clínicas.

De 1941 a 42 fue ayudante adjunto de las cátedras de dermatología y sifilografía de los profesores Vicente Ramírez y Fernando Latapí y de la del profesor González Ochoa en 1955-56. En 1957 fue designado profesor titular de dermatología de la Escuela Nacional de Medicina.

Se distinguió como ágil conferenciante y expositor clínico en la Sociedad Mexicana de Dermatología (fundada en 1936) y en la Academia Mexicana de Dermatología (creada en 1952); en los cursos para graduados de gastroenterología y endocrinología del Hospital de Enfermedades de la Nutrición, institución en que fue jefe del servicio de dermatología.

A lo largo de su vida pronunció conferencias en El Salvador, Costa Rica, Panamá, Colombia, Brasil y Argentina. Fue Presidente de la Sociedad Mexicana de Dermatología en 1942 y de la Academia Mexicana de Dermatología en 1964 y miembro correspondiente de varias sociedades de dermatología, entre ellas, la colombiana. A la ilustre Academia Nacional de Medicina ingresó en 1957. En ese año optó por la ciudadanía mexicana.

Sus trabajos científicos fueron publicados en la Prensa Médica Mexicana; en la Revista Médica del Hospital General; en la Revista de Investigación Clínica del Hospital de Enfermedades de la Nutrición; en el Libro-Homenaje al Dr. Salvador Zubirán; en la Revista del Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales; en la Revista Medicina de Gustavo Argil y en Gaceta Médica de México, órgano de la Academia Nacional de Medicina.

Destacan, dentro de sus contribuciones, las tituladas Dermatitis pigmentada calórica ocupacional, (1948), quizás su trabajo más original, en el que puntualizó la dermatitis de las tortilleras; Alteraciones dermatológicas en la desnutrición (1958); Existencia en México de la melanosis de Riehl, trabajo realizado con Salazar Mallén y Manuel Martínez Báez; Dermatosis e hígado, con Pedro Lavalle; Dermatosis y gastroenterología con Hernán Quijano; El problema de las infecciones en el Hospital de Enfermedades de la Nutrición con José Ruiloba; Resultados de los corticosteroides en dermatología, con Pensado de la Cruz; Acné juvenil, con Pensado de la Cruz y Rafael G. Galván; Errores frecuentes en la práctica dermatológica, con Larry Wachnowetzky y Las porfirinas y su papel etiopatogénico en las actinodermatitis con R. Martínez y K. Nívon.

Conocí a Jorge Millán en 1938, en el seno de la Sociedad Mexicana de Dermatología y en las actividades de nuestra especialización. Seguimos carreras paralelas, unidos en una grata y cordial amistad; profesores en los cursos de dermatología, asistentes a las sesiones clínicas, a las doctrinarias. Me invitó muchas veces a discutir casos al Hospital de Enfermedades de la Nutrición, entonces anexo al Hospital General, institución en que se forjaron excelentes internistas y cirujanos que han dado

prestancia a la medicina mexicana, bajo la autoridad científica y el carácter laborioso de Salvador Zubirán y el espíritu de organización y la perspicacia de Bernardo Sepúlveda.

En 1952 hice ver a Jorge Millán la necesidad de formar un nuevo grupo de trabajo, en el que una tendencia científica, liberal y fraterna privara por encima de todo. Cuando le invité a separarnos de la Sociedad Mexicana de Dermatología, de la que habíamos sido presidentes, para formar la Academia Mexicana de Dermatología, lo aceptó de inmediato, con entusiasmo y decisión. Desde 1952 hasta noviembre de 1977, fecha en que le perdimos para siempre —acababa de pasar el Congreso Internacional de Dermatología en México— Jorge Millán Gutiérrez fue uno de los pilares de esa Academia.

Destacó entre nosotros desde un principio, por su personalidad, su inteligencia, su ironía —escalpelo de incisión tan fina que no alcanzaba a producir herida—, su pulcritud, su elegancia en el vestir, diferente, a la europea: había vivido casi dos lustros en países de habla francesa.

Nos impresionó su pasión por la medicina, en especial por la dermatología; su espíritu de curiosidad y su inquietud por el trabajo y el estudio: pasaba varias horas al día en la hemeroteca del Instituto Nacional de la Nutrición, consultando revistas de medicina interna y de nuestra especialidad. Nos impresionó, sobre todo, por su cultura general. Él se salvaba, indudablemente, de ser herido por aquel dardo, certero y veraz, que lanzó Letamendi: «el médico que sólo sabe medicina, ni medicina sabe».

Su forma de actuar, su conversación insinuante, su euforia, su dinámica de vivir, le captaron entrañables amigos, yo entre ellos. Señero, «hombre claro, rico de aventura», amaba la vida social, la poesía, la música. En las reuniones íntimas le gustaba tocar la guitarra y cantar bambucos colombianos y yucatecos, inefables por su lirismo y su armonía. Amó la belleza en sus múltiples expresiones y sobre todo, amó la hermosura femenil. De él podría decir, siguiendo a García Lorca lo que el granadino mágico escribió al llorar a su amigo Sánchez Mejías:

Aire de Roma andaluza le doraba la cabeza donde su risa era un nardo de sal y de inteligencia.

¡Qué tierno con el rocío!
¡Que deslumbrante en la feria!
¡Qué tremendo con las últimas banderillas de tiniebla!

No sé si era más colombiano que mexicano o más mexicano que colombiano. Aunque sus raíces surgieran en la capital de la gran Colombia que soñó Bolívar, su vida floreció en este valle nuestro de las culturas milenarias. Lo más fecundo de su afán, de su pensamiento, de sus realizaciones, lo entregó a México.

En la medicina, él nos ha dejado el mismo mensaje de ideal y de cultura que otros colombianos que vivieron en México nos legaron: Porfirio Barba Jacob y Germán García Pardo en la poesía y el escultor Rómulo Rozo en la plástica.

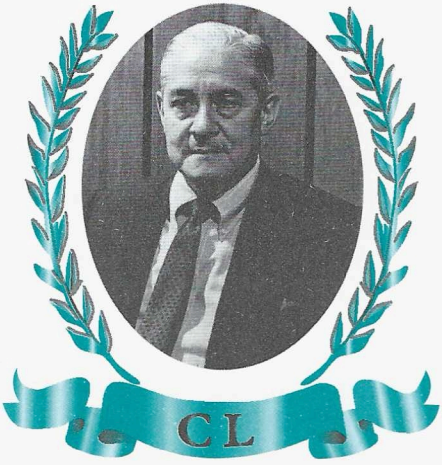
Imposible resumir y hacer el elogio, en unas cuantas páginas, de toda una vida que supo ser esfuerzo y proyección, entusiasmo y espíritu de curiosidad y un largo empeño de superación y de estudio.

A través de sus labios, un día, en una charla que tuvimos hace ya muchos años, te escuché el mensaje de uno de sus maestros, el profesor francés Pierre Abrami, mensaje que él siguió y que no deben desconocer las generaciones médicas actuales y futuras: «la ignorancia hace la ciencia: porque ella despierta el espíritu de curiosidad y estimula el trabajo para vencerla».

Jorge Millán nos ha dejado, a los que fueron sus discípulos y a quienes fuimos sus amigos y le apreciamos, ejemplos singulares de jerarquía humana: su gentileza y su inquietud, su empeño y su cultura, su espíritu de curiosidad y afán de triunfo.

Hasta la última mañana de su vida, un singular estímulo le llevó a trabajar y a superarse en la medicina interna y la dermatología.

Oswaldo Arias Capetillo



Horacio Zalce

Después de un largo y penoso periodo de incapacidad, el Dr. Horacio Zalce, miembro brillante y distinguido de esta Academia, falleció el 26 de Febrero pasado, a la edad de 73 años.

A todos nos interesa y debemos recordar a aquellos que han realizado, en una u otra especialidad, una labor trascendente para la medicina en México, a los que han dejado huella y trabajado por la Academia y los que, en su diaria vivencia y actuación, dejaron ejemplo y estímulo entre sus discípulos y amigos. Debemos singularizar a los que siempre demostraron su amor a la cultura, su sensibilidad a las artes y despertaron en nosotros, admiración, afecto y amistad. Horacio Zalce llenó ampliamente estas características.

Nacido en la ciudad de México en 1912, se graduó como médico cirujano de la Universidad Autónoma de México en 1934. Después de un corto tiempo de práctica médica en la provincia, sus inquietudes intelectuales, su interés por la cirugía, su capacidad técnica y su humanismo, le permitieron ingresar como cirujano al Hospital General de esta ciudad. En el pabellón del maestro Mariano Vázquez, maduró su natural destreza quirúrgica y obtuvo una larga y sólida experiencia en cirugía general. Su espíritu progresista y permanente deseo de mejoramiento, le llevó a una residencia en cirugía en el Hospital Memorial de Nueva York entre los años de 1941 a 1945. Fue ahí, cuando de paso por este Centro, le conocí en 1943. A pesar de lo breve de nuestro encuentro, me quedé desde entonces impresionado por su gran dinamismo, su agudeza mental, su versatilidad y su gran

capacidad de trabajo. Pude darme cuenta también del afecto y respeto que le rodeaban en ese ambiente, que reconocía su capacidad técnica y su gran sensibilidad humanista y musical.

A su regreso a México se reintegró al Hospital General como Jefe de Cirugía y del Servicio de Tumores de la Cabeza y Cuello, en la Unidad de Cancerología, el entonces Pabellón 13 de ese Hospital. Se dedicó apasionada e infatigablemente a la práctica, enseñanza y difusión de las ideas y técnicas adquiridas en el extranjero. Luchó ahí, por más de veinticinco años, en la implementación de un criterio oncológico en la práctica, estudio y enseñanza de la cirugía oncológica. A la experiencia y conocimientos adquiridos al lado de cirujanos oncólogos, de la talla de George T. Parck, Hay Martin, Adair y Brunswick, añadió sus propias ideas y su personal experiencia. Abogó por un criterio onocológico, disciplinado, basado en el estudio clínico minucioso, el análisis histo- patológico y la etapa clínica de la enfermedad y en una decisión multidisciplinaria, en aquella época radioterapia y/o cirugía, en cada caso individual. Implantó una cirugía audaz, amplia y radical, de disección en bloque y en continuidad incluyendo el primario y los ganglios de 1º y 2º relevos. Criterio que si bien en la actualidad se ha ido limitando, sigue siendo vigente en varias localizaciones neoplásicas y que en su época fue un intento audaz y avanzado de terapéutica quirúrgica oncológica.

Estas nuevas ideas, no fueron fácilmente comprendidas en nuestro medio. Su valentía, convencimiento, honradez, tenacidad y brillantez personales, lograron que finalmente fueran aceptadas, haciendo del Pabellón 13 del Hospital General, el centro por excelencia de entrenamiento y educación de muchos de nuestros más distinguidos cirujanos oncólogos actuales.

De su particular interés fue el estudio y tratamiento de los tumores malignos de cabeza y cuello, área en la que demostró al máximo su sagacidad clínica y la calidad de su técnica quirúrgica. Abogó desde entonces en un enfoque multidisciplinario entre radioterapéutas y cirujanos oncólogos, en la planeación conjunta, ejecución y control de los tratamientos de los cánceres de esas áreas.

Junto con el grupo de especialistas que trabajamos en esa unidad creó el tipo de expediente y registro oncológico, que todavía es la base de la historia clínica de nuestros principales centros cancerológicos.

A pesar de su temperamento vivaz, rápido y mercurial, fue un cirujano cauto, calmado y meticuloso en los momentos difíciles

de una cirugía radical, dramática y llena de escollos. Era intolerante frente a la negligencia y a la falta de responsabilidad.

Excelente maestro, su enseñanza sin embargo, fue más bien tutelar, enseñando-haciendo, con orientación y autoevaluación. Como preceptor fue siempre fiel a sus ideas, las cuales sostenía sin inhibiciones, honesta y vehementemente. Siendo siempre un ejemplo de autenticidad para sus discípulos, brindándoles, no solo sus conocimientos y técnicas, sino su amistad y apoyo.

Por su labor en el Pabellón 13, los quirófanos de esa unidad llevan su nombre desde hace varios años.

Fue consejero médico del patronato que creó el Instituto Nacional de Cancerología y por varios años fue jefe de cabeza y cuello en el antiguo local del mismo en las calles de Chopo. Años más tarde siempre apoyó incodicionalmente como funcionario el desarrollo de esta Institución.

En la etapa terminal de la construcción del Centro Médico Nacional, entonces de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, fue Director del actual Hospital de Oncología del Instituto Mexicano del Seguro Social. Tuve oportunidad entonces de planear con él, el equipamiento y terminación de esa unidad.

Poco después de su regreso a México creó en el Hospital Infantil de esta ciudad la Unidad de Cancerología Pediátrica del País, en unión de los Doctores Luis Vargas y Vargas, Dr. M. Touissant y posteriormente el Dr. Alejandro Aguirre Torres. Fue éste, en verdad, un logro muy avanzado para su época.

En 1971 fue nombrado Director de la Campaña Nacional Contra el Cáncer en donde desarrollo un programa de detección temprana del cáncer cervicouterino y planeó un incipiente registro nacional del cáncer publicando folletos de divulgación.

Fue miembro fundador y presidente de la Sociedad Mexicana de Estudios Oncológicos, la cual le otorgó en 1969 su máximo galardón: La medalla Ignacio Millán. Perteneció a múltiples sociedades científicas nacionales y extranjeras, entre otras a la Academia Mexicana de Cirugía, y su mayor orgullo fue el ser Miembro de la Academia Nacional de Medicina. Participando en diversos comités, su labor y presencia fueron bien conocidas y trascendentes. Con el Dr. Bernardo Sepulveda integró por varios años el Comité de Evaluación de Medicamentos y, aún en su periodo de incapacidad, continuó trabajando en las publicaciones del mismo.

Por un largo tiempo fue representante de México como asesor médico ante las Naciones Unidas en Nueva York y Ginebra,

en el Comité Científico para el estudio de radiaciones ionizantes.

En Oncología fue un innovador, un clínico sagaz y un excelente cirujano. Maestro trascendente, aparte de sus aportaciones a la técnica quirúrgica oncológica, uno de sus mayores logros fue la divulgación de un criterio oncológico multidisciplinario en el estudio y tratamiento de las enfermedades neoplásicas.

El Dr. Zalce fue un hombre de recia personalidad, preclara inteligencia y de una agilidad y agudeza mental fuera de lo común. Expresaba con vehemencia y brillantez, sin falsa inhibición, sus impresiones y juicios sobre personas y situaciones; desconcertando frecuentemente a su interlocutor o a quien lo conocía por primera vez. El conocimiento o la crítica, aguda e inmediata, podía en ocasiones parecer impertinente o agresiva. Nada más lejos de su intención. Quienes lo conocíamos bien, sabíamos, que eran sólo la expresión de su constante propósito de crítica constructiva y de perfección, con la más bondadosa de las intenciones.

Puntilloso y erudito en lo que al lenguaje respecta, fue perfeccionista en sus escritos y siempre de buen decir. Hombre de gran sensibilidad, amaba la literatura y aún más la música. Gustaba y conocía a fondo la música culta, disfrutaba la ejecución personal de música popular y su gran interés fue el jazz, sobre el cual dictó múltiples, amenas y eruditas conferencias ilustradas con grabaciones y ejecuciones personales al piano. Siempre estuvo abierto a las artes plásticas y a la cultura.

Por muchos años fue un deportista ágil, entusiasta y promotor, casi dictatorial, del ejercicio físico entre sus amigos y familiares.

Tuvo siempre una gran conciencia social y sus ideas políticas fueron siempre definidas, constantes y militantes. Junto con el Dr. Guillermo Montano fue editorialista de publicaciones para la difusión de sus ideas.

Siempre fue madura y civilizadamente respetuoso de las opiniones políticas de sus allegados y amigos, no tolerando por otra parte, actitudes falsas o de conveniencia.

Amó y cultivó la amistad. Sus reuniones anuales con motivo de su onomástico fueron crisol de muchas amistades sinceras y perdurables. Con su esposa Tina fue siempre con todos hospitalario y generoso en su hogar y en su amistad.

Su obra perdurará como la de un pionero innovador, un educador y un promotor dentro de la oncología nacional. En esta Academia, quedará su memoria como la de un miembro brillan-

te, vivaz y trascendente. Entre los que tuvimos el privilegio de conocerlo y gozar de su amistad, como la de un hombre íntegro, de gran conciencia social, con una mente preclara y ágil, un humanista sensitivo y erudito y un amigo generoso que despertó admiración y afecto. Horacio Zalce vivirá siempre en nosotros.

José Noriega Limón

Eduardo Barroso Villegas

El doctor Eduardo Barroso Villegas, nació en México, Distrito Federal el 24 de marzo de 1921. Sus padres fueron poblanos. Estudió la carrera de medicina en la Facultad de Medicina de la UNAM donde se graduó en 1945. Realizó la maestría en ciencias fisiológicas en la Universidad de North Western de Chicago en 1945 y fue becario en los servicios de gastroenterología de la Clínica Mayo en Rochester Minnesota.

Fue subjefe del servicio del hospital de Enfermedades de la Nutrición entre 1948 y 1954. Subdirector del mismo Instituto entre 1955-1960 ahí destaco por sus actividades docentes y por percibir aquello que se requería para modernizarse y responder a las necesidades científicas. Para ello fue muy importante la preparación de posgrado obtenida en el extranjero. Implantó la educación médica continua y favoreció la divulgación de conocimientos.

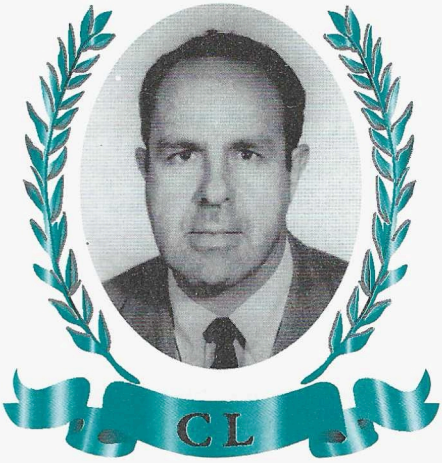
Posteriormente amplió su capacidad de servicio de manera tal que fue asesor del Subsecretario de Asistencia en la Secretaría de Salud y Asistencia entre 1965-67. Fue director de la dirección general de Normas de Organización y Funcionamiento de Hospitales entre 1977-1980. Fue coordinador de la campaña de lucha contra el cáncer entre 1981 y 1987. Fue Presidente del Comité Nacional de Servicios Médicos de la Cruz Roja Mexicana entre 1982 y 1988.

Ocupó distintos puestos en sociedades médicas destacó entre ellas el haber sido Presidente de la Asociación Mexicana de

Gastroenterología en 1963. Presidente de la Asociación Interamericana de Gastroenterología entre 1971-1973. Gobernador del Capítulo Mexicano de la *American College of Phisicians* 1970 a 1976. Presidiente del Comité de Educación Médica de la Organización Mundial de Gastroenterología 1974-1982. Secretario del 5° Congreso Mundial de Gastroenterología en México 1974.

Ingresó a la Academia Nacional de Medicina en noviembre de 1958 habiendo sido su trabajo de ingreso sobre aspectos clínicos del carcinoma de páncreas. Precisamente en la línea de investigación sobre páncreas realizó parte importante de su trabajo de investigación. Fue un clínico sagaz, organizado, forjador de varias generaciones de gastroenterología, de enorme presencia ante sus pacientes y compañeros médicos. Recuerdo con mucho cariño que me recibió en mi primer día de servicio clínico en su piso en el Instituto Nacional de la Nutrición Salvador Zubirán y desde entonces puedo ahora declarar con mucho gusto que me privilegió con su amistad.

David Kershenobich



José Manuel Falomir Prieto

El 4 de enero de 1991 falleció nuestro socio el señor académico José Manuel Falomir Prieto, después de sufrir estoicamente una larga enfermedad. Todavía hace algunos meses estuvo de pie en esta tribuna, comentando con emoción el trabajo de ingreso de un nuevo miembro de nuestra corporación, sobre el cáncer de próstata, enfermedad que habría de llevar a la muerte a nuestro querido amigo.

José Manuel, «El Chino Falomir», fue conocido como un hombre inteligente, radiólogo rápido en la ejecución de sus estudios, certero en su interpretación, con amplios conocimientos de clínica y medicina general, con quien se podía discutir un problema clínico y salir enriquecido con nuevos elementos para manejar al enfermo.

Nativo de la ciudad de Chihuahua, lo que explicaba en gran parte su carácter sencillo, franco y abierto, su hablar en voz alta, su preferencia por la música regional y su amor por entidades y valores del Norte, realizó sus estudios primarios en el Instituto Elemental para Niños de la ciudad de Chihuahua, y los secundarios en el Instituto Científico y Literario del mismo Estado, trasladándose a la ciudad de México en el año de 1936 para cursar la Escuela Nacional Preparatoria de la UNAM.

Graduado en la Escuela Nacional de Medicina con altas calificaciones, presentó su examen profesional el 8 de agosto de 1944 y se trasladó posteriormente a la Unión Americana, donde realizó un año de Residencia en Medicina Intenta en la *Cleve-*

land Clinic Foundation. Fue durante ese año cuando decidió realizar la especialidad de radiodiagnóstico quizá, como apunta el doctor Pitol, influido por grandes figuras de la época como los doctores Frederick Templeton y R. E. Wisse, quienes eran por entonces famosos en la radiología gastroenterológica, a la que habían llevado a un gran desarrollo, y también por darse cuenta que en nuestro país hacía falta darle a ésta un gran impulso en aquellos tiempos.

A la *Cleveland Clinic* había llegado, según palabras del propio doctor Pitol: «con su título de la UNAM y con una beca de 20 dólares con derecho a desayuno y a la famosa 'hora feliz' de la casa de huéspedes que ocupaba». Regresó a México con un rico bagaje intelectual, un diploma de la especialidad de radiodiagnóstico y con su esposa Peggy, que serían los elementos que conformarían su vida profesional y social.

En el Instituto Nacional de la Nutrición laboró por casi veinte años a partir de 1947. Posteriormente se hizo cargo de la Jefatura de Radiodiagnóstico del Hospital Juárez por varios años más,y después de treinta años de vida médica institucional, tomó su jubilación y se dedicó en tiempo completo a la práctica privada. Durante este tiempo influyó en la formación de numerosas generaciones de médicos en los que dejó siempre huella con sus enseñanzas. Fue autor de numerosos trabajos en el área de radiología del aparato digestivo, introductor en nuestro país de novedosas técnicas, como las del estudio de hipertensión portal, y describió el signo radiológico de la obstrucción del cístico cuando la vesícula biliar no opacifica en la colangiografía endovenosa, que le fue reconocido por el propio doctor Wisse, autor de la técnica.

Además, fue traductor de dos libros de texto importantes en la radiología: los de los doctores Charles B. Storch y Lucy F. Squire, considerados como libros básicos para el aprendizaje de la radiología. Participó también en numerosas reuniones como ponente y adquirió fama de ser un expositor de estilo sencillo pero enérgico y veraz, y de adaptarse a las necesidades de su auditorio.

Fue miembro muy activo de la Sociedad Mexicana de Radiología, de la que ocupó la presidencia en 1960; editor de la Revista Mexicana de Radiología, y sinodal y director de exámenes del Consejo Mexicano de Radiología. Participó en la organización de numerosos congresos, entre ellos los Panamericanos de 1952 y 1983, y el Congreso Mundial de Radiología de 1956. En la *Radiological Society of North America* fungió como consejero por

México, y durante varios años (a partir de 1958) ocupó un sitial en nuestra Academia (en la sección de radiología), en la que estuvo activo hasta los últimos meses de su vida.

En 1986, durante el XII Congreso Nacional de Radiología, la Federación Mexicana de Radiología e Imagen le otorgó su máxima presea: el «Premio al Mérito Radiológico», el cual significó su reconocimiento al desarrollo de esta importante especialidad en nuestro país.

El doctor Falomir fue una persona que consideró siempre que el trabajo del individuo era la base de su éxito en los grupos y las instituciones, y durante su vida así lo demostró a los que tuvimos la oportunidad de convivir con él. La Academia lo recuerda con cariño y expresa su pesar a sus hijos y demás familiares.

Miguel Stoopen

Roberto Hernández de la Portilla

Hoy nos toca recordar eventos del brillante quehacer médico del doctor Roberto Hernández de la Portilla, pleno de realizaciones significativas y matizado por su elevada calidad humana.

Desde que se recibió y por tres décadas (1945-1976), su labor institucional la llevó a efecto en el que fuera Hospital de Enfermedades de la Nutrición, y que más tarde se convirtiera, con justicia, en Instituto Nacional de la Nutrición «Salvador Zubirán». Menciono por su trascendencia que en los años cuarenta, el Hospital de Enfermedades de la Nutrición, junto con el Hospital Infantil de México y el Instituto Nacional de Cardiología fueron centros principales para modernizar la medicina mexicana, situación que se consiguió en unos cuantos años, con la concurrencia de profesionales formados en esa institución.

Si hago alusión al importante papel que jugó el Hospital de Enfermedades de la Nutrición, es porque el doctor Hernández de la Portilla tuvo que ver en ello. Su paso por la institución marcó una época. El fue de sus constructores, de los que le dieron cimiento y estructura, imagen y proyección. Roberto fue el primer graduado ahí admitido como médico interno, nombre que corresponde ahora a la categoría de médico residente.

En 1947 fue becado a la Universidad Northwestern y al Hospital Cook County, de Chicago. En los dos años que allá pasó, con singular empeño se entregó a profundizar en la patología del hígado y a desarrollar el trabajo de investigación que le asig-

naron: Alteraciones hepáticas en ratas alimentadas con maíz y frijol. Cumplir con el programa exigía horarios prolongados, de diario y por meses. Nunca su quehacer quedó incumplido.

Se le confirió el grado de Maestro en Ciencias en la Universidad Northwestern. En esa universidad solicitaron voluntarios humanos para ser sujetos de investigación. El generoso doctor Hernández de la Portilla aceptó la invitación, a sabiendas de que requería someterse a dietas nada apetecibles y a molestos estudios de laboratorio, los siete días de la semana y por tiempo prolongado. Su cabal participación facilitó la culminación del programa. Participar en la investigación le disciplinó en la forma de razonar, y así se compenetró en el método para generar conocimientos. En las áreas clínicas del Hospital Cook County obtuvo sabias enseñanzas de expertos gastroenterólogos de renombre mundial. Con avidez se interiorizaba en los padecimientos que se atendían; dominaban la patología del hígado.

Se reincorporó al Hospital de Enfermedades de la Nutrición en 1949, y fue ascendiendo a puestos superiores: jefe de residentes, jefe de servicio y de manera destacada, jefe de consulta externa. En su carrera hospitalaria se perfeccionó en la práctica, que es la mejor escuela para el médico, en quien antes que nada ha de privar la destreza. Era promotor de intercambio de experiencias y asiduo revisor de las publicaciones que llegaban a la biblioteca.

Como jefe de residentes vivió dos años en el hospital. Él era hombre metódico y disciplinado. Desde entonces ya se disponía de normas e instructivos precisos de trabajo, que cuadraban bien con la personalidad de Hernández de la Portilla.

Su apego a la doctrina; sus enseñanzas y ejemplo calaron hondo en el ánimo de los residentes. Les trasmitió' el rigor en el cumplimiento del oficio, la puntualidad exigente de la entrega cotidiana a servir a quien sufre y, por otra parte, el respeto y digno trato entre compañeros.

Condujo con acierto la consulta externa y los servicios de hospital en que fue jefe. Se preocupó de que la atención médica se diera conforme a los procedimientos científicos más avanzados; de que el cuidado de los enfermos fuera en equipo y con calor humano. La revisión de resultados se hizo costumbre, y en conjuntar asistencia médica con enseñanza fue un ejemplo cimero de pensamiento y acción. Quienes con él trabajaron ganaron en ser y saber.

Hernández de la Portilla fue de los que dieron nacimiento y cultivaron con su vida institucional la mística del hospital, la

que comprendía, entre otros ángulos: entrega jubilosa al cumplimiento del deber; obsesión en mejorar de continuo la calidad de la atención médica; orgullo de ser uno de esa familia en paz y desvelo por el progreso del alma mater.

Como maestro participó en conducir, fecundar y abrillantar varias generaciones (1950-1976) de jóvenes interesados en la medicina interna, y en especializarse en gastroenterología. Cuidó de que adquirieran recia formación para resolver los problemas de salud, y con juicioso empleo de los recursos, tanto de diagnóstico como de tratamiento. Insistió en la importancia que reviste comprender del enfermo, al hombre.

Presidió la Asociación de Médicos del Instituto Nacional de la Nutrición «Salvador Zubirán» (AMIN-NSZ), y la Asociación Mexicana de Gastroenterología (AMG). En ellas desarrolló labor fructífera en adelantar en su organización y en difundir los avances médicos. Miembro valioso del comité organizador del V Congreso Mundial de Gastroenterología, que con gran éxito se celebró en esta ciudad en 1974.

Sus publicaciones científicas son numerosas, enriquecen los órganos oficiales del AMINNSZ, de la AMG y de la Gaceta Médica de México. En su práctica privada, el doctor Hernández de la Portilla tuvo singular éxito por su saber, bondad e incorruptible rectitud. Fue maestro en su oficio, apto para entender al paciente y aliviar sus males.

Ejemplo cotidiano de que la relación médico-paciente, es una confianza frente a una conciencia. Al morir en diciembre pasado, se llevó multitud de afectos, confidencias y gratitudes de sus enfermos y colegas. El camino médico lo recorrió sin buscar fama o riqueza.

Por más de cuarenta años ejerció la medicina privada, los primeros treinta aunada a la vida hospitalaria. Ya retirado del hospital, (1976), mantuvo el hábito de leer, de concurrir a reuniones académicas y de estar al día.

La Academia no tendrá más a este miembro, pionero en la modernización de la medicina mexicana. Su vida fue misión cumplida. Ese hombre fue un gran médico, ese médico fue un gran hombre.

Eduardo Barroso Villegas

Jorge Olarte Álvarez

Este espacio que ha dedicado la Academia Nacional de Medicina para recordar a un distinguido miembro que se nos ha adelantado, tiene el carácter de un homenaje, que la H. Mesa Directiva me ha conferido y que representa un alto honor al pedirme recordar al maestro Dr. Jorge Olarte Álvarez, miembro de nuestra corporación desde el año de 1958, honor que ahora desempeño con gran respeto y admiración, y que en esta ocasión deseo representar el sentir de la comunidad académica.

Hablaré de un amigo y maestro con quien me ligaron lazos de gran afecto y estimación, de reconocimiento y admiración sinceros por su obra científica y humana.

El Dr. Olarte consagró íntegramente su vida profesional al ejercicio y enaltecimiento de la bacteriología; una vida de estudio, de labor fecunda, que forjó una personalidad científica sólida, con la rigidez que otorga la experiencia, el estudio y la superación.

Quien hoy con respeto recordamos, nació en Velez Colombia en diciembre de 1916. Residió en México desde 1939, y fue ciudadano mexicano por naturalización desde 1964.

Fue integrante de las primeras generaciones que se formaron en el Instituto Politécnico Nacional, en la carrera de Químico Bacteriólogo y Parasitólogo en el año de 1943.

En 1964 obtuvo el título de doctor en Ciencias Médicas, en la Facultad de Medicina de la UNAM.

Entre los años de 1946 a 1948 realizó una Maestría en Bacteriología en la Universidad de Nueva York.

Sus viajes al extranjero fueron numerosos siempre por invitación de distinguidas personalidades, sobresalen: su visita al Centro de Enfermedades Transmisibles de Atlanta E.U.A., con los doctores Edwards y Ewing; la Universidad de Johns Hopkins; a Copenhague con el doctor Kauffman; al Hospital Walter Reed del Ejército Americano en Washington, y al Instituto Pasteur. Cada uno de ellos cubrió diferentes aspectos de la bacteriología intestinal.

Su actividad institucional la realizó inicialmente en el Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales, en el Laboratorio de Bacteriología Intestinal del Doctor Gerardo Varela. Allí fue donde tuve el primer contacto con él siendo alumno de la maestría en Ciencias de Laboratorio Clínico, organizado por la escuela de Graduados de la Facultad de Medicina de la UNAM. (1948-1950). Aunque el doctor Varela era el responsable del curso, la enseñanza práctica la recibíamos del doctor Olarte, que ya en aquel entonces tenía la categoría de investigador. Allí se estableció el Centro Mexicano para el Estudio de las Salmonelas; se aislaron y clasificaron miles de cepas de salmonela, se estudió su patogenicidad y su importancia en la fabricación de alimentos. Además de reconocer la participación de Salmonelas y *Shigelas* en las diarreas infantiles, se debatía la importancia de los serotipos de *Escherichia coli* enteropatógena.

Posteriormente su actividad se concentró en el Hospital Infantil de México, a partir del año de 1950. Inicialmente en el laboratorio de bacteriología adscrito al laboratorio clínico, en donde hubo avances importantes en el estudio de *Mycobacterium tuberculosis*, *Corynebacterium difteria* y *Estafilococcus aureus*; y después en el laboratorio de bacteriología intestinal, creado a instancias del doctor Federico Gómez, y en el que colaboraron los doctores Joaquín de la Torre y Luis Torregrosa. Allí se realizaron importantes investigaciones sobre la etiopatogenia de las diarreas agudas, cuyos resultados fueron difundidos en más de cien publicaciones que constituyeron el pilar del trabajo editorial del doctor Olarte.

Así mismo en dicho laboratorio se estableció el programa para el Control de las Enfermedades Diarreicas, patrocinado por la OMS; un programa multicéntrico en el que participaron otros países (China, India y Paquistán), con el objeto de definir la etiología de la diarrea aguda grave en los lactantes.

Dicho laboratorio tuvo una proyección internacional, que atrajo la atención de numerosos investigadores que asistieron a

él con el carácter de visitante, y representó un importante centro de formación de recursos humanos.

Durante su estancia en la Universidad de Nueva York, pudo establecer relaciones con destacadas personalidades: entre otras con los doctores Lancefield, René Dubos y Severo Ochoa.

Su trabajo editorial lo conforman 151 comunicaciones en revistas nacionales y extranjeras, así como diversas monografías y capítulos en libros.

Participó en numerosos congresos e impartió innumerables conferencias tanto en México como en el extranjero.

Fue integrante distinguido de numerosas sociedades médicas nacionales y extranjeras, pero especialmente de la Academia Nacional de Medicina y de la Sociedad de Microbiología, de la que fue presidente en el bienio 1969-1970.

Su destacado trabajo profesional docente y de investigación le hicieron acreedor a diferentes premios otorgados por esta Academia, por la Secretaría de Salud y por el Instituto Politécnico Nacional.

En abril de 1956 contrajo matriminio con la señorita Asunción Noguera, quien fue su compañera inseparable con la que formó una familia ejemplar integrada por Rosa María y Jorge, que le dieron cuatro nietos.

Jorge ha recogido la estafeta, y ha proseguido con la obra ejemplar que su padre inició en su actividad privada, con la rectitud y honradez profesional que heredó, y que hoy por hoy en este mundo desquiciado en el que se dejan de lado las más altas normas de conducta profesional, representan una posición muy respetable. El doctor Olarte además de su afición al trabajo fue afecto a la lectura.

El día 14 de mayo del presente año se nos adelantó en el camino; la medicina mexicana pierde a un preclaro representante, y la sociedad a un varón ejemplar. Y ahora que el maestro nos ha abandonado, su calidad de hombre bueno, quedan allí como un ejemplo para guiar los pasos de las nuevas generaciones.

Ahora ocupa un lugar de honor entre quienes, con su inteligencia y esfuerzo, han contribuido con gran distinción, al desarrollo de la bacteriología en nuestro país, y a nivel internacional, al lado de destacados investigadores: Varela, Sosaya y Martínez Báez, y quien por sus méritos fue miembro distinguido de nuestra Academia.

Agradecemos la presencia de los familiares del maestro, que hoy nos acompañan, y a quienes los refrendamos nuestras más sentidas condolencias y la seguridad de que Jorge Olarte Álvarez vivirá en nuestra memoria.

Francisco Durazo Quiroz

Edmundo Rojas Natera

El doctor Edmundo Rojas Natera nació en la ciudad de Mapimí, Durango, el día 22 de septiembre de 1917.

Realizó sus estudios de primaria, secundaria y preparatoria en las ciudades de Lerdo, Torreón, Saltillo y San Luis Potosí.

Estudió medicina en la Escuela Nacional de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, y recibió el título de Médico Cirujano el 10 de noviembre de 1945.

Entre 1945 y 1948 se entrenó en patología en varios hospitales de la ciudad de Boston, en los Estados Unidos de Norteamérica: *Children's Hospital, Peter Bent Brigham Hospital, Free Hospital for Women y Massachussetts General Hospital.*

Fue patólogo asistente del Departamento de Patología Quirúrgica del Hospital Presbiteriano de la Universidad de Columbia, en Nueva York, E.U.A.; patólogo huésped del Instituto de Patología de la Universidad de Bonn, en la República Federal de Alemania, del Instituto de Patología de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos de Norteamérica y del Departamento de Patología del Hospital Monte Sinaí, de Nueva York, E.U.A.

Perteneció a 18 sociedades científicas y academias, incluyendo la nuestra.

Durante 20 años fungió como jefe del Departamento de Patología del entonces Hospital de Enfermedades de la Nutrición.

Era profesor titular de patología en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, y profesor asociado de patología en la División de Graduados de la propia Facultad.

Publicó 75 trabajos sobre temas de patología, en revistas nacionales e internacionales.

Además, escribió el capítulo de Patología Gastrointestinal del libro de Patología, editado por la Prensa Médica Mexicana.

Fue miembro de la comisión editorial de la Asociación Mexicana de Gastroenterología y de los consejos editoriales de las revistas Patología y Gaceta Médica de México.

Murió el 16 de septiembre de 1989.

Hasta aquí, los fríos datos biográficos del doctor Edmundo Rojas Natera, distinguido patólogo, miembro de nuestra corporación, quien falleció después de una larga enfermedad, soportada con resignación y estoicismo.

Voy a dedicar los siguientes minutos a decir unas palabras acerca de mi amigo Edmundo Rojas.

Conocí a Edmundo en 1953, cuando ingresé a hacer mi tesis profesional en el antiguo Hospital de Enfermedades de la Nutrición, en donde él era el jefe del Departamento de Patología.

A pesar de la diferencia en nuestras edades, 12 años, hecha más evidente por los que yo tenía entonces, pronto surgió entre nosotros una amistad sincera y firme, que perduró hasta su muerte.

Edmundo Rojas era un maestro nato. Nadie como él para enseñar la patología elemental a quienes, como yo, no íbamos a dedicarnos a ser patólogos y, por supuesto, magnífico en el adiestramiento de médicos que sí iban a dedicarse a la especialidad.

Era exigente, pero justo. Purista del lenguaje. Meticuloso revisor de informes de biopsias y protocolos de autopsias. Excelente expositor. Estupendo en la dirección de sesiones de patología y sesiones anatomoclínicas. Crítico certero de otros patólogos, nacionales y extranjeros. Profundo conocedor de la patología general y con predilección hacia la patología hepática, especialmente la cirrosis. Sus ideas acerca de la nomenclatura y clasificación de la cirrosis prevalecieron en la reunión del comité respectivo en La Habana, Cuba, en 1957, a la cual asistieron grandes personalidades de la hepatología mundial como la doctora Sheila Sherlock, de Inglatera, el doctor Jacques Caroli, de Francia, y el doctor Hans Popper, de los Estados Unidos de Norteamérica y el doctor Bernardo Sepúlveda, de México.

Durante toda su vida se dedicó a su especialidad, tanto como Jefe del Departamento de Anatomía Patológica del antiguo Hospital de Enfermedades de la Nutrición, y como asesor en patología de diversas instituciones, así como en la práctica privada.

Pero con todo, la patología y la medicina en general no eran todo para él.

Tenía un espíritu inquieto. Muy culto, sabía cuatro idiomas, además del español. Desde su niñez fue amante de la música y, en la edad adulta, llegó a ser un verdadero erudito. Conocedor del arte. Amigo de pintores de renombre como Matías Goeritz y Leonora Carrington. Experto en tapetes orientales. Asiduo viajero por toda la República y por muchos países del orbe. Estudioso de las religiones, sobre todo de la católica romana, que él profesaba. Interesado profundamente en la educación de los niños. Incluso, llegó a reunir a un grupo de amigos, entre los cuales nos contábamos mi esposa y yo, con objeto de fundar una escuela en la que se impartieran los conocimientos académicos, culturales y religiosos que él consideraba indispensables para la adecuada formación del ser humano.

Fue un consejero prudente, que lo mismo podía orientar acerca de la especialidad que un médico jóven quería seguir, que sobre la música que debería interpretarse el día de su boda o sobre la restauración de alguna antigüedad para su casa.

Una faceta poco conocida de él, es que era dueño de una buena voz de tenor lírico, y que poseía un gran repertorio de música de Gonzalo Curiel, Agustín Lara, y otros compositores de la época. Cantaba rara vez, lo oí en una sola ocasión, pero, eso sí, toda una tarde.

Tuvo una esposa extraordinaria y ambos formaron una hermosa familia, en la cual reinaron siempre la armonía, la libertad, el respeto y el amor.

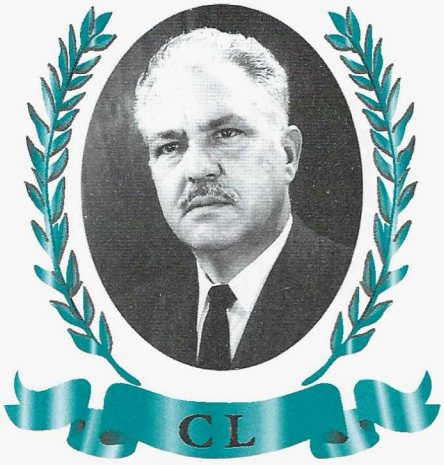
Su casa era reflejo de su personalidad: sencilla, tranquila, acogedora, pletórica de obras de arte y de objetos de su predilección, llena de recuerdos y reminiscencias.

Edmundo murió como siempre lo deseó, en su casa, rodeado de sus seres queridos y escuchando su música predilecta.

Si se quisiera usar una sola palabra para resumir la personalidad de Edmundo, yo escogería la siguiente: bondad.

Edmundo Rojas fue un hombre bueno.

Luis Guevara



Gabriel Álvarez Fuentes

En cumplimiento de las reglas académicas, debo resumir hoy ante ustedes lo más destacado de la obra realizada por nuestro compañero de labores, recientemente fallecido, el doctor Gabriel Álvarez Fuentes.

Nacido el día 3 de febrero de 1918 en Salamanca, Guanajuato, recibió su título de médico cirujano en la UNAM en agosto de 1945 y fue miembro numerario de la Academia desde septiembre de 1959.

Al iniciar estudios profesionales, se aficionó a la histología normal al lado del doctor Tomás Gutiérrez Perrín, de tan grata memoria para todos nosotros, y a la anatomía patológica como ayudante de las cátedras entonces a mi cargo. Pronto fue a su vez destacado maestro en ambas materias, que impartió como profesor titular, tanto en el Instituto Politécnico Nacional como en la Facultad de Medicina de la UNAM. Aunque el doctor Álvarez Fuentes fue fundamentalmente microscopista e histopatólogo, destacó también en el reducido grupo de médicos que, entre nosotros, ha dedicado una parte considerable de su interés al diagnóstico anatómico y al establecimiento de las relaciones clinicopatológicas, practicando necropsias en la forma clásica de Virchow. Desde que se inició en esta actividad en el anfiteatro del Hospital General, hacia 1938, hasta sus últimas actividades en el Hospital de la Mujer, ahora como parte de los cursos que impartía en el Registro Nacional de Anatomía Patológica, nunca interrumpió el método de estudio al que debe su desarrollo actual la patología clínica.

También se interesó en la medicina legal y en la historia de la patología, mientras realizaba análisis histopatológicos en el Sanatorio Español, en el Hospital Juárez y en el Hospital Mocel, sucesivamente. Sin embargo, su verdadero mérito surgió cuando tuvo oportunidad para demostrar extraordinarias cualidades como organizador. A su esfuerzo personal debemos: 1) la fundación de la Sociedad Mexicana de Patólogos, que iniciara bajo su presidencia las labores en 1948; 2) la organización de la primera Reunión Nacional de Patólogos durante la Asamblea Nacional de Cirujanos, en noviembre de 1952; 3) el establecimiento del Consejo Mexicano de Médicos Anatomopatólogos (1963) —primero del país, pronto seguido por los de otras varias especialidades médicas—; y 4) la creación, organización y sostenimiento del Registro Nacional de Anatomía Patológica de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, que dirigiera desde 1959 hasta su muerte.

Como puede notarse, toda la organización oficial y reglamentada de la Anatomía Patológica Mexicana se debe a la iniciativa y al esfuerzo del doctor Álvarez Fuentes. La Sociedad Mexicana de Patólogos reunió en su principio a todos los especialistas clínicos del país, estimulando entre ellos la solidaridad, la cooperación y el espíritu de trabajo. Con la primera Reunión Nacional de Patólogos se iniciaron los actuales congresos, que dan a nuestros especialistas la relevancia que merecen. El Consejo de Médicos Anatomopatólogos llamó la atención de los clínicos sobre la conveniencia de que las actividades profesionales correspondientes fueran realizadas por quienes tuvieran preparación adecuada a la alta responsabilidad que afrontan. Y en el Registro Nacional de Anatomía Patológica se han preparado muchos de los patólogos y de los técnicos en histopatología que hoy trabajan en el Distrito Federal y en los Estados. Aquí su labor fue permanente y reunió, bajo los auspicios de la SSA., la biblioteca-hemeroteca de la especialidad más nutrida y mejor organizada del país, con su pequeña imprenta y encuadernación anexas, a través de las cuales y por muchos años, se realizaron los cuadros, láminas, reimpresos y bibliografías para la enseñanza, y se mantuvo el contacto entre los técnicos y médicos de los Estados con el centro matriz. Los bien dotados laboratorios del Registro, sus instalaciones de cirugía experimental, el laboratorio de microscopia electrónica, el aula —muy práctica, pues permite trabajar en ella con los microscopios— y los cubículos para estudios especiales, permitieron realizar al doctor Álvarez Fuentes y a su grupo de trabajadores una labor trascendente para la patología mexicana.

El doctor Álvarez Fuentes era miembro numerario del Consejo para la Investigación Médica de la SSA., del *Board Certificatión in Pathology*, de la *World Association of Anatomic and Cliritc Pathology Societies*, y de diez y siete sociedades científicas de la especialidad, en su mayoría internacionales.

A pesar de que la mayor parte de su atención la ocupó en preparar patólogos y técnicos —sólo del Registro salieron durante su labor 20 médicos y más de 100 técnicos— demostró entusiasmo por la investigación científica desde su tesis profesional, que hizo sobre la estructura de los pinealomas, esos raros tumores todavía hoy no bien comprendidos por los histopatólogos. En este campo pronto su preferencia se orientó sobre la patología ginecológica, cuyo caudal enriqueció con veintinueve trabajos originales. Era él mismo un excelente técnico y las preparaciones que conseguía causaron no pocas veces admiración entre quienes conocen las dificultades que encierra el manejo de los colorantes histológicos; sus seis publicaciones al respecto son verdaderamente notables.

En los últimos años se sintió impulsado a mejorar el tratamiento de los tumores malignos. El patólogo ve todos los días con el microscopio cada vez mayor número de lesiones de ese diagnóstico, mientras le llegan para estudio completo, vía anfiteatro, los enfermos que sucumbieron a la enfermedad. No ignora sin embargo, los recientes progresos del tratamiento con radiaciones y mediante quimioterapia, en un número importante de tumores malignos, en enfermos que hasta hace poco se hallaban sin esperanza. Tales circunstancias son otros tantos estímulos a los que difícilmente puede resistirse una mente inquieta, inquisitiva y progresista como la de Álvarez Fuentes. Además, y también como patólogo, era buen conocedor de los procesos inflamatorios. Todo ello le impulsó, sin duda, a contribuir entusiastamente en el ensayo práctico y activo de la inmunoterapia para combatir algunas neoplasias invasoras. Bien preparado en metodología y con correcta información, asociado a excelentes colaboradores, sus ensayos resultaron prometedores. Al dejar éstas sus tareas para siempre, no han quedado abandonadas; brillantes discípulos las llevarán adelante, hasta el fin lúcido que merecen.

Unas pocas palabras más, ahora sobre mi amigo Gabriel Álvarez, ya que la faceta espiritual de ninguna manera puede separarse de la materialidad social. Debo decir aquí que Gabriel y yo formamos una buena pareja complementaria pues, con un

mismo ideal como meta, discrepábamos en los medios más adecuados para conseguirlo.

Aunque era más joven que yo, ninguno de los dos escapamos, durante nuestra infancia, a la fuerte influencia del romántico siglo XIX. Ambos abrimos los ojos a la vida escuchando a Mimí cantar su pasión, con límpidas lágrimas que ayudaron a despejar la visión de nuestras primeras sensaciones afectivas. Con tan tierno principio, alcanzamos el pleno desenvolvimiento de la frígida sociedad actual, un nuevo periodo prediluvial donde, al tintinear de los treinta dineros, hemos elevado ese soberbio zigurat representado por los cohetes interplanetarios. Como en Babel, cuando la construcción de la Torre estaba ya muy avanzada, ahora tampoco nos entendemos a pesar de los esfuerzos para mejorar la intercomunicación. Vivimos de nuevo la confusión de las lenguas: muchos dicen, exhortan, presagian y ¡hasta calculan estadísticamente y con máquinas computadoras!... los mayores desastres; pero pocos los atienden, comprenden o toman en cuenta. Y por ahora no se vislumbra el Noé capaz de construir un arca salvadora, siquiera para la pareja de unas cuantas especies. Porque si en el flotador entran todas —el grave error de Noé— los misántropos —en su sentido de desbaratadores de hombres— que, desde su salida por el monte Ararat se multiplicaron en forma de ahora dominarnos, volverían a determinar las predichas catástrofes.

Todavía a bordo del S. S. Orinoco —que nos trajera juntos a México, como a nueva tierra de promisión— y al iniciar juntos en el Hospital General el pie de amigo en el que apoyar la modernización de la patología en México, nos parecía que el prototipo de hombre cabal debería ser el que nos dibujaron abuelos y padres: el de mente recta, espíritu justiciero, espejo de moralidad, venero de virtudes, base de disciplina, responsable hasta la muerte —¡se suicidaban los banqueros arruinados, los generales perdidosos, los capitanes del buque en trance de hundimiento, los políticos fracasados!—, ese hombre cabal ahora sustituido por alguien más práctico: el individuo emprendedor, competitivo, dominante, envuelto en intimidaciones —entre ellas la plurivalente del espionaje llamado industrial—, prototipo hacia el que se ven lanzados nuestros nietos. Ni Gabriel ni yo pudimos nunca acomodarnos a semejantes cambios.

Pero, desde el punto de vista del temperamento, Gabriel fue siempre el joven luchador, tenaz, amigo de la prosperidad para todos, apóstol de la amistad, intolerante con la doblez y el disi-

mulo interesados, con la traición a la confianza del compañero, con la explotación del hombre prudente por el despótico, con el desconocimiento de los valores humanos allí donde se encuentren. Su generosidad carecía de límites. Por mi parte debo confesar que, si disfruto hoy de alguna holgura material, a él se la debo por entero. Sólo su tenacidad para convencerme, me llevó a escribir los libros de texto, y él me incluyó en el Consejo Directivo del Registro; ambos desinteresados apoyos, me produjeron ventajas materiales que ahora puedo apreciar.

Pienso que, en este momento, cuando Gabriel nos abandona, él con su acometividad y su sentido práctico bien apegado a los hechos, yo con mi evidente condescendencia apoyada en optimismo un tanto quimérico, llevamos todavía las de perder. Sólo unos pocos cumplen hoy los principios morales que nos trajeron al elevado nivel ético de los años precedentes a la Primera Guerra Mundial; pero todos, incluso aquellos que no los cumplen, sienten en su intimidad tal pérdida de principios. Y ésto es una sólida esperanza. Si Atenas resultó destruida por Esparta, que sobrevivió justo lo suficiente para contemplar el renacimiento ateniense; si en las Cruzadas resultamos derrotados los cristianos, pero aún no salen de su decadencia los sarracenos; si la monarquía volvió a Francia sobre la alfombra de aristócratas y desarrapados muertos en torno a la Bastilla, pero desde entonces los humildes dejaron para siempre de ser la escoria que entonces creían los poderosos... no tardarán mucho en retornar los ideales intrínsecos de la humanidad, aquellos que la sacaron siempre de otros atolladeros semejantes al que ahora vivimos, y sin los cuales, el paso por este nuestro mundo —del latín *mundus* = limpio, pulcro, elegante—, carecería de meollo racional. En verdad, una civilización grosera de tenderos afortunados ha contaminado de nuevo hasta las almas populares, pero no en forma permanente. Por encima de todo hay que tener paciencia; por supuesto, una paciencia activa, vigilante, animosa, siempre enérgica y precavida frente al engaño.

No veremos ni Gabriel ni yo aquel renacimiento; pero deseo firmemente que muchos de los que me escuchan alcancen esa tan necesaria compensación. Y entonces acuérdense de nosotros siquiera sea sólo por unos instantes.

Isaac Costero Tudanca

Anselmo Fonte Bárcena

En el lapso de tres años me ha tocado la triste obligación de recordar en este recinto a dos compañeros de Corporación que han desaparecido: uno, el doctor Raúl Arturo Chavira, fue maestro mío; el otro, el que hoy rememoramos, empezó como discípulo y bien pronto su categoría lo hizo convertirse en uno de mis más cercanos e importantes colaboradores. El dolor ha sido el mismo; pero, la amargura que su partida ha dejado no ha podido ser igual. En el primer caso —el maestro Chavira— se trataba de un hombre que había recorrido ampliamente una vida completa, larga y fecunda; en el segundo —el doctor Anselmo Fonte— hemos perdido a quien tenía todavía por delante una vida entera y de quien podía esperarse aún un cúmulo muy grande de realizaciones. Sin embargo, no se crea que nadie pueda decir de Anselmo Fonte que haya sido malogrado: es malogrado aquél de quien se espera algo que no puede realizar porque la parca lo arrebata, inclemente, antes de tiempo; no lo es aquél que aunque no haya tenido una existencia muy larga en el tiempo ha sabido llenar todos sus momentos de realizaciones: este es el caso de Anselmo Fonte Bárcena.

No puedo dejar de mencionar, aunque sea en forma escueta, por ser de costumbre, algunos datos biográficos acerca de él. Estos no son casi nunca fundamentales: no es muy importante en dónde se ha nacido ni los lugares en dónde se ha pasado la existencia, sino la significación de lo que en ésta se haya podido realizar. Es decir, el balance justo, sereno y real de si la vida

se ha sabido llenar con algo que haya compensado la carga, la lucha, los —mayores o menores— sinsabores, inevitablemente inherentes a la existencia humana.

El doctor Anselmo Fonte Bárcena nació en la ciudad de San Luis Potosí, población de ancestral historia y de ilustre abolengo, en el año de 1918. Fue hijo de un respetable comerciante y de una dama perteneciente a vieja y conocida familia de la localidad, en la cual se cuentan otros médicos. Su madre le sobrevive y es para ella en este momento mi primer sentido y cariñoso homenaje. Realizó sus estudios primarios en su ciudad natal y, llegado el momento, se trasladó a la ciudad de México para llevar a cabo su formación universitaria. Fue un estudiante destacado y brillante y, desde su primer contacto con la clínica, entró a formar parte del grupo de trabajadores del Hospital General, del que nunca se separó. Empezó como practicante y terminó sus días como jefe de unidad; recorrió con todos los requisitos reglamentarios cada una de las etapas de la carrera completa de médico de hospital. Como practicante tuvo su primer contacto personal conmigo hace 35 años; en esa época empezó también a relacionarse estrechamente con un grupo de oftalmólogos procedentes del mismo servicio que, con dos excepciones, le han sobrevivido.

Apenas graduado, contrajo matrimonio con la señorita Margarita Vázquez Vela, quien fue por más de 30 años la inseparable compañera de su vida. A ella y a sus cinco hijos dirijo también ahora mis más cariñosos sentimientos.

El doctor Anselmo Fonte fue un oculista general completo. Perteneció al grupo de los oftalmólogos —que cada día escasean más— que han considerado siempre que los peligros doctrinarios de la superespecialización no compensan las ventajas materiales y prácticas que esta manera de proceder concede. Pero, como todo el mundo, las circunstancias del vivir y sus preferencias le hicieron laborar más en unos territorios de la especialidad que en otros y es en éstos en los que su actividad dejó huella.

Llegó como practicante al Hospital General cuando el Servicio de Neurocirugía acababa de crearse y esta importante y dura especialidad llamaba, justamente, la atención y despertaba entusiasmo en nuestro medio. Los enfermos neuroquirúrgicos fueron objeto de sus atenciones y cuidados y en 1941 publicó su tesis recepcional acerca del síndrome quiasmático en los tumores de la hipófisis y del tracto hipofisario. Esta tesis, a pesar de los años transcurridos, es un documento que aún puede leerse con interés y utilidad.

Por estos antecedentes, aprovechó la oportunidad para conseguir una beca en Buenos Aires para ampliar sus estudios con el profesor Jorge Malbrán, probablemente el más destacado, en esa época, de los oftalmólogos latinoamericanos, quien había hecho objeto especial de sus trabajos precisamente a la neuro-oftalmología. En Buenos Aires tuvo la desilusión de encontrarse con que la muerte de Balado, el pionero de la neurocirugía en la América del Sur, había hecho descuidar en gran parte los estudios de neuro-oftalmología. Pero, de todas maneras, su contacto con el profesor Malbrán fue fundamental para el compañero que ahora estamos recordando.

Andando el tiempo, tuvo una oportunidad única en nuestro medio: fue designado oftalmólogo de la Unidad de Neuropsiquiatría del Seguro Social, cuando el entusiasmo de los que componían su personal médico hacía decir —quizás con justicia— que era el departamento de la institución que destacaba por su forma de laborar. Tuvo a su alcance un riquísimo material clínico, bien estudiado por neurólogos, laboratoristas especializados, neurorradiólogos y neurocirujanos. De este material, Anselmo Fonte acumuló una experiencia que fue insustituible para sus actividades posteriores.

Recién recibido, los azares de la vida lo llevaron a prestar sus servicios como oftalmólogo en el Centro de Investigaciones acerca de la Oncocercosis en Huixtla, Chiapas. Se encontró allí con un grupo bien organizado de trabajadores en el tema: parasitólogos, laboratoristas clínicos, sanitaristas y con un hospital con equipo suficiente para llevar a cabo no únicamente labores de rutina sino, también, de investigación clínica. Asimiló pronto todos los aspectos del ataque ocular de la parasitosis; describió, siendo el primero que puso énfasis en esto, el ataque conjuntival, cuyo cuadro objetivo es tan característico y ostensible que puede ser reconocido por todo agente sanitario y —en zona de endemia oncocercosa— casi basta, por sí solo, en los exámenes en masa de la población, para separar a los habitantes parasitados de los que no lo están aún.

Durante su estancia en Buenos Aires nació su interés por las anomalías neuro-musculares del ojo y en ellas por el capítulo más difícil del grupo: el de los estrabismos incomitantes (paralíticos). En esa época, en que la terapéutica quirúrgica no contaba, todavía, con la posibilidad actual de las transposiciones musculares, el tratamiento era ingrato. Sin embargo, Anselmo Fonte no rehuyó sus escollos y acerca de este tema, precisamente, fue en 1959 su comunicación de ingreso a nuestra Corporación.

El glaucoma, la enfermedad cuya importancia ha ido creciendo, ya que al disminuir los padecimientos infecciosos del segmento anterior del ojo ha quedado como una de las dos o tres causas más frecuentes de ceguera en los países occidentales, fue también objeto de su interés en la investigación clínica. Fue, en particular, el introductor y divulgador en nuestro medio de una de las técnicas más recientes del tratamiento quirúrgico de la afección: una de las operaciones filtrantes con termocauterización, a la que él puso el nombre, adecuado, de «esclerectomía térmica retráctil». Por su realización perfecta y el entusiasmo en su divulgación podría decirse que hizo de ella una verdadera especialidad.

Trabajó con tesón en una época en el campo difícil de las plastias de la región periorbitaria, cuando aún no existían en nuestro medio destacados especialistas en cirugía plástica que, en la actualidad, tienen en gran parte en sus manos el manejo del problema. Sus conocimientos en el diagnóstico diferencial de las distintas variedades de ptosis palpebrales y en el tratamiento —no uniforme, sino seleccionado— de cada una de ellas, hicieron del tema uno de sus favoritos.

En los últimos años, por último, dedicó su interés en forma muy especial al estudio de las afecciones de la órbita, terreno difícil, tierra de nadie, en el que incursionan, y raras veces con demasiado éxito, oftalmólogos, cirujanos de cráneo y cirujanos plásticos. Adquirió profundos conocimientos doctrinarios acerca de su patología y evidente maestría en su manejo médico y quirúrgico.

Para terminar, algo debo de decir acerca de su personalidad. Anselmo Fonte no tenía fama de ser modesto. En efecto, era consciente de su capacidad, pero nadie podría decir de él que haya sido soberbio y, menos aún, que haya sido fatuo. Era obstinado en sus ideas y en sus acciones, cuando tenía la convicción de que eran justas. Si a cada persona tuviera que catalogársele con un solo adjetivo que reflejara la más ostensible de sus varias características (inteligente, hábil, amable, discreto), yo escogería una expresión para caracterizar a Anselmo Fonte: era pulcro.

Pulcro en grado elevado: pulcro en su presentación personal, pulcro en su manera de impartir una clase, pulcro en su modo de operar, pulcro en su trato con los amigos y con los desconocidos. Como tal lo recordamos, ahora que hace tan poco tiempo que nos ha dejado, y como tal seguiremos recordándolo en el futuro cuantos convivimos con él. Esto, tan sólo, ya demuestra que su paso por esta vida no fue inútil. Y, ¡qué más podría desear para sí mismo cada uno de nosotros!

Magín Puig Solanes

Rafael Palacios Bermúdez

Por encargo de los directivos de nuestra Academia, vengo a decir unas palabras, tan sinceras como sentidas, en memoria del ilustre académico y ejemplar amigo, doctor Rafael Palacios Bermúdez.

Nuestra institución reconoció sus virtudes académicas al admitirlo en su seno para ocupar un sillón en la sección de Nefrología, el 29 de abril de 1959. Cuatro años más tarde, la Academia accedió a su solicitud de pasar a la sección de Medicina Interna, donde su intervención y su influencia serían seguramente más útiles para la Corporación.

Su muerte fue como su vida: transparente, sufrida, lógica y sencilla. La capacidad de observación y la solidez del pensamiento clínico que caracterizaron la actuación médica de Rafael Palacios, le llevaron a hacer, desde los primeros síntomas, el diagnóstico de la grave enfermedad que en pocos meses truncara prematuramente su vida, y su entereza, realismo y sencillez, propios también de su carácter, le permitieron encarar la muerte con singular naturalidad.

Los años cuarenta fueron de particular importancia para la medicina mexicana, pues al mismo tiempo que la medicina universal superaba venturosamente la etapa de conjunción científica, México intensificaba su esfuerzo para formar especialistas, aquí y en el extranjero, sobre una base integral, básica y clínica. Rafael Palacios fue uno de los jóvenes que se enrolaron en esta onda de superación y fue también, seguramente, uno de los

primeros médicos mexicanos que se formaron bajo el concepto moderno de la medicina interna como especialidad.

Durante sus primeros ocho años de médico recorrió los caminos de la cirugía en la que, por cierto, no encontró satisfacción a sus aspiraciones. Decidió, pues, el cambio radical y obtuvo una beca para estudiar en los prestigiados centros médicos del noreste de los Estados Unidos de Norteamérica, a fin de formarse en la nueva especialidad, sin importarle sacrificios ni escatimar esfuerzos. Logró así una vasta preparación al lado de Albright en endocrinología, de Joslin y White en diabetes, de Means en enfermedades del tiroides, de Bauer en reumatología, de Loeb en medicina interna general, de Baker y Heinz en padecimientos vasculares periféricos y de Jones en gastroenterología.

Su increíblemente amplia y profunda cultura médica y su sólida formación clínica fueron de gran importancia para sus enfermos, pero muy especialmente para su hospital. Efectivamente, el Hospital Español le debe en gran parte la organización y desarrollo que le han llevado en la actualidad a ser un hospital empeñado en superarse, en hacer una medicina cada vez mejor.

Rafael Palacios fue un escéptico de la medicina empírica basada solamente en la observación y la experiencia. Le preocupaba realmente la medicina científica. Quizá por ello le interesaba la resolución de «problemas», a los que se entregaba con verdadera pasión, y le aburría, en cambio, la rutina de la consulta diaria. En realidad, lo que sucedía también, es que su espíritu inquieto, inquisidor e insatisfecho estaba hecho para la investigación científica, a la que no obstante sus grandes anhelos nunca pudo dedicarse, porque la época, el medio y el vendaval de la vida no le fueron favorables. Realizó, sin embargo, su sueño de investigador en su hijo Rafael, a quien insensiblemente transmitió su devoción por la investigación biomédica, su ilusión por vivir una vida sencilla y excelsa en este nivel superior de la actividad humana.

La enseñanza de la medicina fue otra de sus preocupaciones. Apenas un año después de graduado ingresó al profesorado de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México como prosector de anatomía descriptiva. Durante sus ocho años de cirujano fue instructor y profesor asociado de disciplinas quirúrgicas. De 1957 hasta su muerte, fue profesor titular de hematología, nutrición y endocrinología de la misma Facultad de Medicina. Gracias a su amplia cultura médica fue invitado a colaborar en cátedras y cursos para graduados de diversas ramas de la medicina.

Sin embargo, su interés más definido, casi podría decir, su pasión, fue la enseñanza de residentes e internos, a quienes dedicaba sus mejores esfuerzos. Enseñaba con el ejemplo no solamente la medicina sino la actitud del médico para con su enfermo. Sus alumnos y compañeros admiramos en más de una ocasión su sencillez y honestidad para confesar sus errores, inclusive ante sus propios enfermos y en contra de su prestigio, dando muestras de una lealtad edificante.

Escéptico, como he dicho, de la medicina empírica, estimuló siempre a los médicos de su servicio y, en particular, a los residentes e internos, a estudiar con constancia como él lo hacía, a revisar los temas olvidados, a leer las revistas que mantienen al médico al día. Como elemento fundamental para hacer posible este estudio, el doctor Palacios promovió y ayudó, con trabajo y donaciones personales, a la organización de la biblioteca y hemeroteca del Hospital Español. ¡En ese recinto perdurará siempre su memoria!

Sus intereses académicos tuvieron también otras proyecciones. Fue presidente de la Asociación Médica del Hospital Español, miembro de la *American Diabetes Association*, de la Sociedad Mexicana de Nutrición y Endocrinología, de la Academia Mexicana de Cirugía, de la Asociación Médica Franco-Mexicana y de la Academia de Ciencias de Nueva York.

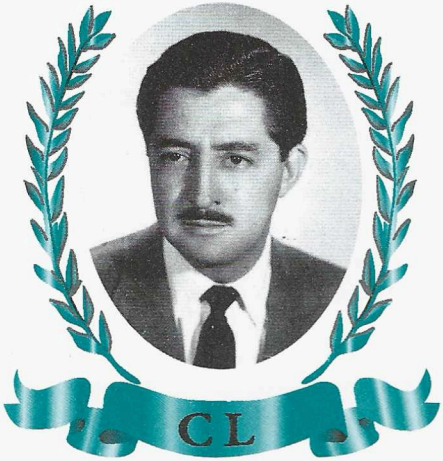
Los trabajos científicos que publicó, enfocados a los aspectos médicos que más le interesaron, contribuyeron al mejor conocimiento de la diabetes, la insulinoterapia, la corticoterapia, las nefropatías y las colagenopatías.

Hombre de inteligencia superior, como mostró serlo desde sus años de estudiante, tuvo una actitud sencilla y realista ante la vida. Desgraciadamente, esa vida que tanto más pudo haber logrado, fue malograda no sólo por su muerte prematura, sino por su frágil salud que lo obligó a detenerse muchas veces en el camino.

Sus virtudes humanas, por otra parte, le permitieron ser un excelente esposo, magnífico padre y excepcional amigo.

Nació el 7 de julio de 1913 y murió el 12 de noviembre de 1970. Nuestro respeto a la memoria de este excelente médico de formación excepcional, quien sin medir ventajas ni desventajas, imprimió a todos los actos de su vida la sinceridad, la honradez, la franqueza y la lealtad que siempre constituyeron sus características naturales.

Alfonso Álvarez Bravo



José Antonio Quiroz y Carrasco

La Academia Nacional de Medicina rinde un recuerdo póstumo a la memoria del doctor José Antonio Quiroz y Carrasco, académico distinguido en el terreno de la oftalmología mexicana, profesión o actividad en la que se desempeñó en su fructífera existencia. Abordó esta especialidad después de haber cursado sus estudios médicos en la Facultad de Medicina de la ciudad de México entre los años que van de 1937 a 1942. Es interesante saber que el primer llamado lo recibió por parte de uno de los ilustres miembros del jurado asignado por la Facultad: Fue constituido por los doctores Mario Tordilla, Bernardo Sepúlveda y Magín Puig Solanes, siendo éste último altamente impresionado por la formación médica del doctor Quiroz. La tesis describía de manera muy clara los estudios comparativos de los procedimientos empleados para el diagnóstico incipiente de la avitaminosis A.

Después de la obtención del título profesional, el 22 de noviembre de 1943, reafirmó su situación laboral como médico asistente en el Pabellón de Oftalmología del Hospital General y como oculista del Hospital de Enfermos Crónicos «Nicolás Bravo» de la recién formada Secretaría de Salubridad y Asistencia Pública. Poco tiempo después realizará un brillante un Curso de Oftalmología para Posgraduados en el Instituto Ocular del Centro Médico Presbiteriano de la ciudad de Nueva York que le abrió el camino para convertirse en medico Asistente de la Clínica de Diabetes de la Clínica Joselin del Hospital de Bos-

ton al tiempo que se desempeñaba como profesor de las clínicas de Oftalmología en la Escuela de posgraduados de Nueva York. Esta actividad la pudo realizar con toda propiedad ya que antes de viajar, contaba con una sólida experiencia educativa de tres años en México, como profesor adjunto de la cátedra de Oftalmología en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Al regresar al país se reincorporó a los centros de trabajo ya reseñados y dio inicio a una vida plena, dedicada a la docencia y la investigación en los doctorados del Instituto Nacional de Cardiología, en posgraduados de Endocrinología, Diabetes y Nutrición así como los propios de Oftalmología. Estas actividades fueron realizadas de una manera constante y se entremezclaron con asistencia a congresos y reuniones médicas en México y el extranjero.

Como una buena medida para conocer sus múltiples intereses de investigación sobre los distintos aspectos oculares de la diabetes mellitus y algunas otras entidades me permito presentar una pequeña lista representativa: la sustanciosa información que brinda el estudio sistemático del fondo de ojo, las distintas representaciones de la retinopatía, las complicaciones vasculares como la esclerosis vascular, los efectos hipotensores de los medicamentos, la esclerosis arteriolar de los enfermos diabéticos no hipertensos, la catarata diabética así como los resultados de su intervención quirúrgica. Entre otros aspectos diferentes señalo la retinopatía leucémica, el cuadro ocular de los síndromes del arco aórtico, los distintos tratamientos del glaucoma hemorrágico y el glaucoma absoluto doloroso, el problema de la oncocercosis en el Estado de Chiapas.

La Academia Nacional de Medicina recuerda con tristeza a los académicos que como el doctor Quiroz han dedicado su vida al estudio, la docencia, la investigación de los problemas que afectan a la humanidad y sobre todo la población mexicana. El doctor Quiroz con una visión futurista supo entender el significado de la diabetes en nuestro medio, como puntualmente lo señaló en muchos de sus escritos.

La Mesa Directiva de la Academia Nacional de medicina agradece la presencia de sus familiares a esta sencilla pero importante ceremonia de recuerdo a un ilustre académico fallecido.

Emilio García Procel

Guillermo Schnaas Hintze

Por petición de la Mesa Directiva de esta Academia cumplo con el triste deber de recordar con ustedes, en forma por demás breve, al querido y estimado maestro y académico Guillermo Schnaas Hintze, quien falleció el 1º de agosto pasado.

El doctor Schnaas nació en 1912 en el Estado de México. Cursó los estudios primarios y secundarios en México y dos semestres de estudios premédicos en la St. Mary's University de Texas. En 1930 ingresó a la Universidad Nacional Autónoma de México, en la que obtuvo el título de médico veterinario en 1937. A la Academia Nacional de Medicina ingresó en 1959, propuesto por los doctores Ignacio Chávez, Oscar Valdés Ornelas y Manuel Martínez Báez, entre otros.

Durante su vida profesional le preocupó al doctor Schnaas la salud pública y su relación con la medicina veterinaria, como lo denotan algunos títulos de sus publicaciones, que tratan con temas de la higiene de la leche y de la carne, de la tuberculosis en diferentes especies animales y de la cisticercosis, para citar tan sólo algunos ejemplos.

Ocupó varios puestos en la Secretaría de Salubridad y Asistencia (hoy Secretaría de Salud), en el área de la medicina veterinaria, fue inspector sanitario de carnes en el Estado de Durango, colaboró en los Servicios Sanitarios Coordinados del D.F., así como en el Instituto de Higiene. Fue comisionado especial, por parte de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, en la lucha contra la rabia. A partir de 1944 hasta 1972 impartió varias Cáte-

dras en la Escuela de Medicina Veterinaria (hoy Facultad) de la UNAM, adquiriendo la definitividad en las materias de canicultura, patología y clínica canina y patología médica quirúrgica. También impartió cursos en la Escuela de Salubridad.

De 1938 a 1945 fue gerente y asesor veterinario en los laboratorios Lederle y posteriormente ocupó puestos en las secciones veterinarias de las Compañías Parke Davis y Ciba-Geigy. De 1940 a 1985 se dedicó además a la clínica privada de pequeños mamíferos.

Lo que más caracterizó a la personalidad del doctor Schnaas fue su rectitud, cualidad que no dejó de causarle problemas durante sus años de profesor y la que en ocasiones fue confundida con inflexibilidad o intransigencia. Los ideales del doctor Schnaas fueron la honradez y la rectitud en todas las situaciones de la vida. Como catedrático trataba de inculcarles estos principios a sus alumnos. Fue un maestro exigente y perfeccionista y lo desilusionaban los alumnos que optaban por el camino de la menor resistencia.

De los grupos de clínicas que tenía a su cargo exigía estudios minuciosos, insistiendo en una metodología rigurosa para llegar a formular un diagnóstico preciso. A los estudiantes motivados les prestaba todo su apoyo; en cambio, le causaron desesperación aquellos que no cumplían con las tareas encomendadas.

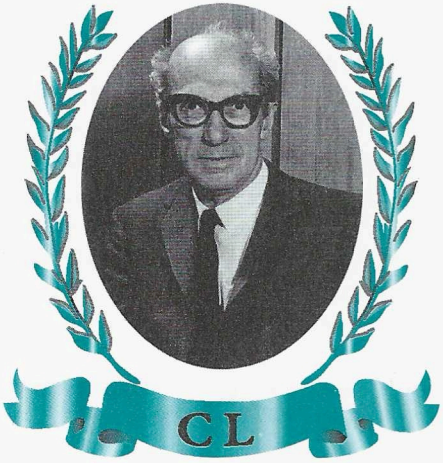
Su vida universitaria transcurrió en la búsqueda de la excelencia académica. Estaba convencido que la masificación no es el camino de la educación superior, actitud que generó pocas simpatías con aquellos estudiantes que trataban de encontrar el camino fácil para salir con un título universitario.

El juicio del doctor Schnaas reconocía el blanco y el negro. Situaciones ambiguas o compromisos no las aceptó bajo ninguna circunstancia y despreciaba la mediocridad en todas sus formas. Su constante deseo para los miembros de la profesión veterinaria siempre fue un mayor perfeccionamiento, basado en conocimientos científicos bien fundados. Por este motivo promovió con mucho entusiasmo la creación de la Academia Veterinaria Mexicana de la cual fue presidente, deseando que fuera una corporación científica del más alto nivel.

Pienso que los años más satisfactorios y llenos de esperanza durante su vida universitaria fueron aquellos en los que el rector Ignacio Chávez encabezó nuestra Máxima Casa de Estudios. Los dos lucharon por ideales similares. El Maestro debe ser recordado siempre por los que fueron sus alumnos y los que le

conocimos en la vida universitaria y en esta Academia; por sus conceptos valiosos sobre el compromiso que adquiere el profesional ante la sociedad y ante sí mismo, de que la honradez y la verdad deben prevalecer en todos los campos. Sacrificó la popularidad y tal vez también bienes materiales, a cambio de una independencia espiritual que le era indispensable para vivir.

Aline S. de Aluja



Germán Somolinos D'Ardois

Hace unos 30 años, pese a la labor meritoria de destacados y honorabilísimos académicos, la historia de la medicina desempeñaba en nuestro país un papel honroso, pero, hasta cierto punto, secundario. Muchos la consideraban un conocimiento que, aunque signo de cultura, constituía un lujo en el quehacer médico y hasta cierto punto inútil.

Las páginas de la Gaceta Médica de México contienen numerosas biografías de nuestros grandes hombres, en las que se insiste en sus grandes virtudes, pero callando las deficiencias propias de su tiempo y las carencias de la naturaleza humana. Rara vez se emprendía el estudio profundo o imparcial de la labor científica.

Hoy día, el panorama ha cambiado. Esto es debido a la acción conjunta, a veces separada, pero siempre armónica, de varios investigadores que comprendieron el papel de la historia de la medicina. Ahora pocos dudan que la historia forma parte integrante del conocimiento médico. Alegóricamente, el conocimiento tiene dos caras, una que mira hacia el pasado, y la otra al porvenir, según la simbólica efigie de Janos.

Entre los que investigaron nuestro pasado médico y que contribuyeron a darle valor, destaca el nombre y figura de Germán Somolinos D'Ardois.

Después de publicar varios trabajos históricos, ingresó a esta Academia el día 24 de agosto de 1960. Me tocó la honrosa y placentera misión de comentar su trabajo de ingreso y darle la bienvenida.

El trabajo llevaba el sugestivo nombre de lo mexicano en la medicina y la lectura de su contenido no defraudó las ideas que sugiere el interesante título.

El doctor Somolinos ingresó a la Academia cuando estaba en la madurez de su edad, ostentando entusiasmos juveniles que nunca abandonó. Traía como antecedentes numerosos artículos sobre historia médica, pero su labor más destacada y la cual le dio renombre bien cimentado, fue su contribución valiosa a la monumental edición de las Obras completas de Francisco Hernández. Esta empresa, que honra a la Universidad, fue llevada a cabo gracias al entusiasmo de nuestro compañero de Academia, el doctor Efrén del Pozo.

Digamos de paso que Germán Somolinos nació el 24 de febrero de 1911 y se graduó de médico en la Universidad de Madrid en 1934.

Somolinos vivió su juventud en un momento interesante de la vida de España. Ya para entonces, en la Península, los intelectuales habían roto el espejismo fastuoso de la venerable tradición, y aprovechaban la lección de cuando España perdió los últimos rincones del continente que había poblado.

Fue la generación del 98, la del «escepticismo creador», la responsable de la rotura de ese espejismo, herencia de los siglos.

Para nosotros los médicos, entre los componentes de esa generación, nos es admirable la figura de Santiago Ramón y Cajal, gloria de España y promotor de un nuevo renacimiento ideológico y científico. Decía Cajal con amargura, casi con rudeza, «al carro de la civilización española le falta la rueda de la ciencia». Era la idea general. Se tuvo conciencia de esa falta y se procuró remediarla.

Más recientes fueron Ortega y Gasset y los colaboradores de la «Revista de Occidente». Más joven aún, Gregorio Marañón. Le seguían los jóvenes de nuevas generaciones. España, como decía Cajal, era un país intelectualmente atrasado, pero no estaba decadente.

Ya por 1931 no tenía sentido la monarquía que había dejado de ser un símbolo, ya que, como todos los símbolos, cambiaba de sentido con el tiempo. La monarquía española no cayó, ni sucumbió, se ausentó, desapareció por sí sola.

Por cierto que hay fotografías de la familia real cuando, frente al Palacio de Oriente, abordaba el automóvil que la conduciría a Francia. Alfonso XIII había partido en la noche. Entre los anónimos asistentes, jóvenes republicanos que noblemente rodeaban a la familia real, estaba un joven estudiante de medicina

de rostro alegre y cabellera «alborotada». Era el futuro doctor Germán Somolinos D'Ardois.

Se hizo ostensible toda una gama de ideas y actitudes políticas y sociales; desde las opiniones monárquicas o conservadoras, más o menos ostensibles, hasta las actividades radicales y anarquistas. Por eso, la vida de la nueva República fue azarosa. Sufrió España las consecuencias de todo cambio de estructuras seculares, y no olvidemos que el ideal más puro, dice Marañón, aún el más sano, conduce al fanatismo y el fanatismo aisla al vecino del vecino y convierte en enemigo al hermano.

Somolinos, el joven médico, había contraído matrimonio con Marisa, hija de la activa Carmen Palencia, embajadora en Estocolmo de la República Española. Allí le tocó saber de la caída de su amada República.

México abrió generosamente las puertas. Lázaro Cárdenas estuvo siempre del lado del más débil; ayudó a la invadida Etiopía cuando países fuertes la abandonaban; abrió las fronteras a los judíos perseguidos por Hitler. Ahora abría los brazos a los exiliados españoles.

Volvemos a repetir con Marañón: «El exilio ha sido para nuestro pueblo el español, tantas veces sometido a cánones de violencia, el instrumento, casi con organización oficial, de nuestra expansión científica». La expansión científica fue favorecida por Ignacio Chávez, por Gustavo Baz, y en otro campo, por el venerado maestro, gran español y gran mexicano, don Tomás G. Perrín.

Años antes, la numerosa inmigración española estaba formada en gran parte (había muchas excepciones), por hombres sencillos y trabajadores, a veces rudos, venidos de las más diversas regiones de la Península. Después de años de privaciones y duro trabajo, algunos adquirían grandes fortunas.

La exhuberante imaginación siempre acompañaba al español en sus empresas. Pero es injusta la afirmación de Marañón de que en el emigrante su «humanidad vive una existencia derramada hacia afuera, intrascendente, con un predominio del gesto sobre el pensamiento».

En México establecieron grandes industrias, algunas de las cuales subsisten. Mencionemos entre otras fundaciones el Hospital de la Beneficencia Española, que permanece cada día con más servicios y más prestigio, y recordemos los nombres de grandes benefactores: Mundet, Galas, Diez, Urraza.

Ahora, nuevo tipo de emigrantes llegó a México. Entre muchos otros citaré a Costero, Rafael Méndez, Pi Suner, Giral y tantos otros cuya lista sería larga e inoportuna.

Somolinos D'Ardois se trasplantó con su familia a nuestra patria, donde vivió de honesto trabajo, repartiendo su tiempo entre la investigación de laboratorio y la investigación histórica. Esta última la llevó a cabo con amor, con tesón y con entusiasmo.

Y a propósito de investigación, no puedo menos de recordar lo que con motivo de la solemne conmemoración que hizo la Academia decía Costero: «El trabajo científico empieza por no ser un trabajo sino una diversión. Es un juego noble y limpio en el que ponemos nuestros más altos sentimientos en pos de una verdad. En el peor de los casos adquirimos conocimientos que crecen con el tiempo, afirman nuestras ligas espirituales y crean lazos de afecto cada vez más sólidos. Permite hasta encontrar una Patria cuando se cree todo perdido».

No debe extrañarnos que, con cariño y entusiasmo, el tema escogido por Somolinos fuera Lo mexicano en la medicina.

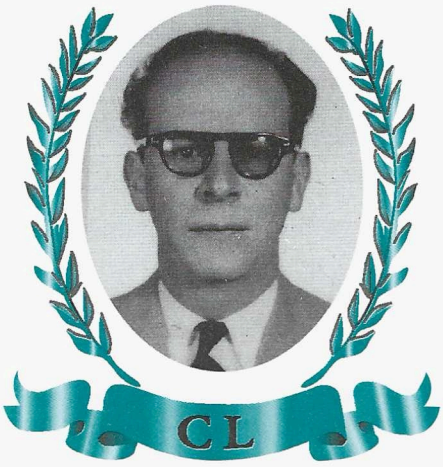
Somolinos fue infatigable para elevar la actividad histórica en nuestra Academia; comunicaciones, mesas redondas, congresos, la exposición con motivo del centenario (1864); organización del archivo y biblioteca históricos y exhibiciones gráficas y bibliográficas en el vestíbulo del auditorium en las frecuentes ocasiones en que había lugar para la rememoración histórica. Siempre estuvo pronto a proporcionar datos a quienes se lo pedían.

Él y yo colaboramos en la sección de Historia de la Medicina con fraternal entusiasmo. Nunca cosechamos el amargo fruto de la envidia o el resentimiento, y sigo repitiendo las últimas palabras de mi discurso de bienvenida, el 24 de agosto de 1960: «Germán Somolinos D'Ardois, investigador incansable, escritor honestísimo, leal amigo y caballero a carta cabal, cualidades que le acreditan como un brillante académico».

Hoy mis palabras son de sentimiento, de recogimiento espiritual, de conmovida gratitud. Su último escrito fue dedicado a mi labor histórica en la Academia con motivo del 50 aniversario de mi recepción profesional. No pudo leer el noble documento; lo leyó, con caballerosa actitud, que mucho agradezco, nuestro vicepresidente, el doctor Ortiz Monasterio. Pocos días antes Somolinos había asistido al sencillo y para mí emocionante acto de inauguración del Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina, en el viejo hogar de nuestra Facultad.

Que queden mis palabras como nueva manifestación de afecto a la familia, hoy de duelo. Sirva de alivio que queda Juan, el hijo. Como su padre, dedicado profesionalmente al laboratorio clínico; investigador acucioso de nuestra historia médica, con delicada sensibilidad artística. Joven aún, ya es conocido por sus méritos y actividad. Hago votos porque un día cercano ocupe en nuestra Academia el lugar que fue de su padre.

Francisco Fernández del Castillo



Manuel Velasco Suárez

Manuel Velasco Suárez nació el 28 de diciembre de 1914 en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, en una familia resultante del temprano mestizaje, basado en una herencia que desconocía la palabra imposible, y con esa determinación, que permite sobreponerse a las mayores dificultades e infortunios, definitoria del carácter de este hombre.

Después de sus estudios primarios y de secundaria en Chiapas, se trasladó a la Ciudad de México donde, siempre con mención honorífica, terminó su bachillerato y la carrera de medicina en el año de 1939.

Ya había surgido en él la curiosidad de conocer profundamente al sistema nervioso, su estructura, su función, sus alteraciones y enfermedades, así como el deseo de curarlas y llevar alivio a los que las sufren.

Pronto se dio cuenta que era necesario salir de México para adquirir los conocimientos avanzados necesarios para lograr sus objetivos por lo que, primero en Harvard bajo la tutela de los doctores Jason Mixter, James B. Ayer y James C. White y posteriormente en Washington, D.C. con los doctores Walter Freeman y James W. Watts, realizó los estudios necesarios para convertirse en neurocirujano.

El primer paso estaba dado y regresó a la Ciudad de México al Hospital Juárez.

Allí el joven médico Velasco-Suárez, tuvo su primera prueba de fuego con el reto de formar un servicio autónomo de neurocirugía.

Venciendo muchas dificultades pudo introducir la especialidad neuroquirúrgica y logró que una sala de 40 camas se asignara a neurocirugía y de inmediato dio inicio a la ardua labor de dotarla de quirófano propio, así como de los servicios auxiliares.

Su interés en la enfermedad mental y la posibilidad de mejorarla mediante la psicocirugía, entonces de aceptación universal, lo hicieron pionero en este campo junto con sus estudios sobre la epilepsia.

Ya para entonces había ampliado grandemente sus relaciones internacionales con algunos de los grandes maestros norteamericanos como Paul Bucy, Earl Walker, William Sweet y Scoville, entre otros.

De estas relaciones nacería el deseo de traer a México a las sociedades internacionales y así organizó en 1961 el IX Congreso Latinoamericano de Neurocirugía que alcanzó una excelencia difícilmente repetible.

El interés de Manuel Velasco-Suárez en la epilepsia está reflejado no sólo en sus artículos al respecto sino también en la fundación de la Liga Mexicana contra la Epilepsia, el 23 de noviembre de 1951. Esto fue el primer paso en la formación de grupos de pacientes, médicos, trabajadoras sociales, sociólogos y benefactores, así como sistemas de referencia y contrarreferencia de pacientes.

Esa gran maestra de la neurología, como ha llamado Velasco-Suárez a la epilepsia, aumentó cada vez más su interés por el papel del hipocampo y la amígdala en la génesis de las epilepsias complejas sobre las que operó y publicó.

Por ese tiempo el doctor Velasco-Suárez fue recibido como miembro de la Academia Mexicana de Cirugía y de la Academia Nacional de Medicina.

También fue electo presidente de la Sociedad Mexicana de Cirugía Neurológica de la que fue fundador. Previamente ya había sido presidente de la Sociedad Mexicana de Neurología y Psiquiatría.

Desde los inicios de su formación neuroquirúrgica el doctor Velasco-Suárez había pensado en la necesidad de un Instituto de Neurología y Neurocirugía en México, donde se conjuntaran las neurociencias, se realizara investigación, formación de especialistas y tratamiento de alto nivel a enfermos del sistema

nervioso, pero las circunstancias económicas no habían sido favorables, tuvieron que pasar diez años para que en febrero de 1964 se inaugurara el Instituto, como importante centro de enseñanza. A la fecha han egresado de él más de 700 especialistas de distintas nacionalidades, fundamentalmente mexicanos, centro y sudamericanos, lo que ha dado al Instituto una amplia representación internacional.

Por su parte Manuel Velasco-Suárez, publicó más de 200 artículos en revistas nacionales y extranjeras, y dictó más de 1,000 conferencias nacionales e internacionales. Editó seis libros de neurología y neurocirugía, dos libros con motivo del 30 Aniversario del INNN, MVS y 4 volúmenes Humanismo y Pensamiento Científico que compilan sus trabajos en los últimos 50 años y fue coeditor de un libro de bioética.

En este ambiente de investigación el doctor Velasco-Suárez continuó sus estudios del Parkinson y realizó numerosas intervenciones quirúrgicas sobre el tálamo y el pálido para lo cual diseñó instrumental original.

Como dijimos al principio en Manuel Velasco-Suárez se conjuntaba el amor a la ciencia y el amor a la tierra y respondió a ese llamado en el año de 1970, cuando fue electo Gobernador de su Estado natal, Chiapas. Durante esos seis años no olvidó sus deberes médicos tratando de mejorar las condiciones sanitarias de apartadas regiones, mejorando clínicas y hospitales e impulsando la labor Universitaria en esa región. Fundó la Universidad Autónoma de Chiapas, los Institutos Politécnicos Regionales de Tuxtla Gutiérrez y Tapachula, 50 escuelas tecnológicas y un programa integrado para el desarrollo económico-social y especialmente educativo liberacionista, de los grupos indígenas.

Una mención especial merece su vida familiar, su esposa Elvira fue una maravillosa compañera que le dio 11 hijos, uno de ellos médico; José Manuel Velasco Siles, preparado como neurocirujano en el propio Instituto y en el extranjero quien murió extemporáneamente cuando principiaba a destacar nacional e internacionalmente en la neurocirugía pediátrica. Esto junto con la muerte de su esposa y de su hija Lupita, fue un duro golpe para este hombre que pudo sobreponerse sólo gracias a su férrea voluntad y profunda religiosidad.

Su continua labor en pro de la neurocirugía internacional fue premiada con la Medalla de Honor de la *World Federation of Neurosurgical Societies*, la Medalla al Premio Humanitario de la *American Association of Neurological Surgeons*, la Medalla

Spiegel y Wycis de la *World Society for Stereotactic and Functional Neurosurgery*. Asimismo, fue nombrado doctor *Honoris Causa* por cuatro Universidades Nacionales, Profesor Emérito de la UNAM, Emérito de la Academia Mexicana de Cirugía y Honorario de la Nacional de Medicina y Doctor en Ciencias —*Honoris Causa*— de la Universidad Thomas Jefferson de Filadelfia.

Un grupo de distinguidos médicos de diferentes países encabezados por Bernard Lown y Eugene Chazov formaron la Federación Internacional de Médicos por la Prevención de la Guerra Nuclear, que se organizaron para hacer una cruzada en pro de la Paz y en contra de la acumulación de armas nucleares que constituía la espina dorsal de la llamada guerra fría. A estos médicos les fue otorgado el Premio Nobel de la Paz en el año de 1985, uno de ellos fue el Doctor Manuel Velasco-Suárez, quien fundó en México la filial mexicana de este organismo (1981).

En el año de 1993 se organizó, bajo su presidencia en México el Congreso Mundial de esta Asociación.

Así como la física se vio conmocionada con la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica, la medicina lo ha sido con los adelantos de la genética y la biología molecular, que plantean otros dilemas como: la prolongación o no de la vida artificial, el aborto y la eutanasia y en general los problemas de la ética médica que han hecho necesaria la revisión, ordenación y difusión de una rama nueva de la medicina, la bioética.

Encabezando este movimiento en México a través de la Comisión Nacional de Bioética y la Academia Nacional Mexicana de Bioética, Manuel Velasco-Suárez desplegó su habitual humanismo, por lo cual en junio de 1998 fue nombrado, por aclamación, Presidente de la Federación Latinoamericana de Instituciones de Bioética.

El 23 de octubre de 2000 por acuerdo presidencial, fue nombrado Secretario Ejecutivo de la Comisión Nacional de Bioética, la cual así adquirió legitimidad.

Consciente de los problemas que pueden causar los avances científicos y tecnológicos y por su relación con el profesor Jean Dausset (Premio Nobel de Medicina), fundó el MURS/MEXICO (Movimiento Universal por la Responsabilidad Científica) en 1995, del cual fue Presidente.

El maestro doctor Manuel Velasco-Suárez falleció el día 2 de diciembre de 2001, en la Ciudad de México después de tres meses de padecer una penosa enfermedad!

José Humberto Mateos Gómez

Luis Sierra Rojas

Antes que nada deseo expresar mi agradecimiento a la mesa directiva de la Academia Nacional de Medicina por honrarme con la difícil pero muy grata tarea de llevar a cabo el *in memoriam* de tan distinguido ortopedista y querido amigo. El doctor Luis Sierra Rojas nació en la ciudad de México el día 3 de julio de 1917. El primogénito de seis hermanos, miembros de una familia muy unida y cuyas características de integración predominaban en la clase media de principios de siglo.

Su infancia transcurre en Coyoacán mientras realiza sus estudios de primaria, secundaria y preparatoria en el Instituto Franco-Inglés. Ingresa a la Escuela Médico Militar en 1936 y obtiene el título de médico cirujano el 9 de diciembre de 1941. De inmediato es comisionado a la sala de traumatología donde labora bajo la guía del doctor Roberto Nava Rojas, cirujano general con especial interés en la traumatología. En el año de 1943 ocurren tres hechos de gran importancia en su vida. Por un lado, se inaugura el Hospital Central Militar donde continúa comisionado a la sala de traumatología. Por otro, ingresa a la misma Escuela Médico Militar su hermano menor, Octavio. Quien fuera su compañero profesional y amigo de toda la vida. A fines del mismo año obtiene una comisión especial por parte de la Secretaría de la Defensa Nacional para viajar a Nueva Orleans donde ingresa como residente del servicio de ortopedia con la tutela del doctor Guy A. Aldwell, quien posteriormente se convertiría en miembro honorario de la Sociedad Mexicana de Ortopedia.

En el año de 1945 al regresar a México, es reinstalado en su comisión en el Hospital Militar pero pocos meses después es llamado por Don Federico Gómez para ingresar a una de las salas de ortopedia del Hospital Infantil de México. Se integra al servicio del doctor Alejandro Velasco Zimbron. Allí funda en 1948 el banco de huesos, el primero en latinoamerica organizado con los criterios más estrictos de la época y precursor del que años más tarde se organizaría ya en una específica y con mayores recursos, en el Hospital Central Militar.

La importancia y trascendencia nacional e internacional de estos bancos, lo hicieron acreedor a una mención honorífica por parte de la Secretaría de la Defensa Nacional.

Tanto en el Hospital Infantil como en el Hospital Militar dedica varios años al tratamiento de los pacientes portadores de secuelas de poliomielitis. Sobre este tema hizo aportaciones de gran trascendencia, las cuales fueron publicadas en los Anales de Ortopedia.

En el año de 1962 se unifican los servicios de ortopedia y es nombrado jefe del departamento de ortopedia del Hospital Infantil de México. Al mismo tiempo se retira del ejército y pasa de teniente coronel activo a coronel en el retiro. Este hecho le deja más tiempo y le permite dedicar todas sus fuerzas a la ortopedia infantil. Dentro de ella su pasión profesional lo constituyó la luxación congénita de la cadera, patología a la que dedicó mucho de su tiempo. En este campo tuvo una labor destacada tanto nacional como internacionalmente, sobre todo por sus estudios tanto de la patogenia como del tratamiento.

Publica La Osteotomía Acetabular para el tratamiento de las secuelas en niños mayores. Su publicación seadelanta nueveaños a la de Salterquien,sin embargo, ahora es reconocido como su creador. Esta injusticia científica se repite con frecuencia, pero a él parecía no afectarle y en pocas ocasiones, sino es que nunca, hacía mención al hecho. En el año de 1984 se publica su libro sobre esta patología y en él se condensa la experiencia acumulada durante años y expone la problemática con el enfoque de lo que sucede en nuestro medio.

En 1946 ingresa a la Sociedad Mexicana de Ortopedia, donde desarrolló una labor académica muy intensa. Simultáneamente, manifestaba sus inquietudes sociales en especial ante los jóvenes. Su pasión en las discusiones sobre este tópico era bien conocida por sus amigos ortopedistas, quienes con frecuencia lo estimulábamos a exponer sus ideas e inquietudes. En no pocas

ocasiones la acalorada discusión llevaba muchas horas sin que la pasión del doctor Sierra se viera disminuida por las posturas antagónicas.

Defendió siempre su verdad, y si bien es cierto que sus ideas no eran por todos compartidas, también lo es que eran escuchadas y respetadas, sembrando en algunos interlocutores la necesidad de reflexión sobre determinados temas sujetos a discusión.

Es electo presidente de la Sociedad Mexicana de Ortopedia para el bienio 1969-1971 y, dentro de su labor, destaca haber logrado que las sesiones se iniciaran puntualmente, dando así seriedad a las ponencias y a las acciones de la mesa directiva. Esta tradición es celosamente conservada hasta la actualidad. Al mismo tiempo organiza la mecánica administrativa de la Sociedad, y hace las sesiones más atractivas, especialmente para los médicos jóvenes. Aún después de dejar la presidencia, continuó participando activamente en esta organización, y siempre se destacó, porque con sus intervenciones creaba la tan necesaria controversia para la vida intelectual de la corporación.

Ingresa a la Academia Nacional de Medicina el 27 de julio de 1960, y se muestra siempre dispuesto a colaborar en sus actividades.

Fue profesor de ortopedia de la Facultad de Medicina de la UNAM y tuvo la oportunidad de transmitir sus conocimientos a una gran cantidad de generaciones de residentes en diferentes hospitales. Sus clases y discusiones con los alumnos se acompañaban siempre de su inquietud e interés por los problemas sociales de nuestro país.

Hombre culto que dedicó a la lectura mucho tiempo, especialmente a la filosofía social y a los tratados acerca de las relaciones mexicano-norteamericanas. Pero su pasión en el terreno de la política fue indudablemente la revolución cubana.

Su actividad deportiva preferida fue el tenis, deporte en el cual destacó, llegando a ser campeón juvenil del club que entonces era el semillero más importante del país.

Dominaba el inglés tanto como el francés y dedicó gran parte de su tiempo a viajar por el extranjero, y en menor grado por la República Mexicana, demostrando siempre admiración por las manifestaciones culturales de los habitantes oriundos de las diferentes regiones de nuestro país.

Como he mencionado repetidamente, el doctor Luis Sierra Rojas era un hombre apasionado y, dentro de sus grandes pasiones, ocupa un lugar destacado la que tuvo por su amable y queri-

da esposa, Lolita, con quien contrajo matrimonio el 7 de octubre de 1944. Trasciende el amor y la unión de esta pareja ejemplar y sus 7 hijos. Uno de ellos, Raúl, cirujano ortopedista, seguramente continuará la tradición ortopédica de su señor padre.

Su amor por los niños se acrecienta en la profunda convivencia que tuvo oportunidad de vivir con sus nietos.

Descanse en paz el doctor Luis Sierra Rojas, un apasionado de y por la vida, cuyo ejemplo será imborrable.

Eduardo Vázquez Vela

Felipe Mendoza

Quiero, en primer lugar, agradecer a la Mesa Directiva de la Academia el honor que me ha conferido de recordar ante ustedes a mi querido maestro, el doctor Felipe Mendoza.

Tuve al privilegio de haber trabajado con él como médico residente y adjunto en sus servicios hospitalarios, como asociado en su cátedra universitaria, como su colaborador en la investigación clínica y sobre todo, disfrutar por muchos años de su amistad irrestricta, de su valioso consejo, de esa su «probidad intelectual» que le señaló el maestro Chávez. Puedo llamarme, con orgullo, su discípulo y su amigo.

No haré referencia a sus muchos logros académicos. Son tantos que sólo mencionarlos agotaría el tiempo de este homenaje. Baste decir que ellos lo llevaron a ser electo, prácticamente por unanimidad, presidente de esta Academia.

Aprovecharé la oportunidad para dejar constancia de qué fue lo que hizo posible que los obtuviera.

Ante el enfermo llegaba al diagnóstico partiendo de bases firmes, tras un estudio del paciente, minucioso, completo y lógico, sin pretender jamás deslumbrar con una conclusión brillante obtenida por la interpretación precipitada e insegura de un signo.

Transformaba el estudio clínico en una obra de arte, que pulía y arreglaba hasta que terminaba perfecta; podía así establecer la terapéutica adecuada para aliviar al enfermo, al que, además, entregaba el alma entera con bondad y comprensión, para hacerle más llevadero el sufrimiento. Del pronóstico, arma

terrible en otras manos, hacía siempre un bálsamo para mitigar la pena de los dolientes.

En la cátedra era sabia combinación del conocimiento clásico con la idea moderna; exponía con claridad, sencillez y elegancia la doctrina y miraba al futuro con alma de visionario que confía en el progreso de la medicina.

En la investigación era proverbial su acuciosidad en la revisión bibliográfica, la rigurosidad en el planteamiento del método, la objetividad en los resultados y la veracidad en sus conclusiones. Era el crítico más acerbo y el juez más severo de su obra.

Fueron sus trabajos sobre fiebre reumática y cardiopatía reumática, así como la planeación cuidadosa y completa, la dirección firme y generosa de un equipo de colaboradores, su labor tenaz y su entrega total cuando dirigió el Programa Experimental de Prevención de la Fiebre Reumática, las bases firmes que han sostenido el descenso de la prevalencia y de la incidencia de ese temible azote en México y en el mundo. Este logro lo hará por siempre merecedor del bien de la patria y de la gratitud del pueblo y de la medicina de México.

En la Subdirección del Instituto Nacional de Cardiología, puesto que ocupó más de veinte años, con gran sacrificio personal en los últimos tiempos, dejó obra imborrable de servicio en la asistencia médica al necesitado, que es una de las características de la Institución.

Fue, pues, un médico excepcional y un verdadero Maestro, de aquellos que no sólo lucen sus conocimientos sino de los que los transmiten y crean escuela entre sus discípulos.

Con ser esto mucho y excepcional no fue todo. Tenía, como lo señaló nuestro común y querido maestro Salvador Aceves, «la cualidad sustantiva de ser hombre. Frente a esta suprema categoría de hombre ¿qué puede significar un currículo profesional brillante?».

Hombre con un gran respeto por sí mismo, fue esposo y padre ejemplar. Su hogar no era, sin embargo, una torre de marfil; muchas veces lo sacrificó y salió de él cuando la tormenta rugía y en medio de ella, con el pecho descubierto, luchó por toda causa que consideró noble, buena o justa.

En esa lucha, muchas veces mortificó su espíritu sensible; en ella olvidó bien fundadas ilusiones, aspiraciones legítimas y caros deseos para conservar la autoestima y la dignidad personal.

Por cumplir con lo que consideraba su deber, hacía a un lado sentimientos y emociones muy hondas, afectos muy profundos, aunque quedara con el alma destrozada.

Cuando la tragedia se cernía sobre él, sabía conservar la calma y el equilibrio y con sobriedad estoica rechazaba la desesperación para seguir su camino con su sonrisa triste y la fortaleza de los seres superiores.

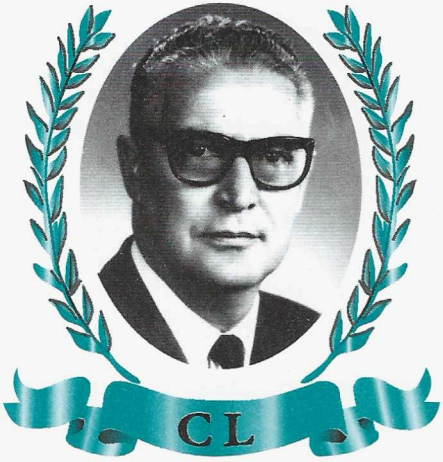
Y cuando, humano al fin, cometía errores, los reconocía con humildad y modestia ejemplares. Humildad y modestia firmes y serenas, que no eran producto de timidez, ni debilidad de carácter, sino reflejo de su recia personalidad y con las que daba generosamente a cada uno de los que lo rodeaban más de la seguridad y de la dignidad que merecían.

Representó para nosotros, sus discípulos, el ejemplo vivo del ideal; su vida fue el camino por seguir; sus logros las metas por alcanzar.

Quiero terminar con sus propias palabras, las que dijo en ocasión de la muerte del maestro Ignacio Chávez:

«Maestro egregio, nuestro homenaje valdrá sólo en la medida que selle un compromiso de seguir oyendo sus palabras, movernos con impulso fecundo y dar lo mejor de lo mejor de nosotros mismos para conservar y engrandecer el patrimonio que hoy nos deja. ¡Maestro infatigable, descanse en paz!».

Manuel Cárdenas de la Vega



Hernando Guzmán West

Fue Hernando Guzmán West un médico con la más plena acepción de la palabra, en el más completo y hondo significado del vocablo. Cirujano audaz, pero prudente, clínico sagaz y cuidadoso, maestro de cirugía y de los cirujanos en ciernes, la mayor parte de estos en la fase inmediatamente precedente al grado y luego en el creciente número de las actuales residencias, tan abundantes ya y tan profundas en su nivel de especialización.

Así le conocí en México a mediados de 1947. De porte distinguido, cabello ondulado espeso y gruesos apéndices oculares, obligados por su intensa miopía. Su agradable aspecto y su carácter, al principio un tanto seco y aun mordaz, pronto le abrieron un amplio camino profesional, tanto privada como institucionalmente.

En el fondo del origen de sus múltiples rasgos de carácter no es difícil encontrar una clara relación dialéctica entre una semilla con carga genética fuertemente positiva, y aun ilustre, y un ambiente cultural rico y variado, ya que su padre, Don Martín Luis Guzmán, fue desde siempre alma rebelde y cuerpo combativo que circunstancialmente le hiciera vivir, llevando a su familia, a diversos países, con diferentes culturas y lenguas. Así es que vivieron en los Estados Unidos de Norteamérica, Francia y España, país este último en el que le sorprendió la guerra civil. La repercusión, que a primera vista podría redundar en «perjuicio» en la educación de Hernando, tras los numerosos avatares a que les arrastró el destierro, usado una vez más como arma

política —el entre comillado del perjuicio se justifica al ver el resultado— fue el multilingüismo de Hernando, quien desde muy joven habló muy bien tres idiomas, español, inglés y francés, lo cual se explica fácilmente al considerar el variado territorio cultural en el que forjó su educación básica, ya que no primera. Don Martín Luis por su parte, heredó por el lado materno sangre mezclada de europeo y mujer nativa del istmo de Tehuantepec, dama de temple y fina sensibilidad a su vez reconocibles en el que sería su nieto, el doctor Guzmán West. En cuanto a la inclinación que en sus lecturas siempre mostró Hernando por el idioma inglés, es un franco elemento anglosajón: la familia West provenía de un pequeño pueblo inglés, Lincolnshire, y su status social era el de una alta burguesía.

Creo que este breve esbozo genealógico basta para explicar el biotipo de Hernando, más sajón que hispánico y su carácter, de una firmeza que en veces rayaba en la tozudez.

Como al regresar a México no le fueran revalidados sus estudios médicos, hechos en España, hubo de recomenzar la carrera, estando ya establecida toda la familia aquí entre '37 y '40. Se graduó en junio de 1941, fecha en la que intenta establecer su práctica privada, sin abandonar el Hospital General de México; de '42 a '44 es nombrado secretario privado del Director General de Asistencia Médica. Obtiene una beca en la Clínica Mayo de Rochester, Minnesota, para especializarse en neurocirugía y obtiene su diploma en esta disciplina tras una estancia de cuatro años en aquella institución. Al volver trata de incorporarse a la enseñanza y es profesor adjunto del tercer curso de Clínica Médica hasta '54, luego profesor de Patología Médica y a partir de '60 pasa a ser profesor titular de Clínica de Neurología en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México. Espíritu inquieto, asiste y participa en varios cursos cortos de endocrinología pura y neuroendocrinología. Fue asimismo profesor de biología en las escuelas secundarias de la Secretaría de Educación Pública, de '61 a '63. Pasa a ser jefe de la División de Cirugía en el Centro Hospitalario «20 de Noviembre», puesto que ocupa de mayo '61 a julio '63; en 1964 acepta trabajar como médico de tiempo completo en una institución privada que intenta así elevar a su través el nivel académico de su personal: la Clínica Londres, en donde también lleva al cabo meritorias obras de organización y enseñanza, sobre todo a nivel del internado de pregrado y de los residentes rotatorios.

Fue admitido en esta Academia en mayo de 1961 y fue tesorero de la Corporación por dos periodos consecutivos: eficacia y honestidad, se conjuntaron para que esto ocurriera.

En cuanto a su vida familiar de adulto, es interesante ver cómo esperó a graduarse para emprender el trascendente paso del matrimonio, el que se efectúa en junio de '42 con la Srita. Lucía López Figueroa, mujer de especial talento y atractivo. Tenía él entonces 30 años y probablemente la procrastinación de sus estudios influyó en este retardo en su edad matrimonial, paralelo al que sufrieran sus estudios todos. Procreó cinco hijos, que a estas alturas están en pleno ejercicio profesional en muy diversos campos. Tuve la grata, para mí, experiencia de ser sinodal en el examen profesional de medicina de María Eugenia hace ya diez años. El conocimiento más bien superficial de varios otros miembros de su familia, tanto consanguínea como política, me hacen creer firmemente que Hernando brilló con luz propia entre una familia que no vacilo en calificar de distinguida.

Hay muchas otras facetas en el carácter de este hombre, caballero cabal y de actividades múltiples: deportista atrevido, practicando actividades tan vigorosas como el automovilismo, el alpinismo y el patinaje en esquí. Este último le deparó placeres y una fractura de tobillo cuando estaba ya en la Clínica Londres; además veleaba en el lago de Valle de Bravo: todo ello peligroso.

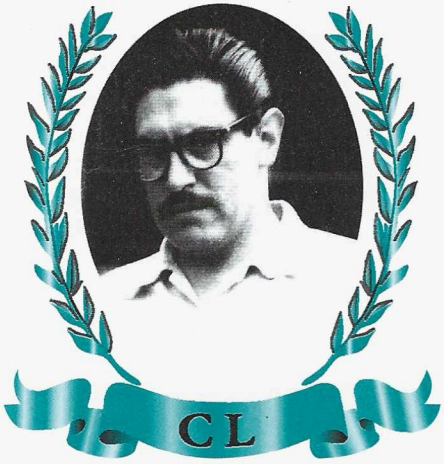
Entre las artes cultivó, lo que no es de sorprender, la literatura, tanto médica como laica, y fue infatigable lector políglota, prefiriendo leer las versiones en su idioma original. Fue también un diletante, sobre todo en la música clásica y, para redondear el cuadro, era un profundo conocedor de fútbol. Su espíritu gregario, de fina y a veces punzante ironía, le hizo ser fundador de la Sociedad Médica de la Clínica Londres y fundador asimismo del club de médicos. Sus diálogos con los médicos fueron siempre de altura y no exentos de humor cáustico, y era preciso y cuasi purista del lenguaje, cualquiera que fuera el idioma que hablase o que oyese.

Su estado de salud fue siempre bueno. Pero a fines de noviembre de 1978 experimentó dolores primeramente vagos y luego intensos en el epigastrio. El examen clínico y radiológico hecho en la clínica señalaba hacia un cáncer del páncreas. Este diagnóstico se hace de su conocimiento, y él lo acepta con grande entereza. Decide ir a la Clínica Mayo, su *alma mater*, en donde se le hace una laparotomía que termina por ser simplemente exploratoria con toma de biopsia. El informe histopatológico

confirma la existencia de un tumor maligno: adenocarcinoma de páncreas. Regresa a México y, en cierta medida a instancia mía, se somete a quimioterapia citostática. Apenas si hay discreta mejoría, seguida de síntomas graves de toxicidad y toma entonces una decisión que demuestra su serena hombría: no aceptaría ningún tratamiento de tipo causal y pide se le mantenga con venoclisis continuas con sueros y medicamentos analgésicos, hipnóticos y luego narcóticos. Se le mantuvo así dormido, con deterioro rápido del estado general, pero asintomático. En una sola ocasión despierta y cuesta mucho trabajo volver a ponerle en estado de narcolepsia, y por fin muere en la propia Clínica, el día 14 de julio de 1979.

Creo que es difícil encontrar y sobre todo entre los médicos, ejemplo más claro y luminoso de fortaleza interior y hombría de bien. Que descanse ya para siempre el hombre polifacético y de tan decantada reciedumbre espiritual.

Horacio Zalce



Jorge Derbéz Muro

El Doctor Jorge Derbéz Muro, Miembro Titular de esta Honorable Corporación, nació en la ciudad de México, el día 8 de febrero de 1924 y murió en esta misma ciudad el día 2 de Mayo de 1992, a las 8:30 de la mañana.

Se graduó como Médico Cirujano en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México en el año de 1948. Ingresó a la Academia Nacional de Medicina el día 29 de Agosto de 1962, con la categoría de Miembro Numerario.

Desde su graduación como Médico tuvo interés por los problemas del comportamiento humano. Cito enseguida al propio Dr. Derbéz Muro:

«Entre 1948 y 1950 cuatro médicos jóvenes Aniceto Aramoni, Arturo Higareda, Armando Hinojosa y yo mismo, nos habíamos acercado a Raúl González Enríquez, nuestro profesor de psiquiatría en la carrera de medicina, para aprender de él, el hombre generoso y abierto, el maestro inquieto y dispuesto a enseñar, a organizar, a impulsar el desarrollo profesional de la psiquiatría. Él hacía entonces su labor en el pabellón «Observación Hombres», del antiguo manicomio de La Castañeda, a la vez que organizaba la Clínica de Neuropsiquiatría del Instituto Mexicano del Seguro Social, a invitación de su contemporáneo el Dr. Guillermo Dávila, entonces Jefe de los Servicios Médicos del Seguro.»

«Ni el Dr. González Enríquez ni nosotros quisimos limitarnos al tradicional aprendizaje puramente clínico de la psiquiatría. Nos propusimos organizar el primer curso de dos años de

especialización en esta materia. Para ello tuvimos que empezar por reconstruir y adaptar el pabellón que se encontraba en condiciones deplorables. Fue reconstruido con la generosa colaboración de un grupo de señoras la «Asociación Benefactora del Enfermo Mental» que se encargaron de recabar los fondos necesarios. Mientras tanto, nosotros organizábamos el curso. Para ello contaríamos con la colaboración docente del maestro Dávila (psicopatología), de los doctores José Luis Patiño y Abraham Fortes (clínica), Efrén del Pozo (neurofisiología), Dionisio Nieto (neuropatologia), Pascual del Roncal (pruebas psicológicas) y de los antropólogos Monzón y Claudio Esteva».

Hasta aquí la cita de la remembranza del Dr. Derbéz.

Cuando el Maestro Dr. Erich Fromm vino a México y decidió permanecer entre nosotros para formar el primer grupo de psicoanalistas, la lista de alumnos quedo integrada en la forma siguiente: (con la excepción del Dr. Raúl González Enriquez, quien desapareció trágicamente en Tecolutla, Veracruz, en octubre de 1952).

1. Dr. Aniceto Aramoni Shoucair
2. Dr. Guillermo Dávila García (+)
3. Dr. Jorge Derbéz Muro (+)
4. Dr. Abraham Fortes Rudoy (+)
5. Dr. Ramón de la Fuente Muñiz.
6. Dr. José Fausto Díaz y Díaz (+)
7. Dr. Francisco Garza
8. Dr. Arturo Higareda Loyden (+)
9. Dr. Amando Hinojosa Cavazos
10. Dr. Alfonso Millán Maldonado (+)
11. Dr. Jorge Silva García
12. Dr. Jorge Manuel Velasco Alzaga

(+)Fallecidos

El Doctor Derbéz formó parte del personal de otro esfuerzo pionero en México, dirigido por el Doctor Salazar Viniegra denominado «La Casa sin Rejas» un experimento pedagógico revolucionario para esos tiempos (1948) otros colaboradores fueron: los doctores Juan Peón del Valle, Edmundo Buentello, Francisco Elizarrarás, Hilda Sansores Quevedo y la psicómetra Isabel Betancourt. Todos ellos figuras señeras del renacimiento de la psiquiatría en México.

El Doctor Derbéz ingresó al Departamento de Psicopedagogía de nuestra Universidad Nacional Autónoma y publicó la

utilísima «Guía de Carreras Universitarias», que hasta la fecha lleva varias ediciones.

El día 21 de Mayo de 1980, en este mismo recinto, en ocasión de la sesión de homenaje al Dr. Erich Fromm, el Dr. Derbéz hizo una descripción de las actividades del Maestro en México. Vuelvo a citar sus palabras: «El hecho es que la contribución que el Dr. Fromm nos legara en este campo de humanización de la medicina continúa viva y, por tanto, susceptible de superación en nuestra lucha contra los males del siglo. Si estos males son ahora tan densamente abrumadores, no solamente en el campo médico sino en todo el ámbito humano, que todo esfuerzo racional y amoroso podría a la postre resultar insuficiente para conjurarlos, no por ello hemos de cejar en nuestro empeño. Pues no sólo no tenemos otra alternativa para evitar caer en terrores nihilistas y paralizantes, sino que seguimos creyendo, por nuestra propia práctica, que aún hay esperanza».

En el mes de mayo de 1991 un joven embistió con su auto a la camioneta que manejaba el Dr. Derbez, lo cual causó lesiones de consideración que ameritaron un tratamiento de rehabilitación muy penoso y prolongado. En el mes de Octubre del mismo año, sufrió una intervención quirúrgica del corazón de la cual se estaba recuperando cuando ocurrió su muerte.

Vaya nuestra condolencia a su viuda la señora Sylvia Roque Chávez y a sus hijos Santiago, Georgina, Daniela, Paulina y Mariana.

Jorge Manuel Velasco Alzaga

Miguel Arroyo Guijosa

Me siento muy honrado y agradecido a la vez con la Mesa Directiva de la Academia Nacional de Medicina, por la oportunidad que me brinda de recordar con estas palabras la memoria del doctor Miguel Arroyo Guijosa, quien fue mi maestro y a quien le debo la mayor parte de mi formación como especialista.

El doctor Arroyo fue un hombre respetable y responsable por lo que se ganó siempre el afecto de todos los que le rodearon.

Nació en la ciudad de México en el año de 1914, se graduó como Médico Cirujano en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México en 1940. Después de un corto tiempo de práctica médica, sus inquietudes intelectuales, su interés por la cirugía, su capacidad técnica y su humanismo, le permitieron ingresar al Servicio de Otorrinolaringología del Instituto Nacional de Cardiología, donde maduró su natural destreza quirúrgica. Formó parte del grupo de especialistas de esa institución que le dio prestigio, junto con otros, a la otorrinolaringología mexicana. Algunos pensaron por aquél entonces que con el descubrimiento de la penicilina, nuestra especialidad tendería a desaparecer. Lejos de que esto sucediera, la otorrinolaringología se abrió a nuevos campos, hasta alcanzar el desarrollo que ahora tiene. En nuestro medio, el maestro Arroyo contribuyó con su labor al avance de la especialidad. Fundó el Servicio de Otorrinolaringología del Hospital «La Raza» del Instituto Mexicano del Seguro Social del que entre julio de 1955 y

enero de 1961 fue su primer jefe. Perteneció a la Sociedad Mexicana de Otorrinolaringología desde su fundación, y fue su presidente en los años de 1954 a 1956. Fue miembro de múltiples sociedades científicas nacionales y extranjeras, entre las que se contó la Academia Mexicana de Cirugía, pero su mayor orgullo fue en 1963, cuando ingresó a esta honorable corporación.

Fue pionero en el uso de anestesia endotraqueal en amigdalectomía junto con otro distinguido académico, el doctor Martín Maquivar.

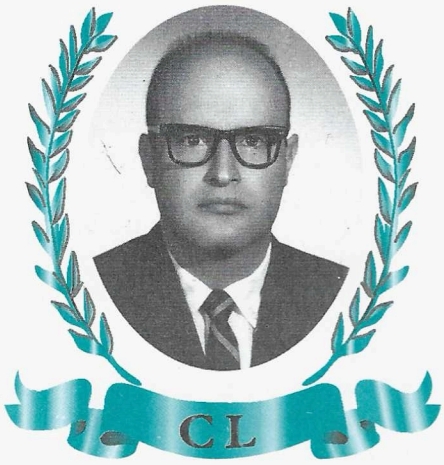
En su vida profesional tuvo muchos alumnos aunque pocos discípulos, pero a los pocos que tuvo nos brindó siempre todas sus enseñanzas y conocimientos, sin egoísmo ni mezquindad.

Se casó con la señora Ana María Castelazo de Arroyo, con la que formó una ejemplar familia, dos hijas y seis varones, todos ellos profesionistas; los dos mayores son otorrinolaringólogos distinguidos que han llegado a ser, ambos, presidentes de la Sociedad Mexicana de Otorrinolaringología.

Su estado de salud fue siempre bueno pero, en el mes de octubre de 1984, experimentó los primeros síntomas de su padecimiento. Más tarde fue sometido a una intervención quirúrgica que confirmó el diagnóstico de proceso maligno. El diagnóstico se hizo de su conocimiento y él lo aceptó con gran entereza; a partir de entonces su estado general se deterioró poco a poco. El día 2 de diciembre del año pasado murió en su casa rodeado de sus familiares.

La Academia Nacional de Medicina le rinde un homenaje en presencia de sus familiares y amigos cercanos aquí presentes. Al maestro lo recordaremos siempre los que fuimos sus alumnos por sus valiosos conceptos de compromiso que ante la sociedad y ante sí mismo adquiere el médico, de que la honradez y la verdad deben prevalecer en todos los campos.

Mariano Hernández Goribar



Alfonso Rivera Valenzuela

En noviembre del año pasado el Dr. Alfonso Rivera Valenzuela, tomado de la mano de la amorosa compañera de su vida, traspuso la misteriosa barrera de la muerte. Su prematura e inesperada desaparición dejó completamente anonadados a los que tuvimos el privilegio de conocerles de cerca, sentimiento al que siguió una profunda tristeza y una firme rebeldía a aceptar el hecho brutal, inexplicable.

A pesar de que su vida profesional fue relativamente corta nos ha legado una actitud digna de ser emulada y una obra fecunda, lo que nos hace calificarle de malogrado considerando lo que de él esperábamos, ya que estabamos ciertos, de su gran potencialidad creadora, consecuencia de su talento, preparación y dedicación.

Alfonso Rivera fue dotado de una capacidad superior que supo aprovechar integramente. Desde estudiante se manifestó su brillante intelecto y una insaciable sed de aprender que le llevó a acogerse al Hospital de Enfermedades de la Nutrición, en aquella época recientemente creado, en donde desarrolló una trayectoria luminosa y plena de realizaciones. Se asoció primeramente al Departamento de Patología y lo que ahí aprendió habría de ejercer poderosa influencia en su formación futura. El sentido y profundidad de su tesis profesional sobre la «Correlación Clínica y Funcional en la Insuficiencia Hepática» apunta ya al hombre de ciencia que entonces se gestaba.

Obtenido el título de médico cirujano, ingresa al grupo de Médicos Subresidentes en donde deja constancia de su inteli-

gencia y bonhomía. Su deseo de superación lo empuja siempre hacia adelante y conquista el grado de Maestro en Ciencias que le confiere la Universidad Nacional de México por los estudios que hizo en Gastroenterología. Los méritos que acumuló hacen que sea designado Jefe de Residentes y vuelve a convivir otra vez, durante dos años, con quienes tanto quiso, con este grupo de jóvenes médicos que llegan a la institución con grandes ambiciones y que tan intensamente dedican lo mejor de su esfuerzo a conseguir una sólida preparación.

Cuando en nuestro medio ambiente alcanzó madurez y los conocimientos adecuados, su inquietud y su vocación por la ciencia le hicieron ir a buscar al extranjero otras fuentes del saber con las cuales deseaba enriquecer su ya basto acervo de conocimientos y laborando así sin descanso al lado de hombres notables como el Dr. Thom en el Hospital Peter Bent Brigham y más tarde en los Institutos de Salud de EE. UU. de Norteamérica, con el Dr. Frederic C. Bartter, quien fue su venerado maestro y guía en su especialidad. Allí hizo sus primeros pasos en el sendero de la investigación original que tantos laureles habría de conquistarle.

Reintegrado a nuestra patria, con gran tenacidad persigue otra ambición por largo tiempo acariciada y logra integrar el Laboratorio de Agua y Electrólitos del Departamento de Bioquímica y la Unidad Metabólica del Instituto Nacional de la Nutrición, de los que fue nombrado jefe.

Su excelente formación, su indudable sagacidad y su gran competencia para el trabajo necesariamente habrían de traducirse en una inmediata producción científica que prosiguió en forma ininterrumpida hasta su muerte y que fue plasmada en 35 trabajos originales que merecieron ser publicados en revistas de cimentado prestigio, tanto nacionales como del extranjero.

Es bien sabido que una gran parte del éxito de un investigador depende de la esencia de la pregunta que su naturaleza inquisitiva le haga, formularse a sí mismo. Alfonso Rivera pretendió aprender acerca de los mecanismos generales de la homeostasis, y para ello utilizó como modelo biológico el estudio de la perturbación del metabolismo del agua y de los electrólitos que acontece en la cirrosis hepática. Podemos considerar verdaderamente soberbio su trabajo en el que describió la existencia de tres fases en dicho padecimiento, que se distinguen por la distinta excreción de sodio, potasio y agua, lo que explica la diferente respuesta de los pacientes a los diuréticos y además

indican en forma precisa el tiempo más conveniente de administración de dichos fármacos, contribución que mereció el premio Carnot del año de 1961, que confiere la Academia Nacional de Medicina en concurso nacional. Su pesquisa lo llevó también a variados aspectos de la fisiología renal y al modo de acción de las hormonas, mas también tuvo oportunidad de adentrarse en el conocimiento de la diabetes insípida.

Desde muy pronto destacó como maestro auténtico. Supo expresar en voz alta sus pensamientos y transmitirlos con propiedad a un grupo de inquietos espíritus que absorbieron sus enseñanzas y que ahora, en otras instituciones, siguen el sendero que les trazó. Personas todas que aprendieron pronto a respetarle y a quererle y que siempre encontraron al guía amable y estimulante en el joven gran maestro; sin embargo, sus dotes de educador no se limitaron a la enseñanza tutorial de aquéllos que constantemente le acompañaban al lado de los enfermos o en el laboratorio de investigación. Participó activamente en el adiestramiento de los estudiantes de medicina, y cuando, hacia el año de 1960, se reestructuró funcionalmente el Instituto Nacional de la Nutrición, fue la persona idónea escogida para hacerse cargo de la Jefatura de la Oficina Coordinadora de la Enseñanza sumando esfuerzos con el Dr. Salvador Zubirán, Director del Instituto, con quien colaboró en forma muy estrecha, ya que a ambos les animaba el mismo tipo de ideales. Desde esa posición fue capaz de visualizar y modelar la carrera hospitalaria en la que introdujo el Curso Integral en Ciencias Básicas. Entendió con justo tino el balance adecuado entre la enseñanza académica y el entrenamiento clínico. Creó así un sistema singular para la formación de los profesores que en tan gran número esa institución ha vertido en las universidades de provincia.

Alfonso Rivera fue, además, un humanista cabal. Con cuánto afán insistió en que el trabajo institucional no debiera hacer perder la amable convivialidad y la comunión espiritual que necesariamente han de establecerse entre el paciente y su médico. Numerosas ocasiones le oímos porfiar en la importancia que encierra el comunicar nuestros trabajos a compañeros de otras especialidades para que no se perdiese el aspecto integral de la medicina. Propugnó incansablemente la amigable relación entre investigadores y clínicos de cuyas discusiones surgiera la luz del saber y se abrieran las ventanas que conducen al pretender saber más. Es indudable que la sola contemplación de la vida ejemplar de hombres como Alfonso Rivera constituye

en sí una lección objetiva. Las características del trabajo por él desempeñado le hicieron ocupar en breve una posición clave en el Instituto Nacional de la Nutrición que podemos concebir en dos distintas dimensiones. En efecto, su sólida preparación integral le permitía dialogar al igual con investigadores y con otros colegas de las más diversas especialidades. Asimismo, en la otra dimensión departía indiscriminadamente con personas de distintas jerarquías. Podía interiorizarse del problema de cada médico residente o estudiante graduado lo que le facultaba a constituirse en su consejero. Muchas vocaciones pudo definir y orientar por los caminos convenientes y qué doloroso resulta vernos privados de la profundidad de sus meditadas reflexiones. De manera suave en su proceder, sabía, sin embargo, dosificar su vehemencia hasta trocarse en verdaderamente apasionado cuando la ocasión así lo requería.

Alfonso Rivera se entregó, pues, en forma total a su institución en la que progresó rápidamente; su ascensión fue vertiginosa. Desempeñó un papel importante en la conversión del Hospital de Enfermedades de la Nutrición al Instituto Nacional de la Nutrición con las características y funciones que ahora tiene. Además de los puestos que ya han sido señalados, sus sabias consideraciones se dejaron oir en el seno del cuerpo técnico consultivo y en varias ocasiones fungió como Director reemplazando al Maestro Zubirán de quien recibió ilimitada confianza y a quien le unieron entrañables lazos de estimación y afecto. Fue, pues, un pilar fundamental del Instituto Nacional de la Nutrición y su desaparición le ha convertido en un símbolo del mismo.

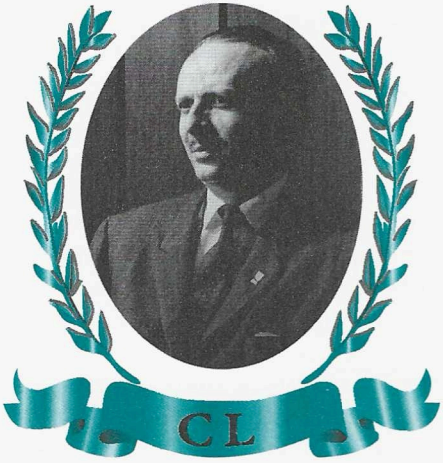
Llevó una vida académica por demás activa y a menudo utilizó la tribuna que le ofrecían las sociedades científicas a que perteneció. Bien recordadas son las comunicaciones que hizo en la Asociación Mexicana de Gastroenterología, en la Asociación de Médicos del Instituto Nacional de la Nutrición, en la Asociación de Investigación Pediátrica, en la Sociedad Mexicana de Nutrición y Endocrinología, en la Sociedad Mexicana de Ciencias Fisiológicas. También fue miembro del *American College of Physicians*. Ingresó a nuestra corporación en el año de 1963 ocupando un sitial en la Sección de Nefrología y de inmediato se le conoció su dinamismo. Su trabajo de ingreso fue un excelente resumen sobre el tema ya mencionado de las alteraciones hidrolíticas en la insuficiencia hepática, y en el Congreso del Centenario, nos ilustró en relación a los factores hormonales de

la hipertensión renal vascular y a los trastornos renales y electrolíticos producidos por los nuevos medicamentos.

Aún cuando lo anteriormente expresado le hará vivir para siempre en el corazón de los que tuvimos la dicha de tratarle y conocerle, no cabe duda que una de sus grandes cualidades fue la amistad que profesó a todos los que le rodearon. Fueron muchos y muy buenos los amigos de Alfonso Rivera. A raíz del trágico acontecimiento alguien me dijo que un amigo íntimo es un hermano que en la vida se escoge. Qué oportunas resultan las palabras de Cicerón, quien en su Diálogo de la Amistad, nos relata «Entre las muchas y muy grandes ventajas que en la amistad se contienen, hay una que prevalece sobre las demás, a saber: que hace resplandecer delante de sí alegres esperanzas para el porvenir y no consiente que los espíritus se debiliten y se postren. El que mira a un amigo verdadero es como si viera a su propia imagen. Y así, los ausentes se hacen presentes; los pobres, ricos; los débiles, fuertes, y —lo que es más difícil de decir— los muertos, vivos; tanto es el honor, el recuerdo y la añoranza de los amigos, que estos sentimientos los siguen más allá de la tumba».

Alfonso Rivera, investigador maduro, maestro y educador de altos vuelos, trabajador infatigable, hombre institucional, organizador singularmente eficiente; Alfonso Rivera, gran amigo, descansa en paz.

Guillermo Soberón



Guillermo Massieu Helguera

No quisiera, en este homenaje póstumo al Dr. Guillermo Massieu, hacer una reseña biográfica; ni una lista de sus múltiples logros en la vida académica y de investigación científica de nuestro país, varios de ellos reconocidos por el otorgamiento de Premios Nacionales; ni un relato de sus sobrias y sólidas actuaciones como Subdirector y después Director de la Escuela de Ciencias biológicas, como Director General del Instituto Politécnico Nacional, como Director del Centro de Investigación y Estudios Avanzados del propio Instituto Politécnico Nacional, o como Subsecretario de Educación e Investigación Tecnológicas de la Secretaría de Educación Pública. El hacer este tipo de relatos llenaría sin duda ampliamente el tiempo destinado al recuerdo del Dr. Massieu, y seguramente daría una idea clara de su excepcional calidad como maestro de bioquímica de muchas generaciones, en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, como investigador pionero de la bioquímica de la desnutrición y de la neuroquímica en nuestro país, y como funcionario que dio lo mejor de sí mismo por defender, fomentar, ampliar y mejorar la investigación científica y la educación superior en México.

Pero, decía, no quisiera hablar del Dr. Massieu de esa manera. Más bien me gustaría recordar al hombre que yo conocí personalmente: al maestro que nos enseñó, a mí y a otros estudiantes que tuvimos la fortuna de llegar a su laboratorio en el Instituto de Biología de la UNAM, qué es y cómo se hace la

investigación científica; al investigador que nos transmitió su amor y respeto por esta actividad y que en la toma de decisiones anteponía los criterios académicos a cualquier otro.

¿Cómo era Guillermo Massieu maestro, Guillermo Massieu investigador?

Quiero recordarlo ante todo como un hombre generoso, sencillo pero no simple, naturalmente modesto, sumamente autocrítico, respetuoso sin ser frío, de una honestidad a toda prueba, comprometido con lo que hacía. Su modo de enseñar los conceptos biológicos y los procedimientos técnicos en el laboratorio no era mediante frías explicaciones o juicios exactos, sino que ocurría como consecuencia lógica de su interés y entusiasmo por la investigación, es decir, era el resultado de la convivencia diaria y continua en la mesa de trabajo, convivencia en el hacer los experimentos hasta que confirmaba que sus estudiantes los dominábamos, en calcular y analizar los datos experimentales, en el criticarlos, interpretarlos y discutirlos, en el revisar artículos de la literatura: era un enseñar en el compartir la actividad científica.

En esta actividad diaria se manifestaba siempre la actitud autocrítica del Dr. Massieu, y el rigor, meticulosidad, seriedad y exigencia con que revisaba el desarrollo de los proyectos de investigación, cualidades que a través de la convivencia se iban implantando lenta, sutil e inexorablemente en el modo de trabajar de sus estudiantes, tan firmemente como nunca se hubiera logrado a base de palabras, por más sabias que éstas fueran.

En el marco de esta actitud de maestro e investigador el Dr. Massieu mostró constantemente una cualidad a mi juicio extraordinaria, tanto por lo poco común como por sus consecuencias: la capacidad y el valor de plantearse proyectos científicos de importancia y de intentar desarrollarlos aprovechando al máximo las técnicas accesibles mediante un esfuerzo de imaginación y de trabajo. Esta cualidad le hacía ocupar el tiempo en planear y realizar los experimentos con las facilidades disponibles en el laboratorio, en vez de quejarse continuamente por la carencia de instrumentos o de recursos para la investigación.

En otras palabras, el Dr. Massieu trabajaba y no pretextaba. Fue así, con medios muy limitados, como realizó estudios fundamentales sobre la composición química de alimentos mexicanos, sobre ciertos efectos bioquímicos de la desnutrición, sobre la acción de la insulina y las relaciones metabólicas entre los aminoácidos y los carbohidratos en el sistema nervioso central,

sobre el papel fundamental de la vitamina B en la síntesis y la degradación de los aminoácidos cerebrales y en la transmisión sináptica, sobre los mecanismos neuroquímicos de producción de epilepsia experimental, y sobre el diseño, desarrollado y mecanismo de ación de drogas anticonvulsivas.

En 1963, en una decisión que debe haber sido para él no sólo difícil, sino también dolorosa, el Dr. Massieu aceptó la Dirección de la Escuela de Ciencias Biológicas del IPN. A partir de esta decisión su vida cambió de rumbo, pues después de su periodo en dicha dirección, y con excepción de un año sabático que pasó en Oxford, trabajando en el laboratorio de su amigo el profesor Sir Hans Krebs, habría de ocupar los diversos puestos académicos-administrativos mencionados al inicio de este mínimo homenaje. No fue sino hasta 1978 que regresó al laboratorio, esta vez en el Centro de Investigación y Estudios Avanzados del IPN. Sin embargo, durante sus quince años como funcionario nunca dejó de actuar con la misma autoexigencia, modestia, honestidad y congruencia que ya lo habían definido como investigador científico. Y es que el Dr. Massieu nunca dejó de pensar como un investigador. Durante toda su vida su motor interno fue siempre la congruencia entre su modo de hacer y de pensar. Su ejemplo de científico mexicano, de maestro y de hombre académico en el más amplio sentido de la palabra, quedará para siempre entre todos los que lo conocimos.

Ricardo Tapia Ibargéngoitia

Félix Córdoba Alba

El deceso del doctor Félix Córdoba Alba es una pérdida muy sensible para el área de la inmunología. Desde su ingreso en 1964 hasta el presente año, fue un distinguido académico. Graduado como Médico Cirujano en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México en 1951, fue un investigador en bioquímica e inmunología durante más de 50 años. Su preparación de posgrado la llevó a cabo en los Laboratorios Syntex en México, en la Universidad de Columbia, de Nueva York, y bajo la tutela del padre de la inmunoquímica, Michael Heidelberger, en el Massachusetts General Hospital y en Nueva York, de 1954 en 1958.

A su regreso a México se incorporó al Departamento de Bioquímica en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, previo concurso de méritos, en 1958 y en 1964. Obtuvo el grado de Doctor en Ciencias en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional en 1968.

Sus contribuciones en inmunología de polisacáridos de salmonelas y neumococos fueron publicadas en revistas internacionales del más alto nivel: *Nature*, *Journal of Inmunology*, *Immunochemistry*, *Experientia*, *Federation Proceedings*, *Bacteriological Proceedings* y *Biochemical and Biophysical Research Communications*. Por su trabajo en la inmunoquímica de la piridoxina y derivados, la Academia Nacional de Medicina le concedió el Premio Carnot en 1970.

Félix fue un investigador básico en inmunología, con interés por sus aplicaciones a problemas médicos. Fue un digno representante de los investigadores en inmunología de México, desde Maximiliano Ruíz Castañeda, José Zozaya, Mario Salazar Mallén, Donato Alarcón Segovia y Roberto Kretschmer, entre los miembros fallecidos de nuestra corporación.

La Academia siempre ha distinguido a los personajes universales de la inmunología; figuran como miembros honorarios Jules Bordet y Jean Dausset, premios Nobel de Medicina, y como académico correspondiente, Charles Richet, también Premio Nobel. Fueron miembros honorarios, Emil Roux, Albert Sabin y Stratis Avrameas, los tres con méritos suficientes para premios Nobel.

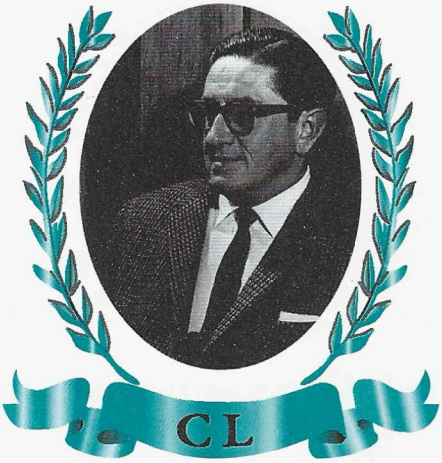
El académico Félix Córdoba fue un activo promotor de la enseñanza de pre y posgrado, tanto en su alma mater como en el Instituto Politécnico Nacional. Con el deseo de contribuir al desarrollo de la ciencia fuera del Distrito Federal, en los últimos 30 años de su vida profesional radicó en un centro del CONACyT en la Paz, Baja California Sur, y después en la Universidad Benito Juárez de Oaxaca continuó la investigación en lectinas e inmunidad innata.

Un científico en el sentido más estricto, investigador incansable durante 56 años, profundamente nacionalista, hombre de principios nunca claudicados, solidario siempre con las clases desprotegidas. Su vida fue ejemplo de una búsqueda constante de los mecanismos defensivos que han llevado a la supervivencia de las especies. Su idealismo y aguda inteligencia siempre con preguntas incisivas, lo hizo una figura respetada; cariñosamente le di el mote de «el Albert Schweitzer de la inmunología mexicana».

Su tránsito vital transcurrió durante un lapso en el que se fundaron las Sociedades Mexicanas de Bioquímica e Inmunología, de las que fue un distinguido miembro. Junto con José Laguna, Guillermo Soberón, Guillermo Massieu, Jesús Guzmán, Guillermo Carvajal, Sergio Estrada Parra, Manuel Ramos Álvarez y Carlos Biro, para citar a los activos desde la década de los años cincuenta, fue fundador del movimiento científico que dio las bases de los centros de investigación y formación de recursos humanos en biomedicina de México en el siglo XX.

En la historia de la biomedicina de México en el siglo XX y entre los miembros ilustres de la Academia Nacional de Medicina, Félix Córdoba Alba ocupa un lugar de honor. Para sus amigos, colaboradores y alumnos, su recuerdo será siempre de admiración, respeto y gratitud.

Jesús Kumate Rodríguez



Agustín Caso Muñoz

Miembro de una familia de distinguidos intelectuales mexicanos, Agustín Caso, supo en todo momento hacer brillar con luz propia su apellido. Hijo del filósofo Don Antonio Caso y de Doña Josefina Muñoz de Caso, nació en esta Ciudad de México, el día 3 de junio de 1919.

En 1949 contrajo matrimonio con María Elena Raphael, su inseparable compañera hasta el último de sus días. De esta unión nacieron tres hijos: Agustín, Patricia Elena y Pablo, estructurándose así una familia que fue el orgullo del compañero que hoy recordamos.

Agustín Caso, el médico, efectuó sus estudios profesionales en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, recibiendo su titulo profesional el día 4 de mayo de 1944. En una época en que aún no había cursos de especialización en nuestro país, recibió su entrenamiento en psiquiatría en el *Postgraduate Center for Psychoterapy*, y en el *Pilgrim State Hospital*, de la ciudad de Nueva York en 1949 y 1950.

Su actividad hospitalaria se inició poco después de recibirse, en el antiguo Manicomio General de la Ciudad de México, logrando hacer junto con el Doctor Mario Fuentes, del Pabellón de Observación Mujeres, un centro de servicio, docencia e investigación de primer orden, pese a los precarios recursos económicos de que se disponía.

Durante la Operación Castañeda, en que se sustituyó este hospital por seis modernos nosocomios, participó en forma acti-

va, primero como miembro de la comisión encargada del estudio del proyecto, y después como director del propio establecimiento y en la difícil tarea del traslado de todos los enfermos a las nuevas instituciones.

Al terminarse este programa se le designó, Jefe de Servicio en el Hospital Psiquiátrico Fray Bernardino Álvarez, puesto que ocupó hasta el último de sus días. Su vida institucional estuvo pues siempre dedicada a la atención de los enfermos más pobres y desvalidos, labor humanitaria que siempre fue motivo de orgullo para él.

En el área de la docencia también ocupó gran parte de su tiempo. Fue catedrático de clínica de neuropsiquiatría, cuando aún no se separaban estas dos especialidades, para continuar después con clínica de psiquiatría, en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México. Impartió además clases de neuroanatomía, en la Escuela de Psicología de esta misma Universidad y fundador de la misma materia en la Iberoamericana.

Su participación dentro de la sociedad de su especialidad fue siempre muy importante. Miembro de la Sociedad de Neurología y Psiquiatría desde el año de 1946, fue su presidente de 1959 a 1961, dejando en ella una constancia de empeño y buena administración. Fue además miembro fundador de la Asociación Psiquiátrica Mexicana y miembro fundador y presidente de la Sociedad Médica «Fray Bernardino Álvarez». Al integrarse en 1972 el Consejo Mexicano de Psiquiatría, fue uno de sus miembros fundadores y director del mismo en el periodo 1972-1980. En el año 1964 ingresó a esta Corporación en la Sección de Psiquiatría como Académico Numerario, pasando a Titular el año de 1979.

La producción científica que dejó el doctor Caso fue el resultado de su interés por la docencia y de sus inquietudes por la investigación, tanto en el campo de la psiquiatría y neurología clínica, como en el de la neuroanatomia y la psicofarmacología. Destacan entre otras de sus publicaciones, los libros: «Lecciones de Neuroanatomía Humana»; «Lecciones de Neurología»; Neurología Clínica»; «Fundamentos de Psiquiatría»; y numerosos artículos sobre temas diversos, especialmente en relación con la actividad de los psicofármacos en nuestro medio.

Por lo anteriormente señalado, podemos apreciar que su vida estuvo totalmente dedicada a la asistencia clínica, la docencia, la investigación y la producción científica y, que su participación en diversas sociedades médicas fue siempre destacada.

Al reconocer que considero un honor el haber sido comisionado por las autoridades de la Academia Nacional de Medicina para presentar el In Memoriam de mi querido amigo Agustín Caso, espero haber dejado una constancia escrita, de quien fuera uno de los mejores psiquiatras mexicanos. Un hombre que supo conjugar en un ambiente humanístico, sus actividades de médico, maestro, investigador y escritor científico, en beneficio de sus enfermos, colegas y numerosos discípulos.

Guillermo Calderón Narváez

Francisco Galland Naredo

Hoy estamos reunidos con singular emoción y al mismo tiempo con dolor espiritual, para concretar de la manera más solemne y con el máximo respeto el *In Memoriam* del Sr. Dr. Francisco Galland Naredo.

El Sr. Dr. Galland nació el dos de febrero de 1911 en la ciudad de Orizaba, Veracruz. Realizó sus estudios secundarios y los preparatorios en la Universidad Libre Veracruzana en los años de 1924 a 1928. Los profesionales en la «Escuela Nacional de Medicina» en las añadas de 1929 a 1936, realizando su examen profesional el 13 de abril de 1937 y fue el momento cuando se le confirió el título de Médico Cirujano por la Universidad Nacional Autónoma de México. Es de hacerse notar con énfasis que a los pocos meses formó parte del selecto cuerpo docente de la Facultad de Medicina. Dentro de sus estudios de pos grado obtuvo el doctorado en ciencias médicas, con especialidad en cardiología en los ciclos de 1948-1949 circunstancia cuando se hace acreedor desde esas fechas del nombramiento de médico adjunto en el Instituto Nacional de Cardiología. A partir de entonces, ya se le notaba con fundamento en sus escritos, la muy fuerte e inusitada tendencia a la investigación por la interacción de los males cardiopulmonares, lo que en el devenir del tiempo redunda en mas de 70 publicaciones, en la dirección de varias tesis, en un sinnúmero de conferencias en el ámbito nacional y en el extranjero, en impartir cursos con esta orientación: patológica, clínica y fisiológica tan singular y honestamente muy difícil

de concebir en aquellas épocas de la medicina mundial , la que el Dr. Galland tuvo la facultad de sabiamente vislumbrar y que por su origen tan puro y cargada de la verdad fue sólidamente apoyada por el maestro Ignacio Chávez S. En consecuencia , por su arduo y tesonero trabajo es reconocido y se le hace merecedor de la designación de « investigador clínico en las enfermedades cardiopulmonares del Instituto Nacional de Cardiología desde el año de 1958». Con su cuantioso cúmulo académico y por su prestigio médico llega a ser integrante titular de la Sociedad Mexicana de Cardiología, del *American College of Cardiology*, del *American College of Physicians* y a ser miembro numerario de esta Academia el 11 de mayo de 1965. Es en el periodo de 1973 cuando es nombrado por sus méritos, como Jefe del Servicio de Cardioneumología y es en el año de 1980 cuando se le convierte en miembro titular de nuestra corporación.

A seguir mencionaré algunas citas o facetas escritas recabadas que definen claramente o transparente la gran integridad moral del hombre y la pureza del investigador:

En un comentario del Dr. Ismael Cosío Villegas a uno de sus múltiples trabajos, este realizado en el año de 1959, señala: «Como es costumbre en el autor, su trabajo, tesis, material y métodos, presentación y conclusiones, son claros, breves y justos, representado una estimable colaboración al tema que se estudia, se discute y se trata de precisar. Es de gran interés teórico - práctico, lo que abre nuevos caminos para futuras observaciones para los cardiólogos y los neumólogos».

Después de una visita académica al Hospital Roosevelt en la Ciudad de Guatemala el 13 de julio de 1961, el Jefe de Medicina le escribe: a través de su conversación pude apreciar sus cualidades personales, su recia personalidad médica... Su estancia en Guatemala ha sido una razón para apreciar aún mas al gremio médico de su patria, por el interés y la dedicación que han realizado para colocar la Medicina Latinoamericana en el lugar que merece. Lo recordaré como digno representante del Instituto Nacional de Cardiología y de la medicina mexicana.

En una circunstancia competitiva de enorme delicadez moral donde se confronta en el seguir en el camino de la vida profesional y su cristalino apego institucional y se le ofrece la Jefatura de Enseñanza en el Hospital General del Centro Médico Nacional (diciembre de 1962), le escribe finalmente al Maestro Aceves (en ese entonces director del Instituto) Con el Maestro Chávez y con Ud., Maestro Aceves, tengo una deuda de gratitud que ja-

más olvidaré ya que me tendieron la mano cuando la necesité, dándome nuevo estímulo para continuar la labor interrumpida .

Le responde el Maestro Aceves: comprendo cual es la obligación moral y científica que el Instituto tiene con el país y con las instituciones médicas del mismo, en particular las que revisten la importancia del Hospital General del Centro Médico Nacional; pero el que comprenda esto, apenas si « atenúa un poco la pena de ver partir a uno de los mejores formados en nuestra Institución. Digo de los mejores, porque aparte del valor médico, tiene Ud. un valor ético, de suerte que bien puedo convertirlo en un ejemplo de conducta. Hombres así no es fácil de sustituirlos...

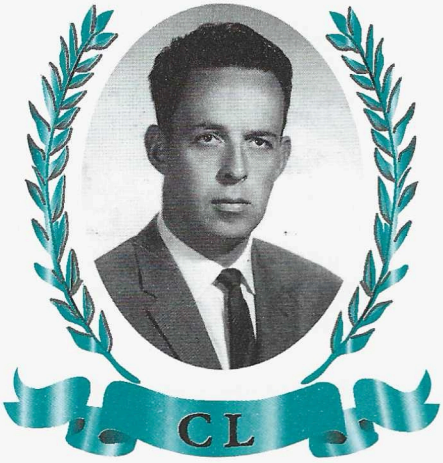
El 31 de enero de 1976, al jubilarse del Instituto Nacional de Cardiología le escribe al Maestro Chávez, profundamente emocionado por el paso que voy a dar, dirijo a Ud. estas líneas para agradecerle las múltiples oportunidades que me brindó para trabajar en esta Casa, integrar mi formación cardiológica, hacer compañeros, amigos y discípulos y estimularme a escribir los resultados de las observaciones y las meditaciones. Por último, su apoyo para realizar lo que durante un tiempo fue solo una idea, la creación del Servicio de Cardioneumología.

Le responde: Me veo con profunda pena , en la necesidad de aceptarla y quiero expresarle el agradecimiento de la Institución por los valiosos servicios que le prestó a lo largo de 30 años de labor.

Aunque lamentablemente sólo tuve la oportunidad de tratarlo durante unos pocos años, no hay duda que por las opiniones escritas de los grandes maestros, sólo se reflejan en el Dr. Francisco Galland Naredo, al hombre que por suerte realmente conocí: ser de muy amplia rectitud moral personal y al igual en el terreno de la vida familiar, un caballero en todo lo extenso del sentido de la palabra, un ser profundamente estudioso, individuo inquieto y buscador de nuevos caminos o retos en la medicina mexicana, cualidades que culminaron finalmente en la creación del hoy bien reconocido Departamento de Cardioneumología, del cual fue su fundador y del que afortunadamente pudo percatarse y seguramente estará jubiloso y orgulloso en lo más profundo de su ser. Si lamentablemente por el curso natural e inexorable de la vida nos ha abandonado físicamente el día 18 de junio de este año, nadie puede dudar que tuvo la virtud de habernos dejado un enorme legado espiritual y la semilla académica que floreció y que por ende nos ha heredado, circunstan-

cias muy valiosas que son objeto o motivo de reconocimiento permanente en los terrenos de la medicina cardiaca y la pulmonar, lo que lo convierte en un pionero en estos menesteres y un muy digno y singular representante de la «Academia Nacional de Medicina» y un ser siempre a emular por sus cualidades como un hombre integral, tanto por las generaciones médicas actuales y por las venideras, Descanse en paz caballeroso hombre, destacado médico, prominente cardiólogo y tan distinguido académico titular de esta congregación.

Eulo Lupi Herrera



Enrique Hülsz Suárez

El Dr. Hülsz nació en México, D. F. el 8 de julio de 1927 de un padre alemán y una madre mexicana en la colonia Santa María la Rivera donde se encuentra el mercado de San Cosme, la casa de Mascarones entonces Facultad de Filosofía y los recordados cursos de verano con sus guapas estudiantes y el kiosco morisco recientemente restaurado, así como el Instituto de Geología. Huérfano de ambos padres a la edad de 10 años fue educado por dos tías y esta etapa de lucha determinó su carácter firme de lograr lo que deseara. En su juventud, y con más de 1.90 de estatura destacó como frontonista y como tenía una muy buena voz de barítono era muy solicitado por sus amigos para fiestas y serenatas. Estudió en la preparatoria Nacional de San Ildefonso y la Facultad de Medicina en Santo Domingo donde ingresamos en 1945 con el inevitable corte de pelo. Se recibió el 11 de julio de 1951 con una tesis sobre anestesia transpleural. Ya le interesaba este tema y practicaba en el Hospital de Huipulco. Aunque la anestesia con óxido nitroso y éter fueron conocidas como un entretenimiento social desde 1772, no fue si no hasta octubre de 1846 que Morton un dentista en Boston la usó para que el Dr. Warren retirara un nódulo tuberculoso del cuello de un paciente, y en México se usaba entonces la mascarilla de Ombredam y el éter abierto con lo cual los que como estudiantes lo usamos también nos dormíamos junto con el paciente. El Dr. Hülsz conscientemente de esta situación continuó haciendo cursos de posgrado, y en 1955 fue nombrado profesor en el Hospital General donde el Dr. Martín Maquivar era el jefe del servicio

compartiendo su posición profesional con el Dr. Benjamín Bandera en Hospital Francés. En los años siguientes continuó su trayecto internacional en Centro y Sudamérica y fue profesor en el curso Internacional de la Sociedad Francesa de Anestesiología en 1967, y en el III Congreso Mundial de anestesiología en Brazil donde conoció al Prof. Takoka cuyo aparato de anestesia muy práctico trajo a México. En 1974 fue delegado al Congreso Asiático de Anestesia en Singapur y en 1973 fundador del Consejo Mexicano de Anestesiología. Fue miembro activo en estas sociedades por lo que en 1976 fue secretario General del Congreso Mundial de Anestesiología en México del cual aún recuerdo la fiesta de clausura en el Convento de las Vizcaínas. Dos problemas fueron de su especial interés, la resucitación cardiopulmonar y fue miembro de la Federación Mundial de este tema y junto con el neurólogo Julio Hernández Peniche dio cursos que fueron señeros en el Hospital de la Raza.

Otro de sus interés fue el manejo del dolor y fue representante de México en el 1er. Congreso Mundial sobre este tema celebrado en Florencia. En el Hospital ABC donde fue jefe del servicio de anestesiología, así como en el Instituto Nacional de Cardiología fundó una clínica multidisciplinaria como deben ser para el manejo del dolor.

Durante estos años publicó más de 60 trabajos algunos en colaboración con el Dr. Bonica y dio cientos de conferencias y cursos en todo el mundo en varios idiomas. Ingreso a la Academia Nacional de Medicina en 1965 como numerario y después Titular, la Academia Mexicana de Cirugía en 1964 como numerario y después emérito, perteneció a ocho sociedades de su especialidad. En 1953 contrajo nupcias con la Srita. Eugenia Picone con quien formó una bonita familia con cuatro hijos y una hija todos profesionistas de gran variedad de la filosofía a la veterinaria y siete nietos. Gran lector y con alta cultura y espíritu crítico también cambió el frontón por el golf tanto en México como en Valle de Bravo donde pasaba magníficos momentos.

En 1991 notó molestias en la garganta y fue diagnosticado un cáncer que fue tratado con radioterapia, quimioterapia y cirugía en 1993. Su respuesta a la pérdida de la voz fue fundar la Asociación Mexicana de Laringostomizados. Su labor no fue sólo la rehabilitación sino conseguir fondos para que pacientes con pocos recursos pudieran tener laringes artificiales. Esta labor en el Instituto de la Comunicación con el Dr. Hernández Orozco le permitió presentar en esta Academia dos sesiones a cargo de pacientes con laringostomía rehabilitados por diferentes técnicas.

Desgraciadamente esta labor se interrumpió cuando en 2004 presentó un nuevo cáncer de la base de la lengua. El temple del Dr. Hülzs se manifestó en su lucha contra esta enfermedad recibió todos los tratamientos posibles pero desgraciadamente sin efecto favorable y falleció el 26 de noviembre del 2005, Sus amigos pacientes y colegas lo recordamos con cariño.

José Humberto Mateos Gómez

Rafael Ramos Galván

Despedir, en nombre de la Academia Nacional de Medicina, a uno más de sus ilustres miembros, suele poner a prueba el aguante sentimental y el vigor mental del orador designado para tan honrosa cual dolorosa faena. Notoriamente así, cuando éste se ve constreñido a encontrar un precario equilibrio entre la sobriedad que impone un relato necrológico y la emoción de poder dar fe del tránsito vital de un personaje que impuso su propia esencia humana a toda una época de la medicina y en particular, del movimiento pediátrico mexicano.

Rafael Ramos Galván fue hijo de un matrimonio de profesores de la Escuela Normal de Xalapa, que dieron fama a la misma y gran parte de su renombre y poder de atracción. Lo que de sus padres heredó en actitudes, motivos e intereses posiblemente modeló la vocación profesional de sus propios tres brillantes hijos.

A tono con su idealismo y sus ideales, Ramos Galván escogió para cumplir con el entonces naciente servicio médico-social rural, al Estado de Yucatán. Lo que allí vivió de injusticias sociales y de sus obligadas expresiones nutricias, recuérdese que pelagra y xeroftalmía todavía eran allí endémicas, lo movieron a dedicar su vida profesional a la ciencia de la nutrición, concretamente la aplicada a los niños, y para esto se adiestró y habilitó durante varios años en el Instituto de Nutrición de Buenos Aires.

Todavía mejores aires lo recibieron a su regreso a la Patria, en 1942. Formaría parte de la plantilla fundadora del Hospital

Infantil de México y al amparo de esta *alma mater* nutricia madre, *nota bene*, de la pediatría nacional, publicó su primera gran disertación acerca de las condiciones alimentarias y nutricias de México. De la coincidencia de sus enfoques sociales y científicos con los ideales de Federico Gómez surgieron en el Hospital la Sala de Nutrición y aquel Grupo para el Estudio de la Desnutrición en el Niño, el de los tres mosqueteros que como los de Dumas, fueron cuatro, que tan grande visibilidad mundial diera a la pediatría mexicana, ya tantos alumnos y colaboradores nacionales y extranjeros atrajera. De esas experiencias surgiría más tarde en 1969, su *opus* clásico, Desnutrición en el Niño.

Profundo conocedor de la biología y experto en auxiología, amplió el concepto de homeorresis y lo aplicó a la comprensión de los peculiares patrones de crecimiento de los niños de condición nutricia subóptima.

En su incesante búsqueda de nuevas fronteras intelectuales, se adiestró y alió con psicólogos, sociólogos y antropólogos, y al ingresar a esta Academia, en el año 1966, forjó para su trabajo de ingreso el concepto del Síndrome de Privación Social. En 1968 movió a la Academia Mexicana de pediatría a celebrar un simposio y publicar la correspondiente memoria acerca de Humanismo y Pediatría; y en 1979, a la recién formada Asociación Mexicana de Pediatría, a organizar un coloquio de padres, educadoras, maestros y médicos, cuyas trascendentes deliberaciones quedaron plasmadas en aquel volumen dedicado a El Crecer de Nuestros Hijos. De sus actividades como médico escolar y de su abundante clientela privada, emanaron su bien conocido estudio semilongitudinal de 5533 niños hasta de 18 años de edad, y del mismo, las tablas de valores somatométricos que desde 1975 sirven de pauta y referencia para interpretar el crecimiento de los niños de México. Diez años después, de retorno a sus intereses intelectuales primigenios, enriqueció la literatura médica nacional con su revolucionario libro Alimentación Normal en Niños y Adolescentes. Teoría y Práctica. Completó su quehacer académico aportando como jefe de asesores, su vasta experiencia al entonces Secretario de Salud, doctor Jesús Kumate, y seguramente contribuyó así a la especial fisonomía sanitaria de esa gestión gubernamental.

Ramos Galván, amén de una increíble capacidad para trabajar y hacer trabajar a su colaboradores, poseía y transmitía al entorno su inusual vehemencia anímica, y expresiva, agudeza de ingenio y facilidad de palabra. Pero detrás de la figura de insigne investigador, también se percibía la del médico íntegro, casi

diríamos «a la antigua», pronto a acudir, a la tres horas de una madrugada, a atender a un niño que había enfermado de difteria hoy día connotado académico salubrista.

Rafael Ramos Galván falleció el día 12 de noviembre de 1998 a la edad de 84 años. Su esposa Olga le seguiría unas cuantas semanas más tarde. Para sus amigos, sus colegas, académicos y pediatras, sus alumnos, los de hoy y de mañana, ellos siempre estarán presentes entre nosotros.

Silvestre Frenk

Samuel Fastlicht

Nos interesa recordar a los que siempre observaron el bien y la cultura. La verdad es que el doctor Samuel Fastlicht no ha muerto del todo; algunos fervientes amigos velamos por su presencia y con el recuerdo de su vida enriquecemos nuestro espíritu.

El doctor Samuel Fastlicht nació el año 1902 en Sambar, ciudad austriaca que por efectos de la primera guerra mundial, hoy forma parte de Polonia, allí realizó sus primeros estudios y tiempo después tuvo que emigrar.

Viajó a México en 1923 y comenzó a trabajar en esta ciudad, donde por su habilidad y vocación se dedicó a las labores de mecánico en consultorios de dentista, mientras que por las noches asistía a la Escuela Nacional Preparatoria. Después, cursó sus estudios de odontología y el 13 de febrero de 1932, recibió el título profesional de cirujano dentista. Su tesis, «Prótesis facial», fue el primer indicio de su producción científica. En 1931, aún siendo estudiante de dentista, asistió con la delegación mexicana a un Congreso Dental Internacional en París, donde quedó asombrado ante las nuevas y revolucionarias técnicas, en particular sobre ortodoncia, el acero inoxidable, los arcos linguales removibles en oro platinizado; innovaciones entonces desconocidas en México; fueron impresiones que posteriormente le animaron para viajar a los Angeles, cursar la especialidad en ortodoncia y años después, a reunir a todos aquellos que en

México practicaban esta especialidad en una asociación (30 de octubre de 1934).

La Sociedad Mexicana de Ortodoncia es el primer grupo que se organizó en la historia de la ortodoncia mexicana, dando así formalidad a esta especialidad que años antes se practicaba en forma empírica. A través de esta asociación, se realizaron cursos y conferencias a los que fueron invitados especialistas extranjeros. Toda esta actividad se adelantó a la Asociación Dental mexicana que aún no había sido formada.

Por su dedicación en el campo de la ortodoncia, Samuel Fastlicht fue nombrado profesor extraordinario de la Universidad de Guadalajara (1941) y honorario de la Universidad de Mérida, Yucatán (1950). Destacó como secretario y después como presidente de la Asociación Mexicana de Ortodoncia. Tuvo a su cargo la presidencia del Primer Congreso Interamericano de Ortodoncia celebrado en Nueva Orleans el año 1942.

Marcó su acentuado interés académico al haber sido fundador y presidente de la Academia Nacional de Estomatología de México; corporación que hasta la fecha busca reunir odontólogos cuyos conocimientos eleven la calidad profesional.

Don Samuel perteneció a más de doce asociaciones y descubrimos su personal interés al colaborar en grupos dedicados a la historia y filosofía de las ciencias, de donde surgió y nos dejó la mejor y más completa labor sobre historia de la odontología mexicana.

Su vocación por la historia nació de la amistad con el doctor Alfonso Caso, Don Samuel se convirtió en un asiduo asistente a las clases de arqueología y a las célebres conferencias que el doctor Caso dictaba en el viejo Museo de Antropología y en el Colegio Nacional. Inició su carrera de historiador cuando en 1947 publicó un análisis radiológico de las mutilaciones dentarias pertenecientes a la colección del Museo Nacional de Antropología. Un año después publicó en el periódico de la Asociación Dental Americana un estudio referente a la odontología que contiene el códice Martín de la Cruz (Badiano).

En 1951 editó su primer libro «El Arte de las Mutilaciones Dentarias», donde aparecen todas las investigaciones que hasta entonces había llevado a cabo. A partir de la aparición de este libro Samuel Fastlicht se colocó internacionalmente como el investigador más importante en Odontología Prehispánica; labor de búsqueda que culminó veinte años después con la publicación de otro libro «La Odontología en el Museo Prehispánico» (1971), traducido posteriormente al inglés y editado en Alemania.

Sus observaciones no sólo se limitaron al estudio detallado de las mutilaciones e incrustaciones dentarias; se preocupó por el análisis de las diferentes jadeitas y la composición de pegamentos que se utilizaron en dichas incrustaciones.

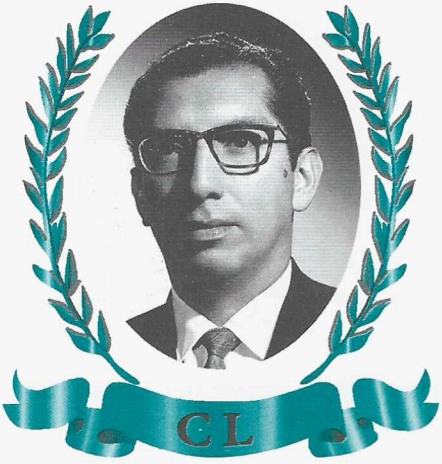
Como concienzudo investigador, paralelo a sus trabajos, surgió el análisis bibliográfico y de ello nació su famosa Bibliografía Odontológica Mexicana, publicación esencial para todo investigador en la materia; y en donde se reúnen las obras odontológicas publicadas en México desde el siglo XVI hasta el año 1950.

Por su interés en la historia de la odontología, se le invitó a colaborar con la comisión para la edición de las obras de Francisco Hernández, donde una vez más analizó los aspectos odontológicos en la obra de este médico español. En 1964 participó con un análisis completo del contenido odontológico del *Libellus* de *Medicinalibus Indorum Herbis* publicado por el Instituto Mexicano del Seguro Social.

Con el interés de reconstruir las distintas etapas de la odontología mexicana, Don Samuel dedicó su tiempo a rescatar del olvido, la obra del maestro chiapaneco Don Mariano M. Ruiz, escrita en 1894 y dedicada a los cuidados que deben tener las personas con sus dientes. El libro se llama «La dentadura natural y artificial. Manera de conservarla y repararla», en él se habla por primera vez del flúor como medio para proporcionar dureza al esmalte de los dientes. Además de estas obras reseñadas, Samuel Fastlicht dejó más de 40 artículos sobre la historia de su profesión. En más de cincuenta años de labor ininterrumpida dejó la mejor contribución bibliográfica y la biblioteca más completa sobre historia de la odontología.

Sobre su actividad profesional, el hombre. Advirtamos la evolución del científico a lo largo de su vida y percatémonos de la integridad con que guardó su espíritu para dejarlo ahora entre nosotros.

Juan Somolinos Palencia



Raúl Hernández Peón

El 16 de abril de 1968, en forma inesperada, la muerte puso término a la brillante carrera de un científico, miembro distinguido de esta honorable Corporación.

Al partir, en el mejor momento de su productividad científica, dejó entre nosotros un hueco difícil de llenar.

Raúl Hernández Peón, nació en Mérida, Yucatán, el 16 de julio de 1924. Ahí, en su tierra natal, cursó estudios primarios y preparatorios. El título de médico cirujano lo obtuvo en 1949 en la Universidad Nacional Autónoma de México.

A partir de entonces, ya con una vocación irrevocable a la investigación científica en el campo de la fisiología cerebral, dedicó a ella su vida y en casi 20 años de actividad ininterrumpida, dio a la luz algo más de 149 publicaciones de elevada calidad científica que encontraron acogida en libros y en las revistas, tanto nacionales como extranjeras, más importantes en el campo de su especialidad. Al morir dejó 10 trabajos en prensa y no menos de otros tantos en preparación.

Referirse aun en forma somera a la producción científica de Hernández Peón, no es tarea sencilla. Habré de concretarme a señalar algunos de sus trabajos que en mi opinión y en la de algunos de sus colaboradores más estrechos, representan sus aportaciones de mayor valor al conocimiento de la fisiología cerebral y particularmente al de la psicofisiología.

En 1953, con los distinguidos nuerofisiólogos R. B. Livingston y J. D. French, inició Hernández Peón sus trabajos sobre la for-

mación reticular, estudiando las proyecciones córtico-reticulares. A partir del descubrimiento de las influencias centrales sobre la transmisión aferente de K. E. Hagbarth y Kerr en 1955, Hernández Peón generalizó esta función para explicar el mecanismo fundamental del aprendizaje: la habituación. En una serie de experimentos, encontró que los mismos efectos ocurrían en varias vías sensoriables (núcleo coclear, retina, bulbo olfatorio, núcleo espinal y núcleo sensitivo del vago). Sobre la base de estos resultados, postuló la existencia de un «filtro sensorial» cuya regulación depende del sistema reticular.

Otra aportación importante de Hernández Peón al conocimiento de las funciones implicadas en el aprendizaje, fue demostrar en otra serie de experimentos, que ni la adquisición ni la retención de respuestas condicionadas de primer grado, dependen de la corteza cerebral, sino del sistema reticular.

Hernández Peón contribuyó en forma significativa al conocimiento de los mecanismos del sueño. Sus investigaciones en animales le llevaron a postular la posible existencia de una vía colinérgica inhibitoria del sistema activador ascendente, a la que él llamó "sistema del sueño». Otras de sus aportaciones se refieren a la participación de los mecanismos inhibitorios para explicar los efectos de la sugestión, la hipnosis y algunos síntomas histéricos. Propuso también un marco teórico para explicar desde un punto de vista neurofisiológico ciertos estados psicopatológicos, tales como histeria, psicosis maníaco depresiva y esquizofrenia. Por último, no podemos dejar de mencionar sus aportaciones experimentales al conocimiento de los mecanismos de acción central de algunos psicofármacos, entre ellos reserpina, nialamida, imipramina y diazepam.

Después de sus trabajos iniciales en los Estados Unidos de América, sus trabajos más importantes los llevó a cabo entre 1960 y 1963 como Director de la Unidad de Investigaciones Cerebrales de la Secretaría de Salubridad y Asistencia.

En 1961, el Presidente Adolfo López Mateos, le hizo entrega del Premio Nacional de Ciencias, otorgado al mérito por la Academia Nacional de la Investigación Científica.

Conferencista, profesor huésped y miembro activo y honorario de importantes instituciones de Europa y América, solía recordar con especial satisfacción, la época (1958) en que fungió como investigador y director del Centro de Psiquiatría Experimental de la Universidad de Chile, y su nombramiento como profesor extraordinario en la Universidad de Texas. Al morir,

era profesor adjunto en la Universidad de Yeshiva de Nueva York en la que impartió cursos breves en los dos últimos años. Puede decirse que pocos científicos mexicanos reunieron durante su vida un reconocimiento tan amplio.

Hernández Peón fue un investigador de ideas originales y gran habilidad técnica. Su concepción de las funciones del cerebro en los fenómenos de la conducta, fue penetrante e inclusiva, y su visión de la psicología y del psicoanálisis amplia y respetuosa. Esto le permitió tender un puente transitable entre los datos de la experimentación y los fenómenos más complejos de la clínica.

Hernández Peón no fue el científico encerrado en su torre de marfil, sino el maestro siempre dispuesto a transmitir con entusiasmo sus conocimientos, lo mismo al neurofisiólogo novel, que al psiquiatra y al médico no especialista. En su calidad de profesor asociado en el Curso de Especialización en Psiquiatría, de la División de Estudios Superiores de la Facultad de Medicina, contribuyó en forma significativa a la formación neurofisiológica de las nuevas generaciones de psiquiatras mexicanos.

Raúl Hernández Peón, trabajador incansable, espíritu sensible que amaba la vida, era rebelde e individualista. Él mismo solía decir que siempre había encontrado difícil el someterse a los requerimientos burocráticos. De ahí que en los últimos años (1964), sin apoyo oficial, haya organizado y dirigido una institución, el Instituto de Investigaciones Cerebrales, que se dio a conocer y se mantuvo merced al valor intrínseco de sus investigaciones y que atrajo a muy distinguidos visitantes extranjeros que consideraban un honor colaborar con su director.

Las contribuciones de Raúl Hernández Peón a esta Academia, particularmente aquéllas en las que abordó temas relacionados con la psicofisiología, serán siempre recordadas con gratitud. Para quienes lo conocimos de cerca, el recuerdo de su inteligencia, su originalidad, su perseverancia y su integridad científica, predominará siempre sobre el de las complejidades de su carácter.

Ramón de la Fuente

Máximo García Castañeda

El tránsito de Máximo García Castañeda por la Otorrinolaringología marca el inicio y el final de una época en la que destaca la figura de este especialista y hombre de excepción. Su figura abarca la segunda mitad del siglo que está por terminar.

Como otorrinolaringólogo, deja su impronta de maestro, de organizador y de ejemplo de una Medicina moderna comprometida con los más desvalidos, con los que ejemplifica y prueba su generosidad y lo dicho por Baruch Espinosa citado por Jorge Luis Borges, de que el más pródigo amor le fue entregado, amor que para darse no espera ser amado.

Como hombre de honor establece para sí la ciega observancia de un código moral autoimpuesto que cumple escrupulosamente y que en el crisol de su conciencia lo concreta en el amor a su familia y en el tributo irrestricto a la amistad.

Es el amigo por antonomasia, leal, prudente y de buen consejo. El haber sido su amigo y además amigo de sus amigos me dio una óptica diferente y positiva de su trabajo y de su influencia en todos sus compañeros. No fui ajeno a ella. Aprendí de él y transmití sus enseñanzas.

Recordarlo ahora es un privilegio para mí. Su vida y su ejemplo es un libro abierto para leer en él por todos los que amen la vida, la Medicina y la Otorrinolaringología.

Nace al final de la Revolución en la provincia poblana y viene al D.F., a estudiar Medicina en la UNAM cuando se reivindican los derechos nacionales y se consuma la expropiación pe-

trolera. Al término de su carrera médica universitaria, viaja a la Universidad de Tulane, Nueva Orleans, e inicia estudios de especialidad en el hospital de oídos, nariz y garganta que completa en la Universidad de Temple, en Filadelfia donde aprende la broncoesofagología que en ese entonces formaba parte de la especialidad.

Oportunidades no le faltan, pero siente y vive un indeclinable compromiso con sus raíces y regresa a México con ánimo de impulsar la especialidad.

Es su reto. Como gran hombre de su época, como lo asevera Hegel, sabe formular con palabras el anhelo de su tiempo, sabe decir a su época lo que ella anhela y sabe realizarlo. Por ello, y con su ímpetu juvenil se hace indispensable en la naciente Sociedad Mexicana de Otorrinolaringología de la que es el segundo Secretario y cuatro años después su Presidente. Su actividad societaria es permanente. Es fundador del Consejo Mexicano de Otorrinolaringología en el cual en dos ocasiones forma parte de la Junta de Gobierno. Es Secretario General del primer congreso de corte internacional en el País, el IV congreso Panamericano de Otorrinolaringología en 1954.

La calidad y calidez de su trabajo de especialista beneficia a la Cruz Roja y en los primeros años de su fundación al Instituto Mexicano del Seguro Social.

Son los prolegómenos para ulteriormente desarrollar su pasión vital que fue el Servicio de Otorrinolaringología del Hospital Juárez al que dedicó como Jefe de Servicio sus años de madurez más productivos. Hizo un sólido grupo de colaboradores y amigos y se preocupó activamente por extender el beneficio de la Medicina a los grupos marginados. Destaca el trabajo que con el Dr. Isaías Balanzario y el Dr. Benjamín Macías realizó en beneficio de los niños sordomudos, simultáneamente al que en aquel tiempo realizaban en Torreón, el Dr. Ricardo Garibay y el Dr. Andrés Bustamante Gurría.

Trabajos precursores que se concretaron después en el actual Instituto Nacional de la Comunicación Humana del que su hijo Rafael, también médico, fue un residente destacado y ahora es un Otorrinolaringólogo de trayectoria impecable.

En el Hospital Juárez en el servicio de Otorrinolaringología impulsa la educación otorrinolaringológica y se preocupa por la Academia. Hace compatible la atención médica con la investigación clínica. Sus aportaciones son trascendentes en su tiempo e incluyen todo el espectro de la especialidad. Destacan sus pro-

puestas sabe el manejo de la ocena, de las perforaciones septales, de la cirugía del oído infectado y su reconstrucción, de la broncoesofagología, de la cirugía de los senos y los tumores benignos y malignos de la zona, etc. La bibliografía da cabal cuenta de sus aportaciones. Transita por decirlo coloquialmente del espejo laríngeo de luz indirecta hasta la microcirugía endoscópica de laringe. Una de sus tribunas, si no la principal, fue la creada por su sede hospitalaria. Las Asambleas Nacionales de Cirujanos, en la que a la Sección de Otorrinolaringología le dio brillantez y proyección nacional.

En 1 962 ingresa a la Academia Nacional de Cirugía y en 1964 a la de Medicina. Para él son campo de trabajo y no motivo de vanagloria. Siendo un hombre notable su bonhomía y sencillez lo hacen querido y respetado por todos. Es miembro distinguido de muchas sociedades nacionales e internacionales de la Especialidad.

Después de una prolongada enfermedad falleció el 11 de Septiembre de 1999 y puedo decir, casi como un epitafio, parafaseando a E. Hemingway, que un hombre puede ser destruido pero no derrotado. Es el ejemplo notable y memorable que nos queda de su vida y de su muerte.

Francisco Hernández Orozco

Rafael Rodríguez Rodríguez

Rafael Rodríguez y Rodríguez cursó sus estudios profesionales en la Escuela Nacional de Medicina de 1938 a 1943. Se sabe de él que ya durante esta etapa de su vida había venido manifestando una inquietud muy fuera de lo común por los fenómenos biológicos, y una pasión por la medicina interna, que habrían de revelarse con toda plenitud cuando poco más tarde, tuvo la oportunidad de desempeñarse como médico residente del Hospital General de México y después como interno fundador del Hospital de Enfermedades de la Nutrición. Seguramente fue entonces que su talento innato encontró el indispensable complemento en la estricta disciplina que en el pensar y en el actuar allí se ejercía. Para 1946, había adquirido ya madurez suficiente para poder ser admitido como asistente en medicina en la Clínica Joslin, de Boston y más tarde, como asistente de medicina experimental en Montreal. El año de 1948 lo encuentra en el Hospital General de Massachussets, asistiendo a la clínica endocrina a cargo del inolvidable Albright. Su trayectoria vital hace creer que fue ahí donde se forjó en definitiva el espíritu académico de Rafael Rodríguez.

La disciplina que ya había adquirido se desarrolló cabalmente bajo el influjo del rigor técnico y de los inmensos horizontes de su maestro. Con él aprendió a imaginar con sistema, a pensar con orden, a crear con base firme. Además, su natural sentido de humor, cáustico, satírico a veces, fue propio para entender el ingenio que tan característico fue siempre, aun en los momentos

más difíciles de su vida activa, del gran parkinsoniano. Nació de este contacto la afición de Rodríguez por las representaciones esquemáticas de los fenómenos biológicos, que cuando regresó a su patria para ser el mismo consagrado como maestro, de tan claras y precisas, motivaron a más de un incipiente aprendiz de la endocrinología a seguir en definitiva el camino de esta disciplina. Eran los gloriosos tiempos idos de los diagramas «a la San Sebastián», por las muchas flechas que requerían, que en los términos vernáculos con que el «Chino» solía explicarlos, cobraban aún mayor claridad y adquirían el significado y las dimensiones que hacían imposible olvidar, que lo que ahí se decía, correspondía a algo que estaba aconteciendo en un ser humano. El tono de aparente informalidad que prevalecía en sus actividades docentes, tuvo siempre la virtud de enriquecerlas y de acrecentar su eficiencia didáctica.

El amor por la enseñanza fue sin duda característica clave de la vida profesional de Rodríguez. Fue profesor ordinario de Endocrinología, a nivel de pre y de posgrado, durante muchos años. Fungió como subsecretario de la Facultad de Medicina durante varios más. Desde tales puestos, no únicamente impartió la docencia, sino que con su innato sentido de solidaridad, ayudó en su carrera a quienes le solicitaron apoyo, y así fue también cuando años más tarde, desempeñó el cargo de director médico de una importante compañía farmacéutica.

El entonces muy joven Hospital de Enfermedades de la Nutrición se benefició enormemente con los talentos de Rafael Rodríguez. De subjefe de servicio y posteriormente de la consulta externa de esta institución, pasó posteriormente a fungir como encargado de la clínica de diabetes. Buena parte de los avances que en materia de este padecimiento registra la medicina mexicana se deben a él. Su labor de divulgación se vio coronada en 1963, al aparecer el pequeño tratado intitulado »El manejo del enfermo diabético», que en la actualidad todavía sigue siendo fuente de orientación para médicos y para enfermos.

Fue Rafael Rodríguez de los que contribuyen a dar calor humano a la ciencia, que tan a menudo otros se empeñan en hacer aparecer como fría y despersonalizada. Emanó de él siempre un espíritu de fraternidad, que iba mucho más allá del amigable «manito» con que abordaba a sus interlocutores. Casi nunca dejó de exhibir este tono caluroso, ni lo abandonó tampoco esa imagen de bonhomía que fue siempre sello peculiar de su personalidad.

Con Rafael Rodríguez se ha ido, prematuramente como todos ellos, el quinto de los académicos, que endocrinólogos jóvenes entonces, forjaron durante los años cuarenta y cincuenta, la espléndida imagen que hoy son capaces de ostentar las disciplinas metabólicas en México. Escaso respeto mostraríamos a la memoria de quien, por ser poco afecto a lo formal y a las convenciones, fue siempre capaz de reir del *pathos* ajeno, si aquí lo despidiésemos con frases hechas. Sencillamente, conservemos el recuerdo grato del espíritu selecto que habitó en el gran amigo, excelente médico, digno académico, Rafael Rodríguez.

Silvestre Frenk

Adán Pitol Croda

El señor doctor Adán Pitol Croda nació en la ciudad de Puebla en 1925. estudia en la ciudad de México en la Universidad Nacional Autónoma de México, finaliza sus estudios en 1949 y se incorpora como interno en el Hospital de Enfermedades de la Nutrición; realiza residencia de Anatomía Patológica y Radiología en la Universidad de Pensilvania y es certificado por el Board de Radiología.

Al regresar a México, ingresa nuevamente en el Hospital de Enfermedades de la Nutrición; en 1956 es designado Jefe del Servicio de Radiología, como persona entusiasta, estudiosa y dedicada, nuestro querido amigo publica numerosos trabajos; por su especialidad se relaciona estrechamente con la gastroenterología y la medicina intenta, destaca en nuestra especialidad y en 1964 es electo Presidente de la Sociedad Mexicana de Radiología y un año después ingresa a la Academia Nacional de Medicina. En 1978 fue distinguido nuevamente al ser electo Presidente del Consejo Mexicano de Radiodiagnóstico y Radioterapia.

En la radiología privada participa activamente al asociarse con el doctor Manuel Estandia y el doctor Vicente Rotuno; en 1981 se asocia al grupo de radiología, ultrasonido y medicina nuclear.

Sería tedioso ennumerar todas las publicaciones que realizó en revistas nacionales y extranjeras, sin embargo no es posible dejar de hablar de la personalidad del señor doctor Don Adán Pitol Croda.

En varios sitios he escuchado que lo han calificado como uno de los «Caballeros de la radiología», efectivamente Adán era como se le ha denominado, pero además era una persona afable y sincera. Sus ratos de mal humor eran escasos y aún estos tuvieron visos de caballerosidad; quien haya tenido oportunidad de departir con él en una sobremesa. en una reunión social o simplemente en su estudio, habrá vivido la experiencia de ver que era un hombre con conversación amena e interesante y siempre debería estar uno listo para recibir alguno de sus agudos e ingeniosos comentarios. Es agradable recordar al doctor Pitol en reuniones en donde el era el alma de la fiesta y en donde su presencia hacía que los que estuvieran junto a él se divirtieran de igual manera. La caballerosidad atribuida al doctor Pitol viene del respeto que tenía por las personas que estaban junto a él, numerosos compañeros de trabajo del orden administrativo, técnico y médico solicitaban su consejo. Su experiencia permitió que diera invaluables recomendaciones de la manera más desinteresada.

La relación profesor-alumno-amigo tuvo su mejor representación con los distinguidos radiólogos Francisco Quiroz y Ferrari y Jorge Hernández Ortíz discípulos predilectos de Adán.

Los amigos de toda su vida fueron entre otros, los doctores Manuel Campuzano, Guillermo Soberón, Gerardo de Esesarte, Rubén Lisker, Manuel Fierro, Francisco Esquivel y José Manuel Falomir.

Junto a un gran hombre hay una gran mujer, estas palabras se escuchan con cierta frecuencia y esto podemos aplicarlo precisamente a la preciosa señora Violeta Pitol como siempre le he dicho; «no es posible relacionar a esta familia sin escuchar el simpático acento extranjero con el que Violeta se dirigía en diferentes tonos a Adán». Violeta, con un mohín de enojo le llamaba la atención en las muchas ocurrencias que tenia nuestro homenajeado, pero en realidad Violeta siempre disfrutó su simpatía. Violeta siempre supo conducir y motivar a Adán para que llegara a ser lo que era, nunca pudo dejar de reconocer nuestro amigo, que su esposa se alejó de su país y de su familia para estar junto a él.

Laura, Mónica y Ricardo son los hijos de esta familia y ahora hay dos hijos políticos: Cristina y José Antonio, ellos y varios nietos le dieron muchas satisfacciones.

Adán perdió a sus papás siendo pequeño, sus tíos lo educaron; siempre respetó a estos familiares por el apoyo que le brindaron, un rasgo más que describe a este prestigiado médico. Fue un hombre con un gran número de personas a su alrededor que estaban orgullosas de su amistad, el que habla es uno de ellos.

José Luis Ramírez Arias

José Humberto Mateos Gómez

Cumplo con el doloroso deber de rendirle homenaje a un gran mexicano, un gran académico y un gran hombre: el doctor José Humberto Mateos Gómez, cuya desaparición física el 7 de diciembre de 2009, hoy hace justo 100 días, enlutó a la neurocirugía en lo particular, a la medicina mexicana en lo general y a su familia, pacientes y amigos.

José Humberto nació el 13 de mayo de 1928; sus padres fueron don José Mateos Noriega y doña Concepción Gómez Zepeda. Como el mayor de cuatro hermanos, le siguieron en edad Ángel (ya fallecido), José Luis y Concepción.

Humberto se graduó en la Escuela Nacional de Medicina en 1951, estudió dos años con el doctor Dionisio Nieto en el Hospital Psiquiátrico de «La Castañeda» y en 1953 se trasladó a Washington para hacer su especialidad en neurocirugía con el profesor James Watts, donde recibió enseñanzas de personalidades tan connotadas como Webb Heymaker, en neuropatología, Cósimo Admone Marsans, en neurofisiología, y Milton Shy, en neurología clínica, entre otros.

Regresó a México en 1958 y estuvo en la Unidad de Neurología y Neurocirugía del Hospital General de México hasta diciembre de 1961. A partir de enero del siguiente año se hizo cargo como fundador y jefe, del Servicio de Neurocirugía del Hospital General, Centro Médico Nacional, Instituto Mexicano del Seguro Social, donde realizó una fructífera labor por espacio de 29 años, creando el programa académico de neurocirugía de más

renombre en nuestro país, de donde se graduaron 104 residentes procedentes de prácticamente todas las entidades federativas de nuestro país y de ocho naciones de América Latina.

En 1992, el doctor Mateos se trasladó al Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía «Manuel Velasco Suárez» como profesor de neurocirugía; en 1996 fue nombrado editor de Archivos de Neurociencias, órgano oficial del Instituto, donde escribió casi todos los editoriales, muchos de ellos, verdaderos ensayos. En ambos puestos permaneció hasta su fallecimiento.

El doctor Humberto Mateos fue miembro de numerosas asociaciones y sociedades científicas. A la Academia Nacional de Medicina ingresó el 11 de mayo de 1965, donde fue miembro del Comité Editorial de Gaceta Médica de México, participó en el Comité de Certificación de Consejos, en el Departamento de Cirugía, del cual fue presidente en 1981, 1988 y 2002; en el Comité de Admisión; leyó cuatro *In Memoriam*; se le otorgó el Premio «Dr. Everardo Landa» de 1978 y, finalmente, se le eligió como académico honorario en 2009.

Asimismo fue miembro de la Academia Mexicana de Cirugía (académico emérito), de la Sociedad Mexicana de Cirugía Neurológica (socio honorario y presidente en el periodo 1965-1966), del Consejo Mexicano de Cirugía Neurológica (fundador en 1965, presidente en 1966 y consejero emérito) y de la Legión de Honor Mexicana. En cuanto a los organismos internacionales participó en la *New York Academy of Sciences*, la *American Association of Neurological Surgeons* y el *Congress of Neurological Surgeons*.

A lo largo de su fructífera vida académica, Humberto Mateos publicó 270 trabajos, entre capítulos de libros y artículos en revistas nacionales e internacionales, e impartió cerca de 300 conferencias en muy distintos foros.

En el ámbito internacional, el doctor Mateos fue delegado de México ante la *World Federation of Neurosurgical Societies* en Washington en 1961, en Copenhague en 1965 y en Nueva York en 1969. Fue vicepresidente ejecutivo del Décimo Congreso Internacional de Cirugía Neurológica de esa federación, celebrado en Acapulco en octubre de 1993.

A lo largo de su vida, el doctor Mateos Gómez recibió importantes honores y reconocimientos: la Medalla de Honor de la Federación Latinoamericana de Sociedades de Neurocirugía, Cartagena, Colombia, en 1994; invitado de honor del XVIII Congreso Mexicano de Cirugía Neurología, Mérida, Yucatán, en

2005; *Special Recognition* de la *American Association of Neurological Surgeons*, Chicago, en 2008; académico honorario de la Academia Nacional de Medicina en 2009; la Medalla de Honor de la *World Federation of Neurosurgical Societies*, durante el XIV Congreso Internacional de Cirugía Neurológica, Boston, en 2009.

Dentro de sus múltiples facetas, José Humberto incursionó en la política nacional: como diputado federal en la 49 Legislatura (1973-1976) mostró tener inteligencia para descubrir reflejos para prevenir, destreza para negociar y artificio para proceder, las cuatro virtudes de la política, según Baltazar Gracián.

Le sobreviven su esposa, la señora Elizabeth García, sus hermanos José Luis y Concepción, sus cuatro hijos: Humberto, Luis Carlos, Ana María y David; seis nietos: Alejandra, David, Daniela, Isabel, Andrés y Sara, así como la madre y abuela de los mismos, señora Lorna Wilson.

El legado del doctor José Humberto Mateos queda para siempre en los anales de la neurocirugía de México y de muchos países, muestra de ello fue su dedicación a la enseñanza de la misma y la simiente que inculcó en la mente de sus cientos de alumnos a lo largo de más de 50 años de magisterio.

La frase del general Douglas MacArthur: «*The soldiers never died, they just fade away*»es aplicable al doctor Mateos Gómez.

Fernando Rueda Franco

Joaquín A. de la Torre Guerra

«La muerte produce algo irreparable: el fin de un ser único, especial, induplicable e insustituible».

Joaquín de la Torre: Anticipación de un burgués a la muerte.

Introito

Un día tal como el 23 de enero del año en curso la muerte sorprende, de manera intempestiva —como él lo deseaba— a un hombre de quien no resulta fácil abocetar su semblanza, a pesar de haber convivido con él durante un lapso que engloba poco más de seis lustros. Recluido en el Hospital de Traumatología del Instituto Mexicano del Seguro Social por una fractura del cuello del fémur sufrida poco antes, en vísperas casi de abandonar su pretendida cárcel, una complicación embólica corta de cuajo su existencia todavía fértil. Nacido en la capital del país el 11 de noviembre de 1915, hijo del ingeniero Arturo de la Torre, chiapaneco de origen, y de Dolores Guerra, absorbe con fruición y desde temprana edad el conocimiento. Hombre de vasta cultura, si bien dedica sus más horas al estudio de la medicina —a la cual se inclina por indiscutible vocación—, nunca se aparta de múltiples ramas del saber, con el afán decidido y constante de ser mejor día a día, al estilo de José Ortega y Gasset. «Buscar incansablemente, hasta la saciedad, y hallarse en el encuentro de lo ignorado», como si desease abarcar la plenitud de la conjunción dual materia-espíritu del ser.

Pensador innato, desde estudiante destaca. Obtiene el título de Médico en la Universidad Nacional Autónoma de México el 11 de abril de 1940. De inmediato pretende mayores alturas, y en el concurso patrocinado en 1942 por la Sociedad Mexicana de Pediatría obtiene la beca sustentada por la Fundación Kellogg para estudios en el extranjero. Acude en posgrado a los Estados Unidos de Norteamérica, y para 1943-1945 registra su especialización en la rama médica destinada al estudio de los niños. Desde entonces multiplica su tiempo: regresa a nuestro país y sorprende en cuanto campo otea.

Médico especialista: pediatra

Una vez obtenida la experiencia necesaria en la atención de los enfermos menores, aplica la técnica médica y actúa eficientemente en el Hospital Infantil de México: desde médico externo recorre el largo camino que lo transforma en jefe de la Oficina de Ediciones Médicas del propio nosocomio, investigador y jefe del servicio de lactantes, jefe de los servicios de medicina, integrante del Comité Editorial del Boletín Médico de tal lugar y, en fin, subdirector del plantel hospitalario. Toda una vida dedicada a la pediatría, donde además plasma su esencia mediante la doctrina que imparte en la cátedra, porque manifiesta una atracción especial por la docencia. Tal es así, que desde ayudante de la Clínica de Pediatría en la UNAM a partir de 1940, mismo año de su recepción, avanza por los vericuetos de la enseñanza y cumple como instructor en pediatría en la Universidad de Cornell en 1944; luego, la Escuela de Graduados de la UNAM lo acoge, y en ella incuba actualizaciones, orientaciones, adiestramientos, y varios cursos monográficos sobre patología del recién nacido y del lactante.

En tanto acredita su caudal cognoscitivo, las agrupaciones mexicanas y extranjeras de la especialidad lo reciben con los brazos abiertos: la Asociación Nacional, la Academia Mexicana, la Sociedad Mexicana —todas de Pediatría le otorgan crédito; también así, la Asociación de Médicos del Hospital Infantil de México. Funge como miembro fundador de la Asociación de Investigación Pediátrica, y es *fellow* de la *American Academy of Pediatrics*. Además, pertenece a la *International Fellow Kellogg Foundation* y a la *Alumni Association of the Children's Hospital of Philadelphia*.

Dentro de tanta agrupación especializada, no puede dejar correr el tiempo sin recibir galardones honrosos. Aunque es enemigo de honores, cabe recalcar —junto a otras distinciones con

que se ve premiado— el recibimiento de un diploma de honor que la Sociedad Mexicana de Pediatría le otorga en 1960 por la labor más relevante en el terreno de su especialidad, y el premio Nestlé en este mismo año, conferido por la Asociación Nacional de Pediatría al mejor trabajo científico presentado en tales doce meses en el seno de la antes citada Sociedad.

En 1970 la Asociación de Médicos del Hospital Infantil de México le otorga, por sus merecimientos pediátricos, el galardón más importante dentro de la pediatría mexicana; la medalla «Federico Gómez».

En un momento dado, y sin que esta aseveración constituya una ofensa para quienes han practicado su medicina dentro del sector pediátrico, vale apuntar que tal vez fue el pediatra de ciencia mayor, de cultura más amplia, de rigor más alto. En su pediatría había siempre el dejo integral de la sapiencia aunado a un humanismo serio, sensato, cabal. Asesor inmejorable, quizá no puede concretar una acción dentro del engranaje de cierto órgano institucional, pero afianza, mide, atisba virtudes y defectos, lucubra y medita ante cualquier preocupación o problema para los cuales aporta soluciones manejables.

Académico

La Academia Nacional de Medicina lo conoce antes de su ingreso a ella, cuando en 1959 le hace entrega del Premio Carnot, merecido gracias a su trabajo El niño prematuro. El 10 de marzo de 1965 es propuesto para ocupar una de las vacantes existentes en la sección de pediatría. Ocupa el sitial en la ceremonia de recepción del miércoles 16 de junio inmediato, y el 1º de diciembre del mismo año da lectura a su trabajo de ingreso Efectos de la privación materna en el lactante enfermo hospitalizado, donde hace gala de fluidez en el lenguaje, erudición científica y un sentido socio-humano que mucho lo enaltece.

Para Joaquín de la Torre la medicina debe ser académica. Así la práctica: bajo un sesgo de conocimiento razonado, pesado en su más mínimo detalle, pero imbuido de una sensibilidad tan delicada, que por su misma delicadeza desaparece ante los ojos de los demás. En la lectura que le concede acceso efectivo a la máxima asociación médica de México, estudia con acuciosidad la ruptura de las relaciones madre-hijo que sitúan a este en condiciones de inferioridad, arrastrándolo, dentro del medio hostil o indiferente que lo entorna a variantes tácitas en su personalidad. Retracción, aislamiento, actitud pasiva y mucho más, por

el aparente simple hecho de la falta de contacto comunicante amoroso, de no haber sido —tan simple como sencillo al parecer— tomado en brazos por nadie. «Es esencial para el lactante», dice Bowlby al respecto, «una cariñosa, íntima y continua relación con la madre, en la cual ambos encuentren satisfacción y alegría'. La privación del afecto en los inicios de la vida tritura las fibras sensibles del pequeño y al parecer, muchos —sino es que todos— de nuestros hospitales despersonalizan al bebé. Solitario, desconcertado y ansioso, el niño se proyecta con incomodidad negativa.

Si bien hemos querido recordar los conceptos básicos del trabajo de ingreso a la Academia de quien hoy honramos, no sería conveniente olvidar —mínimo señalamiento de entre otras más—, las páginas que él nos legara en la GACETA MÉDICA DE MÉXICO, órgano oficial de nuestro organismo, bajo los rubros El desarrollo de la inteligencia, mayo de 1969; Sociedad y pediatría institucional, abril de 1972; y El escrito médico y la crisis en la comunicación científica, abril de 1976.

En el primero de los que considero tres ensayos, la idea central gira alrededor de la aplicación de la mente humana al conocimiento de sí misma y a la búsqueda del cómo y del por qué de su existencia, de tal suerte que el desarrollo intelectual es apreciado no sólo como materia abstracta, sino como realidad clínica, y la conclusión lacerante advierte que «el hombre requiere el discernimiento mejor de lo que es intelecto y mente, para intentar la ampliación de las dimensiones del existir y el logro de un nuevo humanismo».

El segundo de los ensayos, admitido como conferencia magistral, resulta amargo y crudo, pero verídico. En el marco donde él vive, el Hospital Infantil de México, va trazando el distanciamiento o la lejanía, a veces ausencia de comunicación que una sociedad mercantilista de las hoy llamadas de consumo crea entre el niño afectado y el grupo tratante. La influencia social, la comunidad, el hospital y el ejercicio pediátrico institucional son analizados con todo género de detalles. El divorcio entre la medicina y las ciencias sociales escuece. La tendencia organicista de la profesión, y el desinterés hacia la valoración íntegra del enfermo y de su ambiente, conducen sin remedio al desapego hacia las condiciones humanas y la conversión del pequeño en un paciente-objeto. Las implicaciones múltiples aterradoras enajenan al sopesar un desequilibrio intransigente entre la persecusión de valores humanísticos, la formación de la personalidad y la realidad.

Al abocarse a la tarea del último de los ensayos nombrados, nuestro hombre canaliza la crisis de la comunicación científica hacia los defectos de la información, abrumadora pero ignorada, capaz de abarrotar cientos de computadoras. «La computadora —dice él— ha mejorado la información; toca al hombre alcanzar la verdad». Producto del progreso del hombre, tal crisis adviene, paradójicamente para la especie humana, como un mal deseable.

Por supuesto, Joaquín de la Torre aborda innúmeras facetas de la compleja patología infantil. Baste mencionarlo, para afianzar en la mente de quienes no lo conocieron, la idea primordial acerca de su nítido academismo.

Artista del pensamiento y de la palabra

Un hombre que se precie de serlo no puede desconocer el arte. El lo conocía y lo practicaba. Gran lector, enamorado de los buenos libros, amaba el escribir. Aprendió a hacerlo. Con paciencia y fruición. Primero, hasta sentirse un relator de la medicina pediátrica nuestra. Después, hasta invadir las circunscripciones de la literatura en variados géneros. Porque lo mismo produjo varios textos técnicos dentro de la especialidad por sí practicada —los fundamentales: Enfermedades del recién nacido, Guía para el diagnóstico diferencial por la exploración física en pediatría y el más cotizado, en su sexta edición hoy en día, Pediatría accesible—, cuanto incursionó en el terreno del perfeccionamiento del lenguaje médico castizo con su aportación El escrito médico en lengua española. Su redacción y elaboración; o cultivó el cuento, la novela-ensayo, si así pudiera registrarse, su impresionante Anticipación de un burgués a la muerte, y la poesía en el florilegio miniatura que intituló Voces íntimas.

Muchos de sus colegas y hasta de sus compañeros de trabajo desconocen el esfuerzo literario realizado por él. Unas cuantas líneas bastarán para ilustrarlos. La Anticipación de un burgués a la muerte plasma la zozobra de los últimos meses del régimen del presidente Luis Echeverría, la «demagogia galopante» según la llamara por propia voz. Libro valiente, audaz, autobiográfico sin duda alguna, cortante, abierto a la verdad —a esa «su verdad» que no agradaba a tantos y que le causó enemistades o incomprensiones— y por ende a la crítica mordaz de quienes en sus redes se miran envueltos, termina por ser un análisis de nuestro medio corrupto, deleznable, angustioso y angustiante para las mayorías y más para la clase media, atrapada en-

tre los polos de la sociedad. Al consolidarse como testimonio de nuestro tiempo, de la vergüenza que debiera invadimos por no enfrentarnos a la realidad, traza una inconformidad rebelde, protesta contra la medición actual —injusta por demás— de los valores. Hedonista de cepa pura, Joaquín de la Torre convence aquí como observador de la crisis de hombres y circunstancias, como escéptico e inadaptable, como inquieto pensador que revuelve combinaciones infinitas y no alcanza a descifrar alguna. Si bien luce terco dentro de su pensamiento, estrecho quizá, trasluce el sentido de que sabe lo que quiere y cuanto quiere. Lacerante, no se sabe vencido dentro de su mundo interior, sino sustituido por la falsedad.

Díganlo si no sus expresiones: «la manipulación, el encajonamiento del hombre, restándole libertad... una propaganda de demolición, no de explicación, jamás de comprensión... continuaremos siendo masa silenciosa: nos movemos en una sociedad ambigua... tememos a la justicia, no por ella misma, sino por quienes la aplican... dada la naturaleza del hombre, no existe camino que respete su integridad espiritual... la transformación de un idealista en un cínico es exclusivamente factor del instinto de conservación». Corte difícil el de este libro, donde el resultado final vira hacia un molesto sinsabor, provocado por las miserias caóticas del ambiente que nos circunda.

Increíble. Junto a este vaciamiento de su desesperanza, y aunque en sus versos prive también la introspección, de deambular por su intrínseca soledad, aflora en ellos la luz, el toque suave y aterciopelado de la palabra amable, el cántico a la naturaleza. No en balde Alejandro Finisterre edita Voces íntimas. «Lanzar al infinito el Corazón dejando que vuelen las palabras...» : así comienza, «Hacerse oír por un instante / entre el estrépito inútil de los hombres», para más tarde, desesperado ante la incomprensión de quienes lo rodean, «gritar /hasta tener el corazón y los labios / secos, / y sólo oír, / como el eco de una roca que cae, / la voz que retumba / en las soledades del cerebro». Gran solitario debe haber sido. Feroz autocrítico. Aislado en su íntima esencia: «Solo, / sin saber qué buscaba. / Solo, / con el mundo ante mí. / Solo en las sombras, rodeado de luz». Y de pronto, la vida viva, aleteante, como bálsamo insustituible: «La ciudad y el río. / La nieve. La lluvia». Para al término, confundirse en un desgarro: «En las tinieblas de los corredores el eco repetía mis pasos. / Vidas cruzadas con la mía, por un momento, i que quise hacer eternidad».

Todavía más. En el rumbo médico, el trazo interrumpido de un libro pediátrico que el Hospital Infantil de México prepara, ahora bajo la dirección del doctor Enrique Dulanto, libro que tomará a su debido tiempo el título de Texto básico de pediatría, y en el rincón de casa —ojalá no olvidado— unos poemas sueltos, y diez a doce cuentos que ilusionaba reunir en un pequeño tomo. Lejos, una Misa escrita, al parecer perdida, entregada al violinista Manuel Enríquez, director actual del Centro Nacional «Carlos Chávez», para adecuarle música en bella partitura.

Hombre

Completar la imagen hasta aquí esbozada es adentrarse en ciertas intimidades de su existir. Hemos hablado ya de su misticismo —su decidida religiosidad— y de su soledad, su *yo* introspectivo. Pero no hemos señalado que, no obstante ser un hombre siempre dispuesto a escuchar, en su angustia o en su amargura traslucía un dejo de rareza, de desajuste en sus interrelaciones humanas —«hombre difícil», lo llamaría yo en una expresión más sencilla— aunque tal dejo no le impidiese denotar su nobleza de alma. Costra dura, corazón amable. Profundo y retraído, a veces impulsivo, de él muchos se expresaron con injusticia: creo que había que tratarlo más a fondo para apreciarlo. Fue, por ello, amigo de pocos, más en el trabajo encontró la fuga amena, el consuelo reverendo: puntual, empeñoso, exacto en su labor, volcó su vida en productiva faena.

Jugaba al ajedrez «tal vez para no hablar en tanto cavilaba en su mundo». Melómano empedernido, lo era más de la música de cámara, sobria y áspera, intrincada podríamos llamarla quizá desde un punto de vista profesional. En sus horas álgidas compenetrábase de las variaciones melódicas expresadas por el violoncelo de Casals. Era, también, viajero itinerante, amén de gastrónomo excelente. Y un gran enamorado de las flores de su jardín. Seguramente en la naturaleza y en el arte hallaba para sí dos estímulos insuperables.

En su sentir humanista, a pesar de portar etiqueta de individualidad la más extrema —esa élite burguesa de la cual nunca quiso claudicar—, concibió la injusticia social: atormentado por la pobreza de los niños, dolíase de su incapacidad y la del medio crítico en que vivirnos para poderla remediar.

Más quisiera decir para no omitir algo trascendente. Pero, «es el final del día / y estoy tan cansado / que me duele todo el cuerpo / y sólo aspiro a la tregua del sueño». Lo dijo él: «Es-

cribir —y escribir en este caso para mostrar los resquicios de un amigo— es asomarse a un espejo que sólo deja vislumbrar algunos rasgos. Es adelantarse, otear, alzándose en la punta de los pies, dirigiendo la mirada hacia donde cielo y tierra se unen. Volver la vista atrás para saber si no se nos dio ya la palabra secreta, clave que no supimos descifrar». Porque, «escribir para asir nuestra verdad, es como tratar de aprisionar el viento cerrando el puño».

Luis Torregrosa

Jorge Ceballos Labat

Hablar del Dr. Jorge Ceballos Labat es recordar una etapa de esfuerzo y entusiasmo en pro de la enseñanza de la radiología mexicana, a nivel de posgrado, en un lapso en que todavía dentro de esta especialidad no había muchas oportunidades para que las personas interesadas asistieran a cursos dictados por profesores de reconocida categoría profesional. En el periodo de veinte años en que el Dr. Ceballos Labat estuvo al frente del Departamento de Radiología del Hospital General de la ciudad de México de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, se preocupó en forma destacada no solamente por mejorar la calidad y atención de su Servicio, sino por organizar varios programas de enseñanza en la rama de radiodiagnóstico en los que incluyó a especialistas extranjeros, con objeto de que expusieran su experiencia y conocimientos en beneficio de los médicos asistentes.

Dotado de un temperamento inestable no era una personalidad fácilmente accesible desde el punto de vista social, lo que a veces provocó situaciones desagradables que hicieron fuera juzgado erróneamente en el medio profesional en que actuaba; sin embargo ello nunca fue obstáculo, ni motivo, para que su capacidad como radiólogo de alta calidad fuera menospreciada o puesta en duda. Desde joven y antes de adquirir su relevante y justo prestigio de médico, el estudiante Jorge Ceballos destacó en deportes violentos, en los que sin género de duda proyectaba su actividad psicomotora inestable y así fue conocido como

«pelotari» en el Frontón México; también le agradaba el box, en el que intervino solamente como aficionado y por si no fuera suficiente, en ocasiones se enfrentó a toros de lidia, en corridas informales.

El Dr. Jorge Ceballos Labat nació en la ciudad de México el 7 de junio de 1917, haciendo sus estudios primarios en el Colegio Francés, de los hermanos maristas, ubicado en la calle de Puente de Alvarado; la secundaria y preparatoria las cursó en la Escuela Vocacional Núm. 4 para pasar posteriormente a la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México de 1936 a 1942. Obtuvo el título de Médico Cirujano el 18 de abril de 1942; su Tesis versó sobre Informe general de la Exploración Sanitaria del Municipio del Dr. Coss, en el Estado de Nuevo León.

Después de obtener el título profesional, ejerció como médico general hasta noviembre de 1944, fecha en que ingresó al Instituto Nacional de Cardiología, bajo las órdenes del destacado especialista Dr. Ñamo Dorbecker Casasus. En este nosocomio trabajó hasta el mes de marzo de 1951. Durante este periodo asistió en el mes de octubre de 1945 al Primer Curso de Radiología Pediátrica que impartió el Hospital Infantil de México y que fue el primer curso de esta especialidad dictado en todo el mundo.

El año 1951 abre al Dr. Ceballos un nuevo panorama ya que en el mes de septiembre, obtiene una beca para ir a estudiar en Galveston, en la Universidad de Texas, un programa de entrenamiento en radiología. El 12 de diciembre de 1953 presenta el examen para obtener el reconocimiento de radiólogo de la *American Board of Radiology*. De inmediato pasa a *Assistanc Professor* de Radiología de la Escuela de Medicina de la Universidad de Texas, nominación que desempeña durante cuatro años, de 1953 a 1957.

Al regresar a México es nombrado profesor de medio tiempo de radiología de la Escuela Nacional de Medicina de la UNAM designación que se modifica en 1964 al elevarlo a profesor titular. En enero de 1958 gana por oposición la plaza de jefe de departamento de radiología, del Hospital General de la ciudad de México, puesto que ocupara por espacio de 20 años, hasta 1978, en que por motivos de salud solicita su retiro para entregarse al ejercicio profesional privado. Como reconocimiento a su labor, se le confiere el puesto de consultor honorario del Servicio de Radiología del Hospital.

Hay que hacer notar que esta actividad magisterial de Ceballos Labat no se confina a las aulas universitarias, sino que se proyecta también en cursos breves, en congresos y jornadas, en que se solicita su participación y es también brillante su presencia en diversas conferencias en otras instituciones y centros médicos.

Como aprecio y valoración a esta labor constante y extensa en pro del radiodiagnóstico, en octubre de 1970 recibe una carta de la *American College of Radiology*, en que se le comunica que el *Board of Chancellors of the American College of Radiology* ha determinado seleccionarlo como *Honorary Fellow of the College* en virtud de sus méritos; esta distinción de acuerdo con el contenido de la misma misiva se otorga solamente a personas que se han hecho notables, en forma preeminente, por su contribución a la ciencia, práctica o difusión de la radiología. El grado se le confiere oficialmente en 1971. Este galardón es un honor para la radiología mexicana: para la fecha en que el Dr. Ceballos Labat es elegido para recibirla, en México únicamente el Dr. Dorbecker y el Dr. Riebeling de Guadalajara habían sido seleccionados y en esa fecha no más de 40 personas en el resto del mundo ostentaban tal merecimiento.

En lo referente a la producción científica, Ceballos Labat cuenta con numerosos trabajos publicados, entre los que destacan particularmente los de aportación a problemas relacionados con el sistema cardiovascular; otros se refieren a estudios relacionados con niños, obstetricia, cáncer, etc. En el año de 1958 imprime un libro acerca de Procedimientos Radiológicos y más tarde en 1966 un folleto titulado Manual de Roentgen diagnóstico Cardiovascular.

Sus actividades como comisionado a congresos y reuniones científicas destacan en 1956 con su asistencia al Décimo Congreso Internacional de Radiología, verificado en la ciudad de México; en 1958 al Primer Congreso de Medicina y Cirugía de la Universidad de Puebla, y con otros eventos en 1959 y 1960, incluyendo el de Munich en Alemania.

Su entusiasmo, capacidad y prestigio lo integran a la Sociedad Mexicana de Radiología, al Colegio Interamericano de Radiología, a la Sociedad de Radiología de Norteamérica, al Colegio Americano de Cardiología, al Colegio Americano de Radiología, a la Asociación de Radiólogos de Centro América y Panamá y a la Sociedad Médica del Hospital General de México, Ingresa a la Academia Mexicana de Cirugía en 1962 y a la Academia Nacional de Medicina en marzo de 1966.

El 23 de julio de 1983 el Dr. Jorge Ceballos Labat fallece intempestivamente a causa de un infarto del miocardio. La radiología mexicana pierde un destacado elemento, de notable trayectoria especialmente en el terreno de la enseñanza; sus amigos, compañeros y sus numerosos alumnos, no le olvidaremos.

Eugenio Toussaint Aragón

Rafael Álvarez Alva

Si dijera que no me conmuevo por el recuerdo de Escipión, sin duda mentiría, exclamó Cicerón a la muerte de su amigo, según nos dice con su obra clásica Sobre la amistad.

Y esta noche, en este recinto, tomo la idea y me atrevo a manifestar mi gran tristeza al recordar el viaje sin retorno de un distinguido académico, Rafael Álvarez Alva, quien por más de medio siglo me enriqueció con su amistad.

Estamos en un acto que penosa y periódicamente repite la Academia, con el que muestra su nobleza no por la cortesía al orador sino por honrar la memoria de dignos miembros que albergara a lo largo de los años. Sitúo mis reflexiones entre dos hechos varias décadas atrás:

- En 1952, siendo yo subdirector del Hospital Infantil de México, el doctor Álvarez Alva me visitó en compañía del doctor Ignacio Ávila Cisneros para proponerme la presidencia de la Sociedad Mexicana de Pediatría, que ocupé durante dos años.
- En 1977 coincidimos para colaborar en la Dirección General de los Servicios Médicos de la Universidad Nacional Autónoma de México, hasta 1985.

Durante el intervalo 1952-1977, Rafael había desarrollado una intensa actividad personal e institucional:

- En la Secretaría de Salubridad y Asistencia fue director de un centro de asistencia materno infantil y luego titu-

lar de la propia Dirección General de Higiene y Asistencia Materno-Infantil.
- En la Escuela de Salud Pública obtuvo su maestría y desempeño ademas el puesto de profesor en varios cursos.
- En el Instituto Mexicano del Seguro Social laboró en las Unidades de Medicina Familiares 3 y 4; fue jefe de la oficina de Prevención de Enfermedades y asesor del Centro Internacional de Seguridad Social.
- En la Organización Mundial de la Salud fue consultor, comisionado en Lisboa para organizar un servicio de atención materno-infantil de una fundación privada.

Todo ello atento siempre a su amplia consulta particular. Vale la pena señalar que no se escapó, pero salió avante de un serio proceso cardiaco sufrido como consecuencia del intenso trabajo.

Por otro lado, al año de mi ingreso a la Academia, el doctor Álvarez Alva hizo el suyo en 1965, para lo cual presentó los resultados sobre detección de cáncer cervicouterino de un proyecto que por años había desarrollado como jefe del Departamento de Prevención de Enfermedades en el Instituto Mexicano del Seguro Social.

En abril de 1977 recibió el Premio al Mérito en Salud Pública «Dr. Gerardo Varela», de manos del presidente Ernesto Zedillo, y varios meses después fue nombrado asesor del Consejo Nacional de Vacunación.

Una vez jubilado escribió cinco libros:
- Salud pública y medicina preventiva.
- Educación para la salud, dedicado especialmente a las enfermeras.
- La enfermera y la trabajadora social en la salud pública.
- Memorias de mi vida profesional.
- Con Carmelucha en mi corazón, un conmovedor relato de amor dedicado a su esposa fallecida.

Rafael Álvarez Alva soñó y actuó. En vida, dos virtudes, su modestia y su discreción, ocultaron su grandeza. Sin embargo, al final sus obras fueron más grandes que sus sueños. Y la grandeza prevaleció.

Lázaro Benavides Vázquez

Javier Soberón Acevedo

De familia de médicos, nació en Iguala, Gro. el 27 de junio de 1930. Su padre, Don Galo Soberón y Parra (1896-1956), médico, bacteriólogo, investigador, distinguido maestro universitario y funcionario de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, fue también miembro de la Academia Nacional de Medicina y autor del libro «Nociones de Parasitología Médica y Patología Tropical», que fue texto de la materia en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) por muchos años. Su madre fue Doña Carmen Acevedo de Soberón. Fueron cinco hermanos, tres hombres y dos mujeres, Estela y Mireya. Los tres hombres serían médicos distinguidos: Jorge (1922-1980), cardiólogo, político, diputado y senador; Guillermo (1925), bioquímico, investigador, rector de la UNAM y secretario de Salud, y Javier (1930-2009), ginecoobstetra, cirujano y empresario.

Javier realizó sus estudios iniciales en la Escuela Alberto Correa (1937-1942) y después ingresó en la Escuela Nacional Preparatoria de 1942 a 1947; decidió seguir los pasos de su padre y de sus hermanos, inscribiéndose en la Escuela Nacional de Medicina en 1948, en la que destacó como estudiante por su desempeño académico. Ganó el diploma por altas calificaciones en 1948 y el Premio Extraordinario de Aprovechamiento Justo Sierra en 1949. Presentó su examen profesional el 1 de diciembre de 1953, obteniendo mención honorífica; su tesis recepcional llevó el título de «Vaginotomía media en obstetricia», que

marcaría el inicio de múltiples publicaciones científicas en prestigiadas revistas de la especialidad a lo largo de su productiva vida científica.

Javier siempre fue un hombre discreto, trabajador, buen cirujano, con éxito profesional en el ejercicio privado de la especialidad y destacado en el ámbito institucional. Recién graduado, colaboró con el Dr. Alcibíades Marván, con quien cimentó una clientela distinguida y fiel. De 1958 a 1978 realizó cursos de especialidad a nivel de posgrado en diversas áreas, titulándose como doctor en Ciencias Médicas en Ginecología y Obstetricia el 14 de septiembre de 1974.

Fue especialista certificado por el Consejo Mexicano de Ginecología y Obstetricia. Se inició como instructor del Curso Piloto de Gineco-Obstetricia en el Hospital Juárez y fue profesor de la Facultad de Medicina a nivel de pre y posgrado, desde 1958, en el Hospital de Gineco-Obstetricia N° 1 del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS).

Ingresó en la Academia Nacional de Medicina en 1966 y fue miembro titular desde 1981. Fue miembro de la Asociación Mexicana de Ginecología y Obstetricia desde 1954, de la que fue presidente de 1975 a 1976. Fue profesor de múltiples Cursos de Educación Continua y Actualización desde 1960, así como profesor adjunto del Curso de Grado Académico (maestría en Obstetricia) del Hospital de Gineco-Obstetricia N.° 1 del IMSS y de la División del Doctorado de la Facultad de Medicina, División de Estudios Superiores, UNAM desde 1965.

Logró ser practicante interno del Hospital de la Cruz Roja Mexicana y, por oposición, fue jefe de guardia en 1952-1953. Trabajó como médico interno del Hospital Francés de México de 1951 a 1953, como ginecólogo del Servicio de Ginecología y Obstetricia del propio Hospital Francés de México de 1955 a 1958 y como médico ginecólogo del Hospital Central de Comunicaciones. Fue médico ginecoobstetra del Hospital de Gineco-Obstetricia N° 1 del IMSS, en 1960, y fue nombrado jefe de servicio de la misma institución en 1964, cargo que ejerció durante más de 15 años.

Se retiró de la responsabilidad institucional sólo para enfrentar la responsabilidad de fundar y echar a andar el Hospital de México, institución privada concebida por un grupo entusiasta de médicos especialistas cuya dedicación principal fue la salud de la madre y el hijo. Este grupo de médicos estaba encabezado por el Dr. Luis Castelazo Ayala, su amigo, compañero y socio de

consultorio. Fue director y presidente del Consejo de Administración del propio Hospital de México hasta su conclusión; este nosocomio fue ejemplo de modernidad y excelencia en la vida hospitalaria de carácter privado.

Perteneció a ocho sociedades científicas nacionales y siete asociaciones de la especialidad a nivel internacional. Participó como coautor y autor de diversos capítulos de libros de la especialidad. En su faceta de profesional médico y cirujano fue brillante y como administrador y empresario, exitoso.

Javier Soberón fue un buen amigo, no tuvo envidias ni resentimientos, dio oportunidad de desarrollo a quienes se lo solicitaban, fue un factor de equilibrio y concordia. Conocí a Javier cuando yo era residente del Hospital de Gineco-Obstetricia N.° 1 del IMSS. Me dio la oportunidad de presentar mi primera comunicación en un congreso de ginecología y obstetricia. Así mismo, me dio la oportunidad de ser cirujano en el área ginecológica y responsable del trabajo quirúrgico en su servicio. Me permitió participar en el trabajo pionero de introducción del ultrasonido en ginecología y obstetricia, en México, recién aparecido en el mundo, que constituyó una publicación de vanguardia de la medicina en ese entonces, recogida en la Gaceta Médica de México. Me invitó a participar en el diseño curricular inicial de la formación de la carrera de Investigación Biomédica Básica, que años más tarde se consolidaría merced a la iniciativa y esfuerzos de don Guillermo Soberón, construyendo un camino de vanguardia en la biomedicina.

El Dr. Javier Soberón falleció el 5 de noviembre de 2009; fue un buen hombre, padre preocupado por sus hijos, amigo de sus amigos, profesional cuidadoso, tuvo una vida de éxito en su área. Dejó huella a su paso por esta Academia.

Roberto Uribe Elías

Luis Sentíes Gutiérrez

Los ginecólogos que pertenecemos a la Academia Nacional de Medicina, lo mismo que la mayor parte de los ginecólogos de México, lamentamos profundamente la muerte inesperada y repentina del Dr. Luis Sentíes Gutiérrez.

Por esto cuando recibí el llamado del Dr. Juan Somolinos, Presidente de nuestra Corporación, para pronunciar unas palabras en su memoria, acepté de buen grado debido a la estimación y respeto que siempre sentí por este amigo recientemente desaparecido. Sin embargo, casi inmediatamente después de la llamada pensé que sin temor a equivocarme muchos académicos, no sólo el grupo de los ginecólogos, podrían contarnos bastantes cosas del Dr. Sentíes, porque lo conocieron de muchos años atrás, o quizá porque convivieron con él durante los últimos años o los últimos meses de su vida, más de lo que yo tuve oportunidad de hacer.

Pero por otro lado, consideré una elevada distinción que se me invitara a participar en este homenaje. Originalmente pensé que se trataba de una tarea fácil, aunque casi al mismo tiempo la encontré complicada y difícil, ya que no podía pensarse en Luis Sentíes más que como en un caballero de gran honradez intelectual y enorme calidad afectiva, que supo ser amigo de tantos de nosotros al grado de que sería suficiente relatar alguna experiencia personal con él para que muchos de los que me escuchan recordaran las experiencias propias, en que resaltaba el afecto y fresca naturalidad que Luis ponía en sus relaciones humanas.

Por otra parte, me resulta difícil hablar de Luis Sentíes con

suficiente conocimiento o autoridad, porque realmente sabía poco de él.

Me enteré por su currículum que estudió en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México y obtuvo su título de Médico Cirujano el 21 de julio de 1950, que efectuó una residencia de Medicina General en el Hospital Francés de esta ciudad de México, que fue Médico Interno de la Maternidad Uno del Instituto Mexicano del Seguro Social. Que posteriormente realizó cursos de posgrado en la Escuela de Graduados de la Facultad de Medicina de la UNAM, y en el Servicio de Fisiología Obstétrica de la Universidad de Montevideo, en la República de Uruguay; que fue profesor de Clínica de Gineco obstetricia de pregrado y profesor de postgraduados en la misma especialidad; es decir, ejerció la docencia durante 30 años de su vida profesional; que se desempeñó como ginecólogo en el Hospital Central de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, en el Hospital Escandón; en la Antigua Maternidad Uno del IMSS. Yo sabía además, que fue fundador y Jefe del Servicio de Fisiología Obstétrica en el Hospital de Gineco-Obstetricia No. 1; después se responsabilizó de la Clínica de Isoinmunización Materno Fetal en el mismo hospital y posteriormente lo hizo en el actual hospital «Dr. Luis Castelazo Ayala» del propio Instituto Mexicano del Seguro Social. Llegada su jubilación en esa Institución, se incorporó al Instituto Nacional de Perinatología donde también tuvo a su cargo la clínica de Isoinmunización hasta que, por decisión propia, se retiró en el mes de mayo del presente año.

Sabía yo que pertenecía a diversas sociedades médicas nacionales y extranjeras y que, alcanzando una meta de gran significado para nosotros los médicos de nuestro país ingresó a esta Academia Nacional de Medicina el 4 de octubre de 1967.

Otra cosa que sabía de Luis Sentiés es que fue pionero y experto en el manejo de los diversos problemas de la contractilidad uterina, con especial énfasis en el tratamiento del embarazo molar y en los casos de huevo muerto y retenido; que fue indudablemente el primero en realizar en nuestro medio transfusiones fetales intrauterinas en casos de enfermedad hemolítica grave por incompatibilidad sanguínea; estudió a fondo este problema y se ocupó de los recursos y elementos de diagnóstico y de tratamiento desde la etapa de las amniografías, a las primeras amniocentesis y transfusiones fetales, y las exanguíno transfusiones hasta llegar al uso de la globulina hiperinmune,

en que sus estudios también fueron pioneros Luis formó a su lado especialistas que después reprodujeron sus enseñanzas en diferentes partes de la República. Sabía yo que dirigió las tesis recepcionales de varios gineco-obstetras de prestigio reconocido en la actualidad. Fue conferencista brillante y participante distinguido en Congresos Nacionales e Internacionales, eventos en los que pudimos constatar tanto su profundidad de conocimientos, como su claridad de expresión.

No afecto a las frivolidades y enemigo de lo superfluo, hablaba cuando tenía algo que decir y opinaba cuando consideraba que tendría algo que aportar.

Es indudable que los últimos 40 años de nuestra existencia se han caracterizado por cambios dramáticos en lo técnico y en lo social; la medicina puede lograr ahora lo que nos parecía imposible en el pasado, de tal manera que muchos fetos que hubieran muerto ahora sobreviven para llegar a ser niños, y muchos niños que hubieran vivido con impedimentos serios ahora se desarrollan con buena salud: en este panorama Luis contribuyó con su granito de arena en el progreso de la gineco-obstetricia de México.

Por eso resulta significativo que esta noche se le recuerde en la Academia Nacional de Medicina, que pensemos que en su vida hubo valores y ejemplos que quisiéramos conservar, que a pesar de no haber sido un hombre con poder público, le rendimos homenaje y lo hacemos por dos razones: una, por su desempeño como académico y como gineco-obstetra; y la otra, porque apreciamos su calidad humana y fuimos honrados con su amistad.

Estoy seguro de que a sus amigos nos conquistó desde los primeros encuentros, desde las primeras conversaciones que tuvimos con él, por su afabilidad, su sonrisa suave y su naturalidad; siempre lo vimos actuar con naturalidad. La naturalidad de Luis Sentíes reflejaba sencillez y al mismo tiempo firmeza de carácter. En algunas circunstancias pudimos comprobar su sensibilidad para apreciar la calidad real de los hombres y su generosidad para no juzgar sus flaquezas y debilidades; su espíritu conciliador le permitió suavizar en más de una ocasión, esas discrepancias a las que somos dados los médicos.

¿Qué más sabía yo de Luis? Formó parte del grupo de entusiastas que con interés de encontrar reconocimiento para la gineco-obstetricia mexicana, se integró al Colegio Americano de Obstetras y Ginecólogos mediante lo que fue un verdadero juicio académico celebrado durante un evento especial en la ciu-

dad de Chicago con la presentación de trabajos científicos y que para nuestra fortuna terminó en Florida, naturalmente con un escenario menos tenso y mucho más agradable; cabe mencionar que de este intento derivó la creación del Consejo Mexicano de Ginecología y Obstetricia, la Organización de la Primera Junta de Gobierno y la realidad actual de que especialistas centroamericanos puedan examinarse en México para ser aceptados en el Colegio Americano de Obstetras y Ginecólogos.

Luis fue compañero no sólo en acciones profesionales, sino en actividades que trascendían el contacto ocasional, así tejió una red sólida de amistades; fue no sólo compañero para acompañar, sino para compartir.

Una cosa más que yo sabía es que junto con Rosario Cortina formó una hermosa familia de cinco hijos: Luis que es ya gineco-obstetra, Susana, Cecilia, Guadalupe, Pablo, y dos nietos, familia que ya no tiene al portador material, pero cuenta con los valores que él supo sostener y trasmitir a su alrededor.

Para finalizar, pienso que tal vez no era tan poco lo que yo sabía de Luis Sentíes y me pregunto: ¿Cuánto hay que saber de una persona para apreciarla y respetarla, si nuestras vivencias nos parecen insuficientes en términos cuantitativos? ¿Cómo se miden las experiencias que nos dejan siempre un sabor amable? y también pregunto ¿Cómo se valora de manera objetiva una vida responsable y fructífera.

Juan Rodríguez Argüelles

Joaquín Cravioto

Presidente de la Academia Nacional de Medicina, distinguidos miembros de la mesa directiva, familiares y amigos del doctor Joaquín Cravioto, señores académicos.

Dice Octavio Paz que la muerte es intransferible, como la vida; y agrega: «si no morímos como vivimos, es porque realmente no fue nuestra la vida que vivimos». Cuán cierta es la esencia de esta reflexión, cuando se aplica a la vida pletórica de inquietudes científicas de mi maestro Joaquín Cravioto, sólo la muerte logró interrumpir su pasión por la investigación y sólo ella pudo truncar su innata devoción por la docencia, su vida fue, de principio a fin, eternamente dedicada a la investigación. Doy testimonio de 40 años de infatigable actividad creativa, en ellos cosechó sus mejores frutos, legó a la ciencia los conocimientos originales y contagió su pasión por la investigación a quienes tuvimos la oportunidad de compartir y de materializar parte de sus sueños.

Solía relatar que sus primeras motivaciones por la investigación habían surgido en la cátedra de fisiología del doctor José Joaquín izquierdo y su inclinación por la nutrición en las lecciones del doctor Leonel Fierro del Río, ambos profesores de la Escuela Médico Militar. Sus brillantes estudios culminaron al obtener el título en 1945 para luego ser asignado al Tercer Batallón de Infantería, con sede en Monterrey. A su regreso a esta capital había decidido continuar por el sendero de la investigación.

En 1947 se graduó en Ciencias Sanitarias. En esa época el doctor Federico Gómez, luchaba por cimentar el prestigio cien-

tífico del Hospital Infantil de México en los jóvenes que mostraban talento y disposición para la investigación. Era difícil de desdeñar tal oportunidad, por lo que en 1948, el doctor Cravioto se incorporó a esta institución, convencido de haber seleccionado el camino que lo conduciría a la meta que anhelaba.

Entre 1950 y 1955, estudió pediatría en Chicago, radioquímica e isótopos radiactivos en Nueva York y bioquímica en Gotemburgo, Suecia. Al reincorporarse al Hospital había logrado una amplia visión de los problemas de salud; como epidemiólogo, contemplaba el crecimiento y el desarrollo de los niños como fenómenos en los que la alimentación adecuada y la salud son condiciones indispensables. Lo conocí en 1956 todavía le recuerdo sentado frente a su escritorio; a un lado, suspendidos en la pared, una fotografía del doctor Poncher, su tutor en Pediatría en Chicago, y en un pequeño cuadro un fragmento del poema de Walt Whitman «Canto a mí mismo», que dice: Esos son los pensamientos de los hombres [...] no son míos solamente, si no son tuyos también, no son nada o casi nada; si no son al mismo tiempo enigma y llave que abre todos los misterios, no son nada. Caminando a su lado descubrí tiempo después, que tenía por costumbre colectar aforismos en los que proyectaba sus sentimientos y creencias más íntimas; lo supe, al convivir largas jornadas de amistosa conversación sobre temas, que enriquecía con sus vivencias lo que permitía adivinar su pensamiento. Desafortunadamente la brevedad de esta semblanza no permite hablar del hombre, sino de sus obras.

Reitero que su vida fue congruente de principio a fin. En su adolescencia y juventud su dedicación por el estudio le fue secularmente recompensada con premios y distinciones. Ya como médico, sus contribuciones científicas fueron reconocidas con preseas y reconocimientos que le otorgaron universidades, academias, sociedades médicas, agrupaciones científicas, organismos oficiales y el Gobierno de la República. Destacan entre estas distinciones: los doctorados *Honoris causa* de la Universidad de Gotemburgo, en Suecia, y de la Universidad de Tufts, en Massachusetts; el Premio Nacional de Ciencias, conferido por la Academia de Investigación Científica de México; los premios nacionales, uno en Ciencias y el otro en Administración, otorgados por la Presidencia de la República; el premio «Reina Sofía de España»; el premio «Rank» de Nutrición, de la Gran Bretaña; el premio «Dr. Francisco Javier Balmis», de la Academia Nacional de Medicina y los premios «Dr. Gerardo Varela y Dr. Eduardo Liceaga», de la Secretaría de Salud. Recibió también la medalla «Purkinje», de la Academia de Ciencias

de Checoslovaquia; la medalla de oro, de la Sociedad de Pediatría del Japón; la medalla «Gopalan», de la Sociedad de Nutrición de la India, y la medalla «Federico Gómez», de la Asociación de Médicos del Hospital Infantil de México, y la Condecoración por Servicios Distinguidos, del Ejército y la Fuerza Aérea Mexicana. Era miembro de honor de la Academia Nacional de Medicina, e Investigador Nacional Emérito, del Sistema Nacional de Investigadores.

No es posible hablar de todas las contribuciones por las que se hizo merecedor de tantas distinciones, solo dedicaré los últimos segundos de esta semblanza para referirme a lo mejor de sus esfuerzos: probar el efecto de la desnutrición sobre el desarrollo mental. Sus primeros trabajos le permitieron aclarar que la involución bioquímica y somática del niño desnutrido se asocia a un retraso en el desarrollo mental. Para identificar los factores que primariamente afecta los mecanismos del desarrollo cognoscitivo, realizó investigaciones con un diseño filogenético basado en mediciones longitudinales, tanto del desarrollo neurointegrativo como del crecimiento somático de los niños. Complementó su estudio con un modelo ecológico mediante el cual obtuvo, también longitudinalmente, las variables del entorno familiar y la manera en que los niños son estimulados; la información acerca de la alimentación que recibieron, la evaluación periódica de su estado nutricio y el registro de sus enfermedades, fue vista con particular interés.

Los resultados de las mediciones del desarrollo neurointegrativo, en especial las que conciernen al desarrollo intersensorial, mostraron ser moduladas por el efecto de los factores del ambiente familiar; la estimulación del niño y la interacción sujetos-niño-ambiente, el estado socioeconómico de la familia, la edad y la condición nutricia de los niños, fueron las variables que encontró asociadas a las respuestas intersensoriales. El estudio mostró también, que cuando se modifica el potencial del crecimiento corporal por efecto del ambiente, existen divergencias en el desarrollo intersensorial de los niños. Una de las publicaciones de este estudio fue ampliamente citado en el mundo científico por lo que la publicación periódica Current Contení la clasificó en 1979 como Citación clásica (*Citation classic*).

Para concluir, cabe parafrasear en tiempo pasado, como epitafio que resume las convicciones que tuvo en su vida, uno de sus aforismos predilectos: En vida creyó, «en las manos que trabajan, los cerebros que piensan y en los corazones que aman».

Leopoldo Vega Franco

Jorge Soni Cassani

Señor presidente de la Academia Nacional de Medicina, miembros de la mesa de honor de la academina nacional de Medicina, familia Soni, Académicos, Señoras y señores:

Agradezco a la directiva de la Academia el haberme designado para participar en el *In Memoriam* del distinguido académico Dr. Jorge Soní Cassani que fuera Director del Instituto Nacional de Cardiología Ignacio Chávez.

El Dr. Jorge Soni nació en la Ciudad de México el 03 de marzo de 1925. Hijo de Don Mariano Soni y Doña Carmen Cassani, cursó sus estudios de educación primaria y secundaria en el Colegio Americano, Preparatoria en el Colegio Francés de la Ciudad de México y la carrera de Médico Cirujano en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, graduado en 1949.

Realizó estudios de posgrado de 1953 a 1960 en el Instituto de Ciencias Nucleares del Laboratorio de Radiación de la Universidad de California Berkeley y de 1953 a 1954 en el Departamento de Fisiología de la Universidad de Pennsylvania.

Contrajo nupcias con Aliñe Misrachi Arouesty con quien procreó tres hijos: Jorge, Ana y Gina.

En su actividad docente se destaca que fue:

Profesor en Pre y Posgrado de Cardiología del Instituto Nacional de Cardiología.

Perteneció a las importantes Sociedades Cardiológicas Nacionales y Extranjeras, entre ellas la Sociedad Mexicana de

Cardiología donde ocupó el cargo de Presidente. La *American Physiological Society, American College of Chest Physician.* Fue secretario ejecutivo de la Sociedad Interamericana y de la Sociedad Mundial de Cardiología.

Ingresó a la Academia Nacional de Medicina el 25 de septiembre de 1968 con el trabajo «El Cine en las Cardiopatías».

Hombre de gran visión que se responsabilizó al lado del Maestro Ignacio Chávez del cambio del antiguo Instituto de Cardiología, a las nuevas instalaciones en el sur de la ciudad de México.

En su destacada actividad institucional en el Instituto de Cardiología ocupó las jefaturas de:

Hemodinámica y Pruebas Respiratorias de 1965 a 1973.

De la División de Asistencia de 1974 a 1975.

De la Dirección de Planeación y finalmente la Dirección General de 1979 a 1989.

En su desempeño como profesional de la Cardiología en el área de Hemodinámica, desarrolló novedosas técnicas de cateterismo cardiaco, que fueron un factor determinante en el Desarrollo de la Cardiología Moderna la cual dio pauta al desarrollo de la actual Cardiología Intervencionista.

El Dr. Jorge Soni se forjó así un destacado prestigio internacional, también debe enfatizarse que bajo su dirección se formaron numerosos cardiólogos intervencionistas entre ellos el suscrito.

Falleció el día 15 de agosto de 2011, deja para siempre su legado científico. Muchas gracias.

Marco A. Martínez Ríos

Antonio Estandía Cano

Hablar ante los miembros de esta honorable corporación del amigo y compañero que nos precedió en la jornada sin torno, lleva en conjunto tantos aspectos de su vida que el equilibrio de la síntesis es obligado.

El doctor Antonio Estandía vivió en la medicina y para la medicina, vivió en la familia y en la amistad. Estas fueron sus pasiones originales y naturales y nunca manipuló el encuentro con ellas. El nacimiento natural de sus cualidades fue el producto de la sencillez y de la eugenesia y esas cualidades se desarrollaron en la serenidad del hombre sencillo, recto, con la madurez precoz que lo caracterizó, con aspiraciones superiores, poco mundanas, pero de franca humanidad.

El Antonio médico y maestro que conocimos bebió para su formación en cálices diversos reservados para espíritus de sabia quietud; supo de las aulas en Ramales y Santander, Orduña y Vizcaya, tierra de sus mayores, y en México, en la tierra que lo vio nacer; Veracruz, donde el mar y la arena se calcinan y también en esta insigne ciudad que lo formó y amamantó con educación superior.

Su personalidad médica y profesional está íntimamente ligada al Instituto Nacional de Cardiología Ignacio Chávez y a sus maestros y compañeros. El Instituto fue el crisol de su formación: comenzó de residente, terminó de jefe de servicio clínico. En la trayectoria, el recorrido fue amplio, porque nunca aceptó la visión estrecha; fue entusiasta y productivo administrador,

veló sin descanso por los bienes de la Institución y participó en el desarrollo de ideas nuevas, constructivas y, muchas veces, innovadoras.

En la ciencia se adentró en el laboratorio de investigación, en México y en Houston, para producir con originalidad, en la electrocardiografía y en las arritmias cardiacas, y un poco después, con estas bases sólidas, la clínica lo llamó y lo acaparó en tiempo y dedicación, en sus inclinaciones y en su mente.

Fue profesor dedicado, con entrega a sus alumnos, puntual y disciplinado y ejemplo de moralidad.

Antonio Estandía generó su propia jornada con recorrido intachable, sobrio en el hablar, recto y conciso en la expresión; el cariño a sus pacientes y de sus pacientes hacia él son testimonio de fecunda dedicación en la medicina. Antonio perteneció a ese grupo selecto en el que la clínica es el centro de la ciencia y del arte de curar: clínica de inteligencia y de pasión, de entrega y raciocinio. Por ello es representativo de su grupo y su generación.

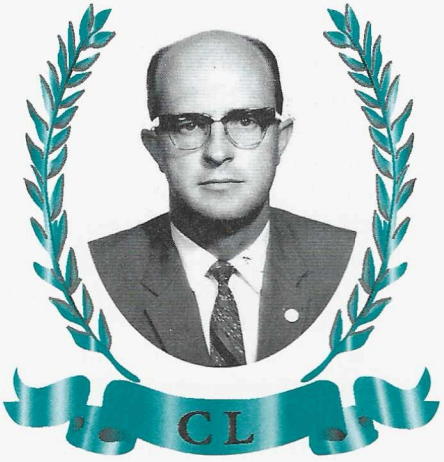
La familia fue siempre su universo y, en ella fue centro creador y generador. Cada hijo fue siempre una esperanza, un cariño, una ilusión y, junto a él, el amor de su vida, Lucita, compañera y protectora, arraigados recíprocamente, unidos en su esencia.

Antonio fue leal consigo mismo, como lo fue con sus amigos. Su concepto de amistad no era desbordar y expresar excesos de alabanzas ni ruidosas manifestaciones. Como en todo él, su quietud y paz interior y su parquedad en la expresión le imprimieron las características personales que ya son la imagen que recordamos.

El reencontrarnos con el amigo y compañero, como en esta pequeña memoria, ante otros amigos, compañeros y familiares, en un honorable sitio académico no podemos omitir la parte más importante del que ya se fue y esa parte es la humanidad, su humanidad, todo eso que lo hizo congruente, con sus trabajo, su forma de vivir y su lealtad a los valores superiores, a los demás y a sí mismo.

Así termino esta breve alocución, señores académicos, sobre uno de los nuestros que emprendió el camino obligado.

Abdo Bisteni Adem



José Kuthy Porter

José Kuthy Porter nació en la Ciudad de México el 28 de noviembre de 1925.

Estudió primaria, secundaria y preparatoria en los Colegios Williams, Simón Bolívar y Cristóbal Colón, respectivamente.

Estudió la carrera de medicina en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), en la que recibió la mención Honorífica como médico cirujano.

Su residencia en Neumología la hizo en el Hospital Glendale de Washington, y posteriormente en Londres y Viena.

Su carrera hospitalaria la llevó a cabo en el Hospital General de México, en donde fue médico adjunto por oposición en la Unidad de Neumología, hasta llegar a Jefe de Servicio (por concurso) de 1972 a 1985.

Ocupó la jefatura de investigación de dicho hospital y fue director del mismo de 1986 a 1989.

Fue director de la Escuela de Medicina de la Universidad Anáhuac de 1989 a 1999 y director de la Facultad de Bioética de 2002 a 2007, para ser nombrado posteriormente director emérito de la misma facultad.

En la docencia, además de lo ya mencionado, fue profesor de Patología del Aparato Respiratorio de la Facultad de Medicina de 1961 a 1964 y profesor titular de Nosología del Aparato Respiratorio en la misma de 1964 a 1989. Fue profesor adjunto de la División de Graduados de la UNAM de 1975 a 1989, y ha sido profesor de diversos cursos de la educación médica continua,

tanto en el Distrito Federal como en la República Mexicana y en algunos países del extranjero dictando múltiples conferencias de los campos de la neumología y bioética.

Fue miembro de la Academia de la Medicina desde 1968 y presidente de la misma, y ha sido, además, presidente de la Sociedad Mexicana de Neumología y Cirugía de Tórax, miembro del Real Colegio de Medicina de Londres de la Asociación Latinoamericana de Academias de Medicina y miembro fundador de la Academia Nacional Mexicana de Bioética.

Fue vocal del Consejo de Salubridad General, en el cual formó parte de la Comisión de Ética y participoó en el Comité Organizador de Congresos Internacionales en Norteamérica, Canadá, México y Australia, y participó en varios foros de bioética en Europa y Sudamérica, y fue presidente, además, de las Escuelas de Medicina de la Federación Internacional de Universidades Católicas, así como presidente del Instituto de Humanismo en Ciencias de la Salud de la Universidad Anáhuac.

Fue gobernador para México del Colegio Americano de Médicos Especialistas en Enfermedades del Tórax y posteriormente miembro emérito, y fue nombrado vocal de la Comisión Nacional de Bioética.

Sus publicaciones fueron múltiples en universidades nacionales e internacionales. Fue editor para México de la revista *Chest* y director responsable de la revista Medicina y Ética.

Fue miembro del Comité de Bioética de la Academia Nacional de Medicina y coeditor del libro Introducción a la bioética, patrocinado por la Academia Nacional de Medicina, la Universidad Anáhuac y la Asociación Mexicana de Facultades y Escuelas de Medicina en sus tres ediciones.

José Kuthy Porter y su esposa, Doña Ana María Seanger, procrearon diez hijos, tuvieron más de veinte nietos y tres bisnietos.

Quienes lo tratamos siempre recibimos su amabilidad, bondad y enseñanzas.

Quiero señalar, para terminar, algunas de las frases de Kuthy Porter en el capítulo 10 sobre «El compromiso social del médico desde su formación profesional»: «En lo personal, considero indispensable: colocar al alumno desde sus primeros años en el curso de su formación profesional, ante la realidad que priva en nuestro país». Hacerlo consciente de lo que atinadamente denominaba el maestro Alejandro Celis, «la patología de la pobreza».

«En lo personal, me parece de la mayor Importancia retomar el sentido social y clínico de la medicina, apoyado éste por la tecnología, pero no a la inversa».

«La buena clínica debe estar basada en la relación médico-paciente, de la cual se debe hablar con los estudiantes, procurando dar el buen ejemplo».

«Es necesario que las universidades sean las instituciones en las que exista la mejor ciencia y conciencia del país».

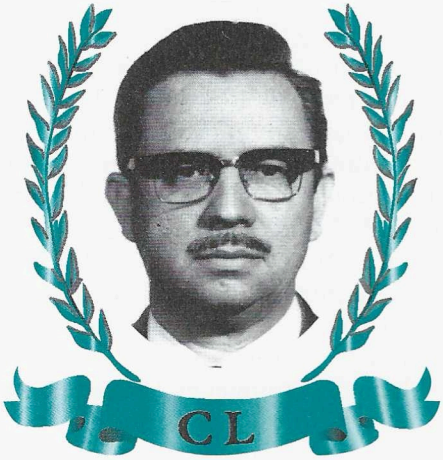
«La base de la conducta del médico debe ser el bien y la verdad».

«Para el médico, la antítesis de la verdad y la justicia son el orgullo, la envidia y el mercantilismo».

«El buen médico es el que maneja bien las técnicas, las destrezas y los conocimientos que integran la medicina; y el médico bueno, además de tenerlas, es el que posee también un sentido humano y ético de su profesión».

A nombre de la Academia Nacional de Medicina damos a usted Sra. Kuthy y a su familia nuestro más sentido pésame por la muerte del Sr. Dr. José Kuthy Porter.

José de Jesús Villalobos Pérez



Adolfo Pérez Miravete

Adolfo Pérez Miravete nació en Veracruz, el 31 de Mayo de 1918 e hizo sus estudios de primaria en el pintoresco Tlacotalpan, siendo el segundo hijo de Rafael Pérez Diez y María de Jesús Miravete. La familia emigró a la Ciudad de México en 1930 con sus cinco hijos.

La enseñanza secundaria en la secundaria No. 4, que lleva el nombre de Moisés Sáenz. El ciclo preparatorio lo realizó en la Escuela Preparatoria Gabino Barreda, que en 1934 fue fundada por un grupo de profesores universitarios distinguidos.

Esa Escuela Preparatoria se convirtió en la Universidad Gabino Barreda y se crearon nuevas carreras.

En 1936 con la fusión de varias escuelas de nivel profesional, la Universidad Gabino Barreda tomo el nombre de Escuela Nacional de Ciencias Biológicas y se incorporó al Instituto Politécnico Nacional.

Perteneció a la quinta generación de Químicos Bacteriólogos y Parasitólogos, y en ese ámbito tan estimulante inició sus estudios.

La planta de profesores de la Escuela fue enriquecida en 1940 con la incorporación de los científicos españoles que se refugiaron en nuestro país y estimularon a las mentes jóvenes por investigar, siguiendo el método científico.

Con el Dr. José Soraya Stillé hizo su tesis profesional, sobre el «Estudio Experimental de la intoxicación con acetato de plomo»

Dio clases de Bacteriología desde 1943, como profesor auxiliar del Dr. Miguel Ángel Perada Gay en la cátedra de Análisis Clínicos Bacteriológicos y como profesor titular de 1947 a 1957.

Fue el primer Químico que nombró el IMSS y trabajó en el primer hospital. También fue el primer jefe de Departamento de Microbiología en la ENCB.

Tomó cursos en el centro de Control de Enfermedades Infecciosas, CDC, de Atlanta, Georgia, EUA en 1952. Bacteriología Post mortem en el Departamento de Patología de la Universidad de Indiana en 1959 y realizó estudios en Canadá para la especialidad en Bacteriología y Virología en la Escuela de Higiene de la Universidad de Toronto durante los años de 1960 a 1961.

Como compañera de trabajo durante varios años al lado del Dr. Adolfo Pérez Miravete, considero un honor el dedicar estas palabras a mi tutor, maestro director de tesis, compañero y amigo.

Fue un semillero de buenos investigadores que han destacado en su área, Héctor Villalba Posada, Silvia Giono Cerezo y Sergio Estrada Parra entre otros. Estudió la flora vaginal como modelo de la Relación Huésped Parásito, que integraron su Tesis doctoral «Las relaciones entre Parásito y Huésped a nivel de Epitelio Vaginal», presentada en 17 de Marzo de 1967.

Dio cátedra de posgrado en Relación Huésped Parásito y Problemas de Microbiología Médica, que existen hasta la fecha para los alumnos que optan por la línea de la Bacteriología Medica.

El Dr. Pérez-Miravete ingresó en 1968 a la Academia Nacional de Medicina, tres aspectos que ocuparon su atención:

El primero, su labor de investigación a través de un centenar de publicaciones en aspectos diversos de la microbiología médica aplicada al diagnóstico de las enfermedades bacterianas y a la producción de agentes inmunizantes.

El segundo aspecto se relaciona con actividades docentes y académicas que se proyectan en la formación de investigadores jóvenes que han brillado posteriormente en las instituciones educativas como profesores o en la práctica profesional en la producción de biológicos y medicamentos ocupando puestos señeros en diferentes empresas.

Al tercero como dirigente de grandes instituciones nacionales de salud.

Las contribuciones de Adolfo Pérez-Miravete al conocimiento han sido relevantes en prácticamente todas las áreas de la Bacteriología Médica. Desde 1960 estudió las infecciones intra-

hospitalarias por *Staphylococcus aureus*, que sigue siendo un problema de actualidad.

Infecciones inaparentes de origen bacteriano e infecciones entéricas como las causadas por *Shigella dysenteriae* de tipo 1 que causó una notable epidemia en Guatemala en 1969, asociada a una cepa multirresistente. Infecciones producidas por *Listeria monocytogenenes* que para 1960 era considerada una zoonosis, pero que poco a poco se fue definiendo su papel en infecciones perinatales humanas.

Fue científico de renombre querido y reconocido, respetado por todos nosotros con un carisma y conocimiento de tipo cultural enorme, era una delicia platicar largas horas de sus viajes y experiencias, algunas tuvo tiempo de escribirlas y nos las dedico a un grupo selecto de amigos.

En un laboratorio prestado del Instituto Mexicano del Seguro Social en el actual Centro Médico Nacional Siglo XXI, se hicieron los primeros ensayos tendientes a la elaboración de la vacuna Pertussis en 1961, después pasó al Instituto Nacional de Higiene.

En 1968, ocupó la dirección de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional, después que ésta fue devuelta por el ejército y aunque la crisis de autoridad ocasionó problemas entre maestros y alumnos los cuales resolvió a través de la comunidad de la Escuela.

Estuvo en una comisión en 1970 como consecuencia de la aplicación de un biológico (DPT) que estuvo formada por el Dr. Gerardo Varela y el Dr. Luis Felipe Bojalil, la cual señalaba cerca de 20 errores en la producción del toxoide. El Secretario de Salubridad invitó al Dr. Adolfo Pérez Miravete para establecer el control de calidad de los biológicos que produce y consume el país, para mejorar y ampliar la producción; hecho que le valió el Reconocimiento de la Sociedad Farmacéutica Mexicana, otorgándole el premio «Leopoldo Río de la Loza» en 1976, y que la Sociedad Química de México, le propusiera a la Presidencia de la República, el otorgamiento del Premio Nacional de Química y Ciencias Farmacéutica de 1976. Logró en menos de 3 años que la OMS y la OPS consideraran al mismo Instituto Nacional de Higiene como Centro de Adiestramiento para Latinoamérica.

Para 1971, fue nombrado como titular de la Dirección General de Investigaciones en Salud Pública (DGISP) que era una dependencia de la SSA para dar asistencia, coordinar y dirigir a 6 Institutos independientes, muy importantes para la salud pública.

Al terminar en 1977 su gestión en la DGISP recibió un reconocimiento en la celebración del centenario de INH.

Su actuación en OPS/OMS le ocupó 4 años (1977-1981) en la cual tuvo una participación relevante para la Región de Latinoamérica. En la esfera Internacional en la Organización Mundial de la Salud en la Región de las Américas de la Organización Panamericana de la Salud en Washington, tuvo el cargo de Asesor Regional de investigaciones en Salud.

En la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, escribió una crónica de las contribuciones de esta institución en la investigación científica, publicada por la propia Escuela en el 50° Aniversario de su fundación.

Entre los años 1984 y 1985, ocupó el puesto de Coordinador de Asesores, en el Consejo de Salubridad General Publicó una serie de artículos sobre temas de Ética en Salud y Experimentación Humana, además de la promoción de los Comités Institucionales de Ética e Investigación, la redacción y selección de los cuadros básicos para reactivos y aparatos de laboratorio, publicaciones médicas y diseño de una prueba de campo para la aplicación de una vacuna amebiana para prevenir la amebiasis invasiva.

En 1985 ofrecieron al Dr. Adolfo Pérez Miravete la Dirección del Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales (ISET). Cinco años estuvo al frente del Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales, en donde realizó una transformación sobresale así, la casi total reconstrucción del edificio; la renovación del equipo, aprovechando los fondos del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

Durante su gestión se transformó en una institución de servicio verdadera, ocupando la posición de un laboratorio Nacional de Referencia en el que se completaba la información que no estaba al alcance de los laboratorios de otros niveles inferiores y proporcionaba datos de interés epidemiológico más que clínico. Servía además como centro de ensayo de nuevos procedimientos e investigación y desarrollo de nuevas tecnologías.

En 1991 fue invitado y ocupó el cargo de jefe de Departamento de Bacteriología y laboratorios Clínicos del Hospital Infantil de México «Federico Gómez».

Fue promotor de agrupaciones científicas de su especialidad, fundador y dirigente de la Asociación Mexicana de Microbiología, editor de la Revista Latinoamericana de Microbiología durante más de 30 años. Presidente y Organizador del Primer Congreso

Latinoamericano de Microbiología en 1967 y Secretario del Comité Organizador del Congreso Internacional de Microbiología que se efectuó en 1970 en la Unidad de Congresos del Centro Médico Nacional del IMSS (actualmente Siglo XXI).

Si se valora la trayectoria humanística, científica y como impulsor de instituciones señeras para el país como el Instituto Nacional de Higiene y el Instituto de Diagnóstico y Referencia Epidemiológicos de la SSA, HIMFG así como su trayectoria y participación en los numerosos comités, asociaciones científicas y en la Academia Nacional de Medicina, se podrá apreciar que México ha tenido en el Dr. Adolfo Pérez Miravete un baluarte de la Bacteriología Medica y ha sido y sigue siendo importante para las actividades que desarrollan los científicos de esta área. Las instituciones trascienden por las personas que viven en ellas día a día, Gracias Dr. Adolfo Perez Miravete, tu recuerdo quedara grabado en las gentes que tuvimos la oportunidad de contar con tu guía y ejemplo por tu apertura y visión crítica, por eso y por otras muchas cosas, gracias Maestro.

Silvia Giono Cerezo

Jaime Woolrich

Jaime Woolrich, académico titular y expresidente de la Corporación, falleció el 11 de junio pasado. Su tránsito mortal ha privado a la familia Woolrich del esposo y padre, a sus numerosos amigos y discípulos de una fuente de emulación, enseñanza y apoyo, a la Academia Nacional de Medicina de un socio, por muchos motivos eminente; a la medicina de México de un espíritu lúcido y sensible a sus ideales y carencias y al pueblo de México, al que tanto amó y con quien nunca dejó de estar en íntimo contacto, de un ciudadano identificado con su esencia e ideales, siempre dispuesto con palabras y hechos a contribuir con su mejor esfuerzo a su progreso material y elevación espiritual.

Muerto a los 68 años después de una vida profesional plena, médico cirujano especialista en Urología, médico del Hospital General de México en donde escaló todos los peldaños de la carrera hospitalaria desde practicante hasta Jefe de la Unidad de Urología, miembro del Consejo Técnico e integrante de la terna propuesta para nombrar director el presente año. Jaime logró por oposición cuanta posición estuvo a competencia abierta. En el ámbito docente llegó a ser, por concurso de méritos, profesor titular de clínica en la Facultad de Medicina de la UNAM y fue organizador de cursos de posgrado en el Hospital General de México, en la Sociedad Mexicana de Urología de la que fue presidente, y en numerosos congresos y jornadas médicas de provincia y en el extranjero.

Se cuentan por miles los estudiantes de pregrado que abrevaron en sus aulas y que aprendieron y lo seguirán haciendo en sus

libros de Urología. Son legión los internos, residentes y urólogos que recibieron de él enseñanza, consejos, estímulo y apoyo (moral y financiero) en el largo proceso formativo que lleva a ser un buen médico, un urólogo competente, un académico distinguido y en todos los casos, un hombre de bien.

Jaime fue producto generoso de una época decisiva en la vida de México; cursó la educación media durante el lapso que definió y confirmó el rumbo de México; fue condiscípulo y compañero de lides estudiantiles, de un expresidente de México; estuvo en permanente e íntimo contacto con los movimientos de avanzada en la pintura y plástica mexicanas, fue compañero de estudios profesionales de médicos que han regido el destino del Hospital General de México, la Facultad de Medicina y la Rectoría de la UNAM, la Subdirección General Médica del IMSS, la Academia Nacional de Medicina, las Secretarías de Salubridad y Asistencia y la Secretaría de Salud. Estoy seguro que muchos de esos funcionarios lamentan el no haber usado los servicios de un médico mexicano tan distinguido.

La sociedad Mexicana de Urología ha rendido el homenaje debido a un expresidente fallecido, el académico Maldonado hizo el relato de las valiosas aportaciones del urólogo Jaime Woolrich; en fecha próxima espero que el Hospital General de México recuerde cuánto hizo uno de sus más preclaros hijos.

Toca a la Academia Nacional de Medicina, en ocasión del *In memoriam* y develación del retrato en la galería de presidentes, una semblanza personal y síntesis de la vida en nuestra corporación del desaparecido, Woolrich accedió a la Academia en 1968 en plena madurez profesional y en esta casa fuimos testigos y beneficiarios de su talento y dinamismo.

Siempre consideró su ingreso a la corporación como la culminación de su actividad médica; a pesar de su innata modestia, nunca pasó inadvertido y la Academia no fue la excepción. En 1971 fue electo Tesorero, en 1975 Secretario General, en 1977 Vicepresidente y en 1978, Presidente. Fue miembro del Comité de Admisión en 1979-1981; del Comité Editorial, del Patronato y del Fideicomiso de Libros de Texto. Son contados los académicos que han prestado servicios en grado tan distinguido y prolongado como nuestro ilustre desaparecido.

Su gestión en los cargos desempeñados fue reflejo fiel de su personalidad y capacidad; como Tesorero, celoso guardián del patrimonio institucional siempre rindió balances anuales positivos durante su gestión. En el cargo de Secretario General; pues-

to neurálgico, las múltiples actividades a su cuidado marcharon sin tropiezo. Todo en su punto, ninguna omisión, ausencia de conflictos, beneplácito general y todo con grande naturalidad, como sin esfuerzo o trabajo extraordinario.

Su desempeño en la presidencia de esta institución fue sobresaliente. He aquí algunas de sus aportaciones:

1. Organización de los círculos de estudios médicos en las ciudades fuera del área metropolitana; los académicos no residentes en el valle de México iniciaron bajo su égida reuniones y jornadas en las que se tratan temas de actualidad, se presentan las experiencias personales y se mantiene la vida académica con el concurso de médicos locales e invitados de ciudades cercanas o del D. F. Amén de hacer realidad los ideales de progreso médico y su difusión en todo el ámbito nacional, un dividendo adicional ha sido el conocimiento de valores médicos locales, muchos de los cuales son ahora académicos. Woolrich no se concretó a fundar y poner en marcha esta actividad académica sino que la promovió, apoyó y mantuvo durante todos los años. Viajó incansablemente por todo el país; no hay académico mejor conocido y estimado fuera de la capital; fue la suya, una labor sostenida, altamente eficaz, altruista sin ostentación, noble en sus propósitos. Se dice; «el estilo es el hombre»; así, los círculos de estudios de la Academia Nacional de Medicina tienen la impronta de su fundador.

2. La Gaceta Médica de México, órgano oficial de la Academia, es el periódico médico más antiguo del país; desde 1864 se ha publicado ininterrumpidamente hasta nuestros días; es el vehículo informativo de la actividad académica. Su tiraje siempre ha sido limitado, sin buscar apoyos atados y con la austeridad propia de su categoría. Durante la presidencia Woolrich; se llegaron a distribuir 15,000 ejemplares mensuales, nuestro periódico llegó a todos los confines de México. Por primera vez la información académica pudo alcanzar un auditorio realmente nacional. La previsión económica que permitía la continuidad no fue sostenida en las siguientes administraciones y el esfuerzo no pudo prolongarse.

3. Libros de texto; la carencia primero y la incapacidad económica por parte de los estudiantes de medicina, para adquirirlos, fue una preocupación constante que según Jaime debiera abocarse a resolver la Academia. Una comunicación del socio honorario Leo Eloesseren el sentido de producir manuales para el primer nivel de atención médica y para estudiantes de me-

dicina, reforzó su convicción y le movió para actuar en este renglón. A título personal donó a la Academia los derechos de autor de su obra: «Urología», la primera editada en México a principios de los sesenta; procedió a formar un fondo para sufragar la 2a. edición y suscribió personalmente 100,000 pesos (cuando nuestra moneda valía 25 veces más en relación a su valor actual) y logró reunir una cantidad superior a los 250,000. Las ganancias de ese libro, más de un millón de pesos, sirvieron para el patrimonio inicial del fondo de libros de texto. Su iniciativa y acción, fueron características de su disposición ante la Medicina y la Academia: percibió con claridad las limitaciones y perjuicios del apuntismo, la falta de profesionalismo en una cátedra cuando no hay texto que guíe y sirva de base al alumno de Medicina en su aprendizaje inicial. Conoció que en nuestro medio hay experiencia y talento suficientes para producir obras que presenten la experiencia clínica y apoyar la tarea docente de la Escuela Médica Mexicana. A su donación, siguieron y se editaron un texto de Genética Clínica y otro de Cirugía; a decir verdad, la respuesta individual de los académicos fue muy pobre; pero no hubo desmayo ni abandonó el proyecto. Cambió el enfoque individual y convocó a un esfuerzo hercúleo, que no se había intentado en México: editar un texto de Medicina Interna. En unión del académico Horacio Jinich, se dieron a la tarea de planear el índice, escoger y convencer a los autores, perseguir, corregir y uniformar los manuscritos, negociar y estudiar con más de 6 casas editoriales las condiciones económicas y después de 5 años de trabajo silencioso, desinteresado y de la mayor importancia para la medicina de México, se había logrado el acuerdo y contrato para su edición. La Academia debe cuidar que esa labor monumental no se malogre y sería apenas justo que los 2 volúmenes del tratado llevaran los nombres de dos editores: Woolrich y Jinich al igual que circulan los Harrison, Cecil, y en otro tiempo el Osler.

4. Membresía honoraria. Un observador agudo de la vida en la corporación, opina que la estatura académica de un presidente puede calibrarse por la categoría del socio honorario (nacional o extranjero) que distingue durante su gestión y que por estatuto, sólo el Presidente y Secretario pueden promover.

Fue motivo de beneplácito general el nombramiento del Profesor Charles Benton Huggins en 1978, cirujano investigador en Urología de la Universidad de Chicago, descubridor del efecto benéfico de los estrógenos en el cáncer de la próstata, y que re-

cibió el Premio Nobel de Medicina en 1965. Viajó a México para dictar la conferencia y recibir el diploma de socio honorario de manos del presidente Woolrich.

Promover al médico más eminente del mundo de su especialidad implica cultura, sensibilidad, congruencia académica y como tal fue percibido por la comunidad médica. Hubo mucho más; apenas este año, me enteré casualmente que el Profesor Huggins consideraba desde hace 25 años al matrimonio Woolrich (Don Jaime y Doña Fanny) como a sus amigos favoritos. Si por la compañía que nos frecuenta y por quienes nos rodean se puede conocer quienes somos, nuestro homenajeado puntuaba ciertamente muy alto.

No debo extenderme más allá de los rasgos académicos del presidente Woolrich; sin embargo, la vertiente humana fue extraordinaria, cometería agravio a su memoria si no intentara recordar algunos rasgos personales. Características distintivas fueron la profundidad con que percibió la problemática social de México y su comprensión ante la conducta humana. Siempre preocupado ante las diferencias socioeconómicas y sus consecuencias para la salud y bienestar, obtenía consuelo parcial al atender en la Unidad de Urología y en su consultorio a los pobres de los pobres de México; lo hizo sin ostentación y fue de los pocos médicos que no hacía excepción de personas; los desvalidos recibieron de él la misma calidad de atención médica que los muchos poderosos que acudieron en busca de su sabiduría y destreza quirúrgicas. Trabajador infatigable, dispensaba a sus enfermos el inmenso beneficio de la comprensión, nunca se cansaba de oírlos y sus pacientes tenían la certidumbre de que compartían su problema con un médico eminente. Cuando después de cuarenta años de trabajo percibió que su destreza manual no era la misma, y tomó la decisión, que mucho le honra, de suspender su trabajo quirúrgico; fueron varios los enfermos que le pidieron seguir informándole el curso de su padecimiento. ¡No fue casual que Jaime falleciera por un infarto del miocardio!

Durante la gestión presidencial Woolrich, se analizó la cuestión relativa a la razón de ser y objetivos de la corporación, distinguidos académicos expusieron sus puntos de vista y se produjeron intercambios de ideas y opiniones que sirvieron para tener la perspectiva actualizada de una institución más que centenaria.

La Academia Nacional de Medicina ha tenido la fortuna de contar con la membresía de figuras médicas relevantes; con el

concurso de ellas ha podido mantener vigentes los ideales de 1864, actualizarlos y lograr ese difícil equilibrio entre la tradición y el progreso, entre el abolengo y la evolución, entre el hábito y el cambio. Ha sido menester que médicos como Jaime Woolrich, espíritus superiores, hayan prestado su concurso como numerarios, como funcionarios, como titulares y siempre como servidores de las causas nobles de la medicina de México, con las que han estado identificados permanentemente los afanes e intereses de esta casa.

Quisiéramos habernos beneficiado por más tiempo de su amistad, de sus ideas, de su trabajo siempre creador y positivo, de su ejemplo, de su innata bonhomía, de su ilimitada generosidad, de su devoción irrestricta por todo lo que iba encaminado a conseguir un México más justo. No se pudo contar por más tiempo con personalidad tan luminosa, nos quedan su obra, el ejemplo de su vida y el recuerdo de su amistad, de sus ideas, de su trabajo siempre creador y positivo, de su ejemplo, de su innata honhomía e instituciones a él allegados y por él favorecidas, caminemos el camino faltante, animados por tan noble ejemplo.

No puedo menos que recordar en este momento, lo expresado por William Osler, al despedirse de sus amigos de la Escuela de Medicina John Hopkins.

«He abrigado entre otros ideales personales: cultivar tal ecuanimidad que me permitiera tolerar el éxito con humildad, y el afecto de mis amigos sin orgullo y estar dispuesto, cuando llegaran las horas de tristeza y de pena, para confrontarlas con el ánimo que corresponde al hombre.

«Cometí, sí, equivocaciones, pero fueron equivocaciones de la cabeza y no del corazón. Puedo en verdad decir, y me emplazo a mí mismo como testigo, de que durante mi estancia entre vosotros no amé las tinieblas, no torcí la verdad, no toleré engaños, no abrigué temores».

Jesús Kumate Rodríguez

Eugenio Toussaint Aragón

La personalidad, la figura particular del doctor Eugenio Toussaint tiene tantas facetas, atractivas y cautivantes, que en unos minutos apenas se podrán esbosar algunos aspectos salientes.

Ha sido honor y placer asomarse a la trayectoria del hombre, del médico, del cónyuge, del padre y del abuelo, hojeando incontables páginas de interminables albunes o conversando en entre vistas con la bella familia de Eugenio, porque igual gozaba ágil una cabalgata a campo traviesa, como volando un planeador, o raudo en una larga carretera en busca de ciudades, panoramas y horizontes, que dirigiéndose serio, a un auditorio científico o de amigos, relatando casos clínicos, anecdóticos, o pasajes francamente históricos sobre temas innumerables.

Médico ordenado, reunió científicamente lo suficiente para rebasar la «estrecha puerta» de esta Centenaria Academia Nacional de Medicina en la que cumple cuatro y medio lustros: su admisión refleja que tuvo los méritos para un sitial aquí, de estatura nacional, en 1969.

Discursando en alguna de sus variadas revisiones sobre el desarrollo histórico en y de su Hospital Infantil y en celebraciones diversas, menciona haber escrito ochenta y dos trabajos, además de diez y siete contribuciones en libros de otros autores. Su publicación mayor fue médicamente el texto sobre «Clínica Radiológica en Pediatría» en 1964, donde orienta sobre indicaciones y diagnósticos radiológicos posibles en esa rama, en la

que fue pionero capaz y autodidacta, y en el que exalta siempre el valor de los conocimientos «clínicos».

Su vida y desarrollo médico está vinculado con las características de la medicina mexicana de 1935 desde que terminó y se tituló médico-cirujano en la UNAM, a 1970, en que dejó su vida activa hospitalaria por renuncia, después de 27 años de vivir en el Hospital Infantil de México. Sobresaliente es en ese entonces que especialmente en radiología, y aún más en radiología de infantes, había ausencia de «Escuela», de tal modo que su capacitación y su papel como consultor radiólogo, su preparación y desarrollo, requirió de esfuerzo personalisimo, búsqueda sin guía de la solución de los problemas pediátricos, con la fortuna de hallarse rodeado de los grandes pediatras de esa época: el doctor Rigoberto Aguilar en el primer hospital infantil de la ciudad, de los doctores Torroella, Soto, Alarcón, Prado, Vértiz, Muñoz Turnbull, y jóvenes de entonces: Benavides, Álvarez de los Cobos, Ramos Galván, pero junto al creador de la formal y excelente pediatría mexicana, don Federico Gómez; sobre quien don Gustavo Baz depositó su confianza, y por ello a él se debe la destacada posición de la pediatría mexicana.

De cada uno de estos pedestales de la pediatría mexicana. Eugenio Toussaint escribió, y publicó resúmenes biográficos con la habilidad de su pluma. También relató sobre la «historia» del Hospital Infantil en el Cuadragésimo Aniversario y en otras ceremonias.

Biografías a destacar: la de Don Isidro Espinosa de los Reyes (padre estimadísimo de nuestro actual Presidente de la Academia) y desde luego del doctor Don Federico Gómez.

En 1987, en que escribió para el 40 Aniversario del Hospital Infantil, publicó sus «Cincuenta y Cinco Años de Viajes y Automovilismo de un Médico Mexicano». También un ensayo sobre «Francisco Villa»; y otro, «Los Gobernantes Mexicanos y Porfirio Díaz».

Consecuencia de la visita a su hijo sacerdote en Corea, ese año fecundo dictó una conferencia muy documentada e ilustrada sobre Corea.

En 1937, tomó un curso sobre Enfermedades Tropicales en Hamburgo y en esa estancia y viaje a Berlín, además, tuvo la oportunidad de palpar los conceptos exaltados Hitlerianos y los preparativos francos para lo que sería la Segunda Gran Guerra Mundial, sobre esto consignó comentarios en sus bitácoras.

En 1942, fue radiólogo del Hospital Infantil Dolores Sáenz de Laví con Don Rigoberto Aguilar.

En 1943, se incorporó desde la Inauguración al Hospital Infantil con el doctor Federico Gómez.

Fue Presidentede la Sociedad Mexicana de Radiología. Miembro Honorario de las Sociedades de Radiología: Paraguaya, Colombiana, la de Abreu en Argentina, de la Mexicana de Radiología y de la Sociedad Latino Americana de Pediatría.

En 1974, fue Consejero de la formación legal del Consejo Mexicano de Radiodiagnóstico y Radioterapia.

En 1983, celebrando sus cincuenta años de ejercicio profesional, se le reconoció un Iinfoma con el que luchó arduo y que le llevó a su fin 9 años después.

En 1986, se le adjudica el nombre de «Gabinete de Radiodiagnóstico Eugenio Toussaint» a la nueva Sección de Radiología del Hospital Infantil.

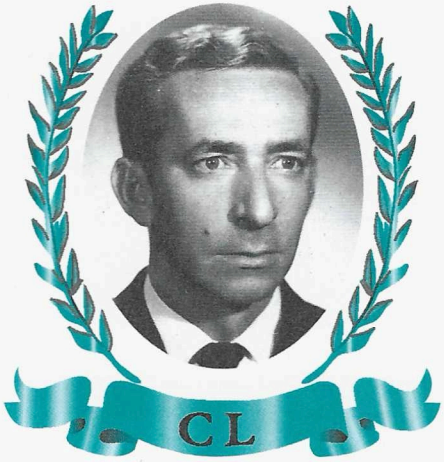
Logró balancear su vida familiar con la profesional en una elevada escala, inteligente y práctico, tenía un sentido claro del bien y de la bondad y sabía hacerse sentir positivo, activo, presente...y aunque no religioso, la breve y fecunda vida eclesiástica de su hijo Andrés, Misionero de Guadalupe, la sintió con orgullo y la vivió con profundidad, a la vista de alguna grandiosa manifestación de la naturaleza, llegó a exclamar: «!Así sí entiendo la existencia y la grandeza de Dios

Logró también pasar a la posteridad por el recuerdo firme y bueno de sus familiares, supo expresar con fluidez sus pensamientos y criterios y relatos escritos., médicos e histórico-anecdóticos. a la vez, que gran conversador ¡Cuánto se debió a la esposa excelente a la Dra. Machain, su «copiloto»!...es muy significativa la expresión sonriente y entusiasta de su querida nieta Mónica (ingeniero en electrónica), sobre nuestro recordado amigo... «Abuelo podía siempre ayudamos con nuestras tareas, sobre todo de historia, porque siempre la sabía... hablaba de hechos históricos amenizados por anécdotas... no sé si algunas inventadas... pero siempre podía tenernos atentos, divertidos e informados; ...y lo mismo ocurria en sus viajes... siempre enterado... siempre ameno en todo lo que platicaba...».

Dejó al último, la creación en 1984, del «Fondo Toussaint Aragón» para esta H. Academia Nacional de Medicina; fondo en favor de instituciones para la atención de infantes; creada según quiso, en honor de la actuación y categoría del doctor don

Manuel Toussaint y del doctor Enrique O. Aragón sus tíos, científicos y pedagogos; capaces, indudablemente; y logra con esto Eugenio;... Toussain por padre y Aragón por rama materna, que indeleble quede su recuerdo con esta belleza percibimos el ocaso de un hombre de bien ¡Descanse en Paz!

Guillermo Santín



Salvador Armendares Sagrer

Salvador nació en 1925 en Villafranca del Penedes, Cataluña, España y llegó a México con sus padres y dos hermanas, como parte del exilio español, después de la victoria franquista a la edad de 14 años. Estudió medicina en la Universidad Nacional Autónoma de México y se recibió en 1950.

Después de graduarse, realizó estudios de posgrado durante varios años en el hoy llamado Hospital Infantil Federico Gómez volviéndose pediatra primero y después endocrinólogo. En 1965 pasó un año en Inglaterra estudiando genética humana.

Ingresó al Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) con el nombramiento de enfermera, lo que no era raro en la época y durante algunos años trabajó en varias clínicas y hospitales pequeños hasta que en 1961 ingresó como pediatra en el Hospital de Ginecología y Obstetricia del recién inaugurado Centro Médico Nacional. Dos años después se ubicó en el Hospital de Pediatría del mismo Centro y de 1967 a 1976 fue fundador y jefe del Departamento de Genética de esa institución. De 1977 a 1980 fue Subjefe Nacional de Investigación Científica, jubilándose del IMSS al dejar el cargo. En 1981 ingresó al Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), donde trabajó como investigador de tiempo completo del más alto nivel hasta su muerte hace pocos meses.

En 1969 ingresó a la Academia Nacional de Medicina y el mismo año inició su curso de especialización en genética médica con aval universitario, que fue el primero de nuestro país y que

sigue activo a la fecha, bajo la dirección de Fabio Salamanca. Dos años después ingresó a la Academia Mexicana de Ciencias. Publicó 113 trabajos científicos durante su carrera, 83 de ellos internacionales, algunos muy citados en la literatura científica, como el que publicó en la revista *Nature*, donde informo la presencia de aberraciones cromosómicas en niños desnutridos, alteración nunca antes descrita. Escribió 6 libros y 28 capítulos durante su prolífica vida.

La suya fue una historia de éxito como lo atestiguan algunos reconocimientos selectos que recibió durante su larga trayectoria. En 1976 fue Presidente del V Congreso Internacional de Genética Humana celebrado en esta ciudad en octubre de ese año. En 1998 recibió el Doctor *Honoris Causa* de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, en el año 2000 recibió el Premio a la Excelencia Médica en Genética Humana en el siglo XX de manos del entonces Presidente de la República, Sr. Vicente Fox Quesada y en 2003 obtuvo el nombramiento de Investigador Emérito en la UNAM.

No es la primera vez que me toca hablar de Salvador. Lo he hecho varias veces tanto en vida como ya fallecido, lo inédito es que por primera ocasión me he dedicado a presentar datos de su trayectoria científica más que referirme a su persona, lo que obedece a que lo hoy dicho se queda por escrito para la posteridad y debe contener el tipo de información que les he presentado.

Tal vez su mayor contribución fue la realizada en el área de la enseñanza, ya que formó a numerosos genetistas y los que hay trabajan en el país, son hijos o nietos suyos. Su personalidad, inteligencia, honradez, humor y forma de ser, contribuyeron mucho al crecimiento armónico de la genética humana en México, siendo la creación de la Asociación Mexicana de Genética Humana y sus congresos nacionales, realizados a todo lo largo y ancho del territorio nacional dos instrumentos fundamentales para este logro, además naturalmente, del curso de posgrado ya mencionado. Gracias Chavita a nombre de todos tus amigos, colegas y alumnos.

Lo sobreviven su esposa Monserrat, sus hijos Salvador y Pedro Enrique, mejor conocido como Nanuc, su nuera Betania y dos nietas, Marina y Natalie, flamantes psicólogas de nuevo cuño. A todos les deseo, lo que el propio Salvador hubiera querido, que a la brevedad posible sigan adelante con sus vidas y mantengan vivo su recuerdo, (eso lo digo yo), como un estímulo permanente para hacer las cosas siempre bien y de buen modo.

Rubén Lisken

Eduardo Jurado García

Eduardo Jurado García nació en la ciudad de México, el primero de diciembre de 1921. Después de cursar el bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria ingresó a la Escuela Médico Militar de donde se graduó como médico cirujano y partero, el 31 de enero de 1946. Después de una práctica como médico en una de las corporaciones militares, el Ejército Mexicano lo comisionó a la Escuela de Salud Pública de México como uno de los primeros cinco médicos que envió esta corporación para que se entrenaran como salubristas. Terminado este entrenamiento pasó seis años trabajando en el departamento de fisiologia de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México bajo la dirección del doctor José Joaquín Izquierdo, para posteriormente viajar a los Estados Unidos, en donde bajo la tutela de John Clemmens terminó sus estudios como neonatólogo en la Universidad de Harvard.

Una beca del gobierno francés le permitió redondear este entrenamiento en la Clínica Baudeloque en París, lugar en el que permaneció durante dos años.

De regreso a México continuó su trabajo en el laboratorio de Neonatología del Hospital Infantil de México. Durante este tiempo desarrolló la mayor parte de su labor científica, publicando más de 140 trabajos en los que describió los cambios bioquímicos y fisiopatológicos de los niños que nacen antes de término.

Invitado por el doctor Alger León Moreno, director general de la Institución Mexicana de Asistencia a la Niñez, se hizo car-

go como director del Hospital del Niño de la IMAN, hoy Instituto Nacional de Pediatría de 1972 a 1975, fecha en que dejó este puesto para coordinar y estructurar lo que sería el Instituto Nacional de Perinatología, institución de la que sería su director fundador.

Al terminar su función como director de este instituto regresó a sus actividades de investigación como subdirector científico de otro de los institutos de la IMAN, el de Ciencia y Tecnología de la Salud del Niño. En 1986 el doctor Leobardo Ruíz, director general del Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia, creado a partir de lo que fuera la IMAN, le solicitó que se hiciera cargo como director del Instituto Nacional de Salud Mental, con lo cual Eduardo Jurado se convertiría en el único individuo en haber dirigido los tres institutos de asistencia e investigación con los que contaba el sistema.

En cada uno de estos puestos Jurado demostró, no sólo su capacidad directiva como un excelente administrador, sino también su calidad académica, al echar a andar programas innovadores de asistencia e investigación que permitieran el crecimiento de conocimientos en estas áreas, así como el entrenamiento de un gran número de especialistas e investigadores.

En 1970 ingresó como miembro numerario de esta corporación; en 1985 fue uno de sus miembros titulares. Asiduo asistente a las reuniones de los miércoles, encontraba en esta Academia el espacio para compartir sus intereses y los conocimientos de los otros miembros de la institución.

Sus años finales los dedicó a dos proyectos, por un lado al Grupo de Estudios de Nacimiento, una Asociación Civil promovida por el licenciado Antonio López de Silanes para apoyara la reducción de este problema a nivel nacional, de la cual Jurado fue hasta su muerte su director médico, y por el otro a la Facultad de Medicina de la UNAM a la que regresó como profesor del departamento de salud pública en 1991. A solicitud del director de la facultad se hizo cargo durante los últimos tres años del área de maestrías y doctorados de la División de Estudios de Posgrado e Investigación, en la que trabajó hasta el final.

Su vida como profesionista la complementó con gran riqueza de intereses en la literatura y en la música, así como de su vida diaria a lado de su esposa Oralia y de sus cuatro hijos, sus siete nietos, y últimamente de su primera bisnieta de la que se sentía muy orgulloso.

Durante toda su vida, Eduardo Jurado mostró una especial capacidad para relacionarse con la gente, estimulándola a trabajar dentro de un ambiente de gran cordialidad. No importaba lo arduo o largo de la tarea, el resultado siempre era el mismo, un trabajo ordenado, de alta calidad y con una visión a futuro que veía eternamente con optimismo.

Por la amistad entrañable que tuvo con mi padre desde el día que se conocieron cuando llegaron a la Escuela Médico Militar, tuve la oportunidad de conocer a Eduardo Jurado desde el día que nací. Como su ahijado de bautismo compartí con sus hijos a un segundo padre que me guió y ayudó a lo largo de toda mi vida. Con la parsimonia que lo caracterizaba siempre estuvo listo para oírme y, con mucho respeto, enseñarme o aconsejarme a través de los ejemplos y las anécdotas que en largas reuniones compartimos. Contagió a los que trabajaron con él, su entusiasmo y logró estimular a los jóvenes interesados en la investigación biomédica a través de la organización de reuniones anuales de estudiantes de investigación que la facultad llevó a cabo y en la que vió el futuro de la medicina mexicana. Todos los que convivimos de cerca con Eduardo Jurado sentimos hoy su pérdida, sirvan estas palabras como un homenaje a su labor y un agradecimiento a sus enseñanzas.

Alejandro Cravioto

María Elena Anzures López

En su momento, fui uno de los cinco académicos elegidos por la doctora María Elena Anzures López para avalar su solicitud de ingreso a esta Academia. Ahora me corresponde leer esta pequeña nota en su honor.

La doctora María Elena Anzures López recibió el título de Médico Cirujano en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, el 17 de octubre de 1951. Su examen profesional y lo destacado de su carrera ameritaron que fuera distinguida con mención honorífica.

La vida académica de la doctora Anzures López transcurrió íntegramente en el Hospital General de la Secretaría de Salud. Estudió Medicina General y Gastroenterología en distintas unidades de ese hospital, fue profesora de pregrado de la Clínica de Gastroenterología desde 1954, en que fue nombrada profesora ayudante, luego profesora adjunta de 1956 a 1963 y, por fin, profesora titular de la Clínica del Aparato Digestivo a partir de 1964.

Asimismo, su actividad institucional la inició como médica adscrita por oposición del Servicio de Gastroenterología, luego fue profesora adjunta de Gastroenterología por concurso, y al final fue nombrada por oposición jefa del Servicio de Gastroenterología a partir de 1958.

Escribió numerosos artículos sobre diversos aspectos clínicos de la gastroenterología, pero también en torno a temas de investigación original.

La mayor parte de su bibliografía está en la Revista del Hospital General, pero también publicó en Revista de Gastroenterología de México y Gaceta Médica de México, órgano de difusión de esta Academia.

También fue miembro de la Sociedad Médica del Hospital General y de la Asociación Mexicana de Gastroenterología, donde ocupó puestos de importancia hasta llegar a ser presidenta en el periodo 1971-1972.

Ingresó a nuestra corporación el 9 de septiembre de 1979, en calidad de socia numeraria. Posteriormente ascendió a socia titular.

Fue miembro de distintas comisiones de la Academia Nacional de Medicina, la más importante de ellas fue la de presidenta del Área de Gastroenterología del Departamento de Medicina.

La doctora Anzures tuvo tres grandes amores en su vida: la Clínica de Gastroenterología, la docencia y su querido Hospital General.

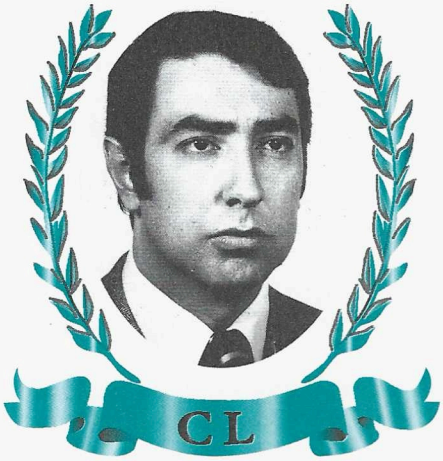
La conocí en 1950, cuando yo era alumno de cuarto año de la Carrera de Médico Cirujano y cursaba la Clínica de Gastroenterología, en la cátedra que impartía el doctor Flores Espinosa, en el Pabellón 19 del tantas veces mencionado Hospital General de la Secretaría de Salud.

Ella no laboraba en el Pabellón 19 sino en el 24, uno de los más grandes del hospital y consagrado a la gastroenterología médico-quirúrgica.

La doctora Anzures López, junto con otros destacados gastroenterólogos del Pabellón 24, recibía pequeños grupos de alumnos para introducirlos en los secretos de la clínica y patología gastrointestinales.

A veces nos citaba en las tardes para tratar temas específicos de la especialidad. Aún recuerdo haber recibido de ella algunos consejos que contribuyeron en forma importante a mi formación profesional.

Luis Guevara González



Donato Alarcón Segovia

A su regreso a esta ciudad de la Clínica Mayo en 1966, donde se había entrenado en Medicina Interna y Reumatología, el Dr. Donato Alarcón Segovia fundó el Departamento de Inmunología y Reumatología del entonces Instituto Nacional de la Nutrición, siendo el Jefe de 1971 a 1992 cuando fue nombrado Director General del mismo Instituto durante 10 años. Nació en la Ciudad de México el 6 de Mayo de 1935. Fue hijo de otro prominente médico mexicano, el Dr. Donato G. Alarcón quien le transmitió su amor y su pasión por la Medicina y la Ciencia. El Dr. Alarcón Segovia se tituló de Médico Cirujano en 1959 por la Universidad Nacional Autónoma de México. Se especializó en Medicina Interna en el Instituto Nacional de la Nutrición primero (1959-61) y posteriormente en la Clínica Mayo donde también realizó sus estudios en Reumatología (1961-65). En 1968, obtuvo el grado de Maestría en Ciencias por la Universidad de Minnesota.

Fue profesor de Medicina, Reumatología 1975 e Inmunología 1982, en la Universidad Nacional Autónoma de México. En 1996 fue nombrado Investigador Nacional Emérito por el Sistema Nacional de Investigadores y en 1994 ingresó a El Colegio Nacional.

Fue miembro del comité editorial de 30 revistas en el campo de la Medicina Interna, la Reumatología y la Inmunología Clínica.

Recibió diversos premios nacionales e internacionales incluyendo el Premio Nacional de Ciencias y Artes del Gobierno Federal, Premio Nacional de Ciencias Elias Sourasky, Premio

Miguel Otero, Premio Eduardo Liceaga (en 4 ocasiones), Premio Jorge Rosenkranz (en 3 ocasiones), el premio Ciba-Geigy de la Liga Internacional contra el Reumatismo, Alumno distinguido de la Clínica Mayo y la Fundación Mayo, *Master* del *American College of Physicians* y del *American College of Rheumatology*, entre otros. Le fue concedido el Doctorado *Honoris Causa* por la Universidad Autónoma de Puebla.

Tuvo 1127 publicaciones y aún hoy algunas están en prensa. Hasta Junio de 2003, sus trabajos habían tenido más de 10,000 citaciones.

Sus trabajos sobre lupus eritematoso generalizado, enfermedad mixta del tejido conjuntivo, síndrome antifosfolípido, vasculitis sistémicas, e inmunología del tejido conjuntivo, entre otros, son muy conocidos por la comunidad científica.

Aun cuando sus premios, publicaciones y reconocimientos fueron muy destacados, considero que sus mayores logros son intangibles. En 1966, cuando regresa a México, la reumatología mexicana iniciaba. Después de casi 40 años de trabajo incesante, el Dr. Alarcón Segovia se constituyó en el pilar más sólido del desarrollo y el progreso de la reumatología mexicana. Más de 250 alumnos de México, Latino América y España se entrenaron en su Departamento. Dos de los nueve programas universitarios de reumatología en el país fueron desarrollados por ex-alumnos. Fue uno de los fundadores del Consejo Mexicano de Reumatología, y el Departamento de Inmunología y Reumatología que fundó, es hoy en día un centro de referencia para las enfermedades reumáticas en México donde más de 6000 pacientes, la mayoría con enfermedades autoinmunes sistémicas son atendidos regularmente.

Solía trabajar muy de cerca con sus alumnos y trató que cada uno de ellos llegara a ser un líder en su localidad. Cada año, al inicio del curso de reumatología solía decir «Ustedes están aquí para aprender reumatología. Espero que al final del programa lleguen a ser unos excelentes reumatólogos y buenos amigos míos, pero si tengo que escoger entre ellas, me inclinaré por la primera».

Como residentes, cada viernes por la mañana, durante la sesión clínica, permanecíamos tensos especulando sobre el tipo de pregunta que seguiría. Sus conocimientos sobre medicina, reumatología, inmunología y su asombrosa cultura general lo hacían imbatible. Tenía una memoria admirable, una determinación infatigable y sólidos principios.

Fue el líder de la reumatología en México y Latinoamérica. Puso a la reumatología mexicana en la escena internacional

y fue protagonista permanente del progreso científico de dicha disciplina.

Es incalculable lo que en la vida de un hombre la ciencia médica de México, y en particular la reumatología, han ganado y el provecho que ha dejado a la posteridad

El martes 21 de enero de 2002, muy temprano tocó la puerta de mi oficina y me dijo «tuve una convulsión hace dos días, tengo un tumor cerebral». La respuesta a su enfermedad terminal fue la misma que a su vida sana «seguir trabajando». En los meses que siguieron, trabajó igual de fuerte que siempre. El mes pasado, su último artículo médico fue publicado en *Arthritis and Rheumatism*, la revista de reumatología de mayor impacto.

Donato Alarcón Segovia entregó su vida a la medicina, fue un fiel servidor de la Reumatología y merece un sitio de honor en su historia.

Murió el 21 de Diciembre de 2004 en su domicilio. Le sobreviven su esposa Marilú, sus hijas Marta, María Claudia y Ximena. Pero sobre todo le sobreviven su obra y su legado a la medicina mexicana.

Jorge Sánchez Guerrero

Juan Ruiz Gómez

Juan Ruiz quiso entrañablemente a México, su patria, a través de su trabajo; de su mujer, sus hijos y sus nietos; de su paisaje, sus notas y sabores, sus letras y su gente.

Hijo de padres españoles, nació en La Habana en 1929 y llegó a México al año y medio de edad, cuando la Revolución se había bajado del caballo y, según Pablo Neruda, se había trepado a las paredes en abigarrados murales, había inundado el país con canciones, bailes y poemas que reivindicaban su identidad, pero también con aburridísimos discursos.

Creció bajo el influjo del nacionalismo revolucionario que nos hizo creer que «como México no hay dos», que construyó o consolidó las instituciones que nos permitieron superarnos y que aún hoy nos sostienen, que nos brindaron múltiples oportunidades de superación y que Juan Ruiz supo aprovechar.

De su padre, español transterrado primero de Cuba y luego a México, heredó el gusto por el buen vino y la comida, así como una colección de óleos, dibujos y acuarelas de buenos pintores hispanos y mexicanos, que con el tiempo pudo acrecentar, y en cuya tarea nos involucró a compañeros y amigos, invitándonos a conocer mejor el mundo del arte. También con frecuencia nos invitó a disfrutar la buena mesa, pero como no le gustaba lo dulce, desarrolló una insólita habilidad para decir las cosas más tiernas con el lenguaje más rudo.

Estudió la primaria en la Escuela Juan Ruiz de Alarcón y la secundaria en la Academia Hispano Americana, al lado de hi-

jos de refugiados y con maestros españoles en el exilio. De ellos aprendió lo mejor de la cultura republicana y el respeto por Lázaro Cárdenas, a cuyo sepelio le acompañé.

La carrera de medicina la hizo en la escuela de Santo Domingo, cuando no estaba invadida por el comercio ambulante y al cruzar la Plaza se podía escuchar el acompasado ritmo de las prensas y el teclear de los «evangelistas». Su inquietud le llevó a buscar otros caminos, lo que no le impidió obtener el título de médico cirujano y partero, que por entonces así extendía la Universidad Nacional Autónoma de México.

Se inició en el trabajo de laboratorio y en la investigación al lado de Mario Salazar Mallén, el agudo polemista que durante un tiempo inquietó a esta adusta y solemne Academia. Continuó después sus estudios en el *National Institute for Medical Research* en Londres, donde profundizó en diversas «disciplinas básicas». Su estancia en Inglaterra no cambió sus gustos ni su carácter, y prueba de ello fue, entre otras cosas, que a su regreso nunca se quejó de falta de recursos para su laboratorio: su agudo ingenio y su tenacidad le permitieron resolver cualquier limitación al respecto. Fuera de su laboratorio era informal y bromista, pero dentro de él, rígido, disciplinado y tenaz, y exigía el máximo esfuerzo a todos sus colaboradores y subordinados.

A su regreso de Londres, trabajó como virólogo e investigador en el Laboratorio de Productos Biológicos de la Secretaría de Salud y en el Hospital Infantil de México durante cuatro años, periodo en el que realizó investigaciones relacionadas con la producción de interferón en diferentes circunstancias. Inició entonces una línea de investigación que desarrollaría a lo largo de toda su vida: la seroepidemiología. Primero estudió la prevalencia de anticuerpos contra el virus de la influenza y enterovirus en grupos de diversas edades.

Publicó sus trabajos en revistas nacionales y extranjeras, entre éstas la prestigiada *Virology*.

En 1966 se hizo cargo del Laboratorio de Virología en el Departamento de Infectología del Hospital de Pediatría, Centro Médico Nacional, donde permaneció como jefe hasta 1982. Fue un periodo muy productivo en la vida de Juan Ruiz. Sería prolijo escribir todas sus aportaciones, pero esquemáticamente se podrían sintetizar así: Organizó el primer laboratorio de virología en México para apoyo al diagnóstico clínico, lo cual permitió:

- Conocer la etiología de las neurovirosis en la infancia en niños de la ciudad de México.

- Describir las características clínicas de las infecciones respiratorias por virus de la influenza y por adenovirus.

Participó en estudios seroepidemiológicos con el fin de:

- Conocer la seroprevalencia de anticuerpos contra diversos agentes infecciosos: sarampión, rubéola, parotiditis, *Salmonella tiphy*, *Bordetella pertussis*, *Entamoeba histolytica*, influenza, adenovirus, *Mycoplasma pneumoniae* y herpes simple, en niños de la ciudad de México.

Conocer la seroprevalencia de anticuerpos contra agentes virales, en la primera encuesta seroepidemiológica nacional, realizada en México en 1976.

Por estos trabajos, la Academia Nacional de Medicina le otorgó el premio Francisco Balmis, en el área de salud pública.

Posteriormente, Juan Ruiz emigró a la Secretaría de Salud, donde también realizó importantes tareas:

- Director General de la Gerencia de Productos Biológicos y Reactivos logró producir todas las vacunas del Programa Ampliado de Inmunizaciones, cuando Jesús Kumate era Secretario de Salud.
- Investigador del Instituto Nacional de Salud Pública, comprobó, con estudios serológicos, la cobertura total del Programa Nacional de Vacunación.

Trabajó incansablemente hasta pocos días antes de su muerte.

Querido Juan, como ser inteligente que fuiste, eras enemigo de la solemnidad. Espero no haberte defraudado en este tu *In Memoriam*.

Gonzalo Gutiérrez

Mario Silva Sosa

El señorío de la Academia Nacional de Medicina se manifiesta y confirma de manera permanente en variadas formas; una de ellas es precisamente celebrar con merecido reconocimiento a socios distinguidos por su destacada trayectoria académica. Son ellos, miembros «ya dentro de ese entorno de cuyos límites ningún viajero regresa», como diría Hamlet, miembros que habiendo logrado conquistar un nivel de gran relevancia y dignidad, al dejarnos, no pueden caer en el olvido.

Tal es el caso por quien esta noche la Academia aquí nos ha llamado.

El Dr. Mario Silva y Sosa nace en puebla en 1926, recibe su título profesional de la escuela médico militar en 1950, ingresa a la Academia Nacional de Medicina en 1972 y fallece en junio del 2002, a los 76 años de edad.

Después de un internado anual rotatorio en el hospital central militar, se le acepta en el Hospital Infantil de México por su interés en la pediatría y desarrolla el curso universitario de dos años que termina en 1953.

Es entonces que decide especializarse en oncología pediátrica, promisorio campo recién establecido en la institucion por el Dr. Alejandro Aguirre, quien algunos años atrás se había ligado con el *Children's MedicalCenter* de Boston gracias al contacto con el Dr. Sydney farber, oncólogo pediatra pionero en los Estados Unidos y además director del *Children's Cancer Research Foundation*, centros donde Alejandro Aguirre había cursado un

prolongado tiempo de adiestramiento, como lo haría tambien en 1957 el propio Dr. Silva y Sosa.

A partir de 1953 actuó con tiempos compartidos en el hospital central militar al frente del servicio de recién nacidos y luego del servicio de pediatría médica, y simultáneamente en el hospital Infantil de México en su posición de médico adjunto en el servicio de preescolares y un poco después, además como jefe del laboratorio de investigación oncológica. En 1972, sustituyó al Dr. Aguirre como jefe del servicio de oncología del hospital infantil, puesto que ocupó hasta jubilarse en 1991. Sirvió como médico consultante de oncología en el Instituto Nacional de Pediatría.

Vivió, pues, 40 años de intensa vida pediátrica institucional, 38 de ellos dedicados exclusivamente al estudio y atención de los niños con cáncer en sus múltiples manifestaciones.

Intercalado en ese periodo disfrutó de 1960 a 1961 una beca en Nueva York como *Fellow* en oncología pediátrica, beca que le otorgó el Instituto Sloan Kettering para la investigación en cáncer y que desarrolló en el *Memorial Hospital for Cancer and Allied Diseases*, lo que por su calidad de *postdoctoral research fellow* en los servicios de salud pública internacionales del departamento de salud, educacion y bienestar de los Estados Unidos, le concedió realizar una serie de estudios colaborativos en el hospital infantil de México con varios centros pediátricos estadounidenses.

Tal experiencia proporcionó al Dr. Silva y Sosa una brillante oportunidad de compenetrarse en una temática fundamental de apoyo a su especialidad, como cultivo de tejidos, manejo de animales de laboratorio, radioquímica, quimioterapia del cáncer y bioestadística.

El ambiente institucional, académico y clínico tanto nacional como internacional que lo envolvió, enriqueció al Dr. Silva y Sosa y le permitió desarrollar actividades que lo colocaron en el campo de la oncología pediátrica en una distinguida situación, muchas veces de gran agobio, de servicio a la niñez.

Esta relevante posición científica la demuestran el gran numero de observaciones clínicas, diagnósticas y terapéuticas, así como de investigación oncológica, vertidas en sus publicaciones, en el desempeño de labores docentes y en la aceptación por reconocidas sociedades pediátricas y especializadas.

Durante cierto tiempo en su principio profesional, el Dr. Silva y Sosa firmó sus escritos médicos en un segundo plano como colaborador; en las últimas décadas fue autor principal, abordando

un buen número de tópicos específicos de la oncología pediátrica. Leucemias, tumores, metástasis, evolución, adelantos terapéuticos, etc., que se relatan, en forma de artículos, capítulos de libros, patrocinio de tesis, simposia y ensayos. El boletín médico del Hospital Infantil de México, la Gaceta Médica, las Clínicas Pediátricas, *Medical Pediatric Oncology*, *Cancer Treatment Review*, fueron algunos receptores de sus múltiples publicaciones.

Su papel docente lo manifestó como profesor titular, profesor adjunto, conferencista, ponente y escritor. Paseó sus conocimientos en México, Sudamérica y Estados Unidos, en universidades, escuelas de medicina, sociedades médicas y congresos, gracias a cursos anuales y semianuales, breves e intensivos, oficiales y privados.

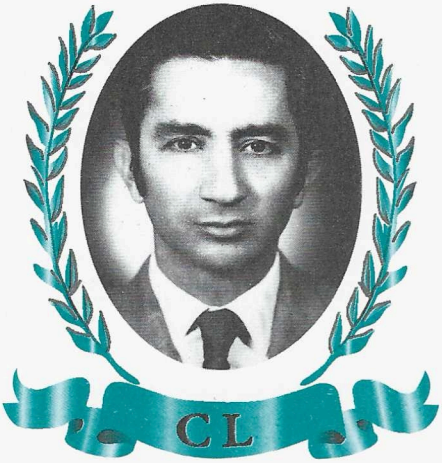
Perteneció a numerosas sociedades médicas de las que citaremos a:

- La Academia Nacional de Medicina,
- Academia Mexicana de Pediatría,
- *American Society of Clinical Oncology*,
- *American Society of Pediatric Hematology and Oncology*,
- Sociedad Mexicana de Pediatría,
- Sociedad Mexicana de Estudios Oncológicos,
- Agrupación Mexicana para el Estudio de la Hematología y desde luego, las de su *alma mater*.

Termino este breve homenaje a la memoria de un hombre de bien, rico en humanismo, mi querido amigo, el académico Mario Silva y Sosa, con un respetuoso saludo a su familia que supo comprender y apoyar una vida de estudio, de vocación y de servicio a los niños lastimados en su salud en forma tan dolorosa.

En la Academia Nacional de Medicina nos quedamos con el recuerdo de la sabiduría, el amor y la modestia, que enaltecieron su brillante trayectoria.

Lázaro Benavides Vázquez



César Chavarría Bonequi

Aciago fue en verdad el pasado año 2010. Infausto para tres familias; para incontables cofrades y discípulos; para las ciencias metabólicas en México, entendiendo por tales la endocrinología, la genética y la nutriología clínicas, predominantemente, aunque no de modo exclusivo, en sus vertientes pediátricas.

Dolorosamente, durante aquellos meses de enero, febrero y diciembre, vimos extinguirse, sucesivamente, las fructíferas existencias terrenas de los renombrados académicos Salvador Armendares Sagrera, Roberto Martínez y Martínez, y César Chavarría Bonequi. Condiscípulos los tres durante sus estudios médicos, compañeros de andanzas, hazañas deportivas, proyectos, investigaciones, escritos; recíprocamente instructores y aprendices ellos, enlazados, engarzados de varias maneras con mis afectos y con mi personal vida académica.

César Chavarría fue hijo de médico y, pasadas las edades, también padre de médico. Recibió en herencia y dio en heredad la naturaleza y esencia del ser y del quehacer médicos, tanto sustentados en lo estrictamente profesional como sublimados en lo académico.

De mediana estatura, delgado, de voz algo más grave de lo que su físico hacía suponer, de hablar pausado en tono tranquilo y respetuoso, ello no reñido con algún ocasional, pero casi siempre justificado, exabrupto, y un expresarse casi obsesivamente de modo gramaticalmente correcto. Tan es así que, conociendo,

hablando y escribiendo perfectamente el idioma inglés, apenas tuvo para ello tiempo; llevó Chavarría cursos permanentes de esa lengua, como también de latín e italiano, esto último quizás por un romántico acercamiento a sus lejanos ancestros por línea materna. Destacaba también por su elegancia y por su atavío siempre impecable.

Sus aspiraciones culturales las cultivó en su carácter de lector y también como infatigable viajero, siempre con inspiración y en compañía de su señora esposa, la trabajadora social Conchita Salgado Meneses. Todo lo cual no se veía reñido con sus variadas aptitudes deportivas, particularmente la natación, que practicaba casi cotidianamente y dicen que de modo perfecto.

No resulta forzado imaginar un vínculo entre la devoción por la exactitud, la precisión y la perfección que caracterizaba el pensamiento y el actuar de Chavarría y la elección que hiciera, siendo un joven médico, por la fisiología y la clínica endocrinológicas como su futuro campo de acción médica especializada. Porque precisos, exactos, casi siempre predecibles son los mecanismos hormonales clásicos.

Y así, tras una breve sensibilización y capacitación en la consulta endocrinológica del original Hospital Infantil de México, marchó Chavarría a su adiestramiento definitivo en la ciudad de Filadelfia. Primero, en el entonces *Jefferson Medical College*, bajo la tutoría del profesor Karl E. Paschkis, quien antes había sido mentor de Francisco Gómez Mont, mío propio y de otros colegas. Más tarde, en el afán de profundizar en las facetas pediátricas de la endocrinología, completó su adiestramiento con el profesor Angelo di George, en el Hospital St. Christopher de la Universidad Temple. De excelente preparación gozó pues Chavarría, y como excelente endocrinólogo y magnífico maestro se desempeñó a su regreso a México.

Poco tardó Chavarría en sobresalir como figura señera de la endocrinología pediátrica en México y, por supuesto, como docente de gran excelencia, que durante años fue designado como maestro preferido por los estudiantes de medicina del venerable Hospital General de México. Como investigador científico, el área preferida por Chavarría fue la patología tiroidea, particularmente la naturaleza del bocio endémico, los errores enzimáticos generadores de bocios gigantes y el carcinoma medular de la glándula tiroides. Publicó un excelente libro sobre tiroidología pediátrica y varios más, todos ellos sobresalientes. Llegado el momento, cumplió Chavarría con el indeclinable deber cívico de gobernar

su institución y fue entonces director general del Hospital Infantil de México «Federico Gómez». Explicablemente, gozó de una vasta clientela privada, y abundan testimonios de la devoción que le guardaron sus pacientes a lo largo de su fructífera vida profesional.

César Chavarría ingresó en esta Academia en el año 1972. El 12 de diciembre del desdichado 2010, a pocas semanas de haber cumplido la edad de 84 años, sucumbió a una neumopatía crónica y al consecutivo *cor pulmonale*, soportados con entereza y aguante, y perseverando en su noble actividad clínica casi hasta el final.

La Academia, sus amigos y sus discípulos conservaremos intacta su memoria, y vivo su legado científico, profesional y afectivo.

Silvestre Frenk

Julio Hernández Peniche

A los 61 años de edad, el doctor Julio Hernández Peniche dejó para siempre a sus familiares, a sus amigos, a sus compañeros de trabajo y a sus alumnos.

La escuela mexicana de electroencefalografía y las sociedades y academias médicas y neurológicas guardaron duelo por la pérdida de uno de sus más notados y queridos miembros.

El doctor Hernández Peniche nació en la ciudad de México el 25 de mayo de 1925. Sus estudios primarios, secundarios y preparatorios los llevó a cabo en escuelas oficiales de la ciudad de México. En 1942 ingresó a la Escuela Nacional de Medicina, donde rápidamente la profundidad de su pensamiento y su dedicación al estudio empezó a dar frutos, ya que en 1944 le fue conferido un diploma por haber obtenido las más altas calificaciones en sus estudios del tercer año.

El 1° de junio de 1948, al graduarse como médico cirujano con la tesis titulada «La degeneración combinada subaguda de la médula espinal», se le concedió mención honorífica. Ya desde entonces se había hecho evidente su vocación neurológica, y su penetración intelectual innata en las neurociencias.

Su internado de posgrado lo realizó en el Instituto de Enfermedades de la Nutrición.

Desde el año de 1945, aún como estudiante de medicina, pero siguiendo ya ese impulso que duró toda su vida por el estudio del sistema nervioso, ingresó a trabajar en el Instituto Mexicano del Seguro Social, y en 1950, ya como médico fue fundador de la

Unidad de Neuropsiquiatría, primer servicio neuropsiquiátrico y neuroquirúrgico de esa institución.

En octubre de 1952, se trasladó a Inglaterra, a fin de realizar su residencia de neurología y electroencefalografía en el entonces más importante centro mundial de la especialidad, el *Queen Square National London Hospital*, donde permanedó hasta julio de 1955, fecha en que regresó para hacerse cargo del Departamento de electroencefalografía del Hospital de la Raza, del IMSS.

Su abundante experiencia empezó a dar frutos científicos, pero su avidez por incrementar su información y compartir conocimientos con sus colegas de otras partes del mundo le llevaron a la Universidad de Marsella, a Salzburgo, Nueva York, y Phoenix, Arizona.

Cuando un médico supera ciertos límites intangibles de conocimiento, sutil, imperceptible, tal vez compulsivamente, le surge la necesidad de trasmitir aquello que sabe y el médico se hace maestro. Ingresó a la Universidad Nacional Autónoma de México, como profesor interino de Neurología en 1961 y en 1966; obtuvo la titularidad de la cátedra por concurso de méritos. De 1961 a 1963 fue profesor titular del Curso de Adiestramiento Clínico en Neurología de la División de Estudios Superiores, y desde 1964 fue profesor titular de la especialidad de neurología de la División de Estudios Superiores de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Tuvo innumerables participaciones como profesor, organizador y conferencista en congresos y cursos de las áreas que cultivaba con tanto esmero. Dirigió 24 tesis recepcionales incluyendo para mi satisfacción la de quien estas palabras lee.

Debía informar a la comunidad científica de sus logros y transmitir sus conocimientos: escribió siete libros, publicó ciento veinte trabajos en revistas periódicas nacionales y extranjeras, muchos de ellos originales, como fue su descripción en 1967 de un síndrome hereditario manifestado por sordera, crisis convulsivas y miopatía, de absoluta novedad.

Obviamente aceptado por los demás, fue miembro de 10 sociedades científicas extranjeras y 10 nacionales, siendo fundador y presidente de la Sociedad Mexicana de Neurología y Psiquiatría, y de la Sociedad Mexicana de Electroencefalograma. Fue primero diplomado y después consejero y miembro del Comité de Credenciales de los Consejos Nacionales de Neurología y Electroencefalografía.

El 27 de junio de 1973 recibió el máximo reconocimiento académico y profesional de la medicina mexicana a una trayectoria limpia y fecunda en las ciencias médicas, al ingresar a la Academia Nacional de Medicina a ocupar un sillón de neurología.

Dedicó su vida profesional al IMSS. En 1961 fue nombrado Jefe del Servicio de Neurología del Hospital de la Raza, puesto que desempeñó hasta 1971 en que fue nombrado Jefe de la División de Medicina del mismo hospital hasta 1973.

Su brillante actuación profesional le valió las siguientes distinciones académicas: Medalla de Plata de la Sociedad Mexicana de Neurología y Psiquiatría, Placa de Bronce del Instituto Nacional de Neurología por su labor docente; Medalla de Oro del Instituto Nacional de la Nutrición por veinte años de Servicio y Medalla de Oro del Instituto Mexicano del Seguro Social por 25 años de servicio.

Esta vida productiva, la logró por él, y gracias al apoyo de su señora esposa, la señora Edith Rosas de Hernández y de sus hijos María Cristina, Julio Alfonso y Luis Felipe, para quienes va el profundo pésame de nuestro cuerpo colegiado.

Ignacio Madrazo Navarro

Vicente Guarner Dalias

La Academia Nacional de Medicina rinde un recuerdo póstumo a Vicente Guarner Dalias, distinguido académico.

Guarner nació en Barcelona hacia el año 1928, pero parte de su infancia la vivió en Casablanca, Marruecos, antes de que su familia, al igual que miles de españoles republicanos, pasara a nuestro país. Aquí continuó los estudios primarios en la Academia Hispano-Mexicana y los superiores en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México. Realizó estudios quirúrgicos de posgrado en México e instituciones norteamericanas, y posteriormente desempeñó su vida profesional en el Servicio de Gastroenterología del Hospital General y la jefatura de Cirugía General y la dirección del Curso de Cirugía del Centro Médico Nacional. Posteriormente, ocupó la jefatura de la División de Cirugía del Hospital La Raza. En todos estos cargos y los innumerables cursos programados, Guarner mantuvo su liderazgo técnico y humanístico.

Ingresó en la Academia Nacional de Medicina en 1973, y su solicitud fue apoyada por Luis Castelazo Ayala, Bernardo Sepúlveda, Gilberto Flores Izquierdo, Manuel Martínez Báez y Luis Landa, acompañándola de 35 trabajos de investigación. Su esmerada preparación le llevó a convertirse en profesor visitante en varios centros nacionales y extranjeros, entre los que cabe destacar la Universidad de Osaka, Japón. Sus múltiples discípulos le recuerdan con enorme cariño, aquí y acullá, donde dejó sus enseñanzas siempre acompañadas de erudición y cultura.

Vicente Guarner murió el 21 de enero del presente año en esta ciudad de México.

Guarner constituyó un elemento de cohesión y centro de referencia en un notable grupo de médicos; su autoridad fue ejercida con entusiasmo y sentido íntegro de lo que significa e implica el deber y la disciplina. La admiración hacia la cultura mundial la captó tempranamente en Casa-Blanca con Saint-Exupéry, escritor francés amigo de su padre, autor de El principito, y el mismo que, siendo piloto del servicio postal de *Air France*, les trasladó a nuestro país.

Su vocación quirúrgica le fue conduciendo a transformarle en un erudito autor, intercalando sus actividades con intereses literarios, poéticos, fino ensayista y minucioso historiador. Su contacto con la filosofía de las ciencias fue determinante en todas sus actividades. A lo largo de todos sus escritos puso especial atención en brindar al lector una visión serena, acompañada de profundos argumentos, durante largo tiempo reflexionados. Su paso por las instituciones como esta Academia de Medicina o por la Sociedad de Historia y Filosofía de la Medicina, de la cual fue presidente, le permitieron expresar con elocuencia su honda vocación de dignidad y ética personal.

Su vida trascurrió como lo refirió en uno de sus mejores libros, «El empleo del tiempo». Reflexiones y apuntes de un cirujano del siglo XX (Fondo de Cultura Económica, 2005): «México me ha concedido los tres mejores bienes de mi vida: un país bellísimo, mi país, al que amo; una mujer, Alicia, que es para mí la mujer más bella y la mejor esposa del mundo, y que, además de ser mi mejor amigo, es mi más severo crítico; y una profesión que, pese a haberla ejercido durante medio siglo es, aún hoy, el veneno de mis sueños».

Por mencionar algunos libros más, recuerdo: Nelatón, Murmullos en el ático, El niño que decidió ser cirujano o El profesor de anatomía. A principios del presente año salió su última aportación literaria: Una historia para Salvador, delicioso relato histórico dirigido a un joven que aspira a ser médico, editado por la Universidad de Colima. Entre sus páginas puntualiza su más grande preocupación: «La desorientación hacia la verdad constituye el tema del hombre de hoy, que, perdido en su camino por la pobreza de su educación y de sus valores morales, tan solo ha aprendido a sustituirla por la idea de utilidad».

Vicente Guarner siempre insistió en enfrentar la realidad, a establecer el ejercicio de la libertad y la inteligencia, manteniendo fidelidad y congruencia con el cumplimiento vocacional; en suma, con gran sentido de lo que una profesión significa. Este *leit motiv* lo expresó desde diferentes puntos de vista en múltiples libros y publicaciones.

Descanse en paz el erudito médico, entrañable poseedor de una singular formación renacentista.

Emilio García Procel

Luis Lombardo Rivera

Nació en la ciudad de México, el 21 de junio de 1926. Joven atlético con gran simpatía personal, gozó de gran popularidad entre todos sus compañeros de los años mozos.

Dos personajes influyeron entonces en su formación ambos tíos. Uno, el centro de la controversia política nacional, formidable orador, polemista y maestro, el hombre público por excelencia, Vicente Lombardo Toledano; el otro, un hombre de espíritu fino, introvertido, que gustaba de vivir entre montañas de libros, microscopios, telescopios o cualquier otro aparato interesante, que podía hablar con conocimiento de causa desde astronomía «el Fabre» y la vida de los insectos, José Rivera. De ellos aprendió muchas experiencias y adquirió parcialmente algo del estilo de ser.

En el año de 1945 ingresó a la Facultad de Medicina, después de haber gozado la Preparatoria Nacional en San Ildefonso. Entonces principió nuestra amistad que había de durar 39 años.

El gusto por la neuroanatomía, impartida por Luis Sáenz Arroyo, recién egresado de Harvard, data de esa fecha; esta afición fue aumentando, formándose entonces el interés que tendría toda su vida por el estudio del sistema nervioso.

En el año de 1948, a invitación de Agustín Caso, principió a asistir al Instituto de Estudios Médicos y Biológicos, entonces bajo la dirección de Efrón del Pozo, en el tercer piso del edificio de Santo Domingo.

Junto con otros jóvenes de entonces, todos ellos interesados en el mismo tema y con esa magnífica arrogancia que da la edad,

se fundó el Ateneo para Estudios del Sistema Nervioso. Raúl Hernández Peón, Augusto Fernández Guardiola, José Negrete, Alfonso Escobar, Humberto Mateos y Ladislao Olivares, todos ellos miembros de esta Academia, formaban parte de aquel grupo que todos recordamos con gran cariño.

El siguiente paso fue psiquiátrico, el Pabellón de Observación de Mujeres en el antiguo manicomio de La Castañeda. En ese servicio y bajo la dirección de los maestros Mario Fuentes y Dionisio Nieto, aprendió el doctor Lombardo otros aspectos de la función del sistema nervioso. Muchas cosas se podían hacer allí en favor de los enfermos; a pesar de los escasos recursos; él las hizo todas.

Al terminar su carrera con brillantes notas, se le presentó la oportunidad de trasladarse a la Universidad de California en San Francisco, donde principió su entrenamiento con Nathan Malamud en neuropatología, tocándole ser colaborador estrecho en la publicación de su Atlas. De allí al Servicio Clínico de Robert Wartenberg, neurólogo extraordinario, médico, humanista y humorista. De él aprendió el joven médico, los finos detalles de la historia clínica y de la exploración neurológica, así como la comprensión para el enfermo.

Todo lo que necesita un buen neurólogo es un alfiler y un martillo de reflejos, dijo por muchos años Luis Lombardo, parafraseando a su maestro.

Se trasladó después a la Universidad de Maryland en Baltimore y allí terminó su entrenamiento profesional; después fue profesor asociado de neurología en esa misma institución. El mejor resumen de esos años está hecho en la dedicatoria que Franck Walsh, el padre de la neuroftalmología, le escribió en su libro «Al doctor Lombardo con admiración».

Convencido del deber que existe en todos los que han tenido oportunidad de prepararse, regresó a México a compartir sus conocimientos con otros que no habían tenido las mismas oportunidades. También de esos años, fue su primer matrimonio y el nacimiento de cuatro niñas.

El regreso al país fue difícil, pero existía optimismo y confianza en sí mismo. En 1958, se terminó la nueva Unidad de Neurología y Neurocirugía del Hospital General de Salubridad y un grupo de médicos recién reintegrados al país prestaron sus servicios para hacer de ella y bajo la dirección de Clemente Robles y Ramón del Cueto, el centro neurológico de avanzada en el país. Jorge Corvera, Manuel Sáenz de Viten, Carlos Solis, Juan Carrasco, Gerardo

Zenteno Alanís, Jaime Dorfsman y desde luego. Luis Lombardo, fueron algunos de ellos. Años de intenso trabajo, de abrir brecha, de reencuentro con la patología autóctona y de publicaciones; resultado de ese encuentro: las amebiasis, la cisticercosis, la tuberculosis. En 1963, se abrió el Centro Médico Nacional y entre los fundadores del Servicio de Neurología y Neurocirugía en el Hospital General, se encontraba Luis Lombardo. Emprendió en esta institución una larga carrera docente que daría como frutos varias generaciones de residentes, cientos de alumnos de medicina, docenas de publicaciones. Allí fue profesor de pre y posgrado, Jefe de Enseñanza, miembro de varios comités y participante activo en casi todos los aspectos de esta institución, sin dejar de recordar los difíciles momentos causados por los movimientos políticos de 1965 y 1968.

Ingresó a la Academia Nacional de Medicina el 24 de octubre de 1973. Sus publicaciones originales sobre la levodopa son de esa época.

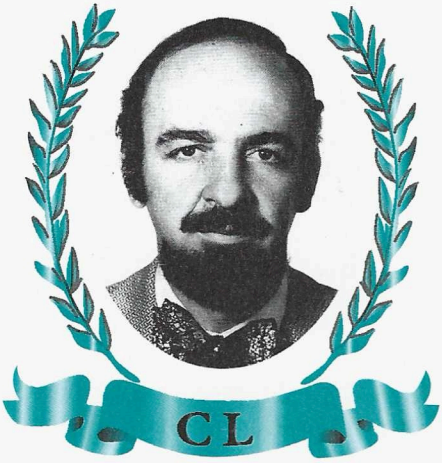
En los años setenta, Lombardo se encontró con la tomografía computarizada y un nuevo capítulo de su fecunda existencia se abrió. Pionero en esa disciplina, manejaba con verdadero amor ese departamento. Más de doce mil estudios y múltiples publicaciones al respecto, son el resultado de esa etapa.

También de esa época, es su segundo matrimonio e hijos, René y Luis.

Hombre en el sentido cabal de la palabra, con un profundo sentido de la alegría de vivir, que expresaba frecuentemente con su inconfundible carcajada; de gran sensibilidad, amigo y enemigo, con virtudes y defectos, logró muchas cosas e hizo muchas otras de diversos rangos, desde caricaturas hasta cazar patos. Fiel a su origen genético, en su corazón latían al unísono, el espíritu científico inquisitivo de Leonardo, la sonrisa burlona de Bocaccio y el espíritu aventurero de Cellini.

El día 1º de febrero de 1984, ese corazón dejó de latir, sus amigos guardamos su recuerdo en el nuestro.

José Humberto Mateos



Gregorio Mintz

Agradezco a la Mesa Directiva de la Academia Nacional de Medicina el haberme encargado este homenaje académico en honor de mi mejor amigo, el doctor Gregorio Mintz.

La desaparición del doctor Mintz es una gran pérdida para sus familiares, sus amigos, la reumatología, la medicina mexicana, la Academia Nacional de Medicina y la máxima agrupación de reumatología que es la Liga Internacional contra el Reumatismo y de la cual él debería haber tomado su presidencia el próximo mes de julio.

En el año de 1959, tuve el privilegio de conocer al doctor Mintz en el extranjero cuando él era ya jefe de residentes de medicina interna, puesto que ocupó entre cuarenta médicos en el Hospital Michael Reese de Chicago. Esto reflejaba la gran visión y tenacidad de Gregorio ya que, por una parte, en aquella época no existía la medicina interna como especialidad y la que se enseñaba en nuestro país era fragmentada y, por otra parte, implicó para él no sólo el aprender otro idioma, el cual llegó a dominar, sino una labor cotidiana difícil de aprendizaje teórico-práctico, la cual hizo con un gran empeño que lo llevó a destacarse entre sus compañeros. El doctor Mintz tenía como expectativa ser dentro de la medicina y dentro de lo posible, un médico universal por lo cual escogió la especialidad a la que me he referido.

A su regreso a México en 1960 y después de haberse preparado por cuatro años, ingresó al Instituto Nacional de Cardiología en donde reorientó su inclinación hacia la reumatología y con-

vivió con lo que constituía la segunda generación de reumatólogos, entre los cuales se encontraban Alfonso Chávez, Gutiérrez Moyano, Píndaro Martínez y nuestro querido académico recién desaparecido Gabor Katona.

En 1963 funda el servicio de reumatología en el Hospital General del Centro Médico Nacional del Seguro Social, que gracias a su gran empeño y visión se transformó rápidamente, en aquella época, en el servicio más completo de la especialidad del continente, ya que logró conjuntar el área pediátrica de medicina física y rehabilitación y puso especial empeño en encontrar un cirujano ortopédico al que le interesara la reumatologia que fue el académico doctor Reyes Cunningham, lo que permitió que se aplicaran por primera vez en nuestro país, y con gran éxito, las prótesis de dedos, rodillas y caderas en pacientes reumáticos.

Su inquietud, su claro análisis y solución completa a los problemas, no sólo de su especialidad, de la medicina y de la vida, lo llevaron a ser muy apreciado por todos aquellos que lo conocieron y por ello, en 1968, durante la terrible, crisis médica, fue designado como representante ante la Alianza Médica que fue la tribuna más grande que se ha formado para luchar por la mejoría económica y académica del médico. Ahí el doctor Mintz actuó con dos de sus mejores cualidades: valentía y prudencia combativa, esta última de gran importancia ya que presupone una actuación hipocrática: primero, no hacer daño, en este caso a sus representados, y segundo, hacer lo posible para mejorar la situación del enfermo, en este caso era la medicina del país.

Su interés por la enseñanza siempre fue manifiesto. Su actividad docente no sólo se concretó a los residentes y fue así como viajó por todo nuestro país dando conferencias a sociedades, universidades y colegios médicos. En esta actividad no sólo describe doctoralmente los padecimientos reumáticos sino que, con todo cuidado y aun con complacencia, contestaba las dudas que le planteaban estudiantes y médicos y departía amigablemente con sus exresidentes, que llegaron a un centenar, en los cuales siempre dejó la frase o la idea que serviría en el futuro para infundirles ánimo o forjar en ellos seres de bien. Se preocupó por todos ellos como el maestro que desea que sus seres queridos, en lo posible,tengan un área para realizarse y medios para subsistir. Para lograrlo dedicó un enorme esfuerzo para que a nivel institucional y universitario, se reconociera la especialidad de posgrado así como lograr la apertura de plazas de la especialidad. En este capítulo, su interés era implantar una preparación

superior de posgrado que lo llevó a aceptar la jefatura de enseñanza e investigación, sin embargo, la infiltración burocrática en el área médica, que aun existe más acentuada en nuestros días, le hizo imposible realizar su misión por lo que renunció al puesto y regresó a su amado servicio.

Ubicado en su tiempo tuvo el convencimiento de que el médico debe establecer sus propias reglas de oro para reafirmar sus conocimientos y proteger a los pacientes y fue así que, con un pequeño grupo de especialistas, mostró su creatividad al fundar el Consejo de la Especialidad, que en 1972 fue el segundo declarado idóneo por nuestra Academia. Como investigador fue distinguido por las academias más prestigiadas del país: la Nacional de Medicina, la de Investigación Científica, etc. Fue también reconocido como investigador por el Sistema Nacional de Investigadores y el Instituto Mexicano del Seguro Social. Este reconocimiento le fue hecho más allá de nuestras fronteras por más de una veintena de sociedades, lo que lo acredita como un médico universal.

Sus publicaciones superaron las 150, varias de ellas publicadas entre 1965 y 1984, y se convirtieron en clásicas de nuestra especialidad.

En 1985 el terremoto destruyó su casa de trabajo; ya enfermo, él escribió: «Me tocó un buen boleto en la vida, la gocé, la viví completa, me divertí» hermosa frase en la que perdona a la naturaleza por haber truncado momentáneamente lo que estaba realizando. Cuando llegó al Hospital de Especialidades de La Raza, su presencia, la de sus médicos de base y sus residentes, constituyó el reencuentro familiar con nosotros que aún manteníamos nuestra casa en pie. Y fue ahí donde volvió a manifestar su templanza, capacidad y academismo que mejoró el ánimo de los suyos y estimuló a los de casa.

Hizo una labor incesante durante más de veinte años en las diferentes ligas continentales de reumatología, en las cuales, como reconocimiento académico a su inteligencia, dinamismo y gran visión, fue llamado a ocupar distintos puestos en sus comités, esto culminó con su elección como presidente de la Liga Internacional contra el Reumatismo, puesto que el ingrato destino le impidió desempeñar.

Algunas personas lo criticaron por su aparente cinismo, otras por su intolerancia, todos ellos estaban equivocados. Su cinismo era la manera de defensa de un ser humano y sensible. Su intolerancia era ante la mediocridad y la mentira, pues para él cons-

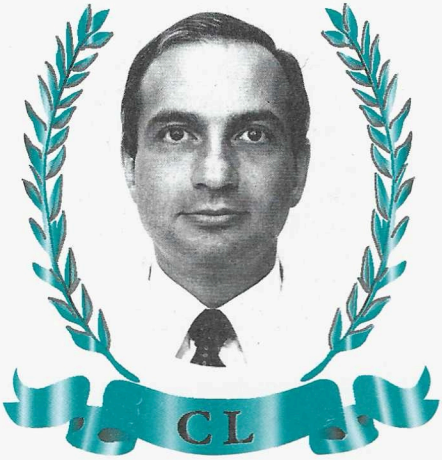
tituía un fracaso ético y humano que personas con capacidad desperdiciaran las oportunidades que la vida o él les hubiera generado.

Con su partida existe un gran vacío para su dedicada y amorosa esposa Raquel; para sus cuatro hijos, Feg, Abraham, Dina y Joshua; para sus amigos, para sus exresidentes a los cuales a través del tiempo adoptó como familia, y para la reumatología mundial.

Él escribió durante su enfermedad como una clara muestra de su inteligencia ante lo inevitable: «Las leyes biológicas no se discuten, ni se regatean, se aceptan». Me dijo ya enfermo: «la quimioterapia me puede prolongar un cincuenta por ciento la vida, pero desde que la recibo, me he sentido mal todos los días, por lo que prefiero tener calidad de vida el tiempo que me quede». Ésta, su última frase, fue su guía al tratar a sus pacientes, al tratar de otorgarles calidad de vida.

Gregorio Mintz ahora descansa, porque su proyecto en la vida lo plasmó y es guía.

Antonio Fraga Mouret



Juan Somolinos Palencia

La Academia Nacional de Medicina me ha hecho el encargo de recordar ante ustedes a nuestro amigo y compañero académico, el doctor Juan Somolinos Palencia, quien falleciera el pasado 9 de marzo. Es una tarea triste y honrosa para mí y, para quien considere los augurios, he de hacerla en el preciso día del año en que cumplo veintiocho de académico. Poco es lo que se puede decir en el tiempo señalado pero quiero, aunque someramente, recordar a Juan Somolinos como historiador, como editor, como escritor y como académico. Nació en Estocolmo, Suecia, el 11 de agosto de 1938, hijo de ciudadanos españoles, el doctor Germán Somolinos d'Ardois y María Isabel Palencia de Somolinos. La familia llegó a México cuando Juan tenía once meses de edad. Fue educado en el Liceo Francés y en la Universidad Nacional Autónoma de México. La historia fue su profesión. De familia le venía. Su padre, además de trabajar en su laboratorio clínico, desarrolló una intensa labor como historiador de la medicina mexicana, y como tal, ingresó a nuestra Academia en 1960. Juan Somolinos editó y publicó los libros que su padre escribiera, en particular los tomos sobre medicina prehispánica que por su repentino fallecimiento dejara inéditos. Juan Somolinos ingresó a la Sociedad de Historia y Filosofía de la Medicina en 1958; la presidió y fundó su revista en 1972, siendo el editor hasta su muerte. Fue profesor de la Escuela de Medicina de la Universidad Autónoma de México, en la cátedra de Historia y Filosofía de la Medicina desde 1966 y titular desde 1973. En ella, se distinguió por su participación en la iniciación y

en el desarrollo del Museo de Medicina de Santo Domingo. Su labor como historiador lo hizo merecedor del Premio Nacional de Ciencias y, Artes, que recibiera de manos del Presidente Salinas de Gortari en 1992. El doctor Somolinos desarrolló una tarea de gran valor para la medicina mexicana desde su puesto de muchos años como editor de las publicaciones del Instituto Mexicano del Seguro Social. Quienes laboramos en el Instituto en la época en que Juan Somolinos tomó las riendas de esa actividad, pudimos constatar el cambio tan favorable que imprimió a sus publicaciones. La calidad que alcanzaron les permitió ser vehículos idóneos para la difusión de la medicina clínica a través de la Revista Médica del Instituto y de la investigación médica a través de los Archivos de Investigación Médica de México. Como escritor deja para la posteridad una obra vasta y variada. Sus títulos incluyen, entre muchos, libros de poesía, como «Los animales», publicado en 1981; de crítica de arte, «El surrealismo en la pintura mexicana», de 1973 y, por supuesto, de historia, «La belle epoque», 1971, así como los relacionados con la historia de la medicina, que fueron numerosos y entre los cuales destacan El Doctor Juan Terrés y su tiempo de 1973 y Una antigua jornada académica (La Academia de Medicina en México, 1836) de 1979. Sus artículos aparecieron en muy diversas revistas, principalmente en nuestra Gaceta y en la Revista de la Sociedad de «Historia y Filosofía de la Medicina». Entre los primeros, son memorables El cuerno del unicornio, «La piedra bezoar» y «La farmacia mágica y popular», todos de 1992.

Juan Somolinos supo dejar su huella, productiva y creadora, en todas las sociedades en que participó. Muy recientemente, fue Presidente de la Asociación Médica Franco-Mexicana y, por circunstancias fortuitas, pude ser testigo del impulso que le supo dar a esa sociedad que tenía años de, si no muerta, por lo menos en estado de vida latente. Esperemos que sus sucesores mantengan el camino que Juan señaló. Fue un académico ejemplar, y pocos de sus socios en sus CXXX años de existencia, han hecho por la Academia Nacional de Medicina lo que hizo Juan Somolinos. Ingresó en 1974 y desde ese mismo año, se hizo cargo de la organización de su archivo, su hemerobiblioteca y su patrimonio histórico. En 1989 fue nombrado Curador de la Academia Nacional de Medicina. A escasos cuatro años de académico, fue nombrado editor de la Gaceta Médica de México, nuestra revista, y cumplió con esas funciones hasta que los estragos de su última enfermedad se lo impidieran.

Durante su labor, le tocó vivir tiempos críticos para la Academia y para sus publicaciones y sólo los que compartíamos sus dificultades sabemos lo que la Academia le debe; debo declarar ante ustedes que quizá sin él la Gaceta hubiera interrumpido sus más de 100 años de publicación continuada. La Gaceta refleja durante todo ese tiempo el carácter que Juan le quiso y supo imprimir: la delicadeza de su tipografía, el buen gusto de sus decoraciones, las viñetas biográficas con que llenaba las páginas pares que le quedaban vacías y que personalmente escribiera e ilustrara. Por si fuera poco, Juan Somolinos cumplió también con la intensa y dedicada tarea de ser Secretario General de nuestra Corporación de 1981 a 1983, fue su Vicepresidente en 1986 y ejerció la Presidencia en 1987 con la dignidad, eficiencia y señorío de que siempre hizo gala.

Juan Somolinos nos ha dejado, pero su obra y su memoria perdurarán mientras exista la Academia Nacional de Medicina, y su recuerdo de amigo leal, mientras viva el último de quienes gozamos del privilegio de su amistad.

Jorge Corvera Bernardelli

Manuel Peláez Cebrián

Miembros del presidium, familiares y amigos del doctor Manuel Peláez Cebrián, señores y señoras. Agradezco la distinción del Cuerpo de Gobierno de la Academia Nacional de Medicina al designarme para hacer la semblanza del doctor Manuel Peláez, quien desgraciadamente falleció el 2 de diciembre de 2008. Estoy consciente de que no dispongo del tiempo para abordar muchos aspectos de su fructífera vida a través de nueve décadas. Me disculpo por las omisiones.

Manuel nació en la ciudad de México el 17 de octubre de 1918, sus padres fueron Don Manuel Peláez, oriundo de Llanes, Asturias, y Doña Amparo Cebrián, de Palencia, también en España; tuvo dos hermanos y dos hermanas. En su primera infancia, vivió en la calle de Pino en la colonia Santa María la Ribera, en la que efectuó sus estudios de primaria con la enseñanza de profesores particulares debido a la inseguridad de la época posrevolucionaria y la guerra de los cristeros. Durante ese tiempo también recibió clases de piano. La educación media la llevó a cabo en Asturias, España. En 1935 recibió el título de bachiller de la Universidad de Oviedo.

Decidió estudiar medicina y cursó el primer año en la Universidad Central de Madrid, pero en julio de 1936 estalló la guerra civil española, por lo que suspendió sus estudios y se ofreció como voluntario en el servicio médico sanitario; trabajó en la

Policlínica Militar en la ciudad de Gijón. También actuó en el frente de batalla cerca de Lugones. El siguiente año se trasladó con su familia a Burdeos y semanas después, ya en 1937, toda la familia salió del puerto de Havre rumbo a México. Poco después fue el portador de una valija diplomática de la Embajada de España en Washington, la cual llevó a La Haya, en Holanda.

En 1938 reinició sus estudios de medicina en la Universidad Nacional Autónoma de México. Cabe destacar su paso en el Hospital General por el Pabellón 24, con el doctor Abraham Ayala González, y por el pabellón 7, que posteriormente fue el Instituto Nacional de la Nutrición, con los doctores Salvador Zubirán y Bernardo Sepúlveda; seguramente ellos influyeron en su inclinación hacia la gastroenterología. Entre sus compañeros de generación se puede mencionar a los doctores Francisco Durazo, José María de la Vega, José Manuel Falomir, Emilio Martínez Manatou, Jaime P. Constantiner y Manuel Aguilar Bonilla, quien llegó a ser presidente de Costa Rica.

Una pasión de Manolo fue el futbol, deporte que practicó durante infancia y sus años de educación media en España y al regresar a México, donde militó en el equipo Vasconia de la Liga Comercial, en el equipo de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México (precursor de los Pumas), y en las reservas y primera división del equipo Asturias; como portero defendió con entusiasmo y honor la meta de sus equipos. Dejó el futbol cuando se trasladó a Valle de Guadalupe, en los altos de Jalisco, para cumplir en julio de 1944 con el servicio social como requisito para titularse.

Realizó múltiples estudios de posgrado:

- Residencia rotatoria en el Hospital General de la Secretaría de Salud y Asistencia (1944-1945).
- Curso de Gastroenterología para Graduados y Curso Bockus de Gastroenterología en la Escuela de Graduados de la Universidad de Pensilvania (1945-1946).
- Curso de Cirugía en el Colegio de Cirugía de la misma Universidad (1946-1947).
- Curso Médico-Quirúrgico de Patología Digestiva en el Hospital Provincial de Madrid, España (1951).
- Curso de Actualización en Gastroenterología, en el Hospital Español de México (1956).
- Curso de Actualización Didáctica en el Centro Latino Americano de Tecnología Educativa para la Salud (1974).

Trabajó en el Hospital General de la Secretaría de Salud y Asistencia como médico aspirante del Servicio de Gastroenterología (1947-1948).

La mayor parte de sus actividades profesionales las realizó en el Hospital Español de México: como médico agregado adscrito al Servicio de Gastroenterología de 1949 a 1951; fue fundador y encargado del Servicio de Proctología de 1951 a 1960; encargado del Departamento de Proctología de 1951 a 1960, y jefe del mismo a partir de 1961; fungió como director médico de 1991 a 1995.

Perteneció a varias corporaciones médicas nacionales y extranjeras:

- Sociedad Mexicana de Proctología, de la que fue presidente de 1961 a 1963.
- *American Proctologic Society*.
- Asociación Española de Proctología.
- Asociación Mexicana de Gastroenterología.
- *Bockus Alumni International Society of Gastroenterology*.
- Sociedad Española de Patología Digestiva y Nutrición.
- Asociación Española de Endoscopia Digestiva.
- Asociación Médica del Hospital Español.
- Sociedad Médica Hispano Mexicana, de la que fue fundador y presidente.
- Instituto de Cultura Hispánica de Madrid.

Ingresó a la Academia Nacional de Medicina en 1975 y en 1990 pasó a ser miembro titular. Participó en varios eventos y comisiones de la Academia.

Realizó actividades docentes como profesor adjunto o titular tanto en pregrado como en posgrado. Durante su activa vida académica participó en innumerables reuniones, cursos y congresos nacionales e internacionales; como conferenciante y maestro dio a conocer la experiencia de su grupo de trabajo y su experiencia personal en el ámbito de la gastroenterología y la proctología, lo que también quedó plasmado en los múltiples artículos publicados en revistas mexicanas y de otros países, así como en los capítulos de varios libros.

Su destacado papel en la medicina y en su especialidad, al igual que su cultura y su calidad como ser humano, lo hizo merecedor de varios reconocimientos por parte del Hospital Español, en el que trabajó durante tantos años y en el que dejó un recuerdo indeleble, y por parte de las asociaciones médicas y cultu-

rales a las que perteneció, entre ellos el «Caballero de Habeas Christy» de Toledo, la «Encomienda de Alfonso X, el Sabio», y el «León de Oro» de la ciudad de León.

Manolo formó una familia ejemplar: en 1955 contrajo matrimonio con Doña Laura Casablanca Esquivel, con quien procreó tres hijos: Manuel, Carlos y Laura, con ellos y con sus cuatro nietos festejaron las bodas de oro el 2 de julio de 2005. A todos les doy el más sentido pésame, tanto a mi nombre, como a nombre de la Academia Nacional de Medicina, que el día de hoy le hace este sencillo pero sincero reconocimiento.

Decansa en paz Manolo, tu familia, tu familia del Hospital Español, tus compañeros, tus enfermos y tus amigos siempre te recordaremos con cariño.

César Gutiérrez Samperio

Fernando Flores Barroeta

El 24 de agosto del presente año falleció Fernando Flores Barroeta, a la edad de 81 años, después de una penosa enfermedad.

Fernando Flores fue fundador de este Centro Médico. Poco después de concluir su adiestramiento en Anatomía Patológica, en la Unidad de Patología del Hospital General de México, fue Jefe del Servicio de Anatomía Patológica del Hospital de Neumología y Cirugía de Tórax (actualmente Hospital de Cardiología). Posteriormente fue Jefe del Servicio de Anatomía Patológica del antiguo Hospital General de este Centro Médico (ahora Hospital de Especialidades), Jefe de la División de Laboratorios y Gabinetes y Jefe de Enseñanza e Investigación del mismo Hospital, puesto que ocupó hasta el momento de su jubilación.

Desde el punto de vista profesional el principal logro de Flores Barroeta fue haber creado un servicio de patología, en el antiguo Hospital General del Centro Médico Nacional, que fue modelo en su época. Su elevada calidad humana, sus dotes de organizador, su carácter perfeccionista, su don de mando y su capacidad para seleccionar a los colaboradores más adecuados permitieron el desarrollo de un servicio formado por un grupo destacado de subespecialistas en diversas áreas de la patología. Sin embargo, como Jefe del Servicio de Anatomía Patológica no se limitó a reunir a un grupo de expertos; propició, además, un ambiente de amistad fraterna entre los patólogos, que obligó a cada uno de ellos a aportar con orgullo su máximo esfuerzo.

Considero muy improbable que pueda crearse otro departamento de patología en el que se conjunten un elevado nivel académico y una relación cordial de todos sus miembros.

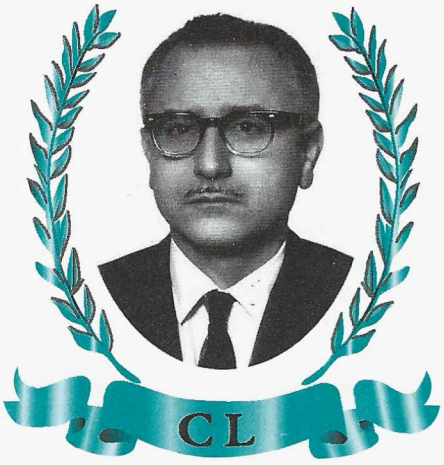
Como maestro participó en la formación de un gran número de patólogos. Su papel como maestro no sólo se manifestó en la transmisión de conocimientos sino, en forma primordial, en la enseñanza de conductas. Con los residentes en no pocas ocasiones era intolerante y generalmente severo, pero, al lado de estos rasgos, siempre tuvo la virtud de saber reconocer los aciertos de sus colaboradores y alumnos y aceptar los errores propios.

Fernando fue un individuo con amplia cultura, interesado en la música, la literatura y la pintura, así como un cinéfilo irredimible. Fue un padre comprensivo y tolerante y un esposo excepcional; a pesar de que María Elena y él tuvieron intereses completamente diferentes (por ejemplo, el fútbol y la ópera), durante 54 años cultivaron una relación respetuosa y cariñosa.

Hombre íntegro, de conducta intachable, consideraba la amistad como uno de los valores más preciados; siempre estaba dispuesto a resaltar las muestras de apoyo y afecto que recibía y a retribuirlas con una generosidad sin límites.

Hace 24 años el encargado de darme la bienvenida en esta Corporación fue Fernando Flores. En esa ocasión expresó que la persona más adecuada para recibirme era él, por haber sido compañeros de trabajo y entrañables amigos durante más de 20 años. Una de las tareas más desafortunadas es despedir a un amigo, aunque debo admitir que en esta ocasión soy la persona más apropiada para hacerlo por la amistad muy afectuosa que nos ligó durante más de 40 años: Adiós querido amigo, nos dejas un amable recuerdo.

Jesús Aguirre García



Ramón Villarreal Pérez

Creo que nunca dejará de ser solemne y patético, y hasta angustioso, evocar el recuerdo de quien veíamos y conversaba con nosotros, apenas ayer. Tal vez eso se debe a que cuando alguien rinde el tributo inexorable a la tierra, una parte espiritual y material se desprende de lo íntimo de nosotros para siempre, ratificando lo que el poeta bellamente señalara al decir que no hay que preguntar por quién doblan las campanas.

Esos sentimientos se acrecientan cuando se trata de una persona que nos brindó una amistad que el tiempo y las experiencias mutuas acrisolaron, como es el caso del Sr. Dr. Ramón Villarreal Pérez, al que casi todos ustedes conocieron y trataron, y del que, con seguridad apreciaron sus grandes dotes intelectuales, su preparación académica, su sentido social, su vocación responsable ante el país, su deseo de hacer cosas en beneficio de nuestra profesión, su modestia y su extraordinario don de gentes, por apuntar- algunas de las cualidades que configuraron su personalidad.

Ramón Villarreal nació en 1919 en el estado de Coahuila. Hizo sus estudios preprofesionales en San Luis Potosí, SLP y los profesionales en la Escuela Nacional de Medicina de la UNAM, donde se graduó en 1944.

Continuó sus estudios sobre medicina general en la universidad de Wisconsin. En seguida estudió un curso completo sobre fisiología en la universidad de Northwestern donde obtuvo la maestría en ciencias, en 1952 y 1953 realizó estudios sobre esta

disciplina en la universidad de Utah y de 1953 a 1955 se especializó en medicina interna en la universidad de Harvard, en 1960 y 1961 estudió salud pública en la universidad de Johns Hopkins, donde obtuvo el grado de maestro.

Con esa amplia preparación regresó al país y fue designado director de la facultad de medicina de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, cargo que desempeñó de 1955 a 1959, donde, a la vez, impartió la cátedra de fisiología, de 1959 a 1974 ocupó varios puestos en la Oficina Sanitaria Panamericana, todos relacionados con la enseñanza de la medicina y la preparación del personal. De 1974 a 1978 desempeñó el cargo de rector de la unidad Xochimilco, de la universidad autónoma metropolitana. Al término de su gestión fungió como asesor de la rectoría y profesor titular de atención a la salud, de la misma unidad. Entre 1978 y 1984, desarrolló, simultáneamente, varias actividades que le fueron conferidas en atención a sus méritos, tales como director del programa del Año Internacional del Niño; investigador principal en adiestramiento del personal de salud en la UAM, del programa respectivo de la OMS; miembro del comité de evaluación de la universidad de Limburg, holanda; coordinador para el continente americano del programa *Network of Community for Health Sciences*. En 1984 y par te de 1985 fue asesor del secretario de salubridad y asistencia.

El 29 de mayo de 1985 fue nombrado director general de la Fundación Mexicana para la Salud, A.C., Puesto que cubrió hasta el 12 de septiembre de 1987, cuando falleció.

Fue miembro de varias sociedades científicas de México y del extranjero y en los últimos años fue consultor de la OMS.

Publicó más de 50 artículos sobre temas relacionados, principalmente, con la formación de personal de salud, con énfasis en la atención médica de carácter comunitario.

De esta vasta gama de actividades me parece interesante destacar dos: las relacionadas con su función de rector de la UAM y las adscritas a su papel de director general de la Fundación Mexicana de la Salud, A.C.

Las primeras se tradujeron en un intento para modificar la enseñanza superior, especialmente de las ciencias de la salud, y en particular, de la carrera de medicina. Identificado con el pensamiento avanzado de aquel entonces, trató de eliminar el parcelamiento de la enseñanza, característico del aprendizaje por disciplinas, cambiándola por el estudio de «objetos de transformación de la realidad», lo que significaba, implícitamente, abordar en forma integral: la producción de conocimientos, la transmisión

de los mismos y su aplicación a la modificación de un hecho concreto. Considerando que la realidad es un todo en el que confluyen hechos económicos, sociales, culturales, físicos y biológicos, su aprehensión debe ser en su conjunto para hacerla racional, de ahí la implantación en la enseñanza, del llamado «tronco común», en la institución de módulos subsecuentes lógicamente seleccionados, estructurados y desarrollados, para terminar, en el caso de la enseñanza médica, en el establecimiento del estudio por niveles de atención; primaria, secundaria y terciaria; ejercitando en cada momento el proceso «empírico-inductivo», seguido de un reforzamiento «teórico-deductivo», que permitiera la utilización de un razonamiento doble entre la realidad y la teoría. Todo con el fin de despertar y aprovechar las potencialidades del educando.

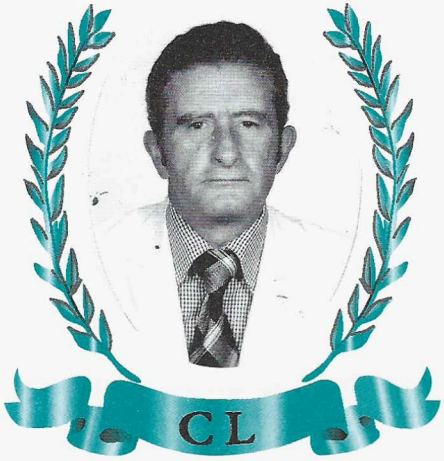
La bondad de este método fue, ha sido y será discutible, simplemente señalo los hechos como una demostración de la inquietud intelectual y social de Ramón Villarreal.

En la Fundación Mexicana de la Salud, A.C, empleó la última parte de su vida, ejecutando diligente y acertadamente, lo que dispuso su consejo directivo en función de los propósitos de ese organismo, como son los de promover: la investigación en salud, el desarrollo del personal, la producción de tecnología apropiada y apoyar la infraestructura en salud y la cooperación técnica entre Países, durante su desempeño en esta fundación, se concretaron varios proyectos de investigación, se fortaleció la infraestructura de algunos hospitales de tercer nivel; se apoyaron numerosos proyectos de desarrollo tecnológico; se impulsó el sistema de estímulos a investigadores mexicanos; y se inició la publicación de boletines informativos de alta calidad.

Una de las pasiones de su vida: la atención de la salud por métodos y razonamientos siempre en superación.

En este apretado discurso sobre la vida tan interesante y tan prolija del Dr. Villarreal, matizada por su modestia y su gran calidad humana, sólo he tocado algo relevante, inexorablemente tuvo que arribar al término de su camino, a pesar de los esfuerzos que se hicieron para prolongarlo. Pienso que al final, él mismo reconocería la gran impotencia de nuestros recursos y las enormes lagunas de nuestros conocimientos médicos, lo que evidencia la necesidad de ir siempre adelante, para entresacar, dicho en la expresión diazmironiana, no sólo palabras mudas de los labios entreabiertos de la ciencia.

Ramón Álvarez Gutiérrez



Alberto Villazón Sahagún

Agradezco a la Academia Nacional de Medicina por haberme dado la oportunidad de recordar al Dr. Alberto Villazón Sahagún, gran visionario y médico excepcional, por muchos conceptos.

El Dr. Villazón nació en Chihuahua, el día de navidad de 1925 y falleció en esta ciudad el 15 marzo del presente año.

Desde temprana edad, vivió en México D.F. en donde prácticamente residió toda su vida, aquí cursó sus estudios elementales y preparatorios, así como la carrera en la facultad de medicina de la UNAM, graduándose como médico, el 16 de junio de 1948.

Siempre se distinguió como magnífico estudiante. Hizo su servicio social en San Sebastián el Seco, Puebla, en donde dejo buenos recuerdos.

Se casó con Gloria Davico en 1950, aquí en el Distrito Federal y tuvieron 6 hijos: José Alberto, Carmen, Gloria, Laura, Oscar y Ana María, que les dieron 10 nietos.

Oscar fue el único que estudio la carrera de su padre y es un buen cirujano general, José Alberto hizo la de Ingenieria Biomédica.

Conocí a Alberto en el hospital general durante los cursos de posgrado de gastroenterología del maestro don Abraham Ayala González, de los que fui coordinador e instructor, pero tuve el privilegio de tratarlo más de cerca y seguir su trayectoria en el hospital Español, en donde prácticamente hizo toda su importante y excepcional carrera profesional.

Ya para entonces el Dr. Villazón, llevaba una brillante trayectoria en el servicio de cirugía de la Cruz Roja Mexicana en la que llegó a ser jefe del servicio de cirugía en los años de 1955 a 1957, y también jefe de gastroenterología de 1957 a 1958 y al siguiente año fue subdirector médico de la benemérita institución.

En 1950, empezó a asistir como médico voluntario al servicio de gastroenterología del Hospital Español y en 1954 fue nombrado agregado a dicho servicio, en donde trabajó por varios años al lado del Dr. Matute. Desde entonces instructor del curso piloto de gastroenterología y además titular del curso de cirugía general desde 1959, también titular, de fisiología integral en la división de estudios superiores de la escuela de medicina de la UNAM.

En ambas disciplinas, gastroenterología y cirugía general, fue ascendiendo poco a poco, hasta llegar a ser presidente de la Asociación Mexicana de Gastroenterología y de la de Cirugía General.

Por sus amplios méritos ingresó en la Academia Mexicana de Cirugía de la que fue presidente y tiempo después a la Nacional de Medicina, máximas instituciones de la medicina mexicana.

En 1958, pasó algún tiempo en la clínica Lahey de Boston y en 1960 fue nombrado jefe de enseñanza del Hospital Español.

Aunque sus logros del Dr. Villazón fueron muy importantes, su visión del futuro y sus dotes de verdadero maestro al sembrar ideas y descubrir vocaciones se manifestaron muy elocuentemente en la atención del enfermo grave y así vemos que desde el «carrito rojo» o de «shock» y las dos camas instaladas en la antigua sala 4 por los Drs. Villazón y Hervella en 1960 a las unidades actuales de terapia intensiva y de coronarias, media un abismo.

Durante esos años el Dr. Villazón se dedicó a dar conferencias sobre la atención del enfermo grave, a integrar centros de terapia intensiva en el país, a preparar personal tanto médico como de enfermeras especializadas, a escribir artículos en revistas médicas y a organizar cursos a los que invitaba como profesores a los pioneros en cualquier innovación que surgiera en estos terrenos, en el extranjero.

Escribió diez libros dedicados a urgencias y a la atención del enfermo grave.

Esta actividad tan intensa lo llevó a ocupar la Presidencia de todas las organizaciones sobre el tema y así dirigió sucesivamente las asociaciones locales, nacionales, panamericana, e ibérica de

terapia intensiva. En 1980, en Washington se fundó la Federación Mundial de la que fue nombrado su primer Presidente.

En el Hospital Español hizo una verdadera escuela de Intensivistas en cuyo puesto quedó el actual jefe de Enseñanza, Dr. Afredo Sierra Unzueta, que siguiendo sus pasos, recorre el mundo de la Medicina Critica.

Al vigésimo cuarto congreso nacional, le dieron y dedicaron su nombre. Lo mismo que al servicio de terapia intensiva del hospital Español.

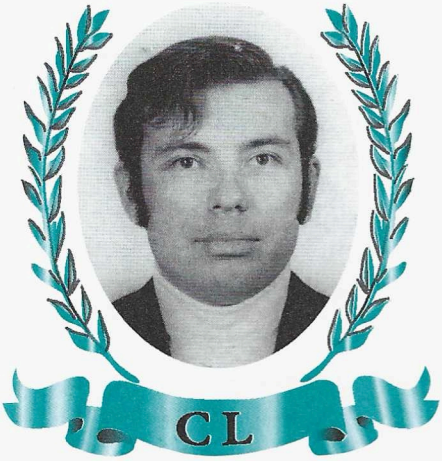
Fue presidente honorario de las Sociedades de Terapia Intensiva de Panamá, Venezuela y muchas otras locales de la República Mexicana.

Desde 1971, pasó una buena parte de su tiempo trabajando en la alimentación hipercalórica y a este tema dedicó uno de sus libros.

Por último, el año pasado recibió de manos del Sr. Presidente de la República Mexicana Ernesto Zedillo, la medalla de oro como premio a la excelencia por sus aportaciones a la medicina crítica.

Descanse en paz nuestro querido amigo y a su esposa Gloria. Así como a sus hijos, el sentimiento de los miembros de esta academia y en particular del mío.

Manuel Peláez Cebrián



Hugo Aréchiga Urtuzuástegui

La noticia de la desaparición del doctor Hugo Aréchiga Urtuzuástegui, el 15 de Septiembre del presente en Esmirna, Turquía, conmovió tanto a su círculo de amigos cercanos como a un amplio sector de la comunidad científica nacional e internacional. El doctor Aréchiga había establecido fuertes vínculos con sus colegas y pares, así como con numerosas asociaciones científicas de todo el orbe.

Su trabajo académico y científico quedó plasmado en un cúmulo importante de artículos y libros. Su actividad docente le permitió dirigir numerosas tesis de licenciatura, maestría y doctorado, todas ellas en el área de la fisiología y biofísica, así como de la cronobiología donde fue un pionero mundial junto con Halberg.

Habiendo recibido el título de Médico Cirujano en la Facultad de Medicina de la UNAM en 1964, continuó su actividad científica en diversas instituciones y obtuvo el Doctorado en Ciencias, Fisiología y Biofísica siendo pronto Profesor Titular y Jefe del Departamento de Fisiología, Biofísica y Neurociencias del CINVESTAV y luego hasta su muerte, Jefe de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Medicina de la UNAM. Su intensa actividad científica e inquietud por la promoción y participación en diversos programas de investigación, lo llevaron a figurar como «*Research Fellow*» en el *California Institute of Technology* y profesor visitante en 47 instituciones extranjeras, entre ellas las Universidades de Rice, Stanford y Harvard

en Estados Unidos; Liverpool y Oxford en Inglaterra; Basilea en Suiza; Beijing en China y la Universidad Hebrea en Jerusalén y el Centro de Estudios Avanzados de Trieste, Italia.

Fue miembro de 8 sociedades científicas nacionales y 19 internacionales entre ellas la Academia de Ciencias de América Latina de la cual era Presidente; la *Third World Academy of Sciences* donde figuró en el comité de admisión, la *International Brain Research Organization* (IBRO) de la cual fue miembro del comité de enseñanza y la *American Academy of Arts and Sciences*. Fue director del Programa Universitario de Investigación en Salud de la UNAM y fungió como Coordinador General de los Comités Interinstitucionales para la Evaluación de la Educación Superior (CIEES) y Presidente del Consejo para la Acreditación de la Educación Superior (COPAES). También fue Presidente de la ahora Academia Mexicana de Ciencias y de la Academia Nacional de Medicina. Obtuvo el premio de la Academia de la Investigación Científica en Ciencias Naturales y el Premio Nacional de Ciencias en 1992. Hasta antes de su muerte figuraba como miembro del consejo Consultivo de Ciencias de la Presidencia de la República y ya había sido electo coordinador del mismo.

El doctor Hugo Aréchiga se distinguió siempre por su gran interés en la enseñanza y formación de recursos humanos para la ciencia. Durante muchos años fue un activo y convencido promotor de diversos programas de Maestría y Doctorado en el área médica para la formación de profesionales en el campo de la investigación biomédica. Se dedicó a regularizar y fortalecer las residencias de especialidad avaladas por la UNAM-SS con lo que se pudo elevar la calidad de los graduados, así como el nivel académico de los hospitales seleccionados. Durante su larga gestión en la División de Posgrado en la Facultad de Medicina de la UNAM, promovió y participó en el novedoso programa de maestría en Física Médica y contribuyó al proyecto inconcluso de un sistema para la formación del investigador médico (MD-PhD).

En lo personal siento una gran deuda con él. Me invitó a colaborar en la División de Postgrado de la Facultad de Medicina de la UNAM como coordinador de los programas de Maestría y Doctorado; publicamos tres libros en colaboración; por su insistencia acepté la responsabilidad editorial de Gaceta Médica durante su gestión como Presidente de la Academia Nacional de Medicina; participó como miembro del consejo editorial de la revista *Archives of Medical Research*; formó parte del comité organizador de la duodécima reunión de la *International Fe-*

deration of Science Editors para 2004 y me hizo el honor de escribir el prólogo de mi libro «Una ruta hacia la ciencia» de próxima aparición. Hugo Aréchiga fue un excelente colaborador y un amigo insustituible.

Su ausencia deja inconclusas muchas obras así como un vacío difícil de sustituir en el ámbito científico y académico. Hugo era un individuo con un gran don de gentes que reflejaba siempre optimismo y disposición permanente para contribuir al desarrollo de la ciencia y de su enseñanza. Como persona era de una conducta intachable, amigable, gran negociador y hombre de cultura universal. Los que lo conocimos y colaboramos con él sentimos profundamente su ausencia

Luis Benítez Bribiesca

Ricardo Sánchez Martínez

Es un honor para mí presentar esta breve reseña de los logros y trayectoria del Académico Dr. Ricardo Sánchez Martínez. Lamento la brevedad del tiempo para efectuar un justo homenaje a este destacado médico.

Doña Eva Martínez García y el Sr. Ricardo Sánchez Patiño. Procrearon seis hijos: Joaquín, David, Raúl. Rubén y María Antonieta y nuestro homenajeado Ricardo, quien nació en Julio 25 de 1927, en México D.F.

Seguramente para Ricardo su infancia y adolescencia fueron tiempos para desarrollar su brillante inteligencia, fortalecer y moldear su carácter e inquebrantable convicción de superación y éxito mediante esfuerzo, estudio y trabajo.

Desde su infancia tuvo metas definidas; Cursó la primaria en la escuela «Dr. Leopoldo Rio de la Loza». La secundaria en la inolvidable Numero 1 y el Bachillerato en la Nacional Preparatoria de San Idelfonso de la UNAM.

De este matrimonio nacieron sus amados hijos Armida y Ricardo Sánchez Arellano y sus queridos nietos Ricardo y Fernanda Sánchez Ambrosi.

En 1954 y 1955 trabajó como médico Anestesiólogo en el Quirófano Central del Hospital General de México de la SS y a partir de 1963 hasta su Jubilación como Jefe de Departamento Clínico de Anestesia e Inhaloterapia del Hospital General del CMN del IMSS y después como asesor técnico de la subdirección médica del IMSS entre 1959 a 1963.

Desde 1962 hasta su deceso fue un miembro distinguido de la Sociedad Mexicana de Anestesia y diversas asociaciones nacionales e internacionales de su especialidad.

En la ceremonia de recepción de nuevos académicos del 28 de junio de 1978 ingresó como miembro numerario a la Academia Nacional de Medicina, al Sitial de Anestesiología.

Fue elegido coordinador del área de Anestesiología del departamento de Cirugía en los periodos de 1983, 1986 y 89. Pasó de Académico de número a titular en junio de 1993. Durante más de dos décadas participó activamente en numerosas sesiones, simposios y comisiones.

Ingresó a la Universidad Nacional Autónoma de México en 1946 y se tituló el 7 de Mayo de 1953. Con el informe sanitario e higiénico del poblado de las Varas, Nayarit. Estudio clínico sobre la Fiebre tifoidea».

Realizó su residencia médica durante los años de 1953 y 1954 en el *Albert Einstein Medical Center* en la ciudad de Filadelfia EUA., y durante 1955 y 1956 su internado rotatorio en el *Charles S Wilson Memorial Hospital* en Nueva York.

Su residencia en anestesiología 1956 y 1957 y su felow en anestesiología de 1957 a 1959 en el *Saint Vicent Charity Hospital* en Cleveland Ohio.

Su inquietud intelectual lo llevo a efectuar entre Enero 1970 a diciembre de 1971 el Doctorado en Ciencias en la Facultad de Medicina de la UNAM.

En Mayo de 1955 contrajo matrimonio con la bella señorita Armida Arellano Tapia. Sin duda, ella, además de prodigarle profundo amor, con sensibilidad, encanto e inteligencia, supo comprender, apoyar, complementar y proyectar a Ricardo para lograr sus anhelos y trascendentes metas.

Su producción intelectual y científica fue abundante; realizó relevantes investigaciones y publicó capítulos en libros y artículos en prestigiadas revistas de la especialidad.

Su visionaria actitud, entereza y firme carácter lo hicieron merecedor de reconocimientos y justos homenajes en el transcurso de su prolija vida profesional; maestro de numerosas generaciones de anestesiólogos. Un académico cuya actividad profesional fue exitosa, vasta y fecunda. Un hombre con una vida familiar dichosa, buen esposo y buen padre.

Su deceso para quienes lo apreciamos, sólo puede interpretarse como un paréntesis, porque, sin duda, su recuerdo prevalecerá en su familia, amigos, alumnos, compañeros y pacientes.

Su figura trascenderá en los nuevos especialistas en el campo de la anestesiología y la terapia respiratoria, quienes, siguiendo su ejemplo, continuarán su humanitaria y loable tarea: aliviar el dolor sin causar más daño.

Uriah Guevara López

Jorge Manuel Velasco Alzaga

La labor profesional del doctor Jorge Manuel Velasco Alzaga se distinguió por ser contrastante e innovadora. Cultivó diferentes disciplinas, algunas de ellas difíciles de compaginar entre sí. Fue pionero en varias áreas y tuvo el privilegio de fundar instituciones importantes.

Desde su formación profesional destacan el espirítu de vanguardia, la diversidad de intereses y la constancia para alcanzar metas. En el año de 1946 ingresó por concurso a la Escuela Médico Militar. Más tarde se graduó como Maestro en Ciencias Sanitarias de la Escuela de Salubridad e Higiene actual Secretaría de Salud, para continuar sus estudios en los Estados Unidos de Norteamérica, en el *Brooke Army Medical Center de Fort Sam Houston* y en la Escuela de Higiene y Salud Pública de la Universidad de Johns Hopkins, en Baltimore. Especializado en Administración de Salud Pública en el área de Higiene mental, regresó a México para incorporarse al Hospital Central Militar y a la Universidad Nacional Autónoma de México, donde estudió neurología, psiquiatría y psicoanálisis, esto último bajo la supervisión del doctor Erich Fromm. En 1957 se gradúa como psicoanalista didáctico y poco después culmina su larga preparación entrenándose en paidopsiquiatría y psicoanálisis infantil,

Se trata sin duda de una trayectoria que denota visión del futuro, diversas preocupaciones intelectuales y una especial tenacidad, características que le permitirían llevar a buen término las tareas emprendidas, no obstante que éstas apuntaban con

frecuencia hacia diferentes objetivos. Estudiar lo que en aquel tiempo recibía el nombre de Higiene mental era una verdadera temeridad, sobre todo tratándose de un médico procedente de un país en desarrollo cuyas prioridades sanitarias eran los graves padecimientos infectocontagiosos. Pero las fuertes convicciones juveniles de Jorge Velasco Alzaga no sólo determinaron que se dedicara al cultivo de una rama «exótica» de la medicina sanitaria, sino que imprimieron otro giro brusco en su carrera, conduciéndolo por el camino de la neuropsiquiatría y el psicoanálisis. En esa época, pocas especialidades parecían más incompatibles que la de los sanitaristas y la de los psiquiatras. Los primeros lidiaban con poblaciones, trabajaban aislados en sus gabinetes, no tenían contacto personal con los enfermos y los números y estadísticas constituían sus principales herramientas, los segundos, en cambio, centraban su interés en el individuo, pasaban largas horas en los manicomios y consultorios y entre sus instrumentos de trabajo destacaban las abstracciones y la imaginación. Para el espíritu audaz del doctor Velasco Alzaga tales diferencias parecían no existir. Cuando se decidió al cabo por el psicoanálisis, no fue por el ortodoxo de Sigmund Freud sino por el frommiano, situación en verdad sorprendente tratándose de un egresado de la Escuela Médico Militar. Si bien es cierto que al postular la existencia del inconsciente y mostrar lo irracional de la conducta humana el psicoanálisis obliga a un cuestionamiento de toda disciplina impuesta, en la escuela de Fromm el cuestiona- miento alcanza la dimensión de choque frontal, al sostener que la verticalidad y el autoritarismo obstaculizan el libre y pleno desarrollo del ser humano.

El doctor Velasco Alzaga no sólo logró sortear los obstáculos de una formación tan heterodoxa, sino que el tiempo se encargó de mostrar lo acertado de sus elecciones. Desde hace ya muchos años los desórdenes mentales, el alcoholismo y las adicciones son, al lado de los padecimientos infectocontagiosos, asuntos prioritarios en la agenda de los funcionarios de salud. El término genérico de Higiene mental ha sido sustituido por lo que ahora se conoce como psiquiatría social, epidemiología psiquiátrica, sociología y antropología médicas. Se trata de disciplinas con personalidad propia y que sirven de soporte a la salud pública moderna. Como es bien sabido, su cultivo dio comienzo en los departamentos universitarios de psiquiatría, por parte de profesores que tuvieron una formación similar a la de Velasco Alzaga. Con respecto al psicoanálisis frommiano, vale recordar que su influencia en la educación médica de México fue muy profunda, ya que contrarrestó

las corrientes positivista y mecanicista que por la década de los sesenta dominaban la enseñanza de la medicina, los conceptos humanistas, éticos y holísticos de Erich Fromm enriquecieron a varias generaciones de estudiantes mediante la labor de maestros como el doctor Velasco Alzaga.

La variada y rica vida profesional del doctor Velasco Alzaga puede resumirse en tres obras fundamentales que perduran hasta nuestros días y cuya trascendencia justifica el lugar especial que él ocupa en la Psiquiatría y la Salud Mental de Iberoamérica. Entre 1960 y 1964, como Asesor Regional en Salud Mental de la Oficina Sanitaria Panamericana de la OMS, diseñó el primer programa de salud mental para las Américas, creando los cimientos para que los países de nuestro continente iniciaran un intercambio que ha sido decisivo para el desarrollo de políticas conjuntas. En 1965 creó el Hospital Psiquiátrico Infantil Dr. Juan N. Navarro, primero de este género en nuestro país y cuna de un número importante de psiquiatras infantiles. Finalmente, en 1983, fundó el Instituto Nacional de Salud Mental del Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia, donde ahora se llevan a cabo significativas tareas de investigación y enseñanza.

El doctor Velasco Alzaga ingresó al departamento de Sociología Médica y Salud Pública de esta Academia Nacional de Medicina en el año de 1978, con un trabajo de ingreso que lleva el sugestivo título de El labrador, en el cual se ve reflejado el espíritu de servicio que siempre lo animó. Hoy, recordando ese espíritu, nuestra corporación rinde un sincero homenaje al médico que naciera en Guadalajara, Jalisco el 1 de septiembre de 1923 y cuya vida estuvo plena de realizaciones. Su talento para sintetizar diversas disciplinas, trazar nuevos caminos, crear instituciones y hacer amigos entrañables lo convierte en un estímulo para perseverar en nuestra búsqueda diaria.

Carlos Campillo Serrano

Juan Federico Cruz Krohn

El doctor Juan Federico Cruz Krohn nació en Tecate en 1929. Hizo sus estudios profesionales en la Universidad Nacional Autónoma de México, su residencia de medicina interna y su maestría en endocrinología en el Instituto Nacional de la Nutrición. Después permaneció un año más en Bethesda ocupándose de proyectos de investigaciones relacionada con su especialidad.

A su regreso a México, ingresó al sistema docente de la Facultad de Medicina. Fue profesor adjunto y luego titular de la cátedra de endocrinología. Profesor adjunto y más tarde titular del curso de especialización en medicina interna para graduados. Fue miembro de la Sociedad Mexicana de Nutrición y Endocrinología. Miembro fundador de la Asociación de Medicina Interna de México. Miembro del *American College of Phisicians*. Miembro de la Asociación de Médicos del Instituto Nacional de la Nutrición «Salvador Zubirán», de la Academia Nacional de Medicina y obtuvo la certificación del Consejo Mexicano de Endocrinología y del Consejo de Medicina Interna.

En el Instituto Nacional de la Nutrición fue jefe de residentes, endocrinólogo titular, jefe de servicios de hospitalización; administrador interino; coordinador del Comité de bioética, coordinador de enseñanza y subdirector de enseñanza, subdirector de medicina interna; subdirector general y secretario del órgano de gobierno.

Fue miembro del Comité de Atención Médica de tercer nivel de la Secretaría de Salubridad y Asistencia. Miembro de la Co-

misión Nacional de Reconstrucción y de la Comisión de Reconstrucción y Ordenamiento de los Servicios de Salud en la ciudad de México, a raíz del temblor de 1985, y vocal del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

Juan era una persona de elevada estatura y de más de 100 kilos. Su imagen física, que proyectaba enorme seguridad y solidez, correspondía con iguales rasgos a la personalidad que irradiaba.

Asiduo lector, enterado de todas las cuestiones de su profesión, también lo estaba de los asuntos más variados relacionados con la vida del Instituto, de la ciudad y del país.

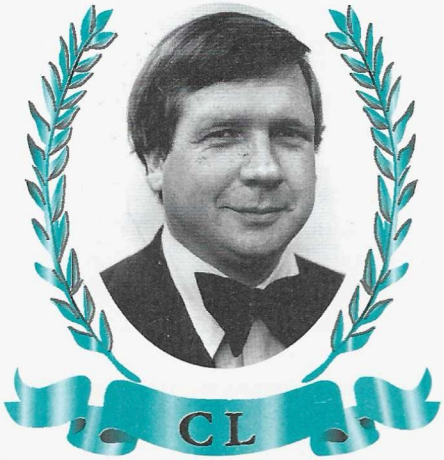
Lo que él había aprendido no lo olvidaba jamás, por ello era una fuente de referencia precisa, un archivo viviente.

Fue siempre ponderado, dueño de sí mismo, paciente, y como solemos decir, un hombre educado.

Dedicó su vida al Instituto que lo ayudó a formarse y en correspondencia fue factor importantísimo de estabilidad y progreso del mismo, sobre todo a partir de su nombramiento como subdirector de medicina interna, tanto por su labor personal como por el apoyo que brindó a la gestión del maestro Zubirán de 1972 a 1980, su época más fructífera.

La institución en la que transcurrió toda su vida médica, consideró que tiene una deuda de gratitud para con Juan.

Manuel Campuzano



Roberto Kretschmer

La muerte de Roberto Kretschmer provocó consternación general, a la personal íntima de la familia se agregó en no menor grado la de sus amigos y discípulos, la de los padres cuyos hijos estaban a su cuidado, la de las instituciones a las que servía y confiaban en contar con sus servicios dos o tres décadas más y tal vez la más importante a largo plazo la de México que fue privado de un ciudadano excepcional por su sabiduría, solidaridad humana, sensibilidad social, y ejemplo a seguir por sus virtudes cívicas, La Academia Nacional de Medicina no cuenta con muchos miembros de su estatura intelectual y científica.

Roberto fue un médico superdotado que cultivó sus potencialidades en excelentes escuelas; el Colegio Alemán, la UNAM, las universidades de Tubinga, Harvard y Chicago. La tesis de pregrado en Medicina fue publicada en *Journal of Experimental Medicine* su tutor el profesor Ruy Pérez Tamayo asegura que el mérito fue de Kretschmer, yo lo creo.

Al regreso a México su desempeño profesional fue siempre en el nivel de excelencia, médico investigador del IMSS descolló en el campo de las inmunodeficiencias, acuñó el término amnesia inmunológica, amplió el entendimiento del timo y diagnosticó el primer caso en México de la entidad Nemo.

En los últimos 10 años descubrió un factor inhibidor de la motilidad leucocitaria producido por *Entamoeba histolytica* que explica la escasa actividad inflamatoria en los abscesos hepáticos amebianos, elucidó la secuencia primaria de su estruc-

tura un pentapéptido que muy probablemente tenga aplicación terapéutica en humanos. Los 155 trabajos científicos publicados en revistas nacionales internacionales justifican su nombradía nacional e internacional en Pediatría, Inmunología y Alergia.

Su labor docente fue igualmente distinguida, conferencista brillante, era garantía de convocatoria cuando su nombre aparecía en un programa, formador de residentes y estudiantes graduados en maestrías y doctorados. El grupo que encabezó lo integró y formó multidisciplinario: biólogos, químicos, médicos veterinarios, microbiólogos, inmunólogos que fueron guiados y promovidos a escolares superiores, fue impulsor de posgrados o estancias largas en laboratorios extranjeros. Será labor de ellos continuar el legado de su línea de pesquisa y el ejemplo de su integridad personal y compromiso institucional.

Las escuelas de Medicina de los que fue profesor y las sociedades que lo distinguieron con su membresía extrañan ya su presencia, su ausencia no es fácil de sustituir. La Academia Nacional de Medicina lo recibió en 1976 y durante 29 años fue asiduo participante, creó el Fondo von Behring-Kitasato en 1991 (Centenario de la aplicación de suero antiliftero en niños, primer premio Nobel de Medicina y Fisiología en 1901), sus trabajos le valieron varios premios académicos, la conferencia magistral Ignacio Chávez. No acabamos de lamentar que no haya sido vicepresidente y presidente de esta corporación a la que sirvió con tanta distinción.

El ejercicio privado de la Pediatría fue motivo de profundas satisfacciones en las dos direcciones, sus pacientes fueron beneficiados por el servicio de un pediatra del más alto nivel en México y en el extranjero, el médico tuvo la confianza, rayana en la idolatría de su copiosa clientela, de natural cariñoso, los niños le dieron lo más hermoso en la vida; sus sonrisas con abrazos y besos espontáneos, la máxima y más valiosa satisfacción dable a un pediatra.

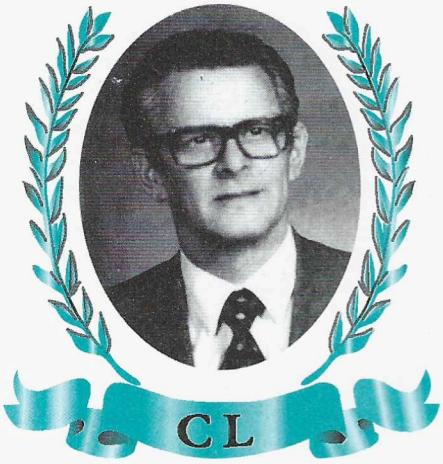
Si lo anterior parece extraordinario, falta lo mejor; el hombre superior que hace recordar el Hamlet, no al desdichado príncipe sino el ditirambo acerca del hombre; poseedor de una cultura apabullante, era como el mercader del Evangelio un depósito de prendas valiosas al parecer inagotable en todos los campos del quehacer humano: música, pintura, escultura, literatura, historia, antropología, religión, geografía, etc., etc., políglota, (5 por lo menos), tenía un tema preferido Venecía; todo con sencillez y naturalidad sin culteranismos ni aires de superioridad que le salían naturalmente sin desplantes.

El amigo fue generoso, siempre dispuesto a dar consejo y tiempo, en un medio competitivo nunca emitió opiniones derogatorias de colegas pero contundente cuando opinaba de mistificaciones o posiciones dogmáticas, su juicio sobre la homeopatía demoledor.

Como era lógico recibió todas las distinciones correspondientes a su categoría: premios, membresías, presidencias, cátedras, medallas, miembro de la junta de Gobierno de la UNAM, consultor, asesor de instituciones docentes y académicas.

México no percibe todavía lo que perdió, sus amigos y familiares sí, este es el mejor homenaje a su extraordinaria vida.

Jesús Kumate Rodríguez



Ramón Augusto Boom Anglada

Al brillar un relámpago nacemos y aún dura su fulgor cuando morimos; tan corto es el vivir. G.A.B.

El día 11 de junio de 1998, a la edad de 70 años y en forma inesperada, murió el doctor Ramón Augusto Boom Anglada. El doctor Boom había ingresado a nuestra corporación en 1981, en el área de gastroenterología del departamento de medicina.

El doctor Boom nació en la República Dominicana, país en donde también obtuvo el grado de médico cirujano. Posteriormente hizo estudios de posgrado en Europa, principalmente en París y Madrid, pero también en los Estados Unidos de Norteamérica. Regresó a México para trabajar en los hospitales, General de México, Instituto Nacional de Enfermedades de la Nutrición y el Francés de México. Después, en 1964, entró al servicio de gastroenterología del Hospital 20 de Noviembre del ISSSTE,de donde fue el jefe hasta 1989, jubilándose en 1990.

La experiencia de esos años en la medicina asistencial llevó al doctor Boom a preconizar, desde 1978, el uso de las computadoras para el diagnóstico diferencial de varios signos, síntomas, síndromes y enfermedades, sobre todo gastrointestinales. Además, durante el viaje que hizo en 1981 a Leeds, Inglaterra, un antiguo amigo, el doctor De Dombal renovó en él el afán por la enseñanza moderna de la medicina, esta vez por medio de las computadoras. De hecho, su trabajo de ingreso a nuestra Academia de Medicina fue sobre este tema y desde entonces apoyó el uso de las computadoras para el análisis de las decisiones médi-

cas, tema sobre el que empezó a presentar trabajos en congresos en México y en el extranjero, y a publicar en revistas médicas. Todo esto lo convirtió en uno de los médicos que más claramente presintió el papel moderno de las computadoras en medicina.

Pero no solamente profundizó en el manejo de las computadoras, también trabajó intensamente hasta convertirse en un maestro en la programación de algoritmos para el diagnóstico diferencial de algunos problemas médicos. Para mediados de la década de 1980 (1985) el doctor Boom ya era experto en esos temas, publicando trabajos en revistas no solamente de su especialidad sino también, es interesante, en revistas técnicas sobre computadoras, tanto para el diagnóstico diferencial como para la toma de decisiones médicas, colaborando y publicando numerosos trabajos con prominentes colegas, varios de ellos miembros de esta Academia.

En los últimos diez años de su vida, ya convertido en un evangelista del uso de las computadoras para el diagnóstico en medicina, se dedicó también al arduo trabajo de la enseñanza. Encontró un nicho en la Sección de Informática de la División de Estudios de Posgrado e Investigación de la Facultad de Medicina de la UNAM, donde convenció de sus ideas a jóvenes brillantes que dedicaron muchas horas de esfuerzo a implementarlas. El resultado de ese esfuerzo fueron los artículos y programas para el uso de computadoras en medicina, que desde 1988 aparecieron publicados en libros de varias casas editoriales.

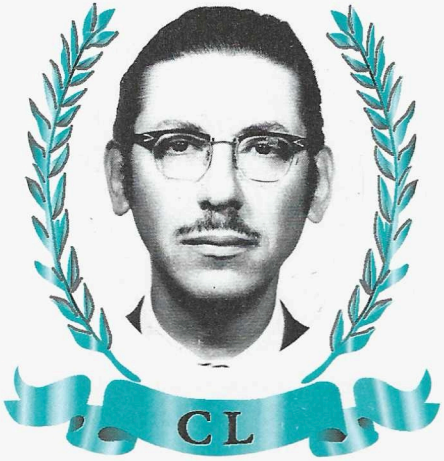
Incansable, recorrió las aulas de hospitales y facultades de medicina, colaborando en cursos sobre educación médica continua, hablando sobre algoritmos expertos para la toma de decisiones médicas, el diagnóstico automatizado y diferencial de enfermedades y, finalmente, la enseñanza de la medicina en el próximo siglo, basada en las computadoras, pero sin perder de vista la integridad de los pacientes. Murió cuando llevaba a cabo otra intensa campaña de enseñanza de los médicos jóvenes.

Algunos datos sobre el doctor Boom se pueden encontrar fácilmente en el actual Directorio de la Academia Nacional de Medicina, aunque su muerte hará que pronto desaparezcan de ahí, información sobre su trabajo médico y de enseñanza, sus publicaciones y conferencias, se encuentran en su *curriculum vitae* y también son conocidos por numerosos jóvenes médicos que fueron entrenados por él para el ejercicio de una mejor medicina. Lo que ya no se encuentra escrito, es el cariño que vertió y generó en los que le tratamos en su forma personal, su encanto su

generosidad y buen humor, así como su disposición para el trabajo y la discusión de aquellos temas que le eran especiales. Cuando nos encontramos en los pasillos y yo le llamaba «Dr. Bum,» con enorme paciencia me reclamaba el origen holandés de su apellido, «no se pronuncia Bum, sino Boom.» El doctor Boom portaba valores como hombre, médico y maestro, que actualmente empiezan a tener significado solamente en los diccionarios.

Doctor Boom, si alguna vez nos ve pasar por ahí, deténgase un momento a charlar con nosotros, comentarnos sobre los últimos desarrollos de la computación en medicina y alegrarnos el día. Descanse en paz.

Fidel Ramón



Daniel González González

«Y cuando llamo criminal al que utiliza su saber para humillar a su prójimo, cómo debería llamar al que lo utiliza para esquilmarlo... cuando convierte a su prójimo en un objeto comercial que le deja dividendos que puntualmente le entregan los representantes de laboratorios y gabinetes de diagnóstico, cuando realiza operaciones no enteramente justificadas, cuando hace las que no sabe hacer, ya no digamos cuando la operación está contraindicada, o se limita a abrir y cerrar... con lo que, por supuesto, la evolución postoperatoria de su paciente es excelente y cuando, además de todo esto, le envía un suculento cheque bancario a quién le envió al pobre ingenuo.»

Daniel nació en la ciudad de México, en marzo 27 de 1929, en el seno del feliz hogar formado por el general ingeniero Daniel González Guitrón y la señora Aurora González Santos y creció en el estricto ambiente de la disciplina castrense. Su padre, egresado del glorioso Colegio Militar se distinguió en varias acciones militares en la epopeya mexicana de la Revolución. Como hombre cabal y probo, el General supo inculcar esos atributos en su hijo y de su madre, que tenía particular predilección por la música clásica, capturó la inclinación por el arte.

El joven Daniel cursó sus estudios de preparatoria en el Colegio Franco-Español de la Capital de la República. En sus frecuentes viajes de recreo a Coahuila, el estado natal de sus antecesores, expuesto a la vida del ferrocarril, desde muy joven se sintió especialmente atraído hacia las máquinas ferroviarias,

como otro de los pilares de la neurocirugía contemporánea lo había hecho con antelación en los Estados Unidos de Norteamérica, el doctor Walter E. Dandy. Si Daniel no hubiese tenido la firme decisión de convertirse en médico, habría sin duda abrazado la profesión de ferrocarrilero.

Llevó al cabo sus estudios de pregrado en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde se graduó con honores en abril 28 de 1955, no sin antes haber cumplido con su Servicio Social como Pasante de Medicina en el poblado de Arteaga, Coahuila. Concluida su carrera, decidió perseguir en otros lares el aprendizaje de las ciencias neurológicas y neuroquirúrgicas que le apasionaban.

En esta forma, cumplimentó en el extranjero seis años de educación hospitalaria en cirugía general, neurología, neuropatología, neuroradiología y neurocirugía. En su periplo académico, se encadenaron estancias sucesivas primero en el Hospital General de Lynn, Massachussetts, después en el Hospital Monte Sinaí de la ciudad de Nueva York y, finalmente, en los celebérrimos Instituto Neurológico de Montreal, Canadá y el Henry Ford Hospital de Detroit, Michigan. Su brillante etapa de médico residente en neurocirugía concluyó en diciembre 31 de 1961. Durante su instrucción académica, insignes maestros de la especialidad contribuyeron a modelar su criterio. Profesores de la talla de Sidney Gross, Leonard Malis, Theodore Rassmussen, y, sobre todo, dos de los gigantes fundadores de la neurocirugía universal, William Cone y Wilder Penfield. De Cone, Daniel aprendió el manejo de los distintos problemas neuroquirúrgicos de la columna vertebral, su casi místico cariño hacia los niños enfermos y su implacable disciplina hospitalaria; de Penfield, capturó su obsesión para remover «el demonio» de la epilepsia, el «mal sagrado', no con exorcismos, oraciones o pases de magia, sino mediante la utilización de la más límpida técnica quirúrgica para remover el foco convulsivógeno de la corteza cerebral dañada. Pero también de ellos, o tal vez con ellos, Daniel confirmó su convencimiento de regresar a México, para trabajar con y brindar ayuda a los suyos, rehusando de paso tentadoras ofertas de trabajo académico como joven instructor de neurocirugía en alguna de las «catedrales» de las ciencias neuroquirúrgicas del mundo.

Durante el último año de su residencia en Montreal, Daniel decidió tomar sus vacaciones en el Instituto para contraer matrimonio con su novia de siempre, la señorita Angélica Dávila.

Su casamiento se celebró en julio 21 de 1961, en Arteaga, el mismo pueblo de Coahuila donde primero se habían conocido. Terminados sus estudios, con su esposa, se asentó en la capital de la República Mexicana. Ahí permanecieron y crecieron sus tres hijos quienes, eventualmente, se han convertido en ciudadanos ejemplares: María Angélica, licenciada en Ciencias Jurídicas y Sociales; Aurora, licenciada en Administración de Empresas, y Daniel, licenciado en Derecho.

El primer centro de trabajo profesional de Daniel fue el Hospital Infantil de México, asociado con el doctor Miguel Ramos Murguía. Unos meses más tarde, con la inauguración del gran Centro Médico Nacional de la Secretaría de Salubridad y Asistencia en 1962, luego propiedad del Instituto Mexicano del Seguro Social, aceptó la Jefatura del Departamento de Neurocirugía del Hospital de Pediatría. Aquí, Daniel fundó su escuela mexicana de neurocirugía pediátrica. Más de 40 residentes de neurocirugía egresaron de este lugar de entrenamiento, reconocido universalmente como paradigma de la neurocirugía en el niño. No menos de 50 trabajos académicos generados de su mente y de la de sus residentes encontraron publicación en distintas revistas médicas nacionales e internacionales de la especialidad, y su libro de 110 páginas «Neurocirugía Clínica en Niños y Adolescentes», editado por el IMSS en 1968, sigue sirviendo como norma en la práctica de este arte. La obra de Daniel como maestro, escolástico, organizador, humanista y humanitarista se yergue firme desde la aurora de la neurocirugía mexicana. Él entendió tempranamente que la enseñanza debe de ser practicada cotidianamente y con honestidad, esa honestidad que con naturalidad impuso en cada una de sus acciones y que en más de una ocasión le acarreó críticas académicas al tiempo que recibía el respeto de todos. Su método didáctico era apenas aventajado por su fino sentido del humor y el uso de la ironía como arma escolástica elegante y constructiva. En las aulas de la Universidad Nacional Autónoma de México, el doctor Daniel González González fue, desde 1961 hasta jubilación en 1990, Profesor Titular de Neurología y de Neurocirugía. Muchas otras avenidas fueron transitadas por Daniel para participar en la estructuración y la organización de la neurocirugía mexicana. Cuando en 1965 fue electo Presidente de la Sociedad Mexicana de Cirugía Neurológica el doctor Horacio Martínez Romero, recientemente egresado del Servicio de neurocirugía de doctor F. H. Mayfield en Cincinnati, Ohio, fue nombrado Secretario de

la Sociedad. Pronto ellos se asociaron con algunos otros neurocirujanos de vanguardia, como Manuel Velasco Súarez, Jesús Lopezlira Castro, J. Ignacio Olivé Urrutia, José Humberto Mateos Gómez, para fundar el Consejo Mexicano de Daniel fue Secretario Permanente del Consejo hasta 1988 en que pasó a ser Consejero Emérito.

Nuestro hombre fue Presidente del Consejo Mexicano de Cirugía Neurológica cuando ejerció la Presidencia de la Sociedad en el periodo 1972-1973. Organizó, y también presidió varios Congresos de Neurocirugía. El III Mexicano en Marzo 1973; el XXIII Latinoamericano en Noviembre, 1988, y el X Mundial en Octubre, 1993, todos en Acapulco, Guerrero, el puerto que él eligió para empezar a retirarse un poco de sus actividades profesionales. En el XI Congreso Mexicano de Cirugía Neurológica celebrado en el H. Puerto de Veracruz, bajo la presidencia de Académico doctor Mauro Loyo Várela, en agosto 27 de 1989, Daniel fue homenajeado como Invitado de Honor.

Igualmente, el doctor González González llegó por elección a la Presidencia de la Academia Mexicana de Cirugía durante el período 1988-1989. Fue entonces que de la Academia «brota un nuevo rostro, una Academia de servicio y no de oropel y alabanzas mutuas, una Academia de actitud de diálogo y no de censura... una Academia consciente de que su única misión es llenarlo todo con el espíritu de superación profesional, del engrandecimiento de México y de apertura al futuro (Fragmento del Discurso de Toma de Posesión, Febrero de 1988). La AMC sufre su más profunda transformación desde su fundación en 1933 y está consagrada en la «Carta de Oaxtepec» firmada en abril de 1988. Otras 12 sociedades científicas y de servicio nacionales y del extranjero lo contaron entre sus distinguidos miembros activos, incluyendo la Academia Nacional de Medicina y el Colegio Americano de Cirujanos.

El aciago día 19 de septiembre de 1985, cuando el terremoto sacudió la ciudad de México, ensañándose particularmente sobre las instalaciones del Centro Médico Nacional, el Hospital de Pediatría también se derrumbó. Desde el primer momento, Daniel se unió al cuerpo de salvamento y participó activamente en la tarea de rescatar vidas, cuerpos, muebles y documentos del Hospital por largos 45 días. Y después, la reconstrucción. Actualmente el Servicio de Neurocirugía Pediátrica se aloja en el Hospital de Especialidades del IMSS, en el edificio del antiguo Instituto Nacional de Cardiología.

Daniel fue un hombre vertical, honesto y de vanguardia. Debajo de su aparente frialdad y rigidez, los que tuvimos el privilegio de conocerle sabemos que se ocultaba un espíritu lleno de amor y de comprensión hacia el prójimo. Con Voltaire, podría decir «nada de lo que es humano me es ajeno». Pocas son las personas a quienes la neurocirugía mexicana les debe tanto, y ciertamente Daniel es un hito entre ellas. Como todos, tuvo aciertos y errores, derrotas y triunfos, días de pena y días de felicidad, pero de éstos últimos, tal vez pocos como aquella tarde de diciembre de 1954 en que su amigo y mentor ferroviario, el maquinista de primera Anacleto Criollos le permitió conducir la máquina de patio de ferrocarril de Arteaga a Paredón. En julio 25 de 1999, el XV Congreso Mexicano de Cirugía Neurológica, reunido en el Hotel Fiesta Americana Condesa Cancún, México, presidido por el doctor Ernesto Martínez Duhart, otorgó al doctor Daniel González González la Medalla de Pionero de la Neurocirugía Mexicana.

Daniel González González falleció en octubre 16 de 1999, víctima de cáncer de hígado. Todos sus amigos lo extrañamos mucho. Descanse en paz.

Román Garza Mercado

Emilio Kabela González

Agradezco a la mesa directiva de la Academia Nacional de Medicina, el alto honor de que me han hecho objeto, al invitarme para que dirija a ustedes unas palabras evocadoras de la memoria del doctor Emilio Kabela González. Hombre de ciencia de talla universal; miembro valioso de esta corporación académica que, en la ceremonia de esta noche, le rinde un sentido homenaje.

El doctor Kabela, médico cirujano, fue graduado en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México. Cuando era estudiante (1959) formó parte de las líneas de jóvenes seleccionados por su excelente rendimiento, para integrar los llamados «grupos piloto» con los que el inolvidable maestro Don Raoul Fournier, inició su transformación en la enseñanza de la medicina. La noble aspiración del doctor Fournier de vincular al estudiantado con los profesores e investigadores de tiempo completo de la Facultad de Medicina, comenzó así a cristalizar. El doctor Kabela se inició en las Ciencias Básicas en 1960 bajo la tutela de su profesor de fisiología, Don Francisco Alonso de Florida, cuya influencia sería determinante en la definición del doctor Kabela hacia la investigación científica.

Con el maestro Francisco Alonso de Florida publicó sus primeros trabajos de investigación y por él descubrió a quien para siempre sería el punto de referencia en toda su vida profesional: el maestro Don Rafael Méndez, jefe entonces del Departamento de Farmacología del Instituto Nacional de Cardiología «Ignacio

Chávez». Así, el doctor Kabela ingresó a Cardiología el año de 1963; entre dicho año y 1969, realizó investigación en farmacología cardiaca y publicó varios trabajos que con el tiempo han sido considerados como referencia obligada en la bibliografía internacional. Describir toda su obra científica sería muy interesante, pero en este espacio no sería posible. Solamente caben algunas anotaciones. Entre las contribuciones sobresalientes de esa época figuran investigaciones sobre la participación de los receptores beta-adrenérgicos en la regulación de la circulación coronaria. El desarrollo de un ingenioso modelo experimental de arritmias cardiacas supraventriculares que hizo posible, con prioridad mundial, la sistematización en el estudio de las alteraciones del ritmo cardiaco y de la medicación antiarrítmica. También compartió créditos al colaborar con el maestro Méndez, al ser elegido éste por el comité editorial de *Annual Review of Pharmacology* para elaborar una amplia revisión sobre farmacología cardiaca. Esta obra apareció en 1970 y es todavía fuente documental y cita obligada en farmacología y terapéutica cardiovascular. Igualmente se vislumbra ya su naturaleza de maestro y de hombre realizador de proyectos de gran alcance. Aún era muy joven cuando en 1965 se hizo cargo de la coordinación de los laboratorios de prácticas del Departamento de Farmacología de la Facultad de Medicina de la UNAM, que dirigía el doctor Ramón Pérez Cirera. Nos reunió a una veintena de profesores e instructores de farmacología y con dispositivos experimentales tan ingeniosos como económicos, se pusieron en marcha los laboratorios de prácticas. Con ello se restituía la enseñanza práctica de la farmacología, mediante la realización por los estudiantes de experimentos farmacológicos sencillos y la presentación de demostraciones por los profesores, como la preparación cardiopulmonar de Starling. El programa de prácticas de farmacología seguía los protocolos de las prácticas de farmacología de la escuela de medicina de Harvard, donde años antes el maestro Méndez había enseñado esta disciplina. Dichos protocolos influyeron más tarde, en la elaboración del manual de prácticas de farmacología que hasta la fecha se halla vigente en la Facultad de Medicina.

En 1969 fue admitido como becario en la Facultad de Medicina de la Universidad del Estado de Nueva York en Syracuse, un centro con fuerte tradición en farmacología cardiovascular y en fisiología renal, en donde se hallaban grandes maestros como los doctores Gordon K. Moe, Alfred Farah e Irvin Wiener. Al termi-

nar su beca de un año, el doctor Kabela fue nombrado *Assistant Professor* de la mencionada Facultad de Mediana de la Universidad de Syracuse y dos años más tarde adquirió la categoría de *Associate Professor* con nombramiento permanente. Su obra en investigación y en docencia logró un gran reconocimiento. Profundizó en el estudio de los medicamentos antiarrítmicos; descubrió la razón por la que la lidocaína actúa preferentemente sobre las arritmias ventriculares y no en las auriculares; abrió brecha igualmente, sobre el desarrollo de nuevas generaciones de fármacos que aumentan la fuerza de contracción del corazón y que actualmente son de gran utilidad en el tratamiento de pacientes con insuficiencia cardiaca.

Siempre conservó sus nexos de unión con su lugar de origen. Varios de nosotros nos beneficiamos de su jerarquía académica al ser invitados a realizar estudios en el extranjero. Tan profunda fue la huella que dejó el doctor Kabela en esas latitudes que varios de los investigadores que configuran el personal de Departamento de Fisiología de la Facultad de Medicina en Syracuse, fueron discípulos suyos. Uno de éstos, el doctor José Jalife, compatriota nuestro, fue primero su alumno en la UNAM, después su colaborador en el Instituto de Cardiología, y más tarde le siguió a los Estados Unidos. El doctor Jalife ocupa actualmente el cargo de jefe del Departamento de Farmacología en dicha Facultad de Medicina en Syracuse. Otro alumno suyo, el doctor Charles Antezelevitch, es en la actualidad Director de Investigación del *Masonic Medical Research Laboratory* en Utica, Nueva York; sucede en este puesto al doctor Gordon IC Moe, también fallecido recientemente. Subrayo este hecho porque el doctor Moe era miembro honorario de esta Academia Nacional de Medicina. Sus lazos científicos y sentimentales con México le fueron correspondidos por esta corporación que lo recibió con honor en 1970, cuando era considerado el fisiólogo cardiovascular norteamericano más notable. La comunidad cardiológica internacional ha resentido, por lo tanto, dos pérdidas invaluables.

Cuando más reconocida se hallaba la personalidad científica y académica del doctor Kabela en los Estados Unidos de Norteamérica, y después de diez años de ausencia, en 1978 decidió volver a nuestro país. La razón principal: su profundo amor a México. Coincidió su vuelta a la patria con la inauguración de las nuevas instalaciones del Instituto Nacional de Cardiología «Ignacio Chávez» donde ocupó el puesto de Jefe del Departamento de Fisiología hasta 1985, año en que fue nombrado Subdirector

General de Investigación de dicho Instituto. Se reveló entonces el maestro, con las cualidades que atraen a los estudiantes: conocimientos sólidos, amplios y profundos, personalidad afable, entusiasta, generosa y disciplinada. A sus laboratorios concurrieron, en buen número, estudiantes de pregrado, de maestrías y doctorados y médicos residentes en cardiología. El sentimiento común de ellos y de todos cuantos le conocimos, es de que a nadie le negó una oportunidad ante la inquietud científica; nadie se le acercó sin hallar una respuesta. Su entrega tuvo más alcances de lo que su posición como maestro o de autoridad le señalaban. Catalizador sin límites del interés por el estudio, de la necesidad creadora del conocimiento y de toda buena voluntad. Tan radiante personalidad, creó una nueva conciencia en nuestro ambiente de investigadores. Con asombrosa capacidad de persuasión todo lograba. La conciliación de grupos tradicionalmente e inexplicablemente distanciados; la vinculación de actividades que por su desarticulación permanecían improductivas o la inyección de ánimo para convertir los buenos deseos en acción. Así, logró que se realizaran proyectos académicos multidisciplinarios, como el de maestría y doctorado en ciencias fisiológicas en el Instituto de Investigaciones Biomédicas de la UNAM; su actuación como miembro de la mesa directiva y como presidente de la Asociación Mexicana de Farmacología, revitalizó el entusiasmo de nuestra comunidad farmacológica a la que señaló amplias avenidas hacía un futuro mejor. Los investigadores básicos en cardiología cerraron filas con la ya de por sí vigorosa Sociedad Mexicana de Cardiología.

Hombre de especial sensibilidad entre los problemas socioeconómicos y de patriotismo ejemplar, el doctor Kabela, decide, con el sacrificio de su quehacer experimental, iniciar un programa de desarrollo tecnológico en el Instituto de Cardiología, con el decidido apoyo y en colaboración con el doctor Jorge Soní, quien desemepeñaba el cargo de Director de la Institución. Decidió abordar en primer término, la necesidad planteada por los cirujanos de obtener prótesis valvulares cardiacas a precios accesibles para los pacientes de una institución encargada de atender principalmente a los que se hallan desprotegidos de nuestras dos máximas instituciones de seguridad social. Prácticamente de la nada y, con rapidez asombrosa, el doctor Kabela creó un complejo de instalaciones de altísima calidad tecnológica y de personal de muy elevada calificación. Con gran visión anticipó la que ahora sería casi insalvable dificultad económica de

proveer de prótesis valvulares a pacientes que las necesitan para sobrevivir. En el curso de ocho años, se han implantado en nuestra institución 1118 válvulas cardiacas fabricadas en casa a 983 pacientes, lo que ha significado un muy considerable ahorro de divisas. La producción continúa y ofrece grandes perspectivas al futuro. Pero no solamente fueron prótesis valvulares; también se inició el diseño y la fabricación de oxigenadores sanguíneos, indispensables en toda cirugía con circulación extracorpórea; asimismo implantó un sistema de reaprovechamiento de materiales plásticos. Se creó además un Departamento de Desarrollo Tecnológico de Electrónica que, lo mismo ha diseñado y fabricado un práctico electrocardiógrafo computarizado, que ha instalado en las ambulancias de la Cruz Roja un sistema de telemetría para la transmisión de electrocardiogramas cuya interpretación se lleva a cabo en nuestro Instituto y con ello se brinda asesoría a esos servicios médicos de urgencias.

Solamente una intelectualidad tan ampliamente dotada como la del doctor Emilio Kabela González podía haber incidido en forma simultánea en tan diferentes actividades y con tan elevada productividad. Su recuerdo continuará latiendo en el corazón de todos cuantos le conocimos. También continuará latiendo en todos aquellos pacientes que, sin conocerle, han prolongado su vida al recibir sus implantes valvulares.

Gustavo Pastelín

Javier Sánchez Torres

Doctor Juan Rodríguez Argüeiles, Presidente de la Academia Nacional de Medicina de México. Señora Beatriz Carranza Castellanos y miembros de la familia Sánchez Torres que nos acompañan.

La Academia Nacional de Medicina de México honra en esta ceremonia la memoria de nuestro compañero desaparecido académico Javier Sánchez Torres quien ocupó el único sitial del área de estomatología. Durante 16 años el doctor Sánchez Torres mantuvo esta posición singular como representante de la odontología y la cirugía maxilofacial en nuestra corporación.

Originario de la ciudad de México, inició su carrera profesional en 1954, año en el que obtuvo su título de la Escuela Nacional de Odontología de la Universidad Nacional Autónoma de México, incorporándose de inmediato al departamento de Cirugía buco dentomaxilar del Hospital Juárez donde había servido como interno un año antes. A partir de 1959 y durante 22 años fue Jefe de este departamento y de 1970 a 1973 fungió además como Miembro del Consejo Técnico del Hospital.

La vocación de maestro del doctor Sánchez Torres se manifestó desde los primeros años de su actividad como cirujano, en el Hospital Juárez se inició como profesor de prácticas hospitalarias de la Escuela Nacional de Odontología de la UNAM, pasando a ocupar el cargo de profesor ayudante de Cirugía bucal en 1960 y el de profesor titular de la misma cátedra en 1961; además fue profesor de Cirugía maxilofacial para cursos piloto

de la Facultad de Medicina de la UNAM en las secciones de Ortopedia y Cirugía general de 1961 a 1969.

A partir de 1973 fue profesor de Cirugía bucal en la Universidad Tecnológica de México y a partir de 1979 profesor de Cirugía bucal y maxilo facial de la Universidad Intercontinental. En 1992 fue nombrado profesor honorario de posgrado de Cirugía maxilo facial de la Escuela de Estomatología de la Universidad de San Luis Potosí.

Esta dedicación a la enseñanza le dio la satisfacción paternal de contar entre sus alumnos a dos de sus hijas que han seguido la carrera de Cirujano dentista.

Las actividades académicas del doctor Javier Sánchez Torres fueron múltiples y variadas, en la Academia Nacional de Estomatología desempeñó los cargos de Secretario general y Presidente de la Comisión científica. Fue coordinador general de siete congresos nacionales de cirugía bucal y presidente de uno de ellos, además fue organizador del IV congreso latinoamericano de la misma especialidad y miembro de la comisión científica del XV congreso dental mundial en 1972. Durante su labor en el Hospital Juárez participó en las asambleas nacionales de cirujanos que se desarrollan en esa institución. Fungió como jurado calificador en numerosas ocasiones, dando prueba de capacidad y sentido de justicia.

Su interés por el progreso de su especialidad lo llevó a ser fundador del Consejo mexicano de cirugía maxilofacial, del que fue presidente honorario.

Como manifestación de su alto sentido social el doctor Sánchez Torres, además de haber sido académico titular de nuestra corporación fue miembro de siete sociedades científicas nacionales e internacionales de su especialidad, entre las que se cuentan la Academia Nacional de Estomatología, el *International College of Dentists*, la *Federation Dentaire International*, la Asociación Latinoamericana de Cirugía Bucal y Maxilofacial y la *International Association of Oral Surgeons*.

Su producción científica se dio a conocer en 59 trabajos publicados en revistas nacionales y extranjeras destacándose su interés en la anestesia locoregional y troncular en odontología, los tumores benignos y malignos de la cavidad oral y el uso de férulas y alambrados de fijación y contención dentaria.

Esta breve reseña nos recuerda al profesionista integral y al maestro de generaciones jóvenes, pero además hemos de mencionar al hombre de familia Javier Sánchez Torres, uno de siete

hijos de Don Roberto Sánchez Gutiérrez y Doña Micaela Torres Sarabia, funda con su esposa Doña Beatriz Carranza Castellanos una familia de siete hijos y 15 nietos unida durante 40 años hasta la penosa fecha de su fallecimiento.

La Academia Nacional de Medicina de México por mi conducto hace llegar hasta todos ustedes sentimientos de solidaridad y afecto por la pérdida de nuestro compañero y amigo.

Mauricio García Sainz

Fause Attie Cury

Cumplo con el triste deber de rendirle un homenaje póstumo a quien fuera nuestro vicepresidente, nuestro presidente electo para fines prácticos, cuya muerte prematura el pasado 13 de febrero enluteció a la Academia Nacional de Medicina, al Instituto Nacional de Cardiología «Ignacio Chávez», a la comunidad médica, a centenares de personas que se beneficiaron directa o indirectamente con sus servicios y, desde luego, a su muy apreciable familia. Le agradezco a la mesa directiva de la Academia tan honrosa distinción.

Empezaré por decir que el doctor Attie fue un muy buen médico, con una formación rigurosa en el Instituto Nacional de Cardiología —que años después dirigiría— y posteriormente en uno de los centros cardiológicos más prestigiados del mundo en Birmingham, Alabama. Ser buen médico para él implicaba no solo rigor y disciplina en el estudio a lo largo de toda la vida, sino además, tener la capacidad para aplicar esos conocimientos en beneficio de los enfermos, transmitirlos con espíritu crítico a los estudiantes y contribuir también en la medida de lo posible, a generarlos, a enriquecerlos con su experiencia clínica, sus investigaciones y las de sus colegas.

Cuando tuve oportunidad de compartir con él la responsabilidad en el tratamiento de algunos pacientes, me pude percatar del genuino interés que en él despertaban y de su capacidad intuitiva, que le permitían, además de ser certero en el diagnóstico y el tratamiento, identificar tanto los problemas personales,

como la dinámica de su entorno familiar y social. Como buen médico, ejerció la profesión con competencia técnica y genuino sentido humanista.

Fause Attie fue un gran director de la Institución en la que se formó y a la que dedicó los mejores años de su vida profesional. Aquí también riguroso, exigente, preocupado por el peso que sentía frente a la historia y la tradición de uno de nuestros hospitales más emblemáticos; pero, sobre todo, preocupado de cara al futuro. Fueron muchas las batallas que libró para mantener el Instituto a la vanguardia de la cardiología mundial, con equipo moderno, combinando la enseñanza, la investigación y las tareas asistenciales, con una administración transparente y eficiente; integrando al cuerpo médico y de enfermería, a técnicos y estudiantes, en una mística bien asimilada de servicio y calidad.

La Academia Nacional de Medicina fue para él una Institución venerable. Sin dejar a un lado su juicio crítico para identificar limitaciones y algunos aspectos que, en su opinión, requerían revisarse con cuidado para su eventual corrección. El doctor Attie había decidido dedicar los siguientes años de su vida al fortalecimiento de nuestra corporación. No tengo la menor duda: hubiera sido un eficaz vicepresidente y un gran presiente. Entendía a la Academia, se daba cuenta cabal no sólo de su peso moral sino también de su potencial, del papel que debía asumir en los tiempos actuales de México.

Desde hace varios años, la Academia fue tema frecuente de nuestras conversaciones, junto con un grupo de colegas y amigos que veíamos en él cualidades y talento para dirigirla. Todo a su tiempo, decía con sensatez, consciente que debía primero concluir su ciclo al frente del Instituto de Cardiología. Cuando los tiempos propicios llegaron, la simpatía y el apoyo que su persona y su prestigio suscitaban, inclinaron la balanza a su favor en un proceso en el que participaron otros colegas y amigos, igualmente estimados y respetados. Así es la Academia, y en buenahora. Cada dos años hay que escoger a uno entre varios o varias muy buenos, cada vez mejores.

Fause Attie fue el elegido, pero desafortunadamente sus planes y proyectos se vieron truncados por la enfermedad que lo llevó a la muerte. Nos quedan sin embargo, el recuerdo y la memoria; la estimación cultivada de manera natural a lo largo de los años; sus convicciones, su estilo personalísimo, su inteligencia, sus enseñanzas. Deja un estela rica y variada; como médico, académico, directivo y amigo.

Junto al médico devoto, al académico riguroso, al funcionario cabal, sobresalía también su dimensión humana. Su vida afectiva: Fause y su inseparable compañera, Rosa Martha; Fause y sus dos hijos, Eduardo y Carmen Leticia; Fause y sus cinco nietos, María, Valentina, Eugenia, Camila y Juan Cristóbal; Fause y sus amigos más cercanos; Fause y sus aficiones, el fútbol y la paella, entro otros; sus lecturas personales, la intimidad de su rutina. En todo y en todos deja un hueco, pero también un legado.

La muerte es dura. Hay que entenderla como parte de la vida. Con ella se cierra el ciclo vital de todos, sin excepciones. Pero mientras alguien nos recuerde, de alguna manera, seguimos vivos. Hay muchas y muy buenas razones en muchos, para seguir recordando a Fause Attie. Su figura y obra nos lo permiten.

En la antigua Roma, cuando moría algún personaje importante, su muerte se anunciaba diciendo «ha vivido».

Hoy la Academia Nacional de Medicina puede decir: el doctorFause Attie ha vivido, nuestro vicepresidente, ha vivido.

Curriculum vitae

- Nombre: Fause Attie Cury
- Nacionalidad: Mexicana
- Estado civil: Casado
- Estudios profesionales: Médico cirujano
- Especialidad: Cardiólogo clínico y cardiólogo pediatra avalado por el Consejo Mexicano de Cardiología. Número 018

Actividades profesionales

- Médico investigador, seis horas, del 1 de octubre de 1968 al 15 de enero de 1970, Instituto Nacional de Cardiología «Ignacio Chávez».
- Médico cardiólogo, seis horas, del 16 de enero de 1970 al 31 de diciembre de 1975, Instituto Nacional de Cardiología «Ignacio Chávez».
- *Fellow* en Cardiología Pediátrica. Universidad de Alabama en Birmingham, Estados Unidos, del 18 de octubre de 1971 al 1 de marzo de 1972.
- Subjefe de Servicio de Cardiología Pediátrica, seis horas, del 1 de enero de 1976 al 28 de febrero de 1977, Instituto Nacional de Cardiología «Ignacio Chávez».
- Jefe de Servicio de Cardiología Pediátrica, tiempo completo, del 1 de marzo de 1977 al 31 de marzo de 1989, Instituto Nacional de Cardiología «Ignacio Chávez».

- Subdirector General de Enseñanza, tiempo completo, del 1 de abril de 1989 a enero de 1992, Instituto Nacional de Cardiología «Ignacio Chávez».
- Profesor de pregrado de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, desde 1969.
- Profesor de posgrado de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, desde 1990.
- Subdirector General de Asistencia, tiempo completo, de enero de 1992 a abril de 1999, Instituto Nacional de Cardiología «Ignacio Chávez».
- Director del Instituto Nacional de Cardiología «Ignacio Chávez», encargado del despacho del 5 de abril de 1999 al 2 de junio de 2000.
- Director General del Instituto Nacional de Cardiología «Ignacio Chávez», a partir del 2 de junio de 2000 a la fecha.
- Coordinador del Comité Académico de Cardiología de la Facultad de Medicina, Universidad Nacional Autónoma de México, a partir del 19 de julio de 2001 a la fecha.
- Investigador nacional nivel III del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), expediente 7883.
- Investigador en Ciencias Médicas F, de los Institutos Nacionales de Salud, noviembre de 2006 a la fecha, antes Investigador titular «C». Institutos Nacionales de Salud, desde 1989.
- Programa Especial de Alta Dirección, Secretaría de Salud, Instituto Panamericano de Alta Dirección de Empresa (IPADE), Universidad Panamericana, junio-diciembre 2004.
- 118 cursos y conferencias impartidas en el país en diversas instituciones.
- 50 congresos nacionales, participaciones como profesor invitado.
- 26 cursos y conferencias en el extranjero como profesor invitado.
- 93 congresos internacionales como profesor invitado.
- 33 sociedades de la especialidad entre ellas:
- Presidente del Consejo Mexicano de Cardiología en 1982.
- Presidente de la Sociedad Mexicana de Cardiología de 1988 a 1990.
- Secretario Tesorero de la Sociedad Interamericana de Cardiología, 1 de julio de 1996 al 30 de junio de 1998.
- 20 designaciones como miembro de comités editoriales.
- 34 distinciones honoríficas entre ellas:

- En 1982, el libro Cardiopatías congénitas. Diagnóstico y tratamiento, recibió de la Academia Nacional de Medicina el Premio Nacional de Obras Médicas.
- La Sociedad Mexicana de Cardiología otorga el Premio Maestro Distinguido «Salvador Aceves» por sus altos méritos académicos, el 1 de noviembre de 1997.
- La Sociedad Argentina de Cardiología le otorga el Premio «Ignacio Chávez» al investigador joven, al mejor trabajo de investigación: Anomalía de Ebstein en el adulto, Buenos Aires, Argentina, agosto de 1999.
- Condecoración de la Orden del Río Blanco, en Grado de Oficial, que le confiere el Gobierno de la República Federativa del Brasil, el 4 de septiembre de 2000.
- La Academia Nacional de Medicina le otorga el Premio «Eduardo Liceaga» sobre Investigación Clínica en el año 2002, por su estudio *Surgical treatment for secundum atrial septal defects in patients >40 years old. A randomized clinical trial.*
- Tutoría en el nivel académico de Maestría del Programa de Maestría y Doctorado en Ciencias Médica, Odontológicas y de la Salud, Universidad Nacional Autónoma de México, a partir del 4 de diciembre de 2002 a la fecha.
- Premio Zerbini Internacional, segundo lugar al mejor trabajo internacional: *Surgical treatment for secundum atrial septal defects in patients >40 years old. A randomized clinical Trial*, otorgado por la fundación Zerbini, Sao Paulo, 3 de diciembre de 2003.
- Reconocimiento por sus 35 años de Servicios Académicos en la institución, Universidad Nacional Autónoma de México, abril de 2004.
- Premio «Doctor Miguel Otero Arce» de Investigación Clínica, que otorga el Consejo de Salubridad General, 17 de marzo de 2006.

Producción científica

- 214 artículos publicados en revistas de arbitraje, nacionales y extranjeros.
- Nueve libros publicados como autor o colaborador.
- 94 capítulos en libros, en los que ha prestado su colaboración, nacionales y extranjeros.
- 649 citas a publicaciones.
- 26 tesis dirigidas.

Actividades de la Academia Nacional de Medicina

- Miembro numerario, Academia Nacional de Medicina de México, en 1982.
- Coordinador del Área de Cardiología, Academia Nacional de Medicina de México, 1990.
- Representante de la Academia Nacional de Medicina de México, ante el Consejo Mexicano de Cardiología, 1990.
- Académico titular de la Academia Nacional de Medicina de México, a partir del 15 de mayo de 1997.
- Miembro del Comité de Admisión de la Academia Nacional de Medicina de México, enero de 2000.
- Representante del Departamento de Medicina ante el Comité de Admisión de la Academia Nacional de Medicina de México, a partir de enero de 2000 a enero de 2003.
- Sesión Inaugural del CXLIII Año Académico de la Academia Nacional de Medicina de México, 1 de febrero de 2006. Conferencia Magistral «Dr. Ignacio Chávez» El pasado, el presente y el futuro de la cardiología pediátrica.
- Electo presidente del Departamento de la Academia Nacional de Medicina de México, noviembre de 2006.

Juan Ramón de la Fuente

Luis Hervella Pérez

Es con un doble sentimiento con el que hago esta presentación: el primero es el recuerdo de la profunda pena de haber perdido a un amigo entrañable, colaborador inestimable de toda mi vida profesional, un cardiólogo y un clínico de primera magnitud. El segundo, es el temor de no tener la capacidad adecuada para resaltar y enaltecer las cualidades y características que conforman la extraordinaria personalidad del doctor Luis Hervella Pérez.

Luis Hervella murió la mañana del domingo 21 de febrero de 1999 a los 72 años, como consecuencia de una neoplasia renal descubierta cinco años antes. En este último lapso tuvo la capacidad de sobreponerse al conocimiento de su realidad y continuó su acción profesional, su participación en numerosos eventos científicos y académicos aun en los últimos meses del año pasado, todo ello con una entereza ejemplar. En estos últimos años dedicó gran parte de su tiempo a disfrutar del afecto de su familia, de su hogar y muy particularmente a la educación y orientación de su nieto.

La carrera profesional y los estudios especializados del doctor Hervella llevaron a un desarrollo armónico, completo y son ejemplo de los requerimientos necesarios para la formación de un gran clínico. Se graduó en 1951 en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, fue médico del Hospital General de México. Es así como tuvo el gran privilegio de recibir las lecciones de los grandes maestros de la medicina,

de aquellos que forjaron las diversas especialidades y que tanto insistieron sobre la gran importancia de la clínica como eje central de la Medicina. En 1955 ingresa cono médico adscrito al Hospital Español para pasar a ser posteriormente agregado al Servicio de Cardiología en el que contribuyó grandemente a su organización y desarrollo. En la Jefatura de la Unidad coronaria fue factor determinante en su estructura y funcionamiento. En los últimos siete años fue Jefe del Departamento de Cardiología. No hay duda de que el paso de Luis Hervella por el Hospital Español marca toda una etapa en el desarrollo de la Cardiología en nuestra Institución.

Su preparación especializada la hizo en numerosos cursos formales, tanto en México como en el extranjero, de los cuales es importante citar el de la Escuela de Medicina de Harvard al lado de Louis Wolff y de Herman Blumgart. Tuvo gran preocupación por su educación continua y es sorprendente el número de veces en que se inscribió y participó en cursos del *American College of Cardiology*.

Su actividad docente fue muy prolongada. Se inicia como ayudante de clínica, después pasa a ser profesor asociado y en las últimas dos décadas, profesor titular de la Clínica Cardiovascular de pregrado de la UNAM.

Desde la fundación de la Beca Abelardo L. Rodríguez en 1972 participó activamente en la enseñanza de los médicos residentes en el curso de Posgrado auspiciado por la Beca; en los últimos cinco años fue el profesor titular del Curso de Especialización en Cardiología con sede en el Hospital Español.

Recibió numerosas distinciones y las medallas correspondientes que la UNAM otorga a aquellos que por más de 40 años la han servido ininterrumpidamente con fidelidad y calidad extraordinarias.

Fue pionero e iniciador de varios procedimientos que ahora forman parte del tratamiento actual de los pacientes en la Unidad Coronaria y en las Unidades de Terapia Intensiva. Tuvo numerosas publicaciones: participó como coautor en dos libros sobre terapia Intensiva y en más de 3 publicaciones sobre diversos temas de cardiología.

Perteneció a numerosas sociedades y organizaciones relacionadas con la cardiología. Fue miembro titular y después honorario de la Sociedad Mexicana de Cardiología, socio honorario de la Sociedad Médica del Hospital Español, Presidente de la Asociación Mexicana de Medicina Crítica y Terapia Intensiva. En

1987, Presidente del Consejo Mexicano de Cardiología y posteriormente miembro honorario. Socio de nuestra corporación, la Academia Nacional de Medicina de México desde 1984, *Fellow* del *American College of Cardiology*. Participa en la fundación de la Federación Panamericana e Ibérica de Terapia Intensiva. Fue presidente de la Sociedad Médica Hispano Mexicana y así se podría continuar con esta enumeración. En estas sociedades tuvo intensa actividad en el desarrollo de múltiples congresos y en la acción docente de numerosos eventos científicos que se realizaron en las principales ciudades de México, en algunos países sudamericanos y muy particularmente en España, donde fue promotor de las relaciones amistosas entre los médicos de ambos países y debido a esta actividad el Gobierno Español le concede la condecoración de Alfonso X El Sabio. Resaltaba su facilidad como organizador y director de sesiones de discusión coordinada, lo cual efectuó hasta los últimos años de su vida.

Será recordado con respeto y afecto por los médicos de las múltiples generaciones de las que fue maestro. Todas estas realizaciones fueron posibles por su proceder siempre equitativo y reflexivo, su gran sentido de responsabilidad y más que ninguna otra cosa por su extraordinaria bondad. En todas sus actuaciones procedía de acuerdo con los principios básicos de nuestra ética profesional y en concordancia con su cultura cristiana y es por esto que hoy goza de la luz de la paz del Señor.

Enrique Páras Chavero

Elías S. Canales Pérez

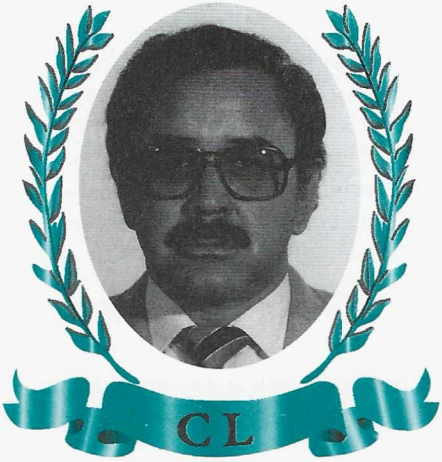
Elías S. Canales Pérez (1933-2008) falleció el 29 octubre en la Ciudad de México en el Hospital Español, que en la década de 1960 fue el escenario en su formación como ginecólogo y confirmaron su profundo espíritu hispanoamericano (su padre era ibérico y su madre, mexicana). La actividad profesional y académica la desarrolló en el Hospital de Gineco-Obstetricia del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), primero ubicado en Gabriel Mancera y después en Río Magdalena, en donde logró aportaciones de gran reconocimiento internacional en el área de endocrinología de la reproducción, avaladas por más de 100 publicaciones científicas en revistas nacionales y extranjeras, así como libros de texto que siguen ayudando a la formación de nuevos residentes en ginecología. El prestigio académico generó múltiples invitaciones para dar conferencias en México y en otros países del extranjero, asimismo, participó como profesor en numerosos cursos de actualización en ginecología endocrina. Varios ginecólogos que se formaron bajo su tutela se encuentran ejerciendo la profesión y ocupando posiciones universitarias en nuestro país, así como en Centro y Sudamérica.

Canales Pérez contribuyó con investigaciones, que ahora se consideran pioneras en la endocrinología, sobre la fisiología de la lactancia, los estados de hiperprolactinemia, la esterilidad anovulatoria, la anticoncepción hormonal, los tumores de la hipófisis y el funcionamiento del ovario durante el embarazo y el puerperio. Asimismo, realizó investigaciones en situaciones de

hiperandrogenismo, el parlodel para resolver trastornos de la prolactina, el uso de las hormonas hipotalámicas. Estos antecedentes le permitieron alcanzar el nivel II del Sistema Nacional de Investigadores en la primera promoción y llegar a la designación profesional de Investigador Titular del IMSS, así como Jefe del Servicio de Endocrinología Ginecológica del Hospital de Gineco-Obstetricia del Centro Médico La Raza. También llegó a ser electo Presidente tanto de la Asociación Mexicana de Ginecología y Obstetricia como de la Sociedad Mexicana de Medicina de la Reproducción. E. Canales ingresó en la Academia Mexicana de Medicina el 23 de mayo de 1985.

Sobreviven la esposa, Eva Gómez, y sus hijos, Juan, Javier, las gemelas y seis nietos, con los que compartimos su duelo.

Arturo Zárate



Guillermo Díaz Mejía

Querido amigo, hombre íntegro y modesto, que vivió una vida plena como persona, médico, editor, trabajador incansable perfeccionista y maestro universitario; que procuró siempre el bienestar de sus pacientes, de su familia, de sus amigos y de la comunidad. Se adelantó en la partida a los 75 años de edad, después de haber sufrido verdaderamente una situación patológica que a este valioso académico siempre le preocupó, y que en sus últimas semanas no puedo dejar de mencionarlo con gran valentía y actitud académica. Él hizo una petición a uno de sus mejores amigos, «Rubén, porque no aplicas a mis pulmones eso de las células madres, yo puedo y me presto a ser uno de los «conejillos de Indias».

Tuve el honor de conocer al doctor Guillermo Díaz Mejía y la fortuna de convivir con él desde mi vida de formación en el Hospital General de México SSA y en la mejor época del hospital de neumología y cirugía de tórax después Hospital de Enfermedades del Tórax. Hablar de las anécdotas de esa época, sin duda llenaría una larga sesión; sin embargo, los recuerdos más gratos y enriquecedores de su inolvidable figura, se conjugan en la personalidad de nuestro querido amigo, médico por vocación, se dedicó a la especialidad de neumología, su amor por la docencia fue siempre intenso y constante; de hecho, sus cualidades como médico y profesor fueron su característica distintiva a todo lo largo del ejercicio de su profesión. Existen otras cualidades dignas de mencionar aunque sea en forma somera, me refiero a la

firmeza de sus principios combinada con su irrestricto respeto por la libertad y dignidad hacia los demás, unidos a su natural sentido de la justicia, a su jovialidad muy enmascarada por cierto... solo a nivel académico, y a la calidad humana que flotaba en el ambiente a su alrededor, lo que le permitió ganar la confianza y el afecto de muchas generaciones de estudiantes de medicina, en quienes supo despertar el interés por el estudio y el amor por la carrera.

Se casó con una mujer distinguida de gran personalidad y compañera de toda su vida: Doña Carmen Méndez , con quien formó un gran núcleo familiar integrado por 4 valiosos hijos: Eurídice la única con nombre de griega, Guillermo, Victoria del Carmen y Julieta. Todos ellos se expresan de su Padre como el mejor, como el Padre ejemplar, cariñoso, responsable, juguetón, bromista... símbolo de fortaleza, alegría y optimismo. Recuerdan de hecho, el cómo ante cualquier dolor, sólo expresaba «tomate una aspirina y tírale». A todos les enseñó las cosas importantes de la vida: bañar un perro, andar en bicicleta, bailar, manejar un coche y por supuesto los verdaderos valores de la vida, gran parte de su corta vida afectiva también la extendió a sus nietos.

No puedo dejar de mencionar la relación que existió con nuestro mentor académico y Distinguido expresidente de esta corporación... Don Carlos R Pacheco. Maestro que siempre tuvo expresiones de reconocimiento y gran cariño por Guillermo. Con él compartió y disfrutó caminatas a caballo y con un grupo selecto que formó Don Carlos, se realizaban veladas familiares como aquellas que se llevaba a cabo en el VIPS de Mazarik, en las que siempre salíamos con tareas académicas a cumplir en el lapso mas corto; que por cierto, ya soy el único que queda de ese selecto grupo.

El Dr. Díaz fue miembro distinguido de esta centenaria corporación académica, que lamenta profundamente su pérdida y en la que ocupó varios puestos de relevancia y gran responsabilidad. Fue Presidente de la Sociedad de Neumología y Cirugía del Tórax, perteneció a otras sociedades relacionadas con la especialidad que cultivó y en las que mantuvo una intensa actividad académica, mismas a las que con frecuencia asistía y participaba. Otra faceta a destacar en esta breve semblanza, fue su perseverante trabajo editorial, motor de varias publicaciones periódicas y de diversas obras colectivas... lo interesante es, que siempre mantuvo una actitud de servicio y de un nivel académico de prestigio y de respetabilidad entre sus amigos. Guillermo

despertó un gran cariño de parte de todos los que le rodeamos... y un gran reconocimiento a sus valores como persona, a sus valores como amigo y a su forma de conducirse en beneficio de la comunidad, que siempre le reclamaba.

Supo resolver las limitaciones de los recursos técnicos y económicos con gran entusiasmo y deseo de trabajar... No me referiré a muchos aspectos de su preparación y trayectoria personal y profesional; sin embargo, quiero mencionar algunos de sus rasgos característicos y la experiencia que tuvimos cuando fue posible convivir y tenerlo como compañero en nuestra época de médicos y después en nuestro contacto a través de la Sociedad de Neumología, así como a través de las visitas que llevamos a cabo en diferentes sitios de la república.

Lo que resaltaba en nuestro gran amigo era su facilidad para establecer contacto personal y directo con sus pacientes, la calidez y sensibilidad con la que los trataba... utilizando términos comunes y adaptándose al lenguaje de los mismos y a su nivel cultural... concebía que éstos, sus pacientes... se sintieran confiados y atendidos... elementos tan importantes en la relación médico-paciente y fundamentales para aliviar el dolor y el sufrimiento con sólo escuchar... lo que con muchos medicamentos farmacológicos jamás se hubiera podido conseguir... y todo esto, guarda particular importancia y pone de ejemplo a nuestro querido amigo, en particular por el tipo de patología que caracteriza a nuestra población.

Siempre se prestó a escuchar y a responder las preguntas de sus amigos, de sus alumnos, de sus pacientes, lo que hacía combinando los aspectos del conocimiento médico con las experiencias de su vida.

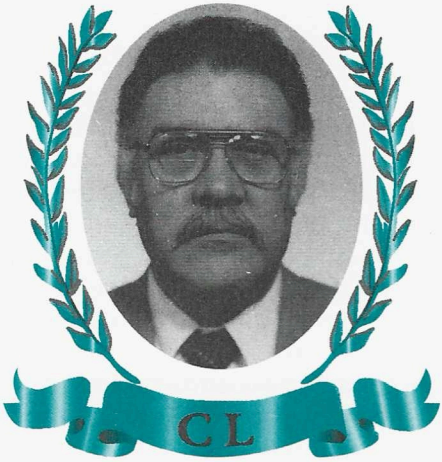
Tampoco puedo dejar de mencionar que ha sido muy fuerte la relación que establecimos los amigos de ese formidable Hospital de Enfermedades del Tórax y que hoy... en este momento de tristeza venimos a recordar y mencionar... lo que representa un ejemplo de amistad y de vida académica que caracterizaron a Guillermo Díaz Mejía. Su forma de ser y vivir es un excelente ejemplo que pone de manifiesto el fomento a nuestra espiritualidad y cultura, de cómo vivir con la dignidad que la condición humana exige; de pensarse con satisfacciones y satisfactores siguiendo una estricta escala de valores, evitando caer en el mercantilismo, conservando los honorarios a un nivel justo; de cuidar la reputación para evitar el desprestigio que repercute en uno mismo y en el gremio médico; de no olvidar la preparación

científica con el estudio constante y la participación en cursos de actualización en congresos conferencias, etc...; de luchar sin tregua contra la adversidad, la injusticia, la corrupción del dogmatismo; de trabajar sin descanso y con la plena conciencia de que el trabajo vivifica el hombre y lo libera de muchas tentaciones.

Aunque su presencia física nos ha dejado, su filosofía de vida, sus cualidades y valores servirán de ejemplo, de orientación a futuras generaciones de estudiantes y profesionales. Y para los que tuvimos la suerte de contar con su amistad, nuestra gratitud por la labor realizada como persona, como médico y maestro en bien de la medicina, en bien de la enseñanza del lugar en donde ejerció la especialidad y de la humanidad misma. Su memoria perdurará en la historia y tradición de nuestra generación... de nuestra mente y en nuestro corazón.

Parafraseando a Guillermo... «Querido amigo» en donde te encuentres recibe nuestro afecto, nuestro cariño y nuestro reconocimiento.

Rubén Argüero Sánchez



Manuel Arnoldo Barrera Maldonado

El Dr. Arnoldo Barrera nació en Madera, Chihuahua el 17 de noviembre de 1936, siendo un niño se traslado con sus padres a la capital del estado en Chihuahua donde cursó la instrucción primaria en la escuela Abraham González No. 228. Hizo la secundaria y la preparatoria en el Instituto Regional de Chihuahua entre 1953 y 1955. A los 20 años de edad, en plena juventud viene a la ciudad de México para inscribirse en la licenciatura de médico cirujano en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México en donde cursa una carrera exitosa y se recibe de médico el 1 de octubre de 1963. Tres meses más tarde, en enero de 1964 encontramos a Amoldo Barrera nuevamente en la ciudad de México aspirando ingresar a la subresidencia de Medicina Interna en el antiguo Hospital de Enfermedades de la Nutrición aquí a la vuelta en la calle de Dr. Jiménez. Ahí tuve el privilegio de conocerlo e iniciar una amistad que perdurará para siempre ya que no se truncó ni siquiera por su repentina . inesperada y prematura partida . Recuerdo que tanto Arnoldo como Mario Trujeque de Mérida, Yucatán y un servidor vivimos varios meses de zozobra ya que para entonces los 3 estábamos casados y se nos insistía en que eso era un impedimento formal para ingresar a la subresidencia en Nutrición Por fortuna eso no era sino un mito pero que logró angustiarnos por un buen tiempo hasta que el Maestro Salvador Zubirán nos aseguró que lo que él buscaba era a jóvenes con ta-

lento y con ganas de aprender y trabajar y si eran de Chihuahua como era el caso de Arnoldo pues tanto mejor . El 1 de septiembre de ese mismo año Arnoldo es admitido formalmente como médico subresidente en medicina interna en donde se destacó por un alto sentido de responsabilidad y profesionalismo, apego al estudio, respeto infinito por los pacientes que le tocaba atender, admiración por sus maestros, un gran compañerismo, con mucho sentido del humor y por encima de todo, una resistencia para el trabajo y las guardias que provocaba no pocas envidia entre sus compañeros ya que nunca externó una queja por la intensidad de la jornada; por el contrario siempre estaba dispuesto a acudir en ayuda de sus compañeros y amigos sobre todo si alguno se reportaba con una temperatura de 37.1 grados centígrados y lo hacia además en un tono molesto cuando queríamos convencerlo de que eso no era fiebre; a Arnoldo no le importaba y de todas maneras lo ayudaba. En esos tiempos la paga era poca de manera que si un fin de semana buscábamos un momento de solaz entre los subresidentes de la generación, esto lo hacíamos comiendo tacos en el departamento de alguno de los colegas que decían que disfrutaban de la soltería.

Años después, habiendo ya salido de nutrición como residente de gastroenterología y haber regresado también de la ciudad de Dallas Texas en donde hizo un periodo de posgrado en Gastroenterología y enfermedades del hígado, Arnoldo inició una larga y fructífera actividad académica que le permitió destacar como profesor de medicina interna y gastroenterología en la facultad de medicina de la Universidad Autónoma de Chihuahua, en el Hospital Clínica del Parque y en el Hospital Jurisdiccional Lázaro Cárdenas del ISSSTE, instituciones todas ellas de la ciudad de Chihuahua. Ahí también coordinó las actividades de educación continua para los médicos generales de Pensiones Civiles del estado. Pronto se dio cuenta que estaba llamado para impulsar la especialidad de gastroenterología no solo en su estado sino en todo el país y desarrolló una actividad muy intensa que lo llevó a la presidencia de la Asociación Mexicana de Endoscopia Gastrointestinal en 1983, a su incorporación como miembro numerario de esta Academia Nacional de Medicina el 20 de mayo de 1987 y a la presidencia de la Asociación Mexicana de Gastroenterología en el año 2000. En todas esas actividades recorriendo el territorio nacional. Arnoldo fue siempre acompañado de Evangelina, su queridísima esposa quien se le adelantó, por casi medio año en el viaje largo. Esto demolió

completamente la que pensábamos indestructible estructura férrea de Arnoldo Barrera y sin duda esta irreparable pérdida y el profundo dolor que le ocasionó más que el problema de salud que enfrentaba contribuyó a su muerte.

Arnoldo siempre sintió y expresó un cariño inmenso e incondicional por su alma máter el INCMNSZ y quiso el destino que su partida coincidiera con su asistencia aquí en la ciudad de México al curso anual que organiza el Departamento de Gastroenterologia. Arnoldo estaba precisamente rodeado de amigos entre ellos los doctores. Victoriano Sáenz de Guadalajara y Marco Antonio Lira de Tijuana cuando ocurrió el evento final.

Arnoldo y a su esposa Evangelina a quien cariñosamente sus amigas le llamaban la negrita le sobreviven sus hijas Elsa, Guadalupe y su hijo Arnoldo quien está destacando tanto como su padre en la medicina mexicana en el cultivo de otra especialidad. Precisamente Arnoldo, tus padres me habían pedido que fuera yo tu padrino de bautizo, pero fueron los imponderables de la Profesión de Médico que ahora tu conoces muy bien los que me impidieron ir en la fecha indicada a Chihuahua eso te salvó de tenerme como padrino pero no impidió que Rosa mi esposa , tus padres y yo nos dijéramos compadres y nos quisiéramos como tales durante toda la vida.

El sábado 5 de julio de 2008 en forma repentina y de manera súbita, Manuel Arnoldo Barrera Maldonado dejó de existir y sus restos fueron trasladados a su querida Chihuahua, donde descansa para siempre junto a su amada esposa Evangelina.

Enrique Wolpert Barraza

Miguel Tanimoto Weki

Dr. Misael Uribe, vicepresidente y presidente en funciones de la Academia Nacional de Medicina.

Distinguidos integrantes de la mesa de honor.

Muy querida María Elena. Respetable familia Tanimoto Licona: Miguel Ángel, Alberto, Eduardo y David, así como sus distinguidas esposas.

Nietos, hermanos, familiares y amigos que nos acompañan en esta ceremonia en que nuestra corporación le brinda este ofrecimiento al académico y su presidente al momento de su muerte, doctor Miguel Tanimoto Weki.

In Memoriam significa «en recuerdo», todos lo sabemos. En recuerdo de quienes han fallecido.

Desde luego esta noche eso ocurrirá, pero además deseo que la remembranza sea trascendida y mis palabras se conviertan en homenaje. Una especial deferencia para alguien que respeté y admiré mucho. Tengan la bondad de acompañarme.

Aprendemos a vivir, viviendo. La frase parece verdad de Perogrullo, pero tiene su sentido al agregar que no sólo es preciso vivir, sino, y es lo más importante, debemos saber cómo vivir. Vivir para beneficio de uno no es suficiente, hay que vivir para los demás.

Por otro lado, Juan Jacobo Rosseau definió la sabiduría de una manera sencilla pero contundente; para él consistía en la unificación de toda la humanidad a partir del hombre, pero

del hombre actuante, del ser humano desbordado hacia sus semejantes.

En esta ocasión creo importante subrayar la diferencia entre sabiduría, definida antes, y bondad. Esta última es la inclinación que algunos individuos tienen para hacer el bien; también significa la blandura y apacibilidad que identifican a una persona.

Miguel Tanimoto Weki era un hombre desbordado hacia sus semejantes para hacerles el bien y nunca fue, así nomás, blando o apacible. Risueño, sí, pero no confundir. Era un sabio russoniano con carácter y buen humor. Yo pude constatarlo en numerosas ocasiones, y hoy que tengo esta penosa encomienda debo subrayar que desde joven fue un hombre esparcido entre quienes lo rodeaban, que poseía una bondad inteligente, que le dijo siempre como tomar buenas decisiones, que es lo que distingue a los hombres con talento.

Conocí a Miguel Tanimoto en 1964, corría el mes de abril. Nos vimos en la central de enfermeras del sexto piso, lado hombres, del Hospital General del Centro Médico Nacional, hoy Hospital de Especialidades, Bernardo Sepúlveda.

Por mi parte, recién había terminado mi segundo año de la residencia de gastroenterología y Miguel, por indicaciones del inolvidable maestro Sepúlveda, llegaba a incorporarse como el tercer gastroenterólogo adscrito a ese servicio. Ahora recuerdo, cariñosa y respetuosamente a los otros dos, mis maestros: Alfonso Perches y Luis Landa, este último el jefe de todos nosotros.

Como suele suceder, el servido de gastroenterología, ubicado en el 70 piso del inmueble mencionado, con 60 camas, pronto fue insuficiente y por exceso de demanda se tenían internados numerosos pacientes en otros pisos del hospital. El doctor Tanimoto, a la sazón joven especialista formado de 1959 a 1962 en el Hospital de Enfermedades de la Nutrición y ya con un año de ser gastroenterólogo en la Clínica 1 y otro más en la Clínica Hospital Número 60, ambas del Instituto Mexicano del Seguro Social, llegó a nuestro Hospital para encargarse de las «metástasis», como les llamábamos, que eran pacientes ubicados en las condiciones referidas renglones arriba. Pocos meses después otro personaje, el doctor Manuel Quijano, le anexó a nuestro servicio todo el sexto piso.

Su llegada fue para todos una alegría. Me correspondió, por órdenes del Dr. Landa, informarle del estado clínico de esos enfermos, que no eran menos de 25. Ahí empezó nuestra amistad y en ese departamento verdaderamente se inició su carrera médica y científica, siempre ascendente. Como profesor de pregra-

do y posgrado fue ayudante, adjunto y titular de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, pero también de la Universidad Anáhuac. Como médico institucional llegó a ser, veintiún años después, en 1985, el jefe de servicio. Sus dotes de clínico, endoscopista y maestro lo avalaron de manera indiscutible. Junto con otros jefes de servicio, que siempre recordaré, vivimos y sufrimos como «Dios manda» el terremoto del 19 de septiembre de 1985. Nunca lo olvidaré, ocurrió a las 7:19 horas. En ese trance Miguel fue de gran apoyo para todos, pero sobre todo para mí, que entonces fungía como director de ese hospital. Fueron días, semanas y meses muy difíciles. Para los que lo sufrimos, fue terrible. Esta palabra nunca tuvo, para aquellos enfermos, y para los que ahí servíamos, nunca tuvo mejor aplicación. En momentos tan extraordinarios Miguel se comportó con esa valentía alegre que lo caracterizaba, insisto, fue uno de mis apoyos.

Como integrante distinguido de numerosas sociedades médicas, pero en especial de la Asociación Mexicana de Gastroenterología y de la Academia Nacional de Medicina de México, siempre fue creativo, actuante y líder, por lo cual, en su momento, ocupó la presidencia de ambas. Fue fundador de otras de gran relevancia, entre las que destacan el Centro de Estudios sobre Amebiasis y el Consejo Mexicano de Gastroenterología. Su estatus, orgullosamente mexicano-japonés (nació en Tijuana, B.C. en 1933, hijo de respetables emigrantes del país del Sol Naciente, don Mitsuro Tanimoto y doña Fusako Weki) le permitió ser presidente de la Asociación Mexicana Médica Nikkei, y vicepresidente de la Asociación Panamericana del mismo nombre. Por sus méritos asistenciales, docentes y científicos, la Academia Mexicana de Cirugía también le abrió sus puertas. No hay duda de que de haber tenido tiempo, también hubiera sido su presidente.

Como todo buen médico, gastroenterólogo y académico mexicano, enriqueció con su presencia y aportaciones al Colegio Americano de Médicos, a la Asociación Gastroenterológica Americana, a la Academia de Ciencias de Nueva York y a la Real Academia de Medicina de Cataluña. A lo largo de su carrera, estas agrupaciones y otras más que no mencionaré, le encargaron importantes responsabilidades que siempre cumplió en demasía (fue un extraordinario Secretario General de nuestra corporación). Indiscutiblemente, Miguel era un hombre inteligente, y me atrevo a asegurarlo porque en él se daban las cuatro carac-

terísticas que en mi criterio deben poseer los seres verdaderamente inteligentes: rapidez de pensamiento, buena memoria, capacidad de juicio y creatividad. El doctor Tanimoto, como se dice en la jerga cotidiana, reviraba rápido; lo que leía lo retenía; tomaba buenas decisiones, y de su creatividad dan fe los seis libros que editó, los 81 trabajos de investigación que publicó y las 626 citas que diversos investigadores utilizaron para sus propios trabajos. Debo insistir sobre su presencia en el Centro de Estudios sobre Amebiasis, la gran obra del maestro Sepúlveda. Fue uno de sus pilares y por ello se le conoció en las patrias de la amebiasis, que las hay muchas en los cinco continentes.

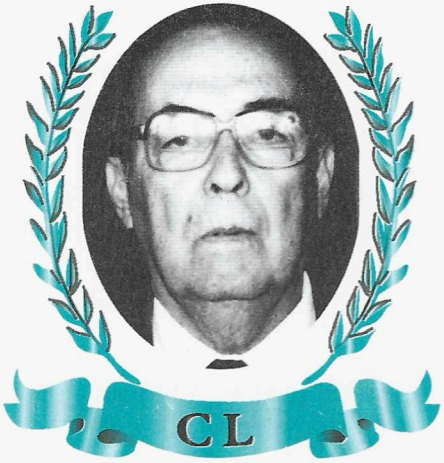
He presentado a ustedes una síntesis de lo que fue Miguel Tanimoto Weki, obviamente me quedé corto, pero desgraciada o afortunadamente, así son estos *in memoriam*.

Miguel Tanimoto Weki fue un hombre que, según Laín Entralgo, supo siempre que podría enfermar que de hecho enfermó y con ello padeció, como dijo Martínez Cortés, pero también fue ayudado a librarse de tal condición. Supo que iba a morir y por desgracia así ocurrió. Tanimoto Weki fue un sujeto sano, enfermable, enfermo, sanable e irremediablemente mortal. Por como nació, pero sobre todo por como vivió, para sí y para los demás, Tanimoto Weki, siendo persona individual fue también persona social, y desde luego persona histórica. Supo la razón de su presencia en este mundo. Vivió para sí, pero, y desde luego, para sus padres (los honró), para su esposa María Elena, para sus hijos, sus nietos, sus hermanos; pero también para sus alumnos, sus jefes, sus compañeros y sus amigos. Supo vivir y transmitió vida... en suma fue un hombre risueño y bondadoso, pero sobre todo sabio.

Descanse en paz.

Epílogo. No sé si por humana debilidad o por subconsciente proyección, en estas ceremonias sólo hablamos de las virtudes. Qué bueno, creo que así debe ser. Las imperfecciones y debilidades no nos interesan. En todo caso, será el ser supremo quien las juzgue.

Norberto Treviño García Manzo



Juventino González Benavides

El doctor Juventino González Benavides, pionero de la dermatología en Monterrey, nació el 23 de enero en el año 1923. Cursó la carrera de Medicina en la Facultad de Medicina de la Universidad de Nuevo León, que en aquel entonces no era autónoma y recibió el grado de Médico Cirujano y Partero, en el año 1947.

Señores académicos, no voy hacer un relato de las actividades profesionales del doctor Juventino González Benavides, voy a hablar de él, como lo que fui, su amigo y compañero. Compartimos juntos muchos problemas dentro y fuera de la Escuela de Medicina y llevamos hasta su muerte una estrecha amistad fincada en el respeto mutuo y la vocación profesional de ambos.

Conocí al doctor Juventino González Benavides cuando el destino me deparó la Jefatura Médica del Seguro Social en Nuevo León y Tamaulipas. El doctor González no era el jefe del Departamento de Dermatología de la Escuela de Medicina, pero sí era el más preparado y dispuesto en el Seguro, Social. Desgraciadamente la consulta de dermatología ocupaba un galpón miserable en las calles Pino Suárez y Arramberrí que daba pena entrar en él y lo primero que hice como Jefe de los Servicios Médicos del Seguro Social fue conseguir una casa decente que permitiera ejercer con dignidad.

Ese fue el principio de una amistad sincera que perduró hasta su muerte. Además comenzamos a salir las dos parejas y convivimos socialmente hasta la muerte prematura de su esposa, que fue un colapso muy duro para Juventino que la adoraba, y

para aminorar esta pena le quedaban sus hijos, que de alguna manera supieron ayudarlo en ese trance tan difícil.

Por razones del destino, se vió obligado a terminar el periodo de la Presidencia Municipal de Monterrey de Sócrates Rizzo como Alcalde Suplente y me invitó para que le ayudara en la promoción de la salud en los barrios más pobres de la ciudad, función que desarrollamos satisfactoriamente, lo que le dejó seguramente muy satisfecho. Desgraciadamente para él, desde muy joven comenzó a manifestar síntomas de una artritis deformante que le fue haciendo cada día más incapaz de valerse por si mismo y hubo de recurrir a una silla de ruedas; aún así, no faltaba a sus clases ni a su posición como Jefe del Servicio de Dermatología, aconsejando e instruyendo a sus residentes. Sus alumnos más distinguidos fueron los doctores Minerva Gómez, Gildardo Jaramillo Oliverio Welsh y Jorge Ocampo, que han seguido sus pasos, esperando que el Servicio de Dermatología pronto lleve su nombre.

Ha sido el suyo el mejor servicio universitario de dermatología, sin menospreciar a Guadalajara y México. Profesionalmente dedicó su vida al estudio de la lepra y en ese campo logró establecer las formas leprógenas del Noreste de México y ayudar a cientos de leprosos durante su vida, tarea esta que hubiera valido para él el reconocimiento de la comunidad y muy especialmente de la Academia Nacional de Medicina, que ahora por mi conducto le dedica este homenaje póstumo por su actuación como médico, profesor y padre de familia.

«La inmortalidad no es vivir para siempre, es vivir en el recuerdo de los que continúan nuestra obra». Este aforismo del autor podría haber sido escrito para Juventino González Benavides, ya que su paso por este mundo le asegura la inmortalidad en aquellas personas que siguiendo su ejemplo han continuado su tarea.

Carlos Canseco González

José María Cantú Garza

El doctor José María Cantú Garza, «Chema» como todos lo conocíamos, nació en Monterrey, Nuevo León, el 13 de diciembre de 1938. Sus estudios de primaria los realizó en la Escuela «Tamaulipas», en Reynosa, y los de secundaria, en Monterrey, Nuevo León. De 1956 a 1963 estudió la carrera de Medicina en la entonces Facultad Nacional de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, presentando su examen profesional el 23 de febrero de 1965. Realizó estancias de posgrado con adiestramiento en genética en el Hospital Pediátrico de la Sorbona, en París; en la Universidad George Washington, en Washington, DC; y en la Universidad de Michigan, en Ann Arbor, Michigan. En 1971 obtuvo el grado de Maestro en Ciencias Médicas por la Universidad Nacional Autónoma de México.

Desde sus estudios de licenciatura, el doctor Cantú Garza mostró particular interés en el campo de la genética, y en 1968 inició su carrera de investigador en genética humana en la ciudad de México, en el Centro Médico Nacional del Instituto Mexicano del Seguro Social. Ésta fue una etapa muy productiva de trabajo, sobre todo en genética clínica y citogenética. En octubre de 1978 fue certificado por el Consejo Nacional de Especialistas en Genética Humana.

En 1976 se aventuró con un grupo de visionarios investigadores y directivos a fundar la entonces Unidad de Investigación Biomédica de Occidente (UIBO), del Instituto Mexicano del Seguro Social, en Guadalajara, Jalisco, donde diseñó, desarrolló y fortaleció la Especialidad, la Maestría y posteriormente, el Doc-

torado en Genética Humana, con adscripción académica en la Universidad de Guadalajara.

Su desarrollo científico institucional lo realizó en el Instituto Mexicano del Seguro Social, en el entonces Departamento de Investigación Científica, posteriormente en la División de Biología de la Reproducción y a partir de octubre de 1976, como Jefe de la División de Genética de la UIBO, ahora, Centro de Investigación Biomédica de Occidente, hasta la fecha de su jubilación, en el 2000, año en que se incorporó de tiempo completo a la Universidad de Guadalajara.

En 1994 ingresó a la Academia Nacional de Medicina como miembro numerario, fue presidente del Consejo de Especialistas en Genética Humana, presidente, secretario y tesorero de la Asociación Mexicana de Genética Humana y presidente de la Asociación Latinoamericana de Genética Humana.

Algunos ejemplos de sus principales contribuciones derivan de su gran capacidad de percepción, su agudo y profundo conocimiento de la genética clínica, lo que le permitió a él y a su grupo describir al menos 20 síndromes nuevos, uno de los cuales lleva su nombre, síndrome Cantú.

El estudio de los genes implicados en una forma de hipertricosis lo llevó a acuñar el término «genes atávicos» para designar aquellos que producen un fenotipo ancestral, proponiendo, además, el posible origen de este tipo de genes y sus implicaciones patológicas.

El doctor Cantú Garza fue merecedor de numerosos premios y distinciones a lo largo de su carrera como investigador. Entre éstos sobresalen la recepción del Doctorado *Honoris Causa* por la Universidad «Ricardo Palma» en Lima, Perú, en 2006. Además, fue miembro del Consejo Ejecutivo de *Human Genome Organization* y de su Comité de Ética hasta su fallecimiento, el 12 de noviembre de 2007. Fue fundador y presidente de la Red Latinoamericana de Genética Humana y fundó la Red de Bioética de Latinoamérica y el Caribe (UNESCO). Desde 2003, el Hospital General de la ciudad de Reynosa lleva su nombre.

Por su brillante y vasta producción científica, en 1987 obtuvo el nombramiento de investigador nacional nivel 3 en el Sistema Nacional de Investigadores, hasta septiembre de 2007, año en que fue distinguido con el nombramiento de investigador nacional emérito.

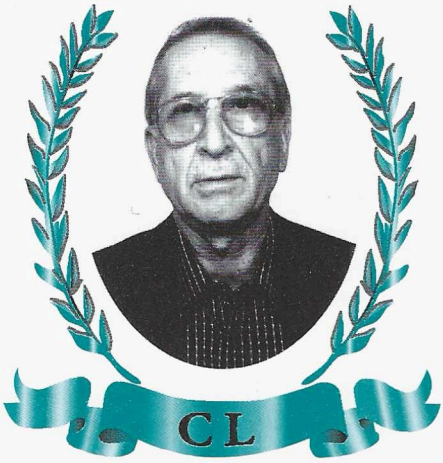
Chema fue sobre todo un embajador de la genética mexicana en el mundo, y su claridad de pensamiento y gran visión lo hicieron ser admirado y respetado por quienes le conocimos, dentro

y fuera del país. Se caracterizó siempre por su avasallador espíritu académico, motivador y promotor de jóvenes valores en el campo de la genética humana; siempre viendo por el progreso equilibrado de su grupo de trabajo, con claras tendencias triunfadoras, lo que ha cristalizado en reconocimientos nacionales y en el extranjero a la labor de sus colaboradores.

Amante de la buena música, del arte en general, pero principalmente del pictórico; luchador por la igualdad de los pueblos, contrario a las injusticias sociales y velador genuino por los derechos humanos y la paz en el mundo.

Muchas y muy significativas fueron las experiencias que compartimos con el compadre, colega y entrañable amigo, el doctor José María Cantú Garza. Siempre te recordaremos y deseamos, Chema, que descanses en paz.

Alfredo Feria Velasco



Roberto Martínez y Martínez

Agradezco a la Mesa Directiva de nuestra Academia, particularmente a su Presidente, M. Ruiz de Chávez, la honrosa designación para dedicar este breve homenaje a honrar la memoria de nuestro distinguido y querido amigo Roberto Martínez y Martínez.

Roberto nació el 19 de mayo de 1927 en Linares, Nuevo León, siendo el noveno de diez hermanos cuyos progenitores, Andrés Martínez Luna y Ciria Martínez Reséndiz, procedían de la Ascensión, municipio de Aramberry, Nuevo León. A sus 31 años, el 11 de abril de 1958 se casó con M. Eugenia Carboney, química de profesión, con quien procreó dos hijos, Roberto y Rocío. Roberto es médico también y nos acompaña en esta sesión.

Sus primeros estudios los realiza en su terruño y al terminar la preparatoria ingresa en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México en marzo de 1944, cursa el internado en el Hospital Juárez de la ciudad de México en 1949 y obtiene el título de Médico en el año 1950.

Realiza la especialidad en Pediatría y la de Endocrinología en el Hospital Infantil de México, en donde establece una relación de amistad para toda la vida con Silvestre Frenk y Salvador Armendares Sagrera, a quien también rendimos emocionado tributo en esta noche.

Regresa a la ciudad de Monterrey, en donde inicia sus actividades profesionales como médico especialista en el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS). Con motivo de un congreso

de pediatría, en el año 1965 visita la ciudad de Guadalajara y decide entonces trasladarse con su familia a esta hermosa y hospitalaria ciudad que apenas contaba con un millón de habitantes.

Un año después, el IMSS inaugura el primer Hospital de Pediatría en Guadalajara y desde entonces Roberto se convierte en uno de sus más distinguidos integrantes. Cultiva la pediatría, la endocrinología, por lo naciente de la nueva especialidad y la genética humana, campo que impulsa en forma sobresaliente en Guadalajara y en el estado de Jalisco.

En el año 1978 se vincula al Centro de Investigación Biomédica de Occidente del IMSS, donde es uno de sus más destacados investigadores, y un dedicado y estimado maestro. Su interés en la difusión le llevó a editar varios libros, entre los que destacan La salud del niño y el adolescente, que ha alcanzado seis ediciones, y Cómo escribir un texto en ciencias de la salud, anatomía de un libro, que también cuenta con varias ediciones.

Durante su intensa vida científica y académica publicó 61 artículos originales en revistas incluidas en índices internacionales, entre los que destacan aquellos relacionados con el síndrome de Alagille, el síndrome de Marfán, el síndrome de Turner y el síndrome de Wiedemann-Beckwith. Contribuyó con 38 capítulos en libros y dirigió siete tesis de especialidad.

Perteneció a la Academia Nacional de Medicina, a la Academia Mexicana de Pediatría, a la Asociación Mexicana de Endocrinología, a la Asociación Mexicana de Genética Humana, a la Sociedad Jalisciense de Endocrinología y Nutrición, a la Confederación Nacional de Pediatría, fue miembro honorario de la Asociación Mexicana de Profesores de Pediatría, profesor emérito de la División de Genética del Centro de Investigación Biomédica de Occidente del IMSS, miembro honorario del Colegio Jalisciense de Pediatría, y recibió numerosos premios y distinciones por sus trabajos científicos.

Roberto fue un entrañable amigo, un amoroso esposo y padre, aunque algo riguroso, y un destacado especialista que vinculó como pocos la pediatría, la endocrinología y la genética, y que se constituyó en uno de los pioneros y notables impulsores de estas especialidades en el estado de Jalisco y en el noroeste del país.

Durante varios años Roberto visitaba nuestra Unidad del Centro Médico Nacional Siglo XXI para actualizar sus conocimientos en genética, un área naciente entonces y de muy rápidos y notables avances. Le intrigaba siempre profundizar en los

mecanismos de la división celular, tanto en la meiosis como en la mitosis. La vida unió los destinos de Salvador Armendares y de Roberto Martínez y Martínez desde las legendarias aulas del Hospital Infantil de México y luego en el campo profesional de dos especialidades médicas estrechamente relacionadas, la endocrinología y la genética.

Es seguro que nuestros dos amigos continuarán celebrando con asombro los avances prodigiosos en los mecanismos de control del ciclo celular, que en las remotas profundidades de un tiempo sin memoria, la primera célula viva comenzó a transmitir y a superar sobre este maltratado planeta en la actualidad.

Es un diálogo interminable, agradecido, que los discípulos de ambos también seguiremos haciendo como un emocionado e imperecedero tributo a su memoria.

Fabio Salamanca Gómez

Gregorio Pérez Palacios

Una de las metas fundamentales del milenio es la salud reproductiva universal como un derecho de la humanidad y como una prioridad en el desarrollo de todos los países del mundo. De hecho, la salud materna e infantil ha sido considerada por los expertos como «el corazón de los objetivos del milenio», ya que de ella depende alcanzar los restantes.

Un hombre altamente comprometido con la salud reproductiva, incluso desde antes de haberse llevado a cabo la histórica Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo celebrada en El Cairo, Egipto, en 1994, fue Gregorio Pérez Palacios, maestro, científico y figura nacional e internacionalmente reconocida en el ámbito de la salud sexual y reproductiva.

Gregorio Pérez Palacios nació en Acapetahua, Chiapas —lugar donde Quetzalcoatl descansó en petates de caña de carrizos—, el 5 de julio de 1940. Obtuvo el título de médico cirujano de la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Nuevo León en 1961; realizó la residencia en Medicina Interna en el Hospital Regional de Especialidades del Instituto Mexicano de Seguro Social en Monterrey, Nuevo León; en 1965 se trasladó a la ciudad de México para realizar estudios en endocrinología y bioquímica hormonal en el entonces Hospital de Enfermedades de la Nutrición, donde inició su interés por las hormonas esteroides y su brillante trayectoria como investigador. En 1966 obtuvo una beca para realizar una estancia posdoctoral en endocrinología reproductiva en la Universidad de Michigan en Ann

Arbor, bajo la dirección del doctor Robert Jaffe, quien en poco tiempo reconoció su capacidad no solo para entender el campo sino para contribuir con nuevas ideas y proyectos en la todavía incipiente área de la biosíntesis de las hormonas esteroides.

Las contribuciones que realizó en esa época fueron la base para establecer la biosíntesis de esteroides en la glándula suprarrenal y el testículo fetal, y conocer, en parte, lo que hoy sabemos sobre la endocrinología de la unidad fetoplacentaria. Fueron ocho artículos, escritos por él en las mejores revistas de endocrinología de la época, contribuciones que cuentan ya con más de 800 citas en la literatura y que se suman a otras 1500 documentadas en *Science Citation Index* por sus aportaciones en la biología de la reproducción y la endocrinología reproductiva.

No tardó el doctor Carlos Gual, pionero de la biología de la reproducción en nuestro país, en llamar a Gregorio Pérez Palacios para ofrecerle en 1969 el puesto de Investigador en el entonces Departamento de Endocrinología del Hospital de Enfermedades de la Nutrición, donde laboraría por 24 años de manera ininterrumpida como investigador, profesor y posteriormente jefe del Departamento de Biología de la Reproducción y director de Investigación.

Como maestro, Gregorio Pérez Palacios fue desde 1970, en el entonces Instituto Nacional de la Nutrición, profesor asociado y posteriormente titular del Curso de Especialización en Biología de la Reproducción Humana, que se imparte hasta la actualidad en colaboración con la División de Estudios de Posgrado e Investigación de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). En este curso se graduó la mayoría de los biólogos de la reproducción a finales de la década del siglo pasado y que actualmente ocupan posiciones de liderazgo en numerosas instituciones mexicanas y del extranjero.

Cabe mencionar que Gregorio Pérez Palacios fue coordinador de la Red Mexicana de Centros de Investigación y Entrenamiento en Reproducción Humana en el periodo de 1977 a 1993, red que, encabezada en cada centro por egresados de su curso, realizó múltiples estudios colaborativos en salud reproductiva, particularmente en anticoncepción. Sus labores docentes en esta especialidad las continuó posteriormente en el Instituto Nacional de Perinatología Isidro Espinoza de los Reyes, institución de la que fuera director general hasta febrero de 2009.

Gregorio Pérez Palacios fue, además, profesor titular de la asignatura Aspectos Biomédicos, Sociales y Demográficos de la

Reproducción Humana, en la Facultad de Medicina de la UNAM, así como profesor titular y coordinador de la Maestría en Biología de la Reproducción Animal en la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

Como investigador, Gregorio Pérez Palacios fue líder o colaborador de 196 estudios publicados en prestigiadas revistas científicas periódicas de circulación internacional.

Sus investigaciones abordaron diversos aspectos de la salud reproductiva, desde los básicos y biomédicos, hasta los clínicos y sociales, orientándose básicamente a cuatro diferentes áreas:

1. La regulación endocrina de la unidad feto-placenta-madre, área en la que inició sus incursiones en la investigación.
2. Las alteraciones de la diferenciación sexual en el humano, en la que sus aportaciones, clásicas en la actualidad, resultaron en la descripción de nuevas entidades clínicas y defectos moleculares.
3. El mecanismo de acción y metabolismo de las hormonas esteroides sexuales naturales y sintéticas en el sistema nervioso central y su relación con la regulación neuroendocrina de la secreción de gonadotropinas y la conducta sexual.
4. El desarrollo de nuevas formulaciones anticonceptivas y terapia de reemplazo hormonal y su evaluación farmacológica, incluyendo estudios introductorios nacionales e internacionales.

Fundó la Unidad Metabólica de Diferenciación Sexual del Instituto Nacional de la Nutrición, reconocida nacional e internacionalmente como líder en el área. Otras áreas de la investigación en salud reproductiva en las que Gregorio Pérez Palacios incursionó incluyeron la menopausia, la infertilidad, la prevención de defectos del cierre del tubo neural y el cáncer mamario. En esta última participó con la UNAM en el megaproyecto Nuevas Estrategias Epidemiológicas, Genómicas y Proteómicas en Salud Pública, con un proyecto cuyo objetivo general es el establecimiento de estrategias y el desarrollo de biomarcadores de riesgo para cáncer de mama.

Durante varios periodos, Gregorio Pérez Palacios fue designado como miembro de comités editoriales de diversas revistas científicas, incluyendo el *Journal of Steroid Biochemistry and Molecular Biology*, *Journal of Endocrinological Investigation*, *Contraception*, *Research on Human and Animal Reproduction*, Revista Iberoamericana de Fertilidad y Reproducción Humana, y Gaceta Médica de México.

Dictó numerosas conferencias y presentó en múltiples ocasiones comunicaciones científicas sobre endocrinología reproductiva, bioquímica hormonal y salud reproductiva en universidades, congresos y reuniones científicas nacionales e internacionales. En 1984 recibió el nombramiento de investigador nacional nivel III, mismo que fue ratificado en los años de 1988, 1992 y 2000; en 2008 recibió la distinción de investigador nacional emérito.

Durante 1993 y 1994, Gregorio Pérez Palacios fue director general de Planificación Familiar de la Secretaría de Salud, y posteriormente, de 1995 a 2000, director general de Salud Reproductiva de la misma Secretaría. El Sector Salud se vio enormemente beneficiado con la labor de Pérez Palacios, ya que entre muchas de sus acciones implementó el Programa de Salud Reproductiva y fue el encargado de dar seguimiento a los acuerdos de la reunión de El Cairo, incorporando las áreas de Planificación Familiar, Atención Materno-Infantil y Salud de la Mujer, dando lugar de esta manera al Programa de Salud Reproductiva y Planificación Familiar a nivel nacional.

Una de sus acciones más importantes fue la coordinación para la elaboración de la Norma Oficial Mexicana de los Servicios de Planificación Familiar, además de otras como la de prevención y control de los defectos al nacimiento, la prevención y control de enfermedades en la peri y posmenopausia y la correspondiente al cáncer de mama, seguidas por la capacitación del personal de los servicios de salud de todas las instituciones nacionales.

En 1994 fue vicepresidente del Consejo Ejecutivo del Grupo *Partnersin Population and Development*, con sede en Daka, Bangladesh.

Con Gregorio Pérez Palacios, el nuevo Programa de Salud Reproductiva emprendió una serie de acciones de las cuales la atención de la salud sexual y reproductiva de los y las adolescentes, la atención de la mujer durante el embarazo, parto y puerperio, así como durante la peri y posmenopausia, y la prevención y control del cáncer cervicouterino y de mama, fueron las que más destacaron dada la perspectiva que la nueva definición holística de la salud reproductiva demandaba. Además, durante su gestión se instaló el Comité Técnico Interinstitucional de Salud Reproductiva, incluyendo la celebración del Mes de la Salud Reproductiva a nivel nacional.

Durante el periodo de 2003 a 2005, Gregorio Pérez Palacios fungió como coordinador de investigación de la Facultad

de Medicina de la UNAM, en la que implementó diversos programas, destacando la búsqueda de indicadores de riesgo de cáncer mamario y su posible detección, así como un programa de salud para adolescentes en las preparatorias y la realización muy exitosa de Ferias de Salud Sexual y Reproductivas. En esta misma universidad, además de fungir como profesor, participó como consejero titular del Consejo Interno de Posgrado e Investigación de la Facultad de Medicina y fue miembro del Consejo Técnico Asesor del Programa Universitario de Investigación en Salud.

En 2005, Gregorio Pérez Palacios fue nombrado director general del Instituto Nacional de Perinatología Isidro Espinoza de los Reyes. En este Instituto lidereó la iniciativa Una Cruzada por la Prevención, la cual tenía como finalidad la aplicación de los resultados de investigaciones realizadas por este Instituto con la participación de la iniciativa privada; creó, además, un nuevo paradigma en la atención materno- fetal de primer contacto a través de la Clínica de Medicina Preventiva Materno-Fetal del Instituto, y la constitución de la Red Internacional de Unidades de Medicina Materno Fetal en la región de América Latina, en la que participan egresados del Instituto.

Cuando se habla de líderes, donde el verdadero liderazgo resplandece en los tiempos de crisis, no encontramos mejor ocasión para citar a Gregorio Pérez Palacios, cuando al tomar posesión como director general de este Instituto mencionó que su proyecto pretendía «la resolución de los rezagos y problemas emergentes en salud reproductiva y perinatal a nivel nacional a través de la investigación científica, la enseñanza basada en evidencias y la atención de alta especialidad con calidad y calidez, para así contribuir a incrementar el nivel de salud de la población mexicana, a quien tenemos el privilegio de servir».

Como resultado de sus exitosas y productivas actividades docentes y de investigación, Gregorio Pérez Palacios recibió numerosos reconocimientos, entre los que destacan los premios «Alfonso Rivera» (1972), «Francisco Gómez Mont» (1992) y «Salvador Zubirán» (1988), otorgados por la Sociedad Mexicana de Nutrición y Endocrinología; los premios «Eduardo Liceaga» (1989) y en Salud Reproductiva (2002), de la Academia Nacional de Medicina; la medalla «Benito Juárez», otorgada por la Universidad Juárez del Estado de Durango (2000); y el premio «Miguel Otero» en Investigación Clínica (2005), otorgado por el Consejo de Salubridad General.

La Academia Nacional de Medicina, en reconocimiento a la excelencia de la enseñanza, investigación, políticas de salud y difusión de la salud reproductiva, instituyó reciente-mente la medalla «Gregorio Pérez Palacios» en Salud Reproductiva (entregada por vez primera en 2008). Recibió, además, el nombramiento como profesor honorario de la Universidad Peruana «Cayetano Heredia» (1992), el Certifícate of Appreciation de la Organización Mundial de la Salud (1992), el Premio Nacional de Investigación de la Fundación GlaxoWellcome (1999); el Reconocimiento a la Investigación en Anticoncepción otorgado por el Centro Latinoamericano de la Mujer, en Argentina (2000); y el Reconocimiento por su Profesionalismo, Entrega y Destacada Trayectoria Laboral y Docente, otorgada por la Sociedad Española de Ginecología y Obstetricia (2008).

Gregorio Pérez Palacios perteneció a numerosas sociedades médicas nacionales e internacionales, destacando sus actividades como presidente de la Academia de Investigación en Biología de la Reproducción Humana (1983-1984), presidente de la Asociación de Médicos del Instituto Nacional de la Nutrición «Salvador Zubirán» (1984-1986), presidente de la Sociedad Mexicana de Nutrición y Endocrinología (1986-1987) y presidente de la Asociación Latinoamericana de Investigadores en Reproducción Humana (1989-1993).

Fue, además, director ejecutivo del Programa Latinoamericano de Capacitación e Investigación en Reproducción Humana (1993-2001) y vocal propietario de la Junta de Gobierno del Instituto Nacional de Cardiología Dr. Ignacio Chávez (2001-2005). En el ámbito internacional, Gregorio Pérez Palacios fue miembro de comités científicos de diversas agrupaciones y organizaciones, incluyendo la Fundación Ford, la Organización Mundial de la Salud y Family Health International.

Seguramente Gregorio Marañón, al que tanto admiró Gregorio Pérez Palacios, diría que para él vivir no fue solo existir, sino existir y crear, saber gozar y sufrir, y que descansó poco porque sabía que al hacerlo empezaba a morir. La última enseñanza para sus alumnos más cercanos fue su lucha tenaz e infatigable frente a los acontecimientos que se presentaron al final de su vida. Por ello, Gregorio no fue solo nuestro maestro sino también el amigo del que lamentaremos con gran pesar su ausencia, pero cuyo recuerdo permanecerá vivo en nuestros corazones.

Fernando Larrea y Alfredo Ulloa Aguirre

Esther Margarita Casanueva y López

Esther Margarita Casanueva y López fue una destacada investigadora en nutrición, fallecida el 31 de enero de 2008 después de luchar durante siete años contra una grave enfermedad. La Academia Nacional de Medicina, corporación que la recibió como miembro numerario en 2003, lamenta profundamente su pérdida.

Nacida en la ciudad de México, cursó la Licenciatura en Nutrición en la Universidad Iberoamericana, de la que formó parte de la primera generación y fue la primera estudiante titulada. Su formación y maduración como investigadora se dio principalmente en el Instituto Nacional de Perinatología Isidro Espinoza de los Reyes, en el cual ocupó el cargo de subdirectora de Investigación en Salud Pública durante los últimos años de su vida. En 2004 obtuvo el doctorado en Ciencias en la Facultad de Medicina de la UNAM.

En el campo de la investigación científica, los intereses principales de Esther se centraron en la nutrición de la mujer en varias de sus etapas de vida: la adolescencia —en especial la gestante adolescente—, la pregestacional, la gestación, la lactancia y el climaterio. Entre los diversos problemas de nutrición que abordó destacan dos: la deficiencia de hierro, cuyo estudio clínico epidemiológico la condujo a la validación de medidas preventivas para erradicarla, y las relaciones de la deficiencia de vitamina C con la fisiopatología del parto pretérmino.

En el primer caso, los estudios prospectivos del estado de nutrición en hierro durante el embarazo dieron sustento a la suplementación en un esquema semanal, estrategia que fue adoptada como norma internacional para reducir las manifestaciones de intolerancia a la ingestión diaria de hierro.

En relación con la deficiencia de vitamina C, desarrolló un modelo interdisciplinario que abordó los mecanismos moleculares de degradación de la colágena y el papel de la vitamina C en ella, lo que le permitió aclarar uno de los mecanismos del parto pretérmino: la ruptura prematura de membranas.

Estas y otras líneas y temas de investigación dieron lugar a 138 publicaciones nacionales e internacionales, 50 libros y capítulos de libros, ocho artículos de revisión y 251 presentaciones en congresos.

En el curso de estas investigaciones, Esther combinó sus dotes analíticas con sus cualidades como maestra: durante más de 25 años impartió la cátedra de nutrición humana en la Universidad Iberoamericana, y dirigió 71 tesis de licenciatura y maestría.

Otra faceta de Esther a destacar en esta breve semblanza fue su perseverante trabajo editorial. Fue motor de varias publicaciones periódicas y de diversas obras colectivas. Entre las primeras destaca su labor como editora de Perinatología y Reproducción Humana, órgano del Instituto Nacional de Perinatología. También fue miembro, durante más de dos décadas, del cuerpo editorial de Cuadernos de Nutrición, revista en la que publicó la mayor parte de los 69 artículos de divulgación que registra su currículo. Entre las obras colectivas sobre temas de nutrición clínica y básica en cuya edición fue impulso sustancial, destacan dos: la primera, Nutriología médica, libro de texto colectivo actualmente en su tercera edición, con más de 22 mil ejemplares vendidos de sus primeras dos ediciones, referencia indispensable en la enseñanza de la materia a estudiantes de las carreras de medicina y nutrición. Nutriología médica, en cuya edición participaron Ana Bertha Pérez Lizaur, Martha Kaufer y Pedro Arroyo, se distingue por el diseño editorial enriquecido en buena medida por la sensibilidad estética de Esther, y por ser el cimiento para la planeación del currículo de nutrición de las licenciaturas mencionadas.

La segunda obra colectiva es un libro editado en dos tomos por Héctor Bourges, Esther Casanueva y Jorge Luis Rosado: Recomendaciones de ingestión de nutrimentos para la población mexicana. La solidez de las bases científicas de estas recomenda-

ciones, así como su relevancia para la población de nuestro país, hacen de esta obra un pilar de la nutrición en nuestro medio.

A pesar de que su vida no fue larga, Esther participó en la fundación de varias sociedades, como el Colegio de Nutriólogos de México, y en la presidencia de diversas sociedades científicas, entre ellas la Asociación de Investigación Pediátrica. También obtuvo numerosos reconocimientos por su trabajo y por sus contribuciones a la ciencia y a la salud pública de México: en su currículo encontramos 76 distinciones y 25 premios otorgados por diferentes instituciones y sociedades científicas.

El desarrollo y consolidación de la carrera de Esther como científica también ofrece disonancias: gran parte de su formación fue poco escolarizada, no hizo posgrados en el extranjero y la búsqueda y obtención del doctorado respondió más a las presiones de la burocracia científica que a una convicción propia.

Esta breve reseña, por la frialdad de los números, no hace justicia a otras dotes más íntimas de Esther: destaco de ellas su agudeza intelectual, su generosidad y disposición a la colaboración, su amistad cálida, su sensibilidad artística expresada en la fotografía, su amor por la literatura y, por encima de todo, su ácido sentido del humor.

Termino señalando que la muerte tomó a Esther en plena actividad académica, ya que su incesante labor continuó hasta apenas unos pocos días antes de su partida.

Pedro Arroyo Acevedo

Augusto Díaz-Infante Ortuño

Agradezco a la mesa directiva de la Academia Nacional de Medicina el haberme concedido el privilegio, de ser la voz que rinda homenaje a un distinguido miembro de esta corporación, a través de una breve semblanza de su fructífera vida, que desapareció físicamente de este mundo, pero cuyo recuerdo perdurará entre los que disfrutamos de su amistad, entre los que recibieron sus favores y muy especialmente en la Historia de la Medicina de San Luis Potosí ciudad en donde radicó gran parte de su existencia, y en la que fue un hombre transcendente por sus contribuciones, saber, bonhomía, espíritu de servicio y dedicación a lo que fue su pasión, la medicina y de ella la Ginecoobstetricia, especialidad que durante muchos años cultivó y la cual difundió ampliamente en su terruño y en diferentes estados de la República, especialmente en la ciudad de México, en donde era invitado frecuentemente a participar en actividades de la rama citada.

El Dr. Don Augusto Díaz-Infante Ortuño, nació el 22 de abril de 1911 en la ciudad de Ocampo, Gto., cursó sus estudios primarios, secundarios y de bachillerato en la ciudad de León Gto. Y la carrera de Médico Cirujano en la Facultad de Medicina de la UNAM, en donde se graduó el 5 de marzo de 1936.

Su inquietud de superación lo llevó a realizar estudios de postgrado en Alemania y Francia en 1937, en el Hospital General de México en 1938 y más tarde asistió a cursos de posrado en las universidades de Tulane, EUA.

En 1939 decidió ejercer en la ciudad de San Luis Potosí, en especial la ginecobstetricia la cual practicó en forma ininterrumpida durante 56 años, siendo ejemplo para innumerables generaciones que concurrieron a su cátedra o que tomaron ejemplos de su rectitud profesional y ejemplar comportamiento social y familiar.

Tuvo una especial inclinación por la docencia pues recién a su llegada, la Escuela de Medicina de SLP, lo nombró profesor de técnica quirúrgica, materia que impartió hasta 1945; para después ocupar la cátedra de clínica quirúrgica y más tarde la de ginecobstetricia.

Sus antecedentes docentes, su continua actividad en favor de la universidad, de los estudiantes y en particular de la Escuela de Medicina; su prestigio profesional y alto reconocimiento de su labor social lo llevaron a ocupar el más alto cargo a que se puede aspirar un docente, ser Rector, y él lo fue de su querida y respetada Universidad Autónoma de San Luis Potosí, durante el periodo 1948-1950, quedando desde 1966 como miembro de la junta suprema de gobierno de la Universidad.

El Dr. Díaz-Infante trajo al mundo a miles de niños que nacieron o en su exitoso ejercicio profesional privado o durante su generoso servicio en el Hospital Civil, y más tarde en el hospital «Ignacio Morones Prieto» en donde fue médico adjunto, jefe de servicios y jefe de la división de ginecobstetricia, terminando como consultor honorario de la citada división.

Fundó la sociedad de Ginecobstetricia de San Luis Potosí, de la cual fue su primer Presidente así como presidente de los comités organizadores de la V y XIII Reuniones de Ginecología y Obstetricia, miembro distinguido de la Federación y del consejo de Ginecología y Obstetricia; miembro distinguido de la Federación y del Consejo de Ginecología y Obstetricia en el cual se certificó y fue miembro de la junta directiva.

En abril de 1941 contrajo matrimonio con una muy querida y respetada dama Doña Lourdes Ibarra, su compañera inseparable y quien le ayudó e impulsó en gran parte de sus actividades médicas y sociales.

Del ejemplar matrimonio nacieron seis hijos, todos ellos con un excelente formación, uno de ellos, el mayor, fue médico, que desgraciadamente falleció a temprana edad, y fue una pérdida para la medicina, pues era un excelente y prestigiado investigador.

Su labor social en San Luis Potosí fue destacada

En 1944 fue nombrado Presidente de la Cruz Roja Mexicana delegación San Luis Potosí, y de una institución que agonizaba, logró con la colaboración de su esposa y los comités que formó, una Cruz Roja con mejores recursos y servicios. Por su labor en favor de la benemérita institución fue nombrado Presidente en varias ocasiones y en 1990 se le otorgó la Gran Cruz de la Legión de Honor de la Cruz Roja Mexicana.

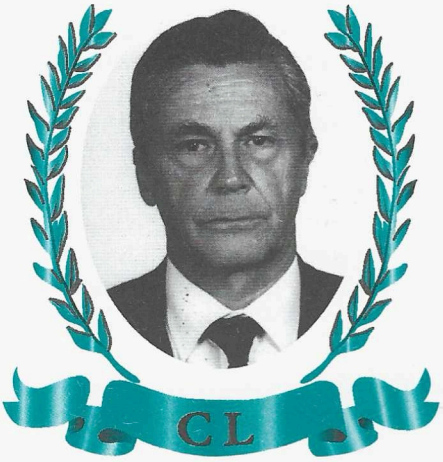
Organizó una sociedad civil para beneficiar el asilo «Gabriel Aguirre», gracias a lo cual, se logró continuar amparando y educando a niñas huérfanas. Hoy en día el centro atiende a 100 niñas internas y un numeroso grupo de alumnas externas.

Fue socio fundador y primer Presidente de la Asociación «Tradiciones Potosinas» cuyas actividades han dado gran prestigio a esa ciudad con gran tradición cultural y académica; basta recordar que el primer socio correspondiente de la Academia Nacional de Medicina fue el Dr. Joaquín López Hermosa, ilustre médico potosino que ingresó a la corporación en mayo en 1864.

Fundó el instituto Betania para asistir a madres solteras y fue un entusiasta Rotario, siendo Presidente en 1972.

El 8 de octubre de 1966 el Dr. Díaz-Infante fue admitido como socio correspondiente de esta más que centenaria institución académica, en el área de ginecobstetricia. Colaboró activamente con la Academia Nacional de Medicina en las tres jornadas Médicas Nacionales que se han celebrado en San Luis potosí, y promovió el ingreso de nuevos académicos correspondientes. Fue miembro de numerosas sociedades nacionales y extrajeras de su especialidad, en cuyas aparecieron una buena parte de sus publicaciones.

Victor Espinosa de los Reyes



Ignacio Chávez Rivera

El Dr. Ignacio Chávez Rivera, dedicó gran parte de su vida al instituto Nacional de Cardiología y a la universidad Nacional Autónoma de México, vivió profundamente sus éxitos y sus momentos difíciles.

En la Escuela Nacional de Medicina obtuvo premios por sus altas calificaciones. Sólo se otorgaban tres cada generación de más de mil alumnos, en la facultad, completó su grupo de amigos fraternos de toda la vida, dos de ellos lo eran desde la infancia Ignacio Christlieb y Manuel Cárdenas a las que se le unieron Ignacio Guzmán Garduño, Mariano Hermandez Goribar y Jorge Escudero de la Peña, desde entonces son Grupo Selecto que con el tiempo destacaron en sus respectivas especialidades. Al terminar su servicio social en lugar de graduarse con un simple informe sanitario decidió hacer una tesis de investigación sobre Resinas de intercambio iónico bajo la dirección del Maestro José Laguna en el antiguo hospital de Enfermedades de Nutrición.

En el mismo Hospital hizo Residencia de Medicina Interna y al terminar hizo la de Cardiología en el propio instituto.

Al terminar su residencia en el Instituto contrajo matrimonio con la licenciada en Enfermería Ofelia de la Lama, exalumna de la Escuela de Enfermería del propio Instituto Nacional de Cardiología «Ignacio Chávez», con quien formó una familia ejemplar: Ofelia licenciada en Investigación Biomédica, Ignacio licenciado en economía, Georgina Licenciada en Enfermería y Fernando con Estudios de licenciatura en la UNAM.

Recién casado, fue becado para realizar estudios de posgrado en cardiología y en nefrología en la universidad de Harvard, con los prestigiados profesores Paul D. White y Dr. Merrel.

A su regreso a México fue nombrado Médico Adjunto y Subjefe de Residentes con habitación en el propio instituto.

Desde entonces además de sus actividades asistenciales dedicó gran parte de su tiempo y todo su interés a la Enseñanza.

En investigaciones destacaré los estudios que hizo con motivo de las Olimpiadas de 1968 sobre la fisiología de los atletas de alto rendimiento en las diferentes altitudes, fundamentalmente en la Ciudad de México.

La república le otorgó el Premio a la Excelencia Médica Siglo XX en el año 2000 y en el 2003 el reconocimiento a la alta dirección por su labor en el Instituto Nacional de Cardiología Ignacio Chávez.

La Universidad Nacional Autónoma de México que le había otorgado por concurso la posición de profesor de pre y Posgrado, en reconocimiento a sus méritos académicos y su trayectoria universitaria lo nombró en 1985 miembro de su junta de Gobierno.

Su trayectoria en el instituto de Cardiología fue siempre ascendiente: subjefe y jefe de médicos residentes, adjunto y jefe de servicios clínicos, jefe de sección de enseñanza, jefe de división de enseñanza y finalmente director general de 1989 a 1999.

Como encargado de la enseñanza de pre y Posgrado y en colaboración estrecha con la facultad de Medicina, reorganizó los cursos, modernizó los programas y favoreció a la enseñanza de cardiología de pre y posgrado, así como las subespecialidades. El académico Juan Verdejo París comentará esta relevante página en la vida del Dr. Chávez Rivera.

El Dr. Chávez Rivera obtuvo numerosos premios y reconocimientos de las Sociedades Médicas entre otros, maestro distinguido y miembro honorario emérito de la Sociedad Mexicana de Cardiología, miembro honorario del Consejo Mexicano de Cardiología.

El reconocimiento de sus méritos sus pares lo nombraron en diferentes épocas de su vida Presidente de la Sociedad Mexicana del Consejo Mexicano de Cardiología, Secretario-Tesorero de la Sociedad Interamericana de Cardiología, miembro *Executive Board* de la Sociedad de Cardiología del Norte, centro, Sudamérica y Europa.

Desde el punto de vista institucional quisiera destacar que desde la dirección, el Dr. Chávez emprendió una renovación de la institución, con donativos de benefactores privados gestiona-

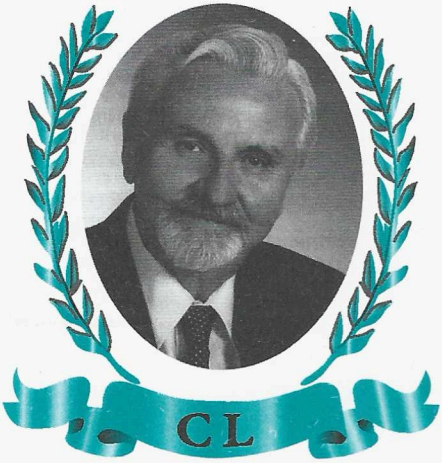
dos por él, entre la fundación Gonzalo Rio Arronte, I.A.P., se remodelan y modernizaron los servicios de hemodinámica, cirugía, terapia intensiva, unidad coronaria, electrocardiografía, rehabilitación y comenzó con la construcción de la residencia de médicos e investigadores en Culhuacán.

Se nombraron entonces jefes de Departamento a cardiólogos a jóvenes preparados en el propio instituto y con estudios de posgrado en diversos países del extranjero, lo cual representó un refresco de ideas y métodos de trabajo.

En 1985 tomó posesión como presidente de la Academia Nacional de Medicina y en 1992 sustentó la conferencia Magistral Miguel Jiménez que tituló «Nuestro mundo en las postrimerías en el siglo XX y el milenio, la medicina y el médico», en ella plasmó sus ideales, su visión en la medicina y la ciencia, los aspectos sociales, políticos, económicos que la influyen y su proyección en el futuro.

Finalmente permítanme sólo compartir con ustedes que por lo que toca a mi persona tuvo definitivamente influencia para que después de la Residencia en el Instituto fuera becado para adquirir en los Estados Unidos de Norteamérica entrenamiento en Hemodinámica, así como en mis nombramientos como jefe de residentes, jefe del servicio de hemodinámica, director médico general y por último estimularme a participar en el concurso por la dirección general.

Marco A. Martínez Ríos



Roberto Uribe Elías

Distinguidos asistentes a esta sesión *In Memoriam* de un prominente miembro titular de nuestra sesquicentenaria corporación, el Dr. Roberto Uribe Elías, quien en 1982 ocupó el primer sitial dedicado a la educación médica, siendo seguido por él que ahora habla y seguramente por eso y, por mi amistad con Roberto la mesa directiva me hizo el honor de pedirme coordinar esta reunión. Roberto también fue miembro de la Academia Mexicana de Cirugía donde alcanzó el emeritazgo.

Reconozco en Roberto a un notable académico que durante más de 50 años dedicó generosamente y con pasión su vida a la Ginecobstetricia que era su especialidad, pero particularmente a la docencia, que era su pasión. Durante su labor en la formación de nuevos médicos o especialistas, propiciaba con vigor denodado que su formación los hiciera personas analíticas y críticas; abiertas en su pensamiento y auténticas en su proceder; favorecía el conocimiento de sus raíces médicas al compartir con los estudiantes su visión de la historia de la medicina —otra de sus pasiones— de manera que los hiciera sentir el orgullo de servir a los demás por medio de su profesión.

Su pensamiento sobre la educación médica lo compendió en su atinada discusión al dirigirse a una generación de nuestra facultad de medicina de la UNAM, cuyos integrantes prestaban emocionados el tradicional juramente hipocrático.

Destacó del juramento el principio de solidaridad de los médicos con sus iguales, vinculando además el respeto al maestro y

asegurando con ello que el saber médico continúe. Por otra parte, en la misma ceremonia aludió también a Pitágoras y se refirió a sus principios, como elementos importantes para la raigambre de la educación médica y, recalco la sabiduría abarcada en el grupo pitagórico que dio fundamento al principio de la medicina que hoy sigue reinante: contraria contrariis —el sentido de los contrarios— y a la terapéutica, que siguen vigentes y son lo que caracteriza la acción alopática de todos nosotros. No en vano Roberto fue también un cultivador excelso de la historia como valiosa empuñadura del profesionalismo que tipifica nuestra carrera.

Roberto afirmaba que para la educación médica no hay fórmulas, ni mágicas, ni unívocas. Sostuvo que la pasión es el resorte, la plataforma y el detonador para la enseñanza y el aprendizaje y con Heagel, declaraba que, «nada grande en el mundo se ha hecho sin pasión».

Sostuvo a pie puntillas que los binomios maestros-alumnos y; conocimiento-aplicación, siguen las pautas del reconocimiento, la reconstrucción y la utilización del saber; lo anterior significa el reto nunca resuelto; lograr que el aprendizaje se aplique adecuadamente; el aprendizaje se logra a partir de la experimentación y la obtención de la experiencia.

Otras de las reflexiones a que nos invitó Roberto en su obra escrita fue acerca de que la instrumentación, aparatología o metodología no aseguran, ayudan pero no resuelven, el mejor desarrollo de la docencia y el aprendizaje y, que este, el aprendizaje se construye cotidianamente de manera inacabada y por lo tanto permanente y relativo.

Afirmaba que la uniformidad en la educación es un paradigma que ojalá que nunca se alcance, porque entonces pasaríamos de la escuela o facultad a la fábrica, de lo formativo a lo fabricado.

Congruente con esos ideales reconoce como su maestro al académico Carlos Mac Gregor, a quien en su oportunidad la Academia rendirá merecido homenaje y de quien Roberto se declara discípulo, reconoce en él, con el neologismo de imsstitucional a quien encabezó en su momento a una pléyade de celebres médicos entre los que Roberto se contaba, que hicieron valiosas aportaciones a la medicina nacional en el Instituto Mexicano del Seguro Social, que ahora nos acoge, institución que junto a la educación superior gratuita constituyen unos de los muchos logros de la revolución Mexicana.

La historia profesional de Roberto Uribe Elías nos habla de un médico esforzado y apasionado, como lo he venido mencionando, que de la licenciatura en Medicina y la especialidad, pasó por la maestría y llegó al doctorado en ciencias. Fue profesor desde los niveles de ayudantía en la educación media hasta a la titularidad de diversas asignaturas en la educación superior; destacado conferencista en diversos campos de su especialidad y de la educación médica, la de socio-medicina y de la historia de la medicina.

Autor y coautor de 130 artículos científicos de publicación nacional o internacional, de su autoría son cinco libros, fue editor de 10 libros más; dos iconografías y dos videos. Formó parte de cuatro comités editoriales. Roberto perteneció además a 13 sociedades científicas.

El pensamiento de Roberto era un reflejo de su arrolladora personalidad y fenotipo; temperamento sanguíneo habría dicho Hipócrates; Porthos, le motejaba yo, aludiendo a uno de los mosqueteros de Dumas: apasionado e infatigable luchador en defensa de sus ideas y visión del mundo. Soltero empedernido, fue un diletante de la buena mesa y el vino y; del debate y la polémica. Muchas fueron las horas que departimos en un mentidero político de moda, para deliberar ideas sobre el devenir de nuestro país, la seguridad social y el cuidado que se debería tener para alcanzar la salud integral de su población particularmente de sus mujeres y niños, lo que había marcado su vida profesional, inquietudes entre otras muchas que compartimos.

Parafraseando a Alfonso Álvarez Bravo, preclaro maestro de la prestigiada Escuela Mexicana de Ginecología y Obstetricia, a la que perteneció Roberto, y quien condensó a México en un frase: «Tierra agreste y bravía», a ese México perteneció Roberto, oriundo de Real del Monte en el estado de Hidalgo vivió numerosas y variadas transformaciones; hijo de un meteorólogo supo cabecear tempestades.

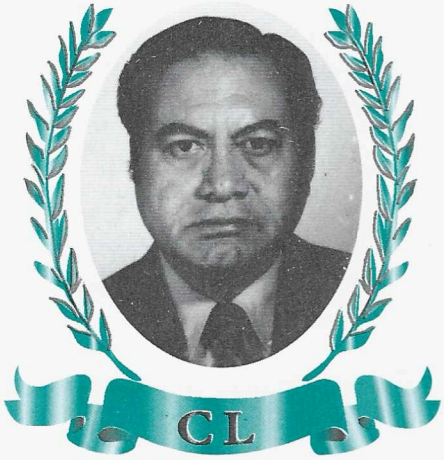
Al final de su vida Roberto Uribe Elías compiló en un libro titulado «Detrás de las palabras» una serie de reflexiones, discursos y opúsculos, que legó a la Academia, en el apunto y cito: «Para conocer a un hombre hay que intentar su pensamiento, y que mejor que analizar, delinear y expurgar en lo que haya dicho o expresado en diversas condiciones que la vida le haya impuesto. La historia de un hombre está esbozada por sus acciones y sus palabras».

Continuo y finalizo en su mensaje, en el prólogo de «Detrás de las palabras», premonitorias de su palabra: (citó) «he querido que mis palabras queden plasmadas en el papel para ser conocidas por ese desconocido, que sin interrogarse podrá responder, sin desearlo deberá enfrentar sin casi sentirlo, compartir la pasión de ese pensamiento en movimiento y en evolución, de alguien que vivió, sufrió y gozó e intentó, pero que siempre pero siempre y con pasión fue un ser, pleno de sus deseos, sus aspiraciones y su compromiso para con él mismo y los demás»

Muchas gracias señor Presidente de la Academia Nacional de Medicina de México, por la oportunidad de recordar y homenajear a uno de nuestros pares, que se significó por su apasionada lucha por el progreso de la medicina nacional, la educación médica y el bienestar de sus contemporáneos, particularmente las mujeres y los niños de nuestro país.

Descanse en paz Roberto Uribe Elías.

José Villalpando Casas



Gustavo Gordillo Paniagua

Gustavo Gordillo, al concluir sus estudios de posgrado en 1954, fue nombrado investigador de tiempo exclusivo de servicio de escolares del Hospital Infantil de México. El mérito más notable de Gustavo Gordillo, o quizá mero el primero, fue que fundó y dirigió, el Hospital Infantil de México Federico Gómez, en 1961, el primer servicio y laboratorio de investigación de Nefrología Pediátrica de todo el mundo.

Permaneció en este cargo, con actividades prolíficas, hasta su jubilación en el año 1990. La vastedad, abundancia y trascendencia de sus investigaciones ameritó la denominación de «Departamento de Investigaciones Nefrológicas» que persisten hasta la fecha.

De sus investigaciones iniciales, las más reconocidas fueron las relacionadas con el manejo renal de líquidos y electrólitos. Los resultados de sus estudios, acerca de las alteraciones hidroelectrolíticas del niño desnutrido con diarrea aguda, esencialmente hiponatremia por dilución, llevaron a la disminución de su letalidad, que era debida principalmente a la corrección inadecuada de dichas variaciones, que no eran sino parte de las características de la desnutrición crónica. Los estudios realizados en niños con desnutrición grave permitieron definir una nueva entidad en ellos: la nefropatía caliopénica por grave definición de potasio.

Como resultado de esta línea de investigación inicial, dirigió múltiples cursos y seminarios sobre electrólitos en pediatría, publicó más de 30 artículos y 2 libros con varias ediciones.

Sentó las bases de los diferentes esquemas de tratamiento para los principales desequilibrios hidroelectrolíticos en niños, siempre como resultado de investigaciones al respecto. La mayoría permanecen vigentes aunque algunos con pequeñas modificaciones pues como el decía frecuentemente: «Las verdades de hoy serán las mentiras de mañana».

Las demás líneas de investigación fueron dirigidas a corroborar o casi siempre a desmentir, las supuestas verdades vigentes. Y para mayor mérito de Gordillo como investigador, la mayoría de las «verdades» implicaban el total desconocimiento de la patología renal pediátrica. Cuando él inició la alta especialidad de nefrología pediátrica, varias de las nefropatías se diagnosticaban erróneamente, como pielonefritis, inclusive por patología. La mayoría de los resultados patológicos erróneos correspondían a defectos en el procesamiento técnico de los especímenes. Dichos errores, principalmente, por el exagerado grosor de los cortes y coloraciones inapropiadas.

Otra línea de investigación la constituyó el estudio de las enfermedades renales en los niños, por medio de la biopsia renal percutánea, procedimiento introducido en el departamento de nefrología desde 1967. Gordillo logró equipar, dentro del departamento, un laboratorio completo para el procesamiento y estudio correcto de las biopsias renales, tanto por microscopia de luz como por inmunofluorescencia. Con este procedimiento, fue posible contribuir a establecer el pronóstico de las glomerulonefritis y algunas nefropatías túbulo-intersticiales, tal como la nefropatía por analgésicos.

Estos estudios, llevaron a la invitación del departamento, al estudio internacional de enfermedades renales en los niños (*International Study of Kidney Disease in Children*), en el cual Gordillo tuvo, en todo momento, una participación destacada.

Los resultados de todas sus investigaciones eran publicados en revistas nacionales e internacionales y los presentaban en cursos monográficos anuales de actualización en nefrología.

Desarrolló índices de diagnóstico temprano para diferenciar oliguria por deshidratación y por insuficiencia renal aguda, y para detección de hipercalciuria, con procedimientos no invasores. Bajo su dirección, se iniciaron en México las hemodiálisis, las diálisis peritoneales y el trasplante renal en niños, convirtiéndose así en un pilar cardenal de la pediatría mexicana y del Hospital Infantil de México Federico Gómez.

Para la elaboración del primer texto de «Nefrología pediá-

trica» en todo el mundo, se utilizaron los resultados de sus investigaciones publicadas. El desarrollo del departamento en sus primeros 20 años, culminó con la publicación de otros 4 libros: «Epidemiología y prevención de las enfermedades renales», «Deshidratación aguda en el niño», «Procedimientos de diagnóstico y terapéutica en las enfermedades renales de los niños», y «Electrólitos en pediatría: Fisiología y clínica». Dichas obras tuvieron gran impacto en la comunidad pediátrica y nefrológica de México y de América Latina.

En el libro conmemorativo del primer centenario de esta academia, Gordillo dio a conocer los primeros casos de microangiopatía trombótica renal diagnosticados en México.

Para conmemorar sus XXX años de recepción profesional se le distinguió con la publicación de un libro «Tópicos selectos de nefrología» escrito por varios de los «mounstros» de la nefrología pediátrica de todo el mundo hace 36 años. Fue un tributo universal a su labor, que aún tiene vigencia.

Como pionero de la nefrología pediátrica, Gordillo organizó y presidió el primer simposio internacional de la especialidad, en Guadalajara, Jalisco, en diciembre de 1968, con lo que lanzó la presencia de México al ámbito internacional y del cual se derivó la fundación de la Asociación Internacional de la Nefrología Pediátrica y de la Asociación Latino Americana de Nefrología Pediátrica, de la cual fue también su presidente.

Además, fue presidente y fundador de la Sociedad Mexicana de Nefrología, del Instituto Mexicano de investigaciones Nefrológicas y miembro honorario de varias sociedades de investigación, nacionales e internacionales.

Recibió otras importantes distinciones, entre las cuales: Miembro Titular de esta corporación, Premio «Federico Gómez» de la asociación de Médicos del Hospital Infantil de México, premio a la Excelencia Médica otorgado por la Secretaría de Salud, Presea el «Riñón Dorado» de la Sociedad Europea de Nefrología Pediátrica y el reconocimiento «Ira Greifer», máximo galardón de la nefrología pediátrica internacional en julio de 2010.

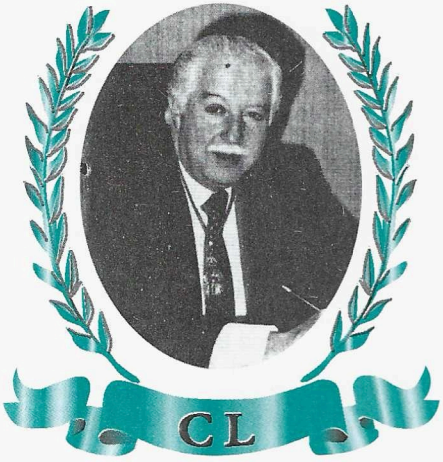
Estamos convencidos que el reconocimiento más importante y permanente que ha recibido y recibirá Gordillo, es aquel que le profesan con admiración y respeto sus alumnos, nefrólogos pediatras formados bajo su tutela, provenientes de todos los ámbitos del territorio nacional y prácticamente de todos los países de América Latina y el Caribe. Muchos de ellos han sido a su vez

pioneros en su lugar de origen para la creación y desarrollo de servicios de nefrología pediátrica.

Nuestro mejor homenaje a su memoria será mantener vigente esa tradición de alto nivel de atención médica en el campo de las enfermedades renales y de búsqueda permanente de respuestas a las múltiples interrogantes que sigue y seguirá planteando la nefrología pediátrica.

Él me la enseñó cómo se debe capacitar en medicina: a través de la investigación, que avale la asistencia y soporte la docencia. Descanse orgullosamente en paz.

Felipe R. Mota y Hernández



Carlos MacGregor Sánchez Navarro

El día 9 de marzo de 2013, una nube de tristeza envolvió a la Academia Nacional de Medicina de México, a la ginecología y obstetricia Nacional y a las numerosas sociedades y asociaciones de la especialidad, al enterarse del fallecimiento del eminente gineco-obstetra mexicano doctor Carlos Mac Gregor Sánchez Navarro.

La honrosa distinción que recibí, de los directivos de la Academia, de recordar al doctor Carlos Mac Gregor, obedeció seguramente al conocimiento de los muchos años que tuve el privilegio de ser su amigo y juntos desarrollar diferentes actividades de organización, docencia e investigación siempre demostrando en todas ellas su claro e inquieto talento, su sólida preparación, su honorabilidad y su gran sentido de responsabilidad.

La Academia, pierde uno más de sus académicos, que primero como miembro numerario, después titular, y más tarde como Presidente, contribuyó con responsabilidad y entusiasmo durante sus 46 años de labor académica a elevar el prestigio de nuestra querida y respetada corporación.

Ingresó a la Academia en 1967, siendo su trabajo de ingreso referente a «Cardiopatías y embarazo. Aspectos obstétricos en 230 casos».

Poco después de su ingreso, recuerdo que con cierta frecuencia nos comunicábamos, para asistir a las reuniones semanales

y eventos de la Academia, especialmente a las periódicas jornadas, que se realizaban en diferentes estados de la república. A las cuales concurríamos con nuestras esposas.

Las actividades trascendentes del Dr. Mac Gregor, en la Academia se iniciaron en 1976, al ser nombrado: «Vocal de la sección de cirugía para el comité de programa científico»; y en el mismo año representante de la academia en el cuadro básico de medicamentos del sector público, rama ginecología y obstetricia.

En 1977 inició una espléndida y fructífera labor en la Academia, que finalizó en el año 2000 concretamente sobre las actividades desarrolladas en los programas sobre la reglamentación de las especialidades y la certificación de especialistas por los consejos de especialidad.

En 1977, forma parte de un grupo de distinguidos académicos para estudiar: «La proyección futura de los consejos de especialidades y la certificación del médico».

En 1978 Carlos Mac Gregor, es designado, para ocupar 2 importantes comisiones: Como miembro del comité de admisión, y más tarde miembro de la comisión para revisar los estatutos de la Academia Nacional de Medicina.

En 1979 forma parte de la comisión de estudios sobre la problemática del ejercicio de la medicina a nivel de especialización; y en 1981 la academia fundó el primer comité de certificación de especialidades, siendo nombrado por sus conocimientos sobre el tema, miembro del citado comité.

Diecinueve años después de su ingreso, la asamblea lo eligió, Presidente de la Academia para el año de 1986 año siguiente de que el Centro Médico Nacional del IMSS casi destruido por el terrible sismo de 1985. El edificio que ocupaba la academia sufrió serios daños, lo que obligó a la corporación a llevar algunos años de vida académica itinerante, nada fácil: sin embargo las actividades anuales de la academia fueron cumplidas.

Un nombramiento docente y más tarde uno institucional, lo obligaron a disminuir su actividad académica en la corporación; pero terminadas las honrosas designaciones, retornó a su vida académica; así en 1990 ingresó nuevamente como integrante del comité de certificación de especialistas actividad que cumplió interrumpidamente hasta el año de 1994.

Los años de 1993 y 1994 fueron difíciles para el comité, por problemas cuyo origen es preferible olvidar, pero su resolución evitó fracturas en la armonía que debe reinar entre organismos, médicos afines. El dilema se solucionó al fundar en 1995, el co-

mité Normativo Nacional de Consejos de Certificación Médica, teniendo el gusto como coordinador del nuevo comité, el contar con la colaboración, entro otros médicos, con la del Dr. Mac Gregor como vocal propietario, cargo que desempeñó hasta enero de 2000.

Su muerte fue inesperada y nos enmudeció ¡se fue! Pero las vibraciones de su espíritu vivirán en el corazón de todos sus amigos, colegas e incontables alumnos, que sin duda recuerdan al hombre de intelectualidad y ciencia; de fácil palabra, de voz clara y amena, que acompañaba con armoniosos movimientos de sus manos, como si también ellas quisieran hablar en las numerosas intervenciones sobre diferentes temas, que dictó tanto en su patria como en diferentes ciudades de Europa, Asia, E.U.A., centro-sur América y el Caribe. Añadiré el importante número de publicaciones en revistas de la especialidad, nacionales y extranjeras y contribuciones en capítulos de libros.

Se distinguió también por su prodigiosa memoria, pues era poco frecuente verlo leer una conferencia y menos un comentario.

Los años se van con la rapidez de las nubes impulsadas por el viento, parece que fue ayer cuando asistíamos a eventos sociales y académicos, planeábamos y realizábamos viajes a congresos y conversábamos con compañeros y colegas en agradables convites organizados por amigos y organizaciones médicas.

No puedo olvidar de mi memoria los muchos años, que disfrutamos, con gran frecuencia, partidas de futbol nacionales e internacionales, desde nuestras plateas muy cercanas en el majestuoso Estadio Azteca, y que terminó cuando se volvió difícil llegar al estadio; ni tampoco puedo borrar el magnífico compañero de viajes.

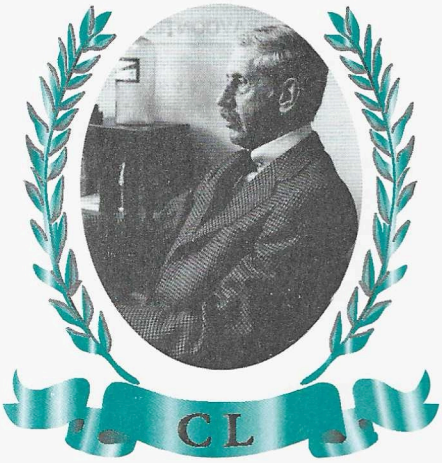
Carlos Mac Gregor Sánchez Navarro, mi amigo y compañero de generación, de penas y alegrías, desapareció físicamente de este mundo, pero su recuerdo estará vivo no solo en la mente de sus seres queridos, amigos y alumnos, sino también en la historia de la medicina mexicana, por haber sido un hombre trascendente.

He bosquejado una parte de su biografía narrarla completamente ocuparía casi un libro ejemplar para nuestro medio científico.

Lo tendremos siempre que recordar por sus cualidades de hombre cabal, que formó una excelente familia junto con su amada esposa, Dios lo gratificó con 6 magníficos hijos. Descanse en paz.

Trabajo leído en día 25 de septiembre en el auditorio de la Academia Nacional de Medicina de Mexico.

Víctor Manuel Espinoza de los Reyes Sánchez



Fernando Ortiz Monasterio y de Garay

Hay ocasiones en que dimensionar a un hecho, un acontecimiento, es dimensionar una época. Esto ocurre cuando aparece un adelanto científico y rompe con dogmas asentados, entonces se abre una brecha a través de la cual se vislumbran insospechadas posibilidades de exploración. La cirugía plástica y reconstructiva nace como una especialidad médica formal después de la segunda guerra mundial.

Los injertos de piel y la observación del fenómeno del «*second set*» permitieron a Joseph Murray la realización del primer trasplante renal. Así de la cirugía reconstructiva, se originaron todas las posibilidades para los trasplantes de órganos que hoy se han practicado en el mundo.

Años después, la cirugía cráneo facial nace en Francia con los pioneros trabajos de Paul Tessier y se inicia el camino para la corrección de monstruosas deformidades hasta ese momento consideradas inoperables. Este hecho cautivó la atención de diferentes cirujanos de todo el mundo y la historia narra que desde que se inició la cirugía de corazón abierto, no se había hecho un adelanto técnico de importancia comparable.

México no fue la excepción ante el acontecimiento científico, y en el Hospital General de México, durante los años sesenta, un grupo de inquietos médicos, probablemente con más curiosidad y ganas de trabajar, que con conocimientos iniciaron la cirugía cráneo facial en nuestro país.

Muchos de los presentes hemos conocido de cerca al Dr. Fernando Ortiz Monasterio y hemos podido sentir a su lado el paso de la historia. En realidad de esta micro-historia que le pertenece al desarrollo de la cirugía plástica moderna y naturalmente a la cirugía cráneo-facial.

El maestro realizó sus estudios profesionales en la facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México cuando las clases se daban en el viejo edificio de la plaza de Santo Domingo en el Centro Histórico de la Ciudad de México su recepción fue el 6 de julio de 1946. Su etapa inicial como médico coincidió con el cambio de la escuela Europea, principalmente la francesa, al modelo de la medicina norteamericana. Quiero creer que de la primera, la francesa, adquirió la actitud inquisitiva y la metodología de pensamiento que lo ha caracterizado.

Ese pensamiento magistralmente expresado por Descartes en la «Nueva Lógica».

Y de la segunda, la norteamericana, pienso que incorporó a su práctica diaria el pensamiento científico de William Harvey con su «MotoCordis»: En donde, de la observación nace la hipótesis; vienen las deducciones; le sigue un experimento que la comprueba o la rechaza.

Luego de una estancia en el departamento de cirugía general del Hospital General de México, que concluyó en 1951, hizo la especialidad de cirugía plástica y reconstructiva en la universidad de Texas, en Galveston, entre 1952 y 1954, posteriormente, realizó estancias por un año aprendiendo cirugía de mano en North Western University en Chicago, reconstrucción de cabeza y cuello por cáncer en Washington University en St.Louis Misouri.

Su gran interés por la cirugía reconstructiva inició desde su formación como residente en los Estados Unidos y cuando regreso a México en 1956 a trabajar en el antiguo Hospital General de la Secretaría de Salud y Asistencia de la Colonia Doctores, que entonces ya tenía 1500 camas y una gran cantidad de pacientes, lo que representaba un invaluable material clínico y la maravillosa oportunidad de hacer investigación combinada con aspectos evolutivos de la misma especialidad.

De manera natural, al hospital comenzaron a llegar los pacientes con craneosinostosis, hiperteleorbitismos, tumores y graves fisuras faciales. Se integró un grupo multidisciplinario donde la interacción de oftalmólogos, anestesiólogos, ortodoncistas, genetistas, foniatras, etc., produjeron pensamientos y

técnicas originales que luego fueron repetidos por diferentes grupos quirúrgicos que en el mundo estaban dedicados al tratamiento de estos niños.

De esta acción del Dr. Ortiz Monasterio podemos citar diferentes atributos, sin embargo pienso que ninguno de la memoria iguala al de «protagonistas de su momento». Su presencia fue evidente y ahora imborrable. La que dejó en todos nosotros la llevaremos toda la vida, la que dejó en las instituciones es imperecedera.

Esto me recuerda el hecho simultáneo de cuando Rodrigo Ponce de León, Marqués de Cádiz, estaba convenciendo a Isabel de Castilla de Poner sitio a Granada y Cristóbal Colón estaba en el monasterio de la Rábida preparando sus argumentos para que le financiaran un viaje en busca de especias. Al mismo tiempo, en el otro lado del mundo, las primeras generaciones de líderes egresados del Calmecac de Tenochtitlán, inaugurando en la primera mitad del siglo XV estaban consolidando el recién ampliado imperio de Anáhuac.

Inteligente enfoque el de este avanzado centro de conocimiento y forja de hombres de pensamiento y acción.

Meses después, cuando la cultura española mezcla judeo-árabe-cristiano, celta, fenicia griega y romana, de visigodos y vándalos, se encontró con la cultura Náhuatl, mezcla de Toltecas, Olmecas, Tecpanecas, Teotihuacanos y Aztecas, se dio un periodo de 3 siglos de florecimiento de arte y capacidad de organización.

Esa genética de la organización, ha permito ejercer la cirugía CFy reconstructiva a través de un líder y un grupo multidisciplinario.

Este concepto, ha cambiado la vida de miles de mexicanos y siempre ha sido una experiencia muy enriquecedora. Por otro lado, es bien sabido que la atención médica es mejor en los centros donde se llevan a cabo investigación y docencia. Los hospitales donde se trata un gran número de pacientes son el campo ideal para la enseñanza y la investigación clínica. Al talento del Dr. Ortiz Monasterio pertenecen diferentes contribuciones a las ciencias médicas y en especial a la cirugía plástica que han merecido reconocimiento universal, 232 artículos en revistas nacionales e internacionales indexada, además de 8 libros, todos relacionados con aspectos quirúrgicos y técnicos de la especialidad, así como de aspectos históricos, culturales, artístico de diferentes tópicos relacionados con la cirugía plástica, estética y

reconstructiva. Y él, con gran generosidad siempre ha compartido conocimientos y grandes lazos de amistad con los demás destacados especialistas en la materia y con todos sus alumnos.

Aquí se aprecia la grandeza de la obra realizada en su investidura de maestro, dentro y fuera de la cátedra, formando incansablemente discípulos y difundiendo por todas partes el saber, especialmente para lograr el avance científico y cultural de México y la fe en el porvenir de esta patria.

Este hecho, personalmente es el que más me ha influido en el espíritu y la admiración por el maestro y el que más honda huella me ha dejado en mi educación como clínico.

La figura de este maestro resiste el paso del tiempo y mi admiración no ha menguado con los años. Ha encarnado el esfuerzo de la renovación y la aplicación del método científico en el estudio de los enfermos, así como la disciplina mental en el espíritu de los médicos.

Es cierto que la cirugía plástica de hoy es diferente a la que se enseñó en la segunda mitad del siglo pasado. Pero el impulso que supo darle a la de su tiempo y el papel que desempeñó como reformador y como guía, son méritos que conservan toda su validez.

En este ámbito, si la medicina científica cambia constantemente, nuestra deuda con el que no cambia. Por esta razón, siempre ha sido invitado a ser parte de diferentes sociedades científicas en México y en el mundo y ha tenido el gran honor de representar conferencias especiales en diferentes congresos como hospitales, academias médicas y sociedades científicas. Así mismo, diversas condecoraciones como los premios «Doctor Gustavo Baz» en 1984, el «Eduardo Liceaga» en 1986 y el «Francisco Montes de Oca» en 1987 que otorga la Academia Mexicana de Cirugía; también, 4 veces Doctor *Honoris Causa*, destacado la universidad de Toulouse en 1991 y el de su alma mater, la Universidad Nacional Autónoma de México en septiembre de 2010.

Su figura resume el valor de toda una época y en su vida misma la cristalización de toda una filosofía. Su éxito fue el triunfo de una existencia entera consagrada al estudio, la de ese viejo luchador tan combatido a veces, pero tan respetado siempre.

Lo conocí a mediados de los años ochenta y fui uno más de los discípulos que formó en su escuela. Sus lecciones nos atraían con un profundo interés. No el que resulta del brillo oratorio, porque el maestro nunca ha utilizado galas literarias para dar ropaje a sus ideas. Con entusiasmo, siempre ha expuesto sus ideas, mientras

nosotros teníamos la vivida impresión de asistir a la elaboración del pensamiento. Es alguien que piensa en voz alta y con admirable disciplina mental recorre, una a una las etapas del razonamiento, con riguroso método, con lógica impecable hasta elevarse del síntoma a la interpretación y de la interpretación al diagnóstico.

Lo que más me ha llamado la atención, no es su cultura, que es mucha, ni su talento, que es grande, si no la asombrosa sistematización de sus conocimientos. Como un bibliófilo que guarda entre anaqueles sus libros y que en cualquier momento, sin duda, sólo alarga la mano y toma justamente el que necesita. De la misma manera, en sus lecciones sabe echar la mano del dato justo del recuerdo preciso, de la cita oportuna, sin titubear jamás.

Positivista convencido, educado en la disciplina de las ciencias, no admite como verdad si no aquello que había recibido la sanción científica. Sabe también, que las palabras sólo valen por las ideas que representan y que las impresiones del lenguaje son la fuente principal de la oscuridad y aun el error del pensamiento. Por eso siempre ha exigido la precisión y la pureza en el hablar. Nadie ha contribuido como él a expurgar el lenguaje médico de vaguedades e incorreciones.

Sus obras tienen un sello personal inconfundible y representan la expresión de lo que ya ha pasado por el tamiz de su propia observación y de su crítica, lo que hace que se conviertan en útiles obras de consulta. Sin embargo el mérito del maestro se puede apreciar más al oírlo, al exponer un tema, en su comentario y en la crítica, donde su talento alcanza un mayor relieve.

En cada año, semana a semana, ha trabajado intensamente, organizando congresos, impulsando la investigación, escribiendo libros y artículos, dictando conferencias y cursos en todas partes.

Inyectando la energía de su voluntad triunfadora y de su entusiasmo noble y sereno.

Siempre ha defendido sus ideas con calor y firmeza, pleno siempre de una convicción sincera. Su quehacer está lleno de anécdotas y crónicas, y al grupo de sus discípulos llegan semi-velados ya por el tiempo y el olvido, los relatos de su lucha, de verdaderas campañas que sostuvo para hacer triunfar sus logros y sus ideas.

Como todo luchador que vale, provocó choques, despertó envidias y sufrió ataques, mesurados a veces, enconados y venenosos otras. Ha sido un hombre recto, integérrimo y su práctica

de no gastar complacencias con la mediocridad es común. Nadie puede negarle su estimación y su respeto y ha sido una de las figuras de nuestro tiempo que ha despertado el mayor respeto y admiración en el ámbito de la medicina contemporánea de México.

Su figura ha encerrado un alma grande y noble, sacudida por la pasión. Alguien que ha amado a sus amigos, brindándoles su apoyo y defendiéndolos con calor. Y aun así, dentro de la rectitud de sus juicios, un hombre apasionado.

Uno de los aspectos más conocidos de él ha sido su amor por el arte. Así el hombre de ciencia, el investigador austero, ha cultivado su jardín interior y vibra y goza con la emoción de la belleza. Hasta el día de hoy ha conservado la curiosidad siempre despierta de saber.

Toda nueva doctrina, todo movimiento científico, le ha interesado profundamente e igual discute hoy en día de la indicación básica de una zetaplastia, que de las teorías y aplicaciones futuras de la bioingeniería tisular.

La inteligencia del maestro no se ha expresado nunca por chispazos de intuición, ha sido una voluntad férrea al servicio de un talento clarísimo, gastados en la obra más noble a que un hombre puede consagrar su vida, el amor a la ciencia y la búsqueda de la felicidad humana su vida, son su trabajo y su obra, y constituye una lección fecunda: la lección de ese hombre que ha logrado la enseñanza de igualar con la vida su elevado pensamiento.

La lección del maestro que ha enseñado con el ejemplo luminoso de su propia vida y ejemplo del varón dotado de las más altas prendas intelectuales y morales, cuya vida entera es una magnífica lección.

Fernando Molina Montalva

Epílogo

Escribir un libro tiene diferentes significados y múltiples objetos, los hay políticos, religiosos, literarios etc. Pero en verdad no conocía libro alguno que estuviera dedicado a contener en sus páginas un número importante de *In Memoriams*, de personas pertenecientes a una comunidad, en este caso, La Academia Nacional de Medicina, y es que es publicado para conmemorar los 150 años de extraordinaria y productiva vida académica.

Se necesita tener una mente inquieta, creativa y oportuna para pensar y lograr algo realmente novedoso en la edición de un volumen únicamente dedicado a recordar personas fallecidas, que por sus méritos merecieron ser recordadas.

La persona que tiene las cualidades antes citadas es un académico que nos tiene acostumbrado a presentar con frecuencia libros y trabajos de su especialidad la Nefrología, y me refiero concretamente al Dr. Alejandro Treviño Becerra, quien es el autor principal de la obra, quien dice modestamente que "Al conocer a través de «Gaceta Médica de México» en diferentes números un valiosísimo material consistente en los *In Memoriam*, de los académicos que han fallecido en los 50 años de vida académica hasta octubre de 2013. Al revisar

el material y leerlo y recrear en su contenido conceptuoso y enriquecedor, decidí que lo mejor era reunirlos en un libro" por lo anotado, el esfuerzo, talento y dedicación del Dr. Alejandro Treviño Becerra y de todas las personas que trabajaron para la aparición del libro, son acreedores a un merecido reconocimiento, que también lo gana la mesa directiva que preside el Dr. Enrique Ruelas Barajas, excelente presidente de la Academia por entusiasta apoyo para la edición del libro, que forma parte de los documentos que se han elaborado para la celebración de los 150 años de vida de la corporación.

Si se revisa la historia de la Academia, no sólo en los numerosos volúmenes de la Gaceta Médica de México, nuestra extraordinaria revista, la más antigua de las publicaciones médicas en Latinoamérica, cuyo primer número apareció el 15 de septiembre de 1864, se encuentra que se han escrito sobre la historia de la Academia un buen número de libros, numerosos artículos, reseñas históricas sobre diferentes tópicos de su existencia como "Las casas de la Academia" desde su fundación en la Escuela de Minería, hasta su residencia actual a partir de 1961 en el Centro Médico Nacional del IMSS.

«Presidentes de la Academia» 1864-1994- y 1864-2006. Volúmenes sobre jornadas académicas y otras obras que durante ciento cincuenta años se han publicado por sus miembros, ya que la Academia ha sido la más notable agrupación médica del país. Es por lo tanto natural que entre sus académicos se produjera una parte importante de publicaciones de medicina general y especializada que han tenido trascendencia nacional e internacional.

Ahora aparece una nueva obra, publicada por nuestra Academia y también por académicos pero con un tema que nunca había sido abordado, sin duda difícil, pues fue derivado de fijar la mente sobre algo que llamó la atención, y al ir descubriéndola importancia histórica de cada caso y mayor en su conjunto, se decidió completar la riqueza bibliográfica de la Academia Nacional de Medicina con el presente libro.

En mi personal opinión esta valiosa obra, forma una parte especial de la historia de la Academia en su pasado y presente, pues en él se puede leer aquellos *In Memoriam* de los académicos del siglo XVIII y XIX, cuya exposición oral y escrita seducía, eran sabios maestros que solo con su mirada dominaban al auditorio, grandes médicos, elegidos clínicos y hábiles cirujanos, eran también elegantes profesores y cultísimos literarios, algunos de ellos en el medio médico se proyectaron en tal forma que aún brillan en nuestros días.

Cuando se lee la biografía de algunos próceres de la medicina como Miguel F. Jiménez, Aniceto Ortega, José Terres, Casimiro Liceaga, Julián Villareal, Fernando Ocaranza, Gonzalo Castañeda, y otros más, al fallecer se celebraron solemnes ceremonias fúnebres en su honor; muchos de ellos fueron velados en la Escuela de Medicina y acompañados hasta el panteón por alumnos; y qué diremos de sus *In Memoriam*, verdaderas piezas oratorias, en fin, casi decían que cuando se recuerda a los muertos ellos vienen a nosotros, nos escuchan, nos atienden y nos inspiran.

Los años transcurrieron, el siglo XX llegó y el libro continúa narrando historias de los grandes maestros de ese siglo y del presente, con *In Memoriam* totalmente diferentes, a los de épocas pasadas; el lector de inmediato se dará cuenta y así lo narra también el autor.

Estoy de acuerdo en el Dr. Treviño, de que el libro, no es para leerse de continuo, pienso que debe hojearse, e ir seleccionando los personajes de interés para el leyente.

Su lectura no sólo puede ser atrayente para miembros de la corporación, sino también para familiares y amigos de los fallecidos. Sin duda los más interesados serán académicos de todas las edades, especialmente jóvenes que pueden darse cuenta de los académicos que los antecedieron en todas las especialidades y que con el sólo hecho de haber pertenecido a la corporación, fue suficiente para pensar en su capacidad y talento.

Me referí en líneas anteriores a los maestros de los siglos pasados, pero estimado lector, hay que leer los *In Memoriam*, de los grandes maestros del siglo XX, y del presente ¡Qué extraordinarios profesores!, grandes organizadores, de gran cultura y prestancia, que brillaron por su talento y personalidad, no son unos cuantos, son muchos, pero me atrevo a nombrar algunos, todos ellos presidentes de la Academia: Ignacio Chávez, Gustavo Baz, Manuel Martínez Baez, Bernardo Sepúlveda, Salvador Zubirán, Clemente Robles, Raúl Fournier, Donato Alarcón, Luis Castelazo Ayala, Ramón de la Fuente, Alfonso Álvarez Bravo, y muchos más. Vale la pena leer los *In Memoriam*, de los maestros fallecidos en el pasado y presente siglo para comprender por qué hicieron historia.

En el tiempo que ha transcurrido del presente siglo, la academia ha perdido relevantes figuras de la medicina, todos ellos presidentes de la corporación y que fallecieron dejando un grato recuerdo por su sabiduría y bonhomía, así que califican figuras como la de Fernando Ortiz Monasterio, Carlos Mac Gregor Sánchez Navarro, Hugo Aréchiga, Ignacio Chávez Rivera, José Kuty, Miguel Tanimoto, Mauricio García Sainz.

En fin estimado lector, estoy seguro que sus continuos deseos de aumentar su cultura, y su hábito de lector lo llevará a tomar el libro y pasar algún tiempo que puede ser triste, pues toda pérdida de una vida y más si es valiosa conmueve, pero en este caso el conocerla o recordarla llevan al reconocimiento y ejemplo a seguir, pues los cuerpos han desaparecido de la vida terrestre, pero los recuerdos y las enseñanzas viven aún y perduran.

Mi agradecimiento al Dr. Enrique Ruelas Barajas y al Dr. Alejandro Treviño Becerra, por su amable invitación para participar en uno de los documentos que aparecerán para celebrar estos tres medios centenarios de nuestra querida y siempre recordada Academia Nacional de Medicina de México.

Victor Espinosa de los Reyes Sánchez
Académico Honorario

Addendum

Jorge G. López

¡Ha muerto el Sr. López! Un infarto cardiaco cortó el pasado día 15 de julio, cuarenta y dos años de trabajo ininterrumpidos en esta Academia. Una vida entera dedicada a la Medicina Mexicana en la que, sin ser médico, deja huella perdurable. Casi convivió media vida de nuestra centenaria Institución con la cual llegó a estar tan ligado que vida y obra se confunden en muchos momentos de su existencia. Quiso a la Academia como algo tan suyo que sentía en propia carne los éxitos, los reveses; luchó por mantenerla a flote cuando los tiempos fueron adversos, gozaba con la prosperidad de nuestra casa y siempre atento, desde el discreto y secundario lugar en que se desarrollaban sus actividades, fue colaborador y parte activa en la mayor parte de los acontecimientos de la Institución,

Para todos los que hoy formamos la Academia Nacional de Medicina, el Señor López era algo más que un simple empleado de la Corporación. Sus dotes personales de simpatía y honradez, su trabajo eficaz, su respetuosa camaradería, habían hecho de él un amigo leal y sincero siempre dispuesto a prestar una ayuda, a enmendar un erro o a dar un consejo.

El Sr. López constituyó, sobre todo para las generaciones de académicos recientes, la historia viva de la Institución. Sus largos años de convivencia con lo más notable y prestigioso de la profesión médica mexicana, su presencia y actividad constante dentro de la mayor parte de las actividades académicas le permitían evocar, sin jactancia, pero con fidelidad, casi todos los

acontecimientos médicos importantes de México en los que la Academia o la Facultad de Medicina –de la cual fue también eficaz colaborador– habían intervenido.

Serían muy difícil precisar cuáles fueron los trabajos específicos del Sr. López dentro de nuestra Corporación. Desde la simple, pero indispensable, labor caligráfica en la redacción de diplomas, hasta gestiones delicadas de tipo administrativo o editorial, casi todas las actividades internas de la Academia pasaban por sus manos. Ingresó en nuestra casa el 18 de febrero de 1926; entonces fue designado para el puesto de Bibliotecario; posteriormente desempeñó trabajos de contabilidad, teneduría de libros, corrector de pruebas, archivista, asistente técnico de la Junta Directiva. Su presencia constante en las sesiones servía para establecer las asistencias y organizar las indispensables necesidades de proyecciones, sonido, pizarrones, etc. Recaudaba las cuotas académicas, visitaba y recogía las aportaciones económicas destinadas a la Academia por Centros e Instituciones. Editó la Gaceta Médica de México durante muchos años en colaboración estrecha con los médicos y fue a últimas fechas el Administrador de esta publicación, en la cual en varias ocasiones salieron a la luz artículos suyos dedicados a glosar o relatar aspectos históricos de la Institución.

Todo esto, más otras mil cosas que quedan en el tintero y que constituían su labor permanente y fecunda dentro de la Academia, lo hizo el Sr. López prácticamente por generosidad y amistad. Parecerá increíble, pero durante veinticinco años, el Sr. López sólo percibió por sus trabajos una remuneración mensual de 50 pesos y, en estas últimas épocas, cuando la Academia mejoró en algo su situación económica y se elevó su sueldo mensual, apenas llegaba a recibir lo que en cualquier oficina o trabajo percibe una modesta mecanógrafa.

Cualquier académico podría escribir muchas páginas relatando hechos del Sr. López que, como decimos, colaboró y convivió en todas las actividades del trabajo cotidiano de la Corporación, y dar constancia directa de la estrecha identificación espiritual que siemple hubo entre el hombre y la obra a la cual dedicó casi todos los mejores años de su vida. Todos tuvimos ocasión de apreciar sus dotes de honestidad, eficiencia y de entrega íntegra al trabajo que se le encomendaba, lo hacía insustituible colaborador en los trabajos de organización y ejecución de cualquier actividad médica. Con posterioridad, durante los cinco años en que uno de nosotros tuvo el alto honor de prestar sus servicios

en la Mesa Directiva de la Academia ratificó ampliamente el elevado concepto que tenía del Sr. López, que constituyó un inapreciable y entusiasta colaborador en las crecientes actividades de la Corporación. Su cariño por todo lo relacionado con nuestra Academia lo demostraba constantemente, al trabajar sin límite de tiempo y poniendo el mayor de su esfuerzo en todas las actividades que tenía a su cargo. Seguramente que en el desarrollo de las sesiones ordinarias de nuestra Institución, todos los señores Académicos lamentamos aún más profundamente su ausencia, ya que se puede decir, que nunca dejó de asistir al desarrollo de las mismas, poniendo siempre su mayor voluntad en servir en forma personal a cada uno de los integrantes de esta Academia.

Creo interpretar el sentir de todos ellos al expresar públicamente que el nombre de Jorge G. López, quedará grabado en el Libro de Oro de nuestra Corporación como uno de los elementos que entregaron su vida y su esfuerzo, para el desarrollo de la misma. Su recuerdo perdurará en nuestra memoria.

Descanse en paz este viejo trabajador que tanto luchó, dentro de su campo de acción, por el enaltecimientos de la Medicina Mexicana.

Miguel Jiménez
Germán Somolinos

Coordinador del libro

Alejandro Treviño Becerra

Médico Cirujano por la UNAM. Medicina interna y nefrología en el IMSS. Estudios de postespecialización en el Policlínico de Nápoles, Italia y el Royal Free Hospital, Londres, Inglaterra. Maestría en Administración de Hospitales y Atención Médica. Expresidente Sociedad Mexicana de Nefrología (actualmente Colegio) y del Consejo Mexicano de Nefrología. Coordinador del Subcomité Académico de Nefrología, Facultad de Medicina, UNAM y de la Sección de Nefrología de la Academia de Medicina. Premios de la Academia Nacional de Medicina a la mejor obra médica en 1992 y 2012. Académico titular de la ANM. Emérito de la Academia Mexicana de Cirugía y Miembro del Comité Editorial Emérito de Peritoneal Dialysis International.

Otras obras del autor

- Memoria de los Residentes de Nefrología. Generación 1970 – 1972 Editorial Medicina (1972).
- Manual de Hemodiálisis Editado por Laboratorios Travenol, 1973
- Today´s Art of Peritoneal Dialysis, Coeditor Fred S. T Boen. XVII Contributions to Nephrology. Ed. S. Karger, 1979.
- Nefrotoxicida. Coordinador de la Edición Alejandro Treviño Becerra. Libro Conmemorativo del XXV Aniversario Profesional del Dr. Regino Ronces Vivero Ed. Colegio de Médicos Posgraduados.

Hospital General del Centro Médico Nacional, IMSS, 1981.

- Special Issue dedicated to the VII International Simposium on Hemoperfusion, Mexico City. The International Journal of Artificial Organs Ed. Witching Editorial, coeditor Thomas.N. S. Chang 1986.
- Indicaciones de la Diálisis Peritoneal en la Insuficiencia Renal Crónica, Editorial. Prensa Médica Mexicana, S. A. 1990.
- Progresos en Nefrología. Sociedad Mexicana de Nefrología. Imprenta Aldina coeditor Elvia García López y Francisco Olvera Esnaurrizar. 1990
- Estado actual de los Trasplantes de órganos, análisis y recomendaciones. Academia Mexicana de Cirugía. Imprenta Aldina Coeditores Ruben Argüero Sánchez, Genaro Zenteno Alanis. 1992.
- Hospital General, Centro Médico Nacional IMSS (1963 – 1985). Imprenta Aldina Edición del Colegio de Médicos Posgraduados del Centro Médico Nacional, IMSS. Coeditores Francisco Olvera Esnaurrizar, Félix Ramírez Espinoza, Margarito Díaz Jiménez. 1994.
- Trasplantes de Organos y Tejidos (realidades y futuro). Academia Mexicana de Cirugía. Editorial. Cultura Latinomericana S.A. de C.V., Coeditores Ruben Argüero Sánchez y Genaro Zenteno Alanis. 1995.
- La Insuficiencia Renal Crónica en México, Academia Nacional de Medicina. Ed. Manual Moderno. 2001
- Tratado de Nefrología con 90 colaboradores. Primera Edición Editorial Prado 2003. Premio del Concurso Obras Médicas, Academia Nacional de Medicina
- Nutrición Clínica en Insuficiencia Renal Crónica y Trasplante Coeditores Zulma A. González, Iva Márquez, Martha María Ruíz Velasco López, Guiseppe Rusolillo, Marianne Vennegor. Editorial. Prado; primera edición 2006. segunda edición 2008, reimpresión segunda edición 2010, tercera edición 2014.
- Norberto Treviño Zapata, Hechos, Escritos, Libros, Coeditor Norberto Treviño Garcia-Manzo. Editado Facultad Nacional de Medicina, UNAM 2006.
- Proceedings of Select Papers of the XIII Int. Congress on Nutrition and Metabolism in Renal Disease Alejandro Treviño Becerra Coeditors, Elsa Pineda Sánchez, Pedro Trinidad Ramos, Editorial. Medimond. (Italia) 2007.
- Proceedings the XIII International Congress on Nutrition and Metabolism in Renal Diseases Coeditors G. Guarnieri, D Fouque Ed. W.B. Saunders. 2007.
- Hemodiálisis Esquemática con 47 colaboradores. Ed. Editorial Prado; 2013.

Este libro se terminó de imprimir
el 30 de enero de 2014
en los talleres de **Editorial Prado, S.A. de C.V.**
Tehuantepec No.34, Col. Roma Sur
Tels.: 1999-8083 y 1999-8085
México, D.F.

El tiraje consta de 1000 ejemplares